[EN LOS TRATADOS SOBRE EL EVANGELIO DE JUAN CXXIV.]

ADVERTENCIA SOBRE LOS TRATADOS SUBSIGUIENTES EN JUAN.

No parecerá que hemos actuado sin razón si atribuimos los Tratados de Agustín sobre Juan al año 416 después de Cristo, o a un tiempo cercano posterior. Ciertamente, cuando exponía a este evangelista, aún ardía la lucha entre los católicos y los donatistas; en la que el Santo Doctor se muestra tan prolífico y vehemente en refutar a esos facciosos: además, hasta ese momento, el altar cismático de ellos permanecía en Hipona: de donde en el Tratado sobre la Epístola del mismo Juan (a cuya exposición, habiendo comenzado y luego interrumpido por un tiempo la exposición del Evangelio, dedicó su esfuerzo), se queja con estas palabras: ¿Qué hacen en esta ciudad dos altares? Lo cual, aunque pueda referirse también a tiempos anteriores a la Conferencia de Cartago, que se celebró con los donatistas en el año 411, sin embargo, porque en estos mismos Tratados sobre el Evangelio, no solo se propone la fe en la Predestinación como algo muy claro, en los Tratados XLV, XLVIII, LXVIII, LXXXIII, CV, CXI, etc., sino que también se alude tácitamente a los pelagianos en los Tratados LIII, LXVII, LXXXI, LXXXVI, etc., de aquí se puede entender que esos Tratados no fueron publicados antes del año 411 de Cristo, cuando la herejía pelagiana llegó por primera vez a África. Pero otro argumento, que hace que los remitamos al año 416, se presenta mucho más claramente en el Tratado CXX, donde Agustín prueba que Nicodemo vino a menudo a Cristo para ser su discípulo escuchando, con esta razón: Ciertamente, dice, ahora en la revelación del cuerpo del beatísimo Esteban (que ocurrió casi al final del año 415) se declara a casi todas las naciones.

En días cualesquiera, tenía sus Tratados o sermones sobre este asunto. Por ejemplo, indica en este mismo Tratado II que pronunció el segundo al día siguiente de un domingo. También se celebró el cuadragésimo sexto en domingo, según el Tratado XLVII: y el cuadragésimo quinto se había dicho el día anterior, según el Tratado XLVI. El trigésimo cuarto y los tres siguientes se celebraron en cuatro días consecutivos, como se evidencia por el inicio y la conclusión de cada uno, y el trigésimo séptimo en domingo, según el Tratado XXXVIII. Así el octavo, noveno y décimo: y finalmente estos cinco XIX, XX, XXI, XXII y XXIII, se indican como pronunciados cada uno en días consecutivos. Que Agustín hiciera esto, para no dejar pasar ningún día destinado a la predicación, se entiende por el hecho de que en el Tratado VIII excusa un día omitido por alguna ocasión, y en el XLVI pospone una explicación más detallada del pasaje del Evangelio para días de sermón. En el XLVII, que tuvo lugar en domingo, dice que no se ve impedido por la falta de tiempo, como suele ocurrir, para continuar su discurso más extensamente. Testifica, por el contrario, que a veces no quiere extender su sermón en días más solemnes, porque tal vez haya muchos que se reúnan más por la solemnidad que por el deseo de escuchar el sermón: así al final del Tratado VIII. Por el XLVI y otros entendemos que solía ordenar que se recitara durante los oficios divinos la parte del Evangelio que iba a exponer al pueblo: y luego se esforzaba por explicarla. Pero si alguna vez esto iba a ser demasiado extenso, posponía el resto para otro momento; y entonces también ordenaba que se volviera a leer el Evangelio.

Por lo demás, Agustín comenzó su explicación del Evangelio de Juan cuando aún no había terminado el invierno. Testifica en el Tratado VI que temía que el pueblo se desanimara de asistir a la iglesia por el frío. En el X, indica que se acerca el tiempo para celebrar la solemnidad de la pasión y resurrección del Señor. En el XI, exhorta a los catecúmenos, ya es tiempo. El día anterior al que tuvo el XII, había prometido al pueblo que hablaría sobre la paz de la Iglesia, o lo que había hecho, o lo que aún esperaba hacer; pero quiso anteponer la acostumbrada exposición sobre la lectura evangélica, y entonces cumplir su promesa. Lo que

fuera que tenía que decir sobre la paz de la Iglesia, es desconocido; ni fue escrito al final de esa misma exposición. Parece que del inicio del Tratado XIII se puede deducir que había dejado de lado el Evangelio de Juan durante no pocos días: y de hecho lo interrumpió durante las fiestas pascuales, que en el año 416 caían el 2 de abril, porque en esos días era necesario recitar en la Iglesia lecturas fijas y ciertas del Evangelio, a las que no se podía sustituir otras: como enseña en su prefacio a la Exposición de la Epístola de Juan. Pues mientras tanto emprendió la explicación de esta misma Epístola: y una vez tratada, regresó al Evangelio. En cuya explicación, el Tratado XXVII, aún no había pasado la festividad de San Lorenzo mártir, a quien allí alaba: aunque había completado cinco Tratados desde el XIX, como ya se ha observado, hasta el XXIII, en cinco días consecutivos.

De esta obra encontrarás muchos fragmentos en Beda y Alcuino sobre Juan, en Floro en los Comentarios sobre las Epístolas de Pablo, publicados bajo el nombre de Beda, etc., así como algunas sentencias pronunciadas por los antiguos para confirmar la fe católica extraídas de varios Tratados: a saber, del II, por Casiano, libro 7 sobre la Encarnación, capítulo 27; del LXXVIII, por el papa León en la Epístola a León Augusto, antes 97, ahora 134, etc. El mismo Cassiodoro Senador recuerda esta obra en el libro Instit., capítulo 7, alabando a Juan por haber sido ilustrado por Agustín con una exposición copiosa e insigne. Posidio en el Índice, capítulo 6, bajo estas palabras: Tratados sobre el Evangelio de Juan desde el principio hasta el fin, en seis códices. El mismo Agustín en el prefacio a los Tratados sobre la Epístola de Juan: Recuerda, dice, vuestra Santidad que solemos tratar el Evangelio según Juan en el orden de las lecturas. Y nuevamente en el libro 15 sobre la Trinidad, capítulo 27, señala el Tratado en Juan XCIX, cuando dice: Sobre este asunto, en un sermón que pronunciamos ante los oídos del pueblo cristiano, lo dijimos y lo escribimos. Ciertamente, habría dicho más si hubiera vivido lo suficiente, en los libros de Retractaciones particulares, que, como escribe a Quodvultdeus, epístola 224, meditaba sobre los Tratados populares y homilías que había pronunciado.

La obra en los códices antiguos se titula, en algunos Tratados, en otros Sermones, en algunos Homilías sobre Juan. Pero un título algo más amplio se encuentra en los manuscritos de Audoeno, Gemmeticensi y Pratellensi, de esta manera: Comienzan las Homilías sobre el Evangelio del Señor Jesús según Juan del Doctor Aurelio Agustín, obispo de Hipona, que él mismo pronunció primero hablando al pueblo, y mientras hablaba fueron tomadas por los notarios, y luego las dictó palabra por palabra en el orden en que fueron pronunciadas. Finalmente, en cuanto al prefacio aquí adjunto, es inútil buscarlo en los manuscritos o en las ediciones de Am. y Bad. Lo dieron después de Erasmo los de Lovaina, quienes sin embargo observan que no es de Agustín, ni se encuentra en ningún manuscrito. Se encuentra con pocas palabras cambiadas en Beda y Alcuino sobre Juan.

PREFACIO DE AUTOR INCIERTO.

Entre todas las páginas de la Sagrada Escritura, el Evangelio sobresale; porque lo que la Ley y los Profetas predijeron que sucedería, el Evangelio lo dice cumplido. Entre los mismos escritores de los Evangelios, Juan se destaca en la profundidad de los misterios divinos, quien desde el tiempo de la ascensión del Señor durante sesenta y cinco años predicó la palabra de Dios sin ayuda de la escritura, hasta los últimos tiempos de Domiciano. Pero después de la muerte de Domiciano, cuando con el permiso de Nerva regresó del exilio a Éfeso; impulsado por los obispos de Asia, escribió sobre la divinidad coeterna de Cristo con el Padre contra los herejes, que en su ausencia habían irrumpido en sus Iglesias, quienes negaban que Cristo existiera antes de María. Por lo cual, con razón, en la figura de los cuatro animales, se le compara con el águila voladora: que vuela más alto que las demás aves, y mira los rayos del

sol con ojos sin parpadear. Pues los demás evangelistas, que exponen suficientemente el nacimiento temporal de Cristo y los hechos temporales que realizó en su humanidad, y dijeron poco sobre la divinidad, como animales que caminan con el Señor en la tierra: este, sin embargo, diciendo poco sobre sus hechos temporales, pero contemplando más sublimemente el poder de la divinidad, vuela al cielo con el Señor. Porque quien se recostó sobre el pecho del Señor en la cena, bebió de la fuente del pecho del Señor la sabiduría celestial más excelentemente que los demás. Había leído los Evangelios de los tres evangelistas, y había aprobado su fe y verdad: en los cuales vio que faltaban algunas historias de hechos, y especialmente las que el Señor realizó al principio de su predicación, es decir, antes de que Juan el Bautista fuera encarcelado. Estas, pues, como omitidas por ellos, las escribe Juan, las que hizo Jesús antes de que Juan fuera encarcelado: pero sobre todo se preocupó por recomendar la divinidad de Cristo y el misterio de la Trinidad. Pues los otros tres evangelistas, habiendo tratado más copiosamente las palabras y hechos temporales del Señor, que son de gran valor para formar las costumbres de la vida presente, se ocuparon de la vida activa: en la cual se trabaja para purificar el corazón para ver a Dios: Juan, sin embargo, dice pocos hechos del Señor: pero consigna más diligentemente las palabras del Señor que insinúan la unidad de la Trinidad y la felicidad de la vida eterna; y así en la virtud contemplativa recomendada, mantuvo su intención y predicación: en la cual se descansa en la contemplativa para ver a Dios. Este es Juan, a quien el Señor llamó de la tempestad fluctuante de las bodas, y a quien encomendó a la Madre virgen siendo él virgen.

S. AURELIO AGUSTÍN, OBISPO DE HIPONA, EN LOS TRATADOS SOBRE EL EVANGELIO DE JUAN CXXIV. (C)

TRATADO I. En aquel pasaje de Juan, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, etc., hasta, Y las tinieblas no la comprendieron. Cap. I, V. 1-5.

1. Considerando lo que acabamos de escuchar de la lectura apostólica, que el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (I Cor. II, 14), y pensando que en esta multitud presente de vuestra Caridad es necesario que haya muchos animales, que aún piensan según la carne, y no pueden elevarse al entendimiento espiritual, dudo mucho cómo, según el Señor me lo conceda, pueda decir o explicar lo que se ha leído del Evangelio, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: porque esto el hombre animal no lo percibe. ¿Qué haremos entonces, hermanos? ¿Guardaremos silencio sobre esto? ¿Por qué entonces se lee, si se va a guardar silencio? ¿O por qué se escucha, si no se explica? ¿Y qué se explica, si no se entiende? Así que, ya que no dudo que haya entre vosotros algunos que puedan no solo captar lo expuesto, sino también entenderlo antes de que se exponga; no privaré a aquellos que pueden captar, mientras temo ser superfluo para los oídos de aquellos que no pueden captar. Finalmente, la misericordia de Dios estará presente, tal vez para que se satisfaga a todos, y cada uno capte lo que pueda: porque también quien habla, dice lo que puede. Pues decirlo como es, ¿quién puede? Me atrevo a decir, hermanos míos, tal vez ni siquiera Juan lo dijo como es, sino también él como pudo; porque de Dios habló un hombre: y ciertamente inspirado por Dios, pero sin embargo hombre. Porque inspirado, dijo algo; si no hubiera sido inspirado, no habría dicho nada: pero como hombre inspirado, no dijo todo lo que es; sino lo que pudo decir un hombre.

2. Porque este Juan, hermanos carísimos, era de aquellos montes, de los que está escrito: Reciban los montes paz para tu pueblo, y los collados justicia (Sal. LXXI, 3). Los montes son almas excelsas: los collados son almas pequeñas. Pero por eso los montes reciben paz, para que los collados puedan recibir justicia. ¿Cuál es la justicia que los collados reciben? La fe, porque el justo vive por la fe (Habac. II, 4; Rom. I, 17). Pero no recibirían las almas menores

la fe, si las almas mayores, que se llaman montes, no fueran iluminadas por la misma Sabiduría, para que puedan transmitir a los pequeños lo que los pequeños puedan captar, y vivir de la fe los collados, porque los montes reciben paz. De esos montes se dijo a la Iglesia, Paz a vosotros: y esos montes al anunciar la paz a la Iglesia, no se dividieron contra aquel de quien recibieron la paz (Juan XX, 19), para que verdaderamente, no ficticiamente, anunciaran la paz.

3. Porque hay otros montes naufragiosos, hacia los cuales cuando alguien impulsa su nave, se desintegra. Pues es fácil cuando se ve tierra desde los que están en peligro, como intentar llegar a tierra: pero a veces se ve tierra en un monte, y las rocas se ocultan bajo el monte; y cuando alguien intenta llegar al monte, cae en las rocas; y no encuentra allí puerto, sino lamento. Así fueron algunos montes, y aparecieron grandes entre los hombres; e hicieron herejías y cismas, y dividieron la Iglesia de Dios: pero aquellos que dividieron la Iglesia de Dios, no eran aquellos montes de los que se dijo, Reciban los montes paz para tu pueblo. Pues, ¿cómo recibieron la paz, quienes dividieron la unidad?

4. Pero los que recibieron la paz para anunciarla al pueblo, contemplaron la misma Sabiduría, tanto como los corazones humanos pudieron alcanzar lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9). Si no subió al corazón del hombre, ¿cómo subió al corazón de Juan? ¿O no era hombre Juan? ¿O tal vez ni siquiera subió al corazón de Juan, sino que el corazón de Juan subió a ella? Porque lo que sube al corazón del hombre, es de abajo hacia el hombre: pero a donde sube el corazón del hombre, es de arriba desde el hombre. También así, hermanos, se puede decir que si subió al corazón de Juan, si de alguna manera se puede decir, en tanto subió al corazón de Juan, en cuanto Juan mismo no era hombre. ¿Qué significa, No era hombre? En cuanto había comenzado a ser ángel: porque todos los santos, ángeles; porque son anunciadores de Dios. Por eso a los carnales y animales que no pueden percibir las cosas de Dios, ¿qué dice el Apóstol? Porque cuando decís, Yo soy de Pablo, yo de Apolo, ¿no sois hombres? (I Cor. III, 4). ¿Qué quería hacer con ellos, a quienes reprochaba por ser hombres? ¿Queréis saber qué quería hacer con ellos? Escuchad en los Salmos: Yo dije, Sois dioses, y todos vosotros hijos del Altísimo (Sal. LXXXI, 6). A esto nos llama Dios, para que no seamos hombres. Pero entonces no seremos hombres en mejor sentido, si primero reconocemos que somos hombres, es decir, para que nos elevemos a esa altura desde la humildad: no sea que cuando pensamos que somos algo, siendo nada, no solo no recibamos lo que no somos, sino que también perdamos lo que somos.

5. Por lo tanto, hermanos, de esos montes es Juan, quien dijo, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este monte había recibido paz, contemplaba la divinidad del Verbo. ¿Qué clase de monte era este? ¿Cuán excelso? Había trascendido todas las cumbres de la tierra, había trascendido todos los campos del aire, había trascendido todas las alturas de las estrellas, había trascendido todos los coros y legiones de ángeles. Porque si no trascendiera todas estas cosas que fueron creadas, no habría llegado al que por quien fueron hechas todas las cosas. No podéis imaginar lo que trascendió, a menos que veáis a dónde llegó. ¿Preguntas sobre el cielo y la tierra? Fueron hechos. ¿Preguntas sobre las cosas que están en el cielo y la tierra? Ciertamente mucho más también fueron hechas. ¿Preguntas sobre las criaturas espirituales, sobre los ángeles, arcángeles, tronos, dominaciones, virtudes, principados? También fueron hechas. Pues cuando el Salmo enumeraba todas estas cosas, concluyó así: Él dijo, y fueron hechas; él mandó, y fueron creadas (Sal. CXLVIII, 5). Si dijo, y fueron hechas, por el Verbo fueron hechas: pero si por el Verbo fueron hechas, el corazón de Juan no pudo llegar a lo que dijo, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; a menos que hubiera trascendido todas las cosas que fueron hechas por

el Verbo. ¿Qué clase de monte, entonces, cuán santo, cuán alto entre aquellos montes que recibieron paz para el pueblo de Dios, para que los collados pudieran recibir justicia?

6. Mirad, pues, hermanos, no sea que de esos montes sea Juan, de los que cantamos hace poco, Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda. Así que, hermanos míos, si queréis entender, levantad vuestros ojos a este monte; es decir, elevad vuestro entendimiento al Evangelista, elevad vuestro entendimiento a su sentido. Pero porque estos montes reciben paz, no puede estar en paz quien pone su esperanza en el hombre; no levantéis vuestros ojos al monte de tal manera que penséis que vuestra esperanza debe ser colocada en el hombre; y así decid, Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda, para que inmediatamente añadáis, Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Sal. CXX, 1, 2). Así que levantemos nuestros ojos a los montes, de donde vendrá nuestra ayuda: y sin embargo, no son los montes en los que debemos poner nuestra esperanza; porque los montes reciben lo que nos ministran: así que de donde también los montes reciben, allí debemos poner nuestra esperanza. Cuando levantamos nuestros ojos a las Escrituras, porque las Escrituras fueron ministradas por hombres, levantamos nuestros ojos a los montes, de donde vendrá nuestra ayuda: pero sin embargo, porque esos hombres eran quienes escribieron las Escrituras, no brillaban por sí mismos; sino que él era la luz verdadera (Juan I, 9), que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. También era un monte aquel Juan Bautista, quien dijo, No soy yo el Cristo (Ibid., 20): no sea que alguien poniendo su esperanza en el monte, caiga de aquel que ilumina los montes, y él mismo confesó y dijo, Porque de su plenitud todos hemos recibido (Ibid. I, 16). Así debes decir, Levanté mis ojos a los montes, de donde vendrá mi ayuda, para que no atribuyas a los montes la ayuda que te viene; sino que sigas, y digas, Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

7. Por tanto, hermanos, os he advertido de esto, para que cuando elevéis vuestro corazón a las Escrituras, al escuchar el Evangelio, "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios", y las demás cosas que se leyeron, entendáis que habéis levantado los ojos hacia los montes. Porque si estos montes no hablaran, no sabríais de dónde pensar. Así que de los montes os viene la ayuda para que al menos escuchéis esto: pero aún no podéis entender lo que habéis oído. Invocad la ayuda del Señor, que hizo el cielo y la tierra: porque los montes pudieron hablar, pero no pueden iluminar; porque ellos mismos fueron iluminados al escuchar. De allí recibió Juan, hermanos, quien dijo estas cosas, el que se recostaba sobre el pecho del Señor (Juan XIII, 25), y bebía del pecho del Señor lo que nos ofrecía. Pero ofreció palabras; el entendimiento, sin embargo, debes tomarlo de donde él mismo bebió para ofrecértelo: para que levantes los ojos a los montes, de donde te vendrá la ayuda, para que de allí tomes como un cáliz, es decir, la palabra ofrecida; y sin embargo, porque tu ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra, llenes tu pecho de donde él lo llenó: de donde dijiste, "Mi ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra": quien puede, pues, que lo llene. Hermanos, he dicho esto: que cada uno eleve su corazón como lo vea adecuado, y capte lo que se dice. Pero tal vez digáis que yo estoy más presente para vosotros que Dios. Lejos de eso. Él está mucho más presente: pues yo aparezco a vuestros ojos, él preside vuestras conciencias. A mí los oídos, a él el corazón, para que llenéis ambos. He aquí que levantáis vuestros ojos y sentidos corporales hacia nosotros; no hacia nosotros, pues no somos de esos montes, sino hacia el mismo Evangelio, hacia el mismo Evangelista: pero el corazón debe llenarse hacia el Señor. Y cada uno eleve así, para que vea qué eleva, y hacia dónde lo eleva. ¿Qué dije, qué eleva, y hacia dónde lo eleva? Que vea qué tipo de corazón eleva; porque lo eleva hacia el Señor: no sea que, cargado con el peso del placer carnal, caiga antes de ser elevado. Pero si alguien ve que lleva la carga de la carne, que se esfuerce por la continencia,

para purificar lo que eleva a Dios. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8).

8. Pues bien, ¿de qué sirve que hayan sonado las palabras, "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios"? Y nosotros dijimos palabras al hablar. ¿Acaso era tal Verbo con Dios? ¿No sonaron y pasaron las cosas que dijimos? ¿Acaso también el Verbo de Dios sonó y se acabó? ¿Cómo es que todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada? ¿Cómo se gobierna por él lo que fue creado por él, si sonó y pasó? ¿Qué tipo de Verbo es entonces el que se dice y no pasa? Prestad atención, caridad vuestra: es algo grande. Las palabras se han vuelto comunes para nosotros al decirlas diariamente, porque al sonar y pasar, las palabras se han vuelto comunes, y no parecen ser más que palabras. Hay una palabra también en el hombre, que permanece dentro: pues el sonido sale de la boca. Hay una palabra que verdaderamente se dice espiritualmente, aquello que entiendes del sonido, no el mismo sonido. He aquí que digo la palabra, cuando digo, Dios. ¡Qué breve es lo que dije, cuatro letras y dos sílabas! ¿Acaso esto es todo Dios, cuatro letras y dos sílabas? ¿O tan vil como esto es, tan precioso es lo que se entiende en ellas? ¿Qué ocurrió en tu corazón cuando escuchaste, Dios? ¿Qué ocurrió en mi corazón cuando dije, Dios? Se pensó en una sustancia grande y suprema, que trasciende toda criatura mutable, carnal y animal. Y si te digo, ¿Dios es mutable o inmutable? Responderás de inmediato, Lejos de mí creer o sentir que Dios es mutable: Dios es inmutable. Tu alma, aunque pequeña, aunque tal vez aún carnal, no pudo responderme sino que Dios es inmutable; pero toda criatura es mutable: ¿cómo pudiste entonces vislumbrar aquello que está sobre toda criatura, para responderme con certeza que Dios es inmutable? ¿Qué es entonces aquello en tu corazón, cuando piensas en una sustancia viva, perpetua, omnipotente, infinita, presente en todas partes, toda en todas partes, en ninguna parte encerrada? Cuando piensas en estas cosas, esta es la palabra de Dios en tu corazón. Pero, ¿acaso esto es el sonido que consta de cuatro letras y dos sílabas? Por tanto, todo lo que se dice y pasa, son sonidos, letras, sílabas. Esta palabra pasa, la que suena: pero lo que el sonido significó, y está en el que lo pensó al decirlo, y en el que lo entendió al escucharlo, esto permanece con los sonidos que pasan.

9. Vuelve tu mente a esa palabra. Si tú puedes tener una palabra en tu corazón, como un consejo nacido en tu mente, para que tu mente engendre un consejo, y el consejo esté en ella como una prole de tu mente, como un hijo de tu corazón. Pues primero el corazón genera el consejo, para que construyas alguna obra, emprendas algo grande en la tierra; ya ha nacido el consejo, y la obra aún no está completa: ves tú lo que vas a hacer; pero otro no se asombra, sino cuando has hecho y construido la estructura, y has llevado esa obra a la escultura y perfección: los hombres contemplan la obra maravillosa, y se asombran del consejo del constructor; se asombran de lo que ven, y aman lo que no ven: ¿quién puede ver el consejo? Si entonces de una gran obra se alaba el consejo humano, ¿quieres ver qué tipo de consejo es el de Dios, el Señor Jesucristo, es decir, el Verbo de Dios? Observa esta obra del mundo; ve lo que ha sido hecho por el Verbo, y entonces conocerás qué tipo de Verbo es. Observa estos dos cuerpos del mundo, el cielo y la tierra: ¿quién puede explicar con palabras el ornamento del cielo? ¿quién puede explicar con palabras la fecundidad de la tierra? ¿quién puede alabar dignamente las estaciones? ¿quién puede alabar dignamente el poder de las semillas? Veis lo que callo, para no decir poco al recordar mucho, que tal vez podéis pensar. Por tanto, de esta obra, considerad qué tipo de Verbo es por el cual fue hecha: y no solo fue hecha. Todas estas cosas se ven, porque pertenecen al sentido del cuerpo. Por ese Verbo también fueron hechos los Ángeles; por ese Verbo también fueron hechos los Arcángeles; Potestades, Tronos, Dominaciones, Principados; por ese Verbo fueron hechas todas las cosas: de aquí pensad qué tipo de Verbo es.

10. Ahora tal vez alguien me responde: ¿Y quién piensa en este Verbo? No te formes, entonces, algo vil cuando escuchas Verbo, y no compares las palabras que escuchas diariamente, Él dijo tales palabras, tales palabras habló, tales palabras me cuentas: pues al decir constantemente los nombres de las palabras, las palabras se han vuelto comunes. Y cuando escuchas, "En el principio era el Verbo", no pienses en algo vil, como estás acostumbrado a pensar cuando sueles escuchar palabras humanas, escucha qué debes pensar: "Dios era el Verbo".

11. Que salga ahora algún infiel arriano, y diga que el Verbo de Dios fue hecho. ¿Cómo puede ser que el Verbo de Dios haya sido hecho, cuando Dios hizo todas las cosas por el Verbo? Si también el mismo Verbo de Dios fue hecho, ¿por qué otro Verbo fue hecho? Si dices que hay un Verbo del Verbo, por el cual fue hecho aquel, yo digo que es el único Hijo de Dios. Pero si no dices Verbo del Verbo, concede que no fue hecho por el cual todas las cosas fueron hechas. Pues no pudo hacerse por sí mismo, por el cual todas las cosas fueron hechas: cree, entonces, al Evangelista. Pues pudo decir, "En el principio hizo Dios el Verbo": como dijo Moisés, "En el principio hizo Dios el cielo y la tierra"; y todo lo enumera así, "Dijo Dios, Sea hecho, y fue hecho" (Gén. I). Si dijo, ¿quién dijo? Sin duda Dios. ¿Y qué fue hecho? Alguna criatura. Entre Dios que dice y la criatura hecha, ¿qué hay por lo cual fue hecho, sino el Verbo? porque dijo Dios, Sea hecho, y fue hecho. Este Verbo es inmutable: aunque las cosas mutables se hagan por el Verbo, él mismo es inmutable.

12. No creas, entonces, que fue hecho por el cual todas las cosas fueron hechas: no sea que no seas restaurado por el Verbo, por el cual todas las cosas son restauradas. Pues ya has sido hecho por el Verbo, pero es necesario que seas restaurado por el Verbo: si, sin embargo, tu fe es mala sobre el Verbo, no podrás ser restaurado por el Verbo. Y si te ocurrió ser hecho por el Verbo, para que por él fueras hecho, por ti mismo decaes: si por ti mismo decaes, que él te restaure quien te hizo: si por ti mismo te haces peor, que él te recree quien te creó. Pero, ¿cómo te recreará por el Verbo, si sientes algo malo sobre el Verbo? El Evangelista dice, "En el principio era el Verbo"; y tú dices, "En el principio fue hecho el Verbo". Él dice, "Todas las cosas fueron hechas por él"; y tú dices que también el mismo Verbo fue hecho. Pudo decir el Evangelista, "En el principio fue hecho el Verbo": pero ¿qué dice? "En el principio era el Verbo". Si era, no fue hecho, para que todas estas cosas fueran hechas por él, y sin él nada. Si, entonces, "era en el principio el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios": si no puedes pensar qué es, pospón para que crezcas. Él es alimento, toma leche para que te nutras, para que seas fuerte para tomar el alimento.

13. Ciertamente, hermanos, lo que sigue, "Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada", ved que no penséis así, que nada es algo. Pues muchos suelen entender mal, "sin él no se hizo nada", y pensar que nada es algo. El pecado ciertamente no fue hecho por él: y es evidente que el pecado no es nada, y los hombres se vuelven nada cuando pecan. Y el ídolo no fue hecho por el Verbo: tiene ciertamente una forma humana, pero el mismo hombre fue hecho por el Verbo; pues la forma del hombre en el ídolo, no fue hecha por el Verbo; y está escrito, "Sabemos que el ídolo no es nada" (1 Cor. VIII, 4). Por tanto, estas cosas no fueron hechas por el Verbo; pero todo lo que fue hecho naturalmente, todo lo que está en las criaturas, todo lo que está fijo en el cielo, lo que brilla arriba, lo que vuela bajo el cielo, y lo que se mueve en toda la naturaleza de las cosas, toda criatura: lo diré más claramente, lo diré, hermanos, para que entendáis, desde el ángel hasta el gusano. ¿Qué es más noble que el ángel en las criaturas? ¿Qué es más bajo que el gusano en las criaturas? Por quien fue hecho el ángel, por él mismo fue hecho el gusano: pero el ángel es digno del cielo, el gusano de la tierra. Quien creó, él mismo dispuso. Si pusiera al gusano en el cielo, lo reprocharías; si quisiera que los Ángeles nacieran de carnes putrefactas, lo reprocharías: y sin embargo, Dios

hace algo cercano a esto, y no es reprochable. Pues todos los hombres naciendo de la carne, ¿qué son sino gusanos? y de gusanos hace Ángeles. Pues si el mismo Señor dice, "Pero yo soy un gusano, y no un hombre" (Sal. XXI, 7); ¿quién duda en decir lo que está escrito también en Job, "Cuánto más el hombre es podredumbre, y el hijo del hombre gusano" (Job XXV, 6)? Primero dijo, "el hombre es podredumbre"; y luego, "el hijo del hombre gusano": porque el gusano nace de la podredumbre, por eso "el hombre es podredumbre", y "el hijo del hombre gusano". He aquí lo que quiso hacerse por ti, aquello que "en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios". ¿Por qué se hizo esto por ti? Para que succionaras, quien no podías comer. Por tanto, hermanos, así tomad, "Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada". Pues toda criatura fue hecha por él, mayor, menor: por él fueron hechas las cosas superiores, inferiores; espiritual, corporal, por él fueron hechas. Pues ninguna forma, ninguna estructura, ninguna concordia de partes, ninguna sustancia cualquiera que pueda tener peso, número, medida, sino por ese Verbo es, y de ese Verbo creador, a quien se dijo, "Todo en medida, y número, y peso dispusiste" (Sab. XI, 21).

14. Que nadie os engañe, cuando tal vez sufráis tedio por las moscas. Pues algunos han sido burlados por el diablo, y han sido atrapados por las moscas. Pues los cazadores suelen poner moscas en las trampas, para engañar a las aves hambrientas: así también estos han sido engañados por el diablo con las moscas. Pues no sé quién sufría tedio por las moscas: lo encontró un maniqueo afectado por el tedio; y cuando decía que no podía soportar las moscas y las odiaba vehementemente, de inmediato él, ¿Quién hizo estas? Y porque estaba afectado por el tedio, y las odiaba, no se atrevió a decir, Dios las hizo: pero era católico. Él de inmediato añadió: Si Dios no las hizo, ¿quién las hizo? Claro, dijo él, yo creo que el diablo hizo las moscas. Y él de inmediato: Si el diablo hizo la mosca, como te veo confesar, porque prudentemente entiendes, ¿quién hizo la abeja, que es un poco más grande que la mosca? No se atrevió a decir que Dios hizo la abeja, y no hizo la mosca; porque la cosa era cercana. De la abeja lo llevó a la langosta, de la langosta al lagarto, del lagarto al ave, del ave al ganado, de allí al buey, de allí al elefante, finalmente al hombre; y persuadió al hombre de que no fue hecho por Dios. Así, el pobre hombre, cuando sufrió tedio por las moscas, se convirtió en una mosca, para que el diablo lo poseyera. Pues Beelzebub se dice que significa príncipe de las moscas: de las cuales está escrito, "Las moscas muertas exterminan el aceite de suavidad" (Ecl. X, 1).

15. ¿Qué, entonces, hermanos? ¿Por qué dije esto? Cerrad los oídos de vuestro corazón contra los engaños del enemigo; entended que Dios hizo todas las cosas, y las colocó en sus grados. ¿Por qué sufrimos muchos males de la criatura que Dios hizo? Porque ofendimos a Dios. ¿Acaso los Ángeles sufren estas cosas? Tal vez nosotros tampoco temeríamos estas cosas en esta vida. Acusa a tu pecado de tu castigo, no al juez. Pues por nuestra soberbia instituyó Dios esta criatura mínima y despreciable, para que ella nos atormentara: para que cuando el hombre se enorgullezca, y se jacte contra Dios; y, siendo mortal, aterrorice a un mortal; y, siendo hombre, no reconozca al hombre próximo; cuando se eleve, se someta a las pulgas. ¿Qué es lo que te infla, soberbia humana? Un hombre te dijo un insulto, y temiste, y te enojaste; resiste a las pulgas para dormir: reconoce quién eres. Pues para que sepáis, hermanos, por nuestra soberbia para ser domada fueron creadas estas cosas, que nos fueran molestas: pudo Dios domar al pueblo soberbio de Faraón con osos, con leones, con serpientes; les envió moscas y ranas (Éxodo VIII, 6, 24), para que con cosas viles se domara la soberbia.

16. Por tanto, hermanos, todas las cosas, todas absolutamente, fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada. Pero, ¿cómo fueron hechas todas las cosas por él? Lo que fue hecho, en él está la vida. Pues puede decirse así, "Lo que fue hecho en él, vida es": por tanto, todo es vida,

si así lo pronunciamos. Pues, ¿qué no fue hecho en él? Pues él mismo es la Sabiduría de Dios; y se dice en el Salmo, "Todo en Sabiduría hiciste" (Sal. CIII, 24). Si, entonces, Cristo es la Sabiduría de Dios, y el Salmo dice, "Todo en Sabiduría hiciste"; todo como fue hecho por él, así fue hecho en él. Si, entonces, todo en él, hermanos carísimos, y lo que en él fue hecho, vida es; entonces también la tierra es vida, entonces también el árbol es vida. Decimos ciertamente árbol de vida, pero según el entendimiento del árbol de la cruz, de donde recibimos vida. Entonces también la piedra es vida. Es deshonesto entenderlo así, no sea que nuevamente nos invada la misma secta maniquea más sucia, y diga que la piedra tiene vida, y que la pared tiene alma, y que la cuerda tiene alma, y que la lana y la vestidura. Suelen decir delirando, y cuando han sido reprimidos y rechazados, como si trajeran de las Escrituras diciendo: ¿Por qué se dijo, "Lo que fue hecho en él, vida es"? Pues si todo fue hecho en él, todo es vida. No te dejes llevar: pronuncia así, "Lo que fue hecho"; aquí haz una pausa, y luego añade, "en él está la vida". ¿Qué es esto? Se hizo la tierra, pero la misma tierra que fue hecha, no es vida: pero en la misma Sabiduría está espiritualmente una cierta razón por la cual la tierra fue hecha; esta es vida.

17. ¿Cómo puedo, os diré, Caridad vuestra. Un artesano hace un arca. Primero, en su arte tiene el arca: pues si en su arte no tuviera el arca, ¿de dónde la sacaría fabricándola? Pero el arca está en el arte de tal manera que no es el mismo arca que se ve con los ojos. En el arte está invisiblemente, en la obra será visible. He aquí que está hecha en la obra; ¿acaso ha dejado de estar en el arte? Y aquella está hecha en la obra, y aquella permanece en el arte: pues puede ese arca pudrirse, y de nuevo fabricarse otra de la que está en el arte. Observad, pues, el arca en el arte, y el arca en la obra. El arca en la obra no es vida, el arca en el arte es vida; porque vive el alma del artesano, donde están todas estas cosas antes de que se manifiesten. Así, pues, hermanos amadísimos, porque la Sabiduría de Dios, por la cual fueron hechas todas las cosas, contiene todas las cosas según el arte, antes de fabricarlas todas; de aquí que las cosas que se hacen por ese arte, no son inmediatamente vida, pero todo lo que ha sido hecho, vida en él es. Ves la tierra; está en el arte la tierra: ves el cielo; está en el arte el cielo: ves el sol y la luna; también están en el arte: pero afuera son cuerpos, en el arte son vida. Ved, si de alguna manera podéis; pues se ha dicho una gran cosa: y si no por mí grande, o no por mí grande, sin embargo por uno grande. Pues no por mí pequeño se han dicho estas cosas: sino que él no es pequeño a quien miro, para decir. Que cada uno capte como pueda, en cuanto pueda: y quien no pueda, alimente el corazón, para que pueda. ¿De dónde alimentarse? Aliméntese de leche, para que llegue al alimento. No se aparte de Cristo nacido según la carne, hasta que llegue a Cristo nacido del único Padre, el Verbo Dios junto a Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas: porque esa vida es, que en él es la luz de los hombres.

18. Pues sigue, Y la vida era la luz de los hombres; y de esa vida los hombres son iluminados. Los animales no son iluminados, porque los animales no tienen mentes racionales que puedan ver la sabiduría. Pero el hombre fue hecho a imagen de Dios, tiene una mente racional por la cual puede percibir la sabiduría. Por tanto, esa vida por la cual fueron hechas todas las cosas, esa misma vida es luz: y no de cualquier animal, sino luz de los hombres. Por eso dice poco después, Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Por esa luz fue iluminado Juan el Bautista; por ella también el mismo Juan el evangelista. De esa luz estaba lleno quien dijo: No soy yo el Cristo; sino el que viene después de mí, de quien no soy digno de desatar la correa del calzado (Juan 1, 9, 20, 27). Por esa luz fue iluminado quien dijo, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Por tanto, esa vida es luz de los hombres.

19. Pero tal vez los corazones necios aún no pueden captar esa luz, porque están agobiados por sus pecados, de modo que no pueden verla. No piensen por eso que la luz está ausente, porque no pueden verla: pues ellos mismos son tinieblas por sus pecados. Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Así que, hermanos, como un hombre colocado en el sol ciego, el sol está presente para él, pero él está ausente del sol; así todo necio, todo inicuo, todo impío, es ciego de corazón. La sabiduría está presente, pero aunque está presente con el ciego, está ausente de sus ojos: no porque ella esté ausente de él, sino porque él está ausente de ella. ¿Qué debe hacer entonces este? Limpiar de donde pueda ser visto Dios. Como si no pudiera ver porque tuviera los ojos sucios y heridos, por el polvo, la mucosidad o el humo, le diría el médico: Limpia de tu ojo todo lo malo, para que puedas ver la luz de tus ojos. El polvo, la mucosidad, el humo, son pecados e iniquidades; quita de allí todas estas cosas, y verás la sabiduría que está presente: porque Dios es esa sabiduría; y se ha dicho, Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mateo 5, 8).

TRACTATUS II. De lo que está escrito, Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan, etc., hasta, lleno de gracia y de verdad. Cap. 1, V. 6-14.

1. Es bueno, hermanos, que tratemos el texto de las Escrituras divinas, y especialmente del santo Evangelio, sin omitir ningún lugar, en la medida de nuestras posibilidades; y que nos alimentemos según nuestra capacidad, y os ministremos de lo que también nosotros nos alimentamos. Recordamos que el primer capítulo fue tratado el pasado domingo, es decir, «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada. Lo que se hizo, en él era vida; y la vida era la luz de los hombres; y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron.» Hasta aquí creo que fue tratado: recordad todos los que estuvisteis presentes; y los que no estuvisteis, creednos a nosotros, y a los que quisieron estar presentes. Ahora, pues, porque no podemos siempre repetir todo, por aquellos que quieren escuchar lo que sigue, y es una carga para ellos si se repiten las cosas anteriores con detrimento de las posteriores; que se dignen también los que no estaban presentes no exigir lo pasado, sino escuchar lo presente con los que estaban presentes.

2. Sigue, Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Pues las cosas que se dijeron anteriormente, hermanos amadísimos, sobre la divinidad de Cristo se dijeron de manera inefable, y casi inefablemente. ¿Quién podrá captar, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios? Y para que no te parezca vil el nombre del Verbo, por la costumbre de las palabras cotidianas, Y el Verbo era Dios. Este Verbo es el mismo, del que hablamos mucho ayer: y el Señor ha concedido que al menos hablando hayamos llevado algo a vuestros corazones. En el principio era el Verbo. Es el mismo, de la misma manera es; como es, siempre así es; no puede cambiar: esto es es. Lo que dijo su nombre a su siervo Moisés: Yo soy el que soy; y, Me envió el que es (Éxodo 3, 14). ¿Quién, pues, captará esto, cuando veáis todas las cosas mortales cambiantes; cuando veáis no solo los cuerpos variarse por cualidades, naciendo, creciendo, decayendo, muriendo, sino también las mismas almas distenderse y desgarrarse por el afecto de diversas voluntades: cuando veáis a los hombres poder percibir la sabiduría, si se acercan a esa luz y calor; y poder perder la sabiduría, si se alejan de ella con mal afecto? Cuando veáis, pues, todas estas cosas ser cambiantes; ¿qué es lo que es, sino lo que trasciende todas las cosas que son así para no ser? ¿Quién, pues, captará esto? ¿O quién, de cualquier manera que intente las fuerzas de su mente, para alcanzar como pueda lo que es, a lo que de alguna manera ha tocado con la mente, pueda llegar? Pues es como si alguien viera de lejos la patria, y el mar se interpusiera; ve a dónde ir, pero no tiene por dónde ir. Así queremos llegar a esa estabilidad nuestra donde lo que es es, porque esto solo siempre es así como es, el mar de este siglo se interpone por donde vamos, aunque ya

vemos a dónde vamos: pues muchos ni siquiera ven a dónde van. Para que, pues, haya por dónde ir, vino de allí a quien queríamos ir. ¿Y qué hizo? Estableció un madero por el cual atravesar el mar. Nadie puede atravesar el mar de este siglo, sino llevado por la cruz de Cristo. Esta cruz a veces la abraza incluso el de ojos débiles: y quien no ve de lejos a dónde ir, no se aparte de ella, y ella lo llevará.

3. Así que, hermanos míos, esto insinuaré a vuestros corazones: si queréis vivir piadosa y cristianamente, adheríos a Cristo según lo que por nosotros se hizo, para que lleguéis a él según lo que es, y según lo que era. Se acercó, para que por nosotros se hiciera esto; porque esto por nosotros se hizo, donde son llevados los débiles, y atraviesan el mar del siglo, y llegan a la patria; donde ya no será necesaria la nave, porque ningún mar se atraviesa. Es mejor, pues, no ver con la mente lo que es, y sin embargo no apartarse de la cruz de Cristo, que ver eso con la mente, y despreciar la cruz de Cristo. Es bueno sobre esto y óptimo, si es posible, que se vea a dónde se debe ir, y se mantenga lo que lleva al que va. Esto pudieron las grandes mentes de los montes, que son llamados montes, a quienes especialmente ilumina la luz de la justicia: pudieron, y vieron lo que es. Pues viendo Juan decía, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Vieron esto, y para llegar a lo que veían de lejos, no se apartaron de la cruz de Cristo, y no despreciaron la humildad de Cristo. Pero los pequeños que no pueden entender esto, no apartándose de la cruz y pasión y resurrección de Cristo, en esa nave son llevados a lo que no ven, en la cual nave llegan también aquellos que ven.

4. Pero algunos filósofos de este mundo han existido, e investigaron al Creador por la criatura: porque puede encontrarse por la criatura, diciendo claramente el Apóstol, Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, son vistas, entendidas por las cosas hechas; su eterna virtud y divinidad, para que sean inexcusables. Y sigue, Porque habiendo conocido a Dios: no dijo, Porque no conocieron; sino, Porque habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su insensato corazón fue oscurecido. ¿De dónde fue oscurecido? Sigue, y dice más claramente: Diciendo ser sabios, se hicieron necios (Romanos 1, 20-22). Vieron a dónde debían ir: pero ingratos a quien les concedió lo que vieron, quisieron atribuirse a sí mismos lo que vieron; y hechos soberbios perdieron lo que veían, y se volvieron de allí a los ídolos y simulacros y a los cultos de los demonios, adorando a la criatura, y despreciando al Creador. Pero ya estos hicieron esto al ser derribados: para que fueran derribados, se hicieron soberbios; y cuando se hicieron soberbios, dijeron ser sabios. Estos, pues, de quienes dijo, Que habiendo conocido a Dios, vieron esto que dice Juan, que por el Verbo de Dios fueron hechas todas las cosas. Pues se encuentran también estas cosas en los libros de los filósofos: y que Dios tiene un Hijo unigénito, por quien son todas las cosas. Pudieron ver lo que es, pero lo vieron de lejos: no quisieron mantener la humildad de Cristo, en la cual nave seguros llegarían a lo que de lejos pudieron ver; y les pareció vil la cruz de Cristo. El mar debe ser atravesado, y desprecias el madero? ¡Oh sabiduría soberbia! te burlas del Cristo crucificado; él es a quien viste de lejos: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios. Pero ¿por qué fue crucificado? Porque el madero de su humildad te era necesario. Pues te habías hinchado de soberbia, y habías sido arrojado lejos de esa patria; y con las olas de este siglo se interrumpió el camino, y no hay por dónde pasar a la patria, sino que seas llevado por el madero. ¡Ingrato, te burlas de quien vino a ti para que regreses! Él mismo se hizo camino, y esto por el mar: de allí caminó sobre el mar, para mostrar que hay camino en el mar. Pero tú, que no puedes caminar sobre el mar como él, sé llevado por la nave, sé llevado por el madero: cree en el crucificado, y podrás llegar. Por ti fue crucificado, para enseñar humildad; y porque si viniera como Dios, no sería reconocido. Pues si viniera como Dios, no vendría a

aquellos que no podían ver a Dios. Pues según lo que es Dios, ni viene, ni se va; siendo presente en todas partes, y no contenido en ningún lugar. Pero ¿según qué vino? Lo que apareció hombre.

5. Porque, pues, era hombre de tal manera que en él se ocultaba Dios, fue enviado antes de él un gran hombre, por cuyo testimonio se encontrara más que hombre. ¿Y quién es este? Fue un hombre. ¿Y cómo podría este decir la verdad de Dios? Enviado por Dios. ¿Cómo se llamaba? Cuya nombre era Juan. ¿Para qué vino? Este vino como testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. ¿Qué clase de persona era este que daba testimonio de la luz? Algo grande este Juan, un gran mérito, una gran gracia, una gran altura! Admira, ciertamente admira; pero como una montaña. Pero la montaña está en tinieblas, a menos que sea vestida de luz. Por tanto, admira a Juan como montaña. Pero levántate hacia aquel que ilumina la montaña, que fue erigida para recibir primero los rayos, y anunciar a tus ojos. Por tanto, no era él la luz.

6. ¿Por qué, entonces, vino? Sino para dar testimonio de la luz. ¿Para qué esto? Para que todos creyeran por él. ¿Y de qué luz daba testimonio? Era la luz verdadera. ¿Por qué se añadió, verdadera? Porque también el hombre iluminado se dice luz; pero la verdadera luz es aquella que ilumina. Pues también nuestros ojos se llaman luces; y sin embargo, a menos que o por la noche se encienda una lámpara, o por el día salga el sol, estas luces están abiertas en vano. Así, pues, también Juan era luz, pero no la verdadera luz: porque no iluminado, tinieblas; pero por la iluminación se hizo luz. Pero si no fuera iluminado, era tinieblas, como todos los impíos, a quienes ya creyendo dijo el Apóstol, Fuisteis en otro tiempo tinieblas. Pero ahora porque habían creído, ¿qué? Ahora sois luz, dice, en el Señor (Efesios 5, 8). Si no añadiera, en el Señor, no entenderíamos. Luz, dice, en el Señor: tinieblas no en el Señor erais. Pues fuisteis en otro tiempo tinieblas: allí no añadió, en el Señor. Por tanto, tinieblas en vosotros, luz en el Señor. Así también él no era la luz, sino para dar testimonio de la luz.

7. ¿Dónde, pues, está esa luz? Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Si a todo hombre que viene, también a Juan mismo. Por tanto, él iluminaba, de quien quería ser mostrado. Entienda vuestra Caridad: pues venía a mentes enfermas, a corazones heridos, a la agudeza del alma llagada. Para esto había venido. ¿Y de dónde podría el alma ver lo que es perfectamente? Como a menudo sucede que en algún cuerpo iluminado se reconoce que ha salido el sol, que no podemos ver con los ojos. Pues también quienes tienen los ojos heridos, son capaces de ver una pared iluminada e iluminada por el sol, o una montaña o un árbol, o algo así son capaces de ver; y en otro iluminado se les muestra el orto de aquel, al que aún menos idónea agudeza tienen para ver. Así, pues, todos aquellos a quienes Cristo había venido, eran menos idóneos para verlo: iluminó a Juan; y por él confesando que fue iluminado y que fue iluminado, no quien iluminara e iluminara, fue conocido aquel que ilumina, fue conocido aquel que ilumina, fue conocido quien llena. ¿Y quién es? Que ilumina, dice, a todo hombre que viene al mundo. Pues si no se apartara de allí, no sería iluminado: pero por eso aquí iluminado, porque de allí se apartó, donde el hombre siempre podía ser iluminado.

8. ¿Qué, pues? Si vino aquí, ¿dónde estaba? En este mundo estaba. Y aquí estaba, y aquí vino: aquí estaba por la divinidad; aquí vino por la carne: porque estando aquí por la divinidad, no podía ser visto por los necios y ciegos e inicuos. Ellos mismos son tinieblas de quienes se dijo, La luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan 1, 5). He aquí que está aquí y ahora, y aquí estaba, y siempre está aquí; y nunca se va, en ningún lugar se va. Es necesario que tengas de dónde ver lo que nunca se va de ti; es necesario que tú no te apartes de aquel que nunca se va; es necesario que tú no lo abandones, y no serás

abandonado. No caigas, y no te caerá. Si tú haces la caída, él te hace la caída: pero si tú estás, está presente para ti. Pero no te mantuviste: recuerda de dónde caíste, de dónde te arrojó quien primero cayó. Pues te arrojó, no por fuerza, no por impulso, sino por tu voluntad. Pues si no consintieras en el mal, estarías, iluminado permanecerías. Pero ahora porque ya caíste, y te hiciste herido de corazón, de donde puede ser vista esa luz, vino a ti tal como pudieras ver; y se mostró hombre de tal manera, que de hombre buscara testimonio. De hombre busca testimonio Dios, y Dios tiene testigo hombre; tiene Dios testigo hombre, pero por el hombre: ¡tan débiles somos! Por la lámpara buscamos el día: porque lámpara fue llamado el mismo Juan, diciendo el Señor: Él era lámpara ardiente y luminosa, y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz; pero yo tengo testimonio mayor que Juan (Juan 5, 35, 36).

9. Por lo tanto, muestra que quiso ser manifestado a los hombres por medio de la lámpara para la fe de los creyentes, para que por esa misma lámpara sus enemigos fueran confundidos. Aquellos enemigos que lo tentaban y decían: "Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas?" Él respondió: "Yo también os haré una pregunta: decidme, ¿el bautismo de Juan, era del cielo o de los hombres?" Y se turbaron, y dijeron entre sí: "Si decimos del cielo, nos dirá: '¿Por qué entonces no le creísteis?' (porque él había dado testimonio de Cristo y había dicho: 'No soy yo el Cristo, sino él' [Juan 1, 20-27]). Pero si decimos que es de los hombres, tememos al pueblo, no sea que nos apedreen, porque tenían a Juan como profeta." Temiendo la lapidación, pero temiendo más la confesión de la verdad, respondieron con una mentira a la verdad; y la iniquidad mintió para sí misma (Salmo 26, 12). Dijeron: "No sabemos." Y el Señor, porque ellos mismos se cerraron, negando saber lo que conocían, tampoco les reveló, porque no llamaron. Pues está dicho: "Llamad, y se os abrirá" (Mateo 7, 7). No solo no llamaron para que se les abriera, sino que, al negar, cerraron la puerta contra sí mismos. Y el Señor les dijo: "Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas" (Mateo 21, 23-27, Marcos 11, 28-33, y Lucas 20, 2-8). Y fueron confundidos por Juan; y se cumplió en ellos: "Preparé una lámpara para mi Cristo; a sus enemigos los vestiré de confusión" (Salmo 131, 17-18).

10. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él. No pienses que estaba en el mundo como la tierra está en el mundo, como el cielo está en el mundo, como el sol, la luna y las estrellas están en el mundo, como los árboles, los animales, los hombres están en el mundo. No estaba así en el mundo. ¿Pero cómo estaba? Como un artífice, gobernando lo que hizo. No hizo como hace un carpintero. El arca que hace está fuera de él, y está colocada en otro lugar mientras se fabrica; y aunque esté cerca, él se sienta en otro lugar, y está fuera de lo que fabrica: pero Dios, infundido en el mundo, fabrica, está en todas partes y no se aleja a ningún lugar, no está fuera como si moviera desde fuera la masa que fabrica. Con la presencia de su majestad hace lo que hace; con su presencia gobierna lo que hizo. Así estaba en el mundo, como aquel por quien el mundo fue hecho. Porque por él fue hecho el mundo, y el mundo no lo conoció.

11. ¿Qué significa "el mundo fue hecho por él"? Cielo, tierra, mar y todo lo que hay en ellos se llama mundo. Nuevamente, en otro sentido, los amantes del mundo se llaman mundo. El mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció. ¿Acaso los cielos no conocieron a su Creador, o los ángeles no conocieron a su Creador, o las estrellas no conocieron a su Creador, a quien los demonios confiesan? Todo por todas partes dio testimonio. Pero, ¿quiénes no lo conocieron? Aquellos que, amando el mundo, fueron llamados mundo. Porque habitamos en el corazón amando: y amando, merecieron ser llamados así como aquel en quien habitaban. Como decimos, "Mala es esa casa" o "Buena es esa casa": no acusamos las paredes en la que decimos que es mala, ni alabamos las paredes en la que decimos que es buena; sino que

llamamos mala a la casa por los malos habitantes, y buena por los buenos habitantes. Así también el mundo, quienes habitan amando el mundo. ¿Quiénes son? Quienes aman el mundo: ellos habitan en el mundo con el corazón. Porque quienes no aman el mundo, están en el mundo con la carne; pero habitan en el cielo con el corazón, como dice el Apóstol: "Nuestra ciudadanía está en los cielos" (Filipenses 3, 20). Por lo tanto, el mundo fue hecho por él, y el mundo no lo conoció.

12. A lo suyo vino: porque todo esto fue hecho por él. Y los suyos no lo recibieron. ¿Quiénes son los suyos? Los hombres que hizo. Los judíos que primero hizo ser sobre todas las naciones. Porque las otras naciones adoraban ídolos y servían a demonios; pero ese pueblo había nacido de la semilla de Abraham: y ellos eran especialmente suyos; porque también por la carne que se dignó asumir, eran parientes. A lo suyo vino, y los suyos no lo recibieron. ¿No lo recibieron en absoluto, nadie lo recibió? ¿Entonces nadie fue salvo? Porque nadie será salvo, sino quien reciba a Cristo que viene.

13. Pero añadió: "Mas a todos los que le recibieron." ¿Qué les concedió? ¡Gran benevolencia! ¡Gran misericordia! Nació único, y no quiso permanecer solo. Muchos hombres, cuando no tienen hijos, adoptan en su vejez; y hacen por voluntad lo que no pudieron por naturaleza: esto hacen los hombres. Pero si alguien tiene un hijo único, se alegra más por él; porque será el único poseedor de todo, y no tendrá con quién dividir la herencia, para que no quede más pobre. No así Dios: al mismo Unigénito que engendró, y por quien creó todas las cosas, lo envió a este mundo, para que no fuera uno solo, sino que tuviera hermanos adoptados. Porque no nacimos de Dios como el Unigénito, sino que fuimos adoptados por su gracia. Él vino como Unigénito a liberar los pecados, en los que estábamos implicados, para que no nos adoptara por el impedimento de ellos: a quienes quería hacer hermanos, él mismo los liberó, y los hizo coherederos. Así dice el Apóstol: "Si hijo, también heredero por Dios" (Gálatas 4, 7); y de nuevo, "Heredero de Dios, coheredero de Cristo" (Romanos 8, 17). No temió tener coherederos; porque su herencia no se hace estrecha si muchos la poseen. Ciertamente, aquellos mismos al poseerlo se convierten en su herencia, y él a su vez se convierte en su herencia. Escucha cómo ellos se convierten en su herencia: "El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy. Pídeme, y te daré las naciones por herencia" (Salmo 2, 7-8). ¿Cómo se convierte él en su herencia? Dice en el Salmo: "El Señor es la porción de mi herencia y de mi copa" (Salmo 15, 5). Y poseámoslo nosotros, y él nos posea: él nos posea como Señor; nosotros lo poseamos como salvación, lo poseamos como luz. ¿Qué, entonces, dio a los que lo recibieron? Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre: para que tomen el árbol y crucen el mar.

14. ¿Y cómo nacen ellos? Estos que se convierten en hijos de Dios y hermanos de Cristo, ciertamente nacen. Porque si no nacen, ¿cómo pueden ser hijos? Pero los hijos de los hombres nacen de carne y sangre, y de la voluntad del hombre, y del abrazo del matrimonio. ¿Cómo nacen ellos de él? No de sangre: como de varón y mujer. "Sanguina" no es latín: pero porque en griego está en plural, prefirió el traductor ponerlo así, y hablar menos latín según los gramáticos, y sin embargo explicar la verdad según el oído de los débiles. Porque si dijera "sangre" en singular, no explicaría lo que quería: porque los hombres nacen de sangre de varón y mujer. Digamos, entonces, no temamos las varas de los gramáticos; mientras lleguemos a la verdad sólida y más segura. Reprende quien entiende, ingrato porque entendió. No de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de hombre. Puso carne por mujer: porque cuando fue hecha de la costilla, Adán dijo: "Esto es ahora hueso de mis huesos, y carne de mi carne" (Génesis 2, 23); y el Apóstol dice: "El que ama a su esposa, se ama a sí mismo; porque nadie aborreció jamás su propia carne" (Efesios 5, 28-29). Se pone carne por esposa, como a veces espíritu por marido. ¿Por qué? Porque él gobierna, ella es gobernada: él

debe mandar, ella servir. Porque donde la carne manda, y el espíritu sirve, la casa está pervertida. ¿Qué peor que una casa donde la mujer tiene dominio sobre el hombre? Pero la casa está recta donde el hombre manda, y la mujer obedece. Así también el hombre está recto, donde el espíritu manda, y la carne sirve.

15. Estos, por tanto, no nacen de voluntad de carne, ni de voluntad de hombre, sino de Dios. Para que los hombres nacieran de Dios, primero Dios nació de ellos. Porque Cristo es Dios, y Cristo nació de los hombres. No buscó sino madre en la tierra, porque ya tenía padre en el cielo: nacido de Dios, por quien fuéramos hechos; y nacido de mujer, por quien fuéramos restaurados. No te maravilles, pues, oh hombre, de que te hagas hijo por gracia, porque naces de Dios según su Verbo. Primero el Verbo mismo quiso nacer de hombre, para que tú nacieras seguro de Dios, y te dijeras a ti mismo: No sin razón Dios quiso nacer de hombre, sino porque me consideró de algún valor, para hacerme inmortal, y por mí nacer mortalmente. Por eso, cuando dijo "nacidos de Dios"; como para que no nos maravilláramos, y nos horrorizáramos de tanta gracia, para que no nos pareciera increíble que los hombres nacieran de Dios, como asegurándote, dijo: "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros." ¿Por qué te maravillas, entonces, de que los hombres nazcan de Dios? Considera al mismo Dios nacido de los hombres: "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros."

16. Porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, con esa misma natividad hizo colirio, con el cual se limpiaron los ojos de nuestro corazón, y pudiéramos ver su majestad a través de su humildad. Por eso el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; sanó nuestros ojos: ¿y qué sigue? "Y vimos su gloria." Nadie podría ver su gloria, si no fuera sanado por la humildad de la carne. ¿De dónde no podíamos ver? Preste atención, pues, vuestra Caridad, y vean lo que digo. Había caído en el ojo del hombre como polvo, había caído tierra, había herido el ojo, no podía ver la luz: ese ojo herido es ungido; la tierra lo había herido, y la tierra se le aplica para sanarlo. Porque todos los colirios y medicinas no son sino de la tierra. Te cegó el polvo, te sana la tierra: por tanto, la carne te cegó, la carne te sana. Porque el alma se había hecho carnal consintiendo a los afectos carnales; de ahí había sido cegado el ojo del corazón. El Verbo se hizo carne: este médico te hizo colirio. Y porque vino así para extinguir con la carne los vicios de la carne, y con la muerte matar la muerte; por eso se hizo en ti, que porque el Verbo se hizo carne, tú puedas decir: "Y vimos su gloria." ¿Qué gloria? ¿Cómo se hizo hijo del hombre? Esa es su humildad, no su gloria. Pero, ¿a dónde fue llevada la mirada del hombre, curada por la carne? "Vimos," dice, "su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad." Sobre la gracia y la verdad en otro lugar más abundantemente en el mismo Evangelio, si el Señor se digna concederlo, trataremos. Esto ahora sea suficiente, y edificaos en Cristo, y fortaleceos en la fe, y vigilad en buenas obras: y no os apartéis del árbol, por el cual podéis cruzar el mar.

TRACTATUS III Desde lo que está escrito, "Juan da testimonio de él," etc., hasta "El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado." Cap. I, V\ 15-18.

1. La gracia y la verdad de Dios, con la que apareció lleno a los santos el Hijo unigénito, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, hemos asumido distinguirla del Antiguo Testamento, ya que es asunto del Nuevo Testamento, en el nombre del Señor, y se lo hemos prometido a vuestra Caridad. Estad atentos, pues, para que tanto como yo pueda captar, Dios lo conceda, y tanto como vosotros podáis captar, escuchéis. Porque quedará que si la semilla que se siembra en vuestros corazones no es arrebatada por las aves, ni ahogada por las espinas, ni quemada por el calor, con la lluvia de exhortaciones diarias, y con vuestros buenos pensamientos con los que se hace en el corazón lo que se hace en el campo con los rastrillos, para que el terrón se rompa, y la semilla se cubra y pueda germinar: para que llevéis fruto,

para que el agricultor se regocije y se alegre (Mateo 13, 3-23). Pero si en lugar de buena semilla y buena lluvia, no llevamos fruto, sino espinas; ni la semilla será acusada, ni la lluvia será culpable, sino que para las espinas se prepara el fuego debido.

2. Somos hombres, lo cual creo que no es necesario persuadir mucho a vuestra Caridad, cristianos; y si cristianos, ciertamente pertenecientes a Cristo por ese mismo nombre. Llevamos su signo en la frente: del cual no nos avergonzamos, si también lo llevamos en el corazón. Su signo es su humildad. Por la estrella lo conocieron los Magos (Mateo 2, 2); y este fue el signo dado del Señor, celestial y brillante: no quiso que la estrella fuera el signo en la frente de los fieles, sino su cruz. De donde fue humillado, de allí fue glorificado: de allí levantó a los humildes, a donde él mismo humillado descendió. Por tanto, pertenecemos al Evangelio, pertenecemos al Nuevo Testamento. La Ley fue dada por Moisés, pero la Gracia y la Verdad fueron hechas por Jesucristo. Preguntamos al Apóstol, y nos dice que no estamos bajo la Ley, sino bajo la Gracia (Romanos 6, 14). Por tanto, envió a su Hijo hecho de mujer, hecho bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos la adopción de hijos (Gálatas 4, 4-5). He aquí, para esto vino Cristo, para redimir a los que estaban bajo la Ley: para que ya no estemos bajo la Ley, sino bajo la Gracia. ¿Quién, entonces, dio la Ley? Aquel que dio la Ley, dio también la Gracia: pero la Ley la envió por medio de un siervo, con la Gracia él mismo descendió. ¿Y de dónde fueron hechos los hombres bajo la Ley? No cumpliendo la Ley. Porque quien cumple la ley, no está bajo la ley, sino con la ley: pero quien está bajo la ley, no es levantado, sino oprimido por la ley. Por tanto, a todos los hombres constituidos bajo la Ley, la Ley los hace culpables; y está sobre ellos para mostrarles los pecados, no para quitarlos. La Ley, por tanto, manda, el dador de la ley se compadece en lo que manda la ley. Los hombres intentando cumplir con sus propias fuerzas lo que la ley manda, por esa misma presunción temeraria y precipitada cayeron; y no están con la ley, sino que bajo la ley fueron hechos culpables: y como no podían cumplir la ley con sus propias fuerzas, hechos culpables bajo la ley, imploraron la ayuda del libertador; y la culpa de la ley hizo enfermedad a los soberbios. La enfermedad de los soberbios, se convirtió en confesión de los humildes: ya confiesan los enfermos que están enfermos; venga el médico, y sane a los enfermos.

3. ¿Quién es el médico? Nuestro Señor Jesucristo. ¿Quién es nuestro Señor Jesucristo? Aquel que fue visto y por quienes fue crucificado. Aquel que fue apresado, abofeteado, azotado, cubierto de escupitajos, coronado de espinas, colgado en la cruz, muerto, herido con una lanza, bajado de la cruz, puesto en el sepulcro. Aquel mismo es nuestro Señor Jesucristo; él mismo ciertamente, y él es todo el médico de nuestras heridas, aquel crucificado a quien se insultó, mientras colgaba sus perseguidores movían la cabeza, y decían: "Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz" (Mateo 27, 39-40): él es todo nuestro médico, él ciertamente. ¿Por qué, entonces, no mostró a los que insultaban, que él era el Hijo de Dios: para que si se permitió ser levantado en la cruz, al menos cuando ellos decían: "Si es el Hijo de Dios, descienda de la cruz"; entonces descendiera, y les mostrara que verdaderamente era el Hijo de Dios, a quien se atrevieron a ridiculizar? No quiso. ¿Por qué no quiso? ¿Acaso porque no pudo? Pudo ciertamente. ¿Qué es más, descender de la cruz, o resucitar del sepulcro? Pero soportó a los que insultaban: porque la cruz no fue asumida como demostración de poder, sino como ejemplo de paciencia. Allí curó tus heridas, donde soportó las suyas por mucho tiempo: allí te sanó de la muerte eterna, donde se dignó morir temporalmente. ¿Y murió, o en él murió la muerte? ¿Qué clase de muerte, que mató a la muerte?

4. ¿Es Él, sin embargo, nuestro Señor Jesucristo en su totalidad, quien fue visto, tocado y crucificado? ¿Es Él completamente eso mismo? En verdad lo es, pero no es todo lo que los

judíos vieron; eso no es todo Cristo. ¿Y qué es? En el principio era el Verbo. ¿En qué principio? Y el Verbo estaba con Dios. ¿Y qué tipo de Verbo? Y el Verbo era Dios. ¿Acaso este Verbo fue hecho por Dios? No. Porque este estaba en el principio con Dios. ¿Entonces qué? ¿Las otras cosas que Dios hizo no son similares al Verbo? No: porque todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada. ¿Cómo es que todas las cosas fueron hechas por Él? Porque lo que fue hecho, en Él era vida: y antes de que fuera hecho, era vida. Lo que fue hecho, no es vida: pero en el arte, es decir, en la Sabiduría de Dios, antes de que fuera hecho, era vida. Lo que fue hecho, pasó: lo que está en la Sabiduría, no puede pasar. Por lo tanto, la vida estaba en Él, lo que fue hecho. ¿Y qué tipo de vida? Porque también el alma es la vida del cuerpo: nuestro cuerpo tiene su vida; cuando la pierde, es la muerte del cuerpo: ¿era esa vida así? No: sino que la vida era la luz de los hombres. ¿Acaso la luz de los animales? Pues esta luz es tanto de hombres como de animales. Hay una cierta luz de los hombres: veamos de dónde se diferencian los hombres de los animales, y entonces entenderemos qué es la luz de los hombres. No te diferencias de un animal, sino por el intelecto: no te gloríes de otra cosa. ¿Presumes de fuerzas? Te superan las bestias: ¿presumes de velocidad? Te superan las moscas: ¿presumes de belleza? ¡Cuánta belleza hay en las plumas del pavo real! ¿De dónde eres mejor entonces? De la imagen de Dios. ¿Dónde está la imagen de Dios? En la mente, en el intelecto. Si por eso eres mejor que el animal, porque tienes una mente que entiende lo que el animal no puede entender; y de ahí el hombre, porque es mejor que el animal; la luz de los hombres es la luz de las mentes. La luz de las mentes está por encima de las mentes, y excede todas las mentes. Esa era la vida por la cual todas las cosas fueron hechas.

5. ¿Dónde estaba? ¿Estaba aquí; o estaba con el Padre, y no aquí? ¿O lo que es más cierto, estaba con el Padre, y aquí también? Si entonces estaba aquí, ¿por qué no se veía? Porque la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Oh hombres, no seáis tinieblas, no seáis infieles, injustos, inicuos, rapaces, avaros, amantes del mundo: porque estas son las tinieblas. La luz no está ausente, sino que vosotros estáis ausentes de la luz. El ciego tiene el sol presente, pero él está ausente del sol. No seáis, pues, tinieblas. Esta es, en efecto, la gracia de la que voy a hablar, para que ya no seamos tinieblas, y el Apóstol nos diga: Porque en otro tiempo erais tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor (Efesios 5, 8). Porque la luz de los hombres, es decir, la luz de las mentes, no se veía, era necesario que un hombre diera testimonio de la luz, no ciertamente oscuro, sino ya iluminado. Sin embargo, aunque iluminado, no por eso era la misma luz; sino para dar testimonio de la luz. Pues no era él la luz. ¿Y cuál era la luz? Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. ¿Y dónde estaba esta? En este mundo estaba. ¿Y cómo estaba en este mundo? ¿Acaso como esta luz del sol, de la luna, de las lámparas, así también esta luz está en el mundo? No. Porque el mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció: esto es, la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. El mundo, en efecto, son tinieblas; porque los amantes del mundo, son el mundo. ¿Acaso la criatura no reconoció a su Creador? El cielo dio testimonio de la estrella (Mateo 2, 2); el mar dio testimonio, llevando al Señor caminando (Mateo 14, 26); los vientos dieron testimonio, cesaron a su mandato (Mateo 8, 27); la tierra dio testimonio, tembló cuando Él fue crucificado (Mateo 27, 51): si todas estas cosas dieron testimonio, ¿cómo es que el mundo no lo conoció, sino porque el mundo son los amantes del mundo, habitando el mundo en su corazón? Y el mundo es malo, porque los habitantes del mundo son malos: como una casa mala, no las paredes, sino los habitantes.

6. A lo suyo vino, es decir, a lo suyo vino: y los suyos no lo recibieron. ¿Cuál es entonces la esperanza, sino que a todos los que lo recibieron, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios? Si se hacen hijos, nacen: si nacen, ¿cómo nacen? No de carne, no de sangre, no de

voluntad de carne, no de voluntad de varón; sino de Dios nacieron. Alégrense, pues, porque nacieron de Dios; presuman de pertenecer a Dios; reciban el testimonio, porque nacieron de Dios: Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Si el Verbo no se avergonzó de nacer de hombre, ¿se avergonzarán los hombres de nacer de Dios? Esto, porque lo hizo, lo curó: porque lo curó, lo vemos. Porque esto que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, se hizo medicina para nosotros, para que, porque por la tierra éramos cegados, por la tierra fuéramos sanados: ¿y sanados qué veríamos? Y vimos, dice, su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (Juan 1, 1-14).

7. Juan da testimonio de Él, y clama diciendo, Este era de quien dije, El que viene después de mí, es antes de mí. Viene después de mí, y me precedió. ¿Qué significa, es antes de mí? Me precedió: no, fue hecho antes de que yo fuera hecho; sino, fue antepuesto a mí: esto es, es antes de mí. ¿Por qué es antes que tú, si vino después de ti? Porque era antes que yo. ¿Antes que tú, oh Juan? ¿Qué gran cosa, si es antes que tú? Bien, porque tú das testimonio de Él: escuchemos a Él mismo diciendo, Y antes de Abraham yo soy (Juan 8, 58). Pero también Abraham nació en medio del género humano; muchos antes de él, muchos después de él: escucha la voz del Padre al Hijo, Antes del lucero te engendré (Salmo 109, 3). El que fue engendrado antes del lucero, ilumina a todos. Pues se dijo de cierto lucero que cayó: era ángel, y se hizo diablo; y la Escritura dijo de él, Lucero que nacía por la mañana, cayó (Isaías 14, 12). ¿De dónde lucero? Porque iluminado brillaba. ¿De dónde se hizo tenebroso? Porque no permaneció en la verdad (Juan 8, 44). Por lo tanto, Él antes del lucero, antes de todo iluminado: pues es necesario que sea antes de todo iluminado, aquel por quien son iluminados todos los que pueden ser iluminados.

8. Por eso sigue esto: Y de su plenitud todos hemos recibido. ¿Qué habéis recibido? Y gracia sobre gracia. Así tienen las palabras evangélicas, comparadas con los ejemplares griegos. No dice, Y de su plenitud todos hemos recibido, gracia sobre gracia; sino que dice así, Y de su plenitud todos hemos recibido, y gracia sobre gracia, es decir, hemos recibido: para que no sé qué quiso que entendiéramos que de su plenitud hemos recibido; y además gracia sobre gracia. Pues de su plenitud hemos recibido, primero gracia; y de nuevo hemos recibido gracia, gracia sobre gracia. ¿Qué gracia recibimos primero? La fe. Caminando en la fe, caminamos en gracia. ¿De dónde merecimos esto? ¿con qué méritos nuestros precedentes? Que nadie se alabe a sí mismo, vuelva a su conciencia, busque en los recovecos de sus pensamientos, vuelva a la serie de sus hechos: no atienda a lo que es, si ya es algo; sino a lo que fue, para que fuera algo; encontrará que no era digno sino de castigo. Si, pues, eras digno de castigo, y vino aquel que no castigaba pecados, sino que perdonaba pecados; se te dio gracia, no se te devolvió una recompensa. ¿Por qué se llama gracia? Porque se da gratis. Pues no compraste con méritos precedentes lo que recibiste. Esta gracia, pues, recibió primero el pecador, para que sus pecados fueran perdonados. ¿Qué mereció? Pregunte a la justicia; encontrará castigo: pregunte a la misericordia; encontrará gracia. Pero esto también lo había prometido Dios por los Profetas: así que cuando vino a dar lo que había prometido; no solo dio gracia, sino también verdad. ¿Cómo se exhibió la verdad? Porque se hizo lo que se prometió.

9. ¿Qué es, pues, gracia sobre gracia? Por la fe merecemos a Dios; y quienes no éramos dignos de que se nos perdonaran los pecados, por el hecho de que recibimos un don tan grande siendo indignos, se llama gracia. ¿Qué es gracia? Dada gratis. ¿Qué es dada gratis? Donada, no devuelta. Si se debía, es una recompensa devuelta, no una gracia donada; pero si en verdad se debía, eras bueno: pero si, como es verdad, eras malo, creíste, sin embargo, en aquel que justifica al impío (Romanos 4, 5) (¿Qué es, quien justifica al impío? Del impío hace piadoso); piensa qué te debía la ley, y qué has conseguido por la gracia. Habiendo

conseguido esta gracia de la fe, serás justo por la fe (El justo vive por la fe) (Habacuc 2, 4; Romanos 1, 17); y merecerás a Dios viviendo por la fe: cuando merezcas a Dios viviendo por la fe, recibirás como premio la inmortalidad y la vida eterna. Y eso también es gracia. Pues, ¿por qué mérito recibes la vida eterna? Por gracia. Pues si la fe es gracia, y la vida eterna es como una recompensa de la fe: parece que Dios devuelve la vida eterna como debida (¿A quién debida? Al fiel, porque la mereció por la fe); pero porque la misma fe es gracia, también la vida eterna es gracia sobre gracia.

10. Escucha al apóstol Pablo confesando la gracia, y después reclamando la deuda. ¿Cuál es la confesión de gracia que hay en Pablo? Que antes fui blasfemo, y perseguidor, e injurioso: pero, dice, alcancé misericordia (1 Timoteo 1, 13). Se dijo indigno de alcanzar: sin embargo, lo alcanzó no por sus méritos, sino por la misericordia de Dios. Escucha a él ya reclamando la deuda, quien primero había recibido la gracia indebida: Porque yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe: por lo demás, me está reservada la corona de justicia. Ya reclama la deuda, ya exige la deuda. Pues mira las palabras siguientes: La cual me dará el Señor en aquel día, juez justo (2 Timoteo 4, 6-8). Para recibir antes la gracia, necesitaba un padre misericordioso: para el premio de la gracia, un juez justo. ¿Quién no condenó al impío, condenará al fiel? Y sin embargo, si lo piensas bien, Él dio primero la fe, por la cual lo mereciste: pues no lo mereciste de lo tuyo para que se te debiera algo. Lo que, pues, después otorga como premio de inmortalidad, corona sus dones de misericordia, no tus méritos. Por lo tanto, hermanos, todos de su plenitud hemos recibido: de la plenitud de su misericordia, de la abundancia de su bondad hemos recibido. ¿Qué? El perdón de los pecados, para que fuéramos justificados por la fe. ¿Y además qué? Y gracia sobre gracia; es decir, por esta gracia en la que vivimos por la fe, recibiremos otra: ¿qué, sin embargo, sino gracia? Pues si digo que también esto se debe, me asigno algo, como si se me debiera. Pero Dios corona en nosotros los dones de su misericordia: pero si en esa gracia que primero recibimos, caminamos perseverantemente.

11. Porque la ley fue dada por Moisés: que mantenía a los culpables. Pues ¿qué dice el Apóstol? La ley se introdujo para que abundara el delito (Romanos 5, 20). Esto era útil para los soberbios, para que abundara el delito: pues se daban mucho a sí mismos, y como que asignaban mucho a sus fuerzas; y no podían cumplir la justicia, a menos que ayudara aquel que mandaba. Queriendo Dios domar su soberbia, dio la Ley, como diciendo: He aquí, cumplid, no penséis que falta quien manda. No falta quien mande, pero falta quien cumpla.

12. Si, pues, falta quien cumpla, ¿por qué no cumple? Porque nació con la herencia del pecado y de la muerte. Nacido de Adán, llevó consigo lo que allí fue concebido. Cayó el primer hombre; y todos los que nacieron de él, de él llevaron la concupiscencia de la carne. Era necesario que naciera otro hombre que no llevara ninguna concupiscencia. Hombre, y hombre: hombre para muerte, y hombre para vida. Así dice el Apóstol: Porque por un hombre vino la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos. ¿Por qué hombre la muerte, y por qué hombre la resurrección de los muertos? No te apresures: sigue, y dice: Porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (1 Corintios 15, 21-22). ¿Quiénes pertenecen a Adán? Todos los que nacieron de Adán. ¿Quiénes a Cristo? Todos los que nacieron por Cristo. ¿Por qué todos en pecado? Porque nadie nació sino de Adán. Pero para que nacieran de Adán, fue de necesidad por la condenación: nacer por Cristo, es de voluntad y gracia. No se obliga a los hombres a nacer por Cristo: no porque quisieron, nacieron de Adán. Sin embargo, todos los que de Adán, con pecado pecadores: todos los que por Cristo, justificados y justos, no en sí mismos, sino en Él. Pues en sí mismos si preguntas, son Adán: en Él si preguntas, son de Cristo. ¿Por qué? Porque aquel cabeza

nuestro Señor Jesucristo, no vino con la herencia del pecado: pero sin embargo vino con carne mortal.

13. La muerte de los pecadores era castigo: en el Señor era don de misericordia, no castigo del pecado. Pues no tenía el Señor algo por lo que justamente muriera. Él mismo dice, He aquí viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada. ¿Por qué, pues, mueres? Pero para que todos sepan que hago la voluntad de mi Padre, levantaos, vamos de aquí (Juan 14, 30-31). No tenía Él por qué morir, y murió: ¿tú tienes por qué, y te niegas a morir? Dignate sufrir con ánimo sereno lo que mereces, lo que Él se dignó sufrir, para librarte de la muerte eterna. Hombre, y hombre: pero aquel, no solo hombre; este, Dios hombre. Aquel hombre de pecado, este de justicia. Moriste en Adán, resucita en Cristo: pues ambos te son debidos. Ya creíste en Cristo, sin embargo devolverás lo que debes de Adán. Pero no te retendrá eternamente el vínculo del pecado; porque la muerte temporal de tu Señor mató tu muerte eterna. Esa es la gracia, hermanos míos, esa es también la verdad, porque prometida y exhibida.

14. No estaba esto en el Antiguo Testamento, porque la Ley amenazaba, no ayudaba; mandaba, no sanaba; mostraba la enfermedad, no la quitaba: pero preparaba para el médico venidero con gracia y verdad; como a alguien que el médico quiere curar, primero envía a su siervo, para que lo encuentre atado. No estaba sano, no quería ser sanado, y para no ser sanado, se jactaba de estar sano: se envió la Ley, lo ató; se encontró culpable, ya clama por la atadura. Vino el Señor, cura con medicinas algo amargas y agudas: dice al enfermo, Soporta; dice, Tolera; dice, No ames el mundo, ten paciencia, cúrate con el fuego de la continencia, soporten tus heridas el hierro de las persecuciones. Te espantabas aunque atado: libre Él y no atado bebió lo que te daba; primero sufrió para consolarte, como diciendo, Lo que temes sufrir por ti, primero lo sufro por ti. Esta es la gracia, y gran gracia. ¿Quién la alaba dignamente?

15. Hablo de la humildad de Cristo, hermanos míos. ¿Quién habla de la majestad de Cristo y de la divinidad de Cristo? Al explicar y decir de alguna manera la humildad de Cristo, no somos suficientes, más bien desfallecemos: lo confiamos todo a los que piensan, no lo cumplimos a los que oyen. Pensad en la humildad de Cristo. Pero, ¿quién nos la explica, dices, si no lo dices tú? Que Él lo diga dentro. Mejor lo dice aquel que habita dentro, que el que clama fuera. Que Él mismo os muestre la gracia de su humildad, quien comenzó a habitar en vuestros corazones. Ahora bien, si al explicar y distribuir su humildad desfallecemos, ¿quién hablará de su majestad? Si el Verbo se hizo carne nos perturba, ¿quién explicará En el principio era el Verbo? Mantened, pues, hermanos, esta solidez.

16. Porque la ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad por Jesucristo fueron hechas. Por el siervo fue dada la Ley; hizo culpables: por el Emperador fue dada la indulgencia; liberó a los culpables. La ley fue dada por Moisés. Que el siervo no se asigne algo más de lo que por él fue hecho. Elegido para un gran ministerio como fiel en la casa, pero sin embargo siervo, puede actuar según la Ley, no puede liberar del reato de la Ley. La ley, pues, fue dada por Moisés, la gracia y la verdad por Jesucristo fueron hechas.

17. Y no sea que alguien diga: ¿Y la Gracia y la verdad no fueron hechas por Moisés, quien vio a Dios? Inmediatamente añadió: A Dios nadie lo ha visto jamás. ¿Y cómo se dio a conocer Dios a Moisés? Porque el Señor se lo reveló a su siervo. ¿Quién es el Señor? El mismo Cristo, quien anticipó la Ley a través de su siervo, para que Él mismo viniera con Gracia y verdad. Porque a Dios nadie lo ha visto jamás. ¿Y cómo se le apareció a ese siervo

en la medida en que podía comprender? Sino que, dice, el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, Él lo ha revelado. ¿Qué significa, en el seno del Padre? En el secreto del Padre. Pues Dios no tiene seno como nosotros lo tenemos en nuestras vestiduras, ni debe pensarse que se sienta como nosotros, ni que está ceñido para tener un seno: pero como nuestro seno está dentro, el secreto del Padre se llama seno del Padre. En el secreto del Padre, quien conoce al Padre, Él lo ha revelado. Porque a Dios nadie lo ha visto jamás. Él, por tanto, vino y narró todo lo que vio. ¿Qué vio Moisés? Moisés vio una nube, vio un ángel, vio fuego: toda esa es creación; llevaba el tipo de su Señor, no mostraba la presencia del mismo Señor. Pues claramente tienes en la Ley, Y Moisés hablaba con el Señor, cara a cara como un amigo con su amigo. Sigues la misma Escritura, y encuentras a Moisés diciendo, Si he hallado gracia ante tus ojos, muéstrame claramente a ti mismo, para que te vea. Y no es poco lo que dijo: recibió la respuesta, No puedes ver mi rostro (Éxodo 33, 11, 13, 20). Hablaba, por tanto, hermanos míos, con Moisés un ángel, llevando el tipo del Señor: y todas aquellas cosas que allí se hicieron a través del ángel, prometían esta futura gracia y verdad. Quienes investigan bien la Ley, lo saben: y cuando es oportuno, para que también nosotros digamos algo de ello, en cuanto el Señor lo revela, no callamos a vuestra Caridad.

18. Pero sabed que todas las cosas que se vieron corporalmente, no eran esa sustancia de Dios. Pues esas las vemos con los ojos de la carne: ¿de dónde se ve la sustancia de Dios? Pregunta al Evangelio: Bienaventurados los de corazón puro; porque ellos verán a Dios (Mateo 5, 8). Hubo hombres que decían, engañados por la vanidad de su corazón, el Padre es invisible, pero el Hijo es visible. ¿De dónde es visible? Si es por la carne, porque asumió carne; es manifiesto. Pues aquellos que vieron la carne de Cristo, algunos creyeron, otros lo crucificaron: y quienes creyeron, vacilaron cuando fue crucificado; y si no lo hubieran tocado después de la resurrección, la fe no habría sido restaurada en ellos. Si, por tanto, el Hijo es visible por la carne; también nosotros lo concedemos, y es la fe católica: pero si antes de la carne como ellos dicen, es decir, antes de que se encarnara; deliran mucho, y mucho yerran. Pues aquellas cosas visibles se hicieron corporalmente a través de la creación, en las que se mostraba el tipo: ciertamente no se demostraba ni manifestaba la misma sustancia. Y que vuestra Caridad preste atención a este suave documento. La Sabiduría de Dios no puede ser vista con los ojos. Hermanos, si Cristo es la Sabiduría de Dios, y el Poder de Dios (1 Corintios 1, 24); si Cristo es la Palabra de Dios; la palabra del hombre no se ve con los ojos, ¿puede verse así la Palabra de Dios?

19. Expulsad, por tanto, de vuestros corazones los pensamientos carnales, para que verdaderamente estéis bajo la gracia, para que pertenezcáis al Nuevo Testamento. Por eso se promete la vida eterna en el Nuevo Testamento. Leed el Antiguo Testamento, y ved que al pueblo aún carnal se le mandaban las mismas cosas que a nosotros. Pues adorar a un solo Dios, también se nos manda a nosotros. No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios, también se nos manda: que es el segundo mandamiento. Guarda el día de reposo, más se nos manda a nosotros: porque se manda observarlo espiritualmente. Pues los judíos observan servilmente el día de reposo, para la lujuria, para la embriaguez. ¿Cuánto mejor sería que sus mujeres hicieran lana, que bailar en los balcones ese día? Lejos de nosotros, hermanos, decir que ellos observan el sábado. El cristiano observa espiritualmente el sábado, absteniéndose de la obra servil. ¿Qué es la obra servil? El pecado. ¿Y cómo lo probamos? Pregunta al Señor: Todo el que comete pecado, es esclavo del pecado (Juan 8, 34). Por tanto, también se nos manda la observancia espiritual del sábado. Ya todos esos mandamientos se nos mandan más a nosotros, y deben ser observados: No matarás, No cometerás adulterio, No robarás, No dirás falso testimonio, Honra a tu padre y a tu madre, No codiciarás los bienes de tu prójimo, No codiciarás la mujer de tu prójimo (Éxodo 20, 3-17). ¿No se nos mandan todas estas cosas

también a nosotros? Pero busca la recompensa, y encontrarás que allí se dice: Para que sean expulsados los enemigos de tu presencia, y toméis la tierra que Dios prometió a vuestros padres (Levítico 26, 1-13). Porque no podían captar las cosas invisibles, se mantenían por las visibles. ¿Por qué se mantenían? Para que no perecieran del todo, y cayeran en la idolatría. Pues hicieron esto, hermanos míos, como se lee, olvidando tantos milagros que Dios hizo ante sus ojos. El mar se dividió; se hizo un camino en medio de las olas; sus enemigos que los seguían fueron cubiertos por las mismas aguas por las que ellos pasaron (Éxodo 14, 21-31): y cuando Moisés, el hombre de Dios, se apartó de sus ojos, pidieron un ídolo, y dijeron: Haznos dioses que nos precedan, porque ese hombre nos ha dejado. Toda su esperanza estaba puesta en el hombre, no en Dios. ¿Acaso murió Dios que los sacó de la tierra de Egipto? Y cuando se hicieron una imagen de un becerro, lo adoraron, y dijeron, Estos son tus dioses, Israel, que te sacaron de la tierra de Egipto (Éxodo 32, 1-4). ¡Qué pronto olvidaron tan manifiesta gracia! ¿De qué manera, pues, se mantendría un pueblo así, si no fuera con promesas carnales?

20. Se mandan allí en el decálogo de la Ley las mismas cosas que a nosotros; pero no se prometen las mismas cosas que a nosotros. ¿Qué se nos promete a nosotros? La vida eterna. Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado (Juan 17, 3). Se promete el conocimiento de Dios: esa es la gracia sobre gracia. Hermanos, ahora creemos, no vemos: por esta fe habrá recompensa, ver lo que creemos. Los profetas sabían esto, pero estaba oculto antes de que viniera. Pues un amante suspirante en los Salmos dice: Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré. ¿Y qué pide? Pues bien, pide la tierra que fluye leche y miel carnalmente, aunque espiritualmente estas cosas deben buscarse y pedirse: o tal vez la sumisión de sus enemigos, o la muerte de sus enemigos, o los imperios y riquezas de este siglo. Pues arde de amor, y suspira mucho, y se agita, y jadea. Veamos qué pide, Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré. ¿Qué es esto que busca? Que habite, dice, en la casa del Señor, todos los días de mi vida. Y supón que habitas en la casa del Señor, ¿de dónde vendrá tu gozo allí? Para contemplar, dice, la delicia del Señor (Salmo 26, 4).

21. Hermanos míos, ¿de dónde clamáis, de dónde exultáis, de dónde amáis, sino porque hay una chispa de esta caridad? ¿Qué deseáis, os pregunto? ¿Puede verse con los ojos? ¿Puede tocarse? ¿Es alguna belleza que deleita los ojos? ¿No fueron amados vehementemente los mártires; y cuando los recordamos, ardemos de amor? ¿Qué amamos en ellos, hermanos? ¿Miembros desgarrados por las fieras? ¿Qué hay de más feo, si preguntas a los ojos de la carne? ¿Qué hay de más hermoso, si preguntas a los ojos del corazón? ¿Qué te parece un joven ladrón muy hermoso? ¿Cómo se horrorizan tus ojos? ¿Acaso se horrorizan los ojos de la carne? Si les preguntas, nada hay más proporcionado en ese cuerpo, nada más ordenado; y la simetría de los miembros, y el deleite del color atrae a los ojos: y sin embargo, cuando oyes que es un ladrón, huyes del hombre en tu mente. Ves por otro lado a un anciano encorvado, apoyado en un bastón, apenas moviéndose, surcado de arrugas por todas partes: ¿qué ves que deleite los ojos? Oyes que es justo; lo amas, lo abrazas. Tales recompensas nos han sido prometidas, hermanos míos: amad algo así, suspirad por tal reino, deseéis tal patria; si queréis llegar a aquello con lo que vino nuestro Señor, es decir, a la gracia y la verdad. Pero si codicias recompensas corporales de Dios, aún estás bajo la Ley, y por eso no cumplirás la misma Ley. Pues cuando veas que estas cosas temporales abundan en aquellos que ofenden a Dios, tus pasos vacilan, y te dices a ti mismo: He aquí que yo adoro a Dios, corro a la iglesia todos los días, mis rodillas están desgastadas en las oraciones; y estoy constantemente enfermo: los hombres cometen homicidios, hacen robos; se regocijan y abundan, les va bien. ¿Buscabas entonces tales cosas de Dios? Ciertamente pertenecías a la gracia. Si Dios te dio la gracia porque la dio gratuitamente, ámala gratuitamente. No ames a Dios por la recompensa;

que Él sea tu recompensa. Que tu alma diga, Una cosa he pedido al Señor, esta buscaré, que habite en la casa del Señor todos los días de mi vida, para contemplar la delicia del Señor. No temas desfallecer por el hastío: tal será el deleite de la belleza, que siempre estará presente para ti, y nunca te saciarás; más bien siempre te saciarás, y nunca te saciarás. Pues si digo que no te saciarás, habrá hambre; si digo que te saciarás, temo el hastío: donde no habrá hastío, ni hambre, no sé qué decir; pero Dios tiene lo que mostrar a quienes no encuentran cómo decirlo, y a quienes creen lo que recibirán.

TRACTATUS IV. Desde lo que está escrito, Y este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron sacerdotes desde Jerusalén, etc., hasta aquello, Él es quien bautiza en el Espíritu Santo, etc. Cap. I, V. 19-33.

1. Vuestra Santidad ha escuchado muy a menudo, y sabéis muy bien, que Juan el Bautista, cuanto más ilustre era entre los nacidos de mujer, y cuanto más humilde para reconocer al Señor, tanto más mereció ser amigo del esposo; celando por el esposo, no por sí mismo; no buscando su propio honor, sino el de su juez, a quien precedía como heraldo. Así que a los profetas que precedieron se les concedió anunciar de Cristo lo que vendría; pero a este señalarlo con el dedo. Pues así como Cristo era desconocido por aquellos que no creyeron a los profetas antes de que viniera, así también era desconocido por ellos estando presente. Pues vino primero humildemente y oculto; tanto más oculto cuanto más humilde: pero el pueblo, despreciando por su soberbia la humildad de Dios, crucificaron a su Salvador, y se hicieron a sí mismos su juez.

2. Pero el que vino primero oculto, porque vino humilde, ¿acaso no vendrá después manifiesto, porque es excelso? Acabáis de escuchar el Salmo: Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios y no callará. Calló para ser juzgado, no callará cuando comience a juzgar. No se diría, vendrá manifiesto, si primero no hubiera venido oculto; ni se diría, no callará, si primero no hubiera callado. ¿Cómo calló? Pregunta a Isaías: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, estuvo sin voz, así no abrió su boca (Isaías 53, 7). Pero vendrá manifiesto, y no callará. ¿Cómo manifiesto? fuego irá delante de él, y a su alrededor habrá una fuerte tempestad (Salmo 49, 3). Esa tempestad tiene que llevarse toda la paja del campo, que ahora se trilla; y el fuego quemará lo que la tempestad se lleve. Pero ahora calla: calla en el juicio, pero no calla en el precepto. Pues si Cristo calla, ¿qué significan estos Evangelios? ¿qué significan las voces apostólicas, qué los cánticos de los Salmos, qué los dichos de los Profetas? En todos estos Cristo no calla. Pero ahora calla, para no vengarse: no calla, para no advertir. Pero vendrá glorioso en la venganza, y aparecerá a todos, incluso a los que no creen en él. Pero ahora, porque presente estaba oculto, era necesario que fuera despreciado. Pues si no fuera despreciado, no sería crucificado: si no fuera crucificado, no derramaría su sangre, con la que nos redimió. Para que diera el precio por nosotros, fue crucificado; para que fuera crucificado, fue despreciado; para que fuera despreciado, apareció humilde.

3. Sin embargo, porque apareció como en la noche en un cuerpo mortal, se encendió una lámpara para que fuera visto. Esa lámpara era Juan (Juan 5, 35), de quien ya habéis escuchado mucho: y la presente lectura del Evangelio contiene las palabras de Juan, primero, lo que es principal, confesando que él no era el Cristo. Pero había tal excelencia en Juan, que podía ser creído como el Cristo: y en eso se probó su humildad, porque dijo que no lo era, cuando podía ser creído que lo era. Por tanto, Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron sacerdotes y levitas desde Jerusalén para preguntarle, ¿Tú quién eres? Pero no habrían enviado, si no se hubieran movido por la excelencia de su autoridad, porque se atrevió a bautizar. Y confesó, y no negó. ¿Qué confesó? Y confesó, Que no soy yo el Cristo.

4. Y le preguntaron, ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Pues sabían que Elías iba a preceder a Cristo. No era desconocido para nadie el nombre de Cristo entre los judíos. No pensaron que este fuera el Cristo: no que el Cristo no fuera a venir. Esperando que viniera, así tropezaron con el presente, tropezaron como con una piedra humilde. Pues esa piedra aún era pequeña, ya cortada del monte sin manos: como dice el profeta Daniel, que vio una piedra cortada del monte sin manos. Pero ¿qué sigue? Y creció, dice, esa piedra, y se hizo un gran monte, y llenó toda la faz de la tierra (Daniel 2, 34, 35). Que vea, por tanto, vuestra Caridad lo que digo: Cristo ya había sido cortado del monte ante los judíos. El monte quiere decir el reino de los judíos. Pero el reino de los judíos no había llenado toda la faz de la tierra. De allí fue cortada esa piedra, porque de allí nació en presencia el Señor. ¿Y por qué sin manos? Porque sin obra viril la Virgen dio a luz a Cristo. Ya, por tanto, era esa piedra cortada sin manos, ante los ojos de los judíos: pero era humilde. No sin razón; porque aún no había crecido esa piedra, y llenado el orbe de la tierra: lo que mostró en su reino, que es la Iglesia, con la que llenó toda la faz de la tierra. Porque aún no había crecido, tropezaron en ella como en una piedra: y se cumplió en ellos lo que está escrito, Quien caiga sobre esta piedra, será quebrantado; y sobre quienes caiga esa piedra, los triturará (Lucas 20, 18). Primero cayeron sobre el humilde; el excelso vendrá sobre ellos: pero para que el excelso que vendrá los triture, primero el humilde los quebrantó. Tropezaron en él, y fueron quebrantados; no triturados, sino quebrantados: vendrá el excelso, y los triturará. Pero es perdonable a los judíos, porque tropezaron en la piedra que aún no había crecido. ¿Qué clase de personas son aquellas que tropiezan en el mismo monte? Ya sabéis de quiénes hablo. Quienes niegan la Iglesia difundida por todo el orbe, no tropiezan en la piedra humilde, sino en el mismo monte: lo que se hizo esa piedra al crecer. Los ciegos judíos no vieron la piedra humilde: ¿qué ceguera es no ver el monte?

5. Por tanto, vieron al humilde, y no lo reconocieron. Se les mostraba a través de la lámpara. Pues primero aquel, de quien no se levantó mayor entre los nacidos de mujer, dijo, No soy yo el Cristo. Y le fue dicho, ¿Eres tú Elías? Respondió, no soy. Pues Cristo envía antes de sí a Elías: y dijo, No soy, y nos hizo una cuestión. Pues es de temer que los menos entendidos piensen que Juan dijo cosas contrarias a lo que dijo Cristo. Pues en cierto lugar, cuando el Señor Jesucristo decía algunas cosas de sí mismo en el Evangelio, le respondieron los discípulos: ¿Cómo dicen, pues, los escribas, es decir, los expertos en la Ley, que Elías debe venir primero? Y el Señor dijo: Elías ya vino, y le hicieron lo que quisieron; y si queréis saber, él es Juan el Bautista (Mateo 17, 10-13, y 11, 11-14). El Señor Jesucristo dijo, Elías ya vino, y él es Juan el Bautista: pero Juan interrogado se confesó a sí mismo no ser Elías, como tampoco ser el Cristo. Y ciertamente así como confesó la verdad de no ser el Cristo, así confesó la verdad de no ser Elías. ¿Cómo, pues, compararemos las palabras del heraldo con las del juez? Lejos esté que el heraldo mienta: pues habla lo que oye del juez. ¿Por qué, pues, él, No soy Elías: y el Señor, Él es Elías? Porque en eso el Señor Jesucristo quiso prefigurar su futuro advenimiento, y decir esto, que en el espíritu de Elías estaba Juan. Y lo que era Juan para el primer advenimiento, eso será Elías para el segundo advenimiento. Así como hay dos advenimientos del juez, así dos heraldos. El juez ciertamente él mismo, pero dos heraldos: no dos jueces. Pues era necesario que el juez viniera primero para ser juzgado. Envió antes de sí al primer heraldo, lo llamó Elías; porque eso será en el segundo advenimiento Elías, lo que en el primero fue Juan.

6. Pues preste atención vuestra Caridad a lo que voy a decir. Cuando fue concebido Juan, o más bien cuando nació, el Espíritu Santo profetizó lo que se cumpliría en ese hombre: "Y será precursor del Altísimo, en el espíritu y poder de Elías" (Luc. I, 17). No es, por tanto, Elías,

sino "en el espíritu y poder de Elías". ¿Qué significa "en el espíritu y poder de Elías"? En el mismo Espíritu Santo, en lugar de Elías. ¿Por qué en lugar de Elías? Porque lo que Elías será en el segundo advenimiento, eso fue Juan en el primero. Por tanto, Juan respondió correctamente. Pues el Señor, figuradamente, "Elías es Juan": pero este, como dije, propiamente, "No soy Elías". Si consideras la figura de la prefiguración, Juan es Elías: porque lo que aquel será en el primer advenimiento, este lo será en el segundo. Si preguntas por la propiedad de la persona, Juan es Juan, Elías es Elías; por tanto, el Señor, en la prefiguración, correctamente, "Él es Elías": pero Juan, correctamente, en la propiedad, "No soy Elías". Ni Juan mintió, ni el Señor mintió; ni el heraldo mintió, ni el Juez mintió; pero si entiendes. ¿Quién entenderá? Quien haya imitado la humildad del heraldo y haya reconocido la grandeza del juez. Porque nada es más humilde que el propio heraldo. Hermanos míos, Juan no tuvo mayor mérito que su humildad, porque aunque podía engañar a los hombres y ser considerado Cristo, y ser tenido por Cristo (pues fue de tan gran gracia y excelencia), confesó abiertamente y dijo: "No soy el Cristo". ¿Acaso eres Elías? Si hubiera dicho, "Soy Elías", entonces en el segundo advenimiento, Cristo vendría a juzgar, no aún en el primero sería juzgado. Como diciendo, "Vendrá Elías"; "No soy", dice, "Elías". Pero observad al humilde, ante quien vino Juan, para que no sintáis al excelso ante quien vendrá Elías. Pues el Señor también lo completó así: "Él es Juan Bautista que ha de venir". En esa prefiguración vino este, en cuya propiedad vendrá Elías. Entonces Elías será Elías por propiedad, ahora por similitud Juan era. Ahora Juan es Juan por propiedad, por similitud es Elías. Ambos heraldos se dieron sus similitudes y mantuvieron sus propiedades: pero uno es el Señor juez, ya sea con aquel heraldo precediéndolo, ya sea con este.

7. Y le preguntaron: ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? Y dijo: No. Y le dijeron: ¿Eres tú el profeta? Y respondió: No. Entonces le dijeron: ¿Quién eres tú? para que demos respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto. Isaías lo dijo (Isa., XL, 3). En Juan se cumplió esta profecía, "Yo soy la voz del que clama en el desierto". ¿Qué clama? Enderezad el camino del Señor, haced rectas las sendas de nuestro Dios. ¿No os parece que es propio del heraldo decir, "Salid, haced el camino"? Excepto que el heraldo dice "Salid": Juan dice "Venid". El heraldo aleja del juez, Juan llama al juez. Más bien, Juan llama al humilde, para que el juez no sea sentido como excelso. Yo soy la voz del que clama en el desierto, enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías. No dijo, "Yo soy Juan, yo soy Elías, yo soy el profeta". Pero ¿qué dijo? Esto soy llamado, "Voz del que clama en el desierto, Enderezad el camino del Señor": yo soy esa profecía.

8. Y los que habían sido enviados eran de los fariseos: es decir, de los príncipes de los judíos. Y le preguntaron, y le dijeron: ¿Por qué entonces bautizas, si no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Parecía ser una audacia bautizar, como diciendo, ¿En qué persona? Preguntamos si eres el Cristo; dices que no lo eres: preguntamos si acaso eres su precursor, porque sabemos que antes del advenimiento de Cristo vendrá Elías; niegas serlo: preguntamos si acaso eres un profeta que precede mucho, y has recibido este poder; tampoco dices ser profeta. Y Juan no era profeta: era mayor que profeta. El Señor dio tal testimonio de él: "¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Ciertamente, no sacudida por el viento, se sobreentiende; porque Juan no era tal, como quien es movido por el viento: pues quien es movido por el viento, es llevado por todo espíritu seductor. Pero ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido con ropas delicadas? Pues Juan vestía ásperamente, es decir, con una túnica hecha de pelos de camello. He aquí, los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes. No salisteis, pues, a ver a un hombre vestido con ropas delicadas. Pero ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí, os digo, más que profeta es este" (Mat. XI, 7, 8, 9): porque los profetas anunciaron de lejos, Juan mostraba al presente.

9. ¿Por qué entonces bautizas, si no eres el Cristo, ni Elías, ni el profeta? Juan les respondió, y dijo: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis. Porque el humilde no era visto, y por eso se encendió la lámpara. Ved cómo cede el lugar, quien podría ser considerado de otra manera. Él es quien viene después de mí, quien ha sido antes de mí. Como ya dijimos, es decir, ha sido preferido a mí. De quien no soy digno de desatar la correa de su sandalia. ¿Cuánto se humilló? Y por eso fue mucho elevado; porque quien se humilla, será exaltado (Luc. XIV, 11). De donde debe ver vuestra Santidad, porque si Juan se humilló así, diciendo, "No soy digno de desatar la correa"; ¿cómo deben humillarse aquellos que dicen: "Nosotros bautizamos, lo que damos es nuestro, y lo que es nuestro, es santo"? Él dice, "No yo, sino él": ellos dicen, "Nosotros". No es digno Juan de desatar la correa de su sandalia: si se dijera digno, ¿cuán humilde sería? Y si se dijera digno, y aún así dijera, "Él viene después de mí, quien ha sido antes de mí, de quien solo soy digno de desatar la correa de la sandalia"; se habría humillado mucho. Pero cuando ni siquiera para esto se dice digno, verdaderamente estaba lleno del Espíritu Santo, quien así reconoció al Señor como siervo, y mereció hacerse amigo desde siervo.

10. Estas cosas sucedieron en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan estaba bautizando. Al día siguiente, Juan vio a Jesús que venía hacia él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo. Que nadie se atribuya a sí mismo, y diga que él quita el pecado del mundo. Prestad atención, contra qué soberbios señalaba Juan con el dedo. Aún no habían nacido los herejes, y ya se mostraban: contra ellos clamaba entonces desde el río, contra quienes ahora clama desde el Evangelio. Vino Jesús; y ¿qué dice él? He aquí el Cordero de Dios. Si cordero inocente, también Juan es cordero. ¿O no es también él inocente? Pero ¿quién es inocente? ¿cuán inocente? Todos vienen de esa descendencia y de esa progenie, de la cual canta lamentando David: "En iniquidad fui concebido, y en pecado me alimentó mi madre en el vientre" (Sal. L, 7). Solo él es el Cordero, que no vino así. Pues no fue concebido en iniquidad; porque no fue concebido de mortalidad: ni su madre lo alimentó en el vientre en pecado, a quien la virgen concibió, la virgen dio a luz; porque lo concibió por fe, y lo recibió por fe. Por tanto, he aquí el Cordero de Dios. No tiene este la descendencia de Adán: solo tomó carne de Adán, no asumió el pecado. Quien no asumió el pecado de nuestra masa, él es quien quita nuestro pecado. He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo.

11. Sabéis que algunos hombres dicen a veces: Nosotros quitamos los pecados a los hombres, que somos santos: pues si no fuera santo quien bautiza, ¿cómo quita el pecado de otro, siendo él mismo un hombre lleno de pecado? Contra estas disputas no digamos nuestras palabras, leamos esto: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo. No haya presunción de hombres en hombres: no emigre el gorrión a los montes, confíe en el Señor (Sal. X, 2); y si levanta los ojos a los montes, de donde vendrá su ayuda, entienda que su ayuda viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Sal. CXX, 1, 2). Juan de tan gran excelencia, se le dice, ¿Eres tú el Cristo? Dice, No. ¿Eres tú Elías? Dice, No. ¿Eres tú el profeta? Dice, No. ¿Por qué entonces bautizas? He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo: este es de quien dije, "Después de mí viene un hombre que ha sido antes de mí, porque era antes que yo". Después de mí viene, porque nació después: ha sido antes de mí, porque ha sido preferido a mí: era antes que yo, porque en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.

12. "Y yo no lo conocía, dijo: pero para que se manifestara a Israel, por eso vine yo bautizando en agua. Y Juan dio testimonio, diciendo, Vi al Espíritu descender del cielo como paloma, y permaneció sobre él: y yo no lo conocía, pero el que me envió a bautizar en agua, él me dijo, Sobre quien veas al Espíritu descender y permanecer sobre él, este es el que

bautiza en el Espíritu Santo: y yo vi, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios". Preste atención un poco vuestra Caridad: ¿Cuándo conoció Juan a Cristo? Pues fue enviado a bautizar en agua. Se preguntó por qué. "Para que se manifestara a Israel", dijo. ¿Qué provecho tuvo el bautismo de Juan? Hermanos míos, si tuvo algún provecho, aún permanecería, y los hombres serían bautizados con el bautismo de Juan; y así vendrían al bautismo de Cristo. Pero ¿qué dice? "Para que se manifestara a Israel": es decir, para que a Israel mismo, al pueblo de Israel, se manifestara Cristo, vino a bautizar en agua. Juan recibió el ministerio del bautismo, en el agua de penitencia para preparar el camino al Señor, no siendo el Señor: pero cuando el Señor fue conocido, ya no era necesario preparar el camino; porque a los que lo conocían, él mismo se hizo camino: así que el bautismo de Juan no duró mucho. Pero ¿cómo fue manifestado el Señor? Humilde; para que por eso recibiera el bautismo Juan, en el cual sería bautizado el mismo Señor.

13. ¿Y era necesario que el Señor fuera bautizado? Y yo preguntando, rápidamente respondo: ¿Era necesario que el Señor naciera? ¿Era necesario que el Señor fuera crucificado? ¿Era necesario que el Señor muriera? ¿Era necesario que el Señor fuera sepultado? Si, pues, asumió tanta humildad por nosotros, ¿no iba a asumir el bautismo del siervo? ¿Y qué provecho tuvo que asumiera el bautismo del siervo? Para que tú no te desdeñaras de asumir el bautismo del Señor. Preste atención vuestra Caridad. Había de haber algunos en la Iglesia catecúmenos de mayor gracia. Pues sucede a veces que ves a un catecúmeno absteniéndose de todo concubinato, despidiéndose del mundo, renunciando a todo lo que poseía, distribuyéndolo a los pobres; y es catecúmeno, instruido incluso tal vez en la doctrina saludable por encima de muchos fieles. Se debe temer que este no diga para sí mismo sobre el santo Bautismo en el que se perdonan los pecados: ¿Qué más voy a recibir? He aquí, soy mejor que aquel fiel y aquel fiel: pensando en los fieles, ya sea casados, o tal vez ignorantes, o teniendo y poseyendo sus bienes, que él ya distribuyó a los pobres, y considerándose mejor que aquel que ya está bautizado, se desdeñe de venir al Bautismo, diciendo, Voy a recibir lo que tiene aquel y aquel; y se proponga a sí mismo a aquellos que desprecia, y como si le resultara despreciable recibir lo que recibieron los inferiores, porque ya se considera mejor: y sin embargo, todos los pecados están sobre él, y si no viene al santo Bautismo, donde se perdonan los pecados, con toda su excelencia no puede entrar en el reino de los cielos. Pero para invitar a esa excelencia al bautismo del Señor, para que se le perdonaran los pecados, vino él mismo al bautismo de su siervo; y aunque él no tenía lo que se le perdonara, ni lo que se lavara en él, recibió el bautismo de su siervo; y como si hablara al hijo soberbio y altivo, y tal vez desdeñoso de recibir con los ignorantes de donde le pueda venir la salvación, y como diciendo: ¿Cuánto te extiendes? ¿cuánto te exaltas? ¿cuánta es tu excelencia? ¿cuánta es tu gracia? ¿puede ser mayor que la mía? si yo vine al siervo, ¿tú te desdeñas de venir al Señor? si yo recibí el bautismo del siervo, ¿tú te desdeñas de ser bautizado por el Señor?

14. Pues para que sepáis, hermanos míos, que el Señor no venía a Juan por necesidad de algún vínculo de pecado; como dicen otros evangelistas, cuando el Señor venía a él para ser bautizado, dijo el mismo Juan: "¿Tú vienes a mí? yo debo ser bautizado por ti". ¿Y qué le respondió él? "Deja ahora; se cumpla toda justicia" (Mat. III, 14, 15). ¿Qué es, "se cumpla toda justicia"? Vengo a morir por los hombres, ¿no he de ser bautizado por los hombres? ¿Qué es, "se cumpla toda justicia"? Se cumpla toda humildad. ¿Qué, pues? ¿no iba a recibir el bautismo de un buen siervo, quien recibió la pasión de malos siervos? Prestad atención, pues. Bautizado el Señor, si por eso bautizó Juan, para que en su bautismo el Señor mostrara humildad, ¿nadie más sería bautizado con el bautismo de Juan? Pero muchos fueron bautizados con el bautismo de Juan; el Señor fue bautizado con el bautismo de Juan, y cesó el bautismo de Juan: de ahí Juan fue enviado a la cárcel; en adelante, nadie se encuentra

bautizado con ese bautismo. Si, pues, por eso vino Juan bautizando, para que la humildad del Señor nos fuera mostrada, para que porque él recibió del siervo, nosotros no nos desdeñáramos de recibir del Señor; ¿solo el Señor sería bautizado por Juan? Pero si solo el Señor fuera bautizado por Juan, no faltarían quienes pensaran que el bautismo de Juan era más santo que el de Cristo: como si solo Cristo hubiera merecido ser bautizado con el bautismo de Juan, pero con el bautismo de Cristo el género humano. Preste atención vuestra Caridad. Con el bautismo de Cristo hemos sido bautizados, no solo nosotros, sino todo el orbe de la tierra, y se bautiza hasta el fin. ¿Quién de nosotros puede compararse en alguna parte con Cristo, de quien Juan dijo que no era digno de desatar la correa de su sandalia? Si, pues, ese Cristo de tan gran excelencia, hombre Dios, solo fuera bautizado con el bautismo de Juan, ¿qué dirían los hombres? ¿Qué bautismo tuvo Juan? Gran bautismo tuvo, inefable sacramento: mira, porque solo Cristo mereció ser bautizado con el bautismo de Juan. Y así parecería mayor el bautismo del siervo que el bautismo del Señor. Fueron bautizados también otros con el bautismo de Juan, para que no pareciera mejor el bautismo de Juan que el de Cristo; pero también fue bautizado el Señor, para que al recibir el Señor el bautismo del siervo, no se desdeñaran otros siervos de recibir el bautismo del Señor: para esto, pues, fue enviado Juan.

15. Pero ¿conocía a Cristo, o no lo conocía? Si no lo conocía, ¿por qué decía cuando Cristo venía al río: "Yo debo ser bautizado por ti"? esto es, Sé quién eres. Si, pues, ya lo conocía, ciertamente entonces lo conoció cuando vio la paloma descender. Es manifiesto que la paloma no descendió sobre el Señor, sino después de que ascendió del agua del bautismo. El Señor bautizado ascendió del agua, se abrieron los cielos, y vio sobre él la paloma. Si, pues, después del bautismo descendió la paloma, y antes de que el Señor fuera bautizado, Juan le dijo, "¿Tú vienes a mí? yo debo ser bautizado por ti"; ya lo conocía, a quien le dijo, "¿Tú vienes a mí? yo debo ser bautizado por ti". ¿Cómo, pues, dijo, "Y yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar en agua, él me dijo, Sobre quien veas al Espíritu descender y permanecer sobre él, este es el que bautiza en el Espíritu Santo"? No es una pequeña cuestión, hermanos míos. Si habéis visto la cuestión, no habéis visto poco: queda que el Señor dé su solución. Sin embargo, digo esto, si habéis visto la cuestión, no es poco. He aquí que Juan está ante vuestros ojos, de pie en el río Juan Bautista; he aquí que viene el Señor aún por bautizar, aún no bautizado: escucha la voz de Juan, "¿Tú vienes a mí? yo debo ser bautizado por ti"; he aquí que ya conoce al Señor, por quien quiere ser bautizado. Bautizado el Señor, ascendió del agua, se abrieron los cielos, descendió el Espíritu, ahora lo conoce Juan: si ahora lo conoce, ¿qué dijo antes, "Yo debo ser bautizado por ti"? Si, sin embargo, no lo conoce ahora, porque ya lo conocía, ¿qué es lo que dijo, "No lo conocía; pero el que me envió a bautizar en agua, él me dijo, Sobre quien veas al Espíritu descender, y permanecer sobre él como paloma, este es el que bautiza en el Espíritu Santo"?

16. Hermanos, si esta cuestión se resolviera hoy, no dudo que os pesaría, porque ya se han dicho muchas cosas. Sin embargo, sabed que tal cuestión es de tal naturaleza que por sí sola destruye la parte de Donato. He dicho esto a vuestra Caridad para haceros atentos, como suelo hacer; y también para que oréis por nosotros y por vosotros, para que el Señor nos conceda hablar dignamente y que vosotros merezcáis comprender dignamente. Entretanto, dignaos posponerlo hoy. Pero brevemente digo esto mientras se resuelve: preguntad pacíficamente, sin riñas, sin contiendas, sin altercados, sin enemistades; y buscad con vosotros mismos, y preguntad a otros, y decid: Esta cuestión nos la propuso hoy nuestro obispo, que algún día, si el Señor lo concede, la resolverá. Pero ya sea que se resuelva o no, pensad que he propuesto lo que me inquieta: porque estoy muy inquieto. Juan dice: Yo debo ser bautizado por ti; como si conociera a Cristo. Pues si no conocía a aquel por quien quería

ser bautizado, decía temerariamente: Yo debo ser bautizado por ti. Por lo tanto, lo conocía. Si lo conocía, ¿qué significa entonces que dice: No lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, él me dijo: Sobre quien veas al Espíritu descender y permanecer sobre él, como una paloma, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo? ¿Qué diremos? ¿Que no sabemos cuándo vino la paloma? Para que no quede oculto, léanse otros evangelistas, que lo dijeron más claramente: y encontramos clarísimamente que la paloma descendió cuando el Señor subió del agua. Porque sobre el bautizado se abrieron los cielos, y vio al Espíritu descender (Mat. III, 16, Marc. I, 10, y Luc. III, 21 y 22). Si ya conocía al bautizado, ¿cómo dice al que viene al bautismo: Yo debo ser bautizado por ti? Mientras tanto, reflexionad sobre esto con vosotros mismos, discutidlo entre vosotros, tratadlo entre vosotros. Que el Señor nuestro Dios conceda que antes de que lo escuchéis de mí, se lo revele primero a alguno de vosotros. Sin embargo, hermanos, sabed esto, que por la solución de esta cuestión, la parte de Donato sobre la gracia del Bautismo, donde extienden nubes a los inexpertos y tienden redes a las aves voladoras, si tienen frente, no la tendrán en absoluto: en absoluto se cerrarán sus bocas.

TRACTATUS V. Nuevamente sobre aquello, Y yo no lo conocía, etc. Qué nuevo aprendió Juan del Señor por la paloma. Cap. I, V\ 33.

1. Como el Señor quiso, hemos llegado al día de nuestra promesa: también nos concederá esto, que podamos llegar a la realización de esa promesa. Porque entonces lo que decimos, si es útil tanto para nosotros como para vosotros, es de él: pero lo que es del hombre, son mentiras; como dijo nuestro Señor Jesucristo, El que habla mentira, de lo suyo habla (Juan VIII, 44). Nadie tiene de lo suyo, sino mentira y pecado. Pero si el hombre tiene algo de verdad y justicia, es de aquella fuente que debemos desear en este desierto, para que, rociados como con algunas gotas de ella, y consolados mientras tanto en este peregrinaje, no desfallezcamos en el camino, y podamos llegar a su descanso y saciedad. Si, por lo tanto, el que habla mentira, de lo suyo habla; el que habla verdad, de Dios habla. Juan es veraz, Cristo es la verdad; Juan es veraz, pero todo veraz es veraz por la verdad: si, por lo tanto, Juan es veraz, y el hombre no puede ser veraz, sino por la verdad; ¿de quién era veraz, sino de aquel que dijo, Yo soy la verdad (Id. XIV, 6)? Por lo tanto, no podría decir, ni la verdad contra el veraz, ni el veraz contra la verdad. La verdad envió al veraz; y por eso era veraz, porque fue enviado por la verdad. Si la verdad envió a Juan, Cristo lo envió. Pero lo que Cristo hace con el Padre, el Padre lo hace: y lo que el Padre hace con Cristo, Cristo lo hace. Ni el Padre hace algo aparte del Hijo; ni el Hijo hace algo aparte del Padre: inseparable caridad, inseparable unidad, inseparable majestad, inseparable poder, según estas palabras que él mismo puso, Yo y el Padre somos uno (Id. X, 30). ¿Quién, entonces, envió a Juan? Si decimos, el Padre, decimos la verdad; si decimos, el Hijo, decimos la verdad: pero más claramente para decir, el Padre y el Hijo. A quien envió el Padre y el Hijo, un solo Dios lo envió; porque el Hijo dijo, Yo y el Padre somos uno. ¿Cómo, entonces, no conocía a aquel por quien fue enviado? Porque dijo, Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, él me dijo. Pregunto a Juan, ¿Qué te dijo el que te envió a bautizar con agua? Sobre quien veas al Espíritu descender, como una paloma, y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo. ¿Esto te dijo, oh Juan, el que te envió? Es evidente que esto. ¿Quién, entonces, te envió? Quizás el Padre. El verdadero Dios es el Padre, y la verdad es Dios el Hijo: si el Padre te envió sin el Hijo, Dios te envió sin la verdad: pero si eres veraz porque hablas la verdad, y hablas de la verdad; no te envió el Padre sin el Hijo, sino que te envió el Padre y el Hijo juntos: si, por lo tanto, el Hijo te envió con el Padre, ¿cómo no conocías a aquel por quien fuiste enviado? A quien viste en la verdad, él te envió para que fuera reconocido en la carne, y dijo, Sobre quien veas al Espíritu descender como una paloma, y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo.

2. ¿Escuchó esto Juan para conocer a aquel que no conocía, o para conocer más plenamente a aquel que ya conocía? Porque si no lo conocía en absoluto, no habría dicho al que venía al río para ser bautizado, Yo debo ser bautizado por ti, y tú vienes a mí (Mat. III, 14)? Por lo tanto, lo conocía. ¿Cuándo descendió la paloma? Ya bautizado el Señor, y subiendo del agua. Pero si el que lo envió dijo, Sobre quien veas al Espíritu descender como una paloma, y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo; y no lo conocía, sino que lo conoció cuando descendió la paloma; y la paloma descendió cuando el Señor subió del agua; pero Juan ya había conocido al Señor cuando el Señor venía a él al agua: se nos manifiesta que Juan conocía al Señor en parte, y en parte aún no lo conocía. A menos que entendamos esto, sería mentiroso. ¿Cómo era veraz reconociendo, quien dice, Tú vienes a mí para ser bautizado, y yo debo ser bautizado por ti? ¿Es veraz cuando dice esto? ¿Y cómo es nuevamente veraz cuando dice, Yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, él me dijo, Sobre quien veas al Espíritu descender como una paloma, y permanecer sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo? El Señor se dio a conocer por la paloma, no a quien no lo conocía, sino a quien conocía algo de él, y algo no conocía. Por lo tanto, nos corresponde buscar qué en él Juan aún no conocía, y lo aprendió por la paloma.

3. ¿Por qué fue enviado Juan a bautizar? Ya recuerdo haber dicho a vuestra Caridad tanto como pude. Porque si el bautismo de Juan era necesario para nuestra salvación; también ahora debería practicarse. Pues no es que ahora no se salven los hombres, o que ahora se salven más, o que entonces hubiera una salvación y ahora otra. Si Cristo ha cambiado, también ha cambiado la salvación: si la salvación está en Cristo, y Cristo es el mismo, la salvación es la misma para nosotros. Pero, ¿por qué fue enviado Juan a bautizar? Porque era necesario que Cristo fuera bautizado. ¿Por qué era necesario que Cristo fuera bautizado? ¿Por qué era necesario que Cristo naciera? ¿Por qué era necesario que Cristo fuera crucificado? Porque si había venido a mostrar el camino de la humildad, y a hacerse él mismo el camino de la humildad; en todo debía cumplirse la humildad por él. Se dignó dar autoridad a su bautismo para que los siervos conocieran con cuánta prontitud debían correr al bautismo del Señor, cuando él mismo no despreció recibir el bautismo del siervo. Porque esto fue dado a Juan, que su bautismo fuera llamado así.

4. Que vuestra Caridad preste atención, distinga y conozca esto. El bautismo que recibió Juan, fue llamado bautismo de Juan: solo él recibió tal don: ninguno de los justos antes de él, ninguno después de él, recibió un bautismo que se llamara suyo. Lo recibió ciertamente; pues no podía ser de sí mismo: porque si alguien habla de sí mismo, habla mentira de lo suyo. ¿Y de dónde lo recibió, sino del Señor Jesucristo? De él recibió para poder bautizar, a quien después bautizó. No os maravilléis: pues Cristo hizo esto en Juan, como hizo algo en su madre. Porque de Cristo se ha dicho, Todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 3): si todas las cosas por él, también María fue hecha por él, de quien después nació Cristo. Prestad atención, vuestra Caridad, Así como creó a María, y fue creado por María; así dio el bautismo a Juan, y fue bautizado por Juan.

5. Por lo tanto, recibió el bautismo de Juan, para que recibiendo lo que era inferior de un inferior, exhortara a los inferiores a lo que era superior. Pero, ¿por qué no fue solo él bautizado por Juan, si para esto fue enviado Juan, por quien Cristo sería bautizado, para preparar el camino al Señor, es decir, al mismo Cristo? Y esto ya lo hemos dicho; pero lo recordamos, porque es necesario para la presente cuestión. Si solo nuestro Señor Jesucristo hubiera sido bautizado con el bautismo de Juan: retened lo que decimos; que el mundo no tenga tanto poder, que borre de vuestros corazones lo que el Espíritu de Dios escribió allí; que las espinas de las preocupaciones no tengan tanto poder, que ahoguen la semilla que se siembra en vosotros: ¿por qué nos vemos obligados a repetir lo mismo, sino porque no

estamos seguros de la memoria de vuestro corazón? si, por lo tanto, solo el Señor hubiera sido bautizado con el bautismo de Juan, no faltarían quienes lo tendrían así, como para pensar que el bautismo de Juan era mayor que el bautismo de Cristo. Pues dirían: Hasta tal punto es mayor ese bautismo, que solo Cristo mereció ser bautizado con él. Por lo tanto, para darnos un ejemplo de humildad por parte del Señor, para recibir la salvación del bautismo, Cristo recibió lo que no le era necesario, pero que era necesario para nosotros. Y nuevamente, para que no se prefiriera lo que Cristo recibió de Juan al bautismo de Cristo, se permitió que otros también fueran bautizados por Juan. Pero a quienes fueron bautizados por Juan, no les bastó: porque fueron bautizados con el bautismo de Cristo; porque el bautismo de Juan no era el bautismo de Cristo. Quienes reciben el bautismo de Cristo, no buscan el bautismo de Juan: quienes recibieron el bautismo de Juan, buscaron el bautismo de Cristo. Por lo tanto, a Cristo le bastó el bautismo de Juan. ¿Cómo no le bastaría, cuando ni siquiera era necesario para él? Porque para él ningún bautismo era necesario; pero para exhortarnos a su bautismo, recibió el bautismo del siervo. Y para que no se prefiriera el bautismo del siervo al bautismo del Señor, fueron bautizados otros con el bautismo del consiervo. Pero quienes fueron bautizados con el bautismo del consiervo, era necesario que fueran bautizados con el bautismo del Señor: pero quienes son bautizados con el bautismo del Señor, no necesitan el bautismo del consiervo.

6. Porque, por lo tanto, Juan había recibido un bautismo que propiamente se llamaba de Juan; pero el Señor Jesucristo no quiso dar su bautismo a nadie, no para que nadie fuera bautizado con el bautismo del Señor, sino para que siempre el mismo Señor bautizara: se dispuso que también por los ministros bautizara el Señor, es decir, que aquellos a quienes los ministros del Señor bautizaran, el Señor los bautizara, no ellos. Porque una cosa es bautizar por ministerio, otra cosa es bautizar por potestad. Porque el bautismo es tal como es aquel en cuya potestad se da; no como es aquel por cuyo ministerio se da. Tal era el bautismo de Juan, como Juan: bautismo justo como de justo, sin embargo de hombre; pero quien había recibido del Señor esta gracia, y tanta gracia, que era digno de preceder al juez, y señalarlo con el dedo, y cumplir la voz de aquella profecía, Voz del que clama en el desierto, preparad el camino al Señor (Isaías XL, 3). Pero tal es el bautismo del Señor, como es el Señor: por lo tanto, el bautismo del Señor es divino, porque el Señor es Dios.

7. Sin embargo, el Señor Jesucristo pudo, si quisiera, dar potestad a algún siervo suyo, para que diera su bautismo como en su lugar, y transferir de sí la potestad de bautizar, y establecerla en algún siervo suyo, y dar tanto poder al bautismo transferido al siervo, como el poder que tendría el bautismo dado por el Señor. Esto no quiso hacerlo, para que en él estuviera la esperanza de los bautizados, de quien se reconocieran bautizados. Por lo tanto, no quiso que el siervo pusiera su esperanza en el siervo. Y por eso clamaba el Apóstol, cuando veía a los hombres queriendo poner su esperanza en él mismo: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados? (I Cor. I, 13). Por lo tanto, Pablo bautizó como ministro, no como la misma potestad: pero el Señor bautizó como potestad. Prestad atención. Y pudo dar esta potestad a los siervos, y no quiso. Porque si diera esta potestad a los siervos, es decir, que lo que era del Señor fuera de ellos, habría tantos bautismos como siervos; para que así como se dijo bautismo de Juan, se dijera bautismo de Pedro, así bautismo de Pablo, así bautismo de Jacobo, bautismo de Tomás, Mateo, Bartolomé: porque aquel bautismo fue llamado de Juan. Pero quizás alguien resista, y diga: Prueba que aquel bautismo fue llamado de Juan. Lo probaré, la misma Verdad lo dice, cuando interrogó a los judíos, El bautismo de Juan, ¿de dónde es? ¿del cielo, o de los hombres? (Mat. XXI, 25). Por lo tanto, para que no se dijeran tantos bautismos como siervos que bautizaran con potestad recibida del Señor; el Señor se reservó la potestad de bautizar, y dio a los siervos el ministerio. El siervo dice que bautiza; lo dice correctamente, como dice el

Apóstol, También bauticé a la casa de Estéfanas (I Cor. I, 16): pero como ministro. Por eso, si es malo, y le sucede tener el ministerio, y si los hombres no lo conocen, y Dios lo conoce: Dios permite que se bautice por él, quien se reservó la potestad.

8. Pero esto no conocía Juan en el Señor. Porque sabía que era el Señor, lo sabía; porque debía ser bautizado por él, lo sabía: y confesó que era la verdad, y él veraz enviado por la verdad; esto lo sabía. Pero, ¿qué no conocía en él? Que se reservaría la potestad de bautizar, y no la transmitiría ni la transferiría a ningún siervo: sino que, ya sea que bautizara en el ministerio un siervo bueno, ya sea que bautizara en el ministerio un siervo malo, no sabría aquel que fuera bautizado que era bautizado, sino por aquel que se reservó la potestad de bautizar. Y para que sepáis, hermanos, que esto no conocía Juan en él, y esto lo aprendió por la paloma: porque conocía al Señor, pero que se reservaría la potestad de bautizar, y no la daría a ningún siervo, aún no lo conocía; según esto dijo, Y yo no lo conocía. Y para que sepáis que allí aprendió esto, prestad atención a lo que sigue: Pero el que me envió a bautizar con agua, él me dijo, Sobre quien veas al Espíritu descender, como una paloma, y permanecer sobre él, ese es. ¿Qué es ese? Señor. Pero ya conocía al Señor. Por lo tanto, pensad que hasta aquí dijo Juan, Y yo no lo conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, él me dijo. Preguntamos qué dijo. Sigue, Sobre quien veas al Espíritu descender, como una paloma, y permanecer sobre él, ese es. Pero, ¿qué es ese? ¿qué quiso enseñarme por la paloma quien me envió? ¿Que él era el Señor? Ya conocía a aquel por quien fui enviado: ya conocía a aquel a quien dije, Tú vienes a mí para ser bautizado? yo debo ser bautizado por ti: hasta tal punto conocía al Señor, que yo quería ser bautizado por él, no que él fuera bautizado por mí: y entonces me dijo, Deja ahora; cúmplase toda justicia (Mat. III, 14, 15); vine a sufrir, no vine a ser bautizado? cúmplase toda justicia, dijo mi Dios; cúmplase toda justicia, enseñaré plena humildad: conozco a los que se enorgullecerán en mi futuro pueblo, conozco a algunos que estarán en alguna gracia más excelente, para que cuando vean a algunos ignorantes ser bautizados, ellos, porque se consideran mejores, ya sea por continencia, ya sea por limosnas, ya sea por doctrina, quizás se nieguen a recibir lo que aquellos inferiores recibieron; es necesario que los sane, para que no se nieguen a venir al bautismo del Señor, porque yo vine al bautismo del siervo.

9. Ya entonces Juan conocía esto, y conocía al Señor. ¿Qué enseñó entonces la paloma? ¿Qué quiso enseñar con la paloma, es decir, con el Espíritu Santo descendiendo así, quien lo envió, a quien dijo: Sobre quien veas al Espíritu descender como paloma y permanecer sobre él, ese es? ¿Quién es ese? El Señor. Lo sé. Pero, ¿acaso ya sabías esto, que este Señor que tiene el poder de bautizar, no dará ese poder a ningún siervo, sino que lo retendrá para sí mismo, de modo que todo el que sea bautizado por el ministerio del siervo, no lo atribuya al siervo, sino al Señor? ¿Acaso ya sabías esto? No lo sabía: entonces, ¿qué me dijo? Sobre quien veas al Espíritu descender como paloma y permanecer sobre él, ese es quien bautiza en el Espíritu Santo. No dijo, Él es el Señor; no dijo, él es Cristo; no dijo, él es Dios; no dijo, él es Jesús; no dijo, él es quien nació de la virgen María, posterior a ti, anterior a ti: no dijo esto; ya Juan lo sabía. Pero, ¿qué no sabía? Que el mismo Señor tendría y retendría para sí un poder tan grande del Bautismo, ya sea presente en la tierra, ya sea ausente en cuerpo en el cielo y presente en majestad, retendría para sí el poder del Bautismo: para que Pablo no dijera, Mi bautismo; para que Pedro no dijera, Mi bautismo. Por eso, miren, presten atención a las voces de los Apóstoles. Ninguno de los Apóstoles dijo, Mi bautismo. Aunque el Evangelio era uno para todos, encuentras que dijeron, Mi Evangelio: no encuentras que dijeron, Mi bautismo.

10. Esto aprendió Juan, hermanos míos. Lo que Juan aprendió por la paloma, aprendamos también nosotros. Pues no fue la paloma la que enseñó a Juan, y no enseñó a la Iglesia, a la

cual se le dijo, Una es mi paloma (Cant. VI, 8). Que la paloma enseñe a la paloma; que la paloma sepa lo que Juan aprendió por la paloma. El Espíritu Santo descendió en forma de paloma. Pero esto que Juan aprendía en la paloma, ¿por qué lo aprendió en la paloma? Pues debía aprenderlo: y tal vez no debía, a menos que lo aprendiera por la paloma. ¿Qué puedo decir de la paloma, hermanos míos? ¿O cuándo me basta la capacidad del corazón o de la lengua para decir cómo quiero? Y tal vez no quiero dignamente como debe decirse; ni siquiera puedo decir cómo quiero: cuánto menos como debe decirse. Yo preferiría escuchar esto de alguien mejor, no decírselo a ustedes.

11. Juan aprende de aquel a quien conocía: pero aprende en lo que no conocía; en lo que conocía no aprende. ¿Y qué conocía? Al Señor. ¿Qué no conocía? Que el poder del bautismo del Señor no pasaría a ningún hombre desde el Señor, sino que el ministerio ciertamente pasaría: el poder del Señor a nadie, el ministerio tanto a buenos como a malos. Que la paloma no tema el ministerio de los malos, que contemple el poder del Señor. ¿Qué te hace un mal ministro, donde el Señor es bueno? ¿Qué te impide un pregonero malicioso, si el juez es benevolente? Juan aprendió esto por la paloma. ¿Qué es lo que aprendió? Que él mismo lo repita: Él me dijo, dice, Sobre quien veas al Espíritu descender como paloma y permanecer sobre él, este es quien bautiza en el Espíritu Santo. No te dejen engañar, oh paloma, los seductores, que dicen, Nosotros bautizamos. Paloma, reconoce lo que enseñó la paloma. Este es quien bautiza en el Espíritu Santo. Por la paloma se aprende que este es; ¿y tú crees que eres bautizado por el poder de aquel cuyo ministerio te bautiza? Si piensas esto, aún no estás en el cuerpo de la paloma; y si no estás en el cuerpo de la paloma, no es de extrañar que no tengas simplicidad. Pues la simplicidad se designa principalmente por la paloma.

12. ¿Por qué por la simplicidad de la paloma aprendió Juan que este es quien bautiza en el Espíritu Santo, hermanos míos, sino porque no eran palomas quienes dispersaron la Iglesia? Eran halcones, eran milanos. La paloma no desgarra. Y los ves haciéndonos envidia, como si de las persecuciones que sufrieron. Sufrieron persecuciones corporales, como si fueran azotes del Señor claramente dando disciplina temporalmente, para que no condene eternamente, si no la reconocen y se corrigen. Ellos verdaderamente persiguen a la Iglesia, quienes la persiguen con engaños; ellos hieren más gravemente el corazón, quienes hieren con la espada de la lengua; ellos derraman más amargamente la sangre, quienes matan a Cristo, en cuanto a ellos les es posible, en el hombre. Parecen aterrorizados como por el juicio de las potestades. ¿Qué te hace la potestad, si eres bueno? Pero si eres malo, teme a la potestad: No en vano lleva la espada, dice el Apóstol (Rom. XIII, 4). No saques tu espada, con la que golpeas a Cristo. Cristiano, ¿qué persigues en el cristiano? ¿Qué persiguió en ti el emperador? Persiguió la carne; tú persigues el espíritu en el cristiano. No matas la carne. Y sin embargo, tampoco perdonan la carne: a cuantos pudieron, mataron golpeando; no perdonaron ni a los suyos ni a los ajenos. Esto es conocido por todos. La potestad es envidiosa, porque es legítima: hace envidiosamente, quien hace con derecho: hace sin envidia, quien hace fuera de las leyes. Que cada uno de ustedes, hermanos míos, considere qué tiene el cristiano. Lo que es hombre, es común con muchos: lo que es cristiano, se distingue de muchos; y más le pertenece lo que es cristiano, que lo que es hombre. Pues lo que es cristiano, se renueva a la imagen de Dios, por quien el hombre fue hecho a la imagen de Dios (Col. III, 10): pero lo que es hombre, podría ser malo, podría ser pagano, podría ser idólatra. Esto persigues en el cristiano, lo que tiene de mejor: pues esto es lo que le quieres quitar de donde vive. Vive temporalmente según el espíritu de vida, por el cual el cuerpo es animado; pero vive para la eternidad según el Bautismo que recibió del Señor: esto le quieres quitar, lo que recibió del Señor; esto le quieres quitar de donde vive. Los ladrones a quienes quieren despojar, así quieren, que ellos tengan más, y aquellos no tengan nada: tú le quitas a este, y no tendrás

más; pues no te haces más porque le quitas. Pero verdaderamente hacen esto, como aquellos que quitan el alma; y le quitan a otro, y ellos no tienen dos almas.

13. ¿Qué quieres quitar entonces? ¿Por qué te desagrada a quien quieres rebautizar? No puedes darle lo que ya tiene, pero haces que niegue lo que tiene. ¿Qué hacía más amargamente el pagano, perseguidor de la Iglesia? Se desenvainaban espadas contra los mártires, se soltaban bestias, se acercaban fuegos: ¿para qué estas cosas? Para que dijera quien sufría estas cosas, No soy cristiano. ¿Qué enseñas tú a quien quieres rebautizar, sino que primero diga, No soy cristiano? Para lo cual alguna vez el perseguidor sacaba la llama, para esto tú sacas la lengua: seduciendo haces lo que aquel no hizo matando. ¿Y qué es lo que vas a dar, y a quién vas a dar? Si te dice la verdad, y no engañado por ti miente, dirá, Tengo. Preguntas, ¿Tienes el Bautismo? Tengo, dice. Mientras diga tengo, dices, no voy a dar. Y no des: pues lo que quieres dar, no puede adherirse a mí; porque lo que recibí, no puede serme quitado. Pero espera; veamos qué me quieres enseñar. Di, dice, primero, No tengo. Pero esto lo tengo: si digo, No tengo, miento; pues lo que tengo, lo tengo. No tienes, dice. Demuestra que no tengo. Te lo dio un malvado. Si Cristo es malvado, me lo dio un malvado. No, dice, Cristo no es malvado: pero no te lo dio Cristo. ¿Quién me lo dio entonces? responde: yo sé que lo recibí de Cristo. Te lo dio, dice, pero un traidor no sé quién, no Cristo. Veré quién fue el ministro, veré quién fue el pregonero; no discuto sobre el oficial, atiendo al juez: y tal vez lo que acusas al oficial, mientes: pero no quiero discutir; el Señor de ambos conozca la causa de su oficial: tal vez si exijo que pruebes, no pruebas; más bien mientes: se ha probado que no pudiste probar: pero no pongo allí mi causa, no sea que cuando empiece a defender diligentemente a hombres inocentes, pienses que puse mi esperanza en hombres inocentes: sean los hombres como sean, yo recibí de Cristo, yo fui bautizado por Cristo. No, dice, sino que ese obispo te bautizó, y ese obispo se comunica con ellos. Fui bautizado por Cristo, yo lo sé. ¿Cómo lo sabes? Me lo enseñó la paloma que vio Juan. Oh milano malvado, no me desgarras de las entrañas de la paloma: soy contado entre los miembros de la paloma; porque lo que la paloma enseñó, eso sé. Tú me dices, Aquel te bautizó, o aquel te bautizó; por la paloma se me dice a mí y a ti, Este es quien bautiza: ¿a quién creo, al milano o a la paloma?

14. Ciertamente tú dime, para que te confundas por aquella lámpara, por la cual se confundieron también los primeros enemigos, tus iguales los fariseos, quienes cuando preguntaron al Señor, en qué potestad hacía estas cosas: También yo os preguntaré, dice, esta palabra, Decidme, ¿el Bautismo de Juan de dónde es? ¿del cielo o de los hombres? Y ellos que preparaban lanzar engaños, atrapados en la cuestión, comenzaron a deliberar entre sí, y a decir, Si decimos que es del cielo, nos dirá, ¿Por qué no le creísteis? Pues Juan había dicho del Señor, He aquí el Cordero de Dios, he aquí quien quita el pecado del mundo (Juan I, 29). ¿Qué buscáis entonces, en qué potestad hago? Oh lobos, en la potestad del Cordero hago lo que hago. Pero para que conocierais al Cordero, ¿por qué no creísteis a Juan, quien dijo, He aquí el Cordero de Dios, he aquí quien quita el pecado del mundo? Sabiendo entonces ellos lo que Juan había dicho del Señor, dijeron entre sí, Si decimos que el bautismo de Juan es del cielo, nos dirá, ¿Por qué entonces no le creísteis? Si decimos que es de los hombres, seremos apedreados por el pueblo; porque tienen a Juan por profeta. Temían a los hombres por un lado, por otro se avergonzaban de confesar la verdad. Las tinieblas respondieron a las tinieblas, pero fueron superadas por la luz. ¿Qué respondieron? No sabemos: lo que sabían, dijeron, no sabemos. Y el Señor, tampoco yo os digo, dice, en qué potestad hago estas cosas (Mat. XXI, 23-27). Y fueron confundidos los primeros enemigos. ¿De dónde? De la lámpara. ¿Quién era la lámpara? Juan. ¿Probamos que era lámpara? Probamos. Pues el Señor dice: Él era lámpara ardiente y luminosa (Juan V, 35). ¿Probamos que también de él fueron

confundidos los enemigos? Escucha el salmo: Preparé, dice, lámpara para mi Cristo; a sus enemigos vestiré de confusión (Sal. CXXXI, 17, 18).

15. Aún en las tinieblas de esta vida caminamos a la luz de la fe: mantengamos también nosotros la lámpara Juan, confundamos también de allí a los enemigos de Cristo; más bien él mismo confunda a sus enemigos por su lámpara. Preguntemos también nosotros lo que el Señor a los judíos, preguntemos y digamos, ¿El bautismo de Juan de dónde es? ¿del cielo o de los hombres? ¿Qué dirán, vean, si no también ellos como enemigos son confundidos por la lámpara? ¿Qué dirán? Si dicen, De los hombres; también los suyos los apedrearán: pero si dicen, Del cielo; digamos a ellos, ¿Por qué entonces no le creísteis? Dicen tal vez, Le creemos. ¿Cómo entonces decís que vosotros bautizáis, y Juan dice, Este es quien bautiza? Pero dicen, los ministros de tan gran juez deben ser justos, por quienes se bautiza. Y yo digo, y todos decimos, que los ministros de tan gran juez deben ser justos: sean ministros justos, si quieren; pero si no quieren ser justos quienes se sientan en la cátedra de Moisés, me ha hecho seguro mi maestro, de quien su Espíritu dijo, Este es quien bautiza. ¿Cómo me ha hecho seguro? Los escribas, dice, y los fariseos se sientan en la cátedra de Moisés; lo que dicen, haced; pero lo que hacen, no lo hagáis: porque dicen, y no hacen (Mat. XXIII, 2, 3). Si el ministro es justo, lo cuento con Pablo, lo cuento con Pedro; con estos cuento a los ministros justos: porque verdaderamente los ministros justos no buscan su propia gloria; pues son ministros, no quieren ser tenidos por jueces, temen que se ponga esperanza en ellos: por tanto, cuento con Pablo al ministro justo. ¿Qué dice Pablo? Yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento: ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios que da el crecimiento (I Cor. III, 6, 7). Pero el ministro soberbio, se cuenta con el diablo: pero no se contamina el don de Cristo, que fluye puro por él, que pasa por él y llega líquido a la tierra fértil. Supón que él es de piedra, que no puede dar fruto del agua: y por un canal de piedra pasa el agua, pasa el agua a los surcos; en el canal de piedra no genera nada, pero sin embargo lleva mucho fruto a los jardines. Pues la virtud espiritual del Sacramento es como la luz: y es recibida pura por los que han de ser iluminados, y si pasa por los impuros, no se contamina. Sean ciertamente ministros justos, y no busquen su propia gloria, sino la de aquel de quien son ministros: no digan, Mi bautismo es; porque no es de ellos. Atiendan al mismo Juan. He aquí Juan estaba lleno del Espíritu Santo; y tenía el bautismo del cielo, no de los hombres: pero ¿en qué medida lo tenía? Él dijo, Preparad el camino del Señor (Juan I, 23). Pero cuando el Señor fue conocido, él mismo se hizo camino; ya no era necesario el bautismo de Juan, por el cual se preparaba el camino al Señor.

16. Sin embargo, ¿qué suelen decirnos? He aquí que después de Juan se bautizó. Pues antes de que esta cuestión se tratara bien en la Iglesia católica, muchos en ella erraron, y grandes y buenos: pero porque eran de los miembros de la paloma, no se cortaron, y se cumplió en ellos lo que dijo el Apóstol, Si en algo pensáis de otra manera, esto también os lo revelará Dios (Filip. III, 15). De donde estos que se separaron, se hicieron indóciles. ¿Qué suelen decir entonces? He aquí que después de Juan se bautizó; ¿por qué no se bautiza después de los herejes? Porque algunos que tenían el bautismo de Juan, fueron mandados por Pablo a ser bautizados (Hechos XIX, 3-5): pues no tenían el bautismo de Cristo. ¿Por qué entonces exageras el mérito de Juan, y como si desechas la infelicidad de los herejes? Y yo te concedo que los herejes son criminales: pero los herejes dieron el bautismo de Cristo, que el bautismo no dio Juan.

17. Recurro a Juan, y digo: Este es quien bautiza. Pues Juan es mejor que el hereje, como Juan es mejor que el borracho, como Juan es mejor que el homicida. Si después de uno peor debemos bautizar, porque después de uno mejor bautizaron los Apóstoles; cualquiera que haya sido bautizado por ellos de un borracho, no digo de un homicida, no digo de un secuaz

de algún criminal, no digo de un ladrón de bienes ajenos, no digo de un opresor de huérfanos, no de un separador de cónyuges; no digo nada de esto: digo lo que es común, lo que es cotidiano, a lo que todos son llamados, y en esta ciudad, cuando se les dice, Alogiemus, que nos vaya bien, y en tal día festivo de las Januarias no debes ayunar; digo estas cosas leves, cotidianas: de un hombre borracho cuando se bautiza, ¿quién es mejor, Juan o el borracho? Responde, si puedes, que tu borracho es mejor que Juan: nunca te atreverás a esto. Entonces tú porque eres sobrio, bautiza después de tu borracho. Pues si después de Juan bautizaron los Apóstoles, ¿cuánto más debe después de un borracho bautizar un sobrio? ¿O dices, Está en unidad conmigo el borracho? Entonces Juan, amigo del esposo, ¿no estaba en unidad con el esposo?

18. Pero a ti mismo te digo, quienquiera que seas: ¿Eres mejor tú, o Juan? No te atreverás a decir: Yo soy mejor que Juan. Entonces después de ti bauticen los tuyos, si son mejores que tú. Pues si después de Juan se bautizó, avergüénzate porque después de ti no se bautiza. Dirás, Pero yo tengo el bautismo de Cristo, y lo enseño. Alguna vez entonces reconoce al juez, y no seas un pregonero soberbio. Das el bautismo de Cristo, por eso no se bautiza después de ti: después de Juan se bautizó, porque no daba el bautismo de Cristo, sino el suyo; porque así lo recibió que era suyo. Entonces no eres mejor que Juan: pero el bautismo que se da por ti, es mejor que el de Juan. Pues es de Cristo, pero este es de Juan. Y lo que se daba por Pablo, y lo que se daba por Pedro, es de Cristo: y si se dio por Judas, era de Cristo. Judas dio, y no se bautizó después de Judas; Juan dio, y se bautizó después de Juan: porque si se dio por Judas el bautismo, era de Cristo; pero el que se dio por Juan, era de Juan. No a Judas a Juan, sino al bautismo de Cristo dado también por las manos de Judas, al bautismo de Juan dado también por las manos de Juan, correctamente lo preferimos. Pues se dijo del Señor antes de que padeciera, que bautizaba más que Juan: luego se añadió, Aunque él mismo no bautizaba, sino sus discípulos (Juan IV, 1, 2). Él, y no él: él por el poder, ellos por el ministerio; ellos aplicaban el servicio para bautizar, el poder de bautizar permanecía en Cristo. Entonces bautizaban sus discípulos, y allí aún estaba Judas entre sus discípulos: ¿a quienes entonces bautizó Judas, no fueron bautizados de nuevo; y a quienes bautizó Juan, fueron bautizados de nuevo? Claro que de nuevo, pero no con un bautismo repetido. Pues a quienes bautizó Juan, Juan bautizó: pero a quienes bautizó Judas, Cristo bautizó. Así entonces a quienes bautizó el borracho, a quienes bautizó el homicida, a quienes bautizó el adúltero, si el bautismo era de Cristo, Cristo bautizó. No temo al adúltero, no al borracho, no al homicida; porque atiendo a la paloma, por la cual se me dice, Este es quien bautiza.

19. Por lo demás, hermanos míos, es un delirio decir que alguien, no digo Judas, sino cualquier ser humano, tuvo más mérito que aquel de quien se dijo: "Entre los nacidos de mujer no se ha levantado nadie mayor que Juan el Bautista" (Mateo XI, 11). Por lo tanto, nadie es siervo de este, sino que el bautismo del Señor, incluso dado por un siervo malo, se antepone al bautismo incluso de un amigo del siervo. Escucha cómo el apóstol Pablo menciona a falsos hermanos que predican la palabra de Dios por envidia, y qué dice de ellos: "Y en esto me gozo, y me gozaré. Porque Cristo es anunciado, aunque sea por envidia, pero es Cristo" (Filipenses I, 15-18). No mires por qué, sino a quién: ¿Cristo te es predicado por envidia? Mira a Cristo, evita la envidia. No imites al mal predicador, sino al bueno que te es predicado. Cristo, por lo tanto, era predicado por algunos por envidia. ¿Y qué es envidiar? Un mal horrendo. Por este mismo mal fue arrojado el diablo, y este mismo mal es una peste muy maligna: y algunos predicadores de Cristo lo tenían, a quienes sin embargo el Apóstol permite predicar. ¿Por qué? Porque predicaban a Cristo. Pero quien envidia, odia; y quien odia, ¿qué se dice de él? Escucha al apóstol Juan: "Quien odia a su hermano es homicida" (1 Juan III, 15). He aquí que después de Juan se bautizó, después del homicida no se bautizó;

porque Juan dio su bautismo, el homicida dio el bautismo de Cristo. Este Sacramento es tan santo, que ni siquiera se contamina con un homicida como ministro.

20. No rechazo a Juan, sino que más bien creo en Juan. ¿Qué creo en Juan? Lo que aprendió por la paloma. ¿Qué aprendió por la paloma? Este es el que bautiza en el Espíritu Santo. Así que ya, hermanos, mantengan esto y grábenselo en sus corazones. Porque si hoy quisiera decir más plenamente por qué a través de la paloma, el tiempo no es suficiente. Porque la cosa que debía aprenderse fue insinuada a Juan por la paloma, que Juan no conocía en Cristo, aunque ya conocía a Cristo, he expuesto cuanto creo a vuestra Santidad: pero por qué esta misma cosa debía ser demostrada por la paloma, si pudiera decirse brevemente, lo diría: pero como debe decirse largamente, y no quiero agobiarlos, así como fui ayudado por sus oraciones, para cumplir lo que prometí; ayudando también y también con piadosa intención y buenos votos, y eso se les aparecerá, por qué Juan lo que aprendió en el Señor, que él mismo es quien bautiza en el Espíritu Santo, y no transfirió a ningún siervo suyo el poder de bautizar, no debía aprenderlo sino por la paloma.

TRACTATUS VI. En el mismo lugar del Evangelio. Por qué Dios quiso mostrar al Espíritu Santo bajo la forma de una paloma. Cap. I, V\ V\. 32, 33.

1. Confieso a vuestra Santidad, temía que este frío los hiciera fríos para reunirse: pero porque con esta celebración y vuestra multitud, demuestran que arden en espíritu, no dudo que también oraron por mí, para que les pague lo que les debo. Prometí en nombre de Cristo disertar hoy, cuando la angustia del tiempo entonces impedía que pudiéramos explicar tratando, por qué Dios quiso mostrar al Espíritu Santo bajo la forma de una paloma. Para que esto se explique, nos ha iluminado el día de hoy; y siento que con deseo de escuchar y piadosa devoción se han congregado más numerosos. Que Dios cumpla vuestra expectativa desde nuestra boca. Pues amaron venir: pero amaron, ¿qué? Si a nosotros, y eso está bien; pues queremos ser amados por ustedes, pero no queremos ser amados en nosotros. Porque en Cristo los amamos, en Cristo reaménnos, y nuestro amor por cada uno gima a Dios: pues ese es el gemido de la paloma.

2. Si entonces el gemido es de la paloma, lo que todos sabemos, las palomas gimen en amor; escuchen lo que dice el Apóstol, y no se maravillen de que en la forma de una paloma quiso mostrarse el Espíritu Santo: "Porque no sabemos qué hemos de pedir como conviene, pero el mismo Espíritu intercede por nosotros con gemidos indecibles" (Romanos VIII, 26). ¿Qué diremos entonces, hermanos míos, que el Espíritu gime, donde hay perfecta y eterna bienaventuranza con el Padre y el Hijo? Porque el Espíritu Santo es Dios, como el Hijo de Dios es Dios, y el Padre es Dios. Tres veces dije Dios, pero no dije tres dioses: más bien Dios tres veces, que tres dioses; porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios: esto lo saben muy bien. Por lo tanto, el Espíritu Santo no gime en sí mismo, en esa Trinidad, en esa bienaventuranza, en esa eternidad de sustancia: sino que gime en nosotros, porque nos hace gemir. Y no es poca cosa, lo que nos enseña el Espíritu Santo a gemir: nos insinúa que estamos peregrinando, y nos enseña a suspirar por la patria, y con ese mismo deseo gemimos. A quien le va bien en este mundo, o más bien quien cree que le va bien, quien se regocija con la alegría de las cosas carnales, y la abundancia de las temporales, y la vana felicidad, tiene la voz del cuervo: porque la voz del cuervo es clamorosa, no gemebunda. Pero quien sabe que está en la presión de esta mortalidad, y que peregrina lejos del Señor (2 Corintios V, 6), que aún no tiene aquella bienaventuranza perpetua que nos ha sido prometida, pero la tiene en esperanza, la tendrá en realidad, cuando el Señor venga en manifestación gloriosa, quien primero vino en humildad oculto; quien sabe esto, gime. Y mientras gime por esto, bien gime: el Espíritu le enseñó a gemir, aprendió a gemir de la paloma. Porque muchos gimen en

la infelicidad terrena, ya sea sacudidos por pérdidas, o agobiados por enfermedad del cuerpo, o encerrados en cárceles, o atados con cadenas, o sacudidos por las olas del mar, o rodeados por las insidias de los enemigos, gimen: pero no gimen con el gemido de la paloma, no gimen por amor de Dios, no gimen en espíritu. Por eso tales, cuando son liberados de esas presiones, se regocijan con grandes voces: donde aparece que son cuervos, no palomas. Con razón fue enviado el cuervo desde el arca, y no regresó; fue enviada la paloma; y regresó: Noé envió esas dos aves (Génesis VIII, 6-9). Tenía allí un cuervo, tenía también una paloma; ambos géneros contenía aquella arca: y si el arca figuraba la Iglesia, ven que es necesario que en este diluvio del mundo la Iglesia contenga ambos géneros, el cuervo y la paloma. ¿Quiénes son los cuervos? Los que buscan lo suyo. ¿Quiénes son las palomas? Los que buscan lo que es de Cristo (Filipenses II, 21).

3. Por eso, cuando envió al Espíritu Santo, lo mostró visiblemente de dos maneras; por la paloma, y por el fuego: por la paloma, sobre el Señor bautizado; por el fuego, sobre los discípulos congregados. Porque cuando el Señor ascendió al cielo después de la resurrección, habiendo pasado cuarenta días con sus discípulos, cumplido el día de Pentecostés, les envió el Espíritu Santo, como lo había prometido. El Espíritu entonces viniendo llenó aquel lugar, y hecho primero un sonido del cielo como de un viento recio que soplaba, como leemos en los Hechos de los Apóstoles, "Se les aparecieron lenguas divididas como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos; y comenzaron a hablar en lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen" (Hechos II, 1-4). Así vimos la paloma sobre el Señor, así las lenguas divididas sobre los discípulos congregados: allí se muestra la simplicidad, aquí el fervor. Porque hay quienes se llaman simples, y son perezosos: se les llama simples, pero son negligentes. No era así Esteban lleno del Espíritu Santo: era simple, porque no dañaba a nadie; era ferviente, porque reprendía a los impíos. No calló a los judíos: esas son sus palabras ardientes, "Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros siempre resistís al Espíritu Santo". Gran ímpetu: pero la paloma sin hiel se enfurece. Pues para que sepan que se enfurecía sin hiel, ellos al oír estas palabras, que eran cuervos, corrieron inmediatamente a las piedras contra la paloma; Esteban comenzó a ser lapidado: y quien poco antes, rugiendo y ferviente en espíritu, como si se lanzara contra los enemigos, y como si violentamente se hubiera lanzado en palabras ígneas y tan ardientes, como oyeron, "Duros de cerviz, e incircuncisos de corazón y de oídos": para quien oyera esas palabras, pensaría que Esteban, si pudiera, querría que inmediatamente fueran consumidos: viniendo sobre él las piedras de sus manos, de rodillas dijo, "Señor, no les tomes en cuenta este pecado" (Hechos VII, 51, 59). Se había adherido a la unidad de la paloma. Pues antes lo había hecho el maestro, sobre quien descendió la paloma; quien colgando en la cruz dijo, "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas XXIII, 34). Por lo tanto, para que los santificados por el Espíritu no tengan dolo, se mostró en la paloma: para que la simplicidad no permanezca fría, se mostró en el fuego. No te perturbe, porque las lenguas están divididas. Las lenguas son distintas, por eso aparecieron lenguas divididas. "Lenguas", dice, "divididas como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos". Las lenguas son distintas entre sí, pero la distancia de las lenguas no son cismas. En las lenguas divididas no temas la dispersión, reconoce la unidad en la paloma.

4. Así pues, así debía mostrarse el Espíritu Santo viniendo sobre el Señor, para que cada uno entienda, si tiene el Espíritu Santo, que debe ser simple como la paloma; tener con los hermanos la verdadera paz, que significan los besos de las palomas. Porque los cuervos también tienen besos, pero en los cuervos la paz es falsa, en la paloma la paz es verdadera. No todo el que dice, Paz a vosotros, debe ser escuchado como paloma. ¿De dónde se distinguen entonces los besos de los cuervos de los besos de las palomas? Los cuervos besan, pero desgarran; la naturaleza de las palomas es inocente de desgarrar: donde hay

desgarramiento, no hay verdadera paz en los besos; aquellos tienen la verdadera paz, que no han desgarrado la Iglesia. Porque los cuervos se alimentan de la muerte, esto no lo tiene la paloma; vive de los frutos de la tierra, su alimento es inocente: lo cual verdaderamente, hermanos, es admirable en la paloma. Hay gorriones muy pequeños, o matan moscas: nada de esto la paloma; pues no se alimenta de la muerte. Los que han desgarrado la Iglesia, se alimentan de las muertes. Dios es poderoso, roguemos para que revivan los que son devorados por ellos y no lo sienten. Muchos reconocen, porque reviven; pues a su llegada nos regocijamos diariamente en el nombre de Cristo. Ustedes solo sean tan simples, que sean fervientes; y su fervor esté en las lenguas. No callen; hablando con lenguas ardientes, enciendan a los fríos.

5. ¿Qué pues, hermanos míos? ¿quién no ve lo que ellos no ven? Y no es de extrañar; porque los que no quieren regresar de allí, como el cuervo que fue enviado desde el arca. ¿Quién no ve lo que ellos no ven? Y son ingratos al mismo Espíritu Santo. He aquí que la paloma descendió sobre el Señor, y sobre el Señor bautizado; y apareció allí la santa y verdadera Trinidad, que para nosotros es un solo Dios. Porque el Señor subió del agua, como leemos en el Evangelio: "Y he aquí que se le abrieron los cielos, y vio al Espíritu descendiendo como paloma, y permaneció sobre él: y enseguida siguió la voz, Tú eres mi Hijo amado, en quien me complazco" (Mateo III, 16 y 17). Aparece la Trinidad más manifiesta, el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la paloma. En esa Trinidad a la que fueron enviados los Apóstoles, veamos lo que vemos, y lo que es sorprendente que ellos no vean: pues no es que realmente no vean, sino que cierran los ojos a lo que golpea sus rostros. ¿A dónde fueron enviados los discípulos, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, para bautizar como ministros? ¿A dónde fueron enviados? "Id", dijo, "bautizad a las naciones". Escucharon, hermanos, cómo vino aquella herencia, "Pídeme, y te daré las naciones por herencia, y por posesión los confines de la tierra" (Salmo II, 8). Escucharon cómo de Sion salió la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor (Isaías II, 3): pues allí oyeron los discípulos, "Id, bautizad a las naciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mateo XXVIII, 19). Nos volvimos atentos, cuando escuchamos, "Id, bautizad a las naciones". ¿En nombre de quién? En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Este es un solo Dios, porque no dice, en los nombres del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; sino, "en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo". Donde escuchas un solo nombre, hay un solo Dios: como se dijo de la simiente de Abraham, y lo expone el apóstol Pablo, "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones: no dijo, En las simientes, como si fueran muchas; sino como en una, Y en tu simiente, que es Cristo" (Génesis XXII, 18; Gálatas III, 16). Así como no dice, en las simientes, quiso enseñarte el Apóstol, porque Cristo es uno: así también aquí cuando se dijo, "en el nombre", no, en los nombres; como allí, "en la simiente", no, en las simientes; se prueba que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son un solo Dios.

10. Pero, he aquí, dicen los discípulos al Señor, hemos oído en qué nombre debemos bautizar, nos hiciste ministros y nos dijiste, Id, bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: ¿a dónde iremos? ¿A dónde? ¿no habéis oído? A mi heredad. Preguntáis, ¿A dónde iremos? A lo que compré con mi sangre. ¿A dónde entonces? A las naciones, dice. Pensé que dijo, Id, bautizad a los africanos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Gracias a Dios: el Señor resolvió la cuestión, la paloma enseñó. Gracias a Dios: los Apóstoles fueron enviados a las naciones; si a las naciones, a todas las lenguas. Esto significó el Espíritu Santo dividido en lenguas, unido en la paloma. Aquí las lenguas se dividen, aquí la paloma une. ¿Las lenguas de las naciones concordaron, y una lengua de África discordó? ¿Qué más evidente, hermanos míos? En la paloma unidad, en las lenguas de las naciones sociedad. Porque a veces también las lenguas por soberbia discordaron, y entonces se

hicieron muchas lenguas de una sola. Después del diluvio, algunos hombres soberbios, como intentando fortificarse contra Dios, como si algo fuera elevado para Dios, o algo seguro para la soberbia, levantaron una torre; como si no fueran a ser destruidos por un diluvio si volviera a ocurrir. Habían oído y recordado que toda iniquidad fue destruida por el diluvio: no querían abstenerse de la iniquidad; buscaban la altura de la torre contra el diluvio; construyeron una torre alta. Dios vio su soberbia, y permitió que se les enviara este error, para que no se entendieran al hablar; y se hicieron diversas lenguas por soberbia (Gén. XI, 1-9). Si la soberbia hizo las diversidades de lenguas, la humildad de Cristo reunió las diversidades de lenguas. Ya lo que aquella torre había disociado, la Iglesia recoge. De una lengua se hicieron muchas; no te asombres, la soberbia lo hizo: de muchas lenguas se hace una; no te asombres, la caridad lo hizo. Porque aunque los sonidos de las lenguas son diversos, en el corazón se invoca a un solo Dios, se guarda una sola paz. ¿Dónde debía, entonces, carísimos, demostrarse el Espíritu Santo, designando una cierta unidad, sino por la paloma, para que a la Iglesia pacífica se le dijera, Una es mi paloma? ¿Dónde debía la humildad, sino por un ave simple y que gime, no por un ave soberbia y que se exalta como el cuervo?

11. Y tal vez dirán: Porque entonces la paloma, y una sola paloma, fuera de una sola paloma no puede haber Bautismo: entonces si la paloma está contigo, o tú eres la paloma, cuando vengo a ti, dame lo que no tengo. Sabéis que esto es de ellos: ahora os parecerá que no es de la voz de la paloma, sino del clamor del cuervo. Pues que vuestra Caridad preste un poco de atención, y temed las insidias: más bien, evitadlas, y recibid las palabras de los que contradicen para rechazarlas, no para tragarlas y darlas a las entrañas. Haced con ellas lo que hizo el Señor, cuando le ofrecieron una bebida amarga; la probó, y la rechazó (Mat. XXVII, 34): así también vosotros, escuchad, y rechazad. ¿Qué dicen entonces? veamos. He aquí, dice, tú eres la paloma, oh Católica, a ti se te ha dicho, Una es mi paloma, una es de su madre: a ti ciertamente se te ha dicho. Espera, no me interrogues: si se me ha dicho a mí, pruébalo primero; si se me ha dicho a mí, quiero oírlo pronto. Dice, A ti se te ha dicho. Respondo con la voz de la Católica, A mí. Pero esto, hermanos, que sonó solo en mi boca, sonó, según creo, también de vuestros corazones, y todos juntos dijimos, a la Iglesia católica se le ha dicho, Una es mi paloma, una es de su madre. Fuera de esa paloma, dice, no hay Bautismo; yo fui bautizado fuera de esa paloma; entonces no tengo Bautismo: si no tengo Bautismo, ¿por qué no me lo das cuando vengo a ti?

12. Y yo pregunto: por ahora dejemos de lado a quién se le ha dicho, Una es mi paloma, una es de su madre; aún buscamos: o se me ha dicho a mí, o se te ha dicho a ti; dejemos de lado a quién se le ha dicho. Entonces pregunto, si la paloma es simple, inocente, sin hiel, pacífica en los besos, no feroz en las garras; pregunto si a los miembros de esta paloma pertenecen los avaros, rapaces, engañosos, ebrios, deshonestos: ¿son miembros de esta paloma? De ninguna manera, dice. Y en verdad, hermanos, ¿quién diría esto? Para no decir nada más, si solo digo los rapaces, pueden ser miembros del halcón, no miembros de la paloma: los milanos roban, los halcones roban, los cuervos roban; las palomas no roban, no desgarran: entonces los rapaces no son miembros de la paloma. ¿No hubo entre vosotros ni un solo rapaz? ¿Por qué permanece el Bautismo que dio el halcón, no la paloma? ¿Por qué no bautizáis entre vosotros mismos después de los rapaces y adúlteros y ebrios, después de los avaros entre vosotros mismos? ¿O todos estos son miembros de la paloma? ¿Así deshonráis a vuestra paloma, que le hacéis miembros de buitre? ¿Qué decimos entonces, hermanos? Hay malos y buenos en la Iglesia católica: allí, sin embargo, solo hay malos. Pero tal vez digo esto con ánimo enemigo: y esto se investigará después. Y allí ciertamente dicen que hay buenos y malos: porque si dijeran que solo tienen buenos; que sus seguidores les crean, y yo lo suscribo. No hay entre nosotros, digan, sino santos, justos, castos, sobrios; no adúlteros, no usureros, no

defraudadores, no perjuros, no borrachos: que lo digan; no atiendo a sus lenguas, sino que toco sus corazones. Pero como son conocidos por nosotros y por vosotros y por los suyos, así como vosotros y los vuestros en la Católica y por ellos sois conocidos; ni nosotros los reprendamos, ni ellos se adulen. Confesamos que en la Iglesia hay buenos y malos, pero como grano y paja. A veces el que es bautizado por el grano, es paja; y el que es bautizado por la paja, es grano. De lo contrario, si el que es bautizado por el grano, vale; y el que es bautizado por la paja, no vale: es falso, Este es el que bautiza. Pero si es verdad, Este es el que bautiza: y lo que de él se da, vale; y como la paloma, bautiza. Pues el malo no es paloma, ni pertenece a los miembros de la paloma: ni esto puede decirse en la Católica, ni entre ellos, si ellos dicen que su Iglesia es la paloma. ¿Qué entendemos entonces, hermanos? Porque es manifiesto, y conocido por todos, y si no quieren, son convencidos: porque también allí cuando los malos dan, no se bautiza después de ellos; y aquí cuando los malos dan, no se bautiza después de ellos. La paloma no bautiza después del cuervo: ¿por qué el cuervo quiere bautizar después de la paloma?

13. Que vuestra Caridad preste atención: y por qué se designó algo por la paloma, para que al ser bautizado el Señor viniera la paloma, es decir, el Espíritu Santo en forma de paloma, y permaneciera sobre él, cuando en la venida de la paloma Juan reconociera una cierta potestad propia en el Señor para bautizar. Porque por esta potestad propia, como dije, la paz de la Iglesia fue firmada. Y puede suceder que alguien tenga el Bautismo fuera de la paloma: que el Bautismo le aproveche fuera de la paloma, no puede. Que vuestra Caridad preste atención, y entienda lo que digo: pues también con esta trampa a menudo seducen a nuestros hermanos que son perezosos y fríos. Seamos más simples y fervorosos. He aquí, dicen, yo he recibido, ¿o no he recibido? Respondo, Has recibido. Si entonces he recibido, no hay nada que me des; estoy seguro, incluso con tu testimonio: y yo también digo que he recibido, y tú admites que he recibido; la lengua de ambos me asegura: ¿qué me prometes entonces? ¿por qué quieres hacerme católico, cuando no me vas a dar nada más, y ya admites que he recibido lo que dices tener? Pero cuando digo, Ven a mí, digo que no tienes tú, que admites que tengo: ¿por qué dices, Ven a mí?

14. La paloma nos enseña. Responde de la cabeza del Señor, y dice: Tienes el Bautismo, pero no tienes la caridad con la que gimo. ¿Qué es esto, dice, tengo el Bautismo, no tengo la caridad? ¿Tengo los sacramentos, y no la caridad? No grites; muéstrame cómo tiene caridad quien divide la unidad. Yo, dice, tengo el Bautismo. Lo tienes, pero ese Bautismo sin caridad no te aprovecha nada; porque sin caridad tú no eres nada. Pues ese Bautismo, incluso en aquel que no es nada, no es nada: el Bautismo ciertamente es algo, y algo grande; por aquel de quien se dijo, Este es el que bautiza. Pero para que no pensaras que eso que es grande puede aprovecharte algo si no estás en la unidad, sobre el bautizado descendió la paloma, como diciendo: Si tienes el Bautismo, sé en la paloma, para que no te aproveche lo que tienes. Ven entonces a la paloma, decimos: no para que comiences a tener lo que no tenías, sino para que comience a aprovecharte lo que tenías. Fuera tenías el Bautismo para perdición: dentro si lo tienes, comienza a aprovecharte para salvación.

15. Pues no solo no te aprovechaba el Bautismo, sino que también te perjudicaba. Y las cosas santas pueden perjudicar: pues en los buenos las cosas santas están para salvación; en los malos para juicio. Ciertamente, hermanos, sabemos qué recibimos, y ciertamente es santo lo que recibimos, y nadie dice que no es santo: y ¿qué dice el Apóstol? Pero el que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí (I Cor. XI, 29). No dice que esa cosa sea mala: sino que el malo, al recibir mal, recibe para perdición el bien que recibe. ¿Acaso era mala la bocado que fue dada a Judas por el Señor (Juan XIII, 26)? De ninguna manera. El médico no daría veneno: el médico dio salud; pero al recibir indignamente, para perdición recibió quien

no pacificado recibió. Así entonces también el que es bautizado. Tengo, dice, para mí. Lo admito, lo tienes: observa lo que tienes; por lo mismo que tienes serás condenado. ¿Por qué? Porque tienes la cosa de la paloma fuera de la paloma. Si tienes la cosa de la paloma en la paloma, seguro la tienes. Supón que eres militar: si tienes el carácter de tu emperador dentro, seguro militas; si lo tienes fuera, no solo no te aprovecha para la milicia ese carácter, sino que también serás castigado como desertor. Ven entonces, ven, y no digas: Ya tengo, ya me basta. Ven; la paloma te llama, gimiendo te llama. Hermanos míos, os digo; llamad gimiendo, no riñendo: llamad orando, llamad invitando, llamad ayunando; que entiendan por la caridad que os duele por ellos. No dudo, hermanos míos, que si ven vuestro dolor, se avergonzarán, y revivirán. Ven entonces, ven: no temas; teme si no vienes: más bien no temas, sino llora. Ven, te alegrarás si vienes: gemirás ciertamente en las tribulaciones de la peregrinación; pero te alegrarás en la esperanza. Ven donde está la paloma, a la que se le dijo, Una es mi paloma, una es de su madre. ¿Ves una paloma sobre la cabeza de Cristo, no ves lenguas en todo el orbe de la tierra? El mismo Espíritu por la paloma, el mismo también por las lenguas: si por la paloma el mismo Espíritu, y por las lenguas el mismo Espíritu, el Espíritu Santo fue dado al orbe de la tierra, del cual te separaste, para que clames con el cuervo, no para que gimas con la paloma. Ven entonces.

16. Pero tal vez estás preocupado, y dices: Bautizado fuera, temo ser culpable por haber recibido fuera. Ya comenzaste a reconocer qué es lo que se debe gemir: dices la verdad, porque eres culpable; no porque recibiste, sino porque recibiste fuera. Conserva entonces lo que recibiste, corrige que lo recibiste fuera: recibiste la cosa de la paloma, fuera de la paloma: son dos cosas que oyes; Recibiste, y, Fuera de la paloma recibiste: lo que recibiste, lo apruebo; porque lo recibiste fuera, lo desapruebo. Conserva entonces lo que recibiste; no se cambia, sino que se reconoce: es el carácter de mi Rey, no seré sacrílego; corrijo al desertor, no cambio el carácter.

17. No te gloríes del Bautismo, porque digo, es el mismo; he aquí digo, es el mismo; toda la Católica dice, es el mismo: la paloma lo advierte, y lo reconoce, y gime, porque lo tienes fuera; ve allí lo que reconoce, ve también lo que corrige. Es el mismo, ven. ¿Te glorías porque es el mismo, y no quieres venir? ¿Qué entonces de los malos, que no pertenecen a la paloma? Te dice la paloma: ¿Y los malos entre los que gimo, que no pertenecen a mis miembros, y es necesario que gima entre ellos, no tienen lo que te glorías de tener? ¿no tienen muchos ebrios el Bautismo? ¿no tienen muchos avaros? ¿no tienen muchos idólatras, y lo que es peor, furtivamente? ¿no van los paganos a los ídolos, o iban públicamente? ahora ocultamente los cristianos buscan a los hechiceros, consultan a los astrólogos. Y estos tienen el Bautismo, pero la paloma gime entre los cuervos. ¿Qué te alegras entonces, porque tienes? tienes lo que tiene también el malo. Ten humildad, caridad, paz: ten el bien que aún no tienes, para que te aproveche el bien que tienes.

18. Pues lo que tienes, también lo tuvo Simón el mago: los Hechos de los Apóstoles son testigos, ese libro canónico que se debe leer cada año en la Iglesia. En la solemnidad anual después de la pasión del Señor sabéis que se lee ese libro, donde está escrito cómo se convirtió el Apóstol, y de perseguidor se hizo predicador (Hech. IX, 1-30): donde también en el día de Pentecostés fue enviado el Espíritu Santo en lenguas divididas como de fuego (Id. II, 1-4). Allí leemos que muchos creyeron en Samaria por la predicación de Felipe: se entiende que era uno de los Apóstoles, o de los diáconos; porque leemos que se ordenaron siete diáconos allí, entre los cuales también está el nombre de Felipe (Id. VI, 3-6). Por la predicación de Felipe, entonces, creyeron los samaritanos; Samaria comenzó a abundar en fieles: allí estaba este Simón el mago; por sus artes mágicas había enloquecido al pueblo, para que lo consideraran un poder de Dios: sin embargo, conmovido por las señales que hacía

Felipe, también él creyó; pero cómo creyó, lo demostraron los acontecimientos posteriores: sin embargo, Simón fue bautizado. Los Apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron esto; fueron enviados a ellos Pedro y Juan, encontraron a muchos bautizados: y porque ninguno de ellos había recibido aún el Espíritu Santo, como entonces descendía, para mostrar la significación de las naciones que habrían de creer, para que hablaran en lenguas en quienes descendía el Espíritu Santo; les impusieron las manos orando por ellos, y recibieron el Espíritu Santo. Aquel Simón, que no estaba en la Iglesia como paloma, sino como cuervo, porque buscaba lo suyo, no lo de Jesucristo (Filip. II, 21); por lo cual en los cristianos amó más el poder que la justicia, vio que por la imposición de las manos de los Apóstoles se daba el Espíritu Santo (no porque ellos lo dieran, sino porque al orar ellos fue dado), y dijo a los Apóstoles, ¿Qué queréis que os dé de dinero, para que también por la imposición de mis manos se dé el Espíritu Santo? Y le dijo Pedro, Tu dinero perezca contigo; porque pensaste que el don de Dios se compra con dinero. ¿A quién dice, Tu dinero perezca contigo? A quien ya estaba bautizado. Ya tenía el Bautismo: pero no estaba adherido a las entrañas de la paloma. Escucha que no estaba adherido; presta atención a las mismas palabras del apóstol Pedro: pues sigue diciendo, No tienes parte ni suerte en esta fe; porque en hiel de amargura te veo estar (Hech. VIII, 5-23). La paloma no tiene hiel: Simón la tenía; por eso estaba separado de las entrañas de la paloma. ¿Qué le aprovechaba el Bautismo? No te gloríes entonces del Bautismo, como si por sí solo te bastara para la salvación: no te enojes, depón la hiel, ven a la paloma; aquí te aprovechará lo que fuera no solo no te aprovechaba, sino que también te perjudicaba.

19. Ni digas: No vengo, porque fui bautizado fuera. He aquí comienza a tener caridad, comienza a tener fruto, se encontrará en ti fruto, te enviará la paloma adentro. Encontramos esto en la Escritura. El arca fue fabricada con maderas incorruptibles (Gén. VI, 14): las maderas incorruptibles son los santos, los fieles que pertenecen a Cristo. Pues así como en el templo las piedras vivas de las que se edifica el templo, se llaman hombres fieles; así las maderas incorruptibles son los hombres perseverantes en la fe. En esa arca, entonces, había maderas incorruptibles; pues el arca es la Iglesia: allí bautiza la paloma; pues aquella arca era llevada en el agua: las maderas incorruptibles fueron bautizadas dentro. Encontramos algunas maderas bautizadas fuera, todos los árboles que había en el mundo. Sin embargo, era la misma agua, no era otra: toda venía del cielo, y de los abismos de las fuentes: era la misma agua en la que fueron bautizadas las maderas incorruptibles que estaban en el arca, en la que fueron bautizadas las maderas fuera. Se envió la paloma, y al principio no encontró descanso para sus pies: regresó al arca; pues todo estaba lleno de aguas, y prefirió regresar que ser rebautizada. Pero aquel cuervo fue enviado antes de que se secara el agua: no quiso regresar rebautizado; murió en esas aguas. Dios aparte de nosotros la muerte de aquel cuervo. Pues ¿por qué no regresó, sino porque fue interceptado por las aguas? Pero la paloma, no encontrando descanso para sus pies, cuando el agua le clamaba por todas partes, Ven, ven, aquí sumérgete; como claman estos herejes, Ven, ven, aquí tienes: no encontrando ella descanso para sus pies, regresó al arca. Y Noé la envió de nuevo, como os envía el arca, para que les habléis: ¿y qué hizo después la paloma? Porque había maderas bautizadas fuera, trajo de regreso al arca una rama de olivo. Esa rama tenía hojas y fruto (Gén. VIII, 6-11): no haya en ti solo palabras, no haya en ti solo hojas; haya fruto, y regresas al arca, no por ti mismo, la paloma te llama de regreso. Gemid fuera, para que los llame de regreso adentro.

20. En efecto, si examinas el fruto de este olivo, descubrirás qué era. El fruto del olivo simboliza la caridad. ¿Cómo probamos esto? Así como el aceite no es oprimido por ningún líquido, sino que, al romperse, se eleva y sobresale, así también la caridad no puede ser oprimida hacia lo bajo; necesariamente debe elevarse hacia lo alto. Por eso el Apóstol dice de

ella: "Aún os muestro un camino más excelente". Porque dijimos del aceite que sobresale, no sea que el Apóstol no haya hablado de la caridad cuando dijo: "Os muestro un camino más excelente", escuchemos lo que sigue: "Si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo caridad, soy como un bronce que resuena o un címbalo que retiñe" (1 Cor. XII, 31, XIII, 1). Ve ahora, Donato, y clama: Soy elocuente; ve ahora y clama: Soy docto. ¿Cuán elocuente? ¿Cuán docto? ¿Acaso has hablado en lenguas de ángeles? Y sin embargo, si hablaras en lenguas de ángeles, sin tener caridad, escucharía bronces resonantes y címbalos que retiñen. Busco alguna solidez, encontraré fruto en las hojas: que no sean solo palabras, que tengan olivo, que regresen al arca.

21. Pero, dirás, tengo el sacramento. Dices la verdad: el sacramento es divino; tienes el Bautismo, y yo lo confieso. Pero, ¿qué dice el mismo apóstol? "Si supiera todos los misterios, y tuviera profecía y toda la fe, de modo que trasladara montañas": no sea que también digas, Creí, eso me basta. Pero, ¿qué dice Santiago? "También los demonios creen, y tiemblan" (Santiago II, 19). Grande es la fe, pero de nada sirve si no tiene caridad. También los demonios confesaban a Cristo. Creían, pero no amaban cuando decían: "¿Qué tenemos que ver contigo?" (Marcos I, 24). Tenían fe, no tenían caridad: por eso eran demonios. No te gloríes de la fe; aún eres comparable a los demonios. No digas a Cristo: "¿Qué tengo yo que ver contigo?" La unidad de Cristo te habla. Ven, conoce la paz, regresa a las entrañas de la paloma. Fuiste bautizado fuera; ten el fruto, y regresa al arca.

22. Y tú: ¿Por qué nos buscas, si somos malos? Para que seáis buenos. Por eso os buscamos, porque sois malos: pues si no fuerais malos, os habríamos encontrado, no os buscaríamos. El que es bueno, ya ha sido encontrado: el que es malo, aún se busca. Por eso os buscamos; regresad al arca. Pero ya tengo el Bautismo. "Si supiera todos los misterios, y tuviera profecía y toda la fe, de modo que trasladara montañas, pero no tengo caridad, nada soy". Que vea el fruto allí, que vea el olivo allí, y serás llamado de nuevo al arca.

23. Pero, ¿qué dices? He aquí que sufrimos muchas cosas malas. Esto si lo sufrierais por Cristo, no por vuestros honores. Escuchad lo que sigue: se jactan a veces de que hacen muchas limosnas, dan a los pobres; porque sufren molestias: pero por Donato, no por Cristo. Mira cómo sufres: pues si sufres por Donato, sufres por un soberbio; no estás en la paloma, si sufres por Donato. No era él amigo del esposo: pues si fuera amigo del esposo, buscaría la gloria del esposo, no la suya (Juan III, 29). Mira al amigo del esposo diciendo: "Este es el que bautiza". Él no era amigo del esposo, por quien sufres. No tienes el vestido nupcial; y si has venido al banquete, serás echado fuera (Mateo XXII, 11-13); más bien, porque has sido echado fuera, por eso eres miserable: regresa alguna vez, y no te gloríes. Escucha lo que dice el Apóstol: "Si distribuyera todos mis bienes a los pobres, y entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad". He aquí lo que no tienes. "Si entregara", dice, "mi cuerpo para ser quemado"; y ciertamente por el nombre de Cristo: pero porque hay muchos que lo hacen jactándose, no con caridad, por eso, "Si entregara mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve" (1 Cor. XIII, 2, 3). Con caridad lo hicieron aquellos mártires que sufrieron en tiempo de persecución; lo hicieron con caridad: pero estos lo hacen por vanidad y soberbia; pues cuando falta el perseguidor, se precipitan a sí mismos. Ven, pues, para que tengas caridad. Pero nosotros tenemos mártires. ¿Qué mártires? No son palomas, por eso intentaron volar, y cayeron de la roca.

24. Por tanto, hermanos míos, veis que claman contra ellos todas las páginas divinas, toda profecía, todo el Evangelio, todas las cartas apostólicas, todo el gemido de la paloma; y aún no despiertan, aún no se levantan. Pero si somos paloma, gemimos, soportamos, esperamos; la misericordia de Dios estará presente, para que el fuego del Espíritu Santo arda en vuestra

simplicidad; y vendrán. No se debe desesperar; orad, predicad, amad; ciertamente el Señor es poderoso. Ya han comenzado a reconocer su frente: muchos la han reconocido, muchos se han avergonzado; Cristo estará presente, para que también los demás reconozcan. Y ciertamente, hermanos míos, aunque solo quede la paja allí, que se recojan todos los granos: todo lo que allí fructificó, regrese al arca por la paloma.

25. Ahora, al fallar en todas partes, ¿qué nos proponen, no encontrando qué decir? Nos quitaron nuestras villas, nos quitaron nuestras propiedades. Presentan testamentos de hombres. He aquí donde Gayo Seio donó una propiedad a la Iglesia, de la cual Faustinus era el encargado. ¿De qué iglesia era obispo Faustinus? ¿Qué es la Iglesia? Dijo, a la Iglesia de la cual Faustinus era el encargado: pero Faustinus no era el encargado de la Iglesia, sino de una parte. Pero la paloma es la Iglesia. ¿Por qué clamas? No devoramos las villas, que las tenga la paloma: que se busque cuál es la paloma, y que ella las tenga. Pues sabéis, hermanos míos, que estas villas no son de Agustín: y si no lo sabéis, y pensáis que me alegro en la posesión de las villas, Dios lo sabe, Él sabe qué siento sobre esas villas, o qué sufro allí; conoce mis gemidos, si se ha dignado compartir algo de la paloma conmigo. He aquí las villas: ¿con qué derecho defiendes las villas? ¿Divino o humano? Respondan: Tenemos el derecho divino en las Escrituras, el derecho humano en las leyes de los reyes. ¿De dónde posee cada uno lo que posee? ¿No es por derecho humano? Pues por derecho divino, "Del Señor es la tierra y su plenitud" (Salmo XXIII, 1): Dios hizo a los pobres y a los ricos de un mismo barro, y la misma tierra sostiene a pobres y ricos. Sin embargo, por derecho humano dice, Esta villa es mía, esta casa es mía, este siervo es mío. Por tanto, por derecho humano, por derecho de los emperadores. ¿Por qué? Porque esos mismos derechos humanos fueron distribuidos al género humano por los emperadores y reyes del siglo. ¿Queréis que leamos las leyes de los emperadores, y actuemos según ellas sobre las villas? Si queréis poseer por derecho humano, recitemos las leyes de los emperadores: veamos si quisieron que algo fuera poseído por los herejes. Pero, ¿qué tengo yo que ver con el emperador? Según su derecho posees la tierra. O quita las leyes de los emperadores, y ¿quién se atreve a decir: Esa villa es mía, o ese siervo es mío, o esta casa es mía? Pero si para que estas cosas sean poseídas por los hombres, han recibido las leyes de los reyes, ¿queréis que recitemos las leyes, para que os alegréis de tener siquiera un huerto, y no atribuyáis sino a la mansedumbre de la paloma, que se os permita permanecer allí? Pues se leen leyes manifiestas, donde los emperadores ordenaron que aquellos que, fuera de la comunión de la Iglesia católica, usurpan el nombre de cristianos, y no quieren cultivar en paz al autor de la paz, no se atrevan a poseer nada en nombre de la Iglesia.

26. Pero, ¿qué tenemos que ver con el emperador? Pero ya dije, se trata de derecho humano. Y sin embargo, el Apóstol quiso que se sirviera a los reyes, quiso que se honrara a los reyes, y dijo: "Honrad al rey" (1 Pedro II, 17). No digas: ¿Qué tengo yo que ver con el rey? ¿Qué tienes entonces que ver con la posesión? Las posesiones se poseen por los derechos de los reyes. Dijiste, ¿Qué tengo yo que ver con el rey? no digas tus posesiones; porque renunciaste a esos derechos humanos por los cuales se poseen las posesiones. Pero trato sobre el derecho divino, dice. Entonces recitemos el Evangelio; veamos hasta dónde es la Iglesia católica de Cristo, sobre quien descendió la paloma, que enseñó, "Este es el que bautiza". ¿Cómo, pues, puede poseer por derecho divino, quien dice, Yo bautizo; cuando la paloma dice, "Este es el que bautiza"; cuando la Escritura dice, "Una es mi paloma, una es de su madre"? ¿Por qué desgarrasteis a la paloma? Más bien desgarrasteis vuestras entrañas: pues os desgarráis a vosotros mismos, la paloma permanece íntegra. Por tanto, hermanos míos, si en todas partes no tienen qué decir, yo digo qué hagan: vengan a la Católica, y con nosotros tendrán no solo la tierra, sino también a aquel que hizo el cielo y la tierra.

TRACTATUS VII. Desde lo que está escrito, "Y yo vi, y he dado testimonio de que este es el Hijo de Dios", hasta "En verdad, en verdad os digo, veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre". Cap. I, V. 34-51.

1. Nos alegramos de vuestra concurrencia, porque habéis acudido con más entusiasmo de lo que podíamos esperar. Esto es lo que nos alegra y nos consuela en todos los trabajos y peligros de esta vida, vuestro amor a Dios, vuestro piadoso estudio, vuestra esperanza cierta y fervor de espíritu. Habéis escuchado cuando se leía el Salmo, que el pobre y necesitado clama a Dios en este siglo (Salmo LXXIII, 21). Pues es la voz, como habéis escuchado muchas veces, y debéis recordar, no de un solo hombre, y sin embargo de un solo hombre: no de uno, porque son muchos los fieles; muchos granos gimiendo entre las pajas, esparcidos por todo el orbe de la tierra: pero de uno, porque todos son miembros de Cristo; y por tanto un solo cuerpo. Este pueblo, pues, pobre y necesitado, no sabe alegrarse del siglo: y su dolor está dentro, y su alegría está dentro, donde no ve sino aquel que escucha al que gime, y corona al que espera. La alegría del siglo, vanidad. Se espera con gran expectación que venga, y no se puede retener cuando ha venido. Pues este día que es alegre para los perdidos hoy en esta ciudad, mañana ciertamente no será: ni los mismos serán mañana lo que son hoy. Y todo pasa, y todo vuela, y como humo se desvanece: ¡y ay de los que aman tales cosas! Pues toda alma sigue lo que ama. Toda carne es heno, y todo honor de la carne como flor del heno; el heno se seca, la flor cae: pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isaías XL, 6-8). He aquí lo que debes amar, si quieres permanecer para siempre. Pero tenías que decir: ¿Cómo puedo alcanzar la Palabra de Dios? La Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14).

2. Por tanto, carísimos, que a nuestra pobreza y necesidad pertenezca también que nos duelan aquellos que se ven a sí mismos como abundantes. Pues su alegría es como la de los frenéticos. Así como el frenético a menudo se alegra en su locura, y ríe; y llora por aquel que está sano: así también nosotros, carísimos, si hemos recibido la medicina que viene del cielo, porque todos éramos frenéticos, como sanos, porque ya no amamos lo que amábamos, gemimos a Dios por aquellos que aún están locos. Pues Él es poderoso para salvarlos también. Y es necesario que se miren a sí mismos, y se desagraden a sí mismos. Quieren mirar, y no saben mirarse a sí mismos. Pues si un poco vuelven los ojos hacia sí mismos, ven su confusión. Hasta que eso suceda, sean otros nuestros estudios, sean otros los entretenimientos de nuestra alma. Más vale nuestro dolor, que su alegría. En cuanto al número de hermanos, es difícil que alguno haya sido arrebatado por esa celebración de los hombres: pero en cuanto al número de hermanas, nos entristece, y esto es más de lamentar, porque no son ellas las que corren a la Iglesia, a quienes debió si no el temor, al menos la vergüenza retirar del público. Que lo vea aquel que ve, y estará presente su misericordia, para que sane a todos. Pero nosotros que hemos venido, seamos alimentados con los manjares de Dios, y sea nuestra alegría su palabra. Pues nos ha invitado a su Evangelio: y Él es nuestro alimento, que nada es más dulce; pero si alguien tiene el paladar sano en el corazón.

3. Sin embargo, creo que vuestra Caridad recuerda que este Evangelio se recita en lecturas congruentes en orden: y creo que no habéis olvidado lo que ya se ha tratado, especialmente lo más reciente sobre Juan y la paloma. Sobre Juan, ciertamente, qué nuevo aprendió en el Señor por la paloma, quien ya conocía al Señor. Y esto se encontró por inspiración del Espíritu de Dios, que ya Juan conocía al Señor; pero que el mismo Señor bautizaría de tal manera que no transferiría el poder de bautizar a nadie más, esto lo aprendió por la paloma, porque se dijo: "Sobre quien veas al Espíritu descender como paloma, y permanecer sobre él, este es el que bautiza en el Espíritu Santo" (Juan I, 33). ¿Qué significa, este es? No otro, aunque sea por otro. ¿Por qué, entonces, por la paloma? Se dijeron muchas cosas, y no puedo,

ni es necesario repetirlas todas: pero principalmente por la paz; porque también las maderas que fueron bautizadas fuera, porque la paloma encontró fruto en ellas, las llevó al arca: como recordáis la paloma enviada por Noé del arca, que flotaba en el diluvio, y se lavaba en el bautismo, no se hundía. Pues cuando fue enviada, trajo un ramo de olivo: pero no solo tenía hojas, tenía también fruto (Génesis VIII, 8-11). Así que esto es lo que se debe desear para nuestros hermanos que son bautizados fuera, que tengan fruto: la paloma no los dejará fuera, a menos que los lleve de regreso al arca. Pero el fruto es toda la caridad, sin la cual el hombre no es nada, tenga lo que tenga. Y esto se dijo abundantemente por el Apóstol, lo recordamos y lo enumeramos. Dice: "Si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo caridad, soy como un bronce que resuena o un címbalo que retiñe: y si tengo toda la ciencia, y sé todos los misterios, y tengo toda la profecía, y tengo toda la fe," (¿cómo dijo toda la fe?) "de modo que traslade montañas, pero no tengo caridad, nada soy. Y si distribuyo todos mis bienes a los pobres, y si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo caridad, de nada me sirve" (1 Cor. XIII, 1-3). De ninguna manera pueden decir que tienen caridad, quienes dividen la unidad. Esto se dijo: veamos lo que sigue.

4. Juan dio testimonio, porque vio. ¿Qué testimonio dio? Que él es el Hijo de Dios. Por tanto, era necesario que él bautizara, quien es el Hijo de Dios único, no adoptado. Los hijos adoptados son ministros del Único: el Único tiene el poder, los adoptados el ministerio. Aunque bautice un ministro que no pertenece al número de los hijos, porque vive mal y actúa mal, ¿qué nos consuela? Este es el que bautiza.

5. Al día siguiente, Juan estaba de pie de nuevo, y dos de sus discípulos, y mirando a Jesús que caminaba, dice: "He aquí el Cordero de Dios". Sin duda, este Cordero es singular: pues también los discípulos fueron llamados corderos, "He aquí, yo os envío como corderos en medio de lobos" (Mateo X, 16). También fueron llamados luz, "Vosotros sois la luz del mundo" (Id. V, 14): pero de otra manera aquel de quien se dijo, "Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Juan I, 9). Así también el Cordero singularmente, solo sin mancha, sin pecado; no cuyas manchas fueron borradas, sino quien no tuvo mancha alguna. ¿Qué, pues? Porque Juan decía del Señor, "He aquí el Cordero de Dios", ¿no era Juan mismo un cordero? ¿No era un hombre santo? ¿No era amigo del esposo? Por tanto, singularmente él, Este es el Cordero de Dios; porque singularmente con la sangre de este Cordero solo los hombres pudieron ser redimidos.

6. Mis hermanos, si reconocemos nuestro valor porque es la sangre del Cordero; ¿quiénes son aquellos que hoy celebran la festividad de la sangre, no sé de qué mujer? ¿Y cuán ingratos son? Se dice que se arrancó el oro de la oreja de una mujer, y corrió sangre, y se puso el oro en la balanza o en la báscula, y pesó mucho más que la sangre. Si la sangre de una mujer tuvo peso para inclinar el oro, ¿qué peso tiene para inclinar el mundo la sangre del Cordero, por quien fue hecho el mundo? Y ciertamente aquel espíritu no sé quién, para que el peso se inclinara, fue aplacado con sangre. Los espíritus inmundos sabían que Jesús Cristo vendría, lo habían oído de los Ángeles, lo habían oído de los Profetas, y esperaban que viniera. Pues si no lo esperaban, ¿de dónde clamaron, "¿Qué tenemos que ver contigo? ¿Has venido antes de tiempo a destruirnos? Sabemos quién eres, el Santo de Dios" (Marcos 1, 24). Sabían que vendría, pero ignoraban el tiempo. Pero, ¿qué escuchasteis en el Salmo sobre Jerusalén? Porque tus siervos se complacieron en sus piedras, y tendrán compasión de su polvo: "Tú te levantarás," dice, "tendrás compasión de Sion, porque ha llegado el tiempo de tener misericordia de ella" (Salmo 101, 15, 14). Cuando llegó el tiempo de que Dios tuviera misericordia, vino el Cordero. ¿Qué clase de Cordero es aquel a quien temen los lobos? ¿Qué clase de Cordero es el que, siendo muerto, mata al león? Pues el diablo ha sido llamado león

que ronda rugiendo, buscando a quien devorar (1 Pedro 5, 8): el león fue vencido por la sangre del Cordero. He aquí los espectáculos de los cristianos. Y lo que es más, aquellos ven con los ojos de la carne la vanidad, nosotros con los ojos del corazón la verdad. No penséis, hermanos, que nuestro Señor Dios nos dejó sin espectáculos: pues si no hay espectáculos, ¿por qué os habéis reunido hoy? He aquí lo que dijimos, lo visteis, y exclamasteis: no habríais exclamado si no hubierais visto. Y es grande ver esto por todo el mundo, el león vencido por la sangre del Cordero, los miembros de Cristo sacados de los dientes de los leones, y unidos al cuerpo de Cristo. Por lo tanto, no sé qué espíritu imitó algo similar, para que quisiera que su ídolo fuera comprado con sangre, porque sabía que la humanidad sería redimida en algún momento con sangre preciosa. Pues los espíritus malignos fingen ciertas sombras de honor para sí mismos, para así engañar a aquellos que siguen a Cristo. Tanto, hermanos míos, que aquellos mismos que seducen con ataduras, con encantamientos, con maquinaciones del enemigo, mezclan en sus encantamientos el nombre de Cristo: porque ya no pueden seducir a los cristianos, añaden algo de miel al veneno, para que lo dulce oculte lo amargo, y se beba para la perdición. Tanto que yo sé que en algún momento el sacerdote de aquel Pilleato solía decir, "Y él mismo, Pilleato, es cristiano." ¿Para qué esto, hermanos, sino porque de otra manera no pueden ser seducidos los cristianos?

7. No busquéis, pues, a Cristo en otro lugar, sino donde Cristo quiso ser predicado a vosotros; y como quiso ser predicado a vosotros, así mantenedlo, así escribidlo en vuestro corazón. Es un muro contra todos los ataques y contra todas las insidias del enemigo. No temáis, ni él tienta, a menos que se le permita: es claro que no hace nada, a menos que se le permita o se le envíe. Se envía como ángel malo por el poder dominante; se le permite, cuando pide algo: y esto, hermanos, no sucede sino para que los justos sean probados, los injustos castigados. ¿Qué temes entonces? Camina en el Señor tu Dios, ten certeza: lo que no quiere que sufras, no lo sufrirás; lo que te permite sufrir, es el azote del que corrige, no el castigo del que condena. Somos educados para la herencia eterna, ¿y nos desdeñamos de ser azotados? Mis hermanos, si algún niño se negara a ser golpeado con puños o varas por su padre, ¿cómo se le llamaría soberbio, desesperado, ingrato a la disciplina paterna? ¿Y para qué educa un padre humano a su hijo humano? Para que no pierda las cosas temporales que le ha adquirido, que le ha reunido, que no quiere que pierda, que él mismo, quien las deja, no pudo retener para siempre. No enseña al hijo con quien poseerá, sino al que lo sucederá. Mis hermanos, si un padre enseña a su hijo sucesor, y a quien enseña también pasará por todas esas cosas, como pasará aquel que lo aconseja; ¿cómo queréis que nos eduque nuestro Padre, a quien no sucederemos, sino a quien nos acercaremos, y con quien permaneceremos eternamente en la herencia, que no se marchita, ni muere, ni conoce el granizo? Y él mismo es la herencia y él mismo es el Padre. Lo poseeremos, ¿y no debemos ser educados? Soportemos, pues, la educación del Padre. No cuando nos duele la cabeza, corramos a los encantadores, a los sortílegos y a los remedios de la vanidad. Mis hermanos, ¿no os lloraré? Todos los días encuentro estas cosas; ¿y qué haré? ¿Todavía no persuado a los cristianos de que deben poner su esperanza en Cristo? He aquí, si a alguien se le ha hecho un remedio, muera, (¿cuántos han muerto con remedios? ¿y cuántos han vivido sin remedios?) ¿con qué rostro salió el alma hacia Dios? Perdió la señal de Cristo, recibió la señal del diablo. ¿O acaso dirá: No perdí la señal de Cristo? Entonces, ¿tuviste la señal de Cristo junto con la del diablo? Cristo no quiere comunión, sino que quiere poseer solo lo que compró. Compró a tal precio para poseer solo: tú haces al diablo su compañero, a quien te vendiste por el pecado. ¡Ay del corazón doble (Eclesiástico 2, 14)! que en su corazón hacen parte a Dios, parte al diablo. Dios, enojado porque se hace allí parte al diablo, se retira, y el diablo poseerá todo. No en vano, pues, dice el Apóstol: "Ni deis lugar al diablo" (Efesios 4, 27). Reconozcamos, pues, al Cordero, hermanos, reconozcamos nuestro precio.

8. Estaba Juan, y de sus discípulos dos. He aquí dos de los discípulos de Juan: porque tal era Juan, amigo del esposo, no buscaba su propia gloria, sino que daba testimonio de la verdad: ¿acaso quiso retener a sus discípulos para que no siguieran al Señor? Más bien él mismo mostró a sus discípulos a quién debían seguir. Pues lo tenían como Cordero: y él, ¿Por qué me miráis? Yo no soy el Cordero; "He aquí el Cordero de Dios": de quien también había dicho antes, "He aquí el Cordero de Dios." ¿Y de qué nos sirve el Cordero de Dios? "He aquí," dice, "el que quita el pecado del mundo." Lo siguieron, al oír esto, los dos que estaban con Juan.

9. Veamos lo que sigue. "He aquí el Cordero de Dios": esto dijo Juan. "Y lo oyeron hablar los dos discípulos, y siguieron a Jesús. Jesús, volviéndose y viendo que lo seguían, les dice: ¿Qué buscáis? Ellos dijeron: Rabí (que traducido significa Maestro), ¿dónde habitas?" No lo seguían así como para adherirse a él: pues es claro cuándo se adhirieron a él, porque los llamó de la barca. En estos dos estaba Andrés, como acabáis de oír; Andrés era hermano de Pedro: y sabemos en el Evangelio que el Señor llamó a Pedro y Andrés de la barca, diciendo, "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (Mateo 4, 19). Y desde entonces se adhirieron a él, para no apartarse. Ahora, pues, que lo siguen estos dos, no lo siguen como para no apartarse; sino que querían ver dónde habitaba, y hacer lo que está escrito, "Que el pie de tu puerta desgaste el umbral; levántate para ir a él asiduamente y ser instruido por sus preceptos" (Eclesiástico 6, 36, 37). Él les mostró dónde habitaba: vinieron y estuvieron con él. ¡Qué día tan bendito pasaron, qué noche tan bendita! ¿Quién nos dirá qué oyeron de él? Edifiquemos también nosotros en nuestro corazón, y hagamos una casa donde él venga y nos enseñe; nos hable.

10. "¿Qué buscáis? Ellos le dijeron: Rabí, (que traducido significa Maestro), ¿dónde habitas? Les dice: Venid, y ved. Y vinieron, y vieron dónde habitaba, y se quedaron con él aquel día: era como la hora décima." ¿No creemos que el Evangelista quiso decirnos qué hora era? ¿Puede ser que no quisiera que notáramos nada allí, que no buscáramos nada? Era la décima hora. Este número significa la ley, porque la ley fue dada en diez mandamientos. Pero había llegado el tiempo de que la ley se cumpliera por amor; porque los judíos no podían cumplirla por temor. Por eso el Señor dice: "No he venido a abolir la ley, sino a cumplirla" (Mateo 5, 17). Por eso, pues, a la décima hora lo siguieron al testimonio del amigo del esposo estos dos: y a la décima hora oyó, "Rabí," que se interpreta Maestro. Si a la décima hora el Señor oyó "Rabí," y el número diez se refiere a la ley; el maestro de la ley no es sino el dador de la ley. Nadie diga que uno dio la ley, y otro enseña la ley: él mismo la enseña quien la dio; él es el maestro de su ley, y la enseña. Y hay misericordia en su lengua, por eso enseña la ley misericordiosamente, como se dice de la sabiduría, "Lleva la ley y la misericordia en su lengua" (Proverbios 31, 26). No temas, no sea que no puedas cumplir la ley, huye a la misericordia. Si es mucho para ti cumplir la ley, usa ese pacto, usa el documento, usa las oraciones que te ha constituido y compuesto el jurista celestial.

11. Pues quienes tienen un caso, y quieren suplicar al emperador, buscan a algún jurista escolar, de quien se les compongan las súplicas; no sea que si piden de otra manera de lo que conviene, no solo no obtengan lo que piden, sino que también reciban castigo en lugar de beneficio. Cuando, pues, los Apóstoles querían suplicar, y no encontraban cómo acercarse al emperador Dios, dijeron a Cristo, "Señor, enséñanos a orar": esto es, Jurista nuestro, asesor, más bien confesor de Dios, compón para nosotros las súplicas. Y el Señor enseñó del libro de la ley celestial, enseñó cómo debían orar: y en lo que enseñó, puso una condición: "Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Lucas 11, 1-4). Si no pides según la ley, serás culpable. ¿Temes al emperador hecho culpable? ofrece sacrificio

de humildad, ofrece sacrificio de misericordia, di en las súplicas, Perdóname, porque yo también perdono. Pero si lo dices, hazlo. Pues, ¿qué harás, a dónde irás, si mentiste en las súplicas? No como se dice en el foro, carecerás del beneficio del rescripto; sino que ni siquiera obtendrás el rescripto. Pues es ley forense que quien haya mentido en las súplicas, no le aproveche lo que obtuvo. Pero esto entre los hombres, porque el hombre puede ser engañado; el emperador pudo ser engañado, cuando enviaste las súplicas: dijiste lo que quisiste, y a quien lo dijiste, no sabe si es verdad; te dejó para que tu adversario te convenciera, para que si ante el juez fueras convencido de mentira, porque él no pudo sino conceder, sin saber si mentiste, allí carecerás del mismo beneficio del rescripto, al que llevaste el rescripto. Pero Dios, que sabe si mientes o dices la verdad, no hace que en el juicio no te aproveche; sino que ni siquiera te permite obtener, porque osaste mentir a la verdad.

12. ¿Qué harás entonces? dime. Cumplir la ley en toda su parte, de modo que no ofendas en nada, es difícil: por tanto, la culpa es cierta; ¿no quieres usar el remedio? He aquí, hermanos míos, qué remedio puso el Señor contra las enfermedades del alma. ¿Qué, pues? Cuando te duele la cabeza, alabamos si pones el Evangelio en tu cabeza, y no corres a las ataduras. Pues a tal punto ha llegado la debilidad de los hombres, y así deben ser llorados los hombres que corren a las ataduras, que nos alegramos cuando vemos a un hombre en su lecho, agitado por fiebres y dolores, y no ha puesto su esperanza en ningún lugar, sino en poner el Evangelio en su cabeza: no porque para eso fue hecho, sino porque el Evangelio es preferido a las ataduras. Si, pues, se pone en la cabeza para que cese el dolor de cabeza, ¿no se pone en el corazón para que se sane de los pecados? Hágase, pues. ¿Qué se haga? Póngase en el corazón, sánese el corazón. Es bueno, bueno, que no te preocupes por la salud del cuerpo, sino que la pidas a Dios. Si sabe que te conviene, te la dará: si no te la da, no convenía tenerla. ¿Cuántos inocentes están enfermos en el lecho; y si estuvieran sanos, procederían a cometer crímenes? ¿A cuántos les perjudica la salud? El ladrón que procede a la garganta a matar a un hombre, ¿cuánto mejor le sería estar enfermo? El que se levanta de noche a cavar la pared ajena, ¿cuánto mejor le sería estar agitado por fiebres? Inocente estaría enfermo, criminal está sano. Dios, pues, sabe lo que nos conviene: solo procuremos que nuestro corazón esté sano de pecados; y cuando tal vez somos azotados en el cuerpo, a él supliquemos. Pablo apóstol le rogó que quitara el aguijón de la carne, y no quiso quitarlo. ¿Acaso se perturbó? ¿Acaso contristado dijo que estaba abandonado? Más bien dijo que no estaba abandonado, porque no se quitó lo que quería que se quitara, para que esa enfermedad se sanara. Pues encontró en la voz del médico: "Te basta mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad" (2 Corintios 12, 8, 9). ¿Cómo sabes, pues, que Dios no quiere sanarte? Aún te conviene ser azotado. ¿Cómo sabes cuán podrido está lo que corta el médico, llevando el hierro por lo podrido? ¿No sabe él la medida, qué hace, hasta dónde hace? ¿Acaso los gritos del que es cortado retraen las manos del médico que corta con arte? Él clama; él corta. ¿Cruel el que no escucha al que clama, o más bien misericordioso el que persigue la herida para sanar al enfermo? Estas cosas, hermanos míos, las dije para que nadie busque algo fuera de la ayuda de Dios, cuando tal vez estamos en alguna corrección del Señor. Mirad que no perezcáis, mirad que no os apartéis del Cordero, y seáis devorados por el león.

13. Dijimos, pues, por qué la hora décima: veamos lo que sigue. Era Andrés, hermano de Simón Pedro, uno de los dos que habían oído de Juan, y lo habían seguido. Este encontró a su hermano Simón, y le dice, Hemos encontrado al Mesías; que se interpreta Cristo. Mesías en hebreo, Cristo en griego, es en latín Ungido. Pues de la unción se dice Cristo. Χρῖσμα es unción en griego; por tanto, Cristo, ungido. Él singularmente ungido, especialmente ungido; de donde todos los cristianos son ungidos, él especialmente. Como dice en el Salmo, escucha: "Por eso te ungió, Dios, tu Dios con óleo de alegría, más que a tus compañeros" (Salmo 44,

8). Pues sus compañeros son todos los santos; pero él singularmente Santo de los santos, singularmente ungido, singularmente Cristo.

14. Y lo llevó a Jesús. Jesús, mirándolo, dijo, Tú eres Simón, hijo de Juan, tú serás llamado Cefas; que se interpreta Pedro. No es gran cosa que el Señor dijera de quién era hijo este. ¿Qué es grande para el Señor? Conocía todos los nombres de sus santos, a quienes predestinó antes de la constitución del mundo; ¿y te maravillas de que dijera a un hombre, Tú eres hijo de aquel, y serás llamado aquello? ¿Es grande que le cambiara el nombre; y de Simón hiciera Pedro? Pero Pedro es de piedra, y la piedra es la Iglesia: por tanto, en el nombre de Pedro está figurada la Iglesia. ¿Y quién está seguro, sino el que edifica sobre la piedra? ¿Y qué dice el mismo Señor? "El que oye estas palabras mías y las hace, lo compararé a un hombre prudente, que edificó sobre la piedra" (no cede a las tentaciones): "descendió la lluvia, vinieron los ríos, soplaron los vientos, y golpearon aquella casa, y no cayó; porque estaba fundada sobre la piedra. El que oye mis palabras y no las hace" (ya cada uno de nosotros tema y cuide), "lo compararé a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena: descendió la lluvia, vinieron los ríos, soplaron los vientos, y golpearon aquella casa, y cayó; y fue grande su ruina" (Mateo 7, 24, 27). ¿De qué sirve que entre en la Iglesia, quien quiere edificar sobre la arena? Pues oyendo y no haciendo, edifica, pero sobre la arena. Si no oye nada, no edifica nada: si oye, edifica. Pero buscamos, dónde. Pues si oye y hace, sobre la piedra: si oye y no hace, sobre la arena. Hay dos tipos de edificadores; o sobre la piedra, o sobre la arena. ¿Qué, pues, de aquellos que no oyen? ¿están seguros? ¿los llama seguros, porque no edifican nada? Están desnudos bajo la lluvia, ante los vientos, ante los ríos: cuando vengan estos, los llevan antes de que derriben las casas. Por tanto, una es la seguridad, y edificar, y edificar sobre la piedra. Si quieres oír y no hacer, edificas; pero edificas ruina: cuando venga la tentación, derriba la casa, y con esa ruina te lleva. Pero si no oyes, estás desnudo, por esas tentaciones tú mismo eres arrastrado. Oye, pues, y haz; es un solo remedio. ¿Cuántos tal vez hoy oyendo y no haciendo han sido arrastrados por el río de esta festividad? Pues oyendo y no haciendo, vino el río, esa misma festividad anual, se llenó el torrente, pasará y se secará: pero ¡ay de aquel a quien lleve! Por tanto, sepa esto vuestra Caridad, que a menos que alguien oiga y haga, no edifica sobre la piedra; y no pertenece a un nombre tan grande, que así lo recomendó el Señor. Pues te hizo atento. Pues si antes se llamara Pedro, no verías así el misterio de la piedra; y pensarías que por casualidad se llama así, no por providencia de Dios: por eso quiso que primero se llamara de otra manera, para que del mismo cambio de nombre, se recomendara la vivacidad del sacramento.

15. Al día siguiente, quiso Jesús ir a Galilea, y encontró a Felipe. Le dijo: Sígueme. Era de la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe encontró a Natanael: ya llamado por el Señor Felipe. Y le dijo: A quien Moisés escribió en la Ley, y los Profetas, hemos hallado a Jesús, hijo de José. Se le llamaba hijo de aquel a quien estaba desposada su madre. Pues que fue concebido y nacido de ella intacta, bien lo saben todos los cristianos por el Evangelio. Esto dijo Felipe a Natanael; añadió también el lugar, de Nazaret. Y le dijo Natanael: ¿De Nazaret puede salir algo bueno? ¿Qué se entiende, hermanos? No como algunos pronuncian: pues también suele pronunciarse así, ¿De Nazaret puede salir algo bueno? Sigue la voz de Felipe, y dice, Ven y ve. Ambas pronunciaciones puede seguir esta voz, ya sea que pronuncies así como confirmando, De Nazaret puede salir algo bueno; y él, Ven y ve: o así dudando, y preguntando todo, ¿De Nazaret puede salir algo bueno? Ven y ve. Por tanto, ya sea de una manera, ya sea de otra, no se oponen las palabras siguientes; nos corresponde buscar qué debemos entender más bien en estas palabras.

16. Qué clase de persona era este Natanael, lo probamos en lo siguiente. Escuchad qué clase de persona era: el mismo Señor da testimonio. Grande el Señor conocido por el testimonio de Juan: bienaventurado Natanael conocido por el testimonio de la verdad. Porque el Señor, aunque no fuera recomendado por el testimonio de Juan, él mismo daba testimonio de sí mismo; porque le basta a la verdad para su testimonio. Pero como los hombres no podían captar la verdad, buscaban la verdad a través de la lámpara: y por eso fue enviado Juan, por quien el Señor sería mostrado. Escucha al Señor dando testimonio de Natanael: Y le dijo Natanael: ¿De Nazaret puede salir algo bueno? Felipe le dice: Ven y ve. Y Jesús vio a Natanael venir hacia él, y dice de él: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. ¡Gran testimonio! esto no se dijo ni de Andrés, ni de Pedro, ni de Felipe, lo que se dijo de Natanael: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño.

17. ¿Qué hacemos entonces, hermanos? ¿Debería ser este el primero entre los Apóstoles? No solo no se encuentra primero entre los Apóstoles, sino que ni en medio, ni al final entre los doce está Natanael, a quien tanto testimonio dio el Hijo de Dios, diciendo, He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. ¿Se busca la causa? según lo que el Señor insinúa, lo encontramos probablemente. Debemos entender que el mismo Natanael era instruido y experto en la Ley: por eso el Señor no quiso ponerlo entre los discípulos; porque eligió a los ignorantes, para confundir al mundo. Escucha al Apóstol diciendo esto: «Mirad, hermanos, vuestra vocación, que no muchos poderosos, no muchos nobles: sino que Dios eligió lo débil del mundo, para confundir a lo fuerte; y lo innoble del mundo y lo despreciable eligió Dios, y lo que no es, como si fuera, para que lo que es sea anulado» (1 Cor. 1, 26-28). Si se eligiera a un docto, tal vez diría que fue elegido por su doctrina, porque su doctrina mereció ser elegida. Nuestro Señor Jesucristo, queriendo quebrantar las cervices de los soberbios, no buscó a un orador para hacer un pescador; sino que de un pescador ganó a un emperador. El gran Cipriano fue orador, pero primero fue Pedro pescador, por quien después creería no solo el orador, sino también el emperador. Ningún noble fue elegido primero, ningún docto; porque Dios eligió lo débil del mundo, para confundir a lo fuerte. Por tanto, este era grande y sin engaño: solo por esto no fue elegido, para que a nadie le pareciera que el Señor había elegido a los doctos. Y de la misma doctrina de la Ley venía, que cuando oyó de Nazaret: pues había escudriñado las Escrituras, y sabía que de allí se esperaba al Salvador, lo que no conocían fácilmente otros Escribas y Fariseos: por tanto, este doctísimo de la Ley, cuando oyó a Felipe diciendo, Hemos hallado a Jesús, de quien escribió Moisés en la Ley, y los Profetas, de Nazaret, hijo de José; él que conocía perfectamente las Escrituras, al oír el nombre de Nazaret, se levantó en esperanza, y dijo, ¿De Nazaret puede salir algo bueno?

18. Ya veamos lo demás de él, He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. ¿Qué significa, en quien no hay engaño? ¿Acaso no tenía pecado? ¿acaso no estaba enfermo? ¿acaso no necesitaba médico? De ninguna manera. Nadie aquí ha nacido de tal manera que no necesite de ese médico. ¿Qué significa entonces, en quien no hay engaño? Busquemos con algo más de atención; aparecerá ahora en el nombre del Señor. El Señor dice engaño; y todo el que entiende las palabras latinas, sabe que el engaño es cuando se hace una cosa y se finge otra. Preste atención vuestra Caridad. El engaño no es dolor: por eso lo digo, porque muchos hermanos menos instruidos en latín hablan así, diciendo, El engaño lo atormenta, en lugar de decir el dolor. El engaño es fraude, es simulación. Cuando alguien oculta algo en su corazón, y dice otra cosa, es engaño, y como si tuviera dos corazones: tiene un seno del corazón, donde ve la verdad; y otro seno, donde concibe la mentira. Y para que sepáis que esto es engaño, se dice en los Salmos, Labios engañosos. ¿Qué significa, Labios engañosos? Sigue, En el corazón y en el corazón hablaron mal (Sal. 11, 3). ¿Qué significa, En el corazón y en el corazón; sino con doble corazón? Si, por tanto, no había engaño en este, el médico lo juzgó

curable, no sano. Una cosa es estar sano, otra cosa es ser curable, otra cosa es ser incurable: el que está enfermo con esperanza, se dice curable; el que está enfermo con desesperación, incurable; pero el que ya está sano, no necesita médico. Por tanto, el médico que vino a sanar, vio a este curable, porque no había engaño en él. ¿Cómo no había engaño en él? Si es pecador, confiesa ser pecador. Pues si es pecador, y se dice justo; hay engaño en su boca. Por tanto, en Natanael alabó la confesión del pecado, no juzgó que no fuera pecador.

19. Por eso, cuando los fariseos que se consideraban justos, reprendían al Señor porque el médico se mezclaba con los enfermos, y decían, He aquí con quienes come, con publicanos y pecadores; respondió el médico a los frenéticos, No necesitan médico los sanos, sino los que están mal: no he venido a llamar a justos, sino a pecadores (Mat. 9, 11-13). Esto es decir, Porque vosotros os decís justos, siendo pecadores, os juzgáis sanos, estando enfermos, rechazáis la medicina, no tenéis la salud. De ahí aquel fariseo que había invitado al Señor a comer, se consideraba sano: pero aquella mujer enferma irrumpió en la casa, donde no había sido invitada, y hecha impudente por el deseo de salud, se acercó, no a la cabeza del Señor, no a las manos, sino a los pies; los lavó con lágrimas, los secó con sus cabellos, los besó, los ungió con ungüento, hizo la paz con las huellas del Señor pecadora. Reprendió aquel como sano al médico, aquel fariseo que estaba allí reclinado; y dijo para sí: Este si fuera profeta, sabría qué mujer le ha tocado los pies. Pero sospechó que él no lo sabía, porque no la rechazó, como si no quisiera ser tocado por manos impuras: pero él lo sabía, permitió que lo tocara, para que tocado él mismo sanara. El Señor viendo el corazón del fariseo, propuso una parábola: «Dos deudores había a un prestamista; uno le debía cincuenta denarios, el otro quinientos: como no tenían con qué pagar, perdonó a ambos; ¿quién lo amó más? Y él: Creo, Señor, a quien más perdonó. Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para los pies; pero ella con lágrimas lavó mis pies, y con sus cabellos los secó: no me diste beso: ella no ha cesado de besar mis pies: no me diste aceite; ella ungió mis pies con ungüento. Por eso te digo; se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho: pero a quien se le perdona poco, ama poco» (Luc. 7, 36-47). Esto es decir, Más enfermas, pero te crees sano: crees que se te perdona poco, siendo más deudor. Bien esta, porque no había engaño en ella, mereció la medicina. ¿Qué significa, no había engaño en ella? Confesaba sus pecados. Esto también alaba en Natanael, que no había engaño en él: porque muchos fariseos que abundaban en pecados, se decían justos, y traían engaño, por el cual no podían ser sanados.

20. Por tanto, vio ya a este en quien no había engaño, y dijo: He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. Le dice Natanael: ¿De dónde me conoces? Respondió Jesús, y dijo: Antes que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, te vi; es decir, bajo el árbol de la higuera. Respondió Natanael, y dijo: Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel. Algo grande pudo entender este Natanael, en lo que se dijo, Cuando estabas bajo el árbol de la higuera, te vi, antes que Felipe te llamara. Pues pronunció tal voz, Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel; como mucho después Pedro, cuando el Señor le dijo, Bienaventurado eres Simón Bar Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en el cielo (Mat. 16, 17). Y allí nombró la piedra, y alabó el fundamento de la Iglesia en esta fe. Aquí ya dice, Tú eres el Hijo de Dios, tú eres el rey de Israel. ¿De dónde? Porque se le dijo, Antes que Felipe te llamara, cuando estabas bajo el árbol de la higuera, te vi.

21. Debe buscarse si algo significa este árbol de la higuera. Escuchad, hermanos míos: Encontramos el árbol de la higuera maldecido, porque solo tenía hojas, y no fruto (Mat. 21, 19). En el origen del género humano, Adán y Eva cuando pecaron, se hicieron cinturones de hojas de higuera (Gén. 3, 7): por tanto, las hojas de higuera se entienden como pecados. Pero Natanael estaba bajo el árbol de la higuera, como bajo la sombra de la muerte. Lo vio el

Señor, de quien se dijo, A los que estaban bajo la sombra de la muerte, les ha amanecido la luz (Is. 9, 2). ¿Qué se dijo entonces a Natanael? Me dices, oh Natanael, ¿De dónde me conoces? Ahora ya hablas conmigo, porque te llamó Felipe. Ya a quien llamó por el apóstol, vio que pertenecía a su Iglesia. Oh tú Iglesia, oh tú Israel, en quien no hay engaño; si eres pueblo de Israel en quien no hay engaño, ahora ya conociste a Cristo por los Apóstoles, como Natanael conoció a Cristo por Felipe. Pero por su misericordia te vio antes de que lo conocieras, cuando yacías bajo el pecado. ¿Acaso nosotros buscamos primero a Cristo, y no él nos buscó? ¿Acaso nosotros, enfermos, fuimos al médico, y no el médico a los enfermos? ¿No se había perdido aquella oveja, y dejando las noventa y nueve el pastor la buscó y la encontró, y la llevó gozoso en sus hombros? ¿No se había perdido aquella dracma, y la mujer encendió la lámpara, y la buscó en toda su casa hasta que la encontró? Y cuando la encontró, Alegraos conmigo, dijo a sus vecinas, porque he encontrado la dracma que había perdido (Luc. 15, 4-10). Así también nosotros como oveja nos habíamos perdido, y como dracma nos habíamos perdido: y nuestro pastor encontró la oveja, pero buscó la oveja; la mujer encontró la dracma, pero buscó la dracma. ¿Quién es la mujer? La carne de Cristo. ¿Qué es la lámpara? Preparé una lámpara para mi Cristo (Sal. 131, 17). Por tanto, fuimos buscados, para ser encontrados; encontrados hablamos. No nos enorgullezcamos, porque antes de ser encontrados, nos habíamos perdido, si no fuéramos buscados. No nos digan, por tanto, aquellos a quienes amamos, y queremos ganar para la paz de la Iglesia católica: ¿Qué nos queréis? ¿qué nos buscáis, si somos pecadores? Por eso os buscamos, para que no perezcáis: os buscamos, porque fuimos buscados; queremos encontraros, porque fuimos encontrados.

22. Así que Natanael cuando dijo, ¿De dónde me conoces? el Señor le dijo, Antes que Felipe te llamara, cuando estabas bajo el árbol de la higuera, te vi. Oh tú Israel sin engaño, quienquiera que seas, oh pueblo que vive de fe, antes de que te llamara por mis Apóstoles, cuando estabas bajo la sombra de la muerte, y tú no me veías, yo te vi. Luego el Señor le dice: «Porque te dije, Te vi bajo el árbol de la higuera, crees: cosas mayores que estas verás.» ¿Qué es esto, «cosas mayores que estas verás? Y le dice: En verdad, en verdad os digo, veréis el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.» Hermanos, no sé qué mayor cosa dije, que es, te vi bajo el árbol de la higuera. Pues es más que el Señor nos haya justificado llamados, que el que nos haya visto yaciendo bajo la sombra de la muerte. ¿Qué nos habría aprovechado si hubiéramos permanecido allí, donde nos vio? ¿Acaso no yaceríamos? ¿Qué es esto mayor? ¿Cuándo vimos a los ángeles subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre?

23. Ya alguna vez había hablado de estos ángeles subiendo y bajando; pero para que no lo hayáis olvidado, brevemente lo digo como recordando: pues más cosas diría si no recordara, sino que ahora insinuara. Jacob vio escaleras en un sueño, y en esas escaleras vio ángeles subiendo y bajando; y la piedra que se había puesto a la cabeza, la ungió (Gén. 28, 12-18). Habéis oído que el Mesías es Cristo, habéis oído que ungido es Cristo. Pues no puso así la piedra ungida, para venir y adorarla: de lo contrario sería idolatría, no significación de Cristo. Por tanto, se hizo significación, hasta donde era necesario hacer significación, y se significó a Cristo. Piedra ungida, pero no en ídolo. Piedra ungida: ¿por qué piedra? He aquí que pongo en Sion una piedra escogida, preciosa, y el que creyere en ella, no será confundido (Is. 28, 16; 1 Pe. 2, 6). ¿Por qué ungida? Porque Cristo de crisma. ¿Qué vio entonces en las escaleras? Ángeles subiendo y bajando. Así es también la Iglesia, hermanos: ángeles de Dios, buenos predicadores, predicando a Cristo; esto es, sobre el Hijo del hombre suben y bajan. ¿Cómo suben, y cómo bajan? De uno tenemos ejemplo: escucha al apóstol Pablo; lo que encontramos en él, esto creamos de los demás predicadores de la verdad. Ve a Pablo subiendo: «Conozco a un hombre en Cristo hace catorce años arrebatado hasta el tercer cielo, si en el cuerpo, si

fuera del cuerpo no lo sé, Dios lo sabe: y oyó palabras inefables que no es lícito al hombre hablar» (2 Cor. 12, 2-4). Subiendo lo oíste, bajando lo escucha. «No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales: como a niños en Cristo os di leche para beber, no alimento» (1 Cor. 3, 1, 2). He aquí que descendió quien había subido. Busca a dónde había subido. Hasta el tercer cielo. Busca a dónde descendió. Hasta dar leche a los niños. Escucha que descendió: Me hice niño, dice, en medio de vosotros, como si una nodriza cuidara a sus hijos (1 Tes. 2, 7). Pues vemos también a las nodrizas y madres descender a los niños: y si saben decir palabras latinas, las acortan, y de alguna manera sacuden su lengua, para poder de lengua elocuente hacer caricias infantiles; porque si así dicen, no escucha el niño, pero tampoco progresa el niño. Y un padre elocuente, si es tan gran orador que su lengua haga resonar los foros, y los tribunales se conmuevan; si tiene un hijo pequeño, cuando regresa a casa, aparta la elocuencia forense a donde había subido, y con lengua infantil desciende al pequeño. Escucha en un lugar al mismo Apóstol subiendo y bajando, en una sentencia: «Porque si, dice, nos hemos excedido en mente, es para Dios: si somos sobrios, es para vosotros» (2 Cor. 5, 13). ¿Qué es, «nos hemos excedido en mente, es para Dios?» Para ver aquellas cosas «que no es lícito al hombre hablar.» ¿Qué es, «somos sobrios, es para vosotros? ¿Acaso juzgué saber algo entre vosotros, sino a Jesucristo, y a este crucificado» (1 Cor. 2, 2)? Si el mismo Señor sube y baja; es manifiesto que también sus predicadores suben por imitación, bajan por predicación.

24. Y si os hemos retenido algo más tiempo, fue por consejo para que pasaran las horas inoportunas: creemos que ya ellos han terminado su vanidad. Pero nosotros, hermanos, cuando hemos sido alimentados con banquetes saludables, hagamos lo que resta, para que cumplamos solemnemente el día del Señor en gozos espirituales, y comparemos los gozos de la verdad con los gozos de la vanidad: y si nos horrorizamos, dolámonos; si nos dolemos, oremos; si oramos, seamos escuchados; si somos escuchados, también los ganamos.

TRACTATUS VIII. Desde el lugar del Evangelio, Y al tercer día se hicieron unas bodas en Caná de Galilea; hasta aquello, ¿Qué tengo yo contigo, mujer? aún no ha llegado mi hora. Cap. II, V. 1-4.

1. El milagro de nuestro Señor Jesucristo, por el cual convirtió el agua en vino, no es sorprendente para aquellos que saben que fue Dios quien lo hizo. Él fue quien hizo el vino aquel día en las bodas en aquellas seis tinajas que mandó llenar de agua (Juan 2, 6-11), quien cada año hace esto en las vides. Así como lo que los sirvientes pusieron en las tinajas se convirtió en vino por obra del Señor, así también lo que las nubes vierten se convierte en vino por la misma obra del Señor. Sin embargo, no nos asombra porque ocurre cada año: la constancia ha hecho que pierda su admiración. De hecho, encuentra una consideración mayor que lo que se hizo en las tinajas de agua. ¿Quién es el que considera las obras de Dios, por las cuales se gobierna y administra todo este mundo, y no se asombra y queda abrumado por los milagros? Si se considera la fuerza de un solo grano, de cualquier semilla, es algo grande, es un horror para quien lo considera. Pero como los hombres, atentos a otras cosas, han perdido la consideración de las obras de Dios, en las cuales deberían alabar diariamente al Creador, es como si Dios hubiera reservado para sí algunas cosas inusitadas que hacer, para que, como hombres dormidos, los despertara a adorarlo de manera más maravillosa. Un muerto resucitó, los hombres se asombraron: nacen tantos cada día, y nadie se asombra. Si consideramos con más prudencia, es un milagro mayor que exista quien no existía, que revivir quien ya existía. Sin embargo, el mismo Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo hace todas estas cosas por su Verbo, y gobierna lo que creó. Los primeros milagros los hizo por su Verbo, Dios con Él; los milagros posteriores los hizo por su mismo Verbo, encarnado, y hecho hombre por nosotros.

Así como nos asombramos de lo que se hizo por el hombre Jesús, asombrémonos de lo que se hizo por el Dios Jesús. Por el Dios Jesús se hicieron el cielo y la tierra, el mar, y todo el ornato del cielo, la opulencia de la tierra, la fecundidad del mar; todas estas cosas que están ante nuestros ojos, fueron hechas por Jesús Dios. Y vemos estas cosas, y si está en nosotros su Espíritu, nos agradan de tal manera que se alaba al artífice: no para que, volviéndonos a las obras, nos apartemos del artífice, y de alguna manera pongamos el rostro hacia lo que hizo, y la espalda hacia quien lo hizo.

2. Y estas cosas las vemos, y están ante nuestros ojos: ¿qué hay de aquellas que no vemos, como los Ángeles, Virtudes, Potestades, Dominaciones, y todo habitante de esta estructura supracelestial, que no está ante nuestros ojos? Aunque a menudo también los Ángeles, cuando fue necesario, se mostraron a los hombres. ¿No hizo Dios también todas estas cosas por su Verbo, es decir, su único Hijo, nuestro Señor Jesucristo? ¿Qué hay del alma humana misma, que no se ve, y por las obras que exhibe en la carne, ofrece gran admiración a quienes bien consideran de quién fue hecha, sino de Dios? ¿Y por quién fue hecha, sino por el Hijo de Dios? Aún no hablo del alma del hombre. ¿Cómo gobierna el alma de cualquier animal su masa? ¡Manifiesta todos los sentidos, ojos para ver, oídos para oír, narices para percibir el olor, el juicio de la boca para discernir los sabores, y finalmente los mismos miembros para cumplir sus funciones! ¿Acaso hace esto el cuerpo, y no el alma, es decir, la habitante del cuerpo? Sin embargo, no se ve con los ojos, y por lo que hace, mueve a admiración. Que tu consideración se dirija también al alma humana, a la cual Dios le otorgó el entendimiento para conocer a su Creador, para discernir y distinguir entre el bien y el mal, es decir, entre lo justo y lo injusto: ¡cuántas cosas hace a través del cuerpo! Consideren el mundo entero ordenado en la misma república humana: con qué administraciones, con qué órdenes de potestades, condiciones de ciudades, leyes, costumbres, artes. Todo esto se lleva a cabo por el alma, y esta fuerza del alma no se ve. Cuando se retira del cuerpo, el cadáver yace: pero cuando está presente en el cuerpo, de alguna manera primero lo preserva de la corrupción. Porque toda carne es corruptible, se descompone en putrefacción, a menos que se mantenga por un cierto condimento del alma. Pero esto lo tiene en común con el alma del animal: más admirable es lo que dije, lo que pertenece a la mente y al entendimiento; donde también se renueva a la imagen de su Creador, a cuya imagen fue hecho el hombre (Col. 3, 10). ¿Qué será esta fuerza del alma, cuando también este cuerpo se revista de incorrupción, y lo mortal se revista de inmortalidad (1 Cor. 15, 53-54)? Si puede tanto a través de la carne corruptible, ¿qué podrá a través del cuerpo espiritual después de la resurrección de los muertos? Sin embargo, este alma, como dije, de naturaleza y sustancia admirable, es una cosa invisible e inteligible: y también fue hecha por Jesús Dios, porque Él es el Verbo de Dios. Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada (Juan 1, 3).

3. Entonces, viendo tantas cosas hechas por Dios Jesús, ¿por qué nos asombramos de que el agua se convirtiera en vino por el hombre Jesús? Porque no se hizo hombre de tal manera que perdiera lo que era Dios: se le añadió el hombre, no se perdió Dios. Él mismo hizo esto, quien hizo todas aquellas cosas. No nos asombremos, pues, de que Dios lo hizo; sino amemos porque lo hizo entre nosotros, y lo hizo para nuestra restauración. Porque algo también en los mismos hechos nos insinúa. Creo que no sin razón vino a las bodas. Exceptuando el milagro, algo de misterio y sacramento se oculta en el mismo hecho. Llamemos para que abra, y nos embriague con el vino invisible: porque también nosotros éramos agua, y nos hizo vino, nos hizo sabios; pues saboreamos la fe de Él, quien antes éramos insensatos. Y tal vez pertenece a la misma sabiduría, con el honor de Dios, y con la alabanza de su majestad, y con el amor de su potentísima misericordia, entender qué se realizó en este milagro.

4. El Señor, invitado a las bodas, vino. ¿Qué maravilla si vino a aquella casa a las bodas, quien vino a este mundo a las bodas? Porque si no vino a las bodas, aquí no tiene esposa. ¿Y qué es lo que dice el Apóstol, "Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen casta a Cristo"? ¿Qué es lo que teme que la virginidad de la esposa de Cristo sea corrompida por la astucia del diablo? "Temo", dice, "que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestras mentes sean corrompidas de la simplicidad y castidad que hay en Cristo" (2 Cor. 11, 2-3). Por lo tanto, aquí tiene una esposa a la que redimió con su sangre, y a la que dio como prenda el Espíritu Santo (Id. 1, 22). La rescató de la esclavitud del diablo: murió por sus delitos, resucitó por su justificación (Rom. 4, 25). ¿Quién ofrecerá tanto a su esposa? Que los hombres ofrezcan cualquier adorno de la tierra; oro, plata, piedras preciosas, caballos, esclavos, tierras, propiedades: ¿acaso alguien ofrecerá su sangre? Porque si alguien diera su sangre a su esposa, no habría quien tomara esposa. Pero el Señor, seguro al morir, dio su sangre por aquella que resucitando tendría, a la que ya había unido a sí en el vientre de la Virgen. Porque el Verbo es el esposo, y la esposa la carne humana; y ambos son un solo Hijo de Dios, y el mismo hijo del hombre: donde se hizo cabeza de la Iglesia, aquel vientre de la virgen María su tálamo, de allí salió como esposo de su tálamo, como predijo la Escritura, "Y él como esposo saliendo de su tálamo, se alegró como un gigante para correr su camino" (Sal. 18, 6); salió del tálamo como esposo, y vino invitado a las bodas.

5. Por la gracia de un cierto sacramento, parece no reconocer a la madre de la que salió el esposo, y decirle, "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora". ¿Qué es esto? ¿Acaso vino a las bodas para enseñar a despreciar a las madres? Ciertamente, a cuyas bodas había venido, por eso tomaba esposa, para procrear hijos; y de aquellos que deseaba procrear, ciertamente deseaba ser honrado: ¿acaso vino a las bodas para deshonrar a la madre, cuando para tener hijos, a quienes Dios manda honrar a los padres, se celebran las mismas bodas, y se toman esposas? Sin duda, hermanos, algo se oculta allí. Pues es un asunto tan grande, que algunos, a quienes el Apóstol advirtió que se cuidaran, como recordamos antes, diciendo, "Temo que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestras mentes sean corrompidas de la simplicidad y castidad que hay en Cristo", intentando menospreciar el Evangelio, y diciendo que Jesús no nació de María Virgen, intentaron tomar de aquí un argumento para su error, para decir, ¿Cómo era su madre, a quien dijo, "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" Por lo tanto, se debe responder a ellos, y discutir por qué el Señor dijo esto; para que no parezca que han encontrado algo contra la fe sana, donde se corrompa la castidad de la esposa virgen, es decir, donde se viole la fe de la Iglesia. En verdad, hermanos, se corrompe la fe de aquellos que anteponen la mentira a la verdad. Porque aquellos que parecen honrar tanto a Cristo, que niegan que tuvo carne, no hacen otra cosa que proclamarlo mentiroso. Por lo tanto, aquellos que edifican la mentira en los hombres, ¿qué expulsan de ellos, sino la verdad? Introducen al diablo, excluyen a Cristo; introducen al adúltero, excluyen al esposo: como si fueran padrinos, o más bien proxenetas de la serpiente. Porque hablan para que la serpiente posea, Cristo sea excluido. ¿Cómo posee la serpiente? Cuando posee la mentira. Cuando posee la falsedad, la serpiente posee: cuando posee la verdad, Cristo posee. Él mismo dijo, "Yo soy la verdad" (Juan 14, 6): pero de él se dijo, "Y no permaneció en la verdad, porque no hay verdad en él" (Id. 8, 44). Así es Cristo la verdad, que tomes todo lo verdadero en Cristo. Verbo verdadero, Dios igual al Padre, alma verdadera, carne verdadera, hombre verdadero, Dios verdadero, verdadero nacimiento, verdadera pasión, verdadera muerte, verdadera resurrección. Si dices que algo de esto es falso, entra la putrefacción, del veneno de la serpiente nacen los gusanos de las mentiras, y nada íntegro quedará.

6. ¿Qué es, entonces, dice, lo que dijo el Señor, "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" Tal vez en lo que sigue el Señor nos muestra por qué dijo esto: "Aún no ha llegado mi hora". Porque así dijo, "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora". Y esto, por qué se dijo, debe ser investigado. Primero, resistamos a los herejes. ¿Qué dice la serpiente astuta, el susurrador e inspirador de venenos antiguo? ¿Qué dice? Jesús no tuvo madre mujer. ¿De dónde lo pruebas? Porque dijo, dice, "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" ¿Quién narró esto, para que creamos que lo dijo? ¿Quién narró esto? Sin duda, el evangelista Juan. Pero el mismo evangelista Juan dijo, "Y estaba allí la madre de Jesús". Porque así lo narró: "Al día siguiente se celebraron bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. Había venido allí invitado a las bodas con sus discípulos". Tenemos dos sentencias pronunciadas por el Evangelista. "Estaba allí la madre de Jesús", dijo el Evangelista: lo que dijo a su madre Jesús, el mismo Evangelista lo dijo. Y cómo dijo a su madre Jesús, para que primero dijera, "Le dijo su madre", vean, hermanos, para que tengan la virginidad del corazón protegida contra la lengua de la serpiente. Allí en el mismo Evangelio, narrado por el mismo evangelista, se dice, "Estaba allí la madre de Jesús"; y, "Le dijo su madre". ¿Quién narró esto? El evangelista Juan. ¿Y qué respondió Jesús a su madre? "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" ¿Quién narra esto? El mismo evangelista Juan. Oh Evangelista fidelísimo y veracísimo, tú me narras que Jesús dijo, "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" ¿por qué le añadiste madre a quien no reconoce? Porque tú dijiste que "estaba allí la madre de Jesús", y que "le dijo su madre": ¿por qué no dijiste más bien, Estaba allí María; y, Le dijo María? Tú narras ambos, y, "Le dijo su madre"; y, "Le respondió Jesús, ¿Qué tengo yo contigo, mujer?" ¿Por qué esto, sino porque ambos son verdaderos? Sin embargo, ellos quieren creer al Evangelista en lo que narra que Jesús dijo a su madre, "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" y no quieren creer al Evangelista en lo que dice, "Estaba allí la madre de Jesús"; y, "Le dijo su madre". Pero, ¿quién resiste a la serpiente y mantiene la verdad, cuya virginidad del corazón no se corrompe por la astucia del diablo? Quien cree ambos como verdaderos; y que estaba allí la madre de Jesús, y que Jesús respondió eso a su madre. Pero si aún no entiende cómo dijo Jesús, "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" mientras tanto, crea firmemente que lo dijo, y que lo dijo a su madre. Que primero haya piedad en el creyente, y habrá fruto en el que entiende.

7. Les pregunto a ustedes, oh fieles cristianos, ¿Estaba allí la madre de Jesús? respondan, Sí, estaba. ¿Cómo lo saben? respondan, Lo dice el Evangelio. ¿Qué respondió Jesús a su madre? respondan, "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora". ¿Y esto cómo lo saben? respondan, Lo dice el Evangelio. Que nadie les corrompa esta fe, si quieren guardar la castidad virginal para el esposo. Pero si se les pregunta, ¿por qué respondió así a su madre? que diga quien entiende: pero quien aún no entiende, crea firmemente que Jesús respondió así, y que respondió a su madre. Con esta piedad merecerá también entender por qué respondió así, si ora llamando, y no se acerca al umbral de la verdad con riñas. Tanto cuidado debe tener, no sea que mientras cree saber, o se avergüenza de no saber por qué respondió así, se vea obligado a creer que o el Evangelista mintió al decir, "Estaba allí la madre de Jesús"; o que el mismo Cristo sufrió una falsa muerte por nuestros delitos, y mostró falsas cicatrices por nuestra justificación; y falsamente dijo, "Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente sois mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Juan 8, 31-32). Porque si falsa madre, falsa carne, falsa muerte, falsas heridas de la pasión, falsas cicatrices de la resurrección; no la verdad a los que creen en Él, sino más bien la falsedad los liberará. Más bien, que la falsedad ceda a la verdad, y sean confundidos todos los que por eso quieren parecer veraces, porque intentan demostrar a Cristo como engañador; y no quieren que se les diga, No les creemos porque mienten; cuando dicen que la misma verdad mintió. Sin embargo, si les decimos, ¿De dónde saben que Cristo dijo, "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" Responden que creyeron al Evangelio. ¿Por qué no creen al Evangelio que dice, "Estaba allí

la madre de Jesús"; y, "Le dijo su madre"? O si esto lo miente el Evangelio, ¿cómo se le cree que dijo Jesús, "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" ¿Por qué no más bien, miserables, y creen fielmente que el Señor respondió así no a una extraña, sino a su madre; y buscan piadosamente por qué respondió así? Mucho importa entre quien dice, Quiero saber por qué Cristo respondió así a su madre; y quien dice, Sé que Cristo no respondió así a su madre. Una cosa es querer entender lo que está cerrado, otra cosa es no querer creer lo que está abierto. Quien dice, Quiero saber por qué Cristo respondió así a su madre, quiere que se le abra el Evangelio al que cree: pero quien dice, Sé que Cristo no respondió así a su madre, acusa al mismo Evangelio de mentir, donde creyó que Cristo respondió así.

8. Ahora, si les parece, hermanos, con ellos rechazados, y errando siempre en su ceguera, a menos que humildemente se sanen, busquemos por qué nuestro Señor respondió así a su madre. Él, nacido singularmente del Padre sin madre, de madre sin padre; sin madre Dios, sin padre hombre; sin madre antes de los tiempos, sin padre al final de los tiempos. Lo que respondió, lo respondió a su madre: porque, "Estaba allí la madre de Jesús"; y, "Le dijo su madre". Todo esto lo dice el Evangelio. Allí sabemos que "estaba allí la madre de Jesús", donde sabemos que dijo a ella, "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora". Creámoslo todo, y lo que aún no entendemos, busquémoslo. Y primero vean esto, no sea que así como los maniqueos encontraron ocasión para su infidelidad, porque el Señor dijo, "¿Qué tengo yo contigo, mujer?" así encuentren los astrólogos ocasión para su engaño, porque dijo, "Aún no ha llegado mi hora". Y si esto lo dijo según los astrólogos, cometimos sacrilegio al quemar sus libros. Pero si hicimos bien, como se hizo en tiempos de los Apóstoles (Hechos 19, 19); no lo dijo el Señor según ellos, "Aún no ha llegado mi hora". Porque dicen los charlatanes y seductores seducidos, Ves que Cristo estaba bajo el destino, quien dice, "Aún no ha llegado mi hora". ¿A quiénes, entonces, se debe responder primero; a los herejes, o a los astrólogos? Porque ambos vienen de aquella serpiente, queriendo corromper la virginidad del corazón de la Iglesia, que tiene en la fe íntegra. Primero, si les parece, a aquellos que propusimos, a quienes ya en gran parte hemos respondido. Pero para que no piensen que no tenemos qué decir sobre estas palabras que el Señor respondió a su madre, más bien los instruimos a ustedes contra ellos: porque para refutarlos, creo que son suficientes las cosas que ya se han dicho.

9. ¿Por qué, entonces, dijo el hijo a su madre: "¿Qué tengo yo contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora"? Nuestro Señor Jesucristo era tanto Dios como hombre: como Dios, no tenía madre; como hombre, sí la tenía. Por lo tanto, era madre de su carne, madre de su humanidad, madre de la debilidad que asumió por nosotros. Sin embargo, el milagro que iba a realizar, lo haría según su divinidad, no según su debilidad; como Dios, no como el que nació débil. Pero la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres (I Cor. I, 25). Así que su madre exigía un milagro; pero él, como si no reconociera los lazos humanos, estaba a punto de realizar obras divinas; como diciendo: "Lo que de mí hace el milagro, no lo engendraste tú; no engendraste mi divinidad: pero porque engendraste mi debilidad, entonces te reconoceré, cuando esa misma debilidad cuelgue en la cruz: eso es, 'Aún no ha llegado mi hora'". Entonces la reconoció, quien ciertamente siempre la había conocido. Y antes de que naciera de ella, en la predestinación conocía a su madre; y antes de que él, como Dios, creara de quien él, como hombre, sería creado, conocía a su madre: pero en cierto momento, en misterio, no la reconoce; y en cierto momento que aún no había llegado, en misterio, la reconoce de nuevo. Entonces la reconoció, cuando lo que ella había dado a luz estaba muriendo. No moría por lo que María había sido hecha, sino moría lo que había sido hecho de María: no moría la eternidad de la divinidad, sino moría la debilidad de la carne. Por lo tanto, respondió, discerniendo en la fe de los creyentes, quién, cómo había venido. Porque vino a través de una

madre mujer, Dios y Señor del cielo y de la tierra. Según que es Señor del mundo, Señor del cielo y de la tierra, ciertamente también Señor de María; según que es creador del cielo y de la tierra, creador también de María: pero según lo que se ha dicho, "Hecho de mujer, hecho bajo la Ley" (Gál. IV, 4), hijo de María. Él mismo Señor de María, él mismo hijo de María: él mismo creador de María, él mismo creado de María. No te maravilles de que sea tanto hijo como Señor: así como de María, también de David se le llama hijo; y por eso hijo de David, porque es hijo de María. Escucha al Apóstol diciendo abiertamente: "Que fue hecho de la simiente de David según la carne" (Rom. I, 3). Escúchalo también como Señor de David; que lo diga el mismo David: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha" (Sal. CIX, 1). Y el mismo Jesús propuso esto a los judíos, y los convenció de ello (Mat. XXII, 45). ¿Cómo, entonces, es tanto hijo como señor de David; hijo de David según la carne, señor de David según la divinidad: así hijo de María según la carne, y señor de María según la majestad. Porque, por lo tanto, ella no era madre de la divinidad, y por la divinidad sería el milagro que pedía; le respondió: "¿Qué tengo yo contigo, mujer? pero no pienses que te niego como madre, 'Aún no ha llegado mi hora': porque allí te reconoceré, cuando comience a colgar en la cruz la debilidad de la cual eres madre. Probemos si es verdad. Cuando el Señor sufrió, como dice el mismo evangelista, que conocía a la madre del Señor, y que nos insinuó también en estas bodas a la madre del Señor, él mismo narra: "Estaba allí cerca de la cruz la madre de Jesús, y Jesús dijo a su madre: Mujer, he aquí tu hijo: y al discípulo, He aquí tu madre" (Juan XIX, 25-27). Encomienda a su madre al discípulo: encomienda a su madre antes de morir, y antes de la muerte de su madre resucitará; encomienda hombre a hombre a hombre. Esto había dado a luz María. Esa hora ya había llegado, de la cual entonces había dicho: "Aún no ha llegado mi hora".

10. En cuanto creo, hermanos, se ha respondido a los herejes: respondamos a los astrólogos. ¿Y de dónde intentan ellos convencer que Jesús estaba bajo el destino? Porque él mismo dijo, dicen, "Aún no ha llegado mi hora". Entonces les creemos; y si hubiera dicho: "No tengo hora", habría excluido a los astrólogos: pero he aquí, dicen, él mismo dijo: "Aún no ha llegado mi hora". Si, por lo tanto, hubiera dicho: "No tengo hora", habría excluido a los astrólogos, no habría de qué calumniar: pero ahora, porque dijo: "Aún no ha llegado mi hora", ¿qué podemos decir contra sus palabras? Es sorprendente que los astrólogos, creyendo en las palabras de Cristo, intenten convencer a los cristianos de que Cristo vivió bajo una hora fatal. Crean, entonces, a Cristo diciendo: "Tengo poder para poner mi vida, y volverla a tomar: nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo, y la vuelvo a tomar" (Juan X, 18). ¿Acaso este poder está bajo el destino? Que muestren a un hombre que tenga poder sobre cuándo morir, cuánto tiempo vivir: en absoluto no lo mostrarán. Crean, entonces, a Dios diciendo: "Tengo poder para poner mi vida, y volverla a tomar": y pregunten por qué se dijo: "Aún no ha llegado mi hora", y no por eso ya pongan al creador del cielo, creador y ordenante de los astros, bajo el destino. Porque si hubiera un destino de los astros, no podría estar bajo la necesidad de los astros el creador de los astros. Añade que no solo Cristo no tuvo lo que llamas destino; sino que ni tú, ni yo, ni él, ni ninguno de los hombres.

11. Sin embargo, los engañados engañan, y proponen falacias a los hombres: tienden a atrapar a los hombres, y esto en las plazas. Porque quienes tienden a atrapar fieras, lo hacen en los bosques y en la soledad: ¡cuán infelices son los hombres vanos, para quienes se tiende en el foro! Reciben monedas, cuando los hombres se venden a los hombres; estos dan monedas, para venderse a las vanidades. Entran al astrólogo, para comprar amos para sí mismos, cualesquiera que al astrólogo le plazca dar; ya sea Saturno, o Júpiter, o Mercurio, o cualquier otro nombre sacrílego. Entró libre, para salir esclavo después de dar monedas. Más bien, no habría entrado si fuera libre: pero entró donde lo arrastró el error como amo, y la

codicia como ama. Por eso también la Verdad dice: "Todo el que comete pecado, es esclavo del pecado" (Juan VIII, 34).

12. ¿Por qué, entonces, dijo: "Aún no ha llegado mi hora"? Más bien porque tenía en su poder cuándo morir, aún no veía oportuno usar ese poder. ¿Cómo nosotros, hermanos, por ejemplo, hablamos así: "Ya es la hora cierta, para salir a celebrar los sacramentos"? Si salimos antes de lo necesario, ¿no somos perversos y desordenados? Porque, por lo tanto, no hacemos sino cuando es oportuno; ¿consideramos el destino al hablar así en estos asuntos? ¿Qué es, entonces, "Aún no ha llegado mi hora"? Cuando sé que es oportuno para mí sufrir, cuando mi sufrimiento será útil, aún no ha llegado esa hora; entonces sufriré por voluntad: para que guardes ambos, "Aún no ha llegado mi hora"; y, "Tengo poder para poner mi vida, y volverla a tomar". Por lo tanto, vino teniendo en su poder cuándo morir. Pero si hubiera muerto antes de elegir a los discípulos, ciertamente habría sido desordenado: si fuera un hombre que no tuviera en su poder su hora, podría morir antes de elegir a los discípulos; y si acaso muriera ya con los discípulos elegidos y enseñados, se le concedería, no lo haría él mismo. Pero el que vino teniendo en su mano cuándo ir, cuándo regresar, hasta dónde extenderse, a quiénes se abrirían los infiernos, no solo al morir, sino también al resucitar, para mostrarnos la esperanza de inmortalidad de su Iglesia, mostró en la cabeza lo que los miembros deberían esperar. Resucitará también en los demás miembros, quien resucitó en la cabeza. Por lo tanto, aún no había llegado la hora, aún no era la oportunidad. Debían ser llamados los discípulos, debía anunciarse el reino de los cielos, debían hacerse virtudes, debía recomendarse la divinidad del Señor en los milagros, debía recomendarse la humanidad del Señor en la misma compasión de la mortalidad. Porque el que tenía hambre, porque era hombre, alimentó con cinco panes a tantas multitudes, porque era Dios: el que dormía, porque era hombre, mandaba a los vientos y a las olas, porque era Dios. Todo esto debía recomendarse primero, para que hubiera algo que escribieran los Evangelistas, que se predicara a la Iglesia. Pero cuando hizo tanto como juzgó suficiente; llegó la hora no de necesidad, sino de voluntad, no de condición, sino de poder.

13. ¿Qué, entonces, hermanos, porque hemos respondido a estos y aquellos, no diremos qué significan las tinajas, qué el agua convertida en vino, qué el maestresala, qué el esposo, qué la madre de Jesús en el misterio, qué las mismas bodas? Todo debe ser dicho, pero no deben ser sobrecargados. Quise, en nombre de Cristo, y ayer, cuando el sermón suele ser debido a vuestra Caridad, hacer esto con vosotros, pero no se me permitió por ciertas necesidades que lo impidieron. Si, por lo tanto, agrada a vuestra Santidad, lo que pertenece al misterio de este hecho, lo pospondremos para mañana, y no sobrecargaremos ni vuestra ni nuestra debilidad. Hoy tal vez hay muchos que han venido por la solemnidad del día, no para escuchar el sermón. Mañana, quienes vengan, vengan a escuchar; para que no defraudemos a los estudiosos, ni agravemos a los fastidiosos.

TRACTATUS IX. En la misma lectura del Evangelio. Qué misterio hay en el milagro hecho en las bodas de Caná de Galilea. Cap. II, V. 1-11.

1. Que el Señor nuestro Dios esté presente, para que nos conceda cumplir lo que prometimos. Ayer, si vuestra Santidad lo recuerda, cuando nos vimos excluidos por la estrechez del tiempo, para no completar el sermón comenzado, lo pospusimos para hoy, para que lo que en este hecho de la lectura evangélica está mística y sacramentalmente oculto, con su ayuda sea revelado. Por lo tanto, ya no es necesario detenerse más en recomendar el milagro de Dios. Porque él es Dios quien a través de toda la creación hace milagros cotidianos, que no se han vuelto insignificantes para los hombres por su facilidad, sino por su frecuencia: pero los raros que fueron hechos por el mismo Señor, es decir, por el Verbo encarnado por nosotros, han

traído mayor asombro a los hombres: no porque fueran mayores que los que diariamente hace en la creación, sino porque estos que se hacen diariamente, se realizan como por un curso natural; pero aquellos se exhiben como por la eficacia del poder presente a los ojos de los hombres. Dijimos, como recordáis, que un muerto resucitó, los hombres se asombraron; cuando diariamente nacen quienes no existían, nadie se maravilla. Así, ¿quién no se maravilla de que el agua se haya convertido en vino, cuando Dios hace esto todos los años en las vides? Pero porque todo lo que hizo el Señor Jesús no solo vale para excitar nuestros corazones con milagros, sino también para edificarnos en la doctrina de la fe; debemos investigar qué significan todas esas cosas. Las significaciones de todas estas cosas, como recordáis, las pospusimos para hoy.

2. Que el Señor invitado vino a las bodas, incluso dejando de lado la significación mística, quiso confirmar lo que él mismo hizo las bodas. Porque habrían de venir aquellos de quienes dijo el Apóstol, prohibiendo casarse (I Tim. IV, 3), y diciendo que las bodas eran malas, y que el diablo las había hecho: cuando el mismo Señor dice en el Evangelio, preguntado si es lícito al hombre repudiar a su esposa por cualquier causa, que no es lícito excepto por causa de fornicación. En cuya respuesta, si recordáis, dijo esto: "Lo que Dios unió, no lo separe el hombre" (Mat. XIX, 3-6). Y quienes están bien instruidos en la fe católica, saben que Dios hizo las bodas, y así como la unión es de Dios, así el divorcio es del diablo. Pero por eso en caso de fornicación es lícito repudiar a la esposa, porque ella misma no quiso ser esposa primero, quien no guardó la fidelidad conyugal a su marido. Ni aquellas que prometen virginidad a Dios, aunque ocupen un grado mayor de honor y santidad en la Iglesia, están sin bodas: porque ellas también pertenecen a las bodas con toda la Iglesia, en las cuales el esposo es Cristo. Por lo tanto, el Señor invitado vino a las bodas, para que se afirmara la castidad conyugal, y se mostrara el sacramento de las bodas: porque el esposo de esas bodas figuraba la persona del Señor, a quien se le dijo: "Has guardado el buen vino hasta ahora". Porque el buen vino Cristo lo guardó hasta ahora, es decir, su Evangelio.

3. Ya comencemos a descubrir los misterios de los sacramentos, tanto como él nos concede en cuyo nombre os prometimos. Había profecía en tiempos antiguos, y de la dispensación de la profecía no cesaron los tiempos: pero esa profecía, cuando en ella no se entendía a Cristo, era agua. Porque en el agua de algún modo el vino está oculto. El Apóstol dice qué debemos entender en esta agua: "Hasta el día de hoy, dice, cuando se lee a Moisés, el mismo velo está puesto sobre su corazón; el cual no se revela, porque en Cristo se quita. Y cuando te vuelvas al Señor, se quitará el velo" (II Cor. III, 14-16). Velo dice la cobertura de la profecía, para que no se entendiera. Se quita el velo, cuando te vuelves al Señor: así se quita la insensatez, cuando te vuelves al Señor, y lo que era agua, se te convierte en vino. Lee todos los libros proféticos, sin entender a Cristo, ¿qué encuentras tan insípido y fatuo? Entiende allí a Cristo, no solo sabe lo que lees, sino que también embriaga; cambiando la mente del cuerpo, para que olvidando lo pasado, te extiendas a lo que está delante (Filip. III, 13).

4. Por lo tanto, la profecía desde tiempos antiguos, desde que corre el orden de los nacimientos en el género humano, no ha callado sobre Cristo: pero estaba oculto allí; porque aún era agua. ¿De dónde probamos que en todos los tiempos anteriores hasta la época en que vino el Señor, no faltó la profecía sobre él? Por el mismo Señor diciendo. Porque cuando resucitó de entre los muertos, encontró a los discípulos dudando de aquel a quien habían seguido. Porque lo vieron muerto, y no esperaron que resucitara, y toda su esperanza se desvaneció. ¿De dónde aquel ladrón alabado, mereció estar en el paraíso el mismo día? Porque en la cruz confesó a Cristo (Luc. XXIII, 40-43), cuando los discípulos dudaron de él. Por lo tanto, los encontró vacilantes, y de algún modo reprochándose a sí mismos por haber esperado en él la redención. Sin embargo, se dolían de que él, sin culpa, hubiera sido

asesinado, porque sabían que era inocente. Y esto mismo después de la resurrección dijeron, cuando encontró a algunos de ellos tristes en el camino: "¿Eres tú el único peregrino en Jerusalén, y no has conocido lo que ha sucedido en ella en estos días? Pero él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos dijeron: De Jesús Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo, cómo lo entregaron los sacerdotes y nuestros príncipes a la condenación de muerte, y lo crucificaron. Pero nosotros esperábamos que él era el que redimiría a Israel; y ahora es el tercer día desde que estas cosas sucedieron". Estas y otras cosas dijo uno de los dos que encontró en el camino yendo a una aldea cercana; él mismo respondió y dijo: "¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que hablaron los Profetas! ¿No era necesario que Cristo padeciera estas cosas, y entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés y todos los Profetas, les interpretó en todas las Escrituras lo que de él se decía". También en otro lugar, cuando quiso que lo palparan con sus manos los discípulos, para que creyeran que había resucitado en cuerpo: "Estas son, dijo, las palabras que os hablé, cuando aún estaba con vosotros, que era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí. Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Porque así está escrito, que Cristo padeciera, y resucitara de los muertos al tercer día, y se predicara en su nombre el arrepentimiento y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén".

5. Con estas cosas del Evangelio, que ciertamente son manifiestas, entendidas, se abrirán todos aquellos misterios que en este milagro del Señor están ocultos. Vean lo que dice, que era necesario que se cumpliera en Cristo lo que de él está escrito. ¿Dónde está escrito? En la Ley, dice, y en los Profetas, y en los Salmos. No dejó de lado ninguna de las Escrituras antiguas. Esa era el agua; y por eso se les dijo a aquellos por el Señor insensatos, porque aún les sabía a agua, no a vino. ¿Cómo, entonces, hizo de agua vino? Cuando les abrió el entendimiento, y les expuso las Escrituras, comenzando desde Moisés por todos los Profetas. De donde ya embriagados decían: "¿No ardía nuestro corazón en el camino, cuando nos abría las Escrituras?" (Luc. XXIV, 13-47). Porque entendieron a Cristo en esos Libros en los que no lo conocían. Por lo tanto, nuestro Señor Jesucristo convirtió el agua en vino, y sabe lo que no sabía, embriaga lo que no embriagaba. Porque si hubiera mandado que se derramara el agua, y así él mismo enviara vino de los ocultos senos de la creación, de donde hizo también el pan cuando sació a tantas multitudes: porque cinco panes no tenían la saciedad de cinco mil hombres, o al menos doce cestas llenas (Mat. XIV, 17-21), sino que la omnipotencia del Señor era como una fuente de pan; así podría también, derramada el agua, infundir vino: lo cual si hubiera hecho, parecería que desaprobaba las Escrituras antiguas. Pero cuando convirtió esa misma agua en vino, nos mostró que también la Escritura antigua es de él: porque por su mandato se llenaron las tinajas. Del Señor, ciertamente, también esa Escritura; pero no sabe nada, si allí no se entiende a Cristo.

6. Prestad atención a lo que él mismo dice: "Lo que está escrito en la Ley, los Profetas y los Salmos acerca de mí". Sabemos que la Ley narra desde los tiempos del principio del mundo: "En el principio creó Dios el cielo y la tierra" (Gén. I, 1). Desde entonces hasta el tiempo presente que vivimos, es la sexta edad, como habéis oído y sabéis a menudo. La primera edad se cuenta desde Adán hasta Noé; la segunda desde Noé hasta Abraham; y como sigue y distingue el Evangelista Mateo en orden, la tercera desde Abraham hasta David; la cuarta desde David hasta la deportación a Babilonia; la quinta desde la deportación a Babilonia hasta Juan el Bautista (Mat. I, 17); la sexta desde entonces hasta el fin del mundo. Por eso, en el sexto día Dios creó al hombre a su imagen (Gén. I, 27); porque en esta sexta edad se manifiesta a través del Evangelio la renovación de nuestra mente, según la imagen de aquel

que nos creó (Col. III, 10); y el agua se convierte en vino, para que comprendamos a Cristo manifestado en la Ley y los Profetas. Por eso había allí seis tinajas, que mandó llenar de agua. Esas seis tinajas significan las seis edades, en las cuales no faltó la profecía. Esos tiempos, distribuidos y distinguidos como en articulaciones, serían como vasijas vacías si no fueran llenadas por Cristo. ¿Qué dije, tiempos que correrían en vano si en ellos no se predicara al Señor Jesús? Las profecías se han cumplido, las tinajas están llenas; pero para que el agua se convierta en vino, en toda esa profecía debe entenderse a Cristo.

7. ¿Qué significa entonces "contenían dos o tres medidas"? Esta expresión nos recomienda especialmente un misterio. Metretas se refiere a ciertas medidas, como si dijera urnas, ánforas, o algo similar. El nombre de la medida es metreta, y esta medida toma su nombre de la medida. Los griegos llaman μέτρον a la medida; de ahí el nombre de metretas. Contenían entonces dos o tres metretas. ¿Qué decimos, hermanos? Si solo dijera tres, nuestra mente no correría sino al misterio de la Trinidad. Pero tal vez no debamos apartar nuestro sentido de allí tan rápidamente, porque dijo "dos o tres"; porque al nombrar al Padre y al Hijo, consecuentemente también debe entenderse al Espíritu Santo. Pues el Espíritu Santo no es solo del Padre, ni solo del Hijo; sino del Padre y del Hijo. Está escrito: "Si alguno ama al mundo, no está el Espíritu del Padre en él" (1 Juan II, 15); también está escrito: "Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él" (Rom. VIII, 9). El mismo Espíritu es del Padre y del Hijo. Por lo tanto, al nombrar al Padre y al Hijo, se entiende también al Espíritu Santo; porque es el Espíritu del Padre y del Hijo. Cuando se nombra al Padre y al Hijo, es como si se nombraran dos metretas; cuando se entiende allí al Espíritu Santo, son tres metretas. Por eso no se dijo que algunas tinajas contenían dos metretas y otras tres; sino que esas seis tinajas contenían dos o tres metretas. Como si dijera: Y cuando digo dos, también quiero que se entienda el Espíritu del Padre y del Hijo con ellos; y cuando digo tres, manifiesto más claramente la Trinidad.

8. Por lo tanto, quien nombra al Padre y al Hijo, debe entender allí como el amor mutuo del Padre y del Hijo, que es el Espíritu Santo. Tal vez las Escrituras examinadas indican que el Espíritu Santo es amor. Y no penséis que el amor es algo vil. ¿Cómo puede ser vil, cuando todo lo que no se considera vil se llama caro? Si, por lo tanto, lo que no es vil es caro; ¿qué es más caro que el mismo amor? Así es como el amor es recomendado por el Apóstol, cuando dice: "Os muestro un camino más excelente. Si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo amor, soy como un metal que resuena o un címbalo que retiñe; y si tengo el don de profecía y entiendo todos los misterios y toda la ciencia, y tengo toda la fe, de tal manera que traslade montañas, pero no tengo amor, nada soy; y si reparto todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entrego mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve" (1 Cor. XII, 31, XIII, 1-3). ¿Cuánto es entonces el amor, que si falta, todo lo demás es en vano; si está presente, todo se tiene correctamente? Sin embargo, el apóstol Pablo, alabando el amor copiosamente y abundantemente, dijo menos de lo que brevemente dijo el apóstol Juan, de quien es este Evangelio. No dudó en decir: "Dios es amor" (1 Juan IV, 16). También está escrito: "Porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom. V, 5). ¿Quién, entonces, nombra al Padre y al Hijo, y no entiende allí el amor del Padre y del Hijo? Cuando comience a tenerlo, tendrá el Espíritu Santo; si no lo tiene, estará sin el Espíritu Santo. Y así como tu cuerpo sin espíritu, que es tu alma, si está, está muerto; así tu alma sin el Espíritu Santo, es decir, sin amor, si está, será considerada muerta. Por lo tanto, las tinajas contenían dos metretas, porque en la profecía de todos los tiempos se predica al Padre y al Hijo; pero allí está también el Espíritu Santo; por eso se añadió, o tres. "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30); pero no falte el Espíritu Santo, donde escuchamos: "Yo y el Padre somos uno". Sin embargo, porque nombró

al Padre y al Hijo, las tinajas contienen dos metretas; pero escucha, o tres: "Id, bautizad a las naciones en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo" (Mat. XXVIII, 19). Por lo tanto, en lo que se dice dos, no se expresa, pero se entiende; en lo que se dice o tres, también se expresa la Trinidad.

9. Pero hay otra interpretación que no debe omitirse, y la diré: que cada uno elija lo que le plazca; nosotros no ocultamos lo que se sugiere. La mesa del Señor está servida, y no es correcto que el ministro defraude a los comensales, especialmente cuando tienen tanta hambre que su avidez es evidente. La profecía que se dispensa desde tiempos antiguos se refiere a la salvación de todas las naciones. Moisés fue enviado solo al pueblo de Israel, y solo a ese pueblo se le dio la Ley a través de él, y los mismos profetas fueron de ese pueblo, y la misma distribución de los tiempos se distinguió según ese pueblo; de ahí que las tinajas se digan "según la purificación de los judíos"; pero sin embargo, es evidente que esa profecía también se anunciaba a las demás naciones; ya que Cristo estaba oculto en ella, en quien son bendecidas todas las naciones, como fue prometido a Abraham cuando el Señor dijo: "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones" (Gén. XXII, 18). Pero aún no se entendía, porque el agua aún no se había convertido en vino. Por lo tanto, la profecía se dispensaba a todas las naciones. Para que esto resalte más agradablemente, recordemos algunas cosas de cada edad, como de cada tinaja, según el tiempo.

10. En el mismo principio, Adán y Eva eran los padres de todas las naciones, no solo de los judíos; y todo lo que se figuraba en Adán acerca de Cristo, ciertamente se refería a todas las naciones, para quienes la salvación está en Cristo. ¿Qué diré entonces principalmente del agua de la primera tinaja, sino lo que el Apóstol dice de Adán y Eva? Nadie me dirá que he entendido mal, cuando no presento mi propio entendimiento, sino el del Apóstol. Por lo tanto, ¿cuánto misterio de Cristo contiene esa única cosa que el Apóstol menciona, diciendo: "Y serán dos en una sola carne: este es un gran sacramento" (Efes. III, 31 y 32)? Y para que nadie entienda esta grandeza del sacramento en cada uno de los hombres que tienen esposas, dice: "Pero yo digo en Cristo y en la Iglesia". ¿Cuál es este gran sacramento, "Serán dos en una sola carne"? Cuando la Escritura del Génesis hablaba de Adán y Eva, de donde se llegó a estas palabras: "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa; y serán dos en una sola carne" (Gén. II, 24). Si, por lo tanto, Cristo se unió a la Iglesia, para que fueran dos en una sola carne, ¿cómo dejó al Padre? ¿Cómo dejó a la madre? Dejó al Padre, porque siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II, 6, 7). Esto es, dejó al Padre, no porque lo abandonara y se alejara de él; sino porque no apareció ante los hombres en la forma en que es igual al Padre. ¿Cómo dejó a la madre? Dejando la sinagoga de los judíos, de la cual nació según la carne; y uniéndose a la Iglesia, que congregó de todas las naciones. Por lo tanto, la primera tinaja también tenía profecía de Cristo: pero cuando estas cosas que digo no se predicaban entre los pueblos, aún era agua, no se había convertido en vino. Y porque el Señor nos iluminó a través del Apóstol, para mostrarnos qué buscar allí en esa única sentencia, "Serán dos en una sola carne; sacramento grande en Cristo y en la Iglesia"; ya se nos permite buscar a Cristo en todas partes, y beber vino de todas las tinajas. Adán duerme para que se haga Eva; Cristo muere para que se haga la Iglesia. A Adán dormido se le hace Eva del costado (Gén. II, 21); a Cristo muerto se le perfora el costado con una lanza (Juan XIX, 34), para que fluyan los sacramentos con los que se forma la Iglesia. ¿A quién no le parece evidente que en aquellos hechos se figuraban cosas futuras, cuando el Apóstol dice que el mismo Adán es figura del futuro? "El cual es", dice, "figura del futuro" (Rom. V, 14). Todo se prefiguraba mística y misteriosamente. Pues no es que Dios no pudiera sacar una costilla de un hombre despierto y formar una mujer. ¿O acaso para que no

doliera el costado cuando se le quitó la costilla, por eso era necesario que él durmiera? ¿Quién duerme de tal manera que se le quiten los huesos sin despertar? ¿O porque Dios lo hacía, por eso el hombre no lo sentía? Podía, por lo tanto, quitarla sin dolor a uno despierto, quien pudo hacerlo a uno dormido. Pero sin duda se llenaba la primera tinaja: la profecía de ese tiempo se dispensaba sobre este tiempo futuro.

11. Cristo también fue figurado en Noé, y en aquella arca del mundo. ¿Por qué se incluyeron todos los animales en el arca (Gén. VII, 7-9), sino para significar a todas las naciones? No le faltaba a Dios crear de nuevo toda clase de animales. Pues cuando no había nada, ¿no dijo: "Produzca la tierra", y la tierra produjo (Gén. I, 24)? De donde entonces hizo, de allí podría rehacer; con su palabra hizo, con su palabra podría rehacer: sino porque estaba recomendando un misterio, y llenando la segunda tinaja de la dispensación profética, para que por la madera se salvara la figura del mundo; porque en la madera se fijaría la vida del mundo.

12. Ya en la tercera tinaja, a Abraham, como ya he mencionado, se le dijo: "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones". ¿Y quién no ve de quién tenía figura su hijo único, que llevaba la leña para el sacrificio en el que él mismo iba a ser inmolado? Pues el Señor llevó su cruz, como dice el Evangelio (Juan XIX, 17). Esto de la tercera tinaja basta con haberlo mencionado.

13. De David, ¿qué diré que la profecía se refería a todas las naciones; cuando acabamos de escuchar el Salmo, y es difícil que se cante un salmo donde esto no suene? Pero ciertamente, como dije, acabamos de cantar: "Levántate, Dios, juzga la tierra; porque tú heredarás en todas las naciones" (Sal. LXXXI, 8). Y por eso los donatistas son como arrojados de las bodas: como aquel hombre que no tenía vestido de bodas, fue invitado y vino, pero fue arrojado del número de los llamados, porque no tenía vestido para la gloria del esposo; pues quien busca su propia gloria, no la de Cristo, no tiene vestido de bodas: no quieren concordar con la voz de aquel que era amigo del esposo, y dijo: "Este es el que bautiza" (Juan I, 33). No sin razón a aquel que no tenía vestido de bodas, se le reprochó lo que no era: "Amigo, ¿a qué has venido aquí?" Y como aquel enmudeció (Mat. XXII, 11-13), así también estos. Pues, ¿de qué sirve el ruido de la boca, con el corazón mudo? Saben bien dentro de sí mismos que no tienen qué decir. Dentro han enmudecido, fuera hacen ruido. Escuchan, quieran o no, incluso entre ellos se canta: "Levántate, Dios, juzga la tierra; porque tú heredarás en todas las naciones": y al no comunicarse con todas las naciones, ¿qué otra cosa reconocen sino que están desheredados?

14. Lo que decía, hermanos, que la profecía se refiere a todas las naciones: quiero mostrar otro sentido en lo que se dijo: "Contenían metretas dos o tres": a todas, digo, las naciones se refiere la profecía; acabamos de recordar que se demostró en Adán, que es figura del futuro. ¿Quién no sabe que de él surgieron todas las naciones: y en su nombre de cuatro letras, se demuestran las cuatro partes del mundo por las apelaciones griegas? Pues si se dicen en griego, Oriente, Occidente, Norte, Sur, como las menciona en varios lugares la Sagrada Escritura; en las iniciales de las palabras encuentras a Adán: se dicen en griego las cuatro partes del mundo mencionadas ἀνατολὴ, δύσις, ἄρκτος, μεσημβρία. Si escribes estos cuatro nombres como versos uno debajo del otro, en sus iniciales se lee Adán. Esto se figuró en Noé por el arca, en la que estaban todos los animales, que significaban a todas las naciones: esto en Abraham, a quien se le dijo más claramente: "En tu simiente serán bendecidas todas las naciones": esto en David, de cuyos Salmos, para no mencionar otros, acabamos de cantar: "Levántate, Dios, juzga la tierra; porque tú heredarás en todas las naciones". ¿A qué Dios se le dice "Levántate", sino a aquel que durmió? "Levántate, Dios, juzga la tierra". Como si se

dijera: Dormiste, juzgado por la tierra; levántate, para que juzgues la tierra. ¿Y a qué se refiere esa profecía, "Porque tú heredarás en todas las naciones"?

15. Ya en la quinta edad, como en la quinta tinaja, Daniel vio una piedra cortada del monte sin manos, y que rompió todos los reinos de la tierra; y que esa piedra creció y se convirtió en un gran monte, de modo que llenó toda la faz de la tierra (Dan. II, 34, 35). ¿Qué más claro, hermanos míos? La piedra se corta del monte: es la piedra que desecharon los edificadores, y que se ha convertido en la cabeza del ángulo (Sal. CXVII, 22). ¿De qué monte se corta, sino del reino de los judíos, de donde nació nuestro Señor Jesucristo según la carne? Y se corta sin manos, sin obra humana; porque sin abrazo marital nació de una virgen. Aquel monte del que se cortó no había llenado toda la faz de la tierra: pues el reino de los judíos no había abarcado todas las naciones. Pero el reino de Cristo, vemos que ocupa todo el orbe de la tierra.

16. Ya la sexta edad pertenece a Juan el Bautista, de quien no surgió mayor entre los nacidos de mujer: de quien se dijo: "Mayor que profeta" (Mat. XI, 11, 9). ¿Cómo también él mostró que Cristo fue enviado a todas las naciones? Cuando los judíos vinieron a él para ser bautizados, y para que no se enorgullecieran del nombre de Abraham, dijo: "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento"; es decir, sed humildes: pues hablaba a los soberbios. ¿De qué se enorgullecían? Del linaje de la carne, no del fruto de la imitación del padre Abraham. ¿Qué les dice? "No digáis: Tenemos por padre a Abraham: porque Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras" (Mat. III, 7-9). Llamando piedras a todas las naciones, no por su firmeza, como se llama piedra a la que desecharon los edificadores; sino por la necedad y dureza de la insensatez, porque se habían hecho semejantes a los que adoraban: pues adoraban imágenes insensatas, igualmente insensatos. ¿De dónde insensatos? Pues en el Salmo se dice: "Sean semejantes a ellos los que los hacen, y todos los que confían en ellos" (Sal. CXIII, 8). Por eso, cuando los hombres comienzan a adorar a Dios, ¿qué oyen? "Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llueve sobre justos e injustos" (Mat. V, 45). Por lo tanto, si el hombre se hace semejante a aquel a quien adora; ¿qué es, "Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras"? Preguntémonos a nosotros mismos, y vemos que se ha hecho. Pues nosotros venimos de las naciones; pero no vendríamos de las naciones, si Dios no hubiera levantado hijos a Abraham de las piedras. Nos hemos hecho hijos de Abraham imitando la fe, no naciendo según la carne. Pues así como ellos, degenerando, fueron desheredados; así nosotros, imitando, fuimos adoptados. Por lo tanto, hermanos, también esta profecía de la sexta tinaja se refería a todas las naciones; y por eso se dijo de todas: "Contenían metretas dos o tres".

17. Pero, ¿cómo mostramos que todas las naciones pertenecen a dos o tres medidas? Fue de alguna manera del que estima, que las llamara dos, las que había llamado tres, para recomendar el sacramento. ¿Cómo son dos medidas? La circuncisión y el prepucio. La Escritura menciona estos dos pueblos, y no omite ningún tipo de hombre, cuando dice, Circuncisión y prepucio (Colosenses III, 11); en estos dos nombres tienes todas las naciones: son dos medidas. A estos dos muros que vienen de diferentes lugares para hacer la paz en sí mismo, Cristo se ha hecho la piedra angular (Efesios II, 14-20). Mostremos también tres medidas en todas estas mismas naciones. Noé tenía tres hijos (Génesis V, 31), por los cuales se restauró el género humano. De ahí que el Señor diga: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado (Lucas XIII, 21). ¿Quién es esta mujer, sino la carne del Señor? ¿Qué es la levadura, sino el Evangelio? ¿Cuáles son las tres medidas, sino todas las naciones, por los tres

hijos de Noé? Por lo tanto, seis tinajas que contienen dos o tres medidas, son seis edades de los tiempos, que contienen la profecía que pertenece a todas las naciones, ya sea en dos tipos de hombres, es decir, judíos y griegos, como a menudo menciona el Apóstol (Romanos II, 9; I Corintios I, 24, etc.); o en tres, significadas por los tres hijos de Noé. Pues la profecía está figurada alcanzando hasta todas las naciones. Porque en lo que alcanza, se dice medida, como dice el Apóstol, Hemos recibido la medida de llegar hasta vosotros (II Corintios X, 13). Evangelizando a las naciones, esto dice, la medida de llegar hasta vosotros.

TRACTATUS X. Desde el lugar del Evangelio, Después de esto descendió a Cafarnaúm él y su madre, etc., hasta aquello, Pero él hablaba del templo de su cuerpo. Cap. II, V. 12-21.

1. En el Salmo escuchaste el gemido del pobre, cuyos miembros sufren tribulaciones por toda la tierra hasta el fin del mundo. Esfuércense, hermanos míos, por estar en estos miembros y ser de estos miembros: pues toda la tribulación pasará. ¡Ay de los que se alegran (Lucas VI, 25)! La Verdad dice: Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados (Mateo V, 5). Dios se hizo hombre: ¿qué será el hombre, por quien Dios se hizo hombre? Esta esperanza nos consuela en toda tribulación y tentación de esta vida. Pues el enemigo no cesa de perseguir; y si no actúa abiertamente con furia, actúa con insidias. ¿Qué hace? Y sobre la ira actuaban con engaño (Salmo XXXIV, 20). Por eso se le llama león y dragón. Pero, ¿qué se dice a Cristo? Y pisotearás al león y al dragón (Salmo XC, 13). León por la ira abierta, dragón por las insidias ocultas. El dragón expulsó a Adán del paraíso, el mismo león persiguió a la Iglesia, como dice Pedro, Porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar (I Pedro V, 8). No te parezca que el diablo ha perdido su ferocidad: cuando halaga, entonces es más de temer. Pero entre todas estas insidias y sus tentaciones, ¿qué haremos, sino lo que escuchamos allí, Pero yo, cuando me molestaban, me vestía de cilicio, y humillaba mi alma con ayuno. Hay quien escucha, no duden en orar: quien escucha, permanece dentro. No dirijan sus ojos a algún monte, no levanten su rostro a las estrellas o al sol o a la luna. No piensen que son escuchados cuando oran sobre el mar: más bien detesten tales oraciones. Limpien solo la habitación del corazón: donde estén, dondequiera que oren, está dentro quien escucha, dentro en secreto, a quien llama seno cuando dice, Y mi oración se convertirá en mi seno (Salmo XXXIV, 13). Quien te escucha, no está fuera de ti. No vayas lejos, ni te exaltes, como si pudieras alcanzarlo con las manos. Más bien, si te exaltas, caerás: si te humillas, él se acercará. Aquí está nuestro Señor Dios, la Palabra de Dios, la Palabra hecha carne, el Hijo del Padre, el Hijo de Dios, el Hijo del hombre: elevado para hacernos, humilde para restaurarnos, caminando entre los hombres, sufriendo lo humano, ocultando lo divino.

2. Descendió, como dice el Evangelista, a Cafarnaúm, él y su madre, y sus hermanos, y sus discípulos, y allí permanecieron no muchos días. He aquí que tiene madre, tiene hermanos, y tiene discípulos: de donde los hermanos, de donde la madre. Pues nuestra Escritura no suele llamar hermanos solo a aquellos que nacen del mismo hombre y mujer, o del mismo útero, o del mismo padre, aunque de diferentes madres; o ciertamente del mismo grado, como primos o sobrinos: no solo a estos llama hermanos nuestra Escritura. Como habla, así debe entenderse. Tiene su propio lenguaje: quien no conoce este lenguaje, se confunde, y dice, ¿De dónde los hermanos del Señor? ¿Acaso María dio a luz de nuevo? De ninguna manera. De ahí comenzó la dignidad de las vírgenes. Aquella mujer pudo ser madre, pero no pudo ser mujer. Sin embargo, se le llama mujer según el sexo femenino, no según la corrupción de la integridad: y esto según el lenguaje de la misma Escritura. Pues Eva, inmediatamente hecha del costado de su marido, aún no tocada por su marido, saben que fue llamada mujer: Y la formó en mujer (Génesis II, 22). ¿De dónde, entonces, los hermanos? Los parientes de María son hermanos del Señor, de cualquier grado de parentesco. ¿De dónde lo probamos? De la

misma Escritura. Lot fue llamado hermano de Abraham (Génesis XIII, 8, y XIV, 14); era hijo de su hermano. Lee, y encontrarás que Abraham era tío de Lot (Génesis XI, 27, 31), y fueron llamados hermanos. ¿De dónde, sino porque eran parientes? También Jacob tenía a Labán el sirio como tío: pues Labán era hermano de la madre de Jacob, es decir, de Rebeca, esposa de Isaac (Génesis XXVIII, 2). Lee la Escritura, y encontrarás que se llaman hermanos el tío y el hijo de la hermana (Génesis XXIX, 12-15). Conocida esta regla, encontrarás que todos los consanguíneos de María son hermanos de Cristo.

3. Pero aquellos discípulos eran más hermanos; porque incluso aquellos parientes no serían hermanos, si no fueran discípulos: y en vano serían hermanos, si no reconocieran al maestro como hermano. Pues en un lugar, cuando le fueron anunciados su madre y sus hermanos que estaban afuera, él, hablando con sus discípulos, dijo: ¿Quién es mi madre, o quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano sobre sus discípulos, dijo, Estos son mis hermanos: y, Cualquiera que haga la voluntad de mi Padre, ese es mi madre, y hermano, y hermana (Mateo XII, 46-50). Por lo tanto, también María, porque hizo la voluntad del Padre. Esto magnificó el Señor en ella, porque hizo la voluntad del Padre, no porque la carne engendró carne. Preste atención vuestra Caridad. Por eso, cuando el Señor parecía admirable en la multitud, haciendo señales y prodigios, y mostrando lo que estaba oculto en la carne, algunas almas admiradas dijeron: Feliz el vientre que te llevó. Y él: Más bien, felices los que oyen la palabra de Dios, y la guardan (Lucas XI, 27, 28). Esto es decir, Y mi madre, a quien llamasteis feliz, es feliz porque guarda la palabra de Dios: no porque en ella el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14); sino porque guarda la misma palabra de Dios por la cual fue hecha, y que en ella se hizo carne. Los hombres no se alegren por la prole temporal, exulten si se unen a Dios en espíritu. Esto dijimos por lo que dijo el Evangelista, que con su madre y sus hermanos y sus discípulos habitó en Cafarnaúm pocos días.

4. ¿Qué sigue de ahí? Y estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió a Jerusalén. Narra otra cosa, como se tenía en la memoria del que anunciaba. «Y encontró en el templo a los que vendían bueyes y ovejas y palomas, y a los cambistas sentados: y cuando hizo un látigo de cuerdas, los echó a todos del templo; también a los bueyes y ovejas, y derramó el dinero de los cambistas, y volcó las mesas; y a los que vendían palomas, les dijo, Quitad esto de aquí, y no hagáis de la casa de mi Padre una casa de comercio.» ¿Qué hemos escuchado, hermanos? He aquí que aquel templo aún era figura, y el Señor echó de allí a todos los que buscaban lo suyo, que habían venido a la feria. ¿Y qué vendían allí? Lo que necesitaban los hombres en los sacrificios de aquel tiempo. Pues vuestra Caridad sabe que a aquel pueblo, por su carnalidad y corazón aún de piedra, se le dieron tales sacrificios, para que no fluyeran hacia los ídolos; e inmolaban allí sacrificios, bueyes, ovejas y palomas: lo sabéis, porque lo habéis leído. No era, pues, gran pecado, si vendían en el templo lo que se compraba para ofrecerse en el templo; y sin embargo, los echó de allí. ¿Qué, si encontrara allí borrachos, qué haría el Señor; si expulsó a los que vendían cosas lícitas, y que no son contra la justicia (pues lo que se compra honestamente, no se vende ilícitamente), y no permitió que la casa de oración se convirtiera en casa de comercio? Si la casa de Dios no debe convertirse en casa de comercio, ¿debe convertirse en casa de bebida? Pero cuando decimos esto, rechinan sus dientes contra nosotros: y nos consuela el salmo que habéis escuchado, Rechinaron contra mí con sus dientes. Sabemos también escuchar de dónde ser curados, aunque se multipliquen los azotes a Cristo, porque se azota su palabra: Se reunieron, dice, azotes sobre mí, y no lo supieron. Fue azotado con los azotes de los judíos, es azotado con las blasfemias de los falsos cristianos: multiplican los azotes a su Señor, y no lo saben. Hagamos nosotros, cuanto él ayuda, Pero yo, cuando me molestaban, me vestía de cilicio, y humillaba mi alma con ayuno (Salmo XXXIV, 13-16).

5. Sin embargo, decimos, hermanos (pues él tampoco los perdonó: quien iba a ser azotado por ellos, primero los azotó), nos mostró un signo cuando hizo un látigo de cuerdas, y con él azotó a los indisciplinados, que hacían comercio en el templo de Dios. Pues cada uno en sus pecados ha tejido para sí una cuerda. El profeta dice, ¡Ay de los que arrastran pecados como una cuerda larga! (Isaías V, 18, según LXX). ¿Quién hace una cuerda larga? Quien añade pecado a pecado. ¿Cómo se añaden pecados a pecados? Cuando los pecados que se han cometido, se cubren con otros pecados. Robó, para que no se descubra que robó, busca un astrólogo. Bastaría con haber robado; ¿por qué quieres añadir pecado a pecado? he aquí dos pecados. Cuando se te prohíbe acudir al astrólogo, blasfemas al obispo: he aquí tres pecados. Cuando escuchas, Expúlsalo de la Iglesia; dices, Me voy a la parte de Donato: he aquí que añades un cuarto. Crece la cuerda: teme la cuerda. Es bueno para ti que aquí, cuando eres azotado por ella, te corrijas; no sea que al final se diga, Atadle los pies y las manos, y echadlo a las tinieblas exteriores (Mateo XXII, 13). Pues cada uno es atado con las cuerdas de sus pecados (Proverbios V, 22). Eso lo dice el Señor, eso lo dice otra Escritura; pero ambos lo dice el Señor. Los hombres son atados por sus pecados, y son arrojados a las tinieblas exteriores.

6. ¿Quiénes son, sin embargo, los que venden bueyes? para que busquemos en la figura el misterio del hecho. ¿Quiénes son los que venden ovejas y palomas? Son aquellos que buscan lo suyo en la Iglesia, no lo que es de Jesucristo (Filipenses II, 21). Tienen todo en venta, quienes no quieren ser redimidos: no quieren ser comprados, y quieren vender. Pues es bueno para ellos ser redimidos con la sangre de Cristo, para que lleguen a la paz de Cristo. ¿De qué sirve adquirir en este mundo cualquier cosa temporal y transitoria, ya sea dinero, o placer del vientre y la garganta, o honor en la alabanza humana? ¿No son todo humo y viento? ¿No pasan, corren? Y ¡ay de los que se aferran a lo que pasa, porque pasan con ello! ¿No es todo un río precipitado que corre al mar? Y ¡ay de quien caiga, porque será arrastrado al mar! Por lo tanto, debemos mantener todos los afectos alejados de tales concupiscencias. Hermanos míos, los que buscan tales cosas, venden. Pues también Simón quería comprar el Espíritu Santo, porque quería vender el Espíritu Santo (Hechos VIII, 18, 19); y pensaba que los Apóstoles eran mercaderes como aquellos que el Señor echó del templo con un látigo. Pues tal era él, y lo que quería vender, quería comprar: era de aquellos que venden palomas. Pues en paloma apareció el Espíritu Santo (Mateo III, 16). ¿Quiénes son, entonces, los que venden palomas, hermanos, sino los que dicen, Nosotros damos el Espíritu Santo? ¿Por qué dicen esto, y a qué precio lo venden? Al precio de su honor. Reciben el precio de tronos temporales, para que parezca que venden palomas. Cuídense del látigo de cuerdas. La paloma no está en venta: se da gratis, porque se llama gracia. Por lo tanto, hermanos míos, como ven a aquellos que venden, los vendedores, cada uno alaba lo que vende: ¿cuántas propuestas han hecho? Una propuesta tiene Primiano en Cartago, otra tiene Maximiano, otra tiene Rogato en Mauritania, otras tienen en Numidia aquellos y aquellos, que ya ni siquiera podemos nombrar. Por lo tanto, alguien va a comprar una paloma, cada uno alaba su propuesta. Que su corazón se aparte de todo vendedor, venga donde se recibe gratis. Ni siquiera se avergüenzan, hermanos, porque por sus mismas disensiones amargas y maliciosas, cuando se atribuyen lo que no son, cuando se exaltan pensando que son algo cuando no son nada (Gálatas VI, 3), han hecho tantas partes de sí mismos. Pero ¿qué se cumple en ellos que no quieren corregirse, sino lo que escuchasteis en el Salmo, Se dividieron, y no se compungieron?

7. ¿Quiénes son, entonces, los que venden bueyes? Los bueyes se entienden como aquellos que nos dispensaron las Escrituras sagradas. Los bueyes eran los Apóstoles, los bueyes eran los Profetas. De donde dice el Apóstol: «No pondrás bozal al buey que trilla. ¿Acaso se preocupa Dios de los bueyes? ¿O lo dice por nosotros? Pues por nosotros lo dice; porque

debe arar con esperanza quien ara, y quien trilla con esperanza de participar» (I Corintios IX, 9, 10). Por lo tanto, aquellos bueyes nos dejaron la memoria de las Escrituras. Pues no dispensaron de lo suyo, porque buscaron la gloria del Señor. ¿Qué escuchasteis en el mismo Salmo? Y digan siempre, Sea magnificado el Señor, quienes desean la paz de su siervo (Salmo XXXIV, 16, 27). Siervo de Dios, pueblo de Dios, Iglesia de Dios. Quienes desean la paz de su Iglesia, magnifiquen al Señor, no al siervo; y digan siempre, Sea magnificado el Señor. ¿Quiénes digan? Quienes desean la paz de su siervo. Por lo tanto, aquellos bueyes magnificaron al Señor, no a sí mismos. Vean al buey magnificando a su Señor, porque el buey reconoció a su dueño (Isaías I, 3): observen al buey temiendo que se abandone al dueño del buey, y se confíe en el buey; cómo teme a aquellos que quieren poner su esperanza en él: «¿Acaso fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O en el nombre de Pablo fuisteis bautizados?» (I Corintios I, 13). Lo que di, no lo di yo: lo recibisteis gratis, la paloma descendió del cielo. «Yo,» dice, «planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento: ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento» (I Corintios III, 6, 7). Y digan siempre, Sea magnificado el Señor, quienes desean la paz de su siervo.

8. Pero estos, con las mismas Escrituras, engañan a los pueblos, para recibir de ellos honores y alabanzas, y no se convierten los hombres a la verdad. Pues con las mismas Escrituras engañan a los pueblos, de quienes buscan honores; venden bueyes, venden también ovejas, es decir, las mismas multitudes. ¿Y a quién venden, sino al diablo? Pues, hermanos míos, si la única Iglesia de Cristo es, y es una; lo que se corta de ella, ¿quién lo toma, sino aquel león rugiente y circundante, buscando a quien devorar (I Pedro V, 8)? ¡Ay de los que son cortados! pues aquella permanecerá íntegra. Pues el Señor conoce a los que son suyos (II Timoteo II, 19). Sin embargo, en cuanto a ellos, venden bueyes y ovejas, venden también palomas: observen el látigo de sus pecados. Ciertamente, cuando sufren algo así por sus iniquidades, reconozcan que el Señor hizo un látigo de cuerdas, y para esto los advierte para que se cambien, para que no sean mercaderes: pues si no se cambian, oirán al final, Atadles las manos y los pies, y echadlos a las tinieblas exteriores.

9. Entonces recordaron los discípulos que está escrito: El celo de tu casa me consume, porque el Señor, con celo por la casa de Dios, expulsó a estos del templo. Hermanos, cada cristiano en los miembros de Cristo debe ser consumido por el celo de la casa de Dios. ¿Quién es consumido por el celo de la casa de Dios? Aquel que se esfuerza por corregir todo lo que ve que está mal, desea enmendarlo y no descansa: si no puede corregirlo, lo tolera y gime. No es expulsado del área el grano, soporta la paja; para que entre en el granero cuando la paja haya sido separada. Tú, antes del granero, si eres grano, no te dejes expulsar del área; no sea que primero seas recogido por las aves antes de ser reunido en el granero. Porque las aves del cielo, las potestades aéreas, esperan arrebatar algo del área, y no arrebatan sino lo que ha sido expulsado de allí. Por tanto, que el celo de la casa de Dios te consuma: que a cada cristiano lo consuma el celo de la casa de Dios, en la cual es miembro de la casa de Dios. Porque no es más tu casa que la casa donde tienes la salvación eterna. Entras en tu casa por el descanso temporal; entras en la casa de Dios por el descanso eterno. Si, por tanto, en tu casa te esfuerzas para que no se haga nada perverso; ¿cuánto más debes soportar en la casa de Dios, donde se propone la salvación y el descanso sin fin, si ves algo perverso? Por ejemplo, ves a un hermano correr al teatro, prohíbes, adviertes, te entristeces, si el celo de la casa de Dios te consume. Ves a otros correr y querer embriagarse, y querer hacerlo en lugares santos, lo cual no es apropiado en ningún lugar. Prohíbe a quienes puedas, retén a quienes puedas, atemoriza a quienes puedas, a quienes puedas adular; sin embargo, no descanses. ¿Es amigo? Que sea amonestado suavemente. ¿Es esposa? Que sea refrenada severamente. ¿Es sierva? Que sea contenida incluso con golpes. Haz lo que puedas, según la persona que seas; y cumplirás, El

celo de tu casa me consume. Pero si eres frío, débil, mirando solo por ti mismo, y como si te bastaras a ti mismo, y diciendo en tu interior, ¿Qué me importa cuidar de los pecados ajenos? Me basta con mi alma; la mantendré íntegra para Dios: ¡ay!, ¿no te viene a la mente aquel siervo que escondió el talento y no quiso invertirlo? ¿Acaso fue acusado porque lo perdió, y no porque lo guardó sin ganancia? (Mat. XXV, 25-30). Así que, hermanos míos, escuchen para que no descansen. Les daré un consejo: que lo dé aquel que está dentro; porque aunque lo dé a través de mí, él lo da. Saben qué hacer cada uno en su casa con su amigo, con su inquilino, con su cliente, con su superior, con su inferior: como Dios da acceso, como abre la puerta con su palabra, no dejen de ganar para Cristo; porque han sido ganados por Cristo.

10. «Los judíos le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces estas cosas?» Y el Señor: «Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré». Entonces los judíos dijeron: Este templo fue edificado en cuarenta y seis años, ¿y tú dices que en tres días lo levantarás? Eran carnales, pensaban carnalmente: pero él hablaba espiritualmente. ¿Quién podría entender de qué templo hablaba? Pero no buscamos mucho; el Evangelista nos lo reveló, dijo de qué templo hablaba: Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré. Este templo fue edificado en cuarenta y seis años, ¿y lo levantarás en tres días? Pero decía, dice el Evangelista, del templo de su cuerpo. Y es evidente que el Señor, después de ser asesinado, resucitó al tercer día. De esta manera, todos nosotros lo sabemos: y si para los judíos está cerrado, porque están afuera; para nosotros, sin embargo, está abierto, porque sabemos en quién creemos. La destrucción y reconstrucción de ese templo, la celebraremos con una solemnidad anual: a la cual los exhortamos, para que se preparen, si son catecúmenos, para recibir la gracia; ya es tiempo, ya es momento de gestar lo que entonces nacerá. Así que eso lo sabemos.

11. Pero tal vez se nos exija si hay algún sacramento en el templo edificado en cuarenta y seis años. Hay muchas cosas que se pueden decir al respecto; pero lo que se puede decir brevemente y entender fácilmente, eso decimos por ahora. Hermanos, ya dijimos, si no me equivoco, ayer, que Adán fue un solo hombre, y que él es toda la raza humana. Porque así lo dijimos, si recuerdan (En el Tratado anterior). Como si estuviera roto, y disperso se recoge, y como si se fundiera en uno por la sociedad y la concordia espiritual. Y gime uno solo, pobre ahora mismo ese Adán, pero en Cristo se renueva: porque Adán vino sin pecado, para que en su carne resolviera el pecado de Adán, y para que restaurara en sí mismo la imagen de Dios. De Adán, por tanto, la carne de Cristo: de Adán, por tanto, el templo que los judíos destruyeron, y el Señor resucitó al tercer día. Porque resucitó su carne: vean, porque era Dios igual al Padre. Hermanos míos, dice el Apóstol, quien lo levantó de entre los muertos. ¿De quién dice? Del Padre: «Se hizo», dice, «obediente hasta la muerte, y muerte de cruz: por lo cual Dios lo levantó de entre los muertos, y le dio un nombre que es sobre todo nombre» (Filip. II, 8, 9). El Señor fue resucitado y exaltado. ¿Quién lo resucitó? El Padre, a quien dijo en los Salmos, Despiértame, y les devolveré. (Sal. XL, 11). Por tanto, el Padre lo resucitó. ¿No se resucitó a sí mismo? ¿Qué hace el Padre sin el Verbo? ¿Qué hace el Padre sin su Unigénito? Porque escucha que también él era Dios: Destruyan este templo, y en tres días lo levantaré. ¿Acaso dijo, Destruyan el templo, que el Padre lo resucitará al tercer día? Pero así como cuando el Padre resucita, también el Hijo resucita; así cuando el Hijo resucita, también el Padre resucita: porque el Hijo dijo, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30).

12. ¿Qué significa entonces el número cuarenta y seis? Por ahora, ese mismo Adán, porque está por toda la tierra, ya lo escucharon ayer en cuatro letras griegas de cuatro palabras griegas. Porque si escribes esas cuatro palabras una debajo de otra, es decir, los nombres de las cuatro partes del mundo, Oriente, Occidente, Norte y Sur, que es todo el orbe; de donde dice el Señor que recogerá a sus elegidos de los cuatro vientos, cuando venga al juicio (Marcos XIII, 27): si haces esos cuatro nombres griegos, ἀνατολὴ, que es Oriente; δύσις, que

es Occidente; ἄρκτος, que es Septentrión; μεσημβρία, que es Sur: Anatole, dysis, arctos, mesembria, las iniciales de las palabras tienen a Adán. ¿Cómo encontramos allí también el número cuarenta y seis? Porque la carne de Cristo era de Adán. Los griegos cuentan los números con letras. Lo que nosotros hacemos con la letra a, ellos lo hacen con alfa α, y se llama alfa α uno. Donde en los números escriben beta β, que es su b, se llama en los números dos. Donde escriben gamma γ, se llama en los números tres. Donde escriben delta δ, se llama en los números cuatro: y así tienen números para todas las letras. M, lo que nosotros decimos, y ellos dicen my μ, significa cuarenta: dicen my μ τεσσαράκοντα. Ya vean qué número tienen esas letras; y allí encontrarán el templo edificado en cuarenta y seis años. Porque Adán tiene alfa α, que es uno: tiene delta δ, que son cuatro; tienes cinco: tiene de nuevo alfa α, que es uno; tienes seis: y tiene my μ, que es cuarenta: tienes cuarenta y seis. Esto, hermanos míos, también fue dicho por nuestros mayores anteriores, y se encontró este número en las letras cuarenta y seis. Y porque nuestro Señor Jesucristo tomó cuerpo de Adán, no tomó pecado de Adán; tomó el templo corporal de allí, no la iniquidad que debe ser expulsada del templo: pero la carne misma que tomó de Adán (María es de Adán, y la carne del Señor es de María), los judíos la crucificaron; y él iba a resucitar esa misma carne al tercer día, la cual ellos iban a matar en la cruz: ellos destruyeron el templo edificado en cuarenta y seis años, y él lo resucitó al tercer día.

13. Bendecimos al Señor nuestro Dios, que nos ha reunido para la alegría espiritual. Seamos siempre en la humildad del corazón, y que nuestro gozo esté en él. No nos inflame la prosperidad de este mundo, sino que sepamos que nuestra felicidad no está sino cuando estas cosas hayan pasado. Ahora nuestro gozo, hermanos míos, esté en la esperanza: que nadie se regocije como si fuera en una cosa presente, para que no se quede en el camino. Todo el gozo sea de la esperanza futura, todo el deseo sea de la vida eterna. Todos los suspiros anhelen a Cristo: que él, el único bellísimo, que amó incluso a los feos para hacerlos hermosos, sea deseado; corramos hacia él, gimiendo hacia él; y digan siempre, Sea engrandecido el Señor, que desean la paz de su siervo.

TRACTATUS XI. Desde lo que está escrito, Cuando estaba en Jerusalén en la Pascua en el día festivo, muchos creyeron en su nombre; hasta lo que dice, A menos que uno nazca del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Cap. II, V. 23-25, y cap. III, V. 1-5.

1. Oportunamente el Señor nos ha procurado el orden de esta lectura en el día de hoy: porque hemos asumido considerar y tratar el Evangelio según Juan en orden, creo que vuestra Caridad lo ha advertido. Oportunamente, pues, ocurrió que hoy escucharan del Evangelio, que A menos que uno nazca del agua y del Espíritu, no verá el reino de Dios. Es tiempo, pues, de exhortarlos a ustedes, que aún son catecúmenos: que han creído en Cristo, pero aún llevan sus pecados. Pero nadie verá el reino de los cielos cargado de pecados; porque a menos que le sean perdonados, no reinará con Cristo: y no pueden ser perdonados, sino a quien haya nacido del agua y del Espíritu Santo. Pero consideremos cómo se tienen todas las palabras, para que aquí encuentren quienes son perezosos, con cuánta solicitud deben apresurarse para dejar la carga. Porque si llevaran alguna carga pesada, ya sea de piedra, de madera, o incluso de alguna ganancia, si llevaran grano, si llevaran vino, si llevaran dinero, correrían para dejar las cargas: llevan la carga de los pecados, y son perezosos para correr. Hay que correr para dejar esta carga; pesa, y hunde.

2. He aquí que han escuchado que cuando el Señor Jesucristo estaba en Jerusalén en la Pascua en el día festivo, muchos creyeron en su nombre, viendo sus señales que hacía. Muchos creyeron en su nombre: ¿y qué sigue? Pero Jesús mismo no se confiaba a ellos. ¿Qué significa, entonces, que ellos creyeran en su nombre; y, Jesús mismo no se confiaba a ellos?

¿Acaso no creyeron en él, y fingían haber creído, y por eso Jesús no se confiaba a ellos? Pero el Evangelista no diría, Muchos creyeron en su nombre, si no les diera verdadero testimonio. Es, pues, una gran cosa, y una cosa maravillosa: los hombres creen en Cristo, y Cristo no se confía a los hombres. Especialmente porque es el Hijo de Dios, ciertamente quiso sufrir; y si no quisiera, nunca sufriría; quien si no quisiera, ni siquiera nacería: pero si solo quisiera esto, nacer solamente, y no morir, y haría lo que quisiera; porque el Hijo del Padre omnipotente es omnipotente. Probémoslo con los hechos. Porque cuando quisieron apresarlo, se apartó de ellos; lo dice el Evangelio: Y cuando quisieron precipitarlo desde la cima del monte, se apartó de ellos ileso (Luc. IV, 29, 30). Y cuando vinieron a él para apresarlo, ya vendido por Judas el traidor, y él pensaba que tenía en su poder entregar a su maestro y Señor; allí el Señor mostró que sufría por voluntad, no por necesidad. Porque cuando los judíos quisieron apresarlo, les dijo: ¿A quién buscan? Y ellos dijeron: A Jesús de Nazaret. Y él: Yo soy. Al oír esta voz, retrocedieron y cayeron (Juan XVIII, 4-6). En que los derribó respondiendo, mostró poder; para que en que fue apresado por ellos, mostrara voluntad. Por tanto, lo que sufrió, fue por misericordia. Fue entregado por nuestras ofensas, y resucitó por nuestra justificación (Rom. IV, 25). Escucha sus palabras: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla: nadie me la quita, sino que yo la pongo de mí mismo, para volver a tomarla (Juan X, 18). Entonces, teniendo tanto poder, proclamándolo con palabras, mostrándolo con hechos; ¿qué significa que no se confiaba a ellos Jesús, como si fueran a hacerle algo a él que no quisiera, o a hacerle algo que no quisiera, especialmente porque ya habían creído en su nombre? Y el Evangelista dice de ellos, Creyeron en su nombre, de quienes dice, Pero Jesús mismo no se confiaba a ellos. ¿Por qué? Porque él conocía a todos, y porque no necesitaba que alguien le diera testimonio del hombre; porque él sabía lo que había en el hombre. El artífice conocía mejor lo que había en su obra, que la obra misma lo que había en sí misma. El Creador del hombre conocía lo que había en el hombre, lo que el mismo hombre creado no conocía. ¿No probamos esto de Pedro, que no sabía lo que había en él, cuando dijo, Contigo hasta la muerte? Escucha que el Señor conocía lo que había en el hombre: ¿Tú conmigo hasta la muerte? En verdad, en verdad te digo, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces (Mat. XXVI, 33, 34, y Luc. XXII, 33, 34). El hombre, pues, no sabía lo que había en él; pero el Creador del hombre conocía lo que había en el hombre. Sin embargo, creyeron en su nombre muchos, y Jesús no se confiaba a ellos. ¿Qué decimos, hermanos? Tal vez las cosas que siguen nos indicarán qué significa el misterio de estas palabras. Porque los hombres creyeron en él, es manifiesto, es verdad: nadie duda, el Evangelio lo dice, el veraz Evangelista lo testifica. También porque Jesús mismo no se confiaba a ellos, esto también es manifiesto, y ningún cristiano duda; porque también esto lo dice el Evangelio, y el mismo veraz Evangelista lo testifica. ¿Por qué, entonces, creyeron en su nombre, y Jesús no se confiaba a ellos? Veamos lo que sigue.

3. Había un hombre de los fariseos, llamado Nicodemo, un príncipe de los judíos: este vino a él de noche, y le dijo, Rabí. Ya saben que Rabí significa maestro. Sabemos que has venido de Dios como maestro: porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si Dios no está con él. Entonces este Nicodemo era de aquellos que habían creído en su nombre, viendo las señales y prodigios que hacía. Porque esto es lo que dijo antes: Cuando estaba en Jerusalén en la Pascua en el día festivo, muchos creyeron en su nombre. ¿Por qué creyeron? Sigue y dice, viendo sus señales que hacía. ¿Y qué dice de Nicodemo? Era un príncipe de los judíos, llamado Nicodemo: este vino a él de noche, y le dijo, Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro. Y este también había creído en su nombre. ¿Y de qué había creído? Sigue, Nadie puede hacer estas señales que tú haces, si Dios no está con él. Si, pues, Nicodemo era de esos muchos que habían creído en su nombre, ya en este Nicodemo atendamos por qué Jesús no se confiaba a ellos. Respondió Jesús, y le dijo: En verdad, en verdad te digo, a

menos que uno nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios. A esos, pues, se confía Jesús, que han nacido de nuevo. He aquí que ellos creyeron en él, y Jesús no se confiaba a ellos. Así son todos los catecúmenos: ellos ya creen en el nombre de Cristo, pero Jesús no se confía a ellos. Atienda y entienda vuestra Caridad. Si le decimos a un catecúmeno, ¿Crees en Cristo? responde, Creo, y se signa: ya lleva la cruz de Cristo en la frente, y no se avergüenza de la cruz de su Señor. He aquí que ha creído en su nombre. Preguntémosle, ¿Comes la carne del Hijo del hombre, y bebes la sangre del Hijo del hombre? no sabe de qué hablamos, porque Jesús no se confió a él.

4. Así que, siendo Nicodemo uno de ellos, vino al Señor: pero vino de noche; y esto quizás tiene su importancia. Vino al Señor, y vino de noche: vino a la luz, y vino en tinieblas. Pero los renacidos del agua y del Espíritu, ¿qué escuchan del Apóstol? Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor: caminad como hijos de la luz (Efesios 5, 8): y de nuevo, Nosotros que somos del día, seamos sobrios (1 Tesalonicenses 5, 8). Los que han renacido, fueron de la noche, y ahora son del día: fueron tinieblas, y ahora son luz. Jesús ya se confía a ellos, y no vienen de noche a Jesús como Nicodemo, no buscan el día en las tinieblas. Pues tales ya lo profesan: Jesús se acercó a ellos, hizo en ellos la salvación: porque él dijo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros (Juan 6, 54). Y el signo de la cruz que los catecúmenos llevan en la frente, ya son de la gran casa; pero que de siervos se hagan hijos. No es que no sean nada los que ya pertenecen a la gran casa. ¿Cuándo comió el pueblo de Israel el maná? Cuando cruzaron el mar Rojo. ¿Qué significa el mar Rojo? Escucha al Apóstol: No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar. ¿Por qué pasaron por el mar, como si le preguntaras a él; y sigue diciendo, Y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar (1 Corintios 10, 1-2). Si la figura del mar tuvo tanto valor, ¿cuánto más valdrá la realidad del Bautismo? Si lo que se hizo en figura llevó al pueblo a través del mar al maná, ¿qué ofrecerá Cristo en la verdad de su bautismo, llevando a su pueblo a través de él? A través de su bautismo lleva a los creyentes, con todos los pecados muertos, como enemigos que los persiguen, así como en aquel mar perecieron todos los egipcios. ¿A dónde los lleva, hermanos míos? ¿A dónde lleva Jesús a través del Bautismo, cuya figura representaba Moisés, que los llevó a través del mar? ¿A dónde los lleva? Al maná. ¿Qué es el maná? Yo soy, dice, el pan vivo que descendió del cielo (Juan 6, 51). Los fieles reciben el maná, ya cruzados por el mar Rojo. ¿Por qué el mar Rojo? ya el mar, ¿por qué también rojo? Aquel mar rojo significaba el bautismo de Cristo. ¿De dónde se tiñe de rojo el bautismo de Cristo, sino consagrado por la sangre de Cristo? ¿A dónde lleva entonces a los creyentes y bautizados? Al maná. He aquí que digo maná: es conocido lo que recibieron los judíos, este pueblo de Israel, es conocido lo que Dios les hizo llover del cielo; y los catecúmenos no saben lo que reciben los cristianos. Que se avergüencen, pues, porque no saben; que crucen el mar Rojo, que coman el maná: para que como creyeron en el nombre de Jesús, así Jesús se confíe a ellos.

5. Por eso, prestad atención, hermanos míos, a lo que responde este que vino de noche a Jesús. Aunque vino a Jesús, sin embargo, porque vino de noche, aún habla desde las tinieblas de su carne. No entiende lo que escucha del Señor, no entiende lo que escucha de la luz, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan 1, 9). Ya le dijo el Señor, Si no naciere de nuevo, no verá el reino de Dios. Nicodemo le dice: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? El Espíritu le habla, y él piensa en la carne. Piensa en su carne, porque aún no saborea la carne de Cristo. Pues cuando el Señor Jesús dijo, Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tenéis vida en vosotros; algunos de los que le seguían se escandalizaron y dijeron entre sí, Dura es esta palabra; ¿quién puede escucharla? Pues pensaban que Jesús decía que

podían cortarlo como a un cordero, cocinarlo y comerlo: horrorizados por sus palabras, se apartaron y ya no le siguieron. Así habla el Evangelista: Y el Señor mismo se quedó con los doce: y ellos le dijeron, Señor, he aquí que ellos te han dejado; y él, ¿Acaso también vosotros queréis iros? Queriendo mostrar que él era necesario para ellos, no ellos para Cristo. Que nadie asuste a Cristo, cuando se dice que sea cristiano; como si Cristo fuera más feliz si tú fueras cristiano. Es bueno para ti ser cristiano: pues si no lo eres, no será malo para Cristo. Escucha la voz del Salmo: Dije al Señor, Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes (Salmo 15, 2). Por eso eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes. Si estás sin Dios, serás menor; si estás con Dios, Dios no será mayor. No es por ti que él es mayor, sino que tú sin él eres menor. Crece, pues, en él, no te apartes, como si él fuera a disminuir. Serás restaurado si te acercas; disminuirás si te alejas. Permanece íntegro cuando te acercas, permanece íntegro también cuando caes. Así que cuando dijo a los discípulos, ¿Acaso también vosotros queréis iros? Pedro respondió, esa roca, con la voz de todos, Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Bien saboreó en su boca la carne del Señor. Pero el Señor les explicó, y dijo, El Espíritu es el que da vida: cuando dijo, Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tenéis vida en vosotros; para que no lo entendieran carnalmente, El Espíritu es, dijo, el que da vida, la carne para nada aprovecha: las palabras que os he hablado son espíritu y son vida (Juan 6, 54-69).

6. Este espíritu y esta vida no los saboreaba Nicodemo, que vino de noche a Jesús. Jesús le dijo: Si no naciere de nuevo, no verá el reino de Dios. Y él, pensando en su carne, en cuya boca aún no saboreaba la carne de Cristo: ¿Cómo, dice, puede un hombre, siendo viejo, nacer de nuevo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el vientre de su madre y nacer? Este no conocía más que un nacimiento de Adán y Eva; de Dios y de la Iglesia aún no conocía: no conocía más que a esos padres que engendran para la muerte; aún no conocía a esos padres que engendran para la vida: no conocía más que a esos padres que engendran sucesores; aún no conocía a esos que siempre vivientes engendran permanentes. Así que, siendo dos nacimientos, él entendía uno. Uno es de la tierra, otro del cielo; uno es de la carne, otro del Espíritu; uno es de la mortalidad, otro de la eternidad; uno es del varón y la hembra, otro de Dios y la Iglesia. Pero esas dos son únicas; ni aquella puede repetirse, ni esta. Nicodemo entendió correctamente el nacimiento de la carne: así también tú entiende el nacimiento del espíritu, como Nicodemo entendió el nacimiento de la carne. ¿Qué entendió Nicodemo? ¿Acaso puede un hombre entrar de nuevo en el vientre de su madre y nacer? Así, cualquiera que te diga que debes nacer de nuevo espiritualmente, responde lo que dijo Nicodemo, ¿Acaso puede un hombre entrar de nuevo en el vientre de su madre y nacer? Ya he nacido de Adán, Adán no puede engendrarme de nuevo: ya he nacido de Cristo, Cristo no puede engendrarme de nuevo. Como el útero no puede repetirse, así tampoco el Bautismo.

7. Quien nace de la Iglesia católica, nace como de Sara, nace de la libre: quien nace de la herejía, nace como de la esclava, pero de la semilla de Abraham. Que vuestra Caridad advierta qué gran sacramento. Dios testifica, y dice, Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. ¿No había otros patriarcas? ¿No estaba antes de ellos el santo Noé, que solo en todo el género humano con toda su casa mereció ser liberado del diluvio, en quien y en sus hijos se figuró la Iglesia? El diluvio lo evaden llevados por la madera (Génesis 7, 7). Luego después, grandes que conocemos, que la santa Escritura recomienda, Moisés fiel en toda su casa (Números 12, 7). Y esos tres son nombrados, como si solo ellos lo hubieran merecido, Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob: este es mi nombre para siempre (Éxodo 3, 6, 15). ¡Gran sacramento! El Señor es poderoso para abrir nuestras bocas y vuestros corazones, para que podamos decir como ha dignado revelar, y podáis captar como os conviene.

8. Así que estos tres patriarcas, Abraham, Isaac, y Jacob. Ya sabéis que los hijos de Jacob fueron doce, y de ahí el pueblo de Israel: porque el mismo Jacob es Israel, y el pueblo de Israel son doce tribus, pertenecientes a los doce hijos de Israel. Abraham, Isaac, y Jacob, tres padres, y un pueblo. Tres padres como en el principio del pueblo; tres padres en quienes se figuraba el pueblo: y el mismo pueblo anterior, el pueblo presente. En el pueblo de los judíos se figuraba el pueblo de los cristianos. Allí figura, aquí verdad, allí sombra, aquí cuerpo, dice el Apóstol, Estas cosas les sucedieron en figura. Es la voz del Apóstol: Fueron escritas, dice, para nosotros, a quienes ha llegado el fin de los siglos (1 Corintios 10, 11). Que vuestra mente vuelva ahora a Abraham, Isaac, y Jacob. En estos tres encontramos que las libres dan a luz, y las esclavas también: encontramos allí partos de libres, encontramos allí también partos de esclavas. La esclava no significa nada bueno: Echa fuera a la esclava, dice, y a su hijo; porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre. El Apóstol recuerda esto; y en esos dos hijos de Abraham, dice el Apóstol que había una figura de los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo. Al Antiguo Testamento pertenecen los amantes de lo temporal, los amantes del mundo: al Nuevo Testamento los amantes de la vida eterna. Por eso aquella Jerusalén en la tierra, era sombra de la Jerusalén celestial madre de todos nosotros, que está en el cielo: y estas son palabras del Apóstol (Génesis 21, 10; Gálatas 4, 22-30). Y de esta ciudad de la que somos peregrinos, sabéis mucho, habéis oído mucho. Pero encontramos una cosa maravillosa en estos partos, es decir, en estos nacimientos, en estas generaciones de libres y esclavas, cuatro tipos de hombres: en los cuales cuatro tipos, se completa la figura del futuro pueblo cristiano, para que no sea sorprendente que en esos tres se diga, Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. En todos los cristianos, hermanos, prestad atención, o nacen buenos de malos, o nacen malos de buenos, o nacen buenos de buenos, o nacen malos de malos: no podéis encontrar más que estos cuatro tipos. Que los repita de nuevo, prestad atención, retenedlos; examinad vuestros corazones, no seáis perezosos: captad, para que no seáis capturados, cómo hay cuatro tipos de todos los cristianos. O nacen buenos de buenos, o nacen malos de malos, o nacen buenos de malos, o nacen malos de buenos. Creo que es claro. De buenos nacen buenos: si los que bautizan son buenos: y los que son bautizados creen correctamente, y son correctamente contados entre los miembros de Cristo. De malos nacen malos: si los que bautizan son malos; y los que son bautizados tienen un corazón doble y se acercan a Dios, y no mantienen las costumbres que escuchan en la Iglesia, para que no sean paja, sino trigo. Pues vuestra Caridad sabe cuántos son. De malos nacen buenos: a veces bautiza un adúltero, y el que es bautizado es justificado. De buenos nacen malos: a veces los que bautizan son santos; los que son bautizados no quieren seguir el camino de Dios.

9. Creo, hermanos, que es conocido en la Iglesia, y se manifiesta con ejemplos cotidianos lo que decimos: pero consideremos esto en nuestros primeros padres, porque ellos también tuvieron estos cuatro tipos. De buenos nacen buenos: Ananías bautizó a Pablo (Hechos 9, 18). ¿Qué de malos nacen malos? Dice el Apóstol de algunos predicadores del Evangelio, que dice que no anuncian el Evangelio con pureza, a quienes tolera en la sociedad cristiana, y dice, ¿Qué, pues? mientras de todas maneras, ya sea por pretexto, ya sea por verdad, Cristo es anunciado, y en esto me gozo (Filipenses 1, 18). ¿Acaso era malintencionado, y se alegraba del mal ajeno? Pero porque también por los malos se predicaba la verdad, y por la boca de los malos se predicaba a Cristo; si estos bautizaban a algunos como ellos, los malos bautizaban a los malos: si estos bautizaban a algunos tales, como el Señor advierte cuando dice, Haced lo que dicen; pero no hagáis lo que hacen (Mateo 23, 3), los malos bautizaban a los buenos. Los buenos bautizaban a los malos, como cuando Felipe el santo bautizó a Simón el mago (Hechos 8, 13). Así que estos cuatro tipos son conocidos, hermanos míos. He aquí que los repito de nuevo, retenedlos, contadlos, prestad atención a ellos; evitad los que son malos,

retened los que son buenos. De buenos nacen buenos, cuando por santos son bautizados santos: de malos nacen malos, cuando tanto los que bautizan como los que son bautizados, viven iniqua e impíamente: de malos nacen buenos, cuando los que bautizan son malos; y los que son bautizados son buenos: de buenos nacen malos, cuando los que bautizan son buenos, y los que son bautizados son malos.

10. ¿Cómo encontramos esto en estos tres nombres, Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Tomamos a las esclavas en los malos, tomamos a las libres en los buenos: las libres dan a luz a los buenos; Sara dio a luz a Isaac (Génesis 21, 3): las esclavas dan a luz a los malos; Agar dio a luz a Ismael (Génesis 16, 15). Tenemos en un Abraham tanto ese tipo cuando de buenos nacen buenos, como ese tipo cuando de malos nacen malos. ¿Dónde están figurados los malos nacidos de buenos? Rebecca, esposa de Isaac, era libre: leed, dio a luz gemelos, uno era bueno, el otro malo. Tienes claramente la Escritura diciendo con la voz de Dios, A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí (Malaquías 1, 2-3; Romanos 9, 13). Rebecca dio a luz a estos dos, Jacob y Esaú: uno de ellos es elegido, el otro es rechazado; uno hereda, el otro es desheredado. Dios no hace su pueblo de Esaú; pero lo hace de Jacob. Una semilla, diferentes los que fueron concebidos: un vientre, diferentes los que nacieron. ¿Acaso no dio a luz la libre a Jacob, que la libre dio a luz a Esaú? Luchaban en el vientre de su madre, y se le dijo a Rebecca, cuando luchaban allí, Dos pueblos hay en tu vientre (Génesis 25, 22-24). Dos hombres, dos pueblos; un pueblo bueno, un pueblo malo: pero sin embargo luchan en un vientre. ¿Cuántos malos hay en la Iglesia, y un vientre los lleva, hasta que al final sean separados: y los buenos claman contra los malos, y los malos reclaman contra los buenos, y en un solo vientre ambos luchan. ¿Acaso estarán siempre juntos? Al final se sale a la luz, se declara el nacimiento que aquí se figura en el sacramento: y entonces aparecerá, A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí.

11. Así que ya encontramos, hermanos, tanto de buenos nacen buenos, de la libre Isaac: y de malos nacen malos, de la esclava Ismael: y de buenos nacen malos, Esaú de Rebecca. ¿Dónde encontramos de malos nacen buenos? Queda Jacob, para que en los tres patriarcas se concluya la perfección de los cuatro tipos. Jacob tuvo esposas libres, tuvo también esclavas: las libres dan a luz, las esclavas dan a luz, y se hacen los doce hijos de Israel (Génesis 29, 30, 35). Si cuentas todos de quienes nacieron, no todos de las libres, no todos de las esclavas: pero sin embargo todos de una semilla. ¿Qué, pues, hermanos míos? ¿acaso los que nacieron de las esclavas no poseyeron juntos la tierra de la promesa con sus hermanos? Encontramos allí buenos hijos de Jacob nacidos de esclavas, y buenos hijos de Jacob nacidos de libres. No les perjudicó el nacimiento de los vientres de las esclavas, cuando en el padre reconocieron su semilla, y consiguientemente mantuvieron el reino con sus hermanos. Así como en los hijos de Jacob no les perjudicó a los que nacieron de esclavas, para que no poseyeran el reino, y recibieran la tierra de la promesa con sus hermanos por igual; no les perjudicaron los nacimientos de las esclavas, sino que prevaleció la semilla paterna: así cualquiera que es bautizado por malos, parece nacer de esclavas; pero sin embargo porque de la semilla de la palabra de Dios, que se figura en Jacob, no se entristezcan, poseerán juntos la herencia con sus hermanos. Así que esté seguro quien nace de buena semilla; solo no imite a la esclava, si nace de la esclava. No imites a la esclava mala y soberbia. ¿Por qué los hijos de Jacob nacidos de esclavas, poseyeron la tierra de la promesa con sus hermanos, pero Ismael nacido de la esclava, fue expulsado de la herencia? ¿Por qué, sino porque él era soberbio, ellos humildes? Él levantó el cuello, y quiso seducir a su hermano, jugando con él.

12. Allí hay un gran sacramento. Jugaban juntos Ismael e Isaac; los vio Sara jugando, y dijo a Abraham: Echa a la esclava y a su hijo; porque no heredará el hijo de la esclava con mi hijo

Isaac. Y aunque Abraham se entristeció, el Señor confirmó lo dicho por su esposa. Aquí ya es manifiesto el sacramento, porque no sé qué futuro estaba gestando ese hecho. Los vio jugando, y dice: Echa a la esclava y a su hijo. ¿Qué es esto, hermanos? ¿Qué mal le había hecho Ismael al niño Isaac, porque jugaba con él? Pero ese juego era una burla; ese juego significaba engaño. Pues vuestra Caridad atienda al gran sacramento. El Apóstol llama a eso persecución; a ese juego, a esa burla la llama persecución: dice, Pero como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el espíritu, así también ahora; es decir, los que nacen según la carne persiguen a los que nacen según el espíritu. ¿Quiénes son los nacidos según la carne? Los amantes del mundo, los amantes del siglo. ¿Quiénes son los nacidos según el espíritu? Los amantes del reino de los cielos, los amantes de Cristo, los que desean la vida eterna, que adoran a Dios gratuitamente. Juegan, y el Apóstol llama a eso persecución. Pues después de que el Apóstol dijo estas palabras, Y como entonces el que había nacido según la carne perseguía al que había nacido según el espíritu, así también ahora; continuó y mostró de qué persecución hablaba: Pero, ¿qué dice la Escritura? Echa a la esclava y a su hijo; porque no heredará el hijo de la esclava con mi hijo Isaac (Gén. XXI, 9-12; Gál. IV, 29, 30). Buscamos dónde dice esto la Escritura, para ver si alguna persecución precedió de Ismael a Isaac: y encontramos que esto fue dicho por Sara, cuando vio a los niños jugando juntos. Esa burla que la Escritura dice que Sara vio, el Apóstol la llama persecución. Por tanto, más os persiguen quienes os seducen con engaños: Ven, ven; bautízate aquí, aquí tienes el verdadero bautismo. No juegues, hay uno verdadero; ese es un juego: serás engañado, y esa persecución será grave para ti. Mejor te sería ganar a Ismael para el reino; pero Ismael no quiere, porque quiere jugar. Tú mantén la herencia del padre, y escucha: Echa a la esclava y a su hijo; porque no heredará el hijo de la esclava con mi hijo Isaac.

13. Estos también se atreven a decir que suelen sufrir persecución de los reyes católicos, o de los príncipes católicos. ¿Qué persecución soportan? La aflicción del cuerpo: si alguna vez la han sufrido, o cómo la han sufrido, ellos lo saben, y que sus conciencias se encuentren; sin embargo, han sufrido la aflicción del cuerpo: la persecución que hacen es más grave. Ten cuidado cuando Ismael quiere jugar con Isaac, cuando te halaga, cuando ofrece otro bautismo: responde, Ya tengo el Bautismo. Pues si este bautismo es verdadero, quien quiere darte otro, quiere engañarte. Ten cuidado con el perseguidor del alma. Pues si alguna vez la parte de Donato ha sufrido algo de los príncipes católicos, ha sido según el cuerpo, no según la ilusión del espíritu. Escuchad y ved en los mismos hechos antiguos, todos los signos e indicios de las cosas futuras. Se encuentra que Sara afligió a Agar la esclava: Sara es libre: después de que la esclava comenzó a enorgullecerse, Sara se quejó a Abraham, y dijo, Echa a la esclava; ha levantado su cerviz contra mí. Y como si lo hiciera Abraham, la mujer se quejó de Abraham. Pero Abraham, que no estaba atado a la esclava por lujuria de abusar, sino por el deber de engendrar, ya que Sara le había dado de donde levantar descendencia, le dijo: He aquí tu esclava, úsala como quieras. Y Sara la afligió gravemente, y ella huyó de su presencia. He aquí que la libre afligió a la esclava, y el Apóstol no llama a eso persecución; el siervo juega con el señor, y lo llama persecución: esa aflicción no se llama persecución, y esa burla se llama persecución. ¿Qué os parece, hermanos? ¿No entendéis qué se significó? Así pues, cuando Dios quiere incitar a las potestades contra los herejes, contra los cismáticos, contra los disgregadores de la Iglesia, contra los que soplan contra Cristo, contra los blasfemos del Bautismo, no se asombren; porque Dios incita, para que Agar sea golpeada por Sara. Que Agar se reconozca, incline su cerviz: porque cuando se alejaba humillada de su señora, se le apareció un ángel, y le dijo, ¿Qué pasa, Agar, esclava de Sara? cuando se quejó de su señora, ¿qué escuchó del Ángel? Vuelve a tu señora (Gén. XVI, 5-9). Por eso es

afligida, para que vuelva. Y ojalá vuelva; porque su descendencia, como los hijos de Jacob, tendrá la herencia con los hermanos.

14. Se asombran porque las potestades cristianas se conmueven contra los detestables disgregadores de la Iglesia. ¿No se moverían entonces? ¿Y cómo rendirían cuentas de su imperio a Dios? Que vuestra Caridad preste atención a lo que digo, porque esto concierne a los reyes cristianos del siglo, para que en sus tiempos quieran a su madre la Iglesia en paz, de donde han nacido espiritualmente. Leemos las visiones de Daniel y los hechos proféticos. Tres jóvenes alabaron al Señor en el fuego: Nabucodonosor, el rey, se maravilló de los jóvenes alabando a Dios, y del fuego inocente alrededor de ellos; y cuando se maravilló, ¿qué dijo el rey Nabucodonosor, no judío ni circunciso, aquel que había erigido su estatua, y había obligado a todos a adorarla; sin embargo, conmovido por las alabanzas de los tres jóvenes, cuando vio la majestad de Dios presente en el fuego, ¿qué dijo? «Y yo propondré un decreto a todas las tribus y lenguas en toda la tierra.» ¿Qué decreto? «Cualquiera que blasfeme contra el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, será destruido, y sus casas serán arruinadas» (Dan. III). He aquí cómo un rey extranjero se enfurece para que no se blasfeme contra el Dios de Israel, porque pudo liberar a tres jóvenes del fuego: ¿y no quieren que los reyes cristianos se enfurezcan, porque Cristo es blasfemado, quien no libera a tres jóvenes, sino al mundo entero con los mismos reyes del fuego del infierno? Pues aquellos tres jóvenes, hermanos míos, fueron liberados del fuego temporal. ¿Acaso no es el mismo Dios de los Macabeos, que también de los tres jóvenes? A ellos los liberó del fuego: ellos en tormentos de fuego corporal perecieron, pero en los mandamientos legítimos permanecieron con el alma. Aquellos fueron liberados abiertamente, aquellos fueron coronados ocultamente (II Mac. VII). Es más ser liberado de las llamas del infierno que del horno del poder humano. Si entonces el rey Nabucodonosor alabó y proclamó y dio gloria a Dios porque liberó del fuego a tres jóvenes, y dio tanta gloria que envió un decreto por su reino, Cualquiera que blasfeme contra el Dios de Sidrac, Misac y Abdenago, será destruido, y sus casas serán arruinadas: ¿cómo no se moverán estos reyes, que no ven a tres jóvenes liberados de la llama, sino a sí mismos liberados del infierno, cuando ven a Cristo, por quien fueron liberados, ser blasfemado en los cristianos, cuando oyen decir a un cristiano, Di que no eres cristiano? Quieren hacer tales cosas, y al menos no quieren sufrir tales cosas.

15. Pues ved qué hacen, y qué sufren. Matan almas, son afligidos en el cuerpo: causan muertes eternas, y se quejan de sufrir temporales. Y sin embargo, ¿qué sufren? Nos presentan no sé qué mártires suyos en la persecución. He aquí que Marculus fue precipitado de una roca: he aquí que Donato de Bagai fue arrojado a un pozo. ¿Cuándo decretaron las potestades romanas tales suplicios, para que los hombres fueran precipitados? ¿Y qué responden los nuestros? No sé qué ocurrió: sin embargo, ¿qué dicen los nuestros? Que ellos mismos se precipitaron, y difamaron a las potestades. Recordemos la costumbre de las potestades romanas, y veamos a quién se debe creer. Dicen los nuestros que ellos mismos se precipitaron: si no son discípulos de aquellos que ahora se precipitan de las rocas sin ser perseguidos, no creamos: ¿qué extraño es que hicieran lo que suelen hacer? Pues las potestades romanas nunca usaron tales suplicios. ¿Acaso no podían matar abiertamente? Pero aquellos que querían ser venerados como muertos, no encontraron una muerte más famosa. Finalmente, sea lo que sea, no lo sé. Y si sufriste, oh parte de Donato, aflicción corporal de la Iglesia católica, de Sara sufriste, Agar; vuelve a tu señora. Un lugar necesario nos ha retenido algo más tiempo, para que no pudiéramos exponer todo el texto de la lectura evangélica. Hermanos, baste por ahora a vuestra Caridad, para que estas cosas que se han dicho, al decir otras, no sean excluidas de vuestros corazones. Estas cosas retened, tales cosas decid, avanzad encendidos, encended a los fríos.

TRACTATUS XII. Desde el lugar del Evangelio, Lo que nace de la carne, carne es, etc., hasta, Pero el que hace la verdad, viene a la luz, para que sus obras sean manifestadas, porque están hechas en Dios. Cap. III, V. 6-21.

1. Por lo que ayer hicimos atenta vuestra Caridad, entendemos que habéis acudido con más ánimo y en mayor número: pero por ahora devolvamos el discurso debido a la lectura evangélica en orden, si os place; luego vuestra Caridad escuchará sobre la paz de la Iglesia, o lo que hemos hecho, o lo que aún esperamos hacer. Ahora, pues, que toda la intención del corazón se dirija al Evangelio, que nadie piense en otra cosa. Pues si quien está presente por completo, apenas comprende; quien se divide en diversas pensamientos, ¿no derramará incluso lo que había captado? Vuestra Caridad recuerda el pasado domingo, cuanto el Señor se dignó ayudarnos, que disertamos sobre la regeneración espiritual (En el Tratado anterior): hemos hecho que se os lea de nuevo esa lectura, para que lo que entonces no se dijo, en el nombre de Cristo, con la ayuda de vuestras oraciones, lo completemos.

2. La regeneración espiritual es una, así como la generación carnal es una. Y lo que Nicodemo dijo al Señor, lo dijo con verdad, porque no puede un hombre, siendo viejo, volver de nuevo al vientre de su madre, y nacer. Él ciertamente dijo, porque un hombre siendo viejo, no puede esto, como si, incluso si fuera niño, pudiera. Pues en absoluto puede, ya sea recién nacido del vientre, ya sea de edad avanzada, volver de nuevo a las entrañas maternas, y nacer. Pero así como para el nacimiento carnal valen las entrañas femeninas para parir una vez; así para el nacimiento espiritual valen las entrañas de la Iglesia, para que cada uno sea bautizado una vez. Por eso, no sea que alguien diga, Pero este nació en la herejía, y este nació en el cisma; se han eliminado todas las cosas, si recordáis, que os fueron discutidas sobre nuestros tres padres, de quienes Dios quiso ser llamado, no porque fueran los únicos, sino porque en ellos se completó la integridad de significar al pueblo futuro. Pues encontramos que el nacido de la esclava fue desheredado, el nacido de la libre heredero: de nuevo encontramos que el nacido de la libre fue desheredado, el nacido de la esclava heredero. Nacido de la esclava desheredado Ismael (Gén. XXI, 10), nacido de la libre heredero Isaac (Gén. XXV, 5); nacido de la libre desheredado Esaú (Gén. XXVII, 35), nacidos de las esclavas herederos los hijos de Jacob (Gén. XLIX). En aquellos tres padres, se percibió toda la figura del pueblo futuro: y no sin razón Dios dice, Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob: este es mi nombre para siempre (Éxodo III, 6, 15). Recordemos más lo que se prometió al mismo Abraham: pues esto se prometió a Isaac, esto se prometió también a Jacob. ¿Qué encontramos? En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Creyó entonces uno lo que aún no veía: los hombres ven, y se ciegan. Se ha cumplido en las naciones lo que se prometió a uno: y se separan de la comunión de las naciones, quienes no quieren ver lo que se ha cumplido. Pero, ¿de qué les sirve no querer ver? Ven, quieran o no; la verdad abierta golpea incluso los ojos cerrados.

3. Se respondió a Nicodemo, que era de aquellos que habían creído en Jesús, y el mismo Jesús no se confiaba a ellos. Pues a algunos no se confiaba, aunque ya habían creído en él. Así lo tienes escrito: «Muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía. Pero Jesús mismo no se confiaba a ellos. Pues no tenía necesidad de que alguien diera testimonio del hombre; pues él sabía lo que había en el hombre» (Juan II, 23-25). He aquí que ya creían en Jesús, y el mismo Jesús no se confiaba a ellos. ¿Por qué? Porque aún no habían renacido del agua y del Espíritu. De ahí exhortamos, y exhortamos a nuestros hermanos catecúmenos. Pues si les preguntas, ya han creído en Jesús: pero porque aún no reciben su carne y su sangre, aún no se les ha confiado Jesús. ¿Qué deben hacer, para que Jesús se les confíe? Renacer del agua y del Espíritu, que la Iglesia dé a luz a los que engendra. Han sido

concebidos, que sean dados a la luz: tienen pechos de los que alimentarse, no teman que nacidos sean sofocados, no se alejen de los pechos maternos.

4. Ningún hombre puede volver a las entrañas de su madre, y nacer de nuevo. Pero, ¿nació alguien de una esclava? ¿Acaso entonces los nacidos de las esclavas volvieron al vientre de las libres, para nacer de nuevo? La descendencia de Abraham está también en Ismael; y para que Abraham pudiera hacer un hijo de la esclava, la esposa fue la autora. Nació de la descendencia del hombre, y no del vientre, sino solo del consentimiento de la esposa (Gén. XVI, 2-4). ¿Acaso porque nació de una esclava, fue desheredado? Si por eso fue desheredado porque nació de una esclava, ninguno de los hijos de las esclavas sería admitido a la herencia. Los hijos de Jacob fueron admitidos a la herencia: pero Ismael, no porque nació de una esclava, fue desheredado, sino porque fue soberbio con la madre, soberbio con el hijo de la madre; pues su madre es más Sara que Agar. Su vientre fue prestado, su voluntad se unió; no haría Abraham lo que Sara no quisiera: por tanto, más bien es hijo de Sara. Pero porque fue soberbio con su hermano, y soberbio jugando, porque burlándose; ¿qué dijo Sara? Echa a la esclava y a su hijo; porque no heredará el hijo de la esclava con mi hijo Isaac (Gén. XXI, 9, 10). No lo echaron fuera las entrañas de la esclava, sino la cerviz servil. Y si el libre es soberbio, es siervo; y lo que es peor, de una mala señora, de la misma soberbia. Así que, hermanos míos, responded al hombre que no puede nacer de nuevo; responded seguros que no puede nacer de nuevo. Todo lo que se hace de nuevo, es burla; todo lo que se hace de nuevo, es juego. Ismael juega, que sea echado fuera. Pues Sara vio que jugaban, dice la Escritura, y dijo a Abraham, Echa a la esclava y a su hijo. A Sara le disgustó el juego de los niños; vio algo nuevo en los niños jugando. ¿No desean esto las que tienen hijos, ver a sus hijos jugando? Ella lo vio, y lo desaprobó. No sé qué vio en el juego: vio burla en ese juego, notó la soberbia del siervo; le disgustó, lo echó fuera. Los nacidos de las esclavas que son malos son echados fuera, y el nacido de la libre es echado fuera Esaú. Nadie, pues, presuma porque nace de los buenos, nadie presuma porque es bautizado por los santos. Quien es bautizado por los santos, aún debe cuidarse de no ser Jacob, sino Esaú. Esto, hermanos, retened. No os halagamos, que vuestra esperanza no esté en nosotros: ni nos halagamos a nosotros mismos, ni a vosotros; cada uno lleva su propia carga. Lo nuestro es decir, para no ser juzgados mal: lo vuestro es escuchar, y escuchar con el corazón, para que no se exija lo que damos; más bien cuando se exija, se encuentre ganancia, no pérdida.

5. Dice el Señor a Nicodemo, y le explica: Amén, amén te digo, si no nace alguien del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Tú, dice, entiendes la generación carnal, cuando dices, ¿Puede un hombre volver a las entrañas de su madre? del agua y del Espíritu debe nacer para el reino de Dios. Si para la herencia del padre humano temporal nace, que nazca de las entrañas de la madre carnal: si para la herencia del Padre Dios eterna, que nazca de las entrañas de la Iglesia. El padre que va a morir genera un hijo por la esposa para que lo suceda: Dios genera de la Iglesia hijos no para que lo sucedan, sino para que permanezcan con él. Y sigue: Lo que nace de la carne, carne es: y lo que nace del Espíritu, espíritu es. Espiritualmente, pues, nacemos, y en espíritu nacemos por la palabra y el sacramento. Está presente el Espíritu, para que nazcamos: el Espíritu está presente invisiblemente de donde naces, porque tú también naces invisiblemente. Pues sigue, y dice: No te maravilles de que te dije, os es necesario nacer de nuevo: el Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va. Nadie ve al Espíritu: ¿y cómo oímos la voz del Espíritu? Suena el Salmo, es la voz del Espíritu; suena el Evangelio, es la voz del Espíritu; suena el sermón divino, es la voz del Espíritu. Oyes su voz, y no sabes de dónde viene, ni a dónde va. Pero si naces tú también del Espíritu, serás tal, que el que aún no ha nacido del Espíritu, no

sepa de ti de dónde vienes, y a dónde vas. Pues esto sigue diciendo: Así es todo el que ha nacido del Espíritu.

6. Respondió Nicodemo y le dijo: ¿Cómo pueden suceder estas cosas? Y en verdad, carnalmente, no entendía. En él se cumplía lo que había dicho el Señor, escuchaba la voz del Espíritu, y no sabía de dónde venía ni a dónde iba. Respondió Jesús y le dijo: ¿Eres tú maestro en Israel y no sabes esto? Oh hermanos, ¿pensamos que el Señor quiso insultar a este maestro de los judíos? El Señor sabía lo que hacía, quería que naciera del Espíritu. Nadie nace del Espíritu, a menos que sea humilde: porque la misma humildad nos hace nacer del Espíritu; porque el Señor está cerca de los quebrantados de corazón (Salmo 33, 19). Aquel estaba hinchado de magisterio, y se consideraba de alguna importancia, porque era doctor de los judíos: le quita la soberbia, para que pueda nacer del Espíritu: lo insulta como a un ignorante; no porque el Señor quiera parecer superior. ¿Qué grandeza, Dios al hombre, la verdad a la mentira? ¿Debe decirse que Cristo es mayor que Nicodemo, puede decirse, debe pensarse? Si se dijera que Cristo es mayor que los ángeles, sería risible: porque es incomparablemente mayor que toda criatura, por quien fue hecha toda criatura. Pero agita la soberbia del hombre, Tú eres maestro en Israel, y no sabes esto? Como diciendo, He aquí que no sabes nada, príncipe soberbio, nace del Espíritu: porque si nacieras del Espíritu, seguirías los caminos de Dios, para seguir la humildad de Cristo. Así es más alto que todos los ángeles, porque siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse; sino que se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre: se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (y para que no te complazca ningún tipo de muerte), muerte de cruz (Filipenses 2, 6-8). Colgaba, y se le insultaba. Podía descender de la cruz; pero lo pospuso, para resucitar del sepulcro. El Señor soportó a los siervos soberbios; el médico a los enfermos. Si él hizo esto, ¿qué de aquellos que deben nacer del Espíritu? si él, el verdadero maestro en el cielo, no solo de los hombres, sino también de los ángeles. Porque si los ángeles son instruidos, son instruidos por la Palabra de Dios. Si son instruidos por la Palabra de Dios, busquen de dónde son instruidos; y encontrarán, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 1). Se quita al hombre el cuello, pero áspero y duro, para que sea un cuello suave para llevar el yugo de Cristo, del cual se dice, Mi yugo es suave, y mi carga es ligera (Mateo 11, 30).

7. Y sigue: Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis; ¿cómo, si os dijere cosas celestiales, creeréis? ¿Qué cosas terrenales dijo, hermanos? ¿Acaso el que no nazca de nuevo, es terrenal? El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, y no sabes de dónde viene, ni a dónde va, ¿es terrenal? Porque si hablara de este viento, como algunos entendieron, cuando se les preguntó qué cosa terrenal había dicho el Señor, al decir, Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis; ¿cómo, si os dijere cosas celestiales, creeréis? Cuando, por tanto, se les preguntó a algunos, qué cosa terrenal había dicho el Señor, angustiados dijeron, Lo que dijo, El Espíritu sopla donde quiere, y oyes su voz, y no sabes de dónde viene, ni a dónde va, lo dijo de este viento. ¿Qué nombró como terrenal? Hablaba de la generación espiritual: luego dijo, Así es todo el que ha nacido del Espíritu. Además, hermanos, ¿quién de nosotros no ve, por ejemplo, el viento del sur yendo del mediodía al norte; o algún otro viento viniendo del oriente al occidente? ¿cómo entonces no sabemos de dónde viene y a dónde va? ¿Qué, entonces, dijo como terrenal, que los hombres no creían? ¿Acaso lo que dijo sobre resucitar el templo? Porque su cuerpo lo tomó de la tierra, y preparaba resucitar esa misma tierra tomada de un cuerpo terrenal. No se le creyó que resucitaría la tierra. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis: ¿cómo, si os dijere cosas celestiales, creeréis? Esto es, si no creéis que puedo resucitar

el templo derribado por vosotros; ¿cómo creeréis que por el Espíritu los hombres pueden ser regenerados?

8. Y sigue: Y nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo. He aquí que estaba aquí, y estaba en el cielo: aquí estaba en carne, en el cielo estaba en divinidad; más bien, en todas partes en divinidad. Nacido de madre, sin apartarse del Padre. Se entienden dos nacimientos de Cristo; uno divino, otro humano: uno por el cual fuimos hechos, otro por el cual fuimos rehechos: ambos maravillosos; aquel sin madre, este sin padre. Pero porque tomó cuerpo de Adán, porque María de Adán, y ese mismo cuerpo iba a resucitar: dijo algo terrenal, Destruid este templo, y en tres días lo levantaré (Juan 2, 19). Pero dijo algo celestial, El que no nazca de agua y del Espíritu, no verá el reino de Dios (Juan 3, 5). Vamos, hermanos, Dios quiso ser hijo del hombre, y quiso que los hombres fueran hijos de Dios. Él descendió por nosotros, ascendamos por él. Porque solo él descendió y ascendió, quien dijo esto, Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo. ¿No ascenderán al cielo aquellos a quienes hace hijos de Dios? Ascenderán ciertamente: esta es nuestra promesa, Serán iguales a los ángeles de Dios (Mateo 22, 30). ¿Cómo, entonces, nadie ha subido, sino el que descendió? Porque uno descendió, uno ascendió. ¿Qué de los demás? ¿qué se debe entender, sino que serán sus miembros, para que uno ascienda? Por eso sigue, Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo. ¿Te maravillas de que estaba aquí y en el cielo? Así hizo a sus discípulos. Escucha al apóstol Pablo diciendo, Nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses 3, 20). Si el hombre apóstol Pablo caminaba en carne en la tierra, y conversaba en el cielo, ¿no podía el Dios del cielo y de la tierra estar en el cielo y en la tierra?

9. Si, entonces, nadie, sino él, descendió y ascendió, ¿qué esperanza hay para los demás? Hay esperanza para los demás, porque él descendió para que en él y con él fueran uno, quienes por él habrían de ascender. No dice, Y a las semillas, dice el Apóstol, como si fueran muchas; sino como si fuera una, Y a tu simiente, que es Cristo. Y a los fieles dice: Pero vosotros sois de Cristo; y si sois de Cristo, entonces sois simiente de Abraham (Gálatas 3, 16, 29). Lo que dijo uno, eso dijo que todos nosotros somos. Por eso en los Salmos a veces cantan muchos, para mostrar que de muchos se hace uno; a veces canta uno, para mostrar qué se hace de muchos. Por eso uno era sanado en aquella piscina (Juan 5, 4); y cualquiera otro que descendiera, no era sanado. Por tanto, este uno recomienda la unidad de la Iglesia. ¡Ay de aquellos que odian la unidad, y se hacen partes en los hombres! Escuchen a aquel que quería hacerlos uno en uno hacia uno: escuchen a aquel diciendo, No os hagáis muchos: yo planté, Apolo regó; pero Dios dio el crecimiento: pero ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (1 Corintios 3, 6, 7). Ellos decían: Yo soy de Pablo, yo de Apolo, yo de Cefas. Y él: ¿Está dividido Cristo? (1 Corintios 1, 12, 13). Estad en uno, sed uno, sed uno: Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo. He aquí que queremos ser tuyos, decían a Pablo. Y él: No quiero que seáis de Pablo, sino de aquel de quien es Pablo con vosotros.

10. Porque descendió y murió, y con esa misma muerte nos liberó de la muerte: muerto por la muerte, mató a la muerte. Y sabéis, hermanos, que esta muerte entró en el mundo por la envidia del diablo. Dios no hizo la muerte, dice la Escritura; ni se complace, dice, en la perdición de los vivos: porque creó todas las cosas para que existieran (Sabiduría 1, 13, 14). Pero ¿qué dice allí? Pero por la envidia del diablo la muerte entró en el mundo (Sabiduría 2, 24). Al veneno de muerte ofrecido por el diablo no vino el hombre llevado por la fuerza: porque el diablo no tenía el poder de obligar, sino la astucia de persuadir. Si no consintieras, el diablo no habría traído nada: tu consentimiento, oh hombre, te llevó a la muerte. Nacidos mortales de un mortal, hechos mortales de inmortales. De Adán todos los hombres mortales:

pero Jesús, el Hijo de Dios, el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, único igual al Padre, se hizo mortal; porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 13, 14).

11. Por tanto, asumió la muerte, y suspendió la muerte en la cruz; y de esa misma muerte son liberados los mortales. Lo que en figura se hizo entre los antiguos, el Señor lo recuerda: Y como, dice, Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado; para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Gran sacramento, y quienes lo han leído, lo saben. Luego escuchen también quienes no lo han leído, o quienes tal vez lo han olvidado leído o escuchado. El pueblo de Israel era abatido en el desierto por las mordeduras de las serpientes, se hacía una gran matanza de muchas muertes: porque era una plaga de Dios corrigiendo y castigando, para instruir. Se mostró allí un gran sacramento de una cosa futura, el mismo Señor lo testifica en esta lectura, para que nadie pueda interpretar otra cosa que lo que la misma verdad indica de sí misma. Porque se dijo a Moisés por el Señor que hiciera una serpiente de bronce, y la levantara en un madero en el desierto, y advirtiera al pueblo de Israel, que si alguno era mordido por una serpiente, mirara aquella serpiente levantada en el madero. Se hizo: los hombres eran mordidos, miraban, y eran sanados (Números 21, 6-9). ¿Qué son las serpientes mordedoras? Los pecados de la mortalidad de la carne. ¿Quién es la serpiente levantada? La muerte del Señor en la cruz. Porque de la serpiente la muerte, por la figura de la serpiente fue figurada. La mordedura de la serpiente es letal, la muerte del Señor es vital. Se mira la serpiente, para que la serpiente no tenga poder. ¿Qué es esto? Se mira la muerte, para que la muerte no tenga poder. Pero ¿de quién es la muerte? La muerte de la vida: si se puede decir, Muerte de la vida; más bien porque se puede decir, se dice maravillosamente. Pero ¿acaso no se dirá lo que debía hacerse? ¿Dudaré yo en decir lo que el Señor se dignó hacer por mí? ¿No es Cristo la vida? y sin embargo, Cristo en la cruz. ¿No es Cristo la vida? y sin embargo, Cristo muerto. Pero en la muerte de Cristo la muerte murió; porque la vida muerta mató a la muerte, la plenitud de la vida devoró a la muerte: la muerte fue absorbida en el cuerpo de Cristo. Así también diremos en la resurrección, cuando ya triunfantes cantaremos, ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿dónde está, oh muerte, tu victoria? (1 Corintios 15, 54, 55). Mientras tanto, ahora, hermanos, para que seamos sanados del pecado, miremos a Cristo crucificado; porque como Moisés, dice, levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado; para que todo el que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna. Como quienes miraban aquella serpiente, no perecían por las mordeduras de las serpientes; así quienes miran con fe la muerte de Cristo, son sanados de las mordeduras de los pecados. Pero aquellos eran sanados de la muerte a la vida temporal: aquí, sin embargo, dice, para que tengan vida eterna. Porque esto es lo que diferencia la imagen figurada de la cosa misma: la figura otorgaba vida temporal; la cosa misma de la cual aquella figura era, otorga vida eterna.

12. Porque Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. Por tanto, en cuanto depende del médico, vino a sanar al enfermo. Se destruye a sí mismo, quien no quiere observar las prescripciones del médico. Vino el Salvador al mundo: ¿por qué se le llama Salvador del mundo, sino para salvar al mundo, no para condenar al mundo? No quieres ser salvado por él; serás juzgado por ti mismo. ¿Y qué diré, serás juzgado? Mira lo que dice: El que cree en él, no es juzgado; pero el que no cree: ¿qué esperas que diga sino, es juzgado? ya, dice, ha sido juzgado. Aún no ha aparecido el juicio, pero ya se ha hecho el juicio. Porque el Señor conoce a los que son suyos: conoce quiénes permanecerán para la corona, quiénes permanecerán para la llama; conoce en su era

el trigo, conoce la paja; conoce la cosecha, conoce la cizaña. Ya ha sido juzgado el que no cree. ¿Por qué ha sido juzgado? Porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

13. Y este es el juicio, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz: porque sus obras eran malas. Hermanos míos, ¿de quién encontró el Señor obras buenas? De nadie: de todos encontró malas obras. ¿Cómo, entonces, algunos hicieron la verdad, y vinieron a la luz? Porque también sigue: Pero el que hace la verdad, viene a la luz, para que sus obras sean manifestadas, que han sido hechas en Dios. ¿Cómo algunos hicieron una obra buena, para venir a la luz, es decir, a Cristo? y ¿cómo algunos amaron las tinieblas? Porque si encontró a todos pecadores, y a todos sana del pecado, y aquella serpiente en la que fue figurada la muerte del Señor, sana a aquellos que habían sido mordidos, y por la mordedura de la serpiente fue levantada la serpiente, es decir, la muerte del Señor, por los hombres mortales, a quienes encontró injustos; ¿cómo se entiende, Este es el juicio, que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz: porque sus obras eran malas? ¿Qué es esto? ¿de quién eran buenas las obras? ¿No viniste para justificar a los impíos? Pero amaron, dice, las tinieblas más que la luz. Allí puso la fuerza: porque muchos amaron sus pecados, muchos confesaron sus pecados: porque quien confiesa sus pecados, y acusa sus pecados, ya hace con Dios. Dios acusa tus pecados: si tú también acusas, te unes a Dios. Como si fueran dos cosas, el hombre y el pecador. Lo que escuchas hombre, Dios lo hizo: lo que escuchas pecador, el mismo hombre lo hizo. Borra lo que hiciste, para que Dios salve lo que hizo. Es necesario que odies en ti tu obra, y ames en ti la obra de Dios. Cuando, pues, comienza a disgustarte lo que hiciste, de ahí comienzan tus buenas obras, porque acusas tus malas obras. El inicio de las buenas obras es la confesión de las malas obras. Haces la verdad, y vienes a la luz. ¿Qué es, Haces la verdad? No te adulas, no te halagas, no te adulas; no dices, Soy justo, cuando eres injusto, y comienzas a hacer la verdad. Pero vienes a la luz para que tus obras sean manifestadas, porque han sido hechas en Dios; porque incluso esto mismo que te disgustó tu pecado, no te disgustaría, si Dios no te iluminara, y su verdad te lo mostrara. Pero quien, aun siendo advertido, ama sus pecados, odia la luz que lo amonesta y huye de ella, para que no sean reprendidas sus malas obras que ama. Pero quien hace la verdad, acusa en sí mismo sus males; no se perdona a sí mismo, no se perdona a sí mismo, para que Dios perdone: porque lo que quiere que Dios perdone, él mismo lo reconoce, y viene a la luz; a quien da gracias, porque le mostró qué odiar en sí mismo. Dice a Dios, Aparta tu rostro de mis pecados: y ¿con qué frente dice, si no dice de nuevo, Porque yo reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre delante de mí (Salmo 50, 11, 5)? Que esté ante ti lo que no quieres que esté ante Dios. Pero si pones tu pecado detrás de ti, Dios lo volverá ante tus ojos; y entonces lo volverá, cuando ya no habrá fruto de penitencia.

14. Corred, para que no os alcancen las tinieblas (Juan 12, 35), hermanos míos: despertad a vuestra salvación, despertad mientras es tiempo; que nadie se retrase del templo de Dios, que nadie se retrase de la obra del Señor, que nadie sea apartado de la oración continua, que nadie sea defraudado de la devoción habitual. Despertad, pues, mientras es de día: brilla el día, Cristo es el día. Está dispuesto a perdonar, pero a los que reconocen; a castigar, sin embargo, a los que se defienden, y se jactan de ser justos, y piensan que son algo, cuando no son nada. Pero quien camina en su amor y en su misericordia, incluso liberado de aquellos pecados letales y grandes, como son los crímenes, homicidios, robos, adulterios; por aquellos que parecen ser pecados pequeños de la lengua, o de pensamientos, o de desmesura en cosas permitidas, hace la verdad de la confesión, y viene a la luz en buenas obras: porque muchos pecados pequeños si se descuidan, matan. Son pequeñas gotas las que llenan los ríos: son pequeños granos de arena; pero si se pone mucha arena, oprime y aplasta. Esto hace la sentina descuidada, lo que hace la ola que irrumpe: poco a poco entra por la sentina; pero

entrando mucho tiempo y no sacándola, hunde el barco. ¿Qué es, entonces, sacar, sino actuar con buenas obras para que no te opriman los pecados, gimiendo, ayunando, dando, perdonando? Pero el camino de este siglo es molesto, está lleno de tentaciones; en cosas prósperas para que no te ensalces, en cosas adversas para que no te rompas. Quien te dio la felicidad de este siglo, te la dio para tu consuelo, no para tu corrupción. De nuevo, quien te azota en este siglo, lo hace para tu corrección, no para tu condenación. Soporta al padre que te instruye, para que no sientas al juez que te castiga. Esto os decimos todos los días, y a menudo debe decirse, porque son buenas y saludables.

1. El orden de la lectura evangélica según Juan, como podéis recordar, aquellos que os preocupáis por vuestro progreso, sigue de tal manera que lo que se ha leído ahora se nos propone para ser tratado hoy. Desde el principio hasta la lectura de hoy, lo que se ha dicho anteriormente, recordáis que ya ha sido tratado. Y si por casualidad habéis olvidado mucho de ello, ciertamente al menos nuestro oficio permanece en vuestra memoria. Lo que habéis oído aquí sobre el bautismo de Juan, aunque no recordéis todo, creo que al menos recordáis haberlo oído: también se ha dicho por qué el Espíritu Santo apareció en forma de paloma; y cómo se resolvió aquella cuestión tan complicada, porque algo que no conocía, Juan lo aprendió en el Señor a través de la paloma, cuando ya lo conocía, cuando al venir para ser bautizado, dijo: Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Cuando el Señor le respondió: Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia (Mateo III, 14 y 15).

2. Ahora, por tanto, el orden de la lectura nos obliga a volver a ese mismo Juan. Él es aquel que fue profetizado por Isaías, Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas (Isaías XL, 3). Tal testimonio dio a su Señor, y (porque él lo dignó) a su amigo: y el mismo Señor y amigo suyo también dio testimonio de Juan. Dijo de Juan: Entre los nacidos de mujer no ha surgido uno mayor que Juan el Bautista. Pero porque él se le antepuso, en esto que era más que Juan, era Dios. Pero el que es menor, dice, en el reino de los cielos es mayor que él (Mateo XI, 11). Menor en nacimiento, mayor en poder, mayor en divinidad, majestad, claridad: como en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Así había dado testimonio Juan al Señor en las lecturas anteriores, que decía que era el Hijo de Dios, pero no decía que era Dios, ni tampoco lo negaba: había callado que era Dios, no había negado que era Dios, pero no lo calló del todo: tal vez encontramos esto en la lectura de hoy. Había dicho que era el Hijo de Dios: pero también se dice que los hombres son hijos de Dios. Había dicho que era de tal excelencia, que él no era digno de desatar la correa de su sandalia (Juan I, 1, 34, 27). Ya esta grandeza da mucho a entender, de quien no era digno de desatar la correa de su sandalia, aquel de quien no había surgido nadie mayor entre los nacidos de mujer. Era más que todos los hombres y ángeles. Pues encontramos que un ángel prohibió que un hombre cayera a sus pies. Porque cuando un ángel mostraba ciertas cosas a Juan en el Apocalipsis, quien escribió este Evangelio, aterrorizado por la grandeza de la visión, Juan cayó a los pies del ángel. Y él: Levántate, no lo hagas; adora a Dios, porque yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos (Apocalipsis XXII, 8, 9). Así que el ángel prohibió que un hombre cayera a sus pies. ¿No es evidente que está por encima de todos los ángeles, aquel a quien tal hombre, de quien no ha surgido nadie mayor entre los nacidos de mujer, dice que no es digno de desatar la correa de su sandalia?

3. Sin embargo, que Juan diga algo más evidente, que nuestro Señor Jesucristo es Dios. Encontramos esto en la lectura presente, porque tal vez también hemos cantado de él, Dios reinó sobre toda la tierra: contra lo cual son sordos, quienes piensan que él reina solo en África. Pues no se dijo de Cristo, cuando se dijo, Dios reinó sobre toda la tierra. ¿Quién es

nuestro rey, sino nuestro Señor Jesucristo? Él es nuestro rey. ¿Y qué habéis oído en ese mismo Salmo, en el verso reciente que se cantó ahora? Cantad a nuestro Dios, cantad: cantad a nuestro rey, cantad. A quien llamó Dios, a ese mismo llamó nuestro rey: Cantad a nuestro Dios, cantad: cantad a nuestro rey, cantad con inteligencia. No quieras entender en una parte a quien cantas: Porque Dios es el rey de toda la tierra (Salmo XLVI, 3, 7, 8). ¿Y cómo es rey de toda la tierra, quien fue visto en una parte de la tierra, en Jerusalén, en Judea, caminando entre los hombres, nacido, amamantado, creciendo, comiendo, bebiendo, velando, durmiendo, cansado sentado junto al pozo, apresado, azotado, cubierto de escupitajos, coronado de espinas, colgado en el madero, herido con una lanza, muerto, sepultado? ¿Cómo, entonces, es rey de toda la tierra? Lo que se veía en un lugar, era carne: a ojos carnales la carne aparecía; en la carne mortal se ocultaba la majestad inmortal. ¿Y con qué ojos podrá la majestad inmortal ser vista a través de la envoltura de la carne? Hay otro ojo, hay un ojo interior. Pues no es que Tobías no tuviera ojos, cuando ciego de los ojos corporales daba preceptos de vida a su hijo (Tobías IV). Él sostenía la mano de su padre para que caminara con sus pies: él daba consejo a su hijo para que mantuviera el camino de la justicia. Y con estos ojos veo, y con estos ojos entiendo. Y son mejores los ojos del que da consejo de vida, que los ojos del que sostiene la mano. Tales ojos buscaba también Jesús, cuando dijo a Felipe: Tanto tiempo he estado con vosotros, ¿y no me has conocido? Tales ojos buscaba, cuando dijo: Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Juan XIV, 9). Estos ojos están en la inteligencia, estos ojos están en la mente. Por eso, cuando el Salmo dijo: Porque Dios es el rey de toda la tierra; inmediatamente añadió: Cantad con inteligencia. Porque lo que digo, Cantad a nuestro Dios, cantad; digo que Dios es nuestro rey. Pero a nuestro rey lo visteis entre los hombres como hombre, lo visteis sufrir, crucificado, muerto: algo se ocultaba en esa carne que pudisteis ver con ojos carnales. ¿Qué se ocultaba allí? Cantad con inteligencia; no busquéis con los ojos lo que se contempla con la mente. Cantad con la lengua, porque entre vosotros está la carne; pero porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, dad sonido a la carne, dad a Dios la mirada de la mente. Cantad con inteligencia, y ved que el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

4. Que también Juan dé testimonio: Después de esto vino Jesús y sus discípulos a la tierra de Judea, y allí permanecía con ellos, y bautizaba. Bautizado, bautizaba. No bautizaba con el bautismo con el que fue bautizado. El Señor, bautizado por el siervo, da el bautismo, mostrando el camino de la humildad, y conduciendo al bautismo del Señor, es decir, su propio bautismo, ofreciendo un ejemplo de humildad, porque él no rechazó el bautismo del siervo. Y en el bautismo del siervo se preparaba el camino para el Señor, y el Señor bautizado se hizo camino para los que venían. Escuchémoslo: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan XIV, 6). Si buscas la verdad, mantén el camino: pues el mismo es el camino que es la verdad. Él mismo es a donde vas, él mismo es por donde vas; no vas por otro a otro, no vienes a Cristo por otro: vienes a Cristo por Cristo. ¿Cómo por Cristo a Cristo? Por Cristo hombre a Cristo Dios: por el Verbo hecho carne, al Verbo que en el principio era Dios con Dios; de lo que comió el hombre, a lo que los ángeles comen diariamente. Pues así está escrito, Pan del cielo les dio: pan de ángeles comió el hombre (Salmo LXXVII, 24 y 25). ¿Quién es el pan de los ángeles? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. ¿Cómo comió el hombre el pan de los ángeles? Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14).

5. Pero porque hemos dicho que los ángeles comen, hermanos, no penséis que se hace con mordiscos. Pues si entendéis esto, como si se desgarrara a Dios a quien los ángeles comen. ¿Quién desgarra la justicia? Pero de nuevo alguien me dice: ¿Y quién es el que come justicia? ¿De dónde entonces, Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos

serán saciados (Mateo V, 6)? El alimento que comes por la carne, para que te repongas, ese se consume; para que te repare, se consume: come justicia, y tú te repones, y ella permanece íntegra. Así como viendo esta luz corporal se reponen estos nuestros ojos, y es una cosa corporal que se ve con ojos corporales. Pues muchos cuando han estado más tiempo en la oscuridad, su agudeza se debilita, como si fuera un ayuno de luz. Privados los ojos de su alimento (pues se alimentan de la luz), se fatigan por el ayuno y se debilitan, de tal manera que no pueden ver la misma luz con la que se reponen: y si está ausente por más tiempo, se extinguen, y como si muriera en ellos la misma agudeza de la luz. ¿Qué, entonces? porque tantos ojos se alimentan diariamente de esta luz, ¿se hace menor? Y ellos se reponen, y ella permanece íntegra. Si Dios pudo exhibir esto de la luz corporal a los ojos corporales; ¿no exhibirá a los corazones puros aquella luz infatigable, íntegra, que permanece, sin faltar en ninguna parte? ¿Qué luz? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios. Veamos si es luz. Porque contigo está el manantial de la vida, y en tu luz veremos la luz (Salmo XXXV, 10). En la tierra una cosa es el manantial, otra cosa es la luz. Sediento buscas el manantial, y para llegar al manantial, buscas la luz: y si no es de día, enciendes una lámpara, para llegar al manantial. Aquel manantial, es la misma luz; para el sediento es manantial, para el ciego es luz: ábranse los ojos para que vean la luz, ábranse las fauces del corazón para que beban del manantial; lo que bebes, eso ves, eso oyes. Todo te lo hace Dios; porque de lo que amas, todo te es. Si atiendes a lo visible, ni el pan es Dios, ni el agua es Dios, ni esta luz es Dios, ni el vestido es Dios, ni la casa es Dios. Pues todas estas cosas son visibles, y son individuales: lo que es pan, no es agua; y lo que es vestido, no es casa; y lo que son estas cosas, no es Dios: pues son visibles. Dios te es todo: si tienes hambre, es pan para ti; si tienes sed, es agua para ti; si estás en tinieblas, es luz para ti, porque permanece incorruptible; si estás desnudo, es vestido de inmortalidad para ti, cuando esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Corintios XV, 53, 54). Todo puede decirse de Dios, y nada se dice dignamente de Dios. Nada más amplio que esta pobreza. Buscas un nombre adecuado, no lo encuentras; buscas de alguna manera decirlo, todo lo encuentras. ¿Qué semejanza hay entre cordero y león? De Cristo se ha dicho ambos: He aquí el cordero de Dios (Juan I, 29). ¿Cómo león? Venció el león de la tribu de Judá (Apocalipsis V, 5).

6. Escuchemos a Juan: Bautizaba Jesús. Dijimos que bautizaba Jesús. ¿Cómo Jesús? ¿cómo el Señor? ¿cómo el Hijo de Dios? ¿cómo el Verbo? Pero el Verbo se hizo carne. Y también Juan bautizaba en Enón cerca de Salim. Un lago llamado Enón. ¿De dónde se entiende que era un lago? Porque había allí muchas aguas, y venían y se bautizaban. Pues aún no había sido encarcelado Juan. Si recordáis (he aquí que lo digo de nuevo), dije por qué bautizaba Juan: porque era necesario que el Señor fuera bautizado. ¿Y por qué era necesario que el Señor fuera bautizado? Porque muchos iban a despreciar el Bautismo, ya que se verían dotados de mayor gracia que otros fieles. Por ejemplo, un catecúmeno que ya vivía en continencia, despreciaría a uno casado, y diría que es mejor que aquel fiel. Ese catecúmeno podría decir en su corazón: ¿Qué necesidad tengo de recibir el Bautismo, para tener lo mismo que aquel, al que ya soy mejor? Para que, por tanto, este orgullo no precipitara a algunos muy elevados por los méritos de su justicia, quiso el Señor ser bautizado por un siervo; como hablando a los hijos de la capital: ¿Por qué os ensalzáis? ¿por qué os erguís, porque tenéis, aquel prudencia, aquel doctrina, aquel castidad, aquel fortaleza de paciencia? ¿Acaso podéis tener tanto como yo que lo di? Y sin embargo, yo fui bautizado por un siervo, vosotros os desdeñáis de ser bautizados por el Señor. Esto es, Para que se cumpla toda justicia (Mateo III, 15).

7. Pero alguien dirá: Entonces, ¿bastaba con que Juan bautizara al Señor; qué necesidad había de que otros fueran bautizados por Juan? Y también dijimos esto, porque si solo el Señor fuera bautizado por Juan, no faltaría esta idea a los hombres, que Juan tenía un bautismo

mejor que el del Señor. Pues dirían: Hasta tal punto era grande el bautismo que tenía Juan, que solo Cristo fue digno de ser bautizado con él. Por tanto, para que se mostrara mejor el bautismo que el Señor iba a dar, y aquel se entendiera como de siervo, aquel como del Señor, fue bautizado el Señor, para ofrecer un ejemplo de humildad: pero no fue bautizado solo por él, para que el bautismo de Juan no pareciera mejor que el del Señor. A esto, pues, nuestro Señor Jesucristo ofreció el camino, como habéis oído, hermanos, para que nadie, arrogante por tener abundancia de alguna gracia, se desdeñe de ser bautizado con el bautismo del Señor. Pues por mucho que progrese el catecúmeno, aún lleva la carga de su iniquidad: no se le perdona, sino cuando viene al Bautismo. Así como el pueblo de Israel no se libró del pueblo de los egipcios, sino cuando llegó al mar Rojo (Éxodo XIV); así nadie se libra de la opresión de los pecados, sino cuando llega a la fuente del Bautismo.

8. Se suscitó, por tanto, una cuestión entre los discípulos de Juan con los judíos sobre la purificación. Bautizaba Juan, bautizaba Cristo: se inquietaron los discípulos de Juan; se acudía a Cristo, se venía a Juan. Pues los que venían a Juan, él los enviaba a Jesús para ser bautizados; no se enviaban a Juan, los que eran bautizados por Cristo. Se turbaron los discípulos de Juan, y comenzaron a tratar la cuestión con los judíos, como suele hacerse. Entiendes que los judíos dijeron que Cristo era mayor, y que se debía acudir a su bautismo. Ellos, aún sin entender, defendían el bautismo de Juan. Se llegó al mismo Juan, para que resolviera la cuestión. Entienda vuestra Caridad. Y aquí se reconoce la utilidad de la humildad, y se muestra si en esa cuestión, cuando los hombres erraban, quiso Juan gloriarse en sí mismo. Pues tal vez dijo: Decís la verdad, defendéis correctamente, mi bautismo es mejor. Pues para que sepáis que mi bautismo es mejor, yo mismo bauticé a Cristo. Podía decir esto Juan, habiendo bautizado a Cristo. Cuánto, si quisiera extenderse, tenía donde extenderse. Pero mejor sabía ante quién se humillaba: a quien sabía que precedía al nacer, quiso cederle confesando; entendía que su salvación estaba en Cristo. Ya había dicho antes, Todos hemos recibido de su plenitud (Juan I, 16): y esto confesar es ser Dios. Pues ¿cómo todos los hombres reciben de su plenitud, si él no es Dios? Pues si él es solo hombre y no Dios, también él recibe de la plenitud de Dios, y así no es Dios. Pero si todos los hombres reciben de su plenitud, él es la fuente, ellos los que beben. Los que beben de la fuente, pueden tener sed y beber; la fuente nunca tiene sed, la fuente no se necesita a sí misma. Los hombres necesitan la fuente; con entrañas secas, con fauces secas corren a la fuente para reponerse: la fuente fluye para reponer; así el Señor Jesús.

9. Veamos, por tanto, qué respondió Juan: Vinieron a Juan, y le dijeron: Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, a quien tú diste testimonio, he aquí que él bautiza, y todos vienen a él: esto es, ¿Qué dices? ¿no deben ser impedidos, para que vengan a ti más bien? Respondió, y dijo: No puede el hombre recibir nada, si no le es dado del cielo. ¿De quién pensáis que dijo esto Juan? De sí mismo: Como hombre he recibido, dice, del cielo. Atienda vuestra Caridad. No puede el hombre recibir nada, si no le es dado del cielo. Vosotros mismos me dais testimonio de que dije, Yo no soy el Cristo. Como diciendo, ¿por qué os engañáis? ¿cómo me propusisteis esta cuestión? ¿Qué me dijisteis? Rabí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, a quien tú diste testimonio. Sabéis, pues, qué testimonio le di: ¿ahora diré que no es aquel que dije que era? Por tanto, porque he recibido algo del cielo para ser algo, ¿queréis que sea vano, para que hable contra la verdad? No puede el hombre recibir nada, si no le es dado del cielo. Vosotros mismos me dais testimonio de que dije, Yo no soy el Cristo. No eres tú el Cristo: pero ¿qué, si mayor que él, porque tú lo bautizaste? Fui enviado: yo soy el heraldo, él es el juez.

10. Y escucha un testimonio mucho más vehemente, mucho más claro. Ved lo que se nos hace; ved lo que debemos amar; ved que amar a algún hombre en lugar de Cristo, es

adulterio. ¿Por qué digo esto? Atendamos a la voz de Juan: se podía errar en él, se podía pensar que él era quien no era; rechazó el falso honor, para mantener la verdad sólida. Ved lo que dice de Cristo, lo que dice de sí mismo: El que tiene la esposa, es el esposo. Sed castos, amad al esposo. Pero ¿qué eres tú, que nos dices, El que tiene la esposa, es el esposo? Pero el amigo del esposo, que está y lo oye, se goza grandemente por la voz del esposo. El Señor nuestro Dios estará presente por el movimiento de mi corazón, pues está lleno de mucho gemido, decir lo que lamento: pero os ruego por el mismo Cristo, que lo que no pueda decir, lo penséis vosotros; pues sé que mi dolor no puede ser expresado dignamente. Pues veo a muchos adúlteros, que quieren poseer a la esposa comprada a tan gran precio, amada fea para que fuera hermosa, por aquel comprador, aquel libertador, aquel decorador; y hacen con sus palabras que sean amados en lugar del esposo. De él se dijo, Este es el que bautiza (Juan I, 33). ¿Quién sale aquí y dice, Yo bautizo? ¿quién sale aquí y dice, Lo que yo dé, eso es santo? ¿quién sale aquí y dice, Es bueno para ti nacer de mí? Escuchemos al amigo del esposo, no a los adúlteros del esposo: escuchemos al que tiene celo, pero no para sí.

11. Hermanos, regresen en su corazón a sus hogares, hablo de cosas carnales, hablo de cosas terrenales; hablo humanamente, debido a la debilidad de su carne (Rom. VI, 19). Muchos tienen esposas, muchos desean tenerlas, muchos, aunque no lo deseen, las han tenido; muchos que no desean tener esposas en absoluto, nacieron de las esposas de sus padres: no hay corazón que no toque este afecto; no hay nadie en los asuntos humanos tan alejado del género humano que no sienta lo que digo. Imaginen a alguien que ha partido al extranjero, confiando su prometida a un amigo: Mira, te lo ruego, eres querido para mí, no sea que en mi ausencia alguien sea amado en mi lugar. ¿Qué clase de persona es aquella que, cuidando de la prometida o esposa de su amigo, se esfuerza para que nadie más sea amado, pero si desea ser amado en lugar de su amigo, y quiere usar lo que se le ha confiado, cuán detestable aparece ante todo el género humano? Si la ve mirar por la ventana de manera un poco atrevida o bromear con alguien, la prohíbe como si estuviera celoso: veo al celoso, pero quiero ver por quién; si es por el amigo ausente, o por él mismo presente. Supongan que nuestro Señor Jesucristo hizo esto. Confió su prometida a su amigo, partió al extranjero para recibir un reino, como él mismo dice en el Evangelio (Luc. XIX, 12), y sin embargo está presente en majestad. Que sea engañado el amigo que partió al otro lado del mar; y si es engañado, ¡ay de aquel que engaña! ¿Por qué intentan engañar a Dios, que ve los corazones de todos y escudriña todos los secretos? Surge algún hereje y dice: Yo doy, yo santifico, yo justifico, no quiero que vayan a esa secta. Bien celoso, pero ve por quién. No vayan a los ídolos, bien celoso: no a los hechiceros, bien celoso. Veamos por quién es celoso: Lo que yo doy es santo, porque yo lo doy; a quien yo bautizo está bautizado, a quien no bautizo no está bautizado. Escucha al amigo del esposo, aprende a ser celoso por tu amigo: escucha su voz, Este es quien bautiza. ¿Por qué quieres atribuirte lo que no es tuyo? ¿Está tan ausente quien dejó aquí a su prometida? ¿No sabes que aquel que resucitó de entre los muertos, está sentado a la derecha del Padre? Si los judíos lo despreciaron colgado en el madero, ¿tú lo desprecias sentado en el cielo? Sepa vuestra Caridad que sufro gran dolor por este asunto: pero, como dije, dejo lo demás a sus pensamientos. Porque no digo, si hablo todo el día; si lloro todo el día, no es suficiente: no digo, si tengo, como dice el profeta, una fuente de lágrimas (Jer. IX, 1); pero si me convierto en lágrimas, y me hago lágrimas, en lenguas, y me hago lenguas, es poco.

12. Regresemos, veamos qué dice este: Quien tiene a la prometida, es el esposo; no es mi prometida. ¿Y no te alegras en las bodas? Al contrario, me alegro, dice: Pero el amigo del esposo, que está de pie y lo escucha, se alegra con gran alegría por la voz del esposo. No, dice, me alegro por mi voz, sino que me alegro por la voz del esposo. Yo estoy en el

escuchar, él en el hablar: yo soy el que debe ser iluminado, él es la luz; yo estoy en el oído, él es la Palabra. Por lo tanto, el amigo del esposo está de pie y lo escucha. ¿Por qué está de pie? Porque no cae. ¿Por qué no cae? Porque es humilde. Ve al que está de pie en lo sólido: No soy digno de desatar la correa de su sandalia (Juan I, 27). Bien te humillas, con razón no caes, con razón estás de pie, con razón lo escuchas, y te alegras con gran alegría por la voz del esposo. Así también el Apóstol, amigo del esposo, es celoso, pero no para sí mismo, sino para el esposo. Escucha la voz del celoso: Con celo de Dios os celo, dijo; no con mi celo, no para mí, sino con celo de Dios. ¿De dónde? ¿Cómo? ¿A quién celas, o por quién celas? Porque os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen casta a Cristo. ¿Qué temes entonces? ¿Por qué celas? Temo, dice, que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestros sentidos sean corrompidos de la castidad que es en Cristo (II Cor. XI, 2, 3). Toda la Iglesia ha sido llamada virgen. Ven que los miembros de la Iglesia son diversos, dotados de diferentes dones y se alegran: algunos casados, otras casadas, algunos viudos que ya no buscan esposas, otras viudas que ya no buscan maridos, algunos conservan la integridad desde la juventud, otras han prometido su virginidad a Dios; son dones diversos, pero todos estos son una sola virgen. ¿Dónde está esa virginidad? No está en el cuerpo. Es de pocas mujeres, y si se puede llamar virginidad en los hombres, la santa integridad del cuerpo también es de pocos hombres en la Iglesia, y es un miembro más honorable: pero los otros miembros no en el cuerpo, sino todos en la mente guardan la virginidad. ¿Qué es la virginidad de la mente? Fe íntegra, esperanza sólida, caridad sincera. Esa virginidad temía aquel que celaba para el esposo, que fuera corrompida por la serpiente. Porque así como un miembro del cuerpo es violado en un lugar, así la seducción de la lengua viola la virginidad del corazón. Que no se corrompa en la mente, quien no quiere guardar la virginidad del cuerpo sin razón.

13. ¿Qué diré entonces, hermanos? También los herejes tienen vírgenes, y hay muchas vírgenes de los herejes. Veamos si aman al esposo, para que esa virginidad sea guardada. ¿Para quién se guarda? Para Cristo, dice. Veamos si para Cristo, no para Donato: veamos para quién se guarda esa virginidad; pronto podrán probarlo. Aquí les muestro al esposo, porque él mismo se muestra: Juan da testimonio de él, Este es quien bautiza. Oh tú, virgen, si guardas tu virginidad para este esposo, ¿por qué corres hacia aquel que dice, Yo bautizo; cuando el amigo de tu esposo dice, Este es quien bautiza? Además, tu esposo posee todo el mundo; ¿por qué te corrompes en una parte? ¿Quién es el esposo? Porque Dios es el rey de toda la tierra (Sal. XLVI, 8). Tu esposo lo posee todo, porque lo compró todo. Ve cuánto pagó, para que entiendas qué compró: ¿qué precio dio? Dio su sangre. ¿Dónde dio, dónde derramó su sangre? En la pasión. ¿No cantas a tu esposo, o finges cantar, cuando todo el mundo fue comprado: Horadaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos: ellos mismos me miraron y me observaron; repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes? Eres la esposa, reconoce la vestidura de tu esposo. ¿Sobre qué vestidura se echó la suerte? Pregunta al Evangelio; ve a quién estás desposada, ve de quién recibes las arras. Pregunta al Evangelio; ve qué te dice en la pasión del Señor. Había allí una túnica: veamos cómo era: tejida de arriba. ¿Qué significa la túnica tejida de arriba, sino la caridad? ¿Qué significa la túnica tejida de arriba, sino la unidad? Atiende a esta túnica, que ni los perseguidores de Cristo dividieron. Dice: Dijeron entre sí, No la dividamos, sino echemos suertes sobre ella (Juan XIX, 23, 24). Aquí de dónde escucharon el Salmo. Los perseguidores no rasgaron la vestidura: los cristianos dividen la Iglesia.

14. Pero, ¿qué diré, hermanos? Veamos claramente qué compró. Allí compró, donde dio el precio. ¿Por cuánto dio? Si dio por África, seamos Donatistas, y no seamos llamados Donatistas, sino Cristianos; porque Cristo compró solo África: aunque aquí no solo los

Donatistas. Pero no ocultó en su comercio qué compró. Hizo escrituras: gracias a Dios, no nos engañó. Es necesario que la esposa escuche, y allí entienda a quién ha prometido su virginidad. Allí en el mismo salmo donde se dijo, Horadaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos; donde la pasión del Señor se declara clarísimamente: ese salmo se lee cada año en la última semana con todo el pueblo atento, con la pasión de Cristo inminente, y tanto entre nosotros como entre ellos se lee ese salmo. Presten atención, hermanos, a qué compró allí; que se reciten las escrituras comerciales; escuchen qué compró allí: Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra; y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones: porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones (Sal. XXI, 17-29). Aquí está lo que compró. Aquí está porque Dios es el rey de toda la tierra, es tu esposo. ¿Por qué entonces quieres ser llevada a trapos a un rico tan grande? Reconoce: lo compró todo, y tú dices, Aquí tienes una parte. Oh, si agradaras al esposo, oh, si no hablaras corrompida, y corrompida, lo que es peor, de corazón, no de cuerpo. Amas a un hombre en lugar de Cristo, amas al que dice, Yo bautizo: no escuchas al amigo del esposo diciendo, Este es quien bautiza; no escuchas diciendo, Quien tiene a la prometida, es el esposo. Yo no tengo a la prometida, dijo: pero ¿qué soy? Pero el amigo del esposo, que está de pie y lo escucha, se alegra con gran alegría por la voz del esposo (I Cor. XIII, 1).

15. Evidentemente, entonces, hermanos míos, nada les aprovecha a estos guardar la virginidad, tener continencia, dar limosnas; todas esas cosas que se alaban en la Iglesia, nada les aprovechan: porque desgarran la unidad, es decir, esa túnica de caridad. ¿Qué hacen? Muchos entre ellos son elocuentes, grandes lenguas, ríos de palabras. ¿Acaso hablan angelicalmente? Escuchen al amigo del esposo celando para el esposo, no para sí mismo: Si hablo en lenguas humanas y angélicas, pero no tengo caridad, he llegado a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe (I Cor. XIII, 1).

16. Pero, ¿qué dicen? Tenemos el Bautismo. Lo tienes, pero no es tuyo. Una cosa es tener, otra es poseer. Tienes el Bautismo, porque lo recibiste para ser bautizado, lo recibiste como iluminado; si no has sido oscurecido por ti mismo: y cuando lo das, lo das como ministro, no como poseedor; clamas como heraldo, no como juez. Por el heraldo habla el juez, y en los registros, sin embargo, no se escribe, Dijo el heraldo; sino, Dijo el juez. Por tanto, ve si lo que das es tuyo, por poder. Pero si lo recibiste, confiesa con el amigo del esposo, No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo. Confiesa con el amigo del esposo, Quien tiene a la prometida, es el esposo; pero el amigo del esposo está de pie y lo escucha. Pero oh, si estuvieras de pie y lo escucharas, y no cayeras para escucharte a ti mismo. Porque al escucharlo a él, estarías de pie y lo escucharías: pues hablas, y te inflas de orgullo. Yo, dice la Iglesia, si soy la prometida, si he recibido las arras, si he sido redimida con el precio de su sangre, escucho la voz del esposo; y escucho la voz del amigo del esposo cuando le da gloria a mi esposo, no a sí mismo. Que diga el amigo, Quien tiene a la prometida, es el esposo: pero el amigo del esposo está de pie y lo escucha, y se alegra con gran alegría por la voz del esposo. Aquí tienes los Sacramentos, y yo lo concedo. Tienes la forma, pero eres un sarmiento cortado de la vid; tú muestras la forma, yo busco la raíz: de la forma no sale fruto, sino donde está la raíz; pero ¿dónde está la raíz, sino en la caridad? Y escucha la forma de los sarmientos; que hable Pablo: Si supiera, dice, todos los misterios, y tuviera toda la profecía y toda la fe (¿y cuánta fe?), de tal manera que trasladara montes, pero no tengo caridad, nada soy (I Cor. XIII, 1, 2).

17. Que nadie, entonces, les venda cuentos. Y Poncio hizo un milagro; y Donato oró, y Dios le respondió desde el cielo. Primero, o se engañan o engañan. Finalmente, haz que traslade montes: Pero no tengo caridad, dice, nada soy. Veamos si tuvo caridad. Creería, si no hubiera dividido la unidad. Porque también contra estos, por así decirlo, hacedores de milagros, me

previno mi Dios, diciendo: En los últimos tiempos se levantarán falsos profetas, haciendo señales y prodigios, para engañar, si fuera posible, aun a los elegidos: miren que se los he dicho de antemano (Marc. XIII, 22, 23). Por lo tanto, el esposo nos hizo cautos, porque no debemos ser engañados ni siquiera por los milagros. Porque a veces incluso un desertor asusta al provincial; pero si está en el campamento, y si ese carácter en el que fue marcado le sirve de algo, esto lo considera quien no quiere ser asustado ni seducido. Mantengamos, entonces, la unidad, hermanos míos: fuera de la unidad, incluso quien hace milagros no es nada. Porque en la unidad estaba el pueblo de Israel, y no hacía milagros: fuera de la unidad estaban los magos de Faraón, y hacían cosas similares a Moisés (Éxod. VII, 12, 22, y VIII, 7). El pueblo de Israel, como dije, no hacía: ¿quiénes eran salvos ante Dios; los que hacían, o los que no hacían? El apóstol Pedro resucitó a un muerto (Hech. IX, 40); Simón el Mago hizo muchas cosas (Hech. VIII, 10): había allí algunos cristianos que no podían hacer ni lo que hacía Pedro, ni lo que hacía Simón; pero ¿de qué se alegraban? Porque sus nombres estaban escritos en el cielo. Porque incluso a los discípulos que regresaban, nuestro Señor Jesucristo dijo esto por la fe de las naciones. Porque los discípulos mismos dijeron, gloriándose, Mira, Señor, en tu nombre aun los demonios se nos sujetan. Bien confesaron, dieron honor al nombre de Cristo; y sin embargo, ¿qué les dijo? No se alegren de que los demonios se les sujeten; sino alégrense de que sus nombres están escritos en el cielo (Luc. X, 17-20). Pedro expulsó demonios; alguna anciana viuda, algún hombre cualquiera laico teniendo caridad, manteniendo la integridad de la fe, no hace esto: Pedro en el cuerpo es el ojo, él en el cuerpo es el dedo; sin embargo, está en ese cuerpo en el que también está Pedro; y si el dedo vale menos que el ojo, no está, sin embargo, cortado del cuerpo. Es mejor ser un dedo y estar en el cuerpo, que ser un ojo y ser arrancado del cuerpo.

18. Por lo tanto, hermanos míos, que nadie los engañe, que nadie los seduzca: amen la paz de Cristo, quien fue crucificado por ustedes, siendo Dios. Pablo dice, Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento (I Cor. III, 7). ¿Y alguno de nosotros dice que es algo? Si dijéramos que somos algo, y no le diéramos gloria a él, somos adúlteros; queremos ser amados, no el esposo. Ustedes amen a Cristo, y a nosotros en él, en quien también ustedes son amados por nosotros. Que los miembros se amen mutuamente, pero que todos vivan bajo la cabeza. Con dolor, hermanos míos, me he visto obligado a decir muchas cosas, y he dicho pocas: no pude terminar la lectura, el Señor estará presente para que se termine oportunamente. Porque no quise cargar más sus corazones, que quiero que estén vacíos para los gemidos y las oraciones por aquellos que aún están sordos, y no entienden.

TRACTATUS XIV. Desde el lugar del Evangelio, Este, pues, mi gozo está cumplido, etc., hasta, Pero el que no cree en el Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él. Cap. III, V. 29-36.

1. Esta lectura del santo Evangelio nos enseña la excelencia de la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, y la humildad del hombre que mereció ser llamado amigo del esposo; para que distingamos qué diferencia hay entre hombre y hombre, y hombre y Dios. Porque el hombre Dios nuestro Señor Jesucristo, Dios antes de todos los siglos, y hombre en nuestro siglo: Dios del Padre, hombre de la Virgen, uno y el mismo Señor y salvador Jesucristo, Hijo de Dios, Dios y hombre. Juan, en verdad, de excelente gracia enviado antes de él; iluminado por aquel que es la luz. Porque de Juan se dijo, No era él la luz, sino para que diera testimonio de la luz (Juan I, 8). Puede ciertamente ser llamado luz, y bien se le llama también luz; pero iluminado, no iluminante. Otra cosa es la luz que ilumina, y otra la luz que es iluminada: porque también nuestros ojos son llamados luces, y sin embargo en la oscuridad están abiertos, y no ven. Pero la luz que ilumina es luz por sí misma, y es luz para sí misma, y no necesita otra luz para poder brillar, sino que los demás necesitan de ella para brillar.

2. Confesó entonces Juan, como habéis oído, que cuando Jesús hacía muchos discípulos, y se le informaba como si se le incitara; pues le contaron con envidia: "He aquí que él hace más discípulos que tú". Él confesó lo que era, y por eso mereció pertenecer a él, porque no se atrevió a decir que era él. Así dijo Juan: «No puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo». Por lo tanto, Cristo da, el hombre recibe. «Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de él. El que tiene la esposa, es el esposo; pero el amigo del esposo, que está presente y le oye, se goza grandemente por la voz del esposo» (Jn 3, 26-29). No se hizo gozo de sí mismo. Porque quien quiere gozarse de sí mismo, estará triste; pero quien quiere gozarse de Dios, siempre se gozará, porque Dios es eterno. ¿Quieres tener gozo eterno? Aférrate a aquel que es eterno. Así se describió Juan. Por la voz del esposo se goza el amigo del esposo, dijo, no por su propia voz: y está presente, y le oye. Si cae, no le oye: porque de aquel que cayó, se dijo: «Y en la verdad no permaneció» (Jn 8, 44); se dijo del diablo. Por lo tanto, el amigo del esposo debe estar presente y escuchar. ¿Qué significa estar presente? Permanecer en la gracia que ha recibido. Y escucha la voz que le hace gozar. Así era Juan: sabía de dónde venía su gozo, no se atribuía lo que no era; sabía que era iluminado, no iluminador. Pero era la luz verdadera, dice el Evangelista, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Jn 1, 9). Si ilumina a todo hombre, también a Juan; porque él también es de los hombres. Pues aunque no ha surgido nadie mayor que Juan entre los nacidos de mujer (Mt 11, 11), él también es uno de los nacidos de mujer. ¿Acaso puede compararse con aquel que, porque quiso, nació; y por eso con un nuevo nacimiento, porque es nuevo nacido? Ambas generaciones del Señor son inusitadas, tanto la divina como la humana: la divina no tiene madre, la humana no tiene padre. Por lo tanto, Juan es uno de los demás, pero de mayor gracia, de modo que entre los nacidos de mujer no ha surgido nadie mayor que él, dio tal testimonio a nuestro Señor Jesucristo, que lo llama esposo, a sí mismo amigo del esposo, no digno de desatar la correa de su calzado. De esto ya ha oído mucho vuestra Caridad: veamos lo que sigue; pues es algo denso para entender. Pero ya que Juan dice que «no puede el hombre recibir nada, si no le fuere dado del cielo», lo que no entendamos, pidámoslo a aquel que da del cielo: porque somos hombres, y no podemos recibir nada, si no lo da aquel que no es hombre.

3. Esto sigue, y dice Juan: «Este, pues, mi gozo está cumplido». ¿Cuál es su gozo? Gozarse por la voz del esposo. Está cumplido en mí, tengo mi gracia, no asumo más, para no perder lo que he recibido. ¿Cuál es este gozo? Gozarse por la voz del esposo. Entienda, pues, el hombre que no debe gozarse de su propia sabiduría, sino de la sabiduría que ha recibido de Dios. No busque más, y no perderá lo que ha encontrado. Muchos se hicieron insensatos porque dijeron ser sabios. El Apóstol los reprende, y dice de ellos: «Porque lo que de Dios se conoce, les es manifiesto: Dios se lo manifestó». De algunos ingratos, impíos, escuchad lo que dice: «Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, desde la creación del mundo, se ven, siendo entendidas por medio de las cosas hechas; su eterno poder y deidad, para que sean inexcusables». ¿Por qué «inexcusables»? Porque conociendo a Dios; no dijo, porque no lo conocieron; «conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido: profesando ser sabios, se hicieron necios» (Rom 1, 19-22). Pues si conocieron a Dios, también conocieron que no fueron hechos sabios sino por Dios. No se atribuyan, pues, lo que no tienen de sí mismos, sino a aquel de quien lo recibieron. No dando gracias, se hicieron insensatos. Por lo tanto, Dios quitó lo que había dado gratuitamente a los ingratos. Juan no quiso ser así, quiso ser agradecido: confesó haber recibido, y dijo que se gozaba por la voz del esposo, y dijo: «Este, pues, mi gozo está cumplido».

4. Es necesario que él crezca, y que yo disminuya. ¿Qué significa esto? Es necesario que él sea exaltado, y que yo sea humillado. ¿Cómo crece Jesús? ¿Cómo crece Dios? El perfecto no crece. Pero Dios ni crece ni disminuye. Pues si crece, no es perfecto; si disminuye, no es Dios. ¿Cómo crece Jesús, siendo Dios? Si es en edad, porque se dignó ser hombre, y fue niño; y siendo el Verbo de Dios, yacía como infante en el pesebre, y aunque él mismo creó a su madre, mamó leche de infancia de su madre: porque Jesús creció en edad de carne, tal vez por eso se dijo: «Es necesario que él crezca, y que yo disminuya». Pero ¿por qué también esto? Juan y Jesús, en cuanto a la carne, eran coetáneos: tenían seis meses de diferencia (Lc 1, 36), crecieron juntos; y si nuestro Señor Jesucristo quisiera estar aquí más tiempo antes de su muerte, y también a Juan aquí con él, como crecieron juntos, así podrían envejecer juntos: ¿por qué, entonces, «Es necesario que él crezca, y que yo disminuya»? Primero, porque ya el Señor tenía treinta años (Lc 3, 23): ¿acaso un joven, si ya tiene treinta años, sigue creciendo? Desde esa edad, los hombres comienzan a declinar hacia una edad más avanzada, y de ahí a la vejez. Pero incluso si ambos fueran niños, no diría: «Es necesario que él crezca, y que yo disminuya»; sino que diría: «Es necesario que crezcamos juntos». Ahora bien, él tenía treinta años, y el otro también: los seis meses de diferencia no distinguen la edad; más bien lo encuentra la lectura que la vista.

5. ¿Qué significa, entonces, «Es necesario que él crezca, y que yo disminuya»? ¡Gran misterio! Que vuestra Caridad lo entienda. Antes de que viniera el Señor Jesús, los hombres se gloriaban de sí mismos: vino aquel hombre, para que la gloria del hombre disminuyera, y aumentara la gloria de Dios. Pues él vino sin pecado, y encontró a todos con pecado. Si él vino para perdonar los pecados, que Dios conceda, y el hombre confiese. Pues la confesión del hombre es la humildad del hombre: la misericordia de Dios es la grandeza de Dios. Si él vino a perdonar los pecados del hombre, que el hombre reconozca su humildad, y que Dios haga su misericordia. «Es necesario que él crezca, y que yo disminuya»: esto es, es necesario que él dé, y que yo reciba; es necesario que él sea glorificado, y que yo confiese. Que el hombre entienda su lugar, y confiese a Dios, y escuche al Apóstol diciendo al hombre soberbio y altivo, que quiere exaltarse: «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?» (1 Cor 4, 7). Que el hombre entienda, pues, que ha recibido, quien quería decir suyo lo que no es suyo, y disminuya: pues es bueno para él que Dios sea glorificado en él. Que él disminuya en sí mismo, para que en Dios crezca. Estos testimonios y esta verdad, también con sus pasiones significaron Cristo y Juan. Pues Juan fue disminuido en la cabeza, Cristo fue exaltado en la cruz; para que allí también apareciera qué significa: «Es necesario que él crezca, y que yo disminuya». Además, Cristo nació cuando los días comenzaban a crecer, Juan nació cuando los días comenzaban a disminuir. Así lo atestiguó la misma creación y las mismas pasiones con las palabras de Juan diciendo: «Es necesario que él crezca, y que yo disminuya». Que crezca, pues, en nosotros la gloria de Dios, y que disminuya nuestra gloria, para que en Dios crezca también la nuestra. Esto dice el Apóstol, esto dice la Sagrada Escritura: «El que se gloría, gloríese en el Señor» (1 Cor 1, 31, y Jer 9, 23-24). ¿Quieres gloriarte en ti mismo? ¿Quieres crecer? Pero creces mal para tu mal. Pues quien crece mal, justamente disminuye. Que crezca, pues, Dios que siempre es perfecto, que crezca en ti. Pues cuanto más entiendes a Dios, y cuanto más lo comprendes, parece que Dios crece en ti: pero en sí mismo no crece, sino que siempre es perfecto. Ayer entendías poco, hoy entiendes más, mañana entenderás mucho más: la luz misma de Dios crece en ti; así parece que Dios crece, quien siempre permanece perfecto. Como si se curaran los ojos de alguien de su ceguera anterior, y comenzara a ver un poco de luz, y al día siguiente viera más, y al tercer día mucho más, le parecería que la luz crece: sin embargo, la luz es perfecta, ya sea que él vea o no vea. Así es también el hombre interior:

progresa en Dios, y Dios en él parece crecer; sin embargo, él disminuye, para que caiga de su propia gloria, y se levante en la gloria de Dios.

6. Y ya aparece claramente lo que acabamos de escuchar. El que viene de arriba, está por encima de todos. Mira lo que dice de Cristo. ¿Qué de sí mismo? El que es de la tierra, es de la tierra, y de la tierra habla. El que viene de arriba, está por encima de todos; Cristo es: El que es de la tierra, es de la tierra, y de la tierra habla; Juan es. ¿Y esto es todo, Juan es de la tierra, y de la tierra habla? ¿Todo el testimonio que da de Cristo, de la tierra habla? ¿No se oyen voces de Dios en Juan, donde da testimonio de Cristo? ¿Cómo, entonces, habla de la tierra? Pero hablaba del hombre. En cuanto a él mismo, es de la tierra, y de la tierra habla: si dice algo divino, ha sido iluminado por Dios. Pues si no hubiera sido iluminado, la tierra hablaría de la tierra. Por lo tanto, la gracia de Dios es una cosa, la naturaleza del hombre es otra. Ahora interroga la naturaleza del hombre: nace y crece, aprende las cosas habituales de los hombres. ¿Qué sabe sino de la tierra de la tierra? Habla humano, sabe humano, piensa humano; el carnal juzga carnalmente, sospecha carnalmente: he aquí todo el hombre. Que venga la gracia de Dios, ilumine sus tinieblas, como dice: «Tú iluminarás mi lámpara, Señor; mi Dios, ilumina mis tinieblas» (Sal 17, 29); tome la mente humana, conviértala a su luz: ya comienza a decir lo que dice el Apóstol: «No yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Cor 15, 10); y, «Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí» (Gál 2, 20). Esto es, «Es necesario que él crezca, y que yo disminuya». Por lo tanto, Juan, en cuanto a Juan se refiere, es de la tierra, y de la tierra habla: si oíste algo divino de Juan, es del que ilumina, no del que recibe.

7. El que viene del cielo, está por encima de todos; y lo que ha visto y oído, eso testifica; y su testimonio nadie lo recibe. El que viene del cielo, está por encima de todos, nuestro Señor Jesucristo: de quien se dijo antes: «Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del Hombre que está en el cielo» (Jn 3, 13). Pero está por encima de todos; y lo que ha visto y oído, eso habla. Pues él tiene al Padre, el Hijo de Dios; tiene al Padre, y oye del Padre. ¿Y qué oye del Padre? ¿Quién puede explicar esto? ¿Cuándo mi lengua, cuándo mi corazón puede ser suficiente, ya sea el corazón para entender, o la lengua para expresar, qué es lo que el Hijo oyó del Padre? ¿Acaso el Hijo oyó la Palabra del Padre? Más bien, el Hijo es la Palabra del Padre. Veis cómo aquí se fatiga todo esfuerzo humano; veis cómo aquí falla toda conjetura de nuestro pecho, y toda intención de la mente oscurecida. Oigo a la Escritura decir que el Hijo habla lo que oye del Padre; y nuevamente oigo a la Escritura decir que el mismo Hijo es la Palabra del Padre: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios». Nosotros hablamos palabras volantes y pasajeras: tan pronto como tu boca pronuncia tu palabra, pasa; hace su sonido y pasa al silencio. ¿Acaso puedes seguir tu sonido, y retenerlo para que se detenga? Sin embargo, tu pensamiento permanece, y de ese pensamiento permanente dices muchas palabras pasajeras. ¿Qué decimos, hermanos? ¿Dios al hablar, usó voz, usó sonidos, usó sílabas? Si usó estas cosas, ¿en qué lengua habló? ¿Hebrea, o griega, o latina? Allí son necesarias las lenguas, donde hay distinción de naciones. Pero allí nadie puede decir que Dios habló en tal o cual lengua. Atiende tu corazón. Cuando concibes la palabra que vas a decir: pues diré, si puedo, lo que en nosotros atendamos, no de donde lo comprendamos: cuando concibes la palabra que vas a pronunciar, quieres decir una cosa, y esa concepción de la cosa en tu corazón ya es palabra; aún no ha salido, pero ya ha nacido en el corazón, y permanece para salir: pero atiendes a quién va a salir, con quién hablas; si es latino, buscas la voz latina; si es griego, meditas palabras griegas; si es púnico, atiendes si conoces la lengua púnica; por la diversidad de oyentes usas diversas lenguas para expresar la palabra concebida: pero lo que habías concebido en el corazón, no estaba contenido en ninguna lengua. Cuando, pues, Dios al hablar, no buscó lengua, ni asumió género de locución, ¿cómo fue oído por el Hijo, siendo el mismo Hijo la Palabra que Dios

habló? Pues así como tú la palabra que hablas, la tienes en el corazón, y está contigo, y esa concepción es espiritual (pues así como tu alma es espíritu, así también la palabra que concebiste es espíritu; pues aún no ha tomado sonido para ser dividida en sílabas, sino que permanece en la concepción del corazón y en el espejo de la mente): así Dios emitió la Palabra, esto es, engendró al Hijo. Y tú, en efecto, engendras palabra en el corazón también en el tiempo: Dios engendró al Hijo sin tiempo, por quien creó todos los tiempos. Pues siendo el Verbo de Dios el Hijo, y el Hijo hablándonos, no su palabra, sino la Palabra del Padre, quiso hablarnos, quien hablaba la Palabra del Padre. Esto, pues, como convenía y era necesario, dijo Juan: como pudimos, nosotros lo expusimos. A quien aún no le ha llegado al corazón la digna comprensión de tan gran asunto, tiene a quién dirigirse, tiene a quién llamar, tiene de quién preguntar, tiene de quién pedir, tiene de quién recibir.

8. El que viene del cielo, está por encima de todos: y lo que ha visto y oído, eso testifica; y su testimonio nadie lo recibe. Si nadie, ¿para qué vino? Por lo tanto, de algunos nadie. Hay un pueblo preparado para la ira de Dios, condenado con el diablo: de estos nadie recibe el testimonio de Cristo. Pues si absolutamente nadie, ningún hombre; ¿qué es lo que sigue, «El que recibe su testimonio, certifica que Dios es veraz»? Ciertamente, entonces, no nadie, si tú mismo dices, «El que recibe su testimonio, certifica que Dios es veraz». Respondería entonces tal vez Juan si se le preguntara, y diría: Sé lo que he dicho, nadie. Pues hay un pueblo nacido para la ira de Dios, y para esto preconocido. Pues Dios sabe quiénes creerán, y quiénes no creerán; quiénes perseverarán en lo que han creído, y quiénes caerán, Dios lo sabe: y todos los que han de ser para vida eterna están numerados para Dios; y ya conoce a ese pueblo distinto. Y si él lo sabe, y dio a conocer a los Profetas por su Espíritu, también lo dio a Juan. Juan, pues, atendía, no con su ojo; pues en cuanto a él se refiere, es de la tierra, y de la tierra habla: pero en esa gracia del Espíritu que recibió de Dios, vio a un pueblo impío, infiel; atendiendo a ellos en su infidelidad, dijo: «El testimonio de aquel que vino del cielo, nadie lo recibe». Luego se trasladó de la izquierda, y miró a la derecha, y siguió diciendo: «El que recibe su testimonio, certifica que Dios es veraz». ¿Qué significa, «certifica que Dios es veraz», sino que el hombre es mentiroso, y Dios es veraz? Pues nadie de los hombres puede decir lo que es de la verdad, si no es iluminado por aquel que no puede mentir. Dios, pues, es veraz, pero Cristo es Dios. ¿Quieres probarlo? Recibe su testimonio, y lo encontrarás: «Pues el que recibe su testimonio, certifica que Dios es veraz». ¿Quién? El mismo que vino del cielo y está por encima de todos, es Dios veraz. Pero si aún no lo entiendes como Dios, aún no has recibido su testimonio: recíbelo, y certificas, entiendes con certeza, reconoces con definición que Dios es veraz.

9. Porque aquel a quien Dios ha enviado, habla las palabras de Dios. Él es el Dios verdadero, y Dios lo envió: Dios envió a Dios. Une a ambos, un solo Dios, Dios verdadero enviado por Dios. Pregunta por cada uno, Dios; y pregunta por ambos, Dios. No son cada uno un dios y ambos dioses, sino que cada uno es Dios y ambos son Dios. Tan grande es allí la caridad del Espíritu Santo, tan grande la paz de la unidad, que cuando se pregunta por cada uno, se te responde Dios; cuando se pregunta por la Trinidad, se te responde Dios. Pues si el espíritu del hombre, cuando se adhiere a Dios, es un solo espíritu, como dice claramente el Apóstol, "El que se adhiere al Señor, es un solo espíritu" (1 Cor. VI, 17); ¿cuánto más el Hijo, igual al Padre, al adherirse a Él, es junto con Él un solo Dios? Escuchen otro testimonio. Saben cuántos creyeron, cuando vendieron todo lo que tenían y lo pusieron a los pies de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según su necesidad: y de aquella congregación de santos, ¿qué dice la Escritura? "Tenían un solo corazón y un solo alma en el Señor" (Hechos IV, 32). Si la caridad de tantas almas hizo un solo alma, y de tantos corazones hizo un solo corazón, ¿cuánta es la caridad entre el Padre y el Hijo? Sin duda puede ser mayor que

entre aquellos hombres que tenían un solo corazón. Si, por tanto, el corazón de muchos hermanos es uno por la caridad, y el alma de muchos hermanos es una por la caridad; ¿dirás que Dios Padre y Dios Hijo son dos? Si son dos dioses, no hay allí suma caridad. Pues si aquí hay tanta caridad, que hace de tu alma y la de tu amigo una sola alma; ¿cómo no es allí un solo Dios Padre e Hijo? Lejos esté de que esto lo sienta una fe no fingida. En verdad, entiendan cuánto excede esa caridad. Muchas son las almas de muchos hombres, y si se aman, es una sola alma; pero pueden decirse también muchas almas, pueden en los hombres, porque no hay tanta unión: allí, sin embargo, puedes decir un solo Dios; no puedes decir dos o tres dioses. De aquí se te encomienda la supereminencia y la cumbre de una caridad tan grande, que no puede ser mayor.

10. Porque aquel a quien Dios ha enviado, habla las palabras de Dios. Esto ciertamente lo decía de Cristo, para distinguirse de Él. ¿Qué? ¿Acaso no envió Dios también a Juan? ¿No dijo él mismo, "He sido enviado antes que Él" (Juan III, 28), y, "El que me envió a bautizar con agua" (Juan I, 33): y de él se dijo, "He aquí que envío a mi ángel delante de ti, y preparará tu camino"? ¿No habla también él las palabras de Dios, de quien también se dijo que es más que profeta (Malaquías III, 1; Mateo XI, 10, 9)? Si, por tanto, también a él lo envió Dios, y habla las palabras de Dios; ¿cómo entendemos que lo dijo de Cristo para distinguirlo, "Porque aquel a quien Dios ha enviado, habla las palabras de Dios"? Pero mira lo que añade: "Porque Dios no da el Espíritu con medida". ¿Qué significa esto, "Porque Dios no da el Espíritu con medida"? Encontramos que Dios da el Espíritu con medida. Escucha al Apóstol diciendo, "Según la medida del don de Cristo" (Efesios IV, 7). A los hombres se les da con medida, al Hijo único no se le da con medida. ¿Cómo a los hombres con medida? A uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro palabra de ciencia según el mismo espíritu; a otro fe en el mismo espíritu, a otro profecía, a otro discernimiento de espíritus, a otro géneros de lenguas, a otro don de curaciones. ¿Acaso todos son apóstoles? ¿Acaso todos son profetas? ¿Acaso todos son doctores? ¿Acaso todos tienen dones de sanidades? ¿Acaso todos hablan en lenguas? ¿Acaso todos interpretan? (1 Cor. XII, 8, 9, 10, 29, 30). Uno tiene esto, otro aquello; y lo que tiene aquel, no lo tiene este: es medida, es una cierta división de dones. Por tanto, a los hombres se les da con medida, y la concordia allí hace un solo cuerpo. Así como la mano recibe algo para obrar, el ojo para ver, el oído para oír, el pie para caminar; sin embargo, hay un solo alma que actúa en todo, en la mano para obrar, en el pie para caminar, en el oído para oír, en el ojo para ver: así también son diversos los dones de los fieles, distribuidos a cada uno como miembros según su propia medida. Pero Cristo que da, no recibe con medida.

11. Escucha aún lo que sigue; porque había dicho del Hijo, "Porque Dios no da el Espíritu con medida": "El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano". Añadió, "Ha puesto todas las cosas en su mano", para que supieras también aquí con qué distinción se dijo, "El Padre ama al Hijo". ¿Por qué? ¿Acaso el Padre no ama a Juan? y sin embargo, no ha puesto todas las cosas en su mano. ¿Acaso el Padre no ama a Pablo? y sin embargo, no ha puesto todas las cosas en su mano. El Padre ama al Hijo: pero como Padre al Hijo, no como señor al siervo; como al Unigénito, no como al adoptado. Por tanto, ha puesto todas las cosas en su mano. ¿Qué significa, todas las cosas? Para que el Hijo sea tan grande como el Padre. Pues lo engendró a su igualdad, para quien no era usurpación ser igual a Dios en forma de Dios (Filipenses II, 6). El Padre ama al Hijo, y ha puesto todas las cosas en su mano. Por tanto, cuando se dignó enviarnos al Hijo, no pensemos que nos envió algo menor que el Padre. El Padre al enviar al Hijo, se envió a sí mismo.

12. Pues los discípulos aún pensando que el Padre es algo mayor que el Hijo, viendo la carne y no entendiendo la divinidad, le dijeron: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta". Como si

dijeran, Ya te conocemos, y te bendecimos, porque te conocemos: te damos gracias, porque te has mostrado a nosotros; pero aún no conocemos al Padre: por eso nuestro corazón arde, y se afana con un cierto deseo santo de ver a tu Padre que te envió; muéstranoslo, y no desearemos más de ti: pues nos basta cuando se nos haya mostrado aquel que no puede ser mayor. Buen deseo, buen anhelo; pero pequeño entendimiento. Pues el mismo Señor Jesús, viendo a los pequeños buscando grandes cosas, y a sí mismo grande entre los pequeños, y pequeño entre los pequeños, dijo a Felipe, quien había dicho esto, uno de los discípulos: "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe?" Aquí podría responder Felipe, Te conocemos; pero ¿acaso te dijimos, Muéstranos a ti? Te conocemos, pero buscamos al Padre. Inmediatamente añadió: "El que me ha visto, ha visto al Padre" (Juan XIV, 8, 9). Si, por tanto, fue enviado igual al Padre, no lo estimemos por la debilidad de la carne, sino pensemos en la majestad revestida de carne, no oprimida por la carne. Pues permaneciendo Dios con el Padre, se hizo hombre entre los hombres, para que tú por medio de aquel que se hizo hombre para ti, te hicieras tal que puedas captar a Dios. Pues el hombre no podía captar a Dios: el hombre podía ver al hombre, pero no podía captar a Dios. ¿Por qué no podía captar a Dios? Porque no tenía el ojo del corazón con el que captar. Había, por tanto, algo herido dentro, y algo sano fuera: tenía sanos los ojos del cuerpo, heridos los ojos del corazón. Aquel se hizo hombre para el ojo del cuerpo; para que creyendo en aquel que podía ser visto corporalmente, fueras curado para ver a aquel mismo que no podías ver espiritualmente. "¿Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto, ha visto al Padre". ¿Por qué no lo veían? He aquí que lo veían, y no veían al Padre: veían la carne, pero la majestad estaba oculta. Lo que veían los discípulos que amaban, lo vieron también los judíos que crucificaron. Por tanto, estaba todo él dentro, y así dentro en la carne, que permanecía con el Padre: pues no abandonó al Padre cuando vino a la carne.

13. La mente carnal no capta lo que digo: posponga el entendimiento, y comience con la fe; escuche lo que sigue: "El que cree en el Hijo, tiene vida eterna: pero el que no cree en el Hijo, no verá la vida, sino que la ira de Dios permanece sobre él". No dijo, la ira de Dios viene sobre él; sino, "la ira de Dios permanece sobre él". Todos los que nacen mortales, tienen consigo la ira de Dios. ¿Qué ira de Dios? La que recibió el primer Adán. Pues si el primer hombre pecó, y escuchó, "Morirás" (Génesis II, 17); se hizo mortal, y comenzamos a nacer mortales; nacimos con la ira de Dios. De allí vino el Hijo sin pecado, y se revistió de carne, se revistió de mortalidad. Si él compartió con nosotros la ira de Dios, ¿somos perezosos para compartir con él la gracia de Dios? Por tanto, el que no quiere creer en el Hijo, "la ira de Dios permanece sobre él". ¿Qué ira de Dios? De la que dice el Apóstol, "Fuimos por naturaleza hijos de ira como los demás" (Efesios II, 3). Todos, por tanto, hijos de ira; porque venimos del maldición de la muerte. Cree en Cristo hecho mortal por ti, para que lo captes inmortal: pues cuando captes su inmortalidad, tampoco tú serás mortal. Vivía, tú morías: murió, para que vivas. Trajo la gracia de Dios, quitó la ira de Dios. Dios venció a la muerte, para que la muerte no venciera al hombre.

TRACTATUS XV. Desde el lugar del Evangelio, "Cuando, pues, Jesús supo que los fariseos habían oído que Jesús hacía más discípulos", etc., hasta, "Y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo". Cap. IV, V. 1-42.

1. No es extraño a los oídos de vuestra Caridad, que el evangelista Juan vuele como un águila más alto, y trascienda la oscuridad de la tierra, y contemple la luz de la verdad con ojos más firmes. Pues ya se han tratado muchas cosas de su Evangelio por nuestro ministerio con la ayuda del Señor: según el orden, sigue esta lectura que hoy se ha recitado. Lo que voy a decir, muchos de ustedes lo escucharán de tal manera que más lo reconocerán que lo aprenderán. Sin embargo, la atención no debe ser perezosa, porque no es conocimiento, sino

reconocimiento. Se ha leído esto, y llevamos en nuestras manos esta lectura para ser tratada, que el Señor Jesús hablaba junto al pozo de Jacob con la mujer samaritana. Pues allí se dijeron grandes misterios, y semejanzas de grandes cosas; alimentando el alma hambrienta, restaurando al que languidece.

2. Pues el Señor, "cuando oyó que los fariseos habían sabido que hacía más discípulos que Juan, y bautizaba más (aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos), dejó la tierra de Judea, y se fue de nuevo a Galilea". No es necesario discutir mucho sobre esto, para que no nos detengamos en lo manifiesto y suframos la falta de tiempo para escudriñar y abrir lo oscuro. Ciertamente, si el Señor supiera que los fariseos lo habían sabido de tal manera, que esto les valiera para la salvación siguiéndolo, para que también ellos fueran discípulos, y también ellos quisieran ser bautizados por él; más bien no dejaría la tierra de Judea, sino que por ellos permanecería allí: pero como supo su conocimiento, también supo su envidia, porque no lo aprendieron para seguirlo, sino para perseguirlo; se fue de allí. Podía, en verdad, no ser retenido por ellos presente, si no quisiera; no ser muerto, si no quisiera; porque podía no nacer, si no quisiera: pero porque en todo lo que hizo como hombre, ofrecía un ejemplo a los hombres que creerían en él (pues cualquier siervo de Dios no peca si se retira a otro lugar, viendo el furor de los que lo persiguen, o buscan su alma para mal; pero parecería pecar si lo hiciera, a menos que el Señor lo hubiera precedido haciéndolo), hizo esto aquel buen maestro para enseñar, no porque temiera.

3. Quizás también esto mueva, por qué se dijo, "Jesús bautizaba más que Juan"; y después de haber dicho, "Bautizaba", se añadió, "Aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos". ¿Qué, entonces? ¿Se dijo algo falso, y se corrigió cuando se añadió, "Aunque Jesús no bautizaba, sino sus discípulos"? ¿O ambas cosas son verdaderas, porque Jesús bautizaba, y no bautizaba? Bautizaba, porque él purificaba; no bautizaba, porque no él sumergía. Los discípulos ofrecían el ministerio del cuerpo, él ofrecía la ayuda de la majestad. Pues ¿cuándo cesaría de bautizar, mientras no cese de purificar? De quien se dijo por el mismo Juan, por la persona de Juan el Bautista diciendo, "Este es el que bautiza" (Juan I, 33). Por tanto, Jesús aún bautiza; y mientras debamos ser bautizados, Jesús bautiza. Que el hombre se acerque seguro al ministro inferior; pues tiene al maestro superior.

4. Pero quizás diga alguien: Cristo bautiza en espíritu, no en cuerpo. Como si por otro don que el suyo, alguien fuera imbuido también del sacramento del Bautismo corporal y visible. ¿Quieres saber que él mismo bautiza, no solo en espíritu, sino también en agua? Escucha al Apóstol: "Como Cristo, dice, amó a la Iglesia, y se entregó por ella, purificándola con el lavamiento del agua en la palabra, para presentársela a sí mismo gloriosa, sin mancha ni arruga, ni cosa semejante" (Efesios V, 25-27). Purificándola. ¿De qué? Con el lavamiento del agua en la palabra. ¿Qué es el bautismo de Cristo? Lavamiento del agua en la palabra. Quita el agua, no hay bautismo: quita la palabra, no hay bautismo.

5. Ya, pues, con esto preanunciado, por lo que vino a la conversación con aquella mujer, veamos lo que resta lleno de misterios, y cargado de sacramentos. "Era necesario, dice, que pasara por Samaria. Vino, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto al campo que Jacob dio a su hijo José. Allí estaba el pozo de Jacob". Era un pozo: pero todo pozo es fuente, no toda fuente es pozo: Donde el agua mana de la tierra, y se ofrece al uso de los que sacan, se llama fuente: pero si está en lo alto y en la superficie, se llama solo fuente; si está en lo profundo y en lo hondo, se llama pozo, sin perder el nombre de fuente.

6. Jesús, pues, fatigado del camino, se sentaba así sobre la fuente. Era como la hora sexta. Ya comienzan los misterios. No en vano se fatiga Jesús; no en vano se fatiga la Virtud de Dios;

no en vano se fatiga aquel por quien los fatigados son recreados; no en vano se fatiga aquel que, al abandonarnos, nos fatiga, al estar presente nos fortalece. Sin embargo, Jesús se fatiga; y se fatiga del camino, y se sienta, y se sienta junto al pozo, y a la hora sexta fatigado se sienta. Todas estas cosas insinúan algo, quieren indicar algo; nos hacen atentos, nos exhortan a llamar. Que él mismo, pues, nos abra a nosotros y a ustedes, quien se dignó exhortarnos así diciendo, "Llamen, y se les abrirá" (Mateo VII, 7). Para ti se fatigó del camino Jesús. Encontramos a Jesús la Virtud, y encontramos a Jesús débil; fuerte y débil Jesús: fuerte, porque "en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto era en el principio con Dios. ¿Quieres ver cuán fuerte es este Hijo de Dios? Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho; y sin trabajo fueron hechas. ¿Qué, pues, más fuerte que aquel por quien sin trabajo fueron hechas todas las cosas? ¿Quieres conocer al débil? El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan I, 1, 3, 14). La fortaleza de Cristo te creó, la debilidad de Cristo te recreó. La fortaleza de Cristo hizo que lo que no era existiera: la debilidad de Cristo hizo que lo que era no pereciera. Nos creó con su fortaleza, nos buscó con su debilidad.

7. Así, pues, él mismo débil nutre a los débiles, como la gallina a sus polluelos; pues a esto se hizo semejante: "Cuántas veces quise, dice a Jerusalén, reunir a tus hijos bajo las alas, como la gallina a sus polluelos, y no quisiste" (Mateo XXIII, 37). Pero ven cómo la gallina se debilita con sus polluelos. Ninguna otra ave se reconoce como madre. Vemos a los gorriones nidificar ante nuestros ojos; golondrinas, cigüeñas, palomas las vemos nidificar diariamente; a quienes, a menos que los veamos en los nidos, no los reconocemos como padres. Pero la gallina se debilita tanto con sus polluelos, que incluso si esos polluelos no la siguen, no ves a los hijos, sin embargo, reconoces a la madre. Así se hace con las alas caídas, las plumas erizadas, la voz ronca, todos los miembros caídos y abatidos, que como dije, incluso si no ves a los hijos, sin embargo, entiendes a la madre. Así, pues, Jesús débil, fatigado del camino. Su camino es la carne asumida por nosotros. Pues ¿cómo tiene camino quien está en todas partes, quien no falta en ningún lugar? ¿A dónde va, o de dónde va, sino porque no vendría a nosotros, si no asumiera la forma visible de carne? Porque, pues, se dignó venir a nosotros de tal manera, que en la forma de siervo asumida apareciera en carne, esa asunción de carne es su camino. Por eso, fatigado del camino, ¿qué es sino fatigado en la Carne? Débil en la carne Jesús: pero no te debilites tú; en su debilidad sé tú fuerte, porque lo que es débil de Dios, es más fuerte que los hombres (1 Cor. I, 25).

8. Bajo esta imagen de las cosas, Adán, que era figura del futuro (Rom. V, 14), nos ofreció un gran indicio del sacramento; más bien, Dios lo ofreció en él. Pues durmiendo mereció recibir a su esposa, y de su costilla fue hecha su esposa (Gen. II, 21): porque de Cristo durmiendo en la cruz habría de surgir la Iglesia de su costado, del costado del que dormía; ya que del costado del que pendía en la cruz, herido por la lanza (Juan XIX, 34), fluyeron los Sacramentos de la Iglesia. Pero, ¿por qué quise decir esto, hermanos? Porque la debilidad de Cristo nos hace fuertes. Allí precedió una gran imagen. Dios pudo quitar carne al hombre para hacer a la mujer, y parece que esto podría haber sido más congruente. Pues se estaba formando el sexo más débil, y más bien la debilidad debía hacerse de carne que de hueso: los huesos son más firmes en la carne. No quitó carne para hacer a la mujer; sino que quitó un hueso, y con el hueso quitado fue formada la mujer, y en lugar del hueso se llenó de carne. Podía haber restituido un hueso por el hueso, podía haber quitado carne en lugar de una costilla para hacer a la mujer. ¿Qué significó entonces? La mujer fue hecha de la costilla como fuerte: Adán fue hecho de carne como débil. Cristo es y la Iglesia, su debilidad es nuestra fortaleza.

9. ¿Por qué entonces a la hora sexta? Porque en la sexta edad del mundo. Cuenta en el Evangelio como una hora, una edad desde Adán hasta Noé; la segunda desde Noé hasta Abraham; la tercera desde Abraham hasta David; la cuarta desde David hasta la deportación a Babilonia; la quinta desde la deportación a Babilonia hasta el bautismo de Juan: desde entonces se desarrolla la sexta. ¿Qué te sorprende? Vino Jesús, y humillándose vino al pozo. Vino fatigado, porque llevaba carne débil. A la hora sexta, porque en la sexta edad del mundo. Al pozo, porque a la profundidad de esta nuestra morada. De donde se dice en los Salmos, Desde lo profundo clamé a ti, Señor (Sal. CXXIX, 1). Se sentó, como dije, porque fue humillado.

10. Y vino una mujer. Figura de la Iglesia, no ya justificada, sino a punto de ser justificada; pues eso es lo que hace el discurso. Vino ignorante, lo encontró, y se trata con ella. Veamos qué, veamos por qué: Vino una mujer de Samaria a sacar agua. Los samaritanos no pertenecían al pueblo de los judíos: eran extranjeros, aunque habitaban tierras vecinas. Es largo desentrañar el origen de los samaritanos, para que no nos detengamos en muchas cosas y no hablemos de lo necesario: basta, pues, con que consideremos a los samaritanos entre los extranjeros. Y para que no pienses que lo dije con más audacia que verdad, escucha al mismo Señor Jesús, lo que dijo sobre aquel samaritano, uno de los diez leprosos que había limpiado, que solo regresó para dar gracias: ¿No fueron limpiados los diez? ¿Y los nueve dónde están? ¿No hubo otro que diera gloria a Dios, sino este extranjero? (Luc. XVII, 17, 18). Pertenece a la imagen de la cosa, que de los extranjeros vino esta mujer, que llevaba el tipo de la Iglesia: pues la Iglesia habría de venir de los gentiles, extranjera del linaje de los judíos. Escuchémonos, pues, en ella, y reconozcámonos en ella, y demos gracias a Dios por nosotros. Ella era figura, no verdad; porque ella también anticipó la figura, y se hizo verdad. Pues creyó en aquel que de ella nos presentaba la figura. Vino, pues, a sacar agua. Simplemente había venido a sacar agua, como suelen hacerlo tanto hombres como mujeres.

11. «Jesús le dice: Dame de beber. Pues sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar alimentos. Le dice entonces la mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer samaritana? Porque los judíos no se tratan con los samaritanos.» Veis a los extranjeros: los judíos no usaban en absoluto sus vasijas. Y como la mujer llevaba consigo una vasija de la que sacar agua, se sorprendió de que un judío le pidiera de beber, lo que no solían hacer los judíos. Pero aquel que buscaba beber, tenía sed de la fe de la mujer.

12. En efecto, escucha quién pide de beber. Jesús respondió y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber, tú quizás le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva. Pide de beber, y promete de beber. Necesita como quien va a recibir, y abunda como quien va a saciar. Si conocieras, dice, el don de Dios. El don de Dios es el Espíritu Santo. Pero aún habla veladamente a la mujer, y poco a poco entra en su corazón. Quizás ya enseña. Pues, ¿qué hay más suave y benigno que esta exhortación? Si conocieras el don de Dios, y supieras quién es el que te dice: Dame de beber, tú quizás pedirías, y él te daría agua viva: hasta aquí la mantiene en suspenso. Agua viva se llama comúnmente aquella que sale de la fuente. Pues la que se recoge de la lluvia en estanques o cisternas, no se llama agua viva. Y si ha manado de la fuente, y se ha estancado en algún lugar, y no admite de nuevo aquello de donde manaba, sino que ha sido separada del curso de la fuente; no se llama agua viva: sino que se llama agua viva aquella que se recoge manando. Tal agua había en aquel pozo. ¿Qué, pues, prometía lo que pedía?

13. Sin embargo, la mujer en suspenso dice: Señor, no tienes con qué sacar, y el pozo es hondo. Ved cómo entendió el agua viva, es decir, el agua que estaba en aquel pozo. Tú me quieres dar agua viva, y yo llevo con qué sacar, y tú no llevas. Aquí está el agua viva, ¿cómo

me la vas a dar? Entendiendo otra cosa y pensando carnalmente, de algún modo golpea para que el maestro abra lo que está cerrado. Golpeaba con ignorancia, no con estudio; aún digna de compasión, no aún de instrucción.

14. El Señor dice algo más evidente sobre aquella agua viva. Pues la mujer había dicho: ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo, y él mismo bebió de él, y sus hijos, y su ganado? De esta agua viva no puedes darme, porque no tienes con qué sacar: ¿acaso prometes otra fuente? ¿Puedes ser mejor que nuestro padre, que cavó este pozo, y él mismo con los suyos lo usó? El Señor, pues, diga qué dijo sobre el agua viva. «Jesús respondió y le dijo: Todo el que beba de esta agua, volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré, se convertirá en él en una fuente de agua que salta para vida eterna.» Habló más claramente el Señor, Se convertirá en él en una fuente de agua que salta para vida eterna. El que beba de esta agua, no tendrá sed jamás. ¿Qué más evidente, que no prometía agua visible, sino invisible? ¿Qué más evidente, que no hablaba carnalmente, sino espiritualmente?

15. Sin embargo, aquella mujer aún piensa en la carne: se deleitó en no tener sed, y pensaba que esto le había sido prometido según la carne por el Señor. Lo cual ciertamente sucederá, pero en la resurrección de los muertos. Ya lo deseaba ella. Pues Dios había dado alguna vez a su siervo Elías, que durante cuarenta días no tuviera hambre ni sed (III Reg. XIX, 8). ¿Quién pudo dar esto durante cuarenta días, no pudo darlo siempre? Sin embargo, suspiraba ella, no queriendo necesitar, no queriendo trabajar. Venir continuamente a aquel pozo, cargarse con el peso, con el que se suplía la necesidad; y terminado lo que había sacado, se veía obligada a regresar: y este trabajo era cotidiano para ella; porque aquella necesidad se reponía, no se extinguía. Deleitada, pues, con tal don, ruega que le dé el agua viva.

16. Sin embargo, no pasemos por alto, porque el Señor prometía algo espiritual. ¿Qué es, El que beba de esta agua, volverá a tener sed? Y es verdad según esta agua; y es verdad según lo que significaba aquella agua. Pues el agua en el pozo, es el placer del mundo en la profundidad tenebrosa: de aquí la sacan los hombres con el cántaro de los deseos. Pues inclinan el deseo hacia abajo, para llegar al placer sacado de lo profundo; y disfrutan del placer, precedido y anticipado por el deseo. Pues quien no haya anticipado el deseo, no puede llegar al placer. Pon, pues, el cántaro, el deseo; y el agua del profundo, el placer: cuando alguien llega al placer de este mundo, es comida, es bebida, es baño, es espectáculo, es concúbito; ¿acaso no volverá a tener sed? Pues de esta agua quien beba, volverá, dice, a tener sed: si, en cambio, recibe de mí agua, no tendrá sed jamás. Seremos saciados, dice, con los bienes de tu casa (Sal. LXIV, 5). ¿De qué agua, pues, dará, sino de aquella de la que se dijo, En ti está la fuente de la vida? Pues, ¿cómo tendrán sed quienes se embriagarán de la abundancia de tu casa (Sal. XXXV, 10, 9)?

17. Prometía, pues, una cierta saciedad y plenitud del Espíritu Santo: y ella aún no entendía; y no entendiendo, ¿qué respondía? Dice a él la mujer: Señor, dame esta agua, para que no tenga sed, ni venga aquí a sacar. La necesidad la obligaba al trabajo, y la debilidad rechazaba el trabajo. Ojalá escuchara, Venid a mí, todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os haré descansar (Mat. XI, 28). Pues esto le decía Jesús, para que ya no trabajara, pero ella aún no entendía.

18. En efecto, queriendo que entendiera, Jesús le dice: Ve, llama a tu marido y ven aquí. ¿Qué es, Llama a tu marido? ¿Por su marido quería darle aquella agua? ¿O porque no entendía, quería enseñarle a través de su marido? Quizás como dice el Apóstol sobre las mujeres, Si quieren aprender algo, pregunten a sus maridos en casa. Pero allí se dice,

pregunten a sus maridos en casa, donde no está Jesús que enseñe: en efecto, se dice a las mujeres a quienes el Apóstol prohibía hablar en la Iglesia (I Cor. XIV, 35, 34). Pero cuando el mismo Señor estaba presente, y hablaba presente a presente, ¿qué necesidad había de que le hablara a través de su marido? ¿Acaso hablaba a María a través de su marido, sentada a sus pies, y recibiendo su palabra, cuando Marta, ocupadísima en mucho servicio, murmuraba incluso por la felicidad de su hermana? (Luc. X, 39, 40). Por tanto, hermanos míos, escuchemos y entendamos lo que dice el Señor, Llama a tu marido, a la mujer. Pues quizás también dice a nuestra alma, Llama a tu marido. Busquemos también sobre el marido del alma. ¿Acaso no es ya el mismo Jesús el verdadero marido del alma? Que esté presente el entendimiento, porque lo que vamos a decir, apenas se capta si no es por los atentos: que esté presente, pues, el entendimiento para que se capte, y ese mismo entendimiento será quizás el marido del alma.

19. Viendo, pues, Jesús que la mujer no entendía, y queriendo que entendiera, Llama, dice, a tu marido. Pues no sabes lo que digo, porque tu entendimiento no está presente: hablo yo según el espíritu, tú escuchas según la carne. Lo que hablo, no pertenece ni al placer de los oídos, ni a los ojos, ni al olfato, ni al gusto, ni al tacto; solo se captan con la mente, solo se extraen con el entendimiento: ese entendimiento no está presente en ti, ¿cómo captas lo que digo? Llama a tu marido, presenta tu entendimiento. ¿Qué es para ti tener alma? No es gran cosa, pues también el animal la tiene. ¿En qué eres mejor? Porque tienes entendimiento, lo que el animal no tiene. ¿Qué es, pues, Llama a tu marido? No me captas, no me entiendes: te hablo del don de Dios, y tú piensas en la carne; según la carne no quieres tener sed, yo hablo al espíritu: tu entendimiento está ausente, Llama a tu marido. No seas como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento (Sal. XXXI, 9). Por tanto, hermanos míos, tener alma, y no tener entendimiento, esto es, no aplicarlo, ni vivir según él, es vida bestial. Pues hay en nosotros algo bestial por lo que vivimos en la carne, pero debe ser gobernado por el entendimiento. Pues los movimientos del alma que se mueve según la carne, y que desea desbordarse desmesuradamente en los placeres carnales, son gobernados desde arriba por el entendimiento. ¿Quién debe ser llamado marido? ¿El que gobierna, o el que es gobernado? Sin duda, cuando la vida está ordenada, el entendimiento gobierna al alma, perteneciendo al mismo alma. Pues no es algo distinto del alma, sino que algo del alma es el entendimiento: como no es algo distinto de la carne el ojo, sino que algo de la carne es el ojo. Pues siendo algo de la carne el ojo, solo él disfruta de la luz: los demás miembros carnales pueden ser iluminados por la luz, pero no pueden sentir la luz; solo el ojo es iluminado y disfruta de ella. Así en nuestra alma hay algo que se llama entendimiento. Este mismo del alma que se llama entendimiento y mente, es iluminado por la luz superior. Pues ya la luz superior, por la que la mente humana es iluminada, es Dios; Pues era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo (Juan I, 9). Tal luz era Cristo, tal luz hablaba con la mujer: y ella no estaba presente con el entendimiento, que fuera iluminado por aquella luz, ni solo iluminado, sino también disfrutado. Por tanto, el Señor como si dijera, Quiero iluminar, y no está presente quien; Llama, dice, a tu marido: aplica el entendimiento por el cual seas enseñada, por el cual seas gobernada. Por tanto, constituye al alma excepto el entendimiento como mujer: tener entendimiento, como marido. Pero este marido no gobierna bien a su mujer, sino cuando es gobernado por el superior. Pues la cabeza de la mujer es el marido, pero la cabeza del marido es Cristo (I Cor. XI, 3). Hablaba la cabeza del marido con la mujer, y no estaba presente el marido. Y como si dijera el Señor, Aplica tu cabeza para que él reciba su cabeza: por tanto, llama a tu marido, y ven aquí; es decir, está presente, sé presente: pues estás como ausente, mientras no entiendes la voz de la verdad presente; sé presente, pero no sola; está presente con tu marido.

20. Y aún ella, sin haber llamado a aquel marido, no entiende, aún piensa en la carne; pues el marido está ausente: No tengo, dice, marido. Y el Señor sigue, y habla misterios. Entiendas que realmente esta mujer no tenía entonces marido; pero se relacionaba con no sé qué hombre no legítimo, más bien adúltero que marido. Y el Señor a ella: Bien has dicho, Porque no tengo marido. ¿De dónde, pues, dijiste, Llama a tu marido? Y escucha porque bien sabe el Señor que ella no tiene marido, Le dice, etc. No sea que la mujer pensara que el Señor dijo, Bien has dicho, Porque no tengo marido, porque lo aprendió de la mujer, no porque él lo supiera por divinidad, escucha algo que no dijiste: Porque cinco maridos has tenido, y este que tienes, no es tu marido, esto has dicho verdaderamente.

21. Nuevamente nos impulsa a investigar algo más sutil sobre estos cinco maridos. Pues muchos han entendido, no ciertamente absurdamente, ni del todo improbablemente, que los cinco maridos de esta mujer son los cinco libros de Moisés. Pues los samaritanos los usaban, y estaban bajo la misma Ley: pues de ahí también tenían la circuncisión. Pero porque nos constriñe lo que sigue, Y ahora el que tienes, no es tu marido; me parece que podemos más fácilmente entender que los cinco maridos anteriores del alma son los cinco sentidos del cuerpo. Pues cuando alguien nace, antes de que pueda usar la mente y la razón, no es gobernado sino por los sentidos de la carne. El alma en el niño pequeño, lo que se oye, lo que se ve, lo que se huele, lo que se saborea, lo que se siente con el tacto, esto apetece o huye. Estos cinco sentidos son los que el placer acaricia, el dolor ofende. Según estos cinco sentidos, como cinco maridos, primero vive el alma; porque es gobernada por ellos. ¿Por qué, pues, se llaman maridos? Porque son legítimos. Pues hechos por Dios, y dados por Dios al alma. Aún es débil la que es gobernada por estos cinco sentidos, y actúa bajo estos cinco maridos: pero cuando llega a la edad de ejercer la razón, si la recibe la mejor disciplina y la doctrina de la sabiduría; a esos cinco maridos no sucede para gobernar, sino un verdadero marido legítimo y mejor que ellos, y que gobierne mejor, y que gobierne para la eternidad, que cultive para la eternidad, que instruya para la eternidad. Pues los cinco sentidos no nos gobiernan para la eternidad, sino para estas cosas temporales que se deben buscar o evitar. Pero cuando el entendimiento imbuido de sabiduría comienza a gobernar el alma, ya sabe no solo evitar el abismo, y caminar en lo llano que los ojos muestran al alma débil: ni solo escuchar suavemente las voces melodiosas, y rechazar las disonantes; o deleitarse con los olores agradables, y rechazar los fétidos; o ser cautivado por la dulzura, y ofendido por la amargura; o ser acariciado por lo suave, y herido por lo áspero. Pues todas estas cosas son necesarias para el alma débil. ¿Qué régimen se aplica, pues, por aquel entendimiento? No va a discernir lo blanco y lo negro, sino lo justo y lo injusto, lo bueno y lo malo, lo útil y lo inútil, la castidad y la impudicia, esta para amar, aquella para evitar; la caridad y el odio, en esta para estar, en aquel para no estar.

22. Este hombre no había tenido éxito con esos cinco hombres en esa mujer. Donde él no tiene éxito, el error domina. Pues cuando el alma comienza a ser capaz de razón, o es gobernada por una mente sabia, o por el error: pero el error no gobierna, sino que destruye. Después de esos cinco sentidos, la mujer aún erraba, y el error la agitaba. Este error no era un esposo legítimo, sino un adúltero: por eso el Señor le dijo: Bien has dicho, No tengo marido. Porque has tenido cinco maridos: primero te gobernaron los cinco sentidos de la carne; llegaste a la edad de usar la razón, pero no alcanzaste la sabiduría, sino que caíste en el error. Así que después de esos cinco maridos, el que ahora tienes no es tu marido. ¿Y qué era, si no era marido, sino un adúltero? Llama, pues, no al adúltero, sino a tu marido; para que me entiendas con el intelecto, no con el error de sentir algo falso sobre mí. Pues la mujer aún erraba, pensando en aquella agua, cuando el Señor ya hablaba del Espíritu Santo. ¿Por qué

erraba, sino porque tenía un adúltero, no un marido? Quita, pues, a ese adúltero que te corrompe, y ve, llama a tu marido. Llama, y ven, para que me entiendas.

23. La mujer le dice: Señor, veo que eres profeta. Comenzó a venir el marido, aún no ha venido completamente. Pensaba que el Señor era un profeta. En verdad era también profeta: pues de sí mismo dijo: No hay profeta sin honor, sino en su propia patria (Luc. IV, 24). También se dijo de él a Moisés: Les suscitaré un profeta de entre sus hermanos, semejante a ti (Deut. XVIII, 18). Semejante en la forma de la carne, no en la eminencia de la majestad. Así encontramos al Señor Jesús llamado profeta. Por tanto, esta mujer ya no erraba mucho. Veo, dice, que eres profeta. Comienza a llamar al marido, a excluir al adúltero: Veo que eres profeta. Y comienza a preguntar lo que solía inquietarla. Había una contienda entre samaritanos y judíos, porque los judíos adoraban a Dios en el templo construido por Salomón; los samaritanos, situados lejos de allí, no adoraban en él. Por eso los judíos se jactaban de ser mejores, porque adoraban a Dios en el templo. Los judíos no se mezclaban con los samaritanos: porque les decían, ¿Cómo os jactáis, y por eso os consideráis mejores que nosotros, porque tenéis un templo que nosotros no tenemos? ¿Acaso nuestros padres que agradaron a Dios adoraron en ese templo? ¿No adoraron en este monte donde estamos? Por tanto, dicen, es mejor que roguemos a Dios en este monte, donde nuestros padres rogaron. Ambos contendían ignorantes, porque no tenían marido: unos por el templo, otros por el monte se envanecían unos contra otros.

24. ¿Qué enseña ahora el Señor a la mujer, como si su marido comenzara a estar presente? La mujer le dice: Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se debe adorar. Jesús le dice: Mujer, créeme. Pues vendrá la Iglesia, como se dice en el Cantar de los Cantares, vendrá y pasará desde el principio de la fe (Cant. IV, 8, según LXX). Vendrá para pasar, y no puede pasar sino desde el principio de la fe. Con razón, ya presente el marido, escucha: Mujer, créeme. Pues ya está en ti quien crea, porque tu marido está presente. Comenzaste a estar presente con el intelecto, cuando me llamaste profeta. Mujer, créeme: porque si no creéis, no entenderéis (Isai. VII, 9, según LXX). Por tanto, Mujer, créeme, porque vendrá la hora, cuando ni en este monte, ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no sabéis, nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Pero vendrá la hora. ¿Cuándo? Y ahora es. ¿Qué hora, entonces? Cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; no en este monte, no en el templo, sino en espíritu y en verdad. Pues el Padre busca tales que le adoren. ¿Por qué el Padre busca tales que le adoren, no en el monte, no en el templo, sino en espíritu y en verdad? Dios es Espíritu. Si Dios fuera cuerpo, debería ser adorado en el monte, porque el monte es corpóreo; debería ser adorado en el templo, porque el templo es corpóreo. Dios es Espíritu; y los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad.

25. Hemos escuchado, y es claro; habíamos salido, hemos sido enviados adentro. ¡Oh, si encontrara, decías, algún monte alto y solitario! pues creo que Dios está en lo alto, me escucha más desde lo alto. Porque estás en el monte, piensas que estás cerca de Dios, y que te escucha pronto, como si clamaras desde cerca. Habita en las alturas, pero mira a los humildes. El Señor está cerca. ¿De quiénes? ¿Quizás de los altos? De aquellos que han quebrantado el corazón (Sal. XXXIII, 19). Es algo maravilloso: habita en las alturas, y se acerca a los humildes: mira a los humildes, pero a los altos los conoce desde lejos (Sal. CXXXVII, 6); ve de lejos a los soberbios, cuanto más altos se creen, menos se acerca a ellos. ¿Buscabas, entonces, un monte? Desciende para alcanzarlo. Pero, ¿quieres ascender? Asciende: no busques un monte. Las ascensiones, dice, en su corazón (esto dice el Salmo), en el valle de las lágrimas (Sal. LXXXIII, 6, 7). El valle tiene humildad. Por tanto, haz todo

dentro. Y si acaso buscas algún lugar alto, algún lugar santo, preséntate como templo a Dios. Pues el templo de Dios es santo, y vosotros sois ese templo (I Cor. III, 17). ¿Quieres orar en el templo? Ora en ti. Pero primero sé templo de Dios, porque él escuchará al que ora en su templo.

26. Por tanto, viene la hora, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Nosotros adoramos lo que sabemos, vosotros adoráis lo que no sabéis; porque la salvación viene de los judíos. Dio mucho a los judíos: pero no tomes a estos reprobados. Toma aquella pared a la que se une otra, para que pacificados en la piedra angular, que es Cristo, se unan. Pues una pared es de los judíos, otra de los gentiles: estas paredes están lejos una de otra, pero hasta que se unan en el ángulo. Los extranjeros eran huéspedes, y peregrinos de los testamentos de Dios (Ephes. II, 12-22). Según esto, se dijo: Nosotros adoramos lo que sabemos. Se dijo en persona de los judíos, pero no de todos los judíos, no de los judíos reprobados: sino de aquellos como los Apóstoles, como los Profetas, como todos aquellos santos, que vendieron todo lo que tenían, y pusieron el precio de sus cosas a los pies de los Apóstoles (Act. IV, 34, 35). Pues Dios no rechazó a su pueblo, al que conoció de antemano (Rom. XI, 2).

27. Esta mujer escuchó esto, y añadió. Ya había dicho que era profeta; vio que decía cosas que eran más que de profeta; y ¿qué respondió? Vean: La mujer le dice: Sé que el Mesías vendrá, que se llama Cristo: cuando él venga, nos enseñará todo. ¿Qué es esto? Ahora, dice, los judíos discuten sobre el templo, y nosotros sobre el monte: cuando él venga, despreciará el monte, y derribará el templo; nos enseñará todo, para que sepamos adorar en espíritu y en verdad. Sabía quién podía enseñarle, pero aún no reconocía al que ya le enseñaba. Por tanto, ya era digna de que se le manifestara. Mesías es ungido; ungido en griego es Cristo; en hebreo es Mesías: de donde también en púnico, Messe se dice ungir. Pues estas lenguas son afines y cercanas, hebrea, púnica y siria.

28. Por tanto, la mujer le dice: Sé que el Mesías vendrá, que se llama Cristo: cuando él venga, nos anunciará todo. Jesús le dice: Yo soy, el que habla contigo. Llamó a su marido, su marido se convirtió en cabeza de la mujer, Cristo se convirtió en cabeza del marido (I Cor. XI, 3). Ya la mujer se ordena en la fe, y es bien gobernada para vivir bien. Después de escuchar esto, Yo soy, el que habla contigo, ya no tenía más que decir; cuando Cristo el Señor quiso manifestarse a la mujer, a quien le había dicho: Créeme.

29. Y enseguida vinieron sus discípulos, y se maravillaron de que hablara con una mujer. Porque buscaba a la perdida, quien había venido a buscar lo que se había perdido, esto les maravillaba. Pues admiraban algo bueno, no sospechaban algo malo. Sin embargo, nadie dijo: ¿Qué buscas o qué hablas con ella?

30. Entonces la mujer dejó su cántaro. Al oír, Yo soy, el que habla contigo, y recibir en su corazón a Cristo el Señor, ¿qué haría, sino dejar ya el cántaro, y correr a evangelizar? Arrojó la codicia, y se apresuró a anunciar la verdad. Aprendan quienes quieren evangelizar, arrojen el cántaro al pozo. Recuerden lo que dije antes sobre el cántaro: era un recipiente del que se sacaba agua, llamado cántaro en griego, porque en griego ὕδωρ significa agua; como si se dijera acuario. Por tanto, arrojó el cántaro, que ya no era útil, sino una carga: pues deseaba con avidez saciarse con aquella agua. Para anunciar a Cristo, desechada la carga, corrió a la ciudad, y dice a los hombres: Venid, y ved a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. Poco a poco, para que no se enojaran, y se indignaran, y la persiguieran. Venid, y ved a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿acaso es el Cristo? Salieron de la ciudad, y venían a él.

31. Y mientras tanto, sus discípulos le rogaban diciendo: Maestro, come. Pues habían ido a comprar alimentos y habían regresado. Pero él dijo: Yo tengo una comida que comer que vosotros no sabéis. Decían entonces los discípulos entre sí: ¿Acaso alguien le ha traído de comer? ¿Qué maravilla si aquella mujer no entendía el agua? Miren, los discípulos aún no entienden la comida. Pero él conoció sus pensamientos, y ya instruye como maestro; no de manera indirecta, como a aquella cuyo marido aún buscaba, sino ya abiertamente: Mi comida, dice, es hacer la voluntad del que me envió. Por tanto, él mismo era la bebida en aquella mujer, para hacer la voluntad del que lo envió. Por eso decía, Tengo sed, dame de beber; para obrar la fe en ella, y beber su fe, y transferirla a su cuerpo: pues su cuerpo es la Iglesia. Por tanto, dice, Mi comida es hacer la voluntad del que me envió.

32. ¿No decís vosotros que aún faltan cuatro meses, y viene la siega? Estaba ferviente en la obra, y disponía enviar obreros. Vosotros contáis cuatro meses hasta la siega; yo os muestro otra siega blanca y lista. Mirad, os digo, levantad vuestros ojos, y ved que ya las regiones están blancas para la siega. Por tanto, enviará segadores. Pues en esto es verdadero el dicho, que uno es el que siega, otro el que siembra: para que el que siembra y el que siega se alegren juntos. Yo os envié a segar lo que no trabajasteis: otros trabajaron, y vosotros habéis entrado en su trabajo. ¿Qué, entonces? ¿Envió segadores, no sembradores? ¿A dónde segadores? Donde ya otros habían trabajado. Pues donde ya se había trabajado, ciertamente se había sembrado; y lo que se había sembrado, ya estaba maduro, deseaba la hoz y la trilla. ¿A dónde, entonces, se enviaban los segadores? Donde ya los Profetas habían predicado; pues ellos eran los sembradores. Pues si ellos no eran sembradores, ¿de dónde llegó a aquella mujer, Sé que el Mesías vendrá? Ya esta mujer era fruto maduro, y las mieses estaban blancas, y buscaban la hoz. Os envié, entonces: ¿a dónde? A segar lo que no sembrasteis: otros sembraron, y vosotros habéis entrado en sus trabajos. ¿Quiénes trabajaron? El mismo Abraham, Isaac, y Jacob. Lean sus trabajos: en todos sus trabajos la profecía de Cristo; y por eso sembradores. Moisés y los demás Patriarcas y todos los Profetas, cuánto soportaron en aquel frío cuando sembraban. Por tanto, ya en Judea la siega estaba lista. Con razón allí fue como una mies madura, cuando tantos miles de personas traían el precio de sus cosas, y poniéndolo a los pies de los Apóstoles, con los hombros libres de cargas mundanas, seguían a Cristo el Señor: verdaderamente una mies madura. ¿Qué se hizo de allí? De esa misma mies se arrojaron pocos granos, y sembraron el mundo, y surge otra siega que será segada al final del mundo. De esta siega se dice, Los que siembran con lágrimas, con gozo segarán (Sal. CXXV, 5). A esta siega, entonces, no los Apóstoles, sino los Ángeles serán enviados: Los segadores, dice, son los Ángeles (Matth. XIII, 39). Por tanto, esta siega crece entre la cizaña, y espera ser purgada al final. Pero aquella siega ya estaba madura, a donde primero fueron enviados los discípulos, donde los Profetas trabajaron. Sin embargo, hermanos, vean lo que se dijo: Que se alegren juntos el que siembra y el que siega. Tuvieron trabajos desiguales en el tiempo: pero disfrutarán juntos del gozo, recibirán juntos la recompensa de la vida eterna.

33. De aquella ciudad, entonces, muchos samaritanos creyeron en él, por la palabra de la mujer que daba testimonio, Porque me dijo todo lo que he hecho. Cuando vinieron a él los samaritanos, le rogaron que se quedara con ellos, y se quedó allí dos días. Y muchos más creyeron por su palabra: y decían a la mujer: Porque ya no creemos por tu palabra; pues nosotros mismos hemos oído, y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo. Y esto debe ser notado un poco, porque la lectura ha terminado. La mujer primero anunció, y por el testimonio de la mujer creyeron los samaritanos, y le rogaron que se quedara con ellos, y se quedó allí dos días, y muchos más creyeron: y cuando creyeron, decían a la mujer, Ya no creemos por tu palabra, sino que nosotros mismos hemos conocido, y sabemos que verdaderamente este es el Salvador del mundo; primero por la fama, después por la presencia.

Así se hace hoy con aquellos que están fuera, y aún no son cristianos: Cristo es anunciado por los amigos cristianos; como aquella mujer, es decir, la Iglesia anunciando, vienen a Cristo, creen por esa fama; él permanece con ellos dos días, es decir, les da dos preceptos de caridad; y muchos más y más firmemente creen en él, porque verdaderamente él es el Salvador del mundo.

TRACTATUS XVI. Desde el lugar del Evangelio, Después de dos días salió de allí, y fue a Galilea; hasta, Y él creyó, y toda su casa. Cap. IV, V. 43-53.

1. La lectura evangélica de hoy sigue a la lectura de ayer, que se nos propone para discutir. En la cual, ciertamente, los sentidos no son difíciles de investigar, sino dignos de predicación, dignos de admiración y alabanza. Por tanto, recordemos este lugar del Evangelio con recomendación más que con dificultad de tratar. Pues Jesús, después de dos días que pasó en Samaria, fue a Galilea donde había sido criado. El Evangelista, sin embargo, sigue diciendo: Pues el mismo Jesús dio testimonio de que un profeta no tiene honor en su propia patria. No salió de Samaria después de dos días porque no tuviera honor en Samaria: pues Samaria no era su patria, sino Galilea. Entonces, ¿cómo atestigua que un profeta no tiene honor en su patria, si dejó Samaria tan pronto, y fue a Galilea donde había sido criado?

2. Que vuestra Caridad preste atención, pues se nos insinúa un sacramento no pequeño, sugiriendo el Señor y dando lo que he de decir. Conocéis la cuestión propuesta, buscad su solución. Pero repitamos la proposición, para hacer deseable la solución. Nos mueve por qué el Evangelista dijo: Pues el mismo Jesús dio testimonio de que un profeta no tiene honor en su propia patria. Movidos por esto, revisamos las palabras anteriores, para encontrar por qué el Evangelista quiso decir esto; y encontramos las palabras anteriores de él narrando así, que después de dos días salió de Samaria a Galilea. ¿Por esto, entonces, dijiste, oh Evangelista, que Jesús dio testimonio de que un profeta no tiene honor en su patria; porque después de dos días dejó Samaria, y se apresuró a ir a Galilea? Más bien, me parece que entiendo más congruentemente, que si Jesús no tuviera honor en su patria, no se apresuraría a ir a ella dejando Samaria. Pero no me engaño, más bien porque es verdad, y no me engaño, el Evangelista vio mejor que yo lo que decía, veía mejor la verdad que yo, quien la bebía del pecho del Señor. Pues él es Juan el evangelista, quien entre todos los discípulos se recostaba sobre el pecho del Señor; y a quien el Señor, debiendo amor a todos, sin embargo, amaba más que a los demás (Joan. XIII, 25, y XXI, 20). ¿Entonces él se equivocaría, y yo sentiría correctamente? Más bien, si pienso piadosamente, escucharé obedientemente lo que dijo, para merecer sentir lo que él sintió.

3. Recibid, pues, amadísimos, lo que aquí siento, sin prejuicio, si vosotros sentís algo mejor. Todos tenemos un solo Maestro, y somos compañeros en una misma escuela. Esto es lo que siento, y ved si no es verdad, o al menos se acerca a la verdad lo que siento. En Samaria pasó dos días, y los samaritanos creyeron en Él; pasó tantos días en Galilea, y los galileos no creyeron en Él. Recordad o traed a la memoria el día de ayer, la lectura y el sermón. Llegó a Samaria, donde primero aquella mujer lo había anunciado, con quien había hablado grandes misterios junto al pozo de Jacob: al verlo y oírlo, los samaritanos creyeron en Él por la palabra de la mujer, y creyeron más firmemente por su palabra, y muchos más creyeron: así está escrito. Allí, después de dos días (número de días en el que mística y simbólicamente se encomienda el número de los dos mandamientos, de los cuales penden toda la Ley y los Profetas [Mat. XXII, 37-40], como recordáis que os lo encomendé ayer), se dirige a Galilea y llega a la ciudad de Caná de Galilea, donde convirtió el agua en vino. Allí, cuando convirtió el agua en vino, como escribe el mismo Juan, creyeron en Él sus discípulos (Juan II, 1-11): y

ciertamente la casa estaba llena de multitudes de comensales. Se realizó un milagro tan grande, y no creyeron en Él sino sus discípulos. Ahora repitió la visita a esta ciudad de Galilea. Y he aquí que un cierto oficial, cuyo hijo estaba enfermo, vino a Él y comenzó a rogarle que descendiera a aquella ciudad o casa y sanara a su hijo; pues comenzaba a morir. ¿Acaso el que rogaba no creía? ¿Qué esperas oír de mí? Pregunta al Señor qué pensaba de él. Pues al ser rogado, respondió tales cosas: "Si no veis señales y prodigios, no creéis". Reprendió al hombre por su fe tibia, o fría, o por su total falta de fe: pero deseando probar, respecto a la salud de su hijo, quién era Cristo, qué era, cuánto podía. Pues escuchamos las palabras del que rogaba, pero no vemos el corazón del que dudaba: pero Él pronunció, quien escuchó las palabras y vio el corazón. Finalmente, el mismo Evangelista, con el testimonio de su narración, muestra que aún no creía, quien deseaba que el Señor viniera a su casa para sanar a su hijo. Pues después de que le fue anunciado que su hijo estaba sano, y encontró que fue sanado a la hora en que el Señor había dicho, "Ve, tu hijo vive"; y creyó, dice, él y toda su casa. Si, por tanto, él y toda su casa creyeron porque le fue anunciado que su hijo estaba sano, y comparó la hora de los que anunciaban con la hora del que había predicho; cuando rogaba, aún no creía. Los samaritanos no esperaron ninguna señal, creyeron solo por su palabra. Sin embargo, sus conciudadanos merecieron escuchar, "Si no veis señales y prodigios, no creéis"; y allí, a pesar de un milagro tan grande, no creyó sino él y toda su casa. A la sola palabra creyeron muchos samaritanos: a aquel milagro solo creyó aquella casa donde se realizó. ¿Qué, pues, hermanos, qué nos encomienda el Señor? Entonces Galilea era la patria de Judea del Señor, porque allí fue criado: ahora bien, porque esa cosa presagiaba algo; no en vano se llaman prodigios, sino porque presagian algo: pues prodigio se llama como porrodicium, que dice porro, significa porro, y presagia que algo va a suceder: porque, pues, todas esas cosas presagiaban algo, todas esas cosas predecían algo, hagamos ahora nosotros la patria de nuestro Señor Jesucristo según la carne (pues no tuvo patria en la tierra, sino según la carne, que tomó en la tierra); hagamos, pues, la patria del Señor al pueblo de los judíos. He aquí que en su patria no tiene honor. Ahora observa las multitudes de los judíos, observa ya a esa nación dispersa por todo el mundo, y arrancada de sus raíces; observa las ramas rotas, cortadas, dispersas, secas, por cuya ruptura mereció ser injertado el acebuche (Rom. XI, 17): ve la multitud de los judíos, ¿qué dice ahora? A quien adoráis, a quien veneráis, era nuestro hermano. Y nosotros respondamos, "El profeta no tiene honor en su patria". Finalmente, ellos vieron al Señor Jesús caminando en la tierra, haciendo milagros; iluminando a los ciegos, abriendo los oídos a los sordos, soltando las lenguas de los mudos, fortaleciendo los miembros de los paralíticos, caminando sobre el mar, mandando a los vientos y a las olas, resucitando a los muertos; vieron hacer tantos signos, y apenas unos pocos creyeron. Hablo al pueblo de Dios: tantos hemos creído, ¿qué signos hemos visto? Por tanto, lo que se hizo entonces, presagiaba esto que ahora se realiza. Los judíos fueron o son semejantes a los galileos; nosotros semejantes a aquellos samaritanos. Escuchamos el Evangelio, consentimos con el Evangelio, por el Evangelio creímos en Cristo; no vimos señales, no exigimos ninguna.

4. Aunque uno de los doce elegidos y santos, sin embargo, era israelita, de la misma gente del Señor, aquel Tomás, que deseaba poner sus dedos en los lugares de las heridas. Así lo reprendió el Señor como a este oficial. A este le dijo, "Si no veis señales y prodigios, no creéis"; a aquel le dijo, "Porque has visto, has creído". Había venido a los galileos, después de los samaritanos que habían creído en su palabra, entre quienes no había hecho milagros, a quienes, seguros de su firmeza en la fe, pronto dejó, porque la presencia de la divinidad no los dejó. Por tanto, cuando el Señor decía a Tomás, "Ven, pon tu mano, y no seas incrédulo, sino fiel"; y cuando él exclamaba, tocando los lugares de las heridas, y decía, "Señor mío, y Dios mío": es reprendido y se le dice, "Porque has visto, has creído". ¿Por qué, sino porque el

profeta no tiene honor en su patria? Pero porque entre los extranjeros este profeta tiene honor, ¿qué sigue? "Bienaventurados los que no vieron y creyeron" (Juan XX, 25-29). Fuimos predichos nosotros; y lo que el Señor alabó antes, se dignó cumplirlo en nosotros. Vieron quienes lo crucificaron, lo palparon, y así pocos creyeron: nosotros no vimos, no tocamos, escuchamos, creímos. Que se cumpla en nosotros, que se perfeccione en nosotros la bienaventuranza que prometió; y aquí, porque fuimos preferidos a su patria; y en el futuro siglo, porque por las ramas rotas fuimos injertados.

5. Pues estas ramas mostraba que iba a romper, y que iba a injertar este acebuche, cuando se conmovió por la fe del centurión, quien le dijo: "No soy digno de que entres bajo mi techo; pero di solo una palabra, y mi siervo será sanado: porque también yo soy hombre bajo autoridad, teniendo soldados bajo mi mando, y digo a este, Ve, y va; y a este otro, Ven, y viene; y a mi siervo, Haz esto, y lo hace". Volviéndose a los que lo seguían, dijo: "En verdad os digo, no he hallado tanta fe en Israel". ¿Por qué no halló tanta fe en Israel? Porque "el profeta no tiene honor en su patria". ¿Acaso no podía el Señor decirle también a aquel centurión lo que dijo a este oficial, "Ve, tu hijo vive"? Ved la distinción: este oficial deseaba que el Señor descendiera a su casa; aquel centurión decía que no era digno. A aquel se le decía, "Yo iré y lo sanaré"; a este se le dijo, "Ve, tu hijo vive". A aquel le prometía presencia; a este lo sanaba con una palabra. Sin embargo, este extorsionaba su presencia; aquel decía que no era digno de su presencia. Aquí se cedió a la altivez; allí se concedió a la humildad. Como si a este le dijera, "Ve, tu hijo vive, no me causes molestia. Si no veis señales y prodigios, no creéis: deseas mi presencia en tu casa, puedo también ordenar con una palabra; no creas por las señales: el centurión extranjero creyó que podía hacerlo con una palabra, y antes de que lo hiciera creyó; vosotros, si no veis señales y prodigios, no creéis". Por tanto, si es así, que se rompan las ramas soberbias, que se injerten el acebuche humilde: pero que permanezca la raíz, con aquellos cortados, con estos recibidos. ¿Dónde permanece la raíz? En los Patriarcas. Pues la patria de Cristo es el pueblo de Israel, porque de ellos vino según la carne: pero la raíz de este árbol, Abraham, Isaac, y Jacob, los santos patriarcas. ¿Y dónde están estos? En el descanso con Dios, en gran honor: para que en el seno de Abraham aquel pobre, después de la salida del cuerpo, fuera llevado, y en el seno de Abraham fuera visto de lejos por el rico soberbio (Luc. XVI, 22, 23). Por tanto, la raíz permanece, la raíz es alabada: pero las ramas soberbias merecieron ser cortadas y secarse; el acebuche humilde, por la poda de aquellas, encontró lugar.

6. Escucha, pues, cómo se cortan las ramas naturales, cómo se injerta el acebuche, a partir de ese centurión, que por comparación con este oficial creí necesario mencionar. "En verdad", dice, "os digo, no he hallado tanta fe en Israel: por eso os digo, que muchos vendrán del oriente y del occidente". ¡Cuán ampliamente había ocupado la tierra el acebuche! El mundo era un bosque amargo: pero por la humildad, por "No soy digno de que entres bajo mi techo", "Muchos vendrán del oriente y del occidente". Y supón que vendrán: ¿qué será de ellos? Pues si vienen, ya han sido cortados del bosque: ¿dónde serán injertados, para que no se sequen? "Y se sentarán", dice, "con Abraham, e Isaac, y Jacob". ¿En qué banquete; no sea que invites a vivir para siempre, sino a beber mucho? "Se sentarán con Abraham, e Isaac, y Jacob". ¿Dónde? "En el reino de los cielos". ¿Y qué será de aquellos que vinieron de la estirpe de Abraham? ¿Qué será de las ramas con las que el árbol estaba lleno? ¿Qué, sino que serán cortadas, para que estos sean injertados? Enseña que serán cortadas: "Pero los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores" (Mat. VIII, 5-12).

7. Tenga, pues, honor entre nosotros el Profeta, porque no tuvo honor en su patria. No tuvo honor en la patria en la que fue engendrado; tenga honor en la patria que Él fundó. Pues en aquella fue engendrado el creador de todo, fue engendrado en aquella según la forma de

siervo. Pues la misma ciudad en la que fue engendrado, la misma Sion, la misma gente de los judíos, la misma Jerusalén, Él la fundó cuando era con el Padre el Verbo de Dios: "Porque todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada fue hecho". De aquel hombre del que hoy hemos escuchado, un mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5), también el Salmo ha hablado antes, diciendo, "Madre Sion, dirá el hombre". Cierto hombre, mediador entre Dios y los hombres, dice Madre Sion. ¿Por qué dice Madre Sion? Porque de allí tomó carne, de allí la virgen María, de cuyo vientre se tomó la forma de siervo, en la que se dignó aparecer humildísimo. Madre Sion dice el hombre, y este hombre que dice Madre Sion, fue hecho en ella, hombre fue hecho en ella. Pues Dios era antes que ella, y hombre fue hecho en ella. El que fue hecho hombre en ella, Él mismo la fundó el Altísimo (Sal. LXXXVI, 5), no el humildísimo. Hombre fue hecho en ella humildísimo; porque "el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros": Él mismo la fundó el Altísimo; porque "en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios; y el Verbo era Dios: todas las cosas por Él fueron hechas" (Juan I, 1, 3, 14). Porque Él fundó esta patria, aquí tenga honor. Lo rechazó la patria en la que fue engendrado; que lo reciba la patria que regeneró.

TRACTATUS XVII. Desde lo que está escrito, "Después de esto había una fiesta de los judíos, y Jesús subió a Jerusalén"; hasta lo que dice, "Los judíos buscaban matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios". Cap. V, V. 1-18.

1. No debe ser sorprendente que un milagro sea hecho por Dios: pues sería sorprendente si lo hiciera un hombre. Debemos alegrarnos más que maravillarnos de que nuestro Señor y Salvador Jesucristo se haya hecho hombre, más que de que Dios haya hecho cosas divinas entre los hombres. Pues es más para nuestra salvación que se haya hecho por los hombres, que lo que hizo entre los hombres: y es más que haya sanado los vicios de las almas, que lo que sanó las enfermedades de los cuerpos mortales. Pero porque el alma misma no conocía a quien debía sanarla, y tenía ojos en la carne para ver cosas corporales hechas, aún no tenía sanos en el corazón para conocer al Dios oculto; hizo lo que podía ver, para sanar de donde no podía ver. Entró en un lugar donde yacía una gran multitud de enfermos, ciegos, cojos, paralíticos; y siendo médico de almas y cuerpos, y habiendo venido a sanar todas las almas de los que habrían de creer, de aquellos enfermos eligió a uno para sanar, para significar la unidad. Si consideramos con un corazón mediocre, y casi con una mente e ingenio humano al que hace, y lo que respecta al poder, no hizo algo grande; y lo que respecta a la bondad, hizo poco. Tantos yacían, y uno fue curado, cuando podía con una palabra levantar a todos. ¿Qué, pues, debe entenderse, sino que ese poder y esa bondad más actuaban para que las almas entendieran en sus hechos para la salvación eterna, que lo que los cuerpos merecieran para la salvación temporal? Pues la verdadera salvación de los cuerpos que se espera del Señor, será al final en la resurrección de los muertos: entonces lo que vivirá, no morirá; entonces lo que será sanado, no enfermará; entonces lo que será saciado, no tendrá hambre ni sed; entonces lo que será renovado, no envejecerá. Ahora bien, en aquellos hechos de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, y los ojos de los ciegos abiertos, fueron cerrados por la muerte; y los miembros de los paralíticos fortalecidos, fueron disueltos por la muerte; y todo lo que fue sanado temporalmente en los miembros mortales, al final falló: pero el alma que creyó, pasó a la vida eterna. Por tanto, al alma que habría de creer, cuyos pecados vino a perdonar, a cuyos males vino a sanar, de este enfermo sanado dio un gran signo. El profundo sacramento de esta cosa y de este signo, tanto como el Señor se digna conceder, con vuestra atención y oraciones ayudando nuestra debilidad, hablaré como pueda. Pero lo que no pueda, Él mismo lo suplirá en vosotros, con cuya ayuda hago lo que puedo.

2. De esta piscina que estaba rodeada de cinco pórticos, en los cuales yacía una gran multitud de enfermos, recuerdo haber tratado con frecuencia; y diré algo que muchos reconocerán más bien que conocerán. Sin embargo, no está fuera de lugar repetir incluso lo conocido, para que también los que no conocían sean instruidos; y los que conocían sean confirmados. Por tanto, como algo conocido, debe ser brevemente mencionado, no ociosamente inculcado. Esa piscina y esa agua me parece que significaban al pueblo de los judíos. Que los pueblos sean significados con el nombre de aguas, nos lo indica claramente el Apocalipsis de Juan: donde cuando se le mostraron muchas aguas, y preguntó qué eran, recibió la respuesta de que eran pueblos (Apoc. XVII, 15). Por tanto, esa agua, es decir, ese pueblo, estaba encerrado por los cinco libros de Moisés, como por cinco pórticos. Pero esos libros mostraban a los enfermos, no los sanaban. Pues la Ley convencía a los pecadores, no los absolvía. Por eso la letra sin gracia hacía culpables a los que confesando la gracia liberaba. Pues esto dice el Apóstol: "Si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, ciertamente la justicia sería por la Ley". ¿Por qué, entonces, se dio la Ley? Sigue, y dice: "Pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo fuera dada a los creyentes" (Gál. III, 21, 22). ¿Qué más evidente? ¿No han expuesto estas palabras para nosotros tanto los cinco pórticos como la multitud de enfermos? Los cinco pórticos son la Ley. ¿Por qué los cinco pórticos no sanaban a los enfermos? Porque "si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, ciertamente la justicia sería por la Ley". ¿Por qué, entonces, contenían a los que no sanaban? Porque "la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo fuera dada a los creyentes".

3. ¿Qué, pues, sucedía para que en esa agua agitada fueran sanados, los que no podían ser sanados en los pórticos? Pues de repente se veía el agua agitada, y por quién era agitada, no se veía. Creerás que esto solía hacerse por virtud angélica, no obstante, no sin algún sacramento significativo. Después de que el agua era agitada, se lanzaba uno que podía, y era sanado solo: después de él, quienquiera que se lanzara, lo hacía en vano. ¿Qué significa esto, sino que vino uno, Cristo, al pueblo de los judíos; y haciendo grandes cosas, enseñando cosas útiles, turbó a los pecadores, turbó el agua con su presencia, y los excitó a su pasión? Pero oculto turbó. Pues si lo hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria (I Cor. II, 8). Descender, pues, al agua agitada, es creer humildemente en la pasión del Señor. Allí era sanado uno, significando la unidad; después, quienquiera que viniera, no era sanado: porque quienquiera que esté fuera de la unidad, no podrá ser sanado.

4. Veamos, pues, qué quiso significar en aquel único, a quien, guardando también él el misterio de la unidad, como he dicho antes, se dignó sanar de entre tantos enfermos. Encontró en sus años un cierto número de enfermedad: tenía treinta y ocho años en su debilidad. Este número, cómo se relaciona más con la enfermedad que con la salud, debe ser explicado con un poco más de atención. Quiero que estén atentos; el Señor estará presente para que hable adecuadamente y ustedes escuchen suficientemente. El número cuarenta se nos encomienda como sagrado en cierta perfección. Creo que es conocido por su Caridad: las Escrituras divinas lo atestiguan muy a menudo. Este número consagra el ayuno: bien lo saben. Pues tanto Moisés ayunó cuarenta días (Éxodo 34, 28), como Elías lo hizo por igual (1 Reyes 19, 8), y nuestro mismo Señor y Salvador Jesucristo cumplió este número de ayuno (Mateo 4, 2). Por Moisés se significa la Ley, por Elías se significan los Profetas, por el Señor se significa el Evangelio. Por eso en aquel monte aparecieron tres, donde se mostró a sus discípulos en la claridad de su rostro y de su vestidura. Apareció en medio de Moisés y Elías (Mateo 17, 1-3), como si el Evangelio tuviera testimonio de la Ley y los Profetas (Romanos 3, 21). Así que, ya sea en la Ley, en los Profetas o en el Evangelio, el número cuarenta se nos encomienda en el ayuno. Pero el gran y general ayuno es abstenerse de las iniquidades y de los placeres ilícitos

del mundo, que es el ayuno perfecto: para que, negando la impiedad y los deseos mundanos, vivamos con templanza, justicia y piedad en este mundo. ¿Qué recompensa añade el Apóstol a este ayuno? Sigue y dice: Esperando aquella bienaventurada esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo (Tito 2, 12-13). En este mundo, pues, celebramos una Cuaresma de abstinencia cuando vivimos bien, cuando nos abstenemos de las iniquidades y de los placeres ilícitos. Pero como esta abstinencia no será sin recompensa, esperamos aquella bienaventurada esperanza y la revelación de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo. En esa esperanza, cuando de esperanza se haga realidad, recibiremos la recompensa del denario. Pues esa es la recompensa que se da a los obreros que trabajan en la viña según el Evangelio (Mateo 20, 9-10), que creo que recuerdan: pues no todo debe ser mencionado como si fueran rudos e ignorantes. El denario, que recibe su nombre del número diez, se da, y unido al cuarenta se convierte en cincuenta: de ahí que con trabajo celebremos la Cuaresma antes de Pascua; con alegría, como si hubiéramos recibido la recompensa, la Cincuentena después de Pascua. Pues a este saludable trabajo de buena obra, que pertenece al número cuarenta, se añade el denario de descanso y felicidad, para que se haga cincuenta.

5. Esto también lo significó el mismo Señor Jesús de manera mucho más clara, cuando después de la resurrección estuvo cuarenta días en la tierra con sus discípulos (Hechos 1, 3); pero al cuadragésimo día, cuando ascendió al cielo, después de diez días envió la recompensa del Espíritu Santo (Hechos 2, 1-4). Estas cosas fueron significadas, y las mismas realidades fueron anticipadas por ciertos significados. Nos alimentamos de significados para que podamos llegar a las mismas realidades perdurando. Pues somos obreros, y aún trabajamos en la viña: terminado el día, terminado el trabajo, se devolverá la recompensa. Pero, ¿qué obrero perdura para recibir la recompensa, sino aquel que se alimenta mientras trabaja? Pues no darás a tu obrero solo la recompensa: ¿no le proporcionarás también de dónde recupere fuerzas en el trabajo? Sin duda alimentas a quien le darás la recompensa. Por tanto, también el Señor nos alimenta en estos significados de las Escrituras mientras trabajamos. Pues si se nos quita esta alegría de los sacramentos a entender, desfallecemos en el trabajo, y no habrá quien llegue a la recompensa.

6. ¿Cómo, pues, se perfecciona la obra con el número cuarenta? Quizás por eso, porque la Ley fue dada en diez mandamientos, y la Ley debía ser predicada por todo el mundo: que todo el mundo se encomienda en cuatro partes, Oriente y Occidente, Mediodía y Norte, de donde el diez multiplicado por cuatro llega al cuarenta. O porque por el Evangelio, que tiene cuatro libros, se cumple la Ley: porque en el Evangelio se dice, No he venido a abolir la Ley, sino a cumplirla (Mateo 5, 17). Así que, ya sea por esta causa, o por otra más probable que nos es desconocida, pero no a los más doctos; es cierto, sin embargo, que el número cuarenta significa cierta perfección en las buenas obras, que principalmente se ejercen en cierta abstinencia de los deseos ilícitos del mundo, esto es, en el ayuno general. Escucha también al Apóstol diciendo, La plenitud de la Ley es la caridad (Romanos 13, 10). ¿De dónde la caridad? Por la gracia de Dios, por el Espíritu Santo. Pues no la tendríamos de nosotros mismos, como si la hiciéramos para nosotros. Es don de Dios, y un gran don: Porque la caridad de Dios, dice, ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Romanos 5, 5). La caridad, pues, cumple la Ley, y se ha dicho muy verdaderamente, La plenitud de la Ley es la caridad. Busquemos esta caridad, como se nos encomienda por el Señor. Recuerden lo que he propuesto: quiero exponer el número de treinta y ocho años en aquel enfermo, por qué ese número treinta y ocho es más de enfermedad que de salud. Así que, como decía, la caridad cumple la Ley. A la plenitud de la Ley en todas las obras pertenece el número cuarenta: en la caridad, sin embargo, se nos

encomiendan dos mandamientos. Observen, les ruego, y graben en la memoria lo que digo; no sean despreciadores de la palabra, no sea que su alma se convierta en un camino donde las semillas sembradas no germinen: Y vendrán, dice, las aves del cielo y las recogerán (Marcos 4, 4). Reciban y guarden en sus corazones. Los mandamientos de la caridad son dos, encomendados por el Señor: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas (Mateo 22, 37-40). Con razón aquella viuda dio todas sus facultades, dos monedas, en las ofrendas de Dios (Lucas 21, 2-4): con razón el posadero recibió dos denarios para sanar al herido por los ladrones (Lucas 10, 35): con razón Jesús pasó dos días entre los samaritanos, para fortalecerlos en la caridad (Juan 4, 40). Por tanto, cuando algo bueno se significa con este número binario, se encomienda principalmente la caridad bipartita. Si, pues, el número cuarenta tiene la perfección de la Ley y la Ley no se cumple sino en el doble mandamiento de la caridad; ¿por qué te sorprende que estuviera enfermo quien tenía dos menos de cuarenta?

7. Veamos, pues, ya con qué sacramento este enfermo es curado por el Señor. Pues vino el mismo Señor, maestro de la caridad, lleno de caridad, abreviando, como se había predicho de él, la palabra sobre la tierra (Isaías 10, 23; 28, 22; Romanos 9, 28): y mostró que de los dos mandamientos de la caridad dependen la Ley y los Profetas. De ahí, pues, pendía Moisés con su cuarenta, de ahí Elías con el suyo, este número trajo el Señor en su testimonio. Este enfermo es curado por el Señor presente; pero primero, ¿qué le dice? ¿Quieres ser sano? Respondió que no tenía hombre que lo metiera en la piscina. Verdaderamente necesitaba de un hombre para su salud, pero de un hombre que también es Dios. Pues hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Timoteo 2, 5). Vino, pues, el hombre que era necesario: ¿por qué se diferiría la salud? Levántate, le dice, toma tu camilla y anda. Dijo tres cosas, Levántate, toma tu camilla y anda. Pero Levántate, no fue un mandato de obra, sino una operación de salud. Al sano, sin embargo, le mandó dos cosas, Toma tu camilla y anda. Les ruego, ¿por qué no bastaba con decir Anda? o ciertamente, ¿por qué no bastaba con decir Levántate? Pues no se quedaría en el lugar una vez que se levantara sano. ¿No se levantaría para irse? Me mueve, pues, que también mandara dos cosas, quien lo encontró postrado con dos menos: como si al mandar dos cosas, completara lo que faltaba.

8. ¿Cómo, pues, encontramos en estos dos mandatos del Señor, aquellos dos mandamientos significados de la caridad? Toma, dice, tu camilla y anda. ¿Cuáles son aquellos dos mandamientos, hermanos, recuerden conmigo. Pues deben ser muy conocidos, y no solo venir a la mente cuando los mencionamos, sino que nunca deben borrarse de sus corazones. Siempre deben pensar que se debe amar a Dios y al prójimo: a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente; y al prójimo como a uno mismo. Estas cosas deben ser siempre pensadas, meditadas, retenidas, hechas, cumplidas. El amor a Dios es primero en el orden de ser mandado; pero el amor al prójimo es primero en el orden de ser hecho. Pues quien te mandara este amor en dos mandamientos, no te encomendaría primero al prójimo y después a Dios; sino primero a Dios, después al prójimo. Pero tú, porque aún no ves a Dios, mereces ver a quien amas amando al prójimo; amando al prójimo purificas el ojo para ver a Dios, como dice claramente Juan, Si no amas al hermano que ves, ¿cómo podrás amar a Dios a quien no ves? (1 Juan 4, 20). He aquí que se te dice, Ama a Dios. Si me dices, Muéstrame a quien debo amar; ¿qué responderé, sino lo que dice Juan mismo, A Dios nadie lo ha visto jamás (Juan 1, 18)? Y para que no pienses que estás completamente alejado de ver a Dios: Dios, dice, es caridad; y quien permanece en la caridad, permanece en Dios (1 Juan 4, 16). Ama, pues, al prójimo: y mira en ti de dónde amas al prójimo; allí verás, como puedas, a Dios. Comienza, pues, a amar al prójimo. Parte tu pan con el hambriento, y a los pobres sin

techo llévalos a tu casa: si ves a uno desnudo, vístelo, y no desprecies a los de tu propia carne. Haciendo estas cosas, ¿qué conseguirás? Entonces romperá tu luz como la mañana (Isaías 58, 7-8). Tu luz es tu Dios, para ti como la mañana, porque vendrá a ti después de la noche del mundo: pues él ni nace ni se pone; porque siempre permanece. Será para ti matutino al regresar, quien para ti había hecho ocaso al perecer. Por tanto, Toma tu camilla, me parece que dijo, Ama a tu prójimo.

9. Pero aún está cerrado, y necesita exposición, según creo, por qué en tomar la camilla se encomienda el amor al prójimo: a menos que quizás nos ofenda que por la camilla, cosa insensata e inanimada, se encomiende al prójimo. No se enoje el prójimo, si se nos encomienda por una cosa que carece de alma y de sentido. El mismo Señor y Salvador nuestro Jesucristo fue llamado piedra angular, para unir en sí a dos (Efesios 2, 14-20). Fue llamado también roca, de donde brotó agua: Pero la roca era Cristo (1 Corintios 10, 4). ¿Qué, pues, de extraño hay si Cristo es Roca, y el prójimo es madera? No obstante, no cualquier madera: así como tampoco aquella era cualquier roca, sino de donde brotó agua para los sedientos; ni cualquier piedra, sino angular, que en sí mismo unió dos paredes que venían de diferentes direcciones. Así tampoco tomarás cualquier madera como prójimo, sino camilla. ¿Qué, pues, en la camilla, te ruego? ¿Qué, sino que aquel enfermo era llevado en la camilla? Pero el sano lleva la camilla. ¿Qué dijo el Apóstol? Lleven los unos las cargas de los otros, y así cumplirán la ley de Cristo (Gálatas 6, 2). La ley de Cristo, pues, es la caridad, y la caridad no se cumple sino llevando los unos las cargas de los otros. Soportándose, dice, los unos a los otros en amor, procurando guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Efesios 4, 2-3). Cuando estabas enfermo, tu prójimo te llevaba; hecho sano, lleva a tu prójimo: Lleven los unos las cargas de los otros, y así cumplirán la ley de Cristo. Así cumplirás, oh hombre, lo que te faltaba. Toma, pues, tu camilla. Pero cuando la tomes, no te quedes, anda. Amando al prójimo, y cuidando de tu prójimo, haces camino. ¿A dónde haces camino, sino al Señor Dios, a quien debemos amar con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente? Pues aún no hemos llegado al Señor, pero tenemos al prójimo con nosotros. Lleva, pues, a aquel con quien caminas; para que llegues a aquel con quien deseas permanecer. Toma, pues, tu camilla, y anda.

10. Esto hizo aquel, y los judíos se escandalizaron. Pues veían al hombre llevando su camilla en día de sábado, y no calumniaban al Señor por haberlo sanado en sábado, para que él pudiera responderles que si el jumento de alguno de ellos caía en un pozo, ciertamente lo sacaría en sábado y salvaría su jumento (Lucas 14, 5): así que ya no le objetaban que el hombre hubiera sido sanado en sábado; sino que llevaba su camilla. Si la salud no debía diferirse, ¿acaso debía mandarse la obra? No te es lícito, le dicen, hacer lo que haces, llevar tu camilla. Y él les objetaba al autor de su salud: Quien, dice, me hizo sano, él mismo me dijo, Toma tu camilla, y anda. ¿No aceptaría el mandato de quien había recibido la salud? Y ellos: ¿Quién es ese hombre que te dijo, Toma tu camilla, y anda?

11. Pero el que había sido sanado no sabía quién era, de quien había oído esto. Jesús, sin embargo, cuando hizo esto, y lo mandó, se había apartado de él en la multitud. Vean cómo también esto se cumple. Llevamos al prójimo, y caminamos, hacia Dios; pero a aquel hacia quien caminamos, aún no lo vemos: por eso aquel aún no conocía a Jesús. Este sacramento fue encomendado, porque creemos en aquel a quien aún no vemos: y para que no se vea, se aparta en la multitud. Es difícil ver a Cristo en la multitud: cierta soledad es necesaria para nuestra mente; cierta soledad de intención se requiere para ver a Dios. La multitud tiene ruido; esta visión desea secreto. Toma tu camilla, lleva al prójimo que llevabas; y anda, para que llegues. No busques a Jesús en la multitud, no es como uno de la multitud: precede a toda la multitud. Primero ascendió del mar aquel gran pez, y en los cielos se sienta intercediendo

por nosotros: como gran sacerdote, uno entró en el interior del velo: la multitud permanece afuera. Anda tú, que llevas a tu prójimo; si has aprendido a llevar, quien solías ser llevado. Finalmente, ahora aún no conoces a Jesús, aún no ves a Jesús: ¿qué sigue después? Porque no dejó de llevar su camilla, y de andar, Jesús lo vio después en el templo. En la multitud no lo vio, en el templo lo vio. El Señor Jesús ciertamente lo veía tanto en la multitud como en el templo: pero aquel enfermo no conocía a Jesús en la multitud, lo conoció en el templo. Llegó, pues, aquel al Señor; lo vio en el templo, lo vio en el lugar sagrado, en el lugar santo. ¿Y qué oye de él? He aquí que ya has sido sanado; no peques más, para que no te suceda algo peor.

12. Entonces aquel, después de haber visto a Jesús, y conocido a Jesús como autor de su salud, no fue perezoso en evangelizar a quien había visto: Fue y anunció a los judíos que Jesús era quien lo había sanado. Él anunciaba, y ellos enloquecían: él proclamaba su salud, ellos no buscaban su salud.

13. Perseguían los judíos al Señor Jesús, porque hacía estas cosas en sábado. ¿Qué, pues, respondió ahora el Señor a los judíos, escuchemos. De los hombres sanados en sábado, dije qué suele responder, porque no despreciaban sus jumentos en sábado, ya sea liberándolos o alimentándolos. ¿Qué respondió sobre la camilla llevada? Una obra corporal manifiesta se había hecho ante los ojos de los judíos: no la salud del cuerpo, sino la operación del cuerpo; que no parecía tan necesaria como la salud. Por tanto, el Señor declare abiertamente el sacramento del sábado, y que la señal de observar un día fue dada temporalmente a los judíos; pero la misma plenitud del sacramento ha venido en él. Mi Padre, dice, hasta ahora trabaja, y yo trabajo. Envió en ellos un gran tumulto; con la venida del Señor se agita el agua, pero quien agita, se oculta. Sin embargo, el enfermo grande debe ser sanado por el agua agitada, con la pasión del Señor todo el mundo.

14. Veamos, pues, la respuesta de la Verdad: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo. ¿Dijo, pues, falsamente la Escritura que Dios descansó de todas sus obras en el séptimo día (Génesis 2, 2)? y ¿habla el Señor Jesús contra esta Escritura ministrada por Moisés, cuando él mismo dice a los judíos, Si creyeran a Moisés, me creerían a mí: porque de mí escribió él (Juan 5, 46)? Vean, pues, si Moisés quiso significar algo, que Dios descansó en el séptimo día. Pues Dios no se fatigó creando su obra, y necesitaba descanso como un hombre. ¿Cómo se fatigó quien con la palabra hizo? Sin embargo, también es verdad que Dios descansó de sus obras en el séptimo día; y esto es verdad que dice Jesús, Mi Padre hasta ahora trabaja. Pero, ¿quién explicará con palabras, hombre a hombres, enfermo a enfermos, indocto a quienes desean aprender, y quizás si algo sabe, no puede exponer y explicar a los hombres, quizás difícilmente capaces de captar, incluso si se puede explicar lo que se capta? ¿Quién, digo, hermanos míos, explicará con palabras cómo Dios trabaja en reposo, y reposa trabajando? Les ruego, que esto lo difieran para cuando progresen; pues esta visión busca el templo de Dios, busca el lugar santo: lleven al prójimo y caminen; allí lo verán, donde no busquen palabras de hombres.

15. Esto más bien que podemos decir esto, porque en el hecho de que Dios descansó en el séptimo día, significó con gran sacramento al mismo Señor y salvador nuestro Jesucristo, quien hablaba y decía: "Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo". Porque el Señor Jesús ciertamente es Dios. Él es el Verbo de Dios, y habéis oído que "en el principio era el Verbo"; y no cualquier Verbo, sino "el Verbo era Dios", y "todas las cosas fueron hechas por él" (Juan 1, 1, 3): tal vez se significó que descansaría en el séptimo día de todas sus obras. Leed el Evangelio y ved cuántas cosas hizo Jesús. Obtuvo nuestra salvación en la cruz, para que se cumplieran en él todas las profecías de los Profetas: fue coronado de espinas, colgado en el

madero; dijo: "Tengo sed", tomó vinagre en una esponja, para que se cumpliera lo que está dicho: "Y en mi sed me dieron a beber vinagre" (Salmo 68, 22). Pero cuando se cumplieron todas sus obras, el viernes, inclinando la cabeza, entregó el espíritu, y en el sepulcro descansó el sábado de todas sus obras (Juan 19). Por tanto, como si dijera a los judíos: ¿Qué esperáis para que no trabaje en sábado? El día del sábado os fue prescrito en señal de mí. Observáis las obras de Dios; yo estaba allí cuando se hicieron, todas las cosas fueron hechas por mí, yo lo sé: "Mi Padre hasta ahora trabaja". El Padre hizo la luz; pero dijo que se hiciera la luz (Génesis 1, 3): si dijo, trabajó con el Verbo; yo era su Verbo, yo soy: por mí fue hecho el mundo en aquellas obras, por mí se gobierna el mundo en estas obras. Mi Padre trabajó entonces cuando hizo el mundo, y hasta ahora trabaja cuando gobierna el mundo; por tanto, por mí hizo cuando hizo, y por mí gobierna cuando gobierna. Dijo estas cosas, pero ¿a quiénes? A sordos, ciegos, cojos, enfermos, que no reconocían al médico, y como en frenesí, con la mente perdida, querían matarlo.

16. ¿Qué dijo entonces el evangelista? Por eso los judíos buscaban más matarlo, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre. No de cualquier manera: ¿sino qué? Haciéndose igual a Dios. Pues todos decimos a Dios: "Padre nuestro que estás en los cielos" (Mateo 6, 9): leemos que también los judíos dijeron: "Aunque tú eres nuestro padre" (Isaías 63, 16 y 64, 8). Por tanto, no se enojaban porque decía que Dios era su Padre; sino porque lo decía de una manera muy diferente a los hombres. He aquí que los judíos entienden lo que no entienden los arrianos. Los arrianos, en efecto, dicen que el Hijo es desigual al Padre, y de ahí la herejía fue expulsada de la Iglesia. He aquí que los mismos ciegos, los mismos asesinos de Cristo, entendieron sin embargo las palabras de Cristo. No entendieron que él era el Cristo, ni que era el Hijo de Dios: pero entendieron en aquellas palabras, que tal Hijo de Dios se recomendaba, que era igual a Dios. No sabían quién era; sin embargo, reconocían que se predicaba tal, porque decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios. ¿No era entonces igual a Dios? No se hacía él mismo igual, sino que aquel lo había engendrado igual. Si él mismo se hiciera igual a Dios, caería por usurpación. Pues quien quiso hacerse igual a Dios cuando no lo era, cayó (Isaías 14, 14, 15), y de ángel se hizo diablo: y esta soberbia la propinó al hombre, de donde él mismo fue arrojado. Pues esto dijo al hombre, a quien envidió estando firme, "Gustad, y seréis como dioses" (Génesis 3, 5): es decir, usurpad lo que no sois; porque yo también fui arrojado por usurpar. No lo declaraba, pero lo sugería. Cristo, sin embargo, era igual al Padre por nacimiento, no hecho: nacido de la sustancia del Padre. De donde así lo recomienda el Apóstol: "El cual, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como usurpación". ¿Qué es, "no consideró como usurpación"? No usurpó la igualdad con Dios; sino que estaba en ella, en la que había nacido. ¿Y cómo llegaríamos nosotros a ser iguales a Dios? "Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo" (Filipenses 2, 6, 7). No se despojó a sí mismo perdiendo lo que era, sino tomando lo que no era. Despreciando esta forma de siervo, los judíos no podían entender al Señor Cristo igual al Padre; aunque no dudaban en absoluto que él decía esto de sí mismo, y por eso se enfurecían: y aún así él los soportaba, y buscaba la sanidad de los que se enfurecían.

TRACTATUS XVIII. En el lugar del Evangelio, "Amén, amén os digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre: porque todo lo que él hace, también lo hace el Hijo de igual manera". Cap. V, V. 19.

1. El evangelista Juan, entre sus consortes y copartícipes otros evangelistas, recibió este don especial y propio del Señor (sobre cuyo pecho se recostaba en la cena (Juan 13, 25), para significar que bebía de su corazón íntimo secretos más altos), para que dijera cosas del Hijo de Dios que tal vez puedan excitar las mentes atentas de los pequeños; pero que aún no pueden llenar a los que no son capaces: pero a las mentes más grandes y a las que han llegado

a cierta edad interiormente viril, les da algo con estas palabras, para que se ejerciten y se alimenten. Habéis oído cuando se leía, y recordáis de dónde vino este discurso. Ayer se leyó que por eso los judíos querían matar a Jesús, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios (Juan 5, 18). Lo que desagradaba a los judíos, agradaba al mismo Padre. Esto sin duda agrada también a aquellos que honran al Hijo, como honran al Padre; porque si no les agrada, les desagradará. Pues Dios no será mayor porque te agrade; sino tú menor, si te desagrada. Contra esta calumnia suya, ya sea por ignorancia o por malicia, habla el Señor no del todo para que lo comprendan, sino para que se agiten y se turben, y tal vez, incluso turbados, busquen al médico. Decía, sin embargo, cosas que se escribirían, para que también nosotros después las leyéramos. Veamos, pues, qué sucedió en los corazones de los judíos cuando oyeron estas cosas: pensemos más en lo que sucede en nosotros cuando las oímos. Pues no nacieron las herejías, y ciertos dogmas de perversidad que atrapan las almas y las precipitan en el abismo, sino cuando las Escrituras buenas se entienden mal; y lo que en ellas no se entiende bien, también se afirma temeraria y audazmente. Por tanto, carísimos, debemos escuchar con mucha cautela estas cosas, para las cuales somos pequeños para comprender; y con un corazón piadoso y con temblor, como está escrito, manteniendo esta regla de salud, para que lo que podamos entender según la fe con la que hemos sido instruidos, nos regocijemos como de alimento: pero lo que aún no podamos entender según la sana regla de la fe, eliminemos la duda, pospongamos la comprensión; esto es, que aunque no sepamos algo, no dudemos en absoluto que es bueno y verdadero. Y yo, hermanos, que he asumido hablaros, debo ser considerado por vosotros en lo que he asumido, y lo que he asumido: pues he asumido tratar cosas divinas siendo hombre, cosas espirituales siendo carnal, cosas eternas siendo mortal. También de mí, carísimos, esté lejos la vana presunción, si quiero vivir sano en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad (1 Timoteo 3, 15): según mi medida tomo lo que os presento; donde se abre, me alimento con vosotros; donde se cierra, llamo con vosotros.

2. Se conmovieron, pues, los judíos, y se indignaron; con razón, ciertamente, porque un hombre se atrevía a hacerse igual a Dios: pero por eso sin razón, porque no entendían a Dios en el hombre. Veían la carne, no conocían a Dios: veían la morada, ignoraban al habitante. Aquella carne era templo, Dios habitaba dentro. Por tanto, Jesús no igualaba la carne al Padre, no comparaba la forma de siervo al Señor; no lo que fue hecho por nosotros, sino lo que era cuando nos hizo. ¿Quién es Cristo? Hablo a los católicos, sabéis, porque habéis creído bien: no solo el Verbo, ni solo carne; sino que el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros. Repaso del Verbo lo que sabéis: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios": aquí está la igualdad con el Padre. Pero "el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1, 1-14): con esta carne el Padre es mayor. Así el Padre es tanto igual como mayor: igual al Verbo, mayor que la carne; igual a aquel por quien nos hizo, mayor que aquel que fue hecho por nosotros. A esta regla sana católica, que principalmente debéis conocer, que mantenéis quienes la conocéis, de la cual vuestra fe no debe en absoluto desviarse, que no debe ser arrancada de vuestro corazón por ningún argumento humano, dirijamos lo que entendemos; y lo que tal vez no entendamos, dirijamos a esta regla para diferirlo cuando seamos idóneos. Sabemos, pues, que el Hijo de Dios es igual al Padre, porque sabemos que en el principio el Verbo era Dios. ¿Por qué, entonces, querían los judíos matarlo? Porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios: viendo la carne, no viendo el Verbo. Hable, pues, el Verbo contra ellos a través de la carne, y el habitante interior suene a través de su morada; para que quien pueda, sepa quién habita dentro.

3. ¿Qué les dice, entonces? Respondió Jesús, y les dijo, conmovidos porque se hacía igual a Dios: "Amén, amén os digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre". ¿Qué respondieron los judíos a esto? No está escrito: y tal vez callaron. Sin embargo, algunos que quieren ser considerados cristianos, no callan, y de algún modo conciben de estas palabras ciertas cosas que decir contra nosotros: que no deben ser despreciadas, tanto por ellos como por nosotros. Los herejes arrianos, diciendo que no por la carne, sino antes de la carne, el mismo Hijo que asumió la carne, es menor que el Padre, y no es de la misma sustancia que el Padre, toman de estas palabras un pretexto de calumnia, y nos responden: Veis que el Señor Jesús, al notar que los judíos se movían por esto, que se hacía igual a Dios, añadió tales palabras para mostrar que no era igual. Pues movía a los judíos, dicen, contra Cristo, porque se hacía igual a Dios; y queriendo corregirlos de este movimiento Cristo, y demostrarles que el Hijo no es igual al Padre, es decir, igual a Dios, dijo, como diciendo: ¿Por qué os enojáis? ¿Por qué os indignáis? No soy igual, porque "el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre". Pues quien "no puede", dicen, "hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre", ciertamente es menor, no igual.

4. En esta regla torcida y perversa de su corazón, el hereje nos escuche aún no reprochando, sino todavía como buscando, y nos explique lo que siente. Pues creo, oh quienquiera que seas (hagamos como si estuviera presente), sostienes con nosotros que "en el principio era el Verbo". Lo sostengo, dice. ¿Y que "el Verbo estaba con Dios"? Y esto, dice, lo sostengo. Sigue, pues, y sostén esto más firmemente, que "el Verbo era Dios". Y esto, dice, lo sostengo: pero ese Dios mayor, ese Dios menor. Ya no sé qué huele a pagano: pensaba que hablaba con un cristiano. Si hay un Dios mayor, y hay un Dios menor; adoramos a dos dioses, no a un solo Dios. ¿Por qué, dice? ¿Y tú no dices dos dioses iguales? Esto no lo digo yo: pues entiendo esta igualdad de tal manera, que allí entiendo también la caridad indivisa; y si la caridad es indivisa, la unidad es perfecta. Pues si la caridad que Dios envió a los hombres, de muchos corazones humanos hace un solo corazón, y de muchas almas humanas hace un alma, como está escrito de los creyentes que se amaban mutuamente en los Hechos de los Apóstoles: "Tenían un solo corazón y un solo alma en Dios" (Hechos 4, 32): si, pues, mi alma y tu alma, cuando sentimos lo mismo y nos amamos, se hace un alma: ¿cuánto más el Padre Dios y el Hijo Dios en la fuente del amor es un solo Dios?

5. Pero a estas palabras, que han conmovido tu corazón, atiende, y recuerda conmigo lo que buscábamos del Verbo. Ya sostenemos, "el Verbo era Dios": añado otra cosa, porque después de haber dicho, "Este estaba en el principio con Dios", inmediatamente el Evangelista añadió, "Todas las cosas fueron hechas por él". Ahora te interrogo, ahora te muevo contra ti, y te interpelo contra ti mismo: solo sostén de memoria estas cosas del Verbo, porque "el Verbo era Dios", y "todas las cosas fueron hechas por él". Escucha ya las palabras por las que te conmoviste, para decir que el Hijo es menor, a saber, porque dijo: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre". Así es, dice. Explícame esto un poco: así, según creo, entiendes, que el Padre hace ciertas cosas, y el Hijo atiende cómo hace el Padre, para que también él pueda hacer lo que ve hacer al Padre. Has constituido dos como artesanos: así al Padre y al Hijo, como también maestro y discípulo, como suelen los padres artesanos enseñar a sus hijos su arte. He aquí que desciendo a tu sentido carnal, así por ahora pienso como tú: veamos si este nuestro pensamiento encuentra salida según aquellas cosas que ya del Verbo hemos hablado juntos y juntos hemos sentido, porque "Dios Verbo", y "todas las cosas fueron hechas por él". Pon, pues, al Padre como un artesano, haciendo ciertas obras, y al Hijo como un discípulo, que "no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre": pues atiende de algún modo a las manos del Padre, para que como lo vea fabricar, así también él haga algo semejante en sus obras. Pero este Padre todo lo que hace, y

quiere que el Hijo lo atienda y haga también él semejante; ¿por quién lo hace? Ahora es cuando debes estar presente a tu sentencia anterior, que repasaste conmigo y sostuviste conmigo, porque "en el principio Verbo", y "con Dios Verbo", y "Dios Verbo", y "todas las cosas fueron hechas por él". Tú, pues, cuando sostuviste conmigo que por el Verbo fueron hechas todas las cosas; de nuevo con sabor carnal y movimiento pueril haces para ti en el ánimo a Dios haciendo, y al Verbo atendiendo, para que cuando Dios haya hecho, haga también el Verbo. ¿Qué hace Dios sin el Verbo? Pues si hace, no todas las cosas fueron hechas por el Verbo; perdiste lo que sostenías: pero si todas las cosas fueron hechas por el Verbo, corrige lo que mal entendías. Hizo el Padre, y no hizo sino por el Verbo: ¿cómo atiende el Verbo, para ver al Padre haciendo sin el Verbo, lo que de igual manera haga el Verbo? Todo lo que hizo el Padre, lo hizo por el Verbo: o es falso, "Todas las cosas fueron hechas por él". Pero es verdad, "Todas las cosas fueron hechas por él". ¿Te parecía poco? "Y sin él no se hizo nada".

6. Aléjate, pues, de esa prudencia de la carne, y busquemos cómo se dijo, "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre". Busquemos, si somos dignos de comprenderlo. Pues confieso, es una gran cosa, ardua en verdad, ver al Padre haciendo por el Hijo, no haciendo el Padre y el Hijo obras separadas, sino cualquier obra el Padre por el Hijo, para que no se hagan obras ni por el Padre sin el Hijo, ni por el Hijo sin el Padre: porque "todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada". Con estas cosas firmemente establecidas en el fundamento de la fe, ya cuál es ver, porque "el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre". Buscas, según creo, conocer al Hijo haciendo; busca primero conocer al Hijo viendo. Pues ¿qué dice? "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre". Atiende lo que dijo, "sino lo que ve hacer al Padre". Precede la visión, y sigue la acción: pues ve para hacer. ¿Tú qué buscas ya conocer cómo hace, cuando aún no sabes cómo ve? ¿Por qué corres a lo que es posterior, dejando lo que es anterior? Se dijo viéndose y haciéndose; no, haciéndose y viéndose: porque "no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre". ¿Quieres que te explique cómo hace? Explícame tú cómo ve. Si tú no puedes explicar esto, tampoco yo aquello: si tú no eres aún idóneo para percibir esto, tampoco yo aquello. Ambos, pues, busquemos, ambos llamemos, para que ambos merezcamos recibir. ¿Por qué como docto calumnias al indocto? Yo para hacer, tú para ver, ambos indoctos preguntemos al maestro, no en su escuela disputemos puerilmente. Sin embargo, ya hemos aprendido juntos que "todas las cosas fueron hechas por él". Por tanto, es manifiesto que no hace el Padre otras obras, que vea el Hijo, para que él haga semejantes: sino que el Padre hace las mismas obras por el Hijo, porque todas las cosas fueron hechas por el Verbo. Ya ¿quién sabe cómo hace Dios? No digo cómo hizo el mundo, sino cómo hizo tu ojo, al que adherido carnalmente, comparas lo visible con lo invisible. Pues tales cosas piensas de Dios, como las que estás acostumbrado a ver con estos ojos. Pero si con estos ojos pudiera verse a Dios, no diría, "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo 5, 8). Por tanto, tienes el ojo del cuerpo para ver al artesano, pero aún no tienes el ojo del corazón para ver a Dios: por eso lo que sueles ver en el artesano, quieres transferirlo a Dios. Pon en la tierra lo terrenal, eleva el corazón.

7. ¿Qué diremos, queridos míos? ¿Explicaremos lo que hemos preguntado, cómo ve el Verbo, cómo es visto el Padre por el Verbo, qué significa ver del Verbo? No soy tan audaz ni temerario como para prometer explicar esto tanto a mí como a ustedes: sospecho de alguna manera su capacidad, pero conozco la mía. Si les parece bien, no nos detengamos más, recorramos la lectura y veamos cómo las palabras del Señor perturban los corazones carnales; se perturban para que no permanezcan en lo que sostienen. Que se les quite, como a niños, algún juguete que los distrae para que puedan recibir cosas más útiles para los mayores, para

que puedan progresar quienes estaban en la tierra. Levántate, busca, suspira, anhela con deseo, y llama a las puertas cerradas. Pero si aún no deseamos, aún no anhelamos, aún no suspiramos, ¿a quiénes lanzaremos nuestras perlas, o qué perlas encontraremos nosotros mismos? Por tanto, queridos míos, he movido el deseo en sus corazones. Las costumbres conducen a la inteligencia: el tipo de vida conduce al tipo de vida. Una es la vida terrena, otra la vida celestial; una es la vida de los animales, otra la vida de los hombres, otra la vida de los ángeles. La vida de los animales se agita con placeres terrenales, busca solo lo terrenal, está inclinada y proyectada hacia ello; la vida de los ángeles es solo celestial; la vida de los hombres está en medio de los ángeles y los animales. Si el hombre vive según la carne, se compara con los animales; si vive según el espíritu, se asocia con los ángeles. Cuando vives según el espíritu, busca también en esa vida angélica si eres pequeño o grande. Si aún eres pequeño, los ángeles te dicen: Crece; nosotros comemos pan, tú aliméntate con la leche, la leche de la fe, para que llegues al alimento de la visión. Pero si aún se anhela placeres sucios, si aún se piensan fraudes, si no se evitan las mentiras, si las mentiras se acumulan con perjurios; ¿se atreve un corazón tan impuro a decir, Explícame cómo ve el Verbo, incluso si puedo, incluso si ya veo? Sin embargo, si tal vez yo no estoy en estas costumbres, y sin embargo estoy lejos de esa visión; ¿cuánto más aquel que aún no es arrebatado por este deseo supremo, abrumado por deseos terrenales? Hay mucha diferencia entre el que rechaza y el que desea: y nuevamente hay mucha diferencia entre el que desea y el que disfruta. Vives como los animales, rechazas: los ángeles disfrutan. Pero si no vives como los animales, ya no rechazas: deseas algo, y no lo alcanzas; has comenzado con ese deseo la vida de los ángeles. Crezca en ti, y se perfeccione en ti; y que lo alcances no de mí, sino de aquel que me hizo a mí y a ti.

8. Sin embargo, el Señor no nos dejó de cualquier manera, quien quiso que se entendiera que en lo que dijo, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre, no hace el Padre unas obras que el Hijo ve, y otras el Hijo cuando ve al Padre hacer; sino las mismas obras el Padre y el Hijo. Pues continuó diciendo: Porque todo lo que él hace, esto también el Hijo lo hace de igual manera. No cuando él hace, el Hijo hace otras de igual manera; sino todo lo que él hace, esto también el Hijo lo hace de igual manera. Si el Hijo hace lo que el Padre hace, el Padre lo hace por el Hijo: si por el Hijo hace lo que el Padre hace, no hace el Padre unas cosas y el Hijo otras; sino que las obras del Padre y del Hijo son las mismas. ¿Y cómo hace el Hijo lo mismo? Lo mismo y de igual manera. No sea que lo mismo pero de manera diferente: Lo mismo, dice, y de igual manera. ¿Y cómo podría hacer lo mismo de manera diferente? Tomen un ejemplo, que creo no es grande para ustedes: cuando escribimos letras, primero las hace nuestro corazón, y luego nuestra mano. Ciertamente, ¿por qué todos aclamaron, si no porque lo reconocieron? Es cierto lo que dije, y manifiesto para todos nosotros. Las letras son hechas primero por nuestro corazón, luego por nuestro cuerpo: la mano sirve al corazón que manda, las mismas letras las hace el corazón y la mano: ¿acaso otras el corazón, otras la mano? Las mismas hace la mano, pero no de igual manera: nuestro corazón las hace inteligiblemente, pero la mano visiblemente. He aquí cómo se hacen las mismas de manera diferente. Por eso no fue suficiente para el Señor decir, Todo lo que el Padre hace, esto también el Hijo lo hace, si no añadiera, y de igual manera. ¿Qué si lo entendieras de la manera en que todo lo que hace el corazón, esto también lo hace la mano, pero no de igual manera? Aquí añadió, esto también el Hijo lo hace de igual manera. Si también lo hace, y lo hace de igual manera, despiértate, que el judío se conmueva, que el cristiano crea, que el hereje sea convencido; el Hijo es igual al Padre.

9. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que él hace (Juan V, 20). He aquí está aquello, le muestra. Le muestra como a quién? Ciertamente como a quien ve. Volvemos a lo

que no podemos explicar, cómo ve el Verbo. He aquí que el hombre fue hecho por el Verbo; pero el hombre tiene ojos, tiene oídos, tiene manos, diversos miembros en el cuerpo: por los ojos puede ver, por los oídos puede oír, por las manos puede obrar; diversos miembros, diversas funciones de los miembros. No puede aquel miembro lo que puede otro: sin embargo, por la unidad del cuerpo, el ojo ve tanto para sí como para el oído, y el oído oye tanto para sí como para el ojo. ¿Acaso algo así debe pensarse que hay en el Verbo, puesto que todo es por él? Y dijo la Escritura en el Salmo, Entiendan, insensatos del pueblo; y necios, alguna vez sean sabios. ¿El que plantó el oído no oirá? ¿O el que formó el ojo no verá? (Salmo XCIII, 8, 9). Si entonces el Verbo formó el ojo, porque todo es por el Verbo; si el Verbo plantó el oído, porque todo es por el Verbo: no podemos decir, No oye el Verbo, no ve el Verbo; no sea que el Salmo nos reprenda, y diga, Necios, alguna vez sean sabios. Por tanto, si oye el Verbo y ve el Verbo, oye el Hijo y ve el Hijo: ¿acaso también en él buscaremos en diferentes lugares ojos y oídos? ¿De un lado oye, de otro ve; y su oído no puede lo que el ojo, y el ojo no puede lo que puede el oído? ¿O es todo él visión, y todo él audición? Tal vez así: más bien no tal vez, sino verdaderamente así; sin embargo, su ver y su oír, de una manera muy diferente a la nuestra. Y ver y oír están juntos en el Verbo, ni es allí una cosa oír, y otra ver; sino oído visión, y visión oído.

10. Y nosotros que de otra manera oímos, de otra manera vemos, ¿cómo sabemos esto? Volvemos tal vez a nosotros mismos, si no somos transgresores, a quienes se les dijo, Vuelvan, transgresores, al corazón (Isaías XLVI, 8). Vuelvan al corazón: ¿por qué se alejan de ustedes mismos, y perecen de ustedes mismos? ¿Por qué van por caminos de soledad? Erran vagando; vuelvan. ¿A dónde? Al Señor. Es rápido: primero vuelve a tu corazón, exiliado de ti mismo vagando afuera; no te conoces a ti mismo, ¡y buscas a quien te hizo! Vuelve, vuelve al corazón, quítate del cuerpo: tu cuerpo es tu morada; tu corazón siente incluso a través de tu cuerpo: pero tu cuerpo no es lo que tu corazón; deja también tu cuerpo, vuelve a tu corazón. En tu cuerpo encontrabas ojos en un lugar, oídos en otro: ¿acaso encuentras esto en tu corazón? ¿O en tu corazón no tienes oídos? ¿De cuáles entonces decía el Señor, Quien tiene oídos para oír, que oiga (Lucas VIII, 8)? ¿O en el corazón no tienes ojos? ¿De dónde dice el Apóstol, Iluminados los ojos de vuestro corazón (Efesios I, 18). Vuelve al corazón; ve allí qué sientes tal vez de Dios, porque allí está la imagen de Dios. En el hombre interior habita Cristo (Id. III, 16, 17), en el hombre interior te renuevas a la imagen de Dios, en su imagen reconoce a su autor. Ve cómo todos los sentidos del cuerpo informan al corazón interior lo que han sentido afuera: ve cuántos ministros tiene un solo emperador interior, y qué hace en sí mismo incluso sin estos ministros. Los ojos informan al corazón de lo blanco y lo negro; los oídos informan al mismo corazón de lo sonoro y lo disonante; las narices informan al mismo corazón de lo fragante y lo fétido; el gusto informa al mismo corazón de lo amargo y lo dulce; el tacto informa al mismo corazón de lo suave y lo áspero: y el mismo corazón se informa a sí mismo de lo justo y lo injusto. Tu corazón ve y oye, y juzga las demás cosas sensibles; y donde no aspiran los sentidos del cuerpo, lo justo y lo injusto, lo malo y lo bueno, lo discierne. Muéstrame los ojos, los oídos, las narices de tu corazón. Son diversas las cosas que se refieren a tu corazón, y no se encuentran allí diversos miembros. En tu carne oyes en un lugar, ves en otro: en tu corazón oyes donde ves. Si esto es imagen, ¿cuánto más poderoso aquel de quien es imagen? Por tanto, oye el Hijo, y ve el Hijo, y esa visión y audición es el Hijo: y para él, oír es lo mismo que ser, y ver es lo mismo que ser. Para ti no es lo mismo ver que ser: porque si pierdes la vista, puedes ser; y si pierdes el oído, puedes ser.

11. ¿Creemos que hemos llamado? ¿Se ha levantado algo en nosotros por lo que al menos sospechemos tenuemente de dónde nos vendrá la luz? Creo, hermanos, que cuando hablamos

de estas cosas, y cuando las meditamos, nos ejercitamos. Y cuando nos ejercitamos en ellas, y nuevamente como que nos reflejamos por nuestro peso en estas cosas acostumbradas, somos como los que tienen los ojos enfermos, cuando se les lleva a ver la luz, si tal vez antes no tenían visión alguna, y comienzan a recuperar esa visión por la diligencia de los médicos. Y cuando el médico quiere probar cuánto han avanzado en salud, intenta mostrarles lo que deseaban ver, y no podían cuando eran ciegos: y ya regresando de alguna manera la agudeza de los ojos, se les lleva a la luz; y cuando ven, son de alguna manera deslumbrados por el mismo resplandor, y responden al médico que les muestra, Ya ya vi, pero no puedo ver. ¿Qué hace entonces el médico? Los devuelve a lo acostumbrado, y añade colirio, para que a lo que se ha visto, y no se pudo ver, el deseo lo nutra, y por ese mismo deseo se cure más plenamente; y si se aplican algunos remedios mordaces para restaurar la salud, los soporte con fortaleza, para que encendido por el amor de esa luz diga para sí: ¿Cuándo será que vea con ojos firmes lo que no pude con ojos heridos e inestables? Urge al médico, y le ruega que lo cure. Por tanto, hermanos, si tal vez algo así ha sucedido en sus corazones, si de alguna manera han levantado su corazón para ver el Verbo, y deslumbrados por su luz han recaído en lo acostumbrado; rueguen al médico que aplique colirios mordaces, los preceptos de la justicia. Hay algo que ver, pero no hay con qué ver. No me creías antes que hay algo que ver: conducido por cierta razón, te acercaste: te esforzaste, palpitaste, retrocediste. Ciertamente sabes que hay algo que ver, pero no eres idóneo para ver. Por tanto, cúrate. ¿Cuáles son los colirios? No mientas, no perjures, no adulteres, no robes, no defraudes. Pero te has acostumbrado, y con algún dolor te apartas de la costumbre: esto es lo que duele, pero sana. Pues te lo digo más libremente, por temor tanto mío como tuyo: si dejas de curarte, y descuidas ser idóneo para disfrutar de esta luz, con la salud de tus ojos; amarás las tinieblas; y amando las tinieblas, en las tinieblas permanecerás; y permaneciendo en las tinieblas, también serás arrojado a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes (Mateo XXII, 13). Si el amor de la luz no hacía nada en ti, que lo haga el temor al dolor.

12. Creo que he hablado suficientemente, y sin embargo no he terminado la lectura evangélica: si digo lo que queda, los sobrecargaré, y temo que incluso lo que se ha bebido se derrame; por tanto, que esto sea suficiente para su Caridad. Somos deudores, no ahora, sino siempre mientras vivamos; porque vivimos por ustedes. Sin embargo, consuelen nuestra vida débil, laboriosa, peligrosa, en este mundo viviendo bien, no nos entristezcan y desgasten con sus malas costumbres. Pues cuando nos ofendemos por su mala vida, si huimos de ustedes, y nos separamos de ustedes, y no nos acercamos a ustedes; ¿acaso no se quejarán, y dirán: Y si estábamos enfermos, nos curarían; y si estábamos débiles, nos visitarían? He aquí que curamos, he aquí que visitamos, pero no sea que nos suceda como han oído del Apóstol, Temo que haya trabajado en vano entre ustedes (Gálatas IV, 11).

TRATADO XIX. Desde lo que está escrito, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; hasta aquello, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Cap. V, V. 19-30.

1. En el sermón anterior, según movió nuestro afecto y nuestra pobreza de entendimiento, hablamos, a partir de las palabras evangélicas, donde está escrito, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre, qué significa ver del Hijo, esto es, ver del Verbo, porque el Hijo es el Verbo: y porque por el Verbo fueron hechas todas las cosas, cómo puede entenderse que el Hijo vea primero al Padre haciendo, y luego él mismo haga lo que ha visto hecho; cuando el Padre no hizo nada sino por el Hijo. Porque todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada. Sin embargo, no dijimos algo explicado; sino porque tampoco entendimos algo explicado. Pues a veces el discurso falla, donde incluso el entendimiento progresa; cuánto más sufre el discurso deficiencia, cuando el entendimiento no

tiene perfección. Ahora, por tanto, según el Señor nos lo concede, recorramos brevemente la lectura, y al menos hoy completemos la tarea debida. Si acaso queda algo de tiempo o fuerzas, reconsideraremos, si podemos (tanto como de nosotros y entre ustedes se pueda hacer), qué significa ver del Verbo, qué significa ser mostrado al Verbo. Pues todas las cosas se han dicho aquí, que si se entienden según el sentido humano carnalmente, nuestra alma llena de fantasmas no hace otra cosa que ciertas imágenes como de dos hombres, del Padre y del Hijo, uno mostrando; otro viendo; uno hablando, otro oyendo: todas estas son ídolos del corazón; que si ya han sido derribados de sus templos, cuánto más deben ser derribados de los pechos cristianos.

2. No puede, dice, el Hijo hacer nada por sí mismo sino lo que ve hacer al Padre. Esto es verdad, mantengan esto: sin embargo, no pierdan lo que en el principio del Evangelio sostuvieron, que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; y principalmente que todas las cosas fueron hechas por él (Juan I, 1, 3). Lo que ahora han oído, únanlo a lo que oyeron antes, y que ambos concuerden en sus corazones. Así, por tanto, no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre, de modo que sin embargo el Padre lo que hace no lo hace sino por el Hijo, porque el Hijo es su Verbo: y "en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios," y "todas las cosas fueron hechas por él. Porque todo lo que él hace, esto también el Hijo lo hace de igual manera:" no otras, sino estas; ni de manera diferente, sino de igual manera.

3. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que él hace. A esto que dijo antes, sino lo que ve hacer al Padre, parece pertenecer también que le muestra todo lo que él hace. Pero si el Padre muestra lo que hace, y el Hijo no puede hacer sino lo que el Padre le ha mostrado, y el Padre no puede mostrar sino lo que ha hecho; será consecuente que el Padre no haga todo por el Hijo: pero si mantenemos firmemente e inquebrantablemente que el Padre hace todo por el Hijo, antes de que lo haga, se lo muestra al Hijo. Pues si el Padre cuando lo ha hecho se lo muestra al Hijo, para que el Hijo haga lo que se le ha mostrado ya hecho; algo sin duda el Padre hace sin el Hijo. Pero no hace el Padre nada sin el Hijo, porque el Hijo de Dios es el Verbo de Dios, y todas las cosas fueron hechas por él. Por tanto, queda tal vez que lo que el Padre va a hacer, se lo muestra como por hacer, para que por el Hijo sean hechas. Pues si el Hijo hace lo que el Padre le muestra hecho; lo que el Padre le muestra hecho, ciertamente no lo hizo por el Hijo. Pues no podrían mostrarse al Hijo sino hechas; el Hijo no podría hacer, sino lo mostrado: por tanto, hecho sin el Hijo. Pero es verdad, Todas las cosas fueron hechas por él: por tanto, antes de que fueran hechas, fueron mostradas. Pero esto dijimos que debía diferirse, a lo que se debe volver una vez recorrida la lectura, si, como dijimos, queda algo de tiempo o fuerzas para nosotros, para reconsiderar lo que hemos diferido.

4. Escuchen más y más difícil: Y mayores obras que estas, dice, le mostrará, para que ustedes se maravillen. Mayores que estas: ¿mayores que cuáles? Fácilmente se presenta, que estas curaciones de enfermedades corporales que acaban de oír. Pues de este que tenía treinta y ocho años en la enfermedad, y fue sanado por la palabra de Cristo, nació toda esta ocasión del discurso: y por esto el Señor pudo decir, Mayores obras que estas le mostrará, para que ustedes se maravillen. Pues hay obras mayores que estas, y el Padre se las mostrará al Hijo. No le mostró, como de lo pasado; sino le mostrará, de lo futuro, esto es, se las va a mostrar. Nuevamente surge una cuestión difícil. ¿Hay algo en el Padre que aún no se le ha mostrado al Hijo? ¿Hay algo en el Padre que aún ocultaba al Hijo, cuando el Hijo decía estas cosas? Pues si le mostrará, esto es, se las va a mostrar; aún no se las ha mostrado; y al Hijo se las va a mostrar cuando también a estos: pues sigue, para que ustedes se maravillen. Y esto es difícil de ver, cómo como temporalmente al Hijo coeterno algunas cosas le muestra el eterno Padre, a quien todo le es conocido lo que está en el Padre.

5. ¿Cuáles son, sin embargo, esas obras mayores? Esto es quizás fácil de entender. Pues como el Padre, dice, resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere. Las obras mayores, por lo tanto, son resucitar a los muertos, más que sanar a los enfermos. Pero así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere. ¿Acaso el Padre a unos y el Hijo a otros? Pero todo es por Él: así que el Hijo a los mismos que el Padre; porque no hace otras cosas, ni de otra manera, sino que el Hijo hace estas mismas cosas de manera similar. Así es como debe entenderse y así debe sostenerse: pero recuerden que el Hijo da vida a quienes quiere. Aquí, por lo tanto, no solo se debe considerar el poder del Hijo, sino también su voluntad. Y el Hijo da vida a quienes quiere, y el Padre da vida a quienes quiere; y el Hijo a los mismos que el Padre: y por lo tanto, el poder y la voluntad del Padre y del Hijo son los mismos. ¿Qué es entonces lo que sigue? Pues el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre: lo cual añadió como si diera razón de la sentencia anterior. Esto es muy significativo, estén atentos. El Hijo da vida a quienes quiere, el Padre da vida a quienes quiere: el Hijo resucita a los muertos, como el Padre resucita a los muertos. Pues el Padre no juzga a nadie. Si en el juicio los muertos han de ser resucitados, ¿cómo es que el Padre resucita a los muertos si no juzga a nadie? Porque todo juicio lo ha dado al Hijo. En ese juicio los muertos son resucitados; y unos resucitan para vida, otros para condenación: si todo esto lo hace el Hijo, y el Padre no lo hace porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo, parecerá contrario a lo que se ha dicho: Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere. Por lo tanto, resucitan juntos. Si resucitan juntos, dan vida juntos. Por lo tanto, juzgan juntos: ¿cómo es entonces verdad que el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo? Que las preguntas propuestas nos inquieten por ahora, el Señor proveerá para que, una vez resueltas, nos deleiten. Así es, hermanos; toda cuestión, a menos que despierte interés cuando se propone, no deleitará cuando se exponga. Que el mismo Señor continúe, no sea que en lo que sigue se revele un poco. Pues Él oculta su luz tras una nube; y es difícil volar como el águila sobre toda nube que cubre la tierra (Ecli. XXIV, 6), y ver en las palabras del Señor la luz más pura. No sea que, por el calor de sus rayos, disipe nuestra oscuridad y se digne revelarse un poco en lo que sigue, veamos lo que sigue, dejando de lado estas cuestiones.

6. Quien no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió. Esto es verdad y es claro. Pues todo juicio lo ha dado al Hijo, como dijo antes, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. ¿Qué si se encuentran quienes honran al Padre y no honran al Hijo? No puede ser, dice: Quien no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió. Por lo tanto, nadie puede decir: Yo honraba al Padre, porque no conocía al Hijo. Si aún no honrabas al Hijo, tampoco honrabas al Padre. Pues, ¿qué es honrar al Padre, sino reconocer que tiene un Hijo? Es una cosa cuando se te encomienda a Dios porque es Dios; y otra cosa es cuando se te encomienda a Dios porque es Padre. Cuando se te encomienda porque es Dios, se te encomienda el creador, el omnipotente, un espíritu supremo, eterno, invisible, inmutable: pero cuando se te encomienda porque es Padre, no se te encomienda otra cosa que el Hijo; porque no puede llamarse Padre si no tiene Hijo; así como tampoco Hijo, si no tiene Padre. Pero no sea que honres al Padre como mayor, y al Hijo como menor, diciendo: Honro al Padre, porque sé que tiene un Hijo; y no me equivoco en el nombre del Padre, pues no entiendo al Padre sin el Hijo, pero honro también al Hijo como menor: el mismo Hijo te corrige y te llama diciendo, para que todos honren al Hijo, no inferiormente, sino como honran al Padre. Quien, por lo tanto, no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió. Tú dices: Quiero dar mayor honor al Padre, menor al Hijo. Ahí quitas honor al Padre, donde das menor al Hijo. Pues, ¿qué otra cosa te parece a ti que piensas así, sino que el Padre no quiso o no pudo engendrar un Hijo

igual a Él? Si no quiso, fue por envidia; si no pudo, fue por falta. ¿No ves, entonces, que al pensar así, donde quieres dar mayor honor al Padre, ahí eres injurioso con el Padre? Por lo tanto, honra al Hijo como honras al Padre, si quieres honrar tanto al Padre como al Hijo.

7. En verdad, en verdad os digo, que quien oye mi palabra y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna; y no viene a juicio, sino que ha pasado, no ahora pasa, sino que ya ha pasado de la muerte a la vida. Y noten esto, Quien oye mi palabra: y no dijo, Cree en mí; sino, cree en aquel que me envió. Por lo tanto, que oiga la palabra del Hijo, para que crea en el Padre. ¿Por qué oye tu palabra y cree en otro? ¿Acaso cuando oímos la palabra de alguien, no creemos en el mismo que nos habla, no le damos fe al que nos habla? ¿Qué quiso decir entonces, Quien oye mi palabra y cree en aquel que me envió; sino que su palabra está en mí? ¿Y qué es, oye mi palabra, sino, me oye a mí? Pero cree en aquel que me envió: porque cuando cree en Él, cree en su palabra: y cuando cree en su palabra, cree en mí; porque yo soy la Palabra del Padre. Por lo tanto, hay paz en las Escrituras, y todo está dispuesto, no en discordia. Rechaza la disputa de tu corazón, entiende la concordia de las Escrituras. ¿Acaso la verdad se diría a sí misma cosas contrarias?

8. Quien oye mi palabra y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna; y no viene a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida. Recuerden lo que habíamos mencionado antes, que así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere. Comienza ya a revelarse y a hablar de la resurrección de los muertos, y he aquí que ya resucitan los muertos. Pues quien oye mi palabra y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a juicio. Prueba que ha resucitado. Pero ha pasado, dice, de la muerte a la vida. Quien ha pasado de la muerte a la vida, sin duda alguna ha resucitado. Pues no pasaría de la muerte a la vida, si primero no estuviera en la muerte y no estuviera en la vida: pero cuando ha pasado, estará en la vida y no estará en la muerte. Por lo tanto, estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y ha sido hallado (Luc. XV, 32). Por lo tanto, ya se realiza una cierta resurrección, y los hombres pasan de una cierta muerte a una cierta vida: de la muerte de la incredulidad, a la vida de la fe; de la muerte de la falsedad, a la vida de la verdad; de la muerte de la iniquidad, a la vida de la justicia. Por lo tanto, también esta es una cierta resurrección de los muertos.

9. Que la revele más plenamente, y que se nos ilumine, como ha comenzado. En verdad, en verdad os digo, que viene la hora, y ahora es. Nosotros esperábamos al final la resurrección de los muertos; pues así lo creíamos: más bien no esperábamos, sino que debemos esperar; pues no creemos falsamente que al final los muertos resucitarán. Cuando, por lo tanto, el Señor Jesús quiso insinuarnos una cierta resurrección de los muertos antes de la resurrección de los muertos; no como la de Lázaro (Juan XI, 43, 44), o el hijo de aquella viuda (Luc. VI, 14, 15), o la hija del jefe de la sinagoga (Marcos V, 41, 42), quienes resucitaron para morir de nuevo (pues también de ellos se hizo una cierta resurrección de los muertos antes de la resurrección de los muertos): sino como aquí dice, Tiene, dice, vida eterna; y no viene a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida. ¿A qué vida? A la eterna. No, por lo tanto, como el cuerpo de Lázaro: pues él también pasó de la muerte del sepulcro a la vida de los hombres, pero no a la eterna, ya que moriría de nuevo; pero los muertos que resucitarán al final del mundo pasarán a la vida eterna. Cuando, por lo tanto, nuestro Señor Jesucristo, maestro celestial, Palabra del Padre y Verdad, quiso mostrarnos una cierta resurrección de los muertos a la vida eterna, antes de la resurrección de los muertos a la vida eterna: Viene la hora, dice. Sin duda, tú, imbuido de la fe en la resurrección de la carne, esperabas aquella hora del fin del mundo, el día del juicio, que no esperases en este lugar, añadió, y ahora es. Por lo tanto, lo que dice, Viene la hora, no lo dice de aquella última hora, donde en el mandato y en la voz del arcángel, y en la trompeta de Dios, el mismo Señor descenderá del

cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero: luego nosotros, los que vivimos, los que quedamos, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor (I Tes. IV, 15 y 16). Vendrá aquella hora, pero no es ahora. Pero esta hora, ¿cuál es? Presten atención: Viene la hora, y ahora es. ¿Qué sucede en ella? ¿Qué, sino la resurrección de los muertos? ¿Y qué tipo de resurrección? Para que quienes resucitan, vivan eternamente. Esto será también en la última hora.

10. ¿Qué, entonces? ¿Cómo entendemos estas dos resurrecciones? ¿Acaso quienes resucitan ahora, no resucitarán entonces; para que la resurrección de unos sea ahora, y la de otros entonces? No es así. Pues con esta resurrección, si hemos creído correctamente, hemos resucitado; y nosotros mismos que ya hemos resucitado, esperamos otra resurrección al final. Pero también ahora hemos resucitado a la vida eterna, si permanecemos firmemente en la misma fe; y entonces resucitaremos a la vida eterna, cuando seamos iguales a los ángeles (Luc. XX, 36). Que Él mismo distinga, que Él mismo revele lo que nos hemos atrevido a hablar: cómo se realiza una resurrección antes de la resurrección, no de unos y otros, sino de los mismos; ni tal como la de Lázaro, sino a la vida eterna. Lo revelará claramente. Escuchen al maestro que ilumina, y al sol que se introduce en nuestros corazones; no al que desean los ojos de la carne, sino al que anhelan abrirse los ojos del corazón. Escuchémoslo, entonces: En verdad, en verdad os digo, que viene la hora, y ahora es, cuando los muertos, vean que se expresa la resurrección, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y quienes la oigan vivirán. ¿Por qué añadió, Quienes la oigan vivirán? ¿Acaso podrían oír si no vivieran? Bastaría, por lo tanto, Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios. Ya entenderíamos que viven; pues si no vivieran, no podrían oír. No, dice, porque viven oyen, sino que al oír reviven: oirán, y quienes oigan vivirán. ¿Qué es, entonces, oirán; sino, obedecerán? Pues en cuanto al oído, no todos los que oyen vivirán: muchos oyen y no creen; oyendo y no creyendo no obedecen: no obedeciendo no viven. Por lo tanto, aquí, quienes oigan, no es otra cosa que quienes obedezcan. Quienes, por lo tanto, obedezcan, vivirán: estén seguros, estén tranquilos, vivirán. Se predica a Cristo, la Palabra de Dios, el Hijo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas, ciertamente por la gracia de la dispensación asumida en carne, nacido de una Virgen, niño en carne, joven en carne, padeciendo en carne, muriendo en carne, resucitando en carne, ascendiendo en carne, prometiendo la resurrección a la carne, prometiendo la resurrección a la mente, a la mente antes que a la carne, a la carne después de la mente. Quien oye y obedece, vivirá: quien oye y no obedece, es decir, oye y desprecia, oye y no cree, no vivirá. ¿Por qué no vivirá? Porque no oye. ¿Qué es, no oye? No obedece. Por lo tanto, quienes oigan, vivirán.

11. Presta atención ahora a lo que habíamos dicho que debía diferirse, para que ahora, si es posible, se revele. Inmediatamente añadió sobre esta misma resurrección, Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo. ¿Qué significa, tiene vida el Padre en sí mismo? No tiene vida en otro lugar, sino en sí mismo. Pues su vivir está en Él; no de otro lugar, no es ajeno: no como si tomara prestada la vida, ni como si participara de una vida que no es lo que Él es; sino que tiene vida en sí mismo, para que Él mismo sea su vida. Si puedo decir algo más sobre esto, con ejemplos propuestos para informar su entendimiento, con la ayuda del Señor podré, y con la piedad de su atención. Dios vive, y el alma vive: pero la vida de Dios es inmutable, la vida del alma es mutable. Dios ni progresa ni decrece; sino que Él mismo es siempre en sí, es así como es: no de una manera ahora, de otra después, de otra antes. Pero la vida del alma, muy de otra manera: vivía necia, vive sabia; vivía injusta, vive justa: ahora recuerda, ahora olvida; ahora aprende, ahora no puede aprender; ahora pierde lo que había aprendido, ahora recupera lo que había perdido: la vida del alma es mutable. Y cuando el alma vive en iniquidad, es su muerte: pero cuando

se hace justa, se hace partícipe de otra vida, que no es lo que ella es, elevándose a Dios y adhiriéndose a Dios, se justifica por Él. Pues está dicho: Al que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia (Rom. IV, 5). Al apartarse de Él se hace injusta, al acercarse a Él se hace justa. ¿No te parece como algo frío que al acercarse al fuego se calienta, al alejarse del fuego se enfría? ¿No te parece como algo oscuro que al acercarse a la luz se aclara, al alejarse de la luz se oscurece? Algo así es el alma, no algo así es Dios. También el hombre puede decir que tiene luz ahora en sus ojos. Que digan, entonces, como con una voz propia tus ojos si pueden: Tenemos luz en nosotros mismos. Se les dice en contra: No dicen propiamente que tienen luz en ustedes mismos: tienen luz, pero en el cielo; tienen luz, si acaso es de noche, pero en la luna, en las lámparas, no en ustedes mismos: pues cerrados pierden lo que abiertos perciben. No tienen luz en ustedes mismos: al ponerse el sol, mantengan la luz, si pueden: es de noche, y disfrutan de la luz nocturna; al quitarse la lámpara, mantengan la luz: pero cuando se quita la lámpara, permanecen en tinieblas, no tienen luz en ustedes mismos. Esto es, por lo tanto, tener luz en sí mismo, no necesitar luz de otro. Aquí, si alguien entiende, muestra al Hijo igual al Padre, donde dice, Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo: para que la única diferencia entre el Padre y el Hijo sea que el Padre tiene vida en sí mismo, que nadie le dio; pero el Hijo tiene vida en sí mismo, que el Padre le dio.

12. Pero también aquí surge alguna nube que debe ser disipada. No desfallezcamos, estemos atentos: son pastos para la mente, no nos cansemos, para que vivamos. He aquí, dices, tú mismo confiesas que el Padre dio vida al Hijo, para que la tenga en sí mismo, así como el Padre tiene vida en sí mismo, no necesitando él, ni necesite este; para que aquel sea vida, y este también; y ambos unidos en una sola vida, no dos; porque un solo Dios, no dos dioses: y esto mismo es ser vida. ¿Cómo, pues, dio el Padre vida al Hijo? No como si antes el Hijo hubiera estado sin vida, y para vivir hubiera recibido vida del Padre: pues si así fuera, no tendría vida en sí mismo. He aquí que hablaba del alma. Es alma: aunque no sea sabia, aunque no sea justa, es alma; aunque no sea piadosa, es alma. Otra cosa es, pues, ser alma, y otra ser sabia, ser justa, ser piadosa. Hay algo en ella por lo cual aún no es sabia, aún no es justa, aún no es piadosa; sin embargo, no es nada, no es ninguna vida: pues por algunas de sus obras muestra que es vida, aunque no se muestre sabia, piadosa, justa. Pues si no viviera, no movería el cuerpo; no ordenaría el paso a los pies, la obra a las manos, la mirada a los ojos, el oído a las orejas; no abriría la boca para la voz, no movería la lengua para la distinción de las voces. Por estas obras, pues, muestra que vive, y que es algo mejor que el cuerpo: pero ¿acaso por estas obras se muestra sabia, piadosa, justa? ¿Acaso no caminan, trabajan, ven, oyen, hablan también los necios, los impíos, los injustos? Pero cuando se eleva hacia algo que ella misma no es, y que está por encima de ella, y de lo cual ella es, percibe la sabiduría, la justicia, la piedad: sin las cuales, cuando existía, estaba muerta, y no tenía la vida por la cual ella misma viviera, sino por la cual vivificara el cuerpo. Pues hay algo en el alma por lo cual el cuerpo es vivificado, y otra cosa por la cual ella misma es vivificada. Pues es mejor que el cuerpo; pero mejor que ella es Dios. Por tanto, ella misma, aunque sea insensata, injusta, impía, es vida del cuerpo. Pero porque su vida es Dios, así como cuando ella está en el cuerpo, le otorga vigor, belleza, movilidad, funciones de los miembros; así cuando su vida, Dios, está en ella, le otorga sabiduría, piedad, justicia, caridad. Por tanto, una cosa es lo que se otorga al cuerpo del alma; otra lo que se otorga al alma de Dios: vivifica, y es vivificada; muerta vivifica, si ella misma no es vivificada. Por tanto, cuando la palabra llega e infunde a los oyentes, y estos se convierten no solo en oyentes, sino también en obedientes, el alma resucita de su muerte a su vida; esto es, de la iniquidad, de la insensatez, de la impiedad a su Dios, que es para ella sabiduría, justicia, claridad. Que se eleve hacia él,

que sea iluminada por él. Acercaos, dice, a él. ¿Y qué nos sucederá? Y seréis iluminados (Sal. 33, 5). Si, pues, al acercaros sois iluminados, y al alejaros os oscurecéis; no estaba en vosotros vuestra luz, sino en vuestro Dios. Acercaos, para que resucitéis: si os alejáis, moriréis. Si, pues, al acercaros vivís, al alejaros morís; no estaba en vosotros vuestra vida. Pues vuestra vida es aquella que es vuestra luz. Porque en ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz (Sal. 35, 10).

13. No, pues, como el alma es algo distinto antes de ser iluminada, y se hace mejor al ser iluminada por la participación de algo mejor; así también el Verbo de Dios, el Hijo de Dios, era algo distinto antes de recibir la vida, para tenerla participando: sino que tiene vida en sí mismo; y por tanto, él mismo es la vida misma. ¿Qué, pues, dice, Dio al Hijo tener vida en sí mismo? Brevemente diré, Engendró al Hijo. Pues no estaba sin vida, y recibió vida; sino que al nacer es vida. El Padre es vida no naciendo; el Hijo es vida naciendo. El Padre de ningún padre, el Hijo de Dios Padre. El Padre lo que es, de nadie es: pero lo que es Padre, es por el Hijo. El Hijo, en cambio, tanto lo que es Hijo, es por el Padre; como lo que es, es del Padre. Por tanto, dijo, Dio al Hijo tener vida en sí mismo; como si dijera, El Padre que es vida en sí mismo, engendró al Hijo que sería vida en sí mismo. Pues por lo que es engendró, quiso que se entendiera dio. Como si dijéramos a alguien, Dios te dio ser. ¿A quién dio? Si a alguien ya existente le dio ser, no le dio ser; porque existía, antes de que se le diera, quien pudiera recibir. Por tanto, cuando oyes, Te dio ser, no eras quien recibiera, y existiendo recibiste para ser. Dio el constructor a esta casa para que fuera. Pero ¿qué le dio? Para que fuera casa. ¿A quién dio? A esta casa. ¿Qué le dio? Para que fuera casa. ¿Cómo pudo dar a la casa para que fuera casa? Pues si ya era casa; ¿a quién daría, para que fuera casa, cuando ya era casa? ¿Qué es, pues, Dio para que fuera casa? Hizo para que fuera casa. ¿Qué, pues, dio al Hijo? Le dio para que fuera Hijo, lo engendró para que fuera vida: esto es, Le dio tener vida en sí mismo, para que fuera vida no necesitada de vida, no se entienda que tiene vida participando. Pues si tuviera vida participando, podría también perderla y estar sin vida: esto en el Hijo no lo aceptes, no lo pienses, no lo creas. Permanece, pues, el Padre vida, permanece también el Hijo vida: el Padre vida en sí mismo, no del Hijo; el Hijo vida en sí mismo, pero del Padre. Engendrado del Padre para que fuera vida en sí mismo: el Padre, en cambio, no engendrado vida en sí mismo. Ni engendró al Hijo menor, que creciendo se hiciera igual. Pues no fue ayudado a su perfección por el tiempo, por quien fueron creados perfectos los tiempos. Antes de todos los tiempos es coeterno al Padre. Pues nunca el Padre sin el Hijo: eterno, sin embargo, es el Padre; por tanto, coeterno también el Hijo. ¿Qué tú, alma? Estabas muerta, habías perdido la vida, escucha al Padre por el Hijo. Levántate, recobra la vida; para que en él recobres la vida que no tienes en ti, quien tiene vida en sí mismo. Por tanto, te vivifica el Padre, y el Hijo; y se realiza la primera resurrección, cuando resucitas para participar de la vida que tú no eres, y participando te haces viviente. Resucita de tu muerte a tu vida, que es tu Dios; y pasa de la muerte a la vida eterna. Pues tiene vida eterna el Padre en sí mismo; y si no hubiera engendrado al Hijo tal, que tuviera vida en sí mismo, no como el Padre resucita a los muertos y vivifica, así también el Hijo a quienes quisiera vivificaría.

14. ¿Qué, pues, de aquella resurrección del cuerpo? Pues estos que oyen y viven, ¿de dónde, sino oyendo, viven? Pues el amigo del esposo está y lo oye, y se goza con gozo por la voz del esposo (Juan 3, 29), no por su propia voz; esto es, oyen y viven participando, no existiendo: y todos los que oyen, viven; porque todos los que obedecen, viven. Di algo, Señor, también de la resurrección de la carne. Pues hubo quienes la negaron, y dijeron que esta es la única resurrección que se realiza por la fe. De cuya resurrección ahora el Señor hizo mención, y nos inflamó, porque algunos muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y vivirán. No de aquellos que oyeron unos morirán, y otros vivirán; sino que todos los que oyeron vivirán, porque todos los

que obedecieron vivirán. He aquí que vemos la resurrección de la mente: no perdamos, pues, la fe en la resurrección de la carne. Y si tú, Señor Jesús, no la dijeras, ¿a quién opondremos a los contradictores? Pues todas las sectas, que se atrevieron a introducir alguna religión a los hombres, no negaron esta resurrección de las mentes: para que no se les dijera, Si no resucita el alma, ¿por qué me hablas? ¿qué quieres hacer en mí? si no haces de lo peor mejor, ¿por qué hablas? si no haces del injusto justo, ¿por qué hablas? si, sin embargo, haces del injusto justo, del impío piadoso, del necio sabio, confiesas que resucita mi alma, si te obedeciere, si te creyere. Por tanto, queriendo que se les creyera todos los que instituyeron alguna secta de religión, aunque falsa, no pudieron negar esta resurrección de las mentes; todos consintieron en ella: pero muchos negaron la resurrección de la carne; dijeron que ya se había realizado la resurrección en la fe. A tales se opone el Apóstol, diciendo: De los cuales son Himeneo y Fileto, que se desviaron de la verdad, diciendo que la resurrección ya se ha realizado, y subvierten la fe de algunos (2 Tim. 2, 17-18). Decían que ya se había realizado la resurrección, pero de tal manera que no se esperara otra: y reprendían a los hombres que esperaban la resurrección de la carne, como si ya la resurrección que se había prometido, creyendo se cumpliera en la mente. Los reprende el Apóstol. ¿Por qué los reprende? ¿Acaso no decían lo que ahora el Señor hablaba, Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que oyeron, vivirán? Pero de la vida de las mentes hablo aún, te dice Jesús: aún no hablo de la vida de los cuerpos; sino que hablo de la vida de la vida de los cuerpos, esto es, de las almas, en las cuales está la vida de los cuerpos: pues sé que hay cuerpos yacentes en los sepulcros, sé también que vuestros cuerpos estarán en los sepulcros; aún no hablo de aquella resurrección: de esta hablo, en esta resucitad, para que no resucitéis para castigo en aquella. Pero para que sepáis que de aquella hablo, ¿qué añado? Pues como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en sí mismo. Esta vida que es el Padre, que es el Hijo, ¿a qué pertenece? ¿al alma, o al cuerpo? Pues aquella vida de la sabiduría no la percibe el cuerpo, sino la mente racional. Pues ni toda alma puede percibir la sabiduría. Pues también el animal tiene alma; pero el alma del animal no puede percibir la sabiduría. Por tanto, el alma humana puede percibir esta vida que tiene el Padre en sí mismo, y dio al Hijo tener vida en sí mismo; porque aquella es la verdadera luz que ilumina, no a toda alma, sino a todo hombre que viene a este mundo. Por tanto, cuando hablo a la misma mente, que oiga, esto es, que obedezca, y viva.

15. No calles, pues, Señor, sobre la resurrección de la carne; para que no la crean los hombres, y quedemos nosotros como argumentadores, no predicadores. Pues como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio también al Hijo tener vida en sí mismo. Entiendan los que oyen, crean para que entiendan, obedezcan para que vivan. Oigan aún otra cosa, para que no piensen que aquí ha terminado la resurrección. Y le dio potestad y juicio para hacer. ¿Quién? El Padre. ¿A quién dio? Al Hijo. Pues a quien dio tener vida en sí mismo, le dio potestad y juicio para hacer. Porque es hijo del hombre. Pues este Cristo, es tanto Hijo de Dios como hijo del hombre. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; este estaba en el principio con Dios. He aquí cómo le dio tener vida en sí mismo. Pero porque el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 9, 1, 2, 14), hecho hombre de la virgen María, es hijo del hombre. Por tanto, porque es hijo del hombre, ¿qué recibió? Potestad y juicio para hacer. ¿Qué juicio? Al final del siglo: y allí será la resurrección de los muertos, pero de los cuerpos. Por tanto, Dios resucita las almas, por Cristo Hijo de Dios: Dios resucita los cuerpos, por el mismo Cristo hijo del hombre. Le dio potestad. Esta potestad no la tendría si no la recibiera, y sería hombre sin potestad. Pero él mismo es hijo del hombre, que también es Hijo de Dios. Pues adhiriéndose a la unidad de persona el hijo del hombre al Hijo de Dios, se hizo una persona, y la misma Hijo de Dios, que también es hijo del hombre. Pero ¿qué tiene por qué? El hijo del hombre tiene alma, tiene cuerpo. El Hijo de Dios, que es

el Verbo de Dios, tiene hombre, como el alma tiene cuerpo. Así como el alma teniendo cuerpo, no hace dos personas, sino un hombre; así el Verbo teniendo hombre, no hace dos personas, sino un Cristo. ¿Qué es hombre? Alma racional teniendo cuerpo. ¿Qué es Cristo? Verbo de Dios teniendo hombre. Veo de qué cosas hablo, y quién hablo, y a quiénes hablo.

16. Ahora escuchad sobre la resurrección de los cuerpos, no a mí, sino al Señor que va a hablar, por aquellos que resucitaron levantándose de la muerte, adhiriéndose a la vida. ¿A qué vida? Que no conoce la muerte. ¿Por qué no conoce la muerte? Porque no conoce la mutabilidad. ¿Por qué no conoce la mutabilidad? Porque la vida está en sí misma. Y le dio potestad y juicio para hacer, porque es hijo del hombre. ¿Qué juicio, qué juicio? No os maravilléis de esto, porque dije, Le dio potestad y juicio para hacer. Porque viene la hora. No añadió, y ahora es: por tanto, quiere insinuar una hora en el fin del siglo. La hora es ahora para que resuciten los muertos, la hora será al fin del siglo para que resuciten los muertos: pero resuciten ahora en la mente, entonces en la carne; resuciten ahora en la mente por el Verbo de Dios Hijo de Dios, resuciten entonces en la carne por el Verbo de Dios hecho carne, hijo del hombre. Pues ni el Padre mismo vendrá al juicio de vivos y muertos: pero tampoco se aparta del Hijo el Padre. ¿Cómo, pues, no vendrá él mismo? Porque no se verá en el juicio. Verán a quien traspasaron (Juan 19, 37). Aquella forma será juez, que estuvo bajo juez; aquella juzgará que fue juzgada: pues fue juzgada injustamente, juzgará justamente. Vendrá, pues, la forma de siervo, y ella misma aparecerá. Pues ¿cómo aparecería la forma de Dios a justos e inicuos? Pues si el juicio no se hiciera sino entre solos justos, aparecería como justos la forma de Dios: pero porque el juicio será de justos e inicuos, ni se permite que los inicuos vean a Dios; pues bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. 5, 8); tal aparecerá el juez, cual pueda ser visto tanto por aquellos a quienes coronará, como por aquellos a quienes condenará. Por tanto, se verá la forma de siervo, estará oculta la forma de Dios. Estará oculto en el siervo el Hijo de Dios, y aparecerá el hijo del hombre; porque le dio potestad y juicio para hacer, porque es hijo del hombre. Y porque él solo aparecerá en la forma de siervo, el Padre, sin embargo, no aparecerá, porque no está vestido de forma de siervo; por eso dijo antes, El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo. Bien, pues, se ha diferido, para que él mismo sea el expositor quien fue el proponente. Pues antes estaba oculto; ahora ya, como creo, es manifiesto porque le dio potestad y juicio para hacer, porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo: porque el juicio será por aquella forma, que no tiene el Padre. ¿Y qué juicio? No os maravilléis de esto; porque viene la hora: no la que ahora es, para que resuciten las almas; sino la que será, para que resuciten los cuerpos.

17. Que lo diga más expresamente, para que el hereje negador de la resurrección del cuerpo no encuentre calumnia: aunque ya el entendimiento resplandezca. Cuando antes se dijo, Viene la hora; añadió, y ahora es: pero ahora, Viene la hora; no añadió, y ahora es. Sin embargo, todas las asas, todas las cerraduras de las calumnias, todos los nudos de las trampas, que los rompa con la verdad manifiesta. No os maravilléis de esto; porque viene la hora, en la cual todos los que están en los sepulcros. ¿Qué más evidente? ¿qué más expresivo? Los cuerpos están en los sepulcros: las almas no están en los sepulcros, ni de los justos, ni de los inicuos. El alma del justo estaba en el seno de Abraham, el alma del iniquo era atormentada en los infiernos (Luc. 16, 22-25): en el sepulcro, ni aquella, ni aquella. Antes cuando dijo, Viene la hora, y añadió, y ahora es, os ruego, prestad atención. Sabéis, hermanos, que al pan del vientre se llega con trabajo; cuánto más al pan de la mente. Con trabajo estáis de pie, y escucháis; pero nosotros con mayor trabajo estamos de pie, y hablamos. Si trabajamos por vosotros, ¿no debéis colaborar por vosotros mismos? Por tanto, antes cuando decía, Viene la hora, y añadía, y ahora es, ¿qué añadió? Cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y

los que oyeron vivirán. No dijo, Todos los muertos oirán, y los que oyeron vivirán: pues quería que se entendieran los muertos inicuos. ¿Y acaso todos los inicuos obedecen al Evangelio? Abiertamente dice el Apóstol, Pero no todos obedecen al Evangelio (Rom. 10, 16). Sin embargo, los que oyen, vivirán; porque todos los que obedecen al Evangelio, pasarán a la vida eterna por la fe: sin embargo, no todos obedecen, y esto es ahora. Pero en el fin, todos los que están en los sepulcros, esto es, justos e injustos, oirán su voz, y saldrán. ¿Cómo no quiso decir, y vivirán? Pues todos saldrán, pero no todos vivirán. Pues en lo que dijo antes, Y los que oyeron vivirán; en esa obediencia quiso que se entendiera la vida eterna y bienaventurada, que no todos tendrán los que saldrán de los sepulcros. Por tanto, ya por la mención de los sepulcros, y por la expresión de la salida de los sepulcros, entendemos claramente la resurrección de los cuerpos.

18. Todos oirán su voz y saldrán. ¿Y dónde está el juicio, si todos oyen y todos salen? Parece que todo está confuso; no veo nada claro. Ciertamente has recibido el poder de juzgar, porque eres el hijo del hombre; he aquí que estarás presente en el juicio, los cuerpos resucitarán: di algo sobre ese juicio, es decir, sobre la distinción entre los malos y los buenos. Y escucha esto: Los que hicieron el bien, en la resurrección de la vida; los que hicieron el mal, en la resurrección del juicio. Anteriormente, cuando hablaba de la resurrección de las mentes y las almas, ¿acaso hizo alguna distinción? Pero todos los que oyen, vivirán; porque al obedecer vivirán. Sin embargo, al resucitar y salir de los sepulcros, no todos irán a la vida eterna, sino aquellos que hicieron el bien: los que hicieron el mal, al juicio. Aquí, en efecto, puso el juicio como castigo. Y habrá una separación, y no como la que hay ahora. Pues ahora también estamos separados, no por lugares, sino por costumbres, afectos, deseos, fe, esperanza, caridad. Vivimos junto con los inicuos; pero no todos tienen la misma vida: en secreto somos separados, en secreto somos distinguidos; como el grano en la era, no como el grano en el granero. Y el grano en la era es separado y mezclado: separado, cuando es despojado de la paja; mezclado, porque aún no ha sido aventado. Entonces la separación será manifiesta, tanto de las costumbres como de la vida; tanto de la sabiduría como de los cuerpos. Irán los que hicieron el bien, a vivir con los ángeles de Dios: los que hicieron el mal, a ser atormentados con el diablo y sus ángeles. Y pasará la forma de siervo. Para esto se presentó, para hacer el juicio: después del juicio se irá de aquí, llevará consigo el cuerpo del cual es cabeza, y ofrecerá el reino a Dios (I Cor. XV, 24). Entonces claramente se verá aquella forma de Dios, que no pudo ser vista por los inicuos, a quienes debía presentarse la forma de siervo. Dice también en otro lugar: Irán estos al fuego eterno (de algunos a la izquierda); pero los justos a la vida eterna (Mat. XXV, 46): de la cual en otro lugar dice, Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo (Juan XVII, 3). Entonces allí aparecerá quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse (Filip. II, 6): entonces se mostrará como prometió mostrarse a sus amantes. Porque el que me ama, dice, guarda mis mandamientos; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él. A quienes hablaba, estaba presente; pero veían la forma de siervo; la forma de Dios no la veían. Eran llevados al establo para ser curados a través del animal, pero sanados verán; porque me manifestaré, dice, a él. ¿Cómo se muestra igual al Padre? Cuando dice a Felipe, El que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Juan XIV, 21, 9).

19. No puedo hacer nada por mí mismo: como oigo, juzgo, y mi juicio es justo. Porque íbamos a decirle, Tú juzgarás, y el Padre no juzgará, porque todo juicio ha sido dado al Hijo; no juzgarás, por tanto, según el Padre: añadió, No puedo hacer nada por mí mismo: como oigo, juzgo, y mi juicio es justo; porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Ciertamente el Hijo vivifica a quienes quiere. No busca su propia voluntad, sino la

voluntad del que lo envió. No la mía, no la propia; no la mía, no la del hijo del hombre; no la mía, que resista a Dios. Porque los hombres hacen su voluntad, no la de Dios, cuando hacen lo que quieren, no lo que Dios manda: pero cuando hacen lo que quieren, de manera que siguen la voluntad de Dios, no hacen su propia voluntad, aunque hagan lo que quieren. Haz voluntariamente lo que se te manda; y así harás lo que quieres, y no harás tu voluntad, sino la del que manda.

20. ¿Qué, entonces? Como oigo, así juzgo. El Hijo oye, y el Padre le muestra, y el Hijo ve al Padre haciendo. Y habíamos diferido tratar esto un poco más claramente según nuestras fuerzas, si el tiempo después de la lectura y las fuerzas nos hubieran quedado. Si digo que puedo seguir hablando, tal vez ustedes ya no puedan escuchar. Tal vez, por el deseo de escuchar, digan, Podemos. Es mejor, entonces, que confiese mi debilidad, porque ya fatigado no puedo hablar, que seguir vertiendo en ustedes, ya bien saciados, lo que no digerirían bien. Por tanto, de esta promesa que había diferido hasta hoy, si quedara tiempo, manténganme deudor para mañana con la ayuda del Señor.

TRACTATUS XX. Nuevamente sobre aquello, Amén, amén les digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre: porque todo lo que el Padre hace, lo mismo hace el Hijo de igual manera. Cap. V, V. 19.

1. Las palabras de nuestro Señor Jesucristo, especialmente las que el evangelista Juan recuerda, quien no sin razón se recostaba sobre el pecho del Señor (Juan XIII, 23), para beber los secretos de su sabiduría más alta, y lo que bebió amando, lo eructó evangelizando, son tan secretas y profundas en inteligencia, que turban a todos los que tienen el corazón perverso, y ejercitan a todos los que tienen el corazón recto. Por tanto, que vuestra Caridad preste atención a estas pocas cosas que se han leído. Veamos si de alguna manera podemos, con la ayuda y el don de aquel que quiso que sus palabras nos fueran recitadas, las cuales fueron escuchadas y escritas entonces para que ahora se leyeran, entender qué significa lo que le oyeron decir ahora, Amén, amén les digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre: porque todo lo que el Padre hace, lo mismo hace el Hijo de igual manera.

2. ¿De dónde surgió este discurso? Deben recordarlo por las partes anteriores de la lectura, donde el Señor había curado a un hombre entre aquellos que yacían en los cinco pórticos de la piscina de Salomón, a quien le había dicho, Toma tu camilla y vete a tu casa. Esto lo había hecho en sábado: por lo cual los judíos, perturbados, lo acusaban como si fuera un transgresor y violador de la Ley. Entonces les dijo, Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo (Id. V, 8, 17). Pues ellos, entendiendo carnalmente la observancia del sábado, pensaban que Dios, después del trabajo de crear el mundo, hasta este día, como si estuviera durmiendo; y por eso había santificado aquel día, desde que comenzó a descansar de sus labores. Pero el sacramento del sábado fue mandado a nuestros antiguos padres (Éxodo XX, 8-11), que nosotros los cristianos observamos espiritualmente, para abstenernos de toda obra servil, es decir, de todo pecado (porque el Señor dice, Todo el que comete pecado es esclavo del pecado (Juan VIII, 34)), y tener descanso en nuestro corazón, es decir, tranquilidad espiritual. Y aunque en este mundo lo intentamos, no alcanzaremos ese descanso perfecto hasta que salgamos de esta vida. Pero se dijo que Dios descansó, porque ya no creaba ninguna criatura después de que todo fue completado. La Escritura lo llamó descanso para advertirnos que después de las buenas obras descansaremos. Así está escrito en Génesis, Y Dios hizo todo muy bueno, y descansó Dios el séptimo día (Gén. I, 31, y II, 2): para que tú, hombre, al considerar que Dios mismo descansó después de las buenas obras, no esperes descanso para ti, a menos que hayas hecho buenas obras: y así como Dios, después de haber hecho al

hombre a su imagen y semejanza el sexto día, y en él completó todas sus obras muy buenas, descansó el séptimo día; así tampoco esperes descanso para ti, a menos que regreses a la semejanza en la que fuiste hecho, que perdiste al pecar. No se puede decir que Dios trabajó, quien dijo y se hizo. ¿Quién, después de tanta facilidad en la obra, querría descansar como después de un trabajo? Si ordenó y alguien le resistió, si ordenó y no se hizo, y trabajó para que se hiciera; con razón se diría que descansó después del trabajo: pero cuando en el mismo libro del Génesis leemos, Dijo Dios, Hágase la luz; y se hizo la luz: dijo Dios, Hágase el firmamento; y se hizo el firmamento (Gén. I, 3, 6, 7); y las demás cosas se hicieron inmediatamente con su palabra: a lo cual también atestigua el Salmo diciendo, Él dijo, y se hicieron; él mandó, y fueron creadas (Sal. XXXII, 9, y CXLVIII, 5): ¿cómo buscaba descanso después de haber hecho el mundo, quien nunca trabajó al mandar? Por lo tanto, son cosas místicas, y se pusieron así para que esperemos descanso después de esta vida, pero si hemos hecho buenas obras. Por eso el Señor, refutando la impudencia y el error de los judíos, y mostrando que no piensan correctamente sobre Dios, les dijo, escandalizados porque trabajaba en sábado para la salud de los hombres, Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo: no piensen, pues, que mi Padre descansó en sábado de tal manera que desde entonces no trabaja; sino que así como él ahora trabaja, yo también trabajo. Pero así como el Padre sin trabajo, así también el Hijo sin trabajo. Dijo Dios, y se hicieron: dijo Cristo al enfermo, Toma tu camilla y vete a tu casa, y se hizo.

3. La fe católica sostiene que las obras del Padre y del Hijo no son separables. Esto es lo que quiero, si puedo, decir a vuestra Caridad: pero según las palabras del Señor, El que pueda entender, que entienda (Mat. XIX, 12). Y el que no pueda entender, que no me lo atribuya a mí, sino a su lentitud; y que se vuelva a aquel que abre el corazón, para que infunda lo que da. Finalmente, si alguien no entiende porque no lo he dicho como debía, que perdone la fragilidad humana, y suplique a la bondad divina. Porque tenemos dentro al maestro Cristo. Lo que no puedan captar a través de vuestro oído y mi boca, vuelvan su corazón a él, quien me enseña lo que hablo, y distribuye a ustedes como lo considera digno. Él sabe qué dar y a quién dar, estará presente al que pide, y abrirá al que llama. Y si tal vez no da, que nadie se diga a sí mismo que ha sido abandonado. Tal vez difiere en dar algo, pero no deja a nadie hambriento. Si no da en el momento, ejercita al que busca, no desprecia al que pide. Vean, pues, y presten atención a lo que quiero decir, aunque tal vez no pueda. La fe católica sostiene, firmada por el Espíritu de Dios en sus santos, contra toda depravación herética, que las obras del Padre y del Hijo son inseparables. ¿Qué es lo que dije? Así como el Padre y el Hijo son inseparables, así también las obras del Padre y del Hijo son inseparables. ¿Cómo son inseparables el Padre y el Hijo? Porque él mismo dijo, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). Porque el Padre y el Hijo no son dos dioses, sino un solo Dios, el Verbo y de quien es el Verbo, uno y único, un solo Dios Padre e Hijo unidos por la caridad, y un solo Espíritu de caridad es de ellos, para que se haga la Trinidad Padre, Hijo y Espíritu Santo. No solo las obras del Padre y del Hijo, sino también del Espíritu Santo, así como la igualdad e inseparabilidad de las personas, así también las obras son inseparables. Aún más claramente diré qué significa que las obras son inseparables. La fe católica no dice que Dios Padre hizo algo, y el Hijo hizo algo diferente: sino que lo que hizo el Padre, eso mismo hizo el Hijo, eso mismo hizo el Espíritu Santo. Porque por el Verbo fueron hechas todas las cosas: cuando dijo y se hicieron, por el Verbo fueron hechas, por Cristo fueron hechas. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: todas las cosas por él fueron hechas (Juan I, 1, 3). Si todas las cosas por él fueron hechas; dijo Dios, Hágase la luz; y se hizo la luz: en el Verbo hizo, por el Verbo hizo.

4. He aquí que ahora hemos escuchado el Evangelio, cuando respondía a los judíos indignados, porque no solo violaba el sábado, sino que también decía que Dios era su Padre, haciéndose igual a Dios (Id. V, 18): así está escrito en el capítulo anterior. Cuando, pues, a tal indignación errante de ellos respondía el Hijo de Dios y la Verdad, dijo, Amén, amén les digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Como si dijera, ¿Por qué se escandalizan porque dije que mi Padre es Dios, y porque me hago igual a Dios? Así soy igual, como él me engendró: así soy igual, que no él de mí, sino yo de él soy. Esto se entiende en estas palabras, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Esto es, todo lo que el Hijo tiene para hacer, lo tiene del Padre para hacer. ¿Por qué lo tiene del Padre para hacer? Porque lo tiene del Padre para ser Hijo. ¿Por qué lo tiene del Padre para ser Hijo? Porque lo tiene del Padre para poder, porque lo tiene del Padre para ser. Para el Hijo, ser es lo mismo que poder. Para el hombre no es así. Desde la comparación de la debilidad humana, muy por debajo, eleven un poco sus corazones; y no sea que alguno de nosotros toque el secreto, y como por un gran resplandor de luz, temblando, entienda algo, para que no permanezca insensato: sin embargo, no piense que lo entiende todo, para que no se enorgullezca, y pierda lo que entendió. Para el hombre, una cosa es lo que es, otra cosa es lo que puede. A veces es hombre, y no puede lo que quiere; a veces es hombre, y puede lo que quiere: por lo tanto, una cosa es su ser, otra cosa es su poder. Porque si su ser fuera lo mismo que su poder; cuando quisiera, podría. Pero Dios, para quien no hay otra sustancia para ser, y otro poder para poder, sino que todo lo que es suyo es consustancial a él, y lo que es, porque es Dios, no es de otra manera, y de otra manera puede; sino que ser y poder lo tiene al mismo tiempo, porque querer y hacer lo tiene al mismo tiempo. Por tanto, porque el poder del Hijo es del Padre, también la sustancia del Hijo es del Padre; y porque la sustancia del Hijo es del Padre, también el poder del Hijo es del Padre. No hay otro poder en el Hijo, y otra sustancia: sino que el mismo es el poder que la sustancia; sustancia para ser, poder para poder. Por tanto, porque el Hijo es del Padre, por eso dijo, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo. Porque el Hijo no es de sí mismo, por eso no puede de sí mismo.

5. Parece que se hizo a sí mismo menor, cuando dijo, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Aquí levanta la cabeza la vanidad herética, de aquellos que dicen que el Hijo es menor que el Padre, de menor poder, majestad, posibilidad, no entendiendo el misterio de las palabras de Cristo. Pero que vuestra Caridad preste atención, y vean cómo en su carnal entendimiento ahora se turban en las mismas palabras de Cristo. Esto lo preanuncié un poco antes, porque todo corazón perverso lo perturba, así como ejercita a los corazones piadosos la Palabra de Dios, especialmente lo que se dice por el evangelista Juan. Pues por él se dicen cosas profundas, no cualesquiera, no que se entiendan fácilmente. He aquí que ya el hereje si acaso escucha estas palabras, se levanta, y nos dice: He aquí que el Hijo es menor que el Padre, he aquí que escucha las palabras del Hijo, que dice, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Espera, como está escrito, Sé dócil para escuchar la palabra, para que entiendas (Eclo. V, 13). Supón que estoy turbado por estas palabras, porque digo que el poder y la majestad del Padre y del Hijo son iguales, cuando escuché, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Turbado por estas palabras, te pregunto a ti, que ya te pareces haber entendido: Sabemos en el Evangelio que el Hijo caminó sobre el mar (Mat. XIV, 25); ¿dónde vio al Padre caminar sobre el mar? Aquí ya él se turba. Entonces deja lo que entendiste, y busquemos juntos. ¿Qué hacemos entonces? Escuchamos las palabras del Señor, El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre. Caminó él sobre el mar, el Padre nunca caminó sobre el mar. Ciertamente no hace el Hijo nada, sino lo que ve hacer al Padre.

6. Regresa entonces conmigo a lo que decía, no sea que lo entendamos de tal manera que ambos salgamos de la cuestión. Pues yo, según la fe católica, veo cómo salir sin ofensa, sin escándalo: tú, en cambio, estás encerrado, buscando por dónde salir. Mira por dónde entraste. Tal vez no entendiste esto que dije: "Mira por dónde entraste". Escucha al mismo decir: "Yo soy la puerta" (Juan 10, 7). No sin razón buscas por dónde salir y no encuentras, sino porque no entraste por la puerta, sino que caíste por el muro. Así que, como puedas, recupérate de tu caída y entra por la puerta, para que entres sin ofensa y salgas sin error. Ven por Cristo, y no traigas de tu corazón lo que digas; sino lo que Él muestra, eso habla. He aquí cómo la fe católica sale de esta proposición. El Hijo caminó sobre el mar, puso los pies de la carne sobre las olas; la carne caminaba y la divinidad gobernaba: entonces, cuando la carne caminaba y la divinidad gobernaba, ¿estaba el Padre ausente? Si estaba ausente, ¿cómo dice el mismo Hijo: "El Padre que mora en mí, Él hace sus obras" (Juan 14, 10)? Si, por tanto, el Padre morando en el Hijo, Él hace sus obras; aquella caminata de la carne sobre el mar, era hecha por el Padre, a través del Hijo. Por lo tanto, aquella caminata es una obra inseparable del Padre y del Hijo. Veo a ambos operando allí: ni el Padre abandonó al Hijo, ni el Hijo se apartó del Padre. Así, cualquier cosa que hace el Hijo, no la hace sin el Padre; porque cualquier cosa que hace el Padre, no la hace sin el Hijo.

7. Hemos salido de aquí. Vean que decimos correctamente que las obras del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son inseparables. Pues, ¿cómo entiendes tú, que Dios hizo la luz, y el Hijo vio al Padre haciendo la luz, según tu entendimiento carnal, que por eso quieres entender menor, porque dijo: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre"? Dios Padre hizo la luz; ¿qué otra luz hizo el Hijo? Dios Padre hizo el firmamento, el cielo entre las aguas y las aguas, lo vio el Hijo según tu entendimiento lento y tosco: porque el Hijo vio al Padre haciendo el firmamento, y dijo: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre", dame otro firmamento. ¿O perdiste el fundamento? Pero edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas, siendo el mismo Cristo Jesús la principal piedra angular, están en paz en Cristo (Efesios 2, 14-20); ni contienden ni yerran en la herejía. Entendemos, por tanto, que la luz fue hecha por Dios Padre, pero a través del Hijo; el firmamento fue hecho por Dios Padre, pero a través del Hijo. Porque todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada. Examina tu entendimiento; ni siquiera debería llamarse entendimiento, sino claramente necedad. Dios Padre hizo el mundo: ¿qué otro mundo hizo el Hijo? Dame el mundo del Hijo. Este en el que estamos, ¿de quién es? Dinos, ¿por quién fue hecho? Si dices, por el Hijo; no por el Padre; erraste del Padre: si dices, por el Padre, no por el Hijo; el Evangelio te responde: "Y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no lo conoció" (Juan 1, 3, 10). Reconoce, por tanto, a aquel por quien fue hecho el mundo, y no estés entre aquellos que no conocieron a quien hizo el mundo.

8. Por lo tanto, las obras del Padre y del Hijo son inseparables. Pero esto es, "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo", lo que sería si dijera, "El Hijo no es por sí mismo". Porque si el Hijo es, ha nacido: si ha nacido, es de aquel de quien ha nacido. Pero, sin embargo, engendró a uno igual a sí mismo. Pues no le faltó nada al que engendra, ni buscó tiempo para engendrar, quien engendró coeterno; ni buscó madre para engendrar, quien de sí mismo produjo el Verbo; ni el Padre que engendra precedió en edad al Hijo, para engendrar un Hijo menor. Y tal vez alguien dice que después de muchos siglos en su vejez Dios tuvo un Hijo. Así como el Padre sin vejez, así también el Hijo sin crecimiento: ni aquel envejeció ni este creció; sino que el igual engendró al igual, el eterno al eterno. ¿Cómo, dice alguien, el eterno al eterno? Como la llama temporal genera luz temporal. La llama que genera es coetánea a la luz que genera, ni precede en tiempo la llama que genera a la luz generada; sino que desde que comienza la llama, desde entonces comienza la luz. Dame una llama sin luz, y te doy a

Dios Padre sin Hijo. Esto es, por tanto, "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre"; porque ver del Hijo, esto es nacer del Padre. No es otra su visión y otra su sustancia: ni otra su potencia, otra su sustancia. Todo lo que es, es del Padre; todo lo que puede, es del Padre: porque lo que puede y es, esto es uno; y todo es del Padre.

9. Él sigue en sus palabras, y perturba a los que entienden mal, para que los errantes vuelvan al recto entendimiento. Cuando dijo: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre": no sea que se infiltre un entendimiento carnal, y desvíe la mente, y haga que el hombre se imagine dos artesanos, uno maestro, otro discípulo como atendiendo al maestro, por ejemplo, haciendo un arca; para que como aquel hizo un arca, haga también este otra arca según la visión que inspeccionó en el maestro operante: pero para que no duplique algo así en aquella simple divinidad el entendimiento carnal, siguió diciendo: "Porque todo lo que el Padre hace, esto mismo también el Hijo lo hace de igual manera". No hace el Padre otras cosas, y el Hijo otras similares, sino las mismas de igual manera. Pues no dijo: "Todo lo que hace el Padre, el Hijo hace otras similares": sino, "Todo lo que el Padre hace, esto mismo también el Hijo lo hace de igual manera". Lo que aquel, esto también él: el mundo el Padre, el mundo el Hijo, el mundo el Espíritu Santo. Si tres dioses, tres mundos: si un solo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, un solo mundo fue hecho por el Padre a través del Hijo en el Espíritu Santo. Por lo tanto, el Hijo hace estas cosas, que también hace el Padre, y no las hace de manera diferente: y estas cosas hace, y de igual manera las hace.

10. Ya había dicho, "hace estas cosas"; ¿por qué añadió, "las hace de igual manera"? Para que no naciera en el alma otro entendimiento torcido o error. Pues ves la obra del hombre; hay alma en el hombre y cuerpo: el alma manda al cuerpo, pero hay mucha diferencia entre el cuerpo y el alma: el cuerpo es visible, el alma es invisible; entre el poder y la virtud del alma, y de cualquier cuerpo aunque sea celestial, hay mucha diferencia. Sin embargo, el alma manda a su cuerpo, y el cuerpo hace: y lo que parece hacer el alma, esto también lo hace el cuerpo. Parece, por tanto, que el cuerpo hace lo mismo que el alma, pero no de igual manera. ¿Cómo hace lo mismo, pero no de igual manera? El alma hace una palabra en sí misma, ordena a la lengua, y pronuncia la palabra que hizo el alma: hizo el alma, hizo también la lengua; hizo el señor del cuerpo, hizo también el siervo: pero para que el siervo hiciera, recibió del señor lo que hiciera, y al mandar el señor lo hizo. Esto mismo fue hecho por ambos: pero, ¿acaso de igual manera? ¿Cómo no de igual manera, dice alguien? He aquí la palabra que hizo mi alma, permanece en mí: lo que hizo mi lengua, al golpear el aire pasó, y no está. Cuando dijiste una palabra en tu alma, y sonó por tu lengua, vuelve a tu alma, y ve que allí está la palabra que hiciste. ¿Acaso como permaneció en tu alma, permaneció en tu lengua? Lo que sonó por tu lengua, lo hizo la lengua sonando, lo hizo el alma pensando: pero lo que sonó la lengua, pasó; lo que pensó el alma, permanece. Esto, por tanto, hizo el cuerpo, lo que hizo el alma; pero no de igual manera. Pues el alma hizo lo que el alma retiene; pero la lengua hizo lo que suena, y por el aire golpea el oído. ¿Acaso sigues las sílabas, y haces que permanezcan? No, por tanto, así el Padre y el Hijo; sino que hace estas mismas cosas, y de igual manera las hace. Si Dios hizo el cielo que permanece, esto hizo el Hijo, el cielo que permanece. Si Dios Padre hizo al hombre que muere, el mismo Hijo hizo al hombre que muere. Todo lo que hizo el Padre permanente, esto hizo también el Hijo permanente; porque lo hizo de igual manera: y todo lo que hizo el Padre temporal, esto mismo hizo el Hijo temporal; porque no solo lo hizo, sino que también lo hizo de igual manera. Pues el Padre hizo a través del Hijo, porque por el Verbo hizo el Padre todas las cosas.

11. Busca en el Padre y el Hijo separación, no la encuentras: pero si te has levantado, entonces no la encuentras; si has tocado algo por encima de tu mente, entonces no la encuentras. Pues si te ocupas en estas cosas, que el alma errante se hace a sí misma; hablas

con tus imágenes, no con el Verbo de Dios: te engañan tus imágenes. Trasciende también el cuerpo, y saborea el alma: trasciende también el alma, y saborea a Dios. No tocas a Dios, a menos que también hayas pasado el alma: ¿cuánto menos tocas, si permaneces en la carne? Aquellos, por tanto, que saborean la carne, ¿cuán lejos están de saborear lo que es Dios? porque no estarían allí, incluso si saborearan el alma. El hombre se aleja mucho de Dios cuando saborea carnalmente, y hay mucha diferencia entre la carne y el alma: sin embargo, hay más diferencia entre el alma y Dios. Tú, si estás en el alma, estás en el medio: si miras hacia abajo, es el cuerpo: si miras hacia arriba, es Dios. Levántate del cuerpo, pasa también de ti. Pues mira lo que dijo el Salmo, y se te advierte cómo debe saborearse Dios: "Mis lágrimas se han convertido en mi pan de día y de noche, mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios?" Como si los paganos dijeran: He aquí nuestros dioses; ¿dónde está tu Dios? Pues ellos muestran lo que se ve; nosotros adoramos lo que no se ve. ¿Y a quién se lo mostramos? ¿al hombre que no tiene con qué ver? Pues ciertamente si ellos ven a sus dioses con los ojos; nosotros también tenemos otros ojos, con los que veamos a nuestro Dios. Esos ojos deben ser purificados por nuestro Dios, para que veamos a nuestro Dios: "Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo 5, 8). Por tanto, cuando dijo que estaba turbado, cuando se le decía todos los días: "¿Dónde está tu Dios?" "Esto recordé", dice, "porque se me dice todos los días: ¿Dónde está tu Dios?" y como queriendo aprehender a su Dios, "Esto recordé", dice, "y derramé mi alma sobre mí" (Salmo 41, 4-5). Para, por tanto, alcanzar a mi Dios, de quien se me decía: "¿Dónde está tu Dios?" no derramé mi alma sobre mi carne, sino sobre mí: me trascendí, para tocarlo a Él. Pues Él está sobre mí, quien me hizo: nadie lo alcanza, sino quien se ha trascendido a sí mismo.

12. Considera el cuerpo; es mortal, terrenal, frágil, corruptible: deséchalo. Pero tal vez la carne es temporal. Considera otros cuerpos, considera cuerpos celestiales; son mayores, mejores, resplandecientes: obsérvalos también, giran de oriente a occidente, no permanecen; son vistos por los ojos, no solo por el hombre, sino también por el animal: trasciende también estos. ¿Y cómo, dirás, trasciendo los cuerpos celestiales, si camino en la tierra? No trasciendes con la carne, sino con la mente. Deséchalos también: aunque brillen, son cuerpos; aunque resplandezcan desde el cielo, son cuerpos. Ven, pues tal vez no crees tener a dónde ir, cuando consideras todas estas cosas. ¿Y más allá de los cuerpos celestiales a dónde iré, dices, y qué trascenderé con la mente? ¿Consideraste todas estas cosas? Las consideré, dices. ¿Desde dónde las consideraste? Que aparezca el mismo que considera. Pues el mismo que considera todas estas cosas, el discriminador, el distintor y de alguna manera el que pesa en la balanza de la sabiduría, es el alma. Sin duda, el alma es mejor que todas estas cosas que consideraste. El alma, por tanto, es espíritu, no cuerpo: trasciende también a ella. Compara primero esa alma, para que veas a dónde trasciendes; compárala con la carne. Lejos esté, no te dignes compararla. Compárala con el resplandor del sol, la luna, las estrellas: mayor es el resplandor del alma. Primero observa la celeridad de esa misma alma. Ve si no es una chispa más vehemente el alma que piensa, que el resplandor del sol que brilla. Ves al sol naciente con el alma: ¿cuán lento es su movimiento en comparación con tu alma? Rápidamente pudiste pensar lo que hará el sol. De oriente a occidente vendrá, ya por el otro lado mañana sale. Donde esto hizo tu pensamiento, aún él es lento, y tú todo lo has recorrido. Gran cosa es, por tanto, el alma. Pero, ¿cómo digo, es? Trasciende también a ella; porque también el alma es mutable, aunque sea mejor que todo cuerpo. Ahora sabe, ahora no sabe; ahora olvida, ahora recuerda; ahora quiere, ahora no quiere; ahora peca, ahora es justa. Trasciende, por tanto, toda mutabilidad; no solo todo lo que se ve, sino también todo lo que cambia. Pues ya habiendo pasado estas cosas llegaste a tu alma, pero también allí encontraste la mutabilidad de tu alma. ¿Acaso es mutable Dios? Trasciende, por tanto, también tu alma. Derrama sobre ti tu alma, para que toques a Dios, de quien se te dice: "¿Dónde está tu Dios?"

13. No pienses que harás algo que el hombre no pueda. Esto mismo hizo el mismo Juan evangelista. Trascendió la carne, trascendió la tierra que pisaba, trascendió los mares que veía, trascendió el aire donde vuelan las aves, trascendió el sol, trascendió la luna, trascendió las estrellas, trascendió todos los espíritus que no se ven, trascendió su mente misma con la razón de su alma. Trascendiendo todas estas cosas, derramando su alma sobre sí mismo, ¿a dónde llegó? ¿Qué vio? "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios". Si, por tanto, no ves separación en la luz, ¿por qué buscas separación en la obra? Ve a Dios, ve a su Verbo adherirse al Verbo que dice: porque el mismo que dice no dice con sílabas; sino que resplandece con el esplendor de la sabiduría, esto es decir. ¿Qué se dijo de su Sabiduría? "Es el resplandor de la luz eterna" (Sabiduría 7, 26). Observa el resplandor del sol. Está en el cielo, y extiende su resplandor por todas las tierras, por todos los mares: y ciertamente es luz corporal. Si separas el resplandor del sol del sol, separa el Verbo del Padre. Hablo del sol. Una pequeña llama de una lámpara, que con un solo soplo puede extinguirse, esparce su luz sobre todo lo que está debajo. Ves la luz esparcida generada por la llama, ves la emisión, no ves la separación. Entiendan, por tanto, hermanos amadísimos, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo están inseparablemente unidos, esta Trinidad es un solo Dios; y todas las obras de un solo Dios, son estas del Padre, estas del Hijo, estas del Espíritu Santo. Las demás cosas que siguen, que pertenecen al discurso de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio, puesto que también mañana se les debe un discurso, estén presentes para escuchar.

TRATADO XXI. Desde lo que está escrito: "Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que Él hace"; hasta: "El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió". Cap. V, V. 20-23.

1. Ayer, en la medida en que el Señor se dignó concederlo, tratamos con la capacidad que pudimos, y entendimos con la capacidad que pudimos, cómo las obras del Padre y del Hijo son inseparables; ni el Padre hace unas cosas, el Hijo otras, sino que el Padre hace todas las cosas a través del Hijo, como por su Verbo, de quien está escrito: "Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada". Veamos hoy las palabras siguientes, y supliquemos y esperemos de la misma misericordia de Él, que si Él mismo lo juzga digno, entendamos lo que es verdad: pero si no podemos por ahora llegar a la verdad, no vayamos a lo que es falso. Pues es mejor no saber, que errar: pero saber es mejor que no saber. Por lo tanto, antes que nada debemos esforzarnos por saber: si podemos, gracias a Dios; pero si no podemos por ahora llegar a la verdad, no vayamos a la falsedad. Pues debemos considerar qué somos y qué tratamos. Somos hombres llevando carne, caminando en esta vida: y si ya renacidos del semen del Verbo de Dios, sin embargo, así renovados en Cristo, que aún no completamente despojados de Adán. Pues lo que nuestro mortal y corruptible agrava el alma (Sabiduría 9, 15), se muestra que es de Adán, y es manifiesto: pero lo que nuestro espiritual eleva el alma, es del don de Dios y de su misericordia, quien envió a su Unigénito a compartir con nosotros nuestra muerte, y llevarnos a su inmortalidad. A este tenemos como maestro, para que no pequemos; y como defensor, si pecamos y confesamos y nos convertimos; y como intercesor por nosotros, si deseamos algo bueno del Señor; y como dador con el Padre, porque Dios es uno, Padre e Hijo. Pero hablaba estas cosas un hombre a hombres; Dios oculto, hombre manifiesto, para hacer manifiestos a los hombres dioses; y el Hijo de Dios, hecho hijo del hombre, para hacer a los hijos de los hombres hijos de Dios. Con qué arte de su sabiduría hace esto, lo reconocemos en sus palabras. Pues habla a los pequeños como pequeño: pero Él mismo tan pequeño como grande; nosotros, sin embargo, pequeños, pero en Él grandes: habla, por tanto, como cuidando y nutriendo a los lactantes, y amando a los que crecen.

2. Dijo: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre" (Juan 5, 19). Sin embargo, entendemos que el Padre no hace algo por separado que, al verlo, el Hijo haga algo similar al observar la obra de su Padre; sino que cuando dijo: "El Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre", es porque el Hijo es completamente del Padre, y toda su sustancia y poder provienen de aquel que lo engendró. Ahora bien, cuando dijo que hace estas cosas de manera similar a como las hace el Padre, para que no entendamos que el Padre hace unas cosas y el Hijo otras, sino que el Hijo hace con igual poder las mismas cosas que hace el Padre, cuando el Padre actúa a través del Hijo; continuó diciendo lo que hoy hemos escuchado leído: "Porque el Padre ama al Hijo y le muestra todo lo que él mismo hace". Nuevamente, el pensamiento mortal se perturba. El Padre muestra al Hijo lo que él mismo hace: entonces, dice alguien, el Padre actúa por separado para que el Hijo pueda ver lo que hace. Nuevamente, la mente humana imagina dos artesanos, como si un herrero enseñara a su hijo su oficio y le mostrara todo lo que hace, para que él también pueda hacerlo: "Todo", dice, "le muestra lo que él mismo hace". Entonces, cuando el Padre actúa, ¿el Hijo no actúa para que el Hijo pueda ver lo que hace el Padre? Ciertamente, "todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada". Vemos cómo el Padre muestra al Hijo lo que hace; cuando el Padre no hace nada, sino lo que hace a través del Hijo. ¿Qué hizo el Padre? El mundo. ¿Acaso mostró al Hijo el mundo hecho, para que él también hiciera algo similar? Entonces, que se nos dé el mundo que hizo también el Hijo. Pero, "todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada, y el mundo fue hecho por él" (Juan 1, 3, 10). Si el mundo fue hecho por él, y todo fue hecho por él, y el Padre no hace nada que no haga a través del Hijo; ¿dónde muestra el Padre al Hijo lo que hace, sino en el mismo Hijo a través del cual lo hace? ¿Qué lugar hay donde se muestre la obra del Padre al Hijo, como si lo hiciera fuera y se sentara fuera, y el Hijo observara la mano del Padre cómo lo hace? ¿Dónde está esa Trinidad inseparable? ¿Dónde está el Verbo del que se dice que él es la Virtud y Sabiduría de Dios (1 Cor. 1, 24)? ¿Dónde lo que la Escritura dice de esa Sabiduría, "Es el resplandor de la luz eterna" (Sab. 7, 26)? ¿Dónde lo que de ella se dice nuevamente, "Alcanza de un extremo al otro con fortaleza, y dispone suavemente todas las cosas" (Sab. 8, 1)? Si el Padre hace algo, lo hace a través del Hijo; si lo hace a través de su Sabiduría y su Virtud: no le muestra fuera lo que vea, sino que en él le muestra lo que hace.

3. ¿Qué ve el Padre, o más bien qué ve el Hijo en el Padre para que él también lo haga? Tal vez pueda decirlo; pero dame a alguien que pueda comprenderlo: o tal vez pueda pensarlo, pero no decirlo; o tal vez ni siquiera pensarlo. Pues esa divinidad nos supera como Dios a los hombres, como el inmortal a los mortales, como el eterno a los temporales. Que inspire y conceda, que se digne ahora rociar y destilar algo de esa fuente de vida en nuestra sed, para que no nos sequemos en este desierto. Digámosle, Señor, a quien hemos aprendido a decir, Padre. Nos atrevemos a esto, porque él quiso que nos atreviéramos: si, sin embargo, vivimos de tal manera que no nos diga, "Si soy Padre, ¿dónde está mi honor? Si soy Señor, ¿dónde está mi temor?" (Mal. 1, 6). Digámosle, entonces, Padre nuestro. ¿A quién decimos, Padre nuestro? Al Padre de Cristo. Entonces, quien dice al Padre de Cristo, Padre nuestro, ¿qué le dice a Cristo, sino, Hermano nuestro? Sin embargo, no como el Padre de Cristo, así también nuestro Padre: pues Cristo nunca nos unió de tal manera que no hiciera ninguna distinción entre nosotros y él. Porque él es el Hijo igual al Padre, él eterno con el Padre, y coeterno con el Padre: nosotros, sin embargo, hechos por el Hijo, adoptados por el Único. Por lo tanto, nunca se ha oído de la boca de nuestro Señor Jesucristo, cuando hablaba a los discípulos, que dijera de Dios, su sumo Padre, Padre nuestro: sino que dijo, o Padre mío, o Padre vuestro. No dijo Padre nuestro, hasta el punto de que en un lugar puso estas dos cosas: "Voy a mi Dios", dice, "y a vuestro Dios. ¿Por qué no dijo, nuestro Dios? Y a mi Padre, dijo, y a vuestro Padre"

(Juan 20, 17); no dijo, nuestro Padre. Así une para distinguir, así distingue para no separar. Quiere que seamos uno en él, pero uno el Padre y él.

4. Por tanto, por mucho que entendamos y por mucho que veamos, incluso cuando seamos igualados a los ángeles, no veremos como ve el Hijo. Porque nosotros, incluso cuando no vemos, somos algo. ¿Y qué otra cosa somos cuando no vemos, sino no videntes? Sin embargo, somos, aunque no veamos; y para ver, nos volvemos hacia aquel a quien veamos; y se produce en nosotros una visión que no existía, cuando nosotros, sin embargo, éramos. Porque hay un hombre que no ve, y el mismo cuando ve, se dice hombre vidente. Por tanto, ver no es para él lo mismo que ser hombre: pues si ver fuera para él lo mismo que ser hombre, nunca sería hombre sino vidente. Pero cuando es hombre no vidente, y busca ver lo que no ve; hay quien busca, y hay quien se vuelve para ver: y cuando se vuelve bien y ve, se convierte en hombre vidente, que antes era hombre no vidente. Por tanto, ver le llega y se aleja de él: le llega cuando se vuelve, se aleja de él cuando se aparta. ¿Acaso así es el Hijo? De ninguna manera. Nunca fue el Hijo no vidente, y luego se convirtió en vidente: sino que ver al Padre, eso es para él ser Hijo. Porque nosotros, al apartarnos hacia el pecado, perdemos la iluminación; y al volvernos hacia Dios, recibimos la iluminación. Porque otra cosa es la luz con la que somos iluminados, y otra nosotros que somos iluminados. Pero la misma luz con la que somos iluminados, no se aparta de sí misma, ni pierde la luz, porque es luz. Así, pues, el Padre muestra al Hijo la cosa que hace, para que en el Padre vea todo el Hijo, y en el Padre sea todo el Hijo. Porque viendo nació, y naciendo ve. Pero no es que alguna vez no haya nacido, y luego haya nacido; así como no es que alguna vez no haya visto, y luego haya visto: sino que en lo que es para él ver, en eso es para él ser, en eso es para él haber nacido, en eso es para él permanecer, en eso es para él no cambiar, en eso es para él persistir sin principio y sin fin. Por tanto, no tomemos carnalmente que el Padre se sienta y hace una obra, y la muestra al Hijo; y el Hijo ve la obra que hace el Padre, y la hace en otro lugar, o de otra materia. Porque "todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada". El Verbo del Padre es el Hijo, Dios no dijo nada que no dijera en el Hijo. Porque al decir en el Hijo lo que iba a hacer por el Hijo, engendró al mismo Hijo por quien haría todo.

5. "Y le mostrará obras mayores que estas, para que os maravilléis". Nuevamente aquí perturba. ¿Y quién es el que dignamente investigará este gran secreto? Pero ya que se ha dignado hablarnos, él mismo lo abre. Pues no querría decir lo que no quisiera que se entendiera: porque se ha dignado decirlo, sin duda ha despertado la audiencia; ¿acaso a quien ha despertado para que escuche, lo abandonará una vez despertado? Hemos dicho, en la medida de lo posible, que el Hijo no conoce temporalmente, ni es otra cosa el conocimiento del Hijo, ni otra cosa el mismo Hijo; y que la visión del Hijo no es otra cosa, ni otra cosa el mismo Hijo: sino que la misma visión es el Hijo, y el mismo conocimiento o sabiduría del Padre es el Hijo, y esa sabiduría y esa visión son eternas desde la eternidad, y coeternas con aquel de quien es; ni allí se varía algo por el tiempo; ni nace algo que no era; ni perece algo que era. Hemos dicho, en la medida de lo posible. ¿Qué hace aquí ahora el tiempo, para que dijera, "le mostrará obras mayores que estas"? es decir, se le mostrará, esto es, le mostrará. Una cosa es "le mostró", otra cosa es "le mostrará": "le mostró", decimos del pasado; "le mostrará", decimos del futuro. ¿Qué hacemos aquí, hermanos? He aquí a quien decíamos coeterno con el Padre, nada en él varía por el tiempo, nada se mueve por los espacios o momentos o lugares, permaneciendo siempre con el Padre viendo, viendo al Padre y existiendo al ver, nuevamente nos nombra tiempos, "le mostrará", dice, "obras mayores que estas". Entonces, ¿le mostrará algo al Hijo que el Hijo aún no conoce? ¿Qué hacemos entonces? ¿Cómo entendemos esto? He aquí, nuestro Señor Jesucristo estaba arriba, está abajo. ¿Cuándo estaba arriba? Cuando dijo: "Todo lo que hace el Padre, lo mismo hace el

Hijo de igual manera". ¿De dónde ahora abajo? "Le mostrará obras mayores que estas". Oh Señor Jesucristo, nuestro salvador, Verbo de Dios por quien todo fue hecho, ¿qué te mostrará el Padre que aún no sabes? ¿Qué te oculta del Padre? ¿Qué te oculta en el Padre, a quien no oculta el Padre? ¿Qué obras mayores te mostrará? ¿O a qué obras son mayores las que te mostrará? Porque cuando dijo, "mayores que estas", debemos primero entender a cuáles son mayores.

6. Recordemos de dónde surgió este discurso. Cuando fue curado aquel que había estado treinta y ocho años en su enfermedad, y le ordenó que, ya sano, tomara su camilla y fuera a su casa. Pues de aquí se conmovieron los judíos, con quienes hablaba: hablaba con palabras, y callaba con entendimiento; de alguna manera insinuaba a los que entendían, ocultaba a los que se enojaban: de aquí, pues, cuando los judíos se conmovieron porque el Señor hacía esto en sábado, dieron ocasión a este discurso. Por tanto, no escuchemos estas cosas como si hubiéramos olvidado lo que se dijo antes, sino que recordemos a aquel enfermo de treinta y ocho años que de repente fue sanado, admirándose los judíos y enojándose. Buscaban más las tinieblas del sábado que la luz del milagro. Hablando, pues, a estos indignados, dijo esto: "Le mostrará obras mayores que estas". ¿Mayores que cuáles? Lo que visteis, un hombre hecho sano, cuya enfermedad había durado hasta treinta y ocho años, mayores que estas cosas le mostrará el Padre al Hijo. ¿Cuáles son mayores? Sigue y dice: "Porque como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere". Claramente, estas son mayores. Pues es mucho más que resucite un muerto, que sane un enfermo: estas son mayores. Pero, ¿cuándo le mostrará el Padre estas cosas al Hijo? ¿Acaso el Hijo no las conoce? ¿Y aquel que hablaba, no sabía resucitar muertos? ¿Aún tenía que aprender a resucitar muertos, por quien todo fue hecho? ¿Quien hizo que viviéramos, cuando no éramos, aún tenía que aprender para que resucitáramos? ¿Qué es, entonces, lo que quiere decir?

7. Porque descendió a nosotros, y quien poco antes hablaba como Dios, comenzó a hablar como hombre. Sin embargo, él es el mismo hombre que Dios, porque Dios se hizo hombre: pero hecho lo que no era, sin perder lo que era. Por tanto, el hombre se acercó a Dios, para que fuera hombre quien era Dios; no para que ya fuera hombre, y no fuera Dios. Escuchemos, pues, a él como hermano, quien escuchábamos como creador: creador, porque el Verbo en el principio; hermano, porque nacido de la Virgen María: creador antes de Abraham, antes de Adán, antes de la tierra, antes del cielo, antes de todas las cosas corporales y espirituales; hermano, sin embargo, del linaje de Abraham, de la tribu de Judá, de la Virgen israelita. Si, pues, conocemos a este, quien nos habla, tanto Dios como hombre, entendamos las palabras de Dios y del hombre: pues a veces nos dice cosas que pertenecen a la majestad, a veces cosas que pertenecen a la humildad. Porque él es el excelso, quien humilde para hacernos humildes excelsos. ¿Qué, entonces, dice? "Le mostrará a mí obras mayores que estas, para que os maravilléis". Por tanto, nos las mostrará a nosotros, no a él. Porque cuando nos las muestre el Padre; por eso dijo, "para que os maravilléis". Explicó, pues, lo que quiso decir, "Le mostrará a mí". ¿Por qué no dijo, "Os mostrará el Padre"; sino, "le mostrará al Hijo"? Porque también nosotros somos miembros del Hijo; y nosotros, miembros, como lo que aprendemos, él lo aprende de alguna manera en sus miembros. ¿Cómo aprende en nosotros? ¿Cómo sufre en nosotros? ¿De dónde probamos que sufre en nosotros? De aquella voz del cielo: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?" (Hechos 9, 4). ¿No es él quien en el fin del mundo se sentará como juez, y poniendo a los justos a la derecha, y a los inicuos a la izquierda, dirá, "Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino: porque tuve hambre, y me disteis de comer"? y cuando ellos respondan, "Señor, ¿cuándo te vimos hambriento?" les dirá, "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis" (Mateo 25, 31-40). Por tanto, quien dijo, "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más

pequeños, a mí me lo hicisteis"; y ahora se le pregunte a nosotros, y le digamos, Señor, ¿cuándo serás tú aprendiendo, cuando tú enseñas todo? Inmediatamente nos responde en nuestra fe, "Cuando uno de mis más pequeños aprende, yo aprendo".

8. Por tanto, regocijémonos y demos gracias, no solo por habernos hecho cristianos, sino Cristo. ¿Entendéis, hermanos, la gracia de Dios sobre nosotros, la cabeza? Admirad, regocijaos, hemos sido hechos Cristo. Porque si él es la cabeza, nosotros los miembros; todo el hombre, él y nosotros. Esto es lo que dice el apóstol Pablo: "Para que ya no seamos niños, llevados y zarandeados por todo viento de doctrina". Pero antes había dicho: "Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Efesios 4, 14, 13). Por tanto, la plenitud de Cristo, cabeza y miembros. ¿Qué es, cabeza y miembros? Cristo y la Iglesia. Porque nos atribuiríamos esto con arrogancia, si él mismo no se dignara prometerlo, quien por el mismo apóstol dice: "Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros" (1 Corintios 12, 27).

9. Por tanto, cuando el Padre muestra a los miembros de Cristo, se lo muestra a Cristo. Se produce un gran milagro, pero verdadero: se muestra a Cristo lo que Cristo ya conocía, y se muestra a Cristo por Cristo. Es una cosa maravillosa y grande, pero la Escritura así lo dice. ¿Contradeciremos las palabras divinas, y no más bien entenderemos, y daremos gracias a quien nos dio el entendimiento? ¿Qué es lo que dije, se muestra a Cristo por Cristo? Se muestra a los miembros por la cabeza. Mira eso en ti: imagina que con los ojos cerrados quieres tomar algo; la mano no sabe a dónde ir, y sin embargo, tu mano es tu miembro, pues no está separada de tu cuerpo; abre los ojos, ya ve la mano a dónde ir, la cabeza muestra al miembro que lo siga. Si, pues, en ti se pudo encontrar algo así, que tu cuerpo mostrara a tu cuerpo, y por tu cuerpo se mostrara algo a tu cuerpo; no te maravilles de que se diga, se muestra a Cristo por Cristo. Porque la cabeza muestra para que los miembros vean, y la cabeza enseña para que los miembros aprendan: sin embargo, un solo hombre, cabeza y miembros. No quiso separarse, sino que se dignó unirse. Estaba lejos de nosotros, y muy lejos: ¿qué tan lejos, como el creado y el creador? ¿qué tan lejos, como Dios y hombre? ¿qué tan lejos, como justicia e iniquidad? ¿qué tan lejos, como eternidad y mortalidad? He aquí cuán lejos estaba el Verbo en el principio Dios con Dios, por quien todo fue hecho. ¿Cómo, entonces, se hizo cercano, para ser lo que nosotros, y nosotros en él? El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan 1, 14).

10. Esto, pues, es lo que nos mostrará: esto mostró a sus discípulos, quienes lo vieron en la carne. ¿Qué es esto? "Porque como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere". ¿Acaso otros el Padre, otros el Hijo? Ciertamente, todo fue hecho por él. ¿Qué decimos, hermanos míos? Cristo resucitó a Lázaro: ¿a quién muerto resucitó el Padre, para que Cristo viera cómo resucitar a Lázaro? ¿O cuando Cristo resucitó a Lázaro, no lo resucitó el Padre, y el Hijo lo hizo solo sin el Padre? Leed esa misma lectura, y ved que allí invoca al Padre para que Lázaro resucite (Juan 11, 41-44). Como hombre, invoca al Padre: como Dios, lo hace con el Padre. Por tanto, tanto Lázaro que resucitó, como el Padre y el Hijo lo resucitaron en el don y gracia del Espíritu Santo; y esa obra maravillosa la hizo la Trinidad. Por tanto, no entendamos así, "Porque como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere", como si pensáramos que otros son resucitados y vivificados por el Padre, y otros por el Hijo: sino que los mismos que el Padre resucita y vivifica, los mismos también el Hijo resucita y vivifica; porque "todo fue hecho por él, y sin él no se hizo nada". Y para mostrar que tiene, aunque dada por el Padre, sin embargo, igual potestad, por eso dice, "Así también el Hijo da vida a los que quiere", para mostrar allí su voluntad: y para que nadie diga, "El Padre resucita a los muertos por el Hijo, pero él como poderoso, como teniendo potestad, este como de poder ajeno, como ministro

hace algo, como un ángel"; significó la potestad cuando dijo, "Así también el Hijo da vida a los que quiere". Porque el Padre no quiere otra cosa que el Hijo; sino que así como tienen una sustancia, así también tienen una voluntad.

11. ¿Y quiénes son esos muertos a quienes el Padre y el Hijo vivifican? ¿Acaso son aquellos de quienes hablamos, Lázaro, o el hijo de aquella viuda (Luc. VII, 14, 15), o la hija del jefe de la sinagoga (Id. VIII, 54, 55)? Sabemos que estos fueron resucitados por Cristo el Señor. Quiere insinuarnos algo más, la resurrección de los muertos que todos esperamos; no aquella que algunos tuvieron para que los demás creyeran. Lázaro resucitó para morir de nuevo, nosotros resucitaremos para vivir eternamente. ¿Hace el Padre tal resurrección, o el Hijo? En verdad, el Padre en el Hijo. Por lo tanto, el Hijo, y el Padre en el Hijo. ¿De dónde probamos que habla de esta resurrección? Cuando dijo: "Porque así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere"; para que no entendiéramos aquella resurrección de los muertos que hace como milagro, no para la vida eterna, añadió: "Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo". ¿Qué significa esto? Hablaba de la resurrección de los muertos, porque "así como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere"; de ahí que inmediatamente como razón añadió sobre el juicio, diciendo: "Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo", ¿no es porque hablaba de aquella resurrección de los muertos que será en el juicio?

12. Porque, dice, "el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo". Poco antes pensábamos que el Padre hacía algo que el Hijo no hacía; cuando decía: "Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que él mismo hace"; como si el Padre hiciera y el Hijo viera. Así se insinuaba en nuestra mente un entendimiento carnal, como si el Padre hiciera lo que el Hijo no hacía; pero el Hijo veía al Padre mostrando lo que hacía. Entonces, como si el Padre hiciera lo que el Hijo no hacía; ahora ya vemos al Hijo haciendo algo que el Padre no hace. ¿Cómo nos mueve y trata nuestra mente; nos lleva de aquí para allá, no nos deja permanecer en un solo lugar de la carne, para que al movernos nos ejercite, al ejercitarnos nos purifique, al purificarnos nos haga capaces, y al hacernos capaces nos llene? ¿Qué hacen estas palabras con nosotros? ¿Qué decía? ¿Qué dice? Poco antes decía que el Padre muestra al Hijo todo lo que hace; veía como si el Padre hiciera, el Hijo esperara: ahora nuevamente veo al Hijo haciendo, el Padre desocupado; "Porque el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo". ¿Cuándo entonces el Hijo juzgará, el Padre estará desocupado y no juzgará? ¿Qué es esto? ¿Qué debo entender? Señor, ¿qué dices? Eres el Verbo Dios, soy hombre. ¿Dices que "el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo"? Leo en otro lugar que dices: "Yo no juzgo a nadie; hay quien busca y juzga" (Juan VIII, 15, 50): ¿de quién dices "hay quien busca y juzga", sino del Padre? Él busca tus injurias, él juzga tus injurias. ¿Cómo aquí "el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo"? Preguntemos también a Pedro, escuchemos lo que dice en su Epístola: "Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas: quien no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando era maldecido, no respondía con maldición, cuando sufría, no amenazaba, sino que se encomendaba a aquel que juzga justamente" (I Pedro II, 21-23). ¿Cómo es verdad que "el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo"? Nos turbamos aquí, turbados sudamos, sudando nos purificamos. Intentemos de alguna manera, con su don, penetrar los altos secretos de estas palabras. Tal vez actuamos temerariamente, porque queremos discutir y escudriñar las palabras de Dios. ¿Y por qué fueron dichas, sino para ser conocidas? ¿Por qué sonaron, sino para ser escuchadas? ¿Por qué fueron escuchadas, sino para ser entendidas? Que nos fortalezca, y nos conceda algo según él lo considere digno; y si aún no penetramos hasta la fuente, bebamos del arroyo. He aquí que

el mismo Juan nos ha emanado como un arroyo, nos ha traído el Verbo desde lo alto, lo ha humillado, y de alguna manera lo ha extendido, para que no temamos lo alto, sino que nos acerquemos a lo humilde.

13. Hay ciertamente un entendimiento verdadero, fuerte, si de alguna manera podemos sostenerlo, porque "el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo". Esto se ha dicho porque en el juicio no aparecerá a los hombres sino el Hijo. El Padre estará oculto, el Hijo manifiesto. ¿En qué será manifiesto el Hijo? En la forma en que ascendió. Pues en la forma de Dios está oculto con el Padre, en la forma de siervo es manifiesto a los hombres. Por lo tanto, "el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo", sino manifiesto: en ese juicio manifiesto el Hijo juzgará, porque él mismo aparecerá a los que serán juzgados. La Escritura nos muestra más claramente que él mismo aparecerá. Al cuadragésimo día después de su resurrección ascendió al cielo, mientras sus discípulos lo veían: y una voz angelical les dijo: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hechos I, 3, 9, 10, 11). ¿Cómo lo veían ir? En la carne, que tocaron, que palparon, cuyas cicatrices también probaron tocando, en ese cuerpo en el que entró y salió con ellos durante cuarenta días, manifestándose a ellos en verdad; no en alguna falsedad: no un fantasma, no una sombra, no un espíritu; sino como él mismo dijo sin engañar: "Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo" (Lucas XXIV, 39). Ese cuerpo ya es digno de la morada celestial, no sujeto a la muerte, no mutable por las edades. Pues no como creció a esa edad desde la infancia, así desde la edad que era juventud, se inclina hacia la vejez: permanece como ascendió, viniendo a aquellos a quienes antes de venir, quiso que se predicara su palabra. Así vendrá en forma humana: esta verán tanto los impíos como los que están a la derecha, verán también los que están separados a la izquierda; como está escrito: "Verán a quien traspasaron" (Zacarías XII, 10; Juan XIX, 37). Si verán a quien traspasaron, verán el mismo cuerpo que hirieron con la lanza: la lanza no hiere al Verbo: esto, por lo tanto, los impíos podrán ver, lo que también pudieron herir. No verán al Dios oculto en el cuerpo: después del juicio será visto por aquellos que estarán a la derecha. Esto es, por lo tanto, lo que dice: "El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo": porque el Hijo vendrá manifiesto al juicio, apareciendo a los hombres en el cuerpo humano, diciendo a los de la derecha: "Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino"; diciendo a los de la izquierda: "Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles" (Mateo XXV, 34, 41).

14. He aquí que la forma del hombre será vista por los piadosos y los impíos, por los justos y los injustos, por los fieles y los infieles, por los que se alegran y los que lloran, por los confiados y los confundidos: he aquí que será vista. Cuando esa forma sea vista en el juicio, y el juicio haya sido realizado, donde se dijo que el Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo juicio al Hijo, por esto, porque el Hijo aparecerá en el juicio en la forma que tomó de nosotros, ¿qué sucederá después? ¿Cuándo será vista la forma de Dios, que todos los fieles anhelan? ¿Cuándo será visto aquello que en el principio era el Verbo, Dios con Dios, por quien todas las cosas fueron hechas? ¿Cuándo será vista esa forma de Dios, de la que dice el Apóstol: "Siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse" (Filipenses II, 6)? Esa gran forma donde aún se reconoce la igualdad del Padre y del Hijo: inefable, incomprensible, especialmente para los pequeños. ¿Cuándo será vista? He aquí que a la derecha están los justos, a la izquierda están los injustos; todos juntos ven al hombre, ven al Hijo del hombre, ven al que fue traspasado, ven al que fue crucificado, ven al humillado, ven al nacido de la Virgen, ven al Cordero de la tribu de Judá: ¿cuándo verán al Verbo Dios con Dios? Él también estará entonces, pero la forma de siervo aparecerá. La forma de siervo será mostrada a los siervos: la forma de Dios será reservada para los hijos.

Que los siervos se conviertan en hijos; los que están a la derecha, vayan a la herencia eterna prometida hace tiempo, que los mártires creyeron sin verla, por cuya promesa derramaron su sangre sin dudar: vayan allí y vean allí. ¿Cuándo irán allí? Que el mismo Señor lo diga: "Así irán estos al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna" (Mateo XXV, 46).

15. He aquí que ha mencionado la vida eterna. ¿Acaso nos ha dicho esto, que allí veremos y conoceremos al Padre y al Hijo? ¿Qué, si viviremos eternamente, pero no veremos a ese Padre y al Hijo? Escucha en otro lugar donde mencionó la vida eterna, y expresó qué es la vida eterna. No temas, no te engaño: no prometí en vano a mis amados diciendo: "El que tiene mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama: y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él" (Juan XIV, 21). Respondamos al Señor, y digamos: ¿Qué, Señor Dios nuestro, es grande? ¿Qué es grande? ¿Nos vas a mostrar a nosotros mismos? ¿Acaso no te mostraste también a los judíos? ¿No te vieron también los que te crucificaron? Pero te mostrarás en el juicio, cuando estemos a tu derecha: ¿acaso no te verán también aquellos que estarán a la izquierda? ¿Qué es lo que nos mostrarás a nosotros mismos? ¿Acaso no te vemos ahora cuando hablas? Responde: "Me mostraré a mí mismo en la forma de Dios, ahora veis la forma de siervo. No te defraudaré, oh hombre fiel; cree que verás. Amas, y no ves: ¿no te llevará el mismo amor a ver? Ama, persevera en amar: no defraudaré, dice, tu amor, que he purificado tu corazón. ¿Para qué he purificado tu corazón, sino para que Dios pueda ser visto por ti? Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios" (Mateo V, 8). Pero esto, dice el siervo como discutiendo con el Señor, no lo expresaste cuando dijiste: "Irán los justos a la vida eterna": no dijiste, Irán para ver en mí la forma de Dios, verán al Padre a quien soy igual. Atiende en otro lugar lo que dijo: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Juan XVII, 3).

16. Y ahora, por lo tanto, después de recordar el juicio, que todo lo dio el Padre al Hijo no juzgando a nadie, ¿qué sucederá? ¿Qué sigue? Para que todos honren al Hijo, como honran al Padre. Los judíos honran al Padre, desprecian al Hijo. Pues el Hijo era visto como siervo, el Padre era honrado como Dios. Aparecerá también el Hijo igual al Padre, para que todos honren al Hijo, como honran al Padre. Ahora, por lo tanto, esto lo tenemos en la fe. Y no diga el judío: Honro al Padre; ¿qué tengo que ver con el Hijo? Que le responda: "El que no honra al Hijo, no honra al Padre". Mientes por completo, blasfemas al Hijo, y haces injuria al Padre. Pues el Padre envió al Hijo, tú desprecias al enviado: ¿cómo honras al que envía, si blasfemas al enviado?

17. He aquí, dice alguien, el Hijo fue enviado; y el Padre es mayor, porque envió. Aléjate de la carne. El hombre viejo sugiere la vejez, tú en el nuevo reconoce la novedad. El nuevo para ti desde el siglo antiguo, perpetuo, eterno, devuelve a esto el entendimiento. ¿Es menor el Hijo, porque fue llamado enviado? Escucho el envío, no la separación. Pero esto, dice, lo vemos en las cosas humanas, porque es mayor quien envía, que aquel que es enviado. Pero las cosas humanas engañan al hombre, las cosas divinas purifican. No atiendas a las cosas humanas, donde parece mayor quien envía, y menor quien es enviado: aunque también esas cosas humanas dan testimonio contra ti. Por ejemplo, si alguien quiere pedir esposa, y por sí mismo no puede, envía a un amigo mayor que le pida. Y hay muchas cosas en las que se elige al mayor, que sea enviado por el menor. ¿Por qué entonces quieres hacer calumnia, porque él envió, él fue enviado? El sol envía un rayo, y no lo separa; la luna envía su resplandor, y no lo separa; la lámpara emite luz, y no la separa: veo allí el envío, y no veo ninguna separación. Pues si buscas ejemplos de cosas humanas, oh vanidad herética, aunque, como dije poco antes, esas mismas cosas humanas en algunos ejemplos te refutan y te convencen; sin embargo, observa cuán diferente es en las cosas humanas, de donde quieres llevar ejemplos a

las cosas divinas. El hombre que envía, permanece él mismo, y va aquel que es enviado: ¿acaso va el hombre con aquel a quien envía? Pero el Padre que envió al Hijo, no se apartó del Hijo. Escucha al mismo Señor diciendo: "He aquí que viene la hora, en que cada uno se apartará a lo suyo, y me dejaréis solo: pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo" (Juan XVI, 32). ¿Cómo lo envió con quien vino? ¿Cómo lo envió de quien no se apartó? En otro lugar dijo: "El Padre que permanece en mí hace sus obras" (Juan XIV, 10). He aquí que está en él, he aquí que obra. No se apartó del enviado el que envía, porque el enviado y el que envía son uno.

TRACTATUS XXII. Desde lo que está escrito: "Amén, amén os digo que el que oye mi palabra, y cree en el que me envió, tiene vida eterna"; hasta lo que dice: "Que no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió". Cap. V, V. 24-30.

1. Los sermones de anteayer y de ayer que os fueron entregados son seguidos por la lectura evangélica de hoy, que trataremos en orden, no por su dignidad, sino por nuestras fuerzas: porque vosotros tampoco recibís según la abundancia del manantial que fluye, sino según vuestra medida. Y nosotros no decimos tanto en vuestros oídos, como el mismo manantial mana; sino cuanto podemos captar, lo que trasladamos a vuestros sentidos, operando él más abundantemente en vuestros corazones, que nosotros en vuestros oídos. Pues se trata de una gran cosa, y no por grandes, sino por muy pequeños: sin embargo, nos da esperanza y confianza, quien siendo grande se hizo pequeño por nosotros. Pues si no nos exhortara, ni nos invitara a entenderlo, sino que nos abandonara como despreciables; porque no podemos captar su divinidad, si no asumiera él nuestra mortalidad, y llegara a nosotros para hablarnos el Evangelio; si no quisiera compartir con nosotros lo que en nosotros es bajo y pequeño; pensaríamos que no quiso darnos lo grande suyo, quien asumió lo pequeño nuestro. Dije esto, para que nadie nos reprenda por tratar estas cosas, como si fuéramos muy audaces; ni desespere de sí mismo que pueda captar el don de Dios, que el Hijo de Dios se dignó hablar. Por lo tanto, lo que se dignó hablarnos, debemos creer, porque quiso que lo entendiéramos. Pero si no podemos, concede el entendimiento cuando se le ruega, quien concedió la palabra sin ser rogado.

2. He aquí qué secretos de palabras son estos, prestad atención. Amén, amén os digo, que el que oye mi palabra, y cree en el que me envió, tiene vida eterna. Ciertamente todos tendemos a la vida eterna; y dice: "El que oye mi palabra, y cree en el que me envió, tiene vida eterna". ¿Acaso quiso que escucháramos su palabra, y no quiso que la entendiéramos? Pues si en escuchar y creer está la vida eterna, mucho más en entender. Pero el grado de piedad es la fe, el fruto de la fe es el entendimiento, para que lleguemos a la vida eterna, donde no se nos leerá el Evangelio; sino que aquel que ahora nos dispensa el Evangelio, removidas todas las páginas de lectura, y la voz del lector y del expositor, aparezca a todos sus asistentes de corazón purificado, y en cuerpo inmortal ya nunca muriendo, purificándolos, e iluminando a los vivientes, y viendo lo que en el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios (Juan I, 1). Ahora, por lo tanto, quienes somos atendamos, y pensemos a quién escuchamos. Cristo es Dios, y habla con los hombres: quiere ser captado, haga capaces; quiere ser visto, abra los ojos. Sin embargo, no nos habla sin razón, sino porque es verdad lo que nos promete.

3. "Quien escucha mis palabras," dice, "y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida." ¿Dónde y cuándo pasamos de la muerte a la vida para no venir a juicio? En esta vida se pasa de la muerte a la vida; en esta vida que aún no es vida, de aquí se pasa de la muerte a la vida. ¿Cuál es ese paso? "Quien escucha mis palabras," dijo, "y cree en aquel que me envió." Guardando estas cosas, crees y

pasas. ¿Y hay quien estando de pie pasa? Claro que sí: está de pie en cuerpo, pasa en mente. ¿Dónde estaba, de dónde pasó, y a dónde pasa? Pasa de la muerte a la vida. Mira a un hombre de pie, en quien se realiza todo esto que se dice. Está de pie, escucha; tal vez no creía, al escuchar cree: poco antes no creía, ahora cree; como si hubiera hecho un paso de la región de la infidelidad a la región de la fe, movido el corazón, no el cuerpo, movido para mejor: porque nuevamente quienes abandonan la fe, se mueven para peor. He aquí que en esta vida, que, como dije, aún no es vida, se pasa de la muerte a la vida, para no venir a juicio. ¿Por qué dije que aún no es vida? Si esta fuera vida, el Señor no diría a alguien, "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mat. XIX, 17). No le dijo, "Si quieres entrar en la vida eterna"; no añadió "eterna", sino que solo dijo "vida". Por lo tanto, esta ni siquiera debe llamarse vida, porque no es la verdadera vida. ¿Cuál es la verdadera vida, sino la vida eterna? Escucha al Apóstol diciendo a Timoteo: "Manda a los ricos de este mundo que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para disfrutarlas: que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, que sean generosos, que compartan. ¿Para qué esto? Escucha lo que sigue: 'Que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que puedan alcanzar la verdadera vida'" (I Tim. VI, 17-19). Si deben atesorar para sí un buen fundamento para el futuro, para alcanzar la verdadera vida; ciertamente esta en la que estaban, es una vida falsa. Pues, ¿por qué querrías alcanzar la verdadera, si ya tienes la verdadera? ¿Debe alcanzarse la verdadera? Hay que migrar de la falsa. ¿Y a dónde migrar? ¿A dónde? Escucha, cree; y haces el paso de la muerte a la vida, y no vienes a juicio.

4. ¿Qué significa esto, "Y no vienes a juicio"? ¿Y quién será mejor que el apóstol Pablo, quien dice: "Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o malo" (II Cor. V, 10)? Pablo dice, "Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo"; ¿y te atreves a prometerte a ti mismo que no vendrás a juicio? "Dios no lo quiera," dices, "que yo me atreva a prometerme esto: pero creo en quien lo promete. El Salvador habla, la Verdad promete, él mismo me dijo, 'Quien escucha mis palabras, y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna, y hace el paso de la muerte a la vida, y no vendrá a juicio.' Yo, por lo tanto, escuché las palabras de mi Señor, creí; ya que siendo infiel, me convertí en fiel: como me advirtió, pasé de la muerte a la vida, no vengo a juicio; no por mi presunción, sino por su promesa. Pero, ¿habla Pablo contra Cristo, el siervo contra el Señor, el discípulo contra el maestro, el hombre contra Dios, para que cuando el Señor diga que 'quien escucha y cree, pasa de la muerte a la vida, y no vendrá a juicio,' diga el Apóstol, 'Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo'? O si no viene a juicio quien comparece ante el tribunal, no sé cómo entenderlo.

5. Por lo tanto, el Señor nuestro Dios revela y nos advierte a través de sus Escrituras cómo debe entenderse cuando se dice juicio. Por lo tanto, os exhorto a que prestéis atención. A veces juicio se dice como castigo: a veces juicio se dice como discriminación. Según el modo en que se dice juicio como discriminación, "es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que allí reciba el hombre lo que haya hecho en el cuerpo, sea bueno o malo": pues esta es la discriminación, para que a los buenos se les dé lo bueno, y a los malos lo malo. Pues si juicio siempre se tomara en un sentido negativo, el Salmo no diría, "Júzgame, Dios." Tal vez alguien escuche a quien dice, "Júzgame, Dios," y se asombre. Pues el hombre suele decir, "Dios me perdone; Perdóname, Dios": ¿quién es el que dice, "Júzgame, Dios"? Y a veces en el Salmo se pone el verso en el diapsalma, que se ofrece por el lector, y se responde por el pueblo. No sea que a alguien le golpee el corazón, y tema cantar a Dios y decir, "Júzgame, Dios." Y sin embargo, el pueblo canta creyendo, y no piensa

que desea algo malo al cantar lo que aprendió de la lectura divina: y si entiende poco, cree que es algo bueno lo que canta. Y sin embargo, el mismo Salmo no dejó al hombre sin entendimiento. Pues continuó, con palabras posteriores mostró qué tipo de juicio decía; porque no es de condenación, sino de discreción. Dice, "Júzgame, Dios." ¿Qué significa, "Júzgame, Dios"? "Y discierne mi causa de la gente no santa." Por lo tanto, según este juicio de discreción, "es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo." Según el juicio de condenación, "Quien escucha mis palabras," dice, "y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a juicio, sino que hace el paso de la muerte a la vida." ¿Qué significa, "no vendrá a juicio"? No vendrá a condenación. Probemos de las Escrituras que se dijo juicio donde se entiende castigo: aunque incluso en esta misma lectura poco después escucharéis la misma palabra juicio no puesta sino por condenación y castigo (Infra, n. 13). Sin embargo, el Apóstol dice en un lugar, escribiendo a aquellos que conocéis como el Cuerpo de los fieles, que trataban mal; y por lo que trataban mal, eran corregidos por el azote del Señor: pues les dice, "Por eso muchos entre vosotros están enfermos y debilitados, y muchos duermen." Pues muchos incluso morían por eso. Y continuó, "Si nos juzgáramos a nosotros mismos, no seríamos juzgados por el Señor: esto es, si nos corrigiéramos a nosotros mismos, no seríamos corregidos por el Señor. Pero cuando somos juzgados, somos corregidos por el Señor, para que no seamos condenados con este mundo" (I Cor. XI, 30-32). Por lo tanto, hay quienes son juzgados aquí según el castigo, para que se les perdone allí; hay quienes se les perdona aquí, para que sean más atormentados allí: pero hay quienes se les distribuyen los mismos castigos sin el azote del castigo, si no son corregidos por el azote de Dios; para que cuando aquí desprecien al padre que castiga, allí sientan al juez que castiga. Por lo tanto, hay un juicio al que Dios, es decir, el Hijo de Dios, enviará al diablo y sus ángeles al final, y a todos los infieles e impíos con él: a este juicio no vendrá, quien ahora creyendo hace el paso de la muerte a la vida.

6. Pues para que no pienses que creyendo no morirás según la carne, y tomando carnalmente te digas a ti mismo, "Mi Señor me dijo, 'Quien escucha mis palabras, y cree en aquel que me envió, ha pasado de la muerte a la vida'; por lo tanto, yo creí, no voy a morir": debes saber que la muerte que debes como castigo de Adán, la pagarás: pues él recibió, en quien entonces todos estábamos, "Morirás" (Gen. II, 17); y no puede anularse la sentencia divina. Pero cuando pagues la muerte del hombre viejo, serás recibido en la vida eterna del hombre nuevo, y harás el paso de la muerte a la vida. Ahora, mientras tanto, haz el paso de la vida. ¿Cuál es tu vida? La fe: "El justo vivirá por la fe" (Habac. II, 4; Rom. I, 17). ¿Y los infieles qué? Están muertos. Entre tales muertos estaba aquel en cuerpo, de quien dice el Señor: "Deja que los muertos entierren a sus muertos" (Mat. VIII, 22). Por lo tanto, también en esta vida hay muertos, hay vivos, y como si todos vivieran. ¿Quiénes son los muertos? Los que no han creído. ¿Quiénes son los vivos? Los que han creído. ¿Qué se dice a los muertos por el Apóstol? "Despierta, tú que duermes." Pero, dice, habló de sueño, no de muerte. Escucha lo que sigue: "Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos." Y como si dijera, "¿A dónde iré?" "Y te iluminará Cristo" (Ephes. V, 14). Ya cuando Cristo te haya iluminado creyente, haces el paso de la muerte a la vida: permanece en aquello a lo que has pasado, y no vendrás a juicio.

7. Él mismo ya lo explica, y sigue: "Amén, amén os digo." No sea que porque dijo, "ha pasado de la muerte a la vida," entendamos esto en la futura resurrección, queriendo mostrar cómo pasa quien cree; y que esto es pasar de la muerte a la vida, pasar de la infidelidad a la fe, de la injusticia a la justicia, de la soberbia a la humildad, del odio al amor: ahora dice, "Amén, amén os digo, que viene la hora, y ahora es." ¿Qué más evidente? Ya ciertamente ha aclarado lo que decía, que ahora se hace lo que Cristo nos exhorta. Viene la hora. ¿Qué hora?

Y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán. Ya hemos hablado de estos muertos. ¿Qué pensamos, hermanos míos? ¿En esta multitud que me escucha, no hay muertos? Pues quienes creen y actúan según la verdadera fe, viven y no están muertos: pero quienes o no creen, o como los demonios creen, temblando (Santiago II, 19) y viviendo mal, confesando al Hijo de Dios y sin amor, más bien deben ser considerados muertos. Y sin embargo, aún se realiza esta hora. Pues no será una hora de las doce horas de un día. Desde que habló hasta este tiempo, y hasta el fin del mundo, se realiza esa una hora, de la que dice en su Epístola Juan, "Hijitos, es la última hora" (I Juan II, 18). Por lo tanto, ahora es. Quien vive, viva: quien estaba muerto, viva; escuche la voz del Hijo de Dios quien yacía muerto, levántese, y viva. El Señor clamó al sepulcro de Lázaro, y el muerto de cuatro días resucitó. Quien apestaba, salió al aire; estaba sepultado, una piedra estaba sobre él, la voz del Salvador rompió la dureza de la piedra: ¿y tu corazón es tan duro, que aún esa voz divina no te rompe? Levántate en tu corazón, sal de tu sepulcro. Pues muerto en tu corazón yacías como en un sepulcro, y como por una piedra de mala costumbre eras gravado. Levántate, y sal. ¿Qué significa, Levántate, y sal? Cree, y confiesa. Pues quien ha creído, ha resucitado; quien confiesa, ha salido. ¿Por qué decimos que ha salido quien confiesa? Porque antes de confesar, estaba oculto; pero cuando confiesa, sale de las tinieblas a la luz. Y cuando haya confesado, ¿qué se dice a los ministros? Lo que se dijo en el funeral de Lázaro, "Desatadlo, y dejadlo ir" (Juan XI, 38-44). ¿Cómo? Se dijo a los ministros apóstoles, "lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo" (Mat. XVIII, 18).

8. Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán. ¿De dónde vivirán? De la vida. ¿De qué vida? De Cristo. ¿Cómo probamos que de la vida de Cristo? "Yo soy," dice, "el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV, 6). ¿Quieres caminar? Yo soy el camino. ¿No quieres ser engañado? Yo soy la verdad. ¿No quieres morir? Yo soy la vida. Esto te dice tu Salvador: No hay a dónde ir, sino a mí; no hay por dónde ir, sino por mí. Ahora, por lo tanto, se realiza esta hora, esto se realiza claramente, y de ninguna manera se cesa. Se levantan hombres que estaban muertos, pasan a la vida, a la voz del Hijo de Dios viven, de él, perseverando en su fe. Pues el Hijo tiene vida, de donde vivan los creyentes.

9. ¿Y cómo la tiene? Como la tiene el Padre. Escucha a él mismo diciendo, "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo." Hermanos, como pueda lo diré. Pues estas son aquellas palabras que perturban el pequeño entendimiento. ¿Por qué añadió, "en sí mismo"? Bastaría que dijera, "Porque como el Padre tiene vida, así también dio al Hijo tener vida." Añadió, "en sí mismo": pues el Padre tiene vida en sí mismo, y el Hijo tiene vida en sí mismo. Quiso que entendiéramos algo, en lo que dijo, "en sí mismo." Y aquí hay un secreto encerrado en esta palabra: toquemos, para que se abra. Oh Señor, ¿qué es lo que dijiste? "En sí mismo," ¿por qué lo añadiste? Pues el apóstol Pablo a quien hiciste vivir, ¿no tenía vida? "La tenía," dice. Tanto como los hombres muertos para revivir, y al escuchar tu palabra creyendo pasan: cuando han pasado, ¿no tendrán vida en ti? La tendrán; pues yo también dije poco antes, "Quien escucha mis palabras, y cree en aquel que me envió, tiene vida eterna." Por lo tanto, aquellos que creen en ti, tienen vida: y no dijiste, en sí mismos. Pero cuando hablabas del Padre, "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo": nuevamente, cuando hablabas de ti, dijiste, "así también dio al Hijo tener vida en sí mismo." Como tiene, así dio tener. ¿Dónde tiene? En sí mismo. ¿Dónde dio tener? En sí mismo. ¿Dónde tiene Pablo? No en sí mismo, sino en Cristo. ¿Dónde tienes tú, fiel? No en ti mismo, sino en Cristo. Veamos si esto dice el Apóstol: "Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí" (Gál. II, 20). Nuestra vida como nuestra, es decir, de nuestra propia voluntad, no será sino mala, pecadora, iniqua: pero la vida buena de Dios está en nosotros, no de nosotros;

de Dios se nos da, no de nosotros. Pero Cristo tiene vida en sí mismo como el Padre, porque es el Verbo de Dios. No vive ahora mal, y ahora bien: pero el hombre, ahora mal, ahora bien. Quien vivía mal, estaba en su vida: quien vive bien, ha pasado a la vida de Cristo. Hecho partícipe de la vida, no eras lo que recibiste, y eras quien recibía: pero el Hijo de Dios no como si primero fuera sin vida, y recibió vida. Pues si así la recibiera, no la tendría en sí mismo. ¿Qué significa, "en sí mismo"? Que él mismo sea la vida.

10. Aún diré algo más claro tal vez. Alguien enciende una lámpara: por ejemplo, esa lámpara en cuanto a la llamita que allí brilla, ese fuego tiene luz en sí mismo; pero tus ojos que sin la lámpara yacían y no veían nada, ya también tienen luz, pero no en sí mismos. Por lo tanto, si se apartan de la lámpara, se oscurecen; si se vuelven, se iluminan. Pero ese fuego mientras esté, brilla: si quieres quitarle la luz, al mismo tiempo lo apagas; pues sin luz no puede permanecer. Pero Cristo, luz inextinguible y coeterno al Padre, siempre resplandeciente, siempre brillante, siempre ardiente: pues si no ardiera, ¿acaso se diría en el Salmo, "Ni hay quien se esconda de su calor" (Sal. XVIII, 7)? Pero tú en tu pecado estabas frío, te vuelves para arder: si te apartas, te enfrías. En tu pecado estabas tenebroso, te vuelves para iluminarte: si te apartas, te oscureces. Por lo tanto, porque en ti eras tinieblas, cuando te iluminas, no serás luz, aunque estés en la luz. Pues dice el Apóstol: "Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor" (Ephes. V, 8). Cuando dijo, "ahora sois luz": añadió, "en el Señor." En ti, por lo tanto, tinieblas, luz en el Señor. ¿Luz por qué? Porque por participación de aquella luz eres luz. Pero si te apartas de la luz que te ilumina, vuelves a tus tinieblas. No así Cristo, no así el Verbo de Dios. ¿Pero cómo? "Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo": para que no viva por participación, sino que viva inmutablemente; y en absoluto él mismo sea la vida. Así dio también al Hijo tener vida. Como tiene, así dio. ¿Qué diferencia hay? Porque él dio, este recibió. ¿Acaso ya era cuando recibió? ¿Acaso entendemos que Cristo alguna vez fue sin luz, cuando él mismo es la Sabiduría del Padre, de la cual se dijo, "Es el resplandor de la luz eterna" (Sab. VII, 26)? Por lo tanto, lo que se dice, "dio al Hijo," es como si se dijera, engendró al hijo: pues dando lo engendró. Como le dio ser, así le dio ser vida, y así le dio ser vida en sí mismo. ¿Qué significa, ser vida en sí mismo? Que no necesite vida de otro, sino que él mismo sea la plenitud de la vida, de donde otros creyentes vivan mientras vivan. Por lo tanto, le dio tener vida en sí mismo: le dio como a quién? Como a su Verbo, como a aquel que "en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios."

11. Luego, ¿qué le dio al hacerse hombre? Y le dio potestad de hacer juicio, porque es hijo del hombre. Según lo que es Hijo de Dios, así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo; pero según lo que es hijo del hombre, le dio potestad de hacer juicio. Esto es lo que expliqué ayer a vuestra Caridad, que en el juicio se verá al hombre, pero no se verá a Dios; sino que después del juicio, Dios será visto por aquellos que hayan vencido en el juicio; pero los impíos no verán a Dios (En el Tratado anterior). Porque, por tanto, el hombre será visto en el juicio en aquella forma, en la que vendrá tal como ascendió, por eso había dicho antes: El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo (Juan V, 22). Esto también lo repite en este lugar, cuando dice: Y le dio potestad de hacer juicio, porque es hijo del hombre. Como si dijeras tú, Le dio potestad de hacer juicio, ¿por qué? ¿Cuándo no tuvo esta potestad de hacer juicio? Cuando en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios, cuando todas las cosas fueron hechas por él (Id. I, 1, 3) ¿acaso no tenía potestad de hacer juicio? Pero según esto digo, Le dio potestad de hacer juicio, porque es hijo del hombre: según esto recibió potestad de juzgar, porque es hijo del hombre. Pues según lo que es Hijo de Dios, siempre tuvo esta potestad. La

recibió quien fue crucificado. Quien estuvo en la muerte, está en la vida: el Verbo de Dios nunca en la muerte, siempre en la vida.

12. Ya entonces sobre la resurrección tal vez alguno de nosotros decía: He aquí que hemos resucitado; quien oye a Cristo, quien cree, y pasa de la muerte a la vida y no vendrá a juicio; viene la hora, y ahora es, para que quien oye la voz del Hijo de Dios, viva; estaba muerto, oyó, he aquí que resucita: ¿qué es lo que se dice después sobre la resurrección futura? Ten cuidado, no precipites el juicio, no sigas tras él. Ciertamente esta es la resurrección que se hace ahora: los infieles estaban muertos, los inicuos estaban muertos; los justos viven, pasan de la muerte de la infidelidad a la vida de la fe: pero no creas por eso que no habrá después una resurrección del cuerpo, cree que habrá también una resurrección del cuerpo. Escucha pues lo que sigue después de haber recomendado esta resurrección que se hace por la fe, para que nadie pensara que esta es la única, y cayera en aquella desesperación y error de los hombres, que pervertían los sentidos de otros, diciendo que la resurrección ya había ocurrido, de los cuales dice el Apóstol, Y la fe de algunos pervierten (II Tim. II, 18). Creo que tales palabras les decían: He aquí el Señor donde dice, Y quien cree en mí, ha pasado de la muerte a la vida; ya se ha hecho la resurrección en los hombres fieles que habían sido infieles: ¿cómo se dice otra resurrección? Gracias a nuestro Señor Dios; sostiene a los vacilantes, dirige a los que dudan, confirma a los que titubean. Escucha lo que sigue, porque no tienes de dónde hacerte oscuridad de muerte. Si has creído, cree todo. ¿Qué todo, preguntas, creo? Escucha lo que dice: No os maravilléis de esto, porque dio potestad al Hijo de hacer juicio. Al final digo, dice. ¿Cómo al final? No os maravilléis de esto; porque viene la hora. Aquí no dijo, y ahora es. En aquella resurrección de la fe, ¿qué dijo? Viene la hora, y ahora es. En esta resurrección que recomienda futura de los cuerpos muertos, Viene la hora, dijo; no dijo, ahora es; porque al final del siglo vendrá.

13. ¿Y de dónde, preguntas, me pruebas que dijo sobre esa resurrección? Si escuchas pacientemente, tú mismo ahora te probarás. Sigamos entonces: No os maravilléis de esto; porque viene la hora, en la que todos los que están en los sepulcros. ¿Qué más evidente que esta resurrección? Ya antes no había dicho, los que están en los sepulcros; sino, los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que oigan, vivirán. No dijo, unos vivirán, otros serán condenados; porque todos los que creen vivirán. Pero de los sepulcros, ¿qué dice? Todos los que están en los sepulcros, oirán su voz, y saldrán. No dijo, oirán y vivirán. Pues si vivieron mal y yacían en los sepulcros, resucitarán para muerte, no para vida. Veamos entonces quiénes saldrán. Aunque poco antes los muertos al oír y creer vivían, allí no se hizo distinción; no se dijo, Oirán los muertos la voz del Hijo de Dios, y cuando oigan, unos vivirán, otros serán condenados; sino, Todos los que oigan, vivirán: porque los que creen vivirán, los que tienen caridad vivirán, y nadie morirá. Pero de los sepulcros, oirán la voz, y saldrán los que hicieron bien, a la resurrección de vida; los que hicieron mal, a la resurrección de juicio. Este es el juicio, aquel castigo del que poco antes había dicho, Quien cree en mí, ha pasado de la muerte a la vida, y no vendrá a juicio.

14. No puedo yo de mí mismo hacer nada: como oigo juzgo, y mi juicio es justo. Si como oyes juzgas, ¿de quién oyes? Si del Padre, ciertamente el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo. ¿Cuándo tú de algún modo heraldo del Padre, lo que oyes, eso dices? Lo que oigo eso digo, porque lo que es el Padre, eso soy: decir es mío, porque soy el Verbo del Padre. Esto te dice Cristo. De ahí lo tuyo. ¿Qué es, Como oigo, así juzgo, sino, Como soy? ¿Cómo oye Cristo? Hermanos, busquemos, os ruego. ¿Oye Cristo del Padre? ¿Cómo le dice el Padre? Ciertamente si le dice, le hace palabras: pues todo el que dice algo a alguien, lo dice con palabra. ¿Cómo le dice el Padre al Hijo, cuando el Hijo es el Verbo del Padre? Todo lo que el Padre nos dice, lo dice con su Verbo: el Hijo es el Verbo del Padre, ¿a

ese Verbo con qué otro verbo le dice? Uno es Dios, un Verbo tiene, en un Verbo todo lo contiene. ¿Qué es entonces, Como oigo, así juzgo? Como soy del Padre, así juzgo. Por tanto, mi juicio es justo. Pues si no haces nada de ti, oh Señor Jesús, como piensan los carnales; si no haces nada de ti, ¿cómo dijiste poco antes, Así también el Hijo a quienes quiere vivifica? Ahora dices, De mí no hago nada. Pero ¿qué recomienda el Hijo, sino que es del Padre? Quien es del Padre, no es de sí. Si el Hijo fuera de sí, no sería Hijo: es del Padre. El Padre para ser no es del Hijo, el Hijo para ser es del Padre. Igual al Padre; pero sin embargo este de aquel, no aquel de este.

15. Porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. El Hijo único dice, No busco mi voluntad; ¡y los hombres quieren hacer su voluntad! Él se humilla tanto siendo igual al Padre; ¡y tanto se exalta quien yace en lo más bajo, y si no se le extiende la mano, no se levanta! Hagamos entonces la voluntad del Padre, la voluntad del Hijo, la voluntad del Espíritu Santo; porque de esta Trinidad una es la voluntad, una es la potestad, una es la majestad. Sin embargo, el Hijo dice, No he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió; porque Cristo no es de sí, sino de su Padre es. Pero lo que tuvo para aparecer como hombre, lo asumió de la criatura que él mismo formó.

TRACTATUS XXIII. En aquella lectura del Evangelio, Si yo doy testimonio de mí mismo, etc., hasta aquello, Y no queréis venir a mí, para que tengáis vida. También se repiten las lecturas anteriores ya tratadas, a saber, desde estas palabras, En verdad, en verdad os digo, no puede el Hijo hacer nada de sí mismo, etc. Cap. V, V. 19-40.

1. En cierto lugar del Evangelio el Señor dice, que el oyente prudente de su palabra debe ser semejante a un hombre que queriendo edificar, cava más profundo, hasta llegar al fundamento de la estabilidad de la roca, y allí seguro construye lo que edifica contra el ímpetu del río: para que cuando venga, sea rechazado más bien por la firmeza del edificio, que por su impulso cause ruina a aquella casa (Mat. VII, 24, 25). Pensemos que la Escritura de Dios es como un campo, donde queremos edificar algo. No seamos perezosos, ni nos contentemos con la superficie; cavemos más profundo, hasta llegar a la roca: Pero la Roca era Cristo (I Cor. X, 4).

2. La lectura de hoy nos ha hablado del testimonio del Señor, porque no tiene necesidad de testimonio de los hombres, sino que tiene uno mayor que los hombres; y dijo cuál es ese testimonio: Las obras, dice, que yo hago, dan testimonio de mí. Luego añadió: Y da testimonio de mí, el que me envió, el Padre. También dice que las obras que hace, las recibió del Padre. Por tanto, las obras dan testimonio, el Padre da testimonio. ¿No dio testimonio Juan? Claro que sí, pero como lámpara, no para saciar a los amigos, sino para confundir a los enemigos: ya que antes se había predicho de la persona del Padre, Preparé una lámpara para mi Cristo; a sus enemigos los vestiré de confusión; sobre él florecerá mi santificación (Sal. CXXXI, 17 y 18). Estás como en la noche, miraste la lámpara, y te maravillaste de la lámpara, y te regocijaste con la luz de la lámpara: pero esa lámpara dice que hay un sol, en el que debes regocijarte; y aunque arde en la noche, te manda esperar el día. No porque el testimonio de aquel hombre no fuera necesario. Pues ¿para qué sería enviado, si no fuera necesario? Pero para que el hombre no se quede en la lámpara, y piense que la luz de la lámpara le basta; por eso el Señor no dice que aquella lámpara fue superflua, pero tampoco dice que debas quedarte en la lámpara. La Escritura de Dios dice otro testimonio: allí ciertamente Dios dio testimonio a su Hijo, y en esa Escritura los judíos habían puesto su esperanza, en la Ley de Dios, ministrada a ellos por Moisés, siervo de Dios. Escudriñad, dice, la Escritura, en la que pensáis tener vida eterna; ella da testimonio de mí: y no queréis venir a mí, para que tengáis vida. ¿Qué pensáis tener en la Escritura vida eterna? Preguntad a ella, a

quién da testimonio; y entended cuál es la vida eterna. Y porque querían repudiar a Cristo por Moisés, como adversario de las instituciones y preceptos de Moisés; nuevamente él mismo los convence como de otra lámpara.

3. Todos los hombres son lámparas, porque pueden ser encendidas y apagadas. Y las lámparas cuando son sabias, brillan, y arden en espíritu: pues si ardían y se apagaron, también hieden. Permanecieron siervos de Dios buenas lámparas del aceite de su misericordia, no de sus propias fuerzas. Pues la gracia gratuita de Dios, esa es el aceite de las lámparas. Porque más que todos ellos trabajé, dice una lámpara; y para que no pareciera que ardía por sus fuerzas, añadió, No yo, sino la gracia de Dios conmigo (I Cor. XV, 10). Toda profecía antes de la venida del Señor, es lámpara: de la cual dice el apóstol Pedro, Tenemos la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en atender, como a una lámpara que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones (II Pedro I, 19). Por tanto, los Profetas son lámparas, y toda profecía una gran lámpara. ¿Qué hay de los Apóstoles? ¿no son también lámparas? Claro que sí, lámparas. Solo él no es lámpara. Pues no se enciende y apaga: porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo. Por tanto, también los Apóstoles son lámparas; y dan gracias, porque fueron encendidos con la luz de la Verdad, y arden en el Espíritu de caridad, y tienen suficiente aceite de la gracia de Dios. Si no fueran lámparas, no les diría el Señor, Vosotros sois la luz del mundo. Pues después de haber dicho, Vosotros sois la luz del mundo, mostró para que no pensaran que se les atribuía algo que debía entenderse solo de Cristo, y así las lámparas se apagarían con el viento de la soberbia; cuando dijo, Vosotros sois la luz del mundo, inmediatamente añadió, No puede esconderse una ciudad situada sobre un monte, ni se enciende una lámpara y se pone debajo del celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en casa. Pero ¿qué, si no dijo que los Apóstoles eran lámpara, sino encendedores de la lámpara que pondrían sobre el candelero? Escucha que a ellos mismos los llamó lámpara. Así alumbre, dice, vuestra luz delante de los hombres, para que viendo vuestras buenas obras glorifiquen, no a vosotros, sino a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 14-16).

4. Por tanto, también Moisés dio testimonio a Cristo, y Juan dio testimonio a Cristo, y los demás Profetas y Apóstoles dieron testimonio a Cristo. A todos estos testimonios antepone el testimonio de sus obras. Porque también por ellos no fue sino Dios quien dio testimonio a su Hijo. Pero Dios da testimonio a su Hijo de otro modo: por el mismo Hijo indica Dios al Hijo, se indica a sí mismo por el Hijo. A este si el hombre pudiera llegar, no necesitaría lámparas, y verdaderamente cavando más profundo, el edificio lo llevará a la roca.

5. La lectura de hoy, hermanos, es fácil: pero por la deuda de ayer (sé lo que he pospuesto, no lo he quitado, y el Señor se ha dignado conceder hablaros también hoy), recordad qué debéis reclamar, si de algún modo guardando la piedad y la saludable humildad, nos extendamos no contra Dios, sino hacia Dios; y elevemos a él nuestra alma, derramándola sobre nosotros, como aquel en el Salmo, a quien se le decía, ¿Dónde está tu Dios? Esto, dice, he meditado, y he derramado sobre mí mi alma (Sal. XLI, 4 y 5). Elevemos pues el alma a Dios, no contra Dios; porque también esto se ha dicho, A ti, Señor, he elevado mi alma (Sal. XXIV, 1). Y elevemos con su ayuda; pues es pesada. ¿Por qué es pesada? Porque el cuerpo que se corrompe, agrava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). No sea que podamos recoger nuestro sentido de muchas cosas a una, y arrancado de muchas elevarlo a una (lo cual ciertamente no podremos, como he dicho, si no ayuda aquel que quiere que nuestras almas se eleven a él), y toquemos de alguna manera, cómo el Verbo de Dios único al Padre, coeterno e igual al Padre, no hace sino lo que ve hacer al Padre, aunque sin embargo el mismo Padre no hace nada sino por el Hijo que ve. Me

parece que el Señor Jesús en este lugar queriendo insinuar algo grande a los atentos, e infundir a los capaces, y excitar a los incapaces al estudio, para que no entendiendo aún se hagan capaces viviendo bien, nos insinuó que el alma humana y la mente racional, que está en el hombre, no está en el animal, no se vivifica, no se beatifica, no se ilumina, sino por la misma sustancia de Dios: y que esa alma hace algo por el cuerpo y del cuerpo, y tiene sujeto al cuerpo, y por las cosas corporales puede ser acariciada o ofendida por los sentidos del cuerpo, y por esto, es decir, por cierta compañía del alma y el cuerpo en esta vida y en este abrazo, el alma se deleita con los sentidos del cuerpo aliviados, o se entristece con los ofendidos; pero su beatitud por la cual el alma misma se hace bienaventurada, no se hace sino por la participación de aquella vida siempre viva, inmutable, y eterna sustancia, que es Dios: para que como el alma que es inferior a Dios, hace vivir lo que es inferior a ella, esto es, el cuerpo; así la misma alma no la haga vivir bienaventuradamente, sino lo que es superior a ella. Pues el alma es superior al cuerpo, y Dios es superior al alma. Proporciona algo al inferior, se le proporciona a ella del superior. Sirva a su Señor, para que no sea pisoteada por su siervo. Esta es, hermanos míos, la religión cristiana, que se predica por todo el mundo, horrorizando a los enemigos; y donde son vencidos, murmurando; donde prevalecen, enfureciéndose. Esta es la religión cristiana, para que se adore a un solo Dios, no a muchos dioses; porque no hace bienaventurada al alma sino un solo Dios. Por la participación de Dios se hace bienaventurada. No por la participación del alma santa se hace bienaventurada el alma débil, ni por la participación del ángel se hace bienaventurada el alma santa: sino si busca ser bienaventurada el alma débil, busque de dónde es bienaventurada el alma santa. Pues no te haces bienaventurado del ángel; sino de donde el ángel, de allí también tú.

6. Con estas premisas establecidas firmemente, que el alma racional no se beatifica sino por Dios, que el cuerpo no se vivifica sino por el alma, y que el alma es una especie de mediadora entre Dios y el cuerpo, prestad atención y recordad conmigo no la lectura de hoy, de la cual hemos hablado suficientemente, sino la de ayer, que ya llevamos tres días considerando y tratando, y que estamos excavando con todas nuestras fuerzas hasta llegar a la roca. Cristo es el Verbo, el Verbo de Dios está con Dios, Cristo es el Verbo y Dios es el Verbo, Cristo y Dios y el Verbo son un solo Dios. Dirígete allí, alma, despreciando las demás cosas, o incluso superándolas; dirígete allí. No hay nada más poderoso que esta criatura, que se llama mente racional, nada más sublime que esta criatura: todo lo que está por encima de ella ya es el Creador. Decía, pues, que Cristo es el Verbo, y el Verbo de Dios es Cristo, y Dios es el Verbo Cristo; pero no solo es el Verbo Cristo, porque el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1, 14): por lo tanto, Cristo es tanto Verbo como carne. Pues estando en la forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse. Y nosotros, que estábamos en lo más bajo, que no podíamos, siendo débiles y arrastrándonos por el suelo, alcanzar a Dios, ¿acaso debíamos ser abandonados? De ninguna manera. Se despojó a sí mismo tomando la forma de siervo (Filipenses 2, 6-7). No, pues, perdiendo la forma de Dios. Así que se hizo hombre quien era Dios, tomando lo que no era, sin perder lo que era: así se hizo hombre Dios. Allí tienes algo para tu debilidad, allí tienes algo más para tu perfección. Que Cristo te eleve por lo que es hombre, que te guíe por lo que es Dios hombre, que te lleve a lo que es Dios. Y toda la predicación y dispensación a través de Cristo es esta, hermanos, y no hay otra, para que resuciten las almas, resuciten también los cuerpos. Pues ambos estaban muertos; el cuerpo por la debilidad, el alma por la iniquidad. Porque ambos estaban muertos, que ambos resuciten. ¿Qué ambos? El alma y el cuerpo. ¿Por qué, entonces, el alma, sino por Dios Cristo? ¿Por qué el cuerpo, sino por el hombre Cristo? Pues también en Cristo había un alma humana, toda el alma: no solo el alma irracional, sino también la racional que se llama mente. Hubo algunos herejes, y fueron expulsados de la Iglesia, que pensaban que el cuerpo

de Cristo no tenía mente racional, sino como un alma animal: pues sin la mente racional, la vida es animal. Pero como fueron expulsados, y fueron expulsados por la verdad; acepta a Cristo entero, el Verbo, la mente racional, y la carne. Todo esto es Cristo. Que tu alma resucite de la iniquidad por lo que es Dios, que tu cuerpo resucite de la corrupción por lo que es hombre. Por tanto, amadísimos, escuchad la gran profundidad de esta lectura, según me parece; y ved cómo habla aquí Cristo, nada más que por qué vino Cristo, para que resuciten las almas de la iniquidad, resuciten los cuerpos de la corrupción. Ya he dicho por qué resucitan las almas, por la misma sustancia de Dios; por qué resucitan los cuerpos, por la dispensación humana de nuestro Señor Jesucristo.

7. Amén, amén os digo, el Hijo no puede hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre: porque todo lo que hace el Padre, lo hace igualmente el Hijo. El cielo, la tierra, el mar, lo que está en el cielo, lo que está en la tierra, lo que está en el mar, lo visible, lo invisible, los animales en la tierra, los arbustos en los campos, los peces en las aguas, las aves en el aire, las luces en el cielo; además de todo esto, los Ángeles, las Virtudes, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades: todo fue hecho por él (Juan 1, 3). ¿Acaso Dios hizo todas estas cosas, y las mostró hechas al Hijo, para que él también hiciera otro mundo lleno de todas estas cosas? No, en absoluto. ¿Pero qué? Porque todo lo que hace el Padre, esto, no otra cosa, sino esto también lo hace el Hijo, y no de manera diferente, sino de manera similar. Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que él mismo hace. El Padre muestra al Hijo para que las almas sean resucitadas, porque por el Padre y el Hijo las almas son resucitadas: y las almas no pueden vivir, a menos que su vida sea Dios. Si, por lo tanto, las almas no pueden vivir, a menos que su vida sea Dios, así como ellas son la vida de los cuerpos; lo que el Padre muestra al Hijo, es decir, lo que hace, lo hace por el Hijo. Pues no mostrando al Hijo, sino haciendo por el Hijo. Porque el Hijo ve al Padre mostrando antes de que algo sea hecho, y de la demostración del Padre y la visión del Hijo se hace lo que se hace por el Padre a través del Hijo. Así se resucitan las almas, si pueden ver esta unión de unidad, el Padre mostrando, el Hijo viendo, y por la demostración del Padre y la visión del Hijo se hace la criatura: y se hace por la demostración del Padre y la visión del Hijo, lo que ni el Padre es ni el Hijo, sino por debajo del Padre y el Hijo, todo lo que se hace por el Padre a través del Hijo. ¿Quién ve esto?

8. He aquí de nuevo a los sentidos carnales, he aquí que nuevamente nos humillamos, y descendemos a vosotros, si es que alguna vez ascendimos de vosotros. Quieres mostrar algo a tu hijo, para que haga lo que haces: lo harás tú, y así se lo mostrarás. Lo que, por lo tanto, vas a hacer para mostrarle a tu hijo, no lo haces por el hijo: sino que tú solo haces lo que él ve hecho, y hace algo similar. Esto no está allí: ¿por qué vas a tu semejanza, y borras en ti la semejanza de Dios? Allí no está esto en absoluto. Encuentra algo, cómo mostrarle a tu hijo lo que haces, antes de que lo hagas; para que cuando se lo hayas mostrado, lo hagas por el hijo. Tal vez ya se te ocurre: Mira, dices, pienso hacer una casa, y quiero que sea construida por mi hijo: antes de que yo mismo la construya, le muestro a mi hijo lo que quiero hacer; y él lo hace, y yo por él, a quien le mostré mi voluntad. Te has alejado de la primera semejanza, pero aún yaces en una gran disimilitud. Pues antes de que hagas la casa, le indicas a tu hijo, y le muestras lo que quieres hacer; para que tú mostrando antes de que hagas, él haga lo que le has mostrado, y tú por él: pero le dirás palabras a tu hijo, entre tú y él las palabras correrán; y entre el que muestra y el que ve, o el que habla y el que escucha, vuela un sonido articulado, que no es lo que tú eres, no es lo que él es. Pues ese sonido que sale de tu boca, y golpeando el aire toca el oído de tu hijo, y llenando el sentido del oído lleva a su corazón tu pensamiento; ese sonido, por lo tanto, no es tú mismo, no es tu hijo. Se ha dado una señal de tu mente a la mente de tu hijo, que no es ni tu mente, ni la mente de tu hijo, sino algo

diferente. ¿Acaso pensamos que el Padre habló con el Hijo? ¿Hubo palabras entre Dios y el Verbo? ¿Cómo es esto? ¿O lo que el Padre quisiera decir al Hijo, si quisiera decirlo con una palabra, el mismo Hijo es el Verbo del Padre, acaso hablaría con una palabra al Verbo? ¿O porque el Hijo es un gran Verbo, habría palabras menores corriendo entre el Padre y el Hijo? ¿Algún sonido y como una criatura temporal y volátil, saldría de la boca del Padre, y golpearía el oído del Hijo? ¿Acaso tiene Dios un cuerpo, para que como de sus labios salga esto; y tiene el Verbo oídos de cuerpo, a los que llegue el sonido? Elimina todo lo corporal, ve la simplicidad, si eres simple. Pero, ¿cómo serás simple? Si no te enredas en el mundo, sino que te desenredas del mundo: pues desenredándote serás simple. Y ve si puedes lo que digo, o si no puedes, cree lo que no ves. Le dices a tu hijo, le dices con una palabra; la palabra que suena, ni eres tú, ni es tu hijo.

9. Tengo, dices, otra manera de mostrar: pues mi hijo está tan instruido, que ni siquiera me escucha cuando hablo, sino que le muestro con un gesto lo que debe hacer. He aquí que le muestras con un gesto lo que quieres, ciertamente tu mente quiere mostrar lo que tiene en sí misma. ¿De dónde haces el gesto? Del cuerpo, por supuesto, de los labios, del rostro, de las cejas, de los ojos, de las manos. Todo esto no es lo que es tu mente; también estas son cosas intermedias: se entiende algo a través de estos signos, que no son lo que es tu mente, ni lo que es la mente de tu hijo: pero todo esto que haces con el cuerpo, está por debajo de tu mente, y por debajo de la mente de tu hijo; y tu hijo no puede conocer tu mente, a menos que le des signos del cuerpo. ¿Qué, entonces, hago? Esto no está allí, allí hay simplicidad. El Padre muestra al Hijo lo que hace, y mostrando engendra al Hijo. Veo lo que he dicho: pero porque veo a quiénes he dicho, que este entendimiento se haga en vosotros alguna vez. Ahora, si no podéis comprender qué es Dios, al menos comprended qué no es Dios: habréis avanzado mucho, si no pensáis de Dios algo que no es. Aún no puedes llegar a qué es, llega a qué no es. Dios no es cuerpo, no es tierra, no es cielo, no es luna, no es sol, no son estrellas, no son estas cosas corporales. Pues si no son celestiales, ¿cuánto menos terrenales? Elimina todo cuerpo. Aún escucha otra cosa: Dios no es un espíritu mutable. Pues confieso, y debe confesarse, porque el Evangelio lo dice, Dios es espíritu. Pero trasciende todo espíritu mutable, trasciende el espíritu que a veces sabe, a veces no sabe, a veces recuerda, y olvida; quiere lo que no quería, no quiere lo que quería; ya sea que sufra estas mutaciones, o que pueda sufrirlas: trasciende todo esto. No encuentras en Dios nada de mutabilidad, nada que sea de una manera ahora, de otra manera un poco antes. Pues donde encuentras de una manera y de otra, allí ha ocurrido una especie de muerte: porque la muerte es no ser lo que fue. Se dice que el alma es inmortal: lo es, porque el alma vive siempre, y hay en ella una vida permanente, pero una vida mutable. Según esta mutabilidad de vida, también puede decirse mortal: porque si vivía sabiamente, y se vuelve insensata, ha muerto en lo peor; si vivía insensatamente, y se vuelve sabia, ha muerto en lo mejor. Pues la Escritura nos enseña que hay muerte en lo peor, hay muerte en lo mejor. Sin duda estaban muertos en lo peor, de quienes se dice, Deja que los muertos entierren a sus muertos (Mateo 8, 22); y, Despierta, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te iluminará Cristo (Efesios 5, 14); y de esta lectura, Cuando los muertos oigan, y los que oigan vivirán. Estaban muertos en lo peor, por eso reviven. Al revivir mueren en lo mejor, porque al revivir no serán lo que eran: no ser lo que era, es muerte. Pero tal vez, si es en lo mejor, ¿no se llama muerte? El Apóstol la llamó muerte: Si habéis muerto con Cristo a los elementos de este mundo, ¿por qué, como si vivierais en el mundo, os sometéis a preceptos? (Colosenses 2, 20); y de nuevo, Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Colosenses 3, 3). Quiere que muramos para que vivamos, porque vivimos para morir. Por lo tanto, todo lo que muere de mejor a peor, y de peor a mejor, no es esto Dios: porque ni puede ir a mejor la suma bondad, ni a peor la verdadera eternidad. Pues la verdadera eternidad es donde no hay nada de tiempo.

Pero, ¿era esto ahora, y aquello antes? ya se ha admitido el tiempo, no es eterno. Pues para que sepáis que Dios no es como el alma: ciertamente el alma es inmortal; ¿qué, entonces, es lo que dice el Apóstol de Dios, que solo él tiene inmortalidad (1 Timoteo 6, 16); sino que esto lo dijo claramente, Solo él tiene inmutabilidad, porque solo él tiene verdadera eternidad? Por lo tanto, allí no hay mutabilidad.

10. Reconoce en ti algo, que quiero decir, dentro, dentro de ti; no en ti como en tu cuerpo, pues también allí se puede decir en ti. En ti está la salud, en ti cualquier edad, pero según el cuerpo; en ti está la mano, tu pie: pero hay algo dentro de ti, algo en ti como en tu vestidura. Pero deja fuera tanto tu vestidura como tu carne, desciende en ti, acude a tu secretaría, tu mente, y allí ve lo que quiero decir, si puedes. Pues si tú mismo estás lejos de ti, ¿cómo puedes acercarte a Dios? Hablaba de Dios; y pensabas que lo entenderías: hablo del alma, hablo de ti; entiende, allí te probaré. Pues no voy muy lejos en ejemplos, cuando quiero dar alguna semejanza de tu mente a tu Dios; porque ciertamente no en el cuerpo, sino en la misma mente el hombre fue hecho a imagen de Dios. Busquemos a Dios en su semejanza, reconozcamos al Creador en su imagen. Allí dentro, si podemos, encontremos lo que decimos; cómo el Padre muestra al Hijo, y el Hijo ve lo que el Padre muestra, antes de que algo sea hecho por el Padre a través del Hijo. Pero cuando lo diga y lo entiendas, ni así pienses que aquello es algo tal, para que guardes allí la piedad, que quiero que guardes, y principalmente te advierto: es decir, que si no puedes comprender qué es Dios, no pienses que es poco saber qué no es.

11. He aquí que en tu mente veo dos cosas, tu memoria y tu pensamiento, es decir, una especie de agudeza y mirada del alma. Ves algo, lo percibes a través de los ojos y lo encomiendas a la memoria: allí dentro está lo que encomendaste a la memoria, oculto como en un granero, como en un tesoro, como en un cierto archivo y cámara interior. Piensas en otra cosa, tu atención está en otro lugar; aquello que viste está en tu memoria y no lo ves, porque tu pensamiento está dirigido a otra cosa. Ahora lo pruebo, hablo a los que saben: nombro Cartago, y todos los que la conocéis, la habéis visto ahora en vuestro interior. ¿Acaso hay tantas Cartagos como almas vuestras? Todos la visteis por este nombre: por estas cuatro sílabas conocidas por vosotros, saliendo de mi boca, fueron tocados vuestros oídos, fue tocado el sentido del alma a través del cuerpo, y el ánimo fue desviado de otra intención hacia lo que allí estaba, y vio Cartago. ¿Acaso entonces fue hecha Cartago allí? Ya estaba allí, pero estaba oculta. ¿Por qué estaba oculta? Porque tu mente estaba atenta a otra cosa: pero cuando tu pensamiento se volvió hacia lo que estaba en la memoria, de allí fue formada, y se hizo una cierta visión del alma. Antes no era visión, sino memoria: al volverse el pensamiento hacia la memoria, se hizo visión. Por tanto, tu memoria mostró a tu pensamiento Cartago, y lo que había en ella antes de que prestaras atención, lo mostró a la intención del pensamiento que se volvió hacia sí misma. He aquí que se hizo una demostración por la memoria, se hizo una visión en el pensamiento; y no corrieron palabras en medio, no se dio ninguna señal del cuerpo; ni insinuaste, ni escribiste, ni sonaste; y sin embargo, el pensamiento vio lo que la memoria demostró. Pero es de la misma sustancia, tanto la que demostró como a quien se demostró. Pero para que tu memoria tuviera Cartago, esta imagen fue tomada a través de los ojos: pues viste lo que ibas a guardar en la memoria. Así el árbol que recuerdas lo viste, así la montaña, así el río, así el rostro del amigo, así el del enemigo, así el del padre, madre, hermano, hermana, hijo, vecino; así las letras escritas en un códice, así el mismo códice, así esta basílica: todas estas cosas las viste, y porque ya eran vistas, las encomendaste a la memoria; y como si las hubieras puesto allí para que las vieras pensando cuando quisieras, incluso cuando hubieran desaparecido de los ojos del cuerpo. Pues viste Cartago cuando estabas en Cartago, tu alma recibió la imagen a través de los ojos; esta imagen fue guardada

en tu memoria, y guardaste algo dentro de ti, hombre situado en Cartago, que podías ver en ti mismo incluso cuando no estabas allí. Todas estas cosas las recibiste desde fuera. Lo que el Padre muestra al Hijo, no lo recibe desde fuera: todo se realiza dentro; porque no habría ninguna de las criaturas fuera, si el Padre no lo hubiera hecho a través del Hijo. Toda criatura fue hecha por Dios; antes de ser hecha no existía. Por tanto, no fue vista hecha y retenida en la memoria, para que el Padre la mostrara al Hijo como la memoria al pensamiento: sino que el Padre mostró lo que iba a ser hecho, el Hijo vio lo que iba a ser hecho, y el Padre al mostrarlo lo hizo, porque lo hizo a través del Hijo que lo veía. Y por eso no debe sorprender que se haya dicho, "sino lo que viere hacer al Padre": no se dijo, "mostrando". Pues por esto se significó que para el Padre hacer es lo mismo que mostrar; para que de esto se entienda que el Hijo al ver hace todas las cosas. Ni aquella demostración, ni aquella visión es temporal. Pues porque a través del Hijo se hacen todos los tiempos, ciertamente no podrían serle mostradas las cosas a hacer en algún tiempo. Así, la demostración del Padre genera la visión del Hijo, del mismo modo que el Padre genera al Hijo. Pues la demostración genera la visión, no la visión la demostración. Si pudiéramos contemplar esto de manera más pura y perfecta, tal vez encontraríamos que ni el Padre es otra cosa, ni su demostración; ni el Hijo es otra cosa, ni su visión. Pero si apenas hemos captado esto, apenas hemos podido explicarlo, cómo la memoria muestra al pensamiento lo que ha captado desde fuera; cuánto menos podremos captar o explicar cómo el Padre Dios muestra al Hijo lo que no tiene de otro lugar, o lo que no es otra cosa que él mismo. Somos pequeños; os hablo de lo que Dios no es, no os muestro lo que es: entonces, para que captemos lo que es, ¿qué haremos? ¿Acaso podréis por mí, o a través de mí? Diré esto a los pequeños, a vosotros y a mí: hay uno por quien podemos; ahora cantamos, ahora escuchamos, "Echa sobre el Señor tu cuidado, y él te sustentará" (Salmo 54, 23). Porque no puedes, oh hombre, porque eres pequeño: si eres pequeño, necesitas ser alimentado: alimentado, serás grande; y lo que no podías como pequeño, lo verás como grande: pero para que seas alimentado, "Echa sobre el Señor tu cuidado, y él te sustentará".

12. Ahora, pues, recorramos brevemente lo que queda, y ved aquí lo que he encomendado, cómo el Señor lo insinúa. El Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que él hace. Él resucita las almas, pero a través del Hijo, para que las almas resucitadas disfruten de la sustancia de Dios, que es del Padre y del Hijo. Y le mostrará obras mayores que estas. ¿Cuáles mayores? Las sanidades de los cuerpos. Ya antes tratamos de esto (En el Tratado 19, nn. 4, 5, y Trat. 21, n. 5-10), y no debemos detenernos. Pues mayor es la resurrección del cuerpo para la eternidad, que esta sanidad del cuerpo que se hizo temporalmente en aquel enfermo. Y le mostrará obras mayores que estas, para que os maravilléis. Lo mostrará, como temporalmente: por tanto, como hecho hombre en el tiempo, porque el Verbo Dios no fue hecho, por quien todos los tiempos fueron hechos: sino que Cristo fue hecho hombre en el tiempo. Aparece en qué consulado, en qué día la virgen María concibió de Espíritu Santo y dio a luz a Cristo: por tanto, fue hecho hombre en el tiempo, por quien Dios fueron hechos los tiempos. Por eso, como en el tiempo le mostrará obras mayores, es decir, la resurrección de los cuerpos, para que os maravilléis de la resurrección de los cuerpos hecha por el Hijo.

13. Luego vuelve a aquella resurrección de las almas: "Porque como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere", pero según el espíritu. Da vida el Padre, da vida el Hijo; a los que quiere el Padre, a los que quiere el Hijo: pero los mismos el Padre que el Hijo; porque todas las cosas fueron hechas por él. "Porque como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere". Esto se dijo de la resurrección de las almas: ¿qué de la resurrección de los cuerpos? Vuelve y dice, "Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo". La resurrección

de las almas se hace por la sustancia eterna e inmutable del Padre y del Hijo: pero la resurrección de los cuerpos se hace por la dispensación temporal de la humanidad del Hijo, no coeterna al Padre. Por eso, cuando mencionó el juicio, donde se haría la resurrección de los cuerpos, "Porque el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo": pero de la resurrección de las almas, "Porque como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere". Por tanto, aquello lo hacen juntos el Padre y el Hijo: pero esto de la resurrección de los cuerpos, "El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo". Para que todos honren al Hijo, como honran al Padre. Esto se refiere a la resurrección de las almas. Para que todos honren al Hijo. ¿Cómo? Como honran al Padre. Pues el Hijo obra la resurrección de las almas, como el Padre: así da vida el Hijo, como el Padre. Por tanto, en la resurrección de las almas "todos honren al Hijo, como honran al Padre". ¿Qué de la honorificación por la resurrección del cuerpo? "El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió". No dijo, como; sino, "honra", y "honra". Pues el hombre Cristo es honrado, pero no como el Padre Dios. ¿Por qué? Porque según esto dijo, "El Padre es mayor que yo" (Juan 14, 28). ¿Cuándo es honrado el Hijo, como es honrado el Padre? Cuando "en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y todas las cosas fueron hechas por él" (Juan 1, 1, 3). Y por eso en esta segunda honorificación, ¿qué dice? "El que no honra al Hijo, no honra al Padre que lo envió". El Hijo no fue enviado, sino porque fue hecho hombre.

14. En verdad, en verdad os digo. Vuelve de nuevo a la resurrección de las almas, para que captemos al que habla continuamente: porque como no podíamos seguir el discurso que volaba; he aquí que el discurso de Dios se detiene con nosotros, he aquí que como habita con nuestras debilidades: vuelve de nuevo a la recomendación de la resurrección de las almas. En verdad, en verdad os digo, que el que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna: pero como del Padre. Porque el que oye mi palabra, y cree al que me envió, del Padre tiene vida eterna, creyendo en aquel que lo envió. Y no vendrá a juicio, sino que ha pasado de muerte a vida: pero es vivificado por el Padre, en quien cree. ¿Qué, tú no vivificas? Mira que "también el Hijo da vida a los que quiere". En verdad, en verdad os digo, que viene la hora, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que oigan vivirán. Aquí no dijo, Creerán al que me envió, y por eso vivirán; sino que al oír la voz del Hijo de Dios, los que oigan, es decir, obedezcan al Hijo de Dios, vivirán. Por tanto, vivirán del Padre, cuando crean al Padre; y vivirán del Hijo, cuando oigan la voz del Hijo de Dios. ¿Por qué vivirán del Padre y vivirán del Hijo? Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo.

15. Ha completado sobre la resurrección de las almas; queda decir más claramente sobre la resurrección de los cuerpos. Y le dio potestad de hacer juicio: no solo de resucitar las almas por la fe y la sabiduría, sino también de hacer juicio. ¿Por qué esto? Porque es hijo del hombre. Por tanto, el Padre hace algo a través del Hijo del hombre, que no hace de su propia sustancia a la que el Hijo es igual; como nacer, como ser crucificado, como morir, como resucitar: pues nada de esto le ocurrió al Padre. Así también la resurrección de los cuerpos. Pues la resurrección de las almas el Padre la hace por su propia sustancia a través de la sustancia del Hijo, a la que es igual; pues las almas se hacen partícipes de aquella luz inmutable, no los cuerpos: pero la resurrección de los cuerpos el Padre la hace por el hijo del hombre. Y le dio potestad de hacer juicio, porque es hijo del hombre: según lo que dijo antes, "Porque el Padre no juzga a nadie". Y para mostrar que esto lo dijo sobre la resurrección de los cuerpos: "No os maravilléis de esto, porque viene la hora". No es ahora, sino "viene la hora, en la que todos los que están en los sepulcros" (ya esto lo escuchasteis abundantemente ayer [En el Tratado anterior, n. 13]), "oirán su voz y saldrán". ¿Y dónde? En el juicio: "Los

que hicieron bien, a la resurrección de vida; los que hicieron mal, a la resurrección de juicio". ¿Y tú haces esto solo, porque todo juicio el Padre lo dio al Hijo, y no juzga a nadie? Yo, dice, lo hago. Pero, ¿cómo lo haces? No puedo hacer nada por mí mismo: como oigo, juzgo, y mi juicio es justo. Cuando se trataba de la resurrección de las almas, no decía, "Oigo"; sino, "Veo". Pues oigo, como el mandato del Padre que ordena. Ya entonces como hombre, como aquel a quien el Padre es mayor; ya desde la forma de siervo, no desde la forma de Dios, "como oigo, juzgo; y mi juicio es justo". ¿De dónde es justo el juicio del hombre? Hermanos míos, prestad atención: "Porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió".

TRATADO XXIV. Desde lo que está escrito, "Después de esto, Jesús fue al otro lado del mar de Galilea, que es de Tiberíades"; hasta lo que dice, "Este es verdaderamente el profeta que ha venido al mundo". Cap. VI, V. 1-14.

1. Los milagros que hizo nuestro Señor Jesucristo son ciertamente obras divinas, y al verlas, la mente humana es advertida para entender a Dios a partir de las cosas visibles. Pues como él no es una sustancia que pueda ser vista con los ojos, y sus milagros con los que gobierna todo el mundo y administra toda la creación, se han vuelto comunes por la asiduidad, de modo que casi nadie se digna a atender las obras de Dios, maravillosas y asombrosas en cualquier grano de semilla; según su propia misericordia, se reservó algunas cosas, que haría en el momento oportuno fuera del curso y orden habitual de la naturaleza, para que no fueran mayores, sino insólitas al verlas, aquellos a quienes las cosas cotidianas se habían vuelto comunes. Pues es un milagro mayor la gobernación de todo el mundo, que la saciedad de cinco mil hombres con cinco panes: y sin embargo, nadie se maravilla de esto: los hombres se maravillan de aquello no porque sea mayor, sino porque es raro. Pues, ¿quién alimenta ahora a todo el mundo, sino aquel que crea cosechas de pocos granos? Por tanto, hizo como Dios. Pues de donde multiplica cosechas de pocos granos, de allí en sus manos multiplicó cinco panes. Pues el poder estaba en las manos de Cristo: pero aquellos cinco panes eran como semillas, no sembradas en la tierra, sino multiplicadas por aquel que hizo la tierra. Por tanto, esto fue presentado a los sentidos, para que la mente se elevara, y exhibido a los ojos donde se ejercitara el entendimiento, para que admiráramos al Dios invisible a través de las obras visibles, y elevados a la fe y purificados por la fe, también deseáramos ver invisiblemente a aquel que conoceríamos invisible a partir de las cosas visibles.

2. Sin embargo, no basta con contemplar esto en los milagros de Cristo. Preguntemos a los mismos milagros, qué nos dicen de Cristo: pues si se entienden, tienen su propio lenguaje. Pues como Cristo mismo es el Verbo de Dios, también el hecho del Verbo es palabra para nosotros. Por tanto, este milagro, así como hemos oído cuán grande es, busquemos también cuán profundo es: no solo nos deleitemos con su superficie, sino que también exploremos su profundidad. Pues tiene algo dentro, esto que admiramos fuera. Vimos, contemplamos algo grande, algo espléndido, y completamente divino, que no puede ser hecho sino por Dios: alabamos al hacedor por lo hecho. Pero, ¿cómo si viéramos letras hermosas en algún lugar, no nos bastaría alabar la habilidad del escritor, porque las hizo iguales, uniformes y hermosas, si no también leyéramos qué nos indica a través de ellas: así quien solo contempla este hecho, se deleita con la belleza del hecho para admirar al artífice; pero quien entiende, como que lee. Pues la pintura se ve de una manera, las letras se ven de otra. Cuando has visto una pintura, eso es todo lo que has visto, la has alabado: cuando has visto letras, eso no es todo; porque te recuerdan también a leer. Pues dices, cuando has visto letras, si acaso no sabes leerlas, ¿Qué pensamos que está escrito aquí? Preguntas qué es, cuando ya ves algo. Otro te mostrará, de quien preguntas para conocer lo que has visto. Él tiene otros ojos, tú otros. ¿Acaso no veis igualmente los caracteres? Pero no reconocéis igualmente los signos.

Por tanto, tú ves y alabas: él ve, alaba, lee y entiende. Porque entonces hemos visto, porque hemos alabado, leamos y entendamos.

3. El Señor en el monte: entendamos mucho más porque el Señor en el monte es el Verbo en lo alto. Por tanto, no yace humildemente lo que se hizo en el monte; ni debe pasarse de largo, sino ser contemplado. Vio las multitudes, las reconoció hambrientas, las alimentó con misericordia: no solo por bondad, sino también por poder. Pues, ¿de qué serviría solo la bondad, donde no había pan para alimentar a la multitud hambrienta? Si a la bondad no le asistiera el poder, aquella multitud hambrienta y ayunante habría permanecido. De hecho, también los discípulos que estaban con el Señor en el hambre, querían alimentar a las multitudes, para que no permanecieran vacías, pero no tenían de dónde alimentarlas. El Señor preguntó de dónde se comprarían panes para alimentar a las multitudes. Y dice la Escritura, "Esto lo decía para probarlo": al discípulo Felipe, a quien había preguntado. Pues él mismo sabía lo que iba a hacer. ¿Para qué entonces lo probaba, sino porque demostraba la ignorancia del discípulo? Y tal vez en la demostración de la ignorancia del discípulo significó algo. Por tanto, aparecerá cuando el mismo sacramento de los cinco panes comience a hablarnos, y nos indique qué significa: pues allí veremos por qué el Señor quiso mostrar la ignorancia del discípulo preguntando lo que sabía. Pues a veces preguntamos lo que no sabemos, queriendo escuchar para aprender; a veces preguntamos lo que sabemos, queriendo saber si también lo sabe aquel a quien preguntamos: el Señor conocía ambas cosas; y lo que preguntaba lo sabía, pues él mismo sabía lo que iba a hacer; y también sabía que Felipe no lo sabía. ¿Por qué entonces preguntaba, sino porque demostraba su ignorancia? Y por qué hizo esto, como dije, lo entenderemos después.

4. Andrés dijo: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes y dos peces; pero, ¿qué es esto para tantos? Cuando Felipe dijo, al ser preguntado, que doscientos denarios de pan no serían suficientes para alimentar a tanta multitud, había allí un muchacho que llevaba cinco panes de cebada y dos peces. Y Jesús dijo: Haced que los hombres se recuesten. Había allí mucha hierba, y se recostaron casi cinco mil hombres. Entonces el Señor Jesús tomó los panes, dio gracias, mandó, se partieron los panes, se pusieron ante los que se recostaban. Ya no eran cinco panes, sino lo que había añadido, quien había creado lo que se había aumentado. Y de los peces cuanto era suficiente. No solo aquella multitud fue saciada, también sobraron fragmentos: y se ordenó recogerlos, para que no se perdieran; y llenaron doce cestas de fragmentos.

5. Brevemente, para que corramos, los cinco panes se entienden como los cinco libros de Moisés: con razón no son de trigo, sino de cebada; porque pertenecen al Antiguo Testamento. Sabéis, sin embargo, que la cebada está creada de tal manera que apenas se llega a su médula: pues esa médula está cubierta por una cáscara de paja, y esa paja es tenaz y adherente, de modo que se quita con esfuerzo. Tal es la letra del Antiguo Testamento, vestida con los velos de los sacramentos carnales: pero si se llega a su médula, alimenta y sacia. Llevaba, pues, un cierto muchacho cinco panes y dos peces. Si preguntamos quién era este muchacho, tal vez era el pueblo de Israel: llevaba con sentido infantil, pero no comía. Pues aquello que llevaba, cerrado pesaba, abierto alimentaba. Los dos peces, nos parecen significar aquellas dos sublimes personas en el Antiguo Testamento, que eran ungidas para santificar y gobernar al pueblo, el sacerdote y el rey. Y él mismo vino en misterio alguna vez, quien era significado por ellas: vino alguna vez quien era mostrado por la médula de la cebada, pero ocultado por la paja de la cebada. Vino él mismo llevando en sí ambas personas, del sacerdote y del rey: del sacerdote por la víctima, que se ofreció a sí mismo por nosotros a Dios; del rey, porque somos gobernados por él: y se abren las cosas que se llevaban cerradas. Gracias a él; cumplió

por sí mismo lo que se prometía por el Antiguo Testamento. Y mandó que se rompieran los panes: al romperse se multiplicaron. Nada más cierto. Pues aquellos cinco libros de Moisés, ¿cuántos libros han hecho, cuando se exponen, como rompiéndolos, es decir, disertando? Pero porque en esa cebada se ocultaba la ignorancia del primer pueblo, del cual se dijo, Mientras se lee Moisés, el velo está puesto sobre sus corazones (II Cor. III, 15): pues aún no se había quitado el velo, porque aún no había venido Cristo; aún no se había rasgado el velo del templo mientras él colgaba en la cruz: porque, por tanto, la ignorancia del pueblo estaba en la Ley, por eso la tentación del Señor demostraba la ignorancia del discípulo.

6. Nada, pues, es vano, todo insinúa, pero requiere un intérprete: pues también este número del pueblo saciado, significaba al pueblo constituido bajo la Ley. ¿Por qué eran cinco mil, sino porque estaban bajo la Ley, que la Ley se explica en cinco libros de Moisés? De donde también en aquellas cinco pórticos se mostraban los enfermos, no se sanaban. Pero él allí curó al enfermo (Juan V, 2-9), quien aquí alimentó a las multitudes con cinco panes. Pues también se recostaban sobre la hierba: pensaban carnalmente, y descansaban en cosas carnales. Toda carne es hierba (Isaías XL, 6). ¿Qué son, pues, esos fragmentos, sino lo que el pueblo no pudo comer? Se entienden, pues, ciertas cosas más secretas de la inteligencia, que la multitud no puede captar. ¿Qué queda, pues, sino que las cosas más secretas de la inteligencia, que la multitud no puede captar, se confíen a aquellos que son idóneos para enseñar a otros, como eran los Apóstoles? De donde se llenaron doce cestas. Esto se hizo maravillosamente, porque se hizo grande; y útilmente, porque se hizo espiritual. Los que entonces vieron, se maravillaron: nosotros no nos maravillamos cuando escuchamos. Pues se hizo para que ellos vieran, pero se escribió para que nosotros escucháramos. Lo que en ellos valieron los ojos, en nosotros vale la fe. Vemos con el alma, lo que no pudimos con los ojos: y somos preferidos a ellos, porque se dijo de nosotros, Bienaventurados los que no ven, y creen (Juan XX, 29). Añado, además, que tal vez entendimos lo que aquella multitud no entendió. Y verdaderamente hemos sido alimentados, quienes pudimos llegar a la médula de la cebada.

7. Finalmente, ¿qué pensaron aquellos hombres que vieron esto? Aquellos, dice, hombres cuando vieron el signo que había hecho, decían, Porque este es verdaderamente el profeta. Tal vez aún por eso pensaban que Cristo era un profeta, porque se habían recostado sobre la hierba. Pero él era el Señor de los Profetas, el cumplidor de los Profetas, el santificador de los Profetas, pero también profeta: pues también a Moisés se le dijo, Les suscitaré un profeta como tú. Semejante según la carne, no según la majestad. Y de ese mismo Cristo se tiene entendido aquella promesa del Señor, que se expone y se lee abiertamente en los Hechos de los Apóstoles (Deut. XVIII, 18; Hechos VII, 37). Y el mismo Señor dice de sí mismo, No hay profeta sin honra, sino en su propia patria (Juan IV, 44). Profeta el Señor, y Verbo de Dios el Señor, y ningún profeta profetiza sin el Verbo de Dios: con los Profetas el Verbo de Dios, y profeta el Verbo de Dios. Merecieron los tiempos anteriores a los Profetas inspirados, y llenos del Verbo de Dios: merecimos nosotros al profeta mismo Verbo de Dios. Así, pues, profeta Cristo, Señor de los Profetas; como ángel Cristo, Señor de los Ángeles. Pues también él fue llamado el Ángel del gran consejo (Isaías IX, 6, según LXX). Sin embargo, en otro lugar, ¿qué dice el profeta? Porque no enviado ni ángel, sino él mismo viniendo los salvará (Id. XXXV, 4): es decir, para salvarlos no enviará un enviado, no enviará un ángel, sino que vendrá él mismo. ¿Quién vendrá? El mismo ángel. Ciertamente no por ángel, sino porque este es así ángel, como también Señor de los Ángeles. Pues los Ángeles en latín son mensajeros. Si Cristo no anunciara nada, no se le llamaría ángel: si Cristo no profetizara nada, no se le llamaría profeta. Nos exhortó a la fe, y a alcanzar la vida eterna: algo presente anunció, algo futuro predijo: por lo que anunció presente, era ángel; por lo que predijo futuro,

era profeta: por lo que el Verbo de Dios se hizo carne, era Señor de los Ángeles y de los Profetas.

TRACTATUS XXV. Desde lo que está escrito, Jesús entonces, cuando supo que venían para llevárselo; hasta aquello, Y yo lo resucitaré en el último día. Cap. VI, V. 15-44.

1. La lectura de ayer del Evangelio, esta es la de hoy que sigue, de donde se debe el sermón de hoy. Hecho aquel milagro, donde Jesús alimentó a cinco mil hombres con cinco panes, cuando las multitudes se admiraron, y lo llamaron el gran Profeta que vino al mundo, sigue esto: Jesús entonces, cuando supo que venían para llevárselo, y hacerlo rey, huyó de nuevo al monte él solo. Se da a entender, pues, que el Señor cuando estaba sentado en el monte con sus discípulos, y vio a las multitudes venir hacia él, había descendido del monte, y alrededor de los lugares inferiores había alimentado a las multitudes. Pues, ¿cómo podría ser que de nuevo huyera allí, si antes no descendiera del monte? Significa, pues, algo, que el Señor descendió de lo alto para alimentar a las multitudes. Alimentó, y ascendió.

2. ¿Por qué, pues, ascendió, cuando supo que querían llevárselo y hacerlo rey? ¿Qué, acaso no era rey, quien temía ser hecho rey? Lo era completamente: ni tal rey que fuera hecho por los hombres, sino tal que diera el reino a los hombres. ¿Acaso también aquí Jesús nos significa algo, cuyas obras son palabras? Entonces, en esto que quisieron llevárselo y hacerlo rey, y por esto huyó al monte él solo, ¿esto en él hecho calla, no dice nada, no significa nada? ¿O acaso esto era llevárselo, querer anticipar el tiempo de su reino? Pues había venido ahora, no ya a reinar, como reinará en aquello que decimos, Venga tu reino (Mat. VI, 10). Siempre, en verdad, él con el Padre reina según lo que es Hijo de Dios, Verbo de Dios, Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas. Pero los Profetas predijeron su reino, incluso según lo que el hombre hecho es Cristo, e hizo a sus fieles cristianos. Será, pues, el reino de los cristianos que ahora se recoge, que ahora se compara, que ahora se compra con la sangre de Cristo: será alguna vez su reino manifiesto, cuando se revele la claridad de sus santos después del juicio hecho por él; juicio que él mismo dijo que el hijo del hombre hará (Juan V, 22). De este reino también el Apóstol dijo: Cuando entregue el reino a Dios y al Padre (I Cor. XV, 24). De donde también él dijo: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo (Mat. XXV, 34). Pero los discípulos y las multitudes creyentes en él, pensaron que había venido así para ya reinar: esto es querer llevárselo y hacerlo rey, querer anticipar su tiempo, que él ocultaba en sí mismo, para oportunamente revelarlo, y oportunamente al final del siglo declararlo.

3. Pues para que sepáis que querían hacerlo rey, es decir, anticipar, y ya tener el reino manifiesto de Cristo, a quien primero convenía ser juzgado, y luego juzgar: cuando fue crucificado, y aquellos que esperaban en él, perdieron la esperanza de su resurrección, resucitando de entre los muertos encontró a dos de ellos conversando con desesperación, y hablando con tristeza de lo que había sucedido; y apareciéndoles como desconocido, mientras sus ojos estaban retenidos para que no lo reconocieran, se mezcló en su conversación: y ellos narrándole de qué hablaban, le dijeron que aquel gran profeta en hechos y palabras había sido asesinado por los príncipes de los sacerdotes; Y nosotros, dicen, esperábamos que él fuera a redimir a Israel (Luc. XXIV, 13-21). Correctamente esperabais, verdaderamente esperabais: en él está la redención de Israel. Pero, ¿por qué os apresuráis? Queréis llevároslo. También eso nos indica este sentido, porque cuando los discípulos le preguntaron sobre el fin, le dijeron: Si en este tiempo te presentarás, y cuándo el reino de Israel? Ya querían que fuera, ya lo deseaban; esto es querer llevárselo, y hacerlo rey. Pero dijo a los discípulos, porque aún solo iba a ascender: No, dice, os corresponde saber los tiempos o momentos, que el Padre ha puesto en su potestad: pero recibiréis poder desde lo alto, el Espíritu Santo viniendo sobre

vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, y en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra (Hechos I, 6-8). Queréis que ya exhiba el reino; primero recogeré lo que exhibiré: amáis la altura, y la alcanzaréis; pero seguidme en humildad. Así también se predijo de él, Y la congregación de los pueblos te rodeará, y por esto regresa en lo alto (Sal. VII, 8); es decir, para que te rodee la congregación de los pueblos, para que recojas a muchos, regresa en lo alto. Así lo hizo; alimentó, y ascendió.

4. Pero, ¿por qué se dijo, huyó? Pues si no quisiera, no sería retenido, si no quisiera no sería llevado, quien si no quisiera ni siquiera sería reconocido. Pues para que sepáis que esto se hizo místicamente, no por necesidad, sino por disposición significativa, ahora en lo siguiente veréis; porque a las mismas multitudes que lo buscaban se les apareció, y hablando con ellas les dijo muchas cosas, discutió mucho sobre el pan celestial: ¿no estaba hablando con ellos sobre el pan, de quienes había huido para no ser retenido? ¿No podía también entonces actuar para no ser capturado por ellos, como después cuando estaba hablando con ellos? Algo, pues, significó huyendo. ¿Qué es, huyó? No se pudo entender su altura. Pues lo que no entiendes, dices, Me huye. Así que huyó de nuevo al monte él solo. Primogénito de entre los muertos (Col. I, 18) ascendiendo sobre todos los cielos, e intercediendo por nosotros (Rom. VIII, 34).

5. Mientras tanto, con él arriba solo como sumo sacerdote, (quien entró en el interior del velo, con el pueblo afuera, pues ese sacerdote en la Ley antigua lo significaba, quien hacía esto una vez al año [Hebr. IX, 12,]): con él, pues, arriba, ¿qué sufrían los discípulos en la barca? Pues con él en las alturas, aquella barca prefiguraba a la Iglesia. Si no entendemos primero en la Iglesia lo que aquella barca sufría; no eran aquellas cosas significativas, sino simplemente pasajeras: si, sin embargo, vemos expresarse en la Iglesia la verdad de aquellas significaciones; es manifiesto que las obras de Cristo son géneros de locuciones. Pero cuando se hizo tarde, dice, los discípulos descendieron al mar: y cuando subieron a la barca, vinieron a través del mar a Capernaum. Rápidamente dijo terminado lo que después sucedió. Vinieron a través del mar a Capernaum. Y regresa, para exponer cómo vinieron, porque navegando a través del lago cruzaron. Y mientras navegaban al lugar al que ya dijo que habían llegado, recapitulando expone lo que sucedió: Ya se habían hecho las tinieblas, y Jesús no había venido a ellos. Con razón tinieblas, porque la luz no había venido: Ya se habían hecho las tinieblas, y Jesús no había venido a ellos. Cuanto más se acerca el fin del mundo, crecen los errores, se multiplican los terrores, crece la iniquidad, crece la infidelidad: la luz, de hecho, que es la caridad, se demuestra suficientemente clara en el mismo evangelista Juan, de modo que dice, Quien odia a su hermano, está en tinieblas (I Juan II, 11), se extingue cada vez más: crecen estas tinieblas de odios fraternales, crecen diariamente; y aún no ha venido Jesús. ¿De dónde aparece que crecen? Porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos. Crecen las tinieblas, y aún no ha venido Jesús. Con el aumento de las tinieblas, el enfriamiento de la caridad, la abundancia de la iniquidad, son las olas que agitan la nave: las tempestades y los vientos son los clamores de los maldicientes. De ahí se enfría la caridad, de ahí aumentan las olas, y se agita la nave.

6. Con un gran viento soplando, el mar se levantaba. Las tinieblas crecían, la inteligencia disminuía, la iniquidad aumentaba. Cuando, pues, remaron como veinticinco o treinta estadios. Mientras tanto, caminaban, avanzaban, ni aquellos vientos y tempestades y olas y tinieblas lograban que la nave no avanzara, ni que se soltara y se hundiera: pero entre todos esos males iba. Pues porque abundó la iniquidad, y se enfría la caridad de muchos, crecen las olas, aumentan las tinieblas, sopla el viento: pero sin embargo la nave avanza. Pues quien persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. XXIV, 12, 13). Ni el mismo número de estadios debe ser despreciado. Pues no podría realmente significar nada que se dijera, Cuando remaron veinticinco o treinta estadios, entonces Jesús vino a ellos. Bastaría veinticinco,

bastaría treinta, especialmente porque era de quien estimaba, no afirmaba. ¿Acaso la verdad estaría en peligro en quien estima, si dijera estadios casi treinta, o estadios casi veinticinco? Pero de veinticinco hizo treinta. Busquemos el número veinticinco. ¿De dónde consta, de dónde se hace? Del quinario. Ese número quinario pertenece a la Ley. Son los cinco libros de Moisés, son aquellas cinco pórticos que contenían a los enfermos, son los cinco panes que alimentan a cinco mil hombres. Así que el número veinticinco significa la Ley: porque cinco por cinco, es decir, cinco veces cinco, hacen veinticinco, cuadrado quinario. Pero a esta Ley antes de que viniera el Evangelio, le faltaba perfección. La perfección, sin embargo, se comprende en el número seis. Por eso en seis días Dios perfeccionó el mundo (Gén. I), y esos cinco se multiplican por seis, para que la Ley se cumpla por el Evangelio, para que sean seis veces cinco treinta. A aquellos, pues, que cumplen la Ley, viene Jesús. Y viene, ¿cómo? Pisando las olas; teniendo bajo sus pies todas las altiveces del mundo, oprimiendo todas las alturas del siglo. Esto se hace cuanto más se añade al tiempo, y cuanto más se acerca la edad del siglo. Aumentan en este mundo las tribulaciones, aumentan los males, aumentan las contriciones, se exageran todas estas cosas: Jesús pasa, pisando las olas.

7. Y sin embargo, son tantas las tribulaciones, que incluso aquellos que han creído en Jesús, y que intentan perseverar hasta el fin, se asustan de no desfallecer: con Cristo pisando las olas, deprimiendo las ambiciones y alturas del siglo, el cristiano se asusta. ¿No se les predijeron estas cosas? Con razón, y con Jesús caminando sobre las olas, temieron: como los cristianos, aunque tengan esperanza en el futuro siglo, cuando vean deprimirse la altura de este siglo, a menudo se turban por la contrición de las cosas humanas. Abren el Evangelio, abren las Escrituras; y encuentran allí todas estas cosas predichas; porque esto hace el Señor. Deprime las alturas del siglo, para ser glorificado por los humildes. De cuya altura se predijo, Destruirás ciudades muy fuertes; y, Los enemigos han perecido las espadas hasta el fin, y destruiste ciudades (Sal. IX, 7). ¿Qué, pues, teméis, cristianos? Cristo habla: Yo soy, no temáis. ¿Por qué teméis estas cosas? ¿Por qué teméis? Yo predije estas cosas, yo las hago, es necesario que sucedan. Yo soy, no temáis. Quisieron, pues, recibirlo en la nave, reconociéndolo y alegrándose, hechos seguros. Y enseguida la nave estuvo en tierra a la que iban. Se hizo el fin en la tierra: de lo húmedo a lo sólido, de lo agitado a lo firme, del camino al fin.

8. Al día siguiente la multitud que estaba al otro lado del mar, de donde ellos habían venido, vio que no había allí más que una barca, y que Jesús no había entrado con sus discípulos en la barca, sino que sus discípulos se habían ido solos: pero otras barcas habían llegado de Tiberíades, cerca del lugar donde habían comido el pan, dando gracias al Señor. Cuando, pues, las multitudes vieron que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos, subieron a las barcas, y vinieron a Capernaum buscando a Jesús. Sin embargo, se les insinuó un milagro tan grande. Pues vieron que los discípulos habían subido solos a la barca, y que no había otra barca allí. Pero vinieron de allí también barcas cerca de aquel lugar donde habían comido el pan, en las que las multitudes lo siguieron. Pues no había subido con los discípulos, no había otra barca allí: ¿cómo de repente Jesús estaba al otro lado del mar, sino porque caminó sobre el mar, para mostrar el milagro?

9. Y cuando lo encontraron las multitudes. He aquí que se presenta a las multitudes, de las que había temido ser llevado, y había huido al monte. Completamente confirma e insinúa que todas esas cosas se dijeron en misterio; y se hicieron en gran sacramento, para significar algo. He aquí que es él quien había huido al monte de las multitudes: ¿no está hablando ahora con esas mismas multitudes? Ahora que lo retengan, ahora que lo hagan rey. Y cuando lo encontraron al otro lado del mar, le dijeron: Rabí, ¿cuándo llegaste aquí?

10. Después del sacramento del milagro, introduce un discurso, para que, si es posible, quienes han sido alimentados, sean nutridos, y aquellos cuyos estómagos ha saciado con panes, sacie también sus mentes con palabras; pero si lo comprenden. Y si no lo comprenden, que se tome lo que no comprenden, para que no se pierdan los fragmentos. Hable, pues, y escuchemos. Respondió Jesús y dijo: En verdad, en verdad os digo, me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de mis panes. Me buscáis por la carne, no por el espíritu. ¡Cuántos no buscan a Jesús, sino para que les haga bien según el tiempo! Uno tiene un negocio, busca la intercesión de los clérigos; otro es oprimido por alguien más poderoso, huye a la iglesia; otro quiere que se interceda por él ante aquel ante quien tiene poco valor: uno así, otro de otra manera; la iglesia se llena diariamente de tales personas. Apenas se busca a Jesús por Jesús. Me buscáis, no porque habéis visto señales, sino porque habéis comido de mis panes. Trabajad no por el alimento que perece, sino por el que permanece para vida eterna. Me buscáis por otra cosa, buscadme por mí mismo. Pues se insinúa a sí mismo como este alimento, lo cual se ilumina en lo que sigue. Que el Hijo del Hombre os dará. Esperabas, creo, comer de nuevo panes, recostarte de nuevo, saciarte de nuevo. Pero había dicho alimento no que perece, sino que permanece para vida eterna: como había sido dicho a aquella mujer samaritana, Si supieras quién te pide de beber, tú quizás le habrías pedido a él, y él te habría dado agua viva: cuando ella decía, ¿De dónde tienes, si no tienes con qué sacar, y el pozo es hondo? Respondió a la samaritana: Si supieras quién te pide de beber, tú le habrías pedido a él, y él te habría dado agua, de la cual quien beba, no tendrá sed jamás: pues de esta agua quien beba, tendrá sed de nuevo. Y ella se alegró, y quiso recibir, como si no fuera a sufrir la sed del cuerpo, que se fatigaba con el trabajo de sacar agua; y así, entre tales conversaciones, llegó a la bebida espiritual (Juan IV, 5-26): de esta manera también aquí.

11. Este, pues, alimento, no que perece, sino que permanece para vida eterna, que el Hijo del Hombre os dará: pues a este lo ha sellado Dios el Padre. No toméis a este hijo del hombre como a otros hijos de los hombres, de los cuales se ha dicho, Pero los hijos de los hombres esperarán bajo la protección de tus alas (Salmo XXXV, 8). Este hijo del hombre está apartado por una cierta gracia del Espíritu, y según la carne es hijo del hombre, exceptuado del número de los hombres; es hijo del hombre. Este hijo del hombre es también Hijo de Dios, este hombre es también Dios. En otro lugar, preguntando a los discípulos, dijo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Y ellos: Unos, Juan, otros, Elías, otros, Jeremías, o uno de los profetas. Y él: Pero vosotros, ¿quién decís que soy? Respondió Pedro: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo (Mateo XVI, 13-16). Él dijo que era el Hijo del Hombre, y Pedro lo dijo Hijo del Dios vivo. Muy bien él recordaba lo que misericordiosamente había mostrado: él recordaba lo que en claridad permanecía. La Palabra de Dios recomienda su humildad, el hombre reconoce la claridad de su Señor. Y en verdad, hermanos, creo que es justo; se humilló por nosotros, glorifiquémoslo nosotros: pues no es hijo del hombre por sí mismo, sino por nosotros. Por tanto, era hijo del hombre de esa manera, cuando la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 14). Por eso, Dios Padre lo ha sellado. ¿Qué es sellar, sino poner algo propio? Esto es sellar, imponer algo que no se confunda con los demás. Sellar es poner una señal en una cosa. A cualquier cosa que le pones una señal, por eso le pones una señal, para que no se confunda con otras, y no pueda ser reconocida por ti. Por tanto, el Padre lo ha sellado. ¿Qué es, lo ha sellado? Le dio algo propio, para que no se compare con los demás hombres. Por eso se ha dicho de él, Te ungió, Dios, tu Dios con óleo de alegría, más que a tus compañeros (Salmo XLIV, 8). Entonces, ¿qué es sellar? Tenerlo apartado: esto es, más que a tus compañeros. Así que no me despreciéis, dice, porque soy hijo del hombre; y pedid de mí alimento no que perece, sino que permanece para vida eterna. Pues

soy hijo del hombre de tal manera, que no soy uno de vosotros: soy hijo del hombre de tal manera, que Dios Padre me ha sellado. ¿Qué es, me ha sellado? Me dio algo propio, por lo cual no me confunda con el género humano, sino que por mí se libere el género humano.

12. Le dijeron entonces: ¿Qué haremos para realizar las obras de Dios? Pues les había dicho, Trabajad por el alimento, no que perece, sino que permanece para vida eterna. ¿Qué haremos, dicen? ¿Qué observando, podremos cumplir este precepto? Respondió Jesús y les dijo: Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él ha enviado. Esto es, pues, comer el alimento no que perece, sino que permanece para vida eterna. ¿Para qué preparas dientes y estómago? Cree, y has comido. La fe se distingue ciertamente de las obras, como dice el Apóstol, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley (Rom. III, 28): y hay obras que parecen buenas, sin la fe de Cristo; y no son buenas, porque no se refieren a aquel fin del cual son buenas: Pues el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Id. X, 4). Por eso no quiso distinguir la fe de la obra, sino que dijo que la misma fe es obra. Pues la fe es la que obra por el amor (Gál. V, 6). Ni dijo, Esta es vuestra obra; sino, Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él ha enviado: para que quien se gloríe, se gloríe en el Señor (I Cor. I, 31). Porque, pues, los invitaba a la fe, ellos aún buscaban señales para creer. Mira si no son los judíos los que piden señales. Le dijeron entonces: ¿Qué señal haces tú, para que veamos y creamos en ti? ¿Qué obras? ¿Era poco que se saciaran con cinco panes? Sabían esto, pero preferían a este alimento el maná del cielo. Pero el Señor Jesús se decía a sí mismo de tal manera, que se ponía por encima de Moisés. Pues Moisés no se atrevió a decir de sí mismo que daría alimento no que perece, sino que permanece para vida eterna. Este prometía algo más que Moisés. Pues por Moisés se prometía el reino, y una tierra que fluye leche y miel, paz temporal, abundancia de hijos, salud del cuerpo, y todas las demás cosas, temporales ciertamente, pero en figura espiritual: porque al hombre viejo en el Antiguo Testamento se le prometían. Atendían, pues, a las promesas por Moisés, y atendían a las promesas por Cristo. Aquel prometía un vientre lleno en la tierra, pero con alimento que perece: este prometía alimento no que perece, sino que permanece para siempre. Atendían a uno que prometía más, y como si aún no vieran a uno que hiciera cosas mayores. Atendían, pues, a lo que había hecho Moisés, y aún querían que se hicieran cosas mayores por aquel que prometía cosas tan grandes. ¿Qué, dicen, haces, para que creamos en ti? Y para que sepas que comparaban aquellos milagros con este milagro, y por eso juzgaban menores las cosas que hacía Jesús: Nuestros padres, dicen, comieron maná en el desierto. Pero, ¿qué es el maná? Quizás lo despreciáis. Como está escrito, Les dio maná para comer. Por Moisés nuestros padres recibieron pan del cielo, y no se les dijo por Moisés, Trabajad por el alimento no que perece. Tú prometes alimento no que perece, sino que permanece para vida eterna, y no haces obras como las de Moisés. Él no dio panes de cebada, sino que dio maná del cielo.

13. Jesús les dijo entonces: En verdad, en verdad os digo, no fue Moisés quien os dio el pan del cielo, sino que mi Padre os da el verdadero pan del cielo. Pues el verdadero pan es el que desciende del cielo y da vida al mundo. Por tanto, el verdadero pan es el que da vida al mundo; y es el alimento del que hablé antes, Trabajad por el alimento no que perece, sino que permanece para vida eterna. Por tanto, también aquel maná significaba esto, y todas aquellas señales eran mías. Amáis mis señales; ¿despreciáis a quien se significaba? No fue, pues, Moisés quien dio el pan del cielo: Dios da el pan. Pero, ¿qué pan? ¿quizás maná? No, sino el pan que significaba el maná, es decir, el Señor Jesús. Mi Padre os da el verdadero pan. Pues el pan de Dios es el que desciende del cielo y da vida al mundo. Le dijeron entonces: Señor, danos siempre este pan. Como aquella mujer samaritana, a quien se le dijo, Quien beba de esta agua, no tendrá sed jamás; inmediatamente ella, tomando según el cuerpo, pero

queriendo carecer de necesidad, Señor, dame de esta agua, dijo: así también ellos, Señor, danos este pan, que nos refresque, y no se agote.

14. Jesús les dijo: Yo soy el pan de vida: el que viene a mí, no tendrá hambre; y el que cree en mí, no tendrá sed jamás. El que viene a mí, esto es lo que dice, y el que cree en mí; y lo que dijo, no tendrá hambre, esto se entiende, no tendrá sed jamás. Pues en ambos se significa aquella saciedad eterna, donde no hay carencia. Deseáis el pan del cielo; lo tenéis ante vosotros, y no lo coméis. Pero os dije, que me habéis visto, y no habéis creído. Pero no por eso he perdido al pueblo. ¿Acaso vuestra infidelidad ha anulado la fe de Dios (Rom. III, 3)? Pues mira lo que sigue: Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que venga a mí, no lo echaré fuera. ¿Qué es ese interior del que no se sale fuera? Un gran aposento, y un dulce secreto. Oh secreto sin tedio, sin amargura de malos pensamientos, sin interrupción de tentaciones y dolores. ¿No es ese el secreto al que entrará aquel a quien el Señor dirá al siervo bien merecido, Entra en el gozo de tu Señor (Mateo XXV, 23)?

15. Y al que venga a mí, no lo echaré fuera. Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. ¿Por eso, pues, al que venga a ti, no lo echarás fuera, porque has descendido del cielo, no para hacer tu voluntad, sino la voluntad del que te envió? ¡Gran sacramento! Os ruego, golpeemos juntos; salga a nosotros algo que nos alimente, según nos ha deleitado. Gran y dulce secreto: El que venga a mí. Atiende, atiende, y pesa: El que venga a mí, no lo echaré fuera. Entonces, dice, el que venga, no lo echaré fuera. ¿Por qué? Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Esa es, pues, la causa por la que no echarás fuera al que venga a ti, porque no has descendido del cielo para hacer tu voluntad, sino la voluntad del que te envió. Esa. ¿Qué buscamos si es esa? Esa es, él mismo lo dice. Pues no nos es lícito sospechar otra cosa que lo que él dice: El que venga a mí, no lo echaré fuera. Y como si preguntaras, ¿Por qué? Porque no he venido a hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. Temo que el alma haya salido fuera de Dios por eso, porque era soberbia; más bien no lo dudo. Pues está escrito, El principio de todo pecado es la soberbia; y, El principio de la soberbia del hombre es apartarse de Dios. Está escrito, es firme, es verdad. Luego, ¿qué se dice del soberbio mortal, ceñido con los harapos de la carne, abrumado por el peso del cuerpo corruptible, y sin embargo, que se ensalza, y olvida con qué piel está vestido, qué le dice la Escritura? ¿Qué se ensalza tierra y ceniza? ¿Qué se ensalza? Diga por qué se ensalza. Porque en su vida arrojó sus entrañas (Eclesiástico X, 15, 14, 9 y 10). ¿Qué es, arrojó, sino lanzó lejos? Esto es salir fuera. Pues entrar adentro, es apetecer lo íntimo; arrojar lo íntimo, es salir fuera. El soberbio arroja lo íntimo, el humilde apetece lo íntimo. Si por la soberbia somos echados fuera, por la humildad regresamos.

16. La cabeza de todas las enfermedades es la soberbia, porque la cabeza de todos los pecados es la soberbia. El médico cuando examina una enfermedad, si cura lo que se ha hecho por alguna causa, y no cura la misma causa por la que se ha hecho, parece que sana por un tiempo, pero permaneciendo la causa, la enfermedad se repite. Por ejemplo, diré esto más claramente: el humor en el cuerpo genera sarna o úlceras; en el cuerpo se produce una gran fiebre, y no poco dolor: se aplican ciertos medicamentos que calman la sarna y el ardor de la úlcera; y se aplican y son efectivos: ves al hombre que fue ulceroso y sarnoso, sanado; pero porque ese humor no ha sido expulsado, se vuelve a la úlcera. Conociendo esto el médico, purga el humor, elimina la causa, y no habrá úlceras. ¿De dónde abunda la iniquidad? Por la soberbia. Cura la soberbia, y no habrá iniquidad. Para que, pues, se curara la causa de todas las enfermedades, es decir, la soberbia, descendió y se hizo humilde el Hijo de Dios. ¿Por qué te ensalzas, hombre? Dios se hizo humilde por ti. Tal vez te avergonzaría imitar a un hombre humilde, al menos imita a un Dios humilde. Vino el Hijo de Dios en hombre, y se hizo

humilde: se te manda que seas humilde, no se te manda que de hombre te hagas bestia: él, Dios, se hizo hombre; tú, hombre, reconoce que eres hombre: toda tu humildad, que te reconozcas. Por tanto, porque Dios enseña la humildad, dijo, No he venido a hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió. Pues esta es la recomendación de la humildad. Pues la soberbia hace su voluntad; la humildad hace la voluntad de Dios. Por eso, el que venga a mí, no lo echaré fuera. ¿Por qué? Porque no he venido a hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió. He venido humilde, he venido a enseñar humildad, he venido maestro de humildad: el que viene a mí, se incorpora a mí; el que viene a mí, se hace humilde; el que se adhiere a mí, será humilde; porque no hace su voluntad, sino la de Dios; y por eso no será echado fuera, porque cuando era soberbio, fue arrojado fuera.

17. Observa cómo se encomiendan las cosas interiores en el Salmo: Los hijos de los hombres esperarán bajo la protección de tus alas. Observa qué significa entrar, qué significa refugiarse bajo su protección, qué significa incluso correr bajo los azotes del padre: porque azota a todo hijo que recibe. Los hijos de los hombres esperarán bajo el amparo de tus alas. ¿Y qué hay dentro? Se embriagarán con la abundancia de tu casa. Cuando los envíes adentro, entrando en el gozo de su Señor; se embriagarán con la abundancia de tu casa, y los saciarás con el torrente de tus delicias. Porque en ti está la fuente de la vida. No fuera de ti, sino dentro de ti, allí está la fuente de la vida. Y en tu luz veremos la luz. Extiende tu misericordia a los que te conocen, y tu justicia a los rectos de corazón. Los que siguen la voluntad de su Señor, no buscando lo suyo, sino lo de Jesucristo, ellos son rectos de corazón, a ellos no se les moverán los pies. Porque Dios es bueno con Israel, con los rectos de corazón. Pero mis pies, dice él, casi se movieron. ¿Por qué? Porque tuve envidia de los pecadores, viendo la paz de los pecadores (Salmo LXXII, 1-3). Entonces, ¿a quién es bueno Dios, sino a los rectos de corazón? Pues a mí, con corazón torcido, Dios me desagradó. ¿Por qué me desagradó? Porque dio felicidad a los malos: y por eso mis pies vacilaron, como si hubiera servido a Dios en vano. Por eso mis pies casi se movieron, porque no fui recto de corazón. ¿Qué es entonces ser recto de corazón? Seguir la voluntad de Dios. Aquel es feliz, aquel sufre: aquel vive mal y es feliz, aquel vive justamente y sufre. No se indigne el que vive justamente y sufre; dentro tiene lo que aquel feliz no tiene: por tanto, no se entristezca, no se consuma, no desfallezca. Aquel feliz tiene oro en su cofre, este tiene a Dios en su conciencia. Compara ahora el oro y a Dios, el cofre y la conciencia. Aquel tiene lo que perece, y lo tiene donde perece; este tiene a Dios, que no puede perecer, y lo tiene donde no puede ser arrebatado: pero si es recto de corazón; entonces entra, y no sale. Por eso, ¿qué decía él? Porque en ti está la fuente de la vida: no en nosotros. Por eso debemos entrar para vivir, no como si nos bastara para perecer, no como si quisiéramos saciarnos de lo nuestro para secarnos: sino poner la boca en la misma fuente, donde el agua no falta. Porque Adán quiso vivir según su propio consejo, y cayó por aquel que antes había caído por soberbia, quien le ofreció el cáliz de su soberbia. Porque en ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz; bebamos dentro, veamos dentro. ¿Por qué se salió de allí? Escucha por qué: No venga a mí el pie de la soberbia. Entonces salió aquel a quien vino el pie de la soberbia. Muestra que por eso salió. Y no me muevan las manos de los pecadores: por el pie de la soberbia. ¿Por qué dices esto? Allí cayeron todos los que obran iniquidad. ¿Dónde cayeron? En la misma soberbia. Fueron expulsados, y no pudieron permanecer (Salmo XXXV, 8-13). Si, por tanto, la soberbia expulsó a aquellos que no pudieron permanecer; la humildad introduce a los que pueden permanecer para siempre. Por eso, aquel que dijo, Se regocijarán los huesos humillados; predijo, Darás a mi oído gozo y alegría (Salmo L, 10). ¿Qué es, a mi oído? Al escucharte soy feliz, de tu voz soy feliz; al beber dentro soy feliz. Por eso no caigo, por eso se regocijarán los huesos humillados: por eso el amigo del esposo está, y lo escucha (Juan III, 29); por eso está, porque escucha. Bebe de la

fuente interior, por eso está. Aquellos que no quisieron beber de lo interior, allí cayeron; fueron expulsados, y no pudieron permanecer.

18. El maestro de la humildad vino no a hacer su voluntad, sino la voluntad de aquel que lo envió. Vengamos a él, entremos en él, incorporemos a él, para que tampoco nosotros hagamos nuestra voluntad, sino la voluntad de Dios: y no nos echará fuera, porque somos sus miembros, porque quiso ser nuestra cabeza enseñando humildad. Finalmente, escúchenlo predicando: Vengan a mí, todos los que trabajan y están cargados: tomen mi yugo sobre ustedes, y aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón; y cuando hayan aprendido esto, encontrarán descanso para sus almas (Mateo XI, 28 y 29), de donde no serán echados fuera: porque descendí del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió; enseño humildad, no puede venir a mí sino el humilde. No echa fuera sino la soberbia: ¿cómo sale fuera quien guarda la humildad, y no se desvía de la verdad? Se ha dicho cuanto se ha podido decir del sentido oculto, hermanos: pues aquí el sentido está bastante oculto, y no sé si con palabras adecuadas he sido capaz de extraerlo y esculpirlo, por lo cual no echa fuera a quien viene a él, porque no viene a hacer su voluntad, sino la voluntad de aquel que lo envió.

19. Esta es, dice, la voluntad de aquel que me envió, del Padre, que todo lo que me ha dado, no lo pierda. Aquel que le ha sido dado, quien guarda la humildad; este lo recibe: quien no guarda la humildad, está lejos del maestro de la humildad. Que todo lo que me ha dado, no lo pierda. Así no es voluntad ante el Padre de ustedes, que perezca uno de estos pequeños. De los soberbios puede perecer, de los pequeños nada perece: porque si no se vuelven como este pequeño, no entrarán en el reino de los cielos (Mateo XVIII, 14, 4). Todo lo que me ha dado el Padre, no lo perderé; sino que lo resucitaré en el último día. Vean cómo aquí también esboza aquella doble resurrección. Quien viene a mí, ahora resucita hecho humilde en mis miembros: pero también lo resucitaré en el último día, según la carne. Esta es la voluntad de mi Padre que me envió, que todo el que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo lo resucitaré en el último día. Antes dijo, Quien oye mi palabra, y cree en aquel que me envió: ahora, Quien ve al Hijo, y cree en él. No dijo, Ve al Hijo, y cree en el Padre: esto es creer en el Hijo, lo mismo que en el Padre. Porque así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V, 24, 26). Que todo el que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna: creyendo y pasando a la vida, como en aquella primera resurrección. Y porque no es la única, y yo lo resucitaré, dice, en el último día.

TRACTATUS XXVI. Desde lo que está escrito, Murmuraban entonces los judíos de él, porque había dicho, Yo soy el pan que descendió del cielo; hasta aquello, Quien come este pan, vivirá para siempre. Cap. VI, V. 41-59.

1. Cuando nuestro Señor Jesucristo, como escuchamos al leerse en el Evangelio, dijo que él era el pan que descendió del cielo, los judíos murmuraron, y dijeron, ¿No es este Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre conocemos? ¿Cómo dice entonces este, Que descendí del cielo? Estos estaban lejos del pan del cielo, ni sabían tener hambre de él. Tenían las fauces del corazón enfermas, con los oídos abiertos estaban sordos, veían y permanecían ciegos. Pues este pan busca el hambre del hombre interior: por eso en otro lugar dice, Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo V, 6). Pero el apóstol Pablo dice que Cristo es nuestra justicia (I Cor. I, 30). Por tanto, quien tiene hambre de este pan, tenga hambre de justicia; pero de la justicia que desciende del cielo, la justicia que da Dios, no la que el hombre se hace a sí mismo. Pues si el hombre no se hiciera ninguna justicia a sí mismo, no diría el mismo apóstol de los judíos, Ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de

Dios (Rom. X, 3). De allí eran estos que no entendían el pan que descendía del cielo, porque saciados de su justicia, no tenían hambre de la justicia de Dios. ¿Qué es esto, justicia de Dios y justicia del hombre? Aquí se llama justicia de Dios, no la que hace justo a Dios, sino la que Dios da al hombre, para que el hombre sea justo por Dios. ¿Y cuál era la justicia de ellos? Aquella en la que presumían de sus propias fuerzas, y se decían a sí mismos cumplidores de la Ley por su propia virtud. Pero nadie cumple la Ley, sino aquel a quien ayuda la gracia, es decir, el pan que descendió del cielo. Porque la plenitud de la Ley, en resumen como dice el Apóstol, es la caridad (Rom. XIII, 10): caridad no del dinero, sino de Dios; caridad no de la tierra, no del cielo, sino de aquel que hizo el cielo y la tierra. ¿De dónde viene esta caridad al hombre? Escuchemos a él mismo: La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Por tanto, el Señor, al dar el Espíritu Santo, dijo que él era el pan que descendió del cielo, exhortando a que creamos en él. Porque creer en él, esto es comer el pan vivo. Quien cree, come; se alimenta invisiblemente, porque renace invisiblemente. El infante está dentro, el nuevo está dentro: donde se renueva, allí se sacia.

2. ¿Qué respondió entonces Jesús a los que murmuraban? No murmuren entre ustedes. Como diciendo, Sé por qué no tienen hambre, y no entienden ni buscan este pan. No murmuren entre ustedes: nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae. ¡Gran recomendación de la gracia! Nadie viene si no es atraído. A quién atrae y a quién no atrae, por qué atrae a este y no a aquel, no quieras juzgar, si no quieres errar. Acepta de una vez, y entiende: ¿aún no eres atraído? ora para ser atraído. ¿Qué decimos aquí, hermanos? Si somos atraídos a Cristo, entonces creemos contra nuestra voluntad; entonces se aplica violencia, no se excita la voluntad. Alguien puede entrar en la iglesia contra su voluntad, acercarse al altar contra su voluntad, recibir el Sacramento contra su voluntad: pero no puede creer sino voluntariamente. Si se creyera con el cuerpo, se haría en los que no quieren: pero no se cree con el cuerpo. Escucha al apóstol: Con el corazón se cree para justicia. ¿Y qué sigue? Pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10). De la raíz del corazón surge esta confesión. A veces escuchas a alguien confesando, y no sabes si cree. Pero tampoco debes llamar confesando a quien juzgas que no cree. Porque confesar es decir lo que tienes en el corazón: si tienes otra cosa en el corazón, otra cosa dices; hablas, no confiesas. Por tanto, cuando se cree en Cristo con el corazón, lo que nadie hace ciertamente contra su voluntad, quien es atraído, parece ser obligado contra su voluntad; ¿cómo resolvemos esta cuestión, Nadie viene a mí si el Padre que me envió no lo atrae?

3. Si es atraído, dice alguien, viene contra su voluntad. Si viene contra su voluntad, tampoco cree; si no cree, tampoco viene. Porque no corremos a Cristo caminando, sino creyendo: ni con el movimiento del cuerpo, sino con la voluntad del corazón nos acercamos. Por eso aquella mujer que tocó el borde, lo tocó más que la multitud que lo apretaba. Por eso el Señor dijo, ¿Quién me tocó? (Lucas VIII, 44-46). Y los discípulos, asombrados, dijeron: Las multitudes te aprietan, y dices, ¿Quién me tocó? Y él repitió: Alguien me tocó. Ella toca, la multitud aprieta. ¿Qué es tocó, sino creyó? Por eso también dijo a aquella mujer después de la resurrección, que quería lanzarse a sus pies: No me toques; porque aún no he subido al Padre (Juan XX, 17). Lo que ves, eso solo piensas que soy; no me toques. ¿Qué es? Piensas que soy solo lo que te aparezco, no creas así: esto es, No me toques; porque aún no he subido al Padre; para ti no he subido, pues de allí nunca me he ido. En la tierra no tocaba al que estaba de pie, ¿cómo tocaría al que subía al Padre? Sin embargo, así quiso ser tocado: así es tocado por aquellos que bien lo tocan, subiendo al Padre, permaneciendo con el Padre, igual al Padre.

4. Por eso aquí, si prestas atención, Nadie viene a mí, si el Padre que me envió no lo atrae. No pienses que eres atraído contra tu voluntad: el alma es atraída también por el amor. No debemos temer que por los hombres que pesan las palabras, y están muy lejos de entender las cosas divinas, seamos quizás reprendidos en esta palabra evangélica de las Escrituras santas, y se nos diga, ¿Cómo creo voluntariamente, si soy atraído? Yo digo: no es suficiente con la voluntad, también eres atraído por el placer. ¿Qué es ser atraído por el placer? Deléitate en el Señor, y él te dará las peticiones de tu corazón (Salmo XXXVI, 4). Hay un cierto placer del corazón, para el cual es dulce aquel pan celestial. Pero si a los poetas se les permitió decir, "Cada uno es atraído por su propio placer" (Virgilio, Égloga 2); no por necesidad, sino por placer; no por obligación, sino por deleite: ¿cuánto más debemos decir que el hombre es atraído a Cristo, quien se deleita en la verdad, se deleita en la bienaventuranza, se deleita en la justicia, se deleita en la vida eterna, que todo esto es Cristo? ¿O acaso los sentidos del cuerpo tienen sus placeres, y el alma es abandonada de sus placeres? Si el alma no tiene sus placeres, ¿de dónde se dice, Pero los hijos de los hombres, bajo el amparo de tus alas esperarán: se embriagarán con la abundancia de tu casa, y los saciarás con el torrente de tus delicias; porque en ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz (Salmo XXXV, 8-10)? Da al amante, y siente lo que digo. Da al deseoso, da al hambriento, da al que peregrina en esta soledad y tiene sed, y suspira por la fuente de la patria eterna: da a tal, y sabe lo que digo. Pero si hablo al frío, no sabe lo que digo. Tales eran estos que murmuraban entre ellos. El Padre, dice, a quien atrae, viene a mí.

5. ¿Qué es, entonces, el Padre a quien atrae; cuando el mismo Cristo atrae? ¿Por qué quiso decir, el Padre a quien atrae? Si hemos de ser atraídos, seamos atraídos por aquel a quien dice una que ama, Tras el olor de tus ungüentos correremos (Cantar de los Cantares I, 3). Pero, ¿qué quiso que se entendiera, hermanos, y cuanto podamos captemos? El Padre atrae al Hijo a aquellos que por eso creen en el Hijo, porque piensan que tiene a Dios como Padre: porque Dios Padre engendró al Hijo igual a sí mismo: para que quien piensa, y en su fe siente y medita que aquel en quien ha creído es igual al Padre, a este lo atrae el Padre al Hijo. Arrio creyó que era una criatura, no lo atrajo el Padre; porque no considera al Padre, quien no cree que el Hijo es igual. ¿Qué dices, oh Arrio? ¿qué dices, hereje? ¿qué es Cristo? No, dice, Dios verdadero; sino a quien hizo Dios verdadero. No te atrajo el Padre: no entendiste al Padre, cuyo Hijo niegas: piensas otra cosa, no es el mismo Hijo; ni eres atraído por el Padre, ni eres atraído al Hijo: porque el Hijo es una cosa, y otra cosa lo que tú dices. Fotino dijo: Cristo es solo hombre, no es también Dios. Quien así cree, no lo atrajo el Padre. A quien lo atrajo el Padre, Tú eres, dice, Cristo el Hijo del Dios vivo. No como profeta, no como Juan, no como algún gran justo; sino como unigénito, como igual, tú eres Cristo el Hijo del Dios vivo. Ve que fue atraído, y fue atraído por el Padre. Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mateo XVI, 16, 17). Esta revelación, es la atracción. Muestras una rama verde a una oveja, y la atraes. Se muestran nueces a un niño, y es atraído: y a donde corre es atraído, es atraído amando, sin lesión del cuerpo es atraído, es atraído por el vínculo del corazón. Si, por tanto, estas cosas que se revelan entre delicias y placeres terrenales a los amantes, atraen; porque es verdad, "Cada uno es atraído por su propio placer;" ¿no atrae Cristo revelado por el Padre? ¿Qué desea más fuertemente el alma que la verdad? ¿Con qué fauces ávidas debe tener, de dónde desear que esté sano el paladar interior para juzgar verdaderamente, sino para comer y beber sabiduría, justicia, verdad, eternidad?

6. ¿Dónde, entonces, esto? Allí mejor, allí más verdaderamente, allí más plenamente. Porque aquí más fácilmente podemos tener hambre, y esto si tenemos buena esperanza, que ser saciados: Porque bienaventurados, dice, los que tienen hambre y sed de justicia, pero aquí;

porque serán saciados (Mateo V, 6), pero allí. Por eso cuando dijo, Nadie viene a mí, si el Padre que me envió no lo atrae, ¿qué añadió? Y yo lo resucitaré en el último día. Le devuelvo lo que ama, le devuelvo lo que espera: verá lo que aún no viendo creyó; comerá lo que tiene hambre, será saciado con lo que tiene sed. ¿Dónde? En la resurrección de los muertos, porque yo lo resucitaré en el último día.

7. Está escrito en los Profetas: Y todos serán enseñados por Dios. ¿Por qué dije esto, oh judíos? El Padre no os ha enseñado; ¿cómo podéis reconocerme? Todos los hombres de su reino serán enseñados por Dios, no escucharán de los hombres. Y si escuchan de los hombres, sin embargo, lo que entienden, se les da internamente, resplandece internamente, se revela internamente. ¿Qué hacen los hombres anunciando externamente? ¿Qué hago yo ahora cuando hablo? Introduzco el ruido de las palabras en vuestros oídos. Por tanto, a menos que Él revele lo que está dentro, ¿qué digo o qué hablo? El cultivador exterior del árbol es el Creador interior. El que planta y el que riega, trabaja externamente: eso hacemos nosotros. Pero ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento (I Cor. III, 7): esto es, Serán todos enseñados por Dios. ¿Quiénes, todos? Todo el que ha oído al Padre y ha aprendido, viene a mí. Ved cómo el Padre atrae: enseñando deleita, no imponiendo necesidad. He aquí cómo atrae. Serán todos enseñados por Dios: atraer es de Dios. Todo el que ha oído al Padre y ha aprendido, viene a mí: atraer es de Dios.

8. ¿Qué, entonces, hermanos? Si todo el que ha oído al Padre y ha aprendido, viene a Cristo, ¿Cristo no enseñó nada aquí? ¿Qué pasa con que los hombres no vieron al Padre como maestro, pero vieron al Hijo? El Hijo hablaba, pero el Padre enseñaba. Yo, siendo hombre, ¿a quién enseño? ¿A quién, hermanos, sino a aquel que ha oído mi palabra? Si yo, siendo hombre, enseño a aquel que oye mi palabra; también el Padre enseña a aquel que oye Su Palabra: si el Padre enseña a aquel que oye Su Palabra; busca qué es Cristo, y encontrarás Su Palabra: En el principio era la Palabra. No, En el principio hizo Dios la Palabra; como, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra (Gén. I, 1): he aquí que no es criatura. Aprende a ser atraído al Hijo por el Padre; que te enseñe el Padre, escucha Su Palabra. ¿Qué Palabra Suya, preguntas, escucho? En el principio era la Palabra; no fue hecha, sino era: Y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. ¿Cómo escuchan los hombres en carne tal Palabra? Porque la Palabra se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14).

9. Él mismo lo explica y nos muestra qué quiso decir, El que ha oído al Padre y ha aprendido, viene a mí. Inmediatamente añadió lo que podríamos pensar: No es que alguien haya visto al Padre, sino aquel que es de Dios, él ha visto al Padre. ¿Qué significa lo que dice? Yo he visto al Padre, vosotros no habéis visto al Padre; y sin embargo, no venís a mí, a menos que seáis atraídos por el Padre. ¿Qué significa ser atraídos por el Padre, sino aprender del Padre? ¿Qué significa aprender del Padre, sino escuchar del Padre? ¿Qué significa escuchar del Padre, sino escuchar la Palabra del Padre, es decir, a mí? No sea que cuando os digo, Todo el que ha oído al Padre y ha aprendido, digáis entre vosotros, Pero nunca hemos visto al Padre; ¿cómo pudimos aprender del Padre? escuchadme a mí mismo: No es que alguien haya visto al Padre, sino aquel que es de Dios, él ha visto al Padre. Yo conozco al Padre, de Él soy: pero como la palabra de aquel de quien es la palabra; no lo que suena y pasa, sino lo que permanece con el que habla, y atrae al oyente.

10. Que lo que sigue os advierta: Amén, amén os digo, el que cree en mí, tiene vida eterna. Quiso revelarse a sí mismo qué era: pues pudo decir brevemente, El que cree en mí, me tiene. Porque Cristo mismo es el verdadero Dios y la vida eterna. Por tanto, el que cree en mí, dice, está en mí; y el que está en mí, me tiene. ¿Qué significa tenerme? Tener vida eterna. La vida

eterna asumió la muerte, la vida eterna quiso morir; pero de lo tuyo, no de lo suyo: tomó de ti, donde morir por ti. Porque de los hombres asumió carne, pero no al modo de los hombres. Pues teniendo al Padre en el cielo, eligió madre en la tierra: y allí nació sin madre, y aquí sin padre. Por tanto, la vida asumió la muerte, para que la vida matara la muerte. Porque el que cree en mí, dice, tiene vida eterna: no lo que se ve, sino lo que está oculto. Porque la vida eterna es la Palabra: en el principio estaba con Dios, y la Palabra era Dios y la vida era la luz de los hombres (Ibid. 2, 4). Él mismo, vida eterna, dio también a la carne asumida vida eterna. Vino a morir, pero al tercer día resucitó. Entre la Palabra que asume y la carne que resucita, la muerte en medio fue consumida.

11. Yo soy, dice, el pan de vida. ¿Y de qué se enorgullecían ellos? Vuestros padres, dice, comieron el maná en el desierto, y murieron. ¿De qué os enorgullecéis? Comieron el maná, y murieron. ¿Por qué comieron, y murieron? Porque lo que veían, creían: lo que no veían, no entendían. Por eso vuestros padres, porque sois semejantes a ellos. Pues en cuanto a esta muerte visible y corporal, ¿acaso no morimos nosotros que comemos el pan que desciende del cielo? Así murieron ellos, como nosotros moriremos; en cuanto a la muerte de este cuerpo visible y carnal. Pero en cuanto a aquella muerte, de la que el Señor aterra, en la que murieron los padres de ellos; comió maná Moisés, comió maná Aarón, comió maná Finees, comieron allí muchos que agradaron al Señor, y no murieron. ¿Por qué? Porque entendieron espiritualmente el alimento visible, espiritualmente tuvieron hambre, espiritualmente gustaron, para que espiritualmente se saciaran. Pues también nosotros hoy recibimos alimento visible: pero una cosa es el Sacramento, otra la virtud del Sacramento. ¿Cuántos reciben del altar y mueren, y al recibir mueren? De donde dice el Apóstol, Juicio come y bebe para sí (I Cor. XI, 29). Porque el bocado del Señor no fue veneno para Judas. Y sin embargo, lo recibió, y cuando lo recibió, el enemigo entró en él: no porque recibió algo malo, sino porque el malo recibió bien mal. Ved, pues, hermanos, comed el pan celestial espiritualmente, llevad inocencia al altar. Los pecados, aunque sean cotidianos, al menos no sean mortales. Antes de acercaros al altar, considerad lo que decís: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). Perdonas, se te perdonará: acércate seguro, es pan, no veneno. Pero mira si perdonas: porque si no perdonas, mientes, y mientes a aquel a quien no engañas. Puedes mentir a Dios, no puedes engañar a Dios. Él sabe lo que hace. Te ve dentro, te examina dentro, te observa dentro, te juzga dentro, dentro te condena o te corona. Pero los padres de ellos, es decir, los malos padres de los malos, los padres infieles de los infieles, los padres murmuradores de los murmuradores. Pues de ninguna cosa se dice que aquel pueblo ofendió más al Señor, que murmurando contra Dios. Por eso el Señor, queriendo mostrar que eran hijos de tales, comenzó con ellos: ¿Por qué murmuráis entre vosotros, murmuradores, hijos de murmuradores? Vuestros padres comieron maná, y murieron: no porque el maná fuera malo, sino porque lo comieron mal.

12. Este es el pan que desciende del cielo. Este pan significó el maná, este pan significó el altar de Dios. Aquellos fueron Sacramentos: en los signos son diferentes; en la realidad que significan son iguales. Escucha al Apóstol: No quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron el mar, y todos fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar, y todos comieron el mismo alimento espiritual. Espiritual ciertamente el mismo; pues corporalmente otro, porque ellos maná, nosotros otra cosa: espiritualmente, sin embargo, el mismo que nosotros. Pero nuestros padres, no los padres de ellos: a quienes somos semejantes, no a quienes ellos fueron semejantes. Y añade: Y todos bebieron la misma bebida espiritual. Otra cosa ellos, otra nosotros; pero en apariencia visible, que sin embargo significara lo mismo en virtud espiritual. ¿Cómo la misma bebida? Bebían, dice, de la roca espiritual que los seguía: y la roca era Cristo (I Cor. X, 1-4). De ahí el pan, de

ahí la bebida. La roca Cristo en signo, el verdadero Cristo en la Palabra y en la carne. ¿Y cómo bebieron? La roca fue golpeada con la vara dos veces (Num. XX, 11): el doble golpe significa los dos maderos de la cruz. Este es, por tanto, el pan que desciende del cielo, para que si alguno come de él, no muera. Pero en cuanto a la virtud del Sacramento, no en cuanto al Sacramento visible: quien come dentro, no fuera; quien come en el corazón, no quien aprieta con el diente.

13. Yo soy el pan vivo, que descendí del cielo. Por eso vivo, porque descendí del cielo. Del cielo descendió también el maná: pero el maná era sombra, este es la verdad. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre: y el pan que yo daré, es mi carne para la vida del mundo. ¿Cuándo podría la carne comprender esto, que dijo que el pan es carne? Se llama carne, lo que la carne no comprende: y por eso más no comprende la carne, porque se llama carne. Esto es lo que rechazaron, esto dijeron que era demasiado para ellos, esto pensaron que no podía hacerse. Mi carne es, dice, para la vida del mundo. Los fieles conocen el cuerpo de Cristo, si no descuidan ser el cuerpo de Cristo. Sean el cuerpo de Cristo, si quieren vivir del Espíritu de Cristo. Del espíritu de Cristo no vive, sino el cuerpo de Cristo. Entended, hermanos míos, lo que he dicho. Eres hombre, y tienes espíritu, y tienes cuerpo. Espíritu digo lo que se llama alma, por lo cual consta que eres hombre: pues constas de alma y cuerpo. Tienes, por tanto, espíritu invisible, cuerpo visible. Dime de qué vive cada uno: ¿tu espíritu vive de tu cuerpo, o tu cuerpo de tu espíritu? Responde todo el que vive: pero quien no puede responder esto, no sé si vive: ¿qué responde todo el que vive? Sin duda mi cuerpo vive de mi espíritu. ¿Quieres, pues, vivir también tú del Espíritu de Cristo? Está en el cuerpo de Cristo. ¿Acaso mi cuerpo vive de tu espíritu? El mío vive de mi espíritu, y el tuyo del tuyo. No puede vivir el cuerpo de Cristo, sino del Espíritu de Cristo. De ahí que explicando el apóstol Pablo este pan, Un pan, dice, un cuerpo somos muchos (I Cor. X, 17). ¡Oh Sacramento de piedad! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad! Quien quiera vivir, tiene donde vivir, tiene de qué vivir. Acérquese, crea, incorpórese, para que sea vivificado. No rehúya la unión de los miembros, no sea un miembro podrido que merezca ser cortado, no sea torcido del que se avergüence: sea hermoso, sea apto, sea sano; adhiera al cuerpo, viva de Dios en Dios: ahora trabaje en la tierra, para que después reine en el cielo.

14. Disputaban, por tanto, los judíos entre sí, diciendo: ¿Cómo puede este darnos su carne a comer? Disputaban ciertamente entre sí, porque no entendían el pan de la concordia, ni querían tomarlo: pues quienes comen tal pan, no disputan entre sí; porque un pan, un cuerpo somos muchos. Y por este hace Dios habitar a los de un mismo modo en la casa (Sal. LXVII, 7).

15. Pero lo que disputando entre sí preguntan, cómo puede el Señor dar su carne a comer, no lo oyen de inmediato: sino que aún se les dice, Amén, amén os digo, si no coméis la carne del Hijo del hombre, y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. ¿Cómo se come, y cuál es el modo de comer este pan, lo ignoráis; sin embargo, si no coméis la carne del Hijo del hombre, y bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. Esto no lo decía a cadáveres, sino a los vivos. Por lo tanto, para que no entendieran esta vida y disputaran sobre esto, añadió a continuación, El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna. Por tanto, no la tiene quien no come este pan, ni bebe esta sangre: pues la vida temporal sin él pueden tenerla los hombres, pero la eterna de ninguna manera pueden. Por tanto, quien no come su carne, ni bebe su sangre, no tiene vida en sí: y quien come su carne, y bebe su sangre, tiene vida. Pero a ambos responde lo que dijo, eterna. No es así en este alimento, que tomamos para sustentar esta vida temporal. Pues quien no lo toma, no vivirá: pero tampoco quien lo toma, vivirá. Porque puede suceder que por vejez, o enfermedad, o algún accidente, muchos que lo han tomado mueran. Pero en este alimento y bebida, es decir, en el cuerpo y sangre del Señor, no

es así. Pues quien no lo toma, no tiene vida: y quien lo toma, tiene vida, y esta ciertamente eterna. Por tanto, este alimento y bebida quiere que se entienda como la sociedad del cuerpo y miembros suyos, que es la santa Iglesia en los predestinados y llamados, y justificados, y glorificados santos, y fieles suyos. De los cuales lo primero ya se ha hecho, es decir, la predestinación: lo segundo y tercero se ha hecho, y se hace, y se hará, es decir, la vocación y justificación: lo cuarto ahora está en esperanza, pero en realidad será en el futuro, es decir, la glorificación. El Sacramento de esto, es decir, la unidad del cuerpo y sangre de Cristo en algún lugar diariamente, en algún lugar en ciertos intervalos de días se prepara en la mesa del Señor, y se toma de la mesa del Señor; para algunos para vida, para otros para destrucción: pero la realidad misma de la que es Sacramento, para todo hombre es para vida, para ninguno para destrucción, cualquiera que sea partícipe de ella.

16. Pero para que no pensaran que así en este alimento y bebida se promete la vida eterna, que quienes la tomaran, ya no morirían corporalmente; se dignó prevenir este pensamiento. Pues cuando dijo, El que come mi carne, y bebe mi sangre, tiene vida eterna; inmediatamente añadió, Y yo lo resucitaré en el último día. Para que tenga mientras tanto según el espíritu vida eterna en el descanso, que recibe a los espíritus de los santos: pero en cuanto al cuerpo, no se le prive de la vida eterna, sino en la resurrección de los muertos en el último día.

17. Porque mi carne, dice, verdaderamente es comida, y mi sangre verdaderamente es bebida. Pues cuando los hombres buscan en la comida y bebida no tener hambre, ni sed; esto verdaderamente no lo proporciona sino este alimento y bebida, que hace inmortales e incorruptibles a aquellos de quienes se toma, es decir, la misma sociedad de los santos, donde habrá paz y unidad plena y perfecta. Por eso, como también antes de nosotros lo entendieron los hombres de Dios, nuestro Señor Jesucristo encomendó su cuerpo y sangre en aquellas cosas que se reducen a una sola cosa de muchas. Pues una cosa se hace de muchos granos: otra cosa se hace de muchos racimos.

18. Finalmente, ya expone cómo se hace lo que dice, y qué es comer su cuerpo, y beber su sangre. El que come mi carne, y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Esto es, por tanto, comer aquel alimento, y beber aquella bebida, permanecer en Cristo, y tenerlo permaneciendo en uno. Por tanto, quien no permanece en Cristo, y en quien no permanece Cristo, sin duda ni come [espiritualmente] su carne, ni bebe su sangre, [aunque carnal y visiblemente presione con los dientes el Sacramento del cuerpo y sangre de Cristo:] sino que más bien come y bebe para sí el Sacramento de tan gran cosa para juicio, porque impuro se atrevió a acercarse a los Sacramentos de Cristo, que nadie toma dignamente, sino quien es puro; de los cuales se dice, Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8).

19. Como dice, el Padre viviente me envió, y yo vivo por el Padre; y quien me come, también vivirá por mí. No dijo: Como yo como al Padre, y yo vivo por el Padre; y quien me come, también vivirá por mí. Pues el Hijo no se hace mejor por la participación del Padre, quien nació igual; así como por la participación del Hijo, mediante la unidad de su cuerpo y sangre, que esa comida y bebida significan, nosotros nos hacemos mejores. Vivimos, por tanto, por él, comiéndolo; es decir, recibiendo de él la vida eterna, que no teníamos por nosotros mismos: pero él vive por el Padre, enviado por él; porque se anonadó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz (Filip. II, 8). Pues si entendemos, Vivo por el Padre, en el sentido de lo que dijo en otro lugar, El Padre es mayor que yo (Juan XIV, 28); así como nosotros vivimos por él, que es mayor que nosotros: esto se hizo porque fue enviado. Su envío es, en efecto, su auto-anonadamiento, y la aceptación de la forma de siervo: lo cual se

entiende correctamente, manteniendo también la igualdad de naturaleza del Hijo con el Padre. Pues el Padre es mayor que el hombre hijo, pero tiene al Hijo de Dios como igual: siendo él mismo tanto Dios como hombre, Hijo de Dios e hijo del hombre, un solo Cristo Jesús. Si estas palabras se entienden correctamente en este sentido, dijo así, Como el Padre viviente me envió, y yo vivo por el Padre; y quien me come, también vivirá por mí: como si dijera, Para que yo viva por el Padre, es decir, refiera mi vida a él como mayor, mi anonadamiento lo hizo, en el cual me envió; pero para que alguien viva por mí, lo hace la participación por la cual me come. Yo, por tanto, humillado, vivo por el Padre, él, elevado, vive por mí. Pero si se dijo así, Vivo por el Padre, porque él es de él, no él de él; se dijo sin detrimento de la igualdad. Sin embargo, al decir, y quien me come, también vivirá por mí, no significó la misma igualdad suya y nuestra; sino que mostró la gracia del mediador.

20. Este es el pan que descendió del cielo: para que al comerlo vivamos, porque no podemos tener vida eterna por nosotros mismos. No como, dice, comieron vuestros padres el maná, y murieron: quien come este pan, vivirá para siempre. Por tanto, lo que ellos murieron, quiere que se entienda así, que no vivan para siempre. Pues temporalmente también morirán aquellos que comen a Cristo: pero viven para siempre, porque Cristo es vida eterna.

TRACTATUS XXVII. Desde lo que está escrito, Dijo esto enseñando en la sinagoga en sábado en Cafarnaúm; hasta aquello, Porque él iba a entregarlo, siendo uno de los doce. Cap. VI, V. 60-72.

1. Hemos escuchado las palabras del Señor del Evangelio, que siguen al discurso anterior. De aquí se debe el discurso a vuestros oídos y mentes, y no es inoportuno para el día de hoy: pues es sobre el cuerpo del Señor, que decía que daría para comer por la vida eterna. Expuso, además, el modo de esta atribución y de su don, cómo daría su carne para comer, diciendo, Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él (Juan VI, 57). La señal de que ha comido y bebido es esta, si permanece y es permanecido, si habita y es habitado, si se adhiere para no ser abandonado. Esto, por tanto, nos enseñó y advirtió con palabras místicas, para que estemos en su cuerpo bajo él como cabeza en sus miembros, comiendo su carne, no abandonando su unidad. Pero muchos de los presentes, al no entender, se escandalizaron: pues no pensaban al escuchar estas cosas, sino en la carne, que ellos mismos eran. Sin embargo, el Apóstol dice, y dice la verdad, Pensar según la carne es muerte (Rom. VIII, 6). El Señor nos da su carne para comer, y pensar según la carne es muerte; aunque de su carne dice, porque allí está la vida eterna. Por tanto, no debemos pensar en la carne según la carne, como en estas palabras:

2. Muchos, por tanto, al oír; no de sus enemigos, sino de sus discípulos, dijeron: Dura es esta palabra; ¿quién puede escucharla? Si los discípulos encontraron duro este discurso, ¿qué los enemigos? Y sin embargo, era necesario que se dijera así, lo que no sería entendido por todos. El secreto de Dios debe hacer atentos, no adversos. Sin embargo, estos pronto desfallecieron, mientras el Señor Jesús hablaba tales cosas: no creyeron en alguien que decía algo grande, y cubría con sus palabras alguna gracia; sino que entendieron como quisieron, y a la manera de los hombres, porque Jesús podía, o Jesús disponía, la carne porque el Verbo estaba vestido, distribuirla como cortada a los que creían en él. Dura es, dicen, esta palabra; ¿quién puede escucharla?

3. Pero Jesús, sabiendo en sí mismo que sus discípulos murmuraban de él. Pues así lo dijeron entre ellos, para que no fueran escuchados por él; pero él, que los conocía en sí mismos, escuchando en sí mismo, respondió, y dijo, ¿Esto os escandaliza: porque dije, Mi carne os doy para comer, y mi sangre para beber, esto os escandaliza? ¿Y si vierais al Hijo del hombre

ascendiendo donde estaba antes? ¿Qué es esto? ¿Resolvió desde aquí lo que los había movido? ¿Desde aquí abrió de donde se habían escandalizado? Desde aquí claramente, si entendieran. Pues ellos pensaban que él iba a distribuir su cuerpo; pero él dijo que iba a ascender al cielo, ciertamente íntegro. Cuando vierais al Hijo del hombre ascendiendo donde estaba antes; ciertamente al menos entonces veréis que no de la manera que pensáis, distribuye su cuerpo; ciertamente al menos entonces entenderéis que su gracia no se consume en mordiscos.

4. Y dijo: El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada. Antes de que expliquemos esto, como el Señor lo concede, no debe pasarse por alto negligentemente lo que dijo, ¿Y si vierais al Hijo del hombre ascendiendo donde estaba antes? Pues el Hijo del hombre es Cristo, nacido de la virgen María. Por tanto, el hijo del hombre comenzó a estar aquí en la tierra, donde asumió carne de la tierra. Por eso se dijo proféticamente, La verdad brotó de la tierra (Salmo LXXXIV, 12). ¿Qué significa entonces lo que dijo, Cuando vierais al Hijo del hombre ascendiendo donde estaba antes? Pues no habría ninguna cuestión si hubiera dicho así, Si vierais al Hijo de Dios ascendiendo donde estaba antes; pero cuando dijo al Hijo del hombre ascendiendo donde estaba antes, ¿acaso el Hijo del hombre estaba en el cielo antes, cuando comenzó a estar en la tierra? Aquí ciertamente dijo, donde estaba antes, como si entonces no estuviera allí cuando decía estas cosas. Pero en otro lugar dijo, Nadie ha ascendido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo (Juan III, 13): no dijo, estaba, sino, el Hijo, dijo, del hombre que está en el cielo. Hablaba en la tierra, y decía que estaba en el cielo. Y no dijo así: Nadie ha ascendido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo de Dios, que está en el cielo. ¿A qué se refiere, sino a que entendamos, lo que también en el discurso anterior recomendé a vuestra Caridad, que Cristo es una sola persona, Dios y hombre, no dos; para que nuestra fe no sea una Trinidad, sino una cuaternidad? Cristo, por tanto, es uno: Verbo, alma y carne un solo Cristo: Hijo de Dios e hijo del hombre un solo Cristo. Hijo de Dios siempre, hijo del hombre desde el tiempo; sin embargo, un solo Cristo según la unidad de la persona. Estaba en el cielo, cuando hablaba en la tierra. Así estaba el hijo del hombre en el cielo, como el Hijo de Dios estaba en la tierra; el Hijo de Dios en la tierra en la carne asumida, el hijo del hombre en el cielo en la unidad de la persona.

5. ¿Qué es entonces lo que añade, El espíritu es el que da vida, la carne no aprovecha para nada? Digámosle (pues nos permite no contradecir, sino desear conocer): Oh Señor, buen maestro, ¿cómo la carne no aprovecha para nada, cuando tú dijiste, Si alguno no come mi carne, y bebe mi sangre, no tendrá vida en sí? ¿Acaso la vida no aprovecha para nada? ¿Y para qué somos lo que somos, sino para tener vida eterna, que prometes con tu carne? ¿Qué es entonces, no aprovecha para nada la carne? No aprovecha para nada, pero como ellos entendieron: pues entendieron la carne como se desgarra en un cadáver, o se vende en el mercado, no como se vivifica por el espíritu. Por tanto, se dijo así, La carne no aprovecha para nada; como se dijo, La ciencia hincha. ¿Debemos entonces odiar la ciencia? De ninguna manera. ¿Y qué es, La ciencia hincha? Sola, sin caridad: por eso añadió, Pero la caridad edifica (I Cor. VIII, 1). Añade, por tanto, caridad a la ciencia, y la ciencia será útil; no por sí misma, sino por la caridad. Así también ahora, la carne no aprovecha para nada, pero sola carne: que el espíritu se una a la carne, como se une la caridad a la ciencia, y aprovechará mucho. Pues si la carne no aprovechara nada, el Verbo no se haría carne, para habitar en nosotros. Si por la carne Cristo nos aprovechó mucho, ¿cómo la carne no aprovecha para nada? Pero por la carne el Espíritu hizo algo para nuestra salvación. La carne fue un vaso; atiende a lo que contenía, no a lo que era. Los apóstoles fueron enviados; ¿acaso su carne no nos aprovechó nada? Si la carne de los apóstoles nos aprovechó, ¿pudo la carne del Señor no

aprovechar nada? ¿De dónde nos viene el sonido de la palabra, sino por la voz de la carne? ¿De dónde el estilo, de dónde la escritura? Todas estas son obras de la carne, pero actuando el espíritu como su instrumento. El espíritu, por tanto, es el que da vida, pero la carne no aprovecha para nada: como ellos entendieron la carne, no así yo doy mi carne para comer.

6. Por tanto, Las palabras, dice, que os he hablado, son espíritu y vida. Pues dijimos, hermanos, que el Señor recomendó esto en la comida de su carne y la bebida de su sangre, para que permanezcamos en él, y él en nosotros. Pero permanecemos en él, cuando somos sus miembros: y él permanece en nosotros, cuando somos su templo. Para que seamos sus miembros, la unidad nos une. ¿Qué hace la unidad, sino la caridad? ¿Y de dónde la caridad de Dios? Pregunta al apóstol: La caridad de Dios, dice, ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Por tanto, el espíritu es el que da vida: pues el espíritu hace miembros vivos. Ni el espíritu hace miembros vivos, sino aquellos que encuentra en el cuerpo que el mismo espíritu vivifica. Pues el espíritu que está en ti, oh hombre, por el cual existes para ser hombre, ¿acaso vivifica un miembro que encuentra separado de tu carne? Me refiero a tu espíritu, tu alma: tu alma no vivifica sino los miembros que están en tu carne; si quitas uno, ya no es vivificado por tu alma, porque no está unido a la unidad de tu cuerpo. Estas cosas se dicen para que amemos la unidad, y temamos la separación. Pues nada debe temer tanto el cristiano, como ser separado del cuerpo de Cristo. Pues si se separa del cuerpo de Cristo, no es su miembro; si no es su miembro, no es vivificado por su Espíritu: Pero si alguno, dice el apóstol, no tiene el Espíritu de Cristo, este no es de él (Id. VIII, 9). El espíritu, por tanto, es el que da vida, pero la carne no aprovecha para nada. Las palabras que os he hablado, son espíritu y vida. ¿Qué es, son espíritu y vida? Deben ser entendidas espiritualmente. ¿Entendiste espiritualmente? son espíritu y vida. ¿Entendiste carnalmente? aun así son espíritu y vida, pero no para ti.

7. Pero hay algunos, dice, entre vosotros que no creen. No dijo, Hay algunos entre vosotros que no entienden; sino que dijo la causa por la cual no entienden. Pues hay algunos entre vosotros que no creen; y por eso no entienden, porque no creen. Pues el profeta dijo, Si no creéis, no entenderéis (Isaías VII, 9, según LXX). Por la fe nos unimos, por el entendimiento somos vivificados. Primero adhirámonos por la fe, para que haya algo que sea vivificado por el entendimiento. Pues quien no adhiere, resiste; quien resiste, no cree. Pues quien resiste, ¿cómo es vivificado? Es adversario al rayo de luz, por el cual debe ser penetrado: no aparta la mirada, sino que cierra la mente. Hay, por tanto, algunos que no creen. Crean y abran, abran y serán iluminados. Pues Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que creían, y quién lo iba a entregar. Pues allí estaba también Judas. Pues algunos se escandalizaron: pero él permaneció para acechar, no para entender. Y porque permaneció por eso, el Señor no guardó silencio sobre él. No lo expresó, pero tampoco lo calló; para que todos temieran, aunque uno pereciera. Pero después de que dijo y distinguió a los creyentes de los no creyentes, expresó la causa por la cual no creen: Por eso os he dicho, dice, que nadie puede venir a mí, si no le es dado por mi Padre. Por tanto, también se nos da creer: pues no es nada creer. Si, sin embargo, es algo grande, alégrate porque creíste, pero no te ensalces: ¿qué tienes que no hayas recibido (I Cor. IV, 7)?

8. Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y ya no andaban con él. Se volvieron atrás, pero tras Satanás, no tras Cristo. Pues alguna vez el Señor Cristo llamó a Pedro Satanás, más porque quería preceder a su Señor, y aconsejarle que no muriera aquel que había venido para morir, para que no muriéramos eternamente; y le dijo: Vuelve tras de mí, Satanás; porque no entiendes las cosas de Dios, sino las de los hombres (Mat. XVI, 23). No lo rechazó para que fuera tras Satanás, y lo llamó Satanás; sino que lo hizo ir tras él, para que no fuera Satanás caminando tras el Señor. Pero estos se volvieron atrás, como de algunas

mujeres dice el apóstol: Pues algunas se han vuelto atrás tras Satanás (I Tim. V, 15). Ya no andaban con él. He aquí cortados del cuerpo perdieron la vida, porque tal vez ni siquiera estaban en el cuerpo. Entre los no creyentes también deben ser contados, aunque se les llamara discípulos. Se volvieron atrás, no pocos, sino muchos. Esto tal vez sucedió para consuelo, ya que alguna vez sucede que un hombre dice la verdad, y lo que dice no se entiende, y aquellos que escuchan se escandalizan y se van. Pero el hombre se arrepiente de haber dicho lo que es verdad: pues dice el hombre para sí, No debí decir así, no debí decir esto. He aquí le sucedió al Señor; dijo, y perdió a muchos, quedó con pocos. Pero él no se turbaba, porque desde el principio sabía quiénes eran los creyentes y quiénes no creyentes: nosotros si nos sucede, nos perturbamos. Encontremos consuelo en el Señor, y sin embargo hablemos las palabras con cautela.

9. Y él a los pocos que quedaron: Dijo entonces Jesús a los doce; es decir, a esos doce que quedaron: ¿Acaso también vosotros queréis iros? Tampoco Judas se fue. Pero por qué permanecía, ya le aparecía al Señor; a nosotros después se nos manifestó. Respondió Pedro por todos, uno por muchos, la unidad por todos: Respondió entonces Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Nos alejas de ti, danos otro tú. ¿A quién iremos? Si nos alejamos de ti, ¿a quién iremos? Palabras de vida eterna tienes. Ved cómo Pedro, dado por Dios, recreado por el Espíritu Santo, entendió. ¿De dónde, sino porque creyó? Palabras de vida eterna tienes. Pues tienes vida eterna en la administración de tu cuerpo y sangre. Y nosotros hemos creído, y hemos conocido. No hemos conocido, y hemos creído, sino que hemos creído, y hemos conocido. Pues hemos creído para conocer: pues si quisiéramos primero conocer, y luego creer, ni conocer ni creer podríamos. ¿Qué hemos creído, y qué hemos conocido? Que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios; es decir, que tú mismo eres la vida eterna, y no das en tu carne y sangre sino lo que eres.

10. Dijo entonces el Señor Jesús: ¿No os elegí yo a vosotros doce, y uno de vosotros es un diablo? Entonces, ¿diría que elegí a once: o es elegido también el diablo, y entre los elegidos está el diablo? Los elegidos suelen ser mencionados con alabanza: ¿o es elegido también aquel de quien, sin quererlo ni saberlo, se haría algo grande y bueno? Esto es propio de Dios; lo contrario a los inicuos. Pues así como los inicuos usan mal las buenas obras de Dios; así, al contrario, Dios usa bien las malas obras de los hombres inicuos. ¡Qué bueno es que los miembros del cuerpo estén dispuestos de tal manera que no puedan ser ordenados sino por el artífice Dios! ¿Qué mal uso hace la petulancia de los ojos? ¿Qué mal uso hace la falacia de la lengua? ¿No es cierto que el falso testigo primero asesina con su lengua su propia alma, y luego intenta herir a otro con su propia destrucción? Usa mal la lengua, pero no por eso la lengua es mala: la lengua es obra de Dios, pero esa maldad usa mal la buena obra de Dios. ¿Cómo usan los pies los que corren hacia el crimen? ¿Cómo usan las manos los homicidas? ¿Y qué mal uso hacen los malos de las buenas criaturas de Dios que les rodean externamente? Corrompen los juicios con oro, oprimen a los inocentes. Los malos usan mal esta luz: pues viviendo mal, incluso la misma luz con la que ven, la usurpan para el servicio de sus crímenes. Pues el malvado, para hacer algo malo, quiere que le alumbre la luz para no tropezar, quien ya ha tropezado y caído en su interior: lo que teme en el cuerpo, ya lo ha incurrido en el corazón. Por tanto, el malvado usa mal todos los bienes de Dios, para no alargarnos enumerándolos uno por uno: al contrario, el bueno usa bien los males de los hombres malos. ¿Y qué hay tan bueno como un solo Dios? Pues el mismo Señor dijo: Nadie es bueno sino solo Dios (Marcos 10, 18). Cuanto mejor es Él, tanto mejor usa también nuestros males. ¿Qué hay peor que Judas? Entre todos los que se adherían al Maestro, entre los doce, le fueron confiados los dineros y la distribución de los pobres: ingrato por tan gran beneficio, por tan gran honor, recibió dinero, perdió la justicia: entregó la vida estando

muerto; a quien como discípulo siguió, como enemigo persiguió. Todo esto es el mal de Judas; pero el Señor usó bien su mal. Soportó ser entregado para redimirnos. He aquí el mal de Judas convertido en bien. ¿Cuántos mártires ha perseguido Satanás? Si Satanás cesara de perseguir, hoy no celebraríamos la tan gloriosa corona de San Lorenzo. Si, pues, Dios usa bien las malas obras del mismo diablo: lo que hace el malvado, usando mal, se daña a sí mismo; no contradice a la bondad de Dios. El artífice lo usa; y el gran artífice, si no supiera usarlo, no le permitiría existir. Por tanto, uno de vosotros es un diablo, dice, aunque yo os elegí a los doce. Puede también entenderse así lo que dice, elegí a los doce, porque el número es sagrado. Pues no porque uno de ellos pereció, por eso se quitó el honor de ese número: pues en lugar del que pereció, fue subrogado otro (Hechos 1, 26). Permaneció el número consagrado, el número duodenario; porque por todo el mundo, esto es, por los cuatro puntos cardinales del mundo, iban a anunciar la Trinidad. Por eso, tres veces cuatro. Así que Judas se exterminó a sí mismo, no violó el número duodenario: él abandonó al preceptor, pues Dios le puso un sucesor.

11. Todo esto que el Señor habló sobre su carne y su sangre, y que en la gracia de su distribución nos prometió la vida eterna, y que quiso que se entendiera de aquí a los comedores y bebedores de su carne y sangre, para que permanezcan en Él y Él en ellos, y lo que no entendieron los que no creyeron, y lo que escandalizó a los que saboreaban las cosas espirituales carnalmente, y que a los escandalizados y perecientes, el Señor asistió con consuelo a los discípulos que permanecieron, a quienes para probarlos preguntó: ¿Acaso también vosotros queréis iros? para que la respuesta de su permanencia nos fuera conocida; pues Él sabía que permanecían: todo esto, por tanto, nos sirva, amadísimos, para que no comamos la carne de Cristo y bebamos la sangre de Cristo solo en el Sacramento, lo cual hacen también muchos malos; sino que comamos y bebamos hasta la participación del espíritu, para que permanezcamos en el cuerpo del Señor como miembros, para que seamos vivificados por su espíritu, y no nos escandalicemos, aunque muchos ahora coman y beban con nosotros temporalmente los Sacramentos, quienes al final tendrán tormentos eternos. Pues ahora el cuerpo de Cristo está mezclado como en la era: pero el Señor conoce a los que son suyos (II Timoteo 2, 19). Si tú sabes qué trillas, porque allí está la masa latente, y la trilla no consume lo que la ventilación purgará; estamos seguros, hermanos, de que todos los que estamos en el cuerpo del Señor, y permanecemos en Él, para que Él también permanezca en nosotros, en este siglo tenemos que vivir entre los malos hasta el fin. No digo entre aquellos malos que blasfeman de Cristo: pues ya son raros los que se encuentran que blasfeman con la lengua, pero muchos que blasfeman con la vida. Es necesario, por tanto, que vivamos entre ellos hasta el fin.

12. Pero, ¿qué significa lo que dice: El que permanece en mí, y yo en él (Juan 6, 57, y 15, 5)? ¿Qué, sino lo que oían los mártires: El que persevere hasta el fin, éste será salvo (Mateo 24, 13)? ¿Cómo permaneció en Él San Lorenzo, cuya fiesta celebramos hoy? Permaneció hasta la tentación, permaneció hasta la interrogación tiránica, permaneció hasta la amenaza más acerba, permaneció hasta la muerte: poco es, permaneció hasta la tortura inhumana. Pues no fue muerto rápidamente, sino que fue torturado en el fuego: se le permitió vivir mucho tiempo; más bien, no se le permitió vivir mucho tiempo, sino que fue obligado a morir lentamente. En esa larga muerte, en esos tormentos, porque había comido bien y bebido bien, como engordado con aquel alimento y embriagado con aquel cáliz, no sintió los tormentos. Pues allí estaba quien dijo: El espíritu es el que da vida. La carne ardía, pero el espíritu vivificaba el alma. No cedió, y sucedió en el reino. Pero el mártir San Sixto le había dicho, cuyo día celebramos hace cinco días: «No te aflijas, hijo.» Pues él era obispo, éste diácono. «No te aflijas, dijo; me seguirás después de tres días.» Tres días dijo entre el día de la pasión

de San Sixto y el día de la pasión de San Lorenzo. Tres días es el medio. ¡Oh consuelo! no dijo, No te aflijas, hijo; cesará la persecución, y estarás seguro: sino, No te aflijas; a donde yo precedo, tú seguirás; y tu seguimiento no se diferirá: tres días será el medio, y estarás conmigo. Recibió el oráculo, venció al diablo, llegó al triunfo.

TRACTATUS XXVIII. Desde el lugar del Evangelio, Y después de esto Jesús andaba por Galilea; hasta, Sin embargo, nadie hablaba abiertamente de él, por miedo a los judíos. Cap. VII, V. 1-13.

1. En este capítulo del Evangelio, hermanos, nuestro Señor Jesucristo se recomendó mucho a nuestra fe según el hombre. Pues siempre hace esto con sus palabras y hechos, para que se crea que es Dios y hombre: Dios que nos hizo, hombre que nos buscó; Dios siempre con el Padre, hombre con nosotros desde el tiempo. Pues no buscaría a quien hizo, si no se hiciera él mismo lo que hizo. Pero recordad esto, y no dejéis que se aleje de vuestros corazones, que Cristo se hizo hombre, sin dejar de ser Dios. Permaneciendo Dios tomó al hombre, quien hizo al hombre. Por tanto, cuando se ocultó como hombre, no se debe pensar que perdió el poder, sino que ofreció un ejemplo a nuestra debilidad. Pues cuando quiso fue detenido, cuando quiso fue muerto. Pero como iban a ser sus miembros, es decir, sus fieles, quienes no tendrían aquel poder que tenía él mismo nuestro Dios; lo que se ocultaba, lo que se ocultaba como si no fuera a ser muerto, esto indicaba que iban a hacer sus miembros, en los cuales ciertamente él mismo estaba. Pues no es Cristo en la cabeza y no en el cuerpo, sino Cristo todo en la cabeza y en el cuerpo. Por tanto, lo que sus miembros, él mismo: pero lo que él, no inmediatamente sus miembros. Pues si no fueran sus miembros, no diría: Saulo, ¿por qué me persigues? (Hechos 9, 4). Pues Saulo no perseguía a él mismo, sino a sus miembros, es decir, a sus fieles, en la tierra. Sin embargo, no quiso decir, mis santos, mis siervos; finalmente, más honorablemente, mis hermanos: sino, A mí, es decir, mis miembros, de los cuales yo soy la cabeza.

2. Dicho esto, creo que no vamos a tener dificultades en este capítulo que se ha leído ahora: pues a menudo se ha significado en la cabeza, lo que iba a suceder en el cuerpo. Después de esto, dice, Jesús andaba por Galilea: pues no quería andar por Judea, porque los judíos buscaban matarlo. Esto es lo que dije; ofrecía un ejemplo a nuestra debilidad. No había perdido el poder, sino que consolaba nuestra fragilidad. Pues iba a suceder, como dije, que algún fiel suyo se ocultara, para no ser encontrado por los perseguidores; y para que no se le reprochara como un crimen el escondite, precedió en la cabeza lo que se confirmaría en el miembro. Pues así se dijo, No quería andar por Judea, porque los judíos buscaban matarlo: como si Cristo no pudiera andar entre los judíos, y no ser muerto por los judíos. Pues mostró este poder cuando quiso: pues cuando ya iban a apresarlo para que sufriera, les dijo, ¿A quién buscáis? Respondieron: A Jesús. Y él: Yo soy; no ocultándose, sino manifestándose. Sin embargo, ante esa manifestación no se mantuvieron, sino que retrocediendo cayeron (Juan 18, 4-6). Y sin embargo, porque había venido a sufrir, se levantaron, lo apresaron, lo llevaron ante el juez, y lo mataron. Pero, ¿qué hicieron? Lo que dice cierta Escritura, La tierra fue entregada en manos del impío (Job 9, 24): la carne fue dada en poder de los judíos. Y esto para que, como si fuera un saco, se rasgara, de donde manara nuestro precio.

3. Estaba cerca la fiesta de los judíos de los Tabernáculos. Quienes han leído las Escrituras saben qué es la fiesta de los Tabernáculos. Hacían en la fiesta tabernáculos, a semejanza de los tabernáculos en los que habitaron cuando fueron sacados de Egipto y peregrinaron en el desierto. Esta era la fiesta, una gran solemnidad. Celebraban esto los judíos, como recordando los beneficios del Señor, quienes iban a matar al Señor. En esta fiesta (pues eran varios días festivos; así se llamaba entre los judíos día festivo, no siendo un solo día, sino varios)

hablaron los hermanos de él al Señor Cristo. Hermanos de él, entendedlo así, como sabéis: pues no es nuevo lo que oís. Los consanguíneos de la virgen María, eran llamados hermanos del Señor. Pues era costumbre de las Escrituras, llamar hermanos a cualesquiera consanguíneos y parientes cercanos, y fuera de nuestro uso, no como nosotros hablamos. Pues ¿quién llama hermanos al tío y al hijo de la hermana? Sin embargo, la Escritura también llama hermanos a tales parentescos. Pues Abraham y Lot son llamados hermanos, siendo Abraham tío de Lot (Génesis 11, 27, 31, 13, 8, y 14, 14): y Labán y Jacob son llamados hermanos, siendo Labán tío de Jacob (Génesis 28, 2, y 29, 10, 15). Por tanto, cuando oís hermanos del Señor, pensad en la consanguinidad de María, no en alguna descendencia de nuevo parida. Pues así como en el sepulcro donde fue puesto el cuerpo del Señor, ni antes ni después yació muerto; así el útero de María ni antes ni después concibió algo mortal.

4. Hemos dicho quiénes eran los hermanos; escuchemos qué dijeron. Pasa de aquí, y ve a Judea, para que también tus discípulos vean las obras que haces. Las obras del Señor no estaban ocultas a los discípulos, pero sí a estos. Pues estos hermanos, es decir, consanguíneos, pudieron tener a Cristo como consanguíneo, pero por esa misma cercanía lo despreciaron para creer en él. Se dijo en el Evangelio: pues no nos atrevemos a opinar esto, lo habéis oído ahora. Añaden, y aconsejan: Pues nadie hace algo en secreto, y él mismo busca estar en público: si haces estas cosas, manifiéstate al mundo. Y enseguida: Pues ni siquiera sus hermanos creían en él. ¿Por qué no creían en él? Porque buscaban la gloria humana. Pues también lo que parecen aconsejarle los hermanos, es por su gloria: Haces maravillas, date a conocer; es decir, aparece a todos, para que puedas ser alabado por todos. Hablaba la carne a la carne: pero carne sin Dios, a la carne con Dios. Pues hablaba la prudencia de la carne al Verbo que se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan 1, 14).

5. ¿Qué responde el Señor a esto? Entonces Jesús les dice: Mi tiempo aún no ha llegado, pero vuestro tiempo siempre está preparado. ¿Qué es esto? ¿No había llegado aún el tiempo de Cristo? Entonces, ¿por qué vino Cristo, si su tiempo aún no había llegado? ¿No hemos oído al Apóstol decir, Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo (Gálatas 4, 4)? Si, pues, en la plenitud del tiempo fue enviado; cuando debía fue enviado, cuando convenía vino: ¿qué significa, Mi tiempo aún no ha llegado? Entended, hermanos, con qué ánimo le hablaban, quienes parecían aconsejarle como a su hermano. Le daban consejo para conseguir gloria, como aconsejándole secularmente y con afecto terrenal, para que no fuera ignoto y se ocultara: lo que, por tanto, dice el Señor, Mi tiempo aún no ha llegado, les respondió a ellos que le aconsejaban sobre la gloria, Mi tiempo de gloria aún no ha llegado. Ved cuán profundo es: ellos le aconsejaban sobre la gloria, pero él quiso que la altura precediera con humildad, y que por la misma humildad se allanara el camino hacia la altura. Pues también aquellos discípulos ciertamente buscaban la gloria, quienes querían sentarse uno a su derecha, y otro a su izquierda: atendían a dónde, y no veían por dónde; el Señor los llamó de nuevo al camino para que llegaran ordenadamente a la patria. Pues la patria es excelsa, el camino es humilde. La patria es la vida de Cristo, el camino es la muerte de Cristo: la patria es la mansión de Cristo, el camino es la pasión de Cristo. Quien rehúsa el camino, ¿qué busca la patria? De hecho, a ellos les respondió esto, buscando la altura: ¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber? (Mateo 20, 21, 22). He aquí por dónde se llega a la altura que deseáis. Pues mencionaba el cáliz de la humildad y la pasión.

6. Por tanto, aquí también, Mi tiempo aún no ha llegado; pero vuestro tiempo, es decir, la gloria del mundo, siempre está preparada. Este es el tiempo del que en la profecía habla Cristo, es decir, el cuerpo de Cristo: Cuando tome el tiempo, yo juzgaré con justicia (Salmo 74, 3). Pues ahora no es tiempo de juzgar, sino de tolerar a los inicuos. Que, por tanto, ahora el cuerpo de Cristo soporte, y tolere la iniquidad de los que viven mal. Sin embargo, tenga

justicia ahora, antes de tener juicio: pues por la justicia llegará al juicio. Pues a los miembros que toleran la iniquidad de este siglo, ¿qué dice la Escritura santa en el Salmo? No rechazará el Señor a su pueblo. Pues su pueblo sufre entre los indignos, entre los inicuos, entre los blasfemos, entre los murmuradores, detractores, perseguidores, y si pueden, asesinos. Sufre ciertamente; pero no rechazará el Señor a su pueblo, y no abandonará su heredad, hasta que la justicia se convierta en juicio (Salmo 93, 14, 15). Hasta que la justicia que ahora está en sus santos, se convierta en juicio; cuando se cumpla lo que se les dijo, Os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mateo 19, 28). El Apóstol tenía justicia, pero aún no aquel juicio del que dice, ¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? (1 Corintios 6, 3). Sea, pues, ahora tiempo de vivir justamente, después será tiempo de juzgar a los que vivieron mal. Hasta que la justicia, dice, se convierta en juicio. Este será el tiempo del juicio, del que el Señor dijo ahora, Mi tiempo aún no ha llegado. Pues será tiempo de gloria, para que quien vino en humildad, venga en altura. Quien vino para ser juzgado, vendrá para juzgar: quien vino para ser muerto por los muertos, vendrá para juzgar a los vivos y a los muertos. Dios, dice el Salmo, vendrá manifiesto, nuestro Dios y no callará (Salmo 49, 3). ¿Qué significa, vendrá manifiesto? Porque vino oculto. Entonces no callará: pues cuando vino oculto fue llevado como oveja al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila no abrió su boca (Isaías 53, 7). Vendrá y no callará. Callé, dice, ¿acaso callaré siempre? (Isaías 42, 14, según LXX).

7. ¿Qué es necesario para aquellos que poseen justicia? Lo que se lee en ese mismo salmo: "Hasta que la justicia se convierta en juicio; y todos los rectos de corazón la posean". Quizás se pregunten quiénes son los rectos de corazón. Los encontramos en la Escritura como aquellos que soportan los males del mundo y no acusan a Dios. Miren, hermanos; esta es un ave rara de la que hablo. De alguna manera, cuando algo malo le sucede a una persona, corre a acusar a Dios, cuando debería acusarse a sí misma. Cuando haces algo bueno, te alabas; cuando sufres algo malo, acusas a Dios. Esto es, por tanto, un corazón torcido, no recto. Si te corriges de esta distorsión y maldad, se convertirá en lo contrario de lo que hacías. Antes, ¿qué hacías? Te alababas en los bienes de Dios, acusabas a Dios en tus males; con el corazón convertido y recto, alabarás a Dios en sus bienes, te acusarás a ti mismo en tus males. Estos son los rectos de corazón. Finalmente, aquel que aún no tenía el corazón recto, a quien le disgustaba la felicidad de los malos y el trabajo de los buenos, dijo corregido: "¡Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón! Pero en cuanto a mí, cuando no tenía el corazón recto, casi se deslizaron mis pies, por poco resbalaron mis pasos. ¿Por qué? Porque envidié a los pecadores, viendo la paz de los pecadores" (Salmo 72, 1-3). Vi, dice, a los malos felices, y me disgustó Dios; pues quería que Dios no permitiera que los malos fueran felices. Que el hombre entienda: Dios nunca lo permite; pero el malvado se considera feliz porque se ignora qué es la felicidad. Seamos, por tanto, rectos de corazón: el tiempo de nuestra gloria aún no ha llegado. Dígase a los amantes de este mundo, como eran los hermanos del Señor: "Vuestro tiempo siempre está preparado; nuestro tiempo aún no ha llegado". Atrevámonos a decir esto también nosotros. Y puesto que somos el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, puesto que somos sus miembros, puesto que reconocemos con gratitud a nuestro cabeza, digamos absolutamente; porque por nosotros también él se dignó decir esto. Cuando los amantes de este mundo nos insultan, digámosles: "Vuestro tiempo siempre está preparado; nuestro tiempo aún no ha llegado". Porque el Apóstol nos dijo: "Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. ¿Cuándo vendrá nuestro tiempo? Cuando Cristo, dice, aparezca, vuestra vida, entonces también vosotros apareceréis con él en gloria" (Colosenses 3, 3-4).

8. ¿Qué añade después? "El mundo no puede odiaros". ¿Qué significa esto, sino que el mundo no puede odiar a sus amantes, a los falsos testigos? Porque decís que son buenos lo que son malos, y malos lo que son buenos. "A mí, en cambio, me odia, porque doy testimonio de él, que sus obras son malas. Subid vosotros a esta fiesta". ¿Qué significa "esta"? Donde buscáis la gloria humana. ¿Qué significa "esta"? Donde queréis extender los gozos carnales, no pensar en los eternos. "Yo no subo a esta fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido". En esta fiesta buscáis la gloria humana; mi tiempo, es decir, mi gloria, aún no ha llegado. Ese será mi día festivo, no precedido y pasado por estos días, sino permaneciendo para siempre: esa será la festividad, el gozo sin fin, la eternidad sin mancha, la serenidad sin nube. Después de decir esto, permaneció en Galilea. Pero cuando sus hermanos subieron, entonces él también subió a la fiesta; no abiertamente, sino como en secreto. Por eso no subió a esta fiesta, porque no quería gloriarse temporalmente, sino enseñar algo saludable, corregir a los hombres, advertir sobre la fiesta eterna, desviar el amor de este mundo y convertirlo en Dios. ¿Qué significa, entonces, que subió a la fiesta como en secreto? Esto tampoco es sin propósito del Señor. Me parece, hermanos, que incluso aquí, al subir como en secreto, quiso significar algo: pues las consecuencias enseñarán que subió en medio de la fiesta, es decir, en medio de esos días, para enseñar también abiertamente. Pero dijo "como en secreto" para no mostrarse a los hombres. No es sin propósito que Cristo subió en secreto a la fiesta, porque él estaba oculto en esa fiesta. Aún lo que dije está en secreto. Que se manifieste, se quite el velo, y aparezca lo que estaba oculto.

9. Todo lo que se dijo al antiguo pueblo de Israel en la múltiple escritura de la santa Ley, lo que debían hacer ya sea en sacrificios, en sacerdocios, en días festivos, y en cualquier cosa con la que adoraban a Dios, todo lo que se les dijo y ordenó, eran sombras de lo que estaba por venir. ¿De qué cosas futuras? Las que se cumplen en Cristo. De donde dice el Apóstol: "Porque todas las promesas de Dios son en él" (2 Corintios 1, 20): es decir, en él se han cumplido. Luego dice en otro lugar: "Todo les sucedía en figura; y está escrito para nosotros, a quienes ha llegado el fin de los siglos" (1 Corintios 10, 11). Dijo también en otro lugar: "Porque el fin de la Ley es Cristo" (Romanos 10, 4). Y en otro lugar: "Nadie os juzgue en comida, o en bebida, o en parte de día festivo, o de luna nueva, o de sábados, que es sombra de lo que ha de venir" (Colosenses 2, 16-17). Si, por tanto, todas esas cosas eran sombras de lo que estaba por venir; también la Fiesta de los Tabernáculos era sombra de lo que estaba por venir. Busquemos, entonces, de qué futuro era sombra esta fiesta. Expliqué qué era la Fiesta de los Tabernáculos: era la celebración de los tabernáculos, porque el pueblo liberado de Egipto, avanzando por el desierto hacia la tierra prometida, habitó en tabernáculos. Consideremos qué significa, y seremos nosotros; nosotros, digo, que somos miembros de Cristo, si lo somos: por su dignación lo somos, no por nuestros méritos. Atendamos, pues, hermanos: hemos sido sacados de Egipto, donde servíamos al diablo como a Faraón: donde hacíamos obras de barro en deseos terrenales, y en ellas trabajábamos mucho. Pues Cristo nos clamó mientras hacíamos ladrillos: "Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados" (Mateo 11, 28). De allí fuimos sacados por el Bautismo como por el Mar Rojo, rojo porque fue consagrado por la sangre de Cristo, muertos todos nuestros enemigos que nos perseguían, es decir, borrados todos nuestros pecados, hemos sido trasladados. Ahora, pues, antes de llegar a la patria de la promesa, es decir, al reino eterno, estamos en el desierto en tabernáculos. Quienes reconocen esto, están en tabernáculos: pues estaba destinado a que algunos lo reconocieran. Aquel que está en tabernáculos, es quien se entiende a sí mismo como peregrino en el mundo. Aquel se entiende a sí mismo como peregrino, quien se ve suspirando por la patria. Pero cuando el cuerpo de Cristo está en tabernáculos, Cristo está en tabernáculos. Pero entonces no evidentemente, sino en secreto. Pues aún la sombra oscurecía la luz: con la llegada de la luz, la sombra fue removida. Cristo estaba en secreto, en la Fiesta

de los Tabernáculos Cristo estaba, pero Cristo oculto. Ahora ya que estas cosas se han manifestado, reconocemos que estamos en camino en el desierto: si lo reconocemos, estamos en el desierto. ¿Qué es en el desierto? En el desierto. ¿Por qué en el desierto? Porque en este mundo, donde se tiene sed en un camino sin agua. Pero tengamos sed, para ser saciados. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados (Mateo 5, 6). Y nuestra sed se llena de la roca en el desierto: "La roca era Cristo", y la vara fue golpeada para que el agua fluyera. Pero para que fluyera, fue golpeada dos veces (1 Corintios 10, 4; Números 20, 11), porque son dos los maderos de la cruz. Por tanto, todas estas cosas que se hacían en figura, se manifiestan en nosotros. Y no es sin propósito que se dijo del Señor: "Subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto". Pues estaba figurado que él estaba en secreto, porque en esa fiesta Cristo estaba oculto; porque esa fiesta significaba a los miembros de Cristo que habrían de peregrinar.

10. Los judíos, por tanto, lo buscaban en la fiesta: antes de que subiera. Pues sus hermanos subieron primero, y él no subió entonces, cuando ellos pensaban y querían: para que también se cumpliera lo que dijo: "No a esta", es decir, a la que vosotros queréis, el primer o segundo día. Pero subió después, como dice el Evangelio, "mediado el día festivo"; es decir, cuando ya habían pasado tantos días de esa fiesta que quedaban. Pues parece que celebraban esa festividad durante varios días.

11. Decían, por tanto: "¿Dónde está él?" Y había mucho murmullo sobre él en la multitud. ¿De dónde el murmullo? De la contienda. ¿Cuál fue la contienda? Algunos decían: "Es bueno"; otros, "No, sino que engaña a la multitud". Esto se entiende de todos sus siervos: esto se dice ahora. Pues cualquiera que se destaque en alguna gracia espiritual, ciertamente algunos dicen: "Es bueno"; otros, "No, sino que engaña a la multitud". ¿De dónde esto? Porque "nuestra vida está escondida con Cristo en Dios" (Colosenses 3, 3). Por eso se puede decir a los hombres en invierno: "Ese árbol está muerto", por ejemplo, el árbol de higuera, el árbol de peral, y de este tipo de frutos, parece seco; y mientras es invierno, no aparece. El verano lo prueba, el juicio lo prueba. Nuestro verano es la revelación de Cristo: "Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios, y no callará" (Salmo 49, 3); "fuego irá delante de él": ese fuego encenderá a sus enemigos (Salmo 96, 3); el fuego tomará los árboles secos. Entonces aparecerán los secos, cuando se les diga: "Tuve hambre, y no me disteis de comer"; en la otra parte, es decir, a la derecha, aparecerá la fecundidad de los frutos, y la dignidad de las hojas; la verdor será eternidad. A ellos, por tanto, como a los secos, se les dirá: "Id al fuego eterno" (Mateo 25, 42, 41). Pues "la hacha está puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol, por tanto, que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego" (Mateo 3, 10). Digan, por tanto, de ti, si progresas en Cristo, digan los hombres: "Engaña a la multitud". De él, de todo el cuerpo de Cristo se dice esto. Considera el cuerpo de Cristo aún en el mundo, considera el cuerpo de Cristo aún en la era; mira cómo es blasfemado por la paja. Juntos son trillados; pero la paja es triturada, los granos son purificados. Lo que se dijo, por tanto, del Señor, vale para consuelo, de quienquiera que esto se diga cristiano.

12. Sin embargo, nadie hablaba abiertamente de él, por miedo a los judíos. Pero, ¿quiénes no hablaban de él por miedo a los judíos? Ciertamente los que decían: "Es bueno"; no los que decían: "Engaña a la multitud". Los que decían: "Engaña a la multitud", su sonido se escuchaba como el de hojas secas. "Engaña a la multitud", sonaban más claramente; "Es bueno", susurraban más suavemente. Pero ahora, hermanos, aunque aún no ha llegado esa gloria de Cristo, que nos hará eternos; ahora, sin embargo, su Iglesia crece tanto, se ha dignado difundirla por todas partes, que ya se susurra: "Engaña a la multitud"; y más claramente resuena: "Es bueno".

TRACTATUS XXIX. En aquel Evangelio, "Ya en medio de la fiesta, subió Jesús al templo"; hasta aquello, "El que lo envió, este es veraz, y no hay injusticia en él". Cap. VII, V. 14-18.

1. Lo que sigue del Evangelio y se ha leído hoy, veámoslo consecuentemente nosotros también; y lo que el Señor nos conceda, digamos de ello. Ayer se leyó hasta aquí, que aunque no vieron al Señor Jesús en el templo durante el día festivo, hablaban de él: "Y algunos decían: Es bueno; otros, No, sino que engaña a la multitud" (Juan 7, 12). Esto se dijo para consuelo de aquellos que después, predicando la palabra de Dios, habrían de ser como seductores y veraces (2 Corintios 6, 8). Pues si seducir es engañar; ni Cristo es seductor, ni sus Apóstoles; ni debe ser seductor ningún cristiano: pero si seducir es persuadir a alguien de algo a otra cosa, hay que preguntarse de dónde y hacia dónde: si del mal al bien, es buen seductor; si del bien al mal, es mal seductor. En esta parte, pues, en la que se seduce a los hombres del mal al bien, ¡ojalá todos seamos llamados y seamos seductores!

2. Subió, por tanto, después el Señor al día festivo, en medio del día festivo, y enseñaba. Y los judíos se maravillaban diciendo: "¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?" Aquel que estaba oculto, enseñaba; y hablaba abiertamente, y no era apresado. Pues aquello de estar oculto, era causa de ejemplo, esto de poder. Pero cuando enseñaba, los judíos se maravillaban. Todos, ciertamente, según creo, se maravillaban; pero no todos se convertían. ¿Y de dónde la admiración? Porque muchos sabían dónde había nacido, cómo había sido educado; nunca lo habían visto estudiando letras, pero lo oían disputando sobre la Ley, citando testimonios de la Ley, que nadie podría citar si no hubiera leído, nadie podría leer si no hubiera aprendido letras: y por eso se maravillaban. Pero su admiración fue ocasión para el Maestro de insinuar una verdad más profunda. Pues de su admiración y palabras, el Señor dijo algo profundo, digno de ser examinado y discutido con más atención. Por lo cual hago atenta a vuestra Caridad, no solo para escuchar por vosotros, sino también para orar por nosotros.

3. ¿Qué respondió, pues, el Señor a los que se maravillaban de cómo sabía letras que no había aprendido? "Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió". Esta es la primera profundidad: pues parece que con pocas palabras habló casi en contrariedad. No dijo: "Esta doctrina no es mía"; sino, "Mi doctrina no es mía". Si no es tuya, ¿cómo es tuya? Si es tuya, ¿cómo no es tuya? Pues tú dices ambas cosas: "mi doctrina"; y "no es mía". Porque si hubiera dicho: "Esta doctrina no es mía", no habría cuestión alguna. Ahora bien, hermanos, primero presten atención a la cuestión, y así esperen ordenadamente la solución. Pues quien no ve la cuestión que se propone, ¿cómo entiende lo que se expone? Esto es, por tanto, en la cuestión, lo que dijo: "mía no mía": esto parece ser contrario, ¿cómo "mía", cómo "no mía"? Si, por tanto, miramos atentamente lo que el mismo santo Evangelista dice al principio: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan 1, 1); de ahí depende la solución de esta cuestión. ¿Cuál es, pues, la doctrina del Padre, sino el Verbo del Padre? Por tanto, Cristo mismo es la doctrina del Padre, si es el Verbo del Padre. Pero porque el Verbo no puede ser de nadie, sino de alguien: y dijo su doctrina, a sí mismo; y no suya, porque es el Verbo del Padre. Pues ¿qué es tan tuyo como tú? y ¿qué es tan no tuyo como tú, si es de alguien lo que eres?

4. El Verbo, por tanto, es Dios, y el Verbo es la doctrina estable, no sonante por sílabas y volátil, sino permaneciendo con el Padre, a la cual nos convertimos permaneciendo, advertidos por sonidos que pasan. Pues no nos advierte lo que pasa, para llamar a lo transitorio. Se nos advierte para amar a Dios. Todo esto que dije, fueron sílabas; golpearon el aire para llegar al sentido de vuestros oídos, sonando pasaron: pero no debe pasar aquello de lo que os advertí, porque aquel a quien os advertí amar, no pasa; y cuando convertidos a él

por las sílabas que pasan, ni vosotros pasaréis, sino que permaneceréis con el que permanece. Esto es, por tanto, en la doctrina grande, alta y eterna que permanece; a la cual llaman todas las cosas que temporalmente pasan, cuando bien significan, y no se pronuncian mendazmente. Pues todos los signos que pronunciamos con sonidos, significan algo que no es sonido. Pues no son dos breves sílabas Dios, y no adoramos dos breves sílabas, y no deseamos llegar a dos breves sílabas: que casi dejan de sonar antes de comenzar; ni en ellas hay lugar para la segunda, si la primera no ha pasado. Permanece, por tanto, algo grande que se dice Dios, aunque no permanezca el sonido cuando se dice Dios. Así entiendan la doctrina de Cristo, y llegarán al Verbo de Dios: pero cuando lleguen al Verbo de Dios, entiendan, "el Verbo era Dios"; y verán que es verdad lo dicho, "mi doctrina": entiendan también de quién es el Verbo; y verán que es recto lo dicho, "no es mía".

5. Brevemente, pues, digo a vuestra Caridad; esto me parece que dijo el Señor Jesucristo: "Mi doctrina no es mía", como si dijera, "Yo no soy de mí mismo". Pues aunque digamos y creamos que el Hijo es igual al Padre, y que no hay ninguna diferencia de naturaleza y sustancia entre ellos, ni hubo intervalo de tiempo entre el que engendra y el engendrado; sin embargo, con esto guardado y conservado decimos esto, que él es el Padre, él es el Hijo. Pero el Padre no es, si no tiene Hijo; y el Hijo no es, si no tiene Padre: pero el Hijo es Dios del Padre; el Padre es Dios, pero no del Hijo. El Padre del Hijo, no Dios del Hijo: pero el Hijo del Padre, y Dios del Padre. Pues el Señor Cristo se dice Luz de Luz. Luz, por tanto, que no es de luz, y Luz igual que es de Luz, juntos una Luz, no dos luces.

6. Si hemos comprendido, gracias a Dios: pero si alguien ha entendido poco, el hombre ha hecho hasta donde ha podido, lo demás que lo espere de donde pueda. Externamente, como obreros, podemos plantar y regar, pero el crecimiento lo da Dios (I Cor. III, 6). Mi doctrina, dice, no es mía, sino de aquel que me envió. Que escuche el consejo quien dice: Aún no he entendido. Ciertamente, cuando se dijo algo grande y profundo, el mismo Señor Cristo vio que no todos lo entenderían, y en consecuencia dio un consejo. ¿Quieres entender? Cree. Porque Dios dijo por el profeta: Si no creéis, no entenderéis (Isaías VII, 9, según la LXX). A esto se refiere lo que aquí el Señor añadió: Si alguien quiere hacer su voluntad, conocerá acerca de la doctrina, si es de Dios o si hablo por mí mismo. ¿Qué significa esto, Si alguien quiere hacer su voluntad? Pero yo había dicho, Si alguien cree; y ese consejo había dado. Si no has entendido, digo, cree. Porque el entendimiento es la recompensa de la fe. Por tanto, no busques entender para creer, sino cree para entender; porque si no creéis, no entenderéis. Así que, cuando he dado el consejo de la obediencia de creer para la posibilidad de entender, y he dicho que el Señor Jesucristo añadió esto mismo en la sentencia siguiente, encontramos que dijo: Si alguien quiere hacer su voluntad, conocerá acerca de la doctrina. ¿Qué significa, conocerá? Esto es, entenderá. Pero lo que significa, Si alguien quiere hacer su voluntad, esto es creer. Pero porque conocerá, esto es entenderá, todos lo entienden: pero lo que dice, Si alguien quiere hacer su voluntad, esto se refiere a creer, para que se entienda más diligentemente, necesitamos al mismo Señor nuestro como expositor, para que nos indique si realmente hacer la voluntad de su Padre se refiere a creer. ¿Quién no sabe que hacer la voluntad de Dios es obrar su obra, es decir, lo que le agrada? Pero el mismo Señor dice claramente en otro lugar: Esta es la obra de Dios, que creáis en aquel que él ha enviado (Juan VI, 29). Que creáis en él; no, que le creáis a él. Pero si creéis en él, le creéis a él: sin embargo, no necesariamente quien le cree a él, cree en él. Pues también los demonios le creían a él, y no creían en él. Nuevamente, también de sus Apóstoles podemos decir, Creemos a Pablo; pero no, Creemos en Pablo: Creemos a Pedro; pero no, Creemos en Pedro. Porque al que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia (Rom. IV, 5). ¿Qué es entonces creer en él? Creer amando, creer amando, creer yendo hacia él, e

incorporarse a sus miembros. Esta es, por tanto, la fe que Dios exige de nosotros: y no encuentra qué exigir, a menos que haya dado lo que encuentra. ¿Qué fe, sino la que el Apóstol definió en otro lugar diciendo plenamente: Ni la circuncisión vale algo, ni la incircuncisión, sino la fe que obra por el amor (Gál. V, 6)? No cualquier fe, sino la fe que obra por el amor: que esta esté en ti, y entenderás acerca de la doctrina. ¿Qué entenderás? Que esta doctrina no es mía, sino de aquel que me envió: es decir, entenderás que Cristo, el Hijo de Dios, que es la doctrina del Padre, no es de sí mismo, sino que es el Hijo del Padre.

7. Esta sentencia disuelve la herejía sabeliana. Los sabelianos se atrevieron a decir que el mismo que es el Hijo es también el Padre; que son dos nombres, pero una sola cosa. Si fueran dos nombres y una sola cosa, no se diría, Mi doctrina no es mía. Ciertamente, si tu doctrina no es tuya, oh Señor, ¿de quién es, sino de otro a quien pertenece? Lo que dijiste, los sabelianos no lo entienden: no vieron la Trinidad, sino que siguieron el error de su corazón. Nosotros, adoradores de la Trinidad y unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y de un solo Dios, entendamos acerca de la doctrina de Cristo, que no es suya. Y por eso dijo que no habla de sí mismo, porque Cristo es el Hijo del Padre, y el Padre es el Padre de Cristo, y el Hijo es Dios de Dios Padre: pero el Padre es Dios, no de Dios Hijo.

8. Quien habla de sí mismo, busca su propia gloria. Ese será el que se llama Anticristo, exaltándose, como dice el Apóstol, sobre todo lo que se llama Dios, y lo que se adora (II Tes. II, 4). Anunciando el mismo Señor que buscará su propia gloria, no la gloria del Padre, dijo a los judíos: Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibisteis: otro vendrá en su propio nombre, a él recibiréis (Juan V, 43). Significó que recibirán al Anticristo, quien buscará la gloria de su propio nombre, inflado, no sólido; y por eso no estable, sino ciertamente ruinoso. Pero nuestro Señor Jesucristo nos dio un gran ejemplo de humildad: ciertamente es igual al Padre, ciertamente en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios; ciertamente él mismo dijo, y verdaderamente dijo, Tanto tiempo he estado con vosotros, y no me has conocido, Felipe, quien me ha visto, ha visto al Padre (Id. XIV, 9); ciertamente él mismo dijo, y verdaderamente dijo, Yo y el Padre somos uno (Id. X, 30). Si entonces él es uno con el Padre, igual al Padre, Dios de Dios, Dios con Dios, coeterno, inmortal, igualmente inmutable, igualmente sin tiempo, igualmente creador y dispensador de los tiempos; sin embargo, porque vino en el tiempo, y tomó forma de siervo, y fue hallado en forma de hombre (Filip. II, 7), busca la gloria del Padre, no la suya: ¿qué debes hacer tú, hombre, que cuando haces algo bueno, buscas tu gloria; pero cuando haces algo malo, meditas calumniar a Dios? Atiende a ti mismo; eres criatura, reconoce al Creador: eres siervo, no desprecies al Señor: eres adoptado, pero no por tus méritos; busca su gloria, de quien tienes esta gracia, hombre adoptado, cuya gloria buscó quien es de él unigénito nacido. Pero quien busca la gloria de aquel que lo envió, este es veraz, y no hay injusticia en él. En el Anticristo, sin embargo, hay injusticia, y no es veraz; porque buscará su propia gloria, no la de aquel que lo envió: no es enviado, sino permitido venir. Por tanto, todos los que pertenecen al cuerpo de Cristo, para que no seamos llevados a las trampas del Anticristo, no busquemos nuestra propia gloria. Pero si él buscó la gloria de aquel que lo envió, cuánto más nosotros la de aquel que nos hizo.

TRACTATUS XXX. Desde el lugar, ¿No os dio Moisés la Ley, y ninguno de vosotros cumple la Ley? hasta, No juzguéis según la apariencia, sino juzgad con justo juicio. Cap. VII, V. 19-24.

1. La lectura del santo Evangelio, de la cual ya hablamos a vuestra Caridad, es seguida por la que ahora se ha leído. Escuchaban al Señor hablando tanto los discípulos como los judíos; escuchaban la verdad hablando tanto los veraces como los mentirosos; escuchaban la caridad

hablando tanto los amigos como los enemigos; escuchaban el bien hablando tanto los buenos como los malos. Ellos escuchaban, pero él discernía; y veía y preveía a quienes el sermón beneficiaría y beneficiaría en el futuro. En aquellos que entonces estaban, veía, en nosotros que habríamos de ser, preveía. Así que escuchemos el Evangelio como si el Señor estuviera presente; y no digamos, ¡Oh, aquellos felices que pudieron verlo! porque muchos de los que lo vieron, lo mataron; pero muchos de nosotros que no lo vimos, creímos. Porque lo que sonaba precioso de la boca del Señor, fue escrito por nosotros, y guardado para nosotros, y recitado por nosotros, y será recitado también para nuestros descendientes, y hasta que el mundo termine. El Señor está arriba: pero también aquí está la verdad del Señor. Porque el cuerpo del Señor en el que resucitó, puede estar en un solo lugar: su verdad está difundida por todas partes. Escuchemos, por tanto, al Señor, y lo que él nos conceda de sus palabras, también lo digamos nosotros.

2. ¿No os dio Moisés, dice, la Ley, y ninguno de vosotros cumple la Ley? ¿Por qué me buscáis para matarme? Porque me buscáis para matarme, ya que ninguno de vosotros cumple la Ley: pues si cumplierais la Ley, en las mismas letras reconoceríais a Cristo, y al presente no lo mataríais. Y ellos respondieron: Respondió la multitud. Respondió como una multitud no perteneciente al orden, sino a la perturbación: de hecho, vean lo que respondió la multitud turbada: Tienes un demonio; ¿quién te busca para matarte? Como si no fuera peor decir, Tienes un demonio, que matarlo. Porque se le dijo que tenía un demonio, a él que expulsaba demonios. ¿Qué más puede decir una multitud turbulenta? ¿Qué más puede oler el lodo agitado? La multitud se turbó; ¿de dónde? De la verdad. La multitud de ojos enfermos fue turbada por la claridad de la luz. Porque los ojos que no tienen salud, no pueden soportar la claridad de la luz.

3. Pero el Señor, no turbado, sino en su verdad tranquilo, no devolvió mal por mal, ni maldición por maldición (I Pedro III, 9). Si les hubiera dicho, Tienen un demonio ustedes; ciertamente habría dicho la verdad. Porque no dirían tales cosas a esa verdad, a menos que la falsedad del diablo los irritara. ¿Qué respondió entonces? Escuchemos tranquilamente, y bebamos tranquilos: Una obra hice, y todos os maravilláis. Como diciendo, ¿Qué si vierais todas mis obras? Porque eran sus obras las que veían en el mundo, y no veían a él que hizo todas las cosas: hizo una cosa, y se turbaron, porque sanó a un hombre en sábado. Como si alguien enfermo se curara en sábado, ¿quién lo habría sanado sino él, que los escandalizó porque sanó a un hombre en sábado? Porque ¿quién más hace a otros sanos sino la misma salud; que dio esa salud que dio a este hombre, y la da también a los animales? Porque era una salud corporal. La salud de la carne se repara y muere; y cuando se repara, la muerte se difiere, no se quita. Sin embargo, hermanos, incluso esa salud es del Señor, por quien sea que se dé: por quien sea que se administre y ministre, se da por aquel de quien es toda salud, a quien se dice en el Salmo, Salvarás a hombres y bestias, Señor; como multiplicaste tu misericordia, Dios. Porque siendo Dios, tu misericordia multiplicada llega incluso a la salud de la carne humana, llega incluso a la salud de los animales mudos: pero ¿no hay ninguna salud que guardes para los hombres? Ciertamente hay otra que no solo no es común a hombres y bestias, sino que ni siquiera es común a los mismos hombres buenos y malos. De hecho, cuando allí habló de esa salud, que comúnmente reciben los animales y los hombres; por esa salud que deben esperar los hombres, pero los buenos hombres, añadió a continuación, Pero los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas: se saciarán de la abundancia de tu casa, y los saciarás con el torrente de tus delicias; porque contigo está el manantial de la vida, y en tu luz veremos la luz (Sal. XXXV, 7-10). Esta es la salud que pertenece a los buenos, a quienes llamó hijos de los hombres; cuando antes había dicho, Salvarás a hombres y bestias, Señor. ¿Qué, entonces? ¿No eran esos hombres hijos de los

hombres, para que cuando dijo, Hombres, siguiera y dijera, Pero los hijos de los hombres; como si fueran otra cosa hombres, y otra cosa hijos de los hombres? Sin embargo, no creo que el Espíritu Santo haya dicho esto sin alguna significación de distinción. Hombres al primer Adán, hijos de los hombres a Cristo. Porque los hombres pertenecen al primer hombre: pero los hijos de los hombres pertenecen al Hijo del hombre.

4. Una obra hice, y todos os maravilláis. Y enseguida añade: Por eso Moisés os dio la circuncisión. Bien hecho fue que recibierais la circuncisión de Moisés. No porque sea de Moisés, sino de los Padres. Pues Abraham fue el primero en recibir la circuncisión del Señor (Gén. XVII, 10). Y en sábado circuncidáis. Moisés os convenció: en la Ley recibisteis que circuncidarais al octavo día (Lev. XII, 3); recibisteis en la Ley que descanséis el séptimo día (Éxodo XX, 10): si el octavo día de aquel que nació coincide con el séptimo día del sábado, ¿qué haréis? ¿Descansaréis, para guardar el sábado; o circuncidaréis, para cumplir el sacramento del octavo día? Pero sé, dice, lo que hacéis. Circuncidáis al hombre. ¿Por qué? Porque la circuncisión pertenece a algún signo de salvación, y no deben los hombres descansar en sábado de la salvación. Por tanto, no os enojéis conmigo, porque hice a todo el hombre sano en sábado: si el hombre recibe la circuncisión en sábado, para que no se rompa la ley de Moisés (pues algo fue instituido saludablemente en esa constitución de la circuncisión por Moisés), ¿por qué os indignáis conmigo que obro la salvación en sábado?

5. Porque esa circuncisión significaba al mismo Señor, a quien estos se indignaban curando y sanando. Porque se ordenó aplicar la circuncisión al octavo día: y ¿qué es la circuncisión, sino el despojo de la carne? Por tanto, esa circuncisión significa el despojo del corazón de las concupiscencias carnales. No fue, por tanto, sin razón dada, y ordenada hacerse en ese miembro; porque por ese miembro se procrea la criatura de los mortales. Y por un hombre la muerte, así como por un hombre la resurrección de los muertos (I Cor. XV, 21): y por un hombre el pecado entró en el mundo, y por el pecado la muerte (Rom. V, 12). Por eso cada uno nace con prepucio, porque todo hombre nace con el vicio de la propagación: y Dios no limpia ya sea del vicio con el que nacemos, ya sea de los vicios que añadimos viviendo mal, sino por el cuchillo de piedra, el Señor Cristo. Porque la roca era Cristo (I Cor. X, 4). Porque cortaban con cuchillos de piedra, y figuraban a Cristo con el nombre de la roca: y no reconocían al presente, sino que además querían matarlo. ¿Por qué, entonces, al octavo día, sino porque después del séptimo del sábado el Señor resucitó el día del Señor? Por tanto, la resurrección de Cristo, que se hizo al tercer día de la pasión, pero al octavo día en los días de la semana, esa nos circuncida. Escucha a los circuncidados por la verdadera roca, con el Apóstol advirtiendo: Si, pues, habéis resucitado con Cristo; buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios; saboread las cosas de arriba, no las de la tierra (Col. III, 1, 2). Habla a los circuncidados: Resucitó Cristo, os quitó los deseos carnales, os quitó las concupiscencias malas, os quitó lo superfluo con lo que nacisteis, y mucho peor lo que añadisteis viviendo mal; circuncidados por la roca, ¿por qué aún saboreáis la tierra? Y al final, porque Moisés dio la Ley, y circuncidáis al hombre en sábado, entendéis que esto significa una buena obra, que yo hice a todo el hombre sano en sábado; porque fue curado para estar sano en el cuerpo, y creyó para estar sano en el alma.

6. No juzguéis según la apariencia, sino juzgad con justo juicio. ¿Qué es esto? Ahora que por la ley de Moisés circuncidáis en sábado, no os enojáis con Moisés; y porque yo hice a un hombre sano en sábado, os enojáis conmigo. Juzgáis según la apariencia, atendiendo a la verdad. Yo no me pongo por encima de Moisés, dice el Señor, que era también el Señor de Moisés. Así que atendéis a nosotros dos como hombres, juzgad entre nosotros, pero juzgad con justo juicio; no me condenéis a mí honrando a él, sino entendiendo a él, honradme a mí. Porque esto mismo les dijo en otro lugar: Si creyerais a Moisés, ciertamente me creeríais a

mí; porque de mí escribió él (Juan V, 46). Pero en este lugar no quiso decir esto, como si se pusiera a sí mismo y a Moisés ante ellos. Por la ley de Moisés circuncidáis, cuando incluso el sábado ocurre; y yo no queréis que exhiba la beneficencia de hacer salud en sábado. Porque el Señor de la circuncisión y el Señor del sábado, es el autor de la salud: y se os prohibió hacer obras serviles en sábado; si verdaderamente entendéis las obras serviles, no pecáis. Porque quien hace pecado, es siervo del pecado (Id. VIII, 34). ¿Es acaso obra servil sanar a un hombre en sábado? Coméis y bebéis (para decir algo de la advertencia de nuestro Señor Jesucristo, y de sus palabras); ciertamente, ¿por qué coméis y bebéis en sábado, sino porque pertenece a la salud lo que hacéis? Por esto mostráis que las obras de salud no deben omitirse de ninguna manera en sábado. Por tanto, no juzguéis según la apariencia, sino juzgad con justo juicio. Atendedme como hombre, atended a Moisés como hombre: si juzgáis según la verdad, ni a Moisés, ni a mí condenaréis; y conociendo la verdad me conoceréis, porque yo soy la verdad (Id. XIV, 6).

7. Este vicio, hermanos, que el Señor señaló en este lugar, es de gran esfuerzo evitarlo en este mundo: no juzgar personalmente, sino mantener un juicio recto. El Señor ciertamente amonestó a los judíos, pero también nos advirtió a nosotros: a ellos los convenció, a nosotros nos instruyó; a ellos los reprendió, a nosotros nos agudizó. No pensemos que esto no se dijo para nosotros porque no estábamos allí entonces. Está escrito, se lee, lo escuchamos cuando se recitó; pero lo escuchamos como si se hubiera dicho a los judíos: no nos pongamos detrás de nosotros mismos, y como si miráramos a los enemigos para reprenderlos, y nosotros mismos hagamos lo que la misma verdad reprende en nosotros. Los judíos ciertamente juzgaban personalmente, pero por eso no pertenecen al Nuevo Testamento, por eso no tienen en Cristo el reino de los cielos, por eso no se unen a la sociedad de los santos ángeles: buscaban cosas terrenales del Señor; pues la tierra de la promesa, la victoria sobre los enemigos, la fecundidad de la procreación, la multiplicación de los hijos, la abundancia de frutos, todas estas cosas les fueron prometidas por Dios, verdadero y bueno, pero como a carnales, todas estas cosas les hicieron el Antiguo Testamento. ¿Qué es el Antiguo Testamento? Como una herencia que pertenece al hombre viejo. Nosotros hemos sido renovados, hemos sido hechos hombre nuevo; porque también vino aquel hombre nuevo. ¿Qué hay más nuevo que nacer de una virgen? Porque en él no había nada que renovar en el precepto, porque no tenía pecado alguno; se dio un nuevo nacimiento. En él un nuevo nacimiento, en nosotros un hombre nuevo. ¿Qué es un hombre nuevo? Renovado de la vejez. ¿Para qué cosa renovado? Para desear las cosas celestiales, para anhelar las eternas, para la patria que está arriba y no teme al enemigo, deseable, donde no perdemos al amigo, no tememos al enemigo; donde vivimos con buen afecto, sin ningún defecto; donde nadie nace, porque nadie muere; donde nadie ya progresa, y nadie decae; donde no se tiene hambre, y no se tiene sed, sino que la saciedad es inmortalidad, y el alimento es la verdad. Teniendo estas promesas, y perteneciendo al Nuevo Testamento, y hechos herederos de la nueva herencia, y coherederos del mismo Señor, tenemos otra esperanza muy distinta: no juzguemos personalmente, sino mantengamos un juicio recto.

8. ¿Quién es el que no juzga personalmente? El que ama por igual. El amor igualitario hace que no se acepten personas. No cuando honramos a los hombres de manera diversa según sus grados, entonces se debe temer que aceptemos personas. Pero cuando juzgamos entre dos, y a veces entre los necesarios, a veces se hace juicio entre padre e hijo; el padre se queja del hijo malo, o el hijo se queja del padre duro: mantenemos la honra al padre, que se debe del hijo; no igualamos al hijo con el padre en honor; pero lo anteponemos, si tiene una buena causa: igualamos al hijo con el padre en la verdad; y así daremos el honor debido, para que la

equidad no pierda su mérito. Así progresamos con las palabras del Señor, y para que progresemos somos ayudados por su gracia.

TRACTATUS XXXI. Desde el lugar, Decían entonces algunos de Jerusalén, ¿No es este a quien buscan los judíos para matar? hasta el punto, Me buscaréis, y no me encontraréis; y donde yo estoy, vosotros no podéis venir. Cap. VII, V. 25-36.

1. Recuerda vuestra Caridad que en sermones anteriores se leyó en el Evangelio, y discutimos como pudimos, que el Señor Jesús subió como en secreto a la fiesta, no porque temiera ser capturado, ya que tenía el poder de no ser capturado; sino para significar que incluso en el mismo día festivo celebrado por los judíos, él se ocultaba, y era su misterio: en la lectura de hoy apareció el poder que se pensaba era timidez; pues hablaba abiertamente en el día festivo, de tal manera que las multitudes se maravillaban, y decían lo que escuchamos cuando se leía la lección, ¿No es este a quien buscan para matar? Y he aquí que habla abiertamente, y nada le dicen: ¿acaso han reconocido los príncipes que este es el Cristo? Los que sabían con qué saña se le buscaba, se maravillaban de con qué poder no era capturado. Luego, no entendiendo plenamente su poder, pensaron que era conocimiento de los príncipes, que ellos habían reconocido que él mismo era el Cristo: por eso le perdonaron, a quien tanto buscaron para matar.

2. Luego, ellos mismos entre sí, que habían dicho, ¿Acaso han reconocido los príncipes que este es el Cristo? se hicieron una pregunta que les parecía que no era él el Cristo: añadiendo dijeron, Pero a este sabemos de dónde es; pero cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es. Esta opinión entre los judíos, ¿de dónde nació, que cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es (pues no nació sin razón)? Si consideramos las Escrituras, encontramos, hermanos, que las santas Escrituras dijeron del Cristo, que será llamado Nazareno (Mat. II, 23). Por lo tanto, predijeron de dónde sería. Nuevamente, si buscamos el lugar de su nacimiento, como si fuera de donde nació; tampoco esto era desconocido para los judíos, debido a las Escrituras que lo habían predicho. Pues cuando los Magos, habiendo visto la estrella, buscaban adorarlo, vinieron a Herodes, y dijeron qué buscaban y qué querían: él, habiendo convocado a los que conocían la Ley, les preguntó dónde nacería el Cristo: ellos dijeron, En Belén de Judea; y también presentaron el testimonio profético (Mat. II, 1-6). Si, por lo tanto, los Profetas habían predicho tanto el lugar de origen de su carne, como el lugar donde su madre lo dio a luz; ¿de dónde nació esta opinión entre los judíos, que ahora escuchamos, cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es, sino porque las Escrituras habían predicho y anunciado ambas cosas? Según el hombre, las Escrituras predijeron de dónde sería: según Dios, estaba oculto para los impíos, y buscado por los piadosos. Por eso también estos dijeron, cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es; porque esta opinión les había generado lo que se dijo por Isaías, ¿Quién contará su generación? (Isa. LIII, 8). Finalmente, el mismo Señor respondió a ambos, y porque sabían de dónde era, y porque no sabían; para atestiguar la profecía santa que de él se había predicho antes, tanto según la humanidad de la debilidad, como según la divinidad de la majestad.

3. Escuchad, pues, la Palabra del Señor, hermanos, ved cómo les confirmó tanto lo que dijeron, "A este sabemos de dónde es;" como lo que dijeron, "Cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde es." Clamaba, pues, enseñando en el templo Jesús: Y me conocéis, y sabéis de dónde soy; y no he venido de mí mismo, sino que es verdadero el que me envió, a quien vosotros no conocéis. Esto es decir, Y me conocéis, y no me conocéis: esto es decir, Y sabéis de dónde soy, y no sabéis de dónde soy. Sabéis de dónde soy, Jesús de Nazaret, cuyos padres también conocéis. Pues solo en este caso estaba oculto el parto de la virgen, del cual, sin embargo, era testigo el esposo: él mismo podría indicarlo fielmente, quien podría celar

maritalmente. Exceptuando, pues, el parto de la virgen, conocían todo en Jesús que pertenecía al hombre: su rostro era conocido, su patria era conocida, su linaje era conocido, donde nació se sabía. Correctamente, pues, dijo, Y me conocéis, y sabéis de dónde soy, según la carne y la figura del hombre que llevaba: pero según la divinidad, Y no he venido de mí mismo, sino que es verdadero el que me envió, a quien vosotros no conocéis; pero para que lo conozcáis, creed en aquel que lo envió, y lo conoceréis. Pues a Dios nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer (Juan I, 18): y, al Padre no lo conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar (Mat. XI, 27).

4. Finalmente, cuando dijo, Pero es verdadero el que me envió, a quien vosotros no conocéis; para mostrarles de dónde podrían saber lo que no sabían, añadió, Yo lo conozco. Por lo tanto, buscad de mí, para que lo conozcáis. ¿Por qué lo conozco? Porque de él soy, y él me envió. Magníficamente mostró ambos. De él, dijo, soy; porque el Hijo es del Padre, y todo lo que es el Hijo, es de aquel de quien es Hijo. Por eso decimos al Señor Jesús Dios de Dios; al Padre no decimos Dios de Dios, sino solo Dios: y decimos al Señor Jesús Luz de Luz; al Padre no decimos Luz de Luz, sino solo Luz. A esto, pues, se refiere lo que dijo, De él soy. Pero lo que veis en mí en la carne, él me envió. Donde oyes, él me envió, no entiendas disimilitud de naturaleza, sino autoridad del que engendra.

5. Por lo tanto, buscaban prenderlo, y nadie puso manos sobre él, porque aún no había llegado su hora: esto es, porque no quería. ¿Qué significa, aún no había llegado su hora? Pues el Señor no nació bajo el destino. Esto ni de ti se debe creer, mucho menos de aquel por quien fuiste hecho. Si tu hora es su voluntad; ¿cuál es su hora, sino su propia voluntad? Por lo tanto, no dijo la hora en que se vería obligado a morir, sino en la que se dignaría ser matado. Pues esperaba el tiempo en que moriría, porque también esperó el tiempo en que nacería. De este tiempo hablando el Apóstol, dice: Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo (Gál. IV, 4). Por eso muchos dicen: ¿Por qué no vino antes Cristo? A los cuales se debe responder, porque aún no había llegado la plenitud del tiempo, moderando aquel por quien fueron hechos los tiempos: pues sabía cuándo debía venir. Primero, por mucha serie de tiempos y años debía ser predicado; pues no venía algo pequeño: debía ser predicado por mucho tiempo, siempre debía ser retenido. Cuanto mayor juez venía, tanto más larga serie de pregoneros lo precedía. Finalmente, cuando vino la plenitud del tiempo, vino también aquel que nos liberaría del tiempo. Pues liberados del tiempo, vendremos a aquella eternidad, donde no hay tiempo: ni se dice allí, ¿Cuándo vendrá la hora? pues es un día sempiterno, que no es precedido por el ayer, ni excluido por el mañana. En este mundo, sin embargo, los días se suceden, y unos pasan, y otros vienen; ninguno permanece: y los momentos en que hablamos, se expulsan mutuamente, ni permanece la primera sílaba, para que pueda sonar la segunda. Desde que hablamos, hemos envejecido un poco, y sin duda alguna soy más viejo ahora que por la mañana: así nada permanece, nada permanece fijo en el tiempo. Por lo tanto, debemos amar a aquel por quien fueron hechos los tiempos, para que seamos liberados del tiempo, y fijados en la eternidad, donde ya no hay mutabilidad de tiempos. Gran, pues, es la misericordia de nuestro Señor Jesucristo, que se hizo por nosotros en el tiempo, por quien fueron hechos los tiempos; que se hizo entre todas las cosas, por quien fueron hechas todas las cosas: que se hizo lo que hizo. Pues se hizo lo que había hecho; se hizo hombre quien había hecho al hombre, para que no pereciera lo que había hecho. Según esta dispensación ya había llegado la hora del nacimiento, y había nacido: pero aún no había llegado la hora de la pasión, por eso aún no había padecido.

6. Finalmente, para que sepáis que no era necesidad, sino potestad del que moría: lo digo por algunos, que cuando oyen, aún no había llegado su hora, se edifican para creer en los destinos, y sus corazones se vuelven insensatos: para que sepáis, pues, la potestad del que

moría, recordad la misma pasión, mirad al crucificado. Dijo colgando en el madero, Tengo sed. Ellos, al oír esto, en una caña con una esponja le ofrecieron vinagre en la cruz: lo tomó, y dijo, Está cumplido; e inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Veis la potestad del que moría, porque esperaba esto, hasta que se cumplieran todas las cosas que habían sido predichas de él antes de la muerte. Pues el profeta había dicho: Me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre (Sal. LXVIII, 22). Esperaba que todas estas cosas se cumplieran: después de que se cumplieron, dijo, Está cumplido; y se fue con potestad, porque no vino con necesidad. Por eso algunos se maravillaron más de esta potestad del que moría, que del poder del que hacía milagros. Pues se llegó a la cruz, para que los cuerpos fueran bajados del madero, porque amanecía el sábado; y se encontraron los ladrones vivos. Pues el suplicio de la cruz era más duro, porque torturaba más tiempo, y todos los crucificados eran muertos con una larga muerte. Pero ellos, para que no permanecieran en el madero, fueron obligados a morir con las piernas rotas, para que pudieran ser bajados de allí. Pero el Señor fue encontrado muerto (Juan XIX, 28-33), y los hombres se maravillaron: y los que lo despreciaron vivo, lo admiraron muerto, de tal manera que algunos dijeron, Verdaderamente este es el Hijo de Dios (Mat. XXVII, 54). De donde es también aquello, hermanos, donde dijo a los que lo buscaban, Yo soy; y ellos retrocediendo, todos cayeron (Juan XVIII, 6). Por lo tanto, había en él suma potestad. Ni la hora lo obligaba a morir; sino que esperaba la hora en que oportunamente se hiciera la voluntad, no en que se cumpliera la necesidad contra su voluntad.

7. De la multitud, sin embargo, muchos creyeron en él. El Señor salvaba a los humildes y pobres. Los príncipes enloquecían; y por eso no solo no reconocían al médico, sino que también deseaban matarlo. Había cierta multitud que pronto vio su enfermedad, y sin demora reconoció su medicina. Ved lo que se decía a sí misma la multitud conmovida por los milagros: ¿Acaso cuando venga el Cristo, hará más señales? Si no hay dos, este es. Creyeron, pues, en él diciendo esto.

8. Pero los príncipes, al oír la fe de la multitud, y ese murmullo con el que Cristo era glorificado, enviaron ministros para prenderlo. ¿A quién prenderían? ¿Aún no queriendo? Porque, pues, no podían prenderlo no queriendo, fueron enviados para escuchar al que enseñaba. ¿Qué enseñaba? Dice, pues, Jesús: Aún un poco de tiempo estoy con vosotros. Lo que ahora queréis hacer, lo haréis, pero no ahora; porque ahora no quiero. ¿Por qué aún ahora no quiero? Porque aún un poco de tiempo estoy con vosotros: y entonces voy al que me envió. Debo cumplir mi dispensación, y así llegar a mi pasión.

9. Me buscaréis, y no me encontraréis; y donde yo estoy, vosotros no podéis venir. Aquí ya predijo su resurrección: pues no quisieron reconocer al presente, y después lo buscaron, cuando vieron a la multitud ya creyendo en él. Pues grandes señales se hicieron, incluso cuando el Señor resucitó, y ascendió al cielo. Entonces por los discípulos se hicieron grandes cosas; pero él por ellos, que también por sí mismo: pues él mismo les había dicho, Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5). Cuando aquel cojo que estaba sentado en la puerta, a la voz de Pedro se levantó, y caminó con sus pies, de tal manera que los hombres se maravillaron, así los dirigió Pedro, que no hizo estas cosas en su poder, sino en la virtud de aquel a quien ellos mataron (Hechos III, 2-16). Muchos compungidos dijeron: ¿Qué haremos? (Hechos II, 37). Pues vieron que estaban atados a un gran crimen de impiedad, cuando mataron a aquel a quien debieron venerar y adorar: y pensaban que esto era inexpiable. Pues era un gran crimen, cuya consideración los haría desesperar: pero no debían desesperar, por quienes colgando en la cruz el Señor se dignó orar. Pues había dicho: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). Veía a algunos suyos entre muchos ajenos; ya pedía perdón por aquellos de quienes aún recibía injuria. Pues no atendía a que moría por ellos, sino

porque moría por ellos. Mucho se les concedió, y por ellos, y para ellos; para que nadie desespere de la remisión de su pecado, cuando ellos merecieron perdón, que mataron a Cristo. Cristo murió por nosotros; pero ¿acaso por nosotros? Pero ellos vieron a Cristo morir por su crimen; y creyeron en Cristo perdonando sus crímenes. Hasta que bebieron la sangre que derramaron, desesperaron de su salvación. Por lo tanto, esto dijo, Me buscaréis, y no me encontraréis; y donde yo estoy, vosotros no podéis venir: porque lo buscarían después de la resurrección compungidos. Ni dijo, donde estaré; sino, donde estoy. Pues siempre estaba allí Cristo, a donde había de regresar: pues así vino, que no se apartó de allí. De donde en otro lugar dice, Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo (Juan III, 13): no dijo, que estuvo en el cielo. En la tierra hablaba, y decía que estaba en el cielo. Así vino, que de allí no se apartó: así regresó, que no nos dejó. ¿Qué os maravilláis? Dios hace esto. Pues el hombre según el cuerpo está en un lugar, y de un lugar migra; y cuando llega a otro lugar, en el lugar de donde vino no estará: pero Dios llena todo, y está en todas partes entero; no está contenido en lugares según espacios. Sin embargo, el Señor Cristo según la carne visible estaba en la tierra, según la majestad invisible estaba en el cielo y en la tierra: por eso dijo, Donde yo estoy, vosotros no podéis venir. Ni dijo, no podréis; sino, no podéis: pues tales eran entonces que no podían. Pues para que sepáis que no se dijo esto para desesperación, también a sus discípulos les dijo algo similar, A donde yo voy, vosotros no podéis venir (Juan XIII, 33); aunque orando por ellos dijo, Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan XVII, 24). Finalmente, esto se lo explicó a Pedro, y le dijo: A donde yo voy, no puedes seguirme ahora; me seguirás después (Juan XIII, 36).

10. Entonces los judíos dijeron, no a él, sino entre ellos: ¿A dónde va a ir este, que no lo encontraremos? ¿Acaso va a ir a la dispersión de los gentiles y a enseñar a los gentiles? No sabían lo que decían; pero porque él lo quiso, profetizaron. El Señor iba a ir a los gentiles, no con la presencia de su cuerpo, sino con sus pies. ¿Quiénes eran sus pies? Aquellos pies que Saulo quería pisotear persiguiéndolos, cuando la cabeza le clamó: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Hechos IX, 4). «¿Qué es esta palabra que dijo: Me buscaréis y no me encontraréis; y donde yo estoy, vosotros no podéis venir?» No sabían de dónde dijo esto el Señor, y sin embargo, anunciaron algo que iba a suceder, sin saberlo. El Señor dijo esto porque el lugar, si es que puede llamarse lugar, es decir, el seno del Padre del cual nunca se aparta el Hijo unigénito, ellos no lo conocían; ni eran capaces de concebir dónde estaba Cristo, de donde Cristo no se apartó; a donde Cristo iba a regresar, donde Cristo permanecía. ¿Cómo puede el corazón humano concebir esto, y mucho menos explicarlo con la lengua? Por lo tanto, ellos de ninguna manera entendieron esto; y sin embargo, por esta ocasión predijeron nuestra salvación, que el Señor iría a la dispersión de los gentiles, y cumpliría lo que leían y no entendían: El pueblo que no conocí, me sirvió, al oír con el oído me obedeció (Salmo XVII, 45). Aquellos no escucharon en cuyos ojos estuvo; aquellos escucharon en cuyos oídos resonó.

11. La mujer que sufría flujo de sangre representaba el tipo de la Iglesia que vendría de los gentiles: tocaba, y no se veía; no se conocía, y se sanaba. Era figura, pues, de lo que el Señor preguntó: «¿Quién me ha tocado?» Como ignorante sanó a la ignorada (Lucas VIII, 43-48): así hizo también con los gentiles. No lo conocimos en la carne, y merecimos comer su carne, y ser miembros en su carne. ¿Por qué? Porque nos envió. ¿A quiénes? A sus pregoneros, sus discípulos, sus siervos, sus redimidos a quienes creó, pero a quienes también redimió como sus hermanos: todo lo he dicho poco: sus miembros, él mismo; pues nos envió sus miembros, y nos hizo sus miembros. Sin embargo, según la apariencia del cuerpo que los judíos vieron y despreciaron, Cristo no estuvo entre nosotros: porque también esto se dijo de él, como dice el

Apóstol: «Digo que Cristo fue ministro de la circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas de los padres». A ellos debía venir, de cuyos padres y a cuyos padres fue prometido: por eso él mismo dice: «No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mateo XV, 24). Pero ¿qué dice el Apóstol a continuación? «Los gentiles, en cambio, glorifican a Dios por su misericordia» (Romanos XV, 8, 9). ¿Y qué dice el mismo Señor? «Tengo otras ovejas que no son de este redil» (Juan X, 16). El que dijo: «No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel»; ¿cómo tiene otras ovejas a las que no ha sido enviado, sino porque significó que no se exhibía su presencia corporal sino solo a los judíos, quienes lo vieron y lo mataron? Y muchos de ellos, sin embargo, antes y después creyeron. La primera cosecha fue aventada desde la cruz, para que fuera semilla de la cual surgiera otra cosecha. Ahora bien, cuando los fieles suyos, excitados por la fama del Evangelio y su buen olor, creen en todas las naciones, será la expectativa de las naciones, cuando venga el que ya vino (Génesis XLIX, 10); cuando sea visto por todos, quien entonces no fue visto por algunos, y fue visto por otros; cuando venga a juzgar quien vino a ser juzgado; cuando venga a separar, quien vino para no ser separado. Porque Cristo no fue separado de los impíos, sino juzgado con los impíos: de él se dijo: «Fue contado entre los inicuos» (Isaías LIII, 12). El ladrón escapó: Cristo fue condenado (Marcos XV, 15; Juan XVIII, 40). Recibió indulgencia el criminal, fue condenado quien perdonó todos los crímenes de los confesores. Sin embargo, incluso esa cruz, si prestas atención, fue un tribunal: pues con el juez en medio, un ladrón que creyó fue liberado (Lucas XXIII, 43), el otro que insultó fue condenado. Ya significaba lo que iba a hacer con los vivos y los muertos; a unos los pondría a la derecha, a otros a la izquierda: aquel ladrón era semejante a los futuros a la izquierda, el otro semejante a los futuros a la derecha. Era juzgado, y amenazaba juicio.

TRACTATUS XXXII. Desde el lugar, En el último día de la festividad, Jesús estaba de pie y clamaba, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba; hasta el punto, Porque aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado. Cap. VII, V. 37-39.

1. Entre las disensiones y dudas de los judíos sobre el Señor Jesucristo, entre otras cosas que dijo, por las cuales unos se confundían, otros eran enseñados; en el último día de aquella festividad (pues entonces sucedían estas cosas), que se llama Scenopegia, es decir, la construcción de tabernáculos, de la cual festividad ya antes vuestra Caridad ha oído disertar, el Señor Jesucristo llama, y no hablando de cualquier manera, sino clamando, para que quien tenga sed venga a él. Si tenemos sed, vayamos; y no con los pies, sino con los afectos; ni migrando, sino amando vayamos. Aunque según el hombre interior, también quien ama migra. Y es una cosa migrar con el cuerpo, otra con el corazón: migra con el cuerpo quien con el movimiento del cuerpo cambia de lugar; migra con el corazón, quien con el movimiento del corazón cambia de afecto. Si amas otra cosa, distinta de lo que amabas, no estás donde estabas.

2. Clama, pues, a nosotros el Señor: Estaba de pie, y clamaba: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. No debemos detenernos en lo que esto significa, ya que el Evangelista lo explicó. Pues de dónde dijo el Señor: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba, y, El que cree en mí, de su interior correrán ríos de agua viva; el Evangelista lo explicó consecuentemente, diciendo: Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él. Porque aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado. Hay, pues, una sed interior y un interior, porque hay un hombre interior. Y aquel interior es invisible, el exterior visible: pero mejor es el interior que el exterior. Y lo que no se ve, eso se ama más: pues es evidente que se ama más al hombre interior que al exterior. ¿Cómo es esto evidente? Que cada uno lo pruebe en sí mismo. Aunque los que viven mal, someten sus almas al cuerpo; sin embargo,

quieren vivir, lo cual no es sino del alma, y se muestran más a sí mismos quienes gobiernan, que aquellas cosas que son gobernadas. Pues gobiernan las almas, son gobernados los cuerpos. Uno se alegra con el placer, y toma del cuerpo el placer: pero separa el alma, nada queda en el cuerpo que se alegre; y si se alegra del cuerpo, el alma se alegra. Si se alegra de su casa, ¿no debe alegrarse de sí mismo? y si el alma tiene de qué deleitarse externamente, ¿permanece sin delicias internamente? En verdad es evidente que el hombre ama más su alma que su cuerpo. Pero también en otro hombre ama más el alma que el cuerpo. ¿Qué se ama en un amigo, donde el amor es más sincero y casto? ¿Qué se ama en un amigo; el alma, o el cuerpo? Si se ama la fidelidad, se ama el alma: si se ama la benevolencia, la sede de la benevolencia es el alma: si amas esto en el otro, porque él también te ama, amas el alma; porque no la carne, sino el alma ama. Por eso amas, porque te ama: busca de dónde te ama, y ve qué amas. Por tanto, se ama lo piadoso, y no se ve.

3. También quiero decir algo, donde más aparezca a vuestra Dilección cuánto se ama el alma, y cómo se prefiere al cuerpo. Aquellos mismos amantes lascivos, que se deleitan con la belleza de los cuerpos, y se encienden con la forma de los miembros, aman más cuando son amados. Pues si ama y siente que es odiado, se enoja más que ama. ¿Por qué se enoja más que ama? Porque no se le devuelve lo que da. Si, pues, esos amantes de los cuerpos quieren ser correspondidos, y eso los deleita más si son amados; ¿cómo serán los amantes de las almas? Y si son grandes amantes de las almas, ¿cómo serán los amantes de Dios, que hace bellas las almas? Pues así como el alma hace el decoro en el cuerpo, así Dios en el alma. No hace al cuerpo ser amado sino el alma: que cuando migra, el cadáver te horroriza; y por más que hayas amado esos miembros hermosos, te apresuras a sepultarlos. Por tanto, el decoro del cuerpo, el alma: el decoro del alma, Dios.

4. Clama, pues, el Señor para que vengamos y bebamos, si tenemos sed interiormente; y dice que cuando bebamos, ríos de agua viva fluirán de nuestro interior. El interior del hombre interior es la conciencia del corazón. Bebe, pues, de este licor, y la conciencia purificada vivificará; y al beber, tendrá una fuente; incluso será fuente. ¿Qué es fuente, y qué es el río que mana del interior del hombre interior? La benevolencia, con la que desea aconsejar al prójimo. Pues si piensa que lo que bebe solo debe bastarle a él; no fluye agua viva de su interior: pero si se apresura a aconsejar al prójimo; por eso no se seca, porque mana. Veremos ahora qué es lo que beben los que creen en el Señor; porque ciertamente somos cristianos, y si creemos, bebemos. Y cada uno debe reconocer en sí mismo si bebe, y si vive de lo que bebe: pues el manantial no nos abandona, si no abandonamos el manantial.

5. Explicó el Evangelista, como dije, de dónde clamó el Señor, a qué tipo de bebida invitó, qué ofreció a los que bebían, diciendo: Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él. Porque aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado. ¿Qué Espíritu dice, sino el Espíritu Santo? Pues cada hombre tiene en sí su propio espíritu, del cual hablaba cuando recomendaba el alma. Pues el alma de cada uno, es su propio espíritu: de lo cual dice el apóstol Pablo: «¿Quién de los hombres sabe lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre, que está en él?» luego añadió: «Así también lo que hay en Dios, nadie lo sabe, sino el Espíritu de Dios» (1 Corintios II, 11). Nadie sabe lo nuestro, sino nuestro espíritu. Pues no sé lo que piensas, ni tú lo que pienso: pues esas son nuestras propias cosas, que interiormente pensamos; y el testigo de los pensamientos de cada hombre es su propio espíritu. Así también lo que hay en Dios, nadie lo sabe, sino el Espíritu de Dios. Nosotros con nuestro espíritu, Dios con el suyo: pero de tal manera que Dios con su Espíritu sabe también lo que se hace en nosotros; nosotros sin su Espíritu no podemos saber lo que se hace en Dios. Pero Dios sabe en nosotros incluso lo que nosotros mismos no sabemos en nosotros. Pues Pedro no conocía su debilidad, cuando escuchaba del Señor que lo

negaría tres veces (Mateo XXVI, 33-35), y el enfermo no se conocía a sí mismo; el médico conocía al enfermo. Hay, pues, algunas cosas que Dios sabe en nosotros, sin que nosotros las sepamos. Sin embargo, en cuanto a los hombres se refiere, nadie se conoce a sí mismo como el propio hombre: otro no sabe lo que se hace en él, pero su espíritu lo sabe. Pero al recibir el Espíritu de Dios, aprendemos también lo que se hace en Dios: no todo, porque no hemos recibido todo. Del anticipo sabemos muchas cosas: pues hemos recibido un anticipo, y la plenitud de este anticipo se nos dará después. Mientras tanto, en esta peregrinación, el anticipo nos consuela, porque quien se dignó darnos un anticipo, está dispuesto a darnos mucho. Si tal es la arras, ¿qué es aquello de lo cual es arras?

6. Pero ¿qué significa lo que dice: «Porque aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado»? El entendimiento es evidente. Pues no es que no existiera el Espíritu de Dios, que estaba con Dios; sino que aún no estaba en aquellos que creían en Jesús. Así dispuso el Señor Jesús no darles este Espíritu del que hablamos, sino después de su resurrección; y esto no sin causa. Y tal vez si buscamos, nos concederá encontrar; y si llamamos, abrirá para que entremos. La piedad llama, no la mano: aunque también llama la mano, si no cesa de las obras de misericordia. ¿Cuál es, pues, la causa por la que el Señor Jesucristo decidió no dar el Espíritu Santo sino cuando fue glorificado? Antes de decirlo como podamos, primero debemos preguntar, para que no mueva a alguien, cómo aún no estaba el Espíritu en los hombres santos, cuando se lee en el Evangelio sobre el mismo Señor recién nacido, que Simeón lo reconoció en el Espíritu Santo, también lo reconoció Ana la profetisa viuda (Lucas II, 25-38); lo reconoció el mismo Juan, que lo bautizó (Juan I, 26-34): lleno del Espíritu Santo Zacarías dijo muchas cosas (Lucas I, 67-79); el mismo María recibió el Espíritu Santo para concebir al Señor (Lucas 35). Tenemos, pues, muchos indicios precedentes del Espíritu Santo, antes de que el Señor fuera glorificado por la resurrección de su carne. Pues no otro espíritu tuvieron también los Profetas, que anunciaron la venida de Cristo. Pero había un modo futuro de dar este Espíritu, que en absoluto había aparecido antes: de este se habla aquí. Pues en ninguna parte leemos antes que hombres congregados, al recibir el Espíritu Santo, hablaran en las lenguas de todas las naciones. Pero después de su resurrección, primero cuando apareció a sus discípulos, les dijo: «Recibid el Espíritu Santo». De esto, pues, se dice: «No era dado el Espíritu, porque Jesús aún no había sido glorificado». Y sopló en sus rostros (Juan XX, 22), quien con su soplo vivificó al primer hombre, y lo creó del barro, con cuyo soplo dio alma a los miembros (Génesis II, 7); significando que él era quien sopló en sus rostros, para que se levantaran del barro, y renunciaran a las obras de barro. Entonces, por primera vez después de su resurrección, el Señor, que el Evangelista llama glorificación, dio a sus discípulos el Espíritu Santo. Luego, permaneciendo con ellos cuarenta días, como lo demuestra el libro de los Hechos de los Apóstoles, viéndolo ellos, y conduciéndolo con la vista, ascendió al cielo (Hechos I, 3 y 9). Allí, después de diez días, en el día de Pentecostés, envió desde lo alto el Espíritu Santo. Con el cual, como dije, los que estaban reunidos en un lugar, llenos al recibirlo, hablaron en las lenguas de todas las naciones (Hechos II, 1-6).

7. ¿Qué, pues, hermanos, porque ahora quien es bautizado en Cristo, y cree en Cristo, no habla en las lenguas de todas las naciones, no se debe creer que ha recibido el Espíritu Santo? Lejos de nosotros que esta perfidia tiente nuestro corazón. Estamos seguros de que todo hombre lo recibe: pero cuanto vaso de fe lleve a la fuente, tanto se llena. Pues aunque ahora se reciba, dirá alguien, ¿por qué nadie habla en las lenguas de todas las naciones? Porque ya la misma Iglesia habla en las lenguas de todas las naciones. Antes la Iglesia estaba en una sola nación, donde hablaba en las lenguas de todas. Hablando en las lenguas de todas, significaba que al crecer entre las naciones, hablaría en las lenguas de todas. En esta Iglesia

quien no está, ni ahora recibe el Espíritu Santo. Pues separado y dividido de la unidad de los miembros, que unidad habla en las lenguas de todas, renuncie a sí mismo; no lo tiene. Pues si lo tiene, dé la señal que entonces se daba. ¿Qué es, dé la señal que entonces se daba? Hable en todas las lenguas. Me responde: ¿Qué, acaso tú hablas en todas las lenguas? Hablo ciertamente, porque toda lengua es mía, es decir, de ese cuerpo del cual soy miembro. La Iglesia difundida entre las naciones habla en todas las lenguas; la Iglesia es el cuerpo de Cristo, en este cuerpo eres miembro: pues siendo miembro de ese cuerpo que habla en todas las lenguas, cree que hablas en todas las lenguas. Pues la unidad de los miembros concuerda con la caridad; y esa unidad habla como entonces un solo hombre hablaba.

8. Recibimos también nosotros el Espíritu Santo, si amamos a la Iglesia, si estamos unidos por la caridad, si nos alegramos con el nombre y la fe católica. Creámoslo, hermanos; cuanto más ama uno a la Iglesia de Cristo, tanto más tiene del Espíritu Santo. Porque el Espíritu fue dado, como dice el Apóstol, para manifestación. ¿Qué manifestación? Como él mismo dice, a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría, a otro palabra de ciencia según el mismo Espíritu, a otro fe en el mismo Espíritu, a otro don de curaciones en un solo Espíritu, a otro operación de milagros en el mismo Espíritu. Muchas cosas se dan para manifestación, pero tal vez tú no tienes nada de todo lo que he dicho. Si amas, no careces de nada: porque si amas la unidad, también tienes lo que cualquiera tiene en ella. Quita la envidia, y lo que yo tengo es tuyo: quita la envidia, y lo que tú tienes es mío. La envidia separa, la salud une. El ojo solo ve en el cuerpo: pero ¿acaso ve solo para sí? También ve para la mano, y para el pie, y para los demás miembros: porque si algún golpe viene al pie, el ojo no se aparta de allí para no prevenirlo. De nuevo, la mano sola trabaja en el cuerpo; pero ¿acaso trabaja solo para sí? También trabaja para el ojo; pues si algún golpe viene no a la mano, sino solo a la cara, ¿acaso dice la mano, No me muevo, porque no va hacia mí? Así el pie, al caminar, sirve a todos los miembros: los demás miembros callan, y la lengua habla por todos. Tenemos, pues, el Espíritu Santo, si amamos a la Iglesia: y amamos, si permanecemos en su unidad y caridad. Porque el mismo Apóstol, después de haber dicho que se dan diversos dones a diferentes personas, como funciones de los diversos miembros, dice: Aún os muestro un camino más excelente, y comenzó a hablar de la caridad. La antepuso a las lenguas de los hombres y de los ángeles, la antepuso a los milagros de la fe, la antepuso a la ciencia y a la profecía, la antepuso incluso a aquella gran obra de misericordia, por la cual cada uno distribuye sus posesiones a los pobres; y finalmente, la antepuso incluso a la pasión del cuerpo: a todas estas cosas tan grandes antepuso la caridad (I Cor. XII, 7 XIII, 3). Tenla, y lo tendrás todo: porque sin ella nada te aprovechará, cualquier cosa que puedas tener. Y como la caridad de la que hablamos pertenece al Espíritu Santo (pues ahora en el Evangelio se trata la cuestión del Espíritu Santo), escucha al Apóstol diciendo: La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5).

9. ¿Por qué, entonces, quiso el Señor dar el Espíritu, cuyos mayores beneficios están en nosotros, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por él, después de su resurrección? ¿Qué significó? Para que en nuestra resurrección nuestra caridad arda, y se separe del amor del mundo, para que corra toda hacia Dios. Aquí nacemos y morimos, no amemos esto: emigremos con caridad, habitemos arriba con caridad, con aquella caridad con la que amamos a Dios. No meditemos en esta peregrinación de nuestra vida otra cosa, sino que aquí no estaremos siempre, y allí nos prepararemos un lugar viviendo bien, del cual nunca emigremos. Porque nuestro Señor Jesucristo, después de haber resucitado, ya no muere; la muerte ya no tiene dominio sobre él, como dice el Apóstol (Id. VI, 9). He aquí lo que amemos. Si vivimos, si creemos en aquel que resucitó; nos dará, no lo que aquí aman los hombres que no aman a Dios, o tanto más aman cuanto menos lo aman a él: pero tanto menos

aman esto, cuanto más lo aman a él. Pero veamos qué nos prometió: no riquezas terrenales y temporales, no honores y poderes en este mundo; pues veis que todas estas cosas se dan también a los hombres malos, para que no sean sobrevaloradas por los buenos. No prometió finalmente la salud del cuerpo: no porque él no la dé, sino porque, como veis, también la da a los animales. No prometió larga vida. ¿Qué es largo lo que alguna vez termina? No prometió a nosotros, los creyentes, longevidad, ni vejez decrépita; que todos desean antes de que llegue, todos murmuran de ella cuando ha llegado. No prometió la belleza del cuerpo, que o la enfermedad del cuerpo, o la misma vejez que se desea, destruye. Quiere ser hermoso, y quiere ser viejo: estos dos deseos no pueden concordar entre sí: si eres viejo, no serás hermoso: cuando llegue la vejez, la belleza huirá; y no pueden habitar juntos el vigor de la belleza y el gemido de la vejez. Por tanto, todas estas cosas no nos prometió, quien dijo: El que cree en mí, venga y beba; y de su interior correrán ríos de agua viva. Prometió la vida eterna, donde no temamos nada, donde no nos turbemos, de donde no emigremos, donde no muramos; donde no se llore al que se va, ni se espere al sucesor. Porque lo que nos prometió a los que amamos, y ardemos con la caridad del Espíritu Santo, por eso no quiso dar el Espíritu, sino cuando fue glorificado: para mostrar en su cuerpo la vida que ahora no tenemos, pero que esperamos en la resurrección.

TRACTATUS XXXIII. Desde el lugar del Evangelio, De la multitud, pues, cuando oyeron estas palabras suyas, etc., hasta, Ni yo te condeno; vete, y no peques más. Cap. VII, V. 40-53, y cap. VIII, V. 1-11.

1. Recuerda vuestra Caridad, que en el sermón anterior, por ocasión de la lectura evangélica, hablamos a vosotros sobre el Espíritu Santo. Cuando el Señor invitó a beber a los que creían en él, hablando entre aquellos que pensaban en apresarlo, y deseaban matarlo pero no podían, porque él no quería: cuando, pues, dijo estas cosas, surgió una disensión sobre él en la multitud, algunos pensando que él era el Cristo, otros diciendo que de Galilea no surgiría el Cristo. Los que fueron enviados para apresarlo, regresaron sin culpa y llenos de admiración. Pues también dieron testimonio de su doctrina divina, cuando dijeron a quienes los enviaron, ¿Por qué no lo trajisteis? Respondieron que nunca habían oído a un hombre hablar así: Porque ningún hombre habla así. Pero él habló así, porque era Dios y hombre. Sin embargo, los fariseos rechazando su testimonio, les dijeron: ¿También vosotros habéis sido seducidos? Vemos que os habéis deleitado con sus palabras. ¿Acaso alguno de los príncipes ha creído en él, o de los fariseos? Pero esta multitud que no conoce la Ley, son malditos. Los que no conocían la Ley, creían en aquel que envió la Ley; y despreciaban a aquel que envió la Ley, los que enseñaban la Ley: para que se cumpliera lo que el mismo Señor dijo, Yo he venido para que los que no ven, vean, y los que ven, se vuelvan ciegos (Juan IX, 39). Porque los fariseos, doctores, se volvieron ciegos, y los pueblos que no conocían la Ley, fueron iluminados, y creyeron en el autor de la Ley.

2. Nicodemo, sin embargo, uno de los fariseos, que había venido al Señor de noche, él mismo no incrédulo, sino temeroso; pues por eso vino de noche a la luz, porque quería ser iluminado, y temía ser conocido: respondió a los judíos, ¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre, si no lo oye primero y conoce lo que hace? Pues querían perversamente ser antes condenadores que conocedores. Porque Nicodemo sabía, o más bien creía, que si solo quisieran escucharlo pacientemente, tal vez se harían semejantes a aquellos que fueron enviados a apresarlo, y prefirieron creer. Ellos respondieron, desde el prejuicio de su corazón, lo que también a ellos: ¿Acaso también tú eres galileo? Es decir, como seducido por un galileo. Pues el Señor era llamado galileo, porque sus padres eran de la ciudad de Nazaret. Según María dije padres, no según la semilla viril: pues no buscó en la tierra sino madre, quien ya tenía arriba Padre. Porque ambos nacimientos suyos fueron maravillosos; el divino

sin madre, el humano sin padre. ¿Qué dijeron, pues, aquellos como doctores de la Ley a Nicodemo? Escudriña las Escrituras, y ve que de Galilea no surge profeta. Pero el Señor de los Profetas surgió de allí. Regresaron, dice el Evangelista, cada uno a su casa.

3. De allí Jesús fue al monte: al monte de los Olivos, al monte fructífero, al monte del ungüento, al monte del crisma. ¿Dónde convenía que enseñara Cristo, sino en el monte de los Olivos? Pues el nombre de Cristo se deriva de crisma: χρίσμα en griego, en latín se llama unción. Y nos ungió porque nos hizo luchadores contra el diablo. Y al amanecer volvió al templo, y todo el pueblo vino a él, y sentado les enseñaba. Y no fue apresado, porque aún no se dignaba sufrir.

4. Ahora presten atención, donde la mansedumbre del Señor fue puesta a prueba por sus enemigos. "Traen, pues, los escribas y fariseos a una mujer sorprendida en adulterio, y la pusieron en medio; y le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio. En la Ley, Moisés nos mandó apedrear a tales mujeres: tú, pues, ¿qué dices? Esto decían tentándolo, para poder acusarlo." ¿De qué acusarlo? ¿Acaso lo habían sorprendido en algún delito, o se decía que esa mujer de alguna manera le pertenecía? ¿Qué es, pues, tentándolo, para poder acusarlo? Entendemos, hermanos, que la mansedumbre admirable del Señor sobresalía. Notaron que era demasiado manso, demasiado apacible: pues de él había sido predicho antes, Ciñe tu espada sobre tu muslo, poderoso; con tu esplendor y tu hermosura avanza, prospera, y reina: por la verdad y la mansedumbre y la justicia. (Sal. XLIV, 4 y 5). Por tanto, trajo la verdad como maestro, la mansedumbre como libertador, la justicia como juez. Por estas cosas el profeta había predicho que reinaría en el Espíritu Santo (Is. XI). Cuando hablaba, se reconocía la verdad: cuando no se movía contra sus enemigos, se alababa la mansedumbre. Por tanto, de estas dos cosas, es decir, de su verdad y mansedumbre, sus enemigos se atormentaban de envidia y celos; en la tercera, es decir, en la justicia, pusieron el escándalo. ¿Por qué? Porque la Ley había ordenado apedrear a los adúlteros; y ciertamente la Ley no podía ordenar lo que era injusto: si alguien dijera algo diferente de lo que la Ley había ordenado, sería descubierto como injusto. Dijeron, pues, entre sí: Se le considera veraz, parece manso; de la justicia hay que buscarle la calumnia. Ofrezcámosle una mujer sorprendida en adulterio, digamos lo que está prescrito sobre ella en la Ley: si ordena que sea apedreada, no tendrá mansedumbre; si juzga que debe ser liberada, no mantendrá la justicia. Pero para no perder la mansedumbre, en la que ya se ha hecho amable a los pueblos, sin duda dirá que debe ser liberada. De aquí encontramos ocasión para acusarlo, y lo hacemos reo como transgresor de la Ley: diciéndole, Eres enemigo de la Ley, respondes contra Moisés, más bien contra aquel que dio la Ley por medio de Moisés; eres reo de muerte, junto con ella debes ser apedreado. Podría inflamarse la envidia con estas palabras y estos sentimientos, hervir la acusación, exigirse la condena. Pero ¿a quién? La perversidad a la rectitud, la falsedad a la verdad, el corazón corrupto al corazón recto, la necedad a la sabiduría. ¿Cuándo prepararían lazos para él, en los que no meterían primero su propia cabeza? He aquí que el Señor al responder, va a mantener la justicia, y no se apartará de la mansedumbre. No fue atrapado aquel a quien se tendía, sino que más bien fueron atrapados los que tendían; porque no creían en aquel que podía librarlos de los lazos.

5. ¿Qué respondió, pues, el Señor Jesús? ¿Qué respondió la verdad? ¿Qué respondió la sabiduría? ¿Qué respondió la justicia misma a la que se preparaba la calumnia? No dijo, No sea apedreada; para no parecer que hablaba contra la Ley. Pero tampoco dijo, Sea apedreada: pues vino no a perder lo que había encontrado, sino a buscar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10). ¿Qué respondió, pues? Vean cuán lleno está de justicia, lleno de mansedumbre y verdad. El que esté sin pecado entre vosotros, que arroje la primera piedra contra ella. ¡Oh respuesta de sabiduría! ¿Cómo los introdujo en sí mismos? Pues calumniaban desde fuera, no

se examinaban a sí mismos por dentro: veían a la adúltera, no se miraban a sí mismos. Los transgresores de la Ley querían que la Ley se cumpliera, y esto calumniando; no verdaderamente, como condenando los adulterios con castidad. Habéis oído, judíos; habéis oído, fariseos; habéis oído, doctores de la Ley, guardián de la Ley, pero aún no habéis entendido al Legislador. ¿Qué os significa cuando escribe con el dedo en la tierra? Pues la Ley fue escrita con el dedo de Dios; pero por los duros fue escrita en piedra (Éxodo XXXI, 18). Ahora el Señor escribía en la tierra, porque buscaba fruto. Habéis oído, pues, Cúmplase la Ley, sea apedreada la adúltera: pero ¿acaso la Ley debe ser cumplida por los que deben ser castigados? Que cada uno de vosotros se considere a sí mismo, entre en sí mismo, suba al tribunal de su mente, se ponga ante su conciencia, se obligue a confesar. Pues sabe quién es: porque nadie sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él (I Cor. II, 11). Cada uno mirando en sí mismo, se encuentra pecador. Así es, ciertamente. Por tanto, o dejadla ir, o sufrid con ella el castigo de la Ley. Si dijera, No sea apedreada la adúltera; sería convencido de injusto: si dijera, Sea apedreada; no parecería manso: diga lo que debe decir, y manso y justo, El que esté sin pecado entre vosotros, que arroje la primera piedra contra ella. Esta es la voz de la justicia: Sea castigada la pecadora, pero no por los pecadores; cúmplase la Ley, pero no por los transgresores de la Ley. Esta es la voz de la justicia en verdad: con la cual justicia, como con un dardo trabado, heridos, mirándose a sí mismos y encontrándose culpables, uno tras otro todos se retiraron. Quedaron dos, la miserable y la misericordia. Pero el Señor, después de haberlos herido con aquel dardo de justicia, ni siquiera se dignó mirar a los que caían, sino que volviendo su mirada de ellos, de nuevo escribía con el dedo en la tierra.

6. Quedando sola aquella mujer, y todos habiéndose ido, levantó sus ojos hacia la mujer. Hemos oído la voz de la justicia, oigamos también la de la mansedumbre. Pues creo que aquella mujer estaba más aterrorizada cuando oyó al Señor decir, El que esté sin pecado entre vosotros, que arroje la primera piedra contra ella. Ellos, pues, mirándose a sí mismos, y confesando con su retirada, habían dejado a la mujer con gran pecado, a aquel que estaba sin pecado. Y porque ella había oído esto, El que esté sin pecado, que arroje la primera piedra contra ella; temía ser castigada por aquel en quien no podía encontrarse pecado. Pero aquel que había rechazado a sus adversarios con la lengua de la justicia, levantando hacia ella los ojos de la mansedumbre, le preguntó: ¿Nadie te condenó? Ella respondió: Señor, nadie. Y él: Ni yo te condeno; de quien tal vez temiste ser condenada, porque en mí no encontraste pecado. Ni yo te condeno. ¿Qué es esto, Señor? ¿Favoreces, pues, los pecados? No, en absoluto. Atiende lo que sigue: Vete, de ahora en adelante no peques más. Por tanto, también el Señor condenó, pero el pecado, no al hombre. Pues si fuera favorecedor de los pecados, habría dicho, Ni yo te condeno; vete, vive como quieras: de mi liberación está segura; yo, por mucho que peques, te libraré de toda pena, incluso del infierno y de los tormentos del infierno. No dijo esto.

7. Atiendan, pues, los que aman en el Señor la mansedumbre, y teman la verdad. Pues dulce y recto es el Señor (Sal. XXIV, 8). Amas que es dulce, teme que es recto. Como manso dijo, Callé: pero como justo, ¿Acaso callaré siempre? (Is. XLII, 14, según LXX). Misericordioso y compasivo es el Señor. Así es, ciertamente. Aún añade, longánimo; aún añade, y muy misericordioso: pero teme lo que es al final, y veraz (Sal. LXXXV, 15). Pues a los que ahora soporta pecando, juzgará despreciando. ¿O desprecias las riquezas de su longanimidad y mansedumbre, ignorando que la paciencia de Dios te lleva al arrepentimiento? Pero tú, según la dureza de tu corazón y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, que pagará a cada uno según sus obras (Rom. II, 4-6). Manso es el Señor, longánimo es el Señor, misericordioso es el Señor: pero también justo es

el Señor, y veraz es el Señor. Te concede espacio para la corrección: pero tú amas más la dilación que la enmienda. ¿Fuiste malo ayer? hoy sé bueno. ¿Y has pasado el día de hoy en maldad? al menos mañana cambia. Siempre esperas, y te prometes mucho de la misericordia de Dios: como si aquel que te prometió indulgencia por el arrepentimiento, también te hubiera prometido una vida más larga. ¿De dónde sabes qué traerá el día de mañana? Dices correctamente en tu corazón: Cuando me corrija, Dios me perdonará todos los pecados. No podemos negar que Dios prometió indulgencia a los corregidos y convertidos. Pues en el profeta me lees que prometió indulgencia al corregido, no me lees que Dios te prometió larga vida.

8. Por ambas razones, los hombres se ponen en peligro, tanto por la esperanza como por la desesperación, en situaciones y emociones contrarias. ¿Quién es engañado por la esperanza? Aquel que dice: Dios es bueno, Dios es misericordioso, haré lo que me plazca, lo que desee; soltaré las riendas de mis pasiones, cumpliré los deseos de mi alma. ¿Por qué esto? Porque Dios es misericordioso, Dios es bueno, Dios es indulgente. Estos se ponen en peligro por la esperanza. Por otro lado, aquellos que caen en pecados graves, creyendo que ya no pueden ser perdonados al arrepentirse, y considerándose destinados sin duda a la condenación, dicen para sí mismos: Ya estamos condenados, ¿por qué no hacemos lo que queremos? como gladiadores destinados a la espada. Por eso, los desesperados son molestos: ya no tienen nada que temer, y son muy temibles. La desesperación mata a estos, la esperanza a aquellos. El alma fluctúa entre la esperanza y la desesperación. Se debe temer que la esperanza te mate, y que cuando esperas mucho en la misericordia, caigas en el juicio: se debe temer nuevamente que la desesperación te mate, y que cuando piensas que ya no puedes ser perdonado por lo grave que has cometido, no te arrepientas, y caigas en el juicio de la Sabiduría, que dice: "Y yo me reiré de vuestra perdición" (Prov. I, 26). ¿Qué hace entonces el Señor con aquellos que están en peligro por ambas enfermedades? A los que están en peligro por la esperanza, les dice: "No tardes en convertirte al Señor, ni difieras de día en día; porque de repente vendrá su ira, y en el tiempo de la venganza te destruirá" (Ecli. V, 8, 9). A los que están en peligro por la desesperación, ¿qué les dice? "En cualquier día que el impío se convierta, olvidaré todas sus iniquidades" (Ezequiel XVIII, 21, 22, 27). Por aquellos que están en peligro por la desesperación, ha propuesto el puerto de la indulgencia: por aquellos que están en peligro por la esperanza y son engañados por las dilaciones, ha hecho incierto el día de la muerte. No sabes cuándo vendrá el último día. ¿Eres ingrato porque tienes el día de hoy para corregirte? Así, pues, a esta mujer, "Ni yo te condeno"; pero, segura de lo pasado, cuida el futuro. Ni yo te condeno: he borrado lo que cometiste, observa lo que he mandado, para que encuentres lo que he prometido.

TRACTATUS XXXIV. Sobre aquello, "Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida". Cap. VIII, V. 12.

1. Lo que acabamos de escuchar y recibir con atención, cuando se leía el santo Evangelio, no dudo que todos también intentamos entender: y cada uno de nosotros, sobre tan gran asunto que se ha leído, ha captado lo que ha podido según su capacidad; y puesto el pan de la palabra, no hay quien se queje de no haber probado nada. Pero nuevamente no dudo, porque es difícil que alguien haya entendido todo. Sin embargo, aunque haya quien entienda suficientemente todas las palabras de nuestro Señor Jesucristo ahora recitadas del Evangelio; tolere nuestro ministerio, hasta que, si podemos, con su ayuda, al tratarlo hagamos que todos o muchos entiendan, lo que pocos se alegran de haber entendido.

2. Lo que dijo el Señor, "Yo soy la luz del mundo", creo que es claro para aquellos que tienen ojos, para que sean partícipes de esta luz: pero quienes no tienen ojos sino en la carne, se maravillan de lo que dijo el Señor Jesucristo, "Yo soy la luz del mundo". Y tal vez no falte quien diga para sí mismo: ¿Acaso el Señor Cristo es este sol, que con su salida y puesta completa el día? No faltaron herejes que pensaron estas cosas. Los maniqueos creyeron que este sol visible a los ojos de la carne, expuesto y público no solo para los hombres, sino también para los animales, era el Señor Cristo. Pero la recta fe de la Iglesia católica reprueba tal invención, y reconoce que es una doctrina diabólica: no solo lo reconoce creyendo, sino que también lo refuta discutiendo en lo que puede. Reprobemos, pues, tal error, que la santa Iglesia desde el principio ha anatematizado. No pensemos que el Señor Jesucristo es este sol que vemos salir por el oriente, ponerse por el occidente; a cuyo curso sigue la noche, cuyos rayos son oscurecidos por la nube, que se mueve de un lugar a otro con movimiento cierto: esto no es el Señor Cristo. No es el Señor Cristo el sol hecho, sino por quien el sol fue hecho. Porque todas las cosas fueron hechas por él, y sin él nada fue hecho (Juan I, 3).

3. Hay, pues, una luz que hizo esta luz: amemos esta, deseemos entenderla, tengamos sed de ella; para que, guiados por ella, lleguemos algún día a ella, y vivamos en ella de tal manera que nunca muramos. Porque esta es la luz, de la que la profecía anunciada hace tiempo cantó así en el Salmo: "Hombres y bestias salvarás, Señor; como se ha multiplicado tu misericordia, Dios". Estas son las palabras del santo Salmo: considerad lo que el antiguo discurso de los santos hombres de Dios ha anunciado sobre tal luz. "Hombres", dice, "y bestias salvarás, Señor; como se ha multiplicado tu misericordia, Dios". Porque eres Dios, y tienes misericordia múltiple; esa misma multiplicidad de tu misericordia llega no solo a los hombres que creaste a tu imagen, sino también a los animales que sometiste a los hombres. Porque de quien es la salvación del hombre, de él es la salvación del animal. No te avergüences de pensar esto de tu Señor Dios: más bien presume y confía, y cuídate de pensar de otra manera. Quien te salva a ti, él salva a tu caballo, él a tu oveja; lleguemos a lo más mínimo, él a tu gallina: del Señor es la salvación (Salmo III, 9), y Dios salva también estas cosas. Te sorprende, preguntas; me asombra que dudes. ¿Se negará a salvar, quien se dignó crear? Del Señor es la salvación de los ángeles, de los hombres, de los animales; del Señor es la salvación. Así como nadie es por sí mismo, así nadie es salvo por sí mismo. Por tanto, muy verdaderamente y excelentemente dice el Salmo, "Hombres y bestias salvarás, Señor". ¿Por qué? "Como se ha multiplicado tu misericordia, Dios". Porque tú eres Dios, tú creaste, tú salvas: tú diste el ser, tú das el ser sano.

4. Si, pues, como se ha multiplicado la misericordia de Dios, por él los hombres y las bestias son salvados; ¿no tienen los hombres algo más que Dios, el creador, les otorgue, que no otorga a las bestias? ¿No hay distinción alguna entre el animal hecho a imagen de Dios, y el animal sometido a la imagen de Dios? Sí, ciertamente: además de esta salvación común a nosotros con los animales mudos, hay algo que Dios nos otorga, pero no a ellos. ¿Qué es esto? Sigue en el mismo salmo: "Pero los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas". Teniendo ahora la salvación común con sus animales, "los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas". Tienen otra salvación en realidad, otra en esperanza. Esta salvación que está presente, es común a los hombres y a los animales: pero hay otra que los hombres esperan; y la reciben quienes esperan, no la reciben quienes desesperan. Porque "los hijos de los hombres esperarán bajo la sombra de tus alas". Y si esperan, ¿qué esperan, sino lo que las bestias no tendrán? "Se embriagarán de la abundancia de tu casa; y les darás de beber del torrente de tus delicias". ¿Qué vino es este, del que embriagarse es loable? ¿Qué vino es este, que no turba, sino que dirige la mente? ¿Qué vino es este, que hace perpetuamente sano, no embriagando hace insano? "Se embriagarán". ¿De dónde? "De la

abundancia de tu casa; y les darás de beber del torrente de tus delicias". ¿De dónde? "Porque contigo está el manantial de la vida". Ese manantial de vida caminaba en la tierra, él decía, "El que tenga sed, venga a mí" (Juan VII, 37). He aquí el manantial. Pero comenzamos a hablar de la luz, y estábamos tratando la cuestión propuesta del Evangelio sobre la luz. Porque se nos leyó diciendo el Señor, "Yo soy la luz del mundo". De ahí la cuestión, para que nadie carnalmente sabio pensara que se debía entender este sol: de ahí fuimos al Salmo, que al ser considerado, encontramos por ahora al Señor como el manantial de vida. Bebe y vive. "Contigo", dice, "está el manantial de la vida": por eso bajo la sombra de tus alas esperan los hijos de los hombres, buscando embriagarse de este manantial. Pero estábamos hablando de la luz. Sigue, pues: porque el Profeta, después de haber dicho, "Contigo está el manantial de la vida", añadió, "En tu luz veremos la luz" (Salmo XXXV, 8, 10); Dios de Dios, luz de luz. Por esta luz fue hecha la luz del sol: y la luz que hizo el sol, bajo la cual nos hizo también a nosotros, se hizo bajo el sol por nosotros. Se hizo, digo, por nosotros bajo el sol la luz que hizo el sol. No desprecies la nube de la carne: se cubre con nube, no para oscurecerse, sino para moderarse.

5. Hablando, pues, a través de la nube de la carne, la luz indeficiente, la luz de la sabiduría, dijo a los hombres, "Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no andará en tinieblas; sino que tendrá la luz de la vida". ¿Cómo te apartó de los ojos de la carne, y te llamó a los ojos del corazón? No basta decir, "El que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz"; añadió, "de la vida"; como allí se dijo, "Porque contigo está el manantial de la vida": Ved, pues, hermanos míos, cómo las palabras del Señor concuerdan con la verdad de ese salmo: y allí se puso la luz con el manantial de la vida, y el Señor dijo luz de la vida. En estos usos corporales, sin embargo, una cosa es la luz, otra el manantial: la garganta busca el manantial, los ojos la luz: cuando tenemos sed buscamos el manantial; cuando estamos en tinieblas, buscamos la luz; y si acaso tenemos sed de noche, encendemos la luz para llegar al manantial. No es así con Dios: lo que es luz, eso es manantial; quien te ilumina para que veas, él mismo te mana para que bebas.

6. Ved, pues, hermanos míos, ved, si veis interiormente, qué clase de luz es esta de la que el Señor dice, "El que me sigue, no andará en tinieblas". Sigue a este sol, veamos si no andarás en tinieblas. He aquí que al salir se dirige hacia ti: él en su curso se dirige al occidente; tal vez tu camino es hacia el oriente: a menos que vayas en dirección contraria, no hacia donde él se dirige, siguiéndolo ciertamente errarás, y en lugar de oriente tomarás occidente. Si lo sigues en la tierra, errarás: si el navegante lo sigue en el mar, errará. Finalmente, te parece que el sol debe ser seguido, y te diriges también tú al occidente, hacia donde él se dirige: veamos cuando se ponga, si no andarás en tinieblas. Mira cómo, aunque no quieras dejarlo, él te dejará, cumpliendo con la necesidad de su servicio el día. Pero nuestro Señor Jesucristo, mientras a través de la nube de la carne no aparecía a todos, por el poder de la sabiduría lo abarcaba todo. Tu Dios está en todas partes entero: si no caes de él, nunca él caerá de ti.

7. "El que me sigue", dice, "no andará en tinieblas; sino que tendrá la luz de la vida". Lo que prometió, lo puso en verbo de tiempo futuro: no dijo, tiene; sino, "tendrá", dice, "la luz de la vida". Sin embargo, no dijo, el que me seguirá; sino, "el que me sigue". En lo que debemos hacer, puso el tiempo presente: pero lo que prometió a los que lo hacen, lo significó con verbo de tiempo futuro. El que sigue tendrá. Ahora sigue, después tendrá: ahora sigue por la fe, después tendrá por la visión. Porque mientras estamos en el cuerpo, dice el Apóstol, peregrinamos del Señor: porque por la fe andamos, no por la visión (II Cor. V, 6, 7). ¿Cuándo por la visión? Cuando tengamos la luz de la vida, cuando lleguemos a esa visión, cuando haya pasado esta noche. Porque de aquel día que ha de amanecer, se ha dicho, "Por la mañana estaré ante ti, y contemplaré" (Salmo V, 5). ¿Qué es, por la mañana? Pasada la noche de este

siglo, pasados los terrores de las tentaciones, superado aquel león que de noche ruge alrededor, buscando a quien devorar (I Pedro V, 8). "Por la mañana estaré ante ti, y contemplaré". Ahora bien, ¿qué creemos, hermanos, que conviene a este tiempo, sino lo que nuevamente se dice en el Salmo, "Lavaré cada noche mi lecho, con mis lágrimas regaré mi cama" (Salmo VI, 7)? "Cada noche", dice, lloraré: arderé en deseo de la luz. Ve el Señor mi deseo; porque le dice otro salmo, "Ante ti está todo mi deseo, y mi gemido no está oculto de ti" (Salmo XXXVII, 10). ¿Deseas oro? puedes ser visto; porque buscando oro serás manifiesto a los hombres. ¿Deseas trigo? preguntas quién lo tiene; a quien deseando llegar a lo que deseas, indicas. ¿Deseas a Dios? ¿quién lo ve, sino Dios? ¿De quién pides a Dios, como pan, como agua, como oro, como plata, como trigo? ¿De quién pides a Dios, sino de Dios? Él mismo es pedido de sí mismo, quien promete a sí mismo. Extienda el alma su deseo; y con un seno más amplio busque comprender lo que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni subió al corazón del hombre (I Cor. II, 9). Puede ser deseado, puede ser codiciado, puede suspirarse por él: dignamente pensado, y explicado con palabras no puede ser.

8. Por tanto, hermanos míos, ya que el Señor brevemente dijo, "Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas; sino que tendrá la luz de la vida": con estas palabras hay algo que mandó, algo que prometió: hagamos lo que mandó, para que no con rostro impudente deseemos, lo que prometió; no sea que nos diga en su juicio, ¿Hiciste lo que mandé, para que esperes lo que prometí? ¿Qué, pues, mandaste, Señor Dios nuestro? Te dice, Que me sigas. Pediste consejo de vida. ¿De qué vida, sino de la que se dijo, "Contigo está el manantial de la vida"? Escuchó uno, "Ve, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme". Se fue triste, no lo siguió: buscó al buen maestro, interpeló al doctor, y despreció al que enseñaba: se fue triste, atado por sus codicias; se fue triste, llevando una gran carga de avaricia sobre sus hombros (Mateo XIX, 16-22). Trabajaba, se agitaba; y quien quiso quitarle la carga, no fue considerado digno de ser seguido, sino de ser abandonado. Pero después que el Señor clamó por el Evangelio, "Venid a mí, todos los que trabajáis y estáis cargados, y yo os haré descansar; tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón" (Id. XI, 28 y 29): ¿cuántos han hecho al escuchar el Evangelio, lo que aquel rico al escucharlo de su boca no hizo? Hagamos, pues, ahora, sigamos al Señor; soltemos las cadenas que nos impiden seguir. ¿Y quién es capaz de desatar tales nudos, sino aquel que ayuda a quien se le dijo, "Rompiste mis cadenas" (Salmo CXV, 16)? De quien otro salmo dice, "El Señor suelta a los encadenados, el Señor levanta a los caídos" (Salmo CXLV, 8).

9. ¿Y qué siguen los liberados y levantados, sino la luz de la que oyen, "Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no andará en tinieblas"? porque el Señor ilumina a los ciegos. Seamos iluminados, pues, ahora, hermanos, teniendo el colirio de la fe. Porque su saliva precedió con tierra, para ungir al que nació ciego (Juan IX, 6). Y nosotros de Adán nacimos ciegos, y necesitamos que él nos ilumine. Mezcló saliva con tierra: "El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan I, 14). Mezcló saliva con tierra; por eso se predijo, "La verdad brotó de la tierra" (Salmo LXXXIV, 12): él mismo dijo, "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan XIV, 6). Disfrutaremos de la verdad, cuando la veamos cara a cara; porque también esto se nos promete. Pues, ¿quién se atrevería a esperar lo que Dios no se dignó ni prometer ni dar? Veremos cara a cara. El Apóstol dice: "Ahora sé en parte, ahora en enigma por espejo, entonces cara a cara" (I Cor. XIII, 12). Y el apóstol Juan en su Epístola: "Amadísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él; porque lo veremos tal como es" (I Juan III, 2). Esta es una gran promesa; si amas, sigue. Amo, dices; pero, ¿cómo sigo? Si tu Señor Dios te hubiera dicho, Yo soy la verdad y la vida; deseando la verdad, codiciando la

vida, ciertamente buscarías el camino por el cual pudieras llegar a estas cosas, y te dirías: Gran cosa es la verdad, gran cosa es la vida; ¡si hubiera cómo llegar allí mi alma! ¿Buscas cómo? escucha a él diciéndote primero, "Yo soy el camino". Antes de decirte a dónde, te adelantó cómo: "Yo soy", dice, "el camino". ¿A dónde el camino? "Y la verdad y la vida". Primero dijo cómo llegar, después dijo a dónde llegar. "Yo soy el camino, yo soy la verdad, yo soy la vida". Permaneciendo con el Padre, verdad y vida: revistiéndose de carne, se hizo camino. No se te dice, Trabaja buscando el camino, para que llegues a la verdad y la vida; no se te dice esto. Perezoso, levántate; el camino mismo vino a ti, y te despertó del sueño durmiendo, si es que te despertó: levántate, y camina. Tal vez intentas caminar, y no puedes, porque te duelen los pies. ¿Por qué te duelen los pies? ¿acaso corrieron por lugares ásperos por orden de la avaricia? Pero el Verbo de Dios sanó también a los cojos. He aquí, dices, tengo pies sanos, pero no veo el camino mismo. También iluminó a los ciegos.

10. Todo esto se realiza por la fe, mientras peregrinamos lejos del Señor, permaneciendo en el cuerpo: pero cuando hayamos recorrido el camino y lleguemos a la patria misma, ¿qué será más alegre para nosotros? ¿qué será más dichoso? Porque nada será más pacífico: nada se rebelará contra el hombre. Ahora bien, hermanos, es difícil estar sin disputas. Hemos sido llamados a la concordia, se nos ordena tener paz entre nosotros; debemos esforzarnos y luchar con todas nuestras fuerzas para que algún día lleguemos a la paz perfectísima: pero ahora, a menudo discutimos incluso con aquellos a quienes queremos aconsejar. Él se equivoca, tú quieres guiarlo por el camino; se resiste a ti, discutes: el pagano se resiste, debates contra los errores de los ídolos y demonios: el hereje se resiste, debates contra otras doctrinas de demonios: el mal católico no quiere vivir bien, corriges incluso a tu hermano interior: permanece contigo en casa, y busca caminos perdidos; te angustias sobre cómo corregirlo, para dar una buena cuenta de él al Señor de ambos. ¿Cuántas necesidades de disputas por todas partes? A menudo, el hombre, afectado por el tedio, dice para sí mismo: ¿Qué me importa soportar contradictores, soportar a aquellos que devuelven mal por bien? Yo quiero aconsejar, ellos quieren perecer: consumo mi vida discutiendo; no tengo paz: además, hago enemigos, a quienes debería tener como amigos, si atendieran a la benevolencia del consejero: ¿qué me importa soportar esto? Regresaré a mí mismo, estaré conmigo, invocaré a mi Dios. Regresa a ti mismo, allí encuentras disputa: si has comenzado a seguir a Dios, allí encuentras disputa. ¿Qué disputa, preguntas, encuentro? La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Gál. V, 17). He aquí que tú mismo eres, he aquí que estás solo, he aquí que estás contigo, he aquí que no soportas a ningún otro hombre: pero ves otra ley en tus miembros, que lucha contra la ley de tu mente, y te lleva cautivo a la ley del pecado, que está en tus miembros. Clama entonces, y desde la disputa interior clama a Dios, para que te pacifique contigo mismo: ¡Miserable de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 23-25). Porque el que me sigue, dice, no caminará en tinieblas; sino que tendrá la luz de la vida. Terminada toda disputa, seguirá la inmortalidad, porque el último enemigo que será destruido es la muerte. ¿Y qué paz será? Es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad (I Cor. XV, 26, 53). Para que lleguemos allí, porque entonces será en realidad, ahora sigamos en esperanza a aquel que dijo, Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no caminará en tinieblas; sino que tendrá la luz de la vida.

TRACTATUS XXXV. Desde lo que se lee, Dijeron entonces los fariseos, Tú das testimonio de ti mismo, etc., hasta aquello, Mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vengo y a dónde voy. Cap. VIII, V. 13, 14.

1. De las palabras de nuestro Señor Jesucristo, donde dice, Yo soy la luz del mundo: el que me sigue, no caminará en tinieblas; sino que tendrá la luz de la vida (Juan VIII, 12), recordáis que ayer, los que estuvisteis presentes, se discutió largamente: y si aún quisiéramos discutir sobre esa luz, podríamos hablar mucho; pues no podemos explicarlo brevemente. Así que, hermanos míos, sigamos a Cristo, la luz del mundo, para no caminar en tinieblas. Las tinieblas son de temer, no de los ojos, sino de las costumbres: y si de los ojos, no de los exteriores, sino de los interiores, donde se discierne no lo blanco y lo negro, sino lo justo y lo injusto.

2. Cuando nuestro Señor Jesucristo dijo esto, los judíos respondieron: Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero. Antes de que viniera nuestro Señor Jesucristo, encendió y envió muchas lámparas proféticas antes de sí. Entre ellas estaba Juan el Bautista, a quien la misma gran luz, que es el Señor Cristo, dio testimonio, como a ningún otro hombre: pues dijo, Entre los nacidos de mujer no ha surgido uno mayor que Juan el Bautista (Mat. XI, 11). Sin embargo, este, que no tenía mayor entre los nacidos de mujer, dice del Señor Jesucristo: Yo os bautizo con agua; pero el que viene, es más fuerte que yo, de quien no soy digno de desatar la correa de su calzado (Juan I, 26, 27). Ved cómo la lámpara se somete al día. El mismo Señor testifica que Juan era una lámpara: Él era, dice, la lámpara ardiente y brillante; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz (Id. V, 35). Cuando los judíos dijeron al Señor, Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas? sabiendo el Señor que tenían a Juan el Bautista en gran estima, y que él, a quien tenían en gran estima, había dado testimonio de Él, les respondió: También yo os haré una pregunta: decidme, ¿el bautismo de Juan, era del cielo o de los hombres? Ellos, turbados, pensaban entre sí, porque si decían, De los hombres, podrían ser apedreados por la multitud, que creía que Juan era profeta: si decían, Del cielo, Él les respondería, Aquel a quien confesáis que tuvo profecía del cielo, dio testimonio de mí, y de él oísteis con qué autoridad hago estas cosas. Vieron, pues, que cualquiera de estas respuestas los atraparía en una trampa; y dijeron, No sabemos. Y el Señor les dijo: Ni yo os digo con qué autoridad hago estas cosas (Mat. XXI, 23-27). No os digo lo que sé, porque no queréis confesar lo que sabéis. Justamente rechazados, se retiraron confundidos: y se cumplió lo que en el Salmo dice Dios Padre por el Profeta, Preparé una lámpara para mi Cristo, es decir, el mismo Juan; a sus enemigos los vestiré de confusión (Sal. CXXXI, 17, 18).

3. Por tanto, el Señor Jesucristo tenía el testimonio de los Profetas enviados antes de Él, los pregoneros que precedieron al juez; tenía el testimonio de Juan: pero Él mismo era un testimonio mayor, que daba de sí mismo. Sin embargo, ellos, con ojos débiles, buscaban lámparas, porque no podían soportar el día: pues el mismo apóstol Juan, cuyo Evangelio tenemos en nuestras manos, dice al principio de su Evangelio sobre Juan, «Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan: este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino para dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene al mundo.» Si a todo hombre, entonces también a Juan. De donde dice el mismo Juan. Todos nosotros hemos recibido de su plenitud (Juan I, 6-9, 16). Discernid, pues, estas cosas, para que vuestra mente progrese en la fe de Cristo; no seáis siempre niños buscando el pecho, y rechazando el alimento sólido. Debéis ser nutridos y destetados en la santa madre Iglesia de Cristo, y acercaros a alimentos más sólidos, con la mente, no con el vientre. Discernid, pues, que es una cosa la luz que ilumina, y otra la que es iluminada. Pues también nuestros ojos son llamados luces; y cada uno jura así, tocando sus ojos, por sus luces, Que vivan mis luces: es un juramento común. Si estas luces son luces, que falte la luz en tu habitación cerrada, que estén abiertas y brillen para ti: ciertamente no pueden. Así como estos en la cara que tenemos, y los llamamos luces, y

cuando están sanos, y cuando están abiertos, necesitan ayuda externa de la luz; que si se quita o no se introduce, están sanos, están abiertos, pero no ven: así nuestra mente, que es el ojo del alma, a menos que sea iluminada por la luz de la verdad, y maravillosamente iluminada por aquel que ilumina y no es iluminado, no podrá llegar ni a la sabiduría ni a la justicia. Esa es nuestra vía para vivir justamente. ¿Cómo no tropezará en el camino, a quien no le alumbra la luz? Por tanto, en tal camino es necesario ver, en tal camino es grande ver. Pues Tobías tenía los ojos cerrados en la cara, y el hijo daba la mano al padre; el padre mostraba el camino al hijo con instrucciones (Tob. II, 11, IV).

4. Respondieron entonces los judíos, Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero. Veamos qué oyen: escuchemos también nosotros, pero no como ellos. Ellos despreciando, nosotros creyendo: ellos queriendo matar a Cristo, nosotros deseando vivir por Cristo. Mientras tanto, esta diferencia distinga nuestros oídos y mentes, y escuchemos qué respondió el Señor a los judíos. Jesús respondió y les dijo: Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero; porque sé de dónde vengo y a dónde voy. La luz muestra tanto otras cosas como a sí misma. Enciendes una lámpara, por ejemplo, para buscar una túnica, y la lámpara encendida te permite encontrar la túnica: ¿acaso enciendes la lámpara para ver la lámpara encendida? La lámpara encendida es capaz de revelar otras cosas que estaban ocultas en la oscuridad, y de mostrarse a tus ojos. Así también el Señor Cristo distinguía entre sus fieles y los judíos enemigos, como entre la luz y las tinieblas; como entre aquellos a quienes iluminaba con el rayo de la fe, y aquellos cuyos ojos cerrados rodeaba. Pues también este sol ilumina tanto el rostro del que ve como el del ciego: ambos de pie juntos, y con el rostro hacia el sol, son iluminados en la carne, pero no ambos son iluminados en la vista; uno ve, el otro no ve; el sol está presente para ambos, pero uno está ausente del sol presente. Así también la Sabiduría de Dios, el Verbo de Dios, el Señor Jesucristo está presente en todas partes; porque en todas partes está la verdad, en todas partes está la sabiduría. Alguien entiende la justicia en el oriente; otro entiende la justicia en el occidente: ¿acaso es otra la justicia que aquel entiende, y otra la que este entiende? Están separados en cuerpo, y tienen en uno la visión de sus mentes. La justicia que veo aquí constituido, si es justicia, la misma ve el justo no sé cuántas mansiones separado de mí en carne, y en la luz de esa justicia unido. Por tanto, la luz da testimonio de sí misma: abre los ojos sanos, y es testigo de sí misma, para que se conozca la luz. Pero, ¿qué hacemos con los infieles? ¿acaso no está presente para ellos? Está presente también para ellos, pero no tienen ojos del corazón con los que puedan verla. Escucha de ellos la sentencia pronunciada en el mismo Evangelio: Y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan I, 5). Por tanto, dice el Señor, y dice la verdad, Aunque yo doy testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero; porque sé de dónde vengo y a dónde voy. Quería que se entendiera al Padre; el Hijo daba gloria al Padre. El igual glorifica a aquel de quien fue enviado: ¿cuánto debe glorificar el hombre a aquel de quien fue creado?

5. Sé de dónde vengo y a dónde voy. Este que os habla ahora, tiene lo que no ha dejado, pero sin embargo ha venido: pues no al venir se alejó de allí, ni al regresar nos dejó. ¿Qué os sorprende? Es Dios. Esto no puede hacerlo un hombre; esto no puede hacerlo el mismo sol. Cuando se dirige al occidente, deja el oriente, y hasta que regrese al oriente para salir, no está en el oriente: pero nuestro Señor Jesucristo tanto viene, como está allí; y regresa, y está aquí. Escucha al mismo Evangelista en otro lugar diciendo, y si puedes, comprende; si no puedes, cree: A Dios, dice, nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer (Juan I, 18). No dijo, Estuvo en el seno del Padre, como si al venir hubiera dejado el seno del Padre. Aquí hablaba, y decía que estaba allí: quien también

al irse de aquí, ¿qué dijo? He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo (Mat. XXVIII, 20).

6. Por tanto, es verdadero el testimonio de la luz, ya sea que se muestre a sí misma, ya sea que muestre otras cosas; porque sin luz no puedes ver la luz, y sin luz no puedes ver cualquier otra cosa que no sea luz. Si la luz es capaz de mostrar cosas que no son luces, ¿acaso falla en mostrarse a sí misma? ¿acaso no se revela a sí misma, sin la cual otras cosas no pueden ser vistas? El Profeta habló la verdad; pero ¿de dónde la tendría, si no bebiera de la fuente de la verdad? Juan habló la verdad; pero ¿de dónde habló, pregúntale a él mismo: Todos nosotros, dice, hemos recibido de su plenitud. Por tanto, nuestro Señor Jesucristo es capaz de dar testimonio de sí mismo. Pero ciertamente, hermanos míos, en la noche de este siglo escuchemos también la profecía atentamente: pues ahora, por nuestra fragilidad y las íntimas tinieblas de nuestro corazón, nuestro Señor quiso venir humildemente. Vino el hombre para ser despreciado y honrado, vino para ser negado y confesado; despreciado y negado por los judíos, honrado y confesado por nosotros: juzgado y juzgador; juzgado injustamente, juzgador justamente. Vino, pues, de tal manera que era necesario que una lámpara diera testimonio de él. Pues, ¿qué necesidad había de que Juan, como lámpara, diera testimonio del día, si el mismo día pudiera ser visto por nuestra debilidad? Pero no podíamos: hecho débil para los débiles, sanó la debilidad con la debilidad; con carne mortal, quitó la muerte de la carne; de su cuerpo hizo colirio para nuestros ojos. Porque el Señor vino, y aún estamos en la noche del siglo, es necesario que también escuchemos las profecías.

7. Pues con la profecía convencemos a los paganos contradictores. ¿Quién es Cristo?, dice el pagano. A lo que respondemos: Aquel que los Profetas anunciaron. Y él: ¿Qué Profetas? Recitamos a Isaías, a Daniel, a Jeremías, a otros santos Profetas; decimos cuán lejos antes de él vinieron, cuánto tiempo precedieron su venida. Esto respondemos: Los Profetas lo precedieron, predijeron que vendría. Responde alguno de ellos: ¿Qué Profetas? Nosotros recitamos, los que se nos recitan diariamente. Y él: ¿Quiénes son estos Profetas? Nosotros respondemos: Los que también predijeron lo que vemos que sucede. Y él: Vosotros, dice, os habéis inventado estas cosas, visteis que sucedían, y como si fueran predichas, las escribisteis en los libros que quisisteis. Aquí, contra los enemigos paganos, nos encontramos con el testimonio de otros enemigos. Presentamos los códices de los judíos, y respondemos: Sin duda, tanto vosotros como ellos, sois enemigos de nuestra fe. Por eso están dispersos entre las naciones, para que podamos convencer a unos enemigos con otros. Que se presente el códice de Isaías de los judíos, veamos si no leo allí, «Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, enmudeció, así no abrió su boca. En su humillación fue quitado su juicio; por su llaga fuimos sanados; todos nosotros nos descarriamos como ovejas, y él fue entregado por nuestros pecados» (Isa. LIII, 5-8). He aquí una lámpara. Que se presente otra, que se abra el Salmo, también allí se recite la pasión de Cristo predicha. «Horadaron mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos: ellos mismos me miraron y me observaron, dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes. En ti está mi alabanza; en la gran asamblea te confesaré. Se acordarán y se convertirán al Señor todos los confines de la tierra: y adorarán en su presencia todas las familias de las naciones; porque del Señor es el reino, y él dominará sobre las naciones» (Sal. XXI, 17-29). Que se avergüence un enemigo, porque otro enemigo me proporciona el códice. Pero he aquí que de los códices presentados por un enemigo vencí al otro: y el mismo que me proporcionó el códice, no debe quedar sin respuesta; que se presente de él, de donde también él sea vencido. Leo otro profeta, y encuentro al Señor hablando a los judíos: No tengo complacencia en vosotros, dice el Señor, ni aceptaré sacrificio de vuestras manos: porque desde el nacimiento del sol hasta su

ocaso, se ofrece sacrificio puro a mi nombre (Mal. I, 10 y 11). No vienes, judío, al sacrificio puro; te convenzo de impureza.

8. He aquí que las lámparas dan testimonio del día por nuestra debilidad, porque no podemos soportar y ver la claridad del día. Pues también nosotros los cristianos, en comparación con los infieles, ya somos luz; de donde dice el Apóstol. Porque en otro tiempo erais tinieblas; ahora sois luz en el Señor, andad como hijos de luz (Efes. V, 8): y en otro lugar dijo, La noche está avanzada, el día se ha acercado: desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos con las armas de la luz; andemos como de día, honestamente (Rom. XIII, 12, 13). Sin embargo, porque en comparación con aquella luz a la que vamos a llegar, aún es noche incluso el día en que estamos, escucha al apóstol Pedro: dice que se le dio al Señor Cristo una voz de la magnífica gloria, Tú eres mi Hijo amado, en quien me he complacido. Esta voz, dice, la oímos nosotros del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo. Pero como nosotros no estuvimos allí, y no oímos esa voz del cielo; el mismo Pedro nos dice, Y tenemos la palabra profética más segura. No oísteis la voz del cielo, pero tenéis la palabra profética más segura. Pues previendo el Señor Jesucristo que algunos impíos calumniarían sus milagros, atribuyéndolos a artes mágicas, envió antes a los Profetas. ¿Acaso, si era mago y con artes mágicas hizo que se le adorara incluso muerto, era mago antes de nacer? Escucha a los Profetas, oh hombre muerto, y calumniador como gusano, escucha a los Profetas: leo, escucha a los que vinieron antes del Señor. Tenemos, dice el apóstol Pedro, la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos, como a una lámpara que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día amanezca, y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones (II Pedro I, 17-19).

9. Cuando nuestro Señor Jesucristo venga, y como también dice el apóstol Pablo, ilumine los secretos de las tinieblas y manifieste los pensamientos del corazón, para que la alabanza sea de cada uno de Dios (I Cor. IV, 5); entonces, en presencia de tal día, no serán necesarias las lámparas: no se leerá al Profeta, no se abrirá el libro del Apóstol, no buscaremos el testimonio de Juan, no necesitaremos el mismo Evangelio. Por lo tanto, todas las Escrituras serán retiradas de en medio, las cuales en la noche de este siglo se encendían como lámparas para nosotros, para que no permaneciéramos en tinieblas: quitadas todas estas cosas, para que no nos iluminen como si las necesitáramos, y los mismos hombres de Dios, por quienes estas cosas fueron ministradas, viendo con nosotros aquella luz verdadera y clara, removidos entonces estos auxilios, ¿qué veremos? ¿de dónde se alimentará nuestra mente? ¿de dónde se alegrará esa mirada? ¿de dónde vendrá aquel gozo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (I Cor. II, 9)? ¿Qué veremos? Os ruego, amad conmigo, corred creyendo conmigo: deseemos la patria celestial, suspiremos por la patria celestial, sintamos que somos peregrinos aquí. ¿Qué veremos entonces? Que lo diga ahora el Evangelio: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). De donde te fue rociado el rocío, vendrás a la fuente: de donde te fue enviado el rayo a través de lo oblicuo y lo tortuoso a tu corazón tenebroso, verás la luz desnuda misma, para cuya visión y soporte te purificas. Amadísimos, como también recordé ayer, el mismo Juan dice: somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es (I Juan III, 2). Siento que vuestros afectos se elevan conmigo hacia lo celestial: pero el cuerpo que se corrompe, agrava el alma; y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). También yo voy a dejar este libro, y vosotros os iréis cada uno a lo suyo. Nos ha ido bien en la luz común, nos hemos alegrado bien, hemos exultado bien: pero cuando nos separamos unos de otros, no nos separemos de él.

TRACTATUS XXXVI. Desde lo que está escrito, Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie; hasta aquello, Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y da testimonio de mí el que me envió, el Padre. Cap. VIII, V. 15-18.

1. En los cuatro Evangelios, o más bien en los cuatro libros de un solo Evangelio, el santo apóstol Juan, no sin razón comparado con un águila según la inteligencia espiritual, elevó su predicación más alta y mucho más sublime que los otros tres; y en su elevación quiso también elevar nuestros corazones. Pues los otros tres evangelistas, como si caminaran con el Señor hombre en la tierra, dijeron poco sobre su divinidad: pero a este, como si le pesara caminar en la tierra, como lo anunció al inicio de su discurso, se elevó, no solo sobre la tierra y sobre todo el ámbito del aire y del cielo, sino también sobre todo el ejército de los ángeles, y toda la constitución de los poderes invisibles, y llegó a aquel por quien fueron hechas todas las cosas, diciendo: En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: esto estaba en el principio con Dios. Todas las cosas fueron hechas por él, y sin él no se hizo nada (Juan I, 1-3). A esta sublimidad tan grande del principio también predicó las demás cosas congruentes, y habló de la divinidad del Señor como ningún otro. Esto eructaba lo que había bebido. Pues no sin razón se narra de él en este mismo Evangelio, que en el banquete se recostaba sobre el pecho del Señor (Juan XIII, 23). De aquel pecho bebía en secreto: pero lo que bebió en secreto, lo eructó en manifiesto, para que llegara a todas las naciones no solo la encarnación del Hijo de Dios, y la pasión, y la resurrección; sino también lo que era antes de la encarnación, el Unigénito del Padre, el Verbo del Padre, coeterno con el que lo engendró, igual a aquel de quien fue enviado; pero en el mismo envío hecho menor, por lo cual el Padre era mayor.

2. Por tanto, cualquier cosa que hayáis oído humildemente puesta sobre el Señor Jesucristo, pensad en la dispensación de la carne asumida; cómo se hizo por nosotros, no cómo era para hacernos: pero cualquier cosa sublime y sobre todas las criaturas excelsa y divina, y igual al Padre y coeterna con él que hayáis oído de él en el Evangelio, o leído, sabed que leéis lo que pertenece a la forma de Dios, no lo que pertenece a la forma de siervo. Porque si mantenéis esta regla, los que podéis comprender; no todos podéis comprender, pero todos debéis creer: si, por tanto, mantenéis esta regla, contra las calumnias de las tinieblas heréticas, como caminando en la luz, lucharéis seguros. Pues no faltaron quienes, leyendo solo los testimonios evangélicos, siguieron los que se pusieron sobre la humildad de Cristo, que fueron sordos a aquellos testimonios que hablaron de su divinidad: por eso sordos, para ser malamente verbosos. Asimismo, algunos atendiendo solo a aquellos que se dijeron sobre la sublimidad del Señor, también ellos, si leyeron su misericordia, por la cual se hizo hombre por nosotros, no creyeron, y pensaron que eran inducidos por hombres, y falsos; contendiendo que nuestro Señor Cristo era solo Dios, no también hombre. Unos así, otros así; ambos en error. Pero la fe católica, manteniendo de ambos lo verdadero que mantiene, y predicando lo que cree, entendió a Cristo como Dios, y creyó como hombre: pues ambas cosas están escritas, y ambas son verdaderas. Si dices que Cristo es solo Dios, niegas la medicina por la cual fuiste sanado: si dices que Cristo es solo hombre, niegas el poder por el cual fuiste creado. Por tanto, mantén ambos, alma fiel y corazón católico, mantén ambos, cree ambos, confiesa fielmente ambos. Y Cristo es Dios, y Cristo es hombre. ¿Qué clase de Dios es Cristo? Igual al Padre, uno con el Padre. ¿Qué clase de hombre es Cristo? Nacido de una virgen, trayendo de hombre la mortalidad, no trayendo la iniquidad.

3. Estos judíos, por tanto, veían al hombre, ni entendían ni creían a Dios: y entre otras cosas ya habéis oído cómo le dijeron: Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero (Juan VIII, 13). También habéis oído lo que él respondió, cuando ayer fue leído y discutido según nuestras fuerzas. Hoy se han leído estas palabras suyas: Vosotros juzgáis según la

carne. Por eso, dice, me decís: Tú das testimonio de ti mismo; tu testimonio no es verdadero, porque juzgáis según la carne; porque no entendéis a Dios, y veis al hombre, y persiguiendo al hombre, ofendéis al Dios oculto. Por tanto, juzgáis según la carne. Por eso os parezco arrogante, porque yo doy testimonio de mí mismo. Pues todo hombre, cuando quiere dar testimonio laudable de sí mismo, parece arrogante y soberbio. Por eso está escrito: No te alabe tu boca, sino que te alabe la boca de tu prójimo (Prov. XXVII, 2). Pero esto se dijo al hombre. Pues somos débiles, y hablamos entre débiles. Podemos decir la verdad y mentir: y aunque debemos decir la verdad, sin embargo, podemos mentir cuando queremos. La luz no puede mentir: lejos de que en el esplendor de la luz divina se encuentren las tinieblas de la mentira. Hablaba él como luz, hablaba como verdad; pero la luz brillaba en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron: por eso juzgaban según la carne. Vosotros, dice, juzgáis según la carne.

4. Yo no juzgo a nadie. ¿No juzga, por tanto, a nadie el Señor Jesucristo? ¿No es él a quien confesamos resucitado al tercer día, ascendido al cielo, sentado allí a la derecha del Padre, de donde ha de venir a juzgar a vivos y muertos? ¿No es esta nuestra fe, de la cual dice el Apóstol: Con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación (Rom. X, 10)? Por tanto, cuando confesamos estas cosas, ¿hablamos contra el Señor? Nosotros decimos que vendrá como juez de vivos y muertos; pero él dice: Yo no juzgo a nadie. Esta cuestión puede resolverse de dos maneras; para que entendamos esto, no juzgo a nadie, es decir, ahora: como dice en otro lugar: No he venido para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo (Juan XII, 47); no negando su juicio, sino posponiéndolo. O ciertamente porque había dicho: Vosotros juzgáis según la carne; así añadió: Yo no juzgo a nadie, para que entiendas, según la carne. Por tanto, no quede en nuestro corazón ningún escrúpulo de duda contra la fe que tenemos y anunciamos sobre el juez Cristo. Vino Cristo, pero primero a salvar, después a juzgar: juzgando a aquellos para castigo, que no quisieron ser salvados; conduciendo a la vida a aquellos que creyendo no rechazaron la salvación. Por tanto, la primera dispensación de nuestro Señor Jesucristo es medicinal, no judicial: pues si hubiera venido primero a juzgar, no habría encontrado a nadie a quien dar las recompensas de la justicia. Porque, por tanto, vio a todos pecadores, y absolutamente a nadie inmune de la muerte del pecado; primero debía otorgarse su misericordia, y después ejercer el juicio: porque de él cantó el Salmo: Cantaré misericordia y juicio a ti, Señor (Sal. C, 1). Pues no dijo juicio y misericordia; porque si primero fuera juicio, no habría misericordia: sino primero misericordia, después juicio. ¿Cuál es primero la misericordia? El Creador del hombre, se dignó ser hombre: se hizo lo que había hecho, para que no pereciera el que había hecho. ¿Qué puede añadirse a esta misericordia? Y sin embargo, añadió. Poco le fue hacerse hombre; sino también ser reprobado por los hombres: poco era ser reprobado; y ser deshonrado: poco era ser deshonrado; y ser muerto: pero también esto es poco; muerte de cruz. Pues también cuando el Apóstol recomendaba su obediencia hecha hasta la muerte, poco le fue decir: Hecho obediente hasta la muerte: pues no cualquier muerte, sino añadió: muerte de cruz (Filip. II, 8). Entre todos los géneros de muertes, no había nada peor que esa muerte. De hecho, donde los dolores más agudos atormentan, se llama tormento, nombrado por la cruz. Pues los crucificados colgando en el madero, fijados con clavos al madero en pies y manos, eran matados con muerte prolongada. Pues ser crucificado no era ser matado: sino que se vivía mucho tiempo en la cruz; no porque se eligiera una vida más larga, sino porque la misma muerte se prolongaba, para que el dolor no terminara más rápido. Quiso morir por nosotros: decimos poco, se dignó ser crucificado, hecho obediente hasta la muerte de cruz. Eligió el género extremo y peor de muerte, quien iba a abolir toda muerte: de la peor muerte mató toda muerte. Pues era la peor para los judíos que no entendían; pues fue elegida por el Señor. Pues él mismo iba a tener su cruz como señal, él mismo iba a poner su cruz como

trofeo sobre el diablo vencido en las frentes de los fieles, para que dijera el Apóstol: Pero a mí no me sea gloriar sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo (Gál. VI, 14). Nada había entonces en la carne más intolerable, nada hay ahora en la frente más glorioso. ¿Qué guarda para su fiel, quien dio tal honor a su suplicio? De hecho, ahora no está entre los romanos en los castigos de los culpables: pues donde la cruz del Señor fue honrada, se pensó que también el culpable sería honrado, si fuera crucificado. Por tanto, quien vino por esto, no juzgó a nadie: y soportó a los malos. Soportó un juicio injusto, para hacer uno justo. Pero en lo que soportó lo injusto, fue de misericordia. De hecho, se hizo tan humilde que vino a la cruz, pospuso ciertamente el poder, pero publicó la misericordia. ¿De dónde pospuso el poder? Porque no quiso descender de la cruz, quien pudo resucitar del sepulcro. ¿De dónde publicó la misericordia? Porque colgando en la cruz dijo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). Por tanto, ya sea por esto, porque no vino a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo, dijo: Yo no juzgo a nadie: o como he recordado, porque había dicho: Vosotros juzgáis según la carne, añadió: Yo no juzgo a nadie, para que entendamos que Cristo no juzga según la carne, como fue juzgado por los hombres.

5. Pues para que reconozcáis ya también a Cristo como juez, escuchad lo que sigue: Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero. He aquí que tienes también al juez, pero reconoce al salvador, para que no sientas al juez. ¿Por qué dijo que su juicio es verdadero? Porque no estoy solo, dice, sino yo y el Padre que me envió. Os dije, hermanos, que este santo evangelista Juan vuela muy alto: apenas se le puede comprender con la mente. Pero es necesario que mencione a vuestra Caridad el misterio de quien vuela más alto. Y en el profeta Ezequiel, y en el Apocalipsis del mismo Juan, de quien es este Evangelio, se menciona un animal cuádruple, con cuatro caras; de hombre, de becerro, de león, de águila (Ezequiel I, 5-10; Apoc. IV, 6, 7). Quienes antes de nosotros trataron los misterios de las santas Escrituras, muchos entendieron en este animal, o más bien en estos cuatro animales, a los cuatro Evangelistas. El león puesto por el rey, ya que el león parece ser de alguna manera el rey de las bestias, por su poder y fortaleza terrible. Esta persona fue atribuida a Mateo, porque en las genealogías del Señor siguió la serie real, cómo el Señor era de la descendencia real del linaje del rey David. Lucas, sin embargo, porque comenzó con el sacerdocio de Zacarías el sacerdote, haciendo mención del padre de Juan el Bautista, fue asignado al becerro; porque el becerro era una gran víctima en el sacrificio de los sacerdotes. A Marcos se le asignó el hombre Cristo con razón, porque ni dijo nada sobre el poder real, ni comenzó con el sacerdocio, sino que solo comenzó con el hombre Cristo. Todos estos casi no se apartaron de las cosas terrenales, es decir, de las cosas que el Señor nuestro Jesucristo hizo en la tierra: dijeron muy poco sobre su divinidad, como caminando en la tierra con él. Resta el águila: este es Juan, predicador de cosas sublimes, y contemplador con ojos fijos de la luz interna y eterna. Pues se dice que los polluelos de las águilas son probados por los padres, es decir, suspendidos por la garra del padre, y expuestos a los rayos del sol: el que lo contempla firmemente, es reconocido como hijo; si la vista parpadea, es soltado como adulterino de la garra. Ahora, por tanto, ved cuán sublimes cosas debió hablar, quien fue comparado con el águila: y sin embargo, también nosotros, arrastrándonos por el suelo, débiles y apenas de algún momento entre los hombres, nos atrevemos a tratar estas cosas, y a exponer estas cosas; y pensamos que podemos comprenderlas cuando las pensamos, o ser comprendidos mientras las decimos.

6. ¿Por qué dije estas cosas? Pues tal vez después de estas palabras alguien me diga con justicia: Entonces deja el libro. Lo que excede tu medida, ¿por qué lo tomas en tu mano? ¿por qué le confías tu lengua? A esto respondo: Abundan muchos herejes, y Dios permitió que abundaran, para que no siempre seamos alimentados con leche, y permanezcamos en una

infancia bruta. Pues porque no entendieron cómo se recomendaba la divinidad de Cristo, pensaron como quisieron: pero no pensando correctamente, trajeron cuestiones muy molestas a los fieles católicos; comenzaron a agitarse y a fluctuar los corazones de los fieles. Ya entonces se hizo necesario para los hombres espirituales, que no solo habían leído algo sobre la divinidad de nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio, sino que también lo habían entendido, que sacaran las armas de Cristo contra las armas del diablo: y sobre la divinidad de Cristo contra los falsos y engañosos doctores, con cuantas fuerzas pudieran, lucharan en un conflicto muy abierto; para que cuando ellos callaran, otros no perecieran. Pues cualquiera que haya sentido que nuestro Señor Jesucristo, o es de una sustancia diferente a la del Padre, o que Cristo es solo tanto, que él mismo es el Padre, él mismo es el Hijo, él mismo es el Espíritu Santo: cualquiera que también haya querido sentir que era solo hombre, no Dios hecho hombre, o así Dios que en su divinidad es mutable, o así Dios que no es también hombre; naufragaron en la fe, y fueron arrojados del puerto de la Iglesia, para que con su inquietud no rompieran las naves puestas junto a ellos. Lo cual obligó a que también nosotros, los más pequeños, y en cuanto a nosotros se refiere, totalmente indignos, pero en cuanto a su misericordia constituidos en algún número de sus dispensadores, no os callemos lo que o entendáis, y os regocijéis conmigo; o si aún no podéis entender, permaneced seguros en el puerto creyendo.

7. Diré, pues; que lo entienda quien pueda, que crea quien no pueda: sin embargo, diré lo que dice el Señor: Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie, ni ahora, ni según la carne. Pero si yo juzgo, mi juicio es verdadero. ¿Por qué es verdadero tu juicio? Porque no estoy solo, dice, sino yo y el Padre que me envió. ¿Qué, entonces, Señor Jesús? Si estuvieras solo, tu juicio sería falso; y por eso juzgas verdaderamente, porque no estás solo, sino tú y el Padre que te envió. ¿Qué responderé? Que él mismo responda: Mi juicio es verdadero, dice. ¿Por qué? Porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió. Si está contigo, ¿cómo te envió? ¿Y te envió, y está contigo? ¿Así que enviado no te apartaste? ¿Así que viniste a nosotros, y allí permaneciste? ¿Cómo se cree esto? ¿Cómo se entiende? A estas dos cosas respondo: Dices bien, ¿cómo se entiende?; no dices bien, ¿cómo se cree? Más bien, se cree bien porque no se entiende rápidamente: pues si se entendiera rápidamente, no sería necesario creerlo; porque se vería. Por eso crees, porque no entiendes; pero creyendo te haces capaz de entender. Pues si no crees, nunca entenderás; porque permanecerás menos capaz. Que la fe, pues, te purifique, para que el entendimiento te llene. Mi juicio es verdadero, dice, porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió. Entonces, Señor Dios nuestro Jesucristo, tu misión es tu encarnación. Así lo veo, así lo entiendo: finalmente así lo creo, para no ser arrogante al decirlo. Así lo entiendo. En verdad, aquí está nuestro Señor Jesucristo; más bien, aquí estaba según la carne, ahora está aquí según la divinidad: y estaba con el Padre, y no se apartó del Padre. Por lo tanto, cuando se dice que fue enviado a nosotros, se recomienda su encarnación, porque el Padre no se encarnó.

8. Pues algunos herejes llamados sabelianos, que también se llaman patripasianos, dicen que el mismo Padre sufrió. No lo hagas tú, católico: porque si fueras patripasiano, no estarías sano. Entiende, pues, que la misión del Hijo se llama encarnación del Hijo: pero no creas que el Padre se encarnó, ni creas que el Padre se apartó del Hijo encarnado. Él llevaba la carne, él estaba con el Hijo. Si el Padre está en el cielo, el Hijo en la tierra; ¿cómo estaba el Padre con el Hijo? Porque tanto el Padre como el Hijo estaban en todas partes: pues Dios no está en el cielo de tal manera que no esté en la tierra. Escucha a aquel que quería huir del juicio de Dios, y no encontraba cómo: ¿A dónde iré, dice, de tu espíritu, y a dónde huiré de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás. La cuestión era de la tierra; escucha lo que sigue: Si desciendo al infierno, allí estás (Salmo 138, 7-8). Si, pues, se dice que está incluso en el

infierno, ¿qué lugar queda donde no esté? Porque la voz de Dios está en el profeta: Yo lleno el cielo y la tierra (Jeremías 23, 24). Está, pues, en todas partes, quien no está encerrado en ningún lugar. No te apartes de él, y está contigo. Si quieres llegar a él, no seas perezoso en amar: porque no corres con los pies, sino con los afectos. Llegas cojo a un lugar, si crees y amas. Está, pues, en todas partes: si está en todas partes, ¿cómo no está con el Hijo? ¿Así que no está con el Hijo, quien, si crees, también está contigo?

9. ¿De dónde, pues, es verdadero su juicio, sino porque es verdadero Hijo? Pues dijo: Y si juzgo, mi juicio es verdadero; porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió. Como si dijera: Mi juicio es verdadero, porque soy Hijo de Dios. ¿Cómo pruebas que eres Hijo de Dios? Porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió. Avergüénzate, sabeliano, escuchas al Hijo, escuchas al Padre. El Padre es Padre; el Hijo es Hijo. No dijo: Yo soy el Padre, y yo mismo soy el Hijo; sino, no estoy solo, dice. ¿Por qué no estás solo? Porque el Padre está conmigo. Yo soy, y el Padre que me envió: desnudos. Yo soy, y el que me envió. No pierdas la persona, distingue las personas. Distingue con inteligencia, no separes con perfidia; no sea que, huyendo de Caribdis, caigas en Escila. Pues te devoraba el abismo de la impiedad de los sabelianos, para que dijeras que el mismo que es el Padre es el Hijo: ahora has aprendido, No estoy solo, sino yo y el Padre que me envió. Reconoces que el Padre es Padre; y el Hijo es Hijo. Bien lo reconoces: pero no digas, el Padre es mayor, el Hijo es menor; no digas, el Padre es oro, el Hijo es plata. Una sustancia es, una divinidad, una coeternidad, perfecta igualdad, ninguna disimilitud. Pues si creyeras que Cristo es solo uno, no aquel que es el Padre, pero pensaras que es diferente en algo según la naturaleza; has escapado de Caribdis, pero has naufragado en los escollos de Escila. Navega en medio, evita ambos lados peligrosos. El Padre es Padre; el Hijo es Hijo. Ya dices, el Padre es Padre; el Hijo es Hijo: bien has escapado del peligro del abismo devorador; ¿por qué quieres ir al otro lado, para decir, el Padre es una cosa, el Hijo otra? Dices bien, es otro; no dices bien, es otra cosa. Pues el Hijo es otro, porque no es el mismo que el Padre; y el Padre es otro, porque no es el mismo que el Hijo: sin embargo, no es otra cosa, sino que el Padre y el Hijo son lo mismo. ¿Qué es, lo mismo? Un solo Dios es. Has oído, Porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió; escucha cómo debes creer en el Padre y el Hijo, escucha al mismo Hijo: Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30). No dijo, Yo soy el Padre; o, Yo y el Padre es uno: sino que cuando dice, Yo y el Padre somos uno: escucha ambos, y uno, y somos, y serás liberado de Caribdis y de Escila. En estas dos palabras que dijo, uno, te libera de Arrio: lo que dijo, somos, te libera de Sabelio. Si uno, entonces no es diferente; si somos, entonces es el Padre y el Hijo. Pues no diría somos de uno; pero tampoco diría uno de diferente. Por eso, mi juicio es verdadero, dice, brevemente para que escuches, porque soy Hijo de Dios. Pero así te persuado, dice, que soy Hijo de Dios, para que entiendas que el Padre está conmigo: no soy Hijo de tal manera que lo haya abandonado; no estoy aquí de tal manera que no esté con él; no está allí de tal manera que no esté conmigo: tomé la forma de siervo (Filipenses 2, 7), pero no perdí la forma de Dios; No estoy solo, dice, sino yo y el Padre que me envió.

10. Habló del juicio; quiere hablar del testimonio. En vuestra Ley, dice, está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy quien doy testimonio de mí mismo, y da testimonio de mí el Padre que me envió. Les explicó también la Ley, si no fueran ingratos. Pues es una gran cuestión, hermanos míos, y me parece que el asunto está constituido en un gran misterio, donde Dios dijo: En la boca de dos o tres testigos se mantendrá toda palabra (Deuteronomio 19, 15; Mateo 18, 16). ¿Se busca la verdad por dos testigos? Sí, ciertamente, así es la costumbre del género humano: pero sin embargo, puede suceder que dos también mientan. Susana, casta, fue acosada por dos falsos testigos: ¿acaso porque eran dos, no eran falsos testigos? ¿Hablamos de dos o de tres? Todo el pueblo se levantó contra Cristo (Lucas

23, 1). Si, pues, el pueblo compuesto por una gran multitud de hombres, fue encontrado falso testigo; ¿cómo se debe entender, En la boca de dos o tres testigos se mantendrá toda palabra: sino porque de esta manera, por el misterio, se recomienda la Trinidad, en la cual hay perpetua estabilidad de la verdad? ¿Quieres tener una buena causa? Ten dos o tres testigos, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Finalmente, cuando Susana, mujer casta y fiel esposa, fue acosada por dos falsos testigos, la Trinidad le apoyaba en la conciencia y en lo oculto: esa Trinidad desde lo oculto despertó a un testigo, Daniel, y convenció a los dos (Daniel 13, 36-62). Por lo tanto, porque en vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero, aceptad nuestro testimonio, para que no sintáis el juicio. Pues yo, dice, no juzgo a nadie, pero doy testimonio de mí mismo: difiero el juicio, no difiero el testimonio.

11. Elijamos, hermanos, contra las lenguas de los hombres, contra las sospechas débiles del género humano, a Dios como juez, a Dios como testigo. Pues no se desdeña ser testigo quien es juez, ni se promueve cuando se convierte en juez; porque quien es testigo, él mismo será juez. ¿Por qué él mismo es testigo? Porque no busca a otro para conocer quién eres. ¿Por qué él mismo es juez? Porque él mismo tiene el poder de dar muerte y dar vida, de condenar y absolver, de precipitar en el infierno y elevar a los cielos, de unir con el diablo y coronar con los ángeles. Pues teniendo él este poder, es juez. Porque para conocerte no busca a otro testigo; quien entonces te juzgará, ahora te ve: no hay manera de engañarlo, cuando comience a juzgarte. No puedes presentar falsos testigos que puedan engañar a ese juez, cuando comience a juzgarte. Dios te dice esto: Cuando me despreciabas, yo veía; y cuando no creías, no frustraba mi sentencia: la difería, no la quitaba. No quisiste escuchar lo que ordené, sentirás lo que predije. Pero si escuchas lo que ordené, no sentirás los males que predije, sino que recibirás los bienes que prometí.

12. Que no perturbe a nadie lo que dijo: Mi juicio es verdadero; porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió; cuando en otro lugar dijo: El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo dio al Hijo (Juan 5, 22). Ya en esas mismas palabras del Evangelio discutimos, y ahora recordamos, que no se dijo esto porque el Padre no estará con el Hijo juzgando; sino porque a los buenos y a los malos en el juicio solo el Hijo aparecerá, en la forma en que sufrió, y resucitó, y ascendió al cielo. Pues cuando los discípulos lo vieron ascender, una voz angélica sonó: Así vendrá, como lo habéis visto ir al cielo (Hechos 1, 11): es decir, en la forma de hombre en la que fue juzgado juzgará, para que también se cumpla lo profético: Verán al que traspasaron (Zacarías 12, 10; Juan 19, 37). Pero cuando los justos vayan a la vida eterna, lo veremos tal como es; no será aquel juicio de vivos y muertos, sino solo la recompensa de los vivos.

13. Asimismo, que no perturbe lo que dijo: En vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero, y por eso alguien piense que esa ley no era de Dios, porque no se dijo, En la ley de Dios: sepa que se dijo así, En vuestra Ley, como diciendo, en la Ley que os fue dada; ¿por quién, sino por Dios? Así como decimos, Nuestro pan de cada día: y sin embargo decimos, Danos hoy (Mateo 6, 11).

TRACTATUS XXXVII. Desde lo que está escrito, Decían entonces. ¿Dónde está tu padre? hasta aquello. Y nadie lo prendió, porque aún no había llegado su hora. Cap. VIII, V. 19, 20.

1. Lo que se dice brevemente en el santo Evangelio, no debe exponerse brevemente, para que lo que se escucha, se entienda. Pues las palabras del Señor son pocas, pero grandes; no deben ser estimadas por su número, sino por su peso: ni por eso deben ser despreciadas, porque son pocas; sino que deben ser buscadas, porque son grandes. Los que estuvisteis presentes ayer, escuchasteis, en la medida en que pudimos, discutimos sobre lo que dijo el Señor: Vosotros

juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie. Pero si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió. En vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy quien doy testimonio de mí mismo, y da testimonio de mí el Padre que me envió (Juan 8, 15-18). De estas palabras, ayer, como dije, se devolvió el discurso a vuestros oídos y mentes. Cuando el Señor dijo esto; aquellos que escucharon, Vosotros juzgáis según la carne, manifestaron lo que escucharon. Pues respondieron al Señor hablando de su Dios Padre, y dijeron: ¿Dónde está tu padre? Tomaron al Padre de Cristo carnalmente, porque juzgaron las palabras de Cristo según la carne. Pero quien hablaba era en lo abierto carne, en lo oculto Verbo: hombre manifiesto, Dios oculto. Veían el vestido, y despreciaban al vestido: lo despreciaban, porque no lo conocían; no lo conocían, porque no lo veían; no lo veían, porque eran ciegos; eran ciegos, porque no creían.

2. Veamos, pues, qué respondió el Señor a esto. ¿Dónde está, dicen, tu padre? Pues hemos oído que dices, No estoy solo, sino yo y el Padre que me envió: nosotros solo te vemos a ti, no vemos a tu padre contigo; ¿cómo dices que no estás solo, sino que estás con tu padre? o muéstranos a tu padre contigo. Y el Señor: ¿Acaso me veis, para que os muestre a mi Padre? Pues esto sigue, esto respondió él mismo con sus palabras, cuya exposición hemos anticipado. Ved, pues, lo que dijo: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre. Si me conocierais, quizás también conoceríais a mi Padre. Decís, pues, ¿Dónde está tu Padre? como si ya me conocierais; como si todo esto fuera lo que veis. Por tanto, porque no me conocéis, por eso no os muestro a mi Padre. Pues me consideráis hombre, por eso buscáis a mi Padre como hombre, porque juzgáis según la carne. Pero porque según lo que veis soy una cosa, y otra según lo que no veis; hablo de mi Padre oculto como oculto: primero es que me conozcáis; entonces también conoceréis a mi Padre.

3. Pues si me conocierais, quizás también conoceríais a mi Padre. Aquel que todo lo sabe, cuando dice quizás, no duda, sino que increpa. Pues atiende cómo se dice increpativamente ese quizás, que parece ser una palabra de duda. Pero es palabra de duda cuando se dice por un hombre, por eso duda porque no sabe: pero cuando se dice por Dios una palabra de duda, siendo que a Dios nada le es oculto, con esa duda se arguye la infidelidad, no se opina la divinidad. Pues los hombres sobre las cosas que tienen ciertas, a veces dudan increpativamente, es decir, ponen una palabra de duda, cuando no dudan en el corazón: como si te indignaras con tu siervo y dijeras, Me desprecias; considera, quizás soy tu señor. De aquí también el Apóstol hablando a algunos de sus despreciadores dice: Pero pienso que yo también tengo el Espíritu de Dios (1 Corintios 7, 40). Quien dice, pienso, parece dudar: pero él increpaba, no dudaba. Y el mismo Señor Cristo en otro lugar increpando la futura infidelidad del género humano: Cuando venga, dice, el Hijo del hombre, ¿crees que encontrará fe en la tierra? (Lucas 18, 8).

4. Ya, según creo, habéis entendido cómo se ha puesto quizás: para que nadie, pesador de palabras y examinador de sílabas, como si supiera hablar latín, reprenda la palabra que dijo el Verbo de Dios; y reprendiéndolo, no sea elocuente, sino mudo. Pues ¿quién habla así, como habla el Verbo que estaba en el principio con Dios? No consideres estas palabras, y de estas palabras acostumbradas quieras medir aquel Verbo que es Dios. Pues oyes Verbo y desprecias; oye Dios y teme: En el principio era el Verbo. Tú lo refieres al uso de tu conversación, y dices para ti, ¿Qué es el verbo? ¿qué grande es el verbo? suena y pasa; golpeando el aire hiere el oído, después no será. Oye aún, El Verbo estaba con Dios: permanecía, no pasaba sonando. Aún quizás desprecias: El Verbo era Dios (Juan 1, 1). En ti mismo, oh hombre, cuando está en tu corazón el verbo, es otra cosa que el sonido: pero el verbo que está en ti, para pasar a mí, busca el sonido como vehículo. Toma, pues, el sonido, se pone de algún modo en el vehículo, recorre el aire, llega a mí, y no se aparta de ti. Pero el

sonido para llegar a mí, se apartó de ti, y no permaneció en mí. Pues el verbo que estaba en tu corazón, ¿acaso pasó con el sonido que pasó? Lo que pensabas dijiste; y para que llegara a mí lo que estaba oculto en ti, sonaste sílabas: el sonido de las sílabas condujo a mi oído tu pensamiento; por mi oído descendió a mi corazón tu pensamiento, el sonido en medio voló: pero aquel verbo que tomó el sonido, antes de que sonaras, estaba en ti; porque sonaste, está en mí, y no se apartó de ti. Atiende esto, quienquiera que seas examinador de sonidos. Desprecias el Verbo de Dios, quien no comprendes el verbo del hombre.

5. Sabe, pues, todo aquel por quien fueron hechas todas las cosas, y sin embargo, reprende con duda: Si me conocierais, quizás también conoceríais a mi Padre. Reprende a los incrédulos. Pues dijo una sentencia similar a los discípulos: pero allí no hay palabra de duda, porque no había causa para reprender la incredulidad. Lo que ahora dijo a los judíos, Si me conocierais, quizás también conoceríais a mi Padre, lo dijo también a los discípulos cuando Felipe le preguntó, o más bien le pidió y dijo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta; como si dijera: Y ya te conocemos, te has manifestado a nosotros, te hemos visto, te has dignado elegirnos, te hemos seguido, hemos visto tus maravillas, hemos escuchado las palabras de salvación, hemos recibido tus preceptos, esperamos tus promesas; mucho nos has conferido con tu presencia: pero aunque te conocemos, porque aún no conocemos al Padre, nos inflamamos con el deseo de ver a aquel a quien aún no conocemos: y por esto, porque te conocemos, pero no nos basta hasta que también conozcamos al Padre; muéstranos al Padre, y nos basta. Y el Señor, para que supieran que no lo conocían como pensaban que ya lo conocían: Tanto tiempo he estado con vosotros, y ¿no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre (Juan 14, 8-9). ¿Acaso esta sentencia tiene palabra de duda? ¿Acaso dijo: El que me ha visto, quizás ha visto al Padre? ¿Por qué? Porque escuchaba un fiel, no un perseguidor de la fe: por eso el Señor no era un reprendedor, sino un maestro. El que me ha visto, ha visto al Padre; y aquí, Si me conocierais, también conoceríais a mi Padre: quitemos la palabra con la que se nota la infidelidad de los oyentes, y la sentencia es la misma.

6. Ya ayer recomendamos a vuestra Caridad, y dijimos las sentencias del evangelista Juan, que nos narra lo que aprendió del Señor, y que no deberían ser discutidas si fuera posible, a menos que los comentarios de los herejes lo obligaran. Brevemente, pues, ayer insinuamos a vuestra Caridad que hay herejes llamados Patripasianos, o por su autor Sabellianos: estos dicen que el mismo es el Padre que es el Hijo; nombres diferentes, pero una sola persona. Cuando quiere, es Padre, dicen; cuando quiere, es Hijo: sin embargo, es uno. También hay otros herejes llamados arrianos. Confiesan ciertamente al único Hijo del Padre, nuestro Señor Jesucristo, aquel Padre del Hijo, este Hijo del Padre; aquel que es Padre no es Hijo, aquel que es Hijo no es Padre: confiesan la generación, pero niegan la igualdad. Nosotros, es decir, la fe católica que viene de la doctrina de los Apóstoles, plantada en nosotros, recibida por la serie de sucesión, sana para ser transmitida a los posteriores, ha mantenido la verdad entre ambos, es decir, entre ambos errores. En el error de los Sabellianos, uno es solo, él mismo es el Padre que el Hijo: en el error de los arrianos, uno es el Padre, otro el Hijo; pero el mismo Hijo no solo es otro, sino también otra cosa: ¿y tú en medio qué? Excluiste al sabelliano, excluye también al arriano. El Padre es Padre; el Hijo es Hijo: otro, no otra cosa; porque yo y el Padre, dice, somos uno (Juan 10, 30), como también ayer, en la medida de lo posible, recomendé. Cuando escucha, somos, se retira confundido el sabelliano; cuando escucha, uno, se retira confundido el arriano: el católico gobierna entre ambos el navío de su fe, porque hay que evitar el naufragio en ambos. Di, pues, tú, lo que dice el Evangelio, Yo y el Padre somos uno. No, pues, diferente, porque uno; no uno, porque somos.

7. Poco antes dijo: Mi juicio es verdadero; porque no estoy solo, sino yo y el Padre que me envió: como si dijera, Por eso mi juicio es verdadero, porque soy el Hijo de Dios, porque hablo la verdad, porque yo mismo soy la verdad. Estos, entendiendo carnalmente, dijeron: ¿Dónde está tu padre? Ahora escucha, arriano: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; porque si me conocierais, también conoceríais a mi Padre. ¿Qué es, si me conocierais, también conoceríais a mi Padre, sino, yo y el Padre somos uno? Cuando ves a alguien semejante a otro: preste atención vuestra Caridad, es una expresión cotidiana; no sea arduo para vosotros lo que advertís como usual: cuando, pues, ves a alguien semejante a otro, y tú conoces a aquel a quien es semejante, admirado dices: ¡Cómo este hombre es semejante a aquel hombre! No dirías esto, si no fueran dos. Aquí aquel que lo ignora, a quien tú dices que este es semejante: ¿De veras, dice, es semejante? Y tú a él: ¿Qué, acaso no conoces a aquel? Y él: No lo conozco, dice. Ya tú, para hacerle conocer a aquel que ignora, a partir del presente que ve, respondes y dices: Has visto a este, has visto a aquel. No porque dijiste esto, afirmaste que son uno, y negaste que son dos: sino que por la semejanza diste tal respuesta, Conoces a este y conoces a aquel; porque es muy semejante, y no difiere en absoluto. De aquí también el Señor, Si me conocierais, también conoceríais a mi Padre, no porque el Padre sea el Hijo, sino porque el Hijo es semejante al Padre. Que se avergüence el arriano. Gracias al Señor porque también el arriano se apartó del error sabelliano, y no es patripasiano: no dice que el mismo Padre vino revestido de carne a los hombres, que él mismo sufrió, que él mismo resucitó, y de algún modo ascendió a sí mismo; esto no lo dice: reconoce conmigo que el Padre es Padre; y el Hijo, Hijo. Pero, oh hermano, escapaste de aquel naufragio, ¿por qué te diriges a otro? El Padre es Padre; el Hijo es Hijo: ¿por qué dices disímil? ¿por qué diferente? ¿por qué otra sustancia? Si fuera disímil, ¿acaso diría a sus discípulos, El que me ha visto a mí, ha visto al Padre? ¿acaso diría a los judíos, Si me conocierais, también conoceríais a mi Padre? ¿De dónde sería esto verdadero, si no también aquello verdadero, Yo y el Padre somos uno?

8. Estas palabras habló Jesús en el tesoro enseñando en el templo: con gran confianza, sin temor. Pues no sufriría lo que no quisiera, quien ni nacería si no quisiera. En fin, ¿qué sigue? Y nadie lo prendió, porque aún no había llegado su hora. Esto algunos, cuando lo oyen, creen que el Señor Cristo estaba bajo el destino, y dicen: He aquí que Cristo tenía destino. Oh, si tu corazón no fuera necio, no creerías en el destino. Si destino, como algunos han entendido, se dice de hablar, es decir, de decir; ¿cómo tiene destino el Verbo de Dios, cuando en el mismo Verbo están todas las cosas que fueron creadas? Pues Dios no constituyó algo que antes no conociera; en su Verbo estaba lo que fue hecho. El mundo fue hecho; y fue hecho, y allí estaba. ¿Cómo fue hecho y allí estaba? Porque la casa que construye el arquitecto, primero estaba en el arte; y allí estaba mejor, sin vejez, sin ruina: sin embargo, para mostrar el arte, fabrica la casa; y de algún modo la casa procede de la casa; y si la casa se derrumba, el arte permanece. Así, en el Verbo de Dios estaban todas las cosas que fueron creadas; porque todas las cosas en sabiduría hizo Dios (Salmo 103, 24), y todas las cosas conocidas hizo: pues no porque las hizo las conoció, sino porque las conocía las hizo. Para nosotros, porque fueron hechas, son conocidas; para él, si no fueran conocidas, no habrían sido hechas. Precedió, pues, el Verbo. ¿Y qué antes del Verbo de Dios? Nada en absoluto. Pues si hubiera algo antes, no se habría dicho, En el principio era el Verbo; sino, En el principio fue hecho el Verbo. En fin, ¿qué dice Moisés del mundo? En el principio hizo Dios el cielo y la tierra (Génesis 1, 1). Hizo lo que no era: si, pues, hizo lo que no era, ¿qué había antes? En el principio era el Verbo. ¿Y de dónde el cielo y la tierra? Todas las cosas por él fueron hechas (Juan 1, 1, 3). ¿Pones, pues, a Cristo bajo el destino? ¿Dónde están los destinos? En el cielo, dices, en el orden y las conversiones de los astros. ¿Cómo, pues, tiene destino aquel por quien fue hecho el cielo y los astros; cuando tu voluntad, si piensas rectamente, trasciende incluso

los astros? ¿O porque sabes que la carne de Cristo estaba bajo el cielo, por eso piensas que también el poder de Cristo está sometido al cielo?

9. Escucha, necio: Aún no había llegado su hora, no en la que se viera obligado a morir, sino en la que se dignara ser matado. Pues él mismo sabía cuándo debía morir: atendía a todo lo que estaba predicho de él, y esperaba que se cumpliera todo lo que estaba predicho antes de su pasión; para que cuando estuviera cumplido, entonces viniera también la pasión, por orden de disposición, no por necesidad fatal. En fin, escuchen, para que lo comprueben: entre otras cosas que fueron profetizadas de él, está escrito también, Dieron en mi comida hiel, y en mi sed me dieron a beber vinagre (Salmo 68, 22). Cómo se hicieron, lo sabemos en el Evangelio. Primero dieron hiel; la tomó, la probó, y la escupió: después, colgando en la cruz, para que se cumplieran todas las cosas predichas, dijo: Tengo sed: tomaron una esponja llena de vinagre, la ataron a una caña, y la acercaron al que colgaba; él la tomó y dijo: Está cumplido. ¿Qué es, Está cumplido? Se han cumplido todas las cosas que antes de mi pasión habían sido profetizadas: ¿qué hago aquí, pues? En fin, después de que dijo, Está cumplido, inclinando la cabeza entregó el espíritu (Juan 19, 28-30). ¿Acaso aquellos ladrones crucificados junto a él, cuando quisieron, expiraron? Estaban retenidos por las cadenas de la carne, porque no eran creadores de la carne: clavados en la cruz sufrían largo tiempo, porque no dominaban la debilidad. Pero el Señor, cuando quiso, tomó carne en el vientre virginal: cuando quiso, se presentó a los hombres; cuanto tiempo quiso, vivió entre los hombres; cuando quiso, se apartó de la carne: esto es de potestad, no de necesidad. Esta hora, pues, él esperaba, no fatal, sino oportuna y voluntaria: para que primero se cumplieran todas las cosas que antes de su pasión debían cumplirse. Pues ¿cómo estaba puesto bajo la necesidad del destino, quien en otro lugar dijo: Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla: nadie me la quita, sino que yo mismo la pongo de mí, y la vuelvo a tomar (Juan 10, 18)? Mostró este poder, cuando los judíos lo buscaban. ¿A quién buscáis?, dijo. Y ellos: A Jesús. Y él: Yo soy. Al oír esta voz, retrocedieron y cayeron (Juan 18, 4-6).

10. Dice alguien, Si este poder estaba en él, ¿por qué, cuando los judíos insultaban al que colgaba y decían, Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz (Mateo 27, 40), no descendió, para mostrarles su poder descendiendo? Porque enseñaba paciencia, por eso difería el poder. Pues si como movido por sus palabras descendiera, se pensaría que fue vencido por el dolor de los insultos. En absoluto no descendió, permaneció fijo, cuando quisiera se apartaría. Pues ¿qué le costaba descender de la cruz, quien pudo resucitar del sepulcro? Entendamos, pues, nosotros a quienes esto ha sido ministrado, el poder de nuestro Señor Jesucristo oculto entonces, manifiesto en el juicio: de quien se dijo, Dios vendrá manifiesto, nuestro Dios y no callará (Salmo 49, 3). ¿Qué es, vendrá manifiesto? Porque vino oculto, vendrá manifiesto nuestro Dios, esto es, Cristo. Y no callará: ¿qué es, no callará? Porque primero calló. ¿Dónde calló? Cuando fue juzgado; para que también se cumpliera esto, que el profeta predijo, Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila sin voz, así no abrió su boca (Isaías 53, 7). Si, pues, no quisiera sufrir, no sufriría; si no sufriera, aquella sangre no se derramaría; si aquella sangre no se derramara, el mundo no sería redimido. Demos, pues, gracias tanto al poder de su divinidad, como a la misericordia de su debilidad: y por el poder oculto que los judíos no conocían, de donde ahora se les dijo, Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; y por la carne asumida que los judíos conocían, y de cuya patria sabían; de donde en otro lugar les dijo, Y a mí me conocéis, y sabéis de dónde soy (Juan 7, 28). Conozcamos ambos en Cristo; tanto de dónde es igual al Padre, como de dónde el Padre es mayor que él. Aquello es el Verbo, aquello es carne; aquello es Dios, aquello es hombre: pero uno es Cristo Dios y hombre.

TRATADO XXXVIII. Desde lo que está escrito, Dijo, pues, Jesús: Yo me voy, y me buscaréis; hasta lo que dice, Jesús les dijo: Principio, porque también os hablo. Cap. VIII, V. 21-25.

1. La lectura del santo Evangelio que precedió a la de hoy, concluyó así, porque el Señor habló enseñando en el tesoro, lo que quiso, y lo que escuchasteis: y nadie lo prendió, porque aún no había llegado su hora (Juan 8, 20). Sobre esto se discutió el día del Señor, lo que él mismo se dignó donar. Intimamos a vuestra Caridad por qué se dijo, Aún no había llegado su hora; para que ninguna impiedad se atreviera a sospechar impropiamente que Cristo estaba bajo alguna necesidad fatal. Pues aún no había llegado la hora en que, según su orden, conforme a lo que estaba predicho de él, no se vería obligado a morir contra su voluntad, sino que sería matado estando preparado.

2. Ahora, sin embargo, sobre su misma pasión, que no estaba puesta en su necesidad, sino en su potestad, habló a los judíos diciendo: Yo me voy. Pues para Cristo el Señor, la muerte fue un viaje hacia aquel de donde había venido, y de donde no se había apartado. Yo, dice, me voy, y me buscaréis: no por deseo, sino por odio. Pues después de que se apartó de los ojos de los hombres, lo buscaron tanto los que lo odiaban como los que lo amaban: aquellos persiguiéndolo, estos deseando tenerlo. En los Salmos dice el mismo Señor por el profeta, Se perdió la huida de mí, y no hay quien busque mi alma (Salmo 141, 5): y de nuevo dice en otro lugar en el Salmo, Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma (Salmo 39, 15). Reprendió a los que no la buscaran, condenó a los que la buscaran. Pues es malo no buscar el alma de Cristo, pero como lo hicieron los discípulos; y es malo buscar el alma de Cristo, pero como lo hicieron los judíos: pues aquellos para tenerla, estos para perderla. En fin, estos porque así la buscaban de mala manera, con corazón perverso, ¿qué añadió a continuación? Me buscaréis, y, para que no penséis que me buscaréis bien, en vuestro pecado moriréis. Esto es buscar mal a Cristo, morir en su pecado: esto es odiarlo, por quien solo podría ser salvo. Pues cuando los hombres cuya esperanza está en Dios, no deben devolver males ni por males, estos devolvían males por bienes. Predijo, pues, el Señor a ellos, y dijo la sentencia como presciente, que en su pecado morirían. Luego añade: A donde yo voy, vosotros no podéis venir. Esto también lo dijo a los discípulos en otro lugar; pero no les dijo, En vuestro pecado moriréis. ¿Pero qué les dijo? Lo mismo que a estos: A donde yo voy, vosotros no podéis venir (Juan 13, 33). No les quitó la esperanza, sino que les predijo la dilación. Pues cuando el Señor hablaba esto a los discípulos, entonces no podían ir a donde él iba, pero después irían: pero estos nunca, a quienes como presciente dijo, En vuestro pecado moriréis.

3. Pero al oír estas palabras, como suelen los que piensan carnalmente, y juzgan según la carne, y todo lo oyen y entienden carnalmente, dijeron: ¿Acaso se matará a sí mismo; porque dijo, A donde yo voy, vosotros no podéis venir? Palabras necias, y completamente llenas de insensatez. Pues ¿qué? ¿no podrían ir allí a donde él hubiera ido, si se matara a sí mismo? ¿Acaso ellos no iban a morir? ¿Qué es, pues, Acaso se matará a sí mismo; porque dijo, A donde yo voy, vosotros no podéis venir? Si hablara de la muerte del hombre, ¿qué hombre no muere? Por tanto, a donde yo voy, dijo, no cuando se va a la muerte, sino a donde él iba después de la muerte. Ellos, pues, no entendiendo, respondieron estas cosas.

4. Y el Señor a ellos que pensaban en la tierra, ¿qué les dijo? Y les decía: Vosotros sois de abajo. Por eso pensáis en la tierra, porque como serpientes coméis tierra. ¿Qué es, coméis tierra? Os alimentáis de cosas terrenales, os deleitáis con cosas terrenales, anheláis cosas terrenales, no tenéis el corazón en alto. Vosotros sois de abajo: yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo: yo no soy de este mundo. Pues ¿cómo era de este mundo, por quien fue hecho el mundo? Todos son del mundo después del mundo; porque primero el mundo, y así

el hombre del mundo: pero primero Cristo, luego el mundo; pues antes del mundo Cristo, antes de Cristo nada: porque en el principio era el Verbo; todas las cosas por él fueron hechas (Juan 1, 1, 3). Así, pues, él era de arriba. ¿De qué arriba? ¿Del aire? De ninguna manera: allí también vuelan las aves. ¿Del cielo que vemos? Y esto de ninguna manera; allí también giran las estrellas y el sol y la luna. ¿De los ángeles? Tampoco esto entendáis: por él también fueron hechos los ángeles, por quien todas las cosas fueron hechas. ¿De qué arriba, pues, Cristo? Del mismo Padre. Nada más alto que aquel Dios, que engendró al Verbo igual a sí mismo, coeterno a sí mismo, unigénito, sin tiempo, por quien creó los tiempos. Así, pues, entiende a Cristo de arriba, para que excedas con tu pensamiento todo lo que fue hecho; toda criatura en absoluto, todo cuerpo, todo espíritu creado, toda cosa de cualquier modo mutable: excede todo, como excedió Juan, para que alcanzara, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios.

5. Ego ergo, inquit, de supernis sum. Vos de hoc mundo estis: ego non sum de hoc mundo. Dixi ergo vobis quia moriemini in peccatis vestris. Exposuit nobis, fratres, quid intelligi voluerit, Vos de hoc mundo estis. Ideo quippe dixit, Vos de hoc mundo estis, quia peccatores erant, quia iniqui erant, quia infideles erant, quia terrena sapiebant. Nam quid vobis videtur de sanctis Apostolis? Quantum intererat inter Judaeos et Apostolos? Quantum inter tenebras et lucem, quantum inter fidem et infidelitatem, quantum inter pietatem et impietatem, quantum inter spem et desperationem, quantum inter charitatem et cupiditatem: multum ergo intererat. Quid ergo? quia tantum intererat, Apostoli de mundo non erant? Si cogites quomodo nati sint, et unde venerint; quia omnes ex Adam venerant, de hoc mundo erant. Sed quid eis ait ipse Dominus? Ego vos de mundo elegi (Id. XV, 19). Qui ergo de mundo erant, facti sunt non de mundo, et pertinere coeperunt ad eum per quem factus est mundus. Isti autem remanserunt esse de mundo, quibus dictum est, Moriemini in peccatis vestris.

6. Nemo ergo dicat, fratres, De hoc mundo non sum. Quisquis es homo, de hoc mundo es: sed venit ad te qui fecit mundum, et liberavit te de hoc mundo. Si delectat te mundus, semper vis esse immundus; si autem jam non te delectat hic mundus, jam tu es mundus. Verumtamen si per aliquam infirmitatem adhuc te delectat mundus, habitet in te qui mundat, et eris mundus. Si autem fueris mundus, non remanebis in mundo; nec audies quod audierunt Judaei, Moriemini in peccatis vestris. Omnes enim cum peccato nati sumus; omnes vivendo ad id quod nati eramus addidimus, magisque de mundo facti sumus, quam tunc quando de parentibus nostris nati sumus. Et ubi essemus, si ille non veniret, qui non habebat omnino peccatum, ut solveret omne peccatum? In quem Judaei quia non credebant, merito audierunt, Moriemini in peccatis vestris: quia non habere peccatum nullo modo potuistis, qui eum peccato nati estis, sed tamen si in me, inquit, credideritis, cum peccato quidem nati estis, sed in peccato vestro morituri non estis. Tota ergo infelicitas Judaeorum ipsa erat, non, peccatum habere, sed in peccatis mori. Hoc est quod debet fugere omnis christianus: propter hoc ad Baptismum curritur; propter hoc qui aegritudine vel aliunde periclitantur, sibi desiderant subveniri; propter hoc etiam sugens parvulus a matre piis manibus ad Ecclesiam fertur, ne sine Baptismo exeat, et in peccato quo natus est moriatur. Infelicissima conditio, misera sors istorum, qui de ore veridico audierunt, In peccatis vestris moriemini.

7. Unde tamen hoc eis contingat, exponit: Si enim non credideritis quia ego sum, moriemini in peccatis vestris. Credo, fratres, in illa multitudine quae Dominum audiebat, et eos fuisse qui crediturí erant. Quasi autem in omnes processerat severissima illa sententia, In peccato vestro moriemini; ac per hoc et illis qui crediturí erant, spes erat ablata: illi saeviebant, illi timebant; imo non timebant, sed jam desperabant. Revocavit eos in spem; adjunxit enim, Si non credideritis quia ego sum, moriemini in peccatis vestris. Ergo si credideritis quia ego

sum, non moriemini in peccatis vestris. Reddita est spes desperantibus, excitatio facta est dormientibus, cordibus evigilaverunt: inde plurimi crediderunt, sicut Evangelii ipsius consequentia testantur. Erant enim illic membra Christi, quae nondum adhaeserant corpori Christi: et in illo populo a quo crucifixus est, a quo in ligno suspensus est, a quo pendens irrisus est, a quo lancea vulneratus est, a quo felle et aceto potatus est, erant membra Christi, pro quibus dixit, Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt. Quid autem converso non ignoscitur, si fusus Christi sanguis ignoscitur? Quis homicida desperet, si in spem redditus est a quo etiam Christus occisus est? Crediderunt inde multi; donatus est eis sanguis Christi, ut magis eum biberent quo liberarentur, quam rei de illo effuso tenerentur: quis desperet? Et si in cruce latro salvatus est, ante paululum homicida, post paululum accusatus, convictus, damnatus, suspensus, liberatus; noli mirari. Ubi convictus, ibi damnatus: sed ibi liberatus, ubi mutatus (Luc. XXIII, 34-43). In hoc ergo populo cui Dominus loquebatur, erant qui in peccato suo fuerant morituri: erant etiam qui in ipsum qui loquebatur, fuerant crediturus, et ab omni peccato liberandi.

8. Tamen hoc attende quod ait Dominus Christus: Si non credideritis quia ego sum, moriemini in peccatis vestris. Quid est, Si non credideritis quia ego sum? Ego sum, quid? Nihil addidit; et quia nihil addidit, multum est quod commendavit. Exspectabatur enim ut diceret quid esset, nec tamen dixit. Quid exspectabatur ut diceret? Forte, Nisi credideritis quia ego sum Christus; nisi credideritis quia ego sum Dei Filius; nisi credideritis quia ego sum Verbum Patris; nisi credideritis quia ego sum conditor mundi; nisi credideritis quia ego sum hominis formator et reformator, creator et recreator, factor et refactor: nisi hoc credideritis quia ego sum, moriemini in peccatis vestris. Multum est quod ait ipsum, Ego sum: quia sic dixerat et Deus Moysi, Ego sum qui sum. Quis digne eloquatur quid sit, sum? Mittebat Deus per angelum suum, servum suum Moysen ad liberandum ex Aegypto populum suum (legistis quod audistis, et nostis; commemoro tamen); mittebat trementem; excusantem, sed obedientem. Cum ergo excusaret, ait Deo, quem loqui in angelo intelligebat: Si dixerit mihi populus, Et quis est Deus qui misit te, quid eis dicam? Et Dominus ad eum, Ego sum qui sum: et repetivit, Dices filiis Israel, Qui est, misit me ad vos. Non ait et ibi, Ego sum Deus; aut, Ego sum mundi fabricator; aut, Ego sum omnium rerum creator; aut, Ego sum ipsius populi liberandi propagator: sed hoc tantum, Ego sum qui sum; et, Dices filiis Israel, Qui est; non addidit, Qui est Deus vester, qui est Deus patrum vestrorum, sed tantum hoc dixit, Qui est, misit me ad vos. Forte multum erat et ad ipsum Moysen, sicut multum est et ad nos, et multo magis ad nos, intelligere quid dictum sit, Ego sum qui sum; et, Qui est, misit me ad vos. Et si forte caperet Moyses, illi ad quos mittebatur quando caperent? Distulit ergo Dominus quod capere homo non posset, et addidit quod capere posset: adjunxit enim et ait, Ego sum Deus Abraham, et Deus Isaac, et Deus Jacob (Exod. III, 13-15). Hoc potes capere: Nam Ego sum qui sum, quae mens potest capere?

9. Quid ergo nos? audebimusne aliquid dicere ex hoc quod dictum est, Ego sum qui sum: vel potius ex hoc quod Dominum dicere audistis, Nisi credideritis quia ego sum, moriemini in peccatis vestris? Itane his viribus meis tantillis et pene nullis, audebo disputare quid sit quod ait Dominus Christus, Nisi credideritis quia ego sum? Audebo ipsum Dominum interrogare: audite me interrogantem potius quam disputantem, magis quaerentem quam praesumentem, potius discentem quam docentem, et certe in me vel per me etiam vos interrogate. Praesto est etiam ipse Dominus qui ubique est, audiat interrogandi affectum, et intelligendi praestet effectum. Nam ego quibus verbis, et si forte aliquid capio, perducere possum quod capio ad corda vestra? Quisnam sufficit sonus? quae suppetit eloquentia? quae vires intelligendi? quae facultas proferendi?

10. Dicam ergo Domino nostro Jesu Christo, dicam, et audiat me. Credo praesentem, omnino non dubito; ipse enim dixit, Ecce ego vobiscum sum usque in consummationem saeculi (Matth. XXVIII, 20). O Domine Deus noster, quid est quod aisti, Nisi credideritis quia ego sum? Quid enim non est eorum quae fecisti? Numquid coelum non est? numquid terra non est? numquid non sunt ea quae in terra et in coelo sunt? numquid homo ipse cui loqueris non est? numquid angelus quem mittis non est? Si omnia sunt haec quae per te facta sunt, quid est quod tibi proprium quiddam tenuisti ipsum esse, quod aliis non dedisti, ut tu solus esses? Nam quomodo audio, Ego sum qui sum; quasi alia non sint? et quomodo audio, Nisi credideritis quia ego sum? Illi enim non erant qui audiebant? Et si peccatores erant, homines erant. Quid ergo facio? Quid sit ipsum esse, dicat cordi, intus dicat, intus loquatur; homo interior audiat, mens capiat vere esse: est enim semper eodem modo esse. (Res enim aliqua, quaelibet omnino: quasi coepi disputare, et destiti quaerere; forte quod audivi volo loqui, auditui meo det exsultationem et vestro cum loquor): res enim quaelibet, prorsus qualicumque excellentia, si mutabilis est, non vere est; non enim est ibi verum esse, ubi est et non esse. Quidquid enim mutari potest, mutatum non est quod erat: si non est quod erat, mors quaedam ibi facta est; peremptum est aliquid ibi quod erat, et non est. Nigredo mortua est in capite albescentis senis, pulchritudo mortua est in corpore fessi et incurvi senis, mortuae sunt vires in corpore languentis, mortua est statio in corpore ambulantis, mortua est ambulatio in corpore stantis, mortua est ambulatio et statio in corpore jacentis, mortua est locutio in lingua tacentis: quidquid mutatur et est quod non erat, video ibi quamdam vitam in eo quod est, et mortem in eo quod fuit. Denique de mortuo cum dicitur, Ubi est homo ille? respondetur, Fuit. O veritas quae vere es! Nam in omnibus actionibus et motibus nostris, et in omni prorsus agitatione creaturae duo tempora invenio, praeteritum et futurum. Praesens quaero, nihil stat: quod dixi, jam non est; quod dicturus sum, nondum est: quod feci, jam non est; quod facturus sum, nondum est: quod vixi, jam non est; quod victurus sum, nondum est. Praeteritum et futurum invenio in omni motu rerum: in veritate quae manet, praeteritum et futurum non invenio, sed solum praesens, et hoc incorruptibiliter, quod in creatura non est. Discute rerum mutationes, invenies Fuit et Erit: cogita Deum, invenies Est, ubi Fuit et Erit esse non possit. Ut ergo et tu sis, transcende tempus. Sed quis transcendet viribus suis? Levet illuc ille qui Patri dixit, Volo ut ubi ego sum, et ipsi sint mecum. Hoc itaque promittens ne moriamur in peccatis nostris, nihil aliud Dominus Jesus Christus mihi videtur his verbis dixisse, Nisi credideritis quia ego sum: prorsus nihil aliud mihi videtur his verbis dixisse quam hoc, Nisi credideritis quia ego Deus sum, moriemini in peccatis vestris. Bene, Deo gratias, quia dixit, Nisi credideritis: non dixit, Nisi ceperitis. Quis enim hoc capiat? Aut vere, quia ausus sum dicere, et visi estis intelligere, aliquid de tanta ineffabilitate cepistis? Si ergo non capis, fides te liberat. Ideo et Dominus non ait, Nisi ceperitis quia ego sum; sed quod poterant dixit, Nisi credideritis quia ego sum, moriemini in peccatis vestris.

11. Et illi semper terrena sapientes et semper secundum carnem audientes et respondentes, quid ei dixerunt? Tu quis es? Non enim cum dixisti, Nisi credideritis quia ego sum, addidisti quid esses. Quis es, ut credamus? Et ille, Principium. Ecce quod est esse. Principium mutari non potest: principium in se manet, et innovat omnia; principium est, cui dictum est, Tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient (Psal. CI, 28). Principium, ait, quia et loquor vobis. Principium me credite, ne moriamini in peccatis vestris. Tanquam enim in eo quod dixerunt, Tu quis es? nihil aliud dixerint quam, Quid te esse credimus? respondit, Principium; id est, Principium me credite. In graeco namque eloquio discernitur, quod non potest in latino. Apud graecos enim femini generis est principium, sicut apud nos lex generis feminini est, quae apud illos est masculini: sicut sapientia et apud nos et apud illos generis feminini est. Consuetudo locutionis ideo per diversas linguas variat genera vocabulorum, quia in ipsis rebus non invenis sexum. Non enim sapientia vere femina est, cum Christus sit Dei Sapientia

(I Cor. I, 24), et Christus appelletur genere masculino, sapientia feminino. Cum ergo dicerent Judaei, Tu quis es? ille qui sciebat esse ibi quosdam credituros, et ideo dixisse, Tu quis es? ut scirent quid illum credere deberent, respondit, Principium: non tanquam diceret, Principium sum; sed tanquam diceret, Principium me credite. Quod in sermone graeco, ut dixi, evidenter apparet, ubi feminini generis est principium. Velut si vellet dicere se esse veritatem, et dicentibus, Tu quis es? responderet, Veritatem; cum videatur ad id quod dictum est, Tu quis es? respondere debuisse, Veritas; id est, Veritas sum. Sed altius respondit, cum videret eos ita dixisse, Tu quis es? ac si dicerent, Quoniam abs te audivimus, Nisi credideritis quia ego sum, quid te esse credemus? ad hoc respondit, Principium: tanquam diceret, Principium me credite. Et addidit, quia et loquor vobis: id est, quia humilis propter vos factus, ad ista verba descendi. Nam si principium sicuti est, ita maneret apud Patrem, ut non acciperet formam servi et homo loqueretur hominibus; quomodo ei crederent, cum infirma corda intelligibile Verbum sine voce sensibili audire non possent? Ergo, inquit, credite me esse principium; quia, ut credatis, non solum sum, sed et loquor vobis. Sed de hac re jam multum est loqui vobis: placeat itaque Charitati vestrae ut quod restat, illo adjuvante servemus, crastino reddituri.

TRACTATUS XXXIX. Ab eo quod scriptum est, Multa habeo de vobis loqui et judicare; usque ad id, Et non cognoverunt quia Patrem ejus dicebat Deum. Cap. VIII, V. 26, 27.

1. Verba Domini nostri Jesu Christi quae habuit cum Judaeis, ita moderans loquelam suam, ut caeci non viderent, et fideles oculos aperirent, quae hodie de sancto Evangelio recitata sunt, ista sunt: Dicebant ergo Judaei, Tu quis es? Quia dixerat supra Dominus, Nisi credideritis quia ego sum, moriemini in peccatis vestris (Joan. VIII, 25, 24). Ad hoc ergo illi, Tu quis es? veluti quaerentes nosse in quem deberent credere, ne in suo peccato morerentur. Respondit dicentibus, Tu quis es? et ait, Principium, quia et loquor vobis. Si se dixit Dominus esse principium, quaeri potest utrum et Pater principium sit. Si enim Filius principium est qui habet Patrem, quanto facilius intelligendus est Deus Pater esse principium, qui habet quidem Filium cui Pater sit, sed non habet de quo sit? Filius enim Patris est Filius, et Pater utique Filii Pater est: sed Deus de Deo Filius dicitur, lumen de lumine Filius dicitur: Pater dicitur lumen, sed non de lumine; Pater dicitur Deus, sed non de Deo. Si ergo Deus de Deo, lumen de lumine principium est; quanto facilius intelligitur principium lumen de quo lumen, et Deus de quo Deus? Videtur itaque absurdum, charissimi, ut Filium dicamus principium, et Patrem principium non dicamus.

2. Sed quid agemus? numquid duo erunt principia? Cavendum est hoc dicere. Quid ergo? si et Pater principium et Filius principium, quomodo non duo principia? Quomodo dicimus Patrem Deum et Filium Deum, nec tamen dicimus duos deos. Nefas est enim dicere duos deos, nefas est dicere tres deos: et tamen qui Pater est, non est Filius; qui Filius est, non est Pater: Spiritus autem sanctus Patris et Filii Spiritus, nec Pater est nec Filius. Quamvis ergo, sicut aures catholicae sunt eruditae in gremio matris Ecclesiae, nec ille qui est Pater sit Filius, nec ille qui est Filius sit Pater, nec Spiritus sanctus Patris et Filii sit vel Filius vel Pater, tres deos tamen esse non dicimus: quamvis de singulis si quaeratur, necesse est de quocumque interrogati fuerimus, Deum esse fateamur.

3. Y estas cosas parecen absurdas a los hombres que están acostumbrados a comparar lo habitual con lo inusual, lo visible con lo invisible, la criatura con el Creador. Pues a veces los infieles nos interrogan y dicen: ¿Al Padre que mencionáis, lo llamáis Dios? Respondemos: Dios. ¿Al Hijo que mencionáis, lo llamáis Dios? Respondemos: Dios. ¿Al Espíritu Santo que mencionáis, lo llamáis Dios? Respondemos: Dios. Entonces, dicen, ¿el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son tres dioses? Respondemos: No. Se turban, porque no son iluminados:

tienen el corazón cerrado, porque no tienen la llave de la fe. Por tanto, hermanos, con la fe precediendo, que sana el ojo de nuestro corazón, comprendamos sin oscuridad lo que entendemos; lo que no entendemos, creámoslo sin duda: no nos apartemos del fundamento de la fe, para que lleguemos a la cumbre de la perfección. Dios es el Padre, Dios es el Hijo, Dios es el Espíritu Santo: y sin embargo, el Padre no es el Hijo, ni el Hijo es el Padre, ni el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre y del Hijo o el Padre o el Hijo. La Trinidad es un solo Dios: Trinidad, una sola eternidad, un solo poder, una sola majestad; tres, pero no dioses. Que el calumniador no me responda: ¿Qué son entonces tres? Pues si son tres, dice, debes decir qué tres. Respondo: Padre, Hijo y Espíritu Santo. He aquí, dice, has dicho tres; pero expresa qué tres. Más bien tú cuenta: pues yo completo tres, cuando digo, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Porque lo que el Padre es en sí mismo, es Dios; lo que es respecto al Hijo, es Padre: lo que el Hijo es en sí mismo, es Dios; lo que es respecto al Padre, es Hijo.

4. Estas cosas que digo podéis reconocerlas en similitudes cotidianas. Un hombre y otro hombre, si aquel es padre, aquel es hijo; lo que es hombre, es en sí mismo; lo que es padre, es respecto al hijo: y el hijo lo que es hombre, es en sí mismo; pero lo que es hijo, es respecto al padre. Pues padre es un nombre dicho respecto a algo, y hijo respecto a algo: pero estos dos son hombres. Pero en verdad, el Padre Dios es Padre respecto a algo, es decir, respecto al Hijo; y el Hijo Dios es Hijo respecto a algo, es decir, respecto al Padre: pero no como aquellos dos son hombres, así estos dos son dioses. ¿Por qué no es así allí? Porque aquello es otra cosa, esto es otra cosa: porque aquello es divinidad. Hay allí algo inefable, que no puede explicarse con palabras, de modo que hay número, y no hay número. Ved si no parece casi número, Padre, Hijo y Espíritu Santo Trinidad. Si tres, ¿qué tres? El número falla. Así Dios ni se aparta del número, ni es captado por el número. Porque son tres, parece que hay número: si preguntas qué tres, no hay número. De donde se ha dicho, Grande es nuestro Señor y grande su poder, y su sabiduría no tiene número (Salmo XIV, 6, 5). Donde empiezas a pensar, comienzas a contar: donde has contado, no puedes responder qué has contado. Padre, es Padre; Hijo, es Hijo; Espíritu Santo, es Espíritu Santo: ¿qué son estos tres, Padre, Hijo y Espíritu Santo? ¿No tres dioses? No. ¿No tres omnipotentes? No. ¿No tres creadores del mundo? No. Entonces, ¿omnipotente Padre? Claramente omnipotente. Entonces, ¿y el Hijo no omnipotente? Claramente también el Hijo omnipotente. Entonces, ¿y el Espíritu Santo no omnipotente? También él omnipotente. ¿Tres entonces omnipotentes? No; sino uno omnipotente. Esto solo insinúan el número en lo que son entre sí, no en lo que son en sí mismos. Porque Dios Padre es en sí mismo Dios junto con el Hijo y el Espíritu Santo, no son tres dioses; porque en sí mismo es omnipotente junto con el Hijo y el Espíritu Santo, no son tres omnipotentes: porque en verdad no es en sí mismo el Padre, sino respecto al Hijo; ni el Hijo en sí mismo, sino respecto al Padre; ni el Espíritu en sí mismo, en lo que se dice Espíritu del Padre y del Hijo; no hay qué decir tres, sino Padre, Hijo y Espíritu Santo un solo Dios, un solo omnipotente. Entonces, un solo principio.

5. Recibid algo de las Sagradas Escrituras, de donde podáis captar de alguna manera lo que se dice. Después de que nuestro Señor Jesucristo resucitó, y cuando quiso ascendió al cielo, cumplidos diez días allí envió desde allí al Espíritu Santo: llenos de él, los que estaban presentes en un mismo aposento, comenzaron a hablar en las lenguas de todas las naciones. Asombrados por el milagro, los asesinos del Señor, compungidos, se dolieron, dolidos se transformaron, transformados creyeron: se unieron al cuerpo del Señor, es decir, al número de los fieles, tres mil hombres. Nuevamente, hecho otro milagro, se unieron otros cinco mil; se formó un pueblo no pequeño: en el cual todos, habiendo recibido el Espíritu Santo, por el cual se encendió el amor espiritual, reunidos en la unidad de la sociedad por la misma caridad y fervor del espíritu, comenzaron a vender todo lo que tenían, y a poner el precio a los pies de

los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según su necesidad. Y esto dice la Escritura de ellos, que tenían un solo alma y un solo corazón en Dios (Hechos II-IV). Atended, pues, hermanos, y reconoced aquí el misterio de la Trinidad, cómo decimos, Y es el Padre, y es el Hijo, y es el Espíritu Santo, y sin embargo es un solo Dios. He aquí que eran tantos miles, y era un solo corazón; he aquí que eran tantos miles, y era un solo alma. Pero, ¿dónde? En Dios. ¿Cuánto más el mismo Dios? ¿Acaso me equivoco en la palabra, cuando digo dos hombres dos almas, o tres hombres tres almas, o muchos hombres muchas almas? Ciertamente digo correctamente. Se acercan a Dios, un alma es de todos. Si acercándose a Dios, muchas almas por la caridad son un alma, y muchos corazones un corazón; ¿qué hace la misma fuente de caridad en el Padre y el Hijo? ¿No es allí más bien la Trinidad un solo Dios? De allí nos viene la caridad, del mismo Espíritu Santo, como dice el Apóstol: la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5). Si, pues, la caridad de Dios derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado, hace de muchas almas un alma, y de muchos corazones un corazón; ¿cuánto más el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios, una sola luz, y un solo principio?

6. Escuchemos, pues, el principio que nos habla. Muchas cosas, dice, tengo que hablar de vosotros y juzgar. Recordáis que dijo, Yo no juzgo a nadie (Juan VIII, 15): he aquí que ahora dice, Muchas cosas tengo que hablar de vosotros y juzgar. Pero una cosa es, no juzgo; otra, tengo que juzgar. No juzgo, dijo por el momento; pues había venido para salvar al mundo, no para juzgar al mundo (Juan XII, 47): pero lo que dice, Muchas cosas tengo que hablar de vosotros y juzgar, se refiere al juicio futuro. Por eso ascendió, para venir a juzgar a vivos y muertos. Nadie juzgará más justamente, que quien fue juzgado injustamente. Muchas cosas, dice, tengo que hablar de vosotros y juzgar: pero el que me envió, es veraz. Ved cómo el Hijo igual al Padre le da gloria. Nos da ejemplo, y como si hablara en nuestros corazones: Oh hombre fiel, si escuchas mi Evangelio, te dice el Señor tu Dios, donde yo en el principio Verbo Dios con Dios, igual al Padre, coeterno al que engendra, doy gloria a aquel de quien soy Hijo; ¿cómo eres tú soberbio contra aquel de quien eres siervo?

7. Muchas cosas tengo, dice, que hablar de vosotros y juzgar: pero el que me envió, es veraz: como diciendo, Por eso juzgo verdaderamente, porque soy la verdad del veraz. Padre veraz, Hijo verdad, ¿qué pensamos que es más? Pensemos si podemos, qué es más, veraz o verdad. Preguntemos sobre algunas cosas. ¿Es más el hombre piadoso, o la piedad? Pero es más la misma piedad: pues el piadoso es por la piedad, no la piedad por el piadoso. Pues puede haber piedad, aunque aquel que era piadoso, se haya vuelto impío. Él perdió la piedad, no le quitó nada a la piedad. ¿Qué hay de hermoso y hermosura? Es más la hermosura que el hermoso: pues la hermosura hace al hermoso, no el hermoso hace la hermosura. ¿Casto y castidad? La castidad ciertamente es más que el casto. Pues si no hubiera castidad, de dónde sería este casto, no la tendría: pero si no quisiera ser casto, la castidad permanece íntegra. Si, pues, es más la piedad que el piadoso, más la hermosura que el hermoso, más la castidad que el casto; ¿acaso diremos que es más la verdad que el veraz? Si decimos esto, comenzaremos a decir que el Hijo es mayor que el Padre. Pues el mismo Señor dice claramente: Yo soy, el camino y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6). Entonces, si el Hijo es la verdad; ¿qué es el Padre, sino lo que dice la misma verdad, El que me envió, es veraz? Hijo verdad, Padre veraz: busco qué es más, pero encuentro igualdad. Pues el Padre veraz no es veraz por esa verdad de la cual tomó parte, sino que la engendró toda.

8. Veo que es necesario hablar más claramente. Y ciertamente para no reteneros mucho, hoy hasta aquí se tratará: cuando termine lo que quiero decir, con la ayuda de Dios, se cerrará el sermón. Dije esto para haceros atentos. Toda alma, puesto que es una cosa mutable, y aunque

sea una gran criatura, sin embargo, es criatura; aunque mejor que el cuerpo, sin embargo, hecha: toda alma, pues, puesto que es mutable, es decir, a veces cree, a veces no cree; a veces quiere, a veces no quiere; a veces es adúltera, a veces casta; a veces buena, a veces mala; es mutable: pero Dios es lo que es; por eso retuvo para sí el nombre propio, Yo soy el que soy (Éxodo III, 14). Esto es el Hijo, diciendo, Si no creéis que yo soy: a esto se refiere también, ¿Tú quién eres? Principio (Juan VIII, 24, 25). Dios, pues, es inmutable, el alma mutable. Cuando el alma recibe de Dios de donde ser buena, participando se hace buena: como tu ojo participando ve. Pues al serle quitada la luz no ve, de la cual hecho partícipe ve. Porque, pues, el alma participando se hace buena, si cambiada comienza a ser mala, la bondad permanece de la cual era partícipe siendo buena. Pues de alguna bondad fue hecha partícipe cuando era buena; al cambiar para peor, la bondad permanece íntegra. Si el alma se aparta y se hace mala, no se disminuye la bondad; si regresa y se hace buena, no crece la bondad. Tu ojo se hizo partícipe de esta luz, y ves: ¿se cerró? no disminuiste esta luz: ¿se abrió? no aumentaste esta luz. Dada esta similitud, hermanos, entended que si el alma es piadosa, hay piedad en Dios, de la cual el alma es partícipe; si el alma es casta, hay castidad en Dios, de la cual el alma es partícipe; si el alma es buena, hay bondad en Dios, de la cual el alma es partícipe; si el alma es veraz, hay verdad en Dios, de la cual el alma es partícipe. De la cual si el alma no fuera partícipe, todo hombre es mentiroso (Salmo CXV, 11): si todo hombre es mentiroso, ningún hombre es veraz por sí mismo. Pero el Padre veraz, de sí mismo es veraz; porque engendró la verdad. Una cosa es, Este hombre es veraz, porque ya ha recibido la verdad; otra cosa es, Dios veraz, porque engendró la verdad. He aquí cómo es veraz Dios, no participando, sino generando la verdad. Veo que habéis entendido y me alegro: os sea suficiente hoy; lo demás cuando al Señor le plazca, como lo conceda, lo expondremos.

TRATADO XL. Desde el lugar, Dijo entonces Jesús: Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre; hasta, Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres. Cap. VIII, V. 28-32.

1. Del santo Evangelio según Juan, que veis que llevamos en las manos, ya ha escuchado mucho vuestra Caridad, que con la ayuda de Dios hemos discutido como hemos podido, recomendándoos principalmente que este evangelista ha elegido hablar de la divinidad del Señor, según la cual es igual al Padre y es el Hijo único de Dios, y por eso se le compara con el águila: pues ninguna ave se dice que vuele más alto. Por tanto, lo que sigue en orden, como el Señor nos conceda tratarlo, escuchadlo con mucha atención.

2. Os hemos hablado de la lectura precedente, insinuando cómo se entiende que el Padre es veraz, el Hijo es la verdad. Pero cuando el Señor Jesús dijo, Veraz es el que me envió (Juan VIII, 26), los judíos no entendieron que les hablaba del Padre. Y les dijo lo que ahora habéis escuchado cuando se leía: Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy, y que de mí mismo no hago nada, sino que como el Padre me enseñó, así hablo. ¿Qué es esto? Pues no parece haber dicho otra cosa, sino que ellos después de su pasión conocerían quién era. Sin duda, pues, veía allí a algunos, que él conocía, que él con sus demás santos había elegido previendo antes de la constitución del mundo, que después de su pasión iban a creer. Son aquellos que continuamente recomendamos, y proponemos con gran exhortación para imitar. Pues enviado desde lo alto el Espíritu Santo después de la pasión del Señor y su resurrección y ascensión, cuando se hacían milagros en su nombre, a quien despreciando como muerto los judíos perseguían, fueron compungidos de corazón; y quienes matando se ensañaron, transformados creyeron; y la sangre que derramaron ensañándose, creyendo la bebieron: aquellos tres mil, y aquellos cinco mil judíos (Hechos II, 37, 41, y IV, 4), que él veía allí, cuando decía, Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy. Como diciendo, Difiero vuestro conocimiento, para cumplir mi pasión: por vuestro orden conoceréis quién soy. No porque todos entonces iban a creer de los

que escuchaban, es decir, después de la pasión del Señor: pues poco después dice, Mientras él hablaba, muchos creyeron en él, y aún no había sido levantado el Hijo del hombre. Pues llama exaltación a la pasión, no a la glorificación; a la cruz, no al cielo: porque también allí fue exaltado, cuando colgó en el madero. Pero aquella exaltación fue humillación. Pues entonces se hizo obediente hasta la muerte de cruz (Filipenses II, 8). Esto debía cumplirse por sus manos que después iban a creer, a quienes dice, Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy. ¿Por qué esto, sino para que nadie desesperara en cualquier crimen de mala conciencia, cuando veía que se les perdonaba el homicidio a quienes mataron a Cristo?

3. A estos, pues, reconociendo el Señor en aquella multitud, dijo, Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy. Ya sabéis qué significa soy; ni es necesario repetirlo continuamente, para que una cosa tan grande no cause fastidio. Recordad aquello, Yo soy el que soy, y El que es, me envió (Éxodo III, 14); y reconoceréis, qué se dijo, Entonces sabréis que yo soy: pero también, es el Padre, y es el Espíritu Santo. A ese ser pertenece toda la Trinidad. Pero porque el Señor hablaba como Hijo, no sea que en lo que dijo, Entonces conoceréis que yo soy, se introdujera el error de los sabellianos, es decir, de los patripasianos, que os he recomendado no sostener, sino evitar, de aquellos que dijeron, Él mismo es el Padre, él mismo es el Hijo; son dos nombres, pero una sola cosa: para evitar, pues, este error, cuando el Señor dijo, Entonces conoceréis que yo soy; para que no se entendiera que él mismo es el Padre, inmediatamente añadió, Y de mí mismo no hago nada, sino que como el Padre me enseñó, así hablo. Ya el sabelliano comenzaba a alegrarse, al encontrar ocasión para su error: tan pronto como se levantó como en la oscuridad, fue confundido por la luz de la sentencia siguiente. Pensabas que él era el Padre, porque dijo, Yo soy: escucha que es el Hijo, Y de mí mismo no hago nada. ¿Qué significa, De mí mismo no hago nada? No soy de mí mismo. Pues el Hijo es Dios de Dios; pero el Padre no es Dios de Dios: el Hijo es luz de luz; pero el Padre es luz, pero no de luz: el Hijo es, pero es de quien es; pero el Padre es, pero no es de quien es.

4. Por tanto, cuando añadió: "Como el Padre me enseñó, así hablo", que no se infiltre en ninguno de ustedes un pensamiento carnal, mis hermanos. La debilidad humana no puede pensar sino en lo que está acostumbrada a hacer o escuchar. No se imaginen, entonces, como si tuvieran ante sus ojos a dos hombres, uno padre y otro hijo, y al padre hablando al hijo, como haces tú cuando le dices algunas palabras a tu hijo, aconsejándolo e instruyéndolo sobre cómo debe hablar, para que todo lo que ha escuchado de ti lo retenga en la memoria; y cuando lo haya memorizado, lo exprese con la lengua, lo distinga con sonidos, y transmita a oídos ajenos lo que ha percibido en los suyos. No piensen así, para que no fabriquen ídolos en su corazón. No piensen en la forma humana, en los lineamientos humanos de los miembros, en la figura de la carne humana, en esos sentidos visibles, en la estatura y movimientos del cuerpo, en la función de la lengua, en las distinciones de los sonidos, en esa Trinidad, sino en lo que pertenece a la forma de siervo que el Hijo unigénito asumió cuando el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros (Juan 1, 14). Allí no te prohíbo, debilidad humana, pensar en lo que conoces; más bien te lo impongo. Si tu fe es verdadera, piensa en Cristo de esa manera: pero piensa en él así, nacido de la Virgen María, no de Dios Padre. Fue un niño, creció como hombre, caminó como hombre, tuvo hambre, sed como hombre, durmió como hombre, finalmente sufrió como hombre, fue colgado en un madero, muerto, sepultado como hombre; resucitó en la misma forma, en la misma forma ascendió al cielo ante los ojos de los discípulos, en la misma forma vendrá al juicio. Pues la voz de los ángeles está expresada en el Evangelio: "Así vendrá como lo habéis visto ir al cielo" (Hechos 1, 11). Por tanto, cuando piensas en la forma de siervo en Cristo, piensa en la figura humana, si tienes fe: pero cuando

piensas: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan 1, 1), que toda figura humana desaparezca de tu corazón: que se expulse de tus pensamientos todo lo que termina en un fin corporal, todo lo que está contenido en un espacio de lugar, o se difunde con cualquier magnitud; que tal invención desaparezca de tu corazón. Piensa, si puedes, en la belleza de la sabiduría, que te venga a la mente la belleza de la justicia. ¿Es una forma? ¿Es una estatura? ¿Es un color? Nada de esto es, y sin embargo es: pues si no fuera, no sería amado, ni merecidamente alabado, ni amado ni alabado sería retenido en el corazón y en las costumbres: ahora bien, los hombres se vuelven sabios; ¿de dónde se harían, si no existiera la sabiduría? Pero, oh hombre, si no puedes ver tu sabiduría con los ojos de la carne, ni pensar en ella con tal imaginación como se piensa en las cosas corporales, ¿te atreves a imponer la forma del cuerpo humano a la sabiduría de Dios?

5. ¿Qué decimos, entonces, hermanos? ¿Cómo habló el Padre al Hijo, ya que el Hijo dijo: "Como el Padre me enseñó, así hablo"? ¿Le habló? ¿Cuándo enseñó el Padre al Hijo, hizo palabras, como tú, cuando enseñas a tu hijo, haces palabras? ¿Cómo hace palabras al Verbo? ¿Qué muchas palabras se harían con un solo Verbo? ¿El Verbo del Padre tenía oídos para la boca del Padre? Estas son cosas carnales, que desaparezcan de sus corazones. Esto digo, miren si entendieron lo que yo dije, ciertamente yo hablé, y mis palabras sonaron, y con los sonidos golpearon los oídos, y a través del sentido del oído llevaron el significado a su corazón, si entendieron. Hagan que alguien haya escuchado en lengua latina, solo haya escuchado, pero no haya entendido lo que dije: en cuanto al ruido emitido desde mi boca, él fue partícipe de él, aunque no lo entendió, como ustedes; escuchó ese sonido, las mismas sílabas golpearon sus oídos; pero en su corazón no generaron nada. ¿Por qué? Porque no entendió. Pero ustedes, si entendieron, ¿de dónde entendieron? Yo soné al oído; ¿acaso encendí yo la luz en el corazón? Sin duda, si es verdad lo que dije, y esto es verdad no solo lo escucharon, sino que también lo entendieron; allí se hicieron dos cosas, distínganlas, el oído y el entendimiento. El oído fue hecho por mí, ¿el entendimiento por quién? Yo hablé al oído para que escucharan, ¿quién habló a su corazón para que entendieran? Sin duda, alguien también habló a su corazón, para que no solo el ruido de estas palabras golpeara su oído, sino que también algo de verdad descendiera a su corazón: alguien habló también a su corazón, pero no lo ven; si entendieron, hermanos, también se dijo a su corazón. La inteligencia es un don de Dios. ¿Quién dijo esto en su corazón, si entendieron? A quien el Salmo dice: "Dame entendimiento, para que aprenda tus mandamientos" (Salmo 118, 73). Por ejemplo, el obispo habló. ¿Qué dijo, alguien pregunta? Respondes qué dijo, y añades: Dijo la verdad. Entonces otro que no entendió: "¿Qué dijo, o qué es lo que alabas?", dice. Ambos me escucharon, a ambos les hablé; pero a uno de ellos Dios le habló. Si se permite comparar cosas pequeñas con grandes, ¿qué somos nosotros ante él? sin embargo, Dios hace algo en nosotros de manera incorpórea y espiritual, que no es sonido que golpee el oído, ni color que se discierna con los ojos, ni olor que se capte con la nariz, ni sabor que se juzgue con la boca, ni duro ni blando que se sienta al tocar: sin embargo, es algo que es fácil de sentir, imposible de explicar. Si, por tanto, Dios, como comencé a decir, habla en nuestros corazones sin sonido, ¿cómo habla a su Hijo? Así, hermanos, así piensen, tanto como puedan, como dije, si se permite comparar de alguna manera cosas pequeñas con grandes; así piensen. Incorpóreamente el Padre habló al Hijo, porque incorpóreamente el Padre engendró al Hijo. Ni lo enseñó como si lo hubiera engendrado ignorante: sino que enseñarlo es haberlo engendrado sabiendo; y esto es, "el Padre me enseñó", que es, el Padre me engendró sabiendo. Pues si, lo que pocos entienden, la naturaleza de la verdad es simple; ser para el Hijo es lo mismo que conocer. Por tanto, tiene de él el conocer, de quien tiene el ser: no que primero fuera de él, y después conociera de él; sino que así como al engendrarle le dio el ser,

así al engendrarle le dio el conocer: porque para la naturaleza simple de la verdad, como se ha dicho, ser y conocer no son cosas distintas, sino lo mismo.

6. Dijo, pues, estas cosas a los judíos, y añadió: "Y el que me envió está conmigo". Ya lo había dicho antes, pero recuerda continuamente una gran verdad: "me envió", y "está conmigo". Si, entonces, estás contigo, oh Señor, no uno fue enviado por otro, sino que ambos vinieron. Y sin embargo, aunque ambos están juntos, uno fue enviado, el otro envió: porque el envío es la encarnación, y esa encarnación es solo del Hijo, no del Padre. Por tanto, el Padre envió al Hijo, pero no se apartó del Hijo. Pues no hay lugar donde envió al Hijo donde no estuviera el Padre. ¿Dónde no está el que hizo todas las cosas? ¿Dónde no está el que dijo: "Yo lleno el cielo y la tierra" (Jeremías 23, 24)? Pero tal vez el Padre está en todas partes, y el Hijo no está en todas partes. Escucha al evangelista: "En este mundo estaba, y el mundo fue hecho por él" (Juan 1, 10). Por tanto, dice: "el que me envió", por cuya autoridad como paterna fui encarnado, "está conmigo, no me dejó". ¿Por qué no me dejó? "No me dejó", dice, "solo porque yo hago siempre lo que le agrada". Esa es la igualdad "siempre", no desde un cierto inicio y en adelante, sino sin inicio, sin fin. Pues la generación de Dios no tiene inicio en el tiempo, porque por el engendrado fueron hechos los tiempos.

7. Mientras él hablaba estas cosas, muchos creyeron en él. Ojalá que también al hablar yo, muchos que pensaban de otra manera entiendan, y crean en él. Pues algunos tal vez están en esta multitud arrianos. No me atrevo a sospechar que haya sabellianos que dicen que el mismo Padre es el que es el Hijo: pues esa herejía es muy antigua, y poco a poco ha sido desarraigada. Pero la de los arrianos aún parece tener algunos movimientos como de un cadáver en descomposición; o al menos, como mucho, como de un hombre agonizante: es necesario liberar a los que quedan de allí, como muchos han sido liberados de allí. Y ciertamente esta ciudad no los tenía; pero después de que muchos extranjeros llegaron, algunos de ellos también vinieron. Miren, mientras el Señor hablaba, muchos judíos creyeron en él; miren, también al hablar yo, que los arrianos crean, no en mí, sino conmigo.

8. Decía, pues, el Señor a los judíos que habían creído en él: "Si permanecéis en mi palabra". Por eso "permanecéis", porque habéis sido iniciados, porque allí habéis comenzado a estar. Si permanecéis, esto es, en la fe que ha comenzado a estar en ustedes creyendo; ¿a dónde llegarán? Mira qué inicio, a dónde conduce. Has amado el fundamento, atiende a la cumbre, y desde esta humildad busca otra altura. Pues la fe tiene humildad: el conocimiento y la inmortalidad y la eternidad no tienen humildad, sino altura; elevación, ninguna deficiencia, estabilidad eterna, ninguna expugnación por el enemigo, ningún temor a la deficiencia. Es grande lo que comienza con la fe; pero se desprecia. El fundamento suele ser despreciado incluso en un edificio por los inexpertos. Se hace una gran zanja, se arrojan piedras de cualquier manera; allí no hay pulido, no aparece ninguna belleza: como tampoco en la raíz del árbol, no aparece ninguna belleza; sin embargo, todo lo que te deleita en el árbol, surgió de la raíz. Pero ves la raíz, y no te deleitas; ves el árbol y te maravillas. Necio, lo que admiras, surgió de donde no te deleitas. La fe de los creyentes parece algo pequeño, no tienes balanza para pesarla. Escucha, entonces, a dónde llega, y ve cuán grande es: como el mismo Señor dice en otro lugar: "Si tuvierais fe como un grano de mostaza" (Mateo 17, 19). ¿Qué hay más humilde, qué más vehemente? ¿Qué más pequeño, qué más ardiente? Por tanto, también ustedes, dice, "si permanecéis en mi palabra", en la que habéis creído, ¿a dónde llegarán? "Seréis verdaderamente mis discípulos". ¿Y qué nos beneficia? "Y conoceréis la verdad".

9. ¿Qué promete a los creyentes, hermanos? "Y conoceréis la verdad". ¿Qué, entonces? ¿No la conocían cuando el Señor hablaba? Si no la conocían, ¿cómo creyeron? No porque

conocieron creyeron, sino que creyeron para conocer. Creemos para conocer, no conocemos para creer. Pues lo que vamos a conocer, ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (Isaías 64, 4; 1 Corintios 2, 9). ¿Qué es la fe, sino creer lo que no ves? La fe, entonces, es creer lo que no ves; la verdad, ver lo que creíste: como él mismo dijo en cierto lugar. Por eso el Señor primero caminó en la tierra para hacer la fe. Era hombre, se hizo humilde; era visto por todos, pero no era conocido por todos; era rechazado por muchos, asesinado por la multitud, lamentado por pocos: pero incluso por aquellos por quienes era lamentado, aún no era conocido como era. Todo esto es como el inicio de los lineamientos de la fe y de la estructura futura. Lo que el mismo Señor atendiendo dijo en cierto lugar: "El que me ama, guarda mis mandamientos; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo lo amaré, y me manifestaré a él" (Juan 14, 21). Quien lo escuchaba, ciertamente ya lo veía; sin embargo, a ellos, si amaban, les prometía que se manifestaría. Así también aquí, "Conoceréis la verdad". ¿Qué, entonces? ¿Lo que dijiste no es verdad? Es verdad, pero aún se cree, no se ve. Si se permanece en lo que se cree, se llega a lo que se ve. De ahí que el mismo santo evangelista Juan en su Epístola: "Amadísimos", dice, "somos hijos de Dios, pero aún no se ha manifestado lo que seremos. Ya somos, y seremos algo. ¿Qué más seremos de lo que somos? Escucha: Aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él. ¿Por qué? Porque lo veremos tal como es" (1 Juan 3, 2). Gran promesa; pero es la recompensa de la fe. Buscas la recompensa, que preceda la obra. Si crees, exige la recompensa de la fe; pero si no crees, ¿con qué cara buscas la recompensa de la fe? Si, entonces, "permanecéis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos": para contemplar la misma verdad tal como es; no a través de palabras sonoras, sino a través de la luz resplandeciente, cuando nos haya saciado, como se lee en el Salmo: "Señalado está sobre nosotros la luz de tu rostro, Señor" (Salmo 4, 7). Somos la moneda de Dios, una moneda que se ha extraviado del tesoro. El error ha desgastado lo que había sido impreso en nosotros; vino quien reforme, porque él mismo había formado: busca también él su moneda; como César su moneda; por eso dice: "Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios" (Mateo 22, 21): al César las monedas, a Dios ustedes mismos. Entonces, se imprimirá la verdad en nosotros.

10. ¿Qué diré a vuestra Caridad? ¡Oh, si el corazón estuviera de alguna manera suspirando por aquella gloria inefable! ¡Oh, si sintiéramos nuestra peregrinación en gemido, y no amáramos el siglo, y con mente piadosa golpeáramos perpetuamente a aquel que nos llamó! El deseo es el seno del corazón; lo captaremos, si extendemos el deseo tanto como podamos. Esto es lo que hace con nosotros la Escritura divina, esto la congregación de los pueblos, esto la celebración de los sacramentos, esto el santo bautismo, esto los cánticos de alabanza a Dios, esto nuestra misma disertación, para que este deseo no solo sea sembrado y germine, sino que también se aumente en la medida de tal capacidad, que sea idóneo para recibir lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre. Pero ámenme conmigo. No ama mucho el dinero, quien ama a Dios. Y yo he palpado la debilidad, no me atreví a decir, No ama el dinero; sino, no ama mucho el dinero: como si el dinero debiera ser amado, pero no mucho. ¡Oh, si amáramos dignamente a Dios, no amaríamos en absoluto el dinero! El dinero será para ti un instrumento de peregrinación, no un estímulo de codicia; que uses para la necesidad, no que disfrutes para el deleite. Ama a Dios, si algo ha hecho en ti lo que escuchas y alabas. Usa el mundo, no te atrape el mundo. Lo que has entrado, estás en camino, viniste para salir, no para quedarte: estás en camino, esta vida es una posada. Usa el dinero, como el viajero en la posada usa la mesa, la copa, el cántaro, el lecho, para dejarlo, no para quedarte. Si son así, levanten el corazón quienes puedan, y escúchenme: si son así, llegarán a sus promesas. Pues no es mucho para ustedes, porque grande es la mano de quien los llamó. Llamó, invóquese; dígasele: Nos llamaste, te invocamos; he aquí que escuchamos al que

llama, escucha a los que invocan: lleva a cabo lo que prometiste, completa lo que comenzaste; no abandones tus dones, no abandones tu campo, que tus brotes entren en el granero. Abundan las tentaciones en el mundo; pero mayor es quien hizo el mundo: abundan las tentaciones; pero no falta quien pone su esperanza en él, en quien no hay falta alguna.

11. A esto exhorté, hermanos, porque la libertad de la que habla nuestro Señor Jesucristo, no es de este tiempo. Vean lo que añadió: "Verdaderamente seréis mis discípulos, y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". ¿Qué es, "os hará libres"? Os hará libres. De hecho, los judíos carnales, y juzgando según la carne, no aquellos que habían creído, sino en esa multitud que estaban los que no creían, consideraron que se les había hecho una injuria, porque les dijo: "La verdad os hará libres". Se indignaron de ser significados como siervos. Y verdaderamente lo eran: y les explica cuál es la servidumbre, y cuál será la libertad futura que él promete. Pero sobre esta libertad y sobre aquella servidumbre es demasiado largo para que hoy discutamos.

1. Lo que sigue de la lectura anterior y del santo Evangelio que hoy se nos ha recitado, lo pospuse para decirlo, ya que había dicho mucho, y sobre la libertad a la que nos llama la gracia del Salvador, no debía ser tratado de manera superficial ni negligente: por eso hoy, con la ayuda del Señor, hemos decidido hablarles. A quienes hablaba el Señor Jesucristo, eran judíos, en gran parte enemigos, pero también amigos en cierta medida ya hechos, y futuros: pues veía allí a algunos, como ya hemos dicho, que después de su pasión iban a creer. Mirándolos, dijo: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy (Juan 8, 28). También había allí quienes, mientras él hablaba, creyeron de inmediato; a ellos les habló lo que hemos escuchado hoy: Decía entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos. Permaneciendo lo seréis: porque ahora sois creyentes, permaneciendo seréis videntes. Por eso sigue, Y conoceréis la verdad. La verdad es inmutable. La verdad es pan, alimenta las mentes y no se agota: transforma al que se alimenta, no se transforma ella en el que se alimenta. Ella es la verdad, el Verbo de Dios, Dios unigénito Hijo de Dios. Esta Verdad se revistió de carne por nosotros, para nacer de la Virgen María, y se cumpliera la profecía, La verdad brotó de la tierra (Salmo 84, 12). Esta Verdad, cuando hablaba con los judíos, estaba oculta en la carne: pero no estaba oculta para ser negada, sino para ser diferida; diferida para sufrir en la carne; y sufrir en la carne para que la carne del pecado fuera redimida. Así, estando visible según la debilidad de la carne nuestro Señor Jesucristo, y oculto según la majestad de la divinidad, dijo a aquellos que, mientras él hablaba, habían creído en él: Si permanecéis en mi palabra, verdaderamente seréis mis discípulos. Porque el que persevere hasta el fin, éste será salvo (Mateo 10, 22). Y conoceréis la verdad, que ahora os está oculta, y os habla. Y la verdad os hará libres. Esta palabra el Señor la puso desde la libertad, os hará libres. Porque nada más propiamente libera, sino que hace libre. Así como salvar no es otra cosa que hacer salvo; así como sanar no es otra cosa que hacer sano; enriquecer no es otra cosa que hacer rico: así liberar no es otra cosa que hacer libre. Esto en la palabra griega es más claro. Pues en la costumbre latina a menudo decimos que un hombre es liberado, lo cual no se refiere a la libertad, sino solo a la salud: como cuando se dice que alguien es liberado de una enfermedad; se dice comúnmente, pero no propiamente. Así puso el Señor esta palabra, para decir, Y la verdad os hará libres, para que en la lengua griega nadie dude que habló de la libertad.

2. Finalmente, los judíos lo entendieron así, y le respondieron: no aquellos que ya habían creído, sino aquellos que en la multitud aún no creían: le respondieron, Somos descendencia de Abraham, y nunca hemos sido esclavos de nadie; ¿cómo dices tú, Seréis libres? Sin

embargo, el Señor no había dicho, Seréis libres; sino, La verdad os hará libres. En esta palabra, sin embargo, ellos, como dije, entendieron solo la libertad; y se jactaron de ser descendencia de Abraham, y dijeron, Somos descendencia de Abraham; y nunca hemos sido esclavos de nadie; ¿cómo dices tú, Seréis libres? ¡Oh piel inflada! No es grandeza, sino hinchazón. Y esto mismo, según la libertad de este tiempo, ¿cómo dijisteis verdad, Nunca hemos sido esclavos de nadie? ¿No fue vendido José (Génesis 37, 28)? ¿No fueron llevados cautivos los santos profetas (2 Reyes 24)? Luego, ¿no es este el pueblo que en Egipto hacía ladrillos, y servía a reyes duros no al menos en oro y plata, sino en barro (Éxodo 1, 14)? Si nunca servisteis a nadie, ingratos, ¿qué es lo que Dios os imputa continuamente que os liberó de la casa de servidumbre (Éxodo 13, 3; Deuteronomio 5, 6, etc.)? ¿O acaso vuestros padres sirvieron, pero vosotros que habláis, nunca servisteis a nadie? ¿Cómo entonces ya pagabais tributos a los romanos, de donde también propusisteis una trampa a la Verdad misma, para que dijerais, ¿Es lícito pagar tributo al César? para que si decía, Es lícito; lo atrapaseis como si deseara mal a la libertad de la descendencia de Abraham: pero si decía, No es lícito; lo calumniarais ante los reyes de la tierra, porque prohibía pagar tributos a los reyes. Con razón, al mostrar la moneda, fuisteis vencidos, y fuisteis obligados a responder a vuestra propia trampa. Pues allí se os dijo, Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios; cuando vosotros mismos respondisteis que la moneda tenía la imagen del César (Mateo 22, 15-21). Porque así como el César busca su imagen en la moneda, así Dios busca la suya en el hombre. Esto respondió a los judíos. Me conmueve, hermanos, la vana soberbia de los hombres, porque incluso de esa libertad que entendían carnalmente, mintieron diciendo, Nunca hemos sido esclavos de nadie.

3. Pero escuchemos más bien atentamente lo que respondió el Señor, para que no seamos hallados también nosotros esclavos. Respondió Jesús: En verdad, en verdad os digo, que todo el que comete pecado, es esclavo del pecado. Es esclavo, ojalá de un hombre y no del pecado. ¿Quién no temblará ante estas palabras? Que nos conceda el Señor nuestro Dios, es decir, a mí y a vosotros, que hable según la sentencia sobre esta libertad que se debe desear, y sobre esa esclavitud que se debe evitar. En verdad, en verdad os digo, dice la Verdad: y ¿qué significa que nuestro Señor Dios diga, En verdad, en verdad os digo? Lo que pronuncia así lo encomienda mucho; de alguna manera, si se me permite decirlo, es su juramento, En verdad, en verdad os digo. Pues Amen se interpreta como Verdad: y sin embargo no se ha interpretado, cuando podría haberse dicho, Verdad os digo. Ni el intérprete griego se atrevió a hacerlo, ni el latino: pues esta palabra que es Amen, no es griega ni latina, sino hebrea. Así permaneció, no se interpretó, para que tuviera honor con el velo del secreto: no para que fuera negado, sino para que no se vulgarizara desnudo. Sin embargo, no se dijo una sola vez, sino dos veces por el Señor, En verdad, en verdad os digo. Ya sabéis cuánto se ha encomendado esto, por la misma repetición.

4. ¿Qué es entonces lo que se ha encomendado? Verdad, verdad os digo, dice la Verdad; que ciertamente, aunque no dijera, Verdad os digo, no podría mentir en absoluto: sin embargo, lo encomienda, lo recalca; de alguna manera despierta a los dormidos, hace atentos, no quiere ser despreciado. ¿Qué dice? En verdad, en verdad os digo, que todo el que comete pecado, es esclavo del pecado. ¡Oh miserable esclavitud! A menudo los hombres, cuando sufren malos amos, se piden a la venta; no buscando no tener amo, sino al menos cambiarlo; ¿qué hará el esclavo del pecado? ¿a quién interpelará? ¿ante quién interpelará? ¿ante quién se pedirá a la venta? Además, el esclavo de un hombre, a veces fatigado por las duras órdenes de su amo, encuentra descanso huyendo: ¿a dónde huye el esclavo del pecado? Se lleva consigo mismo a dondequiera que huya. La mala conciencia no huye de sí misma, no hay a dónde ir, se sigue a sí misma; más bien no se aleja de sí misma: pues el pecado que comete, está dentro. Cometió

pecado, para obtener algún placer corporal: el placer pasa, el pecado permanece; pasó lo que deleitaba, quedó lo que punza. ¡Mala esclavitud! A veces huyen los hombres a la Iglesia, y a menudo los soportamos como indisciplinados: queriendo carecer de amos, que no quieren carecer de pecados. A veces, sin embargo, sujetos a un yugo ilícito e injusto, huyen a la Iglesia, porque los libres son retenidos para la servidumbre, y se interpela al obispo: y si no se esfuerza en poner remedio, para que la libertad no sea oprimida, se le considera sin misericordia. A Cristo huyamos todos, interpelemos a Dios el libertador contra el pecado: pidámonos a la venta, para que seamos redimidos con su sangre. Dice el Señor, Gratis fuisteis vendidos, y sin dinero seréis redimidos (Isaías 52, 3). Sin precio, pero vuestro; porque mío. Esto dice el Señor: pues él dio el precio, no dinero, sino su sangre. Porque nosotros habíamos quedado como esclavos y pobres.

5. Solo el Señor libera de esta esclavitud: quien no la tuvo, él mismo libera de ella; pues solo él vino en esta carne sin pecado. Porque los que veis ser llevados en brazos de sus madres, aún no caminan, y ya están encadenados; pues trajeron de Adán lo que se disuelve en Cristo. También a ellos, cuando son bautizados, les pertenece esta gracia que el Señor promete; porque solo puede liberar del pecado quien vino sin pecado, y se hizo sacrificio por el pecado. Pues habéis escuchado cuando se leía al Apóstol: Por Cristo, dice, ejercemos el ministerio, como si Dios exhortara por nosotros; os rogamos por Cristo; es decir, como si Cristo os rogara. ¿Qué? Reconciliáos con Dios. Si el Apóstol exhorta y ruega para que nos reconciliemos con Dios, éramos enemigos de Dios. Pues nadie se reconcilia sino desde enemistades. Pero no nos hicieron enemigos por naturaleza, sino por los pecados. De donde enemigos suyos, de allí esclavos del pecado. Dios no tiene enemigos libres; es necesario que sean esclavos: y permanecerán esclavos a menos que sean liberados por aquel a quien quisieron ser enemigos pecando. Os rogamos, pues, dice, por Cristo, reconciliáos con Dios. ¿Y cómo nos reconciliamos, sino quitando lo que nos separa de él? Pues dice por el profeta: No ha endurecido su oído para no oír, sino que vuestros pecados separan entre vosotros y Dios (Isaías 59, 1-2). Porque no nos reconciliamos sino quitando lo que está en medio, y poniendo lo que esté en medio. Pues hay un medio que separa, pero hay un mediador que reconcilia; el medio que separa es el pecado, el mediador que reconcilia es el Señor Jesucristo: Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Timoteo 2, 5). Para que se quite el muro que separa, que es el pecado, vino aquel mediador, y se hizo sacrificio sacerdote él mismo. Y porque se hizo sacrificio por el pecado, ofreciéndose a sí mismo en holocausto en la cruz de su pasión, sigue el Apóstol y dice, después de haber dicho, Os rogamos por Cristo, reconciliáos con Dios: como si dijéramos, ¿cómo podremos reconciliarnos? A él, dice, es decir, a Cristo mismo, que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que seamos justicia de Dios en él (2 Corintios 5, 20-21). A él mismo, dice, a Cristo Dios, que no conoció pecado. Pues vino en carne, esto es, en semejanza de carne de pecado (Romanos 8, 3), pero no en carne de pecado, no teniendo en absoluto pecado alguno: y por eso se hizo verdadero sacrificio por el pecado, porque él mismo no tenía pecado alguno.

6. Pero tal vez he dicho de mi propio sentido, que pecado es sacrificio por el pecado. Los que han leído, reconozcan; los que no han leído, no sean perezosos: no sean, digo, perezosos para leer, para que sean veraces al juzgar. Pues cuando Dios mandaba ofrecer sacrificios por el pecado, en los cuales sacrificios no había expiación de pecados, sino sombra de lo futuro, esos mismos sacrificios, esas mismas víctimas, esos mismos animales que se ofrecían para ser sacrificados por los pecados, en cuya sangre se figuraba aquella sangre, la Ley llama pecados: tanto que en algunos lugares está escrito así, que los sacerdotes que iban a inmolar ponían sus manos sobre la cabeza del pecado, es decir, sobre la cabeza de la víctima que iba a

ser inmolada por el pecado. Así pues, pecado, es decir, sacrificio por el pecado, se hizo nuestro Señor Jesucristo, que no conoció pecado.

7. Con razón libera de esta esclavitud del pecado aquel que dice en los Salmos: Me he hecho como un hombre sin ayuda, entre los muertos libre (Salmo 87, 5-6). Pues solo él es libre, porque no tenía pecado. Él mismo dice en el Evangelio: He aquí que viene el príncipe de este mundo, refiriéndose al diablo que vendría en los judíos perseguidores; he aquí, dice, viene, y en mí no encontrará nada (Juan 14, 30-31). No como en aquellos a quienes mató, incluso justos, encontró algún pecado, en mí no encontrará nada. Y como si se le dijera, si no encontrará nada en ti, ¿por qué te matará? Añadió, y dijo: Pero para que todos sepan que hago la voluntad de mi Padre, levantaos, vámonos de aquí. No, dice, pago la muerte por necesidad de mi pecado, sino que en lo que muero, hago la voluntad de mi Padre: y hago más allí que lo que padezco, porque si no quisiera, ni siquiera habría padecido. Lo tienes diciendo en otro lugar, Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volver a tomarla (Juan 10, 18). He aquí verdaderamente entre los muertos libre.

8. Pues todo el que comete pecado, es esclavo del pecado, ¿cuál es nuestra esperanza de libertad, escuchad. El esclavo, dice, no permanece en la casa para siempre. La Iglesia es la casa, el esclavo es el pecador. Muchos entran en la Iglesia siendo pecadores. No dijo, pues, El esclavo no está en la casa; sino, no permanece en la casa para siempre. Si, pues, no habrá allí ningún esclavo, ¿quién estará allí? Pues cuando el rey justo se siente en el trono, como dice la Escritura, ¿quién se gloriará de tener un corazón puro? o ¿quién se gloriará de estar limpio de pecado (Proverbios 20, 8-9)? Nos ha aterrorizado mucho, oh hermanos míos, diciendo, El esclavo no permanece en la casa para siempre. Pero añade, y dice, El Hijo permanece para siempre. ¿Estará, pues, solo en su casa Cristo? ¿no se le unirá ningún pueblo? ¿De quién será cabeza, si no habrá cuerpo? ¿O acaso todo esto es el Hijo, cabeza y cuerpo? No sin razón nos aterrorizó, y nos dio esperanza: nos aterrorizó, para que no amáramos el pecado; nos dio esperanza, para que no desesperáramos de la solución del pecado: Todo el que comete pecado, es esclavo del pecado. El esclavo no permanece en la casa para siempre. ¿Cuál es, pues, nuestra esperanza, que no estamos sin pecado? Escucha tu esperanza; El Hijo permanece para siempre. Si, pues, el Hijo os libera, entonces seréis verdaderamente libres. Esta es nuestra esperanza, hermanos, que seamos liberados por el libre, y liberándonos nos haga siervos: pues éramos siervos de la codicia, liberados nos hacemos siervos de la caridad. Esto también dice el Apóstol: Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; solo que no uséis la libertad como ocasión para la carne, sino servíos unos a otros por amor (Gálatas 5, 13). No diga, pues, el cristiano: Soy libre, he sido llamado a la libertad: era esclavo, pero he sido redimido, y por esa redención he sido hecho libre, haré lo que quiera; nadie me prohíba mi voluntad, si soy libre. Pero si con esa voluntad cometes pecado, eres esclavo del pecado. No abuses, pues, de la libertad para pecar libremente, sino úsala para no pecar. Pues tu voluntad será libre, si es piadosa. Serás libre, si eres siervo; libre del pecado, siervo de la justicia: diciendo el Apóstol, Cuando erais esclavos del pecado, erais libres respecto de la justicia: pero ahora, liberados del pecado, hechos siervos de Dios, tenéis vuestro fruto en santificación, y el fin, la vida eterna (Romanos 6, 20, 22). Esto intentemos, esto hagamos.

9. La primera libertad es carecer de crímenes. Prestad atención, hermanos míos, prestad atención; no sea que pueda llevaros al sentido de cómo es ahora, y cómo será en el futuro esta libertad. Examina a cualquier justo en esta vida, aunque ya sea digno del nombre de justo, sin embargo no está sin pecado: escucha al mismo santo Juan, de quien es también este Evangelio, diciendo en su Epístola, Si decimos, dice, que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1, 8). Solo él pudo decir esto entre

los muertos libre, solo de él se pudo decir que no conoció pecado; solo de él se pudo decir: pues experimentó todo según la semejanza sin pecado (Hebreos 4, 15). Solo él pudo decir, He aquí que viene el príncipe del mundo, y en mí no encontrará nada. A cualquier otro, aunque justo, que examines, no está completamente sin pecado. Ni siquiera como era Job, a quien el Señor daba tal testimonio que el diablo envidiaba, y pedía ser tentado, siendo tentado fue superado, para que él fuera probado (Job 1, 2). Pero él fue probado, no porque estuviera oculto a Dios para ser coronado, sino para que se diera a conocer a los hombres para ser imitado. También el mismo Job, ¿qué dice? ¿Quién es puro? Ni siquiera el niño, cuya vida es de un solo día sobre la tierra (Job 14, 4, según LXX). Pero ciertamente muchos justos han sido llamados sin reproche, lo que se entiende como sin crimen: pues ninguna queja justa hay sobre ellos en las cosas humanas, que no tienen crimen. Pero el crimen es un pecado grave, digno de acusación y condena. No, pues, Dios condena algunos pecados, justifica y alaba otros: no alaba ninguno, odia todos. Así como el médico odia la enfermedad del enfermo, y se esfuerza curando para que la enfermedad sea expulsada, el enfermo aliviado: así Dios con su gracia obra en nosotros para que el pecado sea consumido, el hombre liberado. Pero, ¿cuándo se consume, dirás? Si se disminuye, ¿por qué no se consume? Se disminuye, sin embargo, en la vida de los que progresan, lo que en la vida de los perfectos se consume.

10. La primera libertad, por tanto, es estar libre de crímenes. Por eso, el apóstol Pablo, cuando eligió a los que debían ser ordenados como presbíteros o diáconos, y a cualquiera que debía ser ordenado para un cargo en la Iglesia, no dijo: "Si alguien está sin pecado"; porque si dijera eso, todo hombre sería rechazado, nadie sería ordenado. Sino que dijo: "Si alguien está sin crimen" (1 Tim. III, 10, y Tit. I, 6), como el homicidio, el adulterio, alguna impureza de fornicación, el robo, el fraude, el sacrilegio, y otras cosas semejantes. Cuando el hombre comienza a no tener estas cosas (y todo cristiano debe no tenerlas), empieza a levantar la cabeza hacia la libertad: pero esta es una libertad iniciada, no perfecta. ¿Por qué, dice alguien, no es una libertad perfecta? Porque "veo otra ley en mis miembros, que lucha contra la ley de mi mente: porque no hago lo que quiero, sino lo que odio, eso hago" (Gál. V, 17). "La carne, dice, desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, para que no hagáis lo que queréis." En parte libertad, en parte servidumbre: aún no es toda, aún no es pura, aún no es plena libertad, porque aún no es eternidad. Porque tenemos en parte debilidad, en parte hemos recibido libertad. Todo pecado nuestro fue borrado antes en el Bautismo. ¿Acaso porque toda iniquidad fue borrada, no quedó ninguna debilidad? Si no hubiera quedado, viviríamos aquí sin pecado. Pero, ¿quién se atrevería a decir esto sino el soberbio, el indigno de la misericordia del libertador, el que quiere engañarse a sí mismo, y en quien no está la verdad? Por lo tanto, de lo que queda alguna debilidad, me atrevo a decir, de la parte en que servimos a Dios, somos libres: de la parte en que servimos a la ley del pecado, aún somos siervos. De ahí que el Apóstol diga lo que comenzamos a decir: "Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior." He aquí de dónde somos libres, de dónde nos deleitamos en la ley de Dios: porque la libertad deleita. Pues mientras haces lo que es justo por temor, no te deleita Dios. Mientras aún haces como siervo, no te deleita: que te deleite, y eres libre. No temas el castigo, sino ama la justicia. ¿Aún no puedes amar la justicia? Al menos teme el castigo, para que llegues a amar la justicia.

11. Por tanto, ya sentía que era libre en la parte superior, de donde decía: "Me deleito en la ley de Dios según el hombre interior. Me deleita la ley, me deleita lo que manda la ley, me deleita la misma justicia. Pero veo otra ley en mis miembros": esta es la debilidad que queda: "que lucha contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado, que está en mis miembros." De esta parte siente la cautividad, donde no se ha cumplido la justicia: porque donde se deleita en la ley de Dios, no es cautivo, sino amigo de la ley; y por eso libre, porque

es amigo. ¿Qué, entonces, de lo que queda? ¿Qué, sino que miremos a aquel que dijo: "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres"? Finalmente, el mismo que hablaba, miró a él: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor. Por tanto, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres." Finalmente, así concluyó: "Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado" (Rom. VII, 19-25). Yo mismo, dice: porque no somos dos contrarios entre nosotros viniendo de principios diferentes; sino que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, pero con la carne a la ley del pecado, mientras la debilidad lucha contra la salud.

12. Pero si con la carne sirves a la ley del pecado, haz lo que dice el mismo Apóstol: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal para obedecer a sus deseos, ni presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad" (Rom. VI, 12, 13). No dice, No esté; sino, No reine. Mientras sea necesario que el pecado esté en tus miembros, al menos quítale el reino, no se haga lo que manda. ¿Surge la ira? No des a la ira la lengua para maldecir; no des a la ira la mano o el pie para golpear. Esta ira irracional no surgiría, si no hubiera pecado en los miembros: pero quítale el reino, no tenga armas con las que luchar contra ti; aprenderá incluso a no surgir, cuando comience a no encontrar armas. No presentéis vuestros miembros como instrumentos de iniquidad al pecado; de lo contrario, seréis totalmente cautivos, y no podréis decir, Con la mente sirvo a la ley de Dios. Porque si la mente retiene las armas, los miembros no se mueven al servicio del pecado furioso. Que el emperador interior retenga la fortaleza, porque asiste siendo ayudado por el mayor emperador; frene la ira, contenga la concupiscencia. Sin embargo, hay algo que frenar, hay algo que contener, hay algo que retener. Pero, ¿qué quería aquel justo sirviendo con la mente a la ley de Dios, sino que no hubiera en absoluto lo que frenar? Y esto debe intentar todo el que tiende a la perfección, para que incluso la misma concupiscencia a la que no se le dan los miembros para obedecer, disminuya diariamente en el que progresa. "Querer, dice, está en mí, pero no el hacer el bien" (Rom. VII, 18). ¿Acaso dijo, No está en mí hacer el bien? Si hubiera dicho esto, no habría esperanza. No dice, No está en mí hacer, sino, No está en mí perfeccionar. ¿Cuál es la perfección del bien, sino el consumo y fin del mal? ¿Y cuál es el consumo del mal, sino lo que dice la Ley, "No codiciarás" (Éxodo XX, 17)? No codiciar en absoluto es la perfección del bien, porque es el consumo del mal. Esto decía él, "No está en mí perfeccionar el bien"; porque no podía hacer que no codiciara: solo hacía que refrenara la codicia, que no consintiera en la codicia, y que no ofreciera los miembros a la codicia como satélite. "No está en mí perfeccionar el bien": no puedo cumplir lo que está dicho, "No codiciarás". ¿Qué, entonces, es necesario? Para que cumplas, "No sigas tus concupiscencias" (Eclesiástico XVIII, 30). Haz esto mientras tanto, mientras haya concupiscencias ilícitas en tu carne, "No sigas tus concupiscencias". Permanece en el servicio de Dios, en la libertad de Cristo; con la mente sirve a la ley de tu Dios. No te entregues a tus concupiscencias: siguiéndolas, les das fuerzas; dándoles fuerzas como a las viñas, cuando nutres a tus enemigos con tus fuerzas.

13. ¿Cuál, entonces, es la libertad plena y perfecta en aquel Señor Jesús que dijo, "Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres"; cuándo será la libertad plena y perfecta? Cuando no haya enemistades, cuando "el último enemigo, la muerte, sea destruido. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad: y cuando esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita, La muerte ha sido absorbida en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (1 Cor. XV, 26, 53, 54, 55). ¿Qué es, "Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" La carne codiciaba contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, pero cuando la carne del pecado estaba en

vigor. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? Ya viviremos, ya no moriremos, en aquel que murió y resucitó por nosotros: "para que los que viven, dice, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Cor. V, 15). Oremos al médico heridos, seamos llevados al albergue para ser curados. Porque él es quien promete sanidad, quien se compadeció en el camino del medio muerto dejado por los ladrones: vertió aceite y vino, curó las heridas, lo levantó en su cabalgadura, lo llevó al albergue, lo encomendó al posadero. ¿A qué posadero? Quizás a aquel que dijo, "Por Cristo somos embajadores" (Ibid. 20). También dio dos denarios, que se gastarían en curar al herido (Lucas X, 30-35): quizás estos son los dos mandamientos, en los que penden toda la Ley y los Profetas (Mateo XXII, 37-40). Por tanto, hermanos, también la Iglesia en este tiempo, en la que el herido es sanado, es el albergue del viajero: pero la misma Iglesia tiene arriba la herencia del poseedor.

TRATADO XLII. Desde lo que está escrito, "Sé que sois descendientes de Abraham, pero buscáis matarme"; hasta, "Por eso no escucháis, porque no sois de Dios." Cap. VIII, V. 37-47.

1. Nuestro Señor, incluso en forma de siervo, no era siervo, sino en forma de siervo también era Señor (pues aquella forma de carne era servil, pero aunque era semejanza de carne de pecado [Rom. VIII, 3], no era carne de pecado), prometió libertad a los que creían en él: pero los judíos, como si se jactaran de su libertad, se desdeñaron de ser hechos libres, siendo siervos del pecado. Por eso dijeron que eran libres, porque eran descendientes de Abraham. ¿Qué les respondió el Señor a esto? Lo escuchamos cuando se recitó la lectura de hoy. "Sé, dice, que sois descendientes de Abraham: pero buscáis matarme, porque mi palabra no cabe en vosotros. Os reconozco, dice: sois descendientes de Abraham, pero buscáis matarme. Reconozco el origen de la carne, no la fe del corazón. Sois descendientes de Abraham, pero según la carne. Por eso, dice, buscáis matarme: porque mi palabra no cabe en vosotros. Si mi palabra fuera acogida, os acogería; si fuerais acogidos, seríais encerrados en las redes de la fe como peces. ¿Qué significa, entonces, no cabe en vosotros? No cabe en vuestro corazón, porque no es recibido por vuestro corazón. Porque así es la palabra de Dios, y así debe ser para los fieles, como el anzuelo para el pez; entonces cabe cuando es acogida. Y no se hace injuria a los que son acogidos: porque son acogidos para la salvación, no para la perdición. De ahí que el Señor dijera a sus discípulos: "Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres" (Mateo IV, 19). Por tanto, estos no eran tales: y sin embargo, eran descendientes de Abraham; hijos de un hombre de Dios, hombres inicuos. Porque llevaban el linaje de la carne, pero se habían degenerado, no imitando la fe de aquel de quien eran hijos.

2. Ciertamente escuchasteis al Señor decir, "Sé que sois descendientes de Abraham"; escuchad lo que dice después: "Yo hablo lo que he visto junto a mi Padre, y vosotros hacéis lo que habéis visto junto a vuestro padre." Ya había dicho, "Sé que sois descendientes de Abraham." Pero, ¿qué hacen? Lo que les dijo, "Buscáis matarme." Esto nunca lo vieron en Abraham. Pero el Señor quiere que se entienda a Dios como el Padre cuando dice, "Lo que he visto junto a mi Padre, hablo. Vi la verdad, hablo la verdad, porque soy la Verdad. Porque si el Señor habla la verdad que vio junto al Padre; se vio a sí mismo, se habla a sí mismo: porque él es la Verdad del Padre, que vio junto al Padre; porque él es el Verbo, que era el Verbo junto a Dios. Entonces, ¿dónde vieron el mal que hacen, que el Señor reprende y corrige? Junto a su padre. Cuando escuchemos más adelante dicho más claramente quién es su padre, entonces entenderemos qué cosas vieron junto a tal padre: porque aún no nombra a su padre. Un poco antes mencionó a Abraham, pero por el origen de la carne, no por la semejanza de vida: va a nombrar a otro padre de ellos, que ni los engendró, ni los creó para que fueran hombres; pero sin embargo eran hijos de él en cuanto a que eran malos, no en cuanto a que eran hombres; en lo que imitaron, no en lo que fueron creados.

3. Respondieron y le dijeron: "Nuestro padre es Abraham": como diciendo, ¿Qué vas a decir contra Abraham? o, Si puedes, atrévete a reprochar a Abraham. No porque el Señor no se atreviera a reprochar a Abraham; sino que Abraham era tal que no sería reprochado por el Señor, sino más bien alabado: sin embargo, estos parecían provocarlo, para que dijera algo malo de Abraham, y fuera ocasión de hacer lo que pensaban. "Nuestro padre es Abraham."

4. Escuchemos cómo les respondió el Señor, alabando a Abraham con la condena de ellos: "Jesús les dice: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Pero ahora buscáis matarme, a un hombre que os ha hablado la verdad, la cual oí de Dios: esto no lo hizo Abraham." He aquí aquel alabado, estos condenados. Abraham no era homicida. No digo, dice, Yo soy el Señor de Abraham: porque si lo dijera, diría la verdad. Pues dijo en otro lugar, "Antes de que Abraham fuese, yo soy" (Juan VIII, 58): entonces quisieron apedrearlo. No dijo esto. Por ahora lo que veis, lo que miráis, lo que pensáis que soy solo, soy hombre: ¿por qué queréis matar a un hombre que os dice lo que oyó de Dios, sino porque no sois hijos de Abraham? Y sin embargo, antes dijo, "Sé que sois descendientes de Abraham." No niega su origen, pero condena sus hechos: su carne era de él, pero su vida no lo era.

5. Pero nosotros, amadísimos, ¿acaso venimos del linaje de Abraham, o de alguna manera Abraham fue nuestro padre según la carne? La carne de los judíos lleva el origen de su carne, no la carne de los cristianos: nosotros venimos de otras naciones; y sin embargo, imitando, hemos sido hechos hijos de Abraham. Escucha al Apóstol: "A Abraham fueron hechas las promesas y a su simiente. No dice, dice, Y a las simientes, como si fueran muchas; sino como de uno, Y a tu simiente, que es Cristo. Y si sois de Cristo, entonces sois simiente de Abraham, herederos según la promesa" (Gál. III, 16, 29). Por tanto, hemos sido hechos simiente de Abraham por la gracia de Dios. Dios no hizo co-herederos a aquellos de la carne de Abraham. A aquellos los desheredó, a estos los adoptó: y de aquel árbol de olivo, cuya raíz está en los Patriarcas, cortó las ramas naturales soberbias, injertó el olivo silvestre humilde (Rom. XI, 17). Por eso, cuando los judíos venían a Juan para ser bautizados, él se lanzó contra ellos, y les dijo, "Generación de víboras." Porque principalmente se gloriaban de la altura de su origen: pero él los llamó generación de víboras; ni siquiera de hombres, sino de víboras. Veía la forma de hombres, pero reconocía el veneno. Sin embargo, habían venido para ser cambiados, porque ciertamente para ser bautizados: y les dijo, "Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento. Y no digáis dentro de vosotros mismos, Tenemos a Abraham por padre: porque Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras" (Mateo III, 7-9). Si no hacéis frutos dignos de arrepentimiento, no os jactéis de esa estirpe: porque Dios puede condenaros, y no defraudar a Abraham de hijos. Porque tiene de dónde levantar hijos a Abraham; serán hechos hijos los que imiten la fe: "Dios puede levantar hijos a Abraham de estas piedras." Nosotros somos: en nuestros padres éramos piedras, cuando por Dios adorábamos piedras; de tales piedras Dios hizo la familia de Abraham.

6. ¿Por qué, entonces, se exalta la vana y vacía jactancia? Que los hijos de Abraham dejen de gloriarse ya: escucharon lo que debían escuchar, "Si sois hijos de Abraham, probadlo con hechos, no con palabras. Buscáis matarme a un hombre": por ahora no digo Hijo de Dios, no digo Dios, no digo Verbo, porque el Verbo no muere; digo esto que veis, porque lo que veis podéis matar, y a quien no veis ofender. Esto, por tanto, no lo hizo Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre. Y aún no dice quién es este padre de ellos.

7. Ahora, ¿qué respondieron ellos? Porque comenzaron a entender, de alguna manera, que el Señor no hablaba de la generación de la carne, sino de la institución de la vida. Y porque es costumbre de las Escrituras, que leían, llamar fornicación espiritualmente, cuando el alma se

prostituye a muchos y falsos dioses, respondieron a esto: "Le dijeron, Nosotros no hemos nacido de fornicación, tenemos un solo padre, Dios." Ya Abraham se ha desvanecido. Porque fueron rechazados, como debían ser rechazados por la boca veraz; porque Abraham era tal, cuyas obras no imitaban, y de cuyo linaje se gloriaban. Y cambiaron la respuesta; creo, diciendo entre sí mismos: Cada vez que mencionemos a Abraham, nos dirá, ¿Por qué no lo imitáis, de cuyo linaje os gloriáis? No podemos imitar a un hombre santo, justo, inocente, tan grande: digamos que Dios es nuestro padre, veamos qué nos dirá.

8. ¿Acaso la falsedad encontró qué decir, y no encontraría la verdad qué responder? Escuchemos lo que dicen, escuchemos lo que oyen: "Tenemos un solo padre, Dios." Entonces Jesús les dijo: "Si Dios fuera vuestro padre, ciertamente me amaríais: porque yo de Dios he salido y he venido. Porque no he venido de mí mismo, sino que él me envió. Decís que Dios es vuestro padre, reconocedme al menos como hermano. Sin embargo, levantó el corazón de los que entienden, y tocó aquello que suele decir, "No he venido de mí mismo, él me envió, de Dios he salido y he venido." Recordad lo que solemos decir, De él vino; y de quien vino, con él vino. Por tanto, la misión de Cristo es la encarnación. Pero lo que salió de Dios como Verbo, es una procesión eterna: no tiene tiempo, por quien fue hecho el tiempo. Nadie diga en su corazón: Antes de que fuera el Verbo, ¿cómo era Dios? Nunca digas: Antes de que fuera el Verbo de Dios. Nunca Dios estuvo sin Verbo; porque el Verbo es permanente, no pasajero; Dios, no sonido; por quien fueron hechos el cielo y la tierra, no lo que pasó con las cosas hechas sobre la tierra. Por tanto, de él salió como Dios, como igual, como Hijo único, como Verbo del Padre: y vino a nosotros, porque el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros (Juan I, 14). Su venida, su humanidad: su permanencia, su divinidad: su divinidad a donde vamos, su humanidad por donde vamos. Si no se hubiera hecho para nosotros por donde ir, nunca habríamos llegado a él permaneciendo.

9. ¿Por qué, dice, no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. Por eso no podían entender, porque no podían oír. Pero, ¿por qué no podían oír, sino porque no querían corregirse creyendo? ¿Y esto por qué? Vosotros sois de vuestro padre el diablo. ¿Hasta cuándo mencionáis al padre? ¿Hasta cuándo cambiáis de padres, ahora Abraham, ahora Dios? Escuchad del Hijo de Dios, de quién sois hijos: "Vosotros sois de vuestro padre el diablo."

10. Aquí ya debe evitarse la herejía de los maniqueos, que dice que existe una cierta naturaleza del mal y una cierta raza de tinieblas con sus príncipes, que se atrevió a luchar contra Dios: pero Dios, para que esa raza adversa no derrotara su reino, envió contra ella a sus príncipes de luz como si fueran sus entrañas; y esa raza fue derrotada, de donde el diablo tiene su origen. De aquí dicen que nuestra carne tiene su origen; y según esto piensan que el Señor dijo, "Vosotros sois de vuestro padre el diablo", porque serían ellos como una naturaleza del mal, teniendo su origen en la raza contraria de las tinieblas. Así yerran, así se ciegan, así se hacen a sí mismos una raza de tinieblas, creyendo lo que es falso contra aquel por quien fueron creados. Pues toda naturaleza es buena; pero la naturaleza del hombre ha sido viciada por la mala voluntad. Lo que Dios hizo no puede ser malo, si el mismo hombre no se hace malo para sí mismo: pero claramente el Creador es Creador; la criatura es criatura; la criatura no puede igualarse al Creador. Distinguid al que hizo, de lo que hizo. No puede igualarse el banco al carpintero, no puede igualarse la columna al constructor; y sin embargo, el carpintero si hizo el banco, no creó la madera. Pero el Señor nuestro Dios, porque es omnipotente, y con la Palabra hizo lo que hizo: todo lo que hizo no tuvo de dónde hacerlo, y sin embargo lo hizo. Fueron hechas porque quiso, fueron hechas porque dijo: pero las cosas hechas no pueden compararse con el hacedor. Buscas con qué comparar, reconoce al Hijo único. ¿De dónde, pues, los judíos son hijos del diablo? Por imitación, no por nacimiento.

Escuchad la costumbre de la Sagrada Escritura. El profeta dice a los mismos judíos: "Tu padre fue un amorreo, y tu madre una hitita" (Ezequiel XVI, 3). Los amorreos eran una cierta raza, de la cual los judíos no tenían origen: los hititas también tenían su propia raza, completamente ajena al linaje de los judíos. Pero porque los amorreos y los hititas eran impíos, y los judíos imitaron sus impiedades; encontraron para sí mismos padres, no de quienes nacieran, sino cuyos modos de vida siguiendo, igualmente serían condenados. Pero quizás preguntáis, ¿de dónde el mismo diablo? De donde ciertamente también los otros ángeles. Pero los otros ángeles permanecieron en su obediencia: él, desobedeciendo y enorgulleciéndose, cayó como ángel, y se hizo diablo.

11. Pero ahora escuchad lo que dice el Señor, "Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y queréis hacer los deseos de vuestro padre". He aquí de dónde son sus hijos; porque deseáis tales cosas, no porque hayáis nacido de él. ¿Cuáles son sus deseos? Él era homicida desde el principio. He aquí lo que es, "queréis hacer los deseos de vuestro padre": Buscáis matarme, hombre que os dice la verdad. Y él envidió al hombre, y mató al hombre. Pues el diablo, al envidiar al hombre, vestido de serpiente habló a la mujer, y por la mujer envenenó también al hombre. Murieron escuchando al diablo (Génesis III, 1), a quien no habrían escuchado, si hubieran querido escuchar al Señor: pues el hombre, puesto entre aquel que lo creó y aquel que cayó, debió obedecer al Creador, no al engañador. Por tanto, él era homicida desde el principio. Ved el tipo de homicidio, hermanos. Se dice que el diablo es homicida, no armado con espada, no ceñido con hierro; vino al hombre, sembró una mala palabra, y lo mató. No pienses, pues, que no eres homicida, cuando persuades a tu hermano de cosas malas: si persuades a tu hermano de cosas malas, lo matas. Y para que sepas que lo matas, escucha el Salmo: "Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua es una espada afilada" (Salmo LVI, 5). Vosotros, pues, "queréis hacer los deseos de vuestro padre": por eso os ensañáis contra la carne, porque no podéis contra la mente. Él era homicida desde el principio: ciertamente en el primer hombre. Desde entonces él es homicida, desde que pudo hacerse homicidio: desde que pudo hacerse homicidio, desde que fue hecho hombre. Pues no podría matarse al hombre, si primero no fuera hecho hombre. Homicida, pues, él desde el principio. ¿Y de dónde homicida? Y en la verdad no permaneció. Por tanto, estuvo en la verdad, pero al no permanecer cayó. ¿Y por qué no permaneció en la verdad? Porque la verdad no está en él. No como en Cristo, así está la verdad, que Cristo mismo es la verdad. Si, pues, él hubiera permanecido en la verdad, habría permanecido en Cristo, pero no permaneció en la verdad, porque la verdad no está en él.

12. Cuando habla mentira, de lo suyo habla; porque es mentiroso, y padre de ella. ¿Qué es esto? Habéis escuchado las palabras del Evangelio, atentos las habéis recibido: he aquí repito, para que reconozcáis lo que exigís. El Señor decía estas cosas del diablo que debían decirse del diablo por el Señor. Él era homicida desde el principio, es verdad; pues mató al primer hombre: y en la verdad no permaneció; porque de la verdad cayó. Cuando habla mentira, ciertamente el mismo diablo, de lo suyo habla; porque es mentiroso, y padre de ella. En estas palabras algunos pensaron que el diablo tenía un padre, y buscaron quién era el padre del diablo. Aquí, en verdad, el detestable error de los maniqueos encontró aún cómo engañar a los ignorantes. Suelen decir: Supón que el diablo fue un ángel, y cayó; de él comenzó el pecado, como decís: ¿Quién era su padre? Nosotros en contra: ¿Quién de nosotros alguna vez dijo que el diablo tenía un padre? Y ellos en contra: El Señor dice, el Evangelio habla, diciendo del diablo, dice, "Él era homicida desde el principio, y en la verdad no permaneció; porque la verdad no está en él: cuando habla mentira, de lo suyo habla; porque es mentiroso, y padre de ella".

13. Escucha, entiende; no te envío lejos, en las mismas palabras entiende. El Señor dijo que el diablo es el padre de la mentira. ¿Qué es esto? Escucha qué es, repite ahora las mismas palabras, y entiende. Pues no todo el que miente es padre de su mentira. Si recibiste la mentira de otro, y la dijiste; ciertamente mentiste al proferir la mentira: pero no eres padre de ella, porque recibiste la mentira de otro. Pero el diablo fue mentiroso por sí mismo; él mismo engendró su mentira, de nadie la escuchó. Así como Dios Padre engendró al Hijo la verdad; así el diablo caído engendró como hijo la mentira. Habiendo escuchado esto, repite ahora y recuerda las palabras del Señor: mente católica, advierte lo que has escuchado, atiende lo que dice. Él: ¿quién? El diablo - era homicida desde el principio. Lo reconocemos, mató a Adán. Y en la verdad no permaneció. Lo reconocemos, porque de la verdad cayó. Porque la verdad no está en él. Es verdad; al apartarse de la verdad no tiene la verdad. Cuando habla mentira, de lo suyo habla. No toma de otro de donde hablar. Cuando habla mentira, de lo suyo habla; porque es mentiroso, y padre de ella. Y es mentiroso, y padre de la mentira. Pues tú quizás eres mentiroso, porque hablas mentira: pero no eres su padre. Pues si lo que dices lo recibiste del diablo, y al diablo creíste; eres mentiroso, no eres padre de la mentira: pero él, porque no recibió de otro la mentira, con la cual como veneno de serpiente mató al hombre, es padre de la mentira; así como Dios Padre es de la verdad. Apartaos del padre de la mentira, corred al Padre de la verdad; abrazad la verdad, para que recibáis la libertad.

14. Aquellos judíos, pues, vieron en su padre lo que hablaban: ¿qué, sino mentira? Pero el Señor vio en su Padre lo que hablaba: ¿qué, sino a sí mismo? ¿qué, sino la Palabra del Padre? ¿qué, sino la verdad eterna del Padre, y coeterna al Padre? Él, pues, era homicida desde el principio, y en la verdad no permaneció, porque la verdad no está en él: cuando habla mentira, de lo suyo habla; porque es mentiroso. Y no solo es mentiroso, sino que también es padre de ella: es decir, del mismo engaño que habla, es padre, porque él mismo engendró su mentira. Pero yo, porque digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me convence de pecado; cómo yo os convenzo a vosotros y a vuestro padre? Si digo la verdad, ¿por qué no me creéis; sino porque sois hijos del diablo?

15. Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios: por eso no escucháis, porque no sois de Dios. Nuevamente no atendáis a la naturaleza, sino al vicio. Así son estos de Dios, y no son de Dios: por naturaleza son de Dios, por vicio no son de Dios. Os ruego, prestad atención; en el Evangelio tenéis de dónde sanar contra los errores venenosos y nefastos de los herejes. Pues también de estas palabras suelen decir los maniqueos, He aquí que hay dos naturalezas, una buena, y otra mala; el Señor dice: ¿qué dice el Señor? Por eso no escucháis, porque no sois de Dios. Dice esto el Señor. ¿Qué dices tú entonces a esto? Escucha lo que digo. Y son de Dios, y no son de Dios; por naturaleza son de Dios, por vicio no son de Dios: pues la naturaleza buena que es de Dios, pecó por voluntad, creyendo lo que el diablo persuadió, y fue viciada; por eso busca al médico, porque no está sana. He aquí lo que digo. Pero te parece imposible que sean de Dios, y no sean de Dios: escucha que no es imposible. Así son de Dios, y no son de Dios, como también son hijos de Abraham, y no son hijos de Abraham. Aquí lo tenéis; no hay nada que decir. Escucha al mismo Señor, él mismo les dijo, "Sé que sois hijos de Abraham". ¿Acaso mentiría el Señor? De ninguna manera. ¿Es verdad lo que dijo el Señor? Es verdad. Es verdad, pues, que eran hijos de Abraham. Es verdad. Escucha al mismo negándolo. El que dijo, "Sois hijos de Abraham", él mismo los negó como hijos de Abraham: "Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. Pero ahora buscáis matarme, hombre que os dice la verdad, que escuché de Dios: esto no lo hizo Abraham. Vosotros hacéis las obras de vuestro padre", es decir, del diablo. ¿Cómo, pues, eran hijos de Abraham, y no eran hijos de Abraham? Ambas cosas mostró en ellos: eran hijos de Abraham, por el origen de la carne; y no eran hijos de Abraham, por el vicio de la persuasión diabólica.

Así también al Señor y a nuestro Dios atended: y de él eran, y de él no eran. ¿Cómo de él eran? Porque él creó al hombre de quien nacieron. ¿Cómo de él eran? Porque él es el creador de la naturaleza, él es el creador de la carne y del alma. ¿Cómo, pues, de él no eran? Porque viciosos se hicieron a sí mismos. De él no eran, porque imitando al diablo, se hicieron hijos del diablo.

16. Vino, pues, el Señor Dios al hombre pecador. Has escuchado dos nombres, y hombre, y pecador. Lo que es hombre, es de Dios: lo que es pecador, no es de Dios. Sepárese el vicio de la naturaleza: reconózcase la naturaleza, para que el Creador sea alabado; reconózcase el vicio, para que el médico sea invocado. Por tanto, lo que dijo el Señor, "Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios: por eso no escucháis, porque no sois de Dios"; no distinguió méritos de naturalezas, ni encontró en los hombres alguna naturaleza que, además de su alma y carne, no estuviera viciada por el pecado: sino que, como había previsto quiénes habrían de creer, a ellos los llamó de Dios, porque por la adopción de la regeneración nacerían de Dios. A estos pertenece, "Quien es de Dios, escucha las palabras de Dios". Lo que sigue, "Por eso no escucháis, porque no sois de Dios"; fue dicho a aquellos que no solo estaban viciados por el pecado (pues este mal era común a todos), sino que también eran conocidos de antemano por no haber de creer, con aquella fe con la que solo podrían ser liberados de la obligación de los pecados. Por lo tanto, el Señor preveía que aquellos a quienes decía tales cosas, permanecerían en lo que eran del diablo, es decir, morirían en sus pecados e impiedad, en la cual eran semejantes a él; y no vendrían a la regeneración en la cual serían hijos de Dios, es decir, nacidos de Dios, por quien fueron creados como hombres. Según esta predestinación habló el Señor: no porque encontrara a algún hombre que ya fuera de Dios según la regeneración, o que ya no fuera de Dios según la naturaleza.

TRACTATUS XLIII. Desde lo que está escrito, "Respondieron entonces los judíos y le dijeron"; hasta, "Entonces los judíos tomaron piedras para arrojarlas contra él: pero Jesús se escondió, y salió del templo". Cap. VIII, V. 48-59.

1. En esta lectura del santo Evangelio, que hoy ha sido recitada, aprendemos de la potencia la paciencia. Pues, ¿qué somos nosotros, siervos ante el Señor, pecadores ante el justo, criatura ante el Creador? Sin embargo, así como si somos algo malo, es de nosotros; así cualquier cosa buena que seamos, es de él, y por él somos. Y nada busca tanto el hombre como la potencia: tiene al Señor Cristo gran potencia: pero primero imite su paciencia, para que llegue a la potencia. ¿Quién de nosotros escucharía pacientemente si a alguien se le dijera, "Tienes un demonio"? Lo cual fue dicho a aquel que no solo salvaba a los hombres, sino que también mandaba a los demonios.

2. Pues cuando los judíos dijeron esto, "¿No decimos bien nosotros que eres samaritano, y tienes un demonio?" de estas dos cosas que le fueron imputadas, una negó, la otra no negó. Respondió, y dijo: "Yo no tengo demonio". No dijo, "No soy samaritano": y sin embargo, dos cosas le fueron imputadas. Aunque no devolvió maldición por maldición, aunque no refutó el insulto con insulto; sin embargo, le correspondía negar una cosa, no negar la otra. No en vano, hermanos. Pues samaritano se interpreta como Guardián. Sabía él que era nuestro guardián. Pues no duerme ni dormita el que guarda a Israel (Salmo CXX, 4): y, "Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los que la guardan" (Salmo CXXVI, 1). Es, pues, él nuestro guardián, que es nuestro creador. ¿Acaso le concernía que fuéramos redimidos, y no le concernía que fuéramos guardados? Finalmente, para que conozcáis más plenamente el misterio de por qué no debía negar ser samaritano, considerad aquella parábola tan conocida, donde un hombre descendía de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de ladrones, que lo hirieron gravemente, dejándolo medio muerto en el camino. Pasó un sacerdote, lo ignoró:

pasó un levita, y también lo pasó de largo: pasó un samaritano, él es nuestro guardián; él se acercó al herido, él mostró misericordia, y se mostró a sí mismo como prójimo, no lo consideró ajeno (Lucas X, 30-37). Por tanto, solo a lo que no tenía demonio, no a que no era samaritano, respondió.

3. Luego, después de tal insulto, esto solo dijo de su gloria: "Pero yo honro", dijo, "a mi Padre, y vosotros me deshonráis". Esto es, yo no me honro a mí mismo, para que no os parezca arrogante, tengo a quien honrar; pero si vosotros me reconocierais, así como yo honro al Padre, así también vosotros me honraríais a mí: yo hago lo que debo, vosotros no hacéis lo que debéis.

4. "Yo, sin embargo", dijo, "no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue". ¿A quién quiere que se entienda, sino al Padre? ¿Cómo, pues, en otro lugar dice, "El Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo" (Juan V, 22); y aquí dice, "No busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue"? Si, pues, el Padre juzga, ¿cómo no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo?

5. Para resolver esta cuestión, prestad atención; puede resolverse con una locución similar. Está escrito, "Dios no tienta a nadie" (Santiago I, 13); y nuevamente está escrito, "El Señor vuestro Dios os tienta, para saber si le amáis" (Deuteronomio XIII, 3). Sin duda es una cuestión, lo veis. Pues, ¿cómo "Dios no tienta a nadie", y cómo "El Señor vuestro Dios os tienta, para saber si le amáis"? También está escrito, "En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor" (I Juan IV, 18); y en otro lugar está escrito, "El temor del Señor es puro, permanece para siempre" (Salmo XVIII, 10). Y esta también es una cuestión. Pues, ¿cómo "el perfecto amor echa fuera el temor", si "el temor del Señor es puro permanece para siempre"?

6. Entendemos, pues, que hay dos tentaciones; una que engaña, otra que prueba: según la que engaña, "Dios no tienta a nadie"; según la que prueba, "El Señor vuestro Dios os tienta, para saber si le amáis". Pero nuevamente aquí surge otra cuestión, ¿cómo "tienta para saber", a quien nada puede ocultarse antes de tentar? No, pues, Dios no sabe: sino que se dijo, "para saber", lo que es, para haceros saber. Tales locuciones también están en nuestros discursos, y se encuentran en los autores de la elocuencia. De nuestro discurso diré algo. Se dice fosa ciega, no porque ella misma haya perdido los ojos, sino porque al ocultarse hace que no vean. Diré algo también de aquellos autores. Tristes lupinos dice uno (Virg. Georg. lib. 1, v. 75), esto es amargos: no porque ellos mismos sean tristes, sino porque al ser probados entristecen, esto es, hacen tristes. Hay, pues, también en las Escrituras locuciones de este tipo. Quienes se esfuerzan en conocer tales cuestiones, no se esfuerzan en resolver tales cuestiones. Por tanto, "El Señor vuestro Dios os tienta, para saber": ¿qué es, "para saber"? Para haceros saber, si le amáis. Job se desconocía a sí mismo, pero no desconocía a Dios; admitió al tentador, y lo hizo conocedor de sí mismo.

7. ¿Qué hay de los dos temores? Hay un temor servil y un temor casto; hay un temor de sufrir castigo, y otro temor de perder la justicia. El temor de sufrir castigo es servil. ¿Qué grandeza hay en temer el castigo? Esto lo hace incluso el siervo más vil, incluso el ladrón más cruel. No es grande temer el castigo, pero sí es grande amar la justicia. Entonces, ¿quién ama la justicia no teme nada? Claro que teme: no a caer en el castigo, sino a perder la justicia. Hermanos míos, creed y deducidlo de lo que amáis. Alguien de vosotros ama el dinero. ¿Crees que encuentro a alguien que no lo ame? Sin embargo, de esto mismo que ama, entienda lo que digo. Teme la pérdida: ¿por qué teme la pérdida? Porque ama el dinero.

Cuanto más ama el dinero, más teme perderlo. Así, se encuentra alguien que ama la justicia, que teme más en su corazón la pérdida, que teme más ser despojado de la justicia que tú del dinero. Ese es el temor casto, ese permanece por los siglos de los siglos: la caridad no lo quita, ni lo expulsa, sino que más bien lo abraza, y lo mantiene como compañero y lo posee. Venimos al Señor para verlo cara a cara: allí el temor casto nos guarda; ese temor no perturba, sino que confirma. La mujer adúltera teme que su marido venga, y la casta teme que su marido se aleje.

8. Así como en otra tentación, Dios no tienta a nadie; pero en otra, el Señor vuestro Dios os tienta: y según otro temor, el temor no está en la caridad, sino que la caridad perfecta expulsa el temor; pero según otro temor, el temor del Señor es casto y permanece por los siglos de los siglos: así también en este lugar, según otro juicio, el Padre no juzga a nadie, sino que todo juicio lo ha dado al Hijo; pero según otro juicio, dice: Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue.

9. Y que esta cuestión se resuelva con la misma palabra. Tienes en el Evangelio mencionado el juicio penal: Quien no cree, ya ha sido juzgado (Juan III, 18); y en otro lugar, Vendrá la hora en que los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán los que hicieron el bien, a la resurrección de vida; los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio (Juan V, 28, 29). Ved cómo puso el juicio por condenación y castigo. Y sin embargo, si siempre se tomara el juicio por condenación, ¿acaso escucharíamos en el Salmo, Júzgame, Dios? Allí el juicio se puso según la aflicción, aquí el juicio se puso según la discreción. ¿Cómo según la discreción? Como lo expone él mismo que dice, Júzgame, Dios. Lee y ve qué sigue. ¿Qué es, Júzgame, Dios? y discierne mi causa, dice, de la gente no santa (Salmo XLII, 1). Lo que se dijo, Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa; según esto dice ahora el Señor Cristo, Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue. ¿Cómo hay quien la busque y juzgue? Hay un Padre que discierne y separa mi gloria de vuestra gloria. Vosotros os gloriáis según este mundo: yo no me glorío según este mundo, quien digo al Padre, Padre, glorifícame con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera (Juan XVII, 5). ¿Qué es, esa gloria? Separada de la inflación humana. Según esto juzga el Padre. ¿Qué es, juzga? Discierne. ¿Qué discierne? La gloria de su Hijo de la gloria de los hombres; porque se dijo, Te ungió, Dios, tu Dios con óleo de alegría más que a tus compañeros (Salmo XLIV, 8). No porque se hizo hombre, ya es comparable a nosotros. Nosotros hombres con pecado, él sin pecado: nosotros hombres arrastrando de Adán tanto la muerte como el delito; él de la Virgen carne mortal, ninguna iniquidad. Finalmente, nosotros ni porque queremos nacemos, ni cuanto queremos vivimos, ni como queremos morimos: él antes de nacer eligió de quién nacería, nacido hizo que los Magos lo adoraran, creció niño, y con milagros se mostraba Dios, y con debilidad se presentaba hombre. Finalmente eligió también el género de muerte, esto es, colgar en la cruz, y fijar esa misma cruz en las frentes de los fieles: para que diga el cristiano, Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gálatas VI, 14). En esa misma cruz cuando quiso, dejó el cuerpo, y se fue: en ese mismo sepulcro cuanto quiso, yació; cuando quiso, como de un lecho se levantó. Así que, hermanos, según esa misma forma de siervo, (pues ¿quién dignamente habla, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios?) según esa misma, digo, forma de siervo hay mucha diferencia entre la gloria de Cristo y la gloria de los demás hombres. De esa misma gloria hablaba, cuando escuchaba que tenía demonio, Yo no busco mi gloria; hay quien la busque y juzgue.

10. Pero tú, Señor, ¿qué dices de ti mismo? Amén, amén os digo; si alguno guarda mi palabra, no verá la muerte para siempre. Vosotros, dice, decís, Tienes demonio; yo os llamo a la vida: guardad mi palabra, y no moriréis. Ellos escuchaban, No verá la muerte para siempre,

quien guarde mi palabra; y se enojaban, porque ya estaban muertos con esa muerte que debía evitarse. Dijeron entonces los judíos: Ahora sabemos que tienes demonio. Abraham murió y los profetas, y tú dices, Si alguno guarda mi palabra, no gustará la muerte para siempre. Ved la locución de las Escrituras: No verá la muerte, es decir, gustará. Verá la muerte, gustará la muerte. ¿Quién ve? ¿quién gusta? ¿Qué ojos tiene el hombre para ver cuando muere? Cuando viniendo la muerte cierra esos mismos ojos para que no vean nada; ¿cómo se dice, no verá la muerte? También con qué paladar, con qué fauces se gusta la muerte, para que se distinga a qué sabe? Cuando quita todo sentido, ¿qué quedará en el paladar? Pero se dijo verá y gustará, por lo que es, experimentará.

11. Esto el Señor, es poco decir, hablaba a los que iban a morir, él mismo a punto de morir: porque también la salida del Señor es de muerte (Salmo LXVII, 21), como dice el Salmo. Así que, cuando hablaba a los que iban a morir, y él mismo iba a morir, ¿qué significa lo que dijo, Quien guarde mi palabra, no verá la muerte para siempre; sino que el Señor veía otra muerte, de la que vino a liberarnos, la segunda muerte, la muerte eterna, la muerte de las gehennas, la muerte de la condenación con el diablo y sus ángeles? Esa es la verdadera muerte: pues esta es una migración. ¿Qué es esta muerte? Abandono del cuerpo, deposición de una carga pesada: pero si no se lleva otra carga, por la cual el hombre sea precipitado en las gehennas. De esa muerte el Señor dijo, No verá la muerte para siempre, quien guarde mi palabra.

12. No temamos esta muerte, sino temamos aquella. Pero lo que es más grave, muchos temiendo perversamente esta, cayeron en aquella. Se dijo a algunos, Adorad ídolos; si no lo hacéis, seréis muertos: o como dijo aquel Nabucodonosor, Si no lo hacéis, seréis arrojados al horno de fuego ardiente. Muchos temieron y adoraron; no queriendo morir, murieron: temiendo la muerte que no se puede evitar, cayeron en la muerte que podrían evitar felizmente, si no temieran infeliz y perversamente esta que no se puede evitar. Naciste hombre, morirás. ¿A dónde irás para no morir? ¿Qué harás para no morir? Para que tu Señor, que iba a morir por necesidad, te consolara, se dignó morir voluntariamente. Cuando ves a Cristo muerto, ¿te desdeñas de morir? Así que morirás: no tienes cómo evitar esto. Sea hoy, sea mañana; es futuro, es una deuda que debe pagarse. ¿Qué hace entonces el hombre temiendo, huyendo, ocultándose para no ser encontrado por el enemigo? ¿Acaso hace algo para no morir? Sino para morir un poco más tarde. No obtiene seguridad de la deuda, sino que pide dilación. Por mucho que se difiera, vendrá lo que se difiere. Temamos esa muerte que temieron los tres hombres, cuando dijeron al rey, Dios puede liberarnos incluso de esta llama; pero si no (Dan. III, 15, 17, 18). Allí estaba el temor de esa muerte, que ahora el Señor amenaza, cuando dijeron, Pero si no quiere liberarnos abiertamente, puede coronarnos en secreto. Por eso el mismo Señor, que iba a hacer mártires y a ser la cabeza de los mártires, dijo: No temáis a los que matan el cuerpo, y después no tienen qué hacer. ¿Cómo no tienen qué hacer? ¿Qué si cuando hayan matado, arrojan el cuerpo para que las bestias lo desgarren y las aves lo devoren? parece que aún la crueldad tiene qué hacer. Pero ¿a quién lo hace? Al que ha partido. El cuerpo está presente, pero no hay sentido: la morada yace, el habitante ha partido. Así que después no tienen qué hacer: pues al que no siente, nada le hacen. Pero temed a aquel que tiene poder para matar tanto el cuerpo como el alma en el infierno de fuego (Mat. X, 28, y Luc. XII, 4, 5). He aquí de qué muerte hablaba, cuando decía, Quien guarde mi palabra, no verá la muerte para siempre. Guardemos, pues, hermanos, su palabra en la fe; para llegar a la visión, cuando hayamos recibido la libertad plena.

13. Pero estos, indignados, muertos, y destinados a la muerte eterna, respondían con injurias, y decían: Ahora sabemos que tienes demonio. Abraham murió y los profetas. Pero con esa muerte que el Señor quiere que se entienda, ni Abraham murió, ni los profetas. Ellos murieron, y viven: estos vivían, y estaban muertos. Pues respondiendo en cierto lugar a los

saduceos que planteaban una cuestión sobre la resurrección, el mismo Señor dijo: En cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído cómo dijo el Señor desde la zarza a Moisés, Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos (Mat. XXII, 31 y 32; Éxodo III, 6). Si ellos viven, trabajemos para vivir de tal manera que podamos vivir con ellos cuando hayamos muerto. ¿Quién te haces a ti mismo, dicen, para decir, No verá la muerte para siempre, quien guarde mi palabra; cuando sabes que Abraham y los profetas murieron?

14. Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada: es mi Padre quien me glorifica. Esto dijo por lo que dijeron, ¿Quién te haces a ti mismo? Pues refiere su gloria al Padre, de quien es que es Dios. A veces los arrianos también calumnian nuestra fe con esta palabra, y dicen: He aquí que el Padre es mayor, porque ciertamente glorifica al Hijo. Hereje, ¿no has leído también al mismo Hijo diciendo que glorifica a su Padre (Juan XVII, 4)? Si él glorifica al Hijo, y el Hijo glorifica al Padre: deja la obstinación, reconoce la igualdad, corrige la perversidad.

15. Es, pues, dice, mi Padre quien me glorifica, a quien vosotros decís, Porque es nuestro Dios, y no lo habéis conocido. Ved, hermanos míos, cómo muestra que el mismo Dios es el Padre de Cristo, quien fue anunciado también a los judíos. Por eso digo, porque nuevamente algunos herejes dicen que el Dios anunciado en el Antiguo Testamento no es el Padre de Cristo; sino no sé qué príncipe de los ángeles malignos. Son maniqueos quienes dicen esto, son marcionitas quienes dicen esto. Y tal vez haya otros herejes, que no es necesario mencionar o que no puedo recordar todos en este momento: sin embargo, no faltaron quienes dijeran esto. Así que prestad atención, para que tengáis qué decir también contra ellos. Dice el Señor Cristo que es su Padre, a quien ellos decían su Dios, y no lo conocieron: pues si lo hubieran conocido, habrían recibido a su Hijo. Pero yo, dice, lo conozco. Según la carne, juzgando, pudo parecer arrogante, porque dijo, Yo lo conozco. Pero ved qué sigue: Si dijera que no lo conozco, sería como vosotros, mentiroso. Así que la arrogancia no debe evitarse de tal manera que se abandone la verdad. Pero lo conozco, y guardo su palabra. La palabra del Padre la hablaba como Hijo; y él mismo era la Palabra del Padre, que hablaba a los hombres.

16. Abraham vuestro padre se regocijó de ver mi día; y lo vio, y se alegró. Gran testimonio da a Abraham, la semilla de Abraham, el creador de Abraham: Abraham se regocijó, dice, de ver mi día. No temió, sino que se regocijó de ver. Pues en él había caridad que expulsa el temor (1 Juan IV, 18). No dijo, Se regocijó, porque vio; sino, se regocijó de ver. Creyendo ciertamente se regocijó esperando, para ver entendiendo. Y vio, ¿Y qué más pudo decir, o qué más debió decir el Señor Jesucristo? Y vio, dice, y se alegró. ¿Quién explica este gozo, hermanos míos? Si se alegraron aquellos a quienes el Señor abrió los ojos de la carne, ¿qué gozo fue el de quien ve con los ojos del corazón la luz inefable, el Verbo permaneciendo, el esplendor resplandeciendo en las mentes piadosas, la sabiduría inagotable, permaneciendo con el Padre Dios, y alguna vez viniendo en carne, sin salir del seno del Padre? Todo esto vio Abraham. Pues lo que dijo, mi día, puede ser incierto de qué dijo; si del día del Señor temporal en que iba a venir en carne, o del día del Señor que no conoce origen, no conoce ocaso. Pero yo no dudo que el padre Abraham lo supiera todo. ¿Y dónde lo encuentro? ¿O debería bastarnos el testimonio de nuestro Señor Jesucristo? Supongamos que no podemos encontrarlo, porque tal vez es difícil, cómo es manifiesto que Abraham se regocijó de ver el día de Cristo, y lo vio, y se alegró. Y si no lo encontramos, ¿acaso la verdad podría mentir? Creámosle a la verdad, y no dudemos de los méritos de Abraham. Sin embargo, escuchad un lugar, que me viene a la mente por ahora. El padre Abraham cuando envió a su siervo a buscar esposa para su hijo Isaac, lo obligó con este juramento, para que cumpliera fielmente lo que se le ordenaba, y él mismo supiera lo que hacía. Pues se trataba de un gran asunto,

cuando se buscaba matrimonio para la semilla de Abraham. Pero para que el siervo supiera lo que Abraham sabía, que no deseaba nietos carnalmente, ni pensaba carnalmente en su linaje; dijo a su siervo a quien enviaba: Pon tu mano bajo mi muslo, y jura por el Dios del cielo (Gén. XXIV, 2-4). ¿Qué tiene que ver el Dios del cielo con el muslo de Abraham? Ya entendéis el sacramento: por el muslo, el linaje. ¿Qué fue entonces ese juramento, sino que se significaba que del linaje de Abraham vendría en carne el Dios del cielo? Los necios reprenden a Abraham, porque dijo, Pon tu mano bajo mi muslo. Quienes reprenden la carne de Cristo, reprenden el hecho de Abraham. Pero nosotros, hermanos, si reconocemos la carne de Cristo como digna de veneración, no despreciemos ese muslo, sino que lo aceptemos como dicho en profecía. Pues Abraham era profeta. ¿De quién profeta? De su semilla y de su Señor. Su semilla significó diciendo, Pon tu mano bajo mi muslo: su Señor significó añadiendo, y jura por el Dios del cielo.

17. Los judíos, enojados, respondieron: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Y el Señor: Amén, amén os digo; antes de que Abraham fuera, yo soy. Pesa las palabras, y reconoce el misterio. Antes de que Abraham fuera. Entiende, fuera a la creación humana, soy a la sustancia divina. Fuera, porque Abraham es criatura. No dijo, Antes de que Abraham fuera, yo era; sino, Antes de que Abraham fuera, yo soy. ¿Quién sino por mí no sería hecho, yo soy. Ni esto dijo, Antes de que Abraham fuera, yo fui hecho, En el principio hizo Dios el cielo y la tierra (Gén. I. 1): pues en el principio era el Verbo (Juan I, 1). Antes de que Abraham fuera, yo soy. Reconoced al Creador, discernid la criatura. Quien hablaba, se había hecho semilla de Abraham; y para que Abraham fuera, antes de Abraham él era.

18. De aquí ya, como si fuera un insulto clarísimo a Abraham, se enojaron más. Pues el Señor Cristo les pareció blasfemar, porque dijo, Antes de que Abraham fuera, yo soy. Tomaron entonces piedras para arrojarlas contra él. ¿A dónde correría tanta dureza, sino a los semejantes? Pero Jesús, como hombre, como en forma de siervo, como humilde, como quien iba a sufrir, como quien iba a morir, como quien iba a redimirnos con su sangre: no como aquel que es, no como en el principio Verbo, y Verbo con Dios. Pues cuando ellos tomaron piedras para arrojarlas contra él, ¿qué grande era que la tierra se abriera de inmediato y los tragara, y en lugar de piedras encontraran el infierno? No era grande para Dios: pero más era de recomendar la paciencia, que de mostrar el poder. Se escondió, pues, de ellos, para no ser apedreado. Como hombre huyó de las piedras: pero ¡ay de aquellos de cuyos corazones de piedra huye Dios!

TRACTATUS XLIV. Desde lo que está escrito, Y pasando vio a un hombre ciego de nacimiento; hasta lo que dice, Ahora decís, Porque vemos: vuestro pecado permanece. Cap. IX.

1. Se ha recitado una extensa lectura sobre el hombre a quien el Señor Jesús iluminó, que había nacido ciego: si intentamos tratarla en su totalidad, considerando cada detalle según su dignidad, no nos bastará el día. Por lo tanto, pido y exhorto a vuestra Caridad a que no busquéis en nuestro discurso lo que ya está claro: pues sería demasiado largo detenernos en cada punto. Brevemente, entonces, encomiendo el misterio de este ciego iluminado. Las obras y palabras que hizo nuestro Señor Jesucristo son asombrosas y maravillosas: obras, porque fueron hechas; palabras, porque son signos. Si pensamos, entonces, en lo que significa lo que se hizo, este ciego es el género humano: esta ceguera ocurrió en el primer hombre por el pecado, del cual todos tomamos origen, no solo de la muerte, sino también de la iniquidad. Pues si la ceguera es la infidelidad, y la iluminación es la fe; ¿a quién encontró Cristo fiel cuando vino? Ya que el Apóstol, nacido en la nación de los Profetas, dice: Fuimos también

nosotros en otro tiempo por naturaleza hijos de ira, como los demás (Efesios II, 3). Si hijos de ira, hijos de venganza, hijos de castigo, hijos del infierno. ¿Cómo por naturaleza, sino porque al pecar el primer hombre, el vicio se arraigó como naturaleza? Si el vicio se arraigó como naturaleza, según la mente, todo hombre nace ciego. Pues si ve, no necesita guía; si necesita guía e iluminador, entonces es ciego desde el nacimiento.

2. Vino el Señor: ¿qué hizo? Encomendó un gran misterio. Escupió en la tierra, hizo lodo con su saliva: porque el Verbo se hizo carne (Juan I, 14). Y ungió los ojos del ciego. Estaba ungido, y aún no veía. Lo envió a la piscina llamada Siloé. Sin embargo, el Evangelista consideró importante recomendarnos el nombre de esta piscina; y dijo, que se interpreta Enviado. Ya reconocéis quién es el enviado: pues si él no hubiera sido enviado, ninguno de nosotros habría sido liberado de la iniquidad. Lavó, entonces, sus ojos en esa piscina que se interpreta Enviado, fue bautizado en Cristo. Si, entonces, cuando de alguna manera lo bautizó en sí mismo, lo iluminó; cuando lo ungió, tal vez lo hizo catecúmeno. La profundidad de tan gran sacramento puede exponerse y tratarse de diferentes maneras: pero esto sea suficiente para vuestra Caridad; habéis escuchado un gran misterio. Pregunta a un hombre, ¿Eres cristiano? Te responde, No soy, si es pagano o judío. Pero si dice, Soy; aún le preguntas, ¿Catecúmeno o fiel? Si responde, Catecúmeno; está ungido, aún no lavado. Pero, ¿de dónde está ungido? Pregunta, y responde; pregúntale en quién cree: por el mismo hecho de ser catecúmeno, dice, En Cristo. Ahora hablo tanto a fieles como a catecúmenos. ¿Qué dije del escupitajo y el lodo? Que el Verbo se hizo carne. Esto también lo oyen los catecúmenos: pero no les basta con lo que están ungidos; apresúrense al lavacro, si buscan la luz.

3. Ahora, debido a ciertas cuestiones en esta misma lectura, recorramos más bien las palabras del Señor y de toda la lectura que tratarlas. Al salir, vio a un hombre ciego: no ciego de cualquier manera, sino de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: Rabí. Sabéis que Rabí significa maestro. Lo llamaban maestro, porque deseaban aprender: pues propusieron una cuestión al Señor como a un maestro, ¿Quién pecó, él o sus padres, para que naciera ciego? Respondió Jesús: Ni él pecó, ni sus padres, para que naciera ciego. ¿Qué significa lo que dijo? Si ningún hombre está sin pecado, ¿acaso los padres de este ciego estaban sin pecado? ¿Acaso él nació sin pecado original, o no añadió nada viviendo? ¿O porque tenía los ojos cerrados, las concupiscencias no vigilaban en absoluto? ¡Cuántos males cometen los ciegos! ¿De qué mal se abstiene una mente mala, incluso con los ojos cerrados? No podía ver, pero sabía pensar, y tal vez desear algo que un ciego no podía cumplir, pero ser juzgado en el corazón por el escudriñador del corazón. Si, entonces, sus padres tenían pecado, y él tenía pecado; ¿por qué dijo el Señor, Ni él pecó, ni sus padres: sino en cuanto a la cuestión de que naciera ciego? Pues sus padres tenían pecado, pero no por ese pecado nació ciego. Si, entonces, no fue por el pecado de los padres que nació ciego, ¿por qué nació ciego? Escucha al maestro enseñando: busca un creyente, para hacerle entender. Él mismo dice la causa por la que nació ciego: Ni él pecó, dice, ni sus padres: sino para que se manifiesten las obras de Dios en él.

4. ¿Qué sigue entonces? Me es necesario hacer las obras del que me envió. He aquí el enviado en quien el ciego lavó su rostro. Y ved lo que dijo, Me es necesario hacer las obras del que me envió, mientras es de día. Recuerda cómo le da toda la gloria a aquel de quien es: porque él tiene un hijo que es de él, él mismo no tiene de quién ser. Pero, ¿por qué dijiste, Señor, mientras es de día? Escucha por qué. Viene la noche cuando nadie puede trabajar. ¿Ni tú, Señor? ¿Será tan poderosa esa noche, que ni tú puedas trabajar en ella, cuyo trabajo es la noche? Pues creo, Señor Jesús, más bien no creo, sino que creo y confirmo que estabas allí, cuando Dios dijo, Hágase la luz; y se hizo la luz (Gén. I, 3). Pues si por la Palabra lo hizo, por ti lo hizo: y por eso se dijo, Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada fue hecho

(Juan I, 3). Dios dividió entre la luz y las tinieblas; llamó a la luz día, y a las tinieblas noche (Gén. I, 4, 5).

5. ¿Cuál es esa noche, que cuando venga, nadie podrá trabajar? Escucha qué es el día, y entonces entenderás qué es la noche. ¿De dónde escucharemos quién es este día? Él mismo lo dice: Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo. He aquí él mismo es el día. Lave sus ojos el ciego en el día, para que vea el día. Mientras, dice, estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Entonces, no sé qué noche será, cuando Cristo no esté allí; por eso nadie podrá trabajar. Queda por investigar, hermanos míos, recibid pacientemente mi investigación: busco con vosotros, encontraré con vosotros a quien busco. Está claro, expresado y definido, que el Señor mencionó en este lugar a sí mismo como el día, es decir, la luz del mundo: Mientras, dice, estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Entonces él trabaja. Pero, ¿cuánto tiempo está en este mundo? ¿Pensamos, hermanos, que estuvo aquí entonces, y ahora no está aquí? Si pensamos esto, entonces después de la ascensión del Señor se hizo esta noche temida, donde nadie puede trabajar: si después de la ascensión del Señor se hizo esta noche, ¿de dónde los Apóstoles hicieron tantas obras? ¿Acaso era esa noche, cuando el Espíritu Santo viniendo, y llenando a todos los que estaban en un lugar, les dio hablar en las lenguas de todas las naciones (Hechos II, 1-6)? ¿Acaso era noche cuando aquel cojo fue sanado a la palabra de Pedro, más bien a la palabra del Señor habitando en Pedro (Hechos III, 6-8)? ¿Acaso era noche cuando los enfermos eran puestos con camillas al paso de los discípulos, para que al menos la sombra de los que pasaban los tocara (Hechos V, 15)? Pero el Señor, cuando estaba aquí, no hizo a nadie salvo con su sombra al pasar: pero él mismo había dicho a los discípulos, Mayores obras que estas haréis (Juan XIV, 12). Ciertamente el Señor había dicho, Mayores obras que estas haréis: pero no se ensalce la carne y la sangre; escuche al que dice, Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5).

6. ¿Qué, entonces? ¿Qué diremos de esta noche? ¿Cuándo será, cuando nadie podrá trabajar? Esa noche será de los impíos: esa noche será de aquellos a quienes al final se les dirá, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Pero se dijo noche, no llama, no fuego. Escucha porque también es noche. De cierto siervo dice, Atadle las manos y los pies, y echadle en las tinieblas exteriores (Mateo XXII, 13). Trabaje, entonces, el hombre mientras vive, para que no le sorprenda esa noche, donde nadie puede trabajar. Ahora es el tiempo para que la fe opere por el amor: y si ahora trabajamos, este es el día, este es Cristo. Escucha al que promete, y no pienses que está ausente. Él mismo dijo, He aquí yo estoy con vosotros. ¿Hasta cuándo? No haya en nosotros preocupación los que vivimos: si fuera posible, también con esta voz haríamos a los futuros seguros. He aquí, dice, yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mateo XXVIII, 20). Este día que se completa con el circuito de este sol, tiene pocas horas, el día de la presencia de Cristo se extiende hasta la consumación del siglo. Pero después de la resurrección de los vivos y los muertos, cuando a los puestos a la derecha les diga, Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino, y a los puestos a la izquierda les diga, Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mateo XXV, 34, 41): allí será la noche donde nadie puede trabajar, sino recibir lo que ha trabajado. Hay un tiempo para trabajar, y otro para recibir: pues el Señor dará a cada uno según sus obras (Mateo XVI, 27). Mientras vives, haz, si vas a hacer: pues entonces será una noche fuerte, que envolverá a los impíos. Pero también ahora todo infiel, cuando muere, es recibido en esa noche: no hay para que allí haga algo. En esa noche el rico ardía, y pedía una gota de agua del dedo del pobre: sufría, se angustiaba, confesaba, y no se le socorría; y trató de hacer el bien. Dijo a Abraham: Padre Abraham, envía a Lázaro a mis hermanos, para que les diga lo que aquí se hace, para que ellos no vengan a este lugar de tormentos (Lucas XVI, 24-28). ¡Oh infeliz! Cuando

vivías, entonces era el tiempo de trabajar; ahora ya estás en la noche, en la que nadie puede trabajar.

7. «Dicho esto, escupió en la tierra, e hizo lodo con el escupitajo, y untó el lodo sobre sus ojos, y le dijo: Ve y lávate en la piscina de Siloé» (que se interpreta Enviado). «Fue, pues, y se lavó, y regresó viendo.» Como esto es claro, pasemos.

8. «Entonces los vecinos, y los que antes lo veían que era mendigo, decían: ¿No es este el que se sentaba y mendigaba? Unos decían, Es él: otros, No, pero se parece a él.» Los ojos abiertos habían cambiado su rostro. «Él decía, Soy yo.» Voz agradecida, para no ser condenado ingrato. «Le decían entonces: ¿Cómo se te abrieron los ojos? Respondió: Aquel hombre que se llama Jesús, hizo lodo, y untó mis ojos, y me dijo, Ve a la piscina de Siloé, y lávate. Fui, me lavé, y vi.» He aquí que se ha convertido en anunciador de la gracia; he aquí que evangeliza, confiesa viendo. Aquel ciego confesaba, y el corazón de los impíos se quebraba; porque no tenían en el corazón, lo que él ya tenía en el rostro. Le dijeron: ¿Dónde está el que te abrió los ojos? Dijo: No sé. En estas palabras su ánimo era aún como el de un ungido, no como el de un vidente. Así pongamos, hermanos, como si tuviera esa unción en el ánimo. Predica, y no sabe a quién predica.

9. «Lo llevan a los fariseos, al que había sido ciego. Era sábado cuando Jesús hizo el lodo, y le abrió los ojos. Entonces los fariseos le preguntaron de nuevo cómo había visto. Él les dijo: Puso lodo sobre mis ojos, y me lavé, y veo. Decían entonces algunos de los fariseos.» No todos, sino algunos: ya algunos estaban siendo ungidos. ¿Qué decían, ni viendo, ni ungidos? Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado. Él más bien lo guardaba, que estaba sin pecado. Pues el sábado espiritual es esto, no tener pecado. En efecto, hermanos, esto advierte Dios, cuando recomienda el sábado: No haréis obra servil (Levítico XXIII, 8). Estas son las palabras de Dios recomendando el sábado: No haréis obra servil. Ya las lecturas anteriores preguntan, qué es obra servil; y escuchad al Señor, Todo el que hace pecado, es siervo del pecado (Juan VIII, 34). Pero estos ni viendo, como dije, ni ungidos, observaban el sábado carnalmente, lo violaban espiritualmente. Otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estas señales? He aquí los ungidos. Y había división entre ellos. Aquel día había dividido entre la luz y las tinieblas. Dicen entonces de nuevo al ciego: ¿Tú qué dices de él que te abrió los ojos? ¿Qué piensas de él? ¿Qué opinas? ¿Qué juzgas? Buscaban cómo calumniar al hombre, para que fuera expulsado de la sinagoga, pero encontrado por Cristo. Pero él expresó con firmeza lo que sentía. Dijo: Que es profeta. Aún ungido en el corazón, no confiesa al Hijo de Dios, pero no miente. Pues el mismo Señor de sí mismo dice: No hay profeta sin honra, sino en su patria (Mateo XIII, 57).

10. «No creyeron entonces los judíos de él que había sido ciego y había visto, hasta que llamaron a los padres del que había visto:» es decir, del que había sido ciego, y había visto. «Y les preguntaron, diciendo: ¿Es este vuestro hijo, de quien decís que nació ciego? ¿Cómo, pues, ve ahora? Sus padres respondieron, y dijeron: Sabemos que este es nuestro hijo, y que nació ciego: pero cómo ve ahora, no sabemos; o quién le abrió los ojos, no sabemos. Y dijeron: Preguntadle a él, tiene edad, él hablará de sí mismo.» Ciertamente es nuestro hijo, pero justamente nos obligarían a hablar por un infante, porque él no podría hablar por sí mismo: hace tiempo que habla, ahora ve; lo conocimos ciego de nacimiento, hace tiempo que lo sabemos hablando, ahora lo vemos viendo: preguntadle a él, para que os instruyáis; ¿por qué nos calumniáis? Esto dijeron sus padres, porque temían a los judíos. Pues ya los judíos habían conspirado, que si alguno lo confesaba como Cristo, fuera expulsado de la sinagoga. Ya no era malo ser expulsado de la sinagoga. Ellos expulsaban, pero Cristo recibía. Por eso dijeron sus padres, Tiene edad, preguntadle a él.

11. Llamaron entonces de nuevo al hombre que había sido ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios. ¿Qué es, Da gloria a Dios? Niega lo que has recibido. Esto ciertamente no es dar gloria a Dios, sino más bien blasfemar a Dios. Da, dicen, gloria a Dios. Nosotros sabemos que este hombre es pecador. Dijo entonces él: Si es pecador, no lo sé; una cosa sé, que siendo ciego, ahora veo. Le dijeron entonces: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Y él ya irritado contra la dureza de los judíos, y de ciego viendo, no soportando a los ciegos, les respondió: Ya os lo he dicho, y habéis oído; ¿por qué queréis oírlo de nuevo? ¿Acaso también vosotros queréis ser sus discípulos? ¿Qué es, Acaso también vosotros, sino, porque yo ya lo soy? ¿Acaso también vosotros queréis? Ya veo, pero no envidio.

12. Le maldijeron, y dijeron: Tú sé su discípulo. Tal maldición sobre nosotros, y sobre nuestros hijos. Pues es una maldición, si examinas el corazón, no si consideras las palabras. Nosotros somos discípulos de Moisés: nosotros sabemos que a Moisés habló Dios, pero a este no sabemos de dónde es. Ojalá supierais que a Moisés habló Dios; sabríais que por Moisés fue predicado Dios. Pues tenéis al Señor diciendo, Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí; porque de mí escribió él (Juan V, 46). ¿Así seguís al siervo, y ponéis la espalda contra el Señor? Pero ni siquiera seguís al siervo; pues por él seríais conducidos al Señor.

13. Respondió aquel hombre, y les dijo: En esto es admirable, que vosotros no sabéis de dónde es, y abrió mis ojos. Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; pero si alguno es adorador de Dios, y hace su voluntad, a este oye. Aún habla ungido. Pues también a los pecadores escucha Dios. Pues si Dios no escuchara a los pecadores, en vano aquel publicano bajando los ojos a la tierra y golpeando su pecho diría, Señor, sé propicio a mí, pecador. Y esta confesión mereció justificación, como este ciego iluminación. Desde el principio no se ha oído que alguien abriera los ojos de un ciego de nacimiento. Si este no fuera de Dios, no podría hacer nada. Libremente, con firmeza, verazmente. Pues estas cosas que fueron hechas por el Señor, ¿por quién serían hechas sino por Dios? ¿O cuándo serían hechas por los discípulos, sino cuando el Señor habitara en ellos?

14. Respondieron, y le dijeron: En pecados naciste todo. ¿Todo qué es? Con los ojos cerrados. Pero el que abrió los ojos, salva también todo: él mismo dará a la derecha la resurrección, quien en el rostro dio la iluminación. En pecados naciste todo, y ¿tú nos enseñas? Y lo echaron fuera. Ellos mismos lo hicieron maestro, ellos mismos para aprender tantas veces lo interrogaron, y desagradecidos al que enseñaba lo expulsaron.

15. Pero lo que dije hace tiempo, hermanos, ellos expulsan, el Señor recibe: más bien porque fue expulsado, se hizo cristiano. Jesús oyó que lo habían echado fuera, y cuando lo encontró le dijo: ¿Crees en el Hijo de Dios? Ahora lava el rostro del corazón. Él respondió y dijo, como aún ungido, ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Y Jesús le dijo: Lo has visto, y el que habla contigo, él es. Aquel fue enviado, este lavando el rostro en Siloé, que se interpreta Enviado. Finalmente, ya con el rostro del corazón lavado y la conciencia purificada, reconociéndolo no solo como hijo del hombre, lo que antes creía, sino ya como Hijo de Dios que había tomado carne, dijo: Creo, Señor. No es suficiente, Creo; ¿quieres ver cómo cree? Postrándose, lo adoró.

16. Y Jesús le dijo. Ahora es ese día, discerniendo entre la luz y las tinieblas. Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos. ¿Qué es esto, Señor? Has planteado una gran cuestión a los fatigados: pero fortalece nuestras fuerzas, para que podamos entender lo que dijiste. Viniste para que los que no ven, vean:

correctamente, porque eres la luz; correctamente, porque eres el día; correctamente, porque liberas de las tinieblas: esto lo acepta toda alma, todos lo entienden. ¿Qué es esto que sigue, Y los que ven, se vuelvan ciegos? ¿Acaso porque viniste, se volverán ciegos los que veían? Escucha lo que sigue, y tal vez entenderás.

17. Entonces algunos de los fariseos se conmovieron por estas palabras y le dijeron: ¿Acaso también nosotros somos ciegos? Escucha ahora qué es lo que los movía, Y los que ven, se vuelvan ciegos. Jesús les dijo: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado. Aunque la ceguera misma es pecado. Si fuerais ciegos, es decir, si os reconocierais ciegos, si os dijerais ciegos, y corrierais al médico; si así fuerais ciegos, no tendríais pecado: porque yo he venido a quitar el pecado. Pero ahora decís, Porque vemos: vuestro pecado permanece. ¿Por qué? Porque al decir, Vemos, no buscáis al médico, permanecéis en vuestra ceguera. Esto es, por tanto, lo que antes no entendíamos cuando dijo, He venido, para que los que no ven, vean: ¿qué es, para que los que no ven, vean? Los que confiesan que no ven, y buscan al médico, para que vean. Y los que ven, se vuelvan ciegos: ¿qué es, los que ven, se vuelvan ciegos? Los que se creen que ven, y no buscan al médico, permanecen en su ceguera. Por tanto, llamó a esta distinción juicio, cuando dijo, Para juicio he venido a este mundo, que distingue la causa de los creyentes y confesores de los soberbios, que se creen que ven, y por eso están más gravemente cegados; como si dijera el pecador confesando y buscando al médico, Júzgame, Dios, y defiende mi causa de la gente no santa (Salmo 42, 1): de aquellos que dicen, Vemos, y su pecado permanece. Pero no ha traído aún ese juicio al mundo, por el cual juzgará a los vivos y a los muertos al final de los tiempos. Según esto, había dicho, Yo no juzgo a nadie (Juan 8, 15): porque primero vino, no para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él (Juan 3, 17).

TRACTATUS XLV. Desde lo que está escrito, Amén, amén os digo; el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otro lado, ese es ladrón y salteador; hasta aquello, Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia. Cap. X, V. 1-10.

1. Del iluminado que nació ciego, surgió el discurso del Señor a los judíos. Por tanto, vuestra Caridad debía saber y ser advertida de que esta lectura está conectada con la de hoy. Pues cuando el Señor dijo, Para juicio he venido a este mundo, para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos; lo que en ese momento, cuando se leyó, expusimos como pudimos: algunos de los fariseos dijeron, ¿Acaso también nosotros somos ciegos? A los cuales respondió: Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero ahora decís, Porque vemos: vuestro pecado permanece (Juan 9, 39-41). A estas palabras añadió lo que hoy, al ser recitado, hemos escuchado.

2. Amén, amén os digo, el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otro lado, ese es ladrón y salteador. Pues dijeron que no eran ciegos: pero podrían ver entonces, si fueran ovejas de Cristo. ¿Por qué se atribuían la luz quienes se enfurecían contra el día? Por tanto, por la vana, soberbia e incurable arrogancia de ellos, el Señor Jesús hiló estas palabras: en las cuales, si prestamos atención, nos advirtió saludablemente. Pues hay muchos que, según cierta costumbre de esta vida, son llamados buenos hombres, buenos varones, buenas mujeres, inocentes, y como si observaran lo que está mandado en la ley; honrando a sus padres, no cometiendo adulterio, no perpetrando homicidio, no robando, no dando falso testimonio contra nadie, y otras cosas que están mandadas en la ley como si las observaran, no son cristianos: y a menudo se jactan como estos, ¿Acaso también nosotros somos ciegos? Pero porque todas estas cosas que hacen, y no saben a qué fin las refieren, las hacen en vano, el Señor propuso una similitud sobre su rebaño, y sobre la puerta por la que se entra al redil, en la lectura de hoy. Digan, pues, los paganos: Vivimos bien. Si no entran por

la puerta, ¿de qué les sirve aquello de lo que se glorían? Pues vivir bien debe servir a cada uno para que se le conceda vivir siempre: porque a quien no se le concede vivir siempre, ¿de qué le sirve vivir bien? Porque ni siquiera deben ser llamados vivir bien, quienes por ceguera no saben el fin de vivir bien, o por soberbia lo desprecian. Pero no hay esperanza verdadera y cierta de vivir siempre para nadie, a menos que reconozca la vida, que es Cristo; y entre por la puerta al redil.

3. Por tanto, a menudo tales hombres buscan persuadir a otros hombres para que vivan bien, y no sean cristianos. Quieren subir por otro lado, robar y matar; no como pastor, conservar y salvar. Hubo, pues, algunos filósofos, tratando muchas sutilezas sobre virtudes y vicios, dividiendo, definiendo, concluyendo razonamientos agudísimos, llenando libros, ventilando su sabiduría con bocas resonantes; que incluso se atreverían a decir a los hombres, Seguidnos, mantened nuestra secta, si queréis vivir bienaventuradamente. Pero no entraron por la puerta: querían perder, matar y destruir.

4. ¿Qué diré de estos? He aquí que los mismos fariseos leían, y en lo que leían, proclamaban a Cristo, esperaban su venida, y no reconocían al presente: también ellos se jactaban entre los que ven, es decir, entre los sabios, y negaban a Cristo, y no entraban por la puerta. Por tanto, también ellos, si acaso seducían a algunos, los seducían para ser matados y destruidos, no para ser liberados. Y dejemos a estos: veamos si acaso entran por la puerta, aquellos que se glorían en el nombre de Cristo.

5. Pues son innumerables, los que no solo se jactan de ver, sino que quieren ser vistos como iluminados por Cristo: son, sin embargo, herejes. ¿Acaso ellos entraron por la puerta? De ninguna manera. Sabellio dice, El que es Hijo, él mismo es el Padre: pero si es Hijo, no es el Padre. No entra por la puerta, quien dice que el Hijo es el Padre. Arrio dice: Otra cosa es el Padre, otra cosa es el Hijo. Diría correctamente, si dijera Otro; no, otra cosa. Pues cuando dice, Otra cosa, contradice a quien escucha, Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30). Tampoco él entra por la puerta: pues predica a Cristo como él se lo imagina, no como la verdad dice. Tienes el nombre, no tienes la cosa. Cristo es el nombre de algo: mantén esa cosa, si quieres que el nombre te aproveche. Otro, no sé de dónde, como Fotino: Cristo es hombre, dice; no es Dios. Tampoco él entra por la puerta, porque Cristo es tanto hombre como Dios. ¿Y qué necesidad hay de recorrer mucho, y enumerar muchas vanas herejías? Tened esto, que el redil de Cristo es la Iglesia católica. Quienquiera que quiera entrar al redil, entre por la puerta, predique al verdadero Cristo. No solo predique al verdadero Cristo, sino que busque la gloria de Cristo, no la suya: pues muchos buscando su propia gloria, dispersaron las ovejas de Cristo más bien que congregarlas. Pues la puerta es humilde, Cristo el Señor: quien entra por esta puerta, debe humillarse, para que pueda entrar con cabeza sana. Pero quien no se humilla, sino que se exalta, quiere subir por la pared: pero quien sube por la pared, se exalta para caer.

6. Sin embargo, el Señor Jesús aún habla en secreto, aún no se entiende: nombra la puerta, nombra el redil, nombra las ovejas; encomienda todas estas cosas, pero aún no las expone. Leamos, pues, porque vendrá a esas palabras en las que se dignará exponernos algo de lo que ha dicho: de cuya exposición nos dará tal vez también entender aquellas que no expuso. Pues alimenta con lo manifiesto, ejercita con lo oscuro. El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otro lado. ¡Ay del miserable, porque caerá! Sea, pues, humilde, entre por la puerta: venga con paso llano, y no tropezará. Ese, dice, es ladrón y salteador. Quiere llamar a sus ovejas ovejas ajenas: para esto las suyas, es decir, robadas, no para salvarlas, sino para matarlas. Por tanto, es ladrón, porque lo que es ajeno, lo llama suyo: salteador, porque incluso lo que ha robado, lo mata. Pero el que entra por la puerta, es pastor

de las ovejas: a este le abre el portero. De este portero preguntaremos entonces, cuando hayamos escuchado del mismo Señor qué es la puerta, y quién es el pastor. Y las ovejas oyen su voz, y llama a sus propias ovejas por su nombre. Pues tiene sus nombres escritos en el libro de la vida. Llama a sus propias ovejas por su nombre. De aquí dice el Apóstol: Conoce el Señor a los que son suyos (2 Tim. 2, 19). Y las saca. Y cuando ha sacado a sus propias ovejas, va delante de ellas: y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Pero al extraño no lo siguen, sino que huyen de él; porque no conocen la voz de los extraños. Estas cosas están ocultas, llenas de cuestiones, cargadas de sacramentos. Sigamos, pues, y escuchemos al maestro abriendo algo de estos oscuros; y por lo que abre, tal vez nos haga entrar.

7. Este proverbio les dijo Jesús; pero ellos no entendieron qué les decía. Tal vez tampoco nosotros. ¿Qué, pues, diferencia hay entre ellos y nosotros, antes de que entendamos estas palabras? Porque nosotros llamamos para que se nos abra; pero ellos, negando a Cristo, no querían entrar para ser salvados, sino quedarse fuera para ser perdidos. Lo que, pues, nosotros escuchamos estas cosas piadosamente, lo que antes de entenderlas, creemos que son verdaderas y divinas, nos distingue de ellos con gran diferencia. Pues cuando dos escuchan las palabras del Evangelio, uno impío, otro piadoso, y hay otras cosas que tal vez ambos no entienden, uno dice, No dijo nada; otro dice, Dijo la verdad, y es bueno lo que dijo, pero no lo entendemos: este porque cree ya llama, y es digno de que se le abra, si persiste en llamar; pero aquel aún escucha, Si no creéis, no entenderéis (Isaías 7, 9, según LXX). ¿Por qué recomiendo esto? Porque incluso cuando estas palabras oscuras, como pueda, las exponga, o porque son muy profundas, o yo no haya captado su entendimiento, o no tenga la facultad de explicar lo que entiendo, o sea tan lento alguno, que incluso al expositor no siga; no desespere de sí mismo: permanezca en la fe, camine en el camino, escuche al Apóstol diciendo, Y si en algo pensáis de otra manera, esto también os lo revelará Dios: pero en lo que hemos llegado, en eso caminemos (Filip. 3, 15).

8. Comencemos, pues, a escuchar al expositor, a quien escuchamos proponiendo. Dijo, pues, Jesús de nuevo: Amén, amén os digo, que yo soy la puerta de las ovejas. He aquí la puerta misma que había puesto cerrada, la abrió. Él es la puerta. Lo hemos reconocido, entremos, o nos alegremos de haber entrado. Todos los que vinieron, son ladrones y salteadores. ¿Qué es esto, Señor, Todos los que vinieron? ¿Qué, pues? ¿tú no viniste? Pero entiende: Todos los que vinieron dije, ciertamente aparte de mí. Recordemos, pues. Antes de la venida de él vinieron los Profetas; ¿acaso fueron ladrones y salteadores? De ninguna manera. No vinieron aparte de él, porque vinieron con él. Enviaba pregoneros de su venida, pero poseía los corazones de los que enviaba. ¿Queréis saber que vinieron con él, que es él mismo siempre? Pues tomó carne en el tiempo. ¿Qué es, pues, siempre? En el principio era el Verbo (Juan 1, 1). Por tanto, vinieron con él, que vinieron con el Verbo de Dios. Yo soy, dice, el camino y la verdad y la vida (Juan 14, 6). Si él es la verdad, vinieron con él los que fueron veraces. Por tanto, todos los que aparte de él, ladrones y salteadores; es decir, para robar y matar.

9. Pero no los oyeron las ovejas. Esta es una gran cuestión, no los oyeron las ovejas. Antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo, cuando vino humildemente en carne, precedieron los justos, creyendo en él que vendría, como nosotros creemos en él que vino. Los tiempos han variado, no la fe. Pues también las palabras varían según el tiempo, cuando se declinan de manera diferente: un sonido tiene, Vendrá; otro sonido tiene, Vino: el sonido ha cambiado, vendrá, y vino: sin embargo, la misma fe une a ambos, tanto a los que creyeron que vendría, como a los que creyeron que vino. En tiempos diversos, pero vemos a ambos entrar por una puerta de fe, que es Cristo. Nosotros creemos que el Señor Jesucristo nació de la Virgen, vino en carne, padeció, resucitó, ascendió al cielo: todo esto, como escucháis las palabras del tiempo pasado, creemos que ya se ha cumplido. En la misma sociedad de fe están con

nosotros también aquellos padres, que creyeron que nacería de la Virgen, que padecería, que resucitaría, que ascendería al cielo: pues el Apóstol los muestra cuando dice, Teniendo el mismo espíritu de fe, como está escrito, Creí, por lo cual hablé; y nosotros creemos, por lo cual también hablamos (2 Cor. 4, 13). El profeta dijo, Creí, por lo cual hablé (Salmo 115, 10): el Apóstol dice, Y nosotros creemos, por lo cual también hablamos. Pero para que sepáis que es una sola fe, escuchad diciendo, Teniendo el mismo espíritu de fe, y nosotros creemos. Así también en otro lugar, Porque no quiero que ignoréis, hermanos, que todos nuestros padres estuvieron bajo la nube, y todos pasaron por el mar, y todos fueron bautizados en Moisés, en la nube y en el mar, y todos comieron la misma comida espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual. El Mar Rojo significa el Bautismo; Moisés, el guía a través del Mar Rojo, significa a Cristo; el pueblo que pasa significa a los fieles; la muerte de los egipcios significa la abolición de los pecados. En signos diversos la misma fe: así en signos diversos, como en palabras diversas; porque las palabras cambian los sonidos según los tiempos, y ciertamente las palabras no son otra cosa que signos. Pues todo fue significado. ¿Acaso no creían lo mismo, por quienes se ministraban estos signos, por quienes se profetizaban y anunciaban las mismas cosas que creemos? Sin duda creían: pero ellos que vendrían, nosotros que vinieron. Por eso también así dice, La misma bebida espiritual bebieron. La misma espiritual, pues no la misma corporal. ¿Qué bebían ellos? Pues bebían de la roca espiritual que los seguía: y la roca era Cristo (1 Cor. 10, 1-4). Ved, pues, la fe permaneciendo, los signos variando. Allí la roca es Cristo, para nosotros Cristo es lo que se pone en el altar de Dios. Y ellos por gran sacramento del mismo Cristo bebieron agua que fluía de la roca; nosotros, lo que bebemos lo saben los fieles. Si miras la especie visible, es otra cosa: si la significación inteligible, la misma bebida espiritual bebieron. Por tanto, todos los que en aquel tiempo creyeron ya sea en Abraham, o en Isaac, o en Jacob, o en Moisés, o en otros Patriarcas, y en otros Profetas que anunciaban a Cristo, eran ovejas, y escucharon a Cristo: no escucharon una voz ajena, sino la suya. El juez estaba en el pregonero. Pues también cuando el juez habla por el pregonero, el escribano no dice, Dijo el pregonero; sino, Dijo el juez. Otros son, pues, aquellos a quienes no escucharon las ovejas, en quienes no estaba la voz de Cristo, errantes, diciendo falsedades, parloteando vanidades, fingiendo cosas vanas, seduciendo a los miserables.

10. ¿Qué es, pues, lo que dije, Esta es una gran cuestión? ¿Qué tiene de oscuro y difícil de entender? Escuchad, os ruego. He aquí que el mismo Señor Jesucristo vino, predicó: ciertamente mucho más era la voz del pastor, expresada por la misma boca del pastor. Pues si por los Profetas era la voz del pastor, cuánto más la lengua misma del pastor profería la voz del pastor. No todos escucharon. Pero ¿qué pensamos? ¿los que escucharon, eran ovejas? He aquí que escuchó Judas, y era lobo: seguía, pero cubierto con piel de oveja acechaba al pastor. Pero algunos de los que crucificaron a Cristo, no escuchaban, y eran ovejas: pues los veía en la multitud, cuando decía, Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy (Juan 8, 28). ¿Cómo se resuelve esta cuestión? Escuchan no ovejas, y no escuchan ovejas; siguen la voz del pastor algunos lobos, y algunas ovejas le contradicen; finalmente las ovejas matan al pastor. Se resuelve la cuestión: pues responde alguien, y dice, Pero cuando no escuchaban, aún no eran ovejas, entonces eran lobos; la voz escuchada los cambió, y de lobos los hizo ovejas: cuando, pues, se hicieron ovejas, escucharon, y encontraron al pastor, y siguieron al pastor; esperaron las promesas del pastor, porque hicieron lo que se les mandó.

11. Esta cuestión ha sido resuelta de alguna manera, y podría ser suficiente para algunos. Sin embargo, aún me inquieta, y comparto con ustedes lo que me inquieta, para que, buscando juntos, merezcamos encontrar la respuesta con la revelación de Él. Escuchen, pues, lo que me inquieta. A través del profeta Ezequiel, el Señor reprende a los pastores y dice, entre otras

cosas, sobre las ovejas: "No habéis hecho volver a la oveja errante" (Ezequiel 34, 4). Y dice "errante" y la llama "oveja". ¿Cuándo era oveja mientras erraba, de quién escuchaba la voz para errar? Sin duda, no erraría si escuchara la voz del pastor; pero erró porque escuchó la voz de un extraño, la voz de un ladrón y un salteador. Ciertamente, las ovejas no escuchan la voz de los ladrones: "Los que vinieron", dice, y entendemos, "antes de mí; es decir, los que vinieron antes de mí, son ladrones y salteadores, y las ovejas no los escucharon". Señor, si las ovejas no los escucharon, ¿cómo es que erran las ovejas? Si las ovejas solo te escuchan a ti, y tú eres la verdad, quien escucha la verdad no errará. Sin embargo, ellos erran y son llamados ovejas. Pues si en el error mismo no fueran llamadas ovejas, no se diría a través de Ezequiel: "No habéis hecho volver a la oveja errante". ¿Cómo es que erran y son ovejas? ¿Escucharon la voz de un extraño? Ciertamente, "las ovejas no los escucharon". Además, ahora muchos son reunidos en el redil de Cristo, y de herejes se convierten en católicos; son arrebatados de los ladrones y devueltos al pastor: y a veces murmuran, se sienten molestos al ser llamados de vuelta, y no comprenden al que los degüella; sin embargo, incluso cuando vienen resistiéndose, las que son ovejas reconocen la voz del pastor, se alegran de haber venido, y se avergüenzan de haber errado. Entonces, cuando en ese error se gloriaban como si fuera la verdad, y ciertamente no escuchaban la voz del pastor, y por eso seguían a un extraño, ¿eran ovejas o no lo eran? Si eran ovejas, ¿cómo es que las ovejas no escuchan a los extraños? Si no eran ovejas, ¿por qué se reprende a aquellos a quienes se dice: "No habéis hecho volver a la oveja errante"? Incluso en aquellos que ya se han convertido en cristianos católicos, fieles de buena esperanza, a veces ocurren cosas malas; son seducidos al error, y después del error son llamados de vuelta: cuando fueron seducidos al error, y rebautizados, o después de la sociedad del redil del Señor volvieron de nuevo a su error anterior, ¿eran ovejas o no lo eran? Ciertamente eran católicos. Si eran fieles católicos, eran ovejas. Si eran ovejas, ¿cómo pudieron escuchar la voz de un extraño, cuando el Señor dice: "las ovejas no los escucharon"?

12. Hermanos, han escuchado la profundidad de la cuestión. Digo, pues: "El Señor conoce a los que son suyos" (2 Timoteo 2, 19). Conoce a los que ha previsto, conoce a los predestinados: pues de Él se dice: "A los que conoció de antemano, también los predestinó para ser conformes a la imagen de su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos. A los que predestinó, también los llamó; a los que llamó, también los justificó; a los que justificó, también los glorificó. Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Añade aún: "El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con Él todas las cosas?" Pero, ¿a quiénes? A los previstos, predestinados, justificados, glorificados: de quienes sigue, "¿Quién acusará a los elegidos de Dios?" (Romanos 8, 29-33). Conoce, pues, el Señor a los que son suyos; esas son las ovejas. A veces ellas mismas no se conocen, pero el pastor las conoce, según esta predestinación, según esta presciencia de Dios, según la elección de las ovejas, antes de la constitución del mundo: pues también dice el Apóstol, "Como nos eligió en Él antes de la constitución del mundo" (Efesios 1, 4). Según esta presciencia de Dios y predestinación, ¡cuántas ovejas están fuera, cuántos lobos dentro; y cuántas ovejas dentro, y cuántos lobos fuera! ¿Qué es lo que dije, cuántas ovejas fuera? ¡Cuántos ahora se entregan a la lujuria, futuros castos; cuántos blasfeman de Cristo, futuros creyentes en Cristo; cuántos se embriagan, futuros sobrios; cuántos roban bienes ajenos, futuros donadores de los suyos! Sin embargo, ahora escuchan la voz de un extraño, siguen a extraños. Asimismo, cuántos dentro alaban, futuros blasfemadores; son castos, futuros fornicadores; son sobrios, futuros sepultados en vino; están firmes, futuros caídos. No son ovejas. (Hablamos de los predestinados; hablamos de aquellos que el Señor conoce, que son suyos). Y sin embargo, mientras piensan

correctamente, escuchan la voz de Cristo. He aquí que ellos escuchan, aquellos no escuchan: y sin embargo, según la predestinación, no son ovejas estos, ovejas aquellos.

13. La cuestión aún permanece, que ahora me parece que puede resolverse de esta manera. Hay una voz, digo, hay alguna voz del pastor, en la que las ovejas no escuchan a los extraños, en la que los que no son ovejas no escuchan a Cristo. ¿Cuál es esa voz? "El que persevere hasta el fin, ese será salvo" (Mateo 10, 22). Esta voz no la descuida el propio, no la escucha el extraño: pues también aquel le predica que persevere con él hasta el fin, pero no perseverando con él no escucha esta voz. Viene a Cristo, escucha otras y otras palabras, aquellas y aquellas, todas verdaderas, todas sanas: entre todas ellas está también esa voz, "El que persevere hasta el fin, ese será salvo". Quien escuche esta, es oveja. Pero alguien la escuchaba, y se desvaneció, se enfrió, escuchó al extraño: si está predestinado, erró por un tiempo, no pereció para siempre; regresa para escuchar lo que descuidó, para hacer lo que escuchó. Pues si es de aquellos que están predestinados, Dios previó su error, y su futura conversión; si erró, regresa para escuchar esa voz del pastor, y seguir al que dice, "El que persevere hasta el fin, ese será salvo". Buena voz, hermanos, verdadera, pastoral, es la voz de la salvación en las tiendas de los justos (Salmo 117, 15). Pues es fácil escuchar a Cristo, es fácil alabar el Evangelio, es fácil aclamar al orador: perseverar hasta el fin, eso es escuchar la voz del pastor por parte de las ovejas. Sucede la tentación, persevera hasta el fin: porque la tentación no persevera hasta el fin. ¿Hasta qué fin perseverarás? Hasta que termines el camino. Pues mientras no escuchas a Cristo, tu adversario está en este camino, es decir, en esta vida mortal. Pero, ¿qué dice? "Concíliate con tu adversario pronto, mientras estás con él en el camino" (Mateo 5, 25). Has escuchado, has creído, te has reconciliado. Si te oponías, reconcíliate. Si se te ha concedido reconciliarte, no litigues más. Pues no sabes cuándo terminará el camino, pero Él lo sabe. Si eres oveja, y si perseveras hasta el fin, serás salvo: y por tanto, esta voz no la desprecian los suyos, no la escuchan los extraños. Como pude, como Él mismo lo concedió, he expuesto o tratado con ustedes una cuestión muy profunda. Si algunos no entendieron, que permanezca la piedad, y se revelará la verdad: pero los que entendieron, no se enaltezcan como si fueran más rápidos que los más lentos, no sea que al enaltecerse se desvíen, y los más lentos lleguen más fácilmente. Que todos sean guiados por Aquel a quien decimos: "Guíame, Señor, en tu camino, y caminaré en tu verdad" (Salmo 85, 11).

14. Por lo tanto, por lo que el Señor expuso, que Él mismo es la puerta, entremos en lo que propuso y no expuso. Y aunque no dijo en esta lectura que hoy se ha recitado quién es el pastor, sin embargo, en la que sigue lo dice clarísimamente: "Yo soy el buen pastor". Aunque no lo dijera, ¿a quién más deberíamos entender en esas palabras, donde dice: "El que entra por la puerta, es el pastor de las ovejas. A este le abre el portero: y las ovejas oyen su voz; y llama a sus propias ovejas por nombre, y las saca. Y cuando ha sacado a sus propias ovejas, va delante de ellas: y las ovejas le siguen, porque conocen su voz"? Pues, ¿quién más llama a sus propias ovejas por nombre, y las saca de aquí a la vida eterna, sino aquel que conoce los nombres de los predestinados? Por eso dijo a sus discípulos: "Regocijaos de que vuestros nombres están escritos en el cielo" (Lucas 10, 20): de ahí las llama por nombre. ¿Y quién más las saca, sino aquel que perdona sus pecados, para que puedan seguirlo liberadas de las duras cadenas? ¿Y quién las precedió para que lo sigan, sino aquel que resucitando de entre los muertos ya no muere, y la muerte ya no tiene dominio sobre Él (Romanos 6, 9): y cuando estaba aquí visible en la carne dijo: "Padre, los que me diste, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo" (Juan 17, 24)? De ahí es lo que dice: "Yo soy la puerta: si alguno entra por mí, será salvo; y entrará, y saldrá; y hallará pastos". En esto muestra claramente que no solo el pastor, sino también las ovejas entran por la puerta.

15. Pero, ¿qué significa "entrará, y saldrá, y hallará pastos"? Pues entrar en la Iglesia por la puerta que es Cristo, es muy bueno: pero salir de la Iglesia, como dice este mismo Juan evangelista en su Epístola, "Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros" (1 Juan 2, 19); ciertamente no es bueno. Tal salida, por tanto, no podría ser alabada por el buen pastor; para que dijera, "y entrará, y saldrá, y hallará pastos". Por lo tanto, hay alguna entrada, y también alguna salida buena por la buena puerta, que es Cristo. Pero, ¿cuál es esa salida laudable y bienaventurada? Podría decir que entramos cuando pensamos algo interiormente; y salimos cuando operamos algo exteriormente: y puesto que, como dice el Apóstol, por la fe habita Cristo en nuestros corazones (Efesios 3, 17), entrar por Cristo es pensar según esa misma fe; y salir por Cristo, es también operar exteriormente, es decir, ante los hombres, según esa misma fe. Por eso se lee en el Salmo: "Saldrá el hombre a su obra" (Salmo 104, 23): y el mismo Señor dice: "Brillen vuestras obras delante de los hombres" (Mateo 5, 16). Pero me deleita más lo que la misma verdad, como buen pastor, y por tanto buen maestro, de alguna manera nos advirtió, cómo debemos entender lo que dice: "entrará, y saldrá, y hallará pastos"; cuando añadió a continuación: "El ladrón no viene sino para hurtar, matar y destruir: yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia". Me parece que dijo: Para que tengan vida entrando, y la tengan en abundancia saliendo. Pero nadie puede salir por la puerta, es decir, por Cristo, a la vida eterna, que será en la visión, a menos que por esa misma puerta, es decir, por Cristo, haya entrado en su Iglesia, que es su redil, a la vida temporal, que es en la fe. Por eso dice: "Yo he venido, para que tengan vida", es decir, la fe que obra por el amor (Gálatas 5, 6); por la cual fe entran en el redil para vivir, porque el justo vive por la fe (Romanos 1, 17): "y la tengan en abundancia", quienes perseverando hasta el fin, por esa puerta, es decir, por la fe de Cristo, salen, porque los verdaderos fieles mueren; y tendrán vida en abundancia, llegando a donde aquel pastor ha precedido, donde nunca más morirán. Aunque, por tanto, también aquí en el mismo redil no faltan pastos, porque podemos entender lo que se dijo, "y hallará pastos", tanto para la entrada como para la salida: sin embargo, entonces encontrarán verdaderos pastos, donde se saciarán los que tienen hambre y sed de justicia (Mateo 5, 6); como los pastos que encontró aquel a quien se le dijo: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lucas 23, 43). Pero cómo Él mismo es la puerta, Él mismo el pastor, para que de alguna manera se entienda que Él mismo entra y sale por sí mismo, y quién es el portero, es largo de buscar hoy, y de explicar discurriendo como Él mismo lo conceda.

TRACTATUS XLVI. Desde lo que está escrito, "Yo soy el buen pastor", etc., hasta lo que dice, "El asalariado huye, porque es asalariado, y no le importan las ovejas". Cap. X, V. 11-13.

1. Hablando el Señor Jesús a sus ovejas, tanto a las presentes como a las futuras que estaban allí; porque estaban donde ya estaban sus ovejas, que serían sus ovejas en el futuro: nuevamente a las presentes y a las futuras, tanto a ellas como a nosotros, y a cuantos después de nosotros sean sus ovejas, mostró quién fue enviado a ellas. Por tanto, todos escuchan la voz de su pastor diciendo: "Yo soy el buen pastor". No añadiría "bueno", si no hubiera pastores malos. Pero los pastores malos, ellos son los ladrones y salteadores: o ciertamente, en el mejor de los casos, asalariados. Todas las personas que aquí ha mencionado, debemos buscar, distinguir, conocer. Pues el Señor ya ha revelado dos cosas que de alguna manera había propuesto cerradas: ya sabemos que Él es la puerta, sabemos que Él es el pastor. Los ladrones y salteadores quiénes son, se aclaró en la lectura de ayer; hoy hemos escuchado al asalariado, hemos escuchado también al lobo: ayer se mencionó también al portero. En los buenos, por tanto, está la puerta, el portero, el pastor y las ovejas: en los malos, los ladrones y salteadores, los asalariados, el lobo.

2. Tomamos al Señor Cristo como la puerta, a Él mismo como el pastor: ¿quién es el portero? Estas dos cosas Él mismo las expuso; el portero nos dejó para buscarlo. ¿Y qué dice del portero? "A este le abre el portero". ¿A quién le abre? Al pastor. ¿Qué le abre al pastor? La puerta. ¿Y quién es la misma puerta? Él mismo, el pastor. ¿Acaso, si el Señor Cristo no lo hubiera expuesto, no hubiera dicho Él mismo, "Yo soy el pastor", y "Yo soy la puerta"; se atrevería alguno de nosotros a decir que Él mismo es tanto pastor como puerta? Pues si dijera, "Yo soy el pastor", y no dijera, "Yo soy la puerta"; estaríamos buscando qué es la puerta, y tal vez, pensando en otra cosa, nos quedaríamos fuera de la puerta. Su gracia y misericordia nos expuso al pastor, se dijo a sí mismo; nos expuso la puerta, se dijo a sí mismo: el portero nos dejó para buscarlo. ¿A quién diremos que es el portero? A quienquiera que encontremos, debemos tener cuidado de no considerarlo mayor que la misma puerta; porque el portero en las casas de los hombres es mayor que la puerta. Pues el portero es puesto sobre la puerta, no la puerta sobre el portero; porque el portero guarda la puerta, no la puerta guarda al portero. No me atrevo a decir que alguien sea mayor que la puerta; pues ya he escuchado qué es la puerta: no me es desconocido, no se me ha dejado a mi conjetura, no se me ha relajado la sospecha humana; Dios lo dijo, la verdad lo dijo, no puede cambiarse lo que el inmutable dijo.

3. Diré, pues, en esta profundidad de la cuestión lo que me parece: elija cada uno lo que le plazca; pero que piense piadosamente, como está escrito, "Pensad en el Señor con bondad, y buscadlo con sencillez de corazón" (Sabiduría 1, 1). Tal vez debamos tomar al mismo Señor como el portero. Pues las diferencias entre pastor y puerta son mucho mayores en las cosas humanas que entre portero y puerta; y sin embargo, el Señor se dijo a sí mismo tanto pastor como puerta. ¿Por qué no entenderlo también como portero? Pues si consideramos las propiedades, el Señor Cristo no es pastor, como estamos acostumbrados a conocer y ver a los pastores; ni es puerta, pues no lo hizo un carpintero: pero si según alguna similitud, es tanto puerta como pastor; me atrevo a decir, también es oveja: la oveja está bajo el pastor, sin embargo, Él es tanto pastor como oveja. ¿Dónde está el pastor? Aquí lo tienes, lee el Evangelio: "Yo soy el buen pastor". ¿Dónde está la oveja? Pregunta al profeta: "Como oveja fue llevado al matadero" (Isaías 53, 7). Pregunta al amigo del esposo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo" (Juan 1, 29). Aún diré algo más maravilloso según estas similitudes. Pues tanto el cordero como la oveja y el pastor son amigos entre sí; pero los leones son guardados por los pastores de las ovejas: y sin embargo, de Cristo, siendo oveja y pastor, leemos que se dijo: "Venció el león de la tribu de Judá" (Apocalipsis 5, 5). Todo esto, hermanos, tómelo según las similitudes, no según las propiedades. Estamos acostumbrados a ver pastores sentados sobre una roca, y desde allí cuidar de los rebaños que se les han confiado: ciertamente, el pastor es mejor que la roca sobre la que se sienta; y sin embargo, Cristo es tanto pastor como roca. Todo esto según la similitud. Pero si me preguntas por la propiedad; "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios" (Juan 1, 1). Si me preguntas por la propiedad; el Hijo único del Padre, engendrado eternamente del eterno, igual al que engendra, por quien todas las cosas fueron hechas, inmutable con el Padre, y al tomar la forma de hombre no cambió, por la encarnación hombre, hijo del hombre e Hijo de Dios. Todo esto que he dicho, no es similitud, sino realidad.

4. No nos desagrade, hermanos, tomarlo a Él mismo como puerta, a Él mismo como portero según ciertas similitudes. ¿Qué es la puerta? Por donde entramos. ¿Quién es el portero? Quien abre. ¿Quién, pues, se abre a sí mismo, sino quien se expone a sí mismo? He aquí que el Señor dijo puerta, no entendimos; cuando no entendimos, estaba cerrada: quien abrió, Él mismo es el portero. No hay, por tanto, necesidad de buscar algo más, no hay necesidad: pero

tal vez haya voluntad. Si hay voluntad, no te desvíes, no te apartes de la Trinidad. Si buscas otra persona como portero, que el Espíritu Santo se presente: pues no se desdeñará de ser portero el Espíritu Santo, cuando el Hijo se dignó ser la puerta. Mira al portero tal vez como el Espíritu Santo: el mismo Señor dice a sus discípulos sobre el Espíritu Santo, "Él os enseñará toda la verdad" (Juan 16, 13). ¿Qué es la puerta? Cristo. ¿Qué es Cristo? La verdad. ¿Quién abre la puerta, sino quien enseña toda la verdad?

5. ¿Qué decimos del mercenario? No se menciona entre los buenos. El buen pastor, dice, da su vida por las ovejas. El mercenario, y el que no es pastor, a quien no pertenecen las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo las arrebata y dispersa. El mercenario no representa aquí un buen papel, y sin embargo es útil en cierto modo: no se le llamaría mercenario si no recibiera un salario del que lo contrata. ¿Quién es entonces este mercenario, culpable y necesario? Aquí, hermanos, que el mismo Señor nos ilumine, para que entendamos a los mercenarios y no seamos mercenarios. ¿Quién es entonces el mercenario? Hay en la Iglesia algunos superiores, de los cuales el apóstol Pablo dice: Buscan lo suyo, no lo de Jesucristo. ¿Qué significa buscar lo suyo? No amar a Cristo gratuitamente, no buscar a Dios por Dios; perseguir comodidades temporales, ansiar ganancias, desear honores de los hombres. Cuando estas cosas son amadas por un superior, y por ellas se sirve a Dios, cualquiera que sea así, es un mercenario, no se cuente entre los hijos. De tales personas también dice el Señor: En verdad os digo, ya recibieron su recompensa (Mat. VI, 5). Escucha lo que dice el apóstol Pablo sobre el santo Timoteo: «Espero en el Señor Jesús enviaros pronto a Timoteo, para que yo también esté de buen ánimo al saber de vosotros: pues no tengo a nadie de igual ánimo, que genuinamente se preocupe por vosotros. Todos buscan lo suyo, no lo de Jesucristo» (Filip. II, 19-21). Entre los mercenarios el pastor suspiró: Buscó a alguien que sinceramente amara el rebaño de Cristo, y no lo encontró entre los que estaban con él en ese tiempo. No es que en la Iglesia de Cristo entonces no hubiera nadie más que el apóstol Pablo y Timoteo genuinamente preocupados por el rebaño; pero sucedió que en el momento en que envió a Timoteo, no tenía a otro hijo cerca de él; solo mercenarios estaban con él, buscando lo suyo, no lo de Jesucristo. Y sin embargo, él, genuinamente preocupado por el rebaño, prefirió enviar a su hijo y quedarse entre mercenarios. Encontramos también mercenarios, solo el Señor los juzga; Él que ve el corazón, Él los juzga: sin embargo, a veces los entendemos. No en vano dijo el mismo Señor también sobre los lobos: Por sus frutos los conoceréis (Mat. VII, 16). Muchas tentaciones interrogan, y entonces aparecen los pensamientos: muchos, sin embargo, permanecen ocultos. Que el redil del Señor tenga superiores, tanto hijos como mercenarios. Los superiores que son hijos, son pastores. Si son pastores, ¿cómo es que hay un solo pastor, sino porque todos ellos son miembros de un solo pastor, cuyas ovejas son propias? Pues ellos mismos son miembros de la misma única oveja; porque como oveja fue llevado al sacrificio.

6. Escuchad, porque también los mercenarios son necesarios. Muchos en la Iglesia buscan comodidades terrenales, pero predican a Cristo, y a través de ellos se escucha la voz de Cristo: y las ovejas siguen, no al mercenario, sino a la voz del pastor a través del mercenario. Escuchad a los mercenarios señalados por el mismo Señor: Los escribas y fariseos, dice, se sientan en la cátedra de Moisés: haced lo que dicen, pero no hagáis lo que hacen (Mat. XXIII, 2). ¿Qué otra cosa dijo, sino, Escuchad la voz del pastor a través de los mercenarios? Pues sentados en la cátedra de Moisés enseñan la ley de Dios: por lo tanto, a través de ellos Dios enseña. Si quieren enseñar lo suyo, no los escuchéis, no lo hagáis. Ciertamente tales personas buscan lo suyo, no lo de Jesucristo: sin embargo, ningún mercenario se atreve a decir al pueblo de Cristo, Busca lo tuyo, no lo de Jesucristo. Porque lo que hace mal, no lo predica desde la cátedra de Cristo: daña desde donde hace el mal, no desde donde dice el bien. Toma

el racimo, evita la espina. Bien, porque entendisteis; pero para los más lentos diré lo mismo más claramente. Como dije, Toma el racimo, evita la espina; aunque el Señor dice, ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? (Mat. VII, 16). Es completamente cierto; y sin embargo, también es cierto lo que dije, Toma el racimo, evita la espina. Porque a veces un racimo nacido de la raíz de la vid cuelga en una cerca, la rama crece, se injerta en las espinas, y lleva fruto que no es de la espina. No es que la vid haya traído la espina, sino que la rama se ha posado en las espinas. No preguntes sino por las raíces. Busca la raíz de la espina, la encuentras fuera de la vid; busca el origen de la uva, la vid la produjo desde la raíz. La cátedra de Moisés era la vid: las costumbres de los fariseos eran las espinas. La doctrina verdadera a través de los malos, la rama en la cerca, el racimo entre las espinas. Lee con cuidado, no sea que buscando el fruto, te lastimes la mano: y cuando escuches a alguien diciendo cosas buenas, no imites al que hace cosas malas. Lo que dicen, hacedlo, recoged las uvas: lo que hacen, no lo hagáis, evitad las espinas. Incluso a través de los mercenarios escuchad la voz del pastor, pero no seáis mercenarios, siendo miembros del pastor. El mismo Pablo, santo apóstol, que dijo, «No tengo a nadie que genuinamente se preocupe por vosotros; todos buscan lo suyo, no lo de Jesucristo;» en otro lugar distinguiendo entre mercenarios e hijos, ved lo que dijo: «Algunos predican a Cristo por envidia y contienda; otros, sin embargo, por buena voluntad: algunos por amor, sabiendo que estoy puesto para la defensa del Evangelio; otros, sin embargo, anuncian a Cristo por contumacia, no sinceramente, pensando añadir aflicción a mis cadenas.» Estos eran mercenarios, envidiaban al apóstol Pablo. ¿Por qué envidiaban, sino porque buscaban lo temporal? Pero ved lo que añade: ¿Qué, pues? Que de todas maneras, ya sea por pretexto o por verdad, Cristo sea anunciado; y en esto me gozo, y me gozaré (Filip. I, 15-18). La verdad es Cristo: la verdad es anunciada por los mercenarios por pretexto, la verdad es anunciada por los hijos por verdad: los hijos esperan pacientemente la herencia eterna del Padre, los mercenarios desean ansiosamente la recompensa temporal del que los contrata: que mi gloria humana, que veo que los mercenarios envidian, disminuya; y sin embargo, que a través de las lenguas de los mercenarios y de los hijos, la gloria divina de Cristo sea difundida, cuando ya sea por pretexto o por verdad, Cristo sea anunciado.

7. Hemos visto quién es también el mercenario. ¿Quién es el lobo, sino el diablo? ¿Y qué se dice del mercenario? Cuando ve venir al lobo, huye; porque no son sus propias ovejas, ni le importa las ovejas. ¿Acaso era así el apóstol Pablo? De ninguna manera. ¿Acaso era así Pedro? De ninguna manera. ¿Acaso eran así los demás Apóstoles, excepto Judas, el hijo de perdición? De ninguna manera. ¿Eran entonces pastores? Claramente pastores. ¿Y de dónde un solo pastor? Ya lo he dicho, pastores, porque son miembros del pastor. Se alegraban en esa cabeza, bajo esa cabeza concordaban, vivían en un solo espíritu en la estructura de un solo cuerpo: y por lo tanto, todos pertenecían a un solo pastor. Si entonces eran pastores, no mercenarios, ¿por qué huían cuando sufrían persecución? Explícanos, oh Señor. Vi en la Epístola a Pablo huyendo: fue bajado por el muro en una canasta, para escapar de las manos del perseguidor (II Cor. XI, 33). ¿No le importaban entonces las ovejas, que abandonaba cuando venía el lobo? Claro que le importaban, pero las encomendaba al pastor sentado en el cielo con oraciones: y se preservaba a sí mismo para su utilidad huyendo, como dice en cierto lugar, Permanecer en la carne es necesario por causa de vosotros (Filip. I, 24). Pues todos habían oído del mismo pastor, Si os persiguen en una ciudad, huid a otra (Mat. X, 23). Que el Señor se digne explicarnos esta cuestión. Señor, tú dijiste a aquellos que querías que fueran fieles pastores, a quienes formabas como tus miembros, Si os persiguen, huid. ¿Les haces entonces una injusticia cuando reprendes a los mercenarios, que ven venir al lobo y huyen? Te rogamos que nos indiques qué tiene de profundo esta cuestión: llamemos, vendrá quien abra, el portero de la puerta, que es él mismo.

8. ¿Quién es el mercenario, que ve venir al lobo y huye? El que busca lo suyo, no lo de Jesucristo: no se atreve a reprender libremente al pecador (I Tim. V, 20). He aquí que alguien ha pecado, ha pecado gravemente; debe ser reprendido, excomulgado: pero si es excomulgado, será enemigo, acechará, dañará cuando pueda. Ya aquel que busca lo suyo, no lo de Jesucristo, para no perder lo que persigue, la comodidad de la amistad humana, y no incurrir en la molestia de las enemistades humanas, calla, no reprende. He aquí que el lobo ha agarrado la garganta de la oveja: el diablo ha persuadido al fiel al adulterio; tú callas, no reprendes: oh mercenario, viste venir al lobo y huiste. Quizás responde y dice: He aquí que estoy aquí, no huí. Huiste, porque callaste; callaste, porque temiste. La huida del alma es el temor. Estuviste de pie en cuerpo, huiste en espíritu: lo que no hacía aquel que decía, Aunque ausente en cuerpo, estoy presente en espíritu (Col. II, 5). Pues, ¿cómo huía en espíritu, quien incluso ausente en cuerpo, reprendía a los fornicadores con cartas? Nuestras afecciones son movimientos del alma. La alegría, difusión del alma; la tristeza, contracción del alma: el deseo, progreso del alma; el temor, huida del alma. Te difundes en el alma, cuando te deleitas; te contraes en el alma, cuando te molestas: progresas en el alma, cuando deseas; huyes en el alma, cuando temes. He aquí de dónde se dice que el mercenario huye al ver venir al lobo. ¿Por qué? Porque no le importa las ovejas. ¿Por qué no le importa las ovejas? Porque es mercenario. ¿Qué significa, es mercenario? Buscando la recompensa temporal, y no habitará en la casa para siempre. Aquí hay aún cosas que buscar y discutir con vosotros, pero no es prudente sobrecargaros. Pues servimos a los compañeros los alimentos del Señor; en los pastos del Señor alimentamos a las ovejas, y nos alimentamos juntos. Así como no se debe negar lo que es necesario, tampoco se debe sobrecargar el corazón débil con la multitud de alimento. No sea, pues, molesto para vuestra Caridad, que no discuto hoy todo lo que aún considero que debe discutirse aquí: pero nuevamente, en el nombre del Señor, en los días de la entrega del sermón, se recitará la misma lectura, y se tratará más diligentemente, con su ayuda.

TRACTATUS XLVII. Desde lo que está escrito, Yo soy el buen pastor, y conozco a mis ovejas, etc., hasta aquello, ¿Puede un demonio abrir los ojos de los ciegos? Cap. X, V. 14-21.

1. Vosotros que escucháis la palabra de nuestro Dios no solo con gusto, sino también con diligencia, sin duda recordáis nuestra promesa. Pues la misma lectura evangélica se ha leído hoy, que se había leído el domingo pasado: porque en algunas necesidades nos detuvimos, no pudimos discutir todo lo que debíamos a vuestros sentidos. Por lo tanto, lo que ya se ha dicho y tratado, hoy no lo buscamos; para que al repetir lo mismo, no se nos permita llegar a lo que aún no se ha dicho. Ya sabéis en el nombre del Señor quién es el buen pastor, y cómo los buenos pastores son sus miembros, y por eso hay un solo pastor: ya sabéis quién es el mercenario que debe ser tolerado; quién es el lobo, y los ladrones que deben ser evitados; qué son las ovejas, qué es la puerta por la que entran tanto las ovejas como el pastor; cómo debe entenderse el portero: también sabéis que cualquiera que no entre por la puerta, es ladrón y salteador, y no viene sino para robar, matar y destruir. Todo esto se ha dicho, suficientemente, según creo, se ha tratado. Hoy debemos decir, cuanto el Señor nos ayude (pues el mismo Jesucristo nuestro salvador se dijo a sí mismo ser pastor, y puerta, y el buen pastor dijo entrar por la puerta), cómo él mismo entra por sí mismo. Pues si nadie es buen pastor, sino el que entra por la puerta, y él es principalmente el buen pastor, y él es la puerta; no puedo entender sino que él mismo entra por sí mismo a sus ovejas, y les da su voz para que lo sigan, y entrando y saliendo encuentren pastos, que es la vida eterna.

2. Rápidamente digo. Yo buscando entrar a vosotros, es decir, a vuestro corazón, predico a Cristo: si predico otra cosa, intentaré subir por otra parte. Cristo, por lo tanto, es mi puerta

hacia vosotros; entro por Cristo, no a vuestras paredes, sino a vuestros corazones. Entro por Cristo, escucháis a Cristo en mí con gusto. ¿Por qué escucháis a Cristo en mí con gusto? Porque sois ovejas de Cristo, compradas con la sangre de Cristo. Reconocéis vuestro precio: que no es dado por mí, sino predicado por mí. Pues él compró, quien derramó preciosa sangre: su sangre es preciosa sin pecado. Sin embargo, él también hizo preciosa la sangre de los suyos, por quienes dio el precio de su sangre: pues si no hiciera preciosa la sangre de los suyos, no se diría, Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Sal. CXV, 15). Por lo tanto, también lo que dice, El buen pastor da su vida por las ovejas, no solo él lo hizo: y sin embargo, si aquellos que lo hicieron son sus miembros, él mismo lo hizo. Pues él pudo hacerlo sin ellos; ellos sin él, ¿cómo pudieron, cuando él dijo, Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5)? De aquí mostramos que también otros lo hicieron, porque el mismo apóstol Juan, que predicó este Evangelio que habéis escuchado, en su Epístola dijo: Así como Cristo puso su vida por nosotros, también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos (I Juan III, 16). Debemos, dijo; nos hizo deudores quien primero lo mostró. Por eso está escrito en cierto lugar: Si te sientas a cenar en la mesa de un poderoso, entiende sabiamente lo que se te ofrece: y extiende tu mano, sabiendo que tales cosas debes preparar (Prov. XXIII, 1, 2, según LXX). Sabéis qué es la mesa del poderoso; allí está el cuerpo y la sangre de Cristo: quien se acerca a tal mesa, prepare tales cosas. ¿Y qué es, prepare tales cosas? Como él puso su vida por nosotros, así también nosotros debemos, para edificar al pueblo y afirmar la fe, poner nuestras vidas por los hermanos. Por eso a Pedro, a quien quería hacer buen pastor, no en el mismo Pedro, sino en su cuerpo dijo: Pedro, ¿me amas? apacienta mis ovejas. Esto una vez, esto dos veces, esto tres veces hasta su tristeza. Y cuando el Señor le preguntó tanto como juzgó necesario, para que confesara tres veces quien lo había negado tres veces, y le encomendó sus ovejas para apacentar por tercera vez; le dijo: Cuando eras joven, te ceñías, y andabas donde querías: pero cuando envejezcas, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará donde no quieras. Y el Evangelista explicó lo que el Señor dijo: Esto dijo, significando con qué muerte glorificaría a Dios (Juan XXI, 15-19). Por lo tanto, se refiere a esto, Apacienta mis ovejas: para que pongas tu vida por mis ovejas.

3. Ya aquello que dice, "Como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre", ¿quién no lo sabe? Pues Él conoce al Padre por sí mismo, nosotros por Él. Porque Él lo conoce por sí mismo, nosotros lo sabemos: porque también nosotros por Él, también esto lo sabemos; porque también esto lo sabemos por Él. Él mismo dijo: "A Dios nadie lo ha visto jamás, sino el Hijo unigénito que está en el seno del Padre; Él lo ha dado a conocer" (Juan 1, 18). Por tanto, también nosotros por Él, a quien lo ha dado a conocer. Asimismo, en otro lugar dice: "Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre lo conoce nadie, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo" (Mateo 11, 27). Así como Él conoce al Padre por sí mismo, nosotros conocemos al Padre por Él; así entra en el redil por sí mismo, y nosotros por Él. Decíamos que tenemos la puerta a vosotros por Cristo; ¿por qué? Porque predicamos a Cristo. Nosotros predicamos a Cristo; y por eso entramos por la puerta. Cristo, sin embargo, predica a Cristo, porque se predica a sí mismo; y por eso el pastor entra por sí mismo. La luz, cuando muestra otras cosas que se ven en la luz, ¿acaso necesita de algo más para ser mostrada? La luz, por tanto, muestra tanto otras cosas como a sí misma. Todo lo que entendemos, lo entendemos con el intelecto; y el mismo intelecto, ¿cómo lo entendemos sino con el intelecto? ¿Acaso con el ojo de la carne ves otras cosas y a él mismo? Aunque los hombres ven con sus ojos, no ven sus propios ojos. El ojo de la carne ve otras cosas, no puede verse a sí mismo: el intelecto, sin embargo, entiende tanto otras cosas como a sí mismo. Así como el intelecto se ve a sí mismo, así también Cristo se predica a sí mismo. Si se predica a sí mismo, y predicándose entra en ti, entra en ti por sí mismo. Y hacia el Padre Él es la puerta;

porque no hay manera de llegar al Padre, sino por Él. Porque hay un solo Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Timoteo 2, 5). Muchas cosas se dicen con la palabra: estas mismas que he dicho, ciertamente las he dicho con la palabra. Si quiero decir también la misma palabra, ¿cómo lo digo, sino con la palabra? Y por tanto, por la palabra se dicen otras cosas, que no son lo que la palabra; y la misma palabra no puede ser dicha, sino por la palabra. Con la ayuda del Señor hemos abundado en ejemplos. Tened, por tanto, cómo el Señor Jesucristo es tanto la puerta como el pastor: puerta al abrirse, pastor al entrar por sí mismo. Y ciertamente, hermanos, lo que es pastor, lo ha dado también a sus miembros: pues también Pedro es pastor, y Pablo es pastor, y los demás apóstoles son pastores, y los buenos obispos son pastores. Sin embargo, ninguno de nosotros se llama a sí mismo puerta; esto lo ha reservado para sí mismo, por donde entran las ovejas. De hecho, el apóstol Pablo cumplía con el oficio de buen pastor cuando predicaba a Cristo, porque entraba por la puerta. Pero cuando las ovejas indisciplinadas comenzaron a hacer cismas, y a poner otras puertas para sí mismas, no para entrar y congregarse, sino para errar y dividirse, diciendo algunos, "Yo soy de Pablo"; otros, "Yo soy de Cefas"; otros, "Yo soy de Apolo"; otros, "Yo soy de Cristo": al espantarse de aquellos que decían, "Yo soy de Pablo", como clamando a las ovejas, "¡Miserables, ¿a dónde vais? no soy la puerta: ¿Acaso fue Pablo crucificado por vosotros? ¿o en el nombre de Pablo fuisteis bautizados?" (1 Corintios 1, 12-13). Pero los que decían, "Yo soy de Cristo", habían encontrado la puerta.

4. Sobre un solo redil y un solo pastor, ya soléis oír con frecuencia: pues hemos recomendado mucho un solo redil, predicando la unidad, para que todas las ovejas entren por Cristo, y ninguna siga a Donato. Sin embargo, de dónde dijo esto propiamente el Señor, se muestra claramente. Pues hablaba entre los judíos, y había sido enviado a los mismos judíos, no por algunos pertinaces en su odio inmenso y perseverantes en las tinieblas, sino por algunos en el mismo pueblo que llama sus ovejas: de quienes dice, "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel" (Mateo 15, 24). También los conocía en la multitud de los furiosos, y los preveía en la paz de los creyentes. ¿Qué significa, "No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel", sino que no mostró su presencia corporal sino al pueblo de Israel? A los gentiles no fue Él mismo, sino que envió: al pueblo de Israel, sin embargo, tanto envió como vino Él mismo; para que quienes lo despreciaban, recibieran un juicio mayor, porque también se les mostró su presencia. El mismo Señor estuvo allí, allí eligió a su madre; allí quiso ser concebido, allí nacer, allí derramar su sangre; allí están sus huellas, ahora adoradas, donde finalmente estuvo, de donde ascendió al cielo: a los gentiles, sin embargo, envió.

5. Pero tal vez alguien piense que, puesto que no vino Él mismo a nosotros, sino que envió a nosotros, no hemos escuchado su voz, sino la voz de aquellos a quienes envió. ¡Lejos de nosotros! Que se aleje este pensamiento de vuestros corazones: y en aquellos a quienes envió, Él mismo estaba. Escucha al mismo Pablo a quien envió; pues a los gentiles especialmente envió a Pablo como apóstol: y dice el mismo Pablo, no aterrorizando de sí mismo, sino de Él, "¿Queréis recibir prueba de que Cristo habla en mí?" (2 Corintios 13, 3). Escuchad también al mismo Señor. "Y tengo otras ovejas", es decir, entre los gentiles: "que no son de este redil", es decir, del pueblo de Israel: "también a ellas debo traer". Por tanto, también por sus enviados no es otro quien trae. Escucha aún: "Oirán mi voz". He aquí que también por sus enviados Él mismo habla, y por aquellos a quienes envía se escucha su voz. Para que haya un solo redil y un solo pastor. A estos dos rebaños, como a dos paredes, se ha convertido en la piedra angular (Efesios 2, 11-22). Por tanto, es tanto la puerta como la piedra angular: todo por similitud, nada de esto propiamente.

6. Ya he dicho, y lo he recomendado vehementemente, y quienes lo entienden lo captan, más bien quienes lo captan lo entienden; y quienes aún no lo entienden con el intelecto, que lo mantengan con fe lo que aún no pueden entender. Por similitud, Cristo es muchas cosas que no es por propiedad. Por similitud, Cristo es la Roca, y la puerta es Cristo, y la piedra angular es Cristo, y el pastor es Cristo, y el cordero es Cristo, y el león es Cristo. ¡Cuántas cosas por similitudes, y otras, que sería largo enumerar! Pero si examinas las propiedades de las cosas que has acostumbrado a ver; no es roca, porque no es duro ni insensible; no es puerta, porque no fue hecho por un carpintero; no es piedra angular, porque no fue compuesto por un constructor; no es pastor, porque no es guardián de ovejas cuadrúpedas; no es león, porque no es una fiera; no es cordero, porque no es un rebaño. Todo esto, por tanto, es por similitud. ¿Qué es, entonces, propiamente? "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios". ¿Qué del hombre que apareció? "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Juan 1, 1, 14).

7. Escucha también lo demás. "Por eso me ama el Padre", dice; "porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar". ¿Qué dice? "Por eso me ama el Padre: porque muero para resucitar". Pues con gran peso se ha dicho, "yo: Porque yo pongo", dice, "pongo mi vida, yo la pongo". ¿Qué significa, "yo pongo"? Yo la pongo: que no se gloríen los judíos; pudieron ser feroces, no pudieron tener poder: que sean feroces cuanto puedan; si yo no quisiera poner mi vida, ¿qué harían siendo feroces? Con una respuesta fueron derribados: cuando se les dijo, "¿A quién buscáis?" dijeron, "A Jesús"; y Él les dijo, "Yo soy": retrocedieron y cayeron (Juan 18, 4-6). Los que cayeron ante una sola palabra de Cristo que iba a morir, ¿qué harán bajo la voz del que juzga? "Yo, yo", digo, "pongo mi vida, para volverla a tomar". Que no se gloríen los judíos, como si hubieran prevalecido; Él mismo puso su vida. "Yo dormí", dice. Conocéis el Salmo: "Yo dormí, y tomé sueño; y me levanté, porque el Señor me sostendrá" (Salmo 3, 6). Ahora se ha leído ese mismo Salmo, ahora lo hemos escuchado: "Yo dormí, y tomé sueño; y me levanté, porque el Señor me sostendrá". ¿Qué significa, "Yo dormí"? Porque quise, dormí. ¿Qué significa, "dormí"? Morí. ¿No durmió, quien cuando quiso, se levantó del sepulcro como de un lecho? Pero ama dar gloria al Padre, para edificarnos a dar gloria al Creador. Pues lo que añadió, "me levanté, porque el Señor me sostendrá"; ¿pensáis aquí que su poder falló, para que pudiera morir por su poder, pero no pudiera resucitar por su poder? Pues así parecen sonar las palabras no entendidas con atención, "Yo dormí"; es decir, porque quise, dormí. "Y me levanté": ¿por qué? Porque el Señor me sostendrá. ¿Qué, acaso no podrías resucitar por ti mismo? Si no pudieras, no dirías, "Tengo poder para poner mi vida, y tengo poder para volverla a tomar". Escucha en otro lugar en el Evangelio, que no solo el Padre resucitó al Hijo, sino también el Hijo a sí mismo. "Destruid", dice, "este templo, y en tres días lo levantaré". Y el evangelista: "Pero Él hablaba del templo de su cuerpo" (Juan 2, 19, 21). Pues lo que se levantaba era lo que moría. Porque el Verbo no murió, esa alma no murió. Si ni siquiera la tuya muere, ¿la del Señor moriría?

8. ¿Cómo sé, dices, si la mía no muere? Que no sea matada por ti, y no morirá. ¿Cómo, dices, puedo yo matar mi alma? Para no mencionar otros pecados por ahora, "La boca que miente, mata el alma" (Sabiduría 1, 11). ¿Cómo, dices, estoy seguro de que no muere? Escucha al mismo Señor dando seguridad al siervo: "No temáis a los que matan el cuerpo, y después no tienen qué hacer". Pero claramente, ¿qué dice? "Temed a aquel que tiene poder para matar tanto el cuerpo como el alma en el infierno" (Mateo 10, 28, y Lucas 12, 4-5). He aquí que muere, he aquí que no muere. ¿Qué es morir para ella? ¿Qué es morir para tu carne? Morir para tu carne es perder su vida: morir para tu alma es perder su vida. La vida de tu carne, tu alma: la vida de tu alma, tu Dios. Así como la carne muere al perder el alma, que es su vida; así muere el alma al perder a Dios, que es su vida. Por tanto, ciertamente el alma es inmortal.

Claramente inmortal, porque vive incluso muerta. Pues lo que el Apóstol dijo de la viuda que se entrega a los placeres, también puede decirse del alma, si pierde a su Dios, "Viviendo está muerta" (1 Timoteo 5, 6).

9. ¿Cómo, entonces, pone su vida el Señor? Hermanos, busquemos esto con un poco más de atención. No nos apremia la hora que suele ser en el día del Señor: tenemos tiempo, que lo aprovechen quienes también hoy se reúnen para la palabra de Dios. "Pongo", dice, "mi vida". ¿Quién la pone? ¿Qué pone? ¿Qué es Cristo? Verbo y hombre. No solo hombre como solo carne: sino que, porque es hombre, consta de carne y alma, pero todo el hombre en Cristo. Pues no habría asumido la parte inferior y habría dejado la parte superior: porque ciertamente la parte superior del hombre es el alma más que el cuerpo. Porque, por tanto, todo el hombre en Cristo, ¿qué es Cristo? Verbo, digo, y hombre. ¿Qué es Verbo y hombre? Verbo, alma y carne. Tened esto, porque no faltaron herejes incluso en esta sentencia, ya expulsados hace tiempo por la verdad católica: pero sin embargo, como ladrones y salteadores que no entran por la puerta, no cesan de acechar al redil. Los herejes apolinaristas fueron llamados, quienes se atrevieron a dogmatizar que Cristo no es sino Verbo y carne: sostienen que no asumió un alma humana. Pues algunos de ellos no pudieron negar que había un alma en Cristo. Ved la absurda y no soportable locura. Cuando quisieron que tuviera un alma irracional, negaron que fuera racional: le dieron un alma de bestia, le quitaron la del hombre. Pero ellos le quitaron a Cristo la razón, no manteniendo la razón. Lejos de nosotros esto, alimentados y fundados en la fe católica. Por esta ocasión, he advertido a vuestra Caridad, para que como en las lecturas anteriores os hemos instruido suficientemente contra los sabellianos y arrianos; los sabellianos que dicen, Él mismo es el Padre que el Hijo; los arrianos que dicen, Otra cosa es el Padre, otra cosa es el Hijo, como si no fueran de la misma sustancia el Padre y el Hijo: también os hemos instruido, tanto como recordáis, y debéis recordar, contra los herejes fotinianos, que dijeron que Cristo es solo hombre sin Dios; contra los maniqueos, que dijeron que es solo Dios sin hombre: por esta ocasión, os instruimos sobre el alma también contra los apolinaristas, que dicen que nuestro Señor Jesucristo no tuvo un alma humana, es decir, un alma racional, un alma inteligente, un alma, digo, en la que nos diferenciamos de la bestia, que somos hombres.

10. ¿Cómo, entonces, dijo aquí el Señor, "Tengo poder para poner mi vida"? ¿Quién pone su vida, y la vuelve a tomar? ¿Cristo, por ser Verbo, pone su vida, y la vuelve a tomar? ¿O por ser alma humana, ella misma se pone, y ella misma se vuelve a tomar? ¿O por ser carne, la carne pone su vida, y la vuelve a tomar? He propuesto tres cosas, consideremos todas, y elijamos lo que conviene a la regla de la verdad. Pues si decimos que el Verbo de Dios puso su vida, y la volvió a tomar; es de temer que entre un pensamiento errado, y se nos diga: ¿Entonces alguna vez esa alma fue separada del Verbo, y alguna vez ese Verbo, desde que asumió esa alma, estuvo sin alma? Pues veo que estuvo sin alma humana el Verbo, pero cuando en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Desde que el Verbo se hizo carne, para habitar entre nosotros (Juan 1, 1, 14), y fue asumido por el Verbo el hombre, es decir, todo el hombre, alma y carne; ¿qué hizo la pasión, qué hizo la muerte, sino separar el cuerpo del alma? Pero no separó el alma del Verbo. Pues si el Señor murió, más bien porque el Señor murió; murió por nosotros en la cruz; sin duda su carne exhaló el alma: por un breve tiempo el alma dejó la carne, pero con el regreso del alma resucitaría. Sin embargo, no digo que el alma fue separada del Verbo. A la alma del ladrón le dijo: "Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lucas 23, 43). ¿No abandonaba al alma fiel del ladrón, y abandonaba la suya? Lejos de nosotros: sino que como Señor guardó la de aquel, y la suya la tuvo inseparablemente. Pero si decimos que ella misma se puso, y ella misma se

volvió a tomar, es un sentido absurdísimo: pues no podía separarse de sí misma lo que no estaba separado del Verbo.

11. Digamos, pues, lo que es verdad y lo que se puede entender fácilmente. He aquí que cualquier hombre no está compuesto de Verbo, alma y carne, sino de alma y carne: preguntemos a este hombre cómo pone su alma cualquier hombre. ¿Acaso ningún hombre puede poner su alma? Puedes decirme: Ningún hombre tiene el poder de poner su alma y volver a tomarla. Si el hombre no pudiera poner su alma, no diría el apóstol Juan: "Así como Cristo puso su alma por nosotros, así también nosotros debemos poner nuestras almas por los hermanos" (1 Juan 3, 16). Por lo tanto, también nosotros podemos (si nos llenamos de su virtud, porque sin Él nada podemos hacer) poner nuestras almas por los hermanos. Cuando cualquier mártir santo puso su alma por los hermanos, ¿quién la puso y cómo la puso? Si entendemos esto, veremos allí cómo fue dicho por Cristo: "Tengo el poder de poner mi alma". Oh hombre, ¿estás preparado para morir por Cristo? Preparado, dice. Lo diré con otras palabras. ¿Estás preparado para poner tu alma por Cristo? Y a estas palabras me responde así: Estoy preparado; de la misma manera que me respondió cuando le dije: ¿Estás preparado para morir? Por lo tanto, poner el alma es morir. Pero, ¿por qué hay lucha en esto? Pues todos los hombres, cuando mueren, ponen su alma; pero no todos la ponen por Cristo. Y nadie tiene el poder de tomar lo que ha puesto: Cristo, sin embargo, la puso por nosotros, y cuando quiso, la puso; y cuando quiso, la tomó. Poner el alma, entonces, es morir. Así también el apóstol Pedro dijo al Señor: "Pondré mi alma por ti" (Juan 13, 37): es decir, moriré por ti. Atribúyelo a la carne: la carne pone su alma, y la carne la toma de nuevo; no obstante, no por su propio poder la carne, sino por el poder de quien habita en la carne: la carne, entonces, pone su alma exhalando. Mira al mismo Señor en la cruz; dijo: "Tengo sed"; los que estaban allí empaparon una esponja en vinagre, la ataron a una caña y la acercaron a su boca; cuando la hubo tomado, dijo: "Está cumplido": ¿qué significa "Está cumplido"? Se han cumplido todas las cosas que habían sido profetizadas sobre mí antes de la muerte. Y porque tenía el poder de poner su alma cuando quisiera; después de haber dicho: "Está cumplido", ¿qué dice el Evangelista? "E inclinando la cabeza, entregó el espíritu" (Juan 19, 28-30). Esto es poner el alma. Ahora aquí preste atención vuestra Caridad. Inclinando la cabeza, entregó el espíritu. ¿Quién lo entregó? ¿qué entregó? Entregó el espíritu, la carne lo entregó. ¿Qué significa que la carne lo entregó? La carne lo emitió, la carne lo exhaló. Por eso se dice exhalar, hacerse fuera del espíritu. Así como es exiliarse, hacerse fuera del suelo; desviarse, hacerse fuera de la órbita: así exhalar, hacerse fuera del espíritu; el cual espíritu es el alma. Cuando, por lo tanto, el alma sale de la carne, y la carne queda sin alma, entonces se dice que el hombre pone su alma. ¿Cuándo puso Cristo su alma? Cuando el Verbo quiso. Pues el principado estaba en el Verbo; allí estaba el poder de cuándo la carne pondría el alma, y cuándo la tomaría.

12. Si, por lo tanto, la carne puso el alma, ¿cómo puso Cristo el alma? ¿No es acaso la carne Cristo? Sí, ciertamente, y la carne es Cristo, y el alma es Cristo, y el Verbo es Cristo: sin embargo, estas tres cosas no son tres Cristos, sino un solo Cristo. Pregunta al hombre, y, de ti mismo, haz un paso hacia las cosas que están por encima de ti, y si aún no se pueden entender, al menos deben ser creídas. Pues así como un hombre es uno con alma y cuerpo; así es uno Cristo con Verbo y hombre. Vean lo que he dicho, y entiendan. El alma y el cuerpo son dos cosas, pero un solo hombre: el Verbo y el hombre son dos cosas, pero un solo Cristo. Por lo tanto, pregunta sobre el hombre. ¿Dónde está ahora el apóstol Pablo? Si alguien responde, En descanso con Cristo; dice la verdad. También si alguien responde, En Roma en el sepulcro; y él también dice la verdad. Eso me responde sobre el alma, esto sobre su carne. Sin embargo, no por eso decimos que hay dos apóstoles Pablo; uno que descansa en Cristo, otro que está en el sepulcro: aunque decimos que el apóstol Pablo vive en Cristo, y el mismo

apóstol Pablo decimos que yace muerto en el sepulcro. Muere alguien, decimos, Buen hombre, hombre fiel, está en paz con el Señor: y de inmediato, Vamos a sus exequias, y sepultémoslo. Vas a sepultar a aquel que ya habías dicho que está en paz con Dios: cuando una cosa es el alma que vive inmortalmente, otra cosa es el cuerpo que yace corruptiblemente. Pero desde que la asociación de carne y alma recibió el nombre de hombre, ya sea individualmente o separadamente, cualquiera de ellos ha mantenido el nombre de hombre.

13. Por lo tanto, nadie titubee cuando oye al Señor decir: "Pongo mi alma, y la tomo de nuevo". La pone la carne, pero por el poder del Verbo: la toma la carne, pero por el poder del Verbo. Y el mismo Señor Cristo fue llamado solo carne. ¿Cómo, dices, lo pruebas? Me atrevo a decir, y solo la carne de Cristo fue llamada Cristo. Ciertamente creemos no solo en Dios Padre, sino también en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor: ahora lo he dicho todo, en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor. Entiende todo allí, tanto el Verbo, como el alma, como la carne. Pero ciertamente confiesas también lo que tiene la misma fe, que crees en ese Cristo que fue crucificado y sepultado. Por lo tanto, tampoco niegas que Cristo fue sepultado: y sin embargo, solo la carne fue sepultada. Pues si allí estaba el alma, no estaba muerto: pero si era una verdadera muerte, para que su resurrección sea verdadera, estaba sin alma en el sepulcro; y sin embargo, Cristo fue sepultado. Por lo tanto, Cristo era también carne sin alma, porque no fue sepultada sino la carne. Aprende esto también en las palabras apostólicas. "Tened en vosotros", dice, "el mismo sentir que hubo en Cristo Jesús: quien, siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse. ¿Quién, sino Cristo Jesús, en cuanto a lo que es el Verbo, Dios con Dios? Pero mira lo que sigue: "Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo; hecho a semejanza de los hombres, y hallado en condición de hombre". ¿Y quién es este, sino el mismo Cristo Jesús? Pero aquí ya están todas las cosas, y el Verbo en forma de Dios, que tomó forma de siervo; y el alma y la carne en forma de siervo, que fue tomada de la forma de Dios. Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte (Filipenses 2, 6-8). Ya en la muerte solo la carne fue asesinada por los judíos. Pues si dijo a los discípulos: "No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma" (Mateo 10, 28); ¿acaso pudieron en él más que matar el cuerpo? Y sin embargo, con la carne muerta, Cristo fue muerto. Así, cuando la carne puso el alma, Cristo puso el alma; y cuando la carne, para resucitar, tomó el alma, Cristo tomó el alma. Sin embargo, esto no se hizo por el poder de la carne; sino por el de aquel que asumió tanto el alma como la carne, donde estas cosas se cumplieron.

14. "Este mandamiento", dice, "recibí de mi Padre". El Verbo no recibió el mandamiento por palabra, sino que en el Verbo unigénito del Padre está todo mandamiento. Pero cuando se dice que el Hijo recibe del Padre lo que tiene sustancialmente, como se dijo: "Como el Padre tiene vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo" (Juan 5, 26), siendo el Hijo mismo la vida; no se disminuye el poder, sino que se muestra su generación. Pues el Padre no añadió algo a ese hijo que nació imperfecto; sino que al que engendró perfecto, le dio todo al engendrarlo. Así le dio su igualdad, al que no engendró desigual. Pero estas cosas, mientras el Señor hablaba, porque la luz brillaba en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan 1, 5), "Se produjo de nuevo una disensión entre los judíos por estas palabras". Y muchos de ellos decían: "Tiene demonio, y está loco; ¿por qué le escucháis?" Estas eran tinieblas densísimas. Otros decían: "Estas palabras no son de un endemoniado; ¿acaso puede un demonio abrir los ojos de los ciegos?" Ya los ojos de estos comenzaban a abrirse.

TRACTATUS XLVIII. Desde el lugar, "Se celebraba la fiesta de la Dedicación en Jerusalén"; hasta, "Pero todo lo que dijo Juan de él, era verdad: y muchos creyeron en él". Cap. X, V. 22-42.

1. Lo que ya he recomendado a vuestra Dilección, debéis recordarlo firmemente, que el santo Juan evangelista no quiere que siempre seamos alimentados con leche, sino que nos nutramos con alimento sólido. Pero quien aún no es apto para tomar el alimento sólido de la palabra de Dios, que sea alimentado con la leche de la fe, y no dude en creer lo que no puede entender. Pues la fe es mérito, el entendimiento es recompensa. En el mismo esfuerzo de la intención suda la agudeza de nuestra mente, para que deje las impurezas de la niebla humana, y se aclare hacia la Palabra de Dios. Por lo tanto, no se rechace el esfuerzo, si hay amor: pues sabéis que quien ama no se cansa. Todo esfuerzo es pesado para los que no aman. Si la avaricia lleva tantos esfuerzos con los avaros, ¿no llevará la caridad con nosotros?

2. Prestad atención al Evangelio: "Se celebraba la fiesta de la Dedicación en Jerusalén". La Dedicación era la festividad de la consagración del templo. Pues en griego, καινὸν se dice nuevo, y siempre que algo nuevo ha sido consagrado, se llama Dedicación. Ya el uso tiene esta palabra: si alguien se viste con una túnica nueva, se dice que se dedica. Aquel día en que el templo fue consagrado, los judíos lo celebraban solemnemente: ese día festivo se celebraba cuando el Señor habló lo que se ha leído.

3. Era invierno. Y Jesús andaba en el templo en el pórtico de Salomón. Entonces lo rodearon los judíos, y le decían: "¿Hasta cuándo nos tienes en suspenso? Si tú eres el Cristo, dínoslo claramente". No deseaban la verdad, sino que preparaban una calumnia. Era invierno, y estaban fríos: eran perezosos para acercarse a aquel fuego divino. Pero acercarse es creer: quien cree, se acerca; quien niega, se aleja. El alma no se mueve con los pies, sino con los afectos. Se habían enfriado en el amor de la caridad, y ardían en el deseo de hacer daño. Estaban lejos, y allí estaban: no se acercaban creyendo, y presionaban persiguiendo. Buscaban oír del Señor, "Yo soy el Cristo": y tal vez pensaban del Cristo según el hombre. Los profetas predicaron a Cristo: pero la divinidad de Cristo ni los herejes la entienden en los profetas ni en el mismo Evangelio; cuánto menos los judíos, mientras el velo está sobre su corazón (2 Corintios 3, 15). De hecho, en cierto lugar, sabiendo el Señor Jesús que ellos pensaban del Cristo según el hombre, no según Dios, según lo que era hombre, no según lo que era Dios incluso asumiendo al hombre, les dijo: "¿Qué pensáis del Cristo? ¿De quién es hijo?" Respondieron según su opinión: "De David". Pues así habían leído, y solo eso retenían: porque leían su divinidad, pero no la entendían. Pero el Señor, para suspenderlos a buscar su divinidad, de la cual despreciaban la debilidad, les respondió: "¿Cómo entonces David en el espíritu lo llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Si entonces David en el espíritu lo llama Señor, ¿cómo es su hijo?" (Mateo 22, 42-45). No lo negó, sino que lo preguntó. No sea que alguien al oír esto, piense que el Señor Jesús negó ser hijo de David. Si el Señor Cristo negara ser hijo de David, no iluminaría a los ciegos que así lo invocaban. Pues pasaba en cierta ocasión, y dos ciegos sentados junto al camino clamaron: "Ten misericordia de nosotros, hijo de David". Al oír esta voz, se compadeció; se detuvo, sanó, dio luz; porque reconoció el nombre. También dice el apóstol Pablo: "Que fue hecho de la simiente de David según la carne" (Romanos 1, 3): y a Timoteo: "Acuérdate de Jesucristo resucitado de los muertos, de la simiente de David según mi Evangelio" (2 Timoteo 2, 8). Porque María virgen descendía de la simiente de David, de allí el Señor de la simiente de David.

4. Esto buscaban los judíos de Cristo, para que si decía, "Yo soy el Cristo", según lo que ellos solo pensaban de la simiente de David, lo calumniaran por arrogarse el poder real. Más es lo que les respondió: ellos querían calumniar sobre el hijo de David, él respondió que era el Hijo de Dios. ¿Y cómo? Escuchad: Jesús les respondió: "Os lo digo, y no creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre, estas dan testimonio de mí: pero vosotros no creéis, porque no

sois de mis ovejas". Ya antes (en el Tratado 45) aprendisteis qué son las ovejas: sed ovejas. Las ovejas son creyendo, las ovejas son siguiendo al pastor, las ovejas son no despreciando al redentor, las ovejas son entrando por la puerta, las ovejas son saliendo y encontrando pastos, las ovejas son disfrutando de la vida eterna. ¿Cómo entonces les dijo a estos: "No sois de mis ovejas"? Porque los veía predestinados a la eterna perdición, no comprados con el precio de su sangre para la vida eterna.

5. "Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen: y yo les doy vida eterna". He aquí los pastos. Si recordáis, antes había dicho: "Y entrará, y saldrá, y hallará pastos". Entramos creyendo, salimos muriendo. Pero así como entramos por la puerta de la fe, así salgamos fieles del cuerpo: pues así salimos por la misma puerta, para que podamos encontrar pastos. Buenos pastos, se dice vida eterna: allí ninguna hierba se seca, todo es verde, todo florece. Suele decirse de cierta hierba siempre viva: allí solo se encuentra vivir. "Les daré vida eterna", dice, "a mis ovejas". Vosotros buscáis calumnias porque pensáis en la vida presente.

6. "Y no perecerán jamás": entiendes, como si les hubiera dicho, Vosotros pereceréis para siempre, porque no sois de mis ovejas. "Nadie las arrebatará de mi mano". Recibid esto con más atención: "Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos". ¿Qué puede el lobo? ¿qué puede el ladrón y el salteador? No pierden sino a los predestinados a la perdición. Pero de aquellas ovejas, de las que dice el Apóstol: "Conoce el Señor a los que son suyos" (2 Timoteo 2, 19); y, "A los que antes conoció, también los predestinó; y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó" (Romanos 8, 29, 30): de estas ovejas ni el lobo arrebata, ni el ladrón roba, ni el salteador mata. Está seguro del número de ellas, quien por ellas sabe lo que dio. Y esto es lo que dice: "Nadie las arrebatará de mi mano": y también al Padre, "Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos". ¿Qué dio el Padre al Hijo mayor que todos? Que él mismo le fuera unigénito Hijo. ¿Qué es entonces, dio? ¿ya existía a quien dar, o dio engendrando? Pues si existía a quien dar para que fuera Hijo, alguna vez existió, y no era Hijo: Lejos esté que alguna vez el Señor Cristo haya sido, y no haya sido Hijo. De nosotros esto puede decirse: alguna vez éramos hijos de los hombres, no éramos hijos de Dios. Pues a nosotros la gracia nos hizo hijos de Dios, a él la naturaleza, porque así nació. Y no es que digas, No era antes de nacer: nunca no nació, quien era coeterno al Padre. Quien lo entienda, que lo capte; quien no lo capte, que crea, que se nutra, y lo captará. La Palabra de Dios siempre con el Padre, y siempre Palabra: y porque es Palabra, por eso Hijo. Siempre, por lo tanto, Hijo, y siempre igual. No es creciendo, sino naciendo igual, quien siempre nació del Padre Hijo, de Dios Dios, de eterno coeterno. Pero el Padre no es Dios del Hijo: el Hijo es Dios del Padre; por eso el Padre al engendrar le dio que fuera Dios, al engendrar le dio que fuera coeterno a él, al engendrar le dio que fuera igual a él. Esto es lo que es mayor que todos. ¿Cómo es el Hijo vida, y teniendo vida el Hijo? Lo que tiene, eso es: tú eres una cosa, otra cosa tienes. Por ejemplo, tienes sabiduría; ¿acaso eres tú la misma sabiduría? Pues porque no eres tú mismo lo que tienes, si pierdes lo que tienes, vuelves a no tener: y a veces lo retomas, a veces lo pierdes. Así como nuestro ojo no tiene inseparablemente la luz en sí mismo; se abre y la capta, se cierra y la pierde. No así es el Hijo de Dios, no así es la Palabra del Padre; no así es la Palabra que no pasa sonando, sino que permanece naciendo. Así tiene sabiduría, que él mismo es sabiduría, y hace sabios; así tiene vida, que él mismo es vida, y hace vivientes. Esto es lo que es mayor que todos. El mismo Juan evangelista miró el cielo y la tierra, queriendo hablar del Hijo de Dios; miró, y lo trascendió. Pensó más allá del cielo en millares de ejércitos de ángeles, pensó y trascendió todo, como el águila las nubes, así su mente la criatura: trascendió todas las cosas grandes, llegó a aquello que es mayor que todos; y dijo: "En el principio era el Verbo" (Juan 1, 1). Pero porque aquel de quien es el Verbo no es del

Verbo, el Verbo es de aquel de quien es Verbo; por eso dice: "Lo que me dio el Padre", es decir, que sea su Verbo, que sea su unigénito Hijo, que sea el resplandor de su luz, "es mayor que todos". Por eso, "Nadie arrebata", dice, "mis ovejas de mi mano. Nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre".

7. De mi mano, y de la mano de mi Padre: ¿qué significa esto, Nadie arrebata de mi mano, y, Nadie arrebata de la mano de mi Padre? ¿Acaso es una sola mano la del Padre y del Hijo, o tal vez el mismo Hijo es la mano de su Padre? Si entendemos por mano el poder, el poder del Padre y del Hijo es uno; porque la divinidad es una: pero si entendemos por mano, como se dijo por el profeta, ¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor? (Isaías 53, 1), la mano del Padre es el mismo Hijo. Esto no se dice como si Dios tuviera forma humana y miembros corporales, sino porque por Él fueron hechas todas las cosas. Pues los hombres suelen decir que otras personas son sus manos, por medio de las cuales hacen lo que desean. A veces también se llama obra de un hombre a lo que se hace por su mano: como se dice que alguien reconoce su mano cuando reconoce lo que ha escrito. Por tanto, cuando de muchas maneras se dice mano del hombre, que propiamente tiene mano en los miembros de su cuerpo, ¿cuánto más no debe entenderse de una sola manera cuando se lee mano de Dios, que no tiene forma corporal alguna? Por lo tanto, mejor entendemos en este lugar la mano del Padre y del Hijo como el poder del Padre y del Hijo; no sea que, al aceptar aquí que la mano del Padre es el mismo Hijo, la mente carnal comience a buscar también al Hijo del mismo Hijo, a quien de igual manera crea mano de Cristo. Por lo tanto, Nadie arrebata de la mano de mi Padre; esto es, Nadie me arrebata.

8. Pero para que no titubees aún, escucha lo que sigue: Yo y el Padre somos uno. Hasta aquí los judíos pudieron tolerar: escucharon, Yo y el Padre somos uno, y no lo soportaron; y, como de costumbre, duros, corrieron a las piedras. Tomaron piedras para apedrearlo. El Señor, porque no sufría lo que no quería sufrir, y no sufrió sino lo que quiso sufrir, aún hablando con ellos deseando apedrearlo. «Los judíos levantaron piedras para apedrearlo. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis? Y ellos respondieron: No te apedreamos por una buena obra, sino por blasfemia, y porque tú, siendo hombre, te haces Dios.» Respondieron esto a lo que había dicho, Yo y el Padre somos uno. He aquí que los judíos entendieron lo que no entienden los arrianos. Pues se enojaron porque sintieron que no se puede decir, Yo y el Padre somos uno, sino donde hay igualdad del Padre y del Hijo.

9. Pero ved qué respondió el Señor a los tardos. Vio que no soportaban el esplendor de la verdad, y lo moderó en palabras. ¿No está escrito en vuestra Ley, es decir, dada a vosotros, que yo dije, Sois dioses? Dios dice por el Profeta en el Salmo a los hombres: Yo dije, Sois dioses (Salmo 81, 6). Y el Señor llamó Ley en general a todas esas Escrituras: aunque en otro lugar la llama especialmente Ley, distinguiéndola de los Profetas; como es, La Ley y los Profetas hasta Juan (Lucas 16, 16); y, De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los Profetas (Mateo 22, 40). Pero a veces distribuye esas mismas Escrituras en tres, donde dice: Era necesario que se cumpliera todo lo que está escrito en la Ley, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí (Lucas 24, 44). Ahora bien, llamó a los Salmos también con el nombre de Ley, donde está escrito: Yo dije, Sois dioses. Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios, y no puede ser quebrantada la Escritura: ¿a quien el Padre santificó y envió al mundo, decís vosotros, Porque blasfemas; porque dije, Soy Hijo de Dios? Si la palabra de Dios vino a los hombres para que fueran llamados dioses, ¿cómo no es Dios el mismo Verbo de Dios que está con Dios? Si por la palabra de Dios los hombres se hacen dioses, si participando se hacen dioses, ¿de dónde participan no es Dios? Si las luces iluminadas son

dioses, ¿la luz que ilumina no es Dios? Si calentados de algún modo por el fuego salvador se hacen dioses, ¿de dónde se calientan no es Dios? Te acercas a la luz y te iluminas, y eres contado entre los hijos de Dios; si te alejas de la luz, te oscureces, y eres contado entre las tinieblas: sin embargo, esa luz no se acerca a sí misma, porque no se aleja de sí misma. Si, por tanto, la palabra de Dios os hace dioses, ¿cómo no es Dios el Verbo de Dios? El Padre, por tanto, santificó a su Hijo, y lo envió al mundo. Tal vez alguien diga: Si el Padre lo santificó, ¿entonces alguna vez no fue santo? Lo santificó, como lo engendró. Pues para que fuera santo, al engendrarle le dio, porque lo engendró santo. Pues si lo que se santifica, antes no era santo; ¿cómo decimos al Padre Dios, Santificado sea tu nombre (Mateo 6, 9)?

10. Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis: pero si las hago, y si no queréis creerme a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en él. No dice así el Hijo, el Padre está en mí, y yo en él, como pueden decir los hombres. Pues si bien pensamos, estamos en Dios; y si bien vivimos, Dios está en nosotros: los fieles participando de su gracia, iluminados por él, estamos en él, y él en nosotros. Pero no así el unigénito Hijo: él en el Padre, y el Padre en él, como igual en aquel a quien es igual. Por último, nosotros alguna vez podemos decir, Estamos en Dios, y Dios en nosotros: Yo y Dios somos uno, ¿acaso podemos decir? Estás en Dios, porque Dios te contiene; Dios está en ti, porque te has hecho templo de Dios: pero ¿acaso porque estás en Dios, y Dios está en ti, puedes decir, Quien me ve, ve a Dios: como dijo el Unigénito, Quien me ha visto, ha visto al Padre (Juan 14, 9); y, Yo y el Padre somos uno? Reconoce lo propio del Señor, y el don del siervo. Lo propio del Señor, es la igualdad con el Padre: el don del siervo, es la participación del Salvador.

11. Por tanto, buscaban prenderlo. Ojalá lo hubieran prendido, pero creyendo y entendiendo, no enfureciéndose y matando. Pues ahora, hermanos míos, cuando hablo tales cosas, débil en lo fuerte, pequeño en lo grande, frágil en lo sólido, y vosotros como de la misma masa de donde soy yo, y yo mismo que os hablo, todos juntos queremos prender a Cristo. ¿Qué es prender? Entendiste, prendiste. Pero no así los judíos: tú prendiste para tener, ellos querían prender para no tener. Y porque así querían prender, ¿qué les hizo? Salió de sus manos. No lo prendieron, porque no tenían las manos de la fe. El Verbo se hizo carne: pero no era gran cosa para el Verbo, sacar su carne de las manos de la carne. Prender con la mente al Verbo, esto es prender rectamente a Cristo.

12. Y se fue de nuevo al otro lado del Jordán, al lugar donde Juan bautizaba al principio, y se quedó allí. Y muchos vinieron a él, y decían: Porque Juan no hizo ningún signo. Recordáis que se os dijo de Juan, que era lámpara, y daba testimonio del día (Juan 5, 35, 33). ¿Qué dijeron entonces estos entre sí, Juan no hizo ningún signo? Ningún, dicen, milagro mostró Juan: no expulsó demonios, no quitó fiebre, no iluminó ciegos, no resucitó muertos, no alimentó a tantas miles de personas con cinco o siete panes, no caminó sobre el mar, no mandó a los vientos y las olas; nada de esto hizo Juan: y todo lo que decía, daba testimonio de este. Por la lámpara lleguemos al día. Juan no hizo ningún signo. Pero todo lo que dijo Juan de este, era verdad. He aquí quienes prendieron, no como los judíos. Los judíos querían prender al que se iba, estos prendieron al que permanecía. Por último, ¿qué sigue? Y muchos creyeron en él.

TRATADO XLIX. Desde lo que se lee, Había un hombre enfermo, Lázaro; hasta lo que dice, Se fue a la región cerca del desierto, a la ciudad llamada Efraín, y allí se quedó con sus discípulos. Cap. XI, V. 1-54.

1. Entre todos los milagros que hizo nuestro Señor Jesucristo, la resurrección de Lázaro se proclama especialmente. Pero si consideramos quién lo hizo, debemos deleitarnos más que maravillarnos. Él resucitó a un hombre, quien hizo al hombre; pues él es el Unigénito del Padre, por quien, como sabéis, fueron hechas todas las cosas. Si, por tanto, por él fueron hechas todas las cosas, ¿qué maravilla hay si uno resucitó por él, cuando tantos nacen diariamente por él? Es más crear hombres que resucitar. Sin embargo, se dignó tanto a crear como a resucitar; crear a todos, resucitar a algunos. Pues aunque el Señor Jesús hizo muchas cosas, no todas están escritas; como el mismo santo evangelista Juan testifica que el Señor Cristo dijo e hizo muchas cosas que no están escritas (Juan 20, 30): pero se eligieron las que se escribirían, que parecían suficientes para la salvación de los creyentes. Pues has oído que el Señor Jesús resucitó a un muerto: te basta saber que si quisiera, resucitaría a todos los muertos. Y esto, de hecho, lo ha reservado para el fin del mundo. Pues quien oíste que resucitó con gran milagro a un muerto de cuatro días del sepulcro, vendrá la hora, como él mismo dijo, cuando todos los que están en los sepulcros, oirán su voz y saldrán. Resucitó a uno que ya olía mal, pero aún en el cadáver que olía mal había forma de miembros; él en el último día a una sola voz restaurará las cenizas en carne. Pero era necesario que ahora hiciera algunas cosas, que dadas como indicios de su poder, creamos en él, y nos preparemos para aquella resurrección, que será para vida, no para juicio. Así dijo: Vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros, oirán su voz: y saldrán los que hicieron el bien, a resurrección de vida; los que hicieron el mal, a resurrección de juicio (Juan 5, 28, 29).

2. Sin embargo, leemos en el Evangelio que el Señor resucitó a tres muertos, y tal vez no sin razón. Pues las obras del Señor no son solo obras, sino signos. Si, por tanto, son signos, además de ser maravillosos, sin duda significan algo: encontrar el significado de esas obras es algo más laborioso que leerlas o escucharlas. Admirados escuchábamos, como si un gran espectáculo de milagro se presentara ante nuestros ojos, cuando se leía el Evangelio, cómo revivió Lázaro. Si consideramos las obras más maravillosas de Cristo, todo el que cree, resucita: si consideramos a todos, y entendemos las muertes más detestables, todo el que peca muere. Pero la muerte del cuerpo todo hombre la teme, la muerte del alma pocos. Por la muerte del cuerpo que sin duda alguna vendrá algún día, todos se preocupan para que no venga: de ahí que trabajen. Trabaja para no morir el hombre que ha de morir, y no trabaja para no pecar el hombre que ha de vivir eternamente. Y cuando trabaja para no morir, trabaja en vano; pues lo que hace es para que la muerte se difiera mucho, no para que se evite: si, en cambio, no quiere pecar, no trabajará, y vivirá eternamente. ¡Oh, si pudiéramos despertar a los hombres, y con ellos despertar juntos, para que fuéramos tales amantes de la vida permanente, como son los hombres amantes de la vida que huye! ¿Qué no hace el hombre bajo el peligro de muerte? Con la espada pendiente sobre sus cuellos, los hombres han traicionado todo lo que se reservaban para vivir. ¿Quién no traicionó inmediatamente para no ser golpeado? Y después de la traición tal vez fue golpeado. ¿Quién no, para vivir, inmediatamente quiso perder lo que tenía para vivir, eligiendo una vida mendicante que una muerte rápida? A quien se le dijo, Navega para no morir; ¿y lo pospuso? A quien se le dijo, Trabaja para no morir; ¿y fue perezoso? Dios manda cosas leves, para que vivamos eternamente; y nos negamos a obedecer. Dios no te dice, Pierde todo lo que tienes, para vivir un corto tiempo en trabajo y preocupación; sino, Da al pobre de lo que tienes, para vivir siempre sin trabajo y seguro. Nos acusan los amantes de la vida temporal, que ni cuando quieren, ni cuanto tiempo quieren la tienen: y nosotros no nos acusamos mutuamente, tan perezosos, tan tibios para alcanzar la vida eterna, que si queremos la tendremos, cuando la tengamos no la perderemos; pero esta muerte que tememos, aunque no queramos, la tendremos.

3. Si, por tanto, el Señor con su gran gracia, y su gran misericordia resucita almas, para que no muramos eternamente; bien entendemos que esos tres muertos que resucitó en los cuerpos, significan y figuran algo de las resurrecciones de las almas que se hacen por la fe: resucitó a la hija del jefe de la sinagoga aún yacente en casa (Marcos 5, 41, 42); resucitó al joven hijo de la viuda llevado fuera de las puertas de la ciudad (Lucas 7, 14, 15); resucitó a Lázaro sepultado de cuatro días. Que cada uno mire su alma: si peca, muere; el pecado es muerte del alma. Pero a veces se peca en el pensamiento. Te deleitó lo que es malo, consentiste, pecaste; ese consentimiento te mató: pero la muerte está dentro, porque el mal pensamiento aún no ha salido en acción. Significando el Señor resucitar tal alma, resucitó a aquella niña que aún no había sido llevada fuera, sino que yacía muerta en casa, como si el pecado estuviera oculto. Pero si no solo consentiste a la mala delectación, sino que también hiciste el mal; como si hubieras sacado al muerto fuera de la puerta: ya estás fuera, y muerto llevado. Sin embargo, también a este el Señor lo resucitó, y lo devolvió a su madre viuda. Si pecaste, arrepiéntete: y el Señor te resucita, y te devuelve a la Iglesia, tu madre. El tercer muerto es Lázaro. Es un tipo de muerte inmensa, se llama mala costumbre. Pues es diferente pecar, que hacer costumbre de pecar. Quien peca y se corrige inmediatamente, revive pronto: porque aún no está implicado en la costumbre, no está sepultado. Pero quien acostumbra pecar, está sepultado, y bien se dice de él, hiede: pues comienza a tener pésima fama, como un olor muy fétido. Tales son todos los acostumbrados a los crímenes, perdidos en costumbres. Le dices, No lo hagas. ¿Cuándo te escucha quien la tierra así oprime, y se corrompe en podredumbre, y se agobia con el peso de la costumbre? Sin embargo, para resucitar a este no fue menor la virtud de Cristo. Conocemos, hemos visto, diariamente vemos a hombres, que con la mala costumbre cambiada viven mejor, que viven quienes los reprendían. No desespere nadie, nadie confíe en sí mismo. Y desesperar es malo, y confiar en sí mismo. Así no desesperes, que elijas de quién debes confiar.

4. Por tanto, también resucitó el Señor a Lázaro. Habéis oído qué tipo de resurrección significa la de Lázaro. Leamos, pues; y como muchas cosas en esta lectura son manifiestas, no busquemos exposición en cada una, para tratar lo necesario. Había un hombre enfermo, Lázaro de Betania, del pueblo de María y Marta, sus hermanas. En la lectura anterior recordáis que el Señor salió de las manos de aquellos que querían apedrearlo, y se fue al otro lado del Jordán donde Juan bautizaba (Juan 10, 39, 40). Allí, pues, estando el Señor, enfermaba en Betania Lázaro, que era un pueblo cercano a Jerusalén.

5. María era la que ungió al Señor con ungüento, y le secó los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo. Enviaron, pues, sus hermanas a él, diciendo. Ya entendemos a dónde enviaron, donde estaba el Señor: pues estaba ausente, al otro lado del Jordán. Enviaron al Señor, anunciando que su hermano estaba enfermo: para que si se dignaba venir, lo librara de la enfermedad. Él se demoró en sanar, para poder resucitar. ¿Qué, pues, anunciaron sus hermanas? Señor, he aquí el que amas está enfermo. No dijeron, Ven: al amante solo le bastaba ser anunciado. No se atrevieron a decir, Ven, y sana: no se atrevieron a decir, Manda allí, y aquí se hará. Pues, ¿por qué no también estas, si la fe de aquel Centurión es alabada por eso? Dijo: No soy digno de que entres bajo mi techo, pero di solo una palabra, y mi siervo sanará (Mateo 8, 8, 10). Nada de esto estas, sino solo, Señor, he aquí el que amas está enfermo. Basta con que lo sepas; pues no amas, y abandonas. Dice alguien: ¿Cómo por Lázaro se significaba al pecador, y era así amado por el Señor? Que escuche a él diciendo, No he venido a llamar a justos, sino a pecadores (Mateo 9, 13). Pues si Dios no amara a los pecadores, no descendería del cielo a la tierra.

6. Pero Jesús, al oírlo, dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Tal glorificación de él no lo aumentó a él, sino

que nos aprovechó a nosotros. Por tanto, dijo, no es para muerte, porque esa misma muerte no era para muerte; sino más bien para el milagro, por el cual hecho creerían los hombres en Cristo, y evitarían la verdadera muerte. Ciertamente, ved cómo de manera indirecta el Señor se dijo Dios, por algunos que niegan que el Hijo sea Dios. Pues hay herejes que niegan esto, que el Hijo de Dios sea Dios. He aquí que escuchen: Esta enfermedad, dijo, no es para muerte, sino para gloria de Dios. ¿Qué gloria? ¿De qué Dios? Escucha lo que sigue: Para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. Por tanto, esta enfermedad, dijo, no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. ¿Por cuál? Por esa enfermedad.

7. Amaba Jesús a Marta, a su hermana María y a Lázaro. Él estaba enfermo, ellas tristes, todos amados: pero los amaba también el salvador de los enfermos, y aún más, el resucitador de los muertos y consolador de los tristes. Así que cuando oyó que estaba enfermo, permaneció en el mismo lugar dos días. Le avisaron, y él se quedó allí: el tiempo se prolongó hasta que se completaron cuatro días. No fue en vano, sino porque tal vez, más bien ciertamente, el número de días indica algún sacramento. Después de esto, dice de nuevo a sus discípulos: Vamos a Judea, donde casi había sido apedreado, y de donde parecía haberse ido para no ser apedreado. Se fue como hombre; pero al regresar, como olvidando la debilidad, mostró su poder. Vamos, dijo, a Judea.

8. Después de decir esto, vean cómo los discípulos se asustaron. Le dicen los discípulos: Rabí, ahora los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí? Respondió Jesús: ¿No son doce las horas del día? ¿Qué significa esta respuesta? Ellos dijeron: Ahora los judíos querían apedrearte, ¿y vuelves allí para que te apedreen? Y el Señor: ¿No son doce las horas del día? Si alguien camina de día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; pero si camina de noche, tropieza, porque no hay luz en él. Habló del día, pero en nuestra comprensión es como si aún fuera de noche. Invoquemos el día para que expulse la noche y alumbre el corazón con luz. ¿Qué quiso decir el Señor? Según me parece, según se vislumbra la profundidad de la sentencia, quiso reprochar la duda y la incredulidad de ellos. Querían aconsejar al Señor para que no muriera, quien había venido a morir para que ellos no murieran. Así también, en otro lugar, el santo Pedro, amando al Señor pero aún sin entender completamente por qué había venido, temió que muriera, y desagradó a la vida, es decir, al mismo Señor: pues cuando indicaba a los discípulos que iba a sufrir en Jerusalén a manos de los judíos, Pedro respondió entre los demás y dijo: Lejos de ti, Señor, ten piedad de ti, no sucederá esto. Y enseguida el Señor: Apártate de mí, Satanás, porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres. Y poco antes, confesando al Hijo de Dios, había merecido alabanza: pues había oído: Bienaventurado eres, Simón Bar Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos (Mat. XVI, 16-23). A quien le había dicho: Bienaventurado eres; le dice: Apártate de mí, Satanás: porque bienaventurado no era de sí mismo, ¿De dónde entonces? Porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. He aquí de dónde es bienaventurado, no de lo tuyo, sino de lo mío. No porque yo sea el Padre, sino porque todo lo que tiene el Padre es mío (Juan XVI, 15). Si bienaventurado es del mismo Señor; ¿de quién es Satanás? Allí dice: dio razón de la bienaventuranza, para que dijera: No te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos: esta es la causa de tu bienaventuranza. Pero lo que dije, Apártate de mí, Satanás, escucha también la causa de esto: Porque no entiendes lo que es de Dios, sino lo que es de los hombres. Nadie, pues, se alabe a sí mismo; de lo suyo es Satanás, de Dios es bienaventurado. ¿Qué es de lo suyo, sino de su pecado? Quita el pecado, ¿qué es tuyo? La justicia, dice, es de lo mío. ¿Qué tienes que no hayas recibido? (I Cor. IV, 7). Cuando, pues, los hombres querían dar consejo a Dios, los discípulos al maestro, los siervos al Señor, los enfermos al médico; los reprendió y dijo: ¿No

son doce las horas del día? Si alguien camina de día, no tropieza. Síganme, si no quieren tropezar: no me den consejo a mí, a quienes deben recibir consejo de mí. ¿A qué se refiere, entonces, No son doce las horas del día? Porque para mostrar que él era el día, eligió doce discípulos. Si yo soy, dice, el día, y ustedes las horas, ¿acaso las horas dan consejo al día? Las horas siguen al día, no el día a las horas. Si, pues, ellos son las horas, ¿qué hay de Judas? ¿Y él también entre las doce horas? Si era una hora, brillaba; si brillaba, ¿cómo entregaba al día a la muerte? Pero el Señor en esta palabra no preveía a Judas mismo, sino a su sucesor. Pues al caer Judas, sucedió Matías, y el número de doce se mantuvo (Hechos I, 26). No eligió, pues, en vano al Señor doce discípulos, sino porque él mismo es el día espiritual. Sigan, pues, las horas al día, prediquen las horas al día, las horas sean iluminadas por el día, las horas sean iluminadas por el día, y por la predicación de las horas, el mundo crea en el día. Esto, pues, dijo en resumen: Síganme, si no quieren tropezar.

9. Y después de esto les dice: Lázaro, nuestro amigo, duerme; pero voy a despertarlo del sueño. Dijo la verdad. Para las hermanas estaba muerto, para el Señor dormía. Para los hombres estaba muerto, quienes no podían resucitarlo: pues el Señor lo despertaba del sepulcro con tanta facilidad como tú no despiertas a un dormido de la cama. Así que según su poder, dijo que dormía: porque también otros muertos han sido llamados en las Escrituras dormidos, como dice el Apóstol: No quiero que ignoren, hermanos, acerca de los que duermen, para que no se entristezcan como los demás que no tienen esperanza (I Tes. IV, 12). Por eso también él los llamó dormidos, porque predijo que resucitarían. Duerme, pues, todo muerto, tanto bueno como malo. Pero así como hay diferencia entre los que duermen y se levantan cada día, en lo que cada uno ve en sueños: unos sienten sueños alegres, otros atormentadores, de modo que al despertar temen dormir, no sea que regresen a ellos: así cada hombre duerme con su causa, se levanta con su causa. Y hay diferencia en la custodia con la que cada uno es recibido, para ser llevado después ante el juez. Pues también las recepciones en custodia se aplican según los méritos de las causas: a unos los guardan los lictores, un oficio humano y amable y civil; a otros los entregan a los optiones; a otros los envían a la cárcel: y en la misma cárcel no a todos, sino según los méritos de las causas más graves, los empujan al fondo de la cárcel. Así como hay diversas custodias de los que actúan en el oficio; así hay diversas custodias de los muertos, y diversos méritos de los que resucitan. Fue recibido el pobre, fue recibido el rico: pero aquel en el seno de Abraham; aquel donde tenía sed y no encontraba una gota (Luc. XVI, 22-24).

10. Tienen, pues, todas las almas, para instruir a vuestra Caridad con esta ocasión, tienen todas las almas, cuando salen de este mundo, sus diversas recepciones. Tienen gozo las buenas, tormentos las malas. Pero cuando se haga la resurrección, tanto el gozo de los buenos será mayor, como los tormentos de los malos más graves; cuando sean atormentados con el cuerpo. Fueron recibidos en paz los santos Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Mártires, fieles buenos; todos, sin embargo, aún al final recibirán lo que Dios prometió: pues se prometió también la resurrección de la carne, la consumación de la muerte, la vida eterna con los ángeles. Esto lo recibiremos todos juntos: pues el descanso que se da inmediatamente después de la muerte, si es digno de él, lo recibe cada uno cuando muere. Los Patriarcas lo recibieron primero: vean desde cuándo descansan: después los Profetas, más recientemente los Apóstoles, mucho más recientemente los santos Mártires, cada día los fieles buenos. Y unos están en este descanso desde hace mucho tiempo, otros no tanto, otros desde hace pocos años, otros ni siquiera recientemente. Pero cuando despierten de este sueño, todos juntos recibirán lo que fue prometido.

11. Lázaro, nuestro amigo, duerme; pero voy a despertarlo del sueño. Dijeron entonces los discípulos: como entendieron, así respondieron: Señor, si duerme, estará bien. Pues el sueño

suele ser indicio de salud en los enfermos. Pero Jesús había hablado de su muerte; ellos pensaron que hablaba del sueño del dormir. Entonces Jesús les dijo claramente. Pues había dicho oscuramente, duerme: dijo entonces claramente, Lázaro ha muerto: y me alegro por ustedes, para que crean; porque no estaba allí. Y sé que ha muerto, y no estaba allí: pues había sido anunciado enfermo, no muerto. Pero ¿qué podía ocultarse a quien lo había creado, y a cuyas manos había salido el alma del moribundo? Esto es lo que dijo, Me alegro por ustedes, para que crean; porque no estaba allí: para que ya comenzaran a admirarse, porque el Señor pudo decir que estaba muerto, lo que ni había visto ni oído. Donde ciertamente debemos recordar que aún la fe de los mismos discípulos que ya creían en él, se edificaba con milagros: no para que lo que no era, comenzara a ser, sino para que lo que ya había comenzado a ser, creciera; aunque usó tal palabra, como si entonces comenzaran a creer. Pues no dijo, Me alegro por ustedes, para que su fe crezca, o se fortalezca; sino que dijo, para que crean: lo que debe entenderse, para que crean más robusta y firmemente.

12. Pero vayamos a él. Dijo entonces Tomás, llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vayamos también nosotros, y muramos con él. Llegó, pues, Jesús, y encontró que ya hacía cuatro días que estaba en el sepulcro. De los cuatro días se pueden decir muchas cosas, como se tienen las oscuridades de las Escrituras, que por la diversidad de los que entienden, producen muchos sentidos. Digamos también nosotros lo que nos parece que significa el muerto de cuatro días. Pues así como en aquel ciego entendemos de alguna manera el género humano, así tal vez en este muerto entenderemos a muchos: pues una misma cosa puede ser significada de diversas maneras. El hombre cuando nace, ya nace con la muerte; porque de Adán trae el pecado. De donde dice el Apóstol: Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y así pasó a todos los hombres, en quien todos pecaron (Rom. V, 12). He aquí tienes un día de muerte, que el hombre trae de la propagación de la muerte. Luego crece, comienza a llegar a los años racionales, para que entienda la ley natural, que todos tienen grabada en el corazón: Lo que no quieres que te hagan, no lo hagas a otro. ¿Acaso esto se aprende de las páginas, y no se lee de alguna manera en la misma naturaleza? ¿Quieres sufrir un robo? Ciertamente no quieres. He aquí la ley en tu corazón: Lo que no quieres sufrir, no lo hagas. Y los hombres transgreden esta ley: he aquí otro día de muerte. Se dio también la Ley divinamente por el siervo de Dios Moisés: se dijo allí, No matarás; No cometerás adulterio; No dirás falso testimonio; Honra a tu padre y a tu madre; No codiciarás la propiedad de tu prójimo; No codiciarás la esposa de tu prójimo (Éxodo XX, 12-17). He aquí la Ley escrita, y también se desprecia: he aquí el tercer día de muerte. ¿Qué queda? Viene también el Evangelio, se predica el reino de los cielos, se difunde por todas partes Cristo, amenaza con el infierno, promete la vida eterna, y también se desprecia. Los hombres transgreden el Evangelio: he aquí el cuarto día de muerte. Con razón ya huele mal. ¿Acaso a tales se les debe negar la misericordia? De ninguna manera: incluso a tales el Señor no se desdeña de acercarse para despertarlos.

13. Muchos de los judíos habían venido a Marta y María, para consolarlas por su hermano. Marta, pues, cuando oyó que Jesús venía, salió a su encuentro: pero María se quedó en casa. Dijo entonces Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto; pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará. No dijo, Pero ahora te ruego que resucites a mi hermano. ¿De dónde sabía si sería útil para su hermano resucitar? Solo dijo esto, Sé que puedes, si quieres lo haces: si lo haces, es tu juicio, no mi presunción. Pero aun ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo dará.

14. Jesús le dice: Tu hermano resucitará. Esto fue ambiguo. Pues no dijo, Ahora resucito a tu hermano; sino, Tu hermano resucitará. Marta le dice: Sé que resucitará en la resurrección, en el último día. De esa resurrección estoy segura, de esta estoy incierta. Jesús le dice: Yo soy la

resurrección. Dices, Mi hermano resucitará en el último día: es verdad; pero por quien entonces resucitará, puede también ahora, porque Yo soy, dice, la resurrección y la vida. Escuchen, hermanos, escuchen lo que dice. Ciertamente toda la expectativa era de los que estaban alrededor para que Lázaro reviviera, un muerto de cuatro días: escuchemos, y resucitemos. ¡Cuántos hay en este pueblo, a quienes les pesa la carga de la costumbre! Tal vez me escuchan algunos, a quienes se les dice, No se embriaguen con vino en el cual hay disolución (Efes. V, 18): dicen, No podemos. Tal vez me escuchan algunos impuros, manchados con lascivias y vicios, a quienes se les dice, No hagan esto, para que no perezcan: y responden, No podemos quitarnos nuestra costumbre. Oh Señor, resucita a estos. Yo soy, dice, la resurrección y la vida. Por eso resurrección, porque vida.

15. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá: y todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Qué es esto? El que cree en mí, aunque haya muerto, como Lázaro ha muerto, vivirá; porque no es Dios de muertos, sino de vivos. De los antiguos muertos padres, esto es de Abraham, Isaac y Jacob, tal respuesta dio a los judíos: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, no es Dios de muertos, sino de vivos: pues todos ellos viven (Mat. XXII, 32, y Luc. XX, 37, 38). Cree, pues; y si mueres, vivirás: pero si no crees; y aunque vivas, estás muerto. Probemos también esto, porque si no crees, aunque vivas, estás muerto. A uno el Señor que difería seguirlo, y decía, Voy primero a enterrar a mi padre: Deja, dice, que los muertos entierren a sus muertos; tú ven, sígueme (Mat. VIII, 21, 22). Había allí un muerto para ser enterrado, había allí también muertos para enterrar al muerto: aquel muerto en la carne, aquellos en el alma. ¿De dónde la muerte en el alma? Porque no hay fe. ¿De dónde la muerte en el cuerpo? Porque no hay allí alma. Por tanto, el alma de tu alma es la fe. El que cree en mí, dice, aunque haya muerto en la carne, vivirá en el alma; hasta que resucite también la carne que nunca más morirá. Esto es, El que cree en mí, aunque muera, vivirá. Y todo el que vive en la carne y cree en mí, aunque muera temporalmente por la muerte de la carne, no morirá eternamente por la vida del espíritu, y la inmortalidad de la resurrección. Esto es lo que dice, Y todo el que vive y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Le dice: Sí, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo. Cuando creí esto, creí que tú eres la resurrección, creí que tú eres la vida; creí que el que cree en ti, aunque muera, vivirá; y el que vive y cree en ti, no morirá eternamente.

16. Y cuando hubo dicho esto, fue y llamó a María su hermana en secreto, diciendo: El Maestro está aquí, y te llama. Debe notarse cómo llamó silencio a la voz suprimida. Pues ¿cómo calló, quien dijo, El Maestro está aquí, y te llama? También debe notarse cómo el Evangelista no dijo dónde o cuándo o cómo el Señor llamó a María, para que esto se entendiera más bien en las palabras de Marta, manteniendo la brevedad de la narración.

17. Ella, cuando lo oyó, se levantó rápidamente y fue a él. Pues Jesús aún no había llegado al pueblo, sino que estaba todavía en el lugar donde Marta le había encontrado. Los judíos, pues, que estaban con ella en la casa, y la consolaban, cuando vieron a María, que se levantó rápidamente y salió, la siguieron diciendo: que va al sepulcro, para llorar allí. ¿Por qué fue importante para el Evangelista narrar esto? Para que veamos qué ocasión hizo que hubiera más allí cuando Lázaro fue resucitado. Pues los judíos, pensando que ella se apresuraba para buscar consuelo a su dolor con lágrimas, la siguieron; para que un milagro tan grande de un muerto de cuatro días resucitando, encontrara muchos testigos.

18. Pero María, cuando llegó donde estaba Jesús, al verlo, cayó a sus pies, y le dijo: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. Jesús, pues, al verla llorando, y a los judíos que estaban con ella llorando, se conmovió en espíritu, y se turbó a sí mismo, y dijo:

¿Dónde lo pusieron? No sé qué nos insinuó al conmoverse en espíritu, y al turbarse a sí mismo. Pues ¿quién podría turbarlo, sino él mismo? Así que, hermanos míos, primero aquí atiendan al poder, y luego busquen el significado. Tú te turbas sin querer; Cristo se turbó porque quiso. Jesús tuvo hambre, es verdad, pero porque quiso; Jesús durmió, es verdad, pero porque quiso; Jesús se entristeció, es verdad, pero porque quiso; Jesús murió, es verdad, pero porque quiso: en su poder estaba ser afectado así o no ser afectado. Pues el Verbo asumió el alma y la carne, uniendo en la unidad de la persona la naturaleza de todo el hombre. Pues también el alma del Apóstol fue iluminada por el Verbo, el alma de Pedro fue iluminada por el Verbo, el alma de Pablo, de otros Apóstoles, de los santos Profetas fueron iluminadas por el Verbo: pero de ninguna se dijo, El Verbo se hizo carne (Juan I, 14); de ninguna se dijo, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). El alma y la carne de Cristo con el Verbo de Dios es una persona, un Cristo es. Y por tanto, donde hay suma potestad, según el deseo de la voluntad se trata la debilidad: esto es, se turbó a sí mismo.

19. Dije poder, presten atención al significado. Es un gran culpable aquel a quien el cuarto día de muerte y aquella sepultura significan. ¿Qué es, entonces, lo que turba a Cristo, sino para significarte cómo debes turbarte tú cuando te ves agobiado y oprimido por el peso del pecado? Te has examinado, te has visto culpable, has hecho cuentas contigo mismo: Hice aquello, y Dios me perdonó; cometí esto, y me postergó; escuché el Evangelio, y lo desprecié; fui bautizado, y volví a lo mismo: ¿qué hago? ¿a dónde voy? ¿de dónde escapo? Cuando dices estas cosas, ya Cristo se agita; porque la fe se agita. En la voz del que se agita aparece la esperanza del que resucita. Si la fe misma está dentro, allí está Cristo agitándose: si la fe está en nosotros, Cristo está en nosotros. ¿Qué otra cosa dice el Apóstol: Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones (Efesios III, 17)? Por lo tanto, tu fe en Cristo, es Cristo en tu corazón. De ahí que dormía en la barca: y cuando los discípulos estaban en peligro, ya inminente el naufragio, se acercaron a Él y lo despertaron: Cristo se levantó, ordenó a los vientos y a las olas, y se hizo una gran calma (Mateo VIII, 24-26). Así también tú: entran vientos en tu corazón, donde navegas, donde cruzas esta vida como un mar tormentoso y peligroso; entran vientos, levantan olas, agitan la nave. ¿Qué son los vientos? Escuchaste un insulto, te enojas; el insulto es el viento, la ira es la ola: estás en peligro, planeas responder, planeas devolver maldición por maldición, ya la nave se acerca al naufragio; despierta a Cristo que duerme. Por eso te agitas, y te preparas para devolver mal por mal, porque Cristo duerme en la nave. En tu corazón, el sueño de Cristo es el olvido de la fe. Pues si despiertas a Cristo, es decir, recuerdas la fe, ¿qué te dice Cristo como si estuviera despierto en tu corazón? Yo escuché, Tienes un demonio (Juan VII, 20), y oré por ellos: el Señor escucha y sufre; el siervo escucha y se indigna. Pero quieres vengarte. ¿Qué? ¿acaso ya estoy vengado? Cuando tu fe te habla así, es como si se ordenara a los vientos y a las olas, y se hace una gran calma. Así como esto es despertar a Cristo en la nave, despertar la fe; así en el corazón del hombre que está oprimido por el gran peso y la costumbre del pecado, en el corazón del hombre transgresor incluso del santo Evangelio, despreciador de las penas eternas, Cristo se agita, el hombre se reprende a sí mismo. Escucha aún: Cristo lloró, el hombre llore por sí mismo. ¿Por qué lloró Cristo, sino para enseñar al hombre a llorar? ¿Por qué se agitó y turbó a sí mismo, sino porque la fe del hombre, justamente descontento consigo mismo, debe agitarse de alguna manera en la acusación de las malas obras, para que la costumbre de pecar ceda a la violencia del arrepentimiento?

20. Y dijo: ¿Dónde lo pusisteis? Sabías que estaba muerto, ¿y no sabes dónde está sepultado? Y esto es una significación, porque así Dios parece no conocer al hombre perdido. No me atreví a decir, No lo conoce: ¿qué es lo que Él no conoce? Pero parece no conocerlo. ¿De dónde probamos esto? Escucha al Señor decir en el juicio, No os conozco; apartaos de mí

(Mateo VII, 23). ¿Qué significa, No os conozco? No os veo en mi luz, no os veo en aquella justicia que conozco. Así también aquí, como si no conociera a tal pecador, dijo, ¿Dónde lo pusisteis? Tal es la voz de Dios en el paraíso después de que el hombre pecó, Adán, ¿dónde estás? (Génesis III, 9). Le dicen: Señor, ven y ve. ¿Qué significa, ve? Ten misericordia. Porque el Señor ve cuando tiene misericordia. De ahí que se le dice, Mira mi humillación y mi trabajo, y perdona todos mis pecados (Salmo XXIV, 18).

21. Jesús lloró. Entonces los judíos dijeron: Mirad cómo lo amaba. ¿Qué significa, lo amaba? No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (Mateo IX, 13). Pero algunos de ellos dijeron: ¿No podía este que abrió los ojos del ciego, hacer que este no muriera? Él no quiso hacer que no muriera, es más lo que va a hacer, que el muerto resucite.

22. Jesús, pues, nuevamente agitado en sí mismo, vino al sepulcro. Agítate también en ti, si dispones revivir. A todo hombre se le dice, que está oprimido por la peor costumbre: Vino al sepulcro. Era una cueva, y una piedra estaba puesta sobre ella. Muerto bajo la piedra, culpable bajo la ley. Sabéis que la Ley dada a los judíos está escrita en piedra (Éxodo XXXI, 18). Todos los culpables están bajo la ley: los que viven bien están con la ley. La ley no está puesta para el justo (I Timoteo I, 9). ¿Qué significa, Quitad la piedra? Predicad la gracia. El apóstol Pablo se dice ministro del Nuevo Testamento, no de la letra, sino del espíritu: porque la letra, dice, mata, el espíritu vivifica (II Corintios III, 6). La letra que mata, es como una piedra que oprime. Quitad, dice, la piedra. Quitad el peso de la Ley; predicad la gracia. Porque si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, ciertamente la justicia sería por la Ley. Pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe de Jesucristo fuera dada a los creyentes (Gálatas III, 21 y 22). Por lo tanto, quitad la piedra.

23. Le dice Marta, la hermana del que había muerto: Señor, ya hiede; porque es de cuatro días. Jesús le dice: ¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios? ¿Qué significa, verás la gloria de Dios? Porque resucita al que hiede y es de cuatro días. Porque todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios (Romanos III, 23): y, Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia (Id. V, 20).

24. Quitaron, pues, la piedra. Jesús, alzando los ojos hacia arriba, dijo: Padre, te doy gracias porque me has oído: yo sabía que siempre me oyes; pero lo dije por causa de la multitud que está alrededor, para que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho esto, clamó a gran voz. Se agitó, lloró, clamó a gran voz. ¡Qué difícil es levantarse, a quien oprime el peso de la mala costumbre! Pero sin embargo se levanta: con la gracia oculta se vivifica por dentro; se levanta después de la gran voz. ¿Qué se hizo? Clamó a gran voz: Lázaro, ven fuera. Y al instante salió el que había estado muerto, atado de manos y pies con vendas; y su rostro estaba envuelto en un sudario. ¿Cómo salió con los pies atados te asombras, y no te asombras de que resucitó al de cuatro días? En ambos casos estaba el poder del Señor, no las fuerzas del muerto. Salió, y aún estaba atado: aún envuelto, sin embargo ya salió fuera. ¿Qué significa? Cuando desprecias, yaces muerto; y si desprecias tanto como dije, yaces sepultado: cuando confiesas, sales. ¿Qué significa salir, sino manifestarse como saliendo de lo oculto? Pero para que confieses, Dios hace clamando a gran voz, es decir, llamando con gran gracia. Por eso, cuando el muerto salió aún atado, confesando y aún culpable; para que sus pecados fueran perdonados, el Señor dijo esto a los ministros: Desatadlo, y dejadlo ir. ¿Qué significa, Desatadlo, y dejadlo ir? Lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo (Mateo XVI, 19).

25. Muchos de los judíos que habían venido a María y habían visto lo que hizo Jesús, creyeron en él: pero algunos de ellos fueron a los fariseos, y les dijeron lo que Jesús había

hecho. No todos los judíos que se reunieron con María creyeron, pero muchos sí. Algunos de ellos, ya sea de los judíos que se reunieron, o de los que creyeron, fueron a los fariseos, y les dijeron lo que Jesús había hecho: ya sea anunciando, para que también ellos creyeran; o más bien traicionando, para que se enfurecieran. Pero de cualquier manera y por quienesquiera, estas cosas llegaron a los fariseos.

26. Los sumos sacerdotes y los fariseos reunieron un consejo, y decían: ¿Qué hacemos? Sin embargo, no decían, Creemos. Más bien, los hombres perdidos pensaban en cómo hacer daño para destruir, que en cómo aconsejarse para no perecer: y sin embargo temían, y como que se aconsejaban. Decían: ¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchas señales: si lo dejamos así, todos creerán en él; y vendrán los romanos, y quitarán nuestro lugar y nación. Temieron perder lo temporal, y no pensaron en la vida eterna; y así perdieron ambas cosas. Porque después de la pasión y glorificación del Señor, los romanos les quitaron el lugar y la nación, conquistando y trasladando: y les sigue aquello que se dijo en otro lugar, Pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores (Id. VIII, 12). Temieron esto, que si todos creían en Cristo, no quedaría nadie que defendiera la ciudad de Dios y el templo contra los romanos; porque sentían que la doctrina de Cristo estaba en contra del mismo templo y de sus leyes paternas.

27. Pero uno de ellos, Caifás, siendo sumo sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada, ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no perezca toda la nación. Esto no lo dijo de sí mismo, sino que siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó. Aquí se nos enseña que incluso a través de hombres malos el Espíritu de profecía predice el futuro: lo cual, sin embargo, el Evangelista atribuye al sacramento divino, porque fue sumo sacerdote, es decir, el sumo sacerdote. Pero puede sorprender cómo se dice sumo sacerdote de aquel año, cuando Dios estableció un solo sumo sacerdote, al que sucedería uno al morir. Pero se debe entender que, por ambiciones y contiendas entre los judíos, después se estableció que hubiera varios, y que ministraran por turnos cada año. Pues también se dice de Zacarías: Aconteció que, ejerciendo el sacerdocio en el orden de su turno ante Dios, según la costumbre del sacerdocio, le tocó en suerte poner el incienso, entrando en el templo del Señor (Lucas I, 8, 9). De aquí se ve que eran varios, y tenían sus turnos: pues no se permitía poner el incienso sino al sumo sacerdote (Éxodo XXX, 7). Y tal vez también varios administraban un año, a quienes al año siguiente sucedían otros, de los cuales salía en suerte quién debía poner el incienso. ¿Qué es, entonces, lo que profetizó Caifás? Que Jesús iba a morir por la nación; y no solo por la nación, sino para reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. Esto lo añadió el Evangelista: porque Caifás profetizó solo sobre la nación de los judíos, en la cual estaban las ovejas de las que el mismo Señor dijo, No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mateo XV, 24). Pero el Evangelista sabía que había otras ovejas, que no eran de este redil, que debían ser traídas, para que hubiera un solo redil y un solo pastor (Juan X, 16). Estas cosas se dijeron según la predestinación: porque ni sus ovejas, ni los hijos de Dios eran aún, los que aún no habían creído.

28. Desde aquel día, pues, pensaron en matarlo. Jesús, por tanto, ya no andaba abiertamente entre los judíos, sino que se fue a la región cerca del desierto, a una ciudad llamada Efraín, y allí se quedó con sus discípulos. No porque su poder hubiera fallado, en el cual ciertamente si quisiera, podría andar abiertamente entre los judíos, y no le harían nada; sino que en la debilidad humana mostraba un ejemplo de vida a sus discípulos, en el cual aparecía que no era pecado si sus fieles, que son sus miembros, se ocultaban de los ojos de sus perseguidores, y evitaban el furor de los malvados más bien escondiéndose, que ofreciéndose y encendiéndolos más.

TRACTATUS L. Desde el lugar, Próximo estaba la Pascua de los judíos; hasta el punto, Muchos por causa de él se iban, y creían en Jesús. Cap. XI, V. 55, 56, y cap. XII, V. 1-11.

1. La lectura de ayer del santo Evangelio, de la cual hablamos lo que el Señor dio, sigue hoy, de la cual hablaremos lo que el Señor dará. Algunas cosas en las Escrituras son tan manifiestas, que más bien desean un oyente que un expositor: en ellas no debemos demorarnos, para que el tiempo sea suficiente para lo necesario en lo que hay que demorarse.

2. Próxima estaba, pues, la Pascua de los judíos. Los judíos quisieron tener ese día festivo ensangrentado con la sangre del Señor. En ese día festivo fue inmolado el Cordero, que nos consagró ese mismo día festivo con su sangre. Había un consejo entre los judíos para matar a Jesús: aquel que había venido del cielo para sufrir, quiso acercarse al lugar de la pasión, porque se acercaba la hora de la pasión. Subieron, pues, muchos a Jerusalén de la región antes de la Pascua, para santificarse a sí mismos. Esto hacían los judíos según el precepto del Señor, mandado por el santo Moisés en la Ley, para que en el día festivo que era la Pascua, todos se reunieran de todas partes, y se santificaran con la celebración de ese día. Pero esa celebración era una sombra del futuro. ¿Qué significa, sombra del futuro? Profecía de la venida de Cristo, profecía de que sufriría por nosotros en ese día: para que pasara la sombra, y viniera la luz; para que pasara la significación, y se mantuviera la verdad. Tenían, pues, los judíos la Pascua en sombra, nosotros en luz. ¿Por qué era necesario que el Señor les mandara inmolar un cordero en ese día festivo, sino porque era aquel de quien se profetizó, Como cordero fue llevado al matadero (Isaías LIII, 7). Con la sangre del cordero inmolado se señalaban los postes de los judíos; con la sangre de Cristo se señalan nuestras frentes. Y esa señalación, porque era una significación, se dijo que prohibía al exterminador pasar por las casas señaladas (Éxodo XII, 22, 23): la señal de Cristo nos aleja al exterminador, si nuestro corazón recibe al Salvador. ¿Por qué dije esto? Porque muchos tienen los postes señalados, y dentro no permanece el habitante: fácilmente tienen en la frente la señal de Cristo, y en el corazón no reciben la palabra de Cristo. Por eso dije, hermanos, lo que repito, la señal de Cristo nos aleja al exterminador, si nuestro corazón tiene a Cristo como habitante. Dije esto, para que nadie piense qué significan esas fiestas de los judíos. Vino, pues, el Señor como a la víctima, para que tuviéramos la verdadera Pascua, cuando celebráramos su pasión como la inmolación del cordero.

3. Buscaban, pues, a Jesús: pero mal. Bienaventurados los que buscan a Jesús, pero bien. Ellos buscaban a Jesús, para que ni ellos lo tuvieran, ni nosotros: pero al irse de ellos, lo recibimos nosotros. Se reprenden los que buscan, se alaban los que buscan: el ánimo del que busca encuentra alabanza o condenación. Tienes en los Salmos, Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi alma (Salmo XXXIX, 15): estos son los que buscaban mal. Pero en otro lugar dice: Se perdió la huida de mí, y no hay quien busque mi alma (Salmo CXLI, 5). Se culpan los que buscaban, se culpan los que no buscaban. Busquemos, pues, a Cristo para tenerlo; busquemos para retenerlo, pero no para matarlo: porque también ellos lo buscaban para retenerlo, pero para no tenerlo pronto. Buscaban, pues, y hablaban entre sí: ¿Qué pensáis, que no vendrá a la fiesta?

4. Pero los sumos sacerdotes y los fariseos habían dado orden, que si alguno supiera dónde estaba, lo indicara, para que lo prendieran. Indicamos ahora a los judíos, dónde está Cristo. Ojalá quieran escuchar y aprehender cualquiera que sea de la descendencia de aquellos que dieron la orden de que se les indicara dónde estaba Cristo. Vengan a la Iglesia, escuchen dónde está Cristo, y aprehéndanlo. Escuchen de nosotros, escuchen del Evangelio. Fue muerto por sus padres, sepultado, resucitó, reconocido por los discípulos, ascendió al cielo ante sus ojos, allí está sentado a la derecha del Padre; quien fue juzgado, vendrá como juez:

escuchen, y retengan. Responden: ¿Cómo retendré al ausente; cómo extenderé mi mano al cielo, para retener al que allí está sentado? Envía la fe, y lo has retenido. Tus padres lo retuvieron en carne, tú reténlo en el corazón: porque Cristo ausente también está presente. Si no estuviera presente, no podría ser retenido por nosotros mismos. Pero porque es verdad lo que dice, He aquí yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo (Mateo XXVIII, 20); y se fue, y está aquí; y regresó, y no nos abandona: porque su cuerpo lo llevó al cielo, no quitó su majestad del mundo.

5. Jesús, pues, seis días antes de la Pascua vino a Betania, donde había estado Lázaro muerto, a quien Jesús resucitó. Le hicieron allí una cena, y Marta servía: Lázaro era uno de los que estaban a la mesa. Para que los hombres no pensaran que era un fantasma lo que se había hecho, porque el muerto resucitó, era uno de los que estaban a la mesa; vivía, hablaba, comía: se mostraba la verdad, se confundía la infidelidad de los judíos. Estaba, pues, el Señor a la mesa con Lázaro y los demás, Marta, una de las hermanas de Lázaro, servía.

6. María, la otra hermana de Lázaro, tomó una libra de ungüento de nardo puro, de mucho precio, ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos, y la casa se llenó del olor del ungüento. Escuchamos lo que se hizo, busquemos el misterio. Cualquier alma fiel que quieras ser, con María unge los pies del Señor con ungüento precioso. Ese ungüento fue justicia, por eso fue una libra: era ungüento de nardo puro, de mucho precio. Lo que dice, puro, debemos creer que es un lugar de donde era este ungüento precioso: sin embargo, esto no es en vano, y concuerda muy bien con el sacramento. Πίστις en griego, se dice fe. Buscabas obrar justicia: el justo por la fe vivirá (Romanos I, 17). Unge los pies de Jesús: siguiendo bien los pasos del Señor. Enjúgalos con tus cabellos: si tienes superfluos, dáselos a los pobres, y has enjugado los pies del Señor; porque los cabellos parecen ser superfluos del cuerpo. Tienes qué hacer con tus superfluos: son superfluos para ti, pero necesarios para los pies del Señor. Tal vez en la tierra los pies del Señor necesitan. ¿De quiénes sino de sus miembros al final dirá, Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis (Mateo XXV, 40)? Vuestros superfluos los gastasteis, pero a mis pies servisteis.

7. La casa se llenó de fragancia; el mundo se llenó de buena fama: porque un buen olor es una buena fama. Aquellos que viven mal y son llamados cristianos, hacen injuria a Cristo: de quienes se ha dicho que por ellos el nombre del Señor es blasfemado (Rom. II, 24). Si por tales el nombre de Dios es blasfemado, por los buenos el nombre del Señor es alabado. Escucha al Apóstol: Somos el buen olor de Cristo, dice, en todo lugar. Se dice también en el Cantar de los Cantares: Tu nombre es un ungüento derramado (Cant. I, 2). Dirige tu atención al Apóstol: Somos el buen olor de Cristo en todo lugar, y en los que se salvan, y en los que perecen; para unos somos olor de vida para vida, para otros olor de muerte para muerte: y para esto, ¿quién es suficiente? (II Cor. II, 14-16). La presente lectura del santo Evangelio nos ofrece la ocasión de hablar de este olor, de manera que se diga suficientemente por nosotros y se escuche diligentemente por vosotros, diciendo el mismo Apóstol, ¿Y para esto, quién es suficiente? Entonces, para que intentemos hablar de ello, ¿somos acaso suficientes, o vosotros sois suficientes para escuchar esto? Nosotros ciertamente no somos suficientes; pero suficiente es aquel que se digna decir a través de nosotros lo que os conviene escuchar. He aquí que el Apóstol es buen olor, como él mismo dice: pero él es buen olor para unos olor de vida para vida, para otros olor de muerte para muerte; sin embargo, buen olor. ¿Acaso dice, Para unos somos buen olor para vida, para otros mal olor para muerte? Se llamó a sí mismo buen olor, no mal olor; y dijo que el mismo buen olor es para unos para vida, para otros para muerte. Felices los que viven con buen olor: pero, ¿qué hay más infeliz que aquellos que mueren con buen olor?

8. Y, dice alguien, ¿quién es aquel a quien el buen olor mata? Esto es lo que dice el Apóstol, ¿Y para esto, quién es suficiente? ¿Cómo hace Dios de maneras maravillosas que con buen olor vivan los buenos y mueran los malos; cómo es esto, en cuanto el Señor se digna inspirar (pues tal vez allí se oculta un entendimiento más alto, que no puedo penetrar); sin embargo, hasta donde pude penetrar, no debe ser negado a vosotros. La fama de Pablo apóstol, actuando bien, viviendo bien, predicando la justicia con la palabra, demostrando con la obra, un maestro admirable, un dispensador fiel, se difundía por todas partes: algunos lo amaban, otros lo envidiaban. Pues él mismo dijo en algún lugar acerca de algunos, que no anunciaban a Cristo con pureza, sino por envidia; pensando, dice, suscitar tribulación a mis cadenas. Pero, ¿qué dice? Sea por pretexto, sea por verdad, Cristo es anunciado (Filip. I, 17, 18). Anuncian los que me aman, anuncian los que me envidian; aquellos viven con buen olor, y aquellos mueren con buen olor: sin embargo, con ambos predicando, el nombre de Cristo es anunciado, el mundo se llena de un olor óptimo. Amabas al que actuaba bien, vivías con buen olor: envidiabas al que actuaba bien, morías con buen olor. ¿Acaso porque quisiste morir, hiciste que aquel olor fuera malo? No envidies, y el buen olor no te matará.

9. Escucha aquí también de este ungüento, cómo para unos era buen olor para vida, para otros buen olor para muerte. Después de que María, la devota, hizo esto en servicio del Señor, inmediatamente uno de sus discípulos, Judas Iscariote, que lo iba a entregar, dijo: ¿Por qué no se vendió este ungüento por trescientos denarios y se dio a los pobres? ¡Ay de ti, miserable! El buen olor te mató. Pues, ¿por qué dijo esto? El santo Evangelista lo reveló. Pensaríamos también nosotros, si su mente no nos fuera revelada por el Evangelio, que podría haberlo dicho por cuidado de los pobres. No es así. ¿Pero qué? Escucha al testigo veraz: Dijo esto, no porque le importaran los pobres; sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, llevaba lo que se echaba en ella. ¿Llevaba, o se lo llevaba? Pero lo llevaba por ministerio, se lo llevaba por robo.

10. Escucha que este Judas no se pervirtió entonces, cuando fue corrompido por los judíos para entregar al Señor. Muchos, por descuido del Evangelio, piensan que Judas pereció entonces, cuando recibió dinero de los judíos para entregar al Señor. No pereció entonces, ya era ladrón, y perdido seguía al Señor; porque no lo seguía de corazón, sino de cuerpo. Completaba el número de los doce apóstoles, no tenía la bienaventuranza apostólica, era el duodécimo en apariencia: al irse él y sucederle otro, se completó la verdad apostólica, y permaneció la integridad del número (Hech. I, 26). ¿Qué quiso entonces nuestro Señor Jesucristo, hermanos míos, advertir a su Iglesia, cuando quiso tener uno perdido entre los doce, sino que toleremos a los malos, y no dividamos el cuerpo de Cristo? He aquí que entre los santos está Judas, he aquí que Judas es ladrón, y, para que no lo desprecies, ladrón y sacrílego, no cualquier ladrón: ladrón de las bolsas, pero del Señor; de las bolsas, pero sagradas. Si se distinguen los crímenes en el foro, de cualquier robo y peculado; pues peculado se llama el robo de la cosa pública; y no se juzga igual el robo de una cosa privada que el de una pública: cuánto más severamente debe ser juzgado el ladrón sacrílego, que se atreve no a tomar de cualquier parte, sino a robar de la Iglesia. Quien roba algo de la Iglesia, se compara con el perdido Judas. Tal era este Judas, y sin embargo entraba y salía con los once santos discípulos. Accedió igualmente a la misma cena del Señor: pudo convivir con ellos, no pudo contaminarlos. Del mismo pan recibieron tanto Pedro como Judas, y sin embargo, ¿qué parte tiene el fiel con el infiel? Pues Pedro recibió para vida, Judas para muerte. Así como el buen olor, así el buen alimento. Así como el buen olor, así el buen alimento vivifica a los buenos, mata a los malos. Pues quien come indignamente, juicio come y bebe para sí (I Cor. XI, 29): juicio para sí, no para ti. Si juicio para sí, no para ti; tolera al

malo siendo bueno, para que llegues a las recompensas de los buenos, no seas enviado al castigo de los malos.

11. Tomad el ejemplo del Señor conversando en la tierra. ¿Por qué tuvo bolsas a quien los ángeles servían, sino porque su Iglesia habría de tener sus bolsas? ¿Por qué admitió a un ladrón, sino para que su Iglesia tolere pacientemente a los ladrones? Pero aquel que solía tomar dinero de las bolsas, no dudó en vender al mismo Señor por dinero recibido. Veamos qué responde el Señor a esto. Ved, hermanos: no le dijo, Por tus robos dices esto. Conocía al ladrón, y no lo delataba; sino que más bien lo toleraba, y nos mostraba un ejemplo de paciencia para soportar a los malos en la Iglesia. Entonces Jesús le dijo: Déjala, para que lo guarde para el día de mi sepultura. Anunció que iba a morir.

12. Pero, ¿qué sigue? Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. Entendemos ciertamente, A los pobres siempre los tendréis: lo que dijo es verdad. ¿Cuándo estará la Iglesia sin pobres? Pero a mí no siempre me tendréis, ¿qué significa? ¿Cómo se debe entender, Pero a mí no siempre me tendréis? No os asustéis; fue dicho a Judas. ¿Por qué entonces no dijo, tendrás; sino, tendréis? Porque no hay un solo Judas. Un malo significa el cuerpo de los malos; como Pedro el cuerpo de los buenos, más bien el cuerpo de la Iglesia, pero en los buenos. Pues si en Pedro no estuviera el sacramento de la Iglesia, no le diría el Señor, Te daré las llaves del reino de los cielos: lo que ates en la tierra, será atado en el cielo; y lo que desates en la tierra, será desatado en el cielo (Mat. XVI, 19). Si esto fue dicho solo a Pedro, no lo hace la Iglesia. Pero si también en la Iglesia se hace, que lo que se ata en la tierra, se ata en el cielo, y lo que se desata en la tierra, se desata en el cielo: porque cuando la Iglesia excomulga, en el cielo es atado el excomulgado; cuando es reconciliado por la Iglesia, en el cielo es desatado el reconciliado: si esto se hace en la Iglesia, Pedro cuando recibió las llaves, significó a la Iglesia santa. Si en la persona de Pedro fueron significados los buenos en la Iglesia, en la persona de Judas fueron significados los malos en la Iglesia; a ellos se les dijo, Pero a mí no siempre me tendréis. ¿Qué significa, no siempre? ¿Y qué significa, siempre? Si eres bueno, si perteneces al cuerpo que significa Pedro; tienes a Cristo tanto en el presente como en el futuro: en el presente por la fe, en el presente por el signo, en el presente por el sacramento del Bautismo, en el presente por el alimento y bebida del altar. Tienes a Cristo en el presente, pero lo tendrás siempre; porque cuando salgas de aquí, irás a aquel que dijo al ladrón, Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43). Pero si te comportas mal, pareces tener a Cristo en el presente, porque entras en la Iglesia, te marcas con el signo de Cristo, eres bautizado con el bautismo de Cristo, te mezclas con los miembros de Cristo, te acercas al altar de Cristo: en el presente tienes a Cristo, pero viviendo mal no lo tendrás siempre.

13. También puede entenderse así: A los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. Que lo tomen también los buenos, pero no se preocupen: pues hablaba de la presencia de su cuerpo. Porque según su majestad, según su providencia, según su gracia inefable e invisible, se cumple lo que él dijo, He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20). Pero según la carne que el Verbo asumió, según lo que nació de la Virgen, según lo que fue apresado por los judíos, lo que fue clavado en el madero, lo que fue bajado de la cruz, lo que fue envuelto en lienzos, lo que fue puesto en el sepulcro, lo que fue manifestado en la resurrección, no siempre lo tendréis con vosotros. ¿Por qué? Porque conversó según la presencia de su cuerpo cuarenta días con sus discípulos, y siendo conducido por ellos viendo, no siguiendo, ascendió al cielo (Hech. I, 3, 9, 10), y no está aquí. Pues allí está, sentado a la derecha del Padre: y aquí está, pues no se ha ido su presencia de majestad. De otra manera: según la presencia de majestad siempre tenemos a Cristo; según la presencia de carne, correctamente se dijo a los discípulos, Pero a mí no

siempre me tendréis. Pues la Iglesia lo tuvo según la presencia de carne pocos días: ahora lo tiene por la fe, no lo ve con los ojos. Por lo tanto, ya sea que se haya dicho así, Pero a mí no siempre me tendréis, creo que ya no hay cuestión, que se ha resuelto de dos maneras.

14. Escuchemos lo poco que queda: Entonces la gran multitud de los judíos supo que él estaba allí: y vinieron, no solo por Jesús, sino para ver a Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. La curiosidad los trajo, no la caridad: vinieron, y vieron. Escuchad el consejo maravilloso de la vanidad. Visto Lázaro resucitado, porque tan gran milagro del Señor estaba tan evidentemente difundido, tan manifiestamente declarado, que no podían ni ocultar lo que se había hecho, ni negarlo, veamos qué encontraron. Entonces los principales sacerdotes deliberaron para matar también a Lázaro; porque muchos de los judíos se iban por causa de él, y creían en Jesús. ¡Oh pensamiento necio, y ciega crueldad! ¿El Señor Cristo que pudo resucitar a un muerto, no podría resucitar a un asesinado? Cuando intentabais matar a Lázaro, ¿acaso quitabais al Señor su poder? Si os parece diferente un muerto de un asesinado; he aquí que el Señor hizo ambos, resucitó a Lázaro muerto, y a sí mismo resucitó asesinado.

TRACTATUS LI. Desde lo que está escrito, Al día siguiente, la gran multitud que había venido a la fiesta, etc., hasta lo que dice, Si alguno me sirve, mi Padre lo honrará. Cap. XII, V. 12-26.

1. Después de que el Señor resucitó a un muerto de cuatro días, asombrando a los judíos, y algunos de ellos creyendo al verlo, otros pereciendo por envidia, por el buen olor, que es para unos para vida, para otros para muerte (II Cor. II, 15); después de que se recostó en la casa con Lázaro, que había sido resucitado de entre los muertos, después de que el ungüento fue derramado sobre sus pies, llenando la casa de fragancia; después de que los judíos concibieron en su corazón perdido la vana crueldad, y el crimen más estúpido y demente de querer matar también a Lázaro; de todo lo cual, como pudimos, lo que el Señor nos dio, hablamos en sermones anteriores: ahora preste atención vuestra Caridad, antes de la pasión del Señor, cuán grande fue el fruto de su predicación, y cuán grande fue el rebaño de ovejas de las que se habían perdido de la casa de Israel, que escucharon la voz del pastor.

2. Así habla el Evangelio, que escuchasteis cuando se recitó: Al día siguiente, la gran multitud que había venido a la fiesta, cuando oyeron que Jesús venía a Jerusalén, tomaron ramas de palmas, y salieron a su encuentro, y clamaban, ¡Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor, rey de Israel! Las ramas de palmas son alabanzas, significando victoria; porque el Señor iba a superar la muerte muriendo, y con el trofeo de la cruz iba a triunfar sobre el diablo, príncipe de la muerte. La voz de quien suplica es, ¡Hosanna!, como dicen algunos que conocen la lengua hebrea, indicando más un afecto que significando alguna cosa: como son en la lengua latina lo que llaman interjecciones, como cuando decimos, ¡Ay! al dolernos, o cuando nos deleitamos, decimos, ¡Vah!; o cuando nos maravillamos, decimos, ¡Oh, cosa grande! pues entonces, ¡Oh!, no significa nada, sino el afecto del que se maravilla. Lo cual es de creer que es así, porque ni el griego ni el latín pudieron interpretarlo: como aquello, Quien diga a su hermano, Raca (Mat. V, 22). Pues también esta se dice que es una interjección, mostrando el afecto del que se indigna.

3. Bendito el que viene en el nombre del Señor, rey de Israel, debe entenderse más bien así, que en el nombre del Señor, en el nombre de Dios Padre se entienda: aunque también puede entenderse en su propio nombre, porque él mismo es Señor. De donde también está escrito en otro lugar, Llovió el Señor desde el Señor (Gen. XIX, 24). Pero sus palabras dirigen mejor nuestro entendimiento, quien dice: Yo he venido en el nombre de mi Padre, y no me

recibisteis: otro vendrá en su propio nombre, a este recibiréis (Juan V, 43). Pues Cristo es maestro de humildad, quien se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filip. II, 8). No pierde, pues, la divinidad, cuando nos enseña la humildad: en aquella es igual al Padre, en esta es semejante a nosotros: por lo que es igual al Padre, nos creó para que existiéramos; por lo que es semejante a nosotros, nos redimió para que no pereciéramos.

4. Estas alabanzas le decía la multitud, ¡Hosanna, bendito el que viene en el nombre del Señor, rey de Israel! ¿Qué cruz de mente podía soportar la envidia de los príncipes de los judíos, cuando tanta multitud clamaba a Cristo su rey? Pero, ¿qué fue para el Señor ser rey de Israel? ¿Qué grande fue para el rey de los siglos, hacerse rey de los hombres? Pues no era rey de Israel Cristo para exigir tributo, o para armar un ejército con hierro, y vencer visiblemente a los enemigos: sino rey de Israel, porque gobierna las mentes, porque cuida eternamente, porque lleva al reino de los cielos a los que creen, esperan y aman. Por lo tanto, el Hijo de Dios igual al Padre, el Verbo por el cual fueron hechas todas las cosas, que quiso ser rey de Israel, es dignación, no promoción; es indicio de misericordia, no aumento de poder. Pues quien fue llamado en la tierra rey de los judíos, en los cielos es Señor de los ángeles.

5. Y Jesús encontró un asno, y se sentó sobre él. Aquí se dijo brevemente: pues cómo se hizo, se lee plenamente en otros evangelistas (Mat. XXI, 1-16; Marc. XI, 1-11, y Luc. XIX, 29-48). Se adhiere a este hecho un testimonio profético, para que apareciera que los malignos príncipes de los judíos no entendían, en lo que se cumplía lo que leían. Entonces Jesús encontró un asno, y se sentó sobre él: como está escrito, No temas, hija de Sion: he aquí tu rey viene sentado sobre un pollino de asna. En aquel pueblo estaba la hija de Sion: ella es Jerusalén que es Sion. En aquel, digo, pueblo reprobado y ciego, estaba sin embargo la hija de Sion, a quien se diría, No temas: he aquí tu rey viene sentado sobre un pollino de asna. Esta hija de Sion a quien divinamente se dicen estas cosas, estaba en aquellas ovejas que escuchaban la voz del pastor; estaba en aquella multitud que alababa al Señor que venía con tanta devoción, que lo conducía con tanto acompañamiento. A ella se le dijo, No temas: reconoce a aquel que es alabado por ti, y no temas cuando sufre; porque aquella sangre se derrama, por la cual tu delito sea borrado, y la vida sea devuelta. Pero el pollino de asna sobre el cual nadie había montado (pues esto se encuentra en otros evangelistas) entendemos que es el pueblo de los gentiles, que no había recibido la Ley del Señor. La asna (pues ambos animales fueron llevados al Señor) es su pueblo que venía del pueblo de Israel, no indómito ciertamente, sino que reconoció el pesebre del Señor.

6. Estas cosas no las entendieron sus discípulos al principio: pero cuando Jesús fue glorificado, es decir, cuando mostró el poder de su resurrección: entonces recordaron que estas cosas estaban escritas acerca de él, y que estas cosas le hicieron, es decir, no le hicieron otras cosas, sino aquellas que estaban escritas acerca de él. Pues recordando según la Escritura, lo que antes de la pasión del Señor, o en la pasión del Señor se cumplió, allí también encontraron esto que según las palabras de los Profetas se sentó en un pollino de asna.

7. Entonces la multitud que estaba con él daba testimonio cuando llamó a Lázaro del sepulcro, y lo resucitó de entre los muertos. Por eso también la multitud salió a su encuentro, porque oyeron que había hecho esta señal. Entonces los fariseos dijeron entre sí: ¿Veis que no ganamos nada? He aquí que todo el mundo se ha ido tras él. La multitud turbó a la multitud. Pero, ¿por qué envidias, turba ciega, porque el mundo se va tras aquel por quien fue hecho el mundo?

8. «Había algunos gentiles entre los que habían subido a adorar en la fiesta. Estos se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaban, diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés; Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús.» Escuchemos qué respondió el Señor a esto. He aquí que los judíos quieren matarlo, los gentiles quieren verlo; pero también había de entre los judíos quienes clamaban: Bendito el que viene en el nombre del Señor, rey de Israel. He aquí aquellos de la circuncisión, aquellos de la incircuncisión, como dos muros que vienen de diferentes direcciones, y que se encuentran en una sola fe en Cristo con el beso de la paz: escuchemos, pues, la voz de la piedra angular. Jesús, sin embargo, les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que sea glorificado el Hijo del Hombre. Aquí alguien podría pensar que dijo que sería glorificado porque los gentiles querían verlo. No es así. Sino que veía a esos gentiles, después de su pasión y resurrección, creyendo en todas las naciones: porque, como dice el Apóstol, una ceguera parcial ha ocurrido en Israel hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado (Rom. XI, 25). Por la ocasión de estos gentiles que deseaban verlo, anuncia la futura plenitud de los gentiles; y promete que ya está cerca la hora de su glorificación, que, una vez realizada en los cielos, los gentiles creerían. De ahí que se haya predicho: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria (Sal. CVII, 6). Esta es la plenitud de los gentiles, de la que dice el Apóstol: una ceguera parcial ha ocurrido en Israel hasta que la plenitud de los gentiles haya entrado.

9. Pero la altura de la glorificación debía ser precedida por la humildad de la pasión: por eso añadió a continuación: En verdad, en verdad os digo, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. Se refería a sí mismo. Él era el grano que debía ser mortificado y multiplicado: mortificado por la infidelidad de los judíos, multiplicado por la fe de los pueblos.

10. Ahora bien, exhortando a seguir las huellas de su pasión: El que ama, dice, su vida, la perderá. Esto puede entenderse de dos maneras: El que ama, la perderá, es decir, si amas, piérdela; si deseas conservar la vida en Cristo, no temas la muerte por Cristo. De otro modo: El que ama su vida, la perderá. No la ames, para que no la pierdas; no la ames en esta vida, para que no la pierdas en la vida eterna. Sin embargo, lo que dije en segundo lugar parece tener más el sentido evangélico: pues sigue diciendo: Y el que odia su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna. Por lo tanto, lo que se dijo antes, El que ama, se sobreentiende, en este mundo; ciertamente la perderá: pero el que odia, ciertamente en este mundo; la conservará para la vida eterna. Gran y maravillosa sentencia, ¡cómo es el amor del hombre por su propia vida para que perezca, y el odio para que no perezca! Si amaste mal, entonces odiaste: si odiaste bien, entonces amaste. Felices los que odian conservando, para que no pierdan amando. Pero ten cuidado de que no se te ocurra querer matarte a ti mismo, entendiendo así que debes odiar tu vida en este mundo. Pues de aquí algunos malignos y perversos, y más crueles y criminales homicidas consigo mismos, se entregan a las llamas, se ahogan en el agua, se lanzan al precipicio y perecen. Esto no lo enseñó Cristo, sino que incluso al diablo que le sugería el precipicio le respondió: Apártate, Satanás; está escrito, No tentarás al Señor tu Dios (Mat. IV, 7). Pero a Pedro le dijo, significando con qué muerte iba a glorificar a Dios: Cuando eras joven, te ceñías e ibas a donde querías; pero cuando seas viejo, otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras (Juan XXI, 18, 19). Donde expresó claramente que no debe ser matado por sí mismo, sino por otro, quien sigue las huellas de Cristo. Cuando, por lo tanto, llegue el momento crucial, de modo que se proponga esta condición, o hacer algo contra el mandamiento de Dios, o salir de esta vida, de los cuales el hombre se vea obligado a elegir uno, bajo la amenaza de muerte del perseguidor; allí elija morir por el

amado Dios, antes que vivir ofendiéndolo: allí odie su vida en este mundo, para que la conserve para la vida eterna.

11. Si alguno me sirve, que me siga. ¿Qué significa, que me siga; sino, que me imite? Porque Cristo padeció por nosotros, dice el apóstol Pedro, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas (I Pedro II, 21). He aquí lo que se dijo, Si alguno me sirve, que me siga. ¿Con qué fruto? ¿con qué recompensa? ¿con qué premio? Y donde yo esté, dice, allí estará también mi servidor. Que sea amado gratuitamente, para que el precio del servicio que se le presta sea estar con él. Pues, ¿dónde estará bien sin él, o cuándo podrá estar mal con él? Escucha más claramente. Si alguno me sirve, mi Padre lo honrará. ¿Con qué honor, sino con estar con su Hijo? Porque lo que dijo antes, Donde yo esté, allí estará también mi servidor; se entiende que lo explicó cuando dice, mi Padre lo honrará. Pues, ¿qué mayor honor puede recibir el adoptado, que estar donde está el Unigénito; no hecho igual a la divinidad, sino asociado a la eternidad?

12. Pero, ¿qué significa servir a Cristo, para lo cual se propone una recompensa tan grande? Esto es lo que debemos investigar. Porque si pensamos que servir a Cristo es preparar lo necesario para el cuerpo, o cocinar o servir la comida al que cena, o darle la copa y mezclar la bebida; hicieron esto aquellos que pudieron tenerlo presente en el cuerpo, como Marta y María, cuando Lázaro también era uno de los que estaban a la mesa. Pero de esa manera también Judas, el perdido, sirvió a Cristo; pues él tenía la bolsa: y aunque robaba de lo que se echaba en ella de manera muy malvada, sin embargo, por medio de él también se preparaban las cosas necesarias (Juan XII, 2, 6). De ahí que cuando el Señor le dijo, Lo que haces, hazlo pronto; algunos pensaron que le había ordenado preparar lo necesario para la fiesta, o dar algo a los necesitados (Id. XIII, 27, 29). De ninguna manera, pues, diría el Señor de tales ministros, Donde yo esté, allí estará también mi servidor; y, Si alguno me sirve, mi Padre lo honrará: porque vemos que Judas, sirviendo de esa manera, fue reprobado más que honrado. ¿Por qué, entonces, buscamos en otro lugar qué significa servir a Cristo, y no más bien reconocemos en estas mismas palabras? Pues cuando dijo, Si alguno me sirve, que me siga; quiso que se entendiera esto, como si dijera, Si alguno no me sigue, no me sirve. Sirven, pues, a Jesucristo, quienes no buscan lo suyo, sino lo de Jesucristo (Filip. II, 21). Esto es, que me siga, que camine por mis caminos, no por los suyos: como está escrito en otro lugar, El que dice que permanece en Cristo, debe andar como él anduvo (I Juan II, 6). También debe, si da pan al hambriento, hacerlo por misericordia, no por ostentación; no buscar allí otra cosa que la buena obra, sin que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha (Mat. VI, 3), es decir, que la intención de la codicia se aleje de la obra de la caridad. Quien así sirve, sirve a Cristo; y se le dirá correctamente, Cuando lo hiciste a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hiciste (Id. XXV, 40). Y no solo lo que se refiere a la misericordia corporal, sino haciendo todas las buenas obras por Cristo (entonces serán buenas, porque el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4)), es ministro de Cristo hasta esa obra de gran caridad, que es poner su vida por los hermanos: esto es también ponerla por Cristo. Porque también esto lo dirá por sus miembros: Cuando lo hiciste por estos, lo hiciste por mí. De tal obra, incluso se dignó hacerse y llamarse ministro, donde dice: Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y dar su vida en rescate por muchos (Mat. XX, 28). De ahí, pues, es cada uno ministro de Cristo, de donde es ministro también Cristo. Al que así sirve a Cristo, su Padre lo honrará, con ese gran honor, para que esté con su Hijo, y nunca decaiga su felicidad.

13. Cuando, pues, escucháis, hermanos, al Señor diciendo, Donde yo esté, allí estará también mi servidor; no penséis solamente en los buenos obispos y clérigos. También vosotros, según vuestra capacidad, servid a Cristo, viviendo bien, haciendo limosnas, predicando su nombre y

doctrina a quienes podáis; para que cada padre de familia reconozca con este nombre el afecto paternal que debe a su familia. Por Cristo y por la vida eterna, amoneste, enseñe, exhorte, corrija a todos los suyos; imparta benevolencia, ejerza disciplina: así en su casa cumplirá el oficio eclesiástico y de alguna manera episcopal, sirviendo a Cristo para que esté con él eternamente. Pues también muchos de vuestro número han servido en esa gran ministración de la pasión: muchos no obispos ni clérigos, jóvenes y vírgenes, ancianos con jóvenes, muchos casados y casadas, muchos padres y madres de familia sirviendo a Cristo, también han puesto sus vidas en su martirio, y recibiendo del Padre que los honra coronas gloriosísimas.

TRACTATUS LII. Desde lo que está escrito, Ahora mi alma está turbada; y ¿qué diré? hasta, Jesús dijo estas cosas, y se fue, y se escondió de ellos. Cap. XII, V. 27-36.

1. Después de que el Señor Jesucristo exhortó a sus ministros a seguirlo a sí mismo con las palabras de la lectura de ayer, habiendo predicho así su pasión, que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto: donde los animó, a quienes quisieran seguirlo al reino de los cielos, a odiar su vida en este mundo, si pensaban conservarla para la vida eterna: nuevamente moderó su afecto a nuestra debilidad, y dijo, de donde comenzó la lectura de hoy, Ahora mi alma está turbada. ¿Por qué está turbada, Señor, tu alma? ¿No dijiste poco antes, El que odia su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna? ¿Entonces tu alma es amada en este mundo, por eso se turba cuando llega la hora de salir de este mundo? ¿Quién se atrevería a afirmar esto de la alma del Señor? Pero nos trasladó a sí mismo, nos asumió en sí mismo como nuestra cabeza, asumió el afecto de sus miembros: y por eso no fue turbado por nadie; sino que, como se dijo de él, cuando resucitó a Lázaro, se turbó a sí mismo (Juan XI, 33). Pues era necesario que un mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, así como nos animó a lo más alto, así también padeciera con nosotros lo más bajo.

2. Escucho arriba diciendo, Ha llegado la hora para que sea glorificado el Hijo del Hombre: si el grano es mortificado, lleva mucho fruto. Escucho, El que odia su vida en este mundo, la conservará para la vida eterna. Y no se me permite solo admirar, sino que se me ordena imitar. Luego, con las palabras siguientes, Si alguno me sirve, que me siga; y donde yo esté, allí estará también mi servidor; me enciendo para despreciar el mundo, y ante mis ojos no es nada toda esta vida, por más prolongada que sea, vapor; por amor a lo eterno, todas las cosas temporales me parecen despreciables: y nuevamente escucho a mi Señor mismo, quien con esas palabras me arrebató de mi debilidad a su fortaleza, diciendo, Ahora mi alma está turbada. ¿Qué es esto? ¿Cómo ordenas a mi alma seguirte, si veo que tu alma está turbada? ¿Cómo soportaré lo que siente una fortaleza tan grande? ¿Qué fundamento buscaré, si la roca cede? Pero me parece escuchar en mi pensamiento al Señor respondiéndome, y de alguna manera diciéndome: Más me seguirás, porque así me interpongo para que soportes: escuchaste la voz de mi fortaleza hacia ti, escucha en mí la voz de tu debilidad: te sugiero fuerzas para que corras, no reprimo lo que aceleras; pero transfiero a mí lo que temes, y me pongo debajo de ti para que pases. ¡Oh Señor mediador, Dios sobre nosotros, hombre por nosotros, reconozco tu misericordia! porque al turbarte voluntariamente tanto por tu caridad, consuelas a muchos en tu cuerpo que se turban por la necesidad de su debilidad, para que no perezcan desesperando.

3. Finalmente, el hombre que quiere seguir, escuche cómo debe seguir. Quizás llega una hora terrible, se propone la opción de hacer iniquidad o sufrir pasión; el alma débil se turba, por la cual voluntariamente se turbó el alma invicta: antepone a tu voluntad la voluntad de Dios. Pues atiende lo que luego añade tu creador y maestro, quien te hizo, y para enseñarte se hizo

también él mismo lo que hizo: pues el hombre fue hecho quien hizo al hombre; pero Dios permaneció inmutable, y transformó al hombre en mejor. Escucha, pues, lo que añade después de haber dicho, Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué diré?, dice. Padre, sálvame de esta hora: pero para esto he venido a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Te enseñó qué pensar, te enseñó qué decir, a quién invocar, en quién esperar, cuya voluntad cierta y divina debes anteponer a tu voluntad humana e infirma. No te parezca, pues, que desciende desde lo alto, porque quiere que asciendas desde lo bajo. Pues también se dignó ser tentado por el diablo, por quien ciertamente si no quisiera no sería tentado, así como si no quisiera no padecería: y respondió al diablo lo que tú debes responder en las tentaciones (Mat. IV, 1-10). Y él ciertamente fue tentado, pero no en peligro; para enseñarte a ti, en peligro en la tentación, a responder al tentador, y no seguir al tentador, sino salir del peligro de la tentación. Así como aquí dijo, Ahora mi alma está turbada, así también donde dice, Mi alma está triste hasta la muerte; y, Padre, si es posible, pase de mí este cáliz: asumió la debilidad del hombre, para enseñar así al contristado y turbado lo que sigue diciendo, Sin embargo, no lo que yo quiero, sino lo que tú quieres, Padre (Id. XXVI, 38 y 39). Así, pues, el hombre es dirigido de lo humano a lo divino, cuando la voluntad divina se antepone a la voluntad humana. Pero, ¿qué significa, Glorifica tu nombre; sino, en su pasión y resurrección? ¿Qué significa, pues, sino que el Padre glorifique al Hijo, quien glorifica su nombre también en las pasiones similares de sus siervos? De donde está escrito de Pedro, que por eso dijo de él, Otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras; porque quiso significar, con qué muerte iba a glorificar a Dios (Juan XXI, 18, 19). Por lo tanto, también en él Dios glorificó su nombre, porque así también en sus miembros glorifica a Cristo.

4. Entonces vino una voz del cielo, Y lo he glorificado, y lo glorificaré de nuevo. Y lo he glorificado, antes de hacer el mundo: y lo glorificaré de nuevo, cuando resucite de entre los muertos, y ascienda al cielo. Y puede entenderse de otra manera. Y lo he glorificado, cuando nació de la Virgen, cuando obró milagros, cuando fue adorado por los Magos con la estrella como testigo del cielo, cuando fue reconocido por los santos llenos del Espíritu Santo, cuando fue declarado con el Espíritu descendiendo en forma de paloma, cuando fue mostrado con la voz del cielo resonando, cuando fue transfigurado en el monte, cuando hizo muchos milagros, cuando sanó y purificó a muchos, cuando alimentó a una multitud tan grande con poquísimos panes, cuando mandó a los vientos y las olas, cuando resucitó a los muertos: y lo glorificaré de nuevo, cuando resucite de entre los muertos, cuando la muerte ya no tenga dominio sobre él, cuando sea exaltado sobre los cielos Dios, y sobre toda la tierra su gloria.

5. La multitud, pues, que estaba presente y había oído, decía que había sido un trueno: otros decían, Un ángel le ha hablado. Jesús respondió y dijo: No por mí ha venido esta voz, sino por vosotros. Aquí mostró que esa voz no fue hecha para indicarle a él lo que ya sabía, sino a aquellos a quienes debía ser indicado. Así como esa voz no fue hecha por él, sino por otros por la divinidad; así también su alma, no por él, sino por otros por voluntad fue turbada.

6. Atiende lo demás. Ahora, dice, es el juicio del mundo. ¿Qué, pues, se espera al final del siglo? Pero al final, el juicio que se espera será el de los vivos y los muertos, será un juicio de premios y castigos eternos. ¿Qué juicio, pues, es ahora? Ya en las lecturas anteriores, en cuanto pude, recordé a vuestra Caridad, que también se dice juicio no de condenación, sino de discernimiento: de donde está escrito, Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa (Sal. XLII, 1). Pero hay muchos juicios de Dios: de donde se dice en el Salmo, Tus juicios son un abismo grande (Sal. XXXV, 7). También dice el Apóstol, ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán inescrutables son sus juicios (Rom. XI, 33)! De esos juicios también es este que aquí dice el Señor, Ahora es el juicio del mundo; reservando aquel juicio al final, donde finalmente los vivos y los muertos serán

juzgados. Poseía, pues, el diablo al género humano, y tenía a los culpables de castigos con el documento de los pecados; dominaba en los corazones de los infieles, arrastrando a los engañados y cautivos a adorar a la criatura, abandonando al Creador: pero por la fe de Cristo, que fue afirmada por su muerte y resurrección, por su sangre, que fue derramada para la remisión de los pecados, miles de creyentes son liberados del dominio del diablo, se unen al cuerpo de Cristo, y bajo tan gran cabeza, un solo Espíritu vivifica a los fieles miembros. Esto llamaba juicio, esta distinción, esta expulsión del diablo de sus redimidos.

7. Finalmente, presta atención a lo que dice. Como si preguntáramos qué significa cuando dice: "Ahora es el juicio de este mundo", lo explica a continuación: "Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera". Hemos escuchado qué tipo de juicio ha mencionado. No se refiere, por tanto, a aquel juicio que vendrá al final, donde los vivos y los muertos serán juzgados, separando a unos a la derecha y a otros a la izquierda; sino al juicio por el cual "el príncipe de este mundo será echado fuera". ¿Cómo es que estaba dentro, y a dónde dijo que sería echado fuera? ¿Acaso estaba en el mundo y fue enviado fuera del mundo? Si hablara de aquel juicio que vendrá al final, alguien podría pensar en el fuego eterno al que será enviado el diablo con sus ángeles y todos los que están de su parte; no por naturaleza, sino por vicio; no porque los creó o engendró, sino porque los persuadió y retuvo: alguien podría pensar que ese fuego eterno está fuera del mundo, y que esto es lo que se quiso decir con "será echado fuera". Pero como dijo: "Ahora es el juicio de este mundo"; y explicando lo que dijo, "Ahora", dice, "el príncipe de este mundo será echado fuera": esto debe entenderse como algo que sucede ahora, no como algo que sucederá mucho después en el último día. El Señor, por tanto, predecía lo que sabía, que después de su pasión y glorificación, muchos pueblos en todo el mundo creerían, en cuyos corazones el diablo estaba dentro; a quien, cuando renuncian por fe, es echado fuera.

8. Pero alguien podría decir: ¿Acaso no fue echado fuera de los corazones de los Patriarcas y Profetas, y de los justos antiguos? Claro que fue echado fuera. Entonces, ¿cómo se dijo "ahora será echado fuera"? ¿Cómo lo entendemos, sino porque lo que se hizo en muy pocas personas entonces, ahora se predijo que pronto sucedería en muchos y grandes pueblos? Así también lo que se dijo: "El Espíritu aún no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado" (Juan 7, 39), puede tener una pregunta similar y una solución similar. Pues no sin el Espíritu Santo los Profetas predijeron el futuro; ni tampoco el anciano Simeón y la viuda Ana reconocieron al Señor niño en el Espíritu Santo (Lucas 2, 25-38); y Zacarías e Isabel, quienes predijeron tanto sobre él aún no nacido, pero ya concebido, por el Espíritu Santo (Lucas 1, 41-45, 67-79). Pero "el Espíritu aún no había sido dado"; es decir, aquella abundancia de gracia espiritual, por la cual congregados hablarían en todas las lenguas (Hechos 2, 4-6), y así se predeciría la Iglesia en todas las lenguas de las naciones: por la cual gracia espiritual se congregarían los pueblos, por la cual se perdonarían los pecados en gran medida, y miles de miles se reconciliarían con Dios.

9. Entonces, dice alguien, porque el diablo será echado fuera de los corazones de los creyentes, ¿ya no tienta a ningún fiel? Al contrario, no cesa de tentar. Pero es diferente reinar desde dentro que atacar desde fuera: pues incluso una ciudad muy fortificada a veces es atacada por el enemigo, pero no conquistada. Y si algunas de sus flechas llegan, el Apóstol advierte cómo no dañan; recuerda la coraza y el escudo de la fe (1 Tesalonicenses 5, 8). Y si alguna vez hiere, está presente quien sana. Porque así como a los que luchan se les dice: "Estas cosas os escribo, para que no pequéis"; así los que son heridos, escuchan lo que sigue: "Y si alguno peca, abogado tenemos ante el Padre, a Jesucristo el justo; él es la propiciación por nuestros pecados" (1 Juan 2, 1-2). ¿Qué oramos cuando decimos: "Perdona nuestras

deudas", sino para que nuestras heridas sean sanadas? ¿Y qué más pedimos cuando decimos: "No nos dejes caer en la tentación" (Mateo 6, 12-13), sino que aquel que acecha, o lucha desde fuera, no irrumpa por ninguna parte, no pueda superarnos con ningún engaño, con ninguna fuerza? Por muchas máquinas que levante contra nosotros, cuando no ocupa el lugar del corazón donde habita la fe, ha sido echado fuera. Pero si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el que la guarda (Salmo 126, 1). No presumáis, pues, de vosotros mismos, si no queréis volver a llamar al diablo, que ha sido echado fuera, para que entre de nuevo.

10. Sin embargo, no debemos pensar que el diablo es llamado príncipe del mundo de tal manera que creamos que puede dominar el cielo y la tierra. Sino que el mundo se llama así en los hombres malos, que están dispersos por toda la tierra: así como se llama casa a aquellos que la habitan, según decimos, "Buena casa" o "mala casa", no cuando criticamos o alabamos el edificio de paredes y techos, sino cuando nos referimos a las costumbres de los hombres buenos o malos. Así, pues, se dijo: "Príncipe de este mundo": es decir, príncipe de todos los malos que habitan en el mundo. También se llama mundo a los buenos, que igualmente están dispersos por toda la tierra: de ahí que el Apóstol diga: "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo mismo" (2 Corintios 5, 19). Estos son de cuyos corazones el príncipe de este mundo es echado fuera.

11. Cuando, por tanto, dijo: "Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera"; y yo, dice, "si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí". ¿Qué "todos", sino aquellos de quienes él es echado fuera? Sin embargo, no dijo "todos", sino "todo": pues no todos tienen fe (2 Tesalonicenses 3, 2). No se refirió, por tanto, a la totalidad de los hombres, sino a la integridad de la criatura; es decir, espíritu, alma y cuerpo; y aquello por lo que entendemos, y aquello por lo que vivimos, y aquello por lo que somos visibles y tangibles. Porque quien dijo: "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá" (Lucas 21, 18), atrae todo hacia sí. O si "todo" se refiere a los mismos hombres, podemos decir que todo está predestinado para la salvación: de todos los cuales dice que nada perecerá, cuando antes hablaba de sus ovejas (Juan 10, 28). O ciertamente todos los tipos de hombres, ya sea en todas las lenguas, ya sea en todas las edades, ya sea en todos los grados de honor, ya sea en todas las diversidades de ingenios, ya sea en todas las profesiones de artes lícitas y útiles, y cualquier otra cosa que pueda decirse según las innumerables diferencias por las cuales los hombres se distinguen entre sí, excepto por los pecados, desde los más altos hasta los más humildes, desde el rey hasta el mendigo; "todo", dice, "atraeré hacia mí": para que él sea su cabeza, y ellos sus miembros. Pero "si fuere levantado", dice, "de la tierra"; esto es, cuando fuere levantado: pues no duda que sucederá lo que vino a cumplir. Esto se refiere a lo que dijo antes: "Si el grano de trigo muere, lleva mucho fruto". Porque ¿qué otra cosa dijo de su exaltación sino su pasión en la cruz? Lo cual el mismo Evangelista no calló: añadió, y dijo: "Esto decía, significando de qué muerte iba a morir".

12. Le respondió la multitud: "Nosotros hemos oído de la Ley que el Cristo permanece para siempre; ¿y cómo dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?" Recordaron bien lo que el Señor decía continuamente, que él era el Hijo del Hombre. Pues en este lugar no dijo: "Si el Hijo del Hombre fuere levantado de la tierra": sino que antes había dicho, lo que se leyó y trató ayer, cuando fueron anunciados aquellos gentiles que deseaban verlo. "Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado" (Juan 12, 23). Esto, por tanto, lo retuvieron en su mente, y lo que ahora dice: "Cuando fuere levantado de la tierra", entendiendo la muerte en la cruz, le preguntaron y dijeron: "Nosotros hemos oído de la Ley que el Cristo permanece para siempre; ¿y cómo dices tú que es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado? ¿Quién es este Hijo del Hombre?" Porque si es el Cristo, dicen, permanece para siempre: si permanece para siempre,

¿cómo será levantado de la tierra? es decir, ¿cómo morirá en la pasión de la cruz? Pues entendían que eso era lo que decía, lo que pensaban hacer. Por tanto, la oscuridad de estas palabras no se les reveló por sabiduría infundida, sino por conciencia estimulada.

13. Entonces Jesús les dijo: "Aún por un poco de tiempo la luz está entre vosotros. De aquí es que entendéis que el Cristo permanece para siempre. Caminad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas. Caminad, acercaos, comprended todo, tanto que Cristo morirá, como que vivirá para siempre, y que derramará su sangre para redimir, y ascenderá a las alturas para llevar. Pero las tinieblas os sorprenderán si creéis en la eternidad de Cristo de tal manera que neguéis en él la humildad de la muerte. Y el que camina en tinieblas no sabe a dónde va. Así puede tropezar en la piedra de tropiezo y roca de escándalo, que fue el Señor para los judíos ciegos: como para los creyentes, la piedra que desecharon los edificadores, se ha convertido en la cabeza del ángulo (1 Pedro 2, 6-8). De aquí que se negaron a creer en Cristo, porque su impiedad despreció al muerto, se burló del asesinado: y esa misma era la muerte del grano que se multiplicaría, y la exaltación de quien atrae todo hacia sí. "Mientras tenéis la luz", dice, "creed en la luz, para que seáis hijos de la luz". Cuando habéis oído algo de verdad, creed en la verdad, para que renazcáis en la verdad.

14. Habiendo dicho esto, Jesús se fue y se ocultó de ellos. No de aquellos que comenzaron a creer y amar, no de aquellos que vinieron con ramas de palma y alabanzas a su encuentro: sino de aquellos que veían y envidiaban; porque ni siquiera veían, sino que tropezaban en aquella piedra con ceguera. Pero cuando Jesús se ocultó de aquellos que deseaban matarlo (lo cual a menudo se os ha recordado por olvido), cuidó de nuestra debilidad, no disminuyó su poder.

TRACTATUS LIII. Desde lo que está escrito: "Aunque había hecho tantos signos delante de ellos, no creían en él"; hasta: "Amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios". Cap. XII, V. 37-43.

1. Habiendo predicho el Señor Cristo su pasión, y su muerte fructífera en la exaltación de la cruz, donde dijo que atraería todo hacia sí, cuando los judíos entendieron que hablaba de su muerte, y le plantearon la cuestión de cómo decía que iba a morir, cuando habían oído de la Ley que el Cristo permanece para siempre; los exhortó a que, mientras aún tuvieran un poco de luz en ellos, por la cual habían aprendido que Cristo es eterno, caminaran, para que aprendieran todo, no fueran atrapados por las tinieblas. Y cuando hubo dicho esto, se ocultó de ellos. Esto lo habéis aprendido en las lecturas y palabras dominicales anteriores.

2. Luego el Evangelista introduce lo que se ha recitado en el capítulo de hoy, y dice: "Aunque había hecho tantos signos delante de ellos, no creían en él: para que se cumpliera la palabra del profeta Isaías que dijo: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? y ¿a quién se ha revelado el brazo del Señor?" Donde muestra claramente que el brazo del Señor se refiere al mismo Hijo de Dios; no porque Dios Padre esté determinado por la figura de la carne humana, y el Hijo esté adherido a él como un miembro del cuerpo: sino porque todas las cosas fueron hechas por él, por eso se le llama el brazo del Señor. Pues así como tu brazo, por el cual obras; así se llama el brazo de Dios a su Verbo, porque por el Verbo obró el mundo. ¿Por qué, pues, el hombre extiende su brazo para obrar algo, sino porque no se hace inmediatamente lo que dice? Si tuviera tal poder que lo que dijera se hiciera sin ningún movimiento de su cuerpo, su brazo sería su palabra. Pero el Señor Jesús, el unigénito Hijo de Dios Padre, así como no es un miembro del cuerpo del Padre, tampoco es un verbo pensable o sonable y transitorio; porque siendo todas las cosas hechas por él, era el Verbo de Dios.

3. Cuando, por tanto, escuchamos que el brazo de Dios Padre es el Hijo de Dios, no nos dejemos llevar por la costumbre carnal: sino que, tanto como podamos con su don, pensemos en el Poder de Dios y la Sabiduría, por la cual todas las cosas fueron hechas. Tal brazo no se extiende al ser alargado, ni se contrae al ser recogido. Pues no es el mismo que el Padre, pero son uno él y el Padre; y es igual al Padre en todas partes, como el Padre: para que no haya ocasión para el error detestable de aquellos que dicen que solo el Padre es, pero por la diversidad de causas se le llama Hijo, se le llama Espíritu Santo; y en estas palabras se atrevan a decir: "He aquí que veis que solo el Padre es, si su brazo es el Hijo; pues no son dos, sino una persona es el hombre y su brazo". No entendiendo ni advirtiendo cómo las palabras de unas cosas se transfieren a otras cosas, por alguna similitud incluso en las locuciones cotidianas de cosas visibles y muy conocidas; cuánto más para que se nos digan de alguna manera las cosas inefables, que no pueden decirse tal como son. Pues también un hombre llama a otro hombre por quien suele hacer lo que hace, su brazo: y si se le quita, dolido dice: "He perdido mi brazo"; y al que se lo ha quitado, dice: "Me has quitado mi brazo". Entiendan, pues, cómo se ha dicho que el Hijo del Padre es el brazo, por el cual el Padre obró todas las cosas; para que no, al no entender esto, y permanecer en las tinieblas de su error, sean semejantes a los mismos judíos, de quienes se dijo: "¿Y a quién se ha revelado el brazo del Señor?"

4. Aquí surge otra cuestión, sobre la cual, para que se discuta adecuadamente, y se exploren y examinen todos sus recovecos más ocultos como es debido, no creo que sea de mis fuerzas, ni de las limitaciones del tiempo, ni de vuestra capacidad. Sin embargo, porque no se nos permite pasar a otras cosas por vuestra expectativa, recibid lo que hemos podido: y donde no hayamos satisfecho vuestra expectativa, pedid incremento a aquel que nos ha puesto a plantar y regar; porque, como dice el Apóstol, "Ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento" (1 Corintios 3, 7). Algunos, pues, murmuran entre sí, y donde pueden a veces proclaman, y con una disputa turbulenta argumentan, diciendo: ¿Qué hicieron los judíos, o cuál fue su culpa, si era necesario que se cumpliera la palabra del profeta Isaías que dijo: "Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? y ¿a quién se ha revelado el brazo del Señor?" A quienes respondemos, que el Señor, previendo el futuro, predijo la infidelidad de los judíos a través del Profeta; sin embargo, predijo, no hizo. Pues Dios no obliga a nadie a pecar porque ya conoce los pecados futuros de los hombres. Porque previó sus pecados, no los suyos; no de otro, sino de ellos. Por lo tanto, si lo que él previó de ellos no es de ellos; no verdaderamente él previó: pero porque su presciencia no puede fallar; sin duda no otro, sino ellos pecan, a quienes Dios previó que pecarían. Hicieron, pues, pecado los judíos, lo que no los obligó a hacer, a quien no le agrada el pecado; pero predijo que lo harían, a quien nada se le oculta. Y por eso, si no quisieran hacer el mal, sino el bien, no se les prohibiría; y esto se prevería que harían por aquel que sabe lo que cada uno va a hacer, y lo que le va a retribuir por su obra.

5. Pero también las palabras siguientes del Evangelio son más urgentes, y hacen la cuestión más profunda: pues añade, y dice: "Por eso no podían creer, porque Isaías dijo de nuevo: 'Ha cegado sus ojos, y endurecido su corazón, para que no vean con los ojos, ni entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane'". Se nos dice: Si no podían creer, ¿qué pecado es del hombre que no hace lo que no puede hacer? pero si pecaron al no creer, entonces podían creer, y no lo hicieron. Si podían, ¿cómo dice el Evangelio: "Por eso no podían creer, porque Isaías dijo de nuevo: 'Ha cegado sus ojos, y endurecido su corazón'"; para que, lo que es más grave, se refiera a Dios la causa por la cual no creyeron, ya que él "ha cegado sus ojos, y endurecido su corazón"? Pues no se dice esto siquiera del diablo, sino de Dios, como lo atestigua la misma Escritura profética. Porque si pensamos que esto se dijo del diablo, que

"ha cegado sus ojos, y endurecido su corazón"; debemos esforzarnos por mostrar cómo es su culpa, porque no creyeron, de quienes se dice: "no podían creer". Luego, ¿qué responderemos sobre otro testimonio del mismo profeta, que el apóstol Pablo cita diciendo: "Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero la elección lo ha alcanzado: y los demás fueron cegados, como está escrito: 'Dios les dio un espíritu de estupor; ojos para no ver, y oídos para no oír, hasta el día de hoy'" (Romanos 11, 7, Isaías 6, 10).

6. Habéis escuchado, hermanos, la cuestión planteada, y ciertamente veis cuán profunda es: pero respondemos como podemos. No podían creer, porque esto lo predijo el profeta Isaías: pero el Profeta lo predijo porque Dios previó que esto sucedería. Si se me pregunta por qué no podían, respondo rápidamente, porque no querían: Dios previó su mala voluntad y lo anunció a través del Profeta, aquel a quien no se le pueden ocultar los futuros. Pero, dices, el Profeta menciona otra causa que no es su voluntad. ¿Qué causa menciona el Profeta? Porque Dios les dio un espíritu de compunción; ojos para no ver, y oídos para no oír, y cegó sus ojos, y endureció su corazón. También respondo que esto lo mereció su voluntad. Así ciega y endurece Dios, abandonando y no ayudando: lo cual puede hacer con juicio oculto, pero no injusto. Esto, sin duda, la piedad de los religiosos debe mantenerlo firme e inviolado; como el Apóstol, cuando trataba esta misma cuestión tan difícil, decía: ¿Qué diremos entonces? ¿Hay injusticia en Dios? ¡De ninguna manera! (Rom. IX, 14). Si, por tanto, no hay injusticia en Dios; ya sea cuando ayuda, lo hace misericordiosamente; o cuando no ayuda, lo hace justamente: porque todo lo hace no por temeridad, sino por juicio. Ahora bien, si los juicios de los santos son justos, ¡cuánto más los del Dios que santifica y justifica! Por tanto, son justos, pero ocultos. Por eso, cuando surgen cuestiones de este tipo, sobre por qué uno es así y otro de otra manera; por qué uno es cegado por el abandono de Dios y otro iluminado por su ayuda: no debemos usurpar el juicio de tan gran juez, sino temblando exclamar con el Apóstol: ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos! (Rom. XI, 33). De ahí que se diga en el Salmo: Tus juicios son como un gran abismo (Sal. XXXV, 7).

7. No esperéis, hermanos, que mi capacidad penetre esta profundidad, que discuta este abismo, que investigue lo inescrutable. Reconozco mi medida, y creo percibir también la vuestra. Esto es más alto que mis progresos y más fuerte que mis fuerzas; creo que también que las vuestras. Escuchemos juntos, pues, la Escritura que nos advierte diciendo: No busques lo que te supera, ni investigues lo que te sobrepasa (Ecli. III, 22). No porque estas cosas nos estén negadas, ya que Dios, el maestro, dice: No hay nada oculto que no se revele (Mat. X, 26): sino que si hemos llegado a algo, caminemos en ello, como dice el Apóstol, no solo lo que no sabemos y debemos saber, sino también si pensamos de otra manera, Dios nos lo revelará (Filip. III, 15-16). Hemos llegado al camino de la fe, mantengámoslo con perseverancia: nos llevará a la cámara del rey, donde están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Col. II, 3). Pues el mismo Señor Jesucristo no envidiaba a sus grandes y especialmente elegidos discípulos cuando decía: Tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar (Juan XVI, 12). Debemos caminar, progresar, crecer, para que nuestros corazones sean capaces de aquellas cosas que ahora no podemos comprender. Y si el último día nos encuentra progresando, allí aprenderemos lo que aquí no pudimos.

8. Si alguien, sin embargo, sabe que puede y confía en exponer esta cuestión de manera más clara y mejor, que no dude que estoy más dispuesto a aprender que a enseñar. Solo que nadie se atreva a defender el libre albedrío de tal manera que nos quite la oración en la que decimos: No nos dejes caer en la tentación; ni tampoco que nadie niegue el libre albedrío de la voluntad y se atreva a excusar el pecado. Escuchemos al Señor, tanto mandando como

ayudando; ordenando lo que debemos hacer y ayudando para que podamos cumplirlo. Pues algunos, por la excesiva confianza en su propia voluntad, han caído en la soberbia; y otros, por la excesiva desconfianza en su propia voluntad, han caído en la negligencia. Aquellos dicen: ¿Por qué rogamos a Dios que no seamos vencidos por la tentación, si está en nuestro poder? Estos dicen: ¿Por qué intentamos vivir bien, si está en el poder de Dios? Oh Señor, oh Padre que estás en los cielos, no nos dejes caer en ninguna de estas tentaciones, sino líbranos del mal (Mat. VI, 13). Escuchemos al Señor diciendo: He rogado por ti, Pedro, para que tu fe no falte (Luc. XXII, 32); no pensemos que nuestra fe está en el libre albedrío, de modo que no necesite la ayuda divina. Escuchemos también al Evangelista diciendo: Les dio poder de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12); no pensemos que no está en nuestro poder lo que creemos: sin embargo, en ambos casos reconozcamos sus beneficios. Pues debemos dar gracias porque se nos ha dado poder; y orar para que la debilidad no sucumba (Gál. V, 6). Esta es la fe que obra por el amor, como el Señor ha repartido a cada uno su medida (Rom. XII, 3); para que el que se gloría, se gloríe en el Señor, no en sí mismo (I Cor. I, 31).

9. No es de extrañar, por tanto, que no pudieran creer, aquellos cuya voluntad era tan soberbia que, ignorando la justicia de Dios, querían establecer la suya propia: como dice el Apóstol de ellos, no se sometieron a la justicia de Dios (Rom. X, 3). Porque no procedieron de la fe, sino como si fuera por obras, se enorgullecieron; y por su propia soberbia, cegados, tropezaron en la piedra de tropiezo. Así se dijo que no podían, donde se debe entender que no querían; como se dijo de nuestro Señor Dios: Si no creemos, él permanece fiel, no puede negarse a sí mismo (II Tim. II, 13). Se dijo del Omnipotente: no puede. Así como lo que el Señor no puede negarse a sí mismo es alabanza de la voluntad divina; así lo que ellos no podían creer es culpa de la voluntad humana.

10. También yo digo que aquellos que piensan tan soberbiamente, que creen que las fuerzas de su voluntad son suficientes, negando que necesitan la ayuda divina para vivir bien, no pueden creer en Cristo. Pues de nada sirven las sílabas del nombre de Cristo y los Sacramentos de Cristo, donde se resiste a la fe de Cristo. La fe de Cristo es creer en aquel que justifica al impío (Rom. IV, 5); creer en el Mediador, sin el cual no somos reconciliados con Dios; creer en el Salvador, que vino a buscar y salvar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10); creer en aquel que dijo: Sin mí nada podéis hacer (Juan XV, 5). Porque, ignorando la justicia de Dios que justifica al impío, quiere establecer la suya propia que condena al soberbio, no puede creer en él. Por eso ellos no podían creer: no porque los hombres no puedan cambiar para mejor; sino que mientras piensen así, no pueden creer. Por eso son cegados y endurecidos; porque al negar la ayuda divina, no son ayudados. Esto es lo que Dios previó sobre los judíos que fueron cegados y endurecidos, y el Profeta lo predijo en su Espíritu.

11. Pero lo que añadió: Y se conviertan y los sane: ¿debe entenderse que no, es decir, que no se conviertan, conectando la sentencia anterior, donde se dijo: para que no vean con los ojos y entiendan con el corazón; porque aquí también se dijo: para que no entiendan? Pues la conversión también es de la gracia de aquel a quien se dice: Dios de los ejércitos, conviértenos (Sal. LXXIX, 8). ¿O tal vez esto debe entenderse como hecho por la misericordia de la medicina celestial, para que, siendo de voluntad soberbia y perversa, y queriendo establecer su propia justicia, fueran abandonados para que fueran cegados; para que fueran cegados y tropezaran en la piedra de tropiezo, y su rostro se llenara de ignominia; y así humillados buscaran el nombre del Señor, y no su propia justicia que infla al soberbio, sino la justicia de Dios que justifica al impío? Esto benefició a muchos de ellos para bien, quienes, compungidos por su crimen, después creyeron en Cristo: por quienes él mismo oró diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34). De cuya ignorancia también dice el Apóstol: Les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no

conforme a ciencia: pues entonces añadió esto, y dijo: Porque ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios (Rom. X, 2-3).

12. Estas cosas dijo Isaías cuando vio su gloria y habló de él. Lo que vio Isaías, y cómo esto se refiere al Señor Cristo, debe leerse y entenderse en su libro. Pues vio no como es, sino de una manera significativa, como debía ser informada la visión del Profeta. Pues también Moisés vio, y sin embargo, a quien veía le decía: Si he hallado gracia ante ti, muéstrame tu rostro, para que te vea claramente (Éx. XXXIII, 13); porque no veía como es. Pero cuando esto nos sucederá, el mismo santo Juan evangelista lo dice en su Epístola: Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es (I Juan III, 2). Podría haber dicho: porque le veremos, y no añadir: tal como es; pero porque sabía que algunos padres y profetas lo habían visto, pero no como es; por eso, cuando dijo: le veremos, añadió: tal como es. Que nadie os engañe, hermanos, de aquellos que dicen que el Padre es invisible y el Hijo visible. Pues estos afirman esto porque piensan que es una criatura; y no entienden según qué se dijo: Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30). En verdad, en la forma de Dios en la que es igual al Padre, también el Hijo es invisible: pero para ser visto por los hombres, tomó la forma de siervo, y hecho a semejanza de los hombres (Filip. II, 7), se hizo visible. Por tanto, se mostró incluso antes de tomar carne, a los ojos de los hombres, como quiso en la criatura sujeta a él, no como es. Purifiquemos nuestros corazones por la fe, para que estemos preparados para aquella visión inefable y, por así decirlo, invisible. Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8).

13. Sin embargo, también muchos de los principales creyeron en él; pero por causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga: porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios. Ved cómo el Evangelista notó y desaprobó a algunos, que sin embargo dijo que creyeron en él: quienes en este inicio de fe, si progresaran, también superarían el amor a la gloria humana, que había superado el Apóstol, diciendo: Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado, y yo al mundo (Gál. VI, 14). Pues para esto el mismo Señor fijó su cruz, donde la locura de la impiedad soberbia lo ridiculizó, en las frentes de aquellos que creyeran en él, donde está de algún modo la sede de la vergüenza, para que la fe en su nombre no se avergüence, y ame más la gloria de Dios que la de los hombres.

TRACTATUS LIV. Desde lo que dijo Jesús: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió; hasta lo que: Lo que yo hablo, como el Padre me lo ha dicho, así hablo. Cap. XII, V. 44-50.

1. Hablando nuestro Señor Jesucristo entre los judíos, y haciendo tantas señales milagrosas, algunos creyeron, predestinados a la vida eterna, a quienes también llamó sus ovejas: pero algunos no creyeron, ni podían creer, porque por el juicio oculto, aunque no injusto, de Dios habían sido cegados y endurecidos, abandonados por aquel que resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6). De aquellos que creyeron, algunos confesaban hasta el punto de tomar ramas de palma y salir al encuentro del que venía, regocijándose en la misma confesión de alabanza: pero otros de los principales no se atrevían a confesar, para no ser expulsados de la sinagoga; a quienes el Evangelista notó diciendo que amaron más la gloria de los hombres que la gloria de Dios (Juan XII, 43). De aquellos que no creyeron, algunos iban a creer después, a quienes preveía cuando dijo: Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces conoceréis que yo soy (Juan VIII, 28): pero otros permanecerían en la misma incredulidad, de los cuales es imitadora también esta nación de los judíos, que después

de ser derrotada, fue dispersada por casi todo el mundo como testimonio de la profecía que está escrita sobre Cristo.

2. Con estas cosas así, y ya cercana su pasión, Jesús clamó y dijo; de donde comenzó la lectura de hoy: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió: y el que me ve, ve a aquel que me envió. Ya había dicho en cierto lugar: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió (Juan VII, 16). Donde entendimos que él llamó doctrina suya al Verbo del Padre que es él mismo; y que significó esto diciendo: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió, que él no es de sí mismo, sino que tiene de quien es (Arriba, Tract. 29). Pues Dios de Dios, Hijo del Padre: pero el Padre no es Dios de Dios, sino Dios Padre del Hijo. Ahora bien, lo que dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió, ¿cómo lo entenderemos, sino porque el hombre aparecía a los hombres, mientras Dios estaba oculto? Y para que no pensaran que él era solo lo que veían, queriendo ser creído tal y como es el Padre, El que cree en mí, dijo, no cree en mí, es decir, en esto que ve; sino en aquel que me envió, es decir, en el Padre. Pero quien cree en el Padre, necesariamente debe creer que él tiene un Hijo: y por tanto, quien cree en el Padre, necesariamente debe creer en el Hijo. Pero para que no se crea esto del Hijo unigénito, lo que se dice de aquellos que son llamados hijos de Dios según la gracia, no por naturaleza, como dice el Evangelista: Les dio potestad de ser hechos hijos de Dios (Juan I, 12); de donde también es aquello que el mismo Señor recordó dicho en la Ley: Yo dije, dioses sois, e hijos del Altísimo todos (Juan X, 34): por eso dijo: El que cree en mí, no cree en mí; para que no se crea todo lo que se cree de Cristo según el hombre. Por tanto, el que cree en mí, dice, no cree en mí según lo que me ve, sino en aquel que me envió: para que cuando crea en el Padre que me engendró igual a él, no como me ve, sino así crea en mí, como en aquel que me envió: pues tanto no hay diferencia entre él y yo, que quien me ve, ve a aquel que me envió. Ciertamente, el mismo Señor Cristo envió a sus apóstoles, lo que indica también su nombre: pues así como en griego se llaman ángeles, en latín se llaman mensajeros, así en griego se llaman apóstoles, en latín se llaman enviados. Sin embargo, ningún apóstol se atrevería a decir: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió: en absoluto diría: El que cree en mí. Pues creemos al apóstol, pero no creemos en el apóstol: pues el apóstol no justifica al impío. Pero al que cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia (Rom. IV, 5). Podría decir el apóstol: El que me recibe, recibe a aquel que me envió; o, El que me escucha, escucha a aquel que me envió: pues el mismo Señor les dijo: El que os recibe, me recibe, y el que me recibe, recibe a aquel que me envió (Mat. X, 40). Porque el señor es honrado en el siervo, y el padre en el hijo: pero el padre como en el hijo, el señor como en el siervo. Pero el Hijo unigénito pudo decir correctamente: Creed en Dios, y creed también en mí (Juan XIV, 1); y lo que ahora dice: El que cree en mí, no cree en mí, sino en aquel que me envió. No se quitó a sí mismo la fe del creyente, sino que no quiso que el creyente permaneciera en la forma de siervo: porque cuando alguien cree en el Padre que lo envió, ciertamente cree en el Hijo, sin el cual no conoce al Padre; y así cree que cree en el igual, porque sigue: Y el que me ve, ve a aquel que me envió.

4. Atiende lo demás: Yo he venido al mundo como luz, para que todo el que cree en mí no permanezca en tinieblas. En cierto lugar dijo a sus discípulos: Vosotros sois la luz del mundo. No se puede esconder una ciudad situada sobre un monte, ni se enciende una lámpara para ponerla debajo de un celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa: así brille vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos (Mat. V, 14-16): sin embargo, no les dijo: Vosotros habéis venido al mundo como luz, para que todo el que cree en vosotros no permanezca en tinieblas. Afirmo que en ninguna parte se puede leer esto. Por lo tanto, todos

los santos son luces; pero son iluminados al creer en aquel de quien, si alguien se aparta, quedará en tinieblas. Sin embargo, esa luz que los ilumina no puede apartarse de sí misma, porque es completamente inmutable. Creemos, por tanto, en la luz iluminada, como los profetas, como el apóstol: pero por eso creemos en él, para no creer en lo que es iluminado, sino para creer con él en aquella luz de la que es iluminado; para que también nosotros seamos iluminados, no por él, sino con él por aquel que lo ilumina. Pero cuando dice: Para que todo el que cree en mí no permanezca en tinieblas; manifiesta claramente que encontró a todos en tinieblas: pero para que no permanezcan en esas tinieblas en las que fueron encontrados, deben creer en la luz que vino al mundo, porque por ella fue hecho el mundo.

5. Y si alguno oye, dice, mis palabras y no las guarda, yo no lo juzgo. Recordad lo que os he oído en las lecturas anteriores; y los que quizás lo habéis olvidado, recordadlo; y los que no estuvisteis presentes, pero estáis aquí, escuchad cómo dice el Hijo: Yo no lo juzgo; cuando dice en otro lugar: El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo (Juan V, 22): a menos que se entienda que, Ahora no lo juzgo. ¿Por qué no juzga ahora? Atiende a lo que sigue: Porque no he venido, dice, para juzgar al mundo, sino para salvar al mundo: es decir, para hacer salvo al mundo. Ahora, por tanto, es tiempo de misericordia, después será de juicio: porque, Misericordia, dice, y juicio cantaré para ti, Señor (Salmo C, 1).

6. Pero sobre el mismo juicio futuro y último, ved lo que dice: El que me desprecia y no recibe mis palabras, tiene quien lo juzgue: la palabra que he hablado, esa lo juzgará en el último día. No dijo: El que me desprecia y no recibe mis palabras, yo no lo juzgo en el último día. Pues si hubiera dicho esto, no veo cómo podría no ser contrario a aquella sentencia donde dice: El Padre no juzga a nadie, sino que ha dado todo el juicio al Hijo. Pero cuando dijo: El que me desprecia y no recibe mis palabras, tiene quien lo juzgue; y esperando quién sería ese, añadió: La palabra que he hablado, esa lo juzgará en el último día: manifestó claramente que él mismo juzgará en el último día. Porque él mismo habló de sí mismo, se anunció a sí mismo, se puso a sí mismo como la puerta por la que él mismo, como pastor, entraría a las ovejas. Por lo tanto, serán juzgados de manera diferente los que no escucharon, y de manera diferente los que escucharon y despreciaron. Porque los que pecaron sin Ley, dice el Apóstol, sin Ley también perecerán: y los que pecaron en la Ley, por la Ley serán juzgados (Rom. II, 12).

7. Porque yo, dice, no he hablado por mí mismo. Por eso dice que no ha hablado por sí mismo, porque no es de sí mismo. Esto ya lo hemos dicho muchas veces; ya esto, como algo muy conocido, no debemos enseñarlo sino recordarlo. Pero el Padre que me envió, él mismo me dio mandamiento de qué decir y qué hablar. No tendríamos dificultad, si supiéramos hablar con aquellos con quienes hemos hablado de lo anterior, y con ellos mismos no todos, sino con los que retienen en la memoria lo que han oído: ahora bien, porque quizás hay algunos presentes que no han oído, y son semejantes a los que han olvidado lo que han oído, por ellos soporten nuestras demoras los que recuerdan lo que han oído. ¿Cómo da el Padre mandamiento al Hijo único? ¿Con qué palabra habla el Verbo, siendo él mismo el Hijo el Verbo unigénito? ¿Acaso por un ángel, cuando por él fueron creados los ángeles? ¿Acaso por una nube: que cuando sonó para el Hijo, no sonó por él, como él mismo dice en otro lugar; sino por otros que debían oír así? ¿Acaso por un sonido emitido por labios, que no tiene cuerpo; ni el Hijo está separado del Padre por algún intervalo de lugares, para que haya entre ellos un aire intermedio, que al ser golpeado produzca voz y llegue al oído? Lejos de nosotros sospechar tales cosas de aquella sustancia incorpórea e inefable. El Hijo único es el Verbo del Padre, y la Sabiduría del Padre; en ella están todos los mandamientos del Padre. Pues el Hijo nunca ignoró el mandamiento del Padre, para que fuera necesario que lo tuviera en el tiempo lo que antes no tenía. Pues lo que tiene del Padre lo recibió, al nacer lo recibió, y él le dio al

engendrarlo. Porque también es vida, y recibió la vida ciertamente al nacer, no existiendo antes sin vida. Porque también el Padre tiene vida, y lo que tiene es: pero no lo recibió, porque no es de otro. Pero el Hijo recibió la vida, dándosela el Padre de quien es: y él mismo lo que tiene, es; pues tiene vida, y es vida. Escúchalo a él hablando: Como tiene, dice, el Padre vida en sí mismo, así también dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V, 26). ¿Acaso dio a uno que existía y no tenía? Pero le dio al engendrarlo, quien engendró vida, y vida engendró vida. Y porque engendró igual, no vida desigual; por eso se dijo: Como tiene él vida en sí mismo, así dio al Hijo tener vida en sí mismo. Dio vida, porque al engendrar vida, ¿qué dio, sino ser vida? Y porque ese nacimiento es eterno, nunca no fue el Hijo que es vida, nunca fue el Hijo sin vida; y así como el nacimiento es eterno, así es quien nació vida eterna. Así también el mandamiento no es lo que el Hijo no tenía, el Padre lo dio; sino, como dije, en la Sabiduría del Padre, que es el Verbo del Padre, están todos los mandamientos del Padre. Se dice, sin embargo, que el mandamiento fue dado, porque no es de sí mismo a quien se dice dado: y esto es dar al Hijo sin el cual nunca fue el Hijo, lo que es engendrar al Hijo que nunca no fue.

8. Sigue diciendo: Y sé que su mandamiento es vida eterna. Si, por tanto, el Hijo mismo es vida eterna, y el mandamiento del Padre es vida eterna; ¿qué otra cosa se ha dicho, sino, Yo soy el mandamiento del Padre? Por tanto, también lo que añade, y dice, Lo que yo hablo, como el Padre me ha dicho, así hablo; no lo tomemos como, me ha dicho, como si el Padre hubiera hablado palabras al único Verbo, o el Verbo de Dios necesitara palabras de Dios. Dijo, por tanto, el Padre al Hijo, como dio vida al Hijo: no lo que no sabía o no tenía, sino lo que el mismo Hijo era. ¿Qué es, entonces, como me ha dicho, así hablo, sino, Hablo la verdad? Así lo dijo él como veraz, así lo habla él como verdad. Pero el veraz engendró la verdad. ¿Qué, entonces, diría ya a la verdad? Pues no era imperfecta la verdad, a la que se le añadiría algo verdadero. Dijo, por tanto, a la verdad, porque engendró la verdad. Ahora bien, la misma verdad habla así, como le ha sido dicho: pero a los que entienden, a quienes enseña como ha nacido. Pero para que los hombres creyeran lo que aún no pueden entender, las palabras sonaron desde la boca de la carne, y se fueron; los sonidos volaron, resonaron, cumpliendo sus breves momentos de tiempo: pero las cosas mismas de las que los sonidos son signos, de alguna manera trasladadas a la memoria de los que escucharon, también nos llegaron a través de las letras que son signos visibles. No así habla la verdad: habla interiormente a las mentes que entienden, instruye sin sonido, ilumina con luz inteligible. Quien, por tanto, puede ver en ella la eternidad de su nacimiento, él mismo la escucha hablando así, como el Padre le dijo que hablara. Nos ha despertado a un gran deseo de su dulzura interior: pero creciendo captamos, caminando crecemos, avanzando caminamos, para que podamos llegar.

TRACTATUS LV. Desde el lugar, Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora; hasta, Y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a secarlos con el lienzo con que estaba ceñido. Cap. XIII, V. 1-5.

1. La Cena del Señor según Juan, con la ayuda de él mismo, debe ser explicada en los tratados debidos, y según nos lo permita, explicada. Antes del día de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Pascua, hermanos, no es como algunos piensan, un nombre griego, sino hebreo: sin embargo, ocurre oportunamente en este nombre cierta congruencia de ambas lenguas. Porque padecer en griego se dice πάσχειν, por eso se pensó que Pascua era pasión, como si este nombre se hubiera llamado por la pasión: en su propia lengua, es decir, en hebreo, Pascua significa paso: por eso el pueblo de Dios celebró por primera vez la Pascua cuando, huyendo de Egipto, cruzaron el Mar Rojo (Éxodo XIV,

29). Ahora, por tanto, aquella figura profética se ha cumplido en la verdad, cuando como oveja es llevado Cristo al sacrificio (Isaías LIII, 7), cuya sangre untando nuestros dinteles, es decir, con cuya señal de la cruz marcando nuestras frentes, somos liberados de la perdición de este siglo como de la cautividad o destrucción egipcia (Éxodo XII, 23); y hacemos un paso muy saludable, cuando pasamos del diablo a Cristo, y de este mundo inestable a su reino bien fundado. Por eso pasamos al Dios permanente, para no pasar con el mundo que pasa. De esta gracia concedida a nosotros, alabando a Dios, dice el Apóstol: Que nos libró del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor (Colosenses I, 13). Este nombre, es decir, Pascua, que en latín, como dije, se llama paso, como interpretándonos el bienaventurado Evangelista, Antes del día, dice, de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre. He aquí la Pascua, he aquí el paso. ¿De dónde, y hacia dónde? De este mundo al Padre. La esperanza fue dada a los miembros en la cabeza, que al pasar él sin duda lo seguirían. ¿Qué, entonces, de los infieles, y de los ajenos a esta cabeza y a su cuerpo? ¿Acaso no pasan también, porque no permanecen? Pasan ciertamente también ellos: pero una cosa es pasar del mundo, otra cosa es pasar con el mundo; una cosa es al Padre, otra cosa es al enemigo. Pues también los egipcios pasaron; pero no pasaron por el mar al reino, sino en el mar a la destrucción.

2. Sabiendo, por tanto, Jesús que había llegado su hora para pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Ciertamente para que también ellos de este mundo donde estaban, a su cabeza, que había pasado de aquí, pasaran por su amor. Pues ¿qué es, hasta el fin, sino, en Cristo? Porque el fin de la Ley es Cristo, dice el Apóstol, para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). Fin que perfecciona, no que destruye: fin hasta el cual lleguemos, no donde perezcamos. Así debe entenderse, Pascua nuestra, Cristo ha sido inmolado (I Cor. V, 7). Él es nuestro fin, en él está nuestro paso. Pues veo que estas palabras evangélicas también pueden ser entendidas de una manera humana, como si Cristo hubiera amado a los suyos hasta la muerte, de modo que esto parezca ser, los amó hasta el fin. Esta es una sentencia humana, no divina: pues no nos amó hasta aquí, quien siempre y sin fin nos ama. Lejos de nosotros pensar que terminó su amor con la muerte, quien no fue terminado por la muerte. Incluso después de la muerte, amó a sus cinco hermanos aquel rico soberbio e impío (Lucas XVI, 27, 28), ¿y se ha de pensar que Cristo nos amó hasta la muerte? Lejos de nosotros, amadísimos. De ninguna manera él vendría amándonos hasta la muerte, si terminara nuestro amor con la muerte. A menos que tal vez deba entenderse así, los amó hasta el fin: Porque los amó tanto, que murió por ellos. Pues esto lo testificó diciendo: Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV, 13). Así ciertamente no prohibimos entender, los amó hasta el fin, es decir, hasta la muerte lo llevó el mismo amor.

3. "Y hecha la cena," dice, "cuando el diablo ya había puesto en el corazón, que Judas, hijo de Simón Iscariote, lo entregara: sabiendo que el Padre le había dado todo en sus manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levanta de la cena, y se quita sus vestiduras; y tomando una toalla, se ciñó. Luego echa agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido." No debemos entender que la cena estaba hecha como si ya estuviera consumada y terminada: pues aún se cenaba, cuando el Señor se levantó y lavó los pies a sus discípulos. Pues después se recostó, y después dio el bocado a su traidor, ciertamente no habiendo terminado la cena, es decir, mientras aún había pan en la mesa. Cena, por tanto, hecha, se dijo, ya preparada, y llevada al uso y servicio de los comensales.

4. Pero lo que dice, Cuando el diablo ya había puesto en el corazón, que Judas, hijo de Simón Iscariote, lo entregara; si preguntas qué se puso en el corazón de Judas: esto ciertamente, que

lo entregara. Esa misión es una sugestión espiritual: no se hace por el oído, sino por el pensamiento; y por lo tanto no corporalmente, sino espiritualmente. Pues lo que se dice espiritual, no siempre debe tomarse en alabanza. El Apóstol conoce ciertas malicias espirituales en los cielos, contra las cuales testifica que tenemos lucha (Efesios VI, 12): pero no habría también malignos espirituales, si no hubiera también espíritus malignos. Pues lo espiritual se nombra por el espíritu. Pero ¿cómo se hacen estas cosas, para que las sugestiones diabólicas se inmiscuyan, y se mezclen con los pensamientos humanos, para que el hombre las considere como suyas, cómo lo sabe el hombre? No hay duda de que también las buenas sugestiones se hacen así latente y espiritualmente por el buen espíritu: pero hay diferencia en cuáles de ellas consiente la mente humana, abandonada por mérito o ayudada por gracia divina. Por tanto, ya se había hecho en el corazón de Judas por la misión diabólica, que el discípulo entregara al maestro, pero a quien no había aprendido como Dios. Ya tal había venido al banquete, explorador del Pastor, insidioso del Salvador, vendedor del Redentor; ya tal había venido, y se veía, y se toleraba, y pensaba que no era conocido: porque en aquel a quien quería engañar, era engañado. Pero él, viendo ya en el mismo corazón, usaba sabiamente de él sin que lo supiera.

5. Sabiendo que el Padre le había dado todo en sus manos. Por tanto, también al mismo traidor: pues si no lo tuviera en sus manos, ciertamente no lo usaría como quisiera. Por tanto, ya el traidor estaba entregado a aquel a quien deseaba entregar, y así haciendo el mal al entregarlo, de aquel entregado se haría el bien que no sabía. Pues el Señor sabía lo que haría por sus amigos, quien pacientemente usaba de sus enemigos: y así el Padre le había dado todo en sus manos, y en el uso de los males, y en el efecto de los bienes. Sabiendo también que había salido de Dios, y a Dios iba: ni dejando a Dios, cuando salió de allí; ni abandonándonos, cuando regresó.

6. Sabiendo estas cosas, se levanta de la cena, y se quita sus vestiduras; y tomando una toalla, se ciñó. Luego echa agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a secarlos con la toalla con que estaba ceñido. Debemos, amadísimos, atender diligentemente al sentido del Evangelista. Pues a punto de hablar de tanta humildad del Señor, primero quiso recomendar su grandeza. A esto se refiere lo que dice, Sabiendo que el Padre le había dado todo en sus manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba. Pues a quien el Padre le había dado todo en sus manos, él lavó no las manos de los discípulos, sino los pies: y sabiendo que había salido de Dios, y a Dios iba, no cumplió el oficio de Dios Señor, sino de hombre siervo. A esto también se refiere que quiso anticipar sobre su traidor, que ya había venido tal, que no era ignorado por él, para que también esto se añadiera al máximo cúmulo de humildad, que no desdeñó lavar los pies de aquel cuyas manos ya preveía en el crimen.

7. ¿Qué maravilla hay en que se levantara de la cena y se quitara sus vestiduras, quien, siendo en forma de Dios, se despojó a sí mismo? ¿Y qué maravilla hay en que se ciñera con una toalla, quien, tomando forma de siervo, fue hallado en condición de hombre (Filip. II, 6 y 7)? ¿Qué maravilla hay en que echara agua en un lebrillo para lavar los pies de los discípulos, quien derramó su sangre en la tierra para lavar la inmundicia de los pecados? ¿Qué maravilla hay en que secara con la toalla con la que estaba ceñido los pies que había lavado, quien con la carne de la que estaba revestido confirmó las huellas de los evangelistas? Y para ceñirse con la toalla, se quitó las vestiduras que tenía; pero para tomar la forma de siervo cuando se despojó a sí mismo, no se quitó lo que tenía, sino que tomó lo que no tenía. Ciertamente, al ser crucificado, fue despojado de sus vestiduras, y muerto fue envuelto en lienzos: y toda su pasión es nuestra purificación. Así que, a punto de sufrir la muerte, anticipó su servicio; no solo a aquellos por quienes iba a sufrir la muerte, sino también a aquel que lo iba a entregar a

la muerte. Tan grande es la utilidad de la humildad humana, que incluso la sublimidad divina la recomendó con su ejemplo: porque el hombre soberbio perecería eternamente, si no lo encontrara Dios humilde. Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido (Luc. XIX, 10). Y se había perdido siguiendo la soberbia del engañador, por lo tanto, que siga la humildad del Redentor quien ha sido encontrado.

TRACTATUS LVI. Desde lo que está escrito, Vino, pues, a Simón Pedro, etc., hasta lo que dice, El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pero está todo limpio. Cap. XIII, V. 6-10.

1. Cuando el Señor lavaba los pies de los discípulos, vino a Simón Pedro; y Pedro le dice: Señor, ¿tú me lavas los pies? ¿Quién no se espantaría de que el Hijo de Dios le lavara los pies? Aunque, por tanto, hubiera sido de gran audacia contradecir al siervo al Señor, al hombre a Dios: sin embargo, Pedro prefirió hacer esto antes que permitir que el Señor y Dios le lavara los pies. Y no debemos pensar que Pedro temió y rechazó esto entre los demás, cuando otros antes que él lo permitieron con gusto o ecuanimidad. Porque estas palabras del Evangelio se entienden más fácilmente así, ya que cuando se dijo, Comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a secarlos con la toalla con la que estaba ceñido; luego se añadió, Vino, pues, a Simón Pedro, como si ya hubiera lavado a algunos, y después de ellos hubiera venido al primero. Porque, ¿quién no sabe que el primero de los apóstoles es el beatísimo Pedro? Pero no debe entenderse que vino a él después de algunos, sino que comenzó con él. Por tanto, cuando comenzó a lavar los pies de los discípulos, vino a aquel con quien comenzó, es decir, a Pedro: y entonces Pedro, lo que cualquiera de ellos habría temido, temió, y dijo, Señor, ¿tú me lavas los pies? ¿Qué significa, tú? ¿Qué significa, a mí? Deben ser más bien pensadas que dichas; no sea que lo que de alguna manera digno concibe el alma de estas palabras, no lo explique la lengua.

2. Pero Jesús respondió y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después. Sin embargo, él, aterrorizado por la altura del acto del Señor, no permite que se haga lo que no sabía por qué se hacía; pero aún no quiere ver a Cristo humilde hasta sus pies, no puede soportarlo. No me lavarás, dice, los pies jamás. ¿Qué significa, jamás? Nunca lo permitiré, nunca lo sufriré, nunca lo consentiré: porque lo que nunca se hace, no se hace jamás. Entonces el Salvador, aterrorizando al enfermo que se resistía, por el peligro de su propia salvación: Si no te lavo, dice, no tendrás parte conmigo. Así se dijo, Si no te lavo, cuando solo se trataba de los pies; como se suele decir, Me pisas, cuando solo se pisa la planta. Pero él, perturbado por el amor y el temor, y más temeroso de que Cristo le fuera negado que de que se humillara hasta sus pies: Señor, dice, no solo mis pies, sino también las manos y la cabeza. Ya que así amenazas, mis miembros que deben ser lavados por ti, no solo no te oculto los más bajos, sino que también te ofrezco los más altos. Para que no me niegues tener parte contigo, no te niego ninguna parte de mi cuerpo que deba ser lavada.

3. Jesús le dice: El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pero está todo limpio. Aquí tal vez alguien se conmueva y diga: Más bien, si está todo limpio, ¿qué necesidad tiene de lavarse los pies? Pero el Señor sabía lo que decía, aunque nuestra debilidad no penetre sus secretos. Sin embargo, en cuanto nos digna instruir y enseñar desde su ley, según mi capacidad, según mi medida, también yo responderé algo de la profundidad de esta cuestión, con su ayuda: y primero mostraré fácilmente que la misma expresión no es contradictoria. Porque, ¿quién no puede hablar rectamente así, Está todo limpio, excepto los pies? Pero habla más elegantemente si dice, Está todo limpio, salvo los pies; lo cual vale lo mismo. Esto, pues, dice el Señor, No necesita sino lavarse los pies, pero está todo limpio. Todo, ciertamente, excepto los pies, o, salvo los pies, que necesita lavar.

4. Pero, ¿qué es esto? ¿Qué significa? ¿Por qué es necesario que lo investiguemos? El Señor dice, la verdad habla, que necesita lavarse los pies incluso el que está lavado. ¿Qué pensáis, hermanos míos, qué creéis? sino que el hombre en el santo Bautismo es lavado completamente, no excepto los pies, sino completamente: sin embargo, cuando después vive en las cosas humanas, ciertamente pisa la tierra. Así pues, los mismos afectos humanos, sin los cuales no se vive en esta mortalidad, son como los pies, donde nos afectan las cosas humanas; y nos afectan de tal manera que si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan I, 8). Por tanto, cada día nos lava los pies, quien intercede por nosotros (Rom. VIII, 34): y cada día confesamos que necesitamos lavar nuestros pies, es decir, dirigir los caminos de nuestros pasos espirituales, en la misma oración dominical, cuando decimos, Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). Porque si confesamos, como está escrito, nuestros pecados, ciertamente aquel que lavó los pies de sus discípulos, es fiel y justo para perdonarnos los pecados, y limpiarnos de toda iniquidad (1 Juan I, 9), es decir, hasta los pies con los que andamos en la tierra.

5. Por tanto, la Iglesia que Cristo limpia con el lavamiento del agua en la palabra, no solo está sin mancha y arruga (Efes. V, 26, 27) en aquellos que después del lavamiento de la regeneración son inmediatamente quitados del contagio de esta vida, y no pisan la tierra para necesitar lavar los pies; sino también en aquellos a quienes el Señor, brindándoles esta misericordia, les permitió emigrar de este mundo con los pies lavados. Pero en aquellos que permanecen aquí, aunque estén limpios, porque viven justamente; sin embargo, necesitan lavar los pies, porque ciertamente no están sin pecado. Por esto dice en el Cantar de los Cantares, Lavé mis pies; ¿cómo los ensuciaré? (Cant. V, 3). Porque dice esto cuando se ve obligada a venir a Cristo, y a pisar la tierra cuando viene. Surge de nuevo otra cuestión. ¿No está Cristo arriba? ¿No ascendió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre? ¿No clama el Apóstol, y dice, Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios, buscad las cosas de arriba, no las que están sobre la tierra (Col. III, 1 y 2)? ¿Cómo, pues, para ir a Cristo, somos obligados a pisar la tierra; cuando más bien debemos tener el corazón arriba hacia el Señor, para que podamos estar con él? Veis, hermanos, las angustias del tiempo presente estrechan esta cuestión. Y aunque tal vez vosotros lo veáis menos, yo de alguna manera veo cuánta discusión necesita. Por lo cual pido que prefiráis que se suspenda, antes que se trate de manera negligente o estrecha, no defraudada, sino diferida en espera. Porque vendrá el Señor que nos hace deudores, para que también nos haga pagadores.

TRACTATUS LVII. De qué manera la Iglesia teme ensuciar los pies, mientras se dirige a Cristo.

1. No olvidando mi deuda, ya reconozco el tiempo de pagarla. Que conceda de dónde pagar, quien concedió que deba. Porque concedió el amor, del cual se dijo, No debáis a nadie nada, sino amaros unos a otros (Rom. XIII, 8); que conceda también el discurso, que veo que debo a los amados. Vuestra expectativa la diferí para esto, para que explicara como pudiera, cómo también se va a Cristo por la tierra; cuando más bien se nos manda buscar las cosas de arriba, no las que están sobre la tierra (Col. III, 1, 2). Porque Cristo está arriba sentado a la derecha del Padre: pero ciertamente también está aquí; por lo cual también dice a Saulo que perseguía en la tierra, ¿Por qué me persigues? (Hech. IX, 4). Para que asumiéramos esta búsqueda, se trataba de que el Señor lavó los pies a los discípulos, cuando ya los discípulos estaban lavados, y no necesitaban sino lavarse los pies. Donde pareció entenderse que el hombre en el Bautismo es lavado completamente; pero mientras después vive en este mundo, pisando la

tierra con los afectos humanos, es decir, con la misma conversación de esta vida, contrae de donde dice, Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 12). Y así también es limpiado por aquel que lavó los pies a sus discípulos (Juan XIII, 5), y no cesa de interceder por nosotros (Rom. VIII, 34). De aquí surgieron las palabras de la Iglesia en el Cantar de los Cantares diciendo, Lavé mis pies; ¿cómo los ensuciaré? cuando quería ir, y abrirle a aquel que había venido a ella, y había llamado, y había pedido que se le abriera, aquel hermoso en forma más que los hijos de los hombres (Sal. XLIV, 3). De aquí nació la cuestión que no quisimos estrechar con las angustias del tiempo, y por eso la diferimos, de qué manera la Iglesia teme ensuciar los pies, mientras se dirige a Cristo, que había lavado con el bautismo de Cristo.

2. Porque así dice: «Yo duermo, y mi corazón vela; la voz de mi amado llama a la puerta». Luego dice también él: «Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía; porque mi cabeza está llena de rocío, y mis cabellos de las gotas de la noche». Y ella responde: «Me he despojado de mi túnica; ¿cómo me la pondré? Lavé mis pies; ¿cómo los ensuciaré?» (Cant. V, 2, 3). ¡Oh admirable sacramento! ¡Oh gran misterio! ¿Acaso teme ensuciar los pies, viniendo a aquel que lavó los pies de sus discípulos? Ciertamente teme, porque viene a él por la tierra, que también está en la tierra, porque no abandona a los suyos aquí establecidos. ¿No dijo él, He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20)? ¿No dijo él, Veréis los cielos abiertos, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre (Juan I, 51)? Si suben a él porque está arriba, ¿cómo descienden a él, si no está también aquí? Dice, pues, la Iglesia: Lavé mis pies; ¿cómo los ensuciaré? En estos lo dice, que pueden decir, limpios de toda mancha: Deseo partir y estar con Cristo, pero permanecer en la carne es más necesario por vosotros (Filip. I, 23 y 24). En estos lo dice, que predican a Cristo y le abren la puerta, para que habite por la fe en los corazones de los hombres (Efes. III, 17). En estos lo dice, cuando deliberan si deben asumir tal ministerio, al que se consideran menos idóneos para cumplir sin culpa, no sea que predicando a otros, ellos mismos sean reprobados (1 Cor. IX, 27). Porque la verdad se escucha más seguramente que se predica: porque cuando se escucha, se guarda la humildad; pero cuando se predica, difícilmente no se infiltra en cualquier hombre alguna jactancia, en la cual ciertamente se ensucian los pies.

3. Por tanto, como dice el apóstol Santiago, Sea todo hombre pronto para oír, tardo para hablar (Santiago I, 19). Y otro hombre de Dios dice, Al oído me darás gozo y alegría, y se regocijarán los huesos humillados (Sal. L, 10). Esto es lo que dije, Cuando se escucha la verdad, se guarda la humildad. Y otro dice, Pero el amigo del esposo está y le oye, y se goza grandemente por la voz del esposo (Juan III, 29). Disfrutemos del oído, con la verdad hablándonos sin ruido interiormente. Aunque también cuando suena exteriormente por el que lee, por el que anuncia, por el que predica, por el que discute, por el que ordena, por el que consuela, por el que exhorta, por el mismo que canta y salmodia; que aquellos que hacen estas cosas, teman ensuciar sus pies, cuando con el amor de la alabanza humana buscan agradar a los hombres. Pero el que los escucha con gusto y piedad, no tiene lugar para jactarse en los trabajos ajenos; y no con huesos inflados, sino humillados, se goza con gozo por la voz de la verdad del Señor. Por tanto, en aquellos que saben escuchar con gusto y humildad, y llevan una vida tranquila en estudios dulces y saludables, la santa Iglesia se deleita, y dice, Yo duermo, y mi corazón vela. ¿Qué significa, Yo duermo, y mi corazón vela; sino, así descanso que escucho? Mi ocio no se dedica a nutrir la pereza, sino a recibir la sabiduría. Yo duermo, y mi corazón vela: descanso, y veo que tú eres el Señor (Sal. XLV, 1): porque la sabiduría del escriba en tiempo de ocio; y el que se disminuye en la acción, él la percibirá (Eclo. XXXVIII, 25). Yo duermo, y mi corazón vela: descanso de los actos ocupados, y mi alma se dedica a los afectos divinos.

4. Pero en aquellos que de esta manera descansan suavemente y humildemente, mientras la Iglesia se deleita en los santos ociosos, he aquí que llama aquel que dice: «Lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados» (Mat. X, 27). Su voz, pues, llama a la puerta, y dice: «Ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, perfecta mía; porque mi cabeza está llena de rocío, y mis cabellos de las gotas de la noche». Como si dijera, Tú descansas, y la puerta está cerrada contra mí: tú estudias el ocio de unos pocos, y por la abundancia de la iniquidad se enfría el amor de muchos (Id. XXIV, 12). La noche, ciertamente, es la iniquidad: pero su rocío y gotas, son aquellos que se enfrían y caen, y hacen que se enfríe la cabeza de Cristo, es decir, que no se ame a Dios. Porque la cabeza de Cristo es Dios (1 Cor. XI, 3). Pero son llevados en los cabellos, es decir, son tolerados en los sacramentos visibles: de ninguna manera tocan los interiores del sentido. Llama, pues, para sacudir el descanso de los santos ociosos, y clama, Ábreme, de mi sangre hermana mía, de mi acceso amiga mía, de mi espíritu paloma mía, de mi palabra que más plenamente aprendiste de tu ocio perfecta mía; ábreme, predícame. Porque a aquellos que cerraron contra mí, ¿cómo entraré sin que alguien me abra? porque, ¿cómo oirán sin que alguien les predique? (Rom. X, 14).

5. De aquí resulta que también aquellos que aman el ocio de los buenos estudios, y no quieren sufrir las molestias de las acciones laboriosas, porque se sienten menos idóneos para ministrar estas cosas, y cumplirlas sin reproche; preferirían, si fuera posible, que se despertaran los santos apóstoles y predicadores de la verdad antiguos contra la abundancia de la iniquidad, por la cual el fervor del amor se enfría. Pero en aquellos que ya han salido del cuerpo, y han sido despojados del vestido de la carne (porque no están separados de ella), responde la Iglesia, Me he despojado de mi túnica; ¿cómo me la pondré? Ciertamente se recibirá aquella túnica, y en aquellos que ya están despojados, la Iglesia se vestirá de nuevo de carne: pero no ahora cuando deben ser calentados los fríos, sino entonces cuando resucitarán los muertos. Por tanto, sufriendo la dificultad por la escasez de predicadores, y recordando aquellos miembros suyos sanos en palabras, santos en costumbres, pero ya despojados de cuerpos, la Iglesia gime y dice, Me he despojado de mi túnica; ¿cómo me la pondré? Aquellos miembros míos que pudieron abrir excelentemente a Cristo evangelizando, ¿cómo pueden ahora volver a los cuerpos de los que fueron despojados?

6. Luego, mirando a aquellos que pueden predicar, y adquirir y gobernar pueblos, y así abrir a Cristo de alguna manera, pero temen pecar en estas dificultades de las acciones, Lavé, dice, mis pies; ¿cómo los ensuciaré? Porque cualquiera que no ofende en palabra, este es un hombre perfecto. ¿Y quién es perfecto? ¿Quién es el que no ofende en tanta abundancia de iniquidad, en tanto frío de amor? Lavé mis pies; ¿cómo los ensuciaré? Porque leo, y escucho, No os hagáis muchos maestros, hermanos, porque tomáis mayor juicio: porque en muchas cosas ofendemos todos (Santiago III, 1, 2). Lavé mis pies; ¿cómo los ensuciaré? Pero he aquí que me levanto, y abro. Cristo, lávalos, Perdona nuestras deudas, porque nuestro amor no se ha extinguido: porque también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 12). Cuando te escuchamos, se regocijan contigo en los cielos los huesos humillados (Sal. L, 10). Pero cuando te predicamos, pisamos la tierra para abrirte: y por eso si somos reprendidos, nos perturbamos; si somos alabados, nos inflamamos. Lava nuestros pies antes limpios, pero cuando vamos a abrirte por la tierra, ensuciados. Esto os sea suficiente hoy, amadísimos. Si de alguna manera diciendo algo diferente de lo que debíamos, tal vez ofendimos, o fuimos elevados más de lo que debíamos por vuestras alabanzas; obtened la limpieza para nuestros pies, con vuestras oraciones agradables a Dios.

TRACTATUS LVIII. Desde lo que el Señor dice, Y vosotros estáis limpios, pero no todos; hasta lo que dice, Ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, así también vosotros hagáis. Cap. XIII, V. 10-15.

1. Ya hemos explicado a vuestra Caridad aquellas palabras del Evangelio donde el Señor, lavando los pies a sus discípulos, dice: "El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio" (Juan 13, 10). Ahora veamos lo que sigue. Y vosotros, dice, estáis limpios, pero no todos. ¿Qué significa esto? El mismo evangelista lo aclara, añadiendo: "Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos". ¿Qué puede ser más claro que esto? Pasemos, pues, a lo siguiente.

2. Después de lavarles los pies, tomó sus vestiduras y, cuando se hubo recostado de nuevo, les dijo: "¿Sabéis lo que os he hecho?" Ahora es el momento de cumplir la promesa hecha al bienaventurado Pedro: había sido pospuesta cuando, al asustarse y decir "No me lavarás los pies jamás", se le respondió: "Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo entenderás después" (Juan 13, 7). He aquí el "después"; ya es tiempo de decir lo que antes se había pospuesto. Recordando, pues, el Señor que había prometido hace tiempo el conocimiento de su acto tan inesperado, tan maravilloso, tan asombroso, y que de no haber sido por su insistente advertencia, de ningún modo se habría permitido que el maestro no solo de ellos, sino de los ángeles, y el Señor no solo de ellos, sino de todas las cosas, lavara los pies de sus discípulos y siervos: por tanto, habiendo prometido el conocimiento de este gran acto diciendo "Lo entenderás después", comienza ahora a enseñar qué es lo que ha hecho.

3. Vosotros, dice, me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Decís bien porque decís la verdad; soy lo que decís. Al hombre se le ha mandado: "No te alabe tu propia boca, sino la boca de tu prójimo" (Proverbios 27, 2). Pues es peligroso complacerse a sí mismo, ya que debe evitarse la soberbia. Pero aquel que está sobre todo, por mucho que se alabe, no se exalta en su grandeza; ni puede decirse con propiedad que Dios es arrogante. Nos conviene a nosotros conocerlo, no a él; ni lo conoce quien no se lo revela él mismo. Si, pues, al no alabarse quisiera evitar la arrogancia, nos negaría la sabiduría. Y que se diga que es maestro, nadie lo reprocharía, incluso quien creyera que no es más que un hombre; pues profesa lo que también los hombres en cualquier arte profesan sin arrogancia, hasta el punto de ser llamados profesores. Pero que él mismo se diga Señor de sus discípulos, siendo ellos incluso según el mundo libres, ¿quién lo soportaría en un hombre? Pero es Dios quien habla. Aquí no hay altivez en tanta grandeza, no hay mentira en la verdad: nos conviene someternos a su grandeza, nos conviene servir a la verdad. Que se diga Señor no es un defecto para él, sino un beneficio para nosotros. Se alaban las palabras de un autor secular que dijo: "Aunque toda arrogancia es odiosa, la del ingenio y la elocuencia es mucho más molesta" (Cicerón, en Q. Caecilium); y sin embargo, el mismo cuando hablaba de su elocuencia, dijo: "Diría que es perfecta, si así lo juzgara; y no temería el crimen de arrogancia en la verdad" (Id. en Oratore). Si, pues, aquel hombre elocuentísimo no temería la arrogancia en la verdad, ¿cómo la temería la misma verdad? Que se diga Señor quien es Señor, que diga la verdad quien es la verdad; no sea que yo no aprenda lo que me es útil, mientras él calla lo que es. El bienaventurado Pablo, no el unigénito Hijo de Dios, sino siervo y apóstol del unigénito Hijo de Dios; no la verdad, sino partícipe de la verdad; dijo libre y constantemente: "Y si quisiera gloriarme, no sería insensato; porque diría la verdad" (2 Corintios 12, 6). Pues no se gloriaba en sí mismo, sino en la misma verdad que es superior a él, y humildemente y verazmente se gloriaba: porque él mismo mandó que quien se gloríe, se gloríe en el Señor (1 Corintios 1, 31). ¿No temería la insensatez si quisiera gloriarse el amante de la sabiduría; y temería la insensatez en su gloria la misma sabiduría? No temió la arrogancia quien dijo: "En el Señor se gloriará mi

alma" (Salmo 33, 3); y temería la arrogancia en su alabanza el poder del Señor, en quien se gloría el alma del siervo? Vosotros, dice, me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. Por eso decís bien, porque lo soy: pues si no fuera lo que decís, diríais mal, aunque me alabarais. ¿Cómo, pues, negaría la verdad lo que dicen los discípulos de la verdad? ¿Cómo negaría lo que dicen quienes han aprendido, la misma de quien han aprendido? ¿Cómo negaría la fuente lo que proclama el que bebe? ¿Cómo ocultaría la luz lo que indica el que ve?

4. "Si, pues, yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que como yo os he hecho, también vosotros hagáis." Esto es, bienaventurado Pedro, lo que no sabías cuando no permitías que se hiciera. Esto te prometió que sabrías después, cuando para que lo permitieras te atemorizó tu Maestro y tu Señor, lavando tus pies. Aprendimos, hermanos, la humildad del Excelso; hagamos humildemente unos a otros lo que humildemente hizo el Excelso. Grande es esta recomendación de la humildad: y los hermanos se hacen esto mutuamente, incluso con la misma obra visible, cuando se reciben mutuamente en hospitalidad; pues es costumbre entre muchos esta humildad, hasta el hecho que se ve expresado. Por eso el Apóstol, al recomendar a una viuda bien merecida, dice: "Si ha hospedado, si ha lavado los pies de los santos" (1 Timoteo 5, 10). Y entre los santos, donde no existe esta costumbre, lo que no hacen con las manos, lo hacen con el corazón, si están en el número de aquellos a quienes se dice en el himno de los bienaventurados tres jóvenes: "Bendecid, santos y humildes de corazón, al Señor" (Daniel 3, 87). Pero es mucho mejor, y sin controversia más verdadero, que también se haga con las manos; y no se desdeñe hacer lo que hizo Cristo, el cristiano. Pues cuando el cuerpo se inclina a los pies del hermano, también en el mismo corazón se excita, o si ya estaba presente, se confirma el afecto de la humildad misma.

5. Pero además de este entendimiento moral, recordamos haber recomendado la profundidad de este hecho del Señor, que al lavar los pies de sus discípulos ya lavados y limpios, el Señor significó que debido a los afectos humanos con los que nos movemos en la tierra, por mucho que progresemos en la comprensión de la justicia, sepamos que no estamos sin pecado: lo cual lava continuamente intercediendo por nosotros, cuando oramos al Padre que está en los cielos, para que nos perdone nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo 6, 12). ¿Cómo, pues, podrá pertenecer a este entendimiento lo que él mismo enseñó después, donde expuso la razón de su hecho diciendo: "Si, pues, yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Porque os he dado ejemplo, para que como yo os he hecho, también vosotros hagáis"? ¿Podemos acaso decir que también un hermano podrá limpiar a otro de la contaminación del delito? Más bien, sepamos que también se nos ha advertido en la profundidad de esta obra del Señor, que confesando mutuamente nuestros delitos oremos por nosotros, así como Cristo intercede por nosotros (Romanos 8, 34). Escuchemos al apóstol Santiago ordenando esto mismo de manera muy evidente y diciendo: "Confesaos mutuamente vuestros delitos, y orad unos por otros" (Santiago 5, 16). Porque también para esto el Señor nos dio ejemplo. Si él, que no tiene, ni tuvo, ni tendrá pecado alguno, ora por nuestros pecados; cuánto más debemos orar nosotros mutuamente por los nuestros. Y si nos perdona aquel a quien no tenemos nada que perdonar; cuánto más debemos perdonarnos mutuamente, quienes no podemos vivir aquí sin pecado. ¿Qué parece significar el Señor en esta profundidad del sacramento, cuando dice: "Porque os he dado ejemplo, para que como yo os he hecho, también vosotros hagáis", sino lo que dice clarísimamente el Apóstol: "Perdonándoos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro, como el Señor os perdonó, así también haced vosotros" (Colosenses 3, 13)? Perdonémonos mutuamente nuestros delitos, y oremos mutuamente por nuestros pecados, y así de algún

modo nos lavemos mutuamente los pies. Es nuestro, con su don, aplicar el ministerio de la caridad y la humildad: es de él escuchar, y limpiarnos de toda contaminación de pecados por Cristo, y en Cristo; para que lo que también perdonamos a otros, esto es, lo que desatamos en la tierra, sea desatado en el cielo.

TRATADO 59. Desde lo que el Señor dice: "En verdad, en verdad os digo: no es el siervo mayor que su señor"; hasta aquello: "Y el que me recibe a mí, recibe al que me envió". Cap. XIII, V. 16-20.

1. Hemos escuchado en el santo Evangelio al Señor hablando y diciendo: "En verdad, en verdad os digo: no es el siervo mayor que su señor, ni el apóstol mayor que el que lo envió: si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hacéis". Esto lo dijo porque había lavado los pies de los discípulos, maestro de humildad tanto con la palabra como con el ejemplo: pero podremos discutir más laboriosamente lo que requiere discusión, con su ayuda, si no nos detenemos en lo que es manifiesto. Cuando, pues, el Señor hubo dicho esto, añadió: "No lo digo de todos vosotros: yo sé a quiénes he elegido: pero para que se cumpla la Escritura: El que come pan conmigo, levantará contra mí su talón". ¿Qué es esto sino, me pisoteará? Es conocido de quién habla; se refiere a Judas, su traidor. Por tanto, a él no lo había elegido, de donde lo separa con estas palabras de aquellos que eligió. Lo que digo, pues, dice, "Bienaventurados seréis si las hacéis", no lo digo de todos vosotros: hay entre vosotros quien no será bienaventurado, ni hará estas cosas. Yo sé a quiénes he elegido. ¿A quiénes, sino a aquellos que serán bienaventurados haciendo lo que él mandó, y mostró que debía hacerse, quien puede hacer bienaventurados? No es, dice, el traidor Judas elegido. ¿Qué es, pues, lo que en otro lugar dice: "¿No os he elegido yo a los doce, y uno de vosotros es un diablo?" (Juan 6, 70). ¿O es que también él fue elegido para algo, para lo cual ciertamente era necesario; pero no para la bienaventuranza, de la cual ahora dice: "Bienaventurados seréis si las hacéis"? Esto no lo dice de todos, pues sabe a quiénes ha elegido para la sociedad de esta bienaventuranza. No es de ellos aquel que comía su pan de tal manera que levantaba contra él su talón. Ellos comían el pan del Señor, él el pan del Señor contra el Señor: ellos vida, él condena. "Porque el que come indignamente", dice el Apóstol, "juicio come para sí" (1 Corintios 11, 29). "Desde ahora", dice, "os lo digo antes de que suceda; para que cuando suceda, creáis que yo soy": es decir, yo soy de quien aquella Escritura anticipó, donde se dijo: "El que come pan conmigo, levantará contra mí su talón".

2. Luego sigue y dice: "En verdad, en verdad os digo: el que recibe a quien yo envíe, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió". ¿Quiso dar a entender que hay tanta diferencia entre aquel a quien envía y él mismo, como entre él mismo y Dios Padre? Si lo entendemos de este modo, no sé qué grados, lo que Dios no permita, haremos al modo de los arrianos. Pues ellos, cuando oyen estas palabras evangélicas, o las leen, inmediatamente corren a los grados de su doctrina, con los cuales no ascienden a la vida, sino que se precipitan a la muerte. Inmediatamente dicen: Tanto como el apóstol del Hijo dista del Hijo, aunque dijo: "El que recibe a quien yo envíe, me recibe a mí"; tanto también el Hijo dista del Padre, aunque dijo: "Y el que me recibe a mí, recibe al que me envió". Pero si dices esto, te has olvidado, hereje, de tus grados. Pues si por estas palabras del Señor colocas al Hijo a tanta distancia del Padre, como distingues al apóstol del Hijo, ¿dónde colocarás al Espíritu Santo? ¿Se te ha olvidado que soléis colocarlo después del Hijo? Entonces, el Espíritu Santo estará entre el apóstol y el Hijo; y el Hijo distará mucho más del apóstol que el Padre del Hijo. ¿O acaso, para que entre el Hijo y el apóstol, y entre el Padre y el Hijo, permanezca esta distinción con intervalos iguales, el Espíritu Santo será igual al Hijo? Pero tampoco queréis esto. ¿Dónde, pues, lo colocaréis, si colocáis al Hijo a tanta distancia del Padre como al apóstol del Hijo? Contened, pues, la audacia de vuestra presunción; y no busquéis en estas

palabras cuánta es la distancia entre el Hijo y el apóstol, y entre el Padre y el Hijo. Escuchad más bien al mismo Hijo diciendo: "Yo y el Padre somos uno" (Juan 10, 30). Donde la verdad no os dejó ninguna sospecha de distancia entre el Padre y el Unigénito, donde Cristo destruyó vuestros grados, donde la roca rompió vuestras escaleras.

3. Pero, refutada la calumnia de los herejes, ¿de qué modo vamos a entender nosotros estas palabras del Señor: "El que recibe a quien yo envíe, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió"? Pues si queremos entender que se dijo: "El que me recibe a mí, recibe al que me envió", porque el Padre y el Hijo son de una sola naturaleza; parecerá consecuente, según la misma regla de estas palabras, que se dijo: "El que recibe a quien yo envíe, me recibe a mí", que el Hijo y el apóstol son de una sola naturaleza. Podría, en verdad, no ser inconveniente entender también esto, ya que aquel gigante es de doble sustancia, que se regocijó para correr su camino (Salmo 18, 6): pues el Verbo se hizo carne (Juan 1, 14), es decir, Dios se hizo hombre. Por tanto, podría parecer que dijo: "El que recibe a quien yo envíe, me recibe a mí" según el hombre: "Y el que me recibe a mí" según Dios, "recibe al que me envió". Pero cuando decía esto, no se trataba de la unidad de naturaleza; sino que en el que es enviado, se recomendaba la autoridad del que envía. Así, pues, reciba cada uno al que es enviado, de modo que en él atienda al que lo envió. Si, pues, atiendes a Cristo en Pedro, encontrarás al maestro del discípulo; si atiendes al Padre en el Hijo, encontrarás al Padre del Unigénito: y así, en el que es enviado, sin error alguno recibes al que envía. Las cosas que siguen en el Evangelio, no deben ser comprimidas por la brevedad del tiempo. Y por eso este sermón, amadísimos, como alimento de las santas ovejas, si es suficiente, sea saludablemente recibido; si es escaso, sea deseablemente rumiado.

TRATADO 60. En aquello: "Cuando Jesús hubo dicho esto, se turbó en espíritu". Cap. XIII, V. 21.

1. No es pequeña, hermanos, la cuestión que se nos propone del Evangelio de San Juan, donde dice: "Cuando Jesús hubo dicho esto, se turbó en espíritu, y declaró, y dijo: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará". ¿Se turbó Jesús por esto, no en carne, sino en espíritu, porque iba a decir: "Uno de vosotros me entregará"? ¿Acaso esto le vino a la mente por primera vez, o le fue revelado de repente, y la novedad repentina de tal mal lo turbó? ¿No hablaba ya de esto poco antes diciendo: "El que come pan conmigo, levantará contra mí su talón"? ¿No había dicho ya antes: "Y vosotros estáis limpios, pero no todos"? Donde el evangelista añadió: "Porque sabía quién le iba a entregar" (Juan 13, 18, 10, 11): a quien ya había señalado antes diciendo: "¿No os he elegido yo a los doce, y uno de vosotros es un diablo?" (Juan 6, 70). ¿Qué es, pues, que ahora "se turbó en espíritu", cuando "declaró, y dijo: En verdad, en verdad os digo, que uno de vosotros me entregará"? ¿O es que porque ya iba a expresarlo, para que no permaneciera oculto entre los demás, sino que se distinguiera de los demás, por eso "se turbó en espíritu"? ¿O es que porque el traidor ya iba a salir para traer a los judíos, a quienes el Señor iba a ser entregado por él, lo turbó la inminente pasión, y el peligro cercano, y la mano inminente del traidor, cuyo ánimo había sido preconocido? Pues esto de que Jesús "se turbó en espíritu" es semejante a aquello que dijo: "Ahora mi alma está turbada; y ¿qué diré? Padre, sálvame de esta hora; pero para esto he venido a esta hora" (Juan 12, 27). Así como entonces su alma se turbó al acercarse la hora de la pasión; así también ahora, al salir Judas y venir, y al acercarse tan gran crimen del traidor, "se turbó en espíritu".

2. Se turbó, pues, teniendo potestad para poner su vida, y potestad para volverla a tomar (Juan 10, 18). Se turba tan gran potestad, se turba la firmeza de la roca: ¿o más bien en él se turba nuestra debilidad? Así es: no crean los siervos nada indigno de su Señor, sino que reconozcan en él sus miembros en su cabeza. El que murió por nosotros, se turbó por nosotros. El que,

pues, murió con potestad, con potestad se turbó: el que transfiguró el cuerpo de nuestra humildad conforme al cuerpo de su gloria (Filipenses 3, 21), transfiguró también en sí el afecto de nuestra debilidad, compadeciéndose de nosotros con el afecto de su alma. Por tanto, cuando se turba el grande, el fuerte, el seguro, el invicto, no temamos por él como si desfalleciera; no perece, sino que nos busca. Nos busca, digo, nos busca de tal modo en su perturbación: veámonos a nosotros mismos en su perturbación, para que cuando nos turbemos, no perezcamos por desesperación. Cuando se turba quien no se turbaría si no quisiera, consuela al que se turba y no quiere.

3. Que perezcan los argumentos de los filósofos que niegan que las perturbaciones del alma puedan afectar al sabio. Dios ha hecho necia la sabiduría de este mundo (I Cor. I, 20); y el Señor conoce los pensamientos de los hombres, porque son vanos (Sal. XCIII, 11). Que el alma cristiana se turbe, no por miseria, sino por misericordia: que tema que los hombres se pierdan para Cristo, que se entristezca cuando alguien se pierde para Cristo; que desee que los hombres sean ganados para Cristo, que se regocije cuando los hombres son ganados para Cristo: que tema también por sí misma no perderse para Cristo, que se entristezca por estar lejos de Cristo; que desee reinar con Cristo, que se regocije mientras espera reinar con Cristo. Estas son ciertamente las cuatro perturbaciones que llaman, temor y tristeza, amor y alegría. Que las tengan por justas causas los ánimos cristianos, y no se consienta en el error de los filósofos estoicos, o de cualesquiera otros semejantes: quienes, de hecho, así como consideran la vanidad como verdad, así también consideran el estupor como salud; ignorando que el alma del hombre, al igual que un miembro del cuerpo, está más gravemente enferma cuando ha perdido incluso el sentido del dolor.

4. Pero alguien podría decir: ¿Acaso el alma del cristiano debe turbarse incluso ante la muerte inminente? ¿Dónde queda entonces lo que dice el Apóstol, que tiene el deseo de partir y estar con Cristo (Filip. I, 23); si aquello que desea puede turbarlo cuando llega? Es fácil responder a esto para aquellos que incluso llaman perturbación a la misma alegría. ¿Qué si, de hecho, se turba ante la muerte inminente porque se alegra ante la muerte inminente? Pero dicen que esta alegría no debe llamarse alegría. ¿Qué es esto, sino sentir las mismas cosas y querer cambiar los nombres de las cosas? Sin embargo, acomodemos nuestro oído a las Sagradas Escrituras, y resolvamos esta cuestión según ellas con la ayuda del Señor: y no porque esté escrito, Cuando Jesús hubo dicho esto, se turbó en espíritu, digamos que se turbó con alegría; no sea que él mismo nos convenza con sus palabras cuando dice, Mi alma está triste hasta la muerte (Mat. XXVI, 38). Algo similar debe entenderse aquí, cuando su traidor ya estaba por salir solo, y con sus compañeros pronto a regresar, Jesús se turbó en espíritu.

5. Ciertamente son muy firmes los cristianos, si es que los hay, que no se turban ante la muerte inminente: pero ¿acaso son más firmes que Cristo? ¿Quién diría esto con la mayor insensatez? ¿Qué es entonces lo que él se turbó, sino porque consoló a los débiles en su cuerpo, es decir, en su Iglesia, con la semejanza voluntaria de su debilidad: para que si alguno de los suyos aún se turba en espíritu ante la muerte inminente, lo miren a él, no sea que considerándose reprobos por esto mismo, sean absorbidos por la peor muerte de la desesperación? ¿Cuánto bien debemos esperar y esperar de la participación de su divinidad, cuya perturbación nos tranquiliza y cuya debilidad nos fortalece? Ya sea que en este lugar se turbó por compasión por Judas que perecía, o se turbó por su muerte inminente: no hay de ninguna manera duda de que no se turbó por debilidad del alma, sino por poder; para que no surja en nosotros la desesperación de la salvación, cuando nos turbamos no por poder, sino por debilidad. Pues él llevaba la debilidad de la carne, que fue consumida por la resurrección. Pero quien no solo era hombre, sino también Dios, superaba con fortaleza de ánimo a todo el

género humano por una distancia inefable. No fue, por tanto, turbado por alguna fuerza externa, sino que se turbó a sí mismo; lo cual se expresa claramente de él cuando resucitó a Lázaro: pues allí está escrito que se turbó a sí mismo (Juan XI, 33), para que esto se entienda también donde no está escrito, y sin embargo se lee que fue turbado. Pues el afecto humano, cuando lo juzgó oportuno, lo movió en sí mismo con poder, quien asumió al hombre entero con poder.

TRACTATUS LXI. Desde lo que el Señor dijo, Amén, amén os digo, que uno de vosotros me entregará; hasta aquello, Aquel es a quien yo dé el pan mojado. Cap. XIII, V. 21-26.

1. Este capítulo del Evangelio, hermanos, se nos ha propuesto para exponer en esta lectura, de modo que ya también sobre el traidor del Señor, por el pan mojado y entregado a él, debemos decir algo claramente expresado. Y sobre aquello, que Jesús se turbó en espíritu cuando ya iba a mostrarlo, hablé en el sermón anterior: pero quizás lo que no dije allí, también esto el Señor se dignó significarnos con su perturbación, que ciertamente los falsos hermanos, y la cizaña del campo del Señor, es necesario tolerarlos entre el trigo hasta el tiempo de la siega (Mat. XIII, 29, 30), de modo que cuando alguna causa urgente obliga a separarlos incluso antes de la siega, no puede hacerse sin perturbación de la Iglesia. Esta perturbación de sus santos por los cismáticos y herejes, el Señor, de algún modo, la predijo en sí mismo, cuando con Judas, el hombre malo, que ya iba a salir, y con sus compañeros pronto a regresar, se turbó no en la carne, sino en el espíritu. Pues sus espirituales se turban en tales escándalos no por perversidad, sino por caridad; no sea que en la separación de algunas cizañas, también se arranque algún trigo.

2. Jesús, por tanto, se turbó en espíritu, y testificó, y dijo: Amén, amén os digo, que uno de vosotros me entregará. Uno de vosotros, en número, no en mérito; en apariencia, no en virtud; en mezcla corporal, no en vínculo espiritual; en unión de carne, no en unidad de corazón: por tanto, no quien es de vosotros, sino quien de vosotros va a salir. Pues ¿cómo será verdad lo que el Señor testificó, y dijo, Uno de vosotros; si es verdad lo que él mismo dice en su Epístola, de la cual es este Evangelio, Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros: porque si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros (I Juan II, 19)? Judas, por tanto, no era de ellos: habría permanecido con ellos, si fuera de ellos. ¿Qué es entonces, Uno de vosotros me entregará; sino, uno de vosotros va a salir, quien me entregará? Porque también aquel que dijo, Si hubieran sido de nosotros, habrían permanecido con nosotros; ya había dicho, Salieron de nosotros. Por lo tanto, ambas cosas son verdaderas, de nosotros, y no de nosotros: según una cosa, de nosotros, según otra cosa, no de nosotros; según la comunión de los Sacramentos, de nosotros, según la propiedad de sus crímenes, no de nosotros.

3. Miraban, por tanto, los discípulos unos a otros, dudando de quién hablaba. Pues en ellos había hacia su Maestro una pía caridad, pero también una humana debilidad que los estimulaba unos contra otros. La conciencia de cada uno les era conocida; sin embargo, como la del prójimo les era desconocida, así cada uno estaba seguro de sí mismo, pero inciertos estaban en los demás, y los demás en cada uno.

4. Estaba, por tanto, recostado uno de sus discípulos en el seno de Jesús, a quien amaba Jesús. Lo que dijo, en el seno, poco después dice, donde dice, sobre el pecho de Jesús. Este es Juan, de quien es este Evangelio, como después manifiesta (Juan XXI, 20-24). Pues era esta la costumbre de aquellos que nos ministraron las Sagradas Escrituras, que cuando alguno de ellos narraba la historia divina, al llegar a sí mismo, hablaba como de otro; y así se insertaba en el orden de su narración, como escritor de hechos, no como predicador de sí mismo. Pues

también esto hizo el santo Mateo, quien cuando en el texto de su narración llegó a sí mismo, Vio, dice, a un publicano sentado en el telonio, llamado Mateo, y le dijo, Sígueme (Mat. IX, 9): no dijo, Me vio, y me dijo. Esto hizo también el bienaventurado Moisés, narrando todo de sí mismo como de otro, y dijo: Dijo el Señor a Moisés (Éxod. VI, 1). Más inusitadamente el apóstol Pablo, no en la historia, donde se asume la narración de hechos, sino en la Epístola hizo esto. Pues ciertamente de sí mismo dice: Conozco a un hombre en Cristo hace catorce años (si en el cuerpo, si fuera del cuerpo, no lo sé; Dios lo sabe), arrebatado hasta el tercer cielo (II Cor. XII, 2). Por lo tanto, lo que también aquí el bienaventurado Evangelista no dijo, Estaba recostado en el seno de Jesús, sino que dijo, Estaba recostado uno de sus discípulos; reconozcamos más bien la costumbre de nuestros autores que nos asombremos. Pues ¿qué se pierde de la verdad, cuando se dice la cosa misma, y de algún modo se evita la jactancia en el modo de decir? Pues narraba lo que pertenecía a su máxima alabanza.

5. ¿Qué es, sin embargo, a quien amaba Jesús? Como si no amara a los demás, de quienes el mismo Juan dijo antes, Los amó hasta el fin (Juan XIII, 1). Y el mismo Señor, Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos (Juan XV, 13). Y ¿quién enumerará todos los testimonios de las páginas divinas, en los que el Señor Jesús se muestra amante no solo de aquellos que entonces eran, sino también de los miembros futuros, y de toda su Iglesia? Pero ciertamente aquí se oculta algo, y pertenece al seno en el que estaba recostado quien decía estas cosas. Pues ¿qué significa el seno sino el secreto? Pero hay otro lugar más oportuno, donde el Señor nos conceda decir algo de este secreto, cuanto baste.

6. Entonces Simón Pedro le hizo señas, y le dijo. Es notable la expresión, decir algo no sonando, sino solo haciendo señas: Le hizo señas, dice, y le dijo; ciertamente diciendo con señas. Pues si algo se dice pensando, como dice la Escritura, Dijeron entre sí (Sab. II, 1); cuánto más diciendo con señas, donde ya se expresa hacia afuera con cualesquiera signos lo que había sido concebido en el corazón. ¿Qué dijo entonces haciendo señas? ¿Qué, sino lo que sigue? ¿Quién es de quien habla? Estas palabras Pedro las hizo señas; porque no con sonido de voz, sino con movimiento del cuerpo las dijo. Entonces, cuando él se recostó sobre el pecho de Jesús. Este es ciertamente el seno del pecho, el secreto de la sabiduría. Le dijo: Señor, ¿quién es? Respondió Jesús: Aquel es a quien yo dé el pan mojado. Y cuando hubo mojado el pan, lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote. Y después del pan, entonces entró en él satanás. Se expresó el traidor, se desnudaron las guaridas de las tinieblas. Recibió algo bueno, pero para su mal, porque el mal recibió mal el bien. Pero sobre este pan mojado que se dio al falso, y sobre lo que sigue, hay mucho que decir: para lo cual es necesario más tiempo del que ahora tenemos ya en este final del sermón.

TRACTATUS LXII. Desde lo que está escrito, Y cuando hubo mojado el pan, lo dio a Judas; hasta aquello, Ahora es glorificado el Hijo del Hombre. Cap. XIII, V. 26-31.

1. Sé, queridos, que pueden ser movidos algunos, ya sea piadosos para preguntar, o impíos para reprochar, que después de que el Señor dio el pan mojado a su traidor, entró en él satanás. Pues así está escrito: Y cuando hubo mojado el pan, lo dio a Judas, hijo de Simón Iscariote; y después del pan, entonces entró en él satanás. Dicen, pues: ¿Acaso mereció esto el pan de Cristo entregado de la mesa de Cristo, que después de él entrara en su discípulo satanás? A quienes respondemos, que más bien de aquí se nos enseña cuán de temer es recibir mal el bien. Pues mucho importa, no qué se recibe, sino quién lo recibe; ni cuál sea lo que se da, sino cuál sea aquel a quien se da. Pues también los bienes perjudican, y los males aprovechan, según sean aquellos a quienes se dan. El pecado, dice el Apóstol, para que aparezca pecado, por el bien me produjo la muerte (Rom. VII, 13). He aquí que por el bien se hizo el mal, al ser mal recibido el bien. Y el mismo dice, "Para que no me ensoberbeciera por

la grandeza de las revelaciones, me fue dado un aguijón en mi carne, un ángel de satanás que me abofetee. Por lo cual tres veces rogué al Señor, que lo apartara de mí, y me dijo: Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad" (II Cor. XII, 7-9). He aquí que por el mal se hizo el bien, al ser bien recibido el mal. ¿Qué, pues, te maravillas si se dio a Judas el pan de Cristo, por el cual se entregara al diablo; cuando ves, por el contrario, que se dio a Pablo un ángel del diablo, por el cual se perfeccionara en Cristo? Así también al malo el bien le perjudicó, y al bueno el mal le aprovechó. Recordad de dónde está escrito, Quienquiera que coma el pan, o beba el cáliz del Señor indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor (I Cor. XI, 27). Y de estos era el discurso, cuando el Apóstol decía esto, que tomaban el cuerpo del Señor como cualquier otro alimento indiscretamente y negligentemente. Aquí, pues, si se reprende la negligencia del comensal, ¿con qué pena se golpea al vendedor del invitante? ¿Qué era, sin embargo, el pan dado al traidor, sino una demostración de a qué gracia había sido ingrato?

2. Entró, pues, después de este pan satanás en el traidor del Señor, para poseer más plenamente al que ya le había sido entregado, en quien antes había entrado para engañarlo. Pues no es que no estuviera en él cuando fue a los judíos, y pactó el precio de entregar al Señor, ya que esto lo testifica claramente el evangelista Lucas y dice: Entró, pues, satanás en Judas, que se llamaba Iscariote, uno de los doce; y fue, y habló con los príncipes de los sacerdotes (Luc. XXII, 3 y 4). He aquí donde se muestra que ya había entrado satanás en Judas. Antes, pues, había entrado, infundiendo en su corazón la idea de entregar a Cristo: tal era ya cuando vino a cenar. Ahora, sin embargo, después del pan entró en él, no para tentar aún a un extraño, sino para poseer a un propio.

3. No obstante, como piensan algunos que leen negligentemente, no fue entonces cuando Judas recibió el cuerpo de Cristo. Pues debe entenderse que ya a todos ellos el Señor les había distribuido el Sacramento de su cuerpo y sangre, donde también estaba Judas, como lo narra clarísimamente el santo Lucas (Ibid., 19-21): y luego se llegó a esto, donde según la narración de Juan, el Señor manifiestamente expresa a su traidor por el bocado mojado y entregado, quizás significando por la mojadura del pan la ficción de aquel. Pues no todo lo que se moja, se lava; sino que para ser teñido, algunas cosas se mojan. Si, sin embargo, la mojadura aquí significa algo bueno, a ese bien ingrato no injustamente le siguió la condenación.

4. Aún, sin embargo, con Judas poseído, no por el Señor, sino por el diablo, cuando el pan entró en el vientre del hombre ingrato, el enemigo en la mente: aún, digo, restaba el efecto de tan gran mal ya concebido en el corazón, cuyo afecto ya había precedido condenable. Así pues, cuando el Señor, el pan vivo, dio el pan al muerto, y al dar el pan mostró al traidor, Lo que haces, dijo, hazlo pronto. No ordenó el crimen; sino que predijo el mal de Judas, nuestro bien. Pues ¿qué peor para Judas, y qué mejor para nosotros que Cristo entregado, por él contra él, por nosotros sin él? Lo que haces, hazlo pronto. Oh palabra más de preparado que de airado; oh palabra que no expresa tanto el castigo del traidor, como significa la recompensa del Redentor. Pues dijo, Lo que haces, hazlo pronto, no tanto en perjuicio del pérfido, como apresurándose a la salvación de los fieles; porque fue entregado por nuestras ofensas (Rom. IV, 25), y amó a la Iglesia, y se entregó por ella (Ephes. V, 25). De donde también dice el Apóstol de sí mismo: Quien me amó, y se entregó por mí (Galat. II, 20). Si, pues, Cristo no se entregara, nadie entregaría a Cristo. ¿Qué tiene Judas, sino pecado? Pues no pensó en la salvación nuestra al entregar a Cristo, por la cual fue entregado Cristo, sino que pensó en la ganancia de dinero, y encontró la pérdida de su alma. Recibió la recompensa que quiso, pero se le dio a quien no quería la que mereció. Judas entregó a Cristo, Cristo se entregó a sí mismo: aquel hacía negocio de su venta, este de nuestra redención. Lo que haces, hazlo pronto, no porque tú puedas, sino porque esto quiere quien todo puede.

5. Pero ninguno de los que estaban a la mesa supo para qué le dijo esto. Pues algunos pensaban, porque Judas tenía la bolsa, que Jesús le decía, Compra lo que necesitamos para la fiesta; o que diera algo a los pobres. Tenía, pues, también el Señor la bolsa, y conservando lo ofrecido por los fieles, lo distribuía para las necesidades de los suyos y de otros necesitados. Entonces se instituyó por primera vez la forma del dinero eclesiástico, donde entendamos que lo que mandó no preocuparse por el mañana (Mat. VI, 34), no fue mandado para que nada de dinero se guardara por los santos; sino para que no se sirviera a Dios por esto, y por temor a la pobreza se abandonara la justicia. Pues también el Apóstol, previendo para el futuro, dice: Si algún fiel tiene viudas, que les provea suficientemente, para que no se cargue la Iglesia, para que pueda bastar a las verdaderas viudas (I Tim. V, 16).

6. Cuando, pues, hubo recibido el bocado, salió inmediatamente. Y era de noche. Y él mismo que salió, era noche. Cuando, pues, salió la noche, dijo Jesús: Ahora es glorificado el Hijo del Hombre. El día, pues, al día eructó la palabra, es decir, Cristo a los discípulos fieles, para que lo oyeran, y amaran siguiéndolo; y la noche a la noche anunció la ciencia (Sal. XVIII, 3), es decir, Judas a los judíos infieles, para que vinieran a él, y lo apresaran persiguiéndolo. Pero ya aquí en el discurso del Señor, que fue hecho a los piadosos, antes de que fuera apresado por los impíos, se requiere un oyente más atento; y por eso no debe precipitarse, sino más bien diferirse el discurso.

TRACTATUS LXIII. De lo que el Señor dijo, Ahora es glorificado el Hijo del Hombre; hasta aquello, Y enseguida lo glorificará. Cap. XIII, V. 31, 32.

1. Intendamos la mirada de la mente, y con la ayuda del Señor, busquemos a Dios. Es la voz del cántico divino: Buscad a Dios, y vivirá vuestra alma (Sal. 68, 33). Busquemos para encontrar, busquemos lo encontrado. Para que sea buscado y encontrado, está oculto; para que sea encontrado y buscado, es inmenso. Por eso en otro lugar se dice: Buscad siempre su rostro (Sal. 104, 4). Sacia al que busca en la medida en que puede recibir; y hace al que encuentra más capaz para que vuelva a buscar ser llenado, donde ha comenzado a recibir más. No se dijo, por tanto, Buscad siempre su rostro, como de algunos: Siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad (II Tim. 3, 7); sino más bien como aquel que dice: Cuando el hombre haya terminado, entonces comienza (Ecli. 18, 6): hasta que lleguemos a aquella vida donde seremos llenados de tal manera que no nos haremos más capaces, porque seremos tan perfectos que ya no progresaremos. Entonces se nos mostrará lo que nos basta. Aquí, sin embargo, busquemos siempre, y el fruto del hallazgo no sea el fin de la búsqueda. Pues no porque no siempre, porque aquí solamente; sino que decimos que aquí siempre debe buscarse, para que no pensemos que alguna vez aquí debemos cesar en la búsqueda. Porque también de aquellos de quienes se dijo: Siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad; aquí están ciertamente siempre aprendiendo; pero cuando salgan de esta vida, ya no estarán aprendiendo, sino recibiendo la recompensa de su error. Pues así se dijo: Siempre aprendiendo, y nunca llegando al conocimiento de la verdad; como si se dijera: Siempre caminando, y nunca llegando al camino. Pero nosotros caminemos siempre en el camino, hasta que lleguemos a donde el camino conduce; no nos detengamos en él, hasta que nos lleve a donde debemos permanecer: y así, buscando avanzamos, y encontrando llegamos a algo, y a lo que resta pasamos buscando y encontrando, hasta que allí se haga el fin de buscar, donde a la perfección no le queda intención de progresar. Esta introducción, amadísimos, haya hecho atenta vuestra Caridad a este discurso del Señor, que tuvo con los discípulos antes de la pasión: pues es profundo, y ciertamente donde mucho ha de trabajar el expositor, no debe ser negligente el oyente.

2. ¿Qué dijo, pues, el Señor después de que Judas salió, para hacer más pronto lo que iba a hacer, es decir, entregar al Señor? ¿Qué dijo el día, cuando salió la noche? ¿Qué dijo el Redentor, cuando salió el vendedor? Ahora, dice, ha sido glorificado el Hijo del hombre. ¿Por qué ahora? ¿Acaso porque salió quien lo entregaría, porque están cerca quienes lo apresarán y matarán? ¿Es que ahora ha sido glorificado, porque está cerca de ser humillado más: a quien ya le amenaza ser atado, ser juzgado, ser condenado, ser burlado, ser crucificado, ser muerto? ¿Es esta la glorificación, o más bien la humillación? ¿No es cuando hacía milagros, que sin embargo de él dijo este Juan: El Espíritu no había sido dado, porque Jesús aún no había sido glorificado (Juan 7, 39)? Entonces, ¿aún no había sido glorificado, cuando resucitaba muertos; y ahora ha sido glorificado, cuando se acercaba a los muertos? ¿Aún no había sido glorificado haciendo cosas divinas, y ha sido glorificado sufriendo cosas humanas? Es extraño, si este Dios maestro significaba y enseñaba esto con estas palabras. Es más profundo investigar el dicho del Altísimo, quien se manifiesta un poco para que lo encontremos, y nuevamente se oculta para que lo busquemos, y de lo encontrado nos apoyemos en lo que se ha de encontrar como en pasos. Veo aquí algo que prefigura algo grande. Salió Judas, y fue glorificado Jesús; salió el hijo de perdición, y fue glorificado el Hijo del hombre. Pues aquel había salido, por quien se les había dicho: Y vosotros estáis limpios, pero no todos (Juan 13, 10). Así que, al salir el impuro, todos los limpios permanecieron, y permanecieron con su limpiador. Algo así será cuando, vencido por Cristo, pase este mundo, y nadie en el pueblo de Cristo permanecerá impuro; cuando, separados los malos del trigo, los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre (Mat. 13, 43). Previendo el Señor que esto sucederá, y testificando que ahora ha sido significado, al salir Judas como separados los malos, permaneciendo como trigo los santos Apóstoles, dice: Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre: como si dijera, He aquí en aquella mi glorificación lo que será, donde no habrá ninguno de los malos, donde ninguno de los buenos perecerá. Pero no se dijo, Ahora ha sido significada la glorificación del Hijo del hombre; sino que se dijo, Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre: como no se dijo, La roca significaba a Cristo; sino, La roca era Cristo (I Cor. 10, 4). Ni se dijo, La buena semilla significaba a los hijos del reino, o, la cizaña significaba a los hijos del maligno, sino que se dijo, La buena semilla son los hijos del reino; la cizaña, sin embargo, son los hijos del maligno (Mat. 13, 38). Así como suele hablar la Escritura, llamando a las cosas significantes como aquellas que son significadas; así habló el Señor diciendo, Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre: después de que, separado de allí el malvado, y permaneciendo con él los santos, ha sido significada su glorificación, cuando, separados los inicuos, permanecerá en la eternidad con los santos.

3. Pero cuando dijo, Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre; añadió, Y Dios ha sido glorificado en él. Pues esta es la glorificación del Hijo del hombre, que Dios sea glorificado en él. Porque si no es él en sí mismo, sino que Dios es glorificado en él, entonces Dios lo glorifica en sí mismo. Finalmente, como exponiendo esto, añade y dice: Si Dios ha sido glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo. Esto es, Si Dios ha sido glorificado en él, porque no vino a hacer su voluntad, sino la voluntad de aquel que lo envió; y Dios lo glorificará en sí mismo, para que la naturaleza humana en la que es el Hijo del hombre, que ha sido asumida por el Verbo eterno, también sea donada con inmortal eternidad. Y enseguida, dice, lo glorificará. Prediciendo, evidentemente, su resurrección, no como la nuestra al final del siglo, sino que será inmediata con esta atestación. Pues esta es la glorificación, de la que el Evangelista ya había dicho, lo que recordé poco antes, que por eso aún no había sido dado el Espíritu de ese nuevo modo en ellos, a quienes de ese modo había de ser dado después de la resurrección a los creyentes, porque Jesús aún no había sido glorificado: es decir, aún no había sido revestida la mortalidad con inmortalidad, y la

debilidad temporal no había sido cambiada en virtud eterna. Puede también parecer que de esta glorificación se dijo, Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre; para que lo que dice ahora, no se refiera a la inminente pasión, sino a la cercana resurrección, como si se hubiera hecho lo que estaba tan próximo a suceder. Hoy estas cosas sean suficientes para vuestra Dilección; cuando el Señor lo conceda, hablaremos de lo que sigue.

TRACTADO 64. En lo que el Señor dice, Hijitos, aún un poco estoy con vosotros: me buscaréis, y como dije a los judíos, a donde yo voy, vosotros no podéis venir; y a vosotros os lo digo ahora. Cap. 13, V. 33.

1. Debe atenderse, carísimos, la ordenada conexión de las palabras del Señor. Pues cuando antes había dicho, después de que Judas salió, y fue separado también de aquella conversación corporal de los santos, Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre, y Dios ha sido glorificado en él: lo que dijo significando ya sea el reino futuro, cuando los malos serán separados de los buenos, o que su resurrección iba a ser entonces, es decir, no iba a ser diferida, como la nuestra se difiere hasta el fin del siglo: y luego añadió, Si Dios ha sido glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo, y enseguida lo glorificará, lo que sin ninguna ambigüedad testificó que su resurrección iba a ser inmediata: añadió, y dijo, Hijitos, aún un poco estoy con vosotros. Para que no pensaran, por tanto, que así lo iba a glorificar Dios, que ya no se uniría a ellos con aquella conversación que es en la tierra; Aún un poco, dice, estoy con vosotros: como si dijera, Ciertamente seré glorificado con la resurrección; pero no inmediatamente subiré al cielo, sino que aún un poco estoy con vosotros. Pues como está escrito en los Hechos de los Apóstoles, estuvo con ellos después de la resurrección cuarenta días entrando y saliendo, comiendo y bebiendo (Hech. 1, 3): no teniendo ciertamente necesidad de hambre y sed, sino hasta en estas cosas de la carne insinuando la verdad, que ya no tenía necesidad de comer y beber, sino potestad. Estos cuarenta días, por tanto, significó diciendo, Aún un poco estoy con vosotros, ¿o algo más? Pues puede también entenderse así, Aún un poco estoy con vosotros, Aún, como vosotros, estoy en esta debilidad de la carne, hasta que ciertamente muriera y resucitara: porque después de que resucitó, estuvo con ellos ciertamente durante los días, como se ha dicho, cuarenta con la exhibición de la presencia corporal; pero no estuvo con ellos en la compañía de la debilidad humana.

2. Hay también otra presencia divina desconocida para los sentidos mortales, de la que también dice: He aquí yo estoy con vosotros, hasta la consumación del siglo (Mat. 28, 20). Esto ciertamente no es, Aún un poco estoy con vosotros: pues no es poco hasta la consumación del siglo. O si también esto es poco (pues el tiempo vuela, y ante los ojos de Dios mil años son como un día, o como una vigilia en la noche [Sal. 89, 4]), sin embargo, no se debe creer que quiso significar esto ahora, puesto que añadió a continuación, Me buscaréis, y como dije a los judíos, a donde yo voy, vosotros no podéis venir. Ciertamente después de este poco que estoy con vosotros, Me buscaréis, y a donde yo voy, vosotros no podéis venir. ¿Acaso después de la consumación del siglo, a donde él va, no podrán venir? ¿Y dónde está lo que un poco después en este mismo discurso va a decir: Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan 17, 24)? Por tanto, no habló ahora de aquella su presencia con los suyos, con la que está con ellos hasta la consumación del siglo, cuando dice, Aún un poco estoy con vosotros: sino ya sea de la debilidad mortal, con la que estaba con ellos hasta su pasión; o de la presencia corporal, con la que iba a estar con ellos hasta su ascensión. Cualquiera de estas cosas que alguien elija, no litiga con la fe.

3. Para que a nadie le parezca que este sentido se aparta de la verdad, cuando decimos que el Señor pudo significar la comunión de la carne mortal, en la que estuvo con los discípulos

hasta su pasión, diciendo, Aún un poco estoy con vosotros; también en otro evangelista después de la resurrección atienda sus palabras, donde dice, Estas cosas os he hablado, cuando aún estaba con vosotros (Luc. 24, 44): como si entonces no estuviera con ellos asistiendo juntos, viéndolos, tocándolos, conversando con ellos. ¿Qué es, pues, cuando aún estaba con vosotros, sino, cuando aún estaba en la carne mortal, en la que estáis vosotros? Pues entonces ciertamente en la misma carne había resucitado; pero ya no estaba con ellos en la misma mortalidad. Por lo tanto, así como allí ya revestido de inmortalidad de la carne verdaderamente dice, cuando aún estaba con vosotros; donde no podemos entender otra cosa, sino, cuando aún estaba en la mortalidad de la carne con vosotros: así también aquí no absurdamente se entiende que dijo, Aún un poco estoy con vosotros, como si dijera, aún un poco como vosotros, soy mortal. Por tanto, veamos lo que sigue.

4. Me buscaréis, y como dije a los judíos, a donde yo voy, vosotros no podéis venir, y a vosotros os lo digo ahora. Esto es, ahora no podéis. Pero a los judíos cuando les dijo esto, no añadió ahora. Estos, por tanto, no podían venir entonces a donde él iba, pero podían después: pues esto al apóstol Pedro se lo dijo clarísimamente poco después. Pues cuando aquel dijo, Señor, ¿a dónde vas? le respondió, A donde yo voy, no puedes seguirme ahora; me seguirás después (Juan 13, 36). Pero esto, ¿qué es?, no debe pasarse por alto negligentemente. Pues, ¿a dónde no podían seguir entonces los discípulos al Señor, pero podían después? Si decimos a la muerte: ¿qué tiempo se encuentra para el hombre nacido, en el que no sea idóneo para morir?; puesto que tal es la suerte en el cuerpo corruptible de los hombres, que no es más fácil la vida que la muerte en él. No eran, por tanto, aún menos idóneos para seguir al Señor a la muerte, sino menos idóneos para seguir al Señor a la vida que no tiene muerte. Pues allí iba el Señor, para que resucitando de entre los muertos ya no muriera, y la muerte ya no tuviera dominio sobre él (Rom. 6, 9). Pues, ¿cómo iban a seguir al Señor muriendo por la justicia, aún no maduros para el martirio? ¿O cómo iban a seguir al Señor yendo a la inmortalidad de la carne, cuandoquiera que murieran, pero resucitaran al final del siglo? ¿O cómo iban a seguir al Señor yendo al seno del Padre, y no dejándolos, de donde no se apartó cuando vino a ellos, cuando nadie puede estar en aquella felicidad sino perfecto en caridad? Por eso, enseñando cómo pueden ser idóneos para ir a donde él precedía, Mandamiento, dice, nuevo os doy, que os améis unos a otros (Juan 13, 34). Estos son los pasos con los que se ha de seguir a Cristo: pero de estos un discurso más amplio debe diferirse a otro tiempo.

TRACTADO 65. En lo que el Señor dice, Mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros, como yo os he amado, para que también vosotros os améis unos a otros: en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor unos a otros. Cap. 13, V. 34, 35.

1. El Señor Jesús testifica que da a sus discípulos un mandamiento nuevo, que se amen unos a otros: Mandamiento, dice, nuevo os doy, que os améis unos a otros. ¿Acaso no era ya este mandamiento en la antigua ley de Dios, donde está escrito, Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lev. 19, 18)? ¿Por qué, entonces, se llama nuevo por el Señor, lo que se demuestra ser tan antiguo? ¿O es por eso un mandamiento nuevo, porque despojándonos del viejo nos vestimos del hombre nuevo? Pues ciertamente renueva al oyente, o más bien al obediente, no cualquier amor, sino este amor que el Señor, para distinguirlo del amor carnal, añadió, como yo os he amado. Pues se aman mutuamente los esposos y esposas, los padres e hijos, y cualquier otro vínculo humano que una a los hombres: para no hablar del amor culpable y condenable, con el que se aman mutuamente los adúlteros y adúlteras, los fornicadores y prostitutas, y cualesquiera otros que no una una necesidad humana, sino la nociva vileza de la vida humana. Por tanto, el mandamiento nuevo nos dio Cristo, que nos amemos unos a otros, como él nos amó. Este amor nos renueva, para que seamos hombres nuevos, herederos del Nuevo Testamento, cantores del cántico nuevo. Este amor, hermanos amadísimos, renovó

también entonces a los justos antiguos, entonces a los Patriarcas y Profetas, como después a los bienaventurados Apóstoles: este amor también ahora renueva a las naciones, y de todo el género humano que se difunde por toda la tierra, hace y recoge un pueblo nuevo, el cuerpo de la nueva esposa del Hijo de Dios unigénito, de la cual se dice en el Cantar de los Cantares, ¿Quién es esta que sube blanqueada (Cant. 8, 5, según LXX)? ciertamente blanqueada, porque renovada; ¿de dónde sino del mandamiento nuevo? Por lo cual los miembros en ella están solícitos unos por otros; y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él, y si un miembro es glorificado, todos los miembros se alegran con él (I Cor. 12, 25, 26). Pues oyen, y guardan, Mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros: no como se aman quienes se corrompen, ni como se aman los hombres, porque son hombres; sino como se aman, porque son dioses y todos hijos del Altísimo, para que sean hermanos de su Hijo único, amándose mutuamente con aquel amor con el que él los amó, llevándolos a aquel fin que les baste, donde se sacie en bienes su deseo (Sal. 102, 5). Pues entonces no faltará nada al deseo, cuando Dios sea todo en todos (I Cor. 15, 28). Tal fin no tiene fin. Nadie muere allí, a donde nadie llega, sino muriendo a este mundo, no con la muerte de todos, en la que el cuerpo es abandonado por el alma; sino con la muerte de los elegidos, en la que aun permaneciendo en la carne mortal, el corazón se pone en lo alto. De qué muerte decía el Apóstol, Pues habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Col. 3, 3). De aquí tal vez se dijo, Fuerte es como la muerte el amor (Cant. 8, 6). Pues con este amor se hace que, estando aún en este cuerpo corruptible, muramos a este mundo, y nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios: más bien, este amor es nuestra muerte al mundo, y vida con Dios. Pues si es muerte cuando el alma sale del cuerpo, ¿cómo no es muerte cuando nuestro amor sale del mundo? Fuerte es, por tanto, como la muerte el amor. ¿Qué hay más fuerte que él, con el que se vence al mundo?

2. No penséis, pues, hermanos míos, que en lo que dice el Señor, "Os doy un mandamiento nuevo, que os améis unos a otros", se ha omitido el mandamiento mayor, que ordena amar al Señor nuestro Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente. Como si, al omitir esto, se dijera "que os améis unos a otros", como si esto no tuviera relación con aquel otro mandamiento que dice "Amarás a tu prójimo como a ti mismo". Porque en estos dos mandamientos, dice, se basa toda la Ley y los Profetas (Mateo 22, 37-40). Pero para quienes entienden bien, ambos se encuentran en cada uno. Pues quien ama a Dios no puede despreciar el mandato de amar al prójimo; y quien ama santamente y espiritualmente al prójimo, ¿qué ama en él sino a Dios? Este es el amor distinguido de todo amor mundano, que el Señor añadió distinguiéndolo, "como yo os he amado". ¿Qué amó en nosotros sino a Dios? No lo que teníamos, sino para que lo tuviéramos: para llevarnos, como dije poco antes, a donde Dios sea todo en todos. Así también se dice correctamente que el médico ama a los enfermos: ¿y qué ama en ellos sino la salud, que desea recuperar, no la enfermedad, que viene a expulsar? Así, pues, amémonos unos a otros, para que, en la medida de lo posible, nos atraigamos mutuamente con el cuidado del amor para tener a Dios en nosotros. Este amor nos lo da Él mismo, quien dice, "Como yo os he amado, para que también vosotros os améis unos a otros". Por tanto, nos amó para que también nosotros nos amemos unos a otros; confiriéndonos esto al amarnos, para que nos unamos entre nosotros con amor mutuo, y seamos un cuerpo de tan dulce vínculo conectado, el cuerpo de tan gran cabeza.

3. En esto conocerán, dice, todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros: como si dijera, Otros dones míos los tienen con vosotros incluso quienes no son míos, no solo la naturaleza, la vida, el sentido, la razón, y esa salud que es común a los hombres y a los animales; sino también las lenguas, los Sacramentos, la profecía, la ciencia, la fe, la distribución de sus bienes a los pobres, y la entrega de su cuerpo para que ardan: pero como

no tienen caridad, resuenan como címbalos, no son nada, nada les aprovecha (1 Cor. 13, 1-3). No, pues, en esos dones míos, aunque buenos, que pueden tener incluso quienes no son mis discípulos; sino en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros. ¡Oh esposa de Cristo, hermosa entre las mujeres! ¡Oh, blanqueada ascendiendo, y apoyada sobre tu amado! Porque con la luz de quien eres iluminada para resplandecer, con su ayuda eres sostenida para no caer: ¡oh, cuán bien se canta para ti en aquel Cantar de los Cantares como en tu epitalamio, "Porque la caridad está en tus delicias" (Cant. 7, 6, según LXX)! Ella no destruyó tu alma con los impíos; ella discierne tu causa, y es fuerte como la muerte, y está en tus delicias. ¡Qué muerte tan admirable es, a la que le bastó no estar en penas, sino que además está en delicias! Pero aquí ya se cierra este discurso: lo que sigue debe tratarse desde otro comienzo.

TRACTATUS LXVI. Sobre lo que sigue, "Le dice Simón Pedro: Señor, ¿a dónde vas?", hasta "En verdad, en verdad te digo; no cantará el gallo, hasta que me niegues tres veces". Cap. XIII, V. 36-38.

1. Cuando el Señor Jesús recomendaba a los discípulos el santo amor con el que debían amarse unos a otros, Simón Pedro le dice: Señor, ¿a dónde vas? Así ciertamente dijo esto el discípulo al Maestro, y el siervo al Señor, como dispuesto a seguirle. Por eso el Señor, que vio su ánimo y por qué preguntaba esto, le respondió: "A donde yo voy, no puedes seguirme ahora": como si dijera, Por lo que preguntas, no puedes ahora. No dijo, no puedes; sino "no puedes ahora": introdujo una dilación, no quitó la esperanza; y la misma esperanza que no quitó, sino que más bien dio, la confirmó con la voz siguiente, añadiendo y diciendo, "Pero me seguirás después". ¿Por qué te apresuras, Pedro? Aún no te ha solidificado la roca con su espíritu. No te exaltes presumiendo, "no puedes ahora": no te desanimes desesperando, "me seguirás después". Pero aún, ¿qué dice él? ¿Por qué no puedo seguirte ahora? Mi vida pondré por ti. ¿Qué había en su ánimo de deseo, veía; qué de fuerzas, no veía. El débil proclamaba su voluntad, pero el médico observaba su salud; este prometía, aquel preveía: quien no sabía, se atrevía; quien preveía, enseñaba. ¿Cuánto se atribuía Pedro al mirar lo que quería, ignorando lo que podía? ¿Cuánto se atribuía, que cuando el Señor vino a poner su vida por sus amigos, y por tanto también por él, él se atreviera a ofrecer esto al Señor: y aún no puesta la vida de Cristo por él, prometiera poner su vida por Cristo? Respondió, pues, Jesús, ¿Pondrás tu vida por mí? ¿Harás por mí lo que aún no he hecho por ti? ¿Pondrás tu vida por mí? ¿Puedes preceder, quien no puedes seguir? ¿Por qué presumes tanto? ¿Qué piensas de ti? ¿Qué crees que eres? Escucha lo que eres: "En verdad, en verdad te digo; no cantará el gallo, hasta que me niegues tres veces". He aquí cómo pronto te aparecerás a ti mismo, que hablas en grande, y no te conoces pequeño. Tú que me prometes tu muerte, tres veces negarás tu vida. Tú que ya piensas que puedes morir por mí, primero vive por ti: pues temiendo la muerte de tu carne, darás muerte a tu alma. Porque tanta vida es confesar a Cristo, tanta muerte es negar a Cristo.

2. ¿Acaso el apóstol Pedro, como algunos intentan excusarlo con un favor perverso (Ambros. en Luc. XXII), no negó a Cristo, porque interrogado por una criada respondió que no conocía al hombre, como otros evangelistas lo atestiguan más expresamente? Como si quien niega al hombre Cristo, no negara a Cristo; y esto en lo que se hizo por nosotros, para que no pereciera lo que nos hizo. Por tanto, quien así confiesa a Cristo Dios, que niega al hombre, Cristo no murió por él; porque Cristo murió según el hombre. Quien niega al hombre Cristo, no se reconcilia con Dios por el mediador. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (1 Tim. II, 5). Quien niega al hombre Cristo, no es justificado; porque así como por la desobediencia de un hombre, muchos fueron constituidos pecadores; así también por la obediencia de un hombre, muchos serán constituidos justos (Rom. V, 19). Quien niega al hombre Cristo, no resucitará en la

resurrección de la vida; porque por un hombre vino la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos: porque así como en Adán todos mueren, así también en Cristo todos serán vivificados (1 Cor. XV, 21 y 22). ¿Por qué es cabeza de la Iglesia, sino por el hombre, que el Verbo se hizo carne? es decir, el Unigénito de Dios Padre se hizo hombre. ¿Cómo, pues, está en el cuerpo de Cristo, quien niega al hombre Cristo? Porque quien niega la cabeza, ¿cómo es miembro? Pero ¿por qué detenerme en muchas cosas, cuando el mismo Señor ha quitado todas las ambigüedades de la argumentación humana? No dijo, No cantará el gallo hasta que niegues al hombre; o, como solía hablar con dignación más familiar con los hombres, No cantará el gallo hasta que niegues al Hijo del hombre: sino que dijo, "hasta que me niegues tres veces". ¿Qué es "me", sino lo que era? y ¿qué sino Cristo era? Por tanto, lo que de él negó, a él mismo negó, a Cristo negó, a su Señor Dios negó. Porque también aquel condiscípulo suyo Tomás, cuando exclamó, "¡Señor mío y Dios mío!", no tocó el Verbo, sino la carne; no tocó la naturaleza incorpórea de Dios, sino el cuerpo del hombre con manos curiosas (Juan XX, 27, 28). Tocó, pues, al hombre, y sin embargo reconoció a Dios. Si, pues, lo que este tocó, eso negó Pedro; lo que este exclamó, eso ofendió Pedro. No cantará el gallo, hasta que me niegues tres veces. Puedes decir, "No conozco al hombre"; puedes decir, "Hombre, no sé lo que dices"; puedes decir, "No soy de sus discípulos" (Mateo XXVI, 34, 69-74, y Lucas XXII, 55-60): me negarás. Si, lo que es impío dudar, Cristo dijo esto, y lo predijo verdaderamente, sin duda Pedro negó a Cristo. No acusemos a Cristo cuando defendemos a Pedro. Que la debilidad reconozca su pecado; pues la verdad no tiene mentira. Reconoció, en efecto, su pecado la debilidad de Pedro, ciertamente lo reconoció; y mostró cuánto mal cometió al negar a Cristo, llorando. Él mismo reprende a sus defensores, y de donde los convence, produce lágrimas como testigos. Ni nosotros al decir esto, nos deleita acusar al primer Apóstol: sino que al mirarlo a él, debemos ser advertidos de que ningún hombre debe confiar en las fuerzas humanas. Pues ¿qué otra cosa pertenecía a nuestro maestro y salvador, sino que nos mostrara en el ejemplo del primer Apóstol que nadie debe presumir de sí mismo? En el alma de Pedro ocurrió lo que ofrecía en el cuerpo. Sin embargo, no precedió al Señor, como presumía temerariamente, sino de otra manera de lo que pensaba. Pues antes de la muerte y resurrección del Señor, murió negando, y revivió llorando: pero murió, porque presumió orgullosamente de sí mismo; revivió, porque él benignamente lo miró.

TRACTATUS LXVII. Sobre lo que el Señor dice, "No se turbe vuestro corazón"; hasta "Vuelvo otra vez, y os tomaré conmigo". Cap. XIV, V. 1-3.

1. Debemos elevar, hermanos, nuestra atención a Dios, para que las palabras del santo Evangelio, que ahora han sonado en nuestros oídos, podamos también captarlas de alguna manera con la mente. Dice el Señor Jesús: "No se turbe vuestro corazón. Creed en Dios, y creed también en mí". Para que no temieran la muerte como hombres, y por eso se turbaran, los consuela, testificando también que él es Dios. "Creed en Dios, y creed también en mí". Es consecuente que si creéis en Dios, también debáis creer en mí: lo cual no sería consecuente, si Cristo no fuera Dios. Creed en Dios, y creed en aquel a quien le es natural, no usurpación, ser igual a Dios: pues él mismo se anonadó; no obstante, no perdiendo la forma de Dios, sino tomando la forma de siervo (Filip. II, 6, 7). Teméis la muerte de esta forma de siervo; "no se turbe vuestro corazón", la forma de Dios la resucitará.

2. Pero ¿qué significa lo que sigue, "En la casa de mi Padre hay muchas moradas", sino que también temían por sí mismos? Por lo cual debían oír, "No se turbe vuestro corazón". ¿Quién de ellos no temería, cuando a Pedro, el más confiado y dispuesto, se le había dicho, "No cantará el gallo hasta que me niegues tres veces" (Juan XIII, 38)? Como si, por tanto, fueran a perecer de él, con razón se turbaban: pero cuando oyen, "En la casa de mi Padre hay muchas

moradas: si no fuera así, os lo habría dicho, porque voy a prepararos un lugar"; se recrean de la perturbación, seguros y confiados de que incluso después de los peligros de las tentaciones estarán con Dios junto a Cristo. Porque aunque uno sea más fuerte que otro, otro más sabio, otro más justo, otro más santo; "en la casa de mi Padre hay muchas moradas"; ninguno de ellos será alejado de aquella casa, donde cada uno recibirá una morada según su mérito. Aquel denario es igual para todos, que el padre de familia manda dar a todos los que han trabajado en la viña, sin distinguir en él quién trabajó menos y quién más (Mateo XX, 9): por el cual sin duda se significa la vida eterna, donde nadie vive más que otro, porque no hay diferente medida de vivir en la eternidad. Pero las muchas moradas significan las diversas dignidades de los méritos en una vida eterna. Porque una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, otra la gloria de las estrellas: estrella difiere de estrella en gloria; así también la resurrección de los muertos. Como estrellas, los santos obtienen diversas moradas de diversa claridad, como en el cielo, en el reino; pero por el único denario ninguno es separado del reino: y así Dios será todo en todos (1 Cor. XV, 41, 42, 28), para que, puesto que Dios es Caridad (1 Juan IV, 8), por la caridad se haga que lo que tienen los individuos, sea común a todos. Pues así cada uno también tiene, cuando ama en otro lo que él mismo no tiene. No habrá, por tanto, alguna envidia de desigual claridad, porque reinará en todos la unidad de la caridad.

3. Por tanto, deben ser rechazados del corazón cristiano, quienes piensan que por eso se dijo que hay muchas moradas, porque fuera del reino de los cielos habrá algo, donde moren los bienaventurados inocentes que emigraron de esta vida sin Bautismo, porque sin él no podrán entrar en el reino de los cielos. Esta fe no es fe, porque no es verdadera y católica fe. ¿Acaso, hombres necios, y cegados por pensamientos carnales, cuando seríais reprobados si no separaseis no digo la morada de Pedro y Pablo o de cualquiera de los Apóstoles, sino de cualquier pequeño bautizado del reino de los cielos; no os consideráis reprobables, quienes separáis de allí la casa del mismo Dios Padre? Pues no dijo el Señor, En todo el mundo, o, en toda la creación, o, en la vida o bienaventuranza sempiterna hay muchas moradas; sino, "En la casa", dice, "de mi Padre hay muchas moradas". ¿No es esta la casa donde tenemos una edificación de Dios, una casa no hecha por manos, eterna en los cielos (2 Cor. V, 1)? ¿No es esta la casa de la que cantamos al Señor, "Bienaventurados los que habitan en tu casa; te alabarán por los siglos de los siglos" (Sal. LXXXIII, 5)? ¿Acaso no os consideráis reprobables, quienes separáis de allí la casa de cualquier hermano bautizado, sino la casa del mismo Dios Padre, a quien todos los hermanos decimos, "Padre nuestro, que estás en los cielos" (Mateo VI, 9), del reino de los cielos, o la dividís de tal manera que algunas de sus moradas están en el reino de los cielos, pero otras fuera del reino de los cielos? ¡Lejos de nosotros, lejos de nosotros que quienes desean habitar en el reino de los cielos, deseen habitar en esta necedad con vosotros: lejos de nosotros, digo, que cuando toda la casa de los hijos reinantes no está en otro lugar sino en el reino, alguna parte de la misma casa real no esté en el reino!

4. Y si me voy, dice, y os preparo un lugar; volveré otra vez, y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, también vosotros estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino. Oh Señor Jesús, ¿cómo vas a preparar un lugar, si ya hay muchas moradas en la casa de tu Padre, donde habitarán contigo los tuyos? O si los tomas contigo, ¿cómo vuelves otra vez quien no te alejas? Estas cosas, queridos hermanos, si intentamos explicarlas brevemente, en cuanto parece suficiente para el sermón de hoy, ciertamente no se aclararán comprimidas, y esa misma brevedad será otra oscuridad: por tanto, pospongamos esta deuda, que más oportunamente os la devolvamos con la ayuda de nuestro Padre de familia.

TRACTATUS LXVIII. En la misma lectura.

1. Reconocemos, hermanos queridísimos, que os debemos, y ya debe ser devuelto lo que habíamos pospuesto, cómo pueden entenderse estas dos cosas no ser contrarias entre sí, que cuando el Señor dijo, "En la casa de mi Padre hay muchas moradas: si no fuera así, os lo habría dicho, porque voy a prepararos un lugar"; donde mostró suficientemente que por eso les dijo esto, porque ya hay muchas moradas allí, y no es necesario preparar alguna: nuevamente dice, "Y si me voy, y os preparo un lugar; volveré otra vez, y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy, también vosotros estéis". ¿Cómo va, y prepara un lugar, si ya hay muchas moradas? Si no fuera así, habría dicho, "Voy a preparar". O si aún debe ser preparado, ¿por qué no habría dicho con razón, "Voy a preparar"? ¿Acaso estas moradas tanto son, como deben ser preparadas? Porque si no fueran así, habría dicho, "Voy a preparar", es decir, "Voy a predestinar". Pero porque son así como deben ser preparadas, no va a prepararlas como son: sino si se va y las prepara como serán, volviendo otra vez tomará a los suyos consigo, para que donde él está, también ellos estén. ¿Cómo, pues, las moradas en la casa del Padre no son otras, sino las mismas, y sin duda ya son como no deben ser preparadas, y aún no son como deben ser preparadas? ¿Cómo pensamos, sino como también el profeta predica a Dios, porque hizo lo que será? Pues no dijo, "Quien hará lo que será", sino, "Quien hizo lo que será" (Isaías XLV, 11, según LXX). Por tanto, las hizo y las hará. Pues ni fueron hechas, si él no las hizo: ni serán, si él no las hace. Las hizo, pues, predestinando, las hará operando. Como cuando el Evangelio indica suficientemente que eligió a los discípulos; entonces ciertamente cuando los llamó (Lucas VI, 13): y sin embargo dice el Apóstol, "Nos eligió antes de la constitución del mundo" (Efes. I, 4): predestinando ciertamente, no llamando. A quienes predestinó, a esos también llamó (Rom. VIII, 30): eligió predestinando antes de la constitución del mundo, eligió llamando antes de la consumación del mundo. Así también preparó y prepara las moradas; ni otras, sino las que preparó, estas prepara, quien hizo lo que será: las que preparó predestinando, las prepara operando. Ya, pues, están en la predestinación: si no fuera así, habría dicho, "Iré y prepararé", es decir, "Predestinaré". Pero porque aún no están en la operación, "Y si me voy", dice, "y os preparo un lugar; volveré otra vez, y os tomaré conmigo".

2. Prepara de algún modo las moradas, preparando a los moradores para las moradas. Pues cuando dijo: "En la casa de mi Padre hay muchas moradas", ¿qué pensamos que es la casa de Dios, sino el templo de Dios? Y para saber qué es, preguntemos al Apóstol, y que él responda: "El templo de Dios, que sois vosotros, es santo" (I Cor. III, 17). Este es también el reino de Dios, que el Hijo entregará al Padre: de ahí que el mismo apóstol diga: "Cristo es el principio, luego los que son de Cristo en su presencia; después el fin, cuando entregue el reino a Dios y al Padre" (I Cor. XV, 23-24); es decir, a los que redimió con su sangre, los entregará también a su Padre para que los contemple. Este es el reino de los cielos, del cual se dice: "El reino de los cielos es semejante a un hombre que siembra buena semilla en su campo. La buena semilla son los hijos del reino; aunque ahora tengan mezclada la cizaña, al final el mismo rey enviará a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos. Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre" (Mat. XIII, 24, 38, 43). El reino brillará en el reino, cuando el reino venga con el reino, que ahora oramos y decimos: "Venga tu reino" (Mat. VI, 10). Ahora, pues, ya se llama reino, pero aún se convoca: porque si no se llamara reino, no se diría: "Recogerán de su reino todos los escándalos". Pero este reino aún no reina. Por tanto, ya es reino, de modo que cuando de él se recojan todos los escándalos, entonces llegará al reino; para que no solo tenga el nombre de reino, sino también el poder de reinar. A este reino que está a la derecha, al final se le dirá: "Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino" (Mat. XXV, 34): es decir, vosotros que erais reino y no reinabais, venid, reinad; para que lo que erais en esperanza, también podáis serlo en realidad. Esta,

pues, es la casa de Dios, este el templo de Dios, este el reino de Dios, y el reino de los cielos aún se está edificando, aún se está construyendo, aún se está preparando, aún se está congregando. En él habrá moradas, como el Señor aún las prepara: en él ya están, como el Señor ya las predestinó.

3. Pero, ¿qué significa que se fue para prepararlas, cuando ciertamente nos está preparando a nosotros mismos, lo cual no hará si nos abandona? Reconozco, Señor, en la medida de mis posibilidades: sin duda significas que para que se preparen estas moradas, el justo debe vivir por la fe (Rom. I, 17). Porque quien está ausente del Señor, necesita vivir por la fe; porque por esta se prepara para contemplar la visión (II Cor. V, 6-8). Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8): y, "Por la fe purificó sus corazones" (Hech. XV, 9). Esto se lee en el Evangelio, aquello en los Hechos de los Apóstoles. La fe, por la cual se purifican los corazones de aquellos que verán a Dios mientras peregrinan, cree lo que no ve: pues si ves, no es fe. Al creyente se le acumula el mérito, al que ve se le otorga la recompensa. Que el Señor, pues, vaya y prepare el lugar; que vaya para no ser visto, que se oculte para ser creído. Entonces se prepara el lugar, si se vive por la fe. Que sea deseado al ser creído, para que al ser deseado sea poseído: el deseo del amor es la preparación de la morada. Así, Señor, prepara lo que preparas: porque nos preparas para ti, y te preparas para nosotros; ya que preparas el lugar, tanto para ti en nosotros, como para nosotros en ti. Porque tú dijiste: "Permaneced en mí, y yo en vosotros" (Juan XV, 4). Según la medida en que cada uno participe de ti, uno menos, otro más, esta será la diversidad de las recompensas según la diversidad de los méritos: esta será la multitud de las moradas según la disparidad de los moradores; pero sin embargo, todos en la eternidad de los vivos, y sin fin bienaventurados. ¿Qué significa que vas? ¿Qué significa que vienes? Si bien te entiendo, ni de donde vas ni de donde vienes, te alejas: vas ocultándote, vienes manifestándote. Pero si no permaneces gobernando, para que progresemos viviendo bien; ¿cómo se preparará el lugar donde podamos permanecer disfrutando? Estas cosas sobre las palabras evangélicas que se han recitado, sean dichas suficientemente, hasta donde el Señor dice: "Vuelvo otra vez, y os tomaré conmigo mismo. Pero qué significa lo que sigue: "Para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino"; después de la pregunta que sigue hecha por el discípulo, como si también nosotros preguntáramos a través de él, mejor escucharemos y más oportunamente trataremos.

TRACTATUS LXIX. En lo que el Señor dice: "Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino"; hasta: "Nadie viene al Padre, sino por mí". Cap. XIV, V. 4-6.

1. Ahora, amadísimos, es el momento de que, en la medida de nuestras capacidades, entendamos de las palabras del Señor las anteriores por las posteriores, y las consecuentes por las precedentes, en lo que habéis escuchado que fue respondido al apóstol Tomás que preguntaba. Pues el Señor había dicho anteriormente, cuando hablaba de las moradas, que dijo que existían en la casa de su Padre, y que iba a prepararlas; donde entendimos que las moradas ya existen en la predestinación, y se preparan cuando los corazones de aquellos que van a morar allí se purifican por la fe, ya que ellos mismos son la casa de Dios; y ¿qué es otra cosa que permanecer en la casa de Dios, sino estar en el pueblo de Dios, cuando el mismo pueblo está en Dios, y Dios en él? Para preparar esto, el Señor se fue; para que creyendo en aquel que no se ve, la morada que siempre será en visión, ahora se prepare por la fe: por esto, pues, había dicho: "Y si me voy y os preparo un lugar, volveré otra vez y os tomaré conmigo mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino". A esto le dice Tomás: "Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo podemos saber el camino?" El Señor había dicho que sabían ambas cosas, tanto el lugar a donde iba, como el camino por el que iba. Pero él no sabe mentir: por lo tanto, ellos sabían, y no sabían que

sabían. Que los convenza de que ya saben lo que creen que aún no saben. Jesús le dice: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida". ¿Qué es esto, hermanos? He aquí que hemos escuchado al discípulo preguntando, hemos escuchado al maestro enseñando, y aún no comprendemos, incluso después de la voz resonante, la sentencia latente. Pero, ¿qué no podemos comprender? ¿Acaso podían decirle sus Apóstoles con quienes hablaba: "No te conocemos"? Por tanto, si lo conocían, y él mismo es el camino, conocían el camino: si lo conocían, y él mismo es la verdad, conocían la verdad: si lo conocían, y él mismo es la vida, conocían la vida. He aquí que han sido convencidos de saber lo que creían no saber.

2. ¿Qué, entonces, no hemos comprendido en este discurso? ¿Qué pensáis, hermanos míos, sino que dijo: "Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino"? Y he aquí que hemos conocido que sabían el camino, porque conocían a él mismo que es el camino: pero el camino es por donde se va; ¿acaso el camino es también a dónde se va? Sin embargo, él había dicho que sabían ambas cosas, tanto a dónde iba, como el camino. Era necesario, pues, que dijera: "Yo soy el camino", para mostrarles que al conocerlo a él, conocían el camino que pensaban no conocer: pero, ¿qué necesidad había de que dijera: "Yo soy el camino, y la verdad, y la vida", cuando el camino conocido por el que iba, quedaba por conocer a dónde iba; sino porque iba a la verdad, iba a la vida? Iba, pues, a sí mismo, por sí mismo. ¿Y nosotros a dónde vamos, sino a él? ¿Y por dónde vamos, sino por él? Él, por tanto, a sí mismo por sí mismo; nosotros a él por él: más bien, tanto a él como al Padre, tanto él como nosotros. Pues también de sí mismo dice en otro lugar: "Voy al Padre" (Juan XVI, 10): y en este lugar por nosotros, "Nadie", dice, "viene al Padre, sino por mí". Y así, tanto él por sí mismo y a sí mismo y al Padre, como nosotros por él y a él y al Padre. ¿Quién comprende esto, sino quien espiritualmente lo saborea? ¿Y cuánto es lo que aquí comprende, incluso si espiritualmente lo saborea? Hermanos, ¿qué queréis que os explique de esto? Considerad cuán elevados son. Veis lo que soy, veo lo que sois: en todos nosotros el cuerpo que se corrompe grava el alma, y la morada terrena deprime el sentido que piensa en muchas cosas (Sab. IX, 15). ¿Acaso podemos decir: "A ti levanto mi alma, que habitas en el cielo" (Sal. CXXII, 1)? Pero bajo tanto peso donde gemimos cargados, ¿cómo levantaré mi alma, si no levanta conmigo quien puso la suya por mí? Diré, pues, lo que puedo, que lo capte quien pueda de vosotros. Quien me da para decir, él da para que lo capte quien lo capta, y él da para que crea quien aún no lo capta. Porque "si no creéis", dice el profeta, "no entenderéis" (Is. VII, 9, según LXX).

3. Dime, Señor mío, ¿qué diré a tus siervos, mis consiervos? El apóstol Tomás, para preguntarte, te tenía ante él; y sin embargo, no te entendería, si no te tuviera en él: yo te pregunto, porque sé que estás sobre mí; pero pregunto en la medida en que puedo derramar mi alma sobre mí mismo, donde te escuche enseñando, aunque no sonando. Dime, te ruego, ¿cómo vas a ti mismo? ¿Acaso para venir a nosotros, te habías dejado a ti mismo: especialmente porque no viniste de ti mismo, sino que el Padre te envió? Sé bien que te vaciaste; pero porque tomaste forma de siervo (Filip. II, 7), no porque hayas dejado o perdido la forma de Dios a la que regresarías, o que recuperarías lo que perdiste: y sin embargo viniste, y no solo llegaste hasta los ojos carnales, sino también hasta las manos de los hombres. ¿Cómo, sino en carne? Por esta viniste permaneciendo donde estabas, por esta regresaste sin dejar a donde habías venido. Si, pues, por esta viniste y regresaste; por esta sin duda no solo eres para nosotros el camino por el que venimos a ti, sino también para ti el camino por el que viniste y regresaste. Pero cuando fuiste a la vida, que eres tú mismo; ciertamente llevaste esa misma carne tuya de la muerte a la vida. Pues otra cosa es el Verbo de Dios, otra cosa el hombre: pero el Verbo se hizo carne, es decir, hombre. No hay, por tanto, otra persona del Verbo, otra del hombre, ya que ambos son Cristo una sola persona: y así como cuando la carne murió, Cristo murió; y cuando la carne fue sepultada, Cristo fue

sepultado (pues así creemos con el corazón para justicia, así hacemos confesión con la boca para salvación [Rom. X, 10]); así cuando la carne vino de la muerte a la vida, Cristo vino a la vida. Y porque el Verbo de Dios es Cristo, Cristo es vida. Así, de un modo maravilloso e inefable, quien nunca dejó ni perdió a sí mismo, vino a sí mismo. Pero había venido, como se ha dicho, por la carne Dios a los hombres, la verdad a los mentirosos: pues Dios es veraz, y todo hombre mentiroso (Rom. III, 4). Por tanto, cuando apartó de los hombres, y llevó allí donde nadie miente, su carne; él mismo, porque el Verbo se hizo carne, por sí mismo, es decir, por la carne, regresó a la verdad, que es él mismo. La cual verdad, aunque entre mentirosos, y en la muerte la conservó: pues alguna vez Cristo estuvo muerto, pero nunca fue falso.

4. Tomad un ejemplo aunque diverso y muy inferior, sin embargo de algún modo para entender a Dios, de aquellas cosas que están más cerca de Dios. He aquí que yo mismo, en cuanto a mi alma se refiere, siendo lo que sois vosotros, si callo, estoy en mí mismo: pero si os hablo lo que entendáis, de algún modo procedo hacia vosotros, sin dejarme a mí mismo, sino que tanto me acerco a vosotros, como no me alejo de donde procedo. Pero cuando callo, de algún modo regreso a mí mismo; y de algún modo permanezco con vosotros, si retenéis lo que habéis escuchado en el discurso que digo. Si esto puede la imagen que hizo Dios, ¿qué no puede la imagen de Dios no hecha por Dios, sino nacida de Dios: cuya carne, por la que salió a nosotros, y en la que regresó de nosotros, no se desvaneció como mi sonido, sino que permanece allí donde ya no muere, y la muerte ya no tendrá dominio sobre ella (Rom. VI, 9)? Muchas cosas sobre estas palabras evangélicas aún podrían y deberían decirse: pero no deben sobrecargarse vuestros corazones con alimentos espirituales por más sabrosos que sean; especialmente porque el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil (Mat. XXVI, 41).

TRACTATUS LXX. De lo que el Señor dice: "Si me hubierais conocido, también a mi Padre habríais conocido"; hasta: "¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?" Cap. XIV, V. 7-10.

1. Las palabras del santo Evangelio, hermanos, se entienden correctamente si se encuentran en concordancia con las anteriores: pues deben coincidir las precedentes con las consecuentes, cuando la verdad habla. Anteriormente había dicho el Señor: "Y si me voy y os preparo un lugar; volveré otra vez y os tomaré conmigo mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis": luego añadió: "Y sabéis a dónde voy, y sabéis el camino"; y no mostró otra cosa que lo que dijo, sino que lo conocían a él mismo. ¿Qué, pues, sería ir a sí mismo por sí mismo, lo cual también les concede a los discípulos para que vayan a él por él, como pudimos decir en el sermón anterior? Por lo tanto, lo que dice: "Para que donde yo estoy, vosotros también estéis", ¿dónde estarían sino en él mismo? Y así, él mismo está en sí mismo, y por eso ellos allí donde él, es decir, en él. Él es, por tanto, la vida eterna en la que estaremos, cuando nos haya tomado consigo: y esa vida eterna que él es está en él mismo, para que donde él está, también nosotros estemos, es decir, en él. Pues así como el Padre tiene vida en sí mismo, y ciertamente no es otra cosa la vida que tiene, sino lo que él mismo es quien la tiene: así dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan V, 26), cuando él mismo es la misma vida que tiene en sí mismo. ¿Acaso seremos nosotros la vida que él es, cuando en esa vida, es decir, en él, comencemos a estar? No ciertamente, porque él existiendo como vida tiene vida, y él mismo es lo que tiene, y lo que es vida en él, él mismo es en sí mismo: nosotros, sin embargo, no somos esa vida, sino partícipes de esa vida, y así estaremos allí, para que en nosotros mismos no podamos ser lo que él es, sino que nosotros mismos no siendo vida, lo tengamos a él como vida, quien se tiene a sí mismo como vida, porque él mismo es vida. Por tanto, él está en sí mismo inmutablemente, y en el Padre inseparablemente: nosotros, en cambio, cuando quisimos estar en nosotros mismos, nos

turbamos a nosotros mismos; de donde aquella voz: "A mí mismo se turbó mi alma" (Sal. XLI, 7): y cambiados a peor, ni siquiera pudimos permanecer lo que fuimos. Pero cuando venimos a través de él al Padre, como dice: "Nadie viene al Padre sino por mí"; permaneciendo en él, nadie podrá separarnos ni del Padre, ni de él.

2. Conectando, por tanto, las consecuencias con lo anterior: "Si me conocisteis", dice, "también conoceréis a mi Padre". Esto es lo que dice: "Nadie viene al Padre, sino por mí". Luego añade: "Y desde ahora le conocéis, y le habéis visto". Pero Felipe, uno de los Apóstoles, sin entender lo que había oído, dice: "Señor, muéstranos al Padre, y nos basta". A lo que el Señor responde: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". He aquí que reprende que, habiendo estado tanto tiempo con ellos, no lo conocían. ¿No había dicho él mismo: "Y a donde yo voy sabéis, y el camino sabéis"; y al decir que no lo sabían, los convenció de que lo sabían, añadiendo y diciendo: "Yo soy el camino, la verdad y la vida"? ¿Cómo dice ahora: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido"? cuando, de hecho, sabían a dónde iba y el camino, no por otra razón sino porque ciertamente lo conocían a él. Pero esta cuestión se resuelve fácilmente si decimos que algunos de ellos lo conocían, otros no, y entre los que no lo conocían estaba Felipe: de modo que lo que dijo, "Y a donde yo voy sabéis, y el camino sabéis", se entiende que lo dijo a los que lo conocían; no a Felipe, a quien se le dijo: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?" Por tanto, a aquellos que ya conocían al Hijo, también se les dijo aquello del Padre: "Y desde ahora le conocéis, y le habéis visto"; pues se dijo por la completa semejanza que tiene con el Padre, para que por eso se dijera que desde ahora conocían al Padre, porque conocían al Hijo semejante. Por tanto, ya conocían al Hijo, aunque no todos, ciertamente algunos de ellos a quienes se les dice: "Y a donde voy sabéis, y el camino sabéis": pues él mismo es el camino. Pero no conocían al Padre, por eso oyen: "Si me conocisteis, también a mi Padre conoceréis": ciertamente por mí también a él. Porque yo soy uno, él es otro. Pero para que no pensaran que era diferente, dice: "Y desde ahora le conocéis, y le habéis visto". Pues han visto a su Hijo muy semejante, pero debían ser advertidos de que tal es también el Padre a quien aún no veían, como es el Hijo a quien veían. Y a esto se refiere lo que después se dice a Felipe: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". No porque él mismo sea el Padre y el Hijo, lo cual la fe católica condena en los sabelianos, que también se llaman patripasianos: sino porque el Padre y el Hijo son tan semejantes, que quien conoce a uno, conoce a ambos. Pues solemos hablar así de dos muy semejantes a quienes ven a uno de ellos, y quieren saber cómo es el otro, diciendo: "Has visto a este, has visto al otro". Así, pues, se dijo: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre": no porque él mismo sea el Padre que es el Hijo, sino porque el Hijo no difiere en absoluto de la semejanza del Padre. Pues si no fueran dos, Padre e Hijo, no se habría dicho: "Si me conocisteis, también a mi Padre conoceréis". Ciertamente, porque "nadie", dice, "viene al Padre, sino por mí; si me conocisteis, también a mi Padre conoceréis": porque yo, por quien se viene al Padre, os llevaré a él, para que también lo conozcáis. Pero como soy completamente semejante a él, "desde ahora le conoceréis", cuando me conocéis a mí: "y le habéis visto", si con los ojos del corazón me habéis visto a mí.

3. ¿Qué es, pues, lo que dices, Felipe, "Muéstranos al Padre, y nos basta"? "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". Y si esto es mucho para ti ver, al menos cree lo que no ves. Pues, ¿cómo dices, "Muéstranos al Padre"? Si me has visto a mí, que soy completamente semejante, has visto a aquel a quien soy semejante. Y si no puedes ver, ¿no crees al menos que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Aquí podría decir Felipe: Ciertamente te veo, y creo que eres muy semejante al Padre; pero, ¿acaso debe ser reprendido y censurado quien, viendo al semejante,

también quiere ver a aquel a quien es semejante? Conozco al semejante, pero aún conozco al otro sin el otro; no me basta, a menos que también conozca a aquel de quien este es semejante. Muéstranos, pues, al Padre, y nos basta. Pero por eso el maestro reprendía al discípulo, porque veía el corazón del que pedía. Pues como si el Padre fuera mejor que el Hijo, así Felipe deseaba conocer al Padre: y por eso tampoco conocía al Hijo, al creer que algo era mejor que él. Para corregir este sentido se dijo: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre". ¿Cómo dices tú, "Muéstranos al Padre"? Veo cómo dices: no buscas ver a otro semejante, sino que piensas que aquel es mejor. ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? ¿Por qué deseas discernir distancia en los semejantes? ¿Por qué deseas conocer separadamente a los inseparables? Luego no habla solo a Felipe, sino a ellos en plural, lo cual no debe ser reducido a estrecheces, para que con su ayuda se exponga más diligentemente.

TRACTATUS LXXI. En lo que el Señor dice, "Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo"; hasta aquello, "Si algo pedís al Padre en mi nombre, yo lo haré". Cap. XIV, V\ 10-14.

1. Escuchad con los oídos, recibid con las mentes, amadísimos, aunque nosotros hablemos, es él quien enseña y no se aparta de nosotros. El Señor dice, lo que ahora habéis oído al ser leído, "Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo: el Padre que mora en mí, él hace las obras". ¿Son, pues, también las palabras obras? Claramente así es. Pues ciertamente quien edifica al prójimo hablando, realiza una buena obra. Pero, ¿qué significa "no hablo de mí mismo", sino, no soy yo mismo quien habla? Atribuye lo que hace a aquel de quien es él mismo quien lo hace. Pues el Padre Dios no es de nadie, pero el Hijo es Dios igual al Padre, pero de Dios Padre. Por eso él es Dios, pero no de Dios; y luz, pero no de luz: este es Dios de Dios, luz de luz.

2. Pues en estas dos sentencias, una en la que se dice, "No hablo de mí mismo": otra en la que se dice, "El Padre que mora en mí, él hace las obras": sosteniendo cada una, nos adversan herejes diversos, que no desde un lado, sino intentando en contrarios, se desvían del camino de la verdad. Los arrianos dicen: He aquí que el Hijo es desigual al Padre, no habla de sí mismo. Dicen los sabelianos en contra, es decir, los patripasianos: He aquí que el Padre es él mismo y el Hijo; pues ¿qué significa, "El Padre que mora en mí, él hace las obras", sino, en mí permanezco yo quien hago? Decís cosas contrarias: pero no de la manera en que lo falso es contrario a lo verdadero, sino como son entre sí dos falsedades contrarias. Errando en direcciones opuestas, en medio está el camino que habéis dejado. Entre vosotros mismos estáis separados por un intervalo más largo que del mismo camino del que sois desertores. Vosotros de aquí, vosotros de allá, venid aquí: no queráis pasar de unos a otros, sino viniendo de aquí y de allá a nosotros, encontrad entre vosotros. Sabelianos, reconoced a quien omitís; arrianos, igualad a quien sometéis, y caminaréis con nosotros en el camino verdadero. Pues hay algo en lo que debéis ser mutuamente advertidos unos por otros. Escucha, sabeliano: hasta tal punto no es el Padre mismo, sino otro es el Hijo, que el arriano lo afirma desigual al Padre. Escucha, arriano: hasta tal punto el Hijo es igual al Padre, que el sabeliano dice que es el mismo que el Padre. Tú añade a quien quitas, tú completa a quien disminuyes, y ambos estaréis con nosotros: porque ni tú quitas, ni tú disminuyes a aquel que es otro del Padre, para convencer al sabeliano, y es igual al Padre, para convencer al arriano. A ambos les clama, "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30). Lo que dice, "uno", lo oigan los arrianos; lo que dice, "somos", lo oigan los sabelianos: y ni aquellos nieguen al igual, ni estos al otro, siendo vanos. Si, pues, porque dijo, "Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo", se piensa que es de tan desigual poder, que no hace lo que él mismo quiere; escúchese lo que dijo, "Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a los que quiere". Asimismo, si porque dijo, "El Padre que mora en mí, él hace las obras", se piensa

que no es otro el Padre, otro él mismo; escúchese lo que dijo, "Todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo de igual manera" (Juan V, 21, 19); y entiéndase que no son dos veces uno, sino dos uno. Pero porque es tan igual uno al otro, que sin embargo uno es de otro, por eso no habla de sí mismo, porque no es de sí mismo: y por eso el Padre que mora en él hace las obras él mismo, porque por quien y con quien hace, no es sino de él. Finalmente añade, y dice: "¿No creéis que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? De lo contrario, creed por las mismas obras. Antes solo Felipe era reprendido, ahora se muestra que no estaba solo él allí quien debía ser reprendido. Por las obras, dice, creed que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí: pues si estuviéramos separados, de ninguna manera podríamos obrar inseparablemente.

3. Pero, ¿qué significa lo que sigue, "En verdad, en verdad os digo, el que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará, y mayores que estas hará; porque yo voy al Padre: y todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré. Para que el Padre sea glorificado en el Hijo, si algo pedís en mi nombre, yo lo haré"? Por tanto, también prometió que él mismo haría esas obras mayores. No se exalte el siervo sobre el Señor, ni el discípulo sobre el maestro (Juan XIII, 16): dice que harán obras mayores que las que él hace; pero en ellos o por ellos haciéndolo él mismo, no ellos como si fuera de sí mismos. A él se le canta, "Te amaré, Señor, mi fortaleza" (Salmo XVII, 2). Pero, ¿cuáles son entonces esas mayores? ¿Acaso que los enfermos eran sanados incluso por la sombra de ellos al pasar (Hechos V, 15)? Pues es mayor que sane la sombra que el borde del manto (Mateo XIV, 36). Aquello por sí mismo, esto por ellos; pero sin embargo, ambos él mismo. Sin embargo, cuando decía estas cosas, recomendaba las obras de sus palabras: pues así había dicho, "Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo; el Padre que mora en mí, él hace las obras". ¿Qué obras decía entonces, sino las palabras que hablaba? Ellos escuchaban y creían, y el fruto de esas mismas palabras era su fe: sin embargo, al evangelizar los discípulos, no tan pocos como ellos eran, sino también las naciones creyeron; estas son sin duda las mayores. Sin embargo, no dijo, "Mayores que estas haréis", para que pensáramos que solo los Apóstoles las harían; sino, "El que cree en mí", dice, "las obras que yo hago, él también las hará, y mayores que estas hará". ¿Es que cualquiera que cree en Cristo, hace lo que Cristo, o mayores que Cristo? No deben ser tratados estos temas de manera superficial, ni deben precipitarse por la prisa; pero el discurso que ya debe concluirse nos obliga a posponerlo.

TRACTATUS LXXII. En la misma lectura.

1. ¿Qué significa, y cómo debe entenderse lo que el Señor dice, "El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará", no es fácil de comprender: y cuando esto es muy difícil de entender, añadió algo aún más difícil, "Y mayores que estas hará". ¿Qué es esto? ¿No encontrábamos a quien hiciera las obras que Cristo hizo; encontraremos a quien también hará mayores? Pero habíamos dicho en el sermón anterior que fue mayor sanar a los enfermos con el paso de su sombra, lo que hicieron los discípulos (Hechos V, 15), que con el toque del borde de su manto, lo que hizo el mismo Señor (Mateo XIV, 36); y que más creyeron a los Apóstoles, que al mismo Señor predicando con su propia boca: para que estas obras parecieran ser entendidas como mayores: no porque el discípulo sea mayor que el Maestro, o el siervo mayor que el Señor, o el adoptado mayor que el Unigénito, o el hombre mayor que Dios; sino porque él mismo se dignó hacer esas mayores por ellos, quien les dice en otro lugar, "Sin mí nada podéis hacer" (Juan XV, 5). Pues él mismo, para omitir otras cosas, que son innumerables, sin ellos los hizo, sin ellos hizo este mundo; y porque él mismo se dignó también hacerse hombre, sin ellos se hizo a sí mismo. Pero, ¿qué hacen ellos sin él, sino pecado? Por lo tanto, también aquí lo que podría habernos movido sobre este asunto, lo quitó de inmediato: pues cuando dijo, "El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará, y mayores que estas hará"; inmediatamente añadió, "Porque yo voy al Padre, y todo lo

que pidáis, en mi nombre, eso haré". Quien dijo "hará", después dice "haré"; como si dijera, No os parezca imposible esto: pues no podrá ser mayor que yo quien cree en mí, sino que yo haré incluso entonces mayores que ahora; mayores por aquel que cree en mí, que sin él por mí: sin embargo, yo mismo sin él, yo mismo por él: pero cuando sin él, no lo hará él mismo; cuando por él, aunque no por sí mismo, lo hará también él mismo. Además, hacer mayores por él que sin él, no es defecto, sino dignación. Pues, ¿qué retribuirán los siervos al Señor, por todos los beneficios que les ha dado (Salmo CXV, 12)? Pues entre otros bienes también se dignó darles esto, que hiciera mayores por ellos que sin ellos. ¿No se fue triste aquel rico de la presencia de él, cuando buscó consejo de vida eterna (Mateo XIX, 16-22)? Oyó, rechazó: y sin embargo, después lo que oído de él no hizo uno, lo hicieron muchos, cuando hablaba por los discípulos el buen maestro; despreciado por aquel a quien por sí mismo amonestó, amado por aquellos a quienes de ricos hizo pobres por pobres. He aquí que hizo mayores predicado por los creyentes, que hablado a los oyentes.

2. Sin embargo, esto aún nos mueve, que hizo estas mayores por los Apóstoles: pero no significando solo a ellos dijo, "Las obras que yo hago y vosotros haréis, y mayores que estas haréis": sino queriendo que se entendiera a todos los pertenecientes a su familia, "El que cree en mí", dice, "las obras que yo hago, él también las hará, y mayores que estas hará". Si, pues, quien cree hará, no cree ciertamente quien no hará: así como es, "El que me ama, guarda mis mandamientos" (Juan XIV, 21); de donde ciertamente quien no guarda, no ama. También en otro lugar, "El que oye", dice, "estas mis palabras y las hace, le compararé a un hombre prudente que edifica su casa sobre la roca" (Mateo VII, 24): quien, por tanto, no es semejante a este hombre prudente, sin duda o escucha estas palabras y no las hace, o en absoluto ni las escucha. "El que cree en mí", dice, "aunque muera, vivirá" (Juan XI, 25): quien, por tanto, no vivirá, no cree ciertamente. Tal es también esto, "El que cree en mí, hará": no cree ciertamente quien no hará. ¿Qué es esto, hermanos? ¿Acaso no se cuenta entre los creyentes en Cristo, quien no haya hecho obras mayores que Cristo? Es duro, es absurdo, no se puede soportar: no se tolera a menos que se entienda. Escuchemos, pues, al Apóstol: "Al que cree en aquel que justifica al impío, se le cuenta su fe como justicia" (Romanos IV, 5). En esta obra hagamos las obras de Cristo, porque el mismo creer en Cristo es obra de Cristo. Esto lo obra en nosotros, no ciertamente sin nosotros. Escucha, pues, ya, y entiende, "El que cree en mí, las obras que yo hago, él también las hará": primero yo hago, luego también él hará; porque hago para que haga. ¿Qué obras, sino para que de impío se haga justo?

3. Y hará cosas mayores que estas. ¿Cuáles, os ruego? ¿Acaso hace cosas mayores que todas las obras de Cristo aquel que con temor y temblor trabaja en su propia salvación (Filipenses II, 12)? Lo cual, ciertamente, Cristo obra en él, pero no sin él. Diría sin duda que esto es mayor que el cielo y la tierra, y que todo lo que se ve en el cielo y en la tierra. Porque el cielo y la tierra pasarán (Mateo XXIV, 35); pero la salvación y justificación de los predestinados, es decir, de aquellos que Él prevé, permanecerá. En aquellos solo están las obras de Dios, pero en estos también está la imagen de Dios. Y en los cielos, los Tronos, las Dominaciones, los Principados, las Potestades, los Arcángeles, los Ángeles son obras de Cristo; ¿acaso hace cosas mayores que estas obras aquel que, con Cristo obrando en él, coopera en su eterna salvación y justificación? No me atrevo aquí a precipitar un juicio: que entienda quien pueda, que juzgue quien pueda, si es mayor crear justos que justificar impíos. Ciertamente, si ambas cosas son iguales en poder, esto es de mayor misericordia. Este es el gran misterio de la piedad, que se manifestó en la carne, fue justificado en el Espíritu, apareció a los ángeles, fue predicado entre los gentiles, creído en el mundo, y recibido en gloria (I Timoteo III, 16). Pero no hay necesidad de entender todas las obras de Cristo cuando dice: "Hará cosas mayores que estas". Quizás se refería a las que estaba haciendo en ese momento: entonces estaba haciendo

obras de fe, y de estas obras había hablado antes diciendo: "Las palabras que os hablo, no las hablo de mí mismo: el Padre que mora en mí, él hace las obras". Entonces, sus palabras eran sus obras. Y ciertamente es menos predicar las palabras de justicia, lo que hizo sin nosotros, que justificar a los impíos, lo que hace en nosotros de tal manera que también nosotros lo hacemos. Queda por investigar cómo debe entenderse: "Todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré". Porque por muchas cosas que sus fieles piden y no reciben, surge de aquí no una pequeña cuestión: pero como este discurso ya debe cerrarse, se le conceda al menos una pequeña demora para considerarlo y tratarlo.

TRATADO LXXIII. También sobre la misma lectura.

1. El Señor prometió una gran esperanza a los que esperan en Él, diciendo: "Porque yo voy al Padre, y todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré". Así pues, fue al Padre, no para dejar desamparados a los necesitados, sino para escuchar a los que piden. Pero, ¿qué significa "todo lo que pidáis", cuando vemos que a menudo sus fieles piden y no reciben? ¿Acaso porque piden mal? Pues esto reprochó el apóstol Santiago diciendo: "Pedís y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestras concupiscencias" (Santiago IV, 3). Por tanto, quien va a usar mal lo que desea recibir, por la misericordia de Dios no lo recibe. Por consiguiente, si se le pide algo que perjudique al hombre, es más de temer que lo que podría no dar por bondad, lo dé enojado. ¿No vemos que los israelitas obtuvieron para su mal lo que pidieron con culpable concupiscencia? Pues desearon comer carne (Números XI, 32), cuando se les daba maná del cielo. Despreciaban lo que tenían; y lo que no tenían, lo pedían con impudencia: como si no fuera mejor pedir, no que se les concediera el alimento que faltaba por un deseo indebido, sino que se tomara con gusto el que tenían, sanando su desdén. Porque cuando nos deleitan las cosas malas y no las buenas, debemos pedir a Dios más bien que nos deleiten las buenas, que concedernos las malas. No porque sea malo comer carne, ya que hablando de esto el Apóstol dice: "Toda criatura de Dios es buena, y nada es de desecharse si se toma con acción de gracias" (I Timoteo IV, 4); sino porque, como él mismo dice, "es malo para el hombre que come con ofensa" (Romanos XIV, 20); y si es ofensa para el hombre, ¿cuánto más para Dios? En los israelitas no era pequeña ofensa rechazar lo que daba la sabiduría y pedir lo que anhelaba la concupiscencia: aunque ellos no pedían, sino que murmuraban porque les faltaba. Pero para que supiéramos que no es culpable la criatura de Dios, sino la desobediencia contumaz y el deseo desordenado; no por el cerdo, sino por la manzana encontró la muerte el primer hombre (Génesis III, 6), y Esaú perdió su primogenitura no por una gallina, sino por un guiso de lentejas (Génesis XXV, 34).

2. ¿Cómo, pues, debe entenderse "Todo lo que pidáis, eso haré", si Dios no hace algunas cosas que sus fieles piden, incluso aconsejándoles? ¿Acaso debemos entender que solo se dijo a los Apóstoles? De ninguna manera. Pues, ¿de dónde viene que dijera esto, si antes había dicho: "El que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también, y mayores que estas hará", sobre lo cual tratamos en el sermón anterior? Y para que nadie se atribuyera a sí mismo el hacer incluso esas obras mayores, añadió y dijo: "Porque yo voy al Padre; y todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré". ¿Acaso solo los Apóstoles creyeron en Él? Hablaba, pues, a ellos diciendo: "El que cree en mí", entre los cuales, por su don, también estamos nosotros, que ciertamente no recibimos todo lo que pedimos. Si consideramos incluso a los bienaventurados Apóstoles, encontramos que aquel que trabajó más que todos, no él, sino la gracia de Dios con él (I Corintios XV, 10), rogó tres veces al Señor que se apartara de él el ángel de Satanás, y sin embargo no recibió lo que pidió (II Corintios XII, 8). ¿Qué diremos, queridos? ¿Pensaremos que esta promesa donde dice: "Todo lo que pidáis, eso haré", no se cumplió ni siquiera a los Apóstoles? ¿Y a quién, entonces, cumplirá lo que promete, si defraudó a sus Apóstoles en su promesa?

3. Despierta, pues, hombre fiel, y escucha atentamente lo que allí está dicho: "en mi nombre". Porque no dijo "todo lo que pidáis de cualquier manera", sino "en mi nombre". Quien prometió tan gran beneficio, ¿cómo se llama? Sin duda, Cristo Jesús: Cristo significa rey, Jesús significa Salvador: no nos hará salvos cualquier rey, sino el rey Salvador; y por tanto, lo que pidamos en contra de la utilidad de la salvación, no lo pedimos en el nombre del Salvador. Y sin embargo, Él es Salvador, no solo cuando hace lo que pedimos, sino también cuando no lo hace; porque al no hacer lo que ve que se pide en contra de la salvación, se muestra más bien como Salvador. Pues el médico sabe lo que el enfermo pide para su bien y lo que pide en contra de su bien; y por eso, al no hacer la voluntad de quien pide lo contrario, hace la salud. Por tanto, cuando queremos que haga todo lo que pedimos, no pidamos de cualquier manera, sino en su nombre, es decir, en el nombre del Salvador. No pidamos, pues, en contra de nuestra salvación: porque si lo hace, no lo hace como Salvador, que es su nombre para sus fieles. Pues es para los impíos y condenados, quien se digna ser Salvador para los fieles. Por tanto, el que cree en Él, todo lo que pida en ese nombre, que es para aquellos que creen en Él, eso hace; porque eso lo hace como Salvador. Pero si quien cree en Él, pide algo por ignorancia en contra de su salvación, no lo pide en el nombre del Salvador; porque no será su Salvador si hace lo que impide su salvación. Por lo cual, entonces conviene más que no haciendo lo que se le invoca, haga lo que se le llama. Por eso, no solo Salvador, sino también buen maestro, para hacer todo lo que pidamos, en la misma oración que nos dio, nos enseñó qué pedir; para que también así entendamos que no pedimos en el nombre del maestro, lo que pedimos fuera de la regla de su enseñanza.

4. Ciertamente, algunas cosas, aunque las pidamos en su nombre, es decir, según el Salvador y según el maestro, no las hace cuando las pedimos, pero sin embargo las hace. Pues no porque pidamos que venga el reino de Dios, por eso no hace lo que pedimos, porque no reinamos con Él en la eternidad de inmediato: lo que pedimos se difiere, no se niega. Sin embargo, orando como sembrando, no desfallezcamos; porque a su tiempo cosecharemos (Gálatas VI, 9). Y pidamos al mismo tiempo, cuando pedimos bien, que no haga lo que pedimos mal; porque también a esto se refiere lo que en la misma oración del Señor decimos: "No nos dejes caer en tentación" (Mateo VI, 9-13). Pues no es pequeña tentación, si tu petición es en contra de tu causa. No debe escucharse negligentemente, que el Señor, para que nadie pensara que lo que prometió hacer a los que piden, lo haría sin el Padre, cuando dijo: "Todo lo que pidáis en mi nombre, eso haré", inmediatamente añadió: "Para que el Padre sea glorificado en el Hijo, si algo pedís en mi nombre, eso haré". De ninguna manera, pues, el Hijo hace esto sin el Padre, ya que para que el Padre sea glorificado en Él, lo hace. Hace, pues, el Padre en el Hijo, para que el Hijo sea glorificado en el Padre: y hace el Hijo en el Padre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; porque el Padre y el Hijo son uno.

TRATADO LXXIV Sobre lo que dice: "Si me amáis, guardad mis mandamientos"; hasta lo que dice: "Permanecerá con vosotros, y estará en vosotros". Cap. XIV, V. 15-17.

1. Hemos escuchado, hermanos, cuando se leía el Evangelio, al Señor diciendo: "Si me amáis, guardad mis mandamientos: y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir; porque no lo ve, ni lo conoce. Pero vosotros lo conoceréis, porque permanecerá con vosotros, y estará en vosotros". Hay muchas cosas que se pueden preguntar en estas pocas palabras del Señor; pero es mucho para nosotros buscar todo lo que aquí se debe buscar, o encontrar todo lo que aquí buscamos. Sin embargo, en cuanto el Señor se digne concedernos, según nuestra y vuestra capacidad, atendiendo a lo que debemos decir y a lo que debéis escuchar, tomad de nosotros, queridos, lo que podamos, y pedid a Él lo que no podamos. Cristo prometió el

Espíritu Consolador a los Apóstoles; pero veamos de qué manera lo prometió. "Si me amáis", dice, "guardad mis mandamientos: y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad". Este es ciertamente en la Trinidad el Espíritu Santo, a quien la fe católica confiesa consustancial y coeterno al Padre y al Hijo: es de quien dice el Apóstol: "El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado" (Romanos V, 5). ¿Cómo, pues, dice el Señor: "Si me amáis, guardad mis mandamientos: y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador"; cuando dice esto del Espíritu Santo, sin el cual no podemos amar a Dios ni guardar sus mandamientos? ¿Cómo amamos para recibirlo, si no podemos amar a menos que lo tengamos? ¿O cómo guardaremos los mandamientos para recibirlo, si no podemos guardar los mandamientos a menos que lo tengamos? ¿Acaso precede en nosotros el amor con el que amamos a Cristo, para que amando a Cristo y haciendo sus mandamientos, merezcamos recibir el Espíritu Santo, para que no el amor de Cristo, que ya precedía, sino el amor de Dios Padre sea derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado? Esta es una sentencia perversa. Pues quien cree que ama al Hijo, y no ama al Padre; ciertamente no ama al Hijo, sino lo que él mismo se ha imaginado. Además, es voz apostólica: "Nadie puede decir: Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo" (I Corintios XII, 3): y ¿quién dice Señor Jesús, sino quien lo ama, si lo dice de la manera que el Apóstol quiso que se entendiera? Pues muchos lo dicen de palabra, pero lo niegan con el corazón y con los hechos: como de tales dice: "Confiesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan" (Tito I, 16). Si se niega con los hechos, sin duda también se dice con los hechos. Nadie, pues, dice: Señor Jesús, de ánimo, palabra, hecho, corazón, boca, obra, nadie dice: Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo; y nadie lo dice así, sino quien ama. Ya, pues, los Apóstoles decían: Señor Jesús: y si lo decían de tal manera que no lo decían falsamente, confesándolo de boca, pero negándolo de corazón y hechos; ciertamente si lo decían verdaderamente, sin duda amaban. ¿Cómo, pues, amaban, sino en el Espíritu Santo? Y sin embargo, primero se les ordena que lo amen, y guarden sus mandamientos, para que reciban el Espíritu Santo: sin el cual, ciertamente, no podrían amar ni guardar los mandamientos.

2. Queda, pues, que entendamos que el Espíritu Santo lo tiene quien ama, y al tenerlo merece tenerlo más, y al tenerlo más ama más. Ya, pues, los discípulos tenían el Espíritu, que el Señor prometía, sin el cual no decían que Él era el Señor: pero aún no lo tenían como el Señor lo prometía. Y lo tenían, pues, y no lo tenían, porque no lo tenían aún en la medida en que debía ser tenido. Lo tenían, pues, menos, y se les daría más. Lo tenían ocultamente, y lo recibirían manifiestamente; porque también esto pertenecía al mayor don del Espíritu Santo, que se les hiciera conocer lo que tenían. De este don habla el Apóstol diciendo: "Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado" (I Corintios II, 12). Pues también esa manifestación del Espíritu Santo no la hizo el Señor una sola vez, sino dos veces. Pues tan pronto como resucitó de entre los muertos, soplando dijo: "Recibid el Espíritu Santo" (Juan XX, 22). ¿Acaso porque entonces lo dio, por eso no lo envió también después, como lo prometió? ¿O no es el mismo Espíritu Santo, que entonces fue soplado por Él, y después enviado por Él desde el cielo (Hechos II, 4)? Por tanto, ¿por qué esa donación evidente de Él se hizo dos veces, es otra cuestión: quizás porque hay dos preceptos de amor, esto es, del prójimo y de Dios, para que se recomendara que el amor pertenece al Espíritu Santo, esta donación suya se hizo en manifestación doble. Y si se debe buscar otra causa, no es ahora el momento de alargar el discurso en su investigación: mientras quede claro que sin el Espíritu Santo no podemos amar a Cristo ni guardar sus mandamientos; y que podemos y hacemos esto tanto menos, cuanto menos lo percibimos; y tanto más, cuanto más lo percibimos. Por tanto, no solo al que no lo tiene, sino también al que lo tiene, no se le promete en vano: al que no lo tiene, para que lo tenga; al que

lo tiene, para que lo tenga más. Pues si no se tiene por uno menos, por otro más, el santo Eliseo no diría al santo Elías: "El espíritu que está en ti, sea doble en mí" (II Reyes II, 9).

3. Pero cuando dice Juan Bautista: "Porque Dios no da el Espíritu por medida" (Juan III, 34), hablaba del mismo Hijo de Dios, a quien no se le dio el Espíritu por medida; porque en Él habita toda la plenitud de la divinidad (Colosenses II, 9). Pues no es sin la gracia del Espíritu Santo el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Timoteo II, 5): pues Él mismo dice de sí que se cumplió aquello profético: "El Espíritu del Señor está sobre mí; por cuanto me ha ungido, me ha enviado a evangelizar a los pobres" (Lucas IV, 18-21). Porque lo que es el Unigénito igual al Padre, no es de gracia, sino de naturaleza: pero lo que el hombre fue asumido en la unidad de la persona del Unigénito, es de gracia, no de naturaleza, confesando el Evangelio y diciendo: "El niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios era sobre él" (Lucas II, 40). Pero a los demás se les da por medida, y dado se añade, hasta que a cada uno según el modo de su perfección se complete su propia medida. Por eso también el Apóstol advierte: "No penséis más de lo que conviene pensar, sino pensad con cordura; conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno" (Romanos XII, 3). Pues no se divide el Espíritu, sino los dones por el Espíritu: porque hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu (I Corintios XII, 4).

4. Lo que dice: "Rogaré al Padre, y os dará otro Consolador", muestra que Él mismo es también Consolador. Pues Consolador en latín se dice abogado: y se ha dicho de Cristo: "Tenemos un abogado para con el Padre, a Jesucristo el justo" (I Juan II, 1). Así también dijo que el mundo no puede recibir al Espíritu Santo, como también se ha dicho: "La prudencia de la carne es enemistad contra Dios: porque no se sujeta a la ley de Dios; ni tampoco puede" (Romanos VIII, 7); como si dijéramos, la injusticia no puede ser justa. Pues dijo mundo en este lugar, significando a los amantes del mundo, cuyo amor no es del Padre (I Juan II, 16). Y por eso, al amor de este mundo, del cual nos ocupamos suficientemente para que disminuya y se consuma en nosotros, es contraria el amor de Dios, que se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Por tanto, el mundo no puede recibirlo, porque no lo ve, ni lo conoce. Pues el amor mundano no tiene ojos invisibles, por los cuales el Espíritu Santo pueda ser visto, a menos que sea invisiblemente.

5. Vos, sin embargo, dijo, lo conoceréis, porque permanecerá con vosotros y estará en vosotros. Estará en ellos para permanecer, no permanecerá para estar: pues es primero estar en algún lugar que permanecer. Pero para que no pensaran que lo dicho, "permanecerá con vosotros", se refería a como un huésped visible suele permanecer con un hombre, explicó lo que quiso decir con "permanecerá con vosotros", al añadir y decir "estará en vosotros". Por lo tanto, se ve invisiblemente: ni si no está en nosotros, puede estar en nosotros su conocimiento. Así es como se ve en nosotros y nuestra conciencia: pues vemos el rostro de otro, no podemos ver el nuestro; pero vemos nuestra conciencia, no la de otro. Pero la conciencia nunca está, sino en nosotros: el Espíritu Santo, sin embargo, puede estar también sin nosotros; pues se da para que esté también en nosotros. Pero ser visto y conocido como debe ser visto y conocido, no puede ser por nosotros, si no está en nosotros.

TRACTATUS LXXV. Sobre lo que dijo Jesús, "No os dejaré huérfanos"; hasta eso. Y yo lo amaré, y me manifestaré a él. Cap. XIV, V. 18-21.

1. Después de la promesa del Espíritu Santo, para que nadie pensara que el Señor lo iba a dar como en lugar de sí mismo, de modo que él mismo no estaría con ellos, añadió y dijo: "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros". Huérfanos, son los pupilos. Pues ese es el nombre

griego de la misma cosa, este es el latino: pues también en el salmo donde leemos, "Serás ayudador del huérfano" (Sal. IX, 14), el griego tiene "huérfano". Aunque el Hijo de Dios nos haya adoptado como hijos para su Padre, y haya querido que tengamos al mismo Padre por gracia, que es su Padre por naturaleza; sin embargo, él mismo también demuestra de alguna manera un afecto paternal hacia nosotros, cuando dice: "No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros". De ahí que también nos llame hijos del esposo, donde dice: "Vendrá la hora en que será quitado de ellos el esposo, y entonces ayunarán los hijos del esposo" (Mat. IX, 15). ¿Y quién es el esposo, sino el Señor Cristo?

2. Luego sigue, y dice: "Aún un poco, y el mundo ya no me verá". ¿Qué significa? ¿Acaso el mundo lo veía entonces; cuando con el nombre de mundo quiere que se entienda a aquellos de quienes habló antes, diciendo del Espíritu Santo, "A quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve, ni lo conoce"? El mundo ciertamente lo veía con ojos carnales visible en la carne, pero no veía lo que en la carne el Verbo ocultaba: veía al hombre, no veía a Dios; veía el vestido, no veía al vestido. Pero como después de la resurrección tampoco quiso mostrar su misma carne, que no solo mostró para ser vista, sino también para ser tocada por los suyos, no quiso mostrarla a los que no eran suyos; de ahí que tal vez deba entenderse lo dicho, "Aún un poco, y el mundo ya no me verá: pero vosotros me veréis; porque yo vivo, y vosotros viviréis".

3. ¿Qué significa, "porque yo vivo, y vosotros viviréis"? ¿Por qué dijo de sí mismo que vive en el presente, pero de ellos que vivirán en el futuro, sino porque prometió también la vida de la carne resucitada, tal como en él precedía, y les prometió que seguiría? Y porque su resurrección estaba por suceder pronto, usó el verbo en tiempo presente para significar la prontitud: pero de ellos, como se difiere al fin del mundo, no dijo, vivís; sino, "viviréis". Así que prometió dos resurrecciones, la suya que estaba por suceder pronto, y la nuestra que vendrá al final del mundo, con dos verbos de tiempo presente y futuro, elegantemente y brevemente. "Porque yo", dijo, "vivo, y vosotros viviréis": porque él vive, por eso también nosotros viviremos. Pues por un hombre vino la muerte, y por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, así en Cristo todos serán vivificados (I Cor. XV, 21 y 22). Porque nadie llega a la muerte sino por él, nadie llega a la vida sino por Cristo. Porque no vivimos, morimos: porque él vive, viviremos nosotros. Morimos a él, cuando vivimos para nosotros: pero porque él murió por nosotros, vive para sí y para nosotros. Porque él vive, también nosotros viviremos. Pues así como por nosotros pudimos tener la muerte, no así podemos tener la vida por nosotros.

4. "En aquel día", dijo, "conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros". ¿En qué día, sino del que dijo, "y vosotros viviréis"? Entonces será cuando podamos ver lo que creemos. Pues también ahora está en nosotros, y nosotros en él: pero ahora lo creemos, entonces también lo conoceremos; aunque ahora lo conocemos creyendo, pero entonces lo conoceremos contemplando. Porque mientras estamos en el cuerpo tal como es ahora, es decir, corruptible que pesa sobre el alma, estamos ausentes del Señor: porque por la fe andamos, no por la vista (II Cor. V, 6). Entonces, por la vista, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). Pues si ahora Cristo no estuviera en nosotros, no diría el Apóstol: "Si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, pero el espíritu es vida a causa de la justicia" (Rom. VIII, 10). Porque también nosotros ahora estamos en él, lo muestra suficientemente, donde dice: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos" (Juan XV, 5). En aquel día, cuando vivamos esa vida en la que la muerte será absorbida, conoceremos que él está en el Padre, y nosotros en él, y él en nosotros; porque entonces se perfeccionará esto mismo que ahora ya ha comenzado por él, para que esté en nosotros y nosotros en él.

5. "El que tiene", dijo, "mis mandamientos y los guarda, ese es el que me ama. El que los tiene en la memoria, y los guarda en la vida; el que los tiene en palabras, y los guarda en costumbres; el que los tiene oyendo, y los guarda haciendo; o el que los tiene haciendo, y los guarda perseverando; ese es", dijo, "el que me ama. La obra debe demostrar el amor, para que no sea infructuosa la apelación del nombre. Y el que me ama", dijo, "será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él". ¿Qué significa, "lo amaré"? ¿Como si entonces lo fuera a amar, y ahora no lo ama? De ninguna manera. ¿Cómo podría el Padre amarnos sin el Hijo, o el Hijo sin el Padre? ¿Cómo, si obran inseparablemente, aman separadamente? Pero dijo, "lo amaré", con respecto a lo que sigue, "y me manifestaré a él". Amaré, y me manifestaré; es decir, amaré para manifestarme. Pues ahora ha amado para que creamos, y mantengamos el mandamiento de la fe; entonces amará para que veamos, y recibamos la visión misma como recompensa de la fe: porque también nosotros ahora amamos, creyendo lo que veremos; entonces amaremos, viendo lo que creemos.

TRACTATUS LXXVI. Sobre lo que sigue, "Le dice Judas, no el Iscariote", etc., hasta eso, "La palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió". Cap. XIV, V. 22-24.

1. Al preguntar los discípulos y responderles el maestro Jesús, también nosotros aprendemos como si estuviéramos con ellos, cuando leemos o escuchamos el santo Evangelio. Porque el Señor había dicho, "Aún un poco, y el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis"; Judas, no el traidor que se apellidaba Iscariote, sino aquel cuya Epístola se lee entre las Escrituras canónicas, le preguntó: "Señor, ¿qué ha sucedido, que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?" Seamos con ellos como discípulos que preguntan, y escuchemos también nosotros al maestro común. Judas, santo, no impuro, ni perseguidor del Señor, sino seguidor, preguntó la razón por la cual Jesús se manifestaría a sus discípulos y no al mundo; por qué aún un poco y el mundo no lo vería, pero ellos lo verían.

2. Jesús respondió y le dijo: "Si alguno me ama, guardará mi palabra: y mi Padre lo amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras". He aquí la causa expuesta por la cual se manifestará a los suyos, no a los ajenos, a quienes llama con el nombre de mundo; y esa es la causa de que estos amen, aquellos no amen. Esa es la causa de la que resuena el sagrado Salmo, "Júzgame, Dios, y discierne mi causa de la gente no santa" (Sal. XLII, 1). Porque los que aman, porque aman, son elegidos: pero los que no aman, aunque hablen lenguas de hombres y de ángeles, se convierten en bronce resonante y címbalo que retiñe; y si tienen profecía, y conocen todos los misterios, y toda la ciencia, y tienen toda la fe para trasladar montañas, nada son; y si distribuyen toda su sustancia, y entregan su cuerpo para ser quemados, nada les aprovecha (I Cor. XIII, 1-3). El amor distingue a los santos del mundo, que hace habitar unánimes en la casa (Sal. LXVII, 7). En esa casa el Padre y el Hijo hacen morada; quienes dan también ese amor, a quienes dan al final también su manifestación: de la cual el discípulo preguntó al maestro, para que no solo aquellos que entonces escuchaban por su boca, sino también nosotros por su Evangelio pudiéramos saber esto. Pues preguntó sobre la manifestación de Cristo, y escuchó sobre el amor y la morada. Hay, por tanto, una cierta manifestación interior de Dios, que los impíos no conocen en absoluto, para quienes no hay manifestación del Padre ni del Espíritu Santo: del Hijo pudo haberla, pero en la carne; que no es tal como aquella, ni puede estar siempre presente con ellos, sea como sea, sino por un breve tiempo; y esto para juicio, no para gozo; para castigo, no para premio.

3. Ahora es, por tanto, que entendamos, en la medida en que él mismo se digna revelar, cómo se dijo, "Aún un poco, y el mundo ya no me verá, pero vosotros me veréis". Es cierto que después de un poco también su cuerpo, en el que los impíos podían verlo, iba a ser retirado de

sus ojos; pues después de la resurrección ninguno de ellos lo vio. Pero como se dijo por testimonio de los ángeles, "Así vendrá como lo habéis visto ir al cielo" (Hech. I, 11); y no creemos otra cosa que él vendrá en el mismo cuerpo para juzgar a los vivos y a los muertos: sin duda entonces el mundo lo verá, por cuyo nombre se significan los ajenos a su reino. Por lo tanto, es mucho mejor entender que quiso significar ya aquel tiempo, en lo que dijo, "Aún un poco, y el mundo ya no me verá", cuando al final del siglo será retirado de los ojos de los condenados, para que lo vean de ahí en adelante aquellos con quienes el Padre y él hacen morada amándolo. Sin embargo, dijo "un poco", porque incluso lo que parece largo a los hombres, es brevísimo ante los ojos de Dios: pues de este poco el mismo Juan evangelista, "Hijitos", dice, "es la última hora" (I Juan II, 18).

4. Que nadie, por tanto, piense que el Padre y el Hijo hacen morada con sus amantes sin el Espíritu Santo, recuerde lo que se dijo antes del Espíritu Santo, "A quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve, ni lo conoce: pero vosotros lo conoceréis, porque permanecerá con vosotros, y estará en vosotros" (Juan XIV, 17). He aquí que también el Espíritu Santo hace morada en los santos con el Padre y el Hijo; ciertamente dentro, como Dios en su templo. Dios Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, vienen a nosotros, mientras venimos a ellos: vienen socorriendo, venimos obedeciendo; vienen iluminando, venimos contemplando; vienen llenando, venimos recibiendo: para que su visión no sea externa para nosotros, sino interna; y su morada en nosotros no sea transitoria, sino eterna. Así el Hijo no se manifiesta al mundo: pues el mundo se ha dicho en este lugar, de quienes inmediatamente añadió, "El que no me ama, no guarda mis palabras". Estos son los que nunca ven al Padre ni al Espíritu Santo: pero al Hijo pueden verlo, no para ser bienaventurados, sino para ser juzgados, por un poco; ni a él en la forma de Dios, donde es igualmente invisible con el Padre y el Espíritu Santo; sino en la forma de hombre, donde quiso ser despreciable al mundo sufriendo, terrible juzgando.

5. Pero lo que añadió, "Y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió"; no nos asombremos, no temamos: no es menor que el Padre, pero no es sino del Padre; no es desigual a él, pero no es de sí mismo. Pues no mintió diciendo, "El que no me ama, no guarda mis palabras". He aquí que dijo que sus palabras son suyas; ¿acaso se contradice a sí mismo, donde nuevamente dijo, "Y la palabra que habéis oído no es mía"? Y tal vez por alguna distinción, donde dijo que son suyas, lo dijo en plural, es decir, "palabras"; pero donde dijo "palabra", es decir, Verbo, no dijo que es suyo, sino del Padre, quiso que se entendiera a sí mismo. Pues en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan I, 1). No es su Verbo, sino del Padre: como tampoco es su imagen, sino del Padre; ni su Hijo él mismo, sino del Padre. Por lo tanto, atribuye al autor todo lo que hace igual, de quien tiene esto mismo que es indiferentemente igual a él.

TRACTATUS LXXVII. Sobre lo que sigue, "Estas cosas os he hablado estando con vosotros"; hasta eso, "Mi paz os doy; no como el mundo la da, yo os la doy". Cap. XIV, V. 25-27.

1. En la lectura precedente del santo Evangelio, que sigue a esta que ahora se ha recitado, el Señor Jesús había dicho que él y el Padre vendrían a sus amantes, y harían morada con ellos. Ahora bien, también había dicho antes del Espíritu Santo, "Vosotros lo conoceréis, porque permanecerá con vosotros, y estará en vosotros" (Juan XIV, 17): de donde entendimos que la Trinidad Dios habita en los santos como en su templo. Ahora, sin embargo, dice: "Estas cosas os he hablado estando con vosotros". Por lo tanto, aquella morada es otra, que prometió futura; esta, sin embargo, es otra, que testifica estar presente. Aquella es espiritual, y se da internamente a las mentes: esta es corporal, y se exhibe externamente a los ojos y oídos.

Según aquella, el Señor no se aparta de sus amantes; según esta, va y se aparta. "Estas cosas", dijo, "os he hablado estando con vosotros": ciertamente con la presencia corporal, con la que hablaba visible con ellos.

2. "Pero el Consolador", dijo, "el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho". ¿Acaso dice el Hijo, y enseña el Espíritu Santo, para que al decir el Hijo captemos las palabras, pero al enseñar el Espíritu Santo entendamos las mismas palabras? Como si el Hijo hablara sin el Espíritu Santo, o el Espíritu Santo enseñara sin el Hijo: o acaso no enseña también el Hijo y dice el Espíritu Santo, y cuando Dios dice y enseña algo, la misma Trinidad dice y enseña? Pero como es Trinidad, era necesario insinuar sus personas individuales, y escucharla distintamente, entenderla inseparablemente. Escucha al Padre diciendo donde lees, "El Señor dijo a mí, Tú eres mi Hijo" (Sal. II, 7): escucha también enseñando donde lees, "Todo el que oyó del Padre y aprendió, viene a mí" (Juan VI, 45). Al Hijo, en verdad, diciendo lo has escuchado ahora; pues de sí mismo dijo, "Todo lo que os he dicho": si también quieres conocerlo enseñando, recuerda al maestro, "Uno es", dijo, "vuestro Maestro, Cristo" (Mat. XXIII, 10). Al Espíritu Santo, a quien ahora has escuchado enseñando donde se dijo, "Él os enseñará todas las cosas", escúchalo también diciendo, donde lees en los Hechos de los Apóstoles, que el Espíritu Santo dijo al bienaventurado Pedro, "Ve con ellos, porque yo los he enviado" (Hech. X, 20). Por lo tanto, toda la Trinidad dice y enseña: pero si no se recomendara también individualmente, de ninguna manera la debilidad humana podría comprenderla. Pues aunque es completamente inseparable, nunca se sabría que es Trinidad, si siempre se dijera inseparablemente: porque incluso cuando decimos Padre, Hijo y Espíritu Santo, no los decimos ciertamente juntos, cuando ellos no pueden no estar juntos. Pero lo que añadió, "os recordará", debemos entender también, que se nos ordena no olvidar los saludables consejos que el Espíritu nos recuerda.

3. Pacem, dice, os dejo, mi paz os doy. Esto es lo que leemos en el profeta, Paz sobre paz: nos deja la paz al irse, nos dará su paz al final cuando venga. Nos deja la paz en este siglo, nos dará su paz en el siglo futuro. Nos deja su paz, en la cual permaneciendo vencemos al enemigo: nos dará su paz, cuando reinemos sin enemigo. Nos deja la paz, para que incluso aquí nos amemos mutuamente: nos dará su paz, donde nunca podremos disentir. Nos deja la paz, para que no nos juzguemos mutuamente por nuestros secretos, mientras estamos en este mundo: nos dará su paz, cuando manifieste los pensamientos del corazón, y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (I Cor. IV, 5). Sin embargo, en Él y de Él es nuestra paz, ya sea la que nos deja al ir al Padre, o la que nos dará al llevarnos al Padre. ¿Qué nos deja al ascender de nosotros, sino a sí mismo, mientras no se aleja de nosotros? Porque Él es nuestra paz; quien hizo de ambos uno (Efes. II, 14). Por lo tanto, Él mismo es nuestra paz, tanto cuando creemos que es, como cuando lo vemos tal como es (I Juan III, 2). Pues si mientras estamos en el cuerpo corruptible que pesa sobre el alma, caminamos por fe, no por vista, no nos abandona mientras peregrinamos de Él (II Cor. V, 6, 7); ¿cuánto más cuando lleguemos a la vista misma, nos llenará de sí mismo?

4. Pero, ¿qué significa que cuando dice, Os dejo la paz, no añadió mi; pero cuando dice, os doy, dijo mi? ¿Acaso debe entenderse mi, incluso donde no se dijo, porque puede referirse a ambos lo que se dijo una vez? ¿O tal vez aquí se oculta algo que debe ser buscado y pedido, y que debe abrirse a quienes llaman? ¿Qué si quiso que se entendiera su paz como la que Él mismo tiene? Pero esta paz que nos deja en este siglo, más bien debe llamarse nuestra que suya. Porque nada le resiste en sí mismo, quien no tiene pecado alguno: pero nosotros tenemos ahora una paz en la que aún decimos, Perdona nuestras deudas (Mat. VI, 12). Por lo

tanto, tenemos alguna paz, porque nos deleitamos en la ley de Dios según el hombre interior: pero no es plena, porque vemos otra ley en nuestros miembros, que lucha contra la ley de nuestra mente (Rom. VII, 22 y 23). Asimismo, entre nosotros mismos hay paz, porque creemos mutuamente que nos amamos: pero tampoco es plena, porque no vemos los pensamientos de nuestro corazón mutuamente; y algunas cosas de nosotros que no están en nosotros, las opinamos mutuamente ya sea para mejor o para peor. Así que esta, aunque nos fue dejada por Él, es nuestra paz: porque si no fuera por Él, no tendríamos ni siquiera tal; pero Él no tiene tal. Si mantenemos hasta el fin la que recibimos, tendremos la que Él tiene, donde nada nos resista de nosotros, y nada nos oculte mutuamente en nuestros corazones. Tampoco ignoro que estas palabras del Señor pueden ser entendidas de tal manera que parezca una repetición de la misma sentencia, Os dejo la paz, mi paz os doy: para que lo que dijo, paz, lo repitiera diciendo, mi paz; y lo que dijo, os dejo, lo repitiera diciendo, os doy. Que cada uno lo entienda como quiera: sin embargo, me deleita, creo que también a vosotros, mis amados hermanos, mantener esta paz, donde vencemos al adversario en concordia, para desear la paz, donde no tendremos adversario.

5. Pero lo que el Señor añadió, y dijo, No como el mundo da, yo os doy; ¿qué es sino, no como los hombres que aman el mundo dan, así os doy? Porque por eso se dan paz, para disfrutar del mundo, no de Dios, sin molestias de pleitos y guerras: y cuando dan paz a los justos para no perseguirlos, no puede haber verdadera paz donde no hay verdadera concordia; porque los corazones están divididos. Pues así como se dice consorte, quien une la suerte; así debe llamarse concorde, quien une los corazones. Por lo tanto, amados, a quienes Cristo deja la paz, y nos da su paz, no como el mundo, sino como aquel por quien fue hecho el mundo, para que seamos concordes; unamos mutuamente los corazones, y tengamos un solo corazón en lo alto, para que no se corrompa en la tierra.

TRACTATUS LXXVIII. En lo que el Señor dice, No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo, etc. Cap. XIV, V\ V\. 27, 28.

1. Hemos recibido, hermanos, las palabras del Señor diciendo a sus discípulos: No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo. Habéis oído que os dije, Voy, y vengo a vosotros: si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo. De aquí, pues, podía turbarse y temer su corazón, porque se iba de ellos, aunque iba a venir a ellos: no fuera que el lobo invadiera el rebaño en este intervalo, por la ausencia del pastor. Pero de quienes el hombre se alejaba, Dios no los abandonaba: y el mismo Cristo era hombre y Dios. Por lo tanto, iba por lo que era hombre, y permanecía por lo que era Dios: iba por lo que estaba en un lugar, permanecía por lo que estaba en todas partes. ¿Por qué, pues, se turbaría y temería el corazón, cuando así abandonaba los ojos, que no abandonaba el corazón? Aunque Dios, que no está contenido en ningún lugar, se aleja de los corazones de aquellos que lo abandonan con sus costumbres, no con sus pies; y viene a aquellos que se convierten a Él no con el rostro, sino con la fe, y se acercan a Él con la mente, no con la carne. Pero para que entendieran que lo decía según lo que era hombre, Voy y vengo a vosotros; añadió, y dijo, Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo. Por lo que, pues, el Hijo no es igual al Padre, por eso iba al Padre, de quien vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos: pero por lo que es igual al que lo engendró como Unigénito, nunca se aleja del Padre; sino que con Él está en todas partes con igual divinidad, que ningún lugar contiene. Porque cuando estaba en la forma de Dios, como dice el Apóstol, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse. Pues, ¿cómo podría ser un robo la naturaleza que no fue usurpada, sino nacida? Sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo (Filip. II, 6, 7): no perdiendo aquella, sino tomando esta. Así se despojó, que aquí aparecía menor de lo que permanecía con el Padre. Pues la forma de siervo se añadió, no se retiró la forma de Dios:

esta fue asumida, no aquella consumida. Por esta dice, El Padre es mayor que yo: pero por aquella, Yo y el Padre somos uno (Juan X, 30).

2. Que el arriano atienda esto, y con atención sea sano: no con contención sea vano, o, lo que es peor, insano. Porque esta es la forma de siervo, en la que el Hijo de Dios es menor, no solo que el Padre, sino también que el Espíritu Santo: y no solo eso, sino también que sí mismo; porque el mismo en la forma de Dios es mayor que sí mismo. Pues el hombre Cristo no se dice que no sea Hijo de Dios, lo que incluso su sola carne en el sepulcro mereció ser llamada. Pues, ¿qué otra cosa confesamos, cuando decimos creer en el unigénito Hijo de Dios, que bajo Poncio Pilato fue crucificado y sepultado? ¿Y qué de Él sino su carne fue sepultada sin alma? Por lo tanto, cuando creemos en el Hijo de Dios que fue sepultado, ciertamente decimos Hijo de Dios también a la carne que sola fue sepultada. Por lo tanto, el mismo Cristo Hijo de Dios, igual al Padre en la forma de Dios, porque se despojó a sí mismo, no perdiendo la forma de Dios, sino tomando la forma de siervo, es mayor también que sí mismo; porque mayor es la forma de Dios que no se perdió, que la de siervo que se tomó. ¿Qué, pues, es de extrañar, o qué indigno, si hablando según esta forma de siervo, dice el Hijo de Dios, El Padre es mayor que yo; y hablando según la forma de Dios, dice el mismo Hijo de Dios, Yo y el Padre somos uno? Porque son uno, según lo que era Dios el Verbo: el Padre es mayor, según lo que el Verbo se hizo carne (Juan I, 1, 14). Diré también lo que los arrianos y eunomianos no pueden negar: según esta forma de siervo, el niño Cristo también era menor que sus padres, cuando siendo pequeño estaba sujeto a los mayores, como está escrito, estaba sujeto a ellos (Luc. II, 51). ¿Qué, pues, hereje, cuando Cristo es Dios y hombre, habla como hombre, y calumnias a Dios? Él en sí mismo encomienda la naturaleza humana; ¿te atreves tú a deformar la divina en Él? Infiel, ingrato, ¿acaso disminuyes a quien te hizo, porque Él dice lo que fue hecho por ti? Igual al Padre, el Hijo por quien fue hecho el hombre, para ser menor que el Padre, fue hecho hombre: lo cual si no fuera hecho, ¿qué sería el hombre?

3. Diga claramente el Señor y Maestro nuestro, Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo. Escuchemos con los discípulos las palabras del maestro, no sigamos con los extraños la astucia del engañador. Reconozcamos la doble sustancia de Cristo; la divina, por la cual es igual al Padre, la humana, por la cual el Padre es mayor. Pero ambas juntas no son dos, sino uno es Cristo; para que no sea cuaternidad, sino Trinidad Dios. Porque así como uno es el hombre, alma racional y carne, así uno es Cristo, Dios y hombre: y por lo tanto Cristo, es Dios, alma racional y carne. Confesamos a Cristo en todas estas cosas, a Cristo en cada una. ¿Quién es, pues, por quien fue hecho el mundo? Cristo Jesús, pero en la forma de Dios. ¿Quién fue crucificado bajo Poncio Pilato? Cristo Jesús, pero en la forma de siervo. También de cada una de las cosas de las que consta el hombre. ¿Quién no fue dejado en el infierno? Cristo Jesús, pero solo en el alma. ¿Quién resucitó al tercer día yaciendo en el sepulcro? Cristo Jesús, pero solo en la carne. Por lo tanto, también en estas cosas singulares se dice Cristo. Pero todas estas cosas no son dos, o tres, sino uno es Cristo. Por eso, pues, dijo, Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre; porque a la naturaleza humana se le debe felicitar, ya que fue asumida por el Verbo unigénito, para que fuera constituida inmortal en el cielo, y así se hiciera la tierra sublime, para que el polvo incorruptible se sentara a la derecha del Padre. Porque de este modo dijo que iría al Padre. Pues ciertamente iba a aquel con quien estaba. Pero esto era ir a Él y alejarse de nosotros, cambiar y hacer inmortal lo que mortal asumió de nosotros, y elevar al cielo por lo que estuvo en la tierra por nosotros. ¿Quién no se alegrará de esto, quien así ama a Cristo, que también su naturaleza ya inmortal se felicite en Cristo, y espere ser eso por Cristo?

TRACTATUS LXXIX. De lo que dice, Y ahora os lo he dicho antes de que suceda, etc., hasta lo que dice, Levantaos, vámonos de aquí. Cap. XIV, V\ V\. 29-31.

1. El Señor y salvador nuestro Jesucristo había dicho a sus discípulos: Si me amarais, os alegraríais, porque voy al Padre; porque el Padre es mayor que yo. Lo que dijo desde la forma de siervo, no desde la forma de Dios en la que es igual al Padre, lo sabe la fe que está fija en las mentes religiosas, no ficta en las calumniosas y dementes. Luego añadió: Y ahora os lo he dicho antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis. ¿Qué es esto, cuando más bien el hombre debe creer antes de que suceda lo que debe creerse? Porque esta es la alabanza de la fe, si lo que se cree no se ve. Pues, ¿qué grande es si se cree lo que se ve, según aquella sentencia del mismo Señor, cuando reprendió al discípulo diciendo: Porque has visto, has creído, bienaventurados los que no ven y creen (Juan XX, 29)? Y no sé si debe decirse que alguien cree lo que ve; pues la misma fe en la Epístola que se escribe a los Hebreos, así está definida: Es, pues, la fe la sustancia de las cosas que se esperan, la convicción de las cosas que no se ven (Hebr. XI, 1). Por lo tanto, si la fe es de las cosas que se creen, y la misma fe es de las que no se ven; ¿qué significa lo que el Señor dice, Y ahora os lo he dicho antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis? ¿No debería más bien haberse dicho, Y ahora os lo he dicho antes de que suceda, para que creáis, lo que cuando suceda, veáis? Pues también aquel a quien se le dijo, Porque has visto, has creído, no creyó esto que vio; sino que vio una cosa, creyó otra: pues vio al hombre, creyó a Dios. Pues veía y tocaba la carne viviente, que había visto morir; y creía a Dios en la misma carne latente. Creía, pues, con la mente lo que no veía, por lo que aparecía a los sentidos del cuerpo. Pero aunque se dice que se cree lo que se ve, como dice cada uno que creyó a sus ojos: sin embargo, no es esta la fe que se edifica en nosotros; sino que de las cosas que se ven, se actúa en nosotros para que se crean las que no se ven. Por lo tanto, amadísimos, de lo que ahora hablo, lo que el Señor dice, Y ahora os lo he dicho antes de que suceda, para que cuando suceda, creáis; ciertamente dice, cuando suceda, lo que iban a ver después de la muerte viviente, y ascendiendo al Padre: al ver lo cual iban a creer aquello, que Él era Cristo el Hijo de Dios vivo, quien pudo hacer esto cuando lo predijo, y predecir antes de que lo hiciera: pero iban a creer esto no con una fe nueva, sino aumentada; o ciertamente cuando murió defectuosa, cuando resucitó restaurada. Pues no es que no creyeran antes que Él era el Hijo de Dios; pero cuando en Él se hizo lo que antes predijo, aquella fe que entonces cuando les hablaba era pequeña, y cuando murió casi ya ninguna, revivió y creció.

2. Luego, ¿qué dice? Ya no hablaré mucho con vosotros: porque viene el príncipe de este mundo: ¿quién, sino el diablo? Y en mí no tiene nada: ningún pecado en absoluto. Así muestra no a las criaturas, sino a los pecados, como príncipe el diablo, a quienes ahora llama con el nombre de este mundo. Y siempre que el nombre del mundo se pone en el sentido del mal, no muestra sino a los amantes de este mundo; de los cuales en otro lugar está escrito, Cualquiera que quiera ser amigo de este siglo, se constituirá enemigo de Dios (Santiago IV, 4). Lejos, pues, de que se entienda al diablo como príncipe del mundo, como si llevara el principado del mundo entero, es decir, del cielo y la tierra, y de todo lo que hay en ellos: del cual mundo se dijo, cuando se hablaba de Cristo Verbo, Y el mundo por Él fue hecho (Juan I, 10). Por lo tanto, todo el mundo desde los cielos más altos hasta la tierra más baja está sujeto al creador, no al desertor; al redentor, no al asesino; al libertador, no al captor; al maestro, no al engañador. Pero cómo debe entenderse al diablo como príncipe del mundo, lo explicó más claramente el apóstol Pablo, quien después de haber dicho, No tenemos lucha contra carne y sangre, es decir, contra hombres; añadió, y dijo, sino contra principados y potestades y rectores del mundo de estas tinieblas (Efes. VI, 12). Pues con la palabra siguiente explicó lo que dijo, mundo, cuando añadió, de estas tinieblas: para que nadie entendiera por el nombre del mundo a toda la creación, de la cual de ninguna manera son rectores los ángeles desertores. De las tinieblas, dijo, de estas, es decir, de los amantes de este mundo: de los

cuales, sin embargo, fueron elegidos, no por su mérito, sino por la gracia de Dios, a quienes dice, Porque fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor (Efes. V, 8). Pues todos estuvieron bajo los rectores de estas tinieblas, es decir, de los hombres impíos, como tinieblas bajo tinieblas: pero gracias a Dios, que nos libró, como dice el mismo apóstol, del poder de las tinieblas, y nos trasladó al reino del Hijo de su amor (Col. I, 12, 13). En quien el príncipe de este mundo, es decir, de estas tinieblas, no tenía nada; porque ni vino Dios con pecado, ni su carne de la propagación del pecado la Virgen dio a luz. Y como si se le dijera, ¿Por qué entonces mueres, si no tienes pecado al que se deba el castigo de la muerte? inmediatamente añadió, Pero para que el mundo sepa que amo al Padre, y como el Padre me dio mandamiento, así hago; levantaos, vámonos de aquí. Pues hablando reclinado a los que estaban reclinados. Pero dijo, Vámonos, ¿a dónde, sino a aquel lugar donde iba a ser entregado a la muerte, quien no tenía mérito alguno de muerte? Pero tenía el mandamiento del Padre de morir, como aquel de quien se había predicho, Lo que no robé, entonces lo pagué (Sal. LXVIII, 5): iba a pagar la muerte sin deuda, y a redimirnos de la muerte debida. Pues Adán había robado el pecado, cuando extendió la mano al árbol con presunción engañado, para invadir el nombre incomunicable de la divinidad no concedida, que la naturaleza había conferido al Hijo de Dios, no el robo.

TRACTATUS LXXX. De lo que dice, Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador; hasta lo que dice, Ya estáis limpios por la palabra que os he hablado. Cap. XV, V\. 1-3.

1. Este pasaje evangélico, hermanos, donde el Señor se llama a sí mismo la vid y a sus discípulos los sarmientos, lo dice en el sentido de que Él es la cabeza de la Iglesia y nosotros sus miembros, el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). De una misma naturaleza son la vid y los sarmientos: por eso, siendo Dios, cuya naturaleza no compartimos, se hizo hombre, para que en Él la naturaleza humana fuera la vid, y nosotros, los hombres, pudiéramos ser los sarmientos. ¿Qué significa entonces, "Yo soy la vid verdadera"? ¿Acaso al añadir "verdadera", se refiere a aquella vid de la que se toma esta similitud? Pues se dice vid por similitud, no por propiedad; del mismo modo que se dice oveja, cordero, león, roca, piedra angular, y otras semejantes, que son más verdaderas en sí mismas, de las cuales se derivan estas similitudes, no propiedades. Pero cuando dice, "Yo soy la vid verdadera", se distingue de aquella a la que se le dice, "¿Cómo te has convertido en amargura, vid extraña?" (Jerem. II, 21). Pues, ¿cómo es vid verdadera aquella que se esperaba que diera uvas, pero dio espinas? (Isai. V, 4).

2. "Yo soy", dice, "la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento en mí que no lleva fruto, lo quitará; y todo el que lleva fruto, lo limpiará para que lleve más fruto". ¿Acaso son uno el labrador y la vid? Según esto, Cristo es la vid, según lo que dice, "El Padre es mayor que yo" (Juan XIV, 28); pero según lo que dice, "Yo y el Padre somos uno" (Id. X, 30), Él mismo es también el labrador. No como aquellos que, trabajando desde fuera, ofrecen un ministerio; sino como aquel que también da el crecimiento desde dentro. Pues ni el que planta es algo, ni el que riega; sino Dios, que da el crecimiento. Pero ciertamente Cristo es Dios, porque el Verbo era Dios; por lo cual Él y el Padre son uno: y si el Verbo se hizo carne (Id. I, 1, 14) lo que no era, permanece lo que era. Finalmente, cuando habló del Padre como del labrador que quita los sarmientos infructuosos y limpia los fructuosos para que lleven más fruto, inmediatamente también se muestra a sí mismo como el limpiador de los sarmientos, diciendo, "Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado". He aquí que Él mismo es el limpiador de los sarmientos, lo cual es oficio del labrador, no de la vid: quien también hizo a sus sarmientos sus obreros. Pues aunque no dan el crecimiento, sin embargo, prestan alguna ayuda; pero no de lo suyo: "Porque sin mí", dice, "nada podéis hacer".

Escucha también a ellos confesando: "¿Qué es, pues, Apolo? ¿Qué es, pues, Pablo? Ministros por los cuales (δι` ὥν) creísteis, y a cada uno según el Señor dio. Yo planté, Apolo regó. Y esto, pues, según el Señor dio a cada uno: no, por tanto, de lo suyo. Ahora bien, lo que sigue, "pero Dios dio el crecimiento" (I Cor. III, 5-7); no lo hace a través de ellos, sino por sí mismo: esto excede la humildad humana, excede la sublimidad angélica, y no pertenece en absoluto sino al labrador, la Trinidad. Ya vosotros estáis limpios, limpios ciertamente y por limpiar. Pues si no fueran limpios, no podrían llevar fruto: y sin embargo, todo el que lleva fruto, el labrador lo limpia para que lleve más fruto. Lleva fruto, porque es limpio; y para que lleve más, aún es limpiado. Pues, ¿quién es en esta vida tan limpio, que no deba ser más y más limpiado? Donde "si dijéremos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros: pero si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados, y limpiarnos de toda iniquidad" (I Juan 1, 8-9): limpiarnos ciertamente a los limpios, es decir, a los fructuosos, para que sean tanto más fructuosos, cuanto más limpios sean.

3. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. ¿Por qué no dijo, estáis limpios por el Bautismo con el que habéis sido lavados, sino que dijo, "por la palabra que os he hablado"; sino porque también en el agua la palabra limpia? Quita la palabra, y ¿qué es el agua sino agua? Se añade la palabra al elemento, y se hace el Sacramento, también él como palabra visible. Pues también esto ciertamente lo dijo, cuando lavó los pies a los discípulos: "El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pero está todo limpio" (Juan XIII, 10). ¿De dónde esta gran virtud del agua, para tocar el cuerpo y lavar el corazón, sino por la acción de la palabra: no porque se dice, sino porque se cree? Pues también en la misma palabra, una cosa es el sonido pasajero, otra la virtud permanente. Esto es la palabra de fe que predicamos, dice el Apóstol, "que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se hace confesión para salvación" (Rom. X, 8-10). De donde en los Hechos de los Apóstoles se lee, "purificando por la fe sus corazones" (Hech. XV, 9): y en su Epístola el bienaventurado Pedro dice, "Así también a vosotros, el Bautismo os salva; no la eliminación de las inmundicias de la carne, sino la respuesta de una buena conciencia" (I Pedro III, 21). Esto es la palabra de fe que predicamos: por la cual sin duda para que pueda limpiar, también el Bautismo es consagrado. Pues Cristo con nosotros la vid, con el Padre el labrador, "amó a la Iglesia, y se entregó por ella". Lee al Apóstol, y ve lo que añade: "Para santificarla", dice, "limpiándola con el lavamiento del agua en la palabra" (Efes. V, 25-26). La limpieza, por tanto, no se atribuiría al elemento fluido y lábil, si no se añadiera, "en la palabra". Esta palabra de fe tiene tanto valor en la Iglesia de Dios, que por ella, creyendo, ofreciendo, bendiciendo, bautizando, incluso limpia al pequeño infante; aunque aún no pueda creer con el corazón para justicia, y confesar con la boca para salvación. Todo esto se hace por la palabra, de la cual el Señor dice, "Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado".

TRACTATUS LXXXI. Sobre lo que dice, "Permaneced en mí, y yo en vosotros"; hasta "Lo que queráis pediréis, y os será hecho". Cap. XV, V. 4-7.

1. Jesús se dijo a sí mismo ser la vid, y a sus discípulos los sarmientos, y al Padre el labrador: sobre lo cual ya se ha discutido como hemos podido. En esta lectura, mientras aún hablaba de sí mismo que es la vid, y de sus sarmientos, es decir, sus discípulos, dijo: "Permaneced en mí, y yo en vosotros". No de la misma manera ellos en Él, como Él en ellos. Pero ambos beneficios no son para Él, sino para ellos. Pues así están los sarmientos en la vid, que no aportan a la vid, sino que reciben de ella para vivir: así está la vid en los sarmientos, que les suministra alimento vital, no lo toma de ellos. Por lo tanto, tener a Cristo permaneciendo en

ellos, y permanecer en Cristo, ambos beneficios son para los discípulos, no para Cristo. Pues al cortarse el sarmiento, puede brotar otro de la raíz viva; pero el que ha sido cortado, sin raíz no puede vivir.

2. Finalmente añade y dice: "Como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí". Gran recomendación de la gracia, hermanos míos: instruye los corazones de los humildes, cierra la boca de los soberbios. He aquí a quién, si se atreven, respondan, quienes ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se han sometido a la justicia de Dios (Rom. X, 3). He aquí a quién respondan los que se complacen a sí mismos, y no consideran necesario a Dios para hacer buenas obras. ¿No resisten a esta verdad, hombres de mente corrupta, reprobos en cuanto a la fe (II Tim. III, 8), que responden y hablan iniquidad, diciendo: De Dios tenemos que somos hombres, pero de nosotros mismos que somos justos? ¿Qué decís, vosotros que os engañáis a vosotros mismos, no defensores, sino precipitadores del libre albedrío, desde lo alto de la arrogancia por la vanidad de la presunción, en las profundidades de la sumersión? Sin duda vuestra voz es que el hombre por sí mismo hace justicia: esto es lo alto de vuestra arrogancia. Pero la verdad contradice, y dice, "El sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid". Id ahora por los precipicios, y no teniendo dónde aferraros, os agitáis con ventosa locuacidad. Estas son las vanidades de vuestra presunción. Pero ved lo que os sigue, y si hay en vosotros algún sentido, temed. Pues quien se estima a sí mismo llevar fruto por sí mismo, no está en la vid; quien no está en la vid, no está en Cristo; quien no está en Cristo, no es cristiano. Estas son las profundidades de vuestra sumersión.

3. Considerad una y otra vez lo que aún añade la verdad y dice: "Yo soy", dice, "la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto: porque sin mí nada podéis hacer". Para que nadie pensara que al menos algún pequeño fruto podría el sarmiento llevar por sí mismo, cuando dijo, "éste lleva mucho fruto", no dijo, porque sin mí poco podéis hacer; sino, "nada podéis hacer". Así que, ya sea poco, ya sea mucho, sin Él no se puede hacer, sin quien nada se puede hacer. Porque aunque el sarmiento traiga poco, el labrador lo limpia para que lleve más: sin embargo, si no permanece en la vid y vive de la raíz, no puede llevar fruto por sí mismo, por mucho que sea. Aunque Cristo no sería la vid si no fuera hombre; sin embargo, no ofrecería esta gracia a los sarmientos si no fuera también Dios. Pero porque así sin esta gracia no se puede vivir, como tampoco la muerte está en el poder del libre albedrío: "Si alguno no permanece en mí", dice, "será echado fuera como el sarmiento; y se secará; y lo recogerán, y lo echarán en el fuego, y arderá". Así, los maderos de la vid son tanto más despreciables si no permanecen en la vid, cuanto más gloriosos si permanecen: finalmente, como también dice el Señor por el profeta Ezequiel, los cortados no sirven para ningún uso de los labradores, no se destinan a ninguna obra de los artesanos (Ezequiel XV, 5). Una de dos cosas conviene al sarmiento, o la vid, o el fuego; si no está en la vid, estará en el fuego: para que no esté en el fuego, esté en la vid.

4. "Si permanecéis en mí", dice, "y mis palabras permanecen en vosotros, lo que queráis pediréis, y os será hecho". Pues permaneciendo en Cristo, ¿qué pueden querer sino lo que conviene a Cristo? ¿Qué pueden querer permaneciendo en el Salvador, sino lo que no es ajeno a la salvación? Pues queremos una cosa porque estamos en Cristo, y otra cosa porque aún estamos en este mundo. De la permanencia de este mundo a veces se nos desliza, para que pidamos lo que no sabemos que no nos conviene. Pero lejos esté que se nos haga, si permanecemos en Cristo, quien no hace cuando pedimos, sino lo que nos conviene. Permaneciendo, pues, en Él, cuando sus palabras permanecen en nosotros, lo que queramos pediremos, y se nos hará. Porque si pedimos y no se nos hace, no pedimos lo que tiene permanencia en Él, ni lo que tienen sus palabras que permanecen en nosotros; sino lo que

tiene la codicia y la debilidad de la carne, que no está en Él, y en la cual no permanecen sus palabras. Pues ciertamente a sus palabras pertenece aquella oración que enseñó, donde decimos, "Padre nuestro, que estás en los cielos" (Matth. VI, 9). No nos apartemos de las palabras y sentidos de esta oración en nuestras peticiones, y lo que pidamos, se nos hará. Entonces se dirá que sus palabras permanecen en nosotros, cuando hacemos lo que mandó, y amamos lo que prometió: pero cuando sus palabras permanecen en la memoria, y no se encuentran en la vida, no se cuenta el sarmiento en la vid, porque no atrae vida de la raíz. A esta diferencia vale lo que está escrito, "Y a los que guardan en memoria sus mandamientos, para que los hagan" (Salmo CII, 18). Pues muchos los guardan en memoria, para despreciarlos, o incluso para burlarse y oponerse a ellos. En estos no permanecen las palabras de Cristo, que de algún modo tocan, no se adhieren: y por eso no les serán en beneficio, sino en testimonio. Y porque así están en ellos que no permanecen en ellos, para esto son retenidos por ellos, para que sean juzgados por ellos.

TRACTATUS LXXXII. Sobre lo que el Señor dice, "En esto es glorificado mi Padre, que llevéis mucho fruto", hasta "Y permanezco en su amor". Cap. XV, V. 8-10.

1. Más y más el Salvador, recomendando la gracia por la cual somos salvados a los discípulos, dice: "En esto es glorificado mi Padre, que llevéis mucho fruto, y seáis mis discípulos". Ya sea "glorificado" o "clarificado" se diga, de una sola palabra griega ambos se han traducido, que es "δοξάζειν". Pues "Δόξα" que en griego se dice, en latín es gloria. Esto lo he considerado digno de recordar, porque dice el Apóstol, "Si Abraham fue justificado por las obras, tiene gloria, pero no para con Dios" (Rom. IV, 2). Esta es la gloria para con Dios por la cual no se glorifica el hombre, sino Dios, si no por las obras, sino por la fe es justificado, para que de Dios le sea también el bien obrar: porque el sarmiento, como ya he dicho antes, no puede llevar fruto por sí mismo (Tract. 81, n. 2). Pues si en esto es glorificado Dios Padre que llevemos mucho fruto, y seamos discípulos de Cristo; no atribuyamos esto a nuestra gloria, como si lo tuviéramos de nosotros mismos. Pues esta es su gracia, y por eso en esto no es nuestra, sino su gloria. Por lo cual también en otro lugar cuando dijo, "Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras"; para que no pensaran que de sí mismos eran sus buenas obras, añadió enseguida, "Y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Matth. V, 16). En esto es glorificado el Padre que llevemos mucho fruto, y seamos discípulos de Cristo. ¿Por quién somos hechos, sino por aquel cuya misericordia nos ha prevenido? Pues somos su hechura, creados en Cristo Jesús para buenas obras (Efes. II, 10).

2. "Como el Padre me amó", dice, "así yo os he amado: permaneced en mi amor". He aquí de dónde son para nosotros las buenas obras. Pues, ¿de dónde nos vendrían, si no porque la fe obra por el amor (Galat. V, 6)? Pero, ¿de dónde amaríamos, si no fuéramos amados primero? Esto lo dijo clarísimamente en su Epístola este mismo evangelista: "Nosotros amamos a Dios, porque Él nos amó primero" (I Juan IV, 19). Pero lo que dice, "Como el Padre me amó, así yo os he amado"; no muestra la igualdad de nuestra naturaleza y la suya, como es la del Padre y la suya, sino la gracia por la cual es mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). Pues se muestra mediador, cuando dice, "me amó el Padre, y yo os he amado". Pues el Padre ciertamente nos ama también a nosotros, pero en Él; porque en esto es glorificado el Padre, que llevemos fruto en la vid, esto es, en el Hijo, y seamos sus discípulos.

3. "Permaneced", dice, "en mi amor". ¿Cómo permaneceremos? Escucha lo que sigue: "Si guardáis mis mandamientos", dice, "permaneceréis en mi amor". ¿El amor hace que se guarden los mandamientos, o los mandamientos guardados hacen el amor? Pero, ¿quién duda que el amor precede? Pues de dónde guardará los mandamientos no tiene, quien no ama. Lo

que dice, "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor", muestra no de dónde se genera el amor, sino de dónde se muestra. Como si dijera, No penséis que permanecéis en mi amor, si no guardáis mis mandamientos: pues si los guardáis, permaneceréis. Esto es, de aquí se mostrará que permaneceréis en mi amor, si guardáis mis mandamientos. Que nadie se engañe a sí mismo, diciendo que me ama, si no guarda mis mandamientos. Pues en tanto me ama, en cuanto guarda mis mandamientos: en cuanto menos los guarda, menos me ama. Aunque lo que dice, "Permaneced en mi amor", no aparece qué amor dijo, si el con que le amamos, o el con que Él nos ama: pero por la palabra anterior se reconoce. Pues había dicho, "Y yo os he amado"; a cuya palabra enseguida añadió, "Permaneced en mi amor": por tanto, el con que nos amó. ¿Qué es, pues, "Permaneced en mi amor", sino, permaneced en mi gracia? ¿Y qué es, "Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor", sino, de esto sabréis que permaneceréis en mi amor con que os amo, si guardáis mis mandamientos? No, pues, para que nos ame, primero guardamos sus mandamientos; sino que si no nos ama, no podemos guardar sus mandamientos. Esta es la gracia que se revela a los humildes, pero se oculta a los soberbios.

4. Pero, ¿qué es lo que añade: "Como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor"? Sin duda, también aquí quiso que se entendiera este amor del Padre, con el que el Padre lo ama. Así había dicho: "Como el Padre me amó, yo también os he amado"; y a estas palabras añadió: "Permaneced en mi amor", refiriéndose sin duda a aquel amor con el que os he amado. Por lo tanto, lo que también dice del Padre: "Permanezco en su amor", debe entenderse como el amor con el que el Padre lo amó. Pero, ¿acaso aquí también debe entenderse la gracia con la que el Padre ama al Hijo, como es la gracia con la que el Hijo nos ama a nosotros, siendo nosotros hijos por gracia, no por naturaleza; mientras que el Unigénito es por naturaleza, no por gracia? ¿O esto también debe referirse al Hijo en cuanto hombre? Así es, ciertamente. Pues al decir: "Como el Padre me amó, yo también os he amado", muestra la gracia del mediador. Sin embargo, el mediador entre Dios y los hombres es Cristo Jesús, no en cuanto Dios, sino en cuanto hombre. Y ciertamente, según lo que es hombre, se lee de él: "Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres" (Lucas II, 52). Según esto, podemos decir correctamente que, aunque la naturaleza humana no pertenece a la naturaleza de Dios, sin embargo, por gracia, pertenece a la persona del Hijo unigénito de Dios; y una gracia tan grande, que no hay mayor, ni siquiera igual. Pues ningún mérito precedió a esa asunción de la humanidad, sino que todos sus méritos comenzaron desde esa asunción. Por lo tanto, el Hijo permanece en el amor con el que el Padre lo amó, y por eso guardó sus mandamientos. ¿Qué es ese hombre, sino que Dios es su sustentador (Salmo III, 4), pues el Verbo era Dios, el Unigénito coeterno con el que lo engendra? Pero para que se nos diera como mediador, por una gracia inefable, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14).

TRACTATUS LXXXIII. Sobre estas palabras: "Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo. Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado". Cap. XV, V. 11, 12.

1. Habéis escuchado, amadísimos, al Señor decir a sus discípulos: "Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo". ¿Qué es el gozo de Cristo en nosotros, sino que se digna alegrarse por nosotros? ¿Y qué es nuestro gozo que dice que debe completarse, sino tener su compañía? Por eso le dijo al bienaventurado Pedro: "Si no te lavo, no tendrás parte conmigo" (Juan XIII, 8). Por lo tanto, su gozo en nosotros es la gracia que nos ha concedido: ese es también nuestro gozo. Pero de esta gracia él también se alegraba desde la eternidad, cuando nos eligió antes de la fundación del mundo (Efesios I, 4). No

podemos decir correctamente que su gozo no era pleno: pues Dios nunca se alegraba imperfectamente. Pero ese gozo suyo no estaba en nosotros: porque ni siquiera existíamos aún en quienes pudiera estar; ni cuando comenzamos a existir, comenzamos a existir con él. Sin embargo, siempre estaba en él, quien se alegraba con la certeza de su presciencia de que seríamos suyos en el futuro. Por lo tanto, ya tenía un gozo perfecto por nosotros, cuando se alegraba prescindiendo y predestinándonos: pues en ese gozo suyo no podía haber temor alguno de que no se hiciera lo que sabía que haría. Pero tampoco cuando comenzó a hacer lo que sabía que haría, creció su gozo, con el que es bienaventurado; de lo contrario, se habría vuelto más bienaventurado porque nos hizo. Lejos de esto, hermanos: la bienaventuranza de Dios, porque no era menor sin nosotros, no se hace mayor por nosotros. Por lo tanto, su gozo por nuestra salvación, que siempre estuvo en él cuando nos prescibió y predestinó, comenzó a estar en nosotros cuando nos llamó; y con razón llamamos a este gozo nuestro, con el que también seremos bienaventurados: pero este gozo nuestro crece y progresa, y se dirige hacia su perfección perseverando. Por lo tanto, comienza en la fe de los renacidos, se completará en la recompensa de los resucitados. He aquí de dónde creo que se dijo: "Os he dicho esto para que mi gozo esté en vosotros y vuestro gozo sea completo: en vosotros esté el mío; se complete el vuestro". Pues el mío siempre fue pleno, incluso antes de que fuerais llamados, cuando fuisteis prescibidos por mí para ser llamados; pero se hace también en vosotros, cuando os convertís en lo que prescibí de vosotros. Sin embargo, se complete el vuestro: porque seréis bienaventurados, lo que aún no sois; así como fuisteis creados quienes no existíais.

2. Este es, dice, mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Ya sea que se diga mandamiento o precepto, ambos se interpretan del mismo término griego, que es ἐντολή. Ahora bien, ya había dicho esta sentencia antes, de la cual debéis recordar que os hablé, en la medida de mis posibilidades (Supra, Tract. 65). Pues allí dijo: "Un mandamiento nuevo os doy: que os améis unos a otros como yo os he amado, para que también vosotros os améis unos a otros" (Juan XIII, 34). Por lo tanto, la repetición de este mandamiento es una recomendación: excepto que allí dijo: "Un mandamiento nuevo os doy"; aquí, sin embargo, dice: "Este es mi mandamiento": allí, como si no hubiera habido antes tal mandamiento; aquí, como si no hubiera otro mandamiento suyo. Pero allí se dijo nuevo, para que no perseveremos en nuestra antigüedad: aquí se dijo mío, para que no pensemos que debe ser despreciado.

3. Pero, ¿qué pensamos, hermanos míos, cuando aquí dice: "Este es mi mandamiento", como si no hubiera otro? ¿Acaso es su único mandamiento sobre este amor con el que nos amamos unos a otros? ¿No hay también otro mayor, que amemos a Dios? ¿O acaso Dios solo nos mandó sobre el amor, para que no busquemos otras cosas? Ciertamente, el Apóstol recomienda tres cosas diciendo: "Ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, estas tres; pero la mayor de ellas es la caridad" (1 Corintios XIII, 13). Y si en la caridad, es decir, en el amor, se incluyen esos dos mandamientos; sin embargo, se dice que es la mayor, no la única. ¿Cuántos mandamientos sobre la fe, cuántos sobre la esperanza, quién puede recogerlos todos, quién puede enumerarlos todos? Pero consideremos lo que dice el mismo apóstol: "La plenitud de la ley es la caridad" (Romanos XIII, 10). Donde hay caridad, ¿qué puede faltar? Y donde no hay caridad, ¿qué puede ser útil? El demonio cree (Santiago II, 19), pero no ama: nadie ama sin creer. En vano, ciertamente, pero puede esperar el perdón quien no ama: pero nadie puede desesperar quien ama. Por lo tanto, donde hay amor, allí necesariamente hay fe y esperanza: y donde hay amor al prójimo, allí necesariamente también hay amor a Dios. Pues quien no ama a Dios, ¿cómo ama al prójimo como a sí mismo, cuando ni siquiera se ama a sí mismo? Porque es impío e injusto; y quien ama la iniquidad, no ama

claramente, sino que odia su propia alma (Salmo X, 6). Por lo tanto, mantengamos este mandamiento del Señor, que nos amemos unos a otros; y haremos cualquier otra cosa que haya mandado: porque cualquier otra cosa la tenemos aquí. Pues este amor se distingue de aquel amor con el que los hombres se aman como hombres: porque para que se distinguiera, se añadió: "como yo os he amado". ¿Para qué nos ama Cristo, sino para que podamos reinar con Cristo? Por lo tanto, amémonos unos a otros para que nuestro amor se distinga de los demás, que no se aman unos a otros para esto, porque ni siquiera se aman. Pero quienes se aman para tener a Dios, esos se aman a sí mismos: por lo tanto, para amarse a sí mismos, aman a Dios. Este amor no está en todos los hombres: pocos se aman a sí mismos para que Dios sea todo en todos (1 Corintios XV, 28).

TRACTATUS LXXXIV. Sobre aquello: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos". Cap. XV, V. 13.

1. La plenitud del amor con el que debemos amarnos unos a otros, amadísimos hermanos, la definió el Señor diciendo: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos". Porque, habiendo dicho antes: "Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como yo os he amado"; a estas palabras añadió lo que ahora habéis escuchado: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos". De esto se sigue lo que el mismo evangelista Juan dice en su Epístola: "Como Cristo puso su vida por nosotros, así también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos" (1 Juan III, 16); amándonos unos a otros como él nos amó, quien puso su vida por nosotros. Sin duda, esto es lo que se lee en los Proverbios de Salomón: "Si te sientas a cenar en la mesa de un poderoso, considera y entiende lo que se te ofrece; y así extiende tu mano, sabiendo que tales cosas debes preparar" (Proverbios XXIII, 1 y 2). Pues, ¿qué mesa es la del poderoso, sino de donde se toma el cuerpo y la sangre de aquel que puso su vida por nosotros? ¿Y qué es sentarse a ella, sino acercarse humildemente? ¿Y qué es considerar y entender lo que se te ofrece, sino pensar dignamente en tan gran gracia? ¿Y qué es así extender la mano, sabiendo que tales cosas debes preparar, sino lo que ya he dicho, que así como Cristo puso su vida por nosotros, así también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos? Pues como también dice el apóstol Pedro: "Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas" (1 Pedro II, 21). Esto es preparar tales cosas. Esto hicieron los bienaventurados mártires con ardiente amor: de quienes, si no celebramos en vano sus memorias, y en el banquete en el que ellos también se saciaron, nos acercamos a la mesa del Señor, es necesario que, como ellos, también nosotros preparemos tales cosas. Por eso, en esa misma mesa no los conmemoramos como a otros que descansan en paz, para que también oremos por ellos, sino más bien para que ellos oren por nosotros, para que sigamos sus huellas; porque ellos cumplieron el amor del que el Señor dijo que no puede haber mayor. Pues tales cosas ofrecieron a sus hermanos, como las que recibieron juntos de la mesa del Señor.

2. Pero esto no se dice así, como si por eso pudiéramos ser iguales al Señor Cristo, si llevamos el martirio hasta la sangre por él. Él tenía el poder de poner su vida y de volver a tomarla (Juan X, 18); nosotros, sin embargo, ni vivimos cuanto queremos, y morimos incluso si no queremos: él, al morir, mató en sí mismo a la muerte; nosotros, en su muerte, somos liberados de la muerte: su carne no vio corrupción (Hechos II, 31); la nuestra, después de la corrupción, al final del mundo, por él se revestirá de incorrupción: él no necesitó de nosotros para salvarnos; nosotros sin él no podemos hacer nada: él se nos ofrece como vid a nosotros, los sarmientos; nosotros no podemos tener vida aparte de él. Finalmente, aunque los hermanos mueran por los hermanos, sin embargo, en la remisión de los pecados de los hermanos, no se derrama la sangre de ningún mártir, lo que él hizo por nosotros: ni en esto nos dio algo que imitar, sino algo por lo que alegrarnos. Por lo tanto, en la medida en que los

mártires derramaron su sangre por los hermanos, hasta ahí ofrecieron tales cosas como las que recibieron de la mesa del Señor. Pues en las demás cosas que he dicho, aunque no pude decirlas todas, el mártir de Cristo está muy lejos de ser igual a Cristo. Y si alguien se compara, no digo con el poder de Cristo, sino al menos con su inocencia; no digo que pretenda sanar a otros, sino al menos no tener pecado alguno: incluso así es más ávido de lo que la razón de la salvación exige, es mucho para él, no puede abarcar tanto. Y bien que esta sentencia de los Proverbios nos advierte, que inmediatamente añade y dice: "Si eres más ávido, no codicies sus manjares; es mejor que no tomes nada de allí, que tomes más de lo que debes. Pues estos tienen una vida engañosa", es decir, hipocresía. Pues al decir que está sin pecado, no puede mostrarse justo, sino fingirlo. Por eso se dijo: "Pues estos tienen una vida engañosa". Solo hay uno que puede tener carne humana y no tener pecado. Con razón lo que sigue se nos ordena, y con tal palabra y proverbio se reprende la debilidad humana, y se le dice: "No te extiendas, siendo pobre, contra el rico". Pues rico es quien, sin deuda hereditaria ni propia, es justo y justifica a otros, Cristo. No te extiendas contra él, siendo tan pobre, que aparezcas como mendigo diario en la oración de la remisión de los pecados. "Pero con tu consejo", dice, "abstente". ¿De qué, sino de la presunción engañosa? Pues él, porque no solo es hombre, sino también Dios, por eso nunca es deudor. Pues si diriges tu ojo a él, no aparecerá en ninguna parte. "Tu ojo", el ojo humano con el que ves lo humano, "si lo diriges a él, no aparecerá en ninguna parte"; porque no puede ser visto, como tú puedes ver. Pues se preparará alas como de águila, y se irá a la casa de su preeminente (Proverbios XXIII, 3-5): de donde ciertamente vino a nosotros, y no encontró tales como vino. Amémonos, pues, unos a otros, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros (Gálatas II, 20). Pues nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos. Y así lo imitemos con piadosa obediencia, que no nos atrevamos a compararnos con él con ninguna audacia.

TRACTATUS LXXXV. Sobre lo que dice: "Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor". Cap. XV, V. 14, 15.

1. Cuando el Señor Jesús había recomendado el amor que nos mostró muriendo por nosotros, y había dicho: "Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos": "Vosotros", dice, "sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando". ¡Gran dignación! Cuando un siervo no puede ser bueno, sino hace los mandamientos de su señor; de aquí quiso que se entendiera a sus amigos, de donde los siervos buenos pueden ser probados. Pero, como dije, esto es dignación, que el señor, a quienes conoce como sus siervos, se digne llamarlos sus amigos. Pues para que sepáis que pertenece al oficio de los siervos hacer los mandamientos de su señor, en otro lugar reprende a los siervos diciendo: "¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que digo?" (Lucas VI, 46). Cuando decís, dice, Señor; mostrando lo que decís al hacer lo que se os manda. ¿No dirá el señor al siervo obediente: "Bien, siervo bueno, porque en lo poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor" (Mateo XXV, 21)? Por lo tanto, puede ser siervo y amigo, quien es un buen siervo.

2. Pero atendamos a lo que sigue. "Ya no os llamo siervos; porque el siervo no sabe lo que hace su señor". ¿Cómo, entonces, entenderemos que un buen siervo puede ser tanto siervo como amigo, cuando dice: "Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor"? Así establece el nombre de amigo, que quita el de siervo; no para que ambos permanezcan en uno, sino para que uno suceda al otro al desaparecer. ¿Qué es esto? ¿Acaso cuando hayamos hecho los mandamientos del Señor, no seremos siervos? ¿Acaso entonces no seremos siervos, cuando seamos buenos siervos? ¿Y quién puede contradecir la verdad que dice: "Ya no os llamo siervos"? Y enseña por qué lo dice: "Porque el siervo", dice, "no sabe lo que hace su señor". ¿Acaso el buen y probado siervo no le confía también su señor

sus secretos? ¿Qué es, entonces, lo que dice: "El siervo no sabe lo que hace su señor"? Bien, sea, "no sabe lo que hace"; ¿acaso no sabe también lo que manda? Pues si no lo sabe, ¿cómo sirve? ¿O cómo es siervo, quien no sirve? Y sin embargo, el Señor dice: "Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos". ¡Oh cosa maravillosa! Cuando no podemos servir, sino hacemos los mandamientos del Señor, ¿cómo al hacer los mandamientos no seremos siervos? Si no seré siervo al hacer los mandamientos, y si no hago los mandamientos, no podré servir; por lo tanto, sirviendo no seré siervo.

3. Entendamos, hermanos, entendamos, y que el Señor haga en nosotros que entendamos, y también que hagamos lo que entendemos. Pero si sabemos esto, ciertamente sabemos lo que hace el Señor, porque Él nos hace así, y por esto pertenecemos a su amistad. Así como hay dos temores que crean dos tipos de temerosos, también hay dos servidumbres que crean dos tipos de siervos. Hay un temor que la perfecta caridad expulsa (1 Juan 4, 18), y hay otro temor casto que permanece por los siglos de los siglos (Salmo 18, 10). El Apóstol se refería a ese temor que no está en la caridad cuando decía: "No habéis recibido un espíritu de servidumbre para volver al temor" (Rom. 8, 15). Pero se refería al temor casto cuando decía: "No te ensoberbezcas, sino teme" (Rom. 11, 20). En ese temor que la caridad expulsa, también la servidumbre debe ser expulsada junto con el temor: porque el Apóstol unió ambos, es decir, la servidumbre y el temor, diciendo: "No habéis recibido un espíritu de servidumbre para volver al temor". El Señor también miraba a este siervo perteneciente a la servidumbre cuando decía: "Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor". No se refería al siervo perteneciente al temor casto, a quien se le dice: "Bien, siervo bueno, entra en el gozo de tu Señor"; sino al siervo perteneciente al temor que debe ser expulsado de la caridad, del cual dice en otro lugar: "El siervo no permanece en la casa para siempre; el hijo sí permanece para siempre" (Juan 8, 35). Por lo tanto, ya que nos ha dado el poder de ser hechos hijos de Dios (Juan 1, 12), seamos hijos, no siervos: para que de una manera maravillosa e inefable, pero verdadera, podamos ser siervos no siervos; siervos, es decir, por el temor casto, al que pertenece el siervo que entra en el gozo de su señor; no siervos, sin embargo, por el temor que debe ser expulsado, al que pertenece el siervo que no permanece en la casa para siempre. Para que seamos tales siervos no siervos, sepamos que el Señor lo hace. Pero este siervo no lo sabe, quien no sabe lo que hace su Señor; y cuando hace algo bueno, se ensoberbece como si lo hiciera él mismo, no su Señor; y se gloría en sí mismo, no en el Señor, engañándose a sí mismo, porque se gloría como si no hubiera recibido (1 Cor. 4, 7). Pero nosotros, amadísimos, para que podamos ser amigos del Señor, sepamos lo que hace nuestro Señor. Porque no solo nos hace hombres, sino también justos, y no nosotros mismos. Y para que sepamos esto, ¿quién sino Él lo hace? Porque no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado (1 Cor. 2, 12). De Él se nos da todo lo bueno. Por lo tanto, porque esto también es bueno, ciertamente se nos da de Él para que sepamos de quién se nos da todo bien; para que de todos los bienes, quien se gloríe, se gloríe en el Señor (1 Cor. 1, 31). Lo que sigue, "Pero os he llamado amigos; porque todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer", es tan profundo que de ninguna manera debe ser limitado por este discurso, sino diferido a otro.

TRACTATUS LXXXVI. Sobre lo que el Señor dijo: "Pero os he llamado amigos"; hasta el punto: "Para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, Él os lo dé". Cap. XV, V. 15, 16.

1. Con razón se pregunta cómo debe entenderse lo que dijo el Señor: "Pero os he llamado amigos; porque todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer". ¿Quién se atrevería a afirmar o creer que algún hombre sabe todo lo que el Hijo unigénito oyó del Padre; cuando nadie puede siquiera comprender cómo oye alguna palabra del Padre, siendo Él mismo la

única Palabra del Padre? ¿Qué decir, cuando un poco después, en este mismo discurso que tuvo con los discípulos después de la cena antes de la pasión, dice: "Muchas cosas tengo que deciros, pero ahora no las podéis soportar" (Juan 16, 12)? ¿Cómo, entonces, entenderemos que Él les dio a conocer todo a los discípulos, lo que oyó del Padre, cuando por eso no dice muchas cosas, porque sabe que ahora no pueden soportarlas? Pero ciertamente dice que ha hecho lo que va a hacer, quien hace lo que va a suceder (Isaías 45, 11). Así como dice por el profeta: "Han horadado mis manos y mis pies" (Salmo 21, 18); y no dice, "los horadarán"; como si hablara de cosas pasadas, y sin embargo predice cosas futuras: así también en este lugar dice que ha dado a conocer todo a los discípulos, lo que sabe que dará a conocer en aquella plenitud de conocimiento, de la cual dice el Apóstol: "Cuando venga lo perfecto, lo que es en parte se acabará. Porque ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido; y ahora vemos por espejo, en enigma, pero entonces cara a cara" (1 Cor. 13, 10, 12). Porque el mismo Apóstol dice que hemos sido salvados por el lavamiento de la regeneración (Tito 3, 5): quien sin embargo en otro lugar dice: "Porque en esperanza fuimos salvados. Pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos" (Rom. 8, 24-25). De donde también su coapóstol Pedro dice: "A quien amáis sin haberle visto; en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso, obteniendo el fin de vuestra fe, la salvación de vuestras almas" (1 Pedro 1, 8-9). Si, por lo tanto, ahora es tiempo de fe, y la salvación de las almas es la recompensa de la fe; ¿quién duda que en la fe, que obra por el amor (Gál. 5, 6), se debe pasar el día, y al final se debe recibir la recompensa, no solo la redención de nuestro cuerpo, de la cual habla el apóstol Pablo (Rom. 8, 23); sino también la salvación de nuestras almas, de la cual habla el apóstol Pedro? Porque la felicidad de ambas cosas en este tiempo y en esta mortalidad se tiene más en esperanza que en realidad. Pero hay esta diferencia, que nuestro hombre exterior, es decir, el cuerpo, aún se corrompe; pero el interior, es decir, el alma, ya se renueva de día en día (2 Cor. 4, 16). Así como esperamos la inmortalidad de la carne y la salvación de nuestras almas en el futuro, aunque ya se nos diga que hemos sido salvados por la prenda recibida; así debemos esperar el conocimiento de todo lo que el Unigénito oyó del Padre, aunque Cristo ya haya dicho que lo ha hecho.

2. "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros". Esta es aquella gracia inefable. ¿Qué éramos cuando aún no habíamos elegido a Cristo, y por eso no lo amábamos? Porque quien no lo elige, ¿cómo lo ama? ¿Acaso ya estaba en nosotros lo que se canta en el Salmo: "He elegido ser despreciado en la casa del Señor, más que habitar en las moradas de los pecadores" (Salmo 83, 11)? Ciertamente no. ¿Qué éramos entonces, sino inicuos y perdidos? Porque aún no habíamos creído en Él, para que nos eligiera: porque si ya creyentes nos eligió, elegido eligió. ¿Por qué, entonces, diría: "No me elegisteis vosotros a mí", sino porque su misericordia nos precedió (Salmo 58, 11)? Aquí ciertamente queda vacía la vana argumentación de aquellos que defienden la presciencia de Dios contra la gracia de Dios, y por eso dicen que fuimos elegidos antes de la fundación del mundo (Efes. 1, 4), porque Dios previó que seríamos buenos, no que Él mismo nos haría buenos. No dice esto quien dice: "No me elegisteis vosotros a mí". Porque si nos hubiera elegido porque previó que seríamos buenos, también habría previsto que no lo habríamos elegido primero. Porque de otro modo no podríamos ser buenos: a menos que se diga que es bueno quien no elige el bien. ¿Qué, entonces, eligió en los no buenos? Porque no fueron elegidos porque eran buenos, quienes no serían buenos si no hubieran sido elegidos. De lo contrario, la gracia ya no es gracia, si insistimos en que los méritos precedieron. Esta elección es de gracia, de la cual dice el Apóstol: "Así también en este tiempo ha quedado un remanente según la elección de gracia. Y si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia" (Rom. 11, 5-

6). Escucha, ingrato, escucha: "No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros". No digas: "Fui elegido porque ya creía". Porque si creías en Él, ya lo habías elegido. Pero escucha: "No me elegisteis vosotros a mí". No digas: "Antes de creer, ya hacía buenas obras, por eso fui elegido". Porque ¿qué es una buena obra antes de la fe, cuando el Apóstol dice: "Todo lo que no proviene de fe, es pecado" (Rom. 14, 23)? ¿Qué, entonces, diremos al escuchar: "No me elegisteis vosotros a mí"; sino que éramos malos y fuimos elegidos, para que por la gracia de quien nos eligió fuéramos buenos? Porque no es gracia si los méritos precedieron: pero es gracia; por lo tanto, no encontró méritos, sino que los hizo.

3. Y ved, amadísimos, cómo no elige a los buenos, sino que hace buenos a los que elige. "Yo os elegí", dice, "y os puse para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca". ¿No es este el fruto del que ya había dicho: "Sin mí nada podéis hacer" (Juan 15, 5)? Por lo tanto, eligió y puso para que vayamos y llevemos fruto: no teníamos, por lo tanto, ningún fruto por el cual nos eligiera. "Para que vayáis", dice, "y llevéis fruto". Vamos para llevar fruto, y Él es el camino por el que vamos, en el que nos puso para que vayamos. Por lo tanto, en todo su misericordia nos precede. "Y vuestro fruto", dice, "permanezca: para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, Él os lo dé". Permanezca, por lo tanto, el amor; porque este es nuestro fruto. Este amor ahora está en deseo, aún no en saciedad: y con este deseo, todo lo que pidamos en el nombre del Hijo unigénito, el Padre nos lo da. Pero lo que no es conveniente para nuestra salvación recibir, no pensemos que lo pedimos en el nombre del Salvador: sino que pedimos en el nombre del Salvador lo que pertenece a la razón de la salvación.

TRACTATUS LXXXVII. Sobre lo que dice Jesús: "Esto os mando, que os améis unos a otros"; hasta el punto: "Pero yo os elegí del mundo; por eso el mundo os odia". Cap. XV, V. 17-19.

1. En la lectura evangélica que precede a esta, el Señor había dicho: "No me elegisteis vosotros a mí; sino que yo os elegí a vosotros, y os puse para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca: para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, Él os lo dé". De estas palabras ya recordáis que hemos discutido lo que el Señor nos dio. Pero aquí dice, en la lectura siguiente, que habéis escuchado cuando se recitó: "Esto os mando, que os améis unos a otros". Y por lo tanto, debemos entender que este es nuestro fruto del que dijo: "Yo os elegí para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca". Y lo que añadió: "Para que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, Él os lo dé": ciertamente nos lo dará si nos amamos unos a otros; cuando Él mismo nos haya dado esto, quien nos eligió sin fruto, porque no lo habíamos elegido; y nos puso para que llevemos fruto, es decir, que nos amemos unos a otros: fruto que sin Él no podemos tener, así como los sarmientos no pueden hacer nada sin la vid. Por lo tanto, la caridad es nuestro fruto, que el Apóstol define "de corazón puro y buena conciencia, y fe no fingida" (1 Tim. 1, 5). Con esta amamos unos a otros, con esta amamos a Dios. Porque no amaríamos verdaderamente unos a otros, si no amáramos a Dios. Porque uno ama a su prójimo como a sí mismo, si ama a Dios: porque si no ama a Dios, no se ama a sí mismo. En estos dos mandamientos de caridad penden toda la Ley y los Profetas (Mat. 22, 40): este es nuestro fruto. Por lo tanto, mandándonos sobre el fruto, dice: "Esto os mando, que os améis unos a otros". De donde también el apóstol Pablo, cuando quería recomendar el fruto del espíritu contra las obras de la carne, puso esto en primer lugar: "El fruto del espíritu es caridad"; y luego añadió las demás cosas como surgidas y ligadas a esta cabeza, que son "gozo, paz, longanimidad, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza" (Gál. 5, 22). Porque ¿quién se alegra bien, si no ama el bien del que se alegra? ¿Quién tiene verdadera paz, sino con aquel a quien ama verdaderamente? ¿Quién es longánime en perseverar en el bien, si no arde en amor? ¿Quién es benigno, si no ama a quien ayuda? ¿Quién es bueno, si no se hace bueno amando? ¿Quién es fiel de manera saludable, si no es con la fe que obra por el

amor? ¿Quién es útilmente manso, a quien no modera el amor? ¿Quién se abstiene de lo que lo deshonra, si no ama lo que lo honra? Por lo tanto, el buen maestro recomienda tan a menudo el amor, como si solo esto debiera ser mandado, sin el cual no pueden ser útiles las demás cosas buenas, y que no puede tenerse sin las demás cosas buenas, por las cuales el hombre se hace bueno.

2. Pero por este amor debemos soportar pacientemente también los odios del mundo. Porque es necesario que nos odie, a quienes ve que no queremos lo que ama. Pero el Señor nos consuela mucho de sí mismo, quien después de haber dicho: "Esto os mando, que os améis unos a otros"; añadió, y dijo: "Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros". ¿Por qué, entonces, se levanta un miembro sobre la cabeza? Rechazas estar en el cuerpo, si no quieres soportar el odio del mundo con la cabeza. "Si fuerais del mundo", dice, "el mundo amaría lo que es suyo". A toda la Iglesia ciertamente dice esto, a la que a menudo también llama mundo: como es aquello, "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo" (2 Cor. 5, 19). Y también aquello: "No vino el Hijo del Hombre para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él" (Juan 3, 16). Y en su Epístola, Juan dice: "Tenemos un abogado para con el Padre, a Jesucristo el justo, y Él es la propiciación por nuestros pecados; no solo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1 Juan 2, 1-2). Todo el mundo, por lo tanto, es la Iglesia, y todo el mundo odia a la Iglesia. Por lo tanto, el mundo odia al mundo, el enemigo al reconciliado, el condenado al salvado, el contaminado al purificado.

3. Pero este mundo que Dios reconcilia consigo en Cristo, y que es salvado por Cristo, y al que por Cristo se le perdona todo pecado, es elegido del mundo enemigo, condenado, contaminado. Porque de esa masa que toda pereció en Adán, se hacen vasos de misericordia, en los cuales está el mundo que pertenece a la reconciliación: al que el mundo odia, perteneciente a la misma masa a los vasos de ira, que están preparados para la perdición (Rom. 9, 21-23). Por lo tanto, cuando dijo: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo"; inmediatamente añadió: "Pero porque no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por eso el mundo os odia". Por lo tanto, ellos también eran de allí, de donde para no ser, fueron elegidos de allí, no por sus méritos, de los cuales no había precedido ninguna buena obra; no por naturaleza, que toda había sido viciada en la misma raíz por el libre albedrío: sino por gracia gratuita, es decir, verdadera gracia. Porque quien del mundo eligió al mundo, hizo lo que eligió, no lo encontró: porque "el remanente según la elección de gracia ha sido salvo. Y si es por gracia", dice, "ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia" (Rom. 11, 5-6).

4. Pero si se pregunta cómo se ama a sí mismo el mundo de perdición, que odia al mundo de redención; ciertamente se ama a sí mismo con un amor falso, no verdadero. Por lo tanto, se ama falsamente, y verdaderamente se odia. Porque quien ama la iniquidad, odia su alma (Salmo 10, 6). Pero se dice que se ama a sí mismo, porque ama la iniquidad por la cual es iniquo: y nuevamente se dice que se odia a sí mismo, porque ama lo que le daña. Por lo tanto, odia en sí mismo la naturaleza, ama el vicio: odia lo que fue hecho en él por la bondad de Dios, ama lo que fue hecho en él por la libre voluntad. Por lo tanto, también nosotros somos prohibidos de amarlo y mandados a amarlo, si entendemos correctamente: prohibidos, ciertamente, cuando se nos dice: "No améis al mundo" (1 Juan 2, 15); y mandados, cuando se nos dice: "Amad a vuestros enemigos" (Lucas 6, 27). Ellos son el mundo que nos odia. Por lo tanto, somos prohibidos de amar en él lo que él ama en sí mismo; y mandados a amar en él lo que él odia en sí mismo, es decir, la obra de Dios, y las diversas consolaciones de su bondad. Porque se nos prohíbe amar el vicio en él, y se nos manda amar la naturaleza, cuando él ama

en sí mismo el vicio, y odia la naturaleza: para que nosotros lo amemos y lo odiemos correctamente, cuando él se ama y se odia a sí mismo perversamente.

TRACTATUS LXXXVIII. Sobre lo que dice Jesús: "Acordaos de mi palabra", etc., hasta el punto: "Pero todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió". Cap. XV, V. 20, 21.

1. Exhortando el Señor a sus siervos a soportar pacientemente los odios del mundo, no les propone un ejemplo mayor y mejor que el de sí mismo: porque, como dice el apóstol Pedro, Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas (I Pedro II, 21). Y si lo hacemos, lo hacemos con su ayuda, quien dijo: Sin mí nada podéis hacer. Finalmente, a quienes ya les había dicho: Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros; y ahora en lo que habéis oído, cuando se leía el Evangelio, dice: Recordad mi palabra que os dije: No es el siervo mayor que su señor: si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Pero al decir: No es el siervo mayor que su señor, ¿no muestra evidentemente cómo debemos entender lo que antes había dicho: Ya no os llamo siervos (Juan XV, 5; XVIII, 15)? Pues aquí los llama siervos. Porque, ¿qué otra cosa es: No es el siervo mayor que su señor: si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán? Es evidente, por tanto, que aquel siervo que no permanece en la casa para siempre (Juan VIII, 35), aquel que pertenece al temor que el amor echa fuera (I Juan IV, 18), debe entenderse donde se dijo: Ya no os llamo siervos; pero aquí donde se dice: No es el siervo mayor que su señor: si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán, se significa al siervo que pertenece al temor casto, que permanece por los siglos de los siglos (Salmo XVIII, 10). Este siervo es el que oirá: Bien, siervo bueno, entra en el gozo de tu Señor (Mateo XXV, 21).

2. Pero estas cosas, dice, os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió. ¿Qué cosas os harán, sino las que dijo, es decir, os odiarán y os perseguirán, y despreciarán vuestra palabra? Porque si no guardaran su palabra, pero no los odiaran, ni los persiguieran; o incluso si los odiaran, pero no los persiguieran: no harían todas las cosas. Pero todas estas cosas os harán por causa de mi nombre, ¿qué otra cosa es decir, sino que me odiarán en vosotros, me perseguirán en vosotros, y no guardarán vuestra palabra porque es mía? Porque todas estas cosas os harán por causa de mi nombre: no por el vuestro, sino por el mío. Tanto más miserables, por tanto, son aquellos que hacen estas cosas por este nombre, cuanto más bienaventurados son aquellos que sufren estas cosas por este nombre: como él mismo dice en otro lugar, Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia (Mateo V, 10). Esto es por mí, o por causa de mi nombre: porque, como enseña el Apóstol, Él se hizo para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención; para que, como está escrito, El que se gloría, gloríese en el Señor (I Cor. I, 30 y 31). Porque los malos hacen estas cosas a los malos; pero no por causa de la justicia: y por eso son miserables ambos, tanto los que hacen como los que padecen. También los buenos hacen cosas a los malos: donde, aunque lo hagan por causa de la justicia, no obstante, aquellos no padecen por causa de la justicia.

3. Pero alguien podría decir: Si los malos, cuando persiguen a los buenos por causa del nombre de Cristo, los buenos padecen por causa de la justicia, ciertamente los malos hacen estas cosas por causa de la justicia; si es así, entonces también cuando los buenos persiguen a los malos por causa de la justicia, los malos también padecen por causa de la justicia. Pues si los malos pueden hacer persecución a los buenos por causa del nombre de Cristo, ¿por qué no pueden los malos padecer persecución de los buenos por causa del nombre de Cristo; y qué

es, sino por causa de la justicia? Porque si no es por lo que los buenos hacen, por esto los malos padecen; porque los buenos hacen por causa de la justicia, los malos padecen por causa de la injusticia: tampoco los malos pueden hacer por esto por lo que los buenos padecen, porque los malos hacen por causa de la injusticia, los buenos padecen por causa de la justicia. ¿Cómo, pues, será verdad, Todas estas cosas os harán por causa de mi nombre; cuando ellos no hacen por causa del nombre de Cristo, es decir, no por causa de la justicia, sino por causa de su iniquidad? Esta cuestión se resuelve así, si entendemos que se dijo, Todas estas cosas os harán por causa de mi nombre, de modo que todo se refiera a los justos; como si se dijera, Todas estas cosas las padeceréis de ellos por causa de mi nombre: para que esto sea, os harán, lo que es, padeceréis de ellos. Pero si por causa de mi nombre se toma así, como si dijera, por causa de mi nombre que odian en vosotros; así puede tomarse, y por causa de la justicia que odian en vosotros: y por lo tanto, los buenos cuando hacen persecución a los malos, pueden decirse con razón que lo hacen por causa de la justicia, que amando persiguen a los malos; y por causa de la iniquidad, que odian en los mismos malos: así, pues, también los mismos malos pueden decirse que padecen, tanto por causa de la iniquidad que en ellos se castiga, como por causa de la justicia que se ejerce en su castigo.

4. También se puede preguntar si incluso los malos hacen persecución a los malos; como los reyes impíos y los jueces, cuando eran perseguidores de los piadosos, ciertamente también castigaban a homicidas, adúlteros, y cualquier malhechor que supieran que habían actuado contra las leyes públicas; ¿cómo se entiende lo que dice el Señor, Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo (Juan XV, 19)? Pues no ama el mundo a aquellos a quienes castiga, de quienes vemos que a menudo se castigan los crímenes mencionados: a menos que el mundo esté en aquellos por quienes se castigan tales crímenes, y el mundo esté en aquellos por quienes se aman tales crímenes. Así, el mundo que se entiende en los malos e impíos, odia lo que es suyo, en la parte de los hombres en que daña a los malvados; y ama lo que es suyo, en la parte de los hombres en que favorece a los mismos malvados. Por lo tanto, Todas estas cosas os harán por causa de mi nombre, se dijo así, por lo que vosotros padecéis; o así, por lo que ellos mismos hacen: porque también esto en vosotros, mientras os persiguen, lo odian. Y añadió: Porque no conocen al que me envió. Esto debe entenderse según el conocimiento del que también está escrito en otro lugar, Conocerte a ti es la inteligencia perfecta (Sab. VI, 16). Porque con este conocimiento, quienes conocen al Padre que envió a Cristo, de ninguna manera persiguen a aquellos que Cristo reúne; porque ellos mismos también son reunidos con ellos por Cristo.

TRACTATUS LXXXIX. Sobre lo que dice el Señor, Si no hubiera venido y les hubiera hablado; hasta aquello, El que me odia, odia también a mi Padre. Cap. XV, V\ V\. 22, 23.

1. Anteriormente, el Señor había dicho a sus discípulos: Si me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra: pero todas estas cosas os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió. Si buscamos de quién dijo esto, encontramos que llegó a estas palabras desde lo que había dicho: Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros; ahora bien, lo que añadió, Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado, muestra más claramente a los judíos. Por tanto, también decía esto de ellos; pues así lo indica el contexto de las palabras. Porque de ellos dice, Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado, de quienes decía, Si me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra: pero todas estas cosas os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió: a estas palabras también añade, Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado. Los judíos, por tanto, persiguieron a Cristo, como el Evangelio lo indica clarísimamente; Cristo habló a los judíos, no a otras

naciones: en ellos, por tanto, quiso entenderse el mundo, que odia a Cristo y a sus discípulos; más bien, no solo en ellos, sino que también mostró que estos pertenecen al mismo mundo. ¿Qué significa, entonces, Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado? ¿Acaso los judíos estaban sin pecado antes de que Cristo viniera a ellos en la carne? ¿Quién diría esto, aunque fuera el más necio? Pero quiere que se entienda un gran pecado, no todo pecado, bajo un nombre general. Este es el pecado que retiene todos los pecados, que si uno no lo tiene, se le perdonan todos los pecados: esto es, porque no creyeron en Cristo, quien vino para que se creyera en él. Este pecado, si no hubiera venido, ciertamente no lo tendrían. Porque su venida, tanto para los creyentes es salvadora, como para los no creyentes se convierte en causa de perdición: como también él mismo, cabeza y príncipe de los Apóstoles, que de sí mismos dijeron, se convirtió para algunos en olor de vida para vida, y para otros en olor de muerte para muerte (II Cor. II, 16).

2. Pero lo que añadió, y dijo: Ahora bien, no tienen excusa por su pecado, puede mover a los que preguntan si aquellos a quienes no vino Cristo, ni les habló, tienen excusa por su pecado. Pues si no la tienen, ¿por qué aquí se dijo que estos no la tienen porque vino y les habló? Pero si la tienen, ¿la tienen para ser eximidos de las penas, o para ser castigados más levemente? A estas preguntas, según mi capacidad, respondo, con la ayuda del Señor, que tienen excusa, no de todo su pecado, sino de este pecado de no haber creído en Cristo, a quienes no vino, y a quienes no habló. Pero no están en el número de aquellos a quienes en los discípulos vino, y a quienes por los discípulos habló, lo cual también hace ahora: pues por su Iglesia viene a los Gentiles, y por la Iglesia habla a los Gentiles. A esto se refiere lo que dice: El que os recibe, me recibe a mí (Mateo X, 40): y, El que os desprecia, me desprecia a mí (Lucas X, 16). ¿O queréis, dice el apóstol Pablo, recibir prueba de que Cristo habla en mí? (II Cor. XIII, 3).

3. Queda por investigar si aquellos que antes de que Cristo viniera a los Gentiles en la Iglesia, y antes de que oyeran su Evangelio, fueron prevenidos por el fin de esta vida, o son prevenidos, pueden tener esta excusa. Pueden ciertamente, pero no por eso pueden escapar de la condenación. Porque todos los que pecaron sin Ley, sin Ley también perecerán: y todos los que pecaron en la Ley, por la Ley serán juzgados (Rom. II, 12). Estas palabras del Apóstol, puesto que lo que dice, perecerán, suena más terrible que lo que dice, serán juzgados; no solo no parecen mostrar que esta excusa ayude, sino que incluso parecen agravar más. Porque quienes se excusan porque no oyeron, perecerán sin Ley.

4. Pero si aquellos que, cuando oyeron, despreciaron, o incluso resistieron, no solo contradiciendo, sino también persiguiendo con odios a aquellos de quienes oyeron, deben ser considerados entre aquellos de quienes parece sonar algo más leve lo que se dijo, serán juzgados por la Ley, merece ser investigado. Pero si es diferente perecer sin Ley, y ser juzgados por la Ley, y aquello es más grave, esto más leve; sin duda no deben ser puestos estos en esta pena más leve, porque ni siquiera pecaron en la Ley, sino que absolutamente no quisieron recibir la Ley de Cristo, y en cuanto a ellos respecta, absolutamente quisieron que no existiera. Pero aquellos pecan en la Ley, que están en la Ley, es decir, que la reciben, y confiesan que es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno (Rom. VII, 12); pero por debilidad no cumplen lo que de ella rectísimamente se manda, no pueden dudar. Estos son los que de alguna manera quizás pueden ser distinguidos de la perdición de aquellos que están sin Ley: si, sin embargo, lo que el Apóstol dice, serán juzgados por la Ley, debe tomarse como si dijera, no perecerán; lo cual es extraño si es así. Pues no era de infieles y fieles de lo que hablaba para decir esto, sino de Gentiles y Judíos: que ciertamente ambos, a menos que sean salvados en ese Salvador que vino a buscar lo que se había perdido (Lucas XIX, 10), sin duda pertenecerán a la perdición. Aunque se puede decir que unos perecerán más gravemente, otros más levemente, es decir, unos sufrirán penas más graves, otros más leves

en su perdición. Porque perecer ante Dios se dice de quienquiera que sea separado por castigo de aquella bienaventuranza que da a sus santos: pero hay tanta diversidad de castigos como hay diversidad de pecados; lo cual, cómo se tiene, lo juzga más profundamente la sabiduría divina de lo que la conjetura humana puede escrutar o expresar. Ciertamente, aquellos a quienes vino, y a quienes habló Cristo, no tienen de su gran pecado de infidelidad aquella excusa, con la que puedan decir, No vimos, no oímos: ya sea que esta excusa no sea aceptada por aquel cuyos juicios son inescrutables, o sea aceptada, y si no para ser liberados de toda condenación, ciertamente para ser condenados algo más levemente.

5. El que me odia, dice, odia también a mi Padre. Aquí quizás se nos diga: ¿Quién puede odiar a quien no conoce? Y ciertamente antes de que dijera, Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado, había dicho a sus discípulos: Estas cosas os harán, porque no conocen al que me envió. ¿Cómo, pues, no conocen y odian? Pues si no lo que él es, sino algo diferente de él opinan; ciertamente no lo odian a él, sino aquello que con su falsa sospecha o vana creencia conciben. Y sin embargo, a menos que los hombres pudieran odiar lo que no conocen, la verdad no habría dicho ambas cosas, que odian al Padre y no lo conocen. Pero cómo puede suceder esto, si con la ayuda del Señor podemos demostrarlo; porque esta disertación ya debe cerrarse, ahora no puede hacerse.

TRACTATUS XC. Sobre aquello, El que me odia, odia también a mi Padre. Cap. XV, V\. 23.

1. Habéis oído al Señor diciendo: El que me odia, odia también a mi Padre; quien anteriormente había dicho: Estas cosas os harán, porque no conocen al que me envió. No surge, por tanto, una cuestión que deba ser ignorada, cómo pueden odiar a quien no conocen. Pues si de Dios no lo que él es, sino algo diferente de él sospechan o creen, y esto odian; ciertamente no lo odian a él, sino aquello que con su falsa sospecha o vana creencia conciben. Pero si lo que él es, esto de él sienten, ¿cómo se dice que no lo conocen? Y ciertamente de los hombres puede suceder que a menudo a quienes nunca hemos visto, los amemos; y por tanto, tampoco es imposible lo contrario, que a quienes nunca hemos visto, los odiemos. Pues la fama de alguien hablando bien o mal, hace con razón que amemos u odiemos a un desconocido. Pero si la fama es veraz, ¿cómo se dice desconocido de quien hemos aprendido la verdad? ¿O es porque no hemos visto su rostro? Que aunque él mismo no lo vea, sin embargo, no puede ser más conocido por nadie que por sí mismo. No se nos da a conocer, por tanto, en su rostro corporal la noticia de alguien. Pero se nos abre verdaderamente al conocimiento cuando no nos oculta sus costumbres y vida. De lo contrario, nadie podría conocerse a sí mismo, quien no puede ver su propio rostro. Pero ciertamente tanto más ciertamente que conocido es por otros, él mismo se conoce, cuanto más ciertamente puede ver con la vista interior lo que sabe, ver lo que desea, ver lo que vive: que cuando se nos abren también a nosotros, entonces verdaderamente se nos hace conocido. Por tanto, puesto que a menudo nos llegan de los ausentes o incluso de los muertos, ya sea por fama, ya sea por escritos; de aquí sucede que a menudo a quienes nunca hemos visto con el rostro del cuerpo (sin embargo, no a quienes no conocemos en absoluto), los odiamos o amamos.

2. Pero a menudo en ellos nuestra credulidad se engaña; porque no pocas veces tanto la historia, y mucho más la fama, mienten. Pero nos corresponde a nosotros no ser engañados por una opinión perniciosa, para que, puesto que no podemos indagar la conciencia de los hombres, tengamos una verdadera y cierta sentencia sobre las mismas cosas. Esto es, para que si no sabemos si tal o cual hombre es impúdico o pudoroso, sin embargo, odiemos la impudicia, y amemos la pudicia: y si no sabemos si aquel o aquel es injusto o justo, amemos la justicia, y detestemos la injusticia; no las que nosotros mismos errando nos inventamos, sino las que fielmente, esta para ser apetecida, aquella para ser evitada, contemplamos en la

verdad de Dios: para que cuando en las mismas cosas lo que debe ser apetecido lo apetecemos, lo que debe ser evitado lo evitamos, se nos perdone que sobre los ocultos de los hombres a veces, más bien continuamente, no sentimos la verdad. Pues esto creo que pertenece a la tentación humana, sin la cual no puede llevarse esta vida, de modo que el Apóstol dijera: No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana (I Cor. X, 13). Pues ¿qué hay más humano que no poder inspeccionar el corazón humano; y por eso no escudriñar sus escondrijos, sino a menudo sospechar algo diferente de lo que allí se hace? Aunque en estas tinieblas de las cosas humanas, es decir, de los pensamientos ajenos, aunque no podamos entender las sospechas, porque somos hombres; sin embargo, debemos contener los juicios, es decir, las sentencias definidas y firmes, y no juzgar nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, y ilumine lo oculto de las tinieblas, y manifieste los pensamientos del corazón; y entonces la alabanza será para cada uno de Dios (I Cor. IV, 5). Por tanto, cuando no se yerra en las cosas, para que sea recta la desaprobación de los vicios y la aprobación de las virtudes; ciertamente si se yerra en los hombres, es venial la tentación humana.

3. A través de estas tinieblas de los corazones humanos, ocurre algo muy sorprendente y lamentable: que a veces evitamos, rechazamos y prohibimos el acceso a alguien que creemos injusto, pero que en realidad es justo, y sin saberlo amamos la justicia en él. No queremos compartir la vida y el sustento con él; y si la necesidad de imponer disciplina lo exige, ya sea para que no dañe a otros o para que él mismo se corrija, lo perseguimos con una severidad saludable; y afligimos a un hombre bueno como si fuera malo, a quien amamos sin saberlo. Esto sucede, por ejemplo, si alguien es casto, pero nosotros lo creemos impúdico. Sin duda, si amo al casto, amo lo que él es: por lo tanto, también lo amo a él, aunque no lo sepa. Y si odio al impúdico, no lo odio a él; porque no es lo que odio: y sin embargo, hago daño a mi amado, con quien mi alma siempre habita en la caridad de la castidad, ignorando, no errando en la distinción de virtudes y vicios, sino en las tinieblas de los corazones humanos. Así como puede suceder que un hombre bueno odie a otro hombre bueno sin saberlo, o más bien lo ame sin saberlo (pues ama lo que él es cuando ama lo bueno); puede odiar sin saberlo no a él, sino lo que cree que él es: así también puede suceder que un hombre injusto odie a un hombre justo, y mientras cree que ama a un injusto como él, sin saberlo ama al justo; y sin embargo, mientras lo cree injusto, no lo ama a él, sino lo que cree que él es. De la misma manera con el hombre, así también con Dios. Finalmente, si se preguntara a los judíos si aman a Dios, ¿qué otra cosa responderían sino que lo aman, sin mentir desde el corazón, sino errando en su opinión? ¿Cómo podrían amar al Padre de la verdad, si odian la verdad? No quieren que sus obras sean condenadas, y la verdad exige que tales obras sean condenadas: por lo tanto, odian la verdad tanto como odian sus castigos, que la verdad impone a tales obras. Pero no saben que es la verdad la que condena a los que son como ellos: por lo tanto, odian lo que no conocen; y al odiarla, ciertamente no pueden sino odiar también a aquel de quien nació. Y así, porque no conocen que la verdad que los condena ha nacido de Dios Padre; ciertamente también lo desconocen y lo odian. ¡Oh, miserables hombres, que quieren ser malos, pero no quieren que la verdad que los condena sea lo que es! No quieren que ella sea lo que es, cuando deberían no querer ser lo que son; para que, permaneciendo ella, ellos cambien, y no sean condenados por ella.

TRACTATUS XCI. En estas palabras, Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más ha hecho; hasta, Porque me odiaron sin causa. Cap. XV, V\ V\. 24, 25.

1. El Señor había dicho: Quien me odia, también odia a mi Padre. Porque quien odia la verdad, necesariamente odia también a aquel de quien la verdad ha nacido: de esto ya hemos hablado tanto como se nos ha concedido. Luego añadió lo que ahora debemos discutir: Si no

hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más ha hecho, no tendrían pecado. Ese pecado grande, del cual también dijo antes, Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado. Este es el pecado de no haber creído en él cuando hablaba y actuaba. Porque no es que no tuvieran pecado antes de que él les hablara y actuara entre ellos; pero este pecado de no haber creído en él se menciona así porque por este pecado están retenidos todos los demás. Porque si no tuvieran este pecado, y creyeran en él, también los demás serían perdonados.

2. Pero, ¿qué significa esto que, cuando dijo, Si no hubiera hecho entre ellos las obras, añadió inmediatamente, que nadie más ha hecho? Porque no parece haber en las obras de Cristo mayores que la resurrección de los muertos; lo cual sabemos que también hicieron los antiguos profetas. Lo hizo Elías (1 Reyes 17, 21-22), lo hizo Eliseo tanto cuando vivía en esta carne (2 Reyes 4, 35), como cuando yacía sepultado en su tumba. Pues unos que llevaban un muerto, al huir de unos enemigos, lo pusieron allí, y al instante resucitó (2 Reyes 13, 21). Sin embargo, Cristo hizo algunas cosas que nadie más hizo: como alimentar a cinco mil hombres con cinco panes, y a cuatro mil con siete panes (Mateo 14, 15-21 y 15, 32-38); caminar sobre las aguas, y permitir que Pedro lo hiciera (Mateo 14, 25 y 29); convertir el agua en vino (Juan 2, 9); abrir los ojos del ciego de nacimiento (Juan 9, 7), y muchas otras cosas que sería largo enumerar. Pero se nos responde que otros también hicieron cosas que él no hizo, y que nadie más hizo. ¿Quién sino Moisés golpeó a los egipcios con tantas y tan grandes plagas (Éxodo 7-12), dividió el mar y condujo al pueblo (Éxodo 14, 21-29), obtuvo maná del cielo para los hambrientos (Éxodo 16), hizo brotar agua de la roca para los sedientos (Éxodo 17, 6)? ¿Quién sino Josué dividió las aguas del Jordán para que el pueblo pasara (Josué 3), y detuvo y fijó el sol en su curso con una oración a Dios (Josué 10, 12-14)? ¿Quién, aparte de Sansón, fue saciado por el agua que brotó de la quijada de un asno muerto debido a su sed (Jueces 15, 19)? ¿Quién, aparte de Elías, fue llevado en un carro de fuego a las alturas (2 Reyes 2, 11)? ¿Quién, aparte de Eliseo, como mencioné antes, devolvió a la vida el cadáver de otro con su propio cadáver sepultado? ¿Quién, aparte de Daniel, vivió inocuo entre los leones hambrientos encerrados con él (Daniel 6, 22)? ¿Quién, aparte de los tres jóvenes, Ananías, Azarías y Misael, caminó ileso en las llamas ardientes sin quemarse (Daniel 3, 93)?

3. Paso por alto otras cosas, ya que considero que estas son suficientes para demostrar que algunos santos hicieron ciertas obras maravillosas que nadie más hizo. Pero no se lee de ninguno de los antiguos que sanara tantas enfermedades y dolencias de los mortales con tanto poder. Para no mencionar a aquellos que sanó individualmente con solo una orden, como se presentaban; el evangelista Marcos dice en un lugar: Al atardecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y poseídos por demonios; y toda la ciudad estaba reunida a la puerta: y curó a muchos que sufrían de diversas enfermedades, y expulsó muchos demonios (Marcos 1, 32-34). Y cuando Mateo lo mencionó, también añadió un testimonio profético diciendo: Para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, Él tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias (Mateo 8, 17). De nuevo, en otro lugar, Marcos dice: Y dondequiera que entraba, en aldeas, ciudades o campos, ponían a los enfermos en las plazas, y le rogaban que les dejara tocar siquiera el borde de su manto; y todos los que lo tocaban quedaban sanos (Marcos 6, 56). Esto nadie más hizo entre ellos. Así debe entenderse lo que dijo, entre ellos, no entre ellos o delante de ellos; sino precisamente entre ellos, porque los sanó. Quiso que se entendieran estas cosas que no solo causaban admiración, sino que también conferían una salvación manifiesta; por estos beneficios, ciertamente debieron devolver amor, no odio. Todos los milagros de los demás son superados por el hecho de que nació de una virgen, y solo él pudo no violar la integridad de su madre ni al ser concebido ni al nacer: pero esto no se hizo delante de ellos, ni entre ellos. Para conocer la verdad de este milagro, no fue con una visión común con ellos, sino con un discipulado separado de ellos

que los Apóstoles llegaron a conocer. Ahora bien, el hecho de que al tercer día en la carne en la que había sido asesinado, se levantó del sepulcro vivo, y nunca más moriría, ascendió al cielo con ella, supera también todo lo que hizo: pero tampoco esto se hizo entre los judíos, ni delante de ellos; y aún no lo había hecho cuando decía, Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más ha hecho.

4. Por lo tanto, son aquellas obras que mostraron tales milagros de salvación en sus enfermedades, como nadie antes les había otorgado: estas vieron, y reprochándoles esto, añade y dice, Ahora bien, han visto y han odiado tanto a mí como a mi Padre: pero para que se cumpla la palabra que está escrita en su Ley, Me odiaron sin causa. Llama a su Ley, no porque la inventaron ellos, sino porque les fue dada: así como decimos, Nuestro pan de cada día; que sin embargo pedimos a Dios, añadiendo, danos (Mateo 6, 11). Odia sin causa quien no busca ningún beneficio del odio, ni evita ningún inconveniente: así odiaron al Señor los impíos; así aman los justos, es decir, sin causa, para que no esperen otros bienes aparte de él, ya que él será todo en todos. Quienquiera que mire más profundamente a Cristo diciendo, Si no hubiera hecho entre ellos las obras que nadie más ha hecho (pero si el Padre o el Espíritu Santo las hizo, nadie más las hizo, porque la sustancia de la Trinidad es una), encontrará que él mismo las hizo, si alguna vez algún hombre de Dios hizo algo así. Porque él puede hacer todo en sí mismo por sí mismo; pero nadie puede hacer nada sin él. Cristo con el Padre y el Espíritu Santo, no son tres dioses, sino un solo Dios, de quien está escrito, Bendito sea el Señor Dios de Israel, que hace maravillas solo (Salmo 71, 18). Por lo tanto, nadie más hizo las obras que hizo entre ellos; porque quienquiera que otro hombre haya hecho algo de ellas, lo hizo con él haciéndolo. Pero estas las hizo él, no ellos haciéndolas.

TRACTATUS XCII. En estas palabras, Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, etc. Cap. XV, V\ V\. 26, 27.

1. El Señor Jesús, en el discurso que dirigió a sus discípulos después de la cena, próximo a su pasión, como si fuera a irse y dejarlos en presencia corporal, pero estando con todos sus fieles hasta el fin del mundo en presencia espiritual, los exhortó a soportar las persecuciones de los impíos, a quienes llamó con el nombre de mundo: de donde, sin embargo, también dijo que había elegido a sus discípulos, para que supieran que son lo que son por la gracia de Dios, pero lo que fueron por sus propios vicios. Luego expresó claramente a sus perseguidores, tanto a los suyos como a los judíos, para que apareciera completamente que también ellos estaban incluidos bajo la denominación de mundo condenable, que persigue a los santos. Y mientras hablaba de ellos diciendo que no conocían a aquel de quien fue enviado, y sin embargo odiaban tanto al Hijo como al Padre, es decir, tanto a aquel que fue enviado como a aquel de quien fue enviado, de todo lo cual ya hemos discutido en otros discursos; llegó a decir, Para que se cumpla la palabra que está escrita en su Ley, Me odiaron sin causa. Luego, como si añadiera consecuentemente, lo que ahora hemos asumido discutir: «Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y vosotros también daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio.» ¿Qué tiene esto que ver con lo que había dicho, «Ahora bien, han visto y han odiado tanto a mí como a mi Padre: pero para que se cumpla la palabra que está escrita en su Ley, Me odiaron sin causa»? ¿O es porque cuando vino el Paráclito, el Espíritu de verdad, convenció con un testimonio más manifiesto a aquellos que vieron y odiaron? Más bien, incluso convirtió a algunos de aquellos que vieron y aún odiaban, a la fe que obra por el amor (Gálatas 5, 6), mediante su manifestación. Para entender esto así, recordamos que así fue hecho. Porque el Espíritu Santo vino el día de Pentecostés sobre ciento veinte personas reunidas, entre las cuales estaban todos los Apóstoles, y llenos de él, hablaban en las lenguas de todas las naciones, muchos de los que odiaban, asombrados por tan gran milagro (ya que

vieron que mientras Pedro hablaba, se daba un testimonio tan grande y divino de Cristo, que aquel que había sido asesinado por ellos y contado entre los muertos, se probaba que había resucitado y vivía), compungidos de corazón se convirtieron; y recibieron el perdón de tan gran sangre derramada tan impía y cruelmente, redimidos por la misma sangre que derramaron (Hechos 2, 2). Porque la sangre de Cristo fue derramada para la remisión de todos los pecados, de modo que incluso pudiera borrar el pecado por el cual fue derramada. Esto es lo que el Señor preveía cuando decía, Me odiaron sin causa: cuando venga el Paráclito, él dará testimonio de mí: como si dijera, Me odiaron y me mataron viendo; pero el Paráclito dará tal testimonio de mí, que los hará creer en mí sin ver.

2. Y vosotros, dice, daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio. El Espíritu Santo dará testimonio, y vosotros también daréis testimonio. Porque habéis estado conmigo desde el principio, podéis predicar lo que sabéis: para que ahora no lo hagáis, la plenitud de ese Espíritu aún no está con vosotros. Él dará testimonio de mí, y vosotros daréis testimonio: porque os dará la confianza para dar testimonio, la caridad de Dios derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo que os será dado (Romanos 5, 5). La cual ciertamente le faltó a Pedro, cuando aterrorizado por la pregunta de una criada, no pudo dar verdadero testimonio; sino que, impulsado por un gran temor, fue obligado a negar tres veces, contra su propia promesa (Mateo 26, 69-74). Pero este temor no está en la caridad, sino que la caridad perfecta echa fuera el temor (1 Juan 4, 18). Finalmente, antes de la pasión del Señor, su temor servil fue interrogado por una mujer de servidumbre; pero después de la resurrección del Señor, su amor libre fue interrogado por el mismo Príncipe de la libertad (Juan 21, 15): y por eso allí se turbaba, aquí se tranquilizaba; allí negaba a quien había amado, aquí amaba a quien había negado. Pero incluso entonces, ese amor era aún débil y estrecho, hasta que el Espíritu Santo lo fortaleció y lo ensanchó. Después de que le fue infundida la abundancia de una gracia más generosa, el Espíritu Santo encendió su pecho antes frío para dar testimonio de Cristo, y abrió su boca antes temerosa que había suprimido la verdad, para que cuando todos aquellos en quienes había venido el Espíritu Santo hablaran en las lenguas de todas las naciones, él solo se destacara más prontamente que los demás para dar testimonio de Cristo, y confundiera a los judíos, sus asesinos, con la resurrección de aquel. Si alguien se deleita en contemplar tan suavemente un espectáculo tan santo, lea los Hechos de los Apóstoles (Hechos 2-5): allí vea al bienaventurado Pedro, a quien había dolido negar, asombrarse predicando; allí vea aquella lengua que fue trasladada de la desconfianza a la confianza, y de la servidumbre a la libertad, convertir tantas lenguas de enemigos a la confesión de Cristo, de las cuales no podía soportar una sola, y se había vuelto a la negación. ¿Qué más? Tal resplandor de gracia, tal plenitud del Espíritu Santo aparecía en él, tales pesos de la verdad más preciosa procedían de su boca predicante, que hizo a la multitud de adversarios, asesinos de Cristo, estar dispuestos a morir por él, de quienes con él temía ser asesinado. Esto hizo el Espíritu Santo, entonces enviado, antes prometido. Estos grandes y maravillosos beneficios del Señor preveía, cuando decía, «Y han visto y han odiado tanto a mí como a mi Padre: para que se cumpla la palabra que está escrita en su Ley, Me odiaron sin causa. Cuando venga el Paráclito que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí; y vosotros daréis testimonio.» Porque él, dando testimonio y haciendo testigos muy fuertes, quitó el temor a los amigos de Cristo, y convirtió el odio de los enemigos en amor.

TRACTATUS XCIII. Sobre lo que el Señor dice, Estas cosas os he hablado para que no os escandalicéis; hasta, Pero os he hablado estas cosas para que, cuando llegue su hora, recordéis que os lo dije. Cap. XVI, V\. 1-4.

1. En los pasajes que preceden a este capítulo del Evangelio, el Señor, al confirmar a sus discípulos para soportar el odio de los enemigos, también los preparó con su ejemplo, para que al imitarlo se hicieran más fuertes: añadiendo y prometiéndoles que vendría el Espíritu Santo, quien daría testimonio de Él, y agregando que ellos también serían sus testigos, esto ciertamente operando en ellos el Espíritu Santo. Pues así dijo: Él dará testimonio de mí, y vosotros daréis testimonio. Ciertamente porque Él dará testimonio, también vosotros daréis testimonio: Él en vuestros corazones, vosotros con vuestras voces; Él inspirando, vosotros resonando: para que se pueda cumplir, Por toda la tierra salió su sonido (Salmo XVIII, 5). Pues poco habría sido exhortarlos con su ejemplo, si no los llenara con su Espíritu. De hecho, el apóstol Pedro, cuando ya había escuchado sus palabras, donde decía, No es el siervo mayor que su señor: si a mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán (Juan XV, 20); y ya veía esto cumplirse en Él, en quien debía imitar la paciencia de su Señor si el ejemplo fuera suficiente: sucumbió y negó, ciertamente no soportando lo que veía que Él soportaba. Cuando verdaderamente recibió el don del Espíritu Santo, predicó a quien había negado; y a quien temía confesar, no temió profesar. Pues primero había sido instruido con el ejemplo, para que supiera lo que convenía hacer; pero aún no había sido fortalecido con la virtud, para hacer lo que sabía: había sido instruido para mantenerse firme, pero no estaba asegurado para no caer. Una vez que esto se hizo por el Espíritu Santo, anunció hasta la muerte a quien había negado temiendo la muerte. Por eso el Señor en este capítulo siguiente, del cual ahora os hablaré, dice: Estas cosas os he hablado para que no os escandalicéis. Pues se canta en el Salmo, Mucha paz tienen los que aman tu ley, y no hay para ellos tropiezo (Salmo CXVIII, 165). Con razón, por tanto, al prometer el Espíritu Santo, quien operando en ellos los haría sus testigos, añadió: Estas cosas os he hablado para que no os escandalicéis. Pues cuando el amor de Dios se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rom. V, 5), se hace mucha paz para los que aman la ley de Dios, para que no haya tropiezo para ellos.

2. Luego, expresando lo que habrían de sufrir, dijo: Os expulsarán de las sinagogas. Pero, ¿qué mal había para los Apóstoles ser expulsados de las sinagogas judías, como si no fueran a separarse de allí, incluso si nadie los expulsara? Pero ciertamente quiso anunciar esto, porque los judíos no iban a recibir a Cristo, de quien ellos no se apartarían; y por eso iba a suceder que serían expulsados con Él, por aquellos que no querían estar en Él, aquellos que no podían estar sin Él. Pues ciertamente, porque no había otro pueblo de Dios que aquella descendencia de Abraham, si reconocieran y recibieran a Cristo, permanecerían como ramas naturales en el olivo (Id. XI, 17); y no habría otras Iglesias de Cristo, otras sinagogas de los judíos: pues serían las mismas si quisieran estar en lo mismo. Pero como no quisieron, ¿qué quedaba sino que, permaneciendo fuera de Cristo, expulsaran de las sinagogas a aquellos que no dejarían a Cristo? Pues habiendo recibido el Espíritu Santo, hechos sus testigos, ciertamente no serían como aquellos de quienes se dice: Muchos de los principales de los judíos creyeron en Él; pero por miedo a los judíos, no se atrevían a confesarlo, para no ser expulsados de las sinagogas: porque amaron más la gloria de los hombres que la de Dios (Juan XII, 42 y 43). Creyeron, pues, en Él, pero no como Él quería que creyeran, quien decía: ¿Cómo podéis creer, esperando gloria los unos de los otros, y no buscando la gloria que viene solo de Dios? (Id. V, 44). A los discípulos, pues, que así creían en Él, para que llenos del Espíritu Santo, es decir, del don de la gracia de Dios, no fueran del número de aquellos que, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia, no se sometieron a la justicia de Dios (Rom. X, 3); ni de aquellos de quienes se dijo: Amaron más la gloria de los hombres que la de Dios: les conviene aquella profecía, que se encuentra cumplida en ellos, Señor, en la luz de tu rostro caminarán, y en tu nombre se regocijarán todo el día, y en tu justicia serán exaltados; porque tú eres la gloria de su poder (Salmo LXXXVIII, 16-18). Con razón se les

dice: Os expulsarán de las sinagogas: aquellos que tienen celo de Dios, pero no según conocimiento; por lo cual, ignorando la justicia de Dios, y queriendo establecer la suya propia (Rom. X, 2 y 3), expulsan a aquellos que no se exaltan en su propia justicia, sino en la justicia de Dios, ni se avergüenzan de ser expulsados por los hombres, porque la gloria de su poder es Él mismo.

3. Finalmente, después de decirles esto, añadió: Pero viene la hora en que cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios: y estas cosas os harán, porque no han conocido al Padre ni a mí. Esto es, no han conocido a Dios ni a su Hijo, a quien piensan rendir servicio al mataros. Estas palabras el Señor las añadió, como si con esto consolara a los suyos, que serían expulsados de las sinagogas judías. Pues al predecirles qué males habrían de sufrir por su testimonio, dijo: Os expulsarán de las sinagogas. Y no dijo: Y viene la hora en que cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. ¿Qué dijo entonces? Pero viene la hora: como si dijera, si predijera algo bueno después de estos males. ¿Qué significa entonces, Os expulsarán de las sinagogas: pero viene la hora? Como si fuera a decir: Os separarán, pero yo os reuniré; o, Os separarán, pero viene la hora de vuestra alegría. ¿Qué significa entonces esta palabra que dice, Pero viene la hora, como si les prometiera consuelo después de la tribulación; cuando más bien parece que debería haber dicho en modo indicativo, Y viene la hora? Pero no dijo, Y viene, cuando les predijo que vendría tribulación sobre tribulación, no consuelo después de la tribulación. ¿O acaso esta separación de las sinagogas los iba a turbar tanto, que preferirían morir antes que permanecer en esta vida sin las congregaciones de los judíos? Lejos esté que se turbaran así, quienes buscaban la gloria de Dios, no la de los hombres. ¿Qué significa entonces, Os expulsarán de las sinagogas: pero viene la hora; cuando más bien parece que debería haber dicho, Y viene la hora, para que cualquiera que os mate, piense que rinde servicio a Dios? Pues ni siquiera se dijo, Pero viene la hora para que os maten, como si la muerte les ocurriera como consuelo de aquella separación; sino, Viene, dice, la hora en que cualquiera que os mate, pensará que rinde servicio a Dios. No me parece que quisiera significar otra cosa, sino que entendieran y se alegraran de que iban a ganar a tantos para Cristo, cuando fueran expulsados de las congregaciones de los judíos, que no bastaría con expulsarlos, sino que no los dejarían vivir, para que no convirtieran a todos al nombre de Cristo con su predicación, y apartaran de la observancia del judaísmo, como si fuera la verdad divina. Pues esto debemos entender que se dijo de los judíos, de quienes había dicho: Os expulsarán de las sinagogas. Pues los testigos, es decir, los mártires de Cristo, aunque fueron muertos por los gentiles; sin embargo, aquellos no pensaron que rendían servicio a Dios, sino a sus falsos dioses, cuando hacían esto. Pero todo judío que mató a los predicadores de Cristo, pensó que rendía servicio a Dios; creyendo que abandonaban al Dios de Israel, quienesquiera que se convertían a Cristo. Pues para que mataran al mismo Cristo, fueron movidos por esta razón: pues también sus palabras sobre este asunto están escritas. Ved que todo el mundo se ha ido tras Él (Juan XII, 19): si lo dejamos vivir, vendrán los romanos y nos quitarán el lugar y la nación. Y lo que dijo Caifás: Conviene que un hombre muera por el pueblo, y no perezca toda la nación (Id. XI, 48, 50). Y en este discurso, por tanto, el Señor levantó a sus discípulos con su ejemplo, a quienes había dicho: Si a mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán (Id. XV, 20); para que así como pensaron que rendían servicio a Dios al matarlo, así también a ellos.

4. Este es, por tanto, el sentido de estas palabras: Os expulsarán de las sinagogas; pero no temáis la soledad: pues separados de su congregación, reuniréis a tantos en mi nombre, que ellos, temiendo que el templo que estaba entre ellos, y todos los sacramentos de la antigua Ley sean abandonados, os matarán; derramando así vuestra sangre, pensando que rinden servicio a Dios. He aquí lo que el Apóstol dijo de ellos: Tienen celo de Dios, pero no según

conocimiento (Rom. X, 2): piensan que rinden servicio a Dios, matando a los siervos de Dios. ¡Oh error horrendo! ¿Es que para agradar a Dios, golpeas a quien agrada a Dios; y el templo vivo de Dios es derribado por tu golpe, para que no se abandone el templo de piedra de Dios? ¡Oh execrable ceguera! Pero en parte ha sucedido en Israel, para que la plenitud de los gentiles entrara: en parte, digo, ha sucedido, no en su totalidad. Pues no todos, sino algunos de las ramas fueron quebradas, para que el olivo silvestre fuera injertado (Id. XI, 25, 17). Pues cuando el Espíritu Santo llenó a los discípulos de Cristo, cuando hablaban en las lenguas de todas las naciones, cuando por ellos se realizaban frecuentemente milagros divinos, y se esparcían las palabras divinas, incluso muerto, Cristo fue tan amado, que sus discípulos, expulsados de las congregaciones de los judíos, reunieron también de entre los mismos judíos una gran multitud, y no temieron ninguna soledad (Hechos II-IV). Por esto, pues, encendidos los demás reprobos y ciegos, teniendo celo de Dios, pero no según conocimiento, y creyendo que rendían servicio a Dios, los mataban. Pero por aquellos muertos, Él los reunía; quien de estas cosas futuras, antes de ser muerto, los había instruido, para que las almas ignorantes e impreparadas no se turbaran por males inesperados e imprevistos, aunque pronto pasarían, sino que, conocidas de antemano y aceptadas pacientemente, los condujeran a bienes eternos. Pues esta fue la razón para predecirles estas cosas, como Él mismo demostró añadiendo: Pero os he dicho estas cosas, para que cuando llegue su hora, recordéis que yo os las dije. Su hora es una hora tenebrosa, una hora nocturna. Pero de día el Señor mandó su misericordia, y de noche la declaró (Salmo XLI, 9): cuando la noche de los judíos no oscureció con ninguna confusión el día de los cristianos; y cuando pudo matar la carne, no pudo oscurecer la fe.

TRACTADO XCIV. De lo que dice Jesús, Pero estas cosas no os las dije desde el principio, porque estaba con vosotros; hasta aquello, Pero si me voy, os lo enviaré. Cap. XVI, V. 5-7.

1. Cuando el Señor Jesús predijo a sus discípulos las persecuciones que habrían de sufrir después de su partida, añadió, y dijo: Pero estas cosas no os las dije desde el principio, porque estaba con vosotros: ahora, sin embargo, voy a aquel que me envió. Aquí primero debe considerarse si no les predijo antes las futuras pasiones. Pero los otros tres evangelistas demuestran suficientemente que Él predijo estas cosas antes de que se llegara a la cena (Mat. XXIV, 9; Marc. XIII, 9-13, y Luc. XXI, 12-17): la cual, según Juan, fue cuando dijo estas cosas, donde dice: Pero estas cosas no os las dije desde el principio, porque estaba con vosotros. ¿O acaso esta cuestión se resuelve porque también ellos narran que estaba próximo a la pasión cuando dijo estas cosas? No, pues, desde el principio cuando estaba con ellos, porque ya estaba por partir, y ya iba al Padre cuando dijo estas cosas: y por eso también según esos evangelistas es verdad lo que aquí se dice, Pero estas cosas no os las dije desde el principio. Pero, ¿qué hacemos con la fe del Evangelio según Mateo, quien recuerda que estas cosas les fueron anunciadas por el Señor no solo cuando ya estaba por cenar la Pascua con los discípulos, inminente la pasión, sino también desde el principio, cuando primero se nombran expresamente los doce Apóstoles, y son enviados a hacer obras divinas (Mat. X, 17)? ¿Qué significa entonces lo que aquí dice, Pero estas cosas no os las dije desde el principio, porque estaba con vosotros: sino que lo que aquí dice sobre el Espíritu Santo, que vendrá a ellos y dará testimonio cuando sufran esos males, estas cosas no se las dijo desde el principio, porque estaba con ellos?

2. Por tanto, aquel Consolador o abogado (pues ambos significados tiene la palabra griega paracletos), era necesario cuando Cristo se ausentara; y por eso no les había hablado de Él desde el principio cuando estaba con ellos, porque se consolaban con su presencia: pero al estar por partir, era necesario que dijera que vendría, por quien sucedería que, con el amor derramado en sus corazones, predicarían la palabra de Dios con confianza; y al dar testimonio Él en ellos sobre Cristo, ellos también darían testimonio; y no se escandalizarían cuando los

enemigos judíos los expulsaran de las sinagogas, y los mataran pensando que rendían servicio a Dios: porque el amor todo lo soporta (I Cor. XIII, 7), el cual habría de ser derramado en sus corazones por el don del Espíritu Santo (Rom. V, 5). De aquí, pues, se deriva todo este sentido, porque los haría sus mártires, es decir, sus testigos por el Espíritu Santo; para que, operando Él en ellos, soportaran cualquier aspereza de las persecuciones, y no se enfriaran en el amor de predicar, encendidos por aquel fuego divino. Estas cosas, pues, os he dicho, para que cuando llegue su hora, recordéis que yo os las dije (Juan XVI, 4). Estas cosas, es decir, no solo que sufriréis estas cosas; sino que cuando venga aquel paracletos, dará testimonio de mí, para que no calléis por miedo a estas cosas, de modo que también vosotros daréis testimonio. Pero estas cosas no os las dije desde el principio, porque estaba con vosotros, y yo os consolaba con mi presencia corporal, ofrecida a vuestros sentidos humanos, que como niños podíais captar.

3. Ahora, sin embargo, voy a aquel que me envió: y nadie, dice, de vosotros me pregunta, ¿A dónde vas? Significa que se iría de tal manera que nadie preguntaría, porque lo verían claramente con los ojos del cuerpo: pues antes le habían preguntado a dónde iba, y Él les había respondido que iba a donde ellos entonces no podían ir (Juan XIII, 36). Ahora, sin embargo, promete irse de tal manera que ninguno de ellos pregunte a dónde va. Pues una nube lo recibió cuando ascendió de ellos; y no lo buscaron con palabras mientras iba al cielo, sino que lo siguieron con los ojos (Hechos I, 9-11).

4. Pero porque os he dicho estas cosas, dice, la tristeza ha llenado vuestro corazón. Veía ciertamente lo que sus palabras hacían en sus corazones: pues aún no teniendo la consolación espiritual que habrían de tener por el Espíritu Santo, temían perder lo que veían exteriormente en Cristo; y porque no podían dudar de que lo perderían, ya que lo anunciaba verdaderamente, el afecto humano se entristecía, porque el aspecto carnal se desolaba. Pero Él sabía lo que más les convenía, porque la visión interior es ciertamente mejor, con la que el Espíritu Santo los consolaría; no introduciendo un cuerpo humano a los sentidos corporales, sino infundiéndose a sí mismo en los corazones de los creyentes. Finalmente, añade: Pero yo os digo la verdad, os conviene que yo me vaya. Porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros: pero si me voy, os lo enviaré: como si dijera, Os conviene que esta forma de siervo sea retirada de vosotros: la Palabra hecha carne habita en vosotros; pero no quiero que me améis carnalmente aún, y que contentos con esta leche deseéis siempre ser niños. Os conviene que yo me vaya. Porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros. Si no os quito los alimentos tiernos con los que os he alimentado, no desearéis el alimento sólido; si os aferráis carnalmente a la carne, no seréis capaces del Espíritu. Pues, ¿qué significa, Si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros: pero si me voy, os lo enviaré? ¿Acaso no podía enviarlo estando aquí? ¿Quién diría esto? Pues no es que donde Él estaba, este se hubiera apartado de allí; y así vino del Padre, sin dejar de estar en el Padre. Finalmente, ¿cómo no podía enviarlo estando aquí, a quien sabemos que vino sobre Él cuando fue bautizado y permaneció (Juan I, 32); más bien, a quien sabemos que nunca fue separable de Él? ¿Qué significa entonces, Si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; sino que, no podéis recibir el Espíritu, mientras persistáis en conocer a Cristo según la carne? Por eso, aquel que ya había recibido el Espíritu dice: Aunque conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos (II Cor. V, 16). Pues incluso la misma carne de Cristo no la conoce según la carne, quien conoce espiritualmente al Verbo hecho carne. Esto es ciertamente lo que quiso significar el buen maestro diciendo, Porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros: pero si me voy, os lo enviaré.

5. Sin embargo, al partir Cristo corporalmente, no solo el Espíritu Santo, sino también el Padre y el Hijo estuvieron con ellos espiritualmente. Pues si Cristo se alejó de ellos de tal manera que el Espíritu Santo estuviera en ellos en lugar de él, y no con él, ¿dónde queda su promesa cuando dice: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mateo 28, 20); y, "Vendremos a él, yo y el Padre, y haremos morada en él" (Juan 14, 23)? Cuando también prometió enviar al Espíritu Santo de tal manera que estaría con ellos para siempre. Por lo tanto, cuando de ser carnales o naturales iban a convertirse en espirituales, ciertamente habrían de tener al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo de manera más plena. No se debe creer que el Padre esté sin el Hijo y el Espíritu Santo, ni el Padre y el Hijo sin el Espíritu Santo, ni el Hijo sin el Padre y el Espíritu Santo, ni el Espíritu Santo sin el Padre y el Hijo, ni el Padre y el Espíritu Santo sin el Hijo: sino que donde está cualquiera de ellos, allí está la Trinidad, un solo Dios. Sin embargo, era necesario insinuar la Trinidad de tal manera que, aunque no haya diversidad de substancias, se recomiende individualmente la distinción de personas; donde para aquellos que entienden correctamente, nunca puede parecer que haya separación de naturalezas.

6. Lo que sigue, "Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado, porque no creen en mí; de justicia, porque voy al Padre y ya no me veréis; de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado" (Juan 16, 8-11), parece como si el único pecado fuera no creer en Cristo, y como si la justicia fuera no ver a Cristo, y como si el juicio fuera que el príncipe de este mundo, es decir, el diablo, ha sido juzgado: es algo muy oculto y no debe ser restringido por este discurso, para que no se haga más oscuro por la brevedad; sino que debe ser explicado en otro lugar tanto como el Señor lo permita.

TRACTATUS XCV. Sobre estas palabras de la lectura anterior, "Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia, etc." Cap. XVI, V. 8-11.

1. Prometiendo el Señor enviar al Espíritu Santo, dice: "Cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio". ¿Qué significa esto? ¿Acaso el Señor Cristo no convenció al mundo de pecado cuando dijo: "Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado"? Pero para que nadie diga que esto se refiere propiamente a los judíos y no al mundo, ¿no dijo en otro lugar: "Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo" (Juan 15, 22, 19)? ¿Acaso no convenció de justicia cuando dijo: "Padre justo, el mundo no te ha conocido" (Juan 17, 25)? ¿Acaso no convenció de juicio cuando dijo que diría a los de la izquierda: "Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles" (Mateo 25, 41)? Y se encuentran muchas otras cosas en el santo Evangelio donde Cristo convence al mundo de estas cosas. ¿Qué significa entonces que esto se atribuya propiamente al Espíritu Santo? ¿O tal vez porque Cristo habló solo a la gente judía, no parece haber convencido al mundo, de modo que se entienda que es convencido quien escucha al que convence? Pero el Espíritu Santo, en sus discípulos difundidos por todo el mundo, no se entiende que haya convencido a una sola nación, sino al mundo. Pues esto les dijo cuando iba a ascender al cielo: "No os corresponde a vosotros saber los tiempos o las ocasiones que el Padre ha puesto en su potestad; pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra" (Hechos 1, 7-8). Esto es convencer al mundo. Pero, ¿quién se atrevería a decir que el Espíritu Santo convence al mundo a través de los discípulos de Cristo, y no lo hace también Cristo mismo; cuando el Apóstol clama: "¿O queréis recibir prueba de que Cristo habla en mí?" (2 Corintios 13, 3)? Por lo tanto, a quienes convence el Espíritu Santo, ciertamente también los convence Cristo. Pero, según me parece, porque la caridad debía ser derramada en sus corazones por el Espíritu Santo (Romanos 5, 5), que expulsa el temor (1 Juan 4, 18), el cual podría impedirles atreverse a convencer al mundo

que rugía con persecuciones; por eso dijo: "Él convencerá al mundo", como diciendo: "Él derramará en vuestros corazones la caridad; así, al ser expulsado el temor, tendréis libertad para convencer". Sin embargo, hemos dicho muchas veces que las obras de la Trinidad son inseparables (Tract. 20); pero las personas debían ser recomendadas individualmente, para que no solo sin separación, sino también sin confusión, se entienda tanto la unidad como la Trinidad.

2. Luego explica lo que dijo sobre el pecado, la justicia y el juicio. "De pecado", dice, "porque no creyeron en mí". Puso este pecado como si fuera el único, por encima de los demás; porque mientras este permanezca, los demás se retienen, y cuando este se va, los demás se perdonan. "De justicia", dice, "porque voy al Padre y ya no me veréis". Aquí primero debe considerarse cómo alguien es justamente convencido de pecado, y cómo es justamente convencido de justicia. ¿Acaso si el pecador debe ser convencido porque es pecador, alguien pensará que también el justo debe ser convencido porque es justo? De ninguna manera. Pues incluso si alguna vez el justo es convencido, es justamente convencido porque, como está escrito, "No hay justo en la tierra que haga el bien y no peque". Por lo tanto, incluso cuando el justo es convencido, es convencido de pecado, no de justicia. Porque en aquello que leemos dicho divinamente, "No seas demasiado justo" (Eclesiastés 7, 21, 17); no se señala la justicia del sabio, sino la soberbia del que presume. Quien se hace "demasiado justo", por ese exceso se hace injusto. Pues se hace demasiado justo quien dice que no tiene pecado; o quien piensa que se hace justo no por la gracia de Dios, sino por su propia voluntad suficiente; y no es justo viviendo rectamente, sino más bien inflado, pensando que es lo que no es. ¿Cómo, entonces, ha de ser convencido el mundo de justicia, sino de la justicia de los creyentes? Por lo tanto, es convencido de pecado porque no cree en Cristo; y es convencido de la justicia de aquellos que creen. Pues la misma comparación de los fieles es la censura de los infieles. Esto lo indica suficientemente la misma exposición. Pues queriendo explicar lo que dijo, "De justicia", dice, "porque voy al Padre y ya no me veréis". No dijo, "Y ya no me verán", refiriéndose a aquellos de quienes había dicho, "porque no creyeron en mí". Pero al explicar qué llamaba pecado, habló de ellos diciendo, "porque no creyeron en mí": al explicar qué llamaba justicia, de la cual el mundo es convencido, se dirigió a aquellos a quienes hablaba, y dijo, "Porque voy al Padre y ya no me veréis". Por lo tanto, el mundo es convencido de su pecado, pero de justicia ajena, como las tinieblas son convencidas por la luz: "Todo lo que es convencido", dice el Apóstol, "es manifestado por la luz" (Efesios 5, 13). Pues cuán grande es el mal de aquellos que no creen, no solo puede aparecer por sí mismo, sino también por el bien de aquellos que creen. Y como esa es la voz habitual de los infieles, "¿Cómo creemos en lo que no vemos?", por eso la justicia de los creyentes debía definirse así, "Porque voy al Padre y ya no me veréis". Bienaventurados los que no ven y creen (Juan 20, 29). Pues incluso aquellos que vieron a Cristo, no se alabó su fe porque creyeran lo que veían, es decir, al Hijo del Hombre; sino porque creían lo que no veían, es decir, al Hijo de Dios. Pero cuando incluso la forma de siervo fue retirada de su vista, entonces verdaderamente se cumplió en todo sentido, "El justo vivirá por la fe" (Romanos 1, 17; Habacuc 2, 4, y Hebreos 11, 1). Porque la fe, como se define en la Epístola a los Hebreos, es "la sustancia de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve".

3. Pero, ¿qué significa "Ya no me veréis"? Pues no dijo, "Voy al Padre, y no me veréis"; para que se entendiera que significaba un intervalo de tiempo en el que no sería visto, ya sea breve o largo, pero en todo caso limitado: sino que al decir, "Ya no me veréis", la verdad predijo como si nunca más fueran a ver a Cristo. ¿Es esta la justicia, nunca ver a Cristo y, sin embargo, creer en él; cuando la fe se alaba precisamente porque el justo vive por ella, creyendo que verá a Cristo, a quien ahora no ve? Finalmente, según esta justicia, ¿acaso

diremos que el apóstol Pablo no era justo, confesando haber visto a Cristo después de su ascensión al cielo (1 Corintios 15, 8), de quien ciertamente ya en ese tiempo había dicho, "Ya no me veréis"? ¿Acaso según esta justicia no era justo el gloriosísimo Esteban, quien cuando era apedreado, dijo: "He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre de pie a la diestra de Dios" (Hechos 7, 55)? ¿Qué significa entonces, "Voy al Padre, y ya no me veréis"; sino, como soy, cuando estoy con vosotros? Pues entonces aún era mortal en la semejanza de carne de pecado (Romanos 8, 3), quien podía tener hambre y sed, fatigarse y dormir: a este Cristo, es decir, a tal Cristo, cuando hubiera pasado de este mundo al Padre, ya no lo verían; y esa es la justicia de la fe, de la que dice el Apóstol, "Aunque conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos" (2 Corintios 5, 16). Por lo tanto, será, dice, vuestra justicia, por la cual el mundo será convencido, "porque voy al Padre, y ya no me veréis": porque en aquel a quien no veréis, creeréis en mí: y cuando me veáis, lo que entonces seré, no me veréis como soy ahora con vosotros; no veréis al humilde, sino al excelso; no veréis al mortal, sino al eterno; no veréis al juzgado, sino al juez: y de esta fe vuestra, es decir, de vuestra justicia, el Espíritu Santo convencerá al mundo incrédulo.

4. También convencerá "de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado". ¿Quién es este, sino de quien dice en otro lugar, "Viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada" (Juan 14, 30); es decir, nada de su derecho, nada que le pertenezca, ningún pecado en absoluto? Pues por esto el diablo es el príncipe del mundo. No es el príncipe del cielo y la tierra y de todo lo que hay en ellos, en el sentido en que se entiende el mundo, donde se dice, "Y el mundo fue hecho por él": sino que el diablo es el príncipe del mundo, del cual inmediatamente añade y dice, "Y el mundo no lo conoció" (Juan 1, 10), es decir, los hombres infieles, con los que el mundo está lleno en toda la tierra: entre los cuales gime el mundo fiel, que fue elegido del mundo, por quien el mundo fue hecho; de quien él mismo dice, "No vino el Hijo del Hombre para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (Juan 3, 17). El mundo es condenado por su juicio, el mundo es salvado por su ayuda: porque así como un árbol con hojas y frutos, como una era con paja y trigo, así el mundo está lleno de infieles y fieles. Por lo tanto, el príncipe de este mundo, es decir, el príncipe de estas tinieblas, es decir, de los infieles; de los cuales el mundo es rescatado, a quienes se les dice, "Fuisteis en otro tiempo tinieblas; ahora sois luz en el Señor" (Efesios 5, 8): el príncipe de este mundo, de quien en otro lugar dice, "Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera" (Juan 12, 31), ciertamente ha sido juzgado; porque ha sido irrevocablemente destinado al juicio del fuego eterno. Y también de este juicio, por el cual el príncipe del mundo ha sido juzgado, el mundo es convencido por el Espíritu Santo; porque con su príncipe es juzgado, a quien imita con soberbia e impiedad. Pues si Dios, como dice el apóstol Pedro, "no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó al infierno, entregándolos a prisiones de oscuridad, para ser reservados al juicio" (2 Pedro 2, 4); ¿cómo no es convencido el mundo de este juicio por el Espíritu Santo, cuando en el Espíritu Santo el Apóstol dice estas cosas? Crean, por lo tanto, los hombres en Cristo, para que no sean convencidos del pecado de su infidelidad, por el cual todos los pecados se retienen: pasen al número de los fieles, para que no sean convencidos de la justicia de aquellos que han sido justificados y no imitan: teman el juicio futuro, para que no sean juzgados con el príncipe del mundo, a quien imitan siendo juzgado. Pues para que la dura soberbia de los mortales no se imagine que se le perdona, debe ser aterrorizada por el castigo de los ángeles soberbios.

TRACTATUS XCVI. Sobre estas palabras, "Aún tengo muchas cosas que deciros; pero ahora no las podéis llevar: pero cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará a toda la verdad". Cap. XVI, V. 12, 13.

1. En este capítulo del santo Evangelio, donde el Señor dice a sus discípulos, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis llevar", primero surge la pregunta de cómo dijo anteriormente, "Todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer" (Juan 15, 15): y aquí dice, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis llevar". Sin embargo, cómo dijo aquello que aún no había hecho como si lo hubiera hecho, así como las cosas que han de venir, Dios las ha hecho, como el profeta testifica diciendo, "El que hizo las cosas futuras" (Isaías 45, 11, según la LXX), ya lo explicamos cuando tratamos esas palabras, tanto como pudimos. Ahora, por lo tanto, tal vez queráis saber cuáles son esas cosas que los Apóstoles no podían llevar entonces. Pero, ¿quién de nosotros se atrevería a decir que ya es capaz de aquellas cosas que ellos no podían comprender? Por lo tanto, no deben esperarse de mí que diga lo que tal vez no comprendería si me lo dijera otro; ni vosotros podríais llevarlo, aunque yo fuera tan grande que escucharais de mí lo que os es superior. Y puede ser que haya entre vosotros algunos ya capaces de comprender lo que otros aún no pueden; y si no todas las cosas de las que el maestro Dios decía, "Aún tengo muchas cosas que deciros", al menos algunas de ellas: pero es temerario querer presumir y decir cuáles son esas cosas que él mismo no dijo. Pues tampoco estaban entonces los Apóstoles capacitados para morir por Cristo, a quienes decía, "No podéis seguirme ahora"; por lo cual el primero de ellos, Pedro, que ya presumía poder hacerlo, experimentó algo diferente de lo que pensaba (Juan 13, 36-38): y sin embargo, después, hombres y mujeres, niños y niñas, jóvenes y vírgenes, ancianos con jóvenes, innumerables fueron coronados con el martirio; y se encontró que las ovejas podían lo que entonces, cuando el Señor hablaba estas cosas, los pastores aún no podían llevar. ¿Acaso, entonces, debía decirse a esas ovejas en el momento de la tentación, cuando era necesario luchar hasta la muerte por la verdad y derramar sangre por el nombre o la doctrina de Cristo; acaso, digo, debía decirse, "¿Quién de vosotros se atrevería a considerarse apto para el martirio, cuando Pedro aún no lo era; cuando el mismo Señor lo instruía cara a cara?" Así, pues, alguien podría decir que no debe decirse a los pueblos cristianos, deseosos de escuchar cuáles son las cosas de las que el Señor decía entonces, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis llevar", "Si los Apóstoles aún no podían, mucho menos vosotros podéis": porque tal vez así muchos pueden escuchar lo que entonces Pedro aún no podía, como muchos pueden ser coronados con el martirio, lo que entonces Pedro aún no podía: especialmente ya enviado el Espíritu Santo, que aún no había sido enviado, de quien inmediatamente añadió, y dijo, "Pero cuando venga el Espíritu de verdad, os guiará a toda la verdad"; así demostrando que ellos no podían llevar lo que tenía que decirles, porque el Espíritu Santo aún no había venido a ellos.

2. Concedamos que sea así, que muchos ahora puedan soportar lo que antes los discípulos no podían, ya que el Espíritu Santo ha sido enviado: ¿acaso sabemos cuáles son las cosas que no quiso decir, que sabríamos si las hubiéramos leído o escuchado de Él? Una cosa es saber si podemos soportarlas; otra es saber cuáles son, ya sea que se puedan soportar o no. Si Él guardó silencio, ¿quién de nosotros puede decir, "Esto o aquello es"? Y si alguien se atreve a decirlo, ¿cómo lo prueba? ¿Quién es tan vano o temerario que, incluso diciendo verdades, afirme sin testimonio divino que son las cosas que el Señor no quiso decir entonces? ¿Quién de nosotros haría esto sin incurrir en la mayor culpa de temeridad, sin la autoridad profética o apostólica? Porque si hubiéramos leído algo de esto en los Libros de autoridad canónica, escritos después de la ascensión del Señor, no bastaría con haberlo leído, a menos que también se leyera allí que es de las cosas que el Señor no quiso decir entonces, porque los discípulos no podían soportarlas. Como si, por ejemplo, yo dijera que lo que leemos al principio de este Evangelio, "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios" (Juan 1, 1-2), y lo que sigue, ya que fue

escrito después y no se narra que el Señor Jesús lo haya dicho mientras estaba en la carne, sino que uno de sus Apóstoles lo escribió revelado por su Espíritu, es de las cosas que el Señor no quiso decir entonces, porque los discípulos no podían soportarlas; ¿quién me escucharía diciendo esto tan temerariamente? Pero si donde leemos esto, también leyéramos que es de las cosas que el Señor no quiso decir entonces, ¿quién no creería a un apóstol tan grande?

3. Pero también me parece absurdo decir que los discípulos no podían soportar entonces lo que encontramos en las Cartas apostólicas sobre cosas invisibles y altísimas, que fueron escritas después y no se narra que el Señor las haya dicho cuando estaba visiblemente con ellos. ¿Por qué no podían soportar entonces lo que ahora cualquiera lee en sus Libros, incluso si no lo entiende? Algunos incrédulos no entienden las Escrituras sagradas cuando las leen o escuchan, y no pueden soportar lo que leen o escuchan: como los paganos, que el mundo fue hecho por aquel que fue crucificado; como los judíos, que el Hijo de Dios rompió el sábado de la manera que ellos celebran; como los sabelianos, que la Trinidad es el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; como los arrianos, que el Hijo es igual al Padre, y el Espíritu Santo al Padre y al Hijo; como los fotinianos, que Cristo no es solo hombre como nosotros, sino también Dios igual al Padre; como los maniqueos, que Cristo Jesús, por quien somos liberados, se dignó nacer en carne y de carne: y todos los demás de sectas perversas y diversas, ciertamente no pueden soportar lo que se encuentra en las Escrituras sagradas y en la fe católica que se opone a sus errores; así como nosotros no podemos soportar sus vanidades sacrílegas y mentiras insanas. ¿Qué significa no poder soportar, sino no tenerlo con ánimo ecuánime? Pero todo lo que fue escrito después de la ascensión del Señor con verdad y autoridad canónica, ¿quién fiel o incluso catecúmeno, antes de recibir el Espíritu Santo en el bautismo, no lo lee y escucha con ánimo ecuánime, incluso si aún no lo entiende como debería? ¿Cómo, entonces, podrían los discípulos no soportar algo de lo que fue escrito después de la ascensión del Señor, incluso sin haber recibido el Espíritu Santo, cuando ahora los catecúmenos soportan todo sin haber recibido el Espíritu Santo? Porque aunque no se les revelen los sacramentos de los fieles, no es porque no puedan soportarlos; sino para que los deseen con más ardor cuanto más honorablemente se les ocultan.

4. Por tanto, amadísimos, no esperéis de nosotros escuchar lo que el Señor no quiso decir a los discípulos entonces, porque aún no podían soportarlo: sino más bien, progresad en la caridad, que se difunde en vuestros corazones por el Espíritu Santo que os ha sido dado (Rom. V, 5); para que, fervientes en espíritu y amando las cosas espirituales, podáis conocer la luz espiritual y la voz espiritual, que los hombres carnales no pueden soportar, no por alguna señal visible a los ojos corporales, ni por algún sonido audible a los oídos corporales, sino por la visión y audición interior. Porque no se ama lo que se ignora por completo. Pero cuando se ama lo que se conoce en alguna medida, se logra por el mismo amor conocerlo mejor y más plenamente. Si, por tanto, progresáis en la caridad que el Espíritu Santo difunde en vuestros corazones, os enseñará toda la verdad: o, como dicen otros códices, os guiará en toda la verdad: de donde se dice, "Guíame, Señor, en tu camino, y caminaré en tu verdad" (Sal. LXXXV, 11). Así será que no aprenderéis de maestros exteriores lo que el Señor no quiso decir entonces, sino que seréis todos enseñados por Dios (Juan VI, 45); para que lo que habéis aprendido y creído de la naturaleza de Dios no corpórea, ni encerrada en algún lugar, ni extendida por infinitos espacios como una masa, sino en todas partes completa y perfecta e infinita, sin brillos de colores, sin figuras de líneas, sin signos de letras, sin serie de sílabas, podáis contemplarlo con la mente misma. He aquí que he dicho algo que tal vez sea de eso, y sin embargo lo habéis recibido; y no solo habéis podido soportarlo, sino que también lo habéis escuchado con gusto. Pero ese maestro interior, que cuando aún hablaba exteriormente

a los discípulos, dijo, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no podéis soportarlas ahora", si quisiera decirnos lo que he dicho sobre la naturaleza incorpórea de Dios, interiormente como lo dice a los santos ángeles, que siempre ven el rostro del Padre (Mat. XVIII, 10); aún no podríamos soportarlo. Por lo tanto, lo que dice, "Os enseñará toda la verdad", o "os guiará en toda la verdad", no creo que pueda cumplirse en la mente de nadie en esta vida (¿quién, viviendo en este cuerpo que se corrompe y pesa sobre el alma [Sab. IX, 15], puede conocer toda la verdad; cuando el Apóstol dice, "En parte conocemos"?); pero porque se hace por el Espíritu Santo, del cual ahora hemos recibido una prenda (II Cor. I, 22), para que lleguemos también a esa plenitud: de la cual el mismo apóstol dice, "Entonces, cara a cara"; y, "Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido" (I Cor. XIII, 9, 12): no que en esta vida se sepa todo lo que hasta esa perfección el Señor nos ha prometido por la caridad del Espíritu, diciendo, "Os enseñará toda la verdad"; o, "os guiará en toda la verdad".

5. Siendo así, amadísimos, os exhorto en la caridad de Cristo, a que os guardéis de los seductores impuros y de las sectas de obscena torpeza, de las cuales dice el Apóstol, "Porque lo que ellos hacen en secreto, es vergonzoso aun mencionarlo" (Efes. V, 12): no sea que cuando comiencen a enseñar horrendas inmundicias, que ningún oído humano puede soportar, digan que son las cosas que el Señor dijo, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no podéis soportarlas ahora"; y afirmen que por el Espíritu Santo se hace posible soportar esas cosas inmundas y nefandas. Hay males que ningún pudor humano puede soportar, y hay bienes que ningún pequeño sentido humano puede soportar: estos se cometen en cuerpos impúdicos, aquellos están alejados de todos los cuerpos; esto se comete con carne impura, aquello apenas se discierne con mente pura. "Renovaos, pues, en el espíritu de vuestra mente" (Efes. IV, 23), "y entended cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto" (Rom. XII, 2): "para que, arraigados y cimentados en el amor, podáis comprender con todos los santos cuál es la longitud, la anchura, la altura y la profundidad; conocer también el amor de Cristo que sobrepasa el conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios" (Efes. III, 17-19). De esta manera, el Espíritu Santo os enseñará toda la verdad, al difundir más y más en vuestros corazones la caridad.

TRACTATUS XCVII. En la misma lectura.

1. El Espíritu Santo que el Señor prometió enviar a sus discípulos, quien les enseñaría toda la verdad, que entonces, cuando hablaba con ellos, no podían soportar: de este Espíritu Santo, como dice el Apóstol, ahora hemos recibido una prenda (II Cor. I, 22), por lo cual entendemos que su plenitud nos está reservada en la otra vida: este mismo Espíritu Santo ahora enseña a los fieles, tanto como cada uno puede captar lo espiritual; y enciende sus corazones con un deseo mayor, si cada uno progresa en esa caridad, con la cual ama lo conocido y desea conocer lo desconocido: de modo que incluso lo que ahora conoce de alguna manera, aún sepa que no lo conoce como debe ser conocido en esa vida que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (I Cor. II, 9). De esta manera de conocer, si ahora el maestro interior quisiera decirlo, es decir, abrirlo y mostrarlo a nuestra mente; la debilidad humana no podría soportarlo. De lo cual vuestra Dilección recuerda que ya he hablado, cuando tratábamos las palabras del santo Evangelio, donde el Señor dice, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no podéis soportarlas ahora". No para que en estas palabras del Señor sospechemos secretos demasiado ocultos, que al poder ser dichos por el maestro, no puedan ser soportados por el discípulo: sino que esas mismas cosas que leemos y escribimos en la doctrina de la religión en el conocimiento de cualquier hombre, escuchamos y decimos, si Cristo quisiera decirnos de esa manera, como las dice a los ángeles santos en sí mismo, el unigénito Verbo del Padre, coeterno con el Padre; ¿quién podría soportarlo, incluso

si ya fueran espirituales, como aún no lo eran los Apóstoles cuando el Señor les hablaba de estas cosas, y como se hicieron después con la venida del Espíritu Santo? Porque ciertamente, cualquier cosa que se pueda saber de la criatura, es menos que el mismo Creador, que es el Dios supremo, verdadero e inmutable. ¿Y quién lo calla? ¿Dónde no es nombrado por los que leen, discuten, preguntan, responden, alaban, cantan, de cualquier manera conversan, finalmente incluso por los que blasfeman? Y aunque nadie lo calle, ¿quién es el que lo capta como debe ser entendido, cuando no se aparta de las bocas y oídos de los hombres? ¿Quién es cuya mente se acerca a Él? ¿Quién habría sabido que Él es Trinidad, si Él mismo no hubiera querido darse a conocer así? ¿Y quién de los hombres calla ya esta Trinidad: y sin embargo, quién de los hombres la sabe como los ángeles? Por lo tanto, esas mismas cosas que se dicen abiertamente y sin cesar sobre la eternidad, verdad y santidad de Dios, son bien entendidas por unos, mal por otros: más bien, son entendidas por unos, no entendidas por otros. Porque quien entiende mal, no entiende. Pero incluso por aquellos que las entienden bien, son percibidas por unos menos, por otros más, con la vivacidad de la mente, y por ningún hombre son captadas como por los ángeles. En la misma mente, es decir, en el hombre interior, de alguna manera se crece, no solo para pasar de la leche al alimento, sino también para tomar más y más de ese mismo alimento. Pero no se crece en masa espaciosa, sino en inteligencia luminosa; porque ese mismo alimento es luz inteligible. Para que crezcáis, y lo captéis, y cuanto más crezcáis, tanto más y más lo captéis; no de ese maestro que suena en vuestros oídos, es decir, trabajando exteriormente plantando y regando, sino de aquel que da el crecimiento (I Cor. III, 6), debéis pedir y esperar.

2. Por tanto, como advertí en el sermón anterior, tened cuidado, especialmente vosotros que sois pequeños y aún necesitáis alimentos lácteos, de no prestar oído curioso a hombres engañados y engañadores bajo esta ocasión, porque el Señor dijo, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no podéis soportarlas ahora", cuando tenéis mentes débiles para juzgar lo verdadero y lo falso: especialmente por las obscenidades más vergonzosas, que Satanás ha enseñado a las almas inestables y carnales, permitiéndolo Dios para que sus juicios sean temidos en todas partes, y en comparación con la impura maldad, la disciplina purísima se endulce; y para que Él dé honor, y temor o vergüenza a sí mismo, a quien en esos males no cayó bajo su dirección, o se levantó con su ayuda. Tened cuidado temiendo y orando, para no caer en ese enigma de Salomón, donde "la mujer insensata y audaz, hecha indigente de pan, convoca a los que pasan diciendo, 'Tocad con gusto los panes ocultos, y la dulzura del agua furtiva'" (Prov. IX, 13-17). Esta mujer es la vanidad de los impíos, cuando son los más insensatos, creyendo saber algo, como se dice de esta mujer, "hecha indigente de pan". Que siendo indigente de pan, promete panes; es decir, siendo ignorante de la verdad, promete el conocimiento de la verdad. Sin embargo, promete panes ocultos, que dice que se tocan con gusto, y la dulzura del agua furtiva; para que se escuchen y hagan con más gusto y dulzura las cosas que se prohíben decir y creer abiertamente en la Iglesia. Los doctores impíos de alguna manera sazonan sus venenos con esa misma ocultación para los curiosos; para que por eso se crean aprender algo grande, porque mereció tener un secreto, y más dulcemente absorban la insensatez, que creen que es conocimiento, cuya audiencia prohibida de alguna manera roban.

3. De aquí también la doctrina de las artes mágicas recomienda sus ritos nefarios a los hombres engañados o por engañar con curiosidad sacrílega. De aquí esas adivinaciones ilícitas y punibles, observando las entrañas de los animales sacrificados, o las voces y vuelos de las aves, o los signos multiformes de los demonios, susurran a los oídos de los hombres que perecen a través de las conversaciones de los perdidos. Por estos secretos ilícitos y punibles, esa mujer no solo es llamada "insensata", sino también "audaz". Pero estas cosas no solo son ajenas a la realidad, sino también al nombre de nuestra religión. ¿Qué decir de que

esta mujer insensata y audaz, bajo el nombre cristiano, ha fundado tantas herejías impías, ha inventado tantas fábulas nefandas? Ojalá fueran tales como las que se cantan en los teatros, o se bailan, o se ridiculizan con mímica escurridiza; y no algunas tales, como las que contra Dios ha podido inventar esa insensatez, que lamentamos, y admiramos la audacia. Pero todos los herejes insensatísimos, que quieren ser llamados cristianos, intentan colorear las audacias de sus invenciones, que el sentido humano más aborrece, con la ocasión de la sentencia evangélica, donde el Señor dice, "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero no podéis soportarlas ahora": como si estas mismas fueran las cosas que entonces los discípulos no podían soportar, y el Espíritu Santo las hubiera enseñado, que enseñar y predicar abiertamente, por mucha audacia que se tenga, el espíritu inmundo se avergüenza.

4. El Apóstol, previendo esto en el Espíritu Santo, dice: "Porque vendrá tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que, teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias; y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas" (II Tim. IV, 3-4). Esa misma mención de secreto y hurto donde se dice, "Tocad con gusto los panes ocultos, y la dulzura del agua furtiva", causa comezón en los oídos de los que espiritualmente fornican, como también por una comezón de lujuria se corrompe la integridad de la castidad en la carne. Escuchad, pues, al Apóstol previendo tales cosas, y advirtiendo saludablemente que se eviten: "Evita", dice, "las profanas novedades de palabras: porque mucho aprovechan a la impiedad, y su palabra se extiende como gangrena" (II Tim. II, 16-17). Y no dijo, novedades de palabras; sino añadió, profanas. Porque hay también novedades de palabras que son congruentes con la doctrina de la religión, como el mismo nombre de cristianos cuando comenzó a decirse, está escrito. En Antioquía, en efecto, primero después de la ascensión del Señor, los discípulos fueron llamados cristianos, como se lee en los Hechos de los Apóstoles (Hech. XI, 26): y xenodoquios y monasterios fueron llamados después con nuevos nombres, pero las cosas mismas existían antes de sus nombres, y se afirman con la verdad de la religión, por la cual también se defienden contra los impíos. Contra la impiedad de los herejes arrianos, también inventaron un nuevo nombre, Homoousion: pero no señalaron una cosa nueva con tal nombre; porque esto se llama Homoousion, que es, "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30), de una misma y única sustancia. Porque si toda novedad fuera profana, ni el Señor diría, "Un mandamiento nuevo os doy" (Juan XIII, 34); ni se llamaría Nuevo Testamento, ni se cantaría en toda la tierra un Cántico nuevo. Pero son profanas las novedades de palabras, donde dice la mujer insensata y audaz: "Tocad con gusto los panes ocultos, y la dulzura del agua furtiva". De esta promesa de falsa ciencia también prohíbe el Apóstol en aquel lugar donde dice: "Oh Timoteo, guarda el depósito, evitando las profanas novedades de voces, y las contradicciones de la falsamente llamada ciencia, la cual algunos prometiendo, se desviaron de la fe" (I Tim. VI, 20). Porque nada aman tanto estos como prometer ciencia; y la fe de las cosas verdaderas que los pequeños son mandados a creer, la desprecian como ignorancia.

5. Alguien podría decir: ¿Acaso los hombres espirituales no tienen en su doctrina algo que callen a los carnales y revelen a los espirituales? Si respondo que no tienen, inmediatamente se me citará de la Epístola a los Corintios del apóstol Pablo: «No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como a niños en Cristo os di leche para beber, no alimento sólido; porque aún no podíais soportarlo, ni ahora tampoco podéis; todavía sois carnales» (1 Cor. III, 1 y 2); y aquello de «Hablamos sabiduría entre los perfectos»; y aquello de «Comparando lo espiritual con lo espiritual: pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios; porque para él son locura» (1 Cor. II, 6, 13 y 14). Todo esto, para que no se busquen secretos en las novedades profanas de las palabras debido a estas palabras del Apóstol, y se diga que lo que el espíritu y el cuerpo casto deben evitar, los carnales no

pueden soportar, debe ser discutido en otro discurso si el Señor lo permite, para que podamos cerrar este de una vez. TRATADO XCVIII. En la misma lectura.

1. Recuerdo haber pospuesto una difícil cuestión surgida de las palabras de nuestro Señor, donde dice: «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar», para tratarla con más calma, porque el modo adecuado me obligaba a terminar el discurso. Ahora, ya que es tiempo de cumplir lo prometido, tratemos el tema como el Señor mismo nos lo conceda, quien lo ha puesto en nuestro corazón para que lo propongamos. Esta es la cuestión: si los hombres espirituales tienen algo en su doctrina que callen a los carnales y digan a los espirituales. Porque si decimos que no tienen, se nos responderá: ¿Qué es entonces lo que decía el Apóstol escribiendo a los Corintios: «No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como a niños en Cristo os di leche para beber, no alimento sólido; porque aún no podíais soportarlo, ni ahora tampoco podéis; todavía sois carnales» (1 Cor. III, 1 y 2)? Pero si decimos que tienen, hay que temer y evitar que bajo esta ocasión se enseñen cosas nefarias en secreto, y que bajo el nombre de espirituales, como si fueran cosas que los carnales no pueden captar, no solo se excusen, sino que incluso se alaben en la predicación.

2. Primero, vuestra Caridad debe saber que el mismo Cristo crucificado, con el cual el Apóstol dice haber alimentado a los niños como con leche; su misma carne, en la que se realizó su verdadera muerte y sus verdaderas heridas de crucifixión, y su sangre derramada, no se piensa de la misma manera por los carnales que por los espirituales, y para aquellos es leche, para estos es alimento; porque aunque no oyen más, entienden más. No se percibe igual con la mente, incluso lo que en la fe es recibido por ambos. Así sucede que Cristo crucificado, predicado por los Apóstoles, era para los judíos un escándalo, y para los gentiles una locura, y para los mismos llamados judíos y griegos, Poder de Dios y Sabiduría de Dios (1 Cor. I, 23, 24): pero para los carnales niños que solo lo sostienen creyendo, y para los espirituales más capaces que también lo ven entendiendo; para aquellos, por tanto, como bebida láctea, para estos como alimento sólido: no porque lo conocieran de manera diferente aquellos en público, estos en privado; sino que lo que de la misma manera ambos oían cuando se decía abiertamente, cada uno lo captaba según su modo. Pues Cristo fue crucificado para derramar su sangre en remisión de los pecados, por cuya pasión del Unigénito se recomienda la gracia divina, para que nadie se gloríe en el hombre; ¿cómo entendían a Cristo crucificado quienes aún decían, «Yo soy de Pablo» (1 Cor. I, 12)? ¿Acaso como el mismo Pablo que decía, «Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo» (Gál. VI, 14)? De ese mismo Cristo crucificado, él mismo tomaba alimento según su capacidad, y a ellos los nutría con leche por su debilidad. Finalmente, sabiendo que lo que escribió a los Corintios podía ser entendido de manera diferente por los niños y por los más capaces, dijo: «Si alguno entre vosotros es profeta o espiritual, reconozca que lo que os escribo es mandamiento del Señor: pero si alguno ignora, será ignorado» (1 Cor. XIV, 37, 38). Quiso que la ciencia de los espirituales fuera sólida, donde no solo se acomodara la fe, sino que se mantuviera un conocimiento cierto; y por tanto, aquellos creían lo mismo que los espirituales además reconocían. Pero será ignorado, dijo, quien ignora; porque aún no le ha sido revelado, para que sepa lo que cree. Cuando esto sucede en la mente del hombre, se dice que es conocido por Dios; porque Dios lo hace conocedor, como dice en otro lugar: «Ahora, empero, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios» (Gál. IV, 9). Pues no es que entonces los conociera Dios, ya preconocidos y elegidos antes de la constitución del mundo (Ef. I, 4); sino que entonces los hizo conocerse a sí mismos.

3. Conociendo esto primero, que lo mismo que oyen juntos espirituales y carnales, cada uno lo capta según su medida; aquellos como niños, estos como mayores, aquellos como alimento de leche, estos como alimento sólido: no parece haber necesidad de que alguna doctrina

secreta se calle y se oculte a los fieles niños, para ser dicha aparte a los mayores, es decir, a los más inteligentes; y que esto deba hacerse porque el Apóstol dijo, «No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales». Pues esto mismo que no juzgó saber entre ellos sino a Jesucristo, y a este crucificado (1 Cor. II, 2), no pudo hablarlo a ellos como a espirituales, sino como a carnales; porque no podían captarlo como espirituales. Pero cualquiera que fuera espiritual entre ellos, lo mismo que aquellos oían como carnales, lo captaban con entendimiento espiritual: para que se entienda así lo que dijo, «No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales», como si dijera, «No pudisteis captar como espirituales lo que hablaba, sino como carnales». Pues el hombre animal, es decir, el que piensa según el hombre, llamado animal por el alma, carnal por la carne, porque el hombre entero consta de alma y carne; no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios (1 Cor. II, 14), es decir, qué gracia confiere a los creyentes la cruz de Cristo; y piensa que esto fue hecho por aquella cruz solo para que se nos diera un ejemplo a imitar hasta la muerte por la verdad. Pues si tales hombres, que no quieren ser sino hombres, supieran cómo Cristo crucificado se ha hecho para nosotros sabiduría de Dios, y justicia, y santificación, y redención, para que, como está escrito, «El que se gloría, gloríese en el Señor» (1 Cor. I, 30, 31); sin duda no se gloriarían en el hombre, ni dirían carnalmente, «Yo soy de Pablo; yo de Apolo; yo de Cefas»: sino espiritualmente, «Yo soy de Cristo» (1 Cor. I, 12).

4. Pero aún hace cuestión aquello que se lee en la Epístola a los Hebreos: «Porque debiendo ser ya maestros por el tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a tener necesidad de leche, no de alimento sólido. Porque todo el que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia; porque es niño. Pero el alimento sólido es para los perfectos, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal» (Heb. V, 12-14). Aquí vemos que parece estar definido lo que llama alimento sólido de los perfectos; y esto es lo que está escrito a los Corintios, «Hablamos sabiduría entre los perfectos» (1 Cor. II, 6). Pero a quienes quiso entender por perfectos en este lugar, lo explicó y dijo, «Quienes por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal». Esto, pues, quienes no pueden con mente débil e inejercitada, ciertamente si no se sostienen con la leche de la fe, para que crean tanto lo invisible que no ven, como lo inteligible que aún no entienden, fácilmente son llevados a fábulas vanas y sacrílegas con la promesa de conocimiento: para que piensen el bien y el mal solo con imágenes corporales, y no puedan concebir a Dios sino como algún cuerpo, y no puedan pensar el mal sino como una sustancia; cuando es más bien un defecto de las sustancias mutables respecto a la sustancia inmutable que las hizo de la nada, que es Dios. Ciertamente, quien no solo cree, sino que también con sentidos interiores del alma ejercitados entiende, percibe, conoce esto; ya no hay que temer que sea seducido por aquellos que, pensando que el mal es una sustancia que Dios no hizo, hacen de Dios mismo una sustancia mutable, como los maniqueos, o si hay otras plagas que así deliran.

5. Pero para los que aún son niños en mente, a quienes el Apóstol llama carnales que deben ser alimentados con leche, todo discurso sobre este asunto, en el que se trata no solo de creer, sino también de entender y saber lo que se dice, es pesado para quienes no pueden captar tales cosas, y más fácilmente los oprime que los alimenta. De lo cual resulta que los espirituales no callan del todo estas cosas a los carnales, por la fe católica, que debe ser predicada a todos; pero tampoco disertan de tal manera que, queriendo llevarlos a la inteligencia de lo que no pueden captar, hagan que el discurso en la verdad sea más fácilmente despreciado que la verdad percibida en el discurso. Por eso dice escribiendo a los Colosenses: «Aunque estoy ausente en cuerpo, estoy con vosotros en espíritu, gozándome y viendo vuestro orden, y lo que falta a vuestra fe en Cristo» (Col. II, 5). Y a los

Tesalonicenses: «Noche y día, orando con más abundancia para que veamos vuestro rostro, y completemos lo que falta a vuestra fe» (1 Tes. III, 10). Deben entenderse ciertamente así catequizados primero, para que fueran alimentados con leche, no con alimento sólido: de cuya leche se recuerda la abundancia a los Hebreos, a quienes quería ya alimentar con la solidez del alimento. Por lo cual dice: «Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, y de la fe en Dios, de la doctrina de bautismos, de la imposición de manos, de la resurrección de los muertos, y del juicio eterno» (Heb. VI, 1, 2). Esta es la abundancia de la leche, sin la cual no viven quienes ya usan la razón para poder creer, pero no pueden separar el bien del mal, no solo creyendo, sino también entendiendo (lo cual pertenece al alimento sólido). Pero lo que en la mención de la leche puso también la doctrina, es la que se transmite por el símbolo y la oración dominical.

6. Pero lejos esté de que este alimento sólido, que debe ser captado con firme inteligencia de las cosas espirituales, sea contrario a esa leche que faltaba a los Colosenses y Tesalonicenses, y que debía ser suplida. Pues cuando se suple lo que faltaba, no se desaprueba lo que había. Porque también en los mismos alimentos que tomamos, de tal manera no es contrario el alimento sólido a la leche, que él mismo se convierte en leche, para que pueda ser apto para los niños, a quienes llega a través de la carne de la madre o de la nodriza: como también hizo la misma sabiduría madre, que siendo en lo alto el alimento sólido de los ángeles, se dignó de algún modo a convertirse en leche para los niños, cuando el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Juan I, 1, 14). Pero el mismo hombre Cristo, que con verdadera carne, verdadera cruz, verdadera muerte, verdadera resurrección, se dice leche pura de los niños, cuando es bien captado por los espirituales, se encuentra que es el Señor de los ángeles. Por tanto, ni así deben ser alimentados los niños con leche, para que nunca entiendan a Dios Cristo; ni así deben ser destetados, para que abandonen al hombre Cristo. Lo cual de otro modo puede decirse así: ni así deben ser alimentados con leche, para que nunca entiendan al creador Cristo; ni así deben ser destetados, para que nunca abandonen al mediador Cristo. En esto ciertamente no conviene a esta cosa la similitud de la leche materna y el alimento sólido, sino más bien del fundamento: porque también el niño cuando es destetado, para que ya se aleje de los alimentos de la infancia, entre los alimentos sólidos no repite los pechos que succionaba; pero Cristo crucificado, es tanto leche para los que succionan, como alimento para los que progresan. La similitud del fundamento es más apta, porque para que se perfeccione lo que se construye, se añade el edificio, no se quita el fundamento.

7. Siendo así las cosas, oh quienesquiera que seáis, que sin duda sois muchos niños en Cristo, progresad hacia el alimento sólido de la mente, no del vientre. Progresad para separar el bien del mal, y adheríos cada vez más al Mediador, por quien sois liberados del mal; que no debe ser separado de vosotros por lugar, sino que más bien debe ser sanado en vosotros. Cualquiera que os diga: No creáis que Cristo es verdadero hombre, o que el cuerpo de cualquier hombre o de cualquier ser viviente no fue creado por el verdadero Dios, o que el Antiguo Testamento no fue dado por el verdadero Dios, y si algo de este tipo; pues estas cosas no se os decían antes, cuando erais alimentados con leche, porque aún no teníais el corazón idóneo para captar las verdades: no os prepara este alimento, sino veneno: Por lo cual el bienaventurado Apóstol, hablando a aquellos que ya se consideraban perfectos, cuando él mismo se había dicho imperfecto, dijo: «Así que, todos los que somos perfectos, esto mismo sintamos: y si en algo sentís de otra manera, esto también os lo revelará Dios. Y para que no caigan en seductores, que quieran apartarlos de la fe prometiendo conocimiento de la verdad, y piensen que esto es lo que dijo el Apóstol, esto también os lo revelará Dios; inmediatamente añadió, Sin embargo, en lo que hemos llegado, andemos en ello» (Filip. III,

15, 16). Si, pues, entiendes algo que no sea contra la regla de la fe católica, a la cual has llegado como camino que te lleva a la patria; y lo entiendes de tal manera que no debes dudar en absoluto: añade el edificio, pero no dejes el fundamento. Así deben los mayores enseñar algo a los niños, para que no digan que Cristo, Señor de todos, y los profetas y apóstoles mucho mayores que ellos, mintieron en algo. Pero no solo a los charlatanes y seductores de la mente, que hablan cosas fabulosas y falsas, y en esas vanidades prometen una alta ciencia contra la regla de la fe que habéis recibido como católica, debéis evitar: sino también a aquellos que disputan verdaderamente sobre la inmutabilidad de la naturaleza divina, o la criatura incorpórea, o el Creador, y lo que dicen lo prueban con documentos y razones certísimas, y sin embargo intentan apartaros del único Mediador de Dios y de los hombres, huid de ellos como de una peste más insidiosa que las demás. Pues tales son de quienes dice el Apóstol, «Porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios» (Rom. I, 21). ¿De qué sirve tener una verdadera inteligencia del bien inmutable, a quien no sostiene por quien se libera del mal? En verdad, la advertencia del bienaventurado Apóstol no debe apartarse de vuestros corazones: «Si alguno os predica un evangelio diferente del que habéis recibido, sea anatema» (Gál. I, 9). No dijo, más de lo que habéis recibido; sino, diferente del que habéis recibido. Pues si hubiera dicho eso, se habría perjudicado a sí mismo, quien deseaba ir a los Tesalonicenses para suplir lo que faltaba a su fe. Pero quien suple, añade lo que faltaba, no quita lo que había: pero quien pasa más allá de la regla de la fe, no avanza en el camino, sino que se aparta del camino.

8. Lo que, pues, dijo el Señor, «Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar»; debían añadirse a ellos cosas que no sabían, no destruirse las que habían aprendido. Y él ciertamente, como ya expuse en el sermón anterior, pudo decir esto así, porque aquellas mismas cosas que había enseñado, si quisiera abrirlas a ellos de tal manera que fueran concebidas en él por los ángeles; la debilidad humana en la que aún estaban, no podría soportarlo. Pero cualquier hombre espiritual puede enseñar a otro hombre lo que sabe, si el Espíritu Santo lo hace más capaz al progresar, en el cual también el mismo maestro pudo aprender algo más, para que ambos sean enseñados por Dios (Juan VI, 45). Aunque también entre los mismos espirituales ciertamente hay unos más capaces y mejores que otros; de tal manera que algunos de ellos han llegado a cosas que no es lícito al hombre hablar. Por esta ocasión, algunos vanos han inventado con presunción estupidísima el Apocalipsis de Pablo, que la Iglesia sana no recibe, lleno de no sé qué fábulas; diciendo que este es del que dijo haber sido arrebatado al tercer cielo, y allí haber oído palabras inefables que no es lícito al hombre hablar (2 Cor. XII, 2, 4). De alguna manera sería tolerable su audacia, si dijera haber oído cosas que aún no es lícito al hombre hablar: pero como dijo, que no es lícito al hombre hablar; ¿quiénes son estos que se atreven a hablarlas impúdica e infeliz? Pero ya concluiré este discurso con este fin; por el cual deseo que seáis sabios en el bien, pero íntegros del mal.

TRATADO XCIX. En aquello de, «Porque no hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oyere». Cap. XVI, V. 13.

1. ¿Qué es lo que el Señor dijo sobre el Espíritu Santo cuando prometió que vendría y enseñaría a sus discípulos toda la verdad, o los guiaría en toda la verdad? Porque no hablará por sí mismo, sino que hablará lo que oiga. Esto es similar a lo que Él mismo dijo sobre sí mismo: No puedo hacer nada por mí mismo; como oigo, juzgo (Juan 5, 30). Pero cuando explicamos eso, dijimos que podía entenderse según el hombre (Tract. XIX-XXII), para que el Hijo pareciera preanunciar su obediencia, por la cual se hizo obediente hasta la muerte de cruz (Filipenses 2, 8), y en el juicio futuro, en el que juzgará a vivos y muertos; porque lo hará por lo que es el Hijo del hombre. Por eso dijo: El Padre no juzga a nadie, sino que ha

dado todo juicio al Hijo, porque en el juicio no aparecerá la forma de Dios, en la cual es igual al Padre y no puede ser vista por los impíos, sino la forma de hombre, en la cual fue hecho un poco menor que los ángeles; aunque vendrá ya en gloria, no en la humildad anterior, será visible tanto para los buenos como para los malos. De ahí que también dijo: Y le dio autoridad para ejecutar juicio, porque es el Hijo del hombre (Juan 5, 22, 27). En estas palabras se manifiesta que no se presentará en el juicio la forma en la que, siendo, no consideró el ser igual a Dios como algo a lo que aferrarse, sino aquella que tomó al vaciarse a sí mismo. Porque se vació a sí mismo tomando la forma de siervo (Filipenses 2, 6, 7): en la cual parece haber recomendado su obediencia incluso para ejecutar el juicio, cuando dijo: No puedo hacer nada por mí mismo; como oigo, juzgo. Porque Adán, por cuya desobediencia muchos fueron constituidos pecadores, no juzgó como oyó; porque transgredió lo que oyó, e hizo el mal por sí mismo; porque no hizo la voluntad de Dios, sino la suya propia. Pero este, por cuya obediencia muchos son constituidos justos (Romanos 5, 19), no solo fue obediente hasta la muerte de cruz, en la cual fue juzgado vivo entre los muertos; sino que prometiendo ser obediente también en el juicio en el que juzgará a vivos y muertos, dijo: No puedo hacer nada por mí mismo; como oigo, juzgo. Pero, ¿acaso nos atreveremos a pensar que lo que se dijo del Espíritu Santo, que no hablará por sí mismo, sino que hablará lo que oiga, se dijo según el hombre o según la asunción de alguna criatura? Porque solo el Hijo en la Trinidad tomó la forma de siervo, la cual fue adaptada a la unidad de persona, es decir, para que el Hijo de Dios y el hijo del hombre sean uno, Jesucristo; para que no se predique una cuaternidad en lugar de una Trinidad, lo cual está lejos de nosotros. Por esta persona única, consistente en dos sustancias, divina y humana, a veces habla según lo que es Dios, como cuando dice: Yo y el Padre somos uno (Juan 10, 30); y a veces según lo que es hombre, como cuando dice: Porque el Padre es mayor que yo (Juan 14, 28); según lo que hemos entendido que dijo también esto de lo que ahora discuto: No puedo hacer nada por mí mismo; como oigo, juzgo. Pero en la persona del Espíritu Santo, ¿cómo entenderemos lo que dijo: No hablará por sí mismo, sino que hablará lo que oiga; cuando en él no hay otra sustancia de divinidad, humanidad, o de cualquier otra criatura, surge una gran dificultad.

2. Porque aquello de que el Espíritu Santo apareció como paloma en forma corporal (Mateo 3, 16), fue una visión hecha y pasada por un momento: así como también cuando vino sobre los discípulos, se les aparecieron lenguas divididas como de fuego, que se posaron sobre cada uno de ellos (Hechos 2, 3). Quien diga que la paloma fue unida a la persona del Espíritu Santo, para que de ella y de Dios (porque el Espíritu Santo es Dios) se constituyera una sola persona del Espíritu Santo; también se ve obligado a decir esto del fuego, para que entienda que no debe decir nada de esto. Porque estas cosas que de alguna manera debían ser significadas de la sustancia de Dios, se presentaron a los sentidos corporales de los hombres y pasaron, hechas divinamente por un momento de la criatura sirviente, no de la naturaleza dominante misma, que permaneciendo en sí misma mueve lo que quiere, e inmutable cambia lo que quiere. Así como también aquella voz de la nube ciertamente tocó los oídos corporales, y ese sentido del cuerpo que se llama oído (Lucas 9, 35); sin embargo, de ninguna manera se debe creer que el Verbo de Dios, que es el Hijo unigénito, porque se llama Verbo, se limita a sílabas y sonidos: porque no pueden sonar todos a la vez cuando se hace un discurso, sino que los sonidos cualesquiera suceden en su orden como naciendo y muriendo, para que todo lo que hablamos se complete con la última sílaba. Lejos esté que así hable el Padre al Hijo, es decir, Dios a su Verbo Dios. Pero esto es para que lo capten, tanto como puede ser captado por el hombre, aquellos a quienes no les corresponde la leche, sino el alimento sólido. Por tanto, ya que el Espíritu Santo no se hizo hombre por la asunción de hombre alguno, ni se hizo ángel por la asunción de ángel alguno, ni se hizo criatura por la asunción de alguna criatura; ¿cómo debe entenderse lo que el Señor dijo de él: No hablará por

sí mismo, sino que hablará lo que oiga? Una cuestión ardua, muy ardua. Que el mismo Espíritu esté presente, para que al menos como podemos pensarla, así podamos expresarla, y así llegue a vuestro entendimiento según la capacidad de mi modesto talento.

3. Primero, por tanto, debéis saber, y entender quienes podáis, y creer quienes aún no podáis entender, que en esa sustancia que es Dios, no hay sentidos distribuidos en lugares propios como en la masa corporal, como en la carne mortal de los animales donde el sentido de la vista está en un lugar, el del oído en otro, el del gusto en otro, el del olfato en otro, pero el del tacto está por todo. Lejos esté creer esto en aquella naturaleza incorpórea e inmutable. Por tanto, oír y ver allí es lo mismo. También se dice que hay olfato en Dios: de donde dice el Apóstol: Como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros como ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad (Efesios 5, 2). Y el gusto puede entenderse, según el cual Dios odia a los que amargan, y ni fríos ni calientes, sino tibios, los vomita de su boca (Apocalipsis 3, 16): y Dios Cristo dice: Mi comida es hacer la voluntad del que me envió (Juan 4, 34). También está ese divino tacto, de donde dice la esposa del esposo: Su izquierda está bajo mi cabeza, y su derecha me abrazará (Cantar de los Cantares 2, 6). Estas cosas no están en Dios en diferentes lugares del cuerpo. Porque cuando se dice que sabe, allí están todas las cosas; y ver, y oír, y oler, y gustar, y tocar; sin ningún cambio de su sustancia, sin ninguna masa que en una parte sea mayor, en otra menor: incluso en los ancianos se piensa con un corazón infantil, cuando Dios es pensado así.

4. No te maravilles de que la inefable ciencia de Dios, por la cual conoce todas las cosas, se nombre por varios modos de locución humana con los nombres de todos estos sentidos corporales: cuando también nuestra mente, es decir, el hombre interior, a quien uniformemente se le anuncian diversas cosas por estos cinco mensajeros del cuerpo, cuando entiende, elige, ama la verdad inmutable, y ve la luz de la que se dice: Era la luz verdadera; y oye la palabra de la que se dice: En el principio era el Verbo (Juan 1, 9, 1); y percibe el olor del que se dice: Tras el olor de tus ungüentos correremos (Cantar de los Cantares 1, 3); y bebe de la fuente de la que se dice: En ti está la fuente de la vida (Salmo 35, 10); y disfruta del tacto del que se dice: Pero para mí, el bien es estar cerca de Dios (Salmo 72, 28): y no es otra cosa, sino una sola inteligencia llamada con los nombres de tantos sentidos. Por tanto, cuando se dice del Espíritu Santo: No hablará por sí mismo, sino que hablará lo que oiga; mucho más allí debe entenderse o creerse una naturaleza simple, donde es verdaderamente simple, que excede en gran medida y altura la naturaleza de nuestra mente. Porque nuestra mente es mutable, que percibe aprendiendo lo que no sabía, y pierde desaprendiendo lo que sabía; y es engañada por la semejanza de la verdad, para que apruebe como verdadero lo falso, y es impedida por su oscuridad como por ciertas tinieblas, para que no llegue a la verdad. Y por eso no es esta sustancia verdaderamente simple, a la que no le es lo mismo ser que saber: porque puede ser, y no saber. Pero aquella divina no puede, porque lo que tiene es. Y por tanto no tiene ciencia de tal manera que sea otra cosa para ella la ciencia con la que sabe, y otra la esencia con la que es; sino que ambas son una. Ni deben llamarse ambas, lo que es simplemente uno. Así como el Padre tiene vida en sí mismo, ni es otra cosa él que la vida que está en él; y dio al Hijo tener vida en sí mismo (Juan 5, 26), es decir, engendró al Hijo que también es vida. Así, por tanto, debemos entender lo que se dijo del Espíritu Santo: No hablará por sí mismo, sino que hablará lo que oiga, para que entendamos que no es por sí mismo. Porque el Padre solo no es de otro. Pues el Hijo nació del Padre, y el Espíritu Santo procede del Padre: pero el Padre no nació de otro, ni procede. Sin embargo, no debe ocurrir a la mente humana alguna disparidad en esa suma Trinidad: porque tanto el Hijo al que nació, como el Espíritu Santo al que procede, son iguales a él. Pero lo que allí diferencia entre proceder y nacer, es largo de investigar y temerario definirlo cuando se ha investigado:

porque esto es difícil de comprender incluso para la mente, y si acaso la mente comprende algo de ello, es dificilísimo de explicar con la lengua, por más que haya un gran maestro, por más que haya un gran oyente. Por tanto, no hablará por sí mismo: porque no es por sí mismo. Sino que hablará lo que oiga: oirá de aquel de quien procede. Oír para él es saber; saber para él es ser, como se ha discutido anteriormente. Porque no es por sí mismo, sino de aquel de quien procede; de quien tiene la esencia, de aquel tiene la ciencia: de aquel, por tanto, la audición, que no es otra cosa que la ciencia.

5. No te perturbe que se haya usado el verbo en tiempo futuro. Porque no se dijo, lo que oyó, o, lo que oye; sino, lo que oirá, hablará. Porque esa audición es sempiterna, porque la ciencia es sempiterna. Pero en lo que es sempiterna, sin principio y sin fin, se use la palabra de cualquier tiempo, ya sea pasado, presente o futuro, no se usa falsamente. Aunque aquella naturaleza inmutable e inefable no recibe Fue y Será, sino solo Es: porque verdaderamente es, porque no puede cambiar; y por eso solo le convenía decir, Yo soy el que soy; y, Dirás a los hijos de Israel, El que es, me ha enviado a vosotros (Éxodo 3, 14): sin embargo, debido a la mutabilidad de los tiempos en los que se mueve nuestra mortalidad y nuestra mutabilidad, no decimos falsamente, y fue, y será, y es. Fue, en los siglos pasados, es en los presentes, será en los futuros. Fue, porque nunca faltó; será, porque nunca faltará; es, porque siempre es. Porque no es, como si ya no fuera, que con los pasados pereció; ni con los presentes, como si no permaneciera, pasa; ni con los futuros, como si no hubiera sido, surge. Por tanto, cuando según los volúmenes de los tiempos la locución humana varía, quien no pudo faltar en ningún tiempo, ni puede ni podrá, se dicen verdaderamente de él las palabras de cualquier tiempo. Por tanto, siempre oye el Espíritu Santo, porque siempre sabe: por tanto, también supo, y sabe, y sabrá; y por tanto también oyó, y oye, y oirá: porque como ya dijimos, para él oír es saber, y saber para él es ser. Por tanto, oyó, oye, y oirá de aquel de quien es: de aquel es de quien procede.

6. Aquí alguien quizás pregunte si también procede del Hijo el Espíritu Santo. Porque el Hijo es solo del Padre, y el Padre es solo del Hijo: pero el Espíritu Santo no es de uno de ellos, sino que es de ambos. Tienes al mismo Señor diciendo: No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mateo 10, 20): tienes también al Apóstol: Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones (Gálatas 4, 6). ¿Acaso son dos, uno del Padre, otro del Hijo? Lejos esté. Porque un solo cuerpo, dice, cuando significaba la Iglesia; y enseguida añadió, y un solo Espíritu. Y mira cómo allí completa la Trinidad. Como fuisteis llamados, dice, en una sola esperanza de vuestra vocación. Un solo Señor; aquí quiso que se entendiera a Cristo: resta que también nombre al Padre: sigue, Una sola fe, un solo Bautismo: un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, y por todos, y en todos nosotros (Efesios 4, 4-6). Por tanto, como hay un solo Padre, y un solo Señor, es decir, el Hijo, así también hay un solo Espíritu; ciertamente es de ambos: ya que dice el mismo Cristo Jesús. El Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros; y dice el Apóstol, Dios envió el Espíritu de su Hijo en vuestros corazones. Tienes en otro lugar al mismo apóstol diciendo: Si el Espíritu de aquel que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros; aquí quiso que se entendiera el Espíritu del Padre: de quien sin embargo en otro lugar dice: Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él (Romanos 8, 11, 9). Y hay muchos otros testimonios que muestran claramente que el Espíritu que en la Trinidad se llama Espíritu Santo es del Padre y del Hijo.

7. No creo que por otra razón se le llame propiamente Espíritu: aunque si se nos pregunta por cada uno, no podemos sino decir que tanto el Padre como el Hijo son espíritu; porque Dios es espíritu (Juan 4, 24), es decir, Dios no es cuerpo, sino espíritu. Lo que por tanto se llama comúnmente a cada uno, debía llamarse propiamente a aquel que no es uno de ellos, sino en

quien aparece la comunidad de ambos. ¿Por qué entonces no creeremos que también procede del Hijo el Espíritu Santo, cuando también es el Espíritu del Hijo? Porque si no procediera de él, no se habría presentado a sus discípulos después de la resurrección soplando y diciendo: Recibid el Espíritu Santo (Juan 20, 22). ¿Qué otra cosa significó aquel soplo, sino que el Espíritu Santo procede también de él? A esto se refiere también aquello que dijo sobre la mujer que padecía flujo de sangre: Alguien me ha tocado; porque he sentido que de mí ha salido virtud (Lucas 8, 46). Porque con el nombre de virtud también se llama al Espíritu Santo, y es claro en aquel lugar donde el ángel, respondiendo a María que decía: ¿Cómo será esto, pues no conozco varón? respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra (Lucas 1, 34, 35): y el mismo Señor prometiéndolo a sus discípulos, dice: Pero quedaos en la ciudad hasta que seáis investidos con poder de lo alto (Lucas 24, 49); y de nuevo, Recibiréis, dice, poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros, y seréis mis testigos (Hechos 1, 8). De esta virtud se debe creer que dice el evangelista: Virtud salía de él, y sanaba a todos (Lucas 6, 19).

8. Si por tanto el Espíritu Santo procede tanto del Padre como del Hijo; ¿por qué dijo el Hijo: Procede del Padre (Juan 15, 26)? ¿Por qué crees, sino como suele referir a él incluso lo que es suyo, de quien también él es? De donde es aquello que dice: Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió (Juan 7, 16). Si por tanto aquí se entiende su doctrina, que sin embargo dijo que no era suya, sino del Padre; cuánto más allí debe entenderse que el Espíritu Santo procede de él, donde así dice: Procede del Padre, sin decir: No procede de mí. Pero de quien tiene el Hijo ser Dios (porque es de Dios Dios), de aquel tiene ciertamente que también de él proceda el Espíritu Santo: y por tanto el Espíritu Santo para que también proceda del Hijo, como procede del Padre, lo tiene del mismo Padre.

9. Aquí, de alguna manera, también se entiende, en la medida en que puede ser comprendido por personas como nosotros, por qué no se dice que el Espíritu Santo nace, sino que procede. Porque si también se le llamara Hijo, ciertamente sería llamado Hijo de ambos, lo cual es sumamente absurdo. Ningún hijo es de dos, a menos que sea de padre y madre. Sin embargo, lejos esté de nosotros sospechar algo así entre Dios Padre y Dios Hijo. Porque ni siquiera el hijo de los hombres procede simultáneamente del padre y de la madre: sino que cuando procede hacia la madre desde el padre, no procede entonces desde la madre; y cuando procede a esta luz desde la madre, no procede entonces desde el padre. Sin embargo, el Espíritu Santo no procede del Padre hacia el Hijo, y del Hijo para santificar la creación; sino que procede simultáneamente de ambos: aunque el Padre le haya dado al Hijo que, así como procede de Él, también proceda de Él. Porque no podemos decir que el Espíritu Santo no sea vida cuando el Padre es vida, y el Hijo es vida. Y así como el Padre, teniendo vida en sí mismo, dio también al Hijo tener vida en sí mismo; así le dio que la vida procediera de Él, como procede también de Él. Siguen las palabras del Señor diciendo: Y os anunciará las cosas que han de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará. Todo lo que tiene el Padre es mío: por eso dije que tomará de lo mío y os lo anunciará. Pero como esto ya es extenso, debe diferirse a otro sermón.

TRACTATUS C. En las últimas palabras de la misma lectura. Cap. XVI, V. 13-15.

1. Cuando el Señor prometía la venida del Espíritu Santo, dijo: Os enseñará toda la verdad; o, como se lee en algunos códices, Os guiará en toda la verdad. Porque no hablará por sí mismo, sino que hablará todo lo que oiga. De estas palabras evangélicas ya hemos discutido lo que el Señor nos ha concedido: ahora prestad atención a lo que sigue. Y os anunciará las cosas que han de venir. Aquí no es necesario detenerse, porque es claro: no tiene cuestión que requiera

nuestra explicación. Pero lo que añade, Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo anunciará, no debe pasarse por alto. Porque lo que dice, Él me glorificará, puede entenderse que, difundiendo en los corazones de los creyentes la caridad y haciéndolos espirituales, les declaró cómo el Hijo es igual al Padre, a quien antes conocían solo según la carne, y pensaban en Él como en un hombre como los demás hombres. O ciertamente, porque llenos de confianza por la misma caridad, y expulsado el temor, anunciaron a Cristo a los hombres; y así su fama se difundió por todo el mundo. De modo que dijo, Él me glorificará, como si dijera: Él os quitará el temor y os dará amor, para que al predicarme con más ardor, difundáis el aroma de mi gloria por todo el mundo, recomendéis mi honor. Porque lo que iban a hacer en el Espíritu Santo, dijo que el mismo Espíritu lo haría: como también aquello, No sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mat. X, 20). La palabra griega que es δοξάσει, unos la han traducido como clarificará, otros como glorificará, cada traductor latino en su propia traducción: porque la misma palabra griega δόξα, de donde se deriva el verbo δοξάσει, se interpreta tanto como claridad como gloria. Pues uno se hace claro por la gloria, y glorioso por la claridad; y por tanto, lo que se significa con ambas palabras, es lo mismo. Como han definido los antiguos autores más ilustres de la lengua latina, la gloria es la fama frecuente de alguien con alabanza. Cuando esto se ha hecho en este mundo sobre Cristo, no se debe creer que ha aportado algo grande a Cristo, sino al mundo. Porque alabar lo bueno, no beneficia al alabado, sino a los que alaban.

2. Sin embargo, también hay una falsa gloria, cuando los que alaban son engañados por error, ya sea en las cosas, en las personas, o en ambas. Pues se equivocan en las cosas, cuando creen que algo es bueno cuando es malo: en las personas, cuando creen que alguien es bueno cuando es malo: y en ambas, cuando lo que es un vicio se considera una virtud: y el mismo que es alabado por esto, no tiene lo que se cree, ya sea bueno o malo. Porque donar sus bienes a los actores es un vicio inmenso, no una virtud: y sabéis cuán frecuente es la fama con alabanza sobre tales personas; porque, como está escrito, Se alaba al pecador en los deseos de su alma, y el que hace iniquidades es bendecido (Sal. IX, 3). Aquí los que alaban no se equivocan en las personas, sino en las cosas: porque es malo lo que creen que es bueno. Pero aquellos que son viciosos por este mal de la prodigalidad, son tales como los que los alaban no sospechan que son, sino que los ven. Por otro lado, si alguien se finge justo y no lo es, sino que todo lo que parece hacer laudablemente ante los hombres, no lo hace por Dios, es decir, por la verdadera justicia, sino que solo busca y ama la gloria de los hombres; y aquellos entre quienes su fama es frecuente con alabanza, no creen que vive laudablemente sino por Dios, no se equivocan en la cosa, pero se equivocan en la persona. Porque lo que creen que es bueno, es bueno; pero quien creen que es bueno, no es bueno. Si se creyera, por ejemplo, que la habilidad en las artes mágicas es buena, y mientras alguien es creído haber liberado a su patria con esas artes que en absoluto conoce, obtiene una fama frecuente con alabanza, que es la gloria definida, entre los hombres impíos; se equivocan en ambos, los que alaban: tanto en la cosa, porque lo que es malo, creen que es bueno; como en la persona, porque no es lo que creen. Por tanto, en estos tres géneros, la gloria es falsa. Pero cuando sobre alguien justo por Dios y para Dios, es decir, verdaderamente justo, por causa de su justicia, hay una fama frecuente con alabanza; es verdadera gloria; sin embargo, no se debe creer que el justo es beatificado por ella, sino que se debe felicitar a los que alaban, porque juzgan correctamente y aman al justo. Cuánto más, entonces, el Señor Cristo, no se benefició a sí mismo, sino a ellos con su gloria, a quienes benefició con su muerte.

3. Pero no es verdadera su gloria entre los herejes, aunque parece tener una fama frecuente con alabanza entre ellos. No es esta verdadera gloria, porque se equivocan en ambos: pues creen que es bueno lo que no es bueno, y creen que Cristo es lo que Cristo no es. Que el Hijo

unigénito no sea igual al que lo engendra, no es bueno: que el Hijo unigénito de Dios sea solo hombre, no Dios, no es bueno: que la carne de la Verdad no sea verdadera carne, no es bueno. De estos tres que he mencionado, los arrianos sienten el primero, los fotinianos el segundo, los maniqueos el tercero. Pero como nada de esto es bueno, y Cristo no es nada de esto, se equivocan en ambos: ni dan verdadera gloria a Cristo, aunque entre ellos parece haber una fama frecuente con alabanza sobre Cristo. Y todos los herejes, que sería demasiado largo enumerar, que no piensan correctamente sobre Cristo, se equivocan porque tampoco sienten la verdad sobre las cosas buenas y malas. También los paganos, aunque son muchos los que alaban a Cristo, se equivocan en ambos, porque no según la verdad de Dios, sino más bien según su propia sospecha, dicen que fue un hombre mago. Pues critican a los cristianos como ignorantes, pero alaban a Cristo como mago, y así revelan lo que aman: pero no aman a Cristo; porque lo que no era Cristo, eso aman. Por tanto, se equivocan en ambos, porque ser mago es malo; y Cristo no fue mago, porque es bueno. Por tanto, ya que no se debe hablar aquí de aquellos que vituperan y blasfeman a Cristo; porque hablamos de su gloria, con la que ha sido glorificado en el mundo: el Espíritu Santo no lo glorificó con verdadera gloria, sino en la Iglesia santa católica. En otro lugar, es decir, ya sea entre herejes o entre algunos paganos, no puede haber su verdadera gloria en la tierra, aunque parece haber una fama frecuente con alabanza sobre Él. Por tanto, su verdadera gloria en la Iglesia católica es cantada por el profeta: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria (Sal. CVII, 6). Porque después de su exaltación, el Espíritu Santo iba a venir y glorificarlo, esto es lo que el sagrado Salmo, esto es lo que el mismo Unigénito prometió que sucedería, lo que vemos cumplido.

4. Pero lo que dice, Tomará de lo mío y os lo anunciará, escuchadlo con oídos católicos, comprendedlo con mentes católicas. Porque no por eso, como algunos herejes han pensado, el Espíritu Santo es menor que el Hijo: como si el Hijo recibiera del Padre, y el Espíritu Santo del Hijo en ciertos grados de naturalezas. Lejos esté de creer esto, lejos esté de decir esto, lejos esté de los corazones cristianos pensar esto. De hecho, inmediatamente Él mismo resuelve la cuestión, y explica por qué dijo esto. Todo lo que tiene el Padre es mío: por eso dije que tomará de lo mío y os lo anunciará. ¿Qué más queréis? Por tanto, el Espíritu Santo recibe del Padre, de donde recibe el Hijo; porque en esta Trinidad el Hijo es nacido del Padre, el Espíritu Santo procede del Padre. Pero el que no es nacido de nadie, ni procede de nadie, es solo el Padre. Cómo dijo el Hijo unigénito, Todo lo que tiene el Padre, es mío (porque ciertamente no así como se dijo a aquel hijo no unigénito, sino mayor de dos, Tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo [Luc. XV, 31]); en ese lugar, si el Señor quiere, se tratará con diligente consideración, donde dice el Unigénito al Padre, Y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío es (Juan XVII, 10): para que este discurso se cierre; porque lo que sigue, requiere otro comienzo para ser discutido.

TRACTATUS CI. Sobre lo que dice el Señor, Un poco y ya no me veréis; hasta aquello, Y en aquel día no me preguntaréis nada. Cap. XVI, V. 16-23.

1. Estas palabras del Señor donde dice, Un poco y ya no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis, porque voy al Padre, eran tan oscuras para los discípulos, antes de que se cumpliera lo que decía, que al preguntarse entre ellos qué era lo que decía, confesaron no saberlo en absoluto. Pues sigue el Evangelio: Entonces algunos de sus discípulos se decían entre sí: ¿Qué es esto que nos dice, Un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis, y porque voy al Padre? Decían, pues, ¿Qué es esto que dice, Un poco? No sabemos de qué habla. Esto es lo que les preocupaba, porque dijo, Un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis. Pues en lo anterior, porque no dijo, Un poco, sino que dijo, Voy al Padre, y ya no me veréis (Juan XVI, 10); les pareció que hablaba claramente, y no preguntaron entre ellos sobre

esto. Ahora, lo que entonces les era oscuro y pronto se manifestó, ya nos es manifiesto: pues poco después sufrió, y no lo vieron; de nuevo, poco después resucitó, y lo vieron. Pero aquello que dijo, Ya no me veréis, porque con esta palabra, es decir, ya, quiso que se entendiera que no lo verían más, allí explicamos cómo debe entenderse, donde dijo, El Espíritu Santo convencerá al mundo de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis (Arriba, Tract. 95): porque ciertamente no verían más a Cristo mortal.

2. Pero Jesús conoció, como dice el siguiente Evangelista, que querían preguntarle, y les dijo: ¿Os preguntáis entre vosotros sobre esto, porque dije, Un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis? En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y os lamentaréis vosotros; pero el mundo se alegrará: vosotros, sin embargo, os entristeceréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. Y esto puede entenderse así, porque los discípulos se entristecieron por la muerte del Señor, y enseguida se alegraron por la resurrección: pero el mundo, con cuyo nombre se significan los enemigos por los cuales Cristo fue asesinado, ciertamente se alegraron cuando Cristo fue asesinado, cuando los discípulos se entristecieron. Pues con el nombre de mundo, puede entenderse la maldad de este mundo, es decir, de los hombres amigos de este mundo. De donde el apóstol Santiago en su Epístola dice, Cualquiera que quiera ser amigo de este siglo, se constituye enemigo de Dios (Santiago IV, 4): con estas enemistades de Dios se hizo que ni siquiera a su Unigénito se le perdonara.

3. Luego añade, y dice: La mujer cuando da a luz, tiene tristeza, porque ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda de la angustia por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo: y vosotros, pues, ahora tenéis tristeza; pero os veré de nuevo, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo. Ni esta comparación parece ser difícil de entender; porque su comparación está a la vista, explicando Él mismo por qué se dijo. Pues el parto se compara con la tristeza, pero el nacimiento con el gozo; lo cual suele ser mayor cuando no nace una niña, sino un niño. Pero lo que dice, Nadie os quitará vuestro gozo, porque su gozo es el mismo Jesús, se significó lo que dice el Apóstol, Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere, y la muerte ya no tiene dominio sobre Él (Rom. VI, 9).

4. Hasta aquí en este capítulo del Evangelio, del cual hoy discutimos, todo ha transcurrido como de fácil entendimiento: se requiere una atención más aguda en lo que sigue. ¿Qué significa lo que dice, Y en aquel día no me preguntaréis nada? Esta palabra que es preguntar, no solo significa pedir, sino también interrogar; y el Evangelio griego, de donde esto se ha traducido, tiene una palabra tal que puede entenderse de ambas maneras, de modo que esta ambigüedad no se resuelve de allí: aunque si se resolviera, no por eso quedaría sin cuestión. Pues al Señor Cristo, después de que resucitó, lo leemos tanto interrogado como rogado. Porque fue interrogado por los discípulos cuando iba a ascender al cielo, cuando se le presentaría, y cuándo sería el reino de Israel (Hechos I, 6): y cuando ya estaba en el cielo, fue rogado por el santo Esteban, para que recibiera su espíritu (Id. VII, 58). Y ¿quién se atrevería a pensar o decir, que no se debe rogar a Cristo sentado en el cielo, y que se le rogó estando en la tierra? ¿Que no se debe rogar al inmortal, y que se debía rogar al mortal? Más bien, amadísimos, roguémosle, para que Él mismo desate el nudo de esta cuestión, iluminando en nuestros corazones para ver lo que dice.

5. Pues creo que lo que dice, Pero os veré de nuevo, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo, no debe referirse a aquel tiempo en que resucitó, y les mostró su carne para que la vieran y tocaran (Juan XX, 27): sino más bien a aquello de lo que ya había dicho, El que me ama, será amado por mi Padre; y yo lo amaré, y me manifestaré a él (Id. XIV, 21). Pues ya había resucitado, ya se les había mostrado en carne, ya estaba sentado a la derecha del Padre, cuando decía el mismo apóstol Juan, cuyo es este Evangelio, en su Epístola:

Amadísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos: sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como es (I Juan III, 2). Esta visión no es de esta vida, sino de la futura; no temporal, sino eterna. Esta es la vida eterna, dice la misma vida, que te conozcan, dice, a ti, el único Dios verdadero, y a quien has enviado, Jesucristo (Juan XVII, 3). De esta visión y conocimiento dice el Apóstol: Ahora vemos por espejo en enigma, pero entonces cara a cara: ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como soy conocido (I Cor. XIII, 12 y 13). Este fruto de todo su trabajo la Iglesia ahora lo está gestando deseando, entonces lo dará a luz viendo; ahora lo está gestando gimiendo, entonces lo dará a luz alegrándose; ahora lo está gestando orando, entonces lo dará a luz alabando. Y por eso es un varón; porque a este fruto de contemplación se refieren todos los oficios de acción. Pues solo él es libre; porque se desea por sí mismo, y no se refiere a otra cosa. A este sirve la acción: pues a este se refiere todo lo que se hace bien, porque se hace por este; pero él no se tiene y se posee por otra cosa, sino por sí mismo. Allí, pues, está el fin que nos basta. Por tanto, será eterno: pues no nos basta un fin, si no es aquel cuyo fin no tiene fin. Esto fue inspirado a Felipe cuando dijo: Muéstranos al Padre, y nos basta. En cuya manifestación se prometió también el Hijo diciendo: ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? (Juan XIV, 8, 10). Por tanto, de esto que nos basta, escuchamos muy correctamente, Nadie os quitará vuestro gozo.

6. De esto también, lo que se ha dicho anteriormente, considero que se entiende mejor, "Un poco y ya no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis". Pues todo este espacio de tiempo en el que transcurre el presente siglo es un poco: de ahí que el mismo evangelista diga en su Epístola, "Es la última hora" (1 Juan 2, 18). Por eso añadió, "porque voy al Padre": lo cual debe referirse a la primera sentencia, donde dice, "Un poco y ya no me veréis"; no a la posterior donde dice, "y de nuevo un poco y me veréis". Pues yendo al Padre, haría que no lo vieran. Y por tanto, no se dijo porque iba a morir y hasta que resucitara se apartaría de su vista; sino porque iba a ir al Padre, lo cual hizo después de resucitar, y habiendo conversado con ellos durante cuarenta días, ascendió al cielo (Hechos 1, 3, 9). Por tanto, les dice, "Un poco y ya no me veréis", a aquellos que lo veían corporalmente entonces, porque iba a ir al Padre, y ya no lo verían mortal como lo veían cuando hablaba estas cosas. Pero lo que añadió, "y de nuevo un poco y me veréis", lo prometió a toda la Iglesia: como prometió a toda ella, "He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo" (Mateo 28, 20). El Señor no tarda en cumplir su promesa: un poco, y lo veremos, donde ya no pidamos nada, no preguntemos nada; porque no quedará nada que desear, nada que buscar estará oculto. Este poco nos parece largo, porque aún se está llevando a cabo: cuando haya terminado, entonces sentiremos cuán poco fue. No sea, pues, nuestro gozo como el que tiene el mundo, del cual se ha dicho, "El mundo, sin embargo, se alegrará"; ni tampoco en el parto de este deseo estemos tristes sin gozo, sino como dice el Apóstol, "Gozosos en la esperanza, pacientes en la tribulación" (Romanos 12, 12); porque incluso la que está de parto, a quien se nos compara, se alegra más por la prole que pronto vendrá, que está triste por el dolor presente. Pero este sea el fin de este discurso: pues lo que sigue tiene una cuestión muy molesta, y no debe ser comprimida por la brevedad, para que pueda ser explicada más convenientemente, si el Señor lo quiere.

TRACTATUS CII. Sobre lo que el Señor dijo, "Amén, amén os digo, si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará"; hasta, "De nuevo dejo el mundo, y voy al Padre". Cap. XVI, V. 23-28.

1. Las palabras del Señor que ahora deben ser tratadas son, "Amén, amén os digo, si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará". Ya se ha dicho en las partes anteriores de este

discurso del Señor, que para aquellos que piden algunas cosas al Padre en nombre de Cristo y no reciben, no se pide en nombre del Salvador cualquier cosa que se pida contra la razón de la salvación (Supra, Tract. 73). Pues no se debe entender el sonido de las letras y sílabas, sino lo que ese sonido significa, y lo que por ese sonido se entiende correcta y verdaderamente, eso es lo que debe entenderse cuando dice, "en mi nombre". Por lo tanto, quien siente de Cristo lo que no debe sentirse del único Hijo de Dios, no pide en su nombre, aunque no calle las letras y sílabas de Cristo; porque pide en nombre de aquel que piensa cuando pide. Pero quien siente lo que debe sentirse de él, ese pide en su nombre; y recibe lo que pide, si no pide contra su salvación eterna. Sin embargo, recibe cuando debe recibir. Pues algunas cosas no se niegan, sino que se difieren para ser dadas en el tiempo adecuado. Así, ciertamente, debe entenderse lo que dice, "os lo dará", para que se sepan significados por estas palabras aquellos beneficios que pertenecen propiamente a quienes piden. Pues todos los santos son escuchados por sí mismos, pero no son escuchados por todos, ya sean amigos o enemigos suyos, o cualquier otro: porque no se dijo de cualquier manera, "os lo dará"; sino "os lo dará".

2. "Hasta ahora", dice, "no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea pleno". Esto que dice, gozo pleno, ciertamente no es un gozo carnal, sino espiritual: y cuando sea tal que ya no se le pueda añadir nada, sin duda entonces será pleno. Por lo tanto, cualquier cosa que se pida que pertenezca a la consecución de este gozo, eso es lo que debe pedirse en nombre de Cristo, si entendemos la gracia divina, si verdaderamente pedimos la vida bienaventurada. Pero cualquier otra cosa que se pida, no se pide nada: no porque no sea absolutamente nada, sino porque en comparación con una cosa tan grande, cualquier otra cosa que se desee, es nada. Pues no es absolutamente nada el hombre, de quien dice el Apóstol: "El que se cree ser algo, no siendo nada" (Gálatas 6, 3). En comparación con el hombre espiritual, que sabe que por la gracia de Dios es lo que es, cualquiera que presume vanamente, es nada. Así también, por tanto, puede entenderse correctamente, "Amén, amén os digo, si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará"; para que esto que dice, "si algo", no se entienda cualquier cosa, sino algo que no sea nada en comparación con la vida bienaventurada. Y lo que sigue, "Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre", puede entenderse de dos maneras: o porque no habéis pedido en mi nombre, cuyo nombre no habéis conocido como debe conocerse; o no habéis pedido nada, porque en comparación con la cosa que debíais pedir, lo que pedisteis debe considerarse como nada. Para que, por tanto, en su nombre no pidan nada, sino el gozo pleno (pues si piden algo más, ese algo es nada), exhorta diciendo, "Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea pleno": es decir, pedid esto en mi nombre, para que vuestro gozo sea pleno, y recibiréis. Pues en este bien perseverando en pedir, la misericordia divina de ninguna manera defraudará a sus santos.

3. "Estas cosas", dice, "os he hablado en proverbios: viene la hora en que ya no os hablaré en proverbios, sino que os anunciaré claramente acerca de mi Padre". Podría decir que esta hora de la que habla, debe entenderse como el siglo futuro, donde veremos claramente, lo que el bienaventurado Pablo dice, "cara a cara"; para que lo que dice, "Estas cosas os he hablado en proverbios", sea lo que el mismo apóstol dijo, "Ahora vemos por espejo, en enigma" (1 Corintios 13, 12): pero os anunciaré, porque por el Hijo se verá al Padre, según aquello que dice en otro lugar, "Ni al Padre conoce nadie, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" (Mateo 11, 27). Pero este sentido parece ser impedido por lo que sigue: "En aquel día pediréis en mi nombre". Pues en el siglo futuro, cuando lleguemos al reino, donde seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es (1 Juan 3, 2), ¿qué vamos a pedir, cuando nuestro deseo se saciará con bienes (Salmo 102, 5)? Por eso también en otro salmo se dice: "Me saciaré cuando se manifieste tu gloria" (Salmo 16, 15). Pues la petición de algo es de necesidad, la cual no habrá donde habrá esta saciedad.

4. Por tanto, queda, hasta donde puedo entender, que se entienda que Jesús prometió hacer a sus discípulos espirituales de carnales o animales, aunque no aún tales como seremos, cuando también tengamos un cuerpo espiritual; sino como era quien decía, "Hablamos sabiduría entre los perfectos" (1 Corintios 2, 6); y, "No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales" (1 Corintios 3, 1); y, "No hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que es de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha dado; lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino enseñadas por el Espíritu, comparando lo espiritual con lo espiritual. Pero el hombre animal no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios". Por tanto, no percibiendo las cosas que son del Espíritu de Dios el hombre animal, así escucha cualquier cosa que escucha sobre la naturaleza de Dios, que no puede pensar en otra cosa que no sea un cuerpo, por más amplio o inmenso que sea, por más luminoso y hermoso, sin embargo, cuerpo: por eso son proverbios para él cualquier cosa dicha de la sabiduría sobre la sustancia incorpórea e inmutable; no porque las considere como proverbios, sino porque piensa así, como quienes suelen escuchar proverbios y no entenderlos. Pero cuando el espiritual comienza a juzgar todas las cosas, él mismo no es juzgado por nadie (1 Corintios 2, 12-15), aunque en esta vida aún como por espejo en parte, percibe sin embargo no por ningún sentido del cuerpo, no por ningún pensamiento imaginario que capte o forme semejanzas de cuerpos cualesquiera, sino por la certísima inteligencia de la mente, que Dios no es cuerpo, sino espíritu: así claramente anunciando el Hijo sobre el Padre, que se contemple de la misma sustancia también a él que anuncia. Entonces en su nombre piden quienes piden; porque en el sonido de su nombre no entienden otra cosa que la misma cosa que es llamada por este nombre, ni por vanidad o debilidad del alma imaginan al Padre en un lugar, al Hijo ante el Padre rogando por nosotros, ocupando cada uno de ellos sus espacios con sus masas, y al Verbo haciendo palabras por nosotros ante aquel de quien es Verbo, con un intervalo interpuesto entre la boca del que habla y los oídos del que escucha; y otras cosas semejantes que los animales, y los mismos carnales, fabrican en sus corazones. Pues cualquier cosa tal que ocurra a los espirituales pensando en Dios por costumbre de cuerpos, negando y rechazando, como moscas importunas, las alejan de los ojos interiores; y se aquietan en la sinceridad de esa luz, que como testigo y juez, estas mismas imágenes de cuerpos que irrumpen en sus visiones internas, las convencen de ser completamente falsas. Estos pueden de alguna manera pensar en nuestro Señor Jesucristo en cuanto hombre, intercediendo por nosotros ante el Padre; en cuanto Dios, escuchándonos con el Padre. Creo que él significó esto cuando dijo, "Y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros". Pues para ver cómo el Hijo no ruega al Padre, sino que juntos escuchan a los que ruegan el Padre y el Hijo, no asciende sino el ojo espiritual de la mente.

5. "Porque el mismo Padre", dice, "os ama, porque vosotros me amasteis". ¿Por eso ama él, porque nosotros amamos; o más bien, porque él ama, por eso nosotros amamos? De su Epístola el mismo evangelista responde: "Nosotros amamos", dice, "porque él nos amó primero" (1 Juan 4, 10). De ahí, pues, se hizo que amáramos, porque fuimos amados. Sin duda es don de Dios amar a Dios. Él dio para ser amado, quien no amado amó. Siendo desagradables fuimos amados, para que hubiera en nosotros de qué agradar. Pues no amaríamos al Hijo, si no amáramos también al Padre. El Padre nos ama, porque nosotros amamos al Hijo; cuando del Padre y del Hijo recibimos para que amemos tanto al Padre como al Hijo: pues difunde la caridad en nuestros corazones el Espíritu de ambos (Romanos 5, 5), por quien amamos al Padre y al Hijo, y a quien amamos con el Padre y el Hijo. Por tanto, nuestro amor piadoso con el que adoramos a Dios, lo hizo Dios, y vio que era bueno, por eso amó él lo que hizo. Pero en nosotros no haría lo que amara, si antes de hacerlo, no nos amara.

6. "Y creísteis", dice, "que salí de Dios. Salí del Padre y vine al mundo: de nuevo dejo el mundo, y voy al Padre". Claramente hemos creído. Pues no debe parecer increíble, porque viniendo así al mundo salió del Padre, sin dejar al Padre; y así va al Padre dejando el mundo, sin dejar el mundo. Pues salió del Padre, porque es del Padre: vino al mundo, porque mostró al mundo su cuerpo que asumió de la Virgen. Dejó el mundo por la partida corporal, fue al Padre por la ascensión del hombre, ni dejó el mundo por la gobernación de su presencia.

TRACTATUS CIII. Sobre lo que sigue, "Dicen sus discípulos: He aquí que ahora hablas claramente"; hasta, "Pero confiad, yo he vencido al mundo". Cap. XVI, V. 29-33.

1. Cómo eran los discípulos de Cristo, cuando con ellos antes de la pasión hablaba grandes cosas con pequeños, pero como convenía que se dijeran grandes cosas a pequeños, porque aún no habiendo recibido el Espíritu Santo, como lo recibieron después de su resurrección ya sea soplando él mismo, o desde lo alto, pensaban más humanamente que divinamente, se declara por muchos testimonios en todo el Evangelio: de ahí que esto es lo que dijeron en esta lectura. Dice el Evangelista: "Dicen sus discípulos: He aquí que ahora hablas claramente, y no dices ningún proverbio: ahora sabemos que sabes todas las cosas, y no necesitas que nadie te pregunte; en esto creemos que saliste de Dios". El mismo Señor había dicho poco antes, "Estas cosas os he hablado en proverbios: viene la hora en que ya no os hablaré en proverbios". ¿Cómo, pues, dicen estos, "He aquí que ahora hablas claramente, y no dices ningún proverbio"? ¿Acaso ya había llegado la hora en que prometió que no hablaría más en proverbios? Lo que aún no había llegado esa hora, lo muestra la continuación de sus palabras, que se desarrolla así: "Estas cosas", dice, "os he hablado en proverbios: viene la hora en que ya no os hablaré en proverbios, sino que os anunciaré claramente acerca de mi Padre. En aquel día pediréis en mi nombre: y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros; porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me amasteis, y creísteis que yo salí de Dios. Salí del Padre, y vine al mundo: de nuevo dejo el mundo, y voy al Padre" (Juan 16, 25-28). Cuando a través de todas estas palabras aún promete aquella hora en que hablará sin proverbios, en la cual hora dice que pedirán en su nombre, ni él rogará al Padre por ellos, porque el mismo Padre los ama, porque ellos amaron a Cristo, y creyeron que salió del Padre y vino al mundo, de nuevo dejando el mundo y yendo al Padre: cuando, pues, aún se promete aquella hora en que hablará sin proverbios, ¿por qué dicen estos, "He aquí que ahora hablas claramente, y no dices ningún proverbio"; sino porque aquellas cosas que él sabe que son proverbios para los que no entienden, ellos hasta tal punto no entienden, que ni siquiera entienden que no entienden? Pues eran pequeños, y aún no juzgaban espiritualmente las cosas que escuchaban sobre asuntos que no pertenecen al cuerpo, sino al espíritu.

2. De hecho, recordándoles aún su edad según el hombre interior pequeña e inmadura, "Jesús les respondió: ¿Ahora creéis? He aquí que viene la hora, y ya ha venido, en que seréis dispersados cada uno a lo suyo, y me dejaréis solo. Y no estoy solo, porque el Padre está conmigo". Poco antes había dicho, "Dejo el mundo, y voy al Padre"; ahora dice, "El Padre está conmigo". ¿Quién va a aquel que está con él? Pero esto es palabra para el que entiende, para el que no entiende es proverbio: sin embargo, lo que ahora no es entendido por los pequeños, de alguna manera es absorbido; y aunque no les proporcione, porque aún no lo pueden captar, alimento sólido, al menos no les niega el alimento lácteo. De este alimento es, que sabían que él conoce todas las cosas, y que no necesita que nadie le pregunte: lo cual ciertamente puede preguntarse por qué lo dijeron. Pues parece que más bien debió decirse, No necesitas que preguntes a nadie; no, que alguien te pregunte. Pues dijeron, "Sabemos que conoces todas las cosas": y ciertamente quien conoce todas las cosas, más bien es interrogado por los que no saben, para que los que preguntan escuchen lo que quieren, de aquel que conoce todas las cosas; no él preguntar, como queriendo saber algo, quien conoce todas las

cosas. ¿Qué significa, pues, que a aquel que sabían que conoce todas las cosas, cuando parece que debieron decir, No necesitas que preguntes a nadie, consideraron más bien decir, No necesitas que alguien te pregunte? ¿Qué, que leemos que ambos hechos, tanto que el Señor preguntó, como que fue preguntado? Pero esto se resuelve rápidamente: porque esto no le era necesario a él, sino más bien a aquellos a quienes preguntaba, o por quienes era preguntado. Pues él no preguntaba a algunos para aprender algo de ellos, sino más bien para enseñarles. Y quienes le preguntaban, queriendo aprender algo de él, ciertamente les era necesario a ellos, para saber algunas cosas de aquel que conocía todas las cosas. Por tanto, no le era necesario que alguien le preguntara. Pues nosotros cuando somos interrogados por aquellos que quieren saber algo de nosotros, de esas mismas preguntas de ellos conocemos qué quieren aprender; por tanto, nos es necesario ser interrogados por aquellos a quienes queremos enseñar algo, para conocer las preguntas de ellos a las que debemos responder: pero a él no le era necesario, quien conocía todas las cosas; ni necesitaba conocer por la pregunta de alguien lo que cada uno quería saber de él, porque antes de ser preguntado, conocía la voluntad del que iba a preguntar. Pero por eso se dejaba interrogar, para mostrar a los que estaban presentes entonces, o a los que iban a escuchar estas cosas dichas, o a leerlas escritas, cómo eran aquellos por quienes era interrogado; y de ese modo supiéramos o por qué no sería engañado por fraudes, o por qué se progresaría ante él con accesos. Prever, sin embargo, los pensamientos de los hombres, y por eso no necesitar que alguien le pregunte, no era grande para Dios, pero era grande para los pequeños que le decían, "En esto creemos que saliste de Dios". Sin embargo, era mucho mayor, a lo que quería extenderlos y hacerlos crecer en entendimiento, que cuando ellos dijeron, y dijeron la verdad, "saliste de Dios", él dijo, "El Padre está conmigo"; para que no pensaran que el Hijo salió del Padre, como si también se hubiera apartado.

3. Luego, concluyendo este gran y extenso discurso, dijo: "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo". Esa tribulación iba a tener su inicio en lo que anteriormente había mencionado para mostrarles que eran pequeños, a quienes aún no entendían y percibían una cosa por otra, y cualquier cosa grande y divina que hubiera dicho, les resultaba como proverbios. Dijo: "¿Ahora creéis? He aquí, viene la hora, y ya ha llegado, en que seréis dispersados cada uno a lo suyo". He aquí el inicio de la tribulación, pero no de manera que perdure. Pues lo que añadió, "y me dejaréis solo", no quiere que sean así en la tribulación que habrían de tener en el mundo después de su ascensión, para que lo dejen; sino que permanezcan en él teniendo paz. No solo cuando fue apresado, dejaron su carne, sino también mentalmente abandonaron la fe. A esto se refiere cuando dijo: "¿Ahora creéis? He aquí, viene la hora en que seréis dispersados a lo vuestro, y me dejaréis". Como si dijera: "Entonces estaréis tan perturbados que incluso lo que ahora creéis, lo abandonaréis". Llegaron a tal desesperación y, por así decirlo, a la muerte de su fe anterior, como se manifestó en aquel Cleofás, quien después de su resurrección, sin saber que hablaba con él, narrando lo que le había sucedido, dijo: "Nosotros esperábamos que él fuera el que redimiera a Israel" (Lucas 24, 21). He aquí cómo lo habían dejado, abandonando incluso la fe misma en la que antes habían creído. Pero en la tribulación que soportaron después de su glorificación, habiendo recibido el Espíritu Santo, no lo dejaron: y aunque huyeran de ciudad en ciudad, no huyeron de él; sino que, teniendo tribulación en el mundo, mantuvieron la paz en él, no huyendo de él, sino teniéndolo más bien como refugio. Pues dado el Espíritu Santo, se cumplió en ellos lo que ahora se les había dicho: "Confiad, yo he vencido al mundo". Confiaron y vencieron. ¿En quién, sino en él? Pues no habría vencido al mundo si el mundo venciera a sus miembros. De ahí que el Apóstol diga: "Gracias a Dios, que nos da la victoria"; e inmediatamente añadió: "por nuestro Señor

Jesucristo" (1 Cor. 15, 57): quien había dicho a los suyos: "Confiad, yo he vencido al mundo".

TRATADO CIV. En lo que sigue, "Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique a ti". Cap. XVII, V. 1.

1. Antes de estas cosas que ahora, con la ayuda del Señor, vamos a tratar, Jesús había dicho: "Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz": lo cual no debemos entender como algo dicho poco antes, sino como todo lo que les habló desde que comenzó a tenerlos como discípulos, o ciertamente desde que, después de la cena, comenzó este admirable y extenso discurso. Pues recordó la causa por la cual les habló, para que a ese fin se refirieran rectamente todas las cosas que les habló, o especialmente aquellas que dijo ya para morir por ellos, como palabras últimas, después de que aquel que lo iba a entregar salió del santo banquete. Pues esta es la causa que recomendó de su discurso, para que en él tuvieran paz, por lo cual todo se hace para que seamos cristianos. Esta paz no tendrá fin en el tiempo, sino que será el fin de toda nuestra intención y acción piadosa. Por esta razón somos instruidos en sus Sacramentos, por esta razón somos educados en sus obras y palabras maravillosas, por esta razón hemos recibido la prenda de su Espíritu, por esta razón creemos y esperamos en él, y nos encendemos en su amor tanto como nos lo concede: con esta paz nos consolamos en todas las tribulaciones, con esta paz somos liberados de todas las tribulaciones: por esta razón soportamos valientemente toda tribulación, para que en esta paz reinemos felizmente sin ninguna tribulación. Con razón concluyó con ella las palabras que para los discípulos poco entendidos eran proverbios; las entenderían cuando les diera el prometido Espíritu Santo, de quien dijo anteriormente: "Estas cosas os he hablado, estando con vosotros. Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os he dicho" (Juan 14, 25-26). Esta sin duda sería aquella hora en la que prometió no hablarles ya en proverbios, sino anunciarles claramente acerca del Padre. Pues las mismas palabras, reveladas por el Espíritu Santo, ya no serían proverbios para quienes las entendieran. Pues cuando el Espíritu Santo habla en sus corazones, no callará el Hijo unigénito, quien dijo que en esa hora les anunciaría claramente acerca del Padre, lo cual ya no sería un proverbio para ellos que lo entenderían. Pero también esto mismo, cómo hablan juntos en los corazones de sus espirituales tanto el Hijo de Dios como el Espíritu Santo, o más bien la misma Trinidad que opera inseparablemente, es palabra para los que entienden, pero proverbio para los que no entienden.

2. Así que, habiendo dicho por qué les habló todas las cosas, para que en él tuvieran paz, teniendo tribulación en el mundo, y habiéndoles exhortado a confiar, porque él venció al mundo; terminado el discurso que tenía para ellos, dirigió entonces sus palabras al Padre, y comenzó a orar. Pues así sigue el Evangelista, diciendo: "Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo". El Señor Unigénito y coeterno con el Padre, en forma de siervo y desde la forma de siervo, si fuera necesario, podría haber orado en silencio; pero quiso presentarse al Padre como intercesor, para recordar que era nuestro maestro. Por tanto, la oración que hizo por nosotros, la hizo conocida también para nosotros; porque no solo la conversación de tan gran maestro hacia ellos, sino también su oración al Padre por ellos, es edificación para los discípulos. Y si para aquellos que estaban presentes para escuchar estas palabras, ciertamente también para nosotros que habríamos de leerlas escritas. Por lo tanto, lo que dijo: "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo", muestra que todo tiempo, y lo que hace o permite que se haga en cada momento, está dispuesto por aquel que no está sujeto al tiempo; porque las cosas que habrían de suceder en cada tiempo, tienen causas eficientes en la sabiduría de Dios, en la cual

no hay tiempos. No se debe creer, por tanto, que esta hora llegó por un destino inevitable, sino más bien por la disposición de Dios. Ni la necesidad sideral conectó la pasión de Cristo: pues lejos esté que las estrellas obligaran a morir al creador de las estrellas. No fue, por tanto, el tiempo el que impuso a Cristo morir, sino que Cristo eligió el tiempo en que moriría: quien también estableció con el Padre el tiempo en que nacería de la Virgen, de quien sin tiempo nació. Según esta verdadera y sana doctrina, también el apóstol Pablo dice: "Pero cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo" (Gál. 4, 4); y Dios por el Profeta dice: "En tiempo aceptable te escuché, y en día de salvación te ayudé" (Is. 49, 8); y nuevamente el Apóstol: "He aquí ahora el tiempo aceptable, he aquí ahora el día de salvación" (2 Cor. 6, 2). Diga, pues, "Padre, ha llegado la hora", quien con el Padre dispuso todas las horas: como diciendo, "Padre, la hora que para glorificarme entre los hombres y por los hombres establecimos juntos, ha llegado, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti".

3. Algunos entienden que el Hijo fue glorificado por el Padre en el hecho de que no lo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. 8, 32). Pero si se dice que fue glorificado por la pasión, ¿cuánto más por la resurrección? Pues en la pasión se destaca más su humildad que su gloria, como lo testifica el Apóstol, quien dice: "Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz": luego sigue, y ya habla de su glorificación, "Por lo cual Dios también lo exaltó, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre". Esta es la glorificación de nuestro Señor Jesucristo, que comenzó con su resurrección. Por tanto, su humildad comienza en el discurso del Apóstol, desde el lugar donde dice: "Se despojó a sí mismo tomando forma de siervo"; y llega hasta "la muerte de cruz". Su gloria, en cambio, comienza desde el lugar donde dice: "Por lo cual Dios también lo exaltó"; y llega hasta "en la gloria de Dios Padre" (Fil. 2, 7-11). Pues incluso el mismo nombre, si se examinan los códices griegos, de donde las Epístolas apostólicas fueron traducidas al latín, lo que aquí se lee como gloria, allí se lee como δόξα: de donde se deriva el verbo en griego para decir δόξασον, que el intérprete latino tradujo como clarifica, aunque también podría haber dicho glorifica, que significa lo mismo. Y por eso también podría haberse puesto en la Epístola del Apóstol, donde está gloria, claritas: lo cual, si se hiciera, significaría lo mismo. Pero para no apartarse de los sonidos de las palabras, así como de claritas se deriva clarificatio, así de gloria se deriva glorificatio. Para que, por tanto, el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, fuera glorificado o clarificado por la resurrección, primero fue humillado por la pasión: pues no habría resucitado de entre los muertos si no hubiera muerto. La humildad, por tanto, es el mérito de la gloria; la gloria, el premio de la humildad. Pero esto sucedió en la forma de siervo; en la forma de Dios, en cambio, siempre fue, siempre será gloria: más bien, no fue como si ya no fuera, ni será como si aún no fuera; sino que sin principio, sin fin, siempre es gloria. Por tanto, lo que dijo: "Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo"; debe entenderse como si dijera: "Ha llegado la hora de sembrar la humildad, no demores el fruto de la gloria". Pero, ¿qué significa lo que sigue, "para que tu Hijo te glorifique"? ¿Acaso también Dios Padre sufrió la humildad de la carne o de la pasión, de la cual debería ser glorificado? ¿Cómo, entonces, lo glorificaría el Hijo, cuya gloria sempiterna ni pudo ser vista menor en la forma humana, ni podría ser mayor en su perfección divina? Pero no quiero restringir esta cuestión a este discurso, ni hacer que se alargue más.

TRATADO CV. Desde lo que el Señor dijo, "para que tu Hijo te glorifique"; hasta "la gloria que tuve antes que el mundo existiera, contigo". Cap. XVII, V. 1-5.

1. Que el Hijo fue glorificado por el Padre según la forma de siervo, a quien el Padre resucitó de entre los muertos y colocó a su derecha, lo indica el hecho mismo, y ningún cristiano lo duda. Pero puesto que no solo dijo: "Padre, glorifica a tu Hijo", sino que también añadió: "para que tu Hijo te glorifique"; con razón se pregunta cómo el Hijo glorificó al Padre, cuando la gloria sempiterna del Padre ni fue disminuida en la forma humana, ni pudo ser aumentada en su perfección divina. Pero en sí misma, la gloria del Padre no puede ser disminuida ni aumentada; sin embargo, entre los hombres era ciertamente menor, cuando en Judea solamente era conocido Dios (Sal. 75, 2): aún no alababan los niños el nombre del Señor desde el nacimiento del sol hasta su ocaso (Sal. 112, 3, 1). Pero esto, porque fue hecho por el Evangelio de Cristo, para que por el Hijo el Padre fuera conocido por las naciones; ciertamente el Hijo glorificó al Padre. Si, sin embargo, el Hijo solo hubiera muerto, y no hubiera resucitado, sin duda ni habría sido glorificado por el Padre, ni habría glorificado al Padre: ahora, sin embargo, glorificado por el Padre en la resurrección, glorifica al Padre en la predicación de su resurrección. Esto es lo que el mismo orden de las palabras revela: "Glorifica", dice, "a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique"; como si dijera: "Resucítame, para que te hagas conocido al mundo entero por mí".

2. Luego, abriendo más y más cómo el Hijo glorifica al Padre: "Así como le diste", dice, "poder sobre toda carne, para que todo lo que le diste, les dé vida eterna". Toda carne significa todo hombre, significando el todo por una parte; así como nuevamente se significó el hombre entero por una parte superior, donde dice el Apóstol: "Toda alma esté sujeta a las potestades superiores" (Rom. 13, 1). Pues, ¿qué dijo, "Toda alma", sino, todo hombre? Y esto también, que el poder fue dado a Cristo por el Padre sobre toda carne, debe entenderse según el hombre: pues según Dios, todas las cosas fueron hechas por él (Juan 1, 3), y en él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles (Col. 1, 16). Así como, por tanto, "le diste poder", dice, "sobre toda carne", así te glorifique tu Hijo, es decir, te haga conocido a toda carne que le diste. Pues así le diste, "para que todo lo que le diste, les dé vida eterna".

3. "Esta es", dice, "la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo". El orden de las palabras es, "que te conozcan a ti y a quien enviaste, Jesucristo, el único Dios verdadero". Consecuentemente, también se entiende el Espíritu Santo, porque es el Espíritu del Padre y del Hijo, como amor sustancial y consustancial de ambos. Porque no son dos dioses el Padre y el Hijo, ni tres dioses el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; sino que la misma Trinidad es un solo y único Dios verdadero. Sin embargo, no es el mismo el Padre que el Hijo, ni el mismo el Hijo que el Padre, ni el mismo el Espíritu Santo que el Padre y el Hijo; porque tres son el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; pero la misma Trinidad es un solo Dios. Si, por tanto, el Hijo te glorifica de la manera en que le diste poder sobre toda carne, y así le diste, para que todo lo que le diste, les dé vida eterna, y "esta es la vida eterna, que te conozcan a ti"; así, por tanto, el Hijo te glorifica, para que a todos los que le diste, te haga conocido. Ahora bien, si el conocimiento de Dios es vida eterna, tanto más tendemos a vivir cuanto más progresamos en este conocimiento. Sin embargo, no moriremos en la vida eterna: entonces, por tanto, el conocimiento de Dios será perfecto, cuando no haya muerte. Entonces será la máxima glorificación de Dios; porque será la máxima gloria, que en griego se dice δόξα. De donde se dijo δόξασον, que algunos latinos interpretaron como clarifica; otros, como glorifica. En la casa de Dios, por tanto, será la alabanza de Dios sin fin, donde será el conocimiento pleno de Dios; y porque será el conocimiento pleno, por eso será la máxima glorificación o glorificación.

4. Pero primero aquí se glorifica a Dios, mientras se anuncia a los hombres y se da a conocer, y se predica por la fe de los creyentes. Por lo cual dice: "Yo te he glorificado en la tierra, he

acabado la obra que me diste para hacer". No dijo, ordenaste; sino, "diste": donde se encomienda la evidente gracia. Pues, ¿qué tiene que no haya recibido, incluso en el Unigénito la naturaleza humana? ¿Acaso no recibió, para no hacer nada malo, sino hacer todo bien, cuando fue asumida en la unidad de persona por el Verbo, por quien todas las cosas fueron hechas? Pero, ¿cómo ha acabado la obra que recibió para hacer, cuando aún resta la experiencia de la pasión, donde principalmente ofreció a sus mártires el ejemplo a seguir; de donde dice el apóstol Pedro: "Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus pisadas" (1 Ped. 2, 21): a menos que diga que ha acabado lo que sabe con certeza que va a acabar? Como mucho antes en la profecía usó palabras de tiempo pasado, cuando después de muchos años iba a suceder lo que decía: "Horadaron", dice, "mis manos y mis pies, contaron todos mis huesos" (Sal. 21, 17-18); no dijo, Horadarán y contarán. Y en este mismo Evangelio, "Todo", dice, "lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer" (Juan 15, 15): a quienes después les dice: "Aún tengo muchas cosas que deciros; pero ahora no las podéis llevar" (Juan 16, 12). Pues quien con causas ciertas e inmutables predestinó todas las cosas futuras, lo que va a hacer, ya lo ha hecho: pues también por el profeta se dijo de él: "Quien hizo las cosas futuras" (Is. 45, 11, según LXX).

5. Según lo que sigue, también dice: Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera. Pues antes había dicho: Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti: en el orden de estas palabras mostró que primero el Hijo debía ser glorificado por el Padre, para que el Hijo glorificara al Padre. Pero ahora dijo: Yo te he glorificado en la tierra, he terminado la obra que me diste para hacer: y ahora glorifícame; como si él hubiera glorificado primero al Padre, y luego pidiera ser glorificado por él. Por lo tanto, se debe entender que usó ambas expresiones anteriormente según lo que iba a suceder, y en el orden en que iba a suceder, Glorifica al Hijo, para que el Hijo te glorifique a ti: pero ahora usó el tiempo pasado para referirse a un hecho futuro, cuando dijo: Yo te he glorificado en la tierra, he terminado la obra que me diste para hacer. Luego, al decir: Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, como si fuera a ser glorificado después por el Padre, a quien él había glorificado primero; ¿qué muestra, sino que anteriormente, cuando dijo: Yo te he glorificado en la tierra, habló como si hubiera hecho lo que iba a hacer; pero aquí pidió que el Padre hiciera lo que el Hijo iba a hacer, es decir, que el Padre glorificara al Hijo, por cuya glorificación el Hijo también glorificaría al Padre? Finalmente, si consideramos el verbo en tiempo futuro para lo que iba a suceder, donde él mismo usó el pasado para el futuro, no quedará ninguna oscuridad en la sentencia: como si hubiera dicho, Yo te glorificaré en la tierra, terminaré la obra que me diste para hacer: y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo. Sin duda, es tan claro como aquello donde dice: Glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti: y es exactamente la misma sentencia, salvo que aquí se menciona el modo de esa glorificación, mientras que allí se omite; como si aquello se explicara por esto a quienes podía conmover, cómo el Padre glorifica al Hijo, y especialmente cómo el Hijo glorifica al Padre. Pues al decir que glorifica al Padre en la tierra, y que él mismo es glorificado por el Padre junto a él, ciertamente mostró el modo de ambas glorificaciones. Él glorificó al Padre en la tierra, predicándolo a las naciones; pero el Padre lo glorificó a él junto a sí mismo, colocándolo a su derecha. Pero por eso, después de hablar de glorificar al Padre donde dice: Yo te he glorificado, prefirió usar el verbo en tiempo pasado, para mostrar que en la predestinación ya estaba hecho, y debía considerarse como ya hecho lo que ciertamente iba a suceder; es decir, que glorificado por el Padre junto al Padre, el Hijo glorificaría al Padre en la tierra.

6. Pero esta predestinación en su glorificación la manifestó más claramente, cuando el Padre lo glorificó, al añadir: Con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera. El

orden de las palabras es, que tuve contigo antes de que el mundo existiera. A esto se refiere cuando dice: Y ahora glorifícame; es decir, como entonces, así también ahora; como entonces en la predestinación, así también ahora en la perfección: haz en el mundo lo que ya había sido antes del mundo; haz en su tiempo lo que estableciste antes de todos los tiempos. Algunos pensaron que esto debía entenderse como si la naturaleza humana asumida por el Verbo se convirtiera en el Verbo, y el hombre se transformara en Dios; más aún, si consideramos cuidadosamente lo que pensaron, el hombre perecería en Dios. Pues nadie diría que el Verbo de Dios se duplicaría o aumentaría por esta transformación del hombre, de modo que lo que fue uno se convierta en dos, o lo que fue menos se convierta en más. Pero si la naturaleza humana se transformara y convirtiera en el Verbo, el Verbo de Dios sería lo que era y cuanto era, ¿dónde estaría el hombre si no pereciera?

7. Pero nada nos obliga a esta opinión, que no veo en absoluto que concuerde con la verdad, si al decir el Hijo: Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera, entendemos la predestinación de la gloria de la naturaleza humana que está en él, que de mortal será inmortal junto al Padre; y que esto ya se había hecho en la predestinación antes de que el mundo existiera, lo que también se haría en el mundo en su tiempo. Pues si el Apóstol dijo de nosotros: Como nos eligió en él antes de la fundación del mundo (Efesios I, 4); ¿por qué se considera alejado de la verdad, si entonces el Padre glorificó a nuestra cabeza, cuando nos eligió en él para que fuéramos sus miembros? Así como nosotros fuimos elegidos, él fue glorificado; porque antes de que el mundo existiera, ni nosotros éramos, ni él era el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5). Pero aquel que por él, en cuanto es su Verbo, hizo incluso las cosas que han de venir, y llama a las cosas que no son como si fueran (Rom. IV, 17); ciertamente, según lo que es mediador entre Dios y los hombres, el hombre, Dios Padre lo glorificó antes de la fundación del mundo por nosotros, si entonces también nos eligió en él. ¿Qué dice el Apóstol? «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos: y a los que predestinó, a estos también llamó» (Id. VIII, 28-30).

8. A menos que temamos decir que él mismo fue predestinado, porque el Apóstol parece haber dicho esto solo de nosotros, para que seamos hechos conformes a su imagen. Como si alguien, mirando fielmente la regla de la fe, fuera a negar que el Hijo de Dios fue predestinado, quien no puede negar que fue hombre. Pues correctamente se dice que no fue predestinado según lo que es el Verbo de Dios, Dios junto a Dios. ¿Por qué habría de ser predestinado, si ya era lo que era, sin principio, sin fin, eterno? Pero aquello debía ser predestinado, lo que aún no era, para que así en su tiempo llegara a ser, como antes de todos los tiempos había sido predestinado que llegara a ser. Por tanto, quien niega que el Hijo de Dios fue predestinado, niega que este mismo es el hijo del hombre. Pero para los contenciosos, escuchemos también al Apóstol desde el principio de sus cartas. Pues en la primera de sus Epístolas, que es a los Romanos, y es el principio de la misma Epístola, donde se lee: Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, que fue hecho de la simiente de David según la carne, que fue predestinado Hijo de Dios con poder según el Espíritu de santidad por la resurrección de los muertos (Id. I, 1-4). Según esta predestinación, también fue glorificado antes de que el mundo existiera, para que su gloria fuera por la resurrección de los muertos junto al Padre, a cuya derecha se sienta. Por tanto, cuando vio que había llegado ya el tiempo de su glorificación predestinada, para que ahora también se hiciera en la realidad lo que ya había sido hecho en la predestinación, oró

diciendo: Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera: como si dijera, La gloria que tuve contigo, es decir, aquella gloria que tuve contigo en tu predestinación, es tiempo de que la tenga también viviendo a tu derecha. Pero como esta discusión de la cuestión nos ha ocupado mucho tiempo, lo que sigue debe ser tratado en otro sermón.

TRACTATUS CVI. Sobre lo que el Señor dice, He manifestado tu nombre a los hombres; hasta, Y han creído que tú me enviaste. Cap. XVII, V. 6-8.

1. Sobre estas palabras del Señor, como él mismo nos lo conceda, discutiremos en este sermón, que son las siguientes: He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo. Si lo dice solo de esos discípulos con los que cenó, y a quienes habló tanto antes de comenzar a orar; esto no se refiere a aquella glorificación, o como otros han interpretado, glorificación, de la que hablaba anteriormente, por la cual el Hijo glorifica o glorifica al Padre. Pues, ¿cuánta o qué clase de gloria es que se haya dado a conocer a doce o más bien a once mortales? Pero si lo que dice, He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo, quiso que se entendiera de todos, incluso de los que iban a creer en él, pertenecientes a su gran Iglesia que habría de formarse de todas las naciones, de la cual se canta en el Salmo, En la gran Iglesia te confesaré (Sal. XXXIV, 18); ciertamente esta es la glorificación por la cual el Hijo glorifica al Padre, cuando hace conocido su nombre a todas las naciones, y a tantas generaciones de hombres. Y esto que dice, He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo, es como aquello que dijo poco antes, Yo te he glorificado en la tierra (Juan XVII, 4); usando el pasado por el futuro tanto allí como aquí, como quien sabe que está predestinado a que eso suceda, y por eso dice que ha hecho lo que sin duda alguna hará.

2. Pero que lo que dijo, He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo, se refiera a sus discípulos que ya eran, y no a todos los que iban a creer en él, lo demuestran más creíblemente las palabras que siguen. Pues después de decir esto, añadió: Tuyos eran, y me los diste, y han guardado tu palabra: ahora han conocido que todo lo que me diste, viene de ti; porque las palabras que me diste, se las he dado a ellos: y ellos las recibieron, y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste. Aunque todas estas cosas pudieron decirse de todos los fieles futuros con una esperanza ya perfecta, cuando aún eran futuras: pero para que se entienda que hablaba solo de aquellos discípulos que tenía entonces, lo que dijo poco después, Cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre: a los que me diste, los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura; refiriéndose a Judas, quien lo traicionó: pues de este número de doce apóstoles, solo él se perdió. Luego añade: Pero ahora voy a ti. De donde es evidente que hablaba de su presencia corporal, Cuando estaba con ellos, yo los guardaba, como si ya no estuviera con ellos con esa presencia. Pues quiso significar su ascensión que estaba por suceder, de la cual dijo, Pero ahora voy a ti: yendo ciertamente a la derecha del Padre; de donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos con la misma presencia corporal, según la regla de la fe y la sana doctrina: pues con su presencia espiritual ciertamente estaría con ellos después de su ascensión, y con toda su Iglesia en este mundo hasta la consumación del siglo (Mat. XXVIII, 20). Por lo tanto, no se entiende correctamente que hablara de aquellos de quienes dijo, Cuando estaba con ellos, yo los guardaba, sino de aquellos que ya había comenzado a guardar en la fe en él con su presencia corporal, y a quienes iba a dejar con su ausencia corporal, para que los guardara con el Padre con su presencia espiritual. Pero después añade también a los demás suyos, donde dice: No ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Donde muestra más claramente que no hablaba de todos los que le pertenecen anteriormente, desde el lugar donde dice, He

manifestado tu nombre a los hombres que me diste; sino solo de aquellos que lo escuchaban cuando decía esas cosas.

3. Desde el mismo comienzo de su oración, donde levantando los ojos al cielo, dijo, Padre, ha llegado la hora, glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti, hasta lo que dijo poco después, Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que tuve contigo antes de que el mundo existiera; quería que se entendiera a todos los suyos, a quienes al dar a conocer al Padre, lo glorifica. Pues cuando dijo, para que tu Hijo te glorifique a ti; inmediatamente mostró cómo se haría eso diciendo, Como le diste potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste: y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a quien enviaste, Jesucristo (Juan XVII, 1-20). Pues el Padre no puede ser glorificado por el conocimiento de los hombres, a menos que también se conozca a aquel por quien es glorificado, es decir, por quien se da a conocer a los pueblos. Esta es la glorificación del Padre, que no se hizo solo con aquellos apóstoles, sino que se hace con todos los hombres, de quienes Cristo es cabeza de sus miembros. Pues no puede entenderse solo de los apóstoles, Como le diste potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste; sino ciertamente de todos aquellos a quienes se les da vida eterna al creer en él.

4. Ahora veamos qué dice de aquellos discípulos suyos que lo escuchaban entonces. Manifesté, dice, tu nombre a los hombres que me diste. ¿Acaso no conocían el nombre de Dios, siendo judíos? ¿Y dónde queda lo que se lee, Conocido en Judea es Dios; en Israel grande es su nombre (Sal. LXXV, 2)? Por lo tanto, manifesté tu nombre a estos hombres, que me diste del mundo, que me escuchan decir estas cosas: no ese nombre tuyo por el que eres llamado Dios, sino aquel por el que eres llamado mi Padre; nombre que no podría manifestarse sin la manifestación del mismo Hijo. Pues lo que se dice Dios al universo de la creación, incluso a todas las naciones antes de que creyeran en Cristo, no pudo ser de ninguna manera completamente desconocido. Esta es la fuerza de la verdadera divinidad, que a la criatura racional ya usando la razón, no puede ocultarse completamente. Excepto por unos pocos en quienes la naturaleza está extremadamente depravada, toda la raza humana confiesa a Dios como el creador de este mundo. En esto, pues, que hizo este mundo visible de cielo y tierra, y antes de que fueran instruidos en la fe de Cristo, Dios es conocido por todas las naciones. En esto, sin embargo, que no debe ser adorado junto con dioses falsos, Dios es conocido en Judea. Pero en esto que es el Padre de este Cristo, por quien quita el pecado del mundo, este nombre suyo antes oculto a todos, ahora lo ha manifestado a aquellos que le dio del mundo. Pero, ¿cómo lo manifestó, si aún no había llegado la hora de la que había dicho anteriormente, que vendría la hora cuando ya no os hablaré en parábolas, sino que os anunciaré claramente acerca de mi Padre (Juan XVI, 25)? ¿O acaso se considerará una manifestación clara en parábolas? ¿Por qué entonces se dijo, Os anunciaré claramente, si en parábolas no es claro? Pues lo que no se oculta en parábolas, sino que se manifiesta con palabras, sin duda se dice claramente. ¿Cómo, entonces, lo manifestó si aún no lo dijo claramente? Por lo tanto, debe entenderse que se usó el pasado por el futuro, de la misma manera que aquello, Todo lo que oí de mi Padre, os lo he dado a conocer (Id. XV, 15): lo que aún no había hecho, pero hablaba como si lo hubiera hecho, sabiendo que estaba inmutablemente fijado para que lo hiciera.

5. ¿Qué significa, "Los que me diste del mundo"? Se ha dicho de ellos que no son del mundo. Pero esto se les ha concedido por la regeneración, no por la generación. ¿Qué significa también lo que sigue, "Eran tuyos y me los diste"? ¿Acaso alguna vez fueron del Padre, cuando no eran del Hijo unigénito de Él; y tuvo alguna vez el Padre algo sin el Hijo? De

ninguna manera. Sin embargo, el Hijo de Dios tuvo algo en algún momento que el mismo Hijo hombre aún no tenía; porque aún no había sido hecho hombre de madre, cuando ya tenía todas las cosas con el Padre. Por lo tanto, cuando dijo, "Eran tuyos", el Hijo de Dios no se separó de eso, sin el cual el Padre nunca tuvo nada; pero suele atribuirle todo lo que puede, de quien es Él mismo quien puede. Porque de quien tiene el ser, de Él tiene el poder; y siempre tuvo ambos al mismo tiempo, porque nunca fue y no pudo. Por lo tanto, cualquier cosa que el Padre pudo, el Hijo siempre pudo con Él; porque aquel que nunca fue y no pudo, nunca estuvo sin el Padre, nunca el Padre estuvo sin Él. Y así como el Padre es eterno y omnipotente, así el Hijo es coeterno y omnipotente; y si es omnipotente, ciertamente es omnitenente. Pues interpretamos más bien la palabra del verbo, si queremos decir propiamente, lo que los griegos llaman παντοκράτωρ: que nuestros no lo interpretarían así, diciendo omnipotente, cuando es παντοκράτωρ omnitenente, si no sintieran que vale lo mismo. ¿Qué, entonces, pudo haber tenido alguna vez el eterno omnitenente, que no haya tenido al mismo tiempo el coeterno omnitenente? Por lo tanto, cuando dice, "Y me los diste", muestra que recibió como hombre este poder para tenerlos; porque quien siempre fue omnipotente, no siempre fue hombre. Por lo tanto, aunque parece haber atribuido al Padre que los recibió de Él porque de Él es todo lo que es de lo que es; también Él mismo se los dio, es decir, como Dios con el Padre, Cristo dio a Cristo hombre lo que no es con el Padre, hombres. Finalmente, quien en este lugar dice, "Eran tuyos, y me los diste", ya antes había dicho a los mismos discípulos, "Yo os elegí del mundo" (Juan XV, 19). Que se disuelva aquí el pensamiento carnal, y desaparezca. El Hijo dice que los hombres le fueron dados por el Padre del mundo, a quienes en otro lugar dice, "Yo os elegí del mundo". Los mismos hombres que el Hijo de Dios eligió del mundo con el Padre, el mismo Hijo hombre los recibió del Padre: porque el Padre no se los habría dado al Hijo, si no los hubiera elegido. Y así como el Hijo no separó al Padre de eso, cuando dijo, "Yo os elegí del mundo", porque el Padre los eligió con Él: así tampoco se separó a sí mismo de eso, cuando dijo, "Eran tuyos", porque también eran igualmente del Hijo. Ahora, sin embargo, el mismo Hijo hombre recibió a aquellos que no eran suyos, porque Dios también tomó la forma de siervo que no era suya.

6. Sigue diciendo, "Y han guardado tu palabra: ahora han conocido que todas las cosas que me diste, son de ti": es decir, han conocido que soy de ti. Porque el Padre dio todas las cosas al mismo tiempo, cuando engendró a quien tendría todas las cosas. "Porque las palabras", dice, "que me diste, se las he dado, y ellos las recibieron": es decir, las entendieron y las retuvieron. Porque la palabra se recibe cuando se percibe con la mente. Y dice, "han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste". Y aquí debe entenderse, "verdaderamente": porque lo que dijo, "han conocido verdaderamente", quiso explicarlo añadiendo, "y han creído". Esto, por lo tanto, "han creído verdaderamente", es lo que "han conocido verdaderamente": porque "salí de ti" es lo mismo que "tú me enviaste". Por lo tanto, cuando dijo, "han conocido verdaderamente", para que nadie pensara que este conocimiento ya se había hecho por visión, no por fe; añadió explicando, "y han creído", para que entendamos "verdaderamente", y comprendamos que se dijo, "han conocido verdaderamente", lo que es "han creído verdaderamente": no de la manera que significó poco antes, cuando dijo, "¿Ahora creéis? Viene la hora, y ya ha venido, en que seréis dispersados cada uno a lo suyo, y me dejaréis solo" (Juan XVI, 31 y 32). Pero "han creído verdaderamente", es decir, como se debe creer, sin vacilar, firmemente, establemente, valientemente; no ya volviendo a lo suyo, y dejando a Cristo. Por lo tanto, los discípulos aún no eran tales como Él dice con palabras en tiempo pasado, como si ya lo fueran, prediciendo cómo serían, una vez recibido el Espíritu Santo, quien, como se prometió, les enseñaría todas las cosas. Antes de que lo recibieran, ¿cómo guardaron su palabra, que de ellos dijo como si ya lo hubieran hecho; cuando el primero de ellos lo negó tres veces (Mateo XXVI, 69-74),

habiendo oído de su boca lo que le sucedería al hombre que lo negara ante los hombres (Mateo X, 33)? Por lo tanto, les dio las palabras como dijo, que el Padre le dio: pero cuando las recibieron no externamente en los oídos, sino internamente en los corazones espiritualmente, entonces verdaderamente las recibieron, porque entonces verdaderamente conocieron; y verdaderamente conocieron, porque verdaderamente creyeron.

7. ¿Cómo el Padre dio esas palabras al mismo Hijo, con qué palabras podrá explicarlo el hombre? Ciertamente parece una cuestión más fácil, si se cree que las recibió del Padre según lo que es el hijo del hombre. Aunque, ¿quién narrará cuándo y cómo las aprendió, nacido de la Virgen; cuando incluso la generación de Él que se hizo de la Virgen, quién la narrará? Pero si se piensa que las recibió del Padre según lo que es engendrado del Padre y coeterno con el Padre, no se piense en ningún tiempo allí como si antes hubiera sido quien no las tenía, y para tener lo que no tenía las recibió; porque cualquier cosa que Dios Padre dio a Dios Hijo, se la dio engendrando. Pues así el Padre dio al Hijo, sin lo cual el Hijo no podría ser, como le dio ser. Porque, ¿cómo de otra manera daría palabras al Verbo, en quien inefablemente dijo todas las cosas? Pero ya lo que sigue, debe ser esperado en otro discurso.

TRACTATUS CVII. De lo que dice Jesús, "Yo ruego por ellos", etc., hasta, "Para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos". Cap. XVII, V. 9-13.

1. Cuando el Señor hablaba al Padre sobre aquellos que ya tenía como discípulos, entre otras cosas también dijo esto: "Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por aquellos que me diste". Quiere que se entienda ahora por mundo, aquellos que viven según la concupiscencia del mundo, y no están en esa suerte de gracia, para ser elegidos por Él del mundo. Por lo tanto, no dice que ruega por el mundo, sino por aquellos que el Padre le dio: porque al dárselos el Padre, se hizo que no pertenecieran a ese mundo por el cual no ruega.

2. Luego añade, "Porque son tuyos". Porque el Padre no perdió a aquellos que dio al Hijo: cuando el Hijo aún sigue, y dice, "Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías". Aquí se muestra claramente cómo todas las cosas del Padre unigénito son del Hijo; ciertamente porque Él también es Dios, y del Padre es nacido igual al Padre: no como se dijo a uno de los dos hijos, al mayor, "Tú siempre estás conmigo, y todas mis cosas son tuyas" (Lucas XV, 31). Porque eso se dijo de todas las criaturas que están por debajo de la criatura santa racional, que ciertamente están sometidas a la Iglesia; en la cual toda la Iglesia y esos dos hijos, mayor y menor, se entienden, con todos los ángeles santos, a quienes seremos iguales en el reino de Cristo y de Dios (Mateo XXII, 30): pero esto se dijo así, "Y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías", para que aquí esté también la misma criatura racional, que no se somete sino a Dios, para que a ella se sometan todas las cosas que están por debajo de ella. Por lo tanto, siendo del Padre, no sería también del Hijo, si no fuera igual al Padre: porque de eso trataba, cuando decía, "No ruego por el mundo, sino por aquellos que me diste: porque son tuyos, y todas mis cosas son tuyas, y las tuyas son mías". Y no es lícito que los santos, de quienes habló, sean de alguien, sino de aquel por quien fueron creados y santificados: y por lo tanto, todas las cosas que son de ellos, deben ser de aquel de quien ellos son. Por lo tanto, siendo del Padre y del Hijo, demuestran que son iguales, de quienes son igualmente. Pero lo que dijo, cuando hablaba del Espíritu Santo, "Todas las cosas que tiene el Padre, son mías; por eso dije que tomará de lo mío y os lo anunciará" (Juan XVI, 15); lo dijo de aquellas cosas que pertenecen a la misma divinidad del Padre, en las cuales le es igual, teniendo todas las cosas que tiene. Porque el Espíritu Santo no iba a tomar de la criatura que está sometida al Padre y al Hijo, lo que dijo, "tomará de lo mío"; sino ciertamente del Padre de quien procede el Espíritu, de quien es nacido también el Hijo.

3. "Y he sido glorificado", dice, "en ellos". Ahora dice que su glorificación ha sido hecha, aunque aún estaba por venir: pero antes lo pedía al Padre para que se hiciera. Pero si es la misma glorificación, de la que había dicho, "Y ahora glorifícame tú, Padre, junto a ti mismo, con la gloria que tuve antes que el mundo existiera, junto a ti" (Juan XVII, 1, 5); ciertamente debe investigarse. Porque si es "junto a ti", ¿cómo es "en ellos"? ¿O cuando esto mismo se les da a conocer a ellos, y por ellos a todos los que creen en ellos como sus testigos? Podemos ciertamente entender que el Señor dijo de los Apóstoles que fue glorificado en ellos: porque al decir que ya se ha hecho, mostró que ya estaba predestinado, y quiso que se tuviera por cierto lo que iba a suceder.

4. "Y ya", dice, "no estoy en el mundo, y ellos están en el mundo". Si consideras el momento en que hablaba, ambos aún estaban en el mundo; tanto Él, ciertamente, como aquellos de quienes decía esto: porque no podemos ni debemos entender esto según el progreso del corazón y la vida, como si ellos aún estuvieran en el mundo porque aún pensaban mundanamente; y Él ya no estuviera en el mundo, pensando en lo divino. Se ha puesto aquí una palabra, que no nos permite entenderlo de ninguna manera: porque no dijo, "Y no estoy en el mundo"; sino, "Ya no estoy en el mundo": mostrando con esto que había estado en el mundo, ya no estaba. ¿Acaso es lícito creer que alguna vez pensó mundanamente, y fue liberado de este error para ya no pensar así? ¿Quién se atrevería a tener un pensamiento tan impío? Por lo tanto, debe entenderse que según lo que Él también estaba en el mundo antes, dijo que ya no estaba en el mundo; ciertamente por la ausencia corporal, mostrando su ausencia del mundo ya pronto, y la de ellos más tarde, al decir que ya no estaba aquí, pero ellos sí. Porque así habló, como hombre hablando a hombres, según el modo de hablar humano. ¿Acaso no decimos diariamente, "Ya no está aquí", de alguien que está a punto de irse rápidamente? Y especialmente se suele decir esto de los que van a morir. Aunque el mismo Señor, como previendo lo que podría mover a los lectores, añadió, "Y yo vengo a ti": así exponiendo de alguna manera por qué dijo, "Ya no estoy en el mundo".

5. Por lo tanto, encomienda al Padre a aquellos que va a dejar por su ausencia corporal, diciendo: "Padre santo, guárdalos en tu nombre a los que me diste". Ciertamente como hombre, Dios ruega por sus discípulos, que recibió de Dios. Pero presta atención a lo que sigue: "Para que sean", dice, "uno como nosotros". No dijo, "Para que sean uno con nosotros", o, "seamos uno ellos y nosotros, como nosotros somos uno"; sino que dijo, "Para que sean uno como nosotros". Ciertamente ellos sean uno en su naturaleza, como nosotros somos uno en la nuestra. Lo cual sin duda no lo diría verdaderamente, si no lo dijera según esto, que es de la misma naturaleza de Dios de la que es el Padre, según lo que dijo en otro lugar, "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30): no según lo que también es hombre; porque según esto, "El Padre es mayor que yo" (Juan XIV, 28), dijo. Pero como es una y la misma persona Dios y hombre, entendemos al hombre en lo que ruega: pero entendemos a Dios en lo que son uno Él y aquel a quien ruega. Pero hay aún en lo que sigue un lugar donde se debe discutir más diligentemente sobre este asunto.

6. Aquí, sin embargo, sigue: "Cuando estaba con ellos, yo los guardaba en tu nombre". Me, dice, viniendo a ti, guárdalos en tu nombre, en el cual cuando estaba con ellos, yo mismo los guardaba. En el nombre del Padre guardaba a sus discípulos el Hijo hombre, estando con ellos en presencia humana: pero también el Padre los guardaba en el nombre del Hijo, a quienes escuchaba pidiendo en el nombre del Hijo. Porque a estos mismos el Hijo les había dicho: "Amén, amén os digo, si pedís algo al Padre en mi nombre, os lo dará" (Juan XVI, 23). Ni debemos aceptar esto tan carnalmente, como si nos guardaran el Padre y el Hijo alternativamente, con la custodia de ambos alternando en nosotros, como si uno sucediera al otro cuando el otro se va: porque el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, que es un solo Dios

verdadero y bienaventurado, nos guardan al mismo tiempo. Pero la Escritura no nos eleva, a menos que descienda a nosotros: así como el Verbo hecho carne descendió para elevarnos, no cayó para yacer. Si hemos conocido al que desciende, levantémonos con el que eleva; y entendamos, cuando así habla, que distingue personas, no separa naturalezas. Por lo tanto, cuando el Hijo guardaba a sus discípulos con presencia corporal, no esperaba el Padre para suceder al Hijo que se iba para guardarlos; sino que ambos los guardaban con poder espiritual: y cuando el Hijo les quitó la presencia corporal, mantuvo con el Padre la custodia espiritual. Porque cuando el Hijo hombre recibió a los que debían ser guardados, no los quitó de la custodia paterna: y cuando el Padre dio al Hijo a los que debían ser guardados, no se los dio sin Él a quien se los dio; sino que se los dio al Hijo hombre, no sin el mismo Dios ciertamente Hijo.

7. Por lo tanto, el Hijo sigue, y dice: "A los que me diste, los guardé: y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que se cumpliera la Escritura". El hijo de perdición se llamó al traidor de Cristo, destinado a la perdición, según la Escritura que principalmente se profetiza de él en el salmo ciento ocho.

8. "Ahora, sin embargo", dice, "vengo a ti; y estas cosas hablo en el mundo, para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos". He aquí que dice que habla en el mundo, quien poco antes había dicho, "Ya no estoy en el mundo": lo cual por qué lo dijo, lo expusimos allí, más bien mostramos que Él mismo lo expuso. Por lo tanto, porque aún no se había ido, aún estaba aquí; y porque pronto se iría, de alguna manera ya no estaba aquí. Pero, ¿qué es este gozo del que dice, "para que tengan mi gozo cumplido en sí mismos", ya se expresó anteriormente, donde dijo, "Para que sean uno como nosotros". Este es aquel gozo suyo, es decir, conferido por Él a ellos, que en ellos dice que se cumplirá; por lo cual dijo que habló en el mundo. Esta es aquella paz y bienaventuranza en el futuro siglo, para cuya consecución se debe vivir templada, justa y piadosamente en este siglo.

TRACTATUS CVIII. De lo que dice Jesús, "Yo les he dado tu palabra"; hasta, "Para que también ellos sean santificados en la verdad". (Cap. XVII, V. 14-19).

1. Hablando aún el Señor al Padre, y orando por sus discípulos, dice: "Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado". Aún no lo habían experimentado en sus sufrimientos, que los siguieron después; pero como es su costumbre, dice estas cosas, prediciendo en tiempo pasado lo que está por venir. Luego añade la razón por la cual el mundo los odia: "Porque no son", dice, "del mundo, como tampoco yo soy del mundo". Esto se les ha concedido por la regeneración: porque por generación eran del mundo, por lo cual ya les había dicho, "Yo os elegí del mundo" (Juan XV, 19). Por lo tanto, se les ha dado para que, como Él, tampoco ellos sean del mundo, liberándolos Él mismo del mundo. Pero Él nunca fue del mundo: porque incluso según la forma de siervo nació del Espíritu Santo, de quien ellos renacieron. Porque si por eso ellos ya no son del mundo, porque renacieron del Espíritu Santo; por eso Él nunca fue del mundo, porque nació del Espíritu Santo.

2. No ruego, dice, que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. Pues aún era necesario que, aunque ya no eran del mundo, estuvieran en el mundo. Repite la misma sentencia: No son del mundo, dice, como tampoco yo soy del mundo. Santificalos en la verdad. Pues así son guardados del mal, como antes había orado que se hiciera. Sin embargo, se puede preguntar cómo ya no eran del mundo, si aún no estaban santificados en la verdad; o si ya lo estaban, por qué pide que lo sean. ¿O es que también los santificados progresan en la misma santidad, y se vuelven más santos; y esto no sin la ayuda de la gracia de Dios, sino con

aquel que los santifica en su progreso, quien los santificó en su inicio? Por eso también el Apóstol dice: El que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús (Filip. I, 6). Así, los herederos del Nuevo Testamento son santificados en la verdad, de cuya verdad las santificaciones del Antiguo Testamento eran sombras: y cuando son santificados en la verdad, ciertamente son santificados en Cristo, quien verdaderamente dijo, Yo soy el camino, y la verdad, y la vida (Juan XIV, 6). Asimismo, cuando dice, La verdad os hará libres, poco después explicando lo que dijo, Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres (Id. VIII, 32, 36); para mostrar que primero dijo esto de la verdad, que después del Hijo. ¿Qué otra cosa dijo en este lugar, Santifícalos en la verdad, sino, santifícalos en mí?

3. Finalmente, sigue, y no deja de insinuarlo más claramente: Tu palabra, dice, es verdad. ¿Qué otra cosa dijo, sino, Yo soy la verdad? Pues el Evangelio griego tiene λόγος, que también se lee allí, donde se dice, En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Y ciertamente conocemos que el mismo Verbo es el unigénito Hijo de Dios, que se hizo carne, y habitó entre nosotros (Id. I, 1, 14). Por eso también aquí podría haberse puesto, y en algunos códices está puesto, Tu Verbo es verdad; como en algunos códices también está escrito allí En el principio era el sermo. Pero en griego, sin ninguna variación, tanto allí como aquí es λόγος. Así, el Padre santifica en la verdad, es decir, en su Verbo, en su Unigénito, a sus herederos y coherederos.

4. Pero ahora aún habla de los Apóstoles; pues añade a continuación, Como tú me enviaste al mundo, yo también los he enviado al mundo. ¿A quiénes envió, sino a sus Apóstoles? Pues el mismo nombre de Apóstoles, porque es griego, no significa otra cosa que enviados en latín. Así, Dios envió a su Hijo no en carne de pecado, sino en semejanza de carne de pecado (Rom. VIII, 3); y el Hijo envió a aquellos que, nacidos en carne de pecado, santificó de la mancha del pecado.

5. Pero puesto que por el hecho de que el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, se hizo cabeza de la Iglesia, ellos son sus miembros; por eso dice lo que sigue, Y por ellos yo me santifico a mí mismo. Pues ¿qué es, Y por ellos yo me santifico a mí mismo, sino, los santifico en mí mismo, ya que ellos también son yo? Porque de quienes dice esto, como he dicho, son sus miembros, y Cristo es uno, cabeza y cuerpo: enseñando el Apóstol y diciendo del linaje de Abraham, Si vosotros sois de Cristo, entonces sois linaje de Abraham; cuando antes había dicho, No dice, Y a las simientes, como si hablara de muchos; sino como de uno, Y a tu simiente, que es Cristo (Gál. III, 29, 16). Si, por tanto, linaje de Abraham, esto es Cristo, ¿qué otra cosa se dijo a quienes se les dijo, Entonces sois linaje de Abraham, sino, entonces sois Cristo? De ahí que en otro lugar el mismo apóstol dice: Ahora me gozo en mis sufrimientos por vosotros, y completo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo (Col. I, 24). No dijo, mis aflicciones, sino, de Cristo: porque era miembro de Cristo; y en sus persecuciones, tales como Cristo debía padecer en todo su cuerpo, él también completaba sus aflicciones por su parte. Para que esto también sea cierto aquí, atiende a lo que sigue. Pues cuando dijo, Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que entendamos que dijo esto, que los santificaba en sí mismo, añadió enseguida, Para que ellos también sean santificados en la verdad. ¿Qué es esto sino, en mí, según lo que la verdad es aquel Verbo en el principio Dios? En el cual también el hijo del hombre fue santificado desde el inicio de su creación, cuando el Verbo se hizo carne; porque una persona se hizo el Verbo y el hombre. Entonces, pues, se santificó en sí mismo, esto es, al hombre en el Verbo; porque uno es Cristo, Verbo y hombre, santificando al hombre en el Verbo. Por sus miembros, dice, Y por ellos, yo, es decir, para que también les aproveche a ellos, porque ellos también son yo; como me aprovechó a mí en mí mismo, porque soy hombre sin ellos: Y yo

me santifico a mí mismo, esto es, los santifico en mí como a mí mismo, porque en mí también ellos son yo. Para que ellos también sean santificados en la verdad. ¿Qué es también ellos, sino, como yo; en la verdad, que yo mismo soy? Luego ya no solo de los Apóstoles, sino también de sus otros miembros comienza a hablar: lo cual, con su don, debe tratarse en otro discurso.

TRACTATUS CIX. Sobre aquello, No ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Cap. XVII, V. 20.

1. El Señor Jesús, ya cercana su pasión, después de haber orado por sus discípulos, a quienes también llamó Apóstoles, con quienes había cenado la última cena, de la cual el traidor fue manifestado por el bocado y salió, y con quienes después de su salida, antes de orar por ellos, ya había hablado mucho; añadió también a los demás que habrían de creer en él, y dijo al Padre, No ruego solo por estos, es decir, por los discípulos que estaban con él entonces: sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos. Donde quiso que se entendieran todos los suyos, no solo los que entonces estaban en la carne, sino también los que habrían de ser. Pues todos los que después creyeron en él, sin duda creyeron por la palabra de los Apóstoles, y hasta que él venga, habrán de creer: pues a ellos les había dicho, Y vosotros daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio (Juan XV, 27); y por ellos se ministró el Evangelio, y antes de que se escribiera, y ciertamente cualquiera que cree en Cristo, cree en el Evangelio. No deben entenderse solo aquellos a quienes dijo que habrían de creer en él por la palabra de ellos, que escucharon a los Apóstoles cuando vivían en la carne; sino también después de su muerte, y nosotros, nacidos mucho después, hemos creído en Cristo por la palabra de ellos. Pues ellos que estuvieron con él entonces, lo que oyeron de él, lo predicaron a los demás: y así la palabra de ellos, para que también nosotros creyéramos, ha llegado hasta nosotros, dondequiera que esté su Iglesia; y llegará a los que vendrán después, quienesquiera que, dondequiera, habrán de creer en él.

2. Puede parecer, por tanto, que Jesús en esta oración no oró por algunos de los suyos, a menos que examinemos cuidadosamente sus palabras en la misma oración. Pues si primero oró por aquellos, como ya hemos mostrado, que estaban con él entonces, y después también por aquellos que habrían de creer en él por la palabra de ellos; puede decirse que no oró por aquellos que ni entonces estaban con él cuando decía estas cosas, ni después por la palabra de ellos, sino que habían creído en él antes, de cualquier manera. ¿Acaso estaba con él entonces Natanael? ¿Acaso José de Arimatea, quien pidió su cuerpo a Pilato, a quien este mismo evangelista Juan testifica que ya era su discípulo (Juan XIX, 38)? ¿Acaso María su madre, y otras mujeres, que hemos aprendido en el Evangelio que ya eran sus discípulas entonces? ¿Acaso estaban con él entonces de quienes el mismo evangelista Juan dice a menudo, Muchos creyeron en él (Id. II, 23, IV, 39, VII, 31, VIII, 30, y X, 42)? Pues ¿de dónde era aquella multitud de los que con ramas en parte lo precedían, en parte lo seguían montado en el asno, diciendo, Bendito el que viene en el nombre del Señor; y con ellos los niños, de quienes él mismo dijo que estaba predicho, De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza (Mat. XXI, 7, 16; Sal. VIII, 3)? ¿De dónde los quinientos hermanos, a quienes no se habría aparecido simultáneamente después de la resurrección (I Cor. XV, 6), si no hubieran creído en él antes? ¿De dónde aquellos ciento nueve, que con estos once eran ciento veinte, cuando reunidos después de su ascensión esperaron y recibieron el Espíritu Santo prometido (Hech. I, 15, y II, 4)? ¿De dónde eran todos estos, sino de aquellos de quienes se dijo, Muchos creyeron en él? ¿No oró entonces el Salvador por ellos, puesto que oró por aquellos que estaban con él entonces, y por otros que por la palabra de ellos no ya habían creído, sino que habrían de creer? Pero estos ni estaban con él entonces, y ya habían creído antes. Omito hablar de Simeón el anciano, que creyó en el niño; de Ana la

profetisa (Luc. II, 25-38); de Zacarías y Elisabet, que lo profetizaron antes de que naciera de la Virgen (Id. I, 41-45, 67-79); de su hijo Juan el precursor, amigo del esposo, que lo reconoció en el Espíritu Santo, y lo predicó ausente, y lo mostró a otros para que lo reconocieran cuando estaba presente (Juan I, 19-36, y III, 26-36): omito a estos, porque se puede responder que no era necesario orar por tales muertos, que con grandes méritos partieron de aquí, y fueron recibidos y descansaban; pues esto también se responde de manera similar sobre los justos antiguos. ¿Quién de ellos podría haber sido salvo de la condenación de toda la masa de perdición, que fue hecha por un solo hombre, si no hubiera creído en el único Mediador entre Dios y los hombres que habría de venir en la carne, revelado por el Espíritu? Pero ¿acaso era necesario orar por los Apóstoles, y no por tantos que aún estaban en esta vida, ni estaban con él entonces, y ya habían creído antes? ¿Quién diría esto?

3. Debe entenderse, por tanto, que aún no habían creído en él de la manera en que él quería que se creyera en sí mismo: puesto que incluso el mismo Pedro, a quien había dado tan gran testimonio cuando confesó y dijo, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente, más bien no quería que muriera, que creer que resucitaría muerto; por lo cual fue llamado Satanás por él inmediatamente (Mat. XVI, 16, 23). Así, se encuentran más fieles aquellos que ya habían muerto, y no dudaban de que Cristo resucitaría, revelado por el Espíritu, que aquellos que, habiendo creído que él redimiría a Israel, al ver su muerte perdieron toda la esperanza que tenían en él. No creemos nada mejor, pues, que después de su resurrección, impartido el Espíritu Santo, y enseñados y confirmados los Apóstoles, y constituidos primero como doctores en la Iglesia, por la palabra de ellos otros creyeron de la manera en que debía creerse en Cristo, es decir, que mantuvieran la fe en su resurrección. Y por tanto, todos aquellos que ya parecían haber creído en él, pertenecían al número de aquellos por quienes oró, diciendo, No ruego solo por estos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.

4. Pero nos queda aún por resolver en esta cuestión el bienaventurado Apóstol, y aquel ladrón cruel en el crimen, fiel en la cruz. Pues el apóstol Pablo no se dice hecho apóstol por hombres, ni por hombre, sino por Jesucristo: y hablando de su evangelio dice, Porque yo no lo recibí de hombre, ni lo aprendí; sino por revelación de Jesucristo (Gál. I, 1, 12). ¿Cómo, pues, estaba entre aquellos de quienes se dijo, han de creer en mí por la palabra de ellos? Aquel ladrón, sin embargo, creyó entonces, cuando en los mismos doctores la fe que había sido de alguna manera desfalleció. Tampoco él, pues, creyó en Cristo Jesús por la palabra de ellos: y sin embargo, creyó de tal manera, que confesó que aquel a quien veía crucificado no solo resucitaría, sino que también reinaría, diciendo, Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino (Luc. XXIII, 42).

5. Por tanto, queda que si el Señor Jesús en esta oración debe creerse que oró por todos los suyos, quienesquiera que en esta vida, que es una tentación sobre la tierra (Job VII, 1), o entonces estaban, o habrían de estar, entendamos así lo que se dijo, por la palabra de ellos, que se crea que aquí se significó la misma palabra de fe que predicaron en el mundo; pero se dijo palabra de ellos, porque por ellos fue predicada primero y principalmente. Pues ya por ellos se predicaba en la tierra, cuando por revelación de Jesucristo Pablo recibió la misma palabra de ellos. Por lo cual también comparó con ellos el Evangelio, no sea que corriera o hubiera corrido en vano; y le dieron la diestra: porque también en él, aunque no le fue dado por ellos, sin embargo, encontraron su palabra, que ya predicaban, y en la cual estaban fundados (Gál. II, 2, 9). De la cual palabra de la resurrección de Cristo el mismo apóstol dice, Sea yo, sean ellos, así predicamos, y así creísteis (I Cor. XV, 11); y de nuevo, Esto es, dice, la palabra de fe que predicamos, que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo (Rom. X, 8 y 9). Y en los Hechos de los Apóstoles se lee que en Cristo Dios definió la fe a todos, levantándolo de los

muertos (Hech. XVII, 31). Esta palabra de fe, porque principalmente y primero fue predicada por los Apóstoles, que se le unieron, por eso se dijo palabra de ellos. Pues no por eso no es palabra de Dios, porque se dijo palabra de ellos; cuando dice el mismo apóstol que los Tesalonicenses la recibieron de él, no como palabra de hombres, sino, como es, verdaderamente palabra de Dios (I Tes. II, 13). Por eso, pues, de Dios, porque Dios la dio; pero se dijo palabra de ellos, porque Dios la encomendó primero y principalmente a ellos para que la predicaran. Y por tanto, también aquel ladrón en su fe tenía la palabra de ellos: que se dijo de ellos porque predicarla pertenecía primero y principalmente a su oficio. Finalmente, cuando hubo murmuración sobre el ministerio de las mesas por las viudas de los griegos, antes de que Pablo creyera en Cristo; respondieron los Apóstoles, que se habían unido al Señor antes: No es bueno que dejemos la palabra de Dios, y sirvamos a las mesas (Hech. VI, 1-4). Entonces proveyeron ordenar diáconos, para que no fueran apartados del oficio de predicar la palabra. Por lo cual con razón se dijo palabra de ellos, que es la palabra de fe, por la cual todos han creído en Cristo, de dondequiera que lo hayan oído, o habrán de oír y creer. Por tanto, en aquella oración, por todos los que redimió, ya sea que entonces vivieran en la carne, o que habrían de ser después, nuestro Redentor oró, cuando rogando por los Apóstoles que estaban con él entonces, añadió también a aquellos que por la palabra de ellos habrían de creer en él. Pero lo que dice a continuación, después de añadir a aquellos, debe tratarse en otra discusión.

1. Cuando el Señor Jesús oró por sus discípulos que entonces tenía consigo, y añadió a otros suyos, diciendo: "No ruego solo por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por la palabra de ellos"; como si preguntáramos qué o por qué rogaba por ellos, inmediatamente añadió, diciendo: "Para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, para que también ellos sean uno en nosotros". Y anteriormente, cuando aún oraba solo por los discípulos que tenía consigo, dijo: "Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno como nosotros" (Juan XVII, 11). Por lo tanto, ahora también rogó por nosotros lo mismo que entonces por ellos, para que todos, es decir, nosotros y ellos, seamos uno. Aquí es importante notar que el Señor no dijo "para que todos seamos uno", sino "para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti" (se sobreentiende, somos uno; lo cual se dice más claramente después): porque antes había dicho de los discípulos que estaban con él, "para que sean uno como nosotros". Por lo tanto, el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, de tal manera que son uno, porque son de una misma sustancia: nosotros, sin embargo, podemos estar en ellos, pero no podemos ser uno con ellos; porque no somos de una misma sustancia con ellos, en cuanto el Hijo es Dios con el Padre. Pues en cuanto es hombre, es de la misma sustancia que nosotros. Pero ahora quiso más bien destacar lo que en otro lugar dijo: "Yo y el Padre somos uno" (Juan X, 30); donde significó que la naturaleza del Padre y la suya son la misma. Y por lo tanto, cuando el Padre y el Hijo, o incluso el Espíritu Santo, están en nosotros, no debemos pensar que son de una misma naturaleza con nosotros. Así, están en nosotros, o nosotros en ellos, de tal manera que ellos son uno en su naturaleza, nosotros uno en la nuestra. Porque ellos están en nosotros, como Dios en su templo: y nosotros estamos en ellos, como la criatura en su Creador.

2. Luego, cuando dijo: "Para que también ellos sean uno en nosotros", añadió: "Para que el mundo crea que tú me enviaste". ¿Qué significa esto? ¿Acaso el mundo creerá entonces, cuando todos seamos uno en el Padre y el Hijo? ¿No es esta la paz perpetua, y más bien la recompensa de la fe que la fe misma? Porque seremos uno, no para creer, sino porque hemos creído. Pero incluso en esta vida, debido a esa fe común, todos los que creemos en uno somos uno, según lo que dice el Apóstol: "Porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús" (Gálatas III, 28); incluso así, no para creer, sino porque creemos, somos uno. ¿Qué significa entonces

"para que todos sean uno, para que el mundo crea"? Porque ellos mismos, todos, son el mundo creyente. Pues no son otros los que serán uno, y otro el mundo que creerá porque ellos serán uno; cuando sin duda habla de aquellos de quienes dijo: "No ruego solo por estos, sino también por aquellos que han de creer en mí por la palabra de ellos", añadiendo inmediatamente: "Para que todos sean uno". Pero estos todos, ¿qué es sino el mundo, no hostil, por supuesto, sino fiel? Pues he aquí que quien dijo: "No ruego por el mundo" (Juan XVII, 9), ruega por el mundo para que crea. Porque hay un mundo del que está escrito: "Para que no seamos condenados con este mundo" (I Corintios XI, 32). Por este mundo no ruega: pues no ignora a qué está predestinado. Y hay un mundo del que está escrito: "Porque el Hijo del Hombre no vino para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él" (Juan III, 17): de donde también el Apóstol dice: "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo" (II Corintios V, 19). Por este mundo ruega, diciendo: "Para que el mundo crea que tú me enviaste". Porque por esta fe el mundo se reconcilia con Dios, cuando cree en Cristo, quien es enviado por Dios. ¿Cómo, entonces, entenderemos lo que dice: "Para que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste", sino porque no puso la causa en que el mundo crea porque ellos son uno, como si creyera porque ve que son uno; cuando ellos mismos son el mundo, que al creer se hacen uno: sino que al orar dijo: "Para que el mundo crea"; como al orar dijo: "Para que todos sean uno"; al orar dijo: "Para que también ellos sean uno en nosotros"? Esto es, en efecto, "todos sean uno", lo que es "el mundo crea": porque al creer se hacen uno; perfectamente uno, quienes siendo uno en naturaleza, al disentir de uno no eran uno. Finalmente, si entendemos la palabra "ruego" en lo que dice, o más bien para que se haga más plenamente, la pongamos en todas partes; la exposición de esta sentencia será más clara: Ruego "para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti: ruego para que también ellos sean uno en nosotros: ruego para que el mundo crea que tú me enviaste". Por eso añadió lo que dijo, "en nosotros", para que lo que nos hacemos uno por la caridad fidelísima, sepamos que debe ser atribuido a la gracia de Dios, no a nosotros: como el Apóstol cuando dijo: "Porque en otro tiempo erais tinieblas, ahora sois luz", añadió; y para que no se atribuyeran esto a sí mismos, añadió, "en el Señor" (Efesios V, 8).

3. Luego, nuestro Salvador, al rogar al Padre, mostraba que era hombre: ahora, mostrando también que él mismo, siendo Dios con el Padre, hace lo que ruega, dice: "Y yo, la gloria que me diste, se la he dado a ellos". ¿Qué gloria, sino la inmortalidad, que la naturaleza humana en él iba a recibir? Pues ni él mismo la había recibido aún, pero a su manera, debido a la inmutabilidad de la predestinación, significa con palabras de tiempo pasado lo que está por venir, que ahora al ser glorificado, es decir, resucitado por el Padre, él mismo nos resucitará a esa gloria al final. Esto es similar a lo que dice en otro lugar: "Como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo da vida a quienes quiere". ¿Y a quiénes, sino a los mismos a quienes el Padre? Porque todo lo que el Padre hace, no otras cosas, sino estas mismas hace el Hijo; y no de otra manera, sino que las hace de manera similar (Juan V, 21, 19). Y por lo tanto, él mismo también se resucitó. Pues de ahí es: "Destruid este templo, y en tres días lo levantaré" (Juan II, 19). Por lo tanto, la gloria de la inmortalidad, que dice que le fue dada por el Padre, también debe entenderse que él mismo se la dio, aunque no lo diga. Por eso, a menudo dice que solo el Padre hace lo que él mismo hace con el Padre, para atribuir todo lo que es a aquel de quien es. Pero también a veces, incluso sin mencionar al Padre, dice que él hace lo que hace con el Padre: para que entendamos que el Hijo no debe ser separado de la obra del Padre, cuando sin mencionar al Padre dice que opera algo; así como tampoco el Padre se separa de la obra del Hijo, cuando sin mencionar al Hijo se dice que opera, lo que sin embargo operan juntos. Por lo tanto, cuando el Hijo calla su operación en la obra del Padre, recomienda la humildad, para que sea más saludable para nosotros: pero cuando a su vez calla la operación del Padre en su obra, recomienda su igualdad, para que no

se crea inferior. De esta manera, en este lugar, no se hace ajeno a la obra del Padre, aunque haya dicho: "La gloria que me diste"; porque él mismo se la dio: ni hace al Padre ajeno a su obra, aunque haya dicho: "se la he dado a ellos"; porque el Padre también se la dio a ellos. Pues las obras no solo del Padre y del Hijo, sino también del Espíritu Santo, son inseparables. Así como de lo que rogó al Padre por todos los suyos, quiso que se hiciera "para que todos sean uno": así también de este beneficio suyo que dijo: "La gloria que me diste, se la he dado a ellos", quiso que se hiciera igualmente; pues inmediatamente añadió: "Para que sean uno, como nosotros somos uno".

4. Luego añadió: "Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad". Donde brevemente se insinuó a sí mismo como mediador entre Dios y los hombres. Pues esto no se dijo como si el Padre no estuviera en nosotros, o nosotros en el Padre; ya que en otro lugar dijo: "Vendremos a él, y haremos morada con él" (Juan XIV, 23): y aquí poco antes no dijo: "Yo en ellos y tú en mí", como dijo ahora; o, "Ellos en mí y yo en ti"; sino, "Tú en mí y yo en ti, y ellos en nosotros". Lo que ahora dice, "Yo en ellos y tú en mí", se dijo desde la persona del Mediador, como aquello que el Apóstol dice: "Vosotros de Cristo, y Cristo de Dios" (I Corintios III, 23). Lo que añadió, "Para que sean perfectos en unidad", muestra que la reconciliación que se hace por el Mediador se lleva a cabo para que disfrutemos de una bienaventuranza perfecta, a la que ya no se le puede añadir nada. De donde lo que sigue, "Para que el mundo conozca que tú me enviaste", no creo que deba entenderse como si hubiera dicho de nuevo, "Para que el mundo crea": pues a veces también se pone conocer por creer, como es lo que dijo un poco antes: "Y han conocido verdaderamente que salí de ti, y han creído que tú me enviaste" (Juan XVII, 8). Dijo esto último "creyeron", que antes había dicho "conocieron". Pero aquí, puesto que habla de la consumación, debe entenderse un conocimiento tal como será por visión, no como ahora es por fe. Pues parece que se ha mantenido el orden en lo que dijo poco antes, "Para que el mundo crea"; aquí, sin embargo, "Para que el mundo conozca". Pues allí, aunque dijo, "Para que todos sean uno", y "en nosotros sean uno", no dijo sin embargo, "Sean perfectos en uno"; y así añadió, "Para que el mundo crea que tú me enviaste": aquí, sin embargo, "Para que sean", dice, "perfectos en uno"; y luego no añadió, "Para que el mundo crea"; sino, "Para que el mundo conozca que tú me enviaste". Pues mientras creemos lo que no vemos, aún no estamos tan consumados como estaremos cuando merezcamos ver lo que creemos. Por lo tanto, muy correctamente allí, "Para que el mundo crea"; aquí, "Para que el mundo conozca": sin embargo, tanto allí como aquí, "porque tú me enviaste"; para que sepamos cuánto concierne a la inseparable caridad del Padre y del Hijo, esto creemos ahora que tendemos a conocer creyendo. Si, sin embargo, dijera, "Para que conozcan que tú me enviaste": valdría tanto como esto que dice, "Para que el mundo conozca". Ellos mismos son el mundo, no permaneciendo enemigos, como es el mundo predestinado a la condenación; sino hecho amigo de enemigo, por quien "Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo". Por eso dijo, "Yo en ellos y tú en mí": como si dijera, Yo en ellos a quienes me enviaste; y tú en mí, reconciliando al mundo contigo por mí.

5. Por eso sigue también lo que dice: "Y los has amado como me has amado a mí". Pues en el Hijo nos ama el Padre, porque en él nos eligió antes de la fundación del mundo (Efesios I, 4). Porque quien ama al Unigénito, ciertamente ama también a sus miembros que adoptó en él por él. Ni por eso somos iguales al Hijo unigénito por quien fuimos creados y recreados; porque se dijo: "Los has amado como me has amado a mí". Pues no siempre significa igualdad quien dice, Como esto, así también aquello: sino que a veces solo, Porque es esto, es también aquello; o, Porque es esto, para que sea también aquello. ¿Quién diría que de la misma manera fueron enviados al mundo los apóstoles por Cristo, como él mismo fue enviado por el Padre? Pues para no mencionar otras diferencias, que sería largo enumerar,

ciertamente ellos fueron enviados cuando ya eran hombres; pero él fue enviado para ser hombre: y sin embargo, anteriormente dijo: "Como tú me enviaste al mundo, yo los he enviado al mundo" (Juan XVII, 18); como si dijera, Porque me enviaste, los envié. Así también en este lugar, "Los has amado", dice, "como me has amado a mí"; que no es otra cosa que, Los has amado, porque también me has amado a mí. Pues no amaría al Hijo quien no amara a sus miembros; ni hay otra causa para amar a sus miembros, sino porque lo ama a él. Pero ama al Hijo según la divinidad, porque lo engendró igual a sí mismo; también lo ama según lo que es hombre, porque el mismo Verbo unigénito se hizo carne, y por el Verbo es querida para él la carne del Verbo: pero a nosotros nos ama, porque somos miembros de aquel a quien ama; y para que fuéramos esto, por esto nos amó antes de que fuéramos.

6. Por lo tanto, incomprensible es el amor con el que ama Dios, ni es mutable. Pues no desde que nos reconciliamos con él por la sangre de su Hijo, comenzó a amarnos; sino que antes de la fundación del mundo nos amó, para que con su Unigénito también nosotros fuéramos sus hijos, antes de que fuéramos en absoluto algo. Por lo tanto, que nos reconciliamos con Dios por la muerte de su Hijo, no debe ser oído, no debe ser entendido, como si el Hijo nos hubiera reconciliado con él para que ya comenzara a amar a quienes odiaba; como se reconcilia un enemigo con otro, para que luego sean amigos, y se amen mutuamente quienes se odiaban mutuamente: sino que ya nos amaba cuando nos reconciliamos con él, con quien por el pecado teníamos enemistad. Que si digo la verdad, testifique el Apóstol: "Dios, dice, muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Romanos V, 8, 9). Por lo tanto, tenía él amor hacia nosotros, incluso cuando ejercíamos enemistad contra él obrando iniquidad: y sin embargo, a él se le dijo verdaderamente: "Odiaste, Señor, a todos los que obran iniquidad" (Salmo V, 7). Por lo tanto, de manera maravillosa y divina, incluso cuando nos odiaba, nos amaba: pues nos odiaba, tal como él no nos había hecho; y porque nuestra iniquidad no había consumido por completo su obra en nosotros, sabía al mismo tiempo en cada uno de nosotros odiar lo que habíamos hecho, y amar lo que él había hecho. Y esto puede entenderse en todos de aquel a quien verdaderamente se dice: "No odiaste nada de lo que hiciste" (Sabiduría XI, 25). Pues no habría querido que existiera lo que odiara, ni en absoluto existiría lo que el omnipotente no quisiera que existiera, a menos que incluso en lo que odia, hubiera algo que amara. Con razón, pues, odia, y como ajeno a la regla de su arte desaprueba el vicio: sin embargo, ama su beneficio incluso en los viciosos, ya sea sanándolos por misericordia, o ordenándolos por juicio. Así Dios, y no odia nada de lo que hizo: pues creador de naturalezas, no de vicios, no hizo los males que odia; y de esos mismos males, ya sea sanándolos por misericordia, o ordenándolos por juicio, son buenos los mismos que hace. Por lo tanto, no odia nada de lo que hizo, ¿quién podría dignamente expresar cuánto ama a los miembros de su Unigénito; y cuánto más al mismo Unigénito, en quien fueron creadas todas las cosas visibles e invisibles, que en sus géneros ordenados ama ordenadísimamente? Pues lleva a los miembros del Unigénito a la igualdad de los ángeles santos por la largueza de su gracia: pero el Unigénito, siendo Señor de todos, sin duda es Señor de los ángeles, por la naturaleza en que es Dios, no igual a los ángeles, sino más bien al Padre; por la gracia en que es hombre, ¿cómo no excede la excelencia de cualquier ángel, siendo una persona de carne y Verbo?

7. Aunque no faltan quienes también nos prefieren a los ángeles; porque, dicen, por nosotros, no por los ángeles, murió Cristo. ¿Qué es eso sino querer gloriarse en la impiedad? Pues "Cristo", como dice el Apóstol, "a su tiempo murió por los impíos" (Romanos V, 6). Aquí, por lo tanto, no se recomienda nuestro mérito, sino la misericordia de Dios. Pues ¿qué es querer ser alabado por haber enfermado tan detestablemente por su propio vicio, que no pudo ser sanado de otra manera que por la muerte del médico? Esta no es la gloria de nuestros

méritos, sino la medicina de nuestras enfermedades. ¿O es que por eso nos preferimos a los ángeles, porque aunque también los ángeles pecaron, no se les dio nada semejante para ser sanados? Como si se les hubiera dado algo, aunque fuera pequeño, y a nosotros más. Que si esto también se hubiera hecho, aún podría preguntarse si se habría hecho porque éramos más excelentes, o porque estábamos más desesperadamente caídos. Pero como sabemos que el Creador de todos los bienes no otorgó ninguna gracia para reparar a los ángeles malos, ¿por qué no entendemos más bien que tanto más condenable fue juzgada su culpa, cuanto más sublime era su naturaleza? Pues tanto menos que nosotros debieron pecar, cuanto mejores que nosotros fueron. Ahora, sin embargo, al ofender al Creador, tanto más execrablemente ingratos se mostraron a su beneficio, cuanto más benévolamente fueron creados; ni les bastó ser desertores de él, sino que también se hicieron nuestros engañadores. Por lo tanto, este gran bien nos conferirá, quien nos amó como amó a Cristo, para que por él, de quien quiso que fuéramos miembros, seamos iguales a los ángeles santos (Lucas XX, 36), a quienes fuimos creados inferiores en naturaleza, y hechos más indignos por el pecado, quienes deberíamos ser hechos cualesquiera compañeros de ellos.

TRACTATUS CXI. De lo que el Señor dice: "Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo"; hasta aquello, "Para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos". Cap. XVII, V. 24-26.

1. El Señor Jesús eleva a sus seguidores a una gran esperanza, la cual no puede ser mayor. Escuchad y estad gozosos en la esperanza, por lo cual esta vida no debe ser amada, sino tolerada, para que podáis ser pacientes en la tribulación de Él (Rom. XII, 12). Escuchad, digo, y prestad atención a cómo se eleva nuestra esperanza. Cristo Jesús, el Hijo unigénito de Dios, coeterno e igual al Padre, dice; quien por nosotros se hizo hombre, pero no se hizo como todo hombre mentiroso (Salmo CXV, 11), dice; el camino, la vida, la verdad dice (Juan XIV, 6); quien venció al mundo (Id. XVI, 33), habla de aquellos a quienes venció. Escuchad, creed, esperad, deseéis lo que dice: Padre, dice, aquellos que me diste, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo. ¿Quiénes son aquellos que dice que le fueron dados por el Padre? ¿No son aquellos de quienes en otro lugar dice, Nadie viene a mí, si el Padre que me envió no lo atrae (Id. VI, 44)? Ya sabemos cómo lo que dice que es hecho por el Padre, también lo hace Él mismo con el Padre, si hemos progresado en este Evangelio. Son, por tanto, aquellos que recibió del Padre, a quienes Él mismo eligió del mundo, y los eligió para que ya no sean del mundo, así como Él no es del mundo: para que también ellos sean el mundo creyente y conocedor de que Cristo fue enviado por Dios Padre, para que el mundo sea liberado del mundo, no sea condenado el mundo que debe ser reconciliado con Dios con el mundo más enemigo. Así lo dice al inicio de esta oración: Le diste poder sobre toda carne, es decir, sobre todo hombre, para que todo lo que le diste, les dé vida eterna (Id. XVII, 2). Aquí muestra que recibió poder sobre todo hombre, para liberar a quienes quiera, condenar a quienes quiera, quien juzgará a vivos y muertos; pero le fueron dados aquellos a quienes dará vida eterna. Así lo dice: Para que todo lo que le diste, les dé vida eterna. Por tanto, no le fueron dados aquellos a quienes no dará vida eterna: aunque también de ellos se le dio poder, a quien se le dio poder sobre toda carne, es decir, sobre todo hombre. Así, el mundo reconciliado será liberado del mundo enemigo, cuando ejerza su poder sobre él, para enviarlo a la muerte eterna: pero hace suyo a aquel a quien le da vida eterna. Por lo tanto, a todas sus ovejas el buen pastor, a todos sus miembros la gran cabeza prometió esta recompensa, para que donde Él está, también nosotros estemos con Él: y no podrá dejar de hacerse lo que el omnipotente Hijo dijo querer al omnipotente Padre. Porque allí está también el Espíritu Santo igualmente eterno, igualmente Dios, el Espíritu único de los dos, y la sustancia de la voluntad de ambos. Pues aquello que se lee que dijo al acercarse la pasión, Pero no lo que yo quiero,

sino lo que tú quieres, Padre (Mat. XXVI, 39), como si la voluntad del Padre fuera diferente de la del Hijo, es el sonido de nuestra debilidad, aunque fiel, que nuestro cabeza transformó en sí mismo, cuando también llevó nuestros pecados. Que la voluntad del Padre y del Hijo sea una, de quienes también el Espíritu es uno, con el cual conocemos la Trinidad, aunque la debilidad aún no permita entenderlo, la piedad lo crea.

2. Pero ya que hemos dicho brevemente a quiénes prometió y cuán firme es la promesa misma; veamos, en la medida de nuestras posibilidades, qué es lo que se dignó prometer, aquellos que me diste, dice, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo. En cuanto a la criatura en la que fue hecho del linaje de David según la carne (Rom. I, 3), Él mismo aún no estaba donde iba a estar: pero pudo decir de esa manera, donde yo estoy, para que entendiéramos que pronto iba a ascender al cielo, para que ya dijera estar allí donde pronto estaría. También pudo decirlo en el modo en que antes había dicho hablando a Nicodemo, Nadie ha subido al cielo, sino el que descendió del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo (Juan III, 13). Pues allí no dijo, Estará; sino, está, por la unidad de la persona, en la que Dios es hombre, y el hombre es Dios. En el cielo, por tanto, prometió que estaríamos: porque allí fue elevada la forma de siervo, que tomó de la Virgen, y colocada a la derecha del Padre. Por la esperanza de este gran bien, también el Apóstol dice: Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo, por cuya gracia somos salvos; y juntamente nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús (Efes. II, 4-6). Esto, por tanto, puede entenderse que dijo el Señor, Para que donde yo estoy, también ellos estén conmigo. Y Él ciertamente dijo de sí mismo que ya estaba allí; pero de nosotros dijo que quería que estuviéramos allí con Él, no que ya estuviéramos. El Apóstol, sin embargo, habló de lo que el Señor dijo querer que se hiciera, como si ya se hubiera hecho. Pues no dijo, Resucitará, y hará sentar en los lugares celestiales; sino, resucitó, y nos hizo sentar en los lugares celestiales: porque no considera en vano, sino fielmente, ya hecho lo que no duda que sucederá. Pero en cuanto a la forma de Dios en la que es igual al Padre, si queremos entender lo que se dijo, Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo; que se aleje de la mente toda imaginación de imágenes corporales: cualquier cosa que ocurra a la mente larga, ancha, gruesa, coloreada con cualquier luz corpórea, difundida por cualquier espacio de lugares finitos o infinitos, de todo esto, en la medida de lo posible, aparte la mirada de su contemplación o intención. Y no se busque dónde está el Hijo igual al Padre, porque nadie encuentra dónde no está. Pero quien quiera buscar, busque más bien estar con Él; no en todas partes como Él, sino dondequiera que pueda estar. Porque a quien dijo al hombre colgado en pena, y confesando saludablemente, Hoy estarás conmigo en el paraíso (Luc. XXIII, 43); según lo que era hombre, su alma ese día estaría en el infierno, su carne en el sepulcro; pero según lo que era Dios, ciertamente también estaba en el paraíso. Y por eso el alma del ladrón, absuelta de sus antiguos crímenes y ya bienaventurada por su don, aunque no podía estar en todas partes como Él; sin embargo, también ese día podía estar con Él en el paraíso, de donde Él, que siempre está en todas partes, no se había alejado. Por eso, ciertamente no le bastó decir, Quiero que donde yo estoy, también ellos estén; sino que añadió, conmigo. Porque estar con Él, es un gran bien. Pues también los miserables pueden estar donde Él está, porque dondequiera que estén, también está Él: pero sólo los bienaventurados están con Él, porque no pueden ser bienaventurados sino por Él. ¿No se ha dicho verdaderamente a Dios, Si subo al cielo, allí estás; y si desciendo al infierno, allí estás (Salmo CXXXVIII, 8)? ¿O acaso Cristo no es la Sabiduría de Dios, que alcanza en todo lugar por su pureza (Sab. VII, 24)? Pero la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron (Juan I, 5). Y por tanto, para tomar un ejemplo de una cosa visible, aunque muy diferente, como el ciego, aunque esté donde está la luz, no está sin embargo con la luz,

sino ausente de la presente; así el infiel e impío, o incluso si es fiel y piadoso, aún no apto para contemplar la luz de la sabiduría, aunque no pueda estar en ningún lugar donde no esté también Cristo, no está sin embargo con Cristo, al menos por la apariencia. Pues no se debe dudar que el hombre fiel y piadoso está con Cristo por la fe: por lo cual dice, El que no está conmigo, está contra mí (Mat. XII, 30). Pero cuando decía a Dios Padre, Aquellos que me diste, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo; hablaba completamente de aquella apariencia en la que lo veremos tal como es (I Juan III, 2).

3. Que nadie perturbe el sentido más sereno con una contradictoria nubosidad; que las cosas consecuentes den testimonio de las palabras precedentes. Pues cuando dijo, Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, inmediatamente añadió, Para que vean mi gloria que me diste, porque me amaste antes de la fundación del mundo. Para que vean, dijo; no, para que crean. Esta es la recompensa de la fe, no la fe. Pues si la fe en la Epístola a los Hebreos está correctamente definida, Convicción de cosas que no se ven (Hebr. XI, 1); ¿por qué no se define la recompensa de la fe como la Visión de las cosas que se creyeron y esperaban? Pues cuando veamos aquella gloria del Hijo, aunque entendamos que se dice aquí, no la que el Padre dio al Hijo igual al engendrarlo, sino la que le dio al hacerse hijo del hombre después de la muerte en la cruz: cuando veamos aquella gloria del Hijo, ciertamente entonces se hará el juicio de vivos y muertos, entonces será quitado el impío, para que no vea la gloria del Señor (Isaías XXVI, 10); ¿cuál, sino aquella por la que es Dios? Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8): y los impíos no son limpios de corazón, por eso no verán. Entonces irán ellos al castigo eterno; así será quitado el impío para que no vea la gloria del Señor: pero los justos irán a la vida eterna (Id. XXV, 46). ¿Y qué es la vida eterna? Para que te conozcan, dice, a ti solo verdadero Dios, y a quien enviaste, Jesucristo (Juan XVII, 3): no como lo conocieron quienes, aunque no limpios de corazón, sin embargo pudieron ver al que juzga en la forma de siervo glorificada; sino como debe ser conocido por los limpios de corazón el único verdadero Dios, con el Padre y el Espíritu Santo el Hijo, porque esa Trinidad es el único verdadero Dios. Si, por tanto, según lo que el Hijo de Dios es igual y coeterno al Padre; tomemos esto dicho, Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, en el Padre estaremos con Cristo; pero Él como Él, nosotros como nosotros, dondequiera que estemos corporalmente. Pues si deben llamarse lugares, y aquellos que no contienen cuerpos, y es lugar para cada cosa donde está; el lugar eterno de Cristo donde siempre está, es el mismo Padre, y el lugar del Padre es el Hijo; porque, Yo, dice, en el Padre, y el Padre en mí está (Id. XIV, 10); y en esta oración, Como tú, Padre, dice, en mí, y yo en ti: y nuestro lugar son ellos, porque sigue, Para que también ellos en nosotros sean uno (Id. XVII, 21): y nosotros somos lugar de Dios, porque somos su templo; como ora por nosotros quien murió por nosotros, y vive por nosotros, para que en ellos seamos uno; porque en paz se hizo su lugar, y su morada en Sion (Salmo LXXV, 3), que somos nosotros. Pero ¿quién es capaz de pensar en estos lugares, o en lo que hay en estos lugares, sin capacidades espaciosas y sin masas corporales? Sin embargo, no se avanza poco, si al menos cualquier cosa de este tipo que ocurra al ojo del corazón, se niega, se rechaza, se desaprueba: y se piensa en una cierta luz en la que se ven estas cosas que deben negarse, rechazarse, desaprobarse, como se pueda; y se conoce cuán cierta es, y se ama, para que de allí se ascienda, y se tienda hacia lo interior: que cuando la mente débil, y menos pura de lo que son, no pueda penetrar; no sin el gemido del amor y las lágrimas del deseo sea expulsada de allí; y lo soporte pacientemente mientras se purifica por la fe, y para que pueda habitar allí, se prepara con santos hábitos.

4. ¿Cómo, pues, no estaremos con Cristo donde está, cuando en el Padre estaremos con Él en quien está? Tampoco el Apóstol nos ocultó esto, aunque aún no poseamos la realidad, pero sí la esperanza. Pues dice: Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde

Cristo está sentado a la diestra de Dios; saboread las cosas de arriba, no las de la tierra. Porque habéis muerto, dice, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. He aquí que por ahora nuestra vida por la fe y la esperanza está donde Cristo está, con Él está; porque con Cristo en Dios está. He aquí que ya se ha hecho lo que oró para que se hiciera, diciendo, Quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo: pero ahora por la fe. ¿Cuándo será por la apariencia? Cuando Cristo, dice, vuestra vida aparezca, entonces también vosotros apareceréis con Él en gloria (Colos. III, 1-4). Entonces apareceremos lo que entonces seremos; porque entonces aparecerá que no en vano creímos y esperamos antes de ser. Hará esto quien, cuando el Hijo dijo, Para que vean mi gloria que me diste, inmediatamente añadió, Porque me amaste antes de la fundación del mundo. Pues en Él nos amó también antes de la fundación del mundo, y entonces predestinó lo que al final del mundo hará.

5. Padre, dice, justo, el mundo no te conoció. Porque eres justo, por eso no te conoció. Pues aquel mundo destinado a la condenación justamente no te conoció: pero el mundo que por Cristo reconcilió consigo, no por mérito, sino por gracia te conoció. Pues ¿qué es conocerlo, sino la vida eterna? que al mundo condenado ciertamente no le dio, al reconciliado le dio. Por eso, pues, el mundo no te conoció, porque eres justo, y a sus méritos, para que no te conociera, se lo diste: y por eso el mundo reconciliado te conoció, porque eres misericordioso, y para que te conociera no le ayudaste por mérito, sino por gracia. Finalmente sigue, Pero yo te conocí. Él mismo es la fuente de la gracia, Dios por naturaleza, hombre por el Espíritu Santo y la Virgen por gracia inefable: finalmente por Él, porque la gracia de Dios por Jesucristo es nuestro Señor, Y ellos conocieron, dice, que tú me enviaste. Él mismo es el mundo reconciliado. Pero porque tú me enviaste, por eso conocieron: por tanto, conocieron por gracia.

6. Y les he dado a conocer tu nombre, dice, y lo daré a conocer. Lo di a conocer por la fe, lo daré a conocer por la apariencia: lo di a conocer con fin a los peregrinos, lo daré a conocer sin fin a los que reinan. Para que el amor, dice, con que me amaste, esté en ellos, y yo en ellos. No es una expresión usual, el amor con que me amaste, esté en ellos, y yo en ellos: pues usualmente se diría, el amor con que me amaste. Esto se ha traducido del griego: pero hay expresiones similares en latín; como decimos, Sirvió una fiel servidumbre, militó una esforzada milicia; cuando parece que debería decirse, Sirvió con fiel servidumbre, militó con esforzada milicia. Pero ¿cómo es el amor con que el Padre amó al Hijo, está también en nosotros, sino porque somos sus miembros, y en Él somos amados, cuando Él mismo es amado todo, es decir, la cabeza y el cuerpo? Por eso añadió, y yo en ellos; como si dijera, porque yo soy también en ellos. De otra manera está en nosotros como en su templo; de otra manera, porque también nosotros somos Él mismo, cuando según lo que para ser nuestra cabeza, se hizo hombre, somos su cuerpo. Terminó la oración del Salvador, comienza la pasión: por tanto, también este discurso se termine, para que de la pasión, lo que Él mismo conceda, se discuta en otros discursos.

TRACTATUS CXII. En lo que sigue, Después de haber dicho esto Jesús, salió con sus discípulos, etc.; hasta aquello, Prendieron a Jesús, y lo ataron. Cap. XVIII, V. 1-12.

1. Terminada la larga y extensa disertación que el Señor, próximo a derramar su sangre por nosotros, tuvo después de la cena con los discípulos que estaban con Él, y añadida la oración que dirigió al Padre, el evangelista Juan comienza así la narración de su pasión: «Dicho esto, Jesús salió con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró Él y sus discípulos. Y también Judas, el que lo entregaba, conocía el lugar, porque Jesús se reunía allí frecuentemente con sus discípulos». Este relato de la entrada del Señor

con sus discípulos en el huerto no ocurrió inmediatamente después de que terminó su oración, de cuyas palabras dice: «Dicho esto, Jesús»; sino que hay otras cosas interpuestas que se leen en otros evangelistas y que este omite, así como en este se encuentran muchas cosas que aquellos igualmente callaron en su narración. Sin embargo, para que todos concuerden entre sí, y no se contradiga la verdad que se promete por uno y se niega por otro, quien desee conocerlo, no lo busque en estos sermones, sino en otros escritos laboriosos; y no estando de pie y escuchando, sino más bien sentado y leyendo, o prestando oído y mente muy atenta al que lee, aprenda esas cosas. Sin embargo, crea antes de saber, ya sea que también pueda saberlo en esta vida, o que por algunos impedimentos no pueda, que nada ha sido escrito por ningún evangelista, en cuanto a aquellos que la Iglesia ha recibido en la autoridad canónica, que pueda ser contrario a la narración de uno mismo o de otro no menos veraz. Ahora, por tanto, veamos la narración de este bienaventurado Juan, como hemos asumido tratarla, sin comparación con los otros, no deteniéndonos en lo que es manifiesto; para que donde sea necesario, lo hagamos por causa que lo exija. No tomemos, pues, lo que dice: «Dicho esto, Jesús salió con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró Él y sus discípulos», como si inmediatamente después de esas palabras hubiera entrado en ese huerto: sino que valga lo que se ha dicho, «Dicho esto, Jesús», para que no pensemos que entró antes de que terminara esas palabras.

2. Dice: «Y también Judas, el que lo entregaba, conocía el lugar». El orden de las palabras es: «Conocía el lugar el que lo entregaba». Porque frecuentemente, dice, Jesús se reunía allí con sus discípulos. Allí, pues, el lobo cubierto con piel de oveja, y tolerado entre las ovejas por el alto consejo del Padre de familia, aprendió dónde por un breve tiempo dispersaría el rebaño, acechando al pastor. Judas, pues, dice, habiendo recibido una cohorte, y de los príncipes y fariseos ministros, vino allí con linternas y antorchas y armas. La cohorte no era de judíos, sino de soldados. Por lo tanto, se entiende que fue recibida del gobernador, como para detener a un reo, manteniendo el orden de la potestad legítima, para que nadie se atreviera a resistir a los que lo detenían: aunque también se había reunido una gran multitud, y venía tan armada, que o bien aterrorizaba o incluso resistía, si alguien se atrevía a defender a Cristo. Así, pues, se ocultaba su poder, y se mostraba su debilidad, para que estas cosas parecieran necesarias a los enemigos contra Él, en quien nada hubiera podido, sino lo que Él mismo hubiera querido; usando bien el bueno a los malos, y haciendo el bien de los malos, para hacer buenos de los malos y discernir a los buenos de los malos.

3. «Jesús, pues», como el Evangelista continúa añadiendo, «sabiendo todas las cosas que le habían de venir, salió y les dijo: ¿A quién buscáis? Le respondieron: A Jesús Nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Y estaba también Judas, el que lo entregaba, con ellos. Cuando, pues, les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra». ¿Dónde está ahora la cohorte de soldados, y los ministros de los príncipes y fariseos? ¿Dónde el terror y la defensa de las armas? Sin duda, una sola voz del que decía: «Yo soy», golpeó, repelió y derribó sin ninguna arma a tanta multitud feroz por el odio y terrible por las armas. Porque Dios estaba oculto en la carne; y el día eterno estaba tan oculto en miembros humanos, que con linternas y antorchas era buscado para ser matado por las tinieblas. «Yo soy», dice; y derriba a los impíos. ¿Qué hará cuando juzgue, quien hizo esto cuando iba a ser juzgado? ¿Qué podrá cuando reine, quien pudo esto cuando iba a morir? Y ahora en todas partes por el Evangelio, «Yo soy», dice Cristo; y los judíos esperan al Anticristo, para que retrocedan y caigan en tierra, porque abandonando las cosas celestiales, desean las terrenales. Ciertamente, los perseguidores vinieron con el traidor para aprehender a Jesús, lo encontraron a quien buscaban, oyeron «Yo soy»: ¿por qué no lo aprehendieron, sino que retrocedieron y cayeron, sino porque así lo quiso quien pudo lo que quiso? Pero si nunca se hubiera permitido ser aprehendido por ellos,

no habrían hecho lo que venían a hacer, pero tampoco Él habría hecho lo que venía a hacer. Porque ellos lo buscaban para matarlo con furia; pero Él nos buscaba a nosotros muriendo. Por tanto, porque mostró su poder a los que querían detenerlo y no podían, ahora que lo detengan, para que haga de los ignorantes su voluntad.

4. «Les preguntó de nuevo: ¿A quién buscáis? Y ellos dijeron: A Jesús Nazareno. Jesús respondió: Os he dicho que yo soy. Si, pues, me buscáis a mí, dejad ir a estos. Para que se cumpliera la palabra que había dicho: De los que me diste, no perdí ninguno de ellos. Si me», dice, «buscáis a mí, dejad ir a estos». Ve a los enemigos, y hacen lo que Él ordena; dejan ir a aquellos que no quiere que perezcan. ¿Acaso no iban a morir después? ¿Por qué, entonces, si morían entonces, los perdería, sino porque aún no creían en Él como creen aquellos que no perecen?

5. Simón Pedro, pues, teniendo una espada, la sacó e hirió al siervo del sumo sacerdote, y le cortó la oreja derecha. Y el siervo se llamaba Malco. Solo este evangelista también expresó el nombre de este siervo: como Lucas es el único que menciona que el Señor tocó su oreja y lo sanó (Luc. XXII, 51). Malco se interpreta como «Reinante». ¿Qué significa, pues, la oreja cortada por el Señor y sanada por el Señor, sino el oído renovado por la vejez amputada, para que esté en la novedad del espíritu, y no en la vejez de la letra (Rom. VII, 6)? A quien Cristo le haya concedido esto, ¿quién duda que reinará con Cristo? Pero el hecho de que se encontrara como siervo, también pertenece a aquella vejez que engendra para servidumbre, que es Agar (Gál. IV, 24). Pero cuando llegó la sanidad, también se figuró la libertad. Sin embargo, el Señor desaprobó el acto de Pedro y prohibió que continuara diciendo: «Mete la espada en la vaina. ¿No beberé el cáliz que el Padre me ha dado?» En su acto, el discípulo quiso defender al maestro, no pensó en lo que se significaba. Y él, por tanto, debía ser advertido para la paciencia, y esto debía ser escrito para la comprensión. Pero al decir que el cáliz de la pasión le fue dado por el Padre, ciertamente es lo que dice el Apóstol: «Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (Rom. VIII, 31, 32). Sin embargo, el autor de este cáliz es también Él mismo que lo bebe. Por lo cual el mismo apóstol también dice: «Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor de suavidad» (Efes. V, 2).

6. La cohorte, pues, y el tribuno y los ministros de los judíos prendieron a Jesús y lo ataron. Prendieron a quien no se acercaron: porque aquel día, ellos permanecieron en tinieblas; ni oyeron, «Acercaos a Él y seréis iluminados» (Sal. XXXIII, 6). Porque si se acercaran así, no lo prenderían con manos para matarlo, sino que lo recibirían con el corazón. Ahora, sin embargo, cuando lo prendieron de esa manera, entonces se alejaron más de Él: y lo ataron a quien más bien debieron querer ser desatados. Y tal vez había entre ellos quienes entonces impusieron sus cadenas a Cristo, y después liberados por Él dijeron: «Rompiste mis cadenas» (Sal. CXV, 16). Esto sea suficiente por hoy; se tratarán, si Dios quiere, en otro sermón las cosas que siguen.

TRACTATUS CXIII. Desde lo que se lee, «Y lo llevaron primero a Anás»; hasta lo que dice, «Pedro negó de nuevo, y al instante cantó el gallo». Cap. XVIII, V. 13-27.

1. Después de que los perseguidores, con Judas entregando al Señor, lo prendieron, quien nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros (Efes. V, 2), y a quien el Padre no escatimó, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. VIII, 32); para que se entienda que Judas no es digno de alabanza por la utilidad de esta traición, sino condenable por la voluntad del crimen: «Lo llevaron», como narra el evangelista Juan, «primero a Anás». Y no calla la razón por la

cual se hizo así: «Porque era», dice, «suegro de Caifás, que era sumo sacerdote de aquel año. Era, pues», dice, «Caifás quien había dado el consejo a los judíos, que convenía que un hombre muriera por el pueblo». Con razón también Mateo, cuando quiso narrarlo más brevemente, recuerda que fue llevado a Caifás (Mat. XXVI, 57); porque también fue llevado primero a Anás por ser su suegro: donde se entiende que este mismo Caifás quiso que así fuera.

2. «Seguía a Jesús Simón Pedro, y otro discípulo». ¿Quién será este discípulo? No se debe afirmar temerariamente, porque se calla. Sin embargo, suele este mismo Juan significarse así, y añadir, «a quien amaba Jesús» (Juan XIII, 23, y XIX, 26). Tal vez, pues, también aquí es él mismo: pero quienquiera que sea, veamos lo que sigue. «Aquel discípulo», dice, «era conocido del sumo sacerdote, y entró con Jesús en el atrio del sumo sacerdote: pero Pedro estaba fuera, a la puerta. Salió, pues, el otro discípulo que era conocido del sumo sacerdote, y habló a la portera e introdujo a Pedro. Dijo, pues, la criada portera a Pedro: ¿No eres tú también de los discípulos de este hombre? Él dijo: No lo soy». He aquí que la columna firmísima tembló toda al impulso de un solo soplo. ¿Dónde está aquella audacia del que prometía, y confiaba tanto en sí mismo? ¿Dónde están aquellas palabras, cuando dijo: «¿Por qué no puedo seguirte ahora? Mi vida pondré por ti» (Juan XIII, 37)? ¿Es esto seguir al maestro, negarse a ser su discípulo? ¿Así se pone la vida por el Señor, que para que no suceda, se teme la voz de una criada? Pero, ¿qué maravilla si Dios predijo la verdad, y el hombre presumió falsamente? Ciertamente, en esta negación que ya ha comenzado del apóstol Pedro, debemos advertir que no solo se niega a Cristo por quien dice que Él no es Cristo; sino también por aquel que, siendo Él, niega ser cristiano. Porque el Señor no dijo a Pedro: «Me negarás como mi discípulo»; sino, «me negarás» (Mat. XXVI, 34). Por tanto, lo negó a Él, cuando negó ser su discípulo. ¿Qué otra cosa, pues, negó de este modo, sino que negó ser cristiano? Aunque los discípulos de Cristo aún no eran llamados con este nombre: después de su ascensión, en Antioquía comenzaron por primera vez a ser llamados discípulos cristianos (Hech. XI, 26): sin embargo, ya existía la cosa misma que después sería llamada con ese nombre, ya había discípulos que después fueron llamados cristianos; y este nombre común, como la fe común, también lo transmitieron a los posteriores. Por tanto, quien negó ser discípulo de Cristo, negó la misma cosa, cuyo nombre es ser llamado cristiano. ¿Cuántos después, no digo ancianos y ancianas, en quienes la saciedad de esta vida pudo más fácilmente despreciar la muerte por la confesión de Cristo; ni solo la juventud de ambos sexos, de cuya edad convenientemente se exige fortaleza; sino también niños y niñas pudieron, y una innumerable sociedad de santos mártires entró valiente y violentamente en el reino de los cielos, lo que entonces no pudo este, quien recibió las llaves de su reino (Mat. XVI, 19)? He aquí por qué se dijo: «Dejad ir a estos», cuando se entregó por nosotros, quien nos redimió con su sangre; para que se cumpliera la palabra que había dicho: «De los que me diste, no perdí ninguno de ellos». Porque ciertamente Pedro, si negando a Cristo se fuera de aquí, ¿qué otra cosa sino que perecería?

3. Estaban, pues, los siervos y los ministros junto al fuego, porque hacía frío, y se calentaban. No era invierno, pero sin embargo hacía frío: lo que suele suceder también en el equinoccio de primavera a veces. «Estaba también con ellos Pedro, de pie, y calentándose. El sumo sacerdote, pues, preguntó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina. Jesús le respondió: Yo he hablado abiertamente al mundo, siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, donde todos los judíos se reúnen, y en secreto no he hablado nada: ¿por qué me preguntas? Pregunta a los que han oído lo que les he hablado: he aquí, ellos saben lo que he dicho yo». No debe pasarse por alto la cuestión que surge, de cómo dijo el Señor Jesús: «Yo he hablado abiertamente al mundo»; y especialmente aquello que dijo: «En secreto no he

hablado nada». ¿No es cierto que en este mismo discurso más reciente, que habló a los discípulos después de la cena, les dijo: «Estas cosas os he hablado en parábolas: viene la hora cuando ya no os hablaré en parábolas, sino que os anunciaré abiertamente acerca del Padre» (Juan XVI, 25)? Si, pues, a sus discípulos más cercanos no les hablaba abiertamente, sino que prometía la hora cuando les hablaría abiertamente, ¿cómo habló abiertamente al mundo? Además, a esos mismos suyos, como también lo testifica la autoridad de otros evangelistas, les hablaba mucho más claramente en comparación con aquellos que no eran sus discípulos, cuando estaba solo con ellos, apartado de las multitudes: entonces les explicaba las parábolas que a otros les decía cerradas. ¿Qué es, pues, «En secreto no he hablado nada»? Pero debe entenderse que así dijo: «He hablado abiertamente al mundo»; como si dijera: Muchos me han oído. Pero ese mismo «abiertamente» era de un modo abiertamente, y de otro modo no era abiertamente. Porque era abiertamente, porque muchos oían; y de nuevo no era abiertamente, porque no entendían. Y lo que hablaba aparte a los discípulos, no lo hablaba en secreto. ¿Quién, pues, habla en secreto, quien habla ante tantas personas; cuando está escrito: «En la boca de dos o tres testigos constará toda palabra» (Deut. XIX, 15): especialmente si lo habla a pocos, lo que por ellos quiere que se haga conocer a muchos; como el mismo Señor les dijo a ellos, que aún los tenía pocos: «Lo que os digo en tinieblas, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados» (Mat. X, 27)? Por tanto, también esto mismo que parecía decirse ocultamente por Él, de algún modo no se decía en secreto: porque no se decía así, para que por aquellos a quienes se decía, se callara; sino más bien, para que se predicara por todas partes. Así, pues, puede decirse algo a la vez abiertamente y no abiertamente, o en secreto a la vez y no en secreto, como se dijo: «Para que viendo vean, y no vean» (Marc. IV, 12). Porque, ¿cómo ven, sino porque abiertamente, no en secreto; y cómo los mismos de nuevo no ven, sino porque no abiertamente, sino en secreto? Sin embargo, esas mismas cosas que oyeron y no entendieron, eran tales que no podían ser justamente y verdaderamente acusadas: y cuantas veces intentaron interrogando, para encontrar de qué acusarlo, así les respondió, que todos sus engaños fueron refutados, y sus calumnias frustradas. Por eso decía: «¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que han oído lo que les he hablado: he aquí, ellos saben lo que he dicho yo».

4. Pero cuando dijo esto, uno de los ministros que estaba presente dio una bofetada a Jesús, diciendo: ¿Así respondes al sumo sacerdote? Jesús le respondió: Si he hablado mal, da testimonio del mal; pero si bien, ¿por qué me golpeas? ¿Qué respuesta más verdadera, más mansa, más justa? Porque es de aquel de quien la voz profética había precedido: «Atiende, y prospera, y reina; por la verdad, y la mansedumbre, y la justicia» (Sal. XLIV, 5). Si pensamos quién recibió la bofetada, ¿no querríamos que el que golpeó, o fuera consumido por fuego celestial, o tragado por la tierra que se abre, o atormentado por un demonio, o castigado con cualquier otra pena, incluso más grave? Porque, ¿qué de esto no podría ordenar por su poder aquel por quien fue hecho el mundo, si no prefiriera enseñarnos la paciencia con la que se vence al mundo? Aquí dirá alguien: ¿Por qué no hizo lo que Él mismo mandó (Mat. V, 39)? Porque no debía responder así al que golpeaba, sino ofrecer la otra mejilla. ¿Qué, pues, que respondió verazmente, mansamente y justamente, y no solo preparó la otra mejilla para el que iba a golpear de nuevo, sino todo el cuerpo para ser clavado en el madero? Y de aquí mostró más bien, lo que debía mostrarse, que sus grandes preceptos de paciencia no deben hacerse por ostentación del cuerpo, sino por preparación del corazón. Porque puede suceder que un hombre ofrezca visiblemente la otra mejilla y esté enojado. ¿Cuánto mejor, pues, responde verdadero estando apaciguado, y se prepara con ánimo tranquilo para soportar cosas más graves? Porque bienaventurado es quien en todas las cosas que sufre injustamente por la justicia, puede decir verdaderamente: «Preparado está mi corazón, Dios, preparado está mi

corazón»; de aquí se hace, pues, lo que sigue: «Cantaré y salmodiaré» (Sal. LVI, 8); lo que Pablo y Bernabé pudieron hacer incluso en las más duras cadenas.

5. Pero volvamos a la secuencia de la narración evangélica. Y Anás lo envió atado a Caifás, el sumo sacerdote. Según dice Mateo, desde el principio era llevado a él, porque él era el príncipe de los sacerdotes de ese año. Se entiende que ambos sumos sacerdotes, es decir, príncipes de los sacerdotes, que en ese tiempo eran Anás y Caifás, solían alternarse cada año, como menciona el evangelista Lucas al narrar en qué tiempo comenzó Juan, el precursor del Señor, a predicar el reino de los cielos y a reunir discípulos. Así dice: "Bajo los príncipes de los sacerdotes Anás y Caifás, la palabra del Señor vino sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto" (Lucas 3, 2), y demás. Por lo tanto, estos dos sumos sacerdotes alternaban sus años: y era el año de Caifás cuando Cristo sufrió. Por eso, según Mateo, cuando fue arrestado, fue llevado a él; pero primero, según Juan, vinieron con él a Anás, no porque fuera colega, sino porque era su suegro. Y se debe creer que esto se hizo según la voluntad de Caifás, o incluso que sus casas estaban dispuestas de tal manera que Anás no debía ser pasado por alto por los que transitaban.

6. Pero cuando el Evangelista dijo que Anás lo envió atado a Caifás, regresó al lugar de la narración donde había dejado a Pedro, para explicar lo que sucedió en la casa de Anás sobre su triple negación. "Estaba, pues," dice, "Simón Pedro de pie y calentándose." Esto recapitula lo que ya había dicho antes: luego une lo que siguió. Le dijeron entonces: "¿No eres tú también uno de sus discípulos?" Él negó y dijo: "No lo soy." Ya lo había negado una vez; he aquí, lo hace de nuevo. Luego, para completar la tercera negación, "Uno de los siervos del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro cortó la oreja, dijo: '¿No te vi yo en el huerto con él?' Pedro negó de nuevo, y al instante cantó el gallo." He aquí que se cumplió la predicción del médico, y se demostró la presunción del enfermo. No sucedió lo que él había dicho, "Pondré mi vida por ti"; sino que sucedió lo que él había predicho, "Me negarás tres veces" (Juan 13, 38). Pero con la triple negación de Pedro completada, que también se complete este discurso, para que luego consideremos desde otro comienzo lo que se hizo con el Señor ante Poncio Pilato, el gobernador.

TRACTATUS CXIV. Desde el lugar, "Llevan a Jesús a Caifás al pretorio"; hasta, "Para que se cumpliera la palabra de Jesús que dijo, indicando de qué muerte iba a morir." Cap. XVIII, V. 28-32.

1. Veamos ahora lo que se hizo con nuestro Señor Jesucristo ante Poncio Pilato, el gobernador, según lo indica el evangelista Juan. Vuelve al lugar de su narración donde la había dejado, para explicar la negación de Pedro. Ya había dicho, "Y Anás lo envió atado a Caifás, el sumo sacerdote" (Juan 18, 24): y luego regresó al lugar donde había dejado a Pedro calentándose al fuego en el atrio, después de haber terminado toda su negación, que se hizo tres veces, "Llevan a Jesús," dice, "a Caifás al pretorio." Pues había dicho que fue enviado a Caifás por Anás, su colega y suegro. Pero si fue a Caifás, ¿por qué al pretorio? Lo que no quiere decir otra cosa que donde habitaba el gobernador Pilato. O bien, por alguna causa urgente, desde la casa de Anás, donde ambos habían convenido para escuchar a Jesús, Caifás había ido al pretorio del gobernador, y había dejado a Jesús con su suegro para ser escuchado: o en la casa de Caifás, Pilato había tomado el pretorio, y era una casa tan grande que podía albergar al dueño viviendo aparte y al juez aparte.

2. Era de mañana, y ellos, es decir, los que llevaban a Jesús, no entraron en el pretorio, es decir, en la parte de la casa que ocupaba Pilato, si esa era la casa de Caifás. ¿Por qué no

entraron en el pretorio? Explicando la causa, dice, "Para no contaminarse, sino para poder comer la Pascua." Pues comenzaban a celebrar los días de los ázimos: durante esos días, para ellos era contaminación entrar en la morada de un extranjero. ¡Oh impía ceguera! ¿Acaso se contaminarían con la morada ajena y no con su propio crimen? Temían contaminarse con el pretorio del juez extranjero, y no temían el inocente sangre de su hermano: para decir esto por ahora, donde la conciencia culpable de sus males estaba atrapada. Pues que también era el Señor, quien por su impiedad era llevado a la muerte, y el dador de vida era asesinado; no se atribuya a su conciencia, sino a su ignorancia.

3. Salió entonces Pilato a ellos afuera, y dijo: "¿Qué acusación traéis contra este hombre?" Respondieron y le dijeron: "Si este no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado." Que sean interrogados y respondan los liberados de los espíritus inmundos, los enfermos sanados, los leprosos limpiados, los sordos oyentes, los mudos parlantes, los ciegos videntes, los muertos resucitados, y lo que supera todo, los necios sabios, si Jesús es malhechor. Pero decían estas cosas, de las cuales él mismo ya había predicho por el profeta, "Me pagaron mal por bien" (Salmo 34, 12).

4. Entonces Pilato les dijo: "Tomadlo vosotros, y juzgadlo según vuestra ley." Los judíos le dijeron: "A nosotros no nos es lícito matar a nadie." ¿Qué es lo que habla esta insana crueldad? ¿Acaso no mataban, a quien ofrecían para ser matado? ¿O acaso la cruz no mata? Así deliran los que no siguen, sino que persiguen la sabiduría. Pero, ¿qué es, "A nosotros no nos es lícito matar a nadie"? Si es malhechor, ¿por qué no es lícito? ¿Acaso la Ley no les ordenó que no perdonaran a los malhechores, especialmente a los seductores de su Dios, como pensaban que era este? (Deut. 13, 5). Pero se debe entender que dijeron que no les era lícito matar a nadie, debido a la santidad del día festivo que ya comenzaban a celebrar; por el cual también temían contaminarse al entrar en el pretorio. ¿Así os habéis endurecido, falsos israelitas? ¿Así habéis perdido todo sentido por vuestra excesiva malicia, que creéis estar impolutos de la sangre del inocente porque lo habéis entregado para que otro lo derrame? ¿Acaso Pilato, a quien le entregáis para ser matado, lo matará con sus propias manos? Si no quisisteis que fuera matado, si no conspirasteis, si no lo comprasteis para entregarlo con dinero, si no lo arrestasteis, atasteis, llevasteis, si no lo ofrecisteis para ser matado con vuestras manos, si no lo pedisteis con vuestras voces, no os jactéis de que no fue matado por vosotros. Pero si con todos esos actos vuestros precedentes, también clamasteis "Crucifícalo, crucifícalo" (Juan 19, 6); escuchad lo que el profeta clama contra vosotros: "Hijos de los hombres, sus dientes son armas y flechas, y su lengua es una espada afilada" (Salmo 57, 5). He aquí con qué armas, con qué flechas, con qué espada matasteis al justo, cuando dijisteis que no os era lícito matar a nadie. De aquí que para arrestar a Jesús, aunque no vinieron los príncipes de los sacerdotes, sino que enviaron; sin embargo, el evangelista Lucas en el mismo lugar de su narración dice: "Dijo Jesús a los que vinieron a él, los príncipes de los sacerdotes, y los magistrados del templo, y los ancianos: '¿Como contra un ladrón habéis salido?'" (Lucas 22, 52), y demás. Así como los príncipes de los sacerdotes no vinieron por sí mismos, sino por aquellos que enviaron para arrestar a Jesús, ¿qué otra cosa sino que ellos mismos vinieron en el poder de su mandato? Así todos los que clamaron con voces impías para que Cristo fuera crucificado, no lo mataron por sí mismos, pero ellos mismos lo mataron por aquel que fue impulsado a este crimen por su clamor.

5. Pero lo que el evangelista Juan añade, "Para que se cumpliera la palabra de Jesús que dijo, indicando de qué muerte iba a morir": si aquí queremos entender la muerte de la cruz, como si los judíos dijeran "A nosotros no nos es lícito matar a nadie" porque matar es una cosa y crucificar es otra; no veo cómo se pueda entender consecuentemente, ya que respondieron esto a las palabras de Pilato, quien les había dicho, "Tomadlo vosotros, y juzgadlo según

vuestra ley." ¿Acaso no podían tomarlo y crucificarlo ellos mismos, si querían evitar tal género de suplicio como una muerte cualquiera? ¿Quién no ve cuán absurdo es que les sea lícito crucificar a alguien, a quienes no les es lícito matar a nadie? ¿Qué es lo que el mismo Señor llama su muerte, es decir, la muerte de la cruz, también una muerte, como leemos en Marcos, donde dice: "He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles; y se burlarán de él, y lo escupirán, y lo azotarán, y lo matarán, y al tercer día resucitará" (Marcos 10, 33-34)? Por lo tanto, al decir esto, el Señor significó de qué muerte iba a morir: no que aquí quisiera que se entendiera la muerte de la cruz, sino que los judíos lo entregarían a los gentiles, es decir, a los romanos. Pues Pilato era romano, y los romanos lo habían enviado como gobernador a Judea. Para que se cumpliera la palabra de Jesús, es decir, para que los gentiles lo mataran después de ser entregado por los judíos, lo cual Jesús había predicho que sucedería; por eso Pilato, que era juez romano, cuando quiso devolverlo a los judíos para que lo juzgaran según su ley, no quisieron recibirlo diciendo, "A nosotros no nos es lícito matar a nadie." Y así se cumplió la palabra de Jesús, que predijo sobre su muerte, que los gentiles lo matarían después de ser entregado por los judíos; con un crimen menor que el de los judíos, quienes de esta manera quisieron hacerse ajenos a su muerte, no para mostrar su inocencia, sino para mostrar su demencia.

TRACTATUS CXV. De lo que se dice, "Entró de nuevo Pilato en el pretorio"; hasta, "Pero Barrabás era un ladrón." Cap. XVIII, V. 33-40.

1. Lo que Pilato dijo a Cristo, y lo que él respondió a Pilato, debe ser considerado y tratado en este discurso. Pues cuando se dijo a los judíos, "Tomadlo vosotros, y juzgadlo según vuestra ley" y ellos respondieron, "A nosotros no nos es lícito matar a nadie"; Pilato entró de nuevo en el pretorio, y llamó a Jesús, y le dijo: "¿Eres tú el rey de los judíos?" Y Jesús respondió: "¿Dices esto por ti mismo, o te lo han dicho otros de mí?" El Señor sabía ciertamente lo que él preguntó y lo que él iba a responder; pero quiso que se dijera, no para que él lo supiera, sino para que se escribiera lo que quiso que nosotros supiéramos. "Pilato respondió: '¿Acaso soy yo judío? Tu nación y los sumos sacerdotes te han entregado a mí: ¿qué has hecho?' Jesús respondió: 'Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí.'" Esto es lo que el buen maestro quiso que supiéramos: pero primero debía mostrarnos la vana opinión de los hombres sobre su reino, ya sea de los gentiles o de los judíos, de quienes Pilato había oído esto: como si por eso debiera ser castigado con la muerte, porque había aspirado a un reino ilícito; o porque los que reinan suelen envidiar a los que van a reinar, y evidentemente había que evitar que su reino fuera adverso a los romanos o a los judíos. Sin embargo, el Señor pudo haber respondido a la primera pregunta del gobernador, donde le dijo, "¿Eres tú el rey de los judíos?" diciendo, "Mi reino no es de este mundo," etc., pero al preguntarle a su vez si lo decía por sí mismo o lo había oído de otros, al responderle mostró que esto le había sido presentado como una acusación por los judíos: revelando a nosotros los pensamientos de los hombres, que él conocía, porque son vanos (Salmo 94, 11); y después de la respuesta de Pilato, ya respondió más oportunamente y adecuadamente a los judíos y a los gentiles, "Mi reino no es de este mundo." Si hubiera respondido inmediatamente a Pilato; parecería que solo había respondido a los gentiles, no a los judíos, que tenían esta opinión sobre él. Pero ahora, ya que Pilato respondió, "¿Acaso soy yo judío? Tu nación y los sumos sacerdotes te han entregado a mí"; quitó de sí la sospecha de que pudiera pensarse que había dicho por sí mismo que Jesús era rey de los judíos, demostrando que lo había oído de los judíos. Luego, al decir, "¿Qué has hecho?" mostró suficientemente que esto le había sido presentado como una acusación: como si dijera, Si niegas ser rey, ¿qué has hecho para ser entregado a mí? Como si

no fuera sorprendente que alguien que se dijera rey fuera entregado para ser castigado por el juez: si no decía esto, habría que preguntarle qué otra cosa había hecho, para que fuera digno de ser entregado al juez.

2. Escuchad, pues, judíos y gentiles; escucha, circuncisión; escucha, prepucio; escuchad, todos los reinos terrenales: No impido vuestro dominio en este mundo, "Mi reino no es de este mundo." No temáis con un miedo vanísimo con el que Herodes el Grande, cuando se anunció el nacimiento de Cristo, se espantó, y mató a tantos niños para que la muerte llegara a él (Mateo 2, 3, 16), más cruel por temer que por enojarse, "Mi reino," dice, "no es de este mundo." ¿Qué más queréis? Venid al reino que no es de este mundo; venid creyendo, y no os ensañéis temiendo. Dice en la profecía sobre Dios Padre, "Yo he sido constituido rey por él sobre Sion, su monte santo" (Salmo 2, 6); pero esa Sion y ese monte no son de este mundo. ¿Qué es su reino sino los que creen en él, a quienes dice, "No sois del mundo, como tampoco yo soy del mundo"? Aunque quería que estuvieran en el mundo: por eso dijo de ellos al Padre, "No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal" (Juan 17, 16, 15). Por eso aquí no dijo, "Mi reino no está en este mundo"; sino, "no es de este mundo." Y cuando probó esto diciendo, "Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores lucharían para que no fuera entregado a los judíos": no dijo, "Ahora mi reino no está aquí"; sino, "no es de aquí." Pues su reino está aquí hasta el fin del mundo, teniendo entre sí mezclada la cizaña hasta la cosecha; porque la cosecha es el fin del mundo, cuando vendrán los segadores, es decir, los ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos (Mateo 13, 38-41); lo cual ciertamente no sucedería si su reino no estuviera aquí. Pero sin embargo, no es de aquí; porque peregrina en el mundo: a su reino dice, "No sois del mundo, pero yo os elegí del mundo" (Juan 15, 19). Eran, pues, del mundo, cuando no eran su reino, sino que pertenecían al príncipe del mundo. Es, pues, del mundo todo lo que de los hombres ha sido creado por el verdadero Dios, pero generado de la estirpe viciada y condenada de Adán: pero se ha hecho reino no ya del mundo, todo lo que ha sido regenerado en Cristo. Pues así nos ha librado Dios del poder de las tinieblas, y nos ha trasladado al reino del Hijo de su amor (Colosenses 1, 13): de este reino dice, "Mi reino no es de este mundo"; o, "Mi reino no es de aquí."

3. Entonces Pilato le dijo: "¿Luego eres tú rey?" Jesús respondió: "Tú dices que yo soy rey." No porque temiera confesar que era rey; sino "Tú dices" está equilibrado de tal manera que ni niega ser rey (pues es rey cuyo reino no es de este mundo), ni confiesa ser tal rey, cuyo reino se piense que es de este mundo. Pues tal lo entendía quien había dicho, "¿Luego eres tú rey?" a quien se le respondió, "Tú dices que yo soy rey." Pues se dijo, "Tú dices," como si se dijera, carnalmente dices carnal.

4. Luego añade: Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. No debe alargarse la sílaba de este pronombre, como si dijera, En esto he nacido, como si dijera, En esta cosa he nacido: sino que debe acortarse, como si dijera, Para esta cosa he nacido, o para esto he nacido; como dice, Para esto he venido al mundo. En el Evangelio griego no hay nada ambiguo en esta expresión. Por lo tanto, es evidente que aquí recordó su nacimiento temporal, por el cual encarnado vino al mundo; no aquel sin principio por el cual era Dios, por quien el Padre creó el mundo. En esto, pues, dijo que había nacido, es decir, para esto había nacido, y para esto había venido al mundo, ciertamente naciendo de la Virgen, para dar testimonio de la verdad. Pero porque no todos tienen fe (II Tes. III, 2), añadió, y dijo: Todo el que es de la verdad, escucha mi voz. Escucha ciertamente con los oídos interiores, es decir, obedece a mi voz: lo cual valdría tanto como si dijera, Cree en mí. Así que cuando Cristo da testimonio de la verdad, ciertamente da testimonio de sí mismo: pues su voz es, Yo soy la verdad (Juan XIV, 6): y dijo en otro lugar, Yo doy testimonio de mí

mismo (Id. VIII, 18). Lo que dijo, Todo el que es de la verdad, escucha mi voz, recomendó la gracia por la cual llama según el propósito. De este propósito dice el Apóstol, Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, a los que conforme a su propósito son llamados (Rom. VIII, 28); propósito, por supuesto, del que llama, no de los llamados: lo cual en otro lugar está puesto más claramente así, Colabora con el Evangelio según el poder de Dios, que nos salva y nos llama con vocación santa; no según nuestras obras, sino según su propósito y gracia (II Tim. I, 8, 9). Pues si consideramos la naturaleza en la que fuimos creados, ya que la verdad creó a todos, ¿quién no es de la verdad? Pero no todos son aquellos a quienes se les concede escuchar la verdad, es decir, obedecer a la verdad, y creer en la verdad, por la misma verdad; sin duda alguna, sin méritos precedentes, para que la gracia no deje de ser gracia. Pues si hubiera dicho, Todo el que escucha mi voz, es de la verdad; se pensaría que es llamado de la verdad porque obedece a la verdad: pero no dijo esto; sino que dijo, Todo el que es de la verdad, escucha mi voz. Y por lo tanto, no es de la verdad porque escucha su voz; sino que escucha porque es de la verdad, es decir, porque este don le ha sido concedido por la verdad. ¿Qué es esto sino que, donando Cristo, cree en Cristo?

5. Pilato le dijo: ¿Qué es la verdad? Y no esperó a escuchar la respuesta; sino que cuando dijo esto, salió de nuevo a los judíos, y les dijo: Yo no encuentro en él ninguna causa. Pero tenéis la costumbre de que os libere a uno en la Pascua; ¿queréis, pues, que os libere al rey de los judíos? Creo que cuando Pilato dijo, ¿Qué es la verdad?, le vino inmediatamente a la mente la costumbre de los judíos, por la cual solía liberárseles uno en la Pascua: y por eso no esperó a que Jesús le respondiera qué es la verdad, para que no se hiciera demora, al recordar la costumbre por la cual podía liberárseles en la Pascua; lo cual es evidente que deseaba mucho, sin embargo, no pudo arrancar de su corazón que Jesús fuera el rey de los judíos, como si la misma verdad lo hubiera fijado allí, como en el título, sobre lo cual preguntó qué era. Pero al oír esto, Todos clamaron de nuevo diciendo: No a este, sino a Barrabás. Y Barrabás era un ladrón. No os reprochamos, oh judíos, que liberéis al culpable en la Pascua, sino que matéis al inocente: lo cual, sin embargo, si no se hiciera, no se realizaría la verdadera Pascua. Pero la sombra de la verdad era retenida por los judíos errantes, y por la admirable disposición de la divina sabiduría, la verdad de la misma sombra se cumplía a través de hombres engañosos; porque para que se realizara la verdadera Pascua, Cristo era inmolado como un cordero. De aquí siguen las cosas injuriosas que Pilato y su cohorte infligieron a Cristo; pero deben ser tratadas en otra discusión.

TRATADO CXVI. En lo que sigue, Entonces Pilato tomó a Jesús y lo azotó; hasta, Entonces tomaron a Jesús y lo llevaron. Cap. XIX, V. 1-16.

1. Cuando los judíos clamaron que no querían que Pilato les liberara a Jesús en la Pascua, sino a Barrabás el ladrón; no al salvador, sino al asesino; no al dador de vida, sino al que la quita: Entonces Pilato tomó a Jesús y lo azotó. No se debe creer que Pilato hizo esto por otra razón que para que los judíos, satisfechos con sus injurias, pensaran que era suficiente para ellos, y dejaran de ensañarse hasta su muerte. A esto se refiere que el mismo gobernador también permitió a su cohorte hacer lo que sigue; o tal vez incluso lo ordenó, aunque el evangelista no lo menciona. Pues dijo lo que luego hicieron los soldados; sin embargo, no dijo que Pilato lo ordenara. Y los soldados, dice, trenzaron una corona de espinas y la pusieron sobre su cabeza, y lo vistieron con un manto púrpura. Y se acercaban a él y decían: Salve, rey de los judíos. Y le daban bofetadas. Así se cumplían las cosas que Cristo había predicho sobre sí mismo: así se instruían los mártires para soportar todo lo que los perseguidores quisieran hacer; así, por un momento oculta la tremenda potencia, se recomendaba primero la paciencia a imitar; así el reino que no era de este mundo, vencía al mundo soberbio no con la atrocidad de luchar, sino con la humildad de sufrir; así se sembraba

el grano que debía multiplicarse con horrible ignominia, para que brotara maravillosamente en gloria.

2. Pilato salió de nuevo afuera, y les dice: He aquí, os lo traigo afuera, para que sepáis que no encuentro en él ninguna causa. Entonces salió Jesús llevando la corona de espinas y el manto púrpura. Y les dice: He aquí el hombre. De aquí se ve que Pilato no ignoraba que esto había sido hecho por los soldados, ya sea que lo ordenara o lo permitiera; por la misma razón que dijimos antes, para que sus enemigos bebieran con gusto estas burlas, y no desearan más su sangre. Jesús sale hacia ellos llevando la corona de espinas y el manto púrpura, no glorioso en poder, sino lleno de oprobio; y se les dice, He aquí el hombre: si envidiáis al rey, ya perdonad, porque lo veis abatido; ha sido azotado, coronado de espinas, vestido con un manto de burla, burlado con amargos insultos, golpeado con bofetadas; arde la ignominia, que se enfríe la envidia. Pero no se enfría, más bien arde y crece.

3. «Cuando, pues, lo vieron los sumos sacerdotes y los ministros, clamaban diciendo: Crucifícalo, crucifícalo. Pilato les dice: Tomadlo vosotros y crucificadlo; porque yo no encuentro en él causa. Los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una Ley, y según la Ley debe morir, porque se hizo Hijo de Dios.» He aquí otra envidia mayor. Pues aquella parecía pequeña, como si se tratara de un atrevimiento ilícito, de poder real: y sin embargo, Jesús no usurpó falsamente ninguno de los dos; sino que ambos son verdaderos, y es el unigénito Hijo de Dios, y el rey constituido por él sobre Sion, su monte santo: y ambos se demostrarían ahora, si cuanto más poderoso era, tanto más prefería ser paciente.

4. Cuando Pilato oyó esta palabra, tuvo más miedo; y entró de nuevo en el pretorio, y dice a Jesús: ¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le dio respuesta. Este silencio de nuestro Señor Jesucristo no se encuentra hecho una sola vez, comparando las narraciones de todos los evangelistas, tanto ante los sumos sacerdotes, como ante Herodes, a quien Pilato lo había enviado para ser oído, como indica Lucas, y ante el mismo Pilato (Mat. XXVI, 63, XXVII, 14; Mar. XIV, 61, XV, 5; Luc. XXIII, 7-9, y Juan XIX, 9): para que no en vano precediera la profecía sobre él, Como cordero ante el que lo trasquila fue sin voz, así no abrió su boca (Isa. LIII, 7); ciertamente entonces cuando no respondió a los que preguntaban. Aunque a algunas preguntas respondió a menudo; sin embargo, por aquellas en las que no quiso responder, se dio la comparación del cordero, para que en su silencio no se le considerara culpable, sino inocente. Así que cuando fue juzgado, dondequiera que no abrió su boca, como cordero no la abrió; es decir, no como quien es consciente de su maldad y es convencido de sus pecados, sino como manso que es inmolado por los pecados ajenos.

5. Pilato le dice: ¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y poder para soltarte? Jesús respondió: No tendrías ningún poder sobre mí, si no te fuera dado de arriba: por eso el que me entregó a ti, tiene mayor pecado. He aquí que respondió, y sin embargo, dondequiera que no respondió, no como culpable o engañoso, sino como cordero, es decir, como simple e inocente no abrió su boca. Por tanto, donde no respondía, callaba como oveja; donde respondía, enseñaba como pastor. Aprendamos, pues, lo que dijo, lo que también enseñó por el Apóstol, que no hay poder sino de Dios (Rom. XIII, 1); y que peca más quien entrega al inocente a la potestad para ser matado por envidia, que la misma potestad si lo mata por temor a otro poder mayor. Pues tal poder le había dado Dios a Pilato, que también estaba bajo el poder de César. Por lo tanto, no tendrías, dice, ningún poder sobre mí, es decir, cualquiera que sea el que tienes, si no te fuera dado de arriba. Pero como sé cuánto es; pues no es tanto, que te sea completamente libre: por eso el que me entregó a ti, tiene mayor pecado. Pues él me entregó a tu poder por envidia, tú en cambio vas a ejercer ese poder sobre mí por temor. Ni siquiera por temor, especialmente al inocente, debe un hombre

matar a otro hombre: pero hacerlo por celos es mucho más malo que por temor. Y por eso no dijo el verdadero maestro, El que me entregó a ti, él tiene pecado; como si él no lo tuviera: sino que dijo, tiene mayor pecado; para que también entendiera que él lo tenía. Pues no es que aquel sea nulo, porque este es mayor.

6. Desde entonces Pilato buscaba soltarlo. ¿Qué es esto que se ha dicho, desde entonces, como si antes no lo buscara? Lee lo anterior, y encontrarás que ya desde hace tiempo buscaba soltar a Jesús. Desde entonces, pues, debe entenderse, Por esto, es decir, por esta causa, para no tener pecado al matar al inocente que le fue entregado, aunque pecando menos que los judíos, que se lo entregaron para ser matado. Desde entonces, pues, es decir, por eso para no cometer este pecado, no ahora por primera vez, sino desde el principio buscaba soltarlo.

7. Pero los judíos clamaban diciendo: Si sueltas a este, no eres amigo de César. Porque todo el que se hace rey, contradice a César. Creyeron que infundirían un mayor temor a Pilato, aterrorizándolo con César, para que matara a Cristo, que antes cuando dijeron, Nosotros tenemos una Ley, y según la Ley debe morir porque se hizo Hijo de Dios. Pues él no temió su Ley, para matarlo: sino que más bien temió al Hijo de Dios, para no matarlo. Pero ahora no pudo despreciar a César, autor de su poder, como despreciaba la Ley de una nación ajena.

8. Sin embargo, el evangelista sigue diciendo: Pilato, cuando oyó estas palabras, llevó afuera a Jesús, y se sentó en el tribunal, en el lugar llamado Litóstrotos, en hebreo Gabbatha. Era la preparación de la Pascua, como la sexta hora. Sobre qué hora fue crucificado el Señor, debido al testimonio de otro evangelista que dijo, Era la hora tercera, y lo crucificaron (Marc. XV, 25), ya que suele surgir una gran discusión; cuando lleguemos al mismo lugar donde se narra que fue crucificado, como podamos, si el Señor quiere, lo discutiremos. Cuando, pues, Pilato se sentó en el tribunal, Dice a los judíos: He aquí vuestro rey. Pero ellos clamaban: ¡Quítalo, quítalo, crucifícalo! Pilato les dice: ¿A vuestro rey he de crucificar? Aún intenta superar el terror que le infundieron sobre César, queriendo quebrantarlos con su ignominia diciendo, ¿A vuestro rey he de crucificar? a quienes no pudo mitigar con la ignominia de Cristo: pero pronto es vencido por el temor.

9. Pues respondieron los sumos sacerdotes: No tenemos rey sino a César. Entonces, pues, lo entregó a ellos para que fuera crucificado. Pues ciertamente parecería venir abiertamente contra César, si queriendo profesar que no tienen otro rey sino a César, quisiera introducirles otro rey dejando impune a quien le habían entregado para ser matado por estos atrevimientos. Entonces, pues, lo entregó a ellos para que fuera crucificado. Pero, ¿acaso no deseaba esto ya antes cuando decía, Tomadlo vosotros, y crucificadlo; o incluso antes, Tomadlo vosotros, y juzgadlo según vuestra Ley? ¿Por qué, entonces, se negaron tanto a hacerlo, diciendo, A nosotros no nos es lícito matar a nadie (Juan XVIII, 31); e insistiendo de todas maneras para que no fuera matado por ellos, sino por el gobernador, y por eso rehusando recibirlo para matarlo, si ahora lo reciben para matarlo? O si esto no se hace, ¿por qué se dijo, Entonces, pues, lo entregó a ellos para que fuera crucificado? ¿O hay alguna diferencia? Claro que hay diferencia. Pues no se dijo, Entonces, pues, lo entregó a ellos para que lo crucificaran; sino, para que fuera crucificado, es decir, para que fuera crucificado por el juicio y poder del gobernador. Pero por eso el evangelista dijo que fue entregado a ellos, para mostrar que estaban implicados en el crimen, del cual intentaban estar ajenos: pues Pilato no haría esto, si no fuera para cumplir lo que veía que deseaban ardientemente. Lo que sigue, Entonces tomaron a Jesús y lo llevaron, puede referirse ya a los soldados, los oficiales del gobernador. Pues después se dice más claramente, Entonces los soldados, cuando lo crucificaron (Juan XIV, 23): aunque el evangelista, incluso si lo atribuye todo a los judíos, lo hace con razón;

pues ellos recibieron lo que pidieron con avidez, y ellos hicieron todo lo que extorsionaron para que se hiciera. Pero estas cosas siguientes deben ser tratadas en otro discurso.

TRATADO CXVII. De lo que sigue, Y llevando su cruz, salió al lugar llamado Calvario; hasta, Pilato respondió: Lo que he escrito, he escrito. Cap. XIX, V. 17-22.

1. Juzgando y condenando Pilato en el tribunal, al Señor Jesucristo a la hora como sexta lo recibieron y lo llevaron. Y llevando su cruz, salió al lugar llamado Calvario, en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron. ¿Qué es, pues, lo que dice el evangelista Marcos, Era la hora tercera, y lo crucificaron (Marc. XV, 23); sino que el Señor fue crucificado por las lenguas de los judíos a la hora tercera, y por las manos de los soldados a la hora sexta? Para que entendamos que la quinta hora ya había pasado, y algo de la sexta había comenzado cuando Pilato se sentó en el tribunal, que Juan llamó hora como sexta: y cuando fue llevado, y clavado en el madero con dos ladrones, y se hicieron junto a su cruz las cosas que se narran, la sexta hora completa se cumplió; desde la cual hasta la novena, con el sol oscurecido, se hicieron tinieblas, como lo atestigua la autoridad de los tres evangelistas, Mateo, Marcos y Lucas (Mat. XXVII, 45; Marc. XV, 33, y Luc. XXIII, 44). Pero como los judíos intentaron transferir el crimen de la muerte de Cristo de ellos a los romanos, es decir, a Pilato y sus soldados; por eso Marcos, suprimiendo la hora en que Cristo fue crucificado por los soldados, que ya había comenzado a ser la sexta, recordó y expresó más bien la hora tercera, en la cual se entiende que pudieron clamar ante Pilato, ¡Crucifícalo, crucifícalo! (Juan XIX, 6): para que no solo se encuentren los soldados que lo suspendieron en el madero a la sexta hora, sino también los judíos, que a la tercera hora clamaron para que fuera crucificado.

2. Hay también otra solución a esta cuestión, para que no se entienda aquí la sexta hora del día, porque Juan no dijo, Era la hora del día como sexta, o la hora como sexta; sino que dijo, Era la preparación de la Pascua, hora como sexta (Ibid. 14). Preparación en latín es Praeparatio: pero los judíos prefieren usar esta palabra griega en tales observancias, incluso aquellos que hablan más latín que griego. Era, pues, la preparación de la Pascua. Pero nuestra Pascua, como dice el Apóstol, Cristo fue inmolado (I Cor. V, 7): cuya preparación de la Pascua, si la computamos desde la hora novena de la noche (pues entonces parece que los sumos sacerdotes pronunciaron la inmolación del Señor, diciendo, Es reo de muerte [Mat. XXVI, 66]; cuando aún se le escuchaba en la casa del sumo sacerdote: de donde congruentemente se entiende que desde allí comenzó la preparación de la verdadera Pascua, cuya sombra era la Pascua de los judíos, es decir, la inmolación de Cristo, desde que fue pronunciado por los sacerdotes que debía ser inmolado), ciertamente desde esa hora de la noche, que entonces se conjetura que era la novena, hasta la hora tercera del día en que el evangelista Marcos testifica que Cristo fue crucificado, hay seis horas, tres nocturnas y tres diurnas. Por lo tanto, en esta preparación de la Pascua, es decir, en la preparación de la inmolación de Cristo, que comenzó desde la hora novena de la noche, se estaba cumpliendo como la sexta hora; es decir, habiendo pasado la quinta, ya la sexta comenzaba a correr, cuando Pilato subió al tribunal: pues aún era la misma preparación, que había comenzado desde la hora novena de la noche, hasta que se hiciera lo que se preparaba, la inmolación de Cristo: que se hizo a la hora tercera según Marcos, no de la preparación, sino del día; y la misma sexta no del día, sino de la preparación, computadas seis horas desde la novena de la noche hasta la tercera del día. De estas dos soluciones de esta difícil cuestión, elija cada uno la que quiera. Sin embargo, quien haya leído lo que se ha discutido laboriosamente sobre el Consenso de los Evangelistas, juzgará mejor qué elegir (Lib. 3 de Consensu Evangelist., cap. 13, n. 40-50). Y si se pudieran encontrar otras soluciones, la constancia de la verdad evangélica se defenderá más abundantemente contra las calumnias de la vanidad infiel e

impía. Ahora volvamos a la narración del evangelista Juan después de haber tratado brevemente estas cosas.

3. Susceperunt, pues, a Jesús, y lo llevaron: y cargando con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, en hebreo Gólgota, donde lo crucificaron. Iba, pues, al lugar donde iba a ser crucificado, llevando su cruz Jesús. Gran espectáculo: pero si lo mira la impiedad, gran burla; si la piedad, gran misterio: si lo mira la impiedad, gran documento de ignominia; si la piedad, gran fortaleza de fe: si lo mira la impiedad, se ríe del rey que lleva como cetro del reino el madero de su suplicio; si la piedad, ve al rey cargando el madero para ser fijado en él, que también iba a ser fijado en las frentes de los reyes: en él despreciado por los ojos de los impíos, en el que iban a gloriarse los corazones de los santos. Pues cuando Pablo iba a decir, "Lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo" (Gálatas VI, 14), él mismo llevando su cruz sobre su hombro la recomendaba; y la lámpara que iba a arder y que no debía ponerse bajo el celemín, llevaba el candelabro (Mateo V, 15). Cargando, pues, con su cruz, salió hacia el lugar llamado Calvario, en hebreo Gólgota: donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio Jesús. Estos dos eran ladrones, como aprendimos por la narración de otros evangelistas, con quienes fue crucificado y entre quienes fue fijado Cristo (Mateo XXVII, 38, Marcos XV, 27, y Lucas XXIII, 33): de quien la profecía había dicho previamente, "Y fue contado entre los inicuos" (Isaías LIII, 12).

4. "Escribió también un título Pilato, y lo puso sobre la cruz: estaba escrito, Jesús Nazareno Rey de los Judíos. Este título, pues, muchos de los judíos lo leyeron, porque el lugar donde fue crucificado Jesús estaba cerca de la ciudad. Y estaba escrito en hebreo, griego y latín: Rey de los Judíos." Estas tres lenguas sobresalían allí sobre las demás: la hebrea, por los judíos que se gloriaban en la Ley de Dios; la griega, por los sabios de las naciones; la latina, por los romanos que ya entonces gobernaban a muchas y casi todas las naciones.

5. Decían, pues, a Pilato los sumos sacerdotes de los judíos: No escribas, Rey de los Judíos; sino que él dijo: Soy Rey de los Judíos. Respondió Pilato: Lo que he escrito, he escrito. ¡Oh inefable poder de la operación divina, incluso en los corazones de los ignorantes! ¿No resonaba una voz oculta en Pilato, si se puede decir, con un clamoroso silencio interior, lo que tanto antes fue profetizado en las letras de los Salmos, "No destruyas la inscripción del título" (Título de los Salmos LVI, LVII)? He aquí que no destruye la inscripción del título; lo que escribió, escribió. Pero incluso los sumos sacerdotes que querían destruir esto, ¿qué decían? No escribas, dicen, Rey de los Judíos; sino que él dijo, Soy Rey de los Judíos. ¿Qué decís, insensatos? ¿Qué os oponéis a que se haga, lo que de ningún modo podéis cambiar? ¿Acaso no será verdad porque Jesús dijo, Soy Rey de los Judíos? Si no puede destruirse lo que Pilato escribió, ¿puede destruirse lo que la verdad dijo? Pero, ¿es Cristo solo rey de los judíos, o también de los gentiles? Más bien, también de los gentiles. Pues cuando dijo en la profecía, "Yo he sido constituido rey por él sobre Sión, su monte santo, proclamando el precepto del Señor"; para que nadie dijera que fue constituido rey solo para los judíos por el monte Sión, inmediatamente añadió, "El Señor me dijo, Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy: pídeme, y te daré las naciones como herencia tuya, y como posesión tuya los confines de la tierra" (Salmo II, 6-8). Por eso él mismo ya hablando por su propia boca entre los judíos: "Tengo", dice, "otras ovejas que no son de este redil: también a ellas debo traer, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor" (Juan X, 16). ¿Por qué, entonces, queremos entender un gran sacramento en este título, en el que estaba escrito, Rey de los Judíos, si Cristo es rey también de los gentiles? Porque ciertamente el acebuche se hizo partícipe de la gordura del olivo, no el olivo partícipe de la amargura del acebuche (Romanos XI, 17). Pues en lo que el título fue verdaderamente escrito sobre Cristo, Rey de los Judíos, ¿quiénes deben

ser entendidos como judíos, sino la descendencia de Abraham, hijos de la promesa, que son también hijos de Dios? Porque "no los que son hijos de la carne", dice el Apóstol, "estos son hijos de Dios; sino que los hijos de la promesa son contados como descendencia" (Romanos IX, 7, 8). Y a los gentiles les decía, "Si sois de Cristo, entonces sois descendencia de Abraham, herederos según la promesa" (Gálatas III, 29). Cristo, pues, es Rey de los Judíos, pero de los judíos de la circuncisión del corazón, en espíritu, no en letra; cuya alabanza no es de los hombres, sino de Dios (Romanos II, 29); pertenecientes a la Jerusalén libre, nuestra madre eterna en los cielos, la Sara espiritual, que expulsa a la esclava y a sus hijos de la casa de la libertad (Gálatas IV, 22-31). Por eso Pilato escribió lo que escribió; porque el Señor dijo lo que dijo.

TRACTATUS CXVIII. En estas palabras, "Los soldados, pues, cuando lo crucificaron, tomaron sus vestiduras", etc. Cap. XIX, V. 23, 24.

1. Tratemos ahora, en la medida que nos ayude, de lo que sucedió junto a la cruz del Señor, cuando ya había sido crucificado. "Los soldados, pues, cuando lo crucificaron, tomaron sus vestiduras, e hicieron cuatro partes; una parte para cada soldado, y la túnica. Pero la túnica era sin costura, tejida de arriba abajo: dijeron, pues, entre sí, No la rasguemos, sino echemos suertes sobre ella para ver de quién será. Para que se cumpliera la Escritura que dice, Repartieron mis vestiduras entre sí, y sobre mi ropa echaron suertes." Se hizo lo que querían los judíos: no ellos, sino los soldados que obedecían a Pilato, siendo él quien juzgaba, crucificaron a Jesús; y sin embargo, si consideramos las voluntades, las insidias, la obra, la traición, finalmente los clamores que extorsionaron, más bien fueron los judíos quienes crucificaron a Jesús.

2. Pero sobre la partición y sorteo de sus vestiduras no debe hablarse superficialmente. Aunque todos los cuatro evangelistas recuerdan este hecho, los demás lo hacen más brevemente que Juan: y aquellos de manera cerrada, pero este de manera muy clara. Pues Mateo dice: "Después de crucificarlo, repartieron sus vestiduras, echando suertes" (Mateo XXVII, 35). Marcos: "Y crucificándolo, repartieron sus vestiduras, echando suertes sobre ellas, para ver qué tomaría cada uno" (Marcos XV, 24). Lucas: "Repartieron sus vestiduras, echando suertes" (Lucas XXIII, 34). Pero Juan también dijo cuántas partes hicieron de sus vestiduras, es decir, cuatro, para que cada uno tomara una. De donde se deduce que fueron cuatro los soldados que obedecieron al gobernador en su crucifixión. Pues claramente dice, "Los soldados, pues, cuando lo crucificaron, tomaron sus vestiduras, e hicieron cuatro partes, una parte para cada soldado, y la túnica"; debe entenderse que la tomaron: para que este sea el sentido, Tomaron sus vestiduras, e hicieron cuatro partes, una parte para cada soldado; tomaron también la túnica. Y así habló, de modo que no parece que se echara suerte sobre las otras vestiduras; sino sobre la túnica que tomaron junto con las demás, pero que no dividieron de la misma manera. Pues sobre esta sigue explicando, "Pero la túnica era sin costura, tejida de arriba abajo". Y al narrar por qué echaron suertes sobre ella: "Dijeron, pues", dice, "entre sí, No la rasguemos, sino echemos suertes sobre ella para ver de quién será". Así queda claro que en las otras vestiduras tenían partes iguales, de modo que no fue necesario sortear: pero en esa única no podían tener partes iguales, a menos que se rasgara, para que tomaran sus pedazos inútilmente; lo cual no quisieron hacer, prefirieron que llegara a uno por sorteo. A esta narración del evangelista también se ajusta el testimonio profético, que él mismo inmediatamente añade, "Para que se cumpliera la Escritura que dice, Repartieron mis vestiduras entre sí, y sobre mi ropa echaron suertes". Pues no dice, sortearon; sino, repartieron: ni dice, sorteando repartieron; sino que en las otras vestiduras no menciona en absoluto la suerte, y después dice, "y sobre mi ropa echaron suertes", por aquella túnica restante. De lo cual diré lo que él mismo me conceda, después de haber rechazado primero la

calumnia que puede surgir, como si los evangelistas discreparan entre sí, demostrando que las palabras de ninguno de los demás son contrarias a la narración de Juan.

3. Pues Mateo al decir, "Repartieron sus vestiduras, echando suertes", quiso que se entendiera que también la túnica pertenecía a toda la división de las vestiduras, sobre la cual echaron suertes; porque ciertamente todas las vestiduras fueron repartidas, en las que también estaba aquella, de la cual sortearon. Lo mismo es lo que dice Lucas, "Repartieron sus vestiduras, echando suertes": pues al repartir llegaron a la túnica, sobre la cual se hizo el sorteo, para que entre ellos se completara la división de todas sus vestiduras. ¿Y qué importa si se dice, "Repartieron, echando suertes", lo que dice Lucas; o, "Repartieron, echando suertes", lo que dice Mateo: sino que Lucas al decir "suertes", puso el número plural por el singular; lo cual no es inusual en las Escrituras santas: aunque algunos códices se encuentran que tienen "suerte", no "suertes"? Marcos, pues, es el único que parece haber introducido alguna cuestión: pues al decir, "Echando suertes sobre ellas, para ver qué tomaría cada uno", parece haber hablado como si se echara suerte sobre todas las vestiduras, no solo sobre la túnica. Pero también aquí la brevedad causa oscuridad: pues así se dijo, "Echando suertes sobre ellas", como si se dijera, Echando suertes cuando se repartieron: lo cual también se hizo. Pues la división de todas sus vestiduras no se habría completado, si no hubiera quedado claro por sorteo quién también tomaría aquella túnica, para que así se terminara la contienda de los que repartían, o más bien no surgiera ninguna. Por lo tanto, lo que dice, "Para ver qué tomaría cada uno", puesto que esto se atribuye a la suerte, no debe referirse a todas las vestiduras que se dividieron; pues se echó suerte sobre quién tomaría aquella túnica: de la cual, como omitió narrar cómo era, y cómo habiendo hecho partes iguales solo quedó ella, que para no ser rasgada, llegó a sorteo; por eso se puso lo que dice, "Para ver qué tomaría cada uno", es decir, quién la tomaría: como si todo se dijera así, "Repartieron sus vestiduras, echando suertes sobre ellas, para ver quién tomaría la túnica que había quedado después de hacer partes iguales".

4. Quizás alguien pregunte qué significa la división de las vestiduras en tantas partes, y el sorteo sobre aquella túnica. La vestidura cuadripartita del Señor Jesucristo figuró su Iglesia cuadripartita, es decir, difundida por todo el orbe de la tierra, que consta de cuatro partes, y distribuida a todas esas partes igualmente, es decir, concordemente. Por lo cual en otro lugar dice que enviará a sus ángeles, para que reúnan a sus elegidos de los cuatro vientos (Mateo XXIV, 31): ¿qué es esto, sino de las cuatro partes del mundo, Oriente, Occidente, Norte y Sur? Pero aquella túnica sorteada, significa la unidad de todas las partes, que se mantiene unida por el vínculo de la caridad. Pues el Apóstol al hablar de la caridad, dice, "Os muestro un camino más excelente" (I Corintios XII, 31): y en otro lugar dice, "Conocer también la caridad de Cristo que excede a todo conocimiento" (Efesios III, 19); y también en otro lugar, "Sobre todas estas cosas, vestíos de caridad, que es el vínculo de la perfección" (Colosenses III, 14). Si, pues, la caridad tiene un camino más excelente, y excede al conocimiento, y es sobre todo mandamiento; con razón la vestidura que la significa, se dice tejida de arriba. Pero sin costura, para que nunca se deshaga: y llegó a uno, porque en uno reúne a todos. Así como en los apóstoles, aunque también había ese número de doce, es decir, cuadripartito en tres, y todos fueron interrogados, solo Pedro respondió, "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo"; y a él se le dice, "Te daré las llaves del reino de los cielos" (Mateo XVI, 15, 16, 19), como si solo él hubiera recibido el poder de atar y desatar: aunque él lo dijo por todos, y esto lo recibió con todos como representando la persona de la unidad misma: por eso uno por todos, porque la unidad está en todos. Por lo cual aquí cuando dijo, "tejida de arriba"; añadió, "por todo". Lo cual si lo referimos a lo que significa, nadie está excluido de ella que se encuentra perteneciendo al todo: de ese todo, como indica la lengua griega, se llama católica la Iglesia.

Pero en el sorteo, ¿qué se recomendó, sino la gracia de Dios? Pues ciertamente en uno llegó a todos, cuando la suerte agradó a todos, porque también la gracia de Dios en la unidad llega a todos: y cuando se echa suerte, no se cede a la persona o méritos de alguien, sino al juicio oculto de Dios.

5. Ni por eso alguien dirá que no significó algo bueno, porque fue hecho por malos, no por aquellos que siguieron a Cristo, sino por quienes lo persiguieron. Pues, ¿qué diremos de la misma cruz, que ciertamente de manera similar fue hecha e impuesta a Cristo por enemigos e impíos? Y sin embargo, se entiende correctamente que significa lo que dice el Apóstol, "Cuál es la anchura, y la longitud, y la altura, y la profundidad" (Efesios III, 18). Pues es ancha en el madero transversal, donde se extienden las manos del que pende; y significa las buenas obras, en la anchura de la caridad: es larga desde el madero transversal hasta la tierra, donde se fijan la espalda y los pies; y significa la perseverancia en la longitud del tiempo hasta el fin: es alta en la cima, donde el madero transversal se excede hacia arriba; y significa el fin supremo, al que se refieren todas las obras; porque todas las cosas que se hacen bien y perseverantemente en anchura y longitud, deben hacerse por la altura de las recompensas divinas: es profunda en la parte donde se fija en la tierra; pues allí está oculta, y no puede ser vista, pero de allí surgen todas sus apariencias y eminencias; así como nuestras buenas obras proceden de la profundidad de la gracia de Dios, que no puede ser comprendida ni juzgada. Pero incluso si la cruz de Cristo solo significara lo que dice el Apóstol, "Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos" (Gálatas V, 24), ¿qué gran bien es? Sin embargo, esto no lo hace sino el buen espíritu que desea contra la carne, cuando el espíritu malo hizo aquella cruz de Cristo. Finalmente, ¿qué es lo que todos conocen, el Signo de Cristo, sino la cruz de Cristo? ¿Qué signo, si no se aplica ya sea a las frentes de los creyentes, o al agua misma de la que son regenerados, o al aceite con el que son ungidos con el crisma, o al sacrificio con el que son alimentados, nada de esto se realiza correctamente? ¿Cómo, pues, por lo que hacen los malos, no se significa nada bueno; cuando por la cruz de Cristo, que hicieron los malos, en la celebración de sus Sacramentos se nos señala todo bien? Pero esto hasta aquí: lo que sigue, lo veremos en otra ocasión, como Dios nos ayude.

TRACTATUS CXIX. Desde lo que sigue, "Y los soldados hicieron esto"; hasta, "E inclinando la cabeza entregó el espíritu". Cap. XIX, V. 24-30.

1. Crucificado el Señor, después de que la división de sus vestiduras también se completó echando suertes, veamos lo que luego narra el evangelista Juan. "Y los soldados, pues", dice, "hicieron esto. Estaban junto a la cruz de Jesús, su madre, y la hermana de su madre María de Cleofás, y María Magdalena. Cuando Jesús vio a su madre y al discípulo a quien amaba, de pie, dice a su madre, Mujer, he ahí tu hijo: luego dice al discípulo, He ahí tu madre. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa." Esta es, sin duda, aquella hora de la que Jesús, al convertir el agua en vino, había dicho a su madre, "¿Qué tengo yo contigo, mujer? aún no ha llegado mi hora" (Juan II, 4). Esta hora, pues, había predicho que aún no había llegado, en la que debía reconocer, muriendo, de quién había nacido mortalmente. Entonces, pues, al hacer cosas divinas, no a la madre de la divinidad, sino a la madre de la debilidad, como desconocida la rechazaba: ahora, sin embargo, sufriendo ya humanamente, a quien había sido hecho hombre y a quien dejaba, la encomendaba con afecto humano. Entonces, pues, quien había creado a María, se manifestaba con poder: ahora, sin embargo, lo que María había engendrado, colgaba en la cruz.

2. Se insinúa, pues, un lugar moral. Hace lo que aconseja hacer, y con su ejemplo instruye a los suyos el buen maestro, para que los hijos piadosos cuiden de sus padres: como si aquel madero donde estaban fijados los miembros del moribundo, también fuera la cátedra del

maestro enseñando. De esta sana doctrina había aprendido el apóstol Pablo lo que enseñaba, cuando decía: "Si alguno no provee para los suyos, y especialmente para los de su casa, ha negado la fe, y es peor que un infiel" (I Timoteo V, 8). ¿Y qué hay más doméstico para alguien que los padres para los hijos, o los hijos para los padres? De este precepto tan saludable el mismo maestro de los santos establecía un ejemplo de sí mismo, cuando no como a una sierva Dios, a quien había creado y gobernaba, sino como a una madre hombre, de quien había sido creado y a quien dejaba, le proveía otro hijo en cierto modo en su lugar. Pues lo que hizo, lo que sigue lo indica: dice el evangelista, "Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa", refiriéndose a sí mismo. Pues así suele recordarse a sí mismo, que Jesús lo amaba: quien ciertamente a todos, pero a él más que a los demás y más familiarmente amaba, de modo que en el banquete lo hacía recostar sobre su pecho (Juan XIII, 23); creo que para que la divina excelencia de este Evangelio, que iba a ser predicado por él, se recomendara más profundamente de este modo.

3. ¿Pero en qué cosas recibió Juan a la madre del Señor? Pues él era uno de aquellos que le dijeron: "He aquí que hemos dejado todo y te hemos seguido". Pero también allí había escuchado: "Cualquiera que haya dejado estas cosas por mí, recibirá en este siglo cien veces más" (Mateo XIX, 27, 29). Por lo tanto, aquel discípulo tenía cien veces más de lo que había dejado, en lo que recibió a la madre de aquel que le había dado esas cosas. Pero en esa comunidad, el bienaventurado Juan había recibido el ciento por uno, donde nadie decía que algo era suyo, sino que todo era común para ellos; como está escrito en los Hechos de los Apóstoles. Pues así eran los Apóstoles, como si no tuvieran nada, y poseyéndolo todo (II Cor. VI, 10). ¿Cómo, entonces, el discípulo y siervo recibió a la madre de su maestro y Señor en lo suyo, donde nadie decía que algo era suyo? ¿O porque poco después en el mismo libro se lee: "Todos los que poseían tierras o casas, vendiéndolas, traían el precio de ellas y lo ponían a los pies de los Apóstoles, y se distribuía a cada uno según su necesidad" (Hechos IV, 32-35), se debe entender que se distribuyó a este discípulo lo que necesitaba, de modo que también se pusiera allí la parte de la bienaventurada María como su madre; y más bien debemos entender que lo que se dijo, "Desde aquella hora el discípulo la recibió en lo suyo", significa que a su cuidado pertenecía todo lo que le fuera necesario? Por lo tanto, la recibió en lo suyo, no en propiedades, que no poseía ninguna propia; sino en servicios, que cuidaba de ejecutar con su propia administración.

4. Luego añade: "Después, sabiendo Jesús que todo estaba consumado, para que se cumpliera la Escritura, dice: Tengo sed. Había allí un vaso lleno de vinagre; ellos, entonces, empapando una esponja en el vinagre y poniéndola en un hisopo, se la ofrecieron a su boca. Cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: Está consumado. E inclinando la cabeza, entregó el espíritu". ¿Quién puede disponer lo que hace de la manera en que dispuso este hombre lo que sufrió? Pero el hombre mediador entre Dios y los hombres; el hombre de quien se lee profetizado: "Y es hombre, ¿y quién lo reconocerá?" porque los hombres por quienes se hacían estas cosas no reconocían al hombre Dios. Pues aparecía el hombre que Dios ocultaba; sufría todas estas cosas quien aparecía, y el mismo disponía todas estas cosas quien se ocultaba. Vio, entonces, que todo estaba consumado, lo que debía hacerse antes de tomar el vinagre y entregar el espíritu; y para que también se cumpliera lo que la Escritura había predicho: "Y en mi sed me dieron a beber vinagre" (Salmo LXVIII, 22), dijo: "Tengo sed", como diciendo: "Esto es lo que falta, dad lo que sois". Pues los mismos judíos eran el vinagre, degenerando del vino de los Patriarcas y Profetas; y como de un vaso lleno, llenos de la iniquidad de este mundo, tenían el corazón como una esponja, con cavernosos y tortuosos escondrijos fraudulentos. Pero el hisopo al que rodearon con la esponja llena de vinagre, porque es una hierba humilde y purga el pecho, lo entendemos adecuadamente como la humildad de Cristo: a la que

rodearon, y pensaron que lo habían engañado. De donde está aquello en el salmo: "Rocíame con hisopo, y seré limpio" (Salmo L, 9). Pues por la humildad de Cristo somos limpiados; porque si no se hubiera humillado a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte de cruz (Filip. II, 8), ciertamente su sangre no habría sido derramada para la remisión de los pecados, es decir, para nuestra limpieza.

5. No nos perturbe cómo pudo acercarse la esponja a su boca, quien había sido elevado en la cruz desde la tierra. Pues como se lee en otros evangelistas, lo que aquí omitió, fue hecho en una caña (Mateo XXVII, 48, y Marcos XV, 36), para que en la esponja tal bebida se elevara a las alturas de la cruz. Pero por la caña se significaba la Escritura, que se cumplía con este hecho. Pues así como se dice lengua, ya sea griega o latina, o cualquier otra que signifique el sonido que se emite con la lengua; así se puede decir caña a la letra, que se escribe con caña. Pero los sonidos que significan la voz humana los llamamos más comúnmente lenguas: pero que la Escritura se llame caña, cuanto menos común es, tanto más está figurado místicamente. Este pueblo impío hacía estas cosas, Cristo misericordioso las sufría. Quien las hacía, no sabía lo que hacía: pero quien sufría, no solo sabía lo que se hacía y por qué se hacía, sino que también él mismo hacía bien a los que hacían mal.

6. Cuando Jesús tomó el vinagre, dijo: Está consumado. ¿Qué, sino lo que la profecía había predicho tanto tiempo antes? Luego, porque no quedaba nada que aún debiera hacerse antes de morir, como aquel que tenía el poder de poner su vida y volver a tomarla (Juan X, 18), habiendo cumplido todo lo que esperaba que se cumpliera, inclinando la cabeza entregó el espíritu. ¿Quién duerme así cuando quiere, como Jesús murió cuando quiso? ¿Quién se quita la vestidura cuando quiere, como se despojó de la carne cuando quiso? ¿Quién se va cuando quiere, como murió cuando quiso? ¿Cuánto poder de esperanza o temor hay en el juez, si apareció tanto poder en el que moría?

TRACTATUS CXX. Desde lo que sigue, "Los judíos, pues, porque era la preparación", etc.; hasta aquello, "Pues aún no sabían la Escritura, que debía resucitar de entre los muertos". Cap. XIX, V. 31-42, y cap. XX, V. 1-9.

1. Después de que el Señor Jesús, habiendo cumplido todo lo que sabía que debía hacerse antes de su muerte, entregó el espíritu cuando quiso, veamos lo que siguió, narrado por el Evangelista. "Los judíos, pues, porque era la preparación, para que no quedaran los cuerpos en la cruz el sábado (pues aquel día de sábado era grande), rogaron a Pilato que se les quebraran las piernas y fueran quitados". No que se les quitaran las piernas, sino que a aquellos a quienes se les quebraban para que murieran, y fueran quitados del madero; para que colgando en las cruces no profanaran el gran día festivo con el horror de su tormento diurno.

2. "Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas al primero, y al otro que fue crucificado con él. Pero cuando llegaron a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas: sino que uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua". El Evangelista usó una palabra vigilante, para no decir, le golpeó el costado, o lo hirió, o cualquier otra cosa; sino, lo abrió: para que allí se abriera de algún modo la puerta de la vida, de donde manaron los Sacramentos de la Iglesia, sin los cuales no se entra a la vida que es la verdadera vida. Esa sangre fue derramada para la remisión de los pecados: esa agua templa el cáliz de salvación; esta proporciona tanto el lavacro como la bebida. Esto preanunciaba que Noé fue mandado a hacer una puerta en el costado del arca (Gén. VI, 16), por donde entraran los animales que no perecerían en el diluvio, que prefiguraban a la Iglesia. Por esto la primera mujer fue hecha del costado del hombre dormido (Gén. II, 22), y fue

llamada vida y madre de los vivientes (Gén. III, 20). Pues significó un gran bien, antes del gran mal de la transgresión. Este segundo Adán inclinó la cabeza en la cruz y durmió, para que de allí se formara para él una esposa, lo que fluyó de su costado dormido. ¡Oh muerte de la que los muertos reviven! ¿Qué hay más puro que esta sangre? ¿Qué herida más saludable que esta?

3. Y el que lo vio, dice, dio testimonio, y su testimonio es verdadero: y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis. No dijo, para que también vosotros sepáis; sino para que creáis: pues sabe quien lo vio, de cuyo testimonio cree quien no lo vio. Pero más bien creer pertenece a la fe que a ver. Pues ¿qué es creer, sino dar fe? Porque estas cosas fueron hechas, dice, para que se cumpliera la Escritura. No quebraréis hueso suyo. Y otra Escritura dice, Verán al que traspasaron. Dio dos testimonios de las Escrituras para cada una de las cosas que narró que fueron hechas. Pues porque había dicho, "Pero cuando llegaron a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas", a esto pertenece el testimonio, "No quebraréis hueso suyo": lo que fue mandado a aquellos que fueron ordenados a celebrar la Pascua con la inmolación del cordero en la antigua Ley, que precedió como sombra de la pasión del Señor. De donde "Cristo, nuestra Pascua, fue inmolado" (I Cor. V, 7): de quien también el profeta Isaías había predicho, "Como cordero fue llevado al matadero" (Isaías LIII, 7). Asimismo, porque había añadido diciendo, "Pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza"; a esto pertenece el otro testimonio, "Verán al que traspasaron": donde se prometió a Cristo, en la carne en que fue crucificado, que vendría.

4. "Después de esto, José de Arimatea, porque era discípulo de Jesús, pero oculto por miedo a los judíos, rogó a Pilato que le permitiera llevarse el cuerpo de Jesús: y Pilato lo permitió. Vino, pues, y se llevó el cuerpo de Jesús. Vino también Nicodemo, que había venido a Jesús de noche al principio, trayendo una mezcla de mirra y áloe, como cien libras". No debe distinguirse así, como para decir, "al principio trayendo una mezcla de mirra"; sino que lo que se dijo, "al principio", pertenece al sentido anterior. Pues Nicodemo había venido a Jesús de noche al principio, lo que el mismo Juan narró en las partes anteriores de su Evangelio (Juan III, 1, 2). Aquí, pues, se entiende que Nicodemo vino a Jesús, no solo entonces, sino entonces por primera vez; pero después venía frecuentemente para hacerse discípulo escuchando: lo que ciertamente ahora se declara a casi todas las naciones en la revelación del cuerpo del santísimo Esteban. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias, como es costumbre entre los judíos sepultar. No me parece que el Evangelista quisiera decir en vano, "como es costumbre entre los judíos sepultar": pues así, a menos que me equivoque, advirtió que en estos oficios que se exhiben a los muertos, debe observarse la costumbre de cada nación.

5. Había en el lugar donde fue crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el que aún no había sido puesto nadie. Así como en el vientre de la Virgen María nadie fue concebido antes de él, nadie después de él; así en este sepulcro nadie fue sepultado antes de él, nadie después de él. "Allí, pues, por la preparación de los judíos, porque el sepulcro estaba cerca, pusieron a Jesús". Quiere dar a entender que la sepultura fue apresurada, para que no anocheciera; cuando ya por la preparación, que los judíos más comúnmente entre nosotros llaman cena pura, no era lícito hacer tal cosa.

6. El primer día de la semana, María Magdalena vino temprano, cuando aún estaba oscuro, al sepulcro; y vio la piedra quitada del sepulcro. El primer día de la semana es el que ya el uso cristiano llama día del Señor por la resurrección del Señor: que solo Mateo entre los evangelistas llamó primer día de la semana (Mateo XXVIII, 1). Corrió, pues, y vino a Simón Pedro, y al otro discípulo a quien amaba Jesús; y les dice: Se han llevado al Señor del

sepulcro, y no sabemos dónde lo han puesto. Algunos códices incluso griegos tienen, "Se han llevado a mi Señor", lo que puede parecer dicho con un afecto más propenso de amor o servicio; pero esto no lo encontramos en la mayoría de los códices que teníamos a mano.

7. Salieron, pues, Pedro y el otro discípulo, y vinieron al sepulcro. Corrían los dos juntos, y el otro discípulo corrió más rápido que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Aquí debe advertirse y destacarse la recapitulación, cómo se volvió a lo que había sido omitido; y sin embargo, como si esto siguiera, se añadió. Pues aunque ya había dicho, "vinieron al sepulcro", regresó para narrar cómo vinieron; y dijo, "corrían los dos juntos", etc. Donde muestra que el otro discípulo, que se refiere a sí mismo, pero narra todo como si fuera de otro, llegó primero al sepulcro.

8. "Y cuando se inclinó, vio los lienzos puestos, pero no entró. Vino, pues, Simón Pedro siguiéndolo, y entró en el sepulcro; y vio los lienzos puestos, y el sudario que había estado sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto aparte en un lugar". ¿Pensamos que estas cosas no significan nada? De ninguna manera lo pensaría. Pero nos apresuramos a otras cosas, en las que nos vemos obligados a detenernos por la necesidad de alguna cuestión o oscuridad. Pues estas cosas que son manifiestas por sí mismas, buscar qué significa cada una, son ciertamente delicias santas, pero de ociosos, que no somos nosotros.

9. Entonces entró también el otro discípulo que había llegado primero al sepulcro. Llegó primero, y entró después. Tampoco esto es en vano, pero a mí no me da tiempo para estas cosas. Y vio, dice, y creyó. Aquí algunos, poco atentos, piensan que Juan creyó que Jesús había resucitado; pero lo que sigue no indica esto. Pues ¿qué significa lo que añadió inmediatamente, "Pues aún no sabían la Escritura, que debía resucitar de entre los muertos"? No creyó, pues, que había resucitado, a quien no sabía que debía resucitar. ¿Qué, entonces, vio? ¿Qué creyó? Vio ciertamente el sepulcro vacío, y creyó lo que había dicho la mujer, que había sido llevado del sepulcro. Pues aún no sabían la Escritura, que debía resucitar de entre los muertos. Y por eso cuando lo escuchaban del mismo Señor, aunque se decía muy claramente; por la costumbre de escuchar parábolas de él, no lo entendían, y creían que significaba algo más. Pero lo que sigue lo dejaremos para otro sermón.

TRACTATUS CXXI. De lo que sigue, "Volvieron, pues, los discípulos a los suyos"; hasta aquello, "Bienaventurados los que no vieron y creyeron". Cap. XX, V. 10-29.

1. Que el Señor había sido llevado del sepulcro, María Magdalena se lo había anunciado a sus discípulos Pedro y Juan: quienes viniendo allí, encontraron solo los lienzos, con los que había sido envuelto el cuerpo; y ¿qué otra cosa podían creer, sino lo que ella había dicho, lo que también ella había creído? Volvieron, pues, los discípulos a los suyos: es decir, a donde habitaban, y de donde habían corrido al sepulcro. Pero María estaba fuera llorando junto al sepulcro. Pues mientras los hombres regresaban, el afecto más fuerte del sexo más débil la mantenía en el mismo lugar. Y los ojos que habían buscado al Señor y no lo habían encontrado, ya se ocupaban en lágrimas, dolidos más porque había sido llevado del sepulcro, que porque había sido muerto en el madero; porque del maestro tan grande, cuya vida les había sido quitada, ni siquiera quedaba el recuerdo. Así que el dolor ya mantenía a la mujer en el sepulcro. Cuando lloraba, se inclinó y miró dentro del sepulcro. No sé por qué hizo esto. Pues no ignoraba que ya no estaba allí a quien buscaba; ya que había sido llevado de allí y ella misma lo había anunciado a los discípulos; y ellos habían venido al sepulcro, y no solo mirando, sino también entrando, habían buscado el cuerpo del Señor, y no lo habían encontrado. ¿Qué significa, entonces, que esta mujer, mientras lloraba, de nuevo inclinada miró dentro del sepulcro? ¿Acaso porque dolía tanto, no creía fácilmente a sus propios ojos ni

a los de ellos? ¿O más bien por instinto divino se le hizo mirar? Pues miró, "Y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, donde había sido puesto el cuerpo de Jesús". ¿Qué significa que uno estaba sentado a la cabecera y otro a los pies? ¿Acaso porque los que en griego se llaman Ángeles, en latín son mensajeros, de este modo significaban que el Evangelio de Cristo debía ser anunciado desde la cabeza hasta los pies, desde el principio hasta el fin? Le dicen ellos: Mujer, ¿por qué lloras? Les dice: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto. Los ángeles prohibían las lágrimas: ¿qué otra cosa anunciaban sino la futura alegría de algún modo? Pues así dijeron, "¿Por qué lloras?", como si dijeran, "No llores". Pero ella, pensando que preguntaban sin saber, revela las causas de sus lágrimas. "Porque se han llevado", dice, "a mi Señor": llamando a su Señor al cuerpo inanimado de su Señor, significando la parte por el todo; así como todos confesamos a Jesucristo, el Hijo único de Dios, nuestro Señor, que ciertamente es a la vez Verbo, alma y carne, crucificado y sepultado, aunque solo su carne fue sepultada. "Y no sé", dice, "dónde lo han puesto". Esta era la mayor causa de su dolor, porque no sabía a dónde ir para consolar su dolor. Pero ya había llegado la hora en que lo que de algún modo había sido anunciado por los ángeles prohibiendo llorar, la alegría sucedería a las lágrimas.

2. "Después de decir esto, se volvió y vio a Jesús de pie, pero no sabía que era Jesús. Jesús le dice: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, pensando que era el jardinero, le dice: Señor, si tú lo has llevado, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré. Jesús le dice: María. Ella, volviéndose, le dice: Rabboni; que significa Maestro". Nadie debe reprochar a la mujer por haber llamado señor al jardinero, y Maestro a Jesús. Pues allí rogaba, aquí reconocía: allí honraba al hombre de quien pedía un favor; aquí recordaba al maestro de quien aprendía a discernir lo humano y lo divino. Llamaba señor a quien no era su siervo, para llegar a través de él al Señor de quien era. De modo diferente, pues, dijo Señor, "Se han llevado a mi Señor"; y de modo diferente, "Señor, si tú lo has llevado". Pues también los Profetas llamaron señores a los hombres; pero de modo diferente a aquel de quien está escrito, "Señor es su nombre" (Salmo LXVII, 5). Pero esta mujer que ya se había vuelto para ver a Jesús, cuando pensó que era el jardinero, y ciertamente hablaba con él, ¿cómo se dice que se volvió de nuevo para decirle, "Rabboni"; sino porque entonces se volvió con el cuerpo, lo que no era, pensó, ahora se volvió con el corazón, lo que era, reconoció?

3. «Jesús le dice: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; pero ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios.» En estas palabras hay algo que, aunque brevemente, debemos considerar con atención. Jesús enseñaba la fe a la mujer que lo reconoció y llamó maestro cuando le respondió, y aquel jardinero sembraba en su corazón, como en su propio jardín, la semilla de mostaza. ¿Qué significa, entonces, "No me toques"? Y como si se preguntara la causa de esta prohibición, añadió: "porque aún no he subido a mi Padre". ¿Qué significa esto? Si estando en la tierra no se le puede tocar, ¿cómo se le tocaría estando sentado en el cielo? Ciertamente, antes de ascender, se ofreció a sus discípulos para que lo tocaran, diciendo, como testifica el evangelista Lucas: "Palpad y ved, porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo" (Lucas 24, 39); o cuando dijo al discípulo Tomás: "Mete tu dedo aquí y mira mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado". ¿Quién sería tan absurdo como para decir que quiso ser tocado por los discípulos antes de ascender al Padre, pero no por las mujeres, a menos que hubiera ascendido al Padre? Pero ni siquiera así se permitiría a quien quisiera desvariar. Se lee que también las mujeres, después de la resurrección y antes de que ascendiera al Padre, tocaron a Jesús, entre ellas María Magdalena misma, según narra Mateo, que Jesús les salió al encuentro diciendo: "Salve". Ellas se acercaron, dice, y abrazaron sus pies y lo adoraron (Mateo 28, 9). Esto fue omitido por Juan, pero dicho verdaderamente por Mateo. Por lo tanto,

queda que algún sacramento esté oculto en estas palabras; lo cual, ya sea que lo descubramos o no podamos descubrirlo, no debemos dudar de que está presente. O bien se dijo así: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre", para que en esa mujer se figurara la Iglesia de los Gentiles, que no creyó en Cristo hasta que ascendió al Padre; o bien Jesús quiso que se creyera en él de tal manera, es decir, que se le tocara espiritualmente, que él y el Padre son uno. Pues de alguna manera asciende al Padre en los sentidos íntimos de quien progresa en él hasta reconocerlo igual al Padre: de otra manera no se le toca correctamente, es decir, de otra manera no se cree correctamente en él. María podía creer de tal manera que lo considerara inferior al Padre, lo cual ciertamente se prohíbe cuando se le dice: "No me toques", es decir, no creas en mí de la manera en que aún piensas; no extiendas tu entendimiento hasta lo que he sido hecho por ti, ni pases a aquello por lo que fuiste hecha. ¿Cómo no creía aún carnalmente en él, a quien lloraba como a un hombre? "Aún no he subido", dice, "a mi Padre": allí me tocarás, cuando creas que no soy inferior a Dios Padre. Ve, sin embargo, a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre. No dijo, nuestro Padre: por lo tanto, de manera diferente mío, de manera diferente vuestro; mío por naturaleza, vuestro por gracia. Y mi Dios, y vuestro Dios. Tampoco aquí dijo, nuestro Dios: por lo tanto, también aquí de manera diferente mío, de manera diferente vuestro; mi Dios bajo el cual también soy hombre, vuestro Dios entre quienes soy mediador.

4. «Vino María Magdalena anunciando a los discípulos: He visto al Señor, y me ha dicho estas cosas. Al atardecer de ese día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas donde los discípulos se encontraban reunidos por miedo a los judíos, vino Jesús y se puso en medio, y les dijo: Paz a vosotros. Y cuando hubo dicho esto, les mostró las manos y el costado.» Pues los clavos habían fijado las manos, y la lanza había abierto su costado: donde para sanar los corazones de los que dudaban, se conservaron las marcas de las heridas. Pero las puertas cerradas no impidieron al cuerpo donde estaba la divinidad. Pues él pudo entrar sin abrirlas, así como al nacer permaneció inviolada la virginidad de su madre. Se alegraron, entonces, los discípulos al ver al Señor. Les dijo, pues, de nuevo: Paz a vosotros. La repetición es confirmación; pues él mismo da la paz prometida por el profeta sobre la paz (Isaías 26, 3). Como me envió el Padre, dice, también yo os envío. Conocemos al Hijo igual al Padre, pero aquí reconocemos las palabras del Mediador. Pues se muestra a sí mismo como medio diciendo, Él me envió, y yo os envío. Cuando hubo dicho esto, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. Al soplar, significó que el Espíritu Santo no es solo el Espíritu del Padre, sino también el suyo. A quienes perdonéis los pecados, les son perdonados; y a quienes se los retengáis, les son retenidos. La caridad de la Iglesia, que se difunde en nuestros corazones por el Espíritu Santo, perdona los pecados de sus participantes; pero de aquellos que no son sus participantes, los retiene. Por eso, después de decir: Recibid el Espíritu Santo; inmediatamente añadió esto sobre el perdón y la retención de los pecados.

5. «Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús: Le dijeron, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Pero él les dijo: Si no veo en sus manos la señal de los clavos, y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y meto mi mano en su costado, no creeré. Y después de ocho días, estaban otra vez sus discípulos dentro, y Tomás con ellos. Vino Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio, y dijo: Paz a vosotros. Luego dice a Tomás: Mete tu dedo aquí, y mira mis manos, y trae tu mano, y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente. Tomás respondió y le dijo: Señor mío y Dios mío.» Veía y tocaba al hombre, y confesaba a Dios a quien no veía ni tocaba; pero por lo que veía y tocaba, ya creía aquello sin duda alguna. Jesús le dice: Porque me has visto, has creído. No dijo, me has tocado; sino, me has visto: porque de alguna manera la vista es un sentido general. Pues también se suele nombrar por los otros cuatro sentidos: como cuando decimos,

Oye y ve qué bien suena, huele y ve qué bien huele, prueba y ve qué bien sabe, toca y ve qué bien calienta. En todas partes sonó, Ve, aunque la vista propiamente no se niega que pertenece a los ojos. Por eso, el mismo Señor aquí dice: Mete tu dedo aquí, y mira mis manos: ¿qué otra cosa dice sino, Toca y ve? Sin embargo, no tenía ojos en el dedo. Por lo tanto, ya sea mirando, ya sea también tocando, Porque me has visto, dice, has creído. Aunque se puede decir que el discípulo no se atrevió a tocar, cuando él se ofrecía a ser tocado: pues no está escrito, Y Tomás tocó. Pero ya sea que haya visto y creído solo mirando, o también tocando, lo que sigue proclama y encomia más la fe de los gentiles, Bienaventurados los que no vieron, y creyeron. Usó palabras de tiempo pasado, como aquel que conocía en su predestinación lo que iba a suceder, ya hecho. Pero ya este discurso debe ser contenido por su extensión: el Señor concederá que de lo que queda hablemos en otra ocasión.

TRACTATUS CXXII. Sobre lo que sigue, Muchos otros signos hizo Jesús; hasta aquello, Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Cap. XX, V. 30, 31, y cap. XXI, V. 1-11.

1. Después de la narración del hecho, en la que el discípulo Tomás, al ofrecérsele los lugares de las heridas en la carne de Cristo para ser tocados, vio lo que no quería creer y creyó; el evangelista Juan interpone esto, y dice: «Muchos otros signos hizo Jesús en presencia de sus discípulos, que no están escritos en este libro. Pero estos han sido escritos para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que creyendo, tengáis vida en su nombre.» Este capítulo indica como el fin de este libro: pero se narra aquí después cómo el Señor se manifestó en el mar de Tiberíades, y en la captura de peces encomendó el sacramento de la Iglesia, cómo será en la última resurrección de los muertos. Por lo tanto, creo que esto sirve para encomendar, como si fuera un fin interpuesto del libro, lo que sería también un prólogo de la narración que sigue, que de alguna manera le daría un lugar más eminente, la cual narración comienza así: «Después se manifestó Jesús otra vez en el mar de Tiberíades; y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro y Tomás llamado Dídimo, y Natanael que era de Caná de Galilea, y los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dice: Voy a pescar. Le dicen: Vamos nosotros también contigo.»

2. Se suele preguntar sobre esta pesca de los discípulos, por qué volvieron Pedro y los hijos de Zebedeo a lo que eran antes de ser llamados por el Señor: pues eran pescadores cuando él les dijo: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres» (Mateo 4, 19). Entonces lo siguieron, para adherirse a su enseñanza dejando todo: tanto que cuando el rico se fue triste, a quien le había dicho: «Ve, vende lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme», Pedro le dijo: «He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido» (Mateo 19, 21, 22, 27). ¿Qué es, entonces, que ahora, como si hubieran dejado el apostolado, se convierten en lo que eran, y lo que dejaron lo retoman, como si hubieran olvidado lo que oyeron, «Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás, es apto para el reino de los cielos» (Lucas 9, 62)? Pero si lo hubieran hecho después de la muerte de Jesús, antes de que resucitara de entre los muertos: lo cual no podían, porque el día en que fue crucificado los mantenía atentos hasta su sepultura, que se hizo antes del anochecer; el día siguiente era sábado, cuando a ellos, observando la costumbre de sus padres, no les era lícito trabajar; el tercer día el Señor resucitó, y los devolvió a la esperanza que ya no tenían en él: sin embargo, si lo hubieran hecho entonces, pensaríamos que lo hicieron por desesperación, que ocupaba sus mentes. Pero ahora, después de que él se les devolviera vivo del sepulcro, después de ofrecer a sus ojos y manos no solo la verdad más evidente de la carne revivida para ser vista, sino también tocada y palpada; después de ver los lugares de las heridas, hasta la confesión del apóstol Tomás, quien había dicho que no creería de otra manera; después de recibir el Espíritu Santo por su soplo, después de las palabras pronunciadas por su boca en sus oídos, «Como me envió el Padre, también yo os envío: a quienes perdonéis los pecados,

les son perdonados, y a quienes se los retengáis, les son retenidos» (Juan 20, 21-23): de repente se convierten en lo que eran, no pescadores de hombres, sino de peces.

3. A quienes esto les preocupa, se les debe responder que no se les prohibió buscar su sustento necesario con su arte, lícita y permitida, manteniendo la integridad de su apostolado, si en algún momento no encontraban otra manera de vivir. A menos que alguien se atreva a pensar o decir que el apóstol Pablo no pertenecía a la perfección de aquellos que, dejando todo, siguieron a Cristo, porque para no gravar a aquellos a quienes predicaba el Evangelio, sostenía su sustento con sus propias manos (2 Tesalonicenses 3, 8): donde más bien se cumplió lo que dijo, «He trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Corintios 15, 10): para que también esto se atribuya a la gracia de Dios, que podía trabajar tanto más que todos ellos, que ni cesaba de predicar el Evangelio, ni sin embargo se sustentaba de él, como ellos, cuando lo sembraba mucho más ampliamente y fértilmente entre tantas naciones donde no había sido profetizado el nombre de Cristo. Donde mostró que vivir del Evangelio, es decir, tener sustento, no era una necesidad impuesta a los apóstoles, sino un poder dado. Este poder lo recuerda el mismo apóstol diciendo: «Si nosotros os hemos sembrado lo espiritual, ¿es gran cosa si segamos de vosotros lo material? Si otros participan de este poder sobre vosotros, ¿no más bien nosotros? Pero no hemos usado», dice, «de este poder». Y un poco después: «Los que sirven al altar, del altar participan; así también el Señor ordenó que los que anuncian el Evangelio, vivan del Evangelio: pero yo de ninguno de estos he usado». Por lo tanto, está claro que no se les impuso, sino que se les dio el poder a los apóstoles de no vivir de otra cosa que del Evangelio, y de segar lo material de aquellos a quienes sembraban lo espiritual predicando el Evangelio; es decir, tomar el sustento de esta carne, y recibir como soldados de Cristo el estipendio debido, como de los provinciales de Cristo. Por lo cual el mismo soldado ilustre dijo un poco antes sobre este asunto: «¿Quién milita a sus propias expensas alguna vez?» (1 Corintios 9, 11-15, 7). Lo cual, sin embargo, él mismo hacía, porque trabajaba más que todos ellos. Si, pues, el bienaventurado Pablo, para no usar de ese poder que ciertamente tenía con los demás predicadores del Evangelio, sino para militar a su propio costo, no ofendiera con su doctrina como si fuera venal a las naciones completamente ajenas al nombre de Cristo, educado de otra manera, aprendió un arte que no conocía, para que mientras el doctor se sostenía con sus propias manos, ningún oyente se sintiera gravado; cuánto más el bienaventurado Pedro, que ya era pescador, hizo lo que sabía, si en ese momento presente no encontró otra manera de vivir.

4. Pero alguien responderá: ¿Y por qué no encontró, cuando el Señor prometió diciendo: «Buscad primero el reino y la justicia de Dios, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6, 33)? En verdad, también así el Señor cumplió lo que prometió. Pues, ¿quién más puso los peces que se capturaron? quien no debe ser creído que les impuso la penuria para que se vieran obligados a ir a pescar, sino que quiso mostrar el milagro dispuesto: para que al mismo tiempo alimentara a los predicadores de su Evangelio, y aumentara el mismo Evangelio con tan gran sacramento que iba a ser recomendado por el número de peces. De lo cual también nosotros debemos decir lo que él mismo añadió.

5. Dice, pues, Simón Pedro: Voy a pescar. Le dicen los que estaban con él: Vamos nosotros también contigo. Y salieron y subieron a la barca: y aquella noche no pescaron nada. Al amanecer, Jesús estaba en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: Hijos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. Él les dice: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. La echaron, pues, y ya no podían sacarla por la multitud de peces. Entonces aquel discípulo a quien Jesús amaba, dice a Pedro: Es el Señor. Simón Pedro, cuando oyó que era el Señor, se ciñó la túnica, porque estaba desnudo, y se echó al mar. Los otros discípulos vinieron en la barca (pues no estaban lejos de tierra, sino como a doscientos

codos), arrastrando la red de peces. Cuando, pues, descendieron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima, y pan. Jesús les dice: Traed de los peces que habéis pescado ahora. Subió Simón Pedro, y sacó la red a tierra llena de grandes peces, ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

6. Este es un gran sacramento en el gran Evangelio de Juan; y para que se recomendara más intensamente, fue escrito en el último lugar. Que, por lo tanto, siete discípulos estuvieran en esta pesca, Pedro, y Tomás, y Natanael, y los dos hijos de Zebedeo, y otros dos cuyos nombres se callan, estos con su número de siete significan el fin del tiempo. Pues todo el tiempo se desarrolla en siete días. A esto pertenece que al amanecer Jesús estaba en la orilla; porque también la orilla es el fin del mar, y por eso significa el fin del siglo. El mismo fin del siglo lo muestra también que Pedro sacó la red a tierra, es decir, a la orilla. Lo cual el mismo Señor explicó, donde en otro lugar dio la semejanza de la red echada al mar: «Y la arrastran», dice, «a la orilla». Explicando qué era la orilla, dice: «Así será en la consumación del siglo» (Mateo 13, 48, 49).

7. Pero esa es una parábola de palabra, no de hecho: sin embargo, en este lugar, el Señor significó con otro acto de pesca cómo será la Iglesia al final del mundo, así como ahora es. Lo que hizo al inicio de su predicación, lo hizo después de su resurrección, mostrando que aquella captura de peces significaba a los buenos y malos que ahora tiene la Iglesia; pero esta captura solo a los buenos, que tendrá eternamente, completada al final de este siglo con la resurrección de los muertos. Finalmente, allí Jesús no estaba en la orilla como aquí cuando ordenó capturar peces; sino que subió a una barca que era de Simón, y le pidió que la alejara un poco de la tierra; y sentado en ella enseñaba a las multitudes. Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Navega mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Y allí lo que se capturó de peces fue en las barcas, no como aquí que sacaron la red a tierra. Con estos signos y si se pueden encontrar otros, allí se figura la Iglesia en este siglo, y aquí al final del siglo: por eso aquello fue antes, y esto después de la resurrección del Señor; porque allí Cristo nos significó llamados, aquí resucitados. Allí las redes no se echan a la derecha, para no significar solo a los buenos, ni a la izquierda, para no significar solo a los malos; sino indiferentemente, dice, Echad vuestras redes para pescar, para que entendamos mezclados a buenos y malos: aquí, sin embargo, dice, Echad la red a la derecha de la barca, para significar a aquellos que están a la derecha, solo a los buenos. Allí la red se rompía para significar los cismas: aquí, sin embargo, porque entonces ya en esa suma paz de los santos no habrá cismas, el Evangelista dice, Y aunque eran tantos, es decir, tan grandes, no se rompió la red; como si mirara a aquella donde se rompió, y en comparación con ese mal, recomendara este bien. Allí se capturó tal multitud de peces, que llenaron dos barcas y se hundían (Luc. V, 3-7), es decir, se presionaban hacia el hundimiento: pues no se hundieron, pero sin embargo estuvieron en peligro. ¿De dónde surgen en la Iglesia, tantas cosas que lamentamos; sino cuando no se puede resistir a tal multitud, que casi entra para sumergir la disciplina con sus costumbres completamente ajenas al camino de los santos? Aquí, sin embargo, echaron la red a la derecha, y ya no podían arrastrarla por la multitud de peces. ¿Qué significa, ya no podían arrastrarla, sino que aquellos que pertenecen a la resurrección de la vida, es decir, a la derecha, y dentro de las redes del nombre cristiano fallecen, solo aparecerán en la orilla, es decir, al final del siglo cuando resuciten? Por eso no pudieron arrastrar las redes de tal manera que devolvieran a la barca los peces que habían capturado; como sucedió con todos aquellos, con quienes la red se rompió, y las barcas fueron presionadas. Sin embargo, la Iglesia tiene a estos de la derecha después del fin de esta vida en el sueño de la paz, como ocultos en lo profundo, hasta que la red llegue a la orilla a donde era arrastrada, como a doscientos codos. Lo que allí fue en dos barcas, por la circuncisión y el prepucio; aquí en este

lugar lo considero figurado por doscientos codos, por los elegidos de ambos géneros, de la circuncisión y del prepucio, como cien y cien; porque en la suma el número centenario pasa a la derecha. Finalmente, en aquella pesca no se expresa el número de peces, como si allí se hiciera lo que fue predicho por el profeta, Anuncié y hablé; se multiplicaron más allá del número (Sal. XXXIX, 6): aquí, sin embargo, no hay algunos más allá del número, sino que es un número cierto de ciento cincuenta y tres; cuya razón del número debe ser dada con la ayuda del Señor.

8. Si establecemos un número que signifique la Ley, ¿qué serán sino diez? Pues es muy cierto para nosotros que el Decálogo de la Ley, es decir, esos diez mandamientos muy conocidos, fueron escritos primero por el dedo de Dios en dos tablas de piedra (Deut. IX, 10). Pero la Ley, cuando no es ayudada por la gracia, hace transgresores, y está solo en la letra: por esto principalmente dice el Apóstol, La letra mata, pero el espíritu vivifica (II Cor. III, 6). Que se acerque, pues, el espíritu a la letra, para que la letra no mate a quien el espíritu no vivifica; sino para que cumplamos los mandamientos de la Ley, no con nuestras fuerzas, sino con el don del Salvador. Pero cuando la gracia se acerca a la Ley, es decir, el espíritu a la letra, de alguna manera se añade el número siete al número diez. Pues este número, es decir, el siete, los documentos de las Sagradas Escrituras atestiguan que significa al Espíritu Santo. Pues la santidad o santificación pertenece propiamente al Espíritu Santo: de donde, aunque el Padre es espíritu, y el Hijo es espíritu, porque Dios es espíritu (Juan IV, 24); y el Padre es santo, y el Hijo es santo: sin embargo, con nombre propio el Espíritu de ambos es llamado Espíritu Santo. ¿Dónde, pues, sonó primero la santificación en la Ley, sino en el séptimo día? Pues Dios no santificó el primer día, en el que hizo la luz; ni el segundo, en el que hizo el firmamento; ni el tercero, en el que separó el mar de la tierra, y la tierra produjo hierba y árbol; ni el cuarto, en el que fueron creadas las estrellas; ni el quinto, en el que los animales que viven en las aguas y vuelan en el aire; ni el sexto, en el que el alma viva terrestre y el mismo hombre: sino que santificó el séptimo día, en el que descansó de sus obras (Gen. I, y II, 3). Por lo tanto, convenientemente el número siete significa al Espíritu Santo. También el profeta Isaías dice, Reposará sobre él el Espíritu de Dios: y luego lo encomienda con una obra o don de siete, dice, Espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y piedad, y lo llenará el espíritu de temor de Dios (Is. XI, 2, 3). ¿Qué en el Apocalipsis? ¿No se dice que son siete los espíritus de Dios (Apoc. III, 1), siendo uno y el mismo Espíritu, distribuyendo a cada uno en particular como quiere (I Cor. XII, 11)? Pero la operación de siete de un solo Espíritu fue así llamada por el mismo Espíritu, que asistió al que escribía, para que se dijera que eran siete espíritus. Por lo tanto, cuando al número diez de la Ley se le añade el Espíritu Santo por el número siete, se hacen diez y siete: este número, creciendo al computar todos desde uno hasta sí mismo, llega a ciento cincuenta y tres. Pues si añades dos a uno, ciertamente se hacen tres; si a estos añades tres y cuatro, se hacen todos diez; luego si añades todos los números que siguen hasta diez y siete, se llega a la suma del número mencionado; es decir, si a diez, a donde habías llegado desde uno hasta cuatro, añades cinco, se hacen quince: a estos añades seis, y se hacen veintiuno; a estos añades siete, y se hacen veintiocho; a estos añades ocho y nueve y diez, y se hacen cincuenta y cinco; a estos añades once y doce y trece, y se hacen noventa y uno; a estos nuevamente catorce y quince y dieciséis, y se hacen ciento treinta y seis: a este número añade el que resta del que se trata, es decir, diez y siete, y se completará el número de los peces. Por lo tanto, no solo ciento cincuenta y tres santos significan a los que resucitarán a la vida eterna, sino miles de santos pertenecientes a la gracia del Espíritu: con la cual gracia se concuerda con la Ley de Dios como con un adversario; para que la letra no mate vivificando el Espíritu, sino que lo que se ordena por la letra, se cumpla con la ayuda del Espíritu, y si algo se hace menos, se perdone. Por lo tanto, todos los que pertenecen a esta gracia, son figurados por este número,

es decir, son significados figuradamente. Este número también tiene tres veces el número cincuenta, y además esos tres por el misterio de la Trinidad: el número cincuenta se completa multiplicando siete por siete, y con la adición de uno; pues siete veces siete son cuarenta y nueve. Se añade uno, para que se signifique que es uno el que se demuestra por siete por la operación de siete: y sabemos que el Espíritu Santo fue enviado el quincuagésimo día después de la ascensión del Señor, a quien los discípulos fueron ordenados esperar como prometido (Hech. II, 2-4; I, 4).

9. No en vano, por lo tanto, se dice que estos peces son tantos y tan grandes, es decir, ciento cincuenta y tres y grandes. Pues así está escrito: Y arrastró la red a tierra llena de grandes peces ciento cincuenta y tres. Pues cuando el Señor dijo, No he venido a abolir la Ley, sino a cumplirla, ciertamente iba a dar el Espíritu por el cual la Ley pudiera ser cumplida, como si fuera a añadir siete a diez; con muy pocas palabras interpuestas dice, Por lo tanto, quien quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos: pero quien los haga y enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos. Este, por lo tanto, podrá pertenecer al número de los grandes peces. Sin embargo, aquel más pequeño que quebranta con hechos lo que enseña con palabras, puede estar en tal Iglesia, como la que significa la primera captura de peces, teniendo buenos y malos, porque también se llama reino de los cielos: por lo cual dice, El reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, y que recoge de toda clase (Mat. XIII, 47). Donde quiere que se entienda también a los buenos, y a los malos; que dice que serán separados en la orilla, es decir, al final del siglo. Finalmente, para mostrar que estos más pequeños son reprobos, que enseñan bien hablando, lo que quebrantan viviendo mal, y no como si fueran a ser los más pequeños en la vida eterna, sino que no estarán allí en absoluto; cuando dijo, Será llamado el más pequeño en el reino de los cielos, inmediatamente añadió, Porque os digo que si vuestra justicia no abunda más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos (Mat. V, 17-20). Ciertamente son ellos, los escribas y fariseos, que se sientan en la cátedra de Moisés, y de quienes dice, Haced lo que dicen; pero no hagáis lo que hacen: porque dicen y no hacen (Id. XXIII, 2, 3): enseñan con palabras, lo que quebrantan con costumbres. Es consecuente, por lo tanto, que quien es el más pequeño en el reino de los cielos, como es ahora la Iglesia, no entre en el reino de los cielos, como será entonces la Iglesia; porque enseñando lo que quebranta, no pertenecerá a la sociedad de aquellos que hacen lo que enseñan: y por eso no estará en el número de los grandes peces; porque quien haga y enseñe, será llamado grande en el reino de los cielos. Y porque aquí será grande, por eso estará allí, donde aquel más pequeño no estará. Tanto es así que allí serán grandes, que quien sea menor allí, será mayor que aquel que aquí nadie es mayor (Id. XI, 11). Pero sin embargo, los que aquí son grandes, es decir, los que en el reino de los cielos, donde la red recoge buenos y malos, hacen lo bueno que enseñan, ellos serán en aquella eternidad del reino de los cielos mayores, a quienes estos peces que pertenecen a la derecha y a la resurrección de la vida indican. Sigue sobre el banquete del Señor con estos siete discípulos, y sobre lo que habló después del banquete, y sobre el término del mismo Evangelio, para que Dios nos conceda hablar: pero esto no debe ser restringido en este discurso.

TRACTATUS CXXIII. Sobre lo que dice Jesús, Venid, comed; hasta lo que dice, Esto dijo, significando con qué muerte había de glorificar a Dios. Cap. XXI, V. 12-19.

1. En lo que el Señor se manifestó por tercera vez a sus discípulos después de la resurrección, se termina el Evangelio del bienaventurado apóstol Juan: en el cual ya hemos tratado, hasta donde hemos podido, la parte anterior, hasta el lugar donde se narró que los discípulos a quienes se manifestó capturaron ciento cincuenta y tres peces, y aunque eran grandes, las redes no se rompieron. Luego, lo que sigue debe ser considerado, y según el Señor ayude,

debe ser discutido como parezca necesario. Pues después de aquella pesca, Jesús les dice: Venid, comed. Y ninguno de los que estaban sentados se atrevía a preguntarle, ¿Tú quién eres? sabiendo que era el Señor. Si, por lo tanto, sabían, ¿qué necesidad había de preguntar? pero si no había necesidad, ¿por qué se dijo, no se atrevían; como si fuera necesario, pero por algún temor no se atrevieran? El sentido, por lo tanto, es este: tan grande era la evidencia de la verdad, con la que Jesús aparecía a esos discípulos, que ninguno de ellos se atrevía no solo a negar, sino ni siquiera a dudar; porque si alguno dudara, ciertamente debería preguntar. Así, por lo tanto, se dijo, Nadie se atrevía a preguntarle, ¿Tú quién eres? como si se dijera, Nadie se atrevía a dudar de que él era.

2. Y vino Jesús, y tomó el pan, y se lo dio, y el pescado igualmente. He aquí que también se dijo qué comieron: de este banquete diremos algo dulce y saludable también nosotros, si nos alimenta a nosotros. Arriba se narró que estos discípulos, cuando descendieron a tierra, vieron brasas puestas, y un pez puesto sobre ellas, y pan. Donde no se debe entender que también el pan estaba puesto sobre las brasas, sino que solo se debe entender, Vieron. Si repetimos esta palabra en el lugar donde debe entenderse, así se puede decir todo: Vieron brasas puestas, y un pez puesto sobre ellas, y vieron pan. O más bien así: Vieron brasas puestas, y un pez puesto sobre ellas, vieron también pan. También, por mandato del Señor, trajeron de los peces que ellos mismos habían capturado; lo cual, aunque no fue expresado por el narrador, sin embargo, no se calló que el Señor lo ordenó. Pues dijo: Traed de los peces que habéis capturado ahora (Juan XXI, 9, 10). Y ¿quién creerá que no lo hicieron por mandato de él? De aquí, por lo tanto, el Señor hizo el banquete para esos siete discípulos suyos, del pez que vieron puesto sobre las brasas, añadiendo a este de los que habían capturado, y del pan que igualmente se narró que vieron. El pez asado, es Cristo padecido. Él mismo es también el pan que descendió del cielo (Id. VI, 41). A él se incorpora la Iglesia para participar de la bienaventuranza sempiterna. Por lo cual se dijo, Traed de los peces que habéis capturado ahora; para que todos los que llevamos esta esperanza, por ese número de siete discípulos, por el cual puede entenderse figurada nuestra universalidad en este lugar, supiéramos que nos comunicamos con tan grande Sacramento, y que nos asociamos a esa bienaventuranza. Este es el banquete del Señor con sus discípulos, al cual Juan concluye su Evangelio, teniendo muchas otras cosas que decir de Cristo, grandes, como creo, y con la contemplación de grandes cosas. Pues aquí se significa la Iglesia como será en los buenos solamente, por la captura de ciento cincuenta y tres peces; y a aquellos que creen, esperan, aman, se les demuestra la participación de tan grande bienaventuranza por este banquete.

3. Esta es ya la tercera vez, dice, que Jesús se manifestó a sus discípulos, después de haber resucitado de los muertos. Lo cual no debemos referir a las mismas demostraciones, sino a los días (es decir, el primer día, cuando resucitó; y después de ocho días, cuando el discípulo Tomás vio y creyó, y hoy cuando hizo esto de los peces; después de cuántos días lo hizo, no se dijo): pues en el mismo primer día no fue visto una sola vez, como los testimonios de todos los Evangelistas comparados demuestran: pero, como se dijo, deben contarse las manifestaciones según los días, para que esta sea la tercera; la primera debe considerarse, y la misma una por un día, cuantas veces y a quienes se mostró en el día en que resucitó; la segunda después de ocho días, y esta tercera, y luego cuantas veces quiso hasta el día cuadragésimo, en que ascendió al cielo, aunque no todas están escritas.

4. «Cuando, pues, hubieron comido, dice a Simón Pedro: Simón hijo de Juan, ¿me amas más que estos? Le dice: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos. Le dice otra vez: Simón hijo de Juan, ¿me amas? Le dice: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis corderos. Le dice por tercera vez: Simón hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció porque le dijo por tercera vez, ¿Me amas? y le dice: Señor, tú lo sabes todo, tú

sabes que te amo. Le dice: Apacienta mis ovejas. De cierto, de cierto te digo; cuando eras joven, te ceñías, e ibas a donde querías: pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, significando con qué muerte había de glorificar a Dios.» Este fue el final que encontró aquel negador, y amante; presumiendo fue elevado, negando fue derribado, llorando fue purificado, confesando fue probado, sufriendo fue coronado: este fue el final que encontró, para que por su nombre muriera con perfecta devoción, con quien había prometido morir con apresurada perversidad. Que lo haga fortalecido por su resurrección, lo que inmaduramente prometía siendo débil. Pues era necesario que primero Cristo muriera por la salvación de Pedro, luego Pedro muriera por la predicación de Cristo. Fue desordenado lo que comenzó a atreverse la temeridad humana, cuando la verdad había dispuesto este orden. Pedro pensaba que pondría su vida por Cristo (Juan XIII, 37), por el libertador que debía ser liberado; cuando Cristo había venido a poner su vida por todos los suyos, entre los cuales estaba también Pedro; lo cual he aquí ya se ha hecho. Ahora ya se tome la firmeza del corazón para recibir la muerte por el nombre del Señor, verdadera dada por él, no falsa presumida por nosotros errando. Ahora es para que no temamos la muerte de esta vida; porque resucitando el Señor precedió el ejemplo de la vida futura. Ahora es, Pedro, para que no temas la muerte; porque vive aquel a quien llorabas muerto, y a quien prohibías morir por nosotros con amor carnal (Mat. XVI, 21, 22). Te atreviste a preceder al guía, temiste a su perseguidor: ya con el precio derramado por ti, ahora es para que sigas al comprador, y lo sigas completamente hasta la muerte de cruz. Has oído sus palabras, a quien ya has probado veraz; te predijo que sufrirías, quien te predijo que negarías.

5. Pero antes, el Señor pregunta lo que ya sabía, no una vez, sino dos y tres veces, si Pedro lo ama; y no escucha otra cosa de Pedro que su amor; y no encomienda otra cosa a Pedro que apacentar sus ovejas. A la triple negación se le devuelve una triple confesión, para que la lengua no sirva menos al amor que al temor, y no parezca que la muerte inminente ha sacado más palabras que la vida presente. Que el deber del amor sea apacentar el rebaño del Señor; si fue indicio de temor, negar al pastor. Aquellos que apacientan las ovejas de Cristo con la intención de que sean suyas y no de Cristo, se demuestran a sí mismos que se aman a sí mismos, no a Cristo; ya sea por vanagloria, por deseo de dominio, o por avaricia, no por obediencia, ayuda y amor a Dios. Contra estos, por tanto, vigila tantas veces esta voz de Cristo, a quienes el Apóstol lamenta que buscan lo suyo, no lo de Jesucristo (Filip. II, 21). Pues, ¿qué es otra cosa, "¿Me amas? Apacienta mis ovejas", que si se dijera, "Si me amas, no pienses en apacentar lo tuyo: sino mis ovejas, como mías, no como tuyas; busca mi gloria en ellas, no la tuya; mi dominio, no el tuyo; mis ganancias, no las tuyas; no seas de aquellos que pertenecen a los tiempos peligrosos, amándose a sí mismos, y las demás cosas que se conectan con este principio de males?" Pues cuando el Apóstol dijo, "Porque habrá hombres amadores de sí mismos;" añadió, "Amadores del dinero, vanidosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto, calumniadores, incontinentes, crueles, sin benignidad, traidores, temerarios, cegados, amadores de los placeres más que de Dios; teniendo apariencia de piedad, pero negando su poder" (II Tim. III, 1-5). Todos estos males fluyen de esa fuente que puso primero, amadores de sí mismos. Con razón se le dice a Pedro, "¿Me amas?" y responde, "Te amo"; y se le devuelve, "Apacienta mis corderos": y esto de nuevo, esto por tercera vez. Donde también se demuestra que el amor y la dilección son una y la misma cosa: pues incluso el Señor al final no dice, "¿Me amas?"; sino, "¿Me amas?" No nos amemos a nosotros mismos, sino a Él; y en apacentar sus ovejas busquemos lo que es de Él, no lo que es nuestro. Pues de alguna manera inexplicable, quien se ama a sí mismo, no a Dios, no se ama a sí mismo; y quien ama a Dios, no a sí mismo, se ama a sí

mismo. Porque quien no puede vivir de sí mismo, ciertamente muere amándose a sí mismo: por lo tanto, no se ama a sí mismo, quien se ama para no vivir. Pero cuando se ama a aquel de quien se vive, no amándose a sí mismo se ama más, quien por eso no se ama a sí mismo, para amar a aquel de quien vive. No sean, por tanto, amadores de sí mismos quienes apacientan las ovejas de Cristo, para que no las apacienten como suyas, sino como de Él; y quieran obtener de ellas sus ganancias, como amadores del dinero; o dominarlas, como vanidosos; o gloriarse de los honores que reciben de ellas, como soberbios; o avanzar tanto que incluso hagan herejías, como blasfemos: no cedan a los santos padres, como desobedientes a los padres; y a aquellos que quieren corregirlos porque no quieren perecer, devuelvan mal por bien, como ingratos: maten las almas, tanto las suyas como las ajenas, como impíos; destruyan las entrañas maternas de la Iglesia, como irreligiosos; no compadezcan a los débiles, como sin afecto; intenten manchar la fama de los santos, como calumniadores; no refrenen sus peores deseos, como incontinentes; fomenten disputas, como crueles; no sepan ayudar, como sin benignidad; revelen a los enemigos de los piadosos lo que han conocido que debe ocultarse, como traidores; perturben la vergüenza humana con provocaciones desvergonzadas, como temerarios; no entiendan ni lo que dicen, ni de lo que afirman (I Tim. I, 7), como cegados; antepongan las alegrías carnales a los gozos espirituales, como amadores de los placeres más que de Dios. Estos y otros vicios similares, ya sea que ocurran todos en un solo hombre, o que unos dominen en unos y otros en otros, brotan de esa raíz, cuando los hombres son amadores de sí mismos. Este vicio debe ser especialmente evitado por aquellos que apacientan las ovejas de Cristo, para que no busquen lo suyo, no lo de Jesucristo; y no las destinen al uso de sus deseos, por los cuales fue derramada la sangre de Cristo. Cuyo amor en aquel que apacienta sus ovejas, debe crecer en tal ardor espiritual, que venza incluso el temor natural a la muerte, por el cual no queremos morir, incluso cuando queremos vivir con Cristo. Pues también el apóstol Pablo dice que tiene el deseo de ser disuelto y estar con Cristo (Filip. I, 23): sin embargo, gime agobiado, y no quiere ser despojado, sino revestido, para que lo mortal sea absorbido por la vida (II Cor. V, 4). Y a este su amado, el Señor le dice, "Cuando envejezcas, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras." Esto le dijo, significando con qué muerte glorificaría a Dios. "Extenderás tus manos," dice, es decir, serás crucificado. Para que llegues a esto, "otro te ceñirá, y te llevará," no a donde quieras, sino "a donde no quieras." Primero dijo lo que sucedería, y luego cómo sucedería. Pues no fue llevado crucificado a donde no quería: porque crucificado no fue a donde no quería, sino más bien a donde quería. Pues liberado del cuerpo quería estar con Cristo, pero si fuera posible, deseaba la vida eterna sin la molestia de la muerte: a esa molestia fue llevado no queriendo, pero de ella fue sacado queriendo: no queriendo llegó a ella, pero queriendo la venció; y dejó este afecto de debilidad por el cual nadie quiere morir, tan natural, que ni siquiera la vejez pudo quitárselo al bienaventurado Pedro, a quien se le dijo, "Cuando envejezcas, serás llevado a donde no quieras." Para consolarnos, el mismo Salvador transformó esto en sí mismo, diciendo, "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz" (Mat. XXVI, 39): quien ciertamente vino a morir, y no tenía necesidad de morir, sino voluntad, con el poder de poner su vida, y con el poder de tomarla de nuevo. Pero por grande que sea la molestia de la muerte, debe vencerla la fuerza del amor, por el cual se ama a aquel que, siendo nuestra vida, también quiso sufrir la muerte por nosotros. Pues si no hubiera molestia alguna o fuera pequeña la molestia de la muerte, no sería tan grande la gloria de los mártires. Pero si el buen pastor que puso su vida por sus ovejas (Juan X, 18, 11), hizo de sus ovejas tantos mártires para sí mismo; cuánto más deben luchar hasta la muerte por la verdad, y hasta la sangre contra el pecado, aquellos a quienes se les encomienda apacentar, es decir, enseñar y gobernar las ovejas. Y por tanto, siguiendo el ejemplo de su pasión, ¿quién no ve que los pastores deben adherirse más al pastor imitando, si muchas ovejas también lo han imitado, bajo cuyo único pastor en un solo rebaño, incluso los pastores son ovejas? Pues hizo suyas a

todas las ovejas, por las cuales sufrió por todos; porque él mismo, para sufrir por todos, se hizo oveja.

TRACTATUS CXXIV. Desde el lugar, "Y cuando hubo dicho esto, le dice: Sígueme," etc., hasta el final del Evangelio. Cap. XXI, V. 19-25).

1. No es una cuestión pequeña por qué al apóstol Pedro, cuando se manifestó por tercera vez a los discípulos, le dijo el Señor, "Sígueme"; pero sobre el apóstol Juan, "Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa?" A esta cuestión, en la medida en que el mismo Señor lo conceda, dedicamos el último discurso de esta obra, ya sea para tratarla o resolverla. Cuando, por tanto, el Señor había predicho a Pedro con qué muerte glorificaría a Dios, le dice: "Sígueme." Pedro, volviéndose, vio al discípulo a quien Jesús amaba, siguiéndole: quien también se recostó en la cena sobre su pecho, y dijo, "Señor, ¿quién es el que te va a entregar?" Entonces, cuando Pedro lo vio, dice a Jesús: "Señor, ¿y qué de este?" Jesús le dice: "Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa? Tú sígueme." Entonces salió este dicho entre los hermanos, que ese discípulo no moriría. Y Jesús no le dijo, "No morirá"; sino, "Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa?" He aquí hasta dónde se extiende en este Evangelio la cuestión, que con su profundidad no poco ejercita la mente del que la investiga. Pues, ¿por qué se le dice a Pedro, "Sígueme," y no se dice a los demás que estaban presentes? Y ciertamente lo seguían como maestro los discípulos. Pero si se entiende en relación con la pasión, ¿acaso solo Pedro sufrió por la verdad cristiana? ¿No estaba allí entre esos siete otro hijo de Zebedeo, hermano de Juan, que después de su ascensión fue muerto por Herodes (Hechos XII, 2)? Sin embargo, alguien podría decir que, como Jacobo no fue crucificado, con razón se le dijo a Pedro, "Sígueme," quien no solo experimentó la muerte, sino también la muerte de cruz, como Cristo. Que sea así, si no se puede encontrar nada más conveniente. Entonces, ¿por qué se dijo de Juan, "Si quiero que él permanezca hasta que yo venga, ¿qué te importa?" y se repitió, "Tú sígueme"; como si él no lo siguiera porque quería que permaneciera hasta que viniera? ¿Quién fácilmente creería que se dijo otra cosa que lo que los hermanos que estaban entonces creyeron, es decir, que ese discípulo no moriría, sino que permanecería en esta vida hasta que Jesús viniera? Pero esta opinión la quitó el mismo Juan, declarando con abierta contradicción que el Señor no dijo eso. Pues, ¿por qué añadiría, "No dijo Jesús, No morirá," sino para que no permaneciera en los corazones de los hombres lo que era falso?

2. Pero a quien le plazca, aún resista; y diga que es verdad lo que dice Juan, que el Señor no dijo que ese discípulo no moriría, pero que sin embargo fue significado por tales palabras, como las que narró que dijo; y afirme que el apóstol Juan vive, y que en su sepulcro que está en Éfeso, duerme más bien que yace muerto. Tome como argumento que allí se dice que la tierra burbujea suavemente, y que esto se hace por su aliento, ya sea constante o persistentemente. Pues no pueden faltar quienes crean, si no faltan quienes incluso afirmen que Moisés vive; porque está escrito que su sepulcro no se encuentra (Deut. XXXIV, 6), y apareció con el Señor en el monte, donde también estuvo Elías (Mat. XVII, 3), a quien leemos que no murió, sino que fue arrebatado (IV Reyes II, 11). Como si el cuerpo de Moisés no pudiera haber sido escondido en algún lugar de tal manera que absolutamente nadie supiera dónde estaba, y de allí ser levantado por un momento divinamente, cuando con Cristo fueron vistos Elías y él mismo: como por un momento muchos cuerpos de santos resucitaron, cuando Cristo sufrió, y después de su resurrección aparecieron a muchos en la ciudad santa, como está escrito (Mat. XXVII, 52, 53). Pero sin embargo, como comencé a decir, si algunos niegan que Moisés murió, a quien la misma Escritura, donde leemos que su sepulcro no se encuentra en ninguna parte, sin ninguna ambigüedad testifica que murió; cuánto más se cree que Juan, por ocasión de estas palabras del Señor donde dice, "Si quiero que él permanezca

hasta que yo venga," está vivo durmiendo bajo tierra? A quien también se dice (lo cual se encuentra en algunas Escrituras aunque apócrifas), que cuando mandó hacer su sepulcro, estaba presente en perfecto estado; y una vez excavado y preparado con sumo cuidado, allí se colocó como en un lecho, y de inmediato murió: pero como piensan estos que entienden así las palabras del Señor, no muerto, sino acostado como muerto; y cuando se le creyó muerto, fue sepultado durmiendo; y hasta que Cristo venga permanece así, indicando su vida con el burbujeo del polvo: que se cree que el polvo, para ascender desde el fondo a la superficie del sepulcro, es impulsado por el aliento del que descansa. Considero superfluo oponerme a esta opinión. Pues verán quienes conocen el lugar, si allí la tierra hace o sufre lo que se dice; porque en verdad no lo hemos oído de personas insignificantes.

3. Mientras tanto, cedamos a la opinión que no podemos refutar con pruebas ciertas, para que no surja de nuevo otra cosa que se nos pregunte, ¿Por qué sobre un muerto enterrado la misma tierra parece de algún modo vivir y respirar? Pero, ¿acaso se resuelve así esta gran cuestión, si por un gran milagro, como los que puede hacer el Omnipotente, el cuerpo vive tanto tiempo en sueño bajo tierra, hasta que llegue el fin del mundo? Al contrario, se hace más amplia y difícil, ¿por qué al discípulo Jesús, a quien amaba más que a los demás, tanto que mereció recostarse sobre su pecho, le otorgó como gran don un largo sueño en el cuerpo: cuando al bienaventurado Pedro, a través de la inmensa gloria del martirio, lo liberó del peso del mismo cuerpo, y le concedió lo que el apóstol Pablo dijo que deseaba, y escribió, "Ser disuelto y estar con Cristo" (Filip. I, 23). Pero si lo que más se cree, por eso el santo Juan dijo, que el Señor no dijo, "No morirá," para que no se pensara que con esas palabras quiso significar eso; y su cuerpo yace en su sepulcro inerte como los de otros muertos: queda que si realmente allí ocurre lo que la fama ha difundido sobre la tierra, que se lleva y vuelve a crecer, o se hace para que de ese modo se encomiende su muerte preciosa, ya que no la encomienda el martirio (pues no fue muerto por un perseguidor por la fe de Cristo), o por alguna otra razón que nos es desconocida. Sin embargo, permanece la cuestión de por qué dijo el Señor de un hombre que moriría, "Si quiero que él permanezca hasta que yo venga."

4. También en estos dos apóstoles, Pedro y Juan, ¿quién no se siente movido a preguntar por qué el Señor amó más a Juan, cuando Pedro amó más al Señor? Pues dondequiera que Juan se menciona a sí mismo, para que se le pueda entender sin mencionar su nombre, añade que Jesús lo amaba, como si solo lo amara, para que con este signo se distinguiera de los demás, a quienes ciertamente amaba a todos: ¿qué otra cosa, sino que quería que se entendiera que era amado más, cuando decía esto? lo cual está lejos de que lo dijera falsamente. Pero, ¿qué mayor indicio de su amor hacia él pudo dar Jesús, que siendo hombre, compañero de sus condiscípulos en tan gran salvación, solo él se recostó sobre el pecho del mismo Salvador? Por otro lado, que el apóstol Pedro amó más a Cristo que los demás, se pueden presentar muchos documentos: pero para no irnos lejos en otros, en la misma tercera manifestación del Señor en la lectura un poco anterior, que precede a esta, aparece bastante claramente, donde preguntándole, dijo, "¿Me amas más que estos?" Lo cual ciertamente sabía, y sin embargo preguntaba, para que también nosotros que leemos el Evangelio, con él preguntando y este respondiendo, conociéramos el amor de Pedro hacia el Señor. Y que en lo que respondió Pedro, "Te amo," no añadió, "más que estos," respondió lo que sabía de sí mismo. Pues no podía saber cuánto lo amaba cualquier otro, quien no podía ver el corazón de otro. Pero sin embargo, con las palabras anteriores diciendo, "Sí, Señor, tú sabes" (Juan XXI, 15, 16), él mismo declaró suficientemente que el Señor sabía lo que preguntaba. Sabía, por tanto, el Señor no solo que lo amaba, sino también que Pedro lo amaba más que ellos. Y sin embargo, si proponemos preguntando, ¿quién de los dos es mejor, si el que ama más, o el que ama menos a Cristo? ¿quién dudará en responder que el que ama más es mejor? También si

proponemos quién de los dos es mejor, si el que es amado menos, o el que es amado más por Cristo; sin duda responderemos que el que es amado más por Cristo es mejor. En aquella comparación que primero puse, Pedro es preferido a Juan; pero en esta otra, Juan es preferido a Pedro. Por tanto, proponemos la tercera así: ¿quién de los dos discípulos es mejor, el que ama menos que su condiscípulo a Cristo, y es amado más que su condiscípulo por Cristo? o aquel a quien Cristo ama menos que a su condiscípulo, aunque él ama más a Cristo que su condiscípulo? Aquí ciertamente la respuesta vacila, y la cuestión se agranda. Sin embargo, según lo que yo mismo entiendo, fácilmente respondería que es mejor quien ama más a Cristo, pero más feliz quien es amado más por Cristo; si pudiera ver cómo defender la justicia de nuestro Libertador, amando menos a quien es amado más, y amando más a quien es amado menos.

5. Me adentraré, por tanto, en la manifiesta misericordia de aquel cuya justicia es oculta, para discutir, según las fuerzas que él mismo me conceda, la solución de una cuestión tan grande: pues hasta ahora ha sido propuesta, no expuesta. El comienzo de su exposición será recordar que en este cuerpo corruptible que agobia al alma (Sab. IX, 15), vivimos una vida miserable. Pero nosotros, que ya hemos sido redimidos por el Mediador y hemos recibido el Espíritu Santo como prenda, tenemos la esperanza de una vida bienaventurada, aunque aún no la poseemos en realidad. La esperanza que se ve no es esperanza: pues lo que uno ve, ¿cómo lo espera? Pero si esperamos lo que no vemos, lo aguardamos con paciencia (Rom. VIII, 24, 25). En los males que uno padece, no en los bienes que disfruta, es donde se necesita paciencia. Así, en esta vida de la que está escrito: "¿Acaso no es una tentación la vida humana sobre la tierra?" (Job VII, 1), en la que diariamente clamamos al Señor: "Líbranos del mal" (Mat. VI, 13), el hombre se ve obligado a tolerar incluso con los pecados perdonados: aunque la causa de haber llegado a esta miseria fue primero el pecado. Pues el castigo es más prolongado que la culpa; para que no se considere pequeña la culpa si el castigo terminara con ella. Y así, ya sea para demostrar la miseria debida, para corregir la vida inestable, o para ejercitar la necesaria paciencia, el castigo retiene temporalmente al hombre, aunque la culpa ya no lo retenga para la condenación eterna. Esta es la condición lamentable, aunque no reprochable, de estos días malos que vivimos en esta mortalidad, aunque en ella amemos ver días buenos. Pues viene de la justa ira de Dios, de la cual la Escritura dice: "El hombre, nacido de mujer, de vida breve y lleno de ira" (Job XIV, 1): aunque la ira de Dios no es como la del hombre, es decir, una perturbación de ánimo agitado, sino una tranquila disposición de justo castigo. En esta ira suya, Dios no retiene, como está escrito, sus misericordias (Sal. LXXVI, 10), y además de otros consuelos de los miserables que no cesa de ofrecer al género humano, en la plenitud de los tiempos, cuando él sabía que debía hacerse, envió a su Hijo unigénito (Gál. IV, 4), por quien creó todas las cosas, para que permaneciendo Dios se hiciera hombre, y fuera mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús (I Tim. II, 5): en quien creyendo, por el lavacro de la regeneración, liberados de la culpa de todos los pecados, tanto del original que la generación trae, contra el cual principalmente se instituyó la regeneración, como de los demás que se contrajeron por malas acciones, se liberaran de la condenación perpetua, y vivieran en fe, esperanza y caridad, peregrinando en este mundo, y en sus tentaciones laboriosas y peligrosas, caminaran con los consuelos de Dios, tanto corporales como espirituales, hacia su presencia, manteniendo el camino que Cristo les hizo. Y porque incluso caminando en él no están sin pecados, que se infiltran por la debilidad de esta vida, dio remedios saludables de limosnas, con los cuales se ayudara su oración, donde les enseñó a decir: "Perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (Mat. VI, 12). Esto hace la Iglesia con esperanza bienaventurada en esta vida penosa: de la cual el apóstol Pedro, por el primado de

su apostolado, llevaba la figura de la generalidad de la persona. Pues lo que le pertenece propiamente, por naturaleza era un hombre, por gracia un cristiano, por gracia más abundante uno y el mismo primer apóstol: pero cuando se le dijo: "Te daré las llaves del reino de los cielos, y lo que ates en la tierra será atado en los cielos; y lo que desates en la tierra será desatado en los cielos", significaba a toda la Iglesia, que en este mundo es sacudida por diversas tentaciones como lluvias, ríos, tempestades, y no cae, porque está fundada sobre la roca, de donde Pedro tomó su nombre. Pues no de Pedro la roca, sino Pedro de la roca; así como no Cristo del cristiano, sino el cristiano de Cristo es llamado. Por eso dijo el Señor: "Sobre esta roca edificaré mi Iglesia", porque Pedro había dicho: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo" (Mat. XVI, 16-19). Sobre esta roca, pues, que confesaste, edificaré mi Iglesia. La roca era Cristo (I Cor. X, 4): sobre este fundamento también Pedro fue edificado. Pues nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, que es Cristo Jesús (I Cor. III, 11). La Iglesia, por tanto, que está fundada en Cristo, recibió de él las llaves del reino de los cielos en Pedro, es decir, el poder de atar y desatar pecados. Pues lo que es por propiedad en Cristo la Iglesia, es por significación Pedro en la roca; por la cual significación se entiende Cristo la roca. Pedro la Iglesia. Esta Iglesia, pues, que Pedro significaba, mientras vive en los males, amando y siguiendo a Cristo, es liberada de los males. Pero más lo sigue en aquellos que luchan por la verdad hasta la muerte. Pero a la universalidad se le dice: "Sígueme", por la cual universalidad Cristo sufrió: de quien dice el mismo Pedro: "Cristo sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas" (I Ped. II, 21). He aquí por qué se le dijo: "Sígueme". Hay, sin embargo, otra vida inmortal, que no está en los males: allí veremos cara a cara, lo que aquí se ve por espejo y en enigma (I Cor. XIII, 12), cuando se progresa mucho en la contemplación de la verdad. La Iglesia, por tanto, conoce dos vidas predicadas y recomendadas divinamente, de las cuales una es en la fe, la otra en la visión; una en el tiempo de la peregrinación, la otra en la eternidad de la mansión; una en el trabajo, la otra en el descanso; una en el camino, la otra en la patria; una en la obra de la acción, la otra en la recompensa de la contemplación; una se aparta del mal y hace el bien, la otra no tiene mal del cual apartarse, y tiene un gran bien del cual disfrutar; una lucha con el enemigo, la otra reina sin enemigo; una es fuerte en las adversidades, la otra no siente adversidad alguna; una frena las concupiscencias carnales, la otra se dedica a las delicias espirituales; una está preocupada por vencer, la otra está segura en la paz de la victoria; una es ayudada en las tentaciones, la otra se regocija en el mismo ayudador sin tentación alguna; una socorre al necesitado, la otra está donde no encuentra necesitado alguno; una perdona los pecados ajenos para que los suyos le sean perdonados, la otra ni sufre lo que deba perdonar, ni hace lo que deba pedir que le sea perdonado; una es azotada por los males, para que no se ensoberbezca en los bienes, la otra carece de todo mal con tanta plenitud de gracia, que sin tentación alguna de soberbia se adhiere al sumo bien; una discierne entre el bien y el mal, la otra ve solo lo que es bueno: por tanto, una es buena, pero aún miserable; la otra es mejor y bienaventurada. Esta fue significada por el apóstol Pedro, aquella por Juan. Toda esta se lleva a cabo aquí hasta el fin de este siglo, y allí encuentra su fin: aquella se difiere para ser completada después del fin de este siglo, pero en el siglo futuro no tiene fin. Por eso se le dice a esta: "Sígueme": pero de aquella: "Así quiero que permanezca hasta que yo venga; ¿qué a ti? Tú sígueme". ¿Qué significa esto? Según entiendo, según capto, ¿qué significa esto, sino: Tú sígueme por la imitación de soportar los males temporales; que aquel permanezca hasta que yo venga a dar los bienes eternos? Lo que más claramente se puede decir así: Que la acción perfecta me siga, informada por el ejemplo de mi pasión; pero que la contemplación iniciada permanezca hasta que yo venga, para ser perfeccionada cuando venga. Sigue a Cristo, llegando hasta la muerte la piadosa plenitud de la paciencia: pero permanece hasta que venga Cristo, entonces se manifestará la plenitud del conocimiento. Aquí se toleran los males de este mundo en la tierra de los moribundos, allí se verán los bienes del Señor en la tierra de los vivientes. Pues lo que

dice: "Quiero que permanezca hasta que yo venga", no debe entenderse como si dijera, permanecer o quedarse; sino, esperar: porque lo que se significa por él, no se cumplirá ahora, sino cuando venga Cristo. Pero lo que se significa por aquel a quien se le dijo: "Tú sígueme", si no se hace ahora, no se llegará a aquello que se espera. En esta vida activa, cuanto más amamos a Cristo, tanto más fácilmente nos liberamos del mal. Pero él nos ama menos tal como somos ahora; y por eso nos libera, para que no seamos siempre así. Allí, sin embargo, nos ama más; porque no tendremos lo que le desagrade, ni lo que deba quitarnos: ni por otra razón nos ama aquí, sino para sanarnos y trasladarnos de lo que no ama. Aquí, pues, menos, donde no quiere que permanezcamos: allí más, adonde quiere que pasemos, y de donde no quiere que perezcamos. Que Pedro lo ame, para que seamos liberados de esta mortalidad: que Juan sea amado por él, para que seamos guardados en aquella inmortalidad.

6. Pero esta razón muestra por qué Cristo amó más a Juan que a Pedro, no por qué Pedro amó más a Cristo que Juan. Pues si Cristo nos ama más en el futuro siglo, donde viviremos con él sin fin, que en este del que somos rescatados, para que allí estemos siempre, no por eso lo amaremos menos entonces cuando seremos mejores; ya que no podemos ser mejores sino amándolo más. ¿Por qué, entonces, Juan lo amaba menos que Pedro, si significaba aquella vida en la que debe ser amado mucho más, sino porque por eso se dijo: "Quiero que permanezca", es decir, espere, "hasta que yo venga", porque incluso ese amor que entonces será mucho mayor, aún no lo tenemos, sino que lo esperamos en el futuro, para que cuando él venga, lo tengamos? Pues como dice el mismo apóstol en su Epístola: "Aún no se ha manifestado lo que seremos; sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como es" (I Juan III, 2). Entonces, por tanto, amaremos más lo que veamos. Pero el mismo Señor, sabiendo cómo será en nosotros aquella vida futura, la ama más por predestinación, para llevarnos a ella amándonos. Por tanto, ya que todos los caminos del Señor son misericordia y verdad (Sal. XXIV, 10), conocemos nuestra miseria presente, porque la sentimos; y por eso amamos más la misericordia del Señor, que queremos que se nos muestre para ser liberados de la miseria, y la pedimos y la tenemos diariamente, especialmente para la remisión de los pecados: esto fue significado por Pedro amando más, pero menos amado; porque Cristo nos ama menos miserables que bienaventurados. Pero la contemplación de la verdad, tal como será entonces, la amamos menos, porque aún no la conocemos ni la tenemos: esto fue significado por Juan amando menos, y por eso esperando hasta que venga el Señor para cumplir tanto a ella como a su amor en nosotros, tal como se le debe, pero más amado, porque lo que fue figurado por él, eso hace bienaventurado.

7. Sin embargo, nadie debe separar a estos insignes apóstoles. Y en lo que significaba Pedro, ambos estaban; y en lo que significaba Juan, ambos estarían. Significando, este seguía, aquel permanecía: pero creyendo, ambos toleraban los males presentes de esta miseria, ambos esperaban los bienes futuros de aquella bienaventuranza. Y no solo ellos, sino toda la santa Iglesia, esposa de Cristo, hace esto, siendo rescatada de estas tentaciones, guardada en aquella felicidad. Estas dos vidas fueron figuradas por Pedro y Juan, cada uno una: pero ambos caminaron temporalmente aquí por la fe, y ambos disfrutarán de aquella eternamente por la visión. Por tanto, a todos los santos pertenecientes inseparablemente al cuerpo de Cristo, para el gobierno de esta vida tempestuosa, Pedro, el primero de los Apóstoles, recibió las llaves del reino de los cielos para atar y desatar pecados: y a todos esos mismos santos, para el seno quietísimo de aquella vida secretísima, el evangelista Juan se recostó sobre el pecho de Cristo. Pues ni solo él, sino toda la Iglesia ata y desata pecados: ni solo él bebió del pecho del Señor las sublimes verdades sobre la divinidad de Cristo, y sobre la trinidad y unidad de toda la divinidad, que en aquel reino serán contempladas cara a cara, pero ahora, hasta que venga el Señor, se contemplan en espejo y enigma, que predicando proclamó; sino

que el mismo Señor difundió el mismo Evangelio por todo el orbe de la tierra para que todos sus fieles lo bebieran según su capacidad. Hay quienes han pensado, y estos no son despreciables tratadistas de la sagrada elocuencia, que el apóstol Juan fue amado más por Cristo porque no se casó y vivió castísimo desde su infancia (Jerónimo, libro 1 contra Joviniano). Esto no aparece claramente en las Escrituras canónicas: sin embargo, esto también ayuda mucho a la congruencia de esta sentencia, porque aquella vida significada por él es donde no habrá matrimonios.

8. Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero. Pero hay, dice, muchas otras cosas que hizo Jesús, que si se escribieran una por una, no creo que el mundo mismo pudiera contener los libros que se escribirían. No se debe creer que el mundo no pueda contenerlas por espacio de lugares, ¿cómo podrían escribirse en él si no las soportara escritas? sino que tal vez no podrían ser comprendidas por la capacidad de los lectores: aunque, salvaguardando la fidelidad de las cosas, a menudo las palabras parecen exceder la fe. Esto no ocurre cuando algo que era oscuro o dudoso se expone con causa y razón: sino cuando lo que es claro se aumenta o disminuye, y sin embargo no se desvía del camino de significar la verdad; porque así las palabras exceden la cosa que se indica, de modo que aparece la voluntad del hablante que no engaña, quien sabe hasta dónde se debe creer, de quien más allá de lo que se debe creer se disminuye o aumenta algo al hablar. Este modo de hablar, con nombre griego, no solo los maestros de las letras griegas, sino también de las latinas, lo llaman hipérbole. Este modo, como en este lugar, se encuentra en no pocos otros lugares de las Escrituras divinas: como es, "Pusieron su boca en el cielo" (Sal. LXXII, 9); y, "La cima del cabello de los que caminan en sus delitos" (Sal. LXVII, 22); y muchas cosas de este tipo, que no faltan en las Escrituras sagradas, como otros tropos, es decir, modos de locución. Sobre los cuales disputaría más extensamente, si el Evangelista al terminar su Evangelio, no me obligara también a terminar mi discurso.